

Franco

Caudillo de España

Paul Preston



DEBOLSILLO

Franco
Paul Preston

Traducción de
Teresa Camprodón y Diana Falcón

DEBOLSILLO

www.megustaleer.com

Agradecimientos

He trabajado en este libro durante años. Inevitablemente, en ese tiempo he quedado en deuda con muchas personas, las cuales, de una manera u otra —compartiendo recuerdos e ideas, ayudándome a obtener valioso material, y ya por último, leyendo diferentes borradores— han contribuido a que el producto final sea mejor de lo que, de otra manera, hubiese sido. Deseo aprovechar la oportunidad para agradecerérselo aquí.

Agradezco encarecidamente la ayuda del personal de las siguientes bibliotecas y archivos: la biblioteca del Queen Mary y Westfield College, y, en particular, a Susan Richards de la sección de préstamos interbibliotecarios; el Institute of Historical Research y, en concreto, Bridget Taylor; la British Library of Political and Economic Sciences, el Public Record Office, el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español, la British Library, sedes de Bloomsbury y Colindale, la biblioteca de la Universidad de Cambridge, la Allison Peers Collection de la biblioteca universitaria de Liverpool. También me gustaría dar las gracias al Controller de la HM Stationery Office, merced a quien he podido introducir en el presente volumen las citas de los documentos del Public Record Office. Asimismo, deseo dar las gracias a Carol Toms, del Queen Mary y Westfield College, y a Pat Christopher de la London School of Economics por su indesmayable apoyo y por la amabilidad con que me ayudaron a cumplir con los deberes administrativos que apartan a los profesores de la investigación y la enseñanza.

Por contarme o escribirme sus experiencias a propósito de Franco y su régimen, estoy enormemente agradecido a las siguientes personas: Ignacio Arenillas de Chaves, Rafael Calvo Serer, Joaquín Calvo Sotelo, Cirilo Cánovas García, Fabián Estapé Rodríguez, Joseba Elósegui, general Hernando Espinosa de los Monteros, Ignacio Espinosa de los Monteros, Manuel Fraga Iribarne, Ramón Garriga Alemany, José María Gil Robles, Ernesto Giménez Caballero, Folke von Knobloch, Juan Cristóbal von Knobloch, Laureano López Rodó, Adolfo Muñoz Alonso, José Joaquín Puig de la Bellacasa, general Ramón Salas Larrazábal, María Salorio, Ramón Serrano Súñer, Fernando Serrano-Súñer Polo y a Eugenio Végas Latapié.

Por su inestimable ayuda en la localización de importante material documental, estoy en deuda con los siguientes amigos y colegas: Angelines Alonso, John Costello, Lesley Denny, Chris Ealham, Agustín Gervás, Antonio Gómez Mendoza, Ian Gibson, Joe Harrison, Santos Juliá, Qasim bin Ahmed, Francisco Villacorta Baños. Ricardo Figueiras Iglesias me proporcionó una valiosa colaboración respecto del material referido a Galicia. Por su decisiva ayuda en la búsqueda de información relacionada con las diferentes épocas de Franco en Asturias, tengo una gran deuda contraída con Carmen Benito del Pozo y Victoria Hidalgo Nieto. Por sus indicaciones relativas a las pinturas de Carrero y Franco le quedo reconocido a Nigel Glendinning. Por sus datos sobre el trasfondo musical del viaje de Bernhardt a Bayreuth, quiero dar las gracias a Norman Cooper y a Barry Millington. Sobre los aspectos referidos a la aviación durante la Guerra Civil, he aprendido mucho de Gerald Howson y, sobre otros aspectos militares de la intervención alemana, de Williamson Murray. Sobre la psicología de Franco, tuve la suerte de contar con los grandes conocimientos de Nina Farhi. Sobre los diferentes temas médicos tratados en el último capítulo, he contado con el valioso asesoramiento del doctor Roy MacGregor y Anthony AshfordHodges, miembro del Real Colegio de Cirujanos. Igualmente, estoy agradecido a Michael Alpert, Brian Bond, George Hills y David Wingeate Pike por sus indicaciones relativas a detalles referidos al papel de Franco en la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. Obtuve gran estímulo y ánimos de las conversaciones sobre Franco durante muchos años y alrededor de muchas mesas con Alicia Alted Vigil, Joan Ashford-Hodges, José María Coll Comín, Elías Díaz, Musa Farhi, Jerónimo Gonzalo, Juan Antonio Masoliver, Florentino Portero, Denis Smyth, Javier Tusell y Manuel Vázquez Montalbán. Una serie de amigos han participado en gran medida en la gestación de este volumen, discutiendo conmigo sobre Franco, proporcionándome material prácticamente inaccesible, así como leyendo y comentando los primeros borradores del texto: Nicolás Belmonte, Sheelagh Ellwood, Enrique Moradiellos, Ismael Saz, Herbert R. Southworth y Ángel Viñas.

Los defectos de este libro sólo son atribuibles a mi persona. Si no son mayores, se debe a la ayuda que he recibido de los amigos antes mencionados, así como de otros dos: Mía Rodríguez Salgado prestó generosamente su tiempo para atentas e inteligentes lecturas de los sucesivos borradores del manuscrito, las cuales, junto con la implacable pero siempre provechosa crítica a la que el texto fue sometido por Jonathan Gathorne-Hardy, lo mejoraron enormemente. En verdad, uno de los mayores placeres surgidos al hilo de la elaboración del libro provino de las conversaciones con ambos sobre las relaciones entre biografía y narrativa. Philip Gwyn Jones, de Harper-Collins, condujo el libro a través de las diferentes etapas de elaboración y confección con mano segura y sensible.

Durante muchos años, mi esposa, Gabrielle, soportó la presencia en nuestro hogar de un desagradable huésped, que no había invitado, en la persona de Francisco Franco. Sin su tolerancia y apoyo, la vida con el Caudillo hubiera provocado una ruptura mucho antes de que el libro hubiese sido concluido. Por otra parte, muchos de los juicios que han mejorado el libro en gran medida provienen de su agudo sentido crítico. Por último, quisiera dar las gracias a mis hijos, James y Christopher, a quienes este libro está dedicado. Sin ellos, el libro habría sido acabado mucho antes, y tanto él como yo habríamos salido perdiendo.

Prólogo

El rostro cambiante del Caudillo

Cuando Random House Mondadori me ofreció generosamente la oportunidad de revisar este libro, el hecho suscitó en mí una reflexión sobre lo que había ocurrido antes y lo ocurrido desde entonces. A la luz de lo que se ha publicado sobre Franco y su régimen en el último decenio, es asombroso recordar la parquedad de lo que era accesible cuando, a fines de los años setenta, empecé a considerar la posibilidad de escribir una biografía del dictador. Había una plétora de hagiografías, pero muy pocos trabajos críticos. No sólo había pasado Franco en persona gran parte de su vida falsificando y adornando los pormenores de su vida anterior a 1936, sino que, desde los primeros momentos de la conspiración que dio origen al golpe militar del 18 de julio de 1936, sus partidarios falsificaron también su propia historia y la de sus enemigos. Uno de los contados esfuerzos para combatir los efectos de la inmensa máquina de propaganda de la dictadura fue la gran editorial del exilio español antifranquista, Ediciones Ruedo Ibérico, dirigida en París por un anarquista excéntrico y enormemente culto, José Martínez Guerricabeitia. Ruedo Ibérico asestó varios golpes contra dichas falsificaciones del régimen, comenzando con la publicación de una traducción al español del clásico de Hugh Thomas sobre la Guerra Civil española. Introducidos ilegalmente en España y vendidos clandestinamente, los libros de Ruedo Ibérico tuvieron un impacto enorme. El libro de Hugh Thomas relataba la historia de la guerra de forma amena y objetiva —algo que era en sí mismo un golpe devastador contra los defensores de lo que llamaban la cruzada de Franco—, y fue, por consiguiente, ansiosamente devorado por todo el que consiguió hacerse con un ejemplar. Tan importante o más fue el esfuerzo de Herbert Southworth, que llegó a ser una figura señera en la historiografía de la Guerra Civil española debido a la publicación en París de su libro *El mito de la cruzada de Franco*, en 1963. Southworth no narraba la guerra sino que más bien desmantelaba, línea a línea, la estructura de falsedades erigida por el régimen franquista para justificar su existencia.

Poco después de la aparición de Ruedo Ibérico, España se dedicó a la ruidosa celebración nacional de los «Veinticinco Años de Paz» desde el fin de la Guerra Civil. Para contrarrestar la masa de alabanzas indiscriminadas, Ruedo Ibérico publicó una biografía del Caudillo escrita por un vasco, Luciano Rincón. Bajo el seudónimo de Luis Ramírez, éste contaba una historia muy diferente a la que se deducía del autobombo al que se entregaron el general Franco y sus partidarios a todo lo largo de 1964. Los actos multitudinarios, los desfiles, los homenajes en la prensa, los documentales televisivos, no celebraron la paz sino la victoria. Todas las ciudades y pueblos españoles se engalanaron con carteles donde se afirmaba que la lucha nacional había sido una cruzada religiosa para purgar a España de las hordas ateas de la izquierda. Lo que se celebraba era el hecho de que el Caudillo hubiera triunfado en mantener una división enconada entre vencedores y vencidos, entre la privilegiada «España auténtica» y la castigada «anti-España». Por esta razón, el estudio de Luciano Rincón, profundamente lúcido y fuertemente hostil, publicado con el título de *Franco. Historia de un mesianismo* (Ruedo Ibérico, París, 1964), fue de importancia considerable.

Es indicio de hasta qué punto afectaron al régimen los esfuerzos de Ruedo Ibérico que el ministro de Información, Manuel Fraga Iribarne, se sintiera obligado a actuar para contrarrestar el impacto intelectual y moral de los libros que estaban entrando en España clandestinamente desde París. Así, se creó en el Ministerio de Información un departamento especial con el nombre de Sección de Estudios sobre la Guerra de España. Para dirigirlo se nombró a un joven funcionario de dicho ministerio, Ricardo de la Cierva y de Hoces. Su trabajo consistía, en líneas generales, en actualizar la historiografía oficial del régimen con objeto de repeler los ataques que provenían de París y, para ello, quedó a su disposición un volumen considerable de recursos. Entre los muchos trabajos elaborados por el equipo dirigido por Ricardo de la Cierva se encontraba una enorme biografía actualizada del Caudillo. Publicada en fascículos semanales a comienzos de la década de 1970, se conoció popularmente con el nombre de *Simplemente Paco* por haber coincidido su aparición con la de la popular radionovela *Simplemente María*. Pese a contener una enorme cantidad de información nueva, la biografía mantenía los mitos esenciales de la historiografía franquista. La tesis anti-Franco fue reiterada por Luciano Rincón, tras la muerte del Caudillo, cuando actualizó su libro con el título de *Francisco Franco. La obsesión de ser, la obsesión de poder*. Hasta mediados de los años ochenta no aparecieron dos breves biografías críticas: *El general Franco* (Argos Vergara, Barcelona, 1983) de Carlos Fernández Santos, y *Franco: autoritarismo y poder personal* (*El País*, Madrid, 1985) de Juan Pablo Fusi.

Había, por tanto, escasez de estudios críticos disponibles. Más aún, como observaba en el prólogo de la primera edición, Franco estaba envuelto en las brumas de una oscuridad cuidadosamente generada. Se imponía, por todo ello, una criba del cúmulo de falsedades en busca de las claves de Franco. La primera biografía significativa del Caudillo fue la de Joaquín Arrarás, *Franco* (Librería Santarén, Valladolid, 1939). Arrarás había sido amigo de Franco desde 1917 cuando ambos se alojaban en el mismo hotel de Oviedo. Su biografía era importante porque estaba claramente basada en entrevistas y conversaciones con Franco, lo cual significaba que lo que Arrarás contaba sobre la infancia de Franco, la perfección y religiosidad de su madre, o su ascenso en el Ejército de soldado raso a general, era, en efecto, la versión del propio Caudillo. En la década de 1940 se publicaron otras muchas hagiografías, pero el siguiente hito biográfico lo puso el libro de Luis de Galinsoga y Francisco Franco Salgado, *Centinela de Occidente (Semblanza biográfica de Francisco Franco)* (AHR, Barcelona, 1956).

Luis Martínez de Galinsoga era un conocido panegirista, lo cual le valió ser nombrado director de *La Vanguardia*, a la que dio un sesgo ferozmente anticatalanista. En su libro se sirvió esencialmente de las memorias del leal primo de Franco, «Pacón» (Francisco Franco Salgado-Araujo) (que serían posteriormente publicadas con el título de *Mi vida con Franco*), para adornar con detalles oportunos lo que era esencialmente una hagiografía. La importancia de este libro radica también en la medida en que revela la autopercepción del propio Franco. El libro de Galinsoga resume la situación tras el pacto de 1953 con Estados Unidos y —con el visto bueno de Franco— presenta al Caudillo como clave de la defensa de Occidente —ese «centinela de Occidente»— y se refiere al Pardo como «eje de Occidente y mediador con el Este».

También significativas, aunque no por las razones obvias, fueron la serie de biografías basadas en entrevistas concedidas por Franco a periodistas británicos. Los libros de S. F. A. Coles, *Franco of Spain* (Neville Spearman, Londres, 1955); de Brian Crozier, *Franco: A Biographical History* (Eyre & Spottiswoode, Londres, 1967) y de George Hills, *Franco: The Man and His Nation* (Nueva York, 1967), tenían en común el hecho de que los tres autores habían entrevistado al Caudillo, suministrando, por ello, nuevos peldaños a la escala de autoglorificación y mitificación de Franco. Todos ellos reprodujeron de labios del propio Franco el mito del soldado del Rif que era además lector ávido. Huelga decir que también concurrieron con Galinsoga en ratificar la imagen del héroe anticomunista.

Pese a los méritos del trabajo de Luciano Rincón, cuando yo comencé a trabajar a fondo en la biografía de Franco la balanza de los estudios se inclinaba fuertemente a favor del dictador, lo cual no era en modo alguno extraño dado que los propagandistas del régimen habían dispuesto de más de tres decenios y medio para manipular los hechos históricos. Con todo, había una enorme cantidad de material disponible en los archivos extranjeros y éstos serían una de mis principales canteras. Además, en gran medida gracias a la serie de memorias que el gran editor Rafael Borràs Betriu convenció a muchos franquistas para que publicaran, empezaba a surgir un auténtico caudal de anécdotas reveladoras sobre el Caudillo. La imagen de Franco quedó después seriamente deteriorada con la publicación de las memorias de Pacón Salgado-Araujo y de su diario de conversaciones con Franco —una especie de equivalente del *Table Talk* de Hitler—: *Mi vida junto a Franco* (Planeta, Barcelona, 1977) y *Mis conversaciones privadas con Franco* (Planeta, Barcelona, 1976). Ambos bienintencionados, estos libros revelan sin quererlo la pasmosa mediocridad y estrechez de miras de Franco. Un efecto similar creó la publicación de las memorias del general Kindelán, de Ramón Serrano Súñer, de Pedro Sainz Rodríguez, de la hermana de Franco, Pilar Franco, y de su hija, Pilar Jaraiz Franco.

La familia de Franco y la Fundación Nacional Francisco Franco han hecho un gran esfuerzo para publicar una biografía aceptable, la cual apareció en forma del libro de Luis Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo* (8 volúmenes, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1985), y posteriormente, del mismo autor y con ilustraciones añadidas, *Franco: la historia y sus documentos*, 20 volúmenes (Urbión, Madrid, 1986). Luis Suárez Fernández, historiador medievalista, elaboró una crónica árida y detallada escrita desde el punto de vista de una profunda admiración hacia Franco. En ella se repiten todos los mitos consabidos sobre el Caudillo: que él por sí solo consiguió mantener a España fuera de la Segunda Guerra Mundial, que era el cerebro que engendró el milagro económico. Su tono indulgente, por no decir laudatorio, puede deducirse de su versión de la reacción de Franco a la creación de una academia militar carlista el 8 de diciembre de 1936. Franco consideró este acto como el equivalente de un golpe de Estado y estudió seriamente la posibilidad de ejecutar al líder carlista Manuel Fal Conde. Por último, le dio cuarenta y ocho horas para salir de España o enfrentarse, en caso contrario, a un consejo de guerra. En abril de 1937, Franco le dijo al embajador de Hitler, general Wilhelm Faupel, que había estado «a punto de decidir la inmediata ejecución de Fal Conde acusado de alta traición pero que se había abstenido de hacerlo porque ello habría producido mala impresión entre los requetés del frente, que luchaban con arrojo». El comentario de Franco a Faupel es enteramente acorde con su actitud hacia lo que él consideraba traición. La benévola glosa de Suárez Fernández sobre este incidente es reveladora: «Éste es un modo tópico de conversación española que no tiene sentido literal; como cuando una madre le dice a un hijo, “te voy a matar”». El mayor valor de la obra de Suárez Fernández es su abundante uso de lo que se han llamado «los papeles de Franco», lo cual significa los documentos conservados en la Fundación Nacional Francisco Franco. Es altamente objetable que lo que son en esencia documentos de Estado no sean accesibles al público en general. Ahora bien, por los que utilizó Suárez Fernández y por los volúmenes ya publicados de dichos papeles, se advierte que son documentos que Franco recibió más que escritos personalmente por él. Con todo, no carece de importancia saber lo que pasaba por el escritorio de Franco.

Aproximadamente cuando yo había terminado mi manuscrito empezó a aparecer una gran oleada de materiales sobre Franco. Se publicó la interesante biografía de Enrique González Duro, *Franco: una biografía psicológica* (Temas de Hoy, Madrid, 1992), que presentaba la obsesión de Franco por matar tanto en el campo de batalla como en la caza como síntomas de frustración sexual, un desplazamiento de la actividad sexual y la realización de una fantasía de dominio y odio sádico hacia las mujeres. El estudio psicológico de González Duro sería el único de su clase hasta la publicación de otro, algo más sutil: el de Gabrielle Ashford Hodges, *Franco. Retrato psicológico de un dictador* (Taurus, Madrid, 2000). También a comienzos de los años noventa, Javier Tusell, que había escrito ya una serie de importantes libros sobre Franco y su régimen —destacando entre ellos *Franco y los católicos: la política interior española entre 1945 y 1957* (Alianza Editorial, Madrid, 1984)—, publicó su notable trabajo sobre las relaciones entre Franco y la derecha, *Franco en la guerra civil. Una biografía política* (Tusquets, Barcelona, 1992). Junto a las memorias anteriormente mencionadas, y las de Eugenio Vegas Latapié, Tusell proporcionó un conocimiento decisivo sobre el proceso mediante el cual Franco devino en depositario de la confianza y el poder de la derecha.

Después de mediados de los años noventa, las grandes revelaciones no han estado directamente relacionadas con Franco sino con

aspectos diversos de su régimen. En la medida en que las más importantes guardan relación con la represión en que se fundamentaba el régimen, necesariamente suministran nuevos matices sobre el dictador. Era ya conocida desde hacía tiempo la indiferencia de Franco a la pérdida de vidas humanas. Ésta había sido una característica constante de su vida cuando era joven soldado de África. En las primeras etapas de la Guerra Civil concedió una entrevista a la periodista americana Jay Allen en Tetuán el 27 de julio de 1936. Cuando Allen le preguntó: «Ya que el golpe de Estado ha fracasado, ¿cuánto tiempo va a continuar la masacre?», Franco contestó tranquilamente: «No puede haber concesiones ni tregua. Yo continuaré preparando el avance sobre Madrid, avanzaré y tomaré la capital». Y gritó: «Salvaré España del marxismo al precio que sea». Allen preguntó si no se había llegado a un punto muerto. Franco le miró francamente sorprendido y dijo: «No, ha habido obstáculos. La desertión de la flota fue un golpe, pero continuaré el avance. Pronto, muy pronto, mis tropas habrán pacificado al país, y todo esto (el general movió la mano señalando hacia España) pronto parecerá una pesadilla». Allen le preguntó: «¿Eso significa que tendrá usted que fusilar a media España?». El general Franco sacudió la cabeza y sonriendo dijo: «Repito, cueste lo que cueste».

Las investigaciones recientes sobre las víctimas de la guerra y la represión de la posguerra —las más conocidas son la colección que dirige Santos Juliá, *Víctimas de la guerra civil* (Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1999), y hay otras más detalladas como el trabajo de Julián Casanova, Ángela Cenarro, Julita Cifuentes, María Pilar Maluenda y María Pilar Salomón, *El pasado oculto: fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)* (2.ª edición, Mira Editores, Zaragoza, 1999)— no han hecho más que confirmar lo que Franco había revelado ya sobre sí mismo en la entrevista con Jay Allen.

Los admiradores del general Franco, españoles y extranjeros, se centraron en una serie de «triumfos» que, como es lógico, también fueron proclamados a bombo y platillo por el aparato propagandístico de su régimen. Los logros más frecuentemente citados son la victoria en la Guerra Civil española, supuestamente ganada gracias a su superior técnica militar, la implantación de la disciplina y el orden público en un país anárquico, el mantenimiento de la neutralidad española durante la Segunda Guerra Mundial y la gestación del milagro económico español de los años sesenta. Para sus panegiristas británicos conservadores, el Caudillo era «un aguerrido caballero cristiano» y sus realizaciones suponían «la salvación del alma de una nación». Desde lejos, era fácil pasar por alto el hecho de que, hasta el final de sus días, Franco mantuvo rencorosamente dividida a España entre los vencedores y los vencidos de 1939. Este benévolo padre de su nación consideraba la Guerra Civil como «la lucha de la Patria contra la Anti-Patria» y a los vencidos como la «canalla de la conspiración judeomasónica-comunista». Como ha demostrado el estudioso inglés Michael Richards en su extraordinario libro *Un tiempo de silencio: la guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945* (Crítica, Barcelona, 1999), la imagen de Franco como patriota magnánimo es difícilmente conciliable con el lenguaje psicopatológico utilizado por los franquistas para calificar a sus compatriotas de izquierdas de seres infrahumanos: canalla sucia, repugnante degenerada y pestilente, escoria, ramera y criminales. Este lenguaje justificaba a su vez la necesidad de «depuración», un eufemismo para referirse a una enorme represión de carácter físico, económico y psicológico. El coste en sangre de salvar el alma de la nación poco importaba a los vencedores.

Pero, si el franquismo tenía tanto de lo que enorgullecerse, habría que preguntar por qué fueron tan implacablemente purgados los archivos policiales, judiciales y militares en los años cuarenta. También de modo significativo, el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español carece casi por completo de documentos sobre el período de idilio de Franco con Hitler. La redención significó cruentas purgas políticas que continuarían mucho después de haberse ganado la guerra. Esta represión, si bien no negada, fue siempre calificada por Franco y sus acólitos de operaciones policiales legítimas. Incluso las más conservadoras investigaciones posteriores de la represión de posguerra han producido cifras de decenas de miles de víctimas. A la tortura hay que achacar el gran número de suicidios en las cárceles; las autoridades, que se consideraban estafadas por estos «evadidos» de su justicia, reaccionaron a menudo ejecutando a un pariente del preso. La pormenorizada reconstrucción de la represión ha sido uno de los aspectos más notables de la reciente explosión historiográfica española.

Esta tarea esencial se ha visto dificultada por la destrucción unilateral de material archivístico. Como ocurre con la muy proclamada neutralidad de Franco durante la Segunda Guerra Mundial, ello sugiere una cierta conciencia de culpa. Si los franquistas no se sentían incómodos con sus acciones en el exterior y el interior, ¿por qué eliminaban las pruebas? Después de todo, los archivos que documentaban los crímenes, reales o imaginados, de la República fueron cuidadosamente reunidos y perviven al día de hoy. Uno de los mejores trabajos sobre el franquismo aparecidos en años recientes es el de Francisco Espinosa Maestre, *La justicia de Queipo. (Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936). Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz* (Centro Andaluz del Libro, Sevilla, 2000). No es mérito menor del libro de Francisco Espinosa su crónica sobre la destrucción a manos de «los secuestradores del pasado, los amos de la memoria histórica» de millones de documentos entre 1965 y 1985. En el año 1965 los franquistas empezaron a pensar lo impensable: que el Caudillo no era inmortal y que había que hacer preparativos para el futuro. En el año 1985 el gobierno español empezó a tomar algunas medidas, con retraso y vacilaciones, para proteger los recursos archivísticos de la nación. Entre las pérdidas de aquellos decisivos veinte años figuran los archivos de la Falange, con los expedientes personales de cientos de miles de sus afiliados. Los archivos de las jefaturas de policía provinciales, de las cárceles y de la principal autoridad local del franquismo, los gobernadores civiles, también desaparecieron. Convoyes enteros de camiones se llevaron los documentos «judiciales» de la represión. Además de la deliberada destrucción de archivos, se produjeron también pérdidas «involuntarias» cuando algunos ayuntamientos vendieron al peso sus archivos como papel para su reciclado.

La consecuencia es que resulta imposible la reconstrucción completa a escala nacional del coste humano del golpe militar de 1936. Pese a

ello, se realizó un enorme esfuerzo por parte de historiadores locales para recuperar documentación, más minuciosamente en unas regiones que en otras. Hay importantes trabajos sobre Andalucía, Aragón, Cataluña y Galicia que reflejan un éxito notable de esta empresa, de los cuales son ejemplos meritorios las obras de Espinosa Maestre, la del equipo dirigido por Julián Casanova y un libro reciente de Conxita Mir, *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra* (Editorial Milenio, Lleida, 2000). Los horrores de la represión militar en Sevilla y el resto de Andalucía occidental en 1936 no fueron padecidos por Cataluña hasta la caída de esta región en enero de 1939. Conxita Mir utiliza las actas de juicios militares para reconstruir la atmósfera de terror en un período en que simplemente sobrevivir suponía ya para muchos un enorme logro. Aunque algo menos sobrecogedora que la de Espinosa, la rigurosa investigación que ha hecho la profesora Mir en la vida cotidiana de los vencidos en la Lérida rural de los años cuarenta no es menos inquietante. Conxita Mir ha reunido un espantoso catálogo de hambre y enfermedades, represión arbitraria y miedo; miedo a ser detenido, miedo a la denuncia de un vecino o un sacerdote. Huelga decir que semejante represión no era obra de Franco exclusivamente, sino que exigía miles de colaboradores entusiastas. El exhaustivo examen que hace la profesora Mir de 4.000 actas procesales revela el activo papel que tuvieron los párrocos rurales en las denuncias de sus feligreses. Como ella demuestra, el modo en que contribuyeron a exacerbar las divisiones sociales parecía indicar más un afán de venganza que un compromiso cristiano con el perdón y la reconciliación. Y para todo ello, el permiso tenía que venir de Franco.

Uno de los avances más notables en nuestro conocimiento de la España de Franco es un cúmulo de importantes estudios locales sobre la represión. Como demuestran el trabajo de Conxita Mir, de Michael Richards y de otros, la violencia contra los vencidos no se limitaba al encarcelamiento, la tortura y la ejecución sino que adoptaba también la forma de humillación psicológica y explotación económica de los supervivientes. Hubo una clara relación entre la represión y la acumulación de capital que hizo posible el *boom* económico de la década de 1960. La destrucción de los sindicatos y la represión de los obreros garantizaron los salarios de hambre que permitieron que los bancos, la industria y las clases terratenientes experimentaran espectaculares incrementos de beneficios. Antonio Cazorla Sánchez, en un interesante trabajo magníficamente investigado y extremadamente perceptivo, *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)* (Marcial Pons, Madrid, 2000), trata algunos de estos mismos temas en su síntesis sobre la violencia y la intolerancia que apuntalaron el gobierno de Franco.

La política económica autárquica que impuso Franco contribuyó sin duda a la represión y humillación de los derrotados, así como a la acumulación de capital, pero su rigidez retrasó también el potencial crecimiento. Franco, que se consideraba un economista genial, defendió la autarquía olvidando al parecer que España carecía de base tecnológica e industrial, y también de esa capacidad para despojar a los países satélite conquistados que habían sostenido dicha política en el Tercer Reich. La autarquía produjo en España un desastre económico y social; las consecuentes carencias provocaron la aparición del estraperlo, con el que se lucraron los afectos al régimen y padecieron los vencidos. La hinchada visión que tenía Franco de su propia misión divina le permitió creer, con toda naturalidad y sinceridad, que todo lo que hiciera para mantenerse en el poder operaba en beneficio de España. Inevitablemente, el paso del tiempo, la evolución de la economía y el contexto internacional impusieron cambios tanto en España como en el régimen. Las catastróficas derrotas de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini hacen imposible saber cómo habrían evolucionado el nazismo y el fascismo con el tiempo. Por el contrario, la longevidad de Franco permitió una evolución de su régimen que ha complicado mucho la definición del franquismo. Sin embargo, la clave que explica y enlaza las distintas etapas del franquismo es la obsesiva ambición personal de un Franco que siempre puso sus propios intereses personales por encima de los de España. En este sentido, una de las aportaciones más importantes para el conocimiento de Franco es el estudio extraordinariamente agudo de Franco el militar que debemos a Carlos Blanco Escolá, *La incompetencia militar de Franco* (Alianza Editorial, Madrid, 2000).

Creo que sigue siendo de importancia crucial tener una idea clara del hombre, de la persona tras el personaje político. La abundancia de materiales aparecidos en el decenio posterior a que yo terminara el manuscrito de mi libro ha suministrado un panorama general mucho más rico. Franco siempre proyectaba una imagen de sí mismo en la que nunca sintió ni culpabilidad, ni remordimiento ni siquiera dudas respecto a sus propias acciones. Sin embargo, el retrato del hombre mismo suministrado por las investigaciones mías y las de otros historiadores, sobre todo visto en el contexto de las falsificaciones y la fabricación de su propia biografía, nos indica una realidad muy lejana de la imagen que mantenía el Caudillo de sí mismo.

Introducción

El enigma del general Franco

A pesar de cincuenta años de preeminencia pública y de vivir en la época de la televisión, Francisco Franco es el menos conocido de los grandes dictadores del siglo XX. Esto se debe en parte a la cortina de humo creada por sus hagiógrafos y propagandistas. En vida se le comparó con el arcángel Gabriel, Alejandro Magno, Julio César, Carlomagno, el Cid, Carlos V, Felipe II, Napoleón y una hueste de héroes reales e imaginarios.¹ Después de almorzar con Franco, Salvador Dalí declaró: «He llegado a la conclusión de que es un santo». ² Para otros fue mucho más. Un libro de texto infantil explicaba que «un Caudillo es un don que Dios hace a las naciones que lo merecen y la nación lo acepta como un enviado que lleva a cabo el plan divino de asegurar la salvación de la patria»; en otras palabras, es el mesías del pueblo elegido.³ En 1957, su más estrecho colaborador y *éminence grise*, Luis Carrero Blanco, declaró en las Cortes franquistas: «Dios nos ha concedido la inmensa gracia de un Caudillo excepcional a quien sólo podemos juzgar como uno de esos dones que, para un propósito realmente grande, la Providencia concede a las naciones cada tres o cuatro siglos».⁴

Se podría desdeñar esta adulación como típica del aparato de propaganda de un régimen despótico. No obstante, fueron muchos los que aceptaron espontáneamente tales comparaciones y, a fuerza de su insistente repetición, muchos otros los que no las cuestionaron. Esto no es óbice para conocer al personaje. Lo que le hace más enigmático es el hecho de que Franco se viera a sí mismo a través del prisma exagerado de su propia propaganda. Su inclinación a compararse con los grandes héroes guerreros y constructores de imperios del pasado de España, en particular con el Cid, Carlos V y Felipe II, llegó a arraigar en su personalidad, y sólo parcialmente como consecuencia de leer su propia prensa o escuchar los discursos de sus partidarios. El que Franco se recreara en las disparatadas exageraciones de su propia propaganda parece reñido con los muchos testimonios presenciales sobre un hombre que era tímido en privado y se mostraba cohibido e incómodo en las ocasiones públicas. Asimismo, su cruel política represiva parece estar en contradicción con la timidez personal que indujo en muchos de quienes lo conocieron el comentario de su escasa coincidencia con su imagen de un dictador. De hecho, las ansias de adulación, la fría crueldad y esa timidez que trababa su lengua eran manifestaciones de un agudo sentimiento de inadaptación.⁵

Los ampulosos juicios del Caudillo y sus propagandistas se encuentran en el otro extremo de la visión que la izquierda tiene de Franco como tirano cruel y poco inteligente, que se hizo con el poder únicamente gracias a la ayuda de Hitler y Mussolini, y que sobrevivió cuarenta años gracias a una mezcla de feroz represión, necesidades estratégicas de las grandes potencias y suerte. Este punto de vista se acerca más a la verdad que los exaltados panegíricos de la prensa falangista, pero tampoco explica demasiado. Quizá Franco no fuera el Cid, pero tampoco fue tan incapaz ni tan afortunado como sugieren sus enemigos.

¿Cómo llegó Franco a ser uno de los generales más jóvenes de Europa desde Napoleón? * ¿Cómo ganó la Guerra Civil? ¿Cómo sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial? ¿No merece reconocimiento por el crecimiento económico español de los años sesenta? Estos importantes interrogantes, de relevancia crucial en la historia española y europea del siglo XX, sólo pueden responderse mediante una minuciosa observación del hombre. Entre 1912 y 1926, Franco fue un soldado valiente y de capacidad extraordinaria; de 1927 a 1936 fue un militar profesional calculador y ambicioso; entre 1936 y 1939 fue un competente jefe en la guerra, y con posterioridad fue un dictador brutal y eficaz que resistió otros treinta y seis años en el poder. Pero incluso la observación minuciosa tiene que lidiar con misterios como el contraste entre las facultades y cualidades requeridas para alcanzar tales éxitos y una sorprendente mediocridad intelectual que le indujo a creer en las ideas más banales.

Las dificultades de explicación se agravan debido a los esfuerzos obstruccionistas del propio Franco. En la madurez cultivó una impenetrabilidad destinada a asegurar que sus intenciones fueran indescifrables. El padre José María Bulart, que fuera su capellán durante cuarenta años, hizo el siguiente comentario ingenuamente contradictorio: «quizá era frío como han dicho algunos, pero nunca lo aparentó. En realidad, nunca aparentó nada».⁶ La clave del arte de Franco era su habilidad para evitar toda definición concreta. Uno de sus modos de lograrlo fue mantener constantemente las distancias, política y físicamente. Siempre reservado, en innumerables momentos de crisis a lo largo de sus años en el poder Franco estuvo simplemente ausente, en general ilocalizable durante alguna cacería en cualquier remota sierra.

El mayor obstáculo para conocer a Franco reside en que reescribió su propia biografía constantemente a lo largo de toda su vida. A finales de 1940, cuando sus propagandistas nos hacían creer que velaba solitario y alerta para evitar que Hitler empujara a España a la guerra mundial, Franco halló tiempo y la energía emocional suficientes para escribir una novela y guión cinematográfico. *Raza* era transparentemente autobiográfica. En ella, y a través de su heroico personaje principal, revelaba claramente las frustraciones de su propia vida.⁷ El argumento narra las experiencias de una familia gallega, perfectamente identificable con la de Franco, desde el desastre imperial español de 1898 hasta la Guerra Civil. El personaje en torno al que gira el libro es la figura de la madre, doña Isabel de Andrade. Sola, con tres hijos y una hija que criar —como la madre de Franco, Pilar Bahamonde—, la piadosa doña Isabel es un personaje bondadoso pero fuerte. El padre de Francisco, disoluto, jugador y donjuanesco, abandonó a Pilar. Por el contrario, en la novela, el padre del protagonista es un héroe de la Armada y doña Isabel enviuda cuando lo matan en la guerra de Cuba.

Raza fue simplemente la manifestación más radical y autocomplaciente de los incansables esfuerzos de Franco por crear un pasado perfecto. Como su diario de guerra de 1922, la novela es muy valiosa para penetrar en su psicología. En sus escritos dispersos y en miles de páginas de discursos, en los fragmentos de sus memorias inacabadas y en innumerables entrevistas, pulía incesantemente su actuación y sus comentarios sobre ciertos incidentes, poniéndose sin cesar bajo la mejor luz y aportando el material necesario para que cualquier biografía se transformase en hagiografía. La persistencia de muchos mitos favorables da testimonio de su éxito.

La necesidad de amañar la realidad, que revelan las reflexiones de Franco sobre su propio pasado, es síntoma de una considerable inseguridad y que no sólo combatió en sus escritos, sino también en la vida real, creándose una serie de personajes públicos. La seguridad que le brindaban estos escudos permitió a Franco, casi siempre, mostrar una imagen comedida e imperturbable. Todo aquel que entraba en contacto con él comentaba sus modales afables, corteses, aunque distantes. Más allá de sus manifestaciones públicas, Franco fue muy reservado. Estaba muy imbuido del pragmatismo insondable, la «retranca», del campesino gallego. Es imposible decir si ello se explica por su origen gallego o si fue fruto de sus experiencias en Marruecos. Cualquiera que fueran sus raíces, en Franco la retranca podría definirse como una evasión del compromiso y un gusto por la ambigüedad. Se dice que si topas con un gallego en una escalera es imposible saber si sube o baja. Franco quizá encarnase esa característica mejor que la mayoría de los gallegos. Cuando sus allegados intentaban obtener pistas sobre inminentes cambios ministeriales, los eludía con habilidad:

—La gente dice que en la próxima reestructuración de gobernadores civiles fulanito y menganito irán a la provincia X —probaba suerte el amigo.
—¿De veras? —respondía el sibilino Franco—. Yo no he oído nada.
—Se dice que Y y X van a ser ministros —aventuraba su hermana.
—Bueno —respondía el hermano—. No conozco a ninguno de ellos.⁸

El aviador monárquico Juan Antonio Ansaldo escribió de él: «Franco es hombre que se dice y se desdice, se acerca y se aleja, se esfuma y se escurre; siempre vago, y nunca claro y categórico». ⁹ John Whitaker le conoció durante la Guerra Civil: «Era efusivamente halagador, pero no respondió con franqueza a ninguna de las preguntas que le formulé. Es el hombre menos sincero que he conocido». ¹⁰ Roberto Cantalupo, embajador de Mussolini, conoció a Franco unos meses más tarde y Franco le pareció «glacial, femenino y esquivo (*sfuggente*)». ¹¹ En 1930, el día después de conocer a Franco, el poeta y eminente erudito José María Pemán, tras ser presentado por un amigo como «el hombre que mejor habla en toda España», comentó: «Tengo la sospecha de haber conocido al hombre que mejor se calla en España». ¹²

En las detalladas crónicas de su contacto casi diario durante más de setenta años de amistad, su fiel primo y ayudante de campo, Francisco Franco Salgado-Araujo, *Pacón*, presenta a Franco emitiendo órdenes, relatando la versión de los hechos o explicando que el mundo estaba amenazado por la masonería y el comunismo pero Pacón nunca vio un Franco abierto al diálogo provechoso, ni que albergase dudas constructivas sobre sí mismo. Otro amigo de toda la vida, el almirante Pedro Nieto Antúnez, presenta una imagen similar. Nacido en El Ferrol, al igual que Franco, *Pedrolo* sería sucesivamente ayudante de campo del Caudillo en 1946, subjefe de la Casa Civil en 1950 y ministro de Marina en 1962. Nieto Antúnez fue uno de los compañeros asiduos de Franco en las frecuentes y largas excursiones de pesca a bordo del *Azor*. Cuando le preguntaron de qué hablaban durante los largos días que pasaban juntos, Pedrolo dijo: «Nunca he mantenido un diálogo con el general. He escuchado monólogos suyos muy largos, pero no hablaba conmigo, sino consigo mismo». ¹³

El Caudillo sigue siendo un enigma. Debido a la distancia que Franco constantemente creaba a su alrededor a través de omisiones deliberadas y silencios, sólo podemos estar seguros de sus actos y, siempre que estén juiciosamente evaluados, de las opiniones y relatos de quienes trabajaron con él. Este libro es un intento de observarlo con más precisión y detalle de lo que se ha hecho hasta la fecha. A diferencia de muchos otros libros sobre Franco, no pretende ser una historia de España en el siglo XX ni tampoco un análisis de todos los aspectos de la dictadura, sino tan sólo un estudio pormenorizado del hombre. A través de memorias y entrevistas, sus colaboradores han aportado abundante material y existen copiosos despachos de diplomáticos extranjeros que lo trataron personalmente e informaron de sus actividades. Los propios escritos de Franco, sus discursos (en los que con frecuencia mantenía un diálogo consigo mismo) y otros documentos suyos recientemente publicados también constituyen una fuente rica, aunque nada fácil, para el biógrafo. Son instrumentos de sus propios ofuscamientos pero también proporcionan una excelente muestra de su autopercepción.

Mediante el uso de todas esas fuentes, es posible seguir de cerca a Franco y ver cómo se convirtió sucesivamente en conspirador, Generalísimo de los militares rebeldes de 1936 y Caudillo de los victoriosos nacionales. Varios de los mitos franquistas no resisten tras una investigación exhaustiva de su supervivencia a la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría o de sus tortuosas relaciones con Hitler, Mussolini, Churchill, Roosevelt, Truman y Eisenhower. Igualmente sorprendente es la imagen que surge de su tránsito de activo dictador en los años cincuenta al papel de somnolienta figura decorativa en sus últimos días. Siguiéndole paso a paso y día a día es posible lograr un retrato más ajustado y convincente de lo que hasta ahora existía. De hecho, quizá sólo mediante este examen minucioso pueda resolverse el enigma del esquivo general Franco.

La forja de un héroe, 1892-1922

Francisco Franco Bahamonde nació a las doce y media de la madrugada del 4 de diciembre de 1892 en la calle Frutos Saavedra, 108, conocida popularmente como *La calle María*, de El Ferrol, en el extremo más noroccidental de Galicia. El 17 de diciembre le bautizaron Francisco Paulino Hermenegildo Teódulo, en la cercana parroquia militar de San Francisco.*

En la época de su nacimiento, El Ferrol, una ciudad encerrada en sí misma, aún amurallada, era una pequeña base naval con una población de 20.000 habitantes. La familia Franco vivía allí desde principios del siglo XVIII y seguía la tradición de trabajar en la intendencia naval.**1 Su abuelo, Francisco Franco Vietti, era intendente ordenador de la Marina, rango equivalente a general de brigada en el ejército. Se casó con Hermenegilda Salgado-Araujo, con la que tuvo dos hijos. El primero, Nicolás José Saturnino Antonio Francisco Franco Salgado-Araujo, padre del futuro Caudillo, nació el 22 de noviembre de 1855, su hermana Hermenegilda nació el 1 de diciembre de 1856.

Nicolás siguió a su padre en la rama administrativa de la armada española en la que, tras cincuenta años de servicio, ascendió a intendente general, rango también equivalente a general de brigada. De joven, destinado primero en Cuba y luego en Filipinas, Nicolás tenía fama de llevar una vida disoluta. Mantuvo una relación con Concepción Puey, de catorce años, hija de uno de sus compañeros de armas. * En 1889, en Cavite, ella había dado a luz un niño, a quien se bautizó como Eugenio Franco Puey. El 24 de mayo de 1890, cuando rondaba los treinta y cinco años, Nicolás Franco Salgado-Araujo se casó con María del Pilar Bahamonde y Pardo de Andrade, de veinticuatro años, en la iglesia de San Francisco, en El Ferrol. La piadosa María del Pilar era hija de Ladislao Bahamonde Ortega, comisario de equipo naval del puerto. La unión de este librepensador *bon viveur* con la conservadora y moralista Pilar fue un fracaso. No obstante, tuvieron cinco hijos: Nicolás fue el primero, Francisco el segundo, seguido de Paz, Pilar y Ramón.**2

La familia Franco llevaba más de un siglo ocupada en la intendencia de la base naval de El Ferrol. Cuando nació Franco ésta era una ciudad remota y aislada, separada de La Coruña por una travesía de diecinueve kilómetros que cruzaba la bahía en dirección sur o de sesenta y cuatro kilómetros de pésima carretera, a menudo impracticable y bajo rigurosas condiciones climatológicas. La Coruña a su vez estaba a seiscientos tres kilómetros (o dos días de tren traqueteante) de Madrid. El Ferrol no era un lugar cosmopolita. Era una ciudad de rígidas jerarquías sociales en la que los oficiales de la Marina y sus familias constituían la casta privilegiada. Los intendentes navales o los oficiales de la marina mercante se consideraban una categoría inferior. Había barreras sociales que separaban a la familia de clase media baja de Franco de los oficiales navales «de verdad», pues la intendencia se consideraba inferior al Cuerpo General de la Armada. La idea de una heroica tradición naval familiar, que posteriormente Franco cultivó con esmero, fue más una aspiración que una realidad, algo que se percibe en la decisión de Nicolás Franco Salgado-Araujo de que sus hijos se convirtieran en «verdaderos» oficiales navales.

En parte debido a que un cargo en la oficialidad de la Marina era una ambición común entre la clase media ferrolana y en parte debido al trabajo de su padre, Francisco se interesó por las cosas del mar. De niño jugaba a piratas en el puerto de los transbordadores y remaba en las tranquilas aguas de la ría de El Ferrol prácticamente cerrada. 3 De adolescente, intentó ingresar en la Armada. Sus dos escuelas de primaria, el Colegio del Sagrado Corazón y el Colegio de la Marina, estaban especializadas en preparar niños para los exámenes de ingreso en la Marina. 4 Nicolás Franco Bahamonde consiguió satisfacer las expectativas de su padre, pero las ambiciones navales de Francisco se truncaron. El fracaso en su intento de entrar en la Marina pesaría gravosamente sobre él. En Salamanca, durante la Guerra Civil, todo el mundo sabía que para complacerle o aplacar su ira no había más que desviar la conversación hacia temas navales. 5 Siendo ya Caudillo pasaba todo el tiempo que podía a bordo de su yate *Azor*, vestía el uniforme de almirante a la mínima oportunidad y, cuando visitaba ciudades costeras, le gustaba llegar desde el mar a bordo de un buque de guerra.

La niñez de Franco estuvo dominada por los esfuerzos de su madre para sobrellevar la rígida severidad y más tarde las constantes ausencias de su padre, la sombra de cuyas infidelidades flotaba sobre el hogar. Su madre lo crió en una atmósfera de religiosidad y estirados modales de clase media baja provinciana. El matrimonio sólo había disminuido brevemente el número y la duración de las partidas de cartas y las juergas de Nicolás Franco Salgado-Araujo en el club de oficiales. En 1898, tras el nacimiento de su hija Paz, Nicolás había vuelto a sus hábitos de soltero. El pesar que esto causaba a su mujer se agravó con la muerte de Paz en 1903, después de una enfermedad no diagnosticada que duró cuatro meses. Pilar Bahamonde quedó destrozada. 6 [Quizá debido a los remordimientos por desatender a su familia], en casa Nicolás Franco era un hombre autoritario y malhumorado que perdía fácilmente los estribos si le llevaban la contraria. Su hija Pilar declararía que gobernaba la casa como un general, aunque también dijo que no pegaba a sus hijos más de lo normal en aquellos tiempos; afirmación de doble filo que hace difícil evaluar la magnitud y la intensidad de su violencia. El joven Nicolás sufrió el peso de su cólera y Ramón también acarreó durante toda su vida un profundo resentimiento hacia su padre y su violencia descontrolada. Hasta que Nicolás Franco abandonó el hogar en 1907, sus hijos y su esposa fueron muchas veces víctimas de sus repetidos accesos de ira.

Francisco se portaba demasiado bien, era demasiado «niño mayor», en palabras de su hermana, para provocar las iras de su padre con frecuencia. No obstante, Pilar recuerda la honda desolación que le embargaba cuando su padre le golpeaba injustamente. 7 Incapaz de

ganarse el afecto y la aceptación de su padre [parece que Francisco buscó librarse del dolor negando su necesidad de cariño y afecto]. Era un niño solitario, reservado hasta el extremo de un gélido desapego. Se cuenta la anécdota de que cuando tenía unos ocho años, Pilar calentó una gran aguja hasta que la punta estuvo al rojo vivo y se la aplicó a Francisco en la muñeca. Apretando los dientes éste, al parecer, se limitó a decir: «¡Qué barbaridad! ¡Cómo huele la carne quemada!». ⁸ Dentro de la familia, Francisco quedaba oscurecido por sus dos hermanos, Nicolás y Ramón, que eran extrovertidos y habían salido a su padre. Nicolás, que se hizo ingeniero naval, era el favorito de su padre. Entrevistado por la prensa en 1926, el padre de Franco restó importancia a los éxitos de sus dos hijos menores, Francisco como comandante de la Legión Extranjera y Ramón, que se había convertido en el primer hombre en sobrevolar el Atlántico sur. ⁹ Incluso más tarde, siendo Francisco jefe del Estado, cuando a su padre le preguntaban por «su hijo», perversamente hablaba de Nicolás o a veces de Ramón. Sólo cuando le presionaban, don Nicolás hablaba de la persona que llamaba «mi otro hijo».

En fuerte contraste con su despótico marido, Pilar Bahamonde aparentaba ser una mujer amable, bondadosa y serena. Pilar reaccionó a las humillaciones sufridas a manos de su esposo jugador y mujeriego presentando ante todos una apariencia de imperturbable dignidad y fervor religioso, ocultando su vergüenza y las dificultades económicas que tenía que afrontar. No significa esto que la familia sufriera privaciones, pues recibía ayuda económica del padre de Pilar, Ladislao Bahamonde Ortega, que vivió con ellos tras la muerte de su esposa, y también de su propio marido. Sin embargo, a partir de 1907, cuando su esposo se fue de Galicia, primero a Cádiz y después a Madrid, la ayuda económica que Pilar Bahamonde recibía de él debió de ser forzosamente limitada. Siempre hubo una criada en la casa, pero fueron necesarios ciertos sacrificios para mantener las apariencias. Enviar a sus cuatro hijos a colegios privados supuso un esfuerzo para la economía familiar. Se ha insinuado, aunque la familia lo niega categóricamente, que Pilar se vio obligada a aceptar huéspedes. ¹⁰ A pesar de estas dificultades, su bondad se extendía a sus parientes y ayudó a criar a los siete pequeños de su cuñado Hermenegildo Franco. ¹¹

Pilar Bahamonde intentó imbuir en sus hijos tenacidad para progresar en la vida y para escapar de su situación mediante el estudio y el trabajo duro, filosofía que parece haber arraigado sobre todo en su segundo hijo y en su hija Pilar. No obstante, sus cuatro hijos supervivientes eran intrépidos y muy ambiciosos de un modo u otro. Nicolás Franco Salgado-Araujo fue un liberal, simpatizante de la masonería y crítico frente a la Iglesia católica. Por el contrario, Pilar Bahamonde era conservadora en política y una católica profundamente devota. Dadas las circunstancias de su infancia y la naturaleza e ideas de su padre, no es de extrañar que entre los legados que el joven Franco heredó de su madre se encontrara un catolicismo sólido y simplista, una aversión hacia la promiscuidad sexual y una fobia contra el liberalismo y la masonería. ¹² Lo más curioso es el hecho de que sus hermanos siguieran los pasos de don Nicolás y no los de doña Pilar. Después de que su esposo la abandonara, doña Pilar siempre vistió de negro. Testigo de cómo la introspectiva piedad de su madre se transformaba en un escudo eficaz contra los infortunios, parece ser que Francisco eliminó su propia vulnerabilidad emocional a costa de desarrollar un frío vacío interior.

La desdicha de doña Pilar y sus estoicos intentos de poner al mal tiempo buena cara dificultaron la tarea de resarcir a sus hijos por la conducta de su marido. Cada uno respondió de distinta manera: Francisco se identificó con su madre, negando la necesidad de aprobación paterna que anhelaba y jamás consiguió. Su hedonista hermano mayor, Nicolás, creció para convertirse en un amante de los placeres como su padre, pródigo con el dinero y aficionado a las mujeres. Su incorregible hermano menor, Ramón, sería un aventurero irresponsable, famoso por sus hazañas como as de la aviación y célebre por su decadente vida privada en los años veinte y su compromiso superficial con el anarquismo y la masonería. Francisco estaba muchísimo más unido a su madre que ninguno de sus hermanos. La acompañaba con regularidad a comulgar y era un niño piadoso que lloró al hacer la primera comunión. Cuando estaba de vacaciones en El Ferrol, ya adulto, nunca dejaría de cumplir con sus deberes religiosos, por temor a disgustar a su madre. ^{*13}

Es imposible decir con precisión qué efecto causó en Francisco la separación de sus padres y el abandono paterno, aunque seguramente es importante el hecho de que uno de los pocos comentarios que hizo sobre el tema de los niños fuera: «Los niños pequeños no deben separarse nunca de sus padres. Hacerlo no es bueno. El niño necesita tener seguridad de apoyo en sus padres y éstos no deben olvidar que los hijos son una responsabilidad personal». ¹⁴ Como Caudillo, Franco negó vehementemente que hubiera nada anormal en la relación de don Nicolás con su esposa o sus hijos. No obstante, en una ocasión, ante la irrefutable evidencia de los «deslices» de su padre, su reacción resulta reveladora. Franco espetó: «Bien, pero no le quitaron nunca la patria potestad». ¹⁵ Las dificultades de la relación de Franco con su padre se reflejaron más tarde en diversos esfuerzos para reconstruirla de forma idealizada. En su diario del primer año en la Legión contaba una anécdota claramente apócrifa en la que podemos percibir sus propios anhelos. Un joven oficial está cruzando una calle en Marruecos cuando le saluda un veterano soldado de pelo cano. El oficial se dispone a devolverle el saludo, sus miradas se cruzan, se contemplan y se abrazan entre lágrimas: es el padre largamente ausente del oficial. ¹⁶ Fue un ensayo para su novela autobiográfica, *Raza*, en la que creó el padre que le habría gustado: un marino heroico de perfecta rectitud moral. A la muerte de su padre, reclamó el cadáver e implícitamente reinventó la segunda parte de su vida, al enterrarlo con un ceremonial que, si bien era acorde con las ordenanzas militares, no era lo más indicado para la vida bohemia de los años finales de don Nicolás. Su total abstinencia de alcohol, juego y mujeres da testimonio de su esfuerzo por crearse una personalidad que fuera la antítesis de la vida de su padre.

Franco rechazaría frecuentemente todo lo que él asociaba con su padre, desde los placeres de la carne a las ideas de izquierda. Este repudio del padre corría parejo con una profunda identificación con su madre, algo que quizá pueda rastrearse en rasgos de su personalidad: modales afables, voz atiplada, propensión a las lágrimas, constante sentimiento de haber sufrido una pérdida. Un tono de rencor

autoconmiserativo recorre sus discursos como Caudillo, un permanente eco del niño marcado por las dificultades, y que fue una de las fuerzas que le impulsaron a buscar la grandeza.

Los dos grandes acontecimientos políticos de la primera juventud de Franco que marcarían su posterior desarrollo fueron la pérdida de Cuba en 1898 y la intervención de España en la costosa guerra colonial de Marruecos. El desastre imperial provocó desconfianza civil en un ejército incompetente e intensificó el resentimiento militar hacia el poder político y hacia la hostilidad civil al reclutamiento. A lo largo de su vida, Franco comentaría el profundo efecto que le causó el «desastre» de 1898. En 1941, cuando estuvo a punto de entrar en la guerra del lado del Eje, declaró: «Cuando nos asomamos a la vida, ... vimos nuestra infancia presidida por la torpeza de aquellos hombres que abandonaron al extranjero la mitad del territorio patrio». Franco consideraría su mayor hazaña el haber borrado la vergüenza de 1898.¹⁷

El 3 de julio de 1898, Francisco tenía cinco años y medio cuando tuvo lugar en Santiago de Cuba la gran derrota naval a manos de Estados Unidos. España perdió los restos de su imperio: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Aunque es bastante improbable que a esta edad fuera consciente de lo que sucedía, un desastre de tales dimensiones no pudo sino causar un profundo efecto en una pequeña población con guarnición naval como El Ferrol. Muchos de sus amigos del colegio perdieron parientes y llevaron luto. Por la ciudad se vieron hombres mutilados durante muchos años. Y aún más importante fue que, al llegar a cadete, entró de pleno en una atmósfera que se había emponzoñado desde 1898. Se atribuía la derrota a la felonía de los políticos, que habían enviado a la batalla fuerzas navales y militares con recursos insuficientes. El hecho de que a las muy superiores fuerzas de Estados Unidos les costara tres meses derrotar a la desvencijada flota española, convenció a Franco de que el coraje valía más que cientos de toneladas de buen armamento.¹⁸

La derrota de 1898 tuvo un impacto inmediato en Franco debido a las consecuentes restricciones presupuestarias. La Escuela de Administración Naval, el canal habitual para que los muchachos de la familia Franco ingresaran en la Marina, fue clausurada en 1901. Se decidió, por tanto, que Nicolás y Francisco se prepararan para los exámenes de ingreso en el Cuerpo General de la Armada. Ambos asistieron a un colegio local de clase media, la Escuela del Sagrado Corazón. En esa época, antes de que su padre abandonara el hogar familiar, Francisco, según algunos coetáneos que lo trataron fuera de la familia, era aplicado pero no destacaba, «dibujaba muy bien y en esto tenía mucha habilidad ..., pero era un chico corriente. No se distinguía ni por estudioso, ni por desaplicado ... Cuando estaba de broma era alegre, pero desde pequeño fue muy equilibrado». ¹⁹ Tenía un aspecto enfermizo y estaba tan delgado que sus compañeros de juegos le apodaron *Cerillito*. Dentro de la familia, a su hermana le impresionaba hasta qué punto Francisco emulaba la callada seriedad de su madre. Era un niño obediente, de buen comportamiento y cariñoso, aunque tímido, bastante triste y poco comunicativo. Ya entonces, como después, era poco espontáneo. Era muy meticuloso en lo que hacía a su aspecto, rasgo que conservaría toda la vida. Parecía mayor y su obstinación, astucia y prudencia eran evidentes. Entre los amigos más íntimos de la niñez se encontraba su primo Ricardo de la Puente Bahamonde, que sería ejecutado en Marruecos en 1936 con el consentimiento de Franco.²⁰ De adolescente mostró un interés normal por las chicas; le gustaban las morenas delgadas, que elegía entre las amigas del colegio de su hermana. Les escribía poemas y le mortificaba que se los enseñaran a su hermana.²¹

La pérdida de Cuba iba a tener serias consecuencias en el país: aceleró el ascenso del movimiento regionalista en Cataluña y alentó en los oficiales del ejército la determinación de borrar la ignominia de la derrota con una aventura colonial en Marruecos. El nacionalismo catalán y la empresa marroquí iban a unirse en una interacción explosiva. En 1898, la demostración de la impotencia internacional de España socavó la fe de las élites catalanas en el gobierno central. La economía catalana había dependido del mercado cubano y la sensación, ya antes latente, de que Madrid era un obstáculo incompetente y parasitario para el dinamismo catalán se expresó cada vez con más insistencia, sobre todo a principios de 1901 tras la aparición de un partido catalanista, la Lliga Regionalista. ²² En el contexto de inseguridad y humillación provocado por la pérdida de Cuba, la animosidad militar ante lo que se consideraba una traición política durante la guerra con Estados Unidos se complicó con la emergencia de un catalanismo militante, que los soldados percibían como una agresiva amenaza separatista a la unidad de la *Patria*.²³

En noviembre de 1905, las oficinas barcelonesas de la revista satírica catalana, *Cu-Cut!* y del periódico de la Lliga Regionalista, *La Veu de Catalunya*, fueron asaltadas por trescientos oficiales jóvenes, ante el aplauso de la oficialidad de toda España. Dada la general aprobación militar de lo sucedido, el gobierno fue incapaz de imponer disciplina o de oponerse a las exigencias militares de que se tomaran medidas para castigar las ofensas al honor del ejército. En 1906, los políticos cedieron a la disposición militar para intervenir en política, introduciendo la Ley de Jurisdicciones, que concedía al ejército jurisdicción sobre las ofensas cometidas contra la patria, el Rey y el propio Ejército. ²⁴ Todo ello supuso un considerable impulso al sentido de superioridad del ejército sobre la sociedad civil.

Al cumplir los doce años, primero Nicolás y luego Francisco, junto con su primo de catorce años, Francisco Franco Salgado-Araujo, entraron en la escuela de Preparación Naval dirigida por el capitán de corbeta Saturnino Suanzes. Allí entablaron amistad con Camilo Alonso Vega, que sería un camarada para toda la vida. Nicolás y un amigo de los dos hermanos, Juan Antonio Suanzes, consiguieron entrar en el Cuerpo General de la Armada. Nicolás eligió ir a la Escuela de Ingeniería Naval. Franco y su larguirucho primo Pacón ^{*} alimentaron las esperanzas de entrar en la Escuela Naval Flotante, el buque escuela. Entonces se publicó un decreto que limitaba el ingreso, el cual les impidió la entrada. Nunca se planteó intentar otra carrera que no fuera la militar y de este modo, Franco, que ahora tenía catorce años, acudió a la Academia Militar de Infantería de Toledo. Pacón suspendió el examen de ingreso en 1907, pero lo aprobó al año siguiente.²⁵

Cuando en 1907 Nicolás Franco Salgado-Araujo aceptó un puesto en Cádiz, del cual pasaría a Madrid, fue solo y gradualmente iba

complejando los lazos con la familia. Algunos familiares han sugerido que le obligaron a aceptar el cargo, pero después de haber pasado casi veinte años en El Ferrol sin que le amenazaran con un traslado, parece más probable que deliberadamente buscara un destino fuera de Galicia para escapar de un matrimonio infeliz. Curiosamente, los vecinos, e incluso algún pariente, estaban convencidos de que la separación se debía a la negativa de Pilar Bahamonde a acompañar a su marido a Cádiz.²⁶ Aunque no se divorció de Pilar, más tarde se «casaría» con su amante, Agustina Aldana, en una ceremonia informal, no religiosa, en Madrid y viviría con ella en la calle Fuencarral hasta su muerte en 1942. Se ha dicho que la niña que vivía con ellos, y a quien adoraban, era una hija ilegítima o una sobrina de Agustina que ellos habían adoptado. La escandalizada familia se refería a Agustina como a su «ama de llaves».²⁷

Así pues, en julio de 1907 el joven Francisco dejó el amargado hogar de El Ferrol para realizar los exámenes de ingreso en la academia militar. Su padre le acompañó en el largo viaje de La Coruña a Toledo. A pesar de la fascinación de los nuevos paisajes que veía pasar, la tensión existente entre él y su padre no hizo del viaje una experiencia agradable. Don Nicolás se mostró inflexible y severo en el transcurso de un viaje durante el que su hijo necesitaba aliento y afecto.²⁸ A pesar de este comienzo poco prometedor, Franco aprobó los exámenes y entró en la academia el 29 de agosto de 1907 junto con 381 aspirantes más, entre los que se encontraban muchos futuros camaradas de armas como Juan Yagüe Blanco y Emilio Esteban Infantes. La academia ocupaba el Alcázar construido por Carlos V, que domina el monte alrededor del cual se construyó la ciudad. Lejos de los brumosos y verdes valles de Galicia y de la plácida ría en la que solía navegar, la polvorienta Toledo en la árida meseta castellana debió suponer un choque brutal. Aunque no hay pruebas de que fuera sensible a la riqueza del arte religioso que abunda en Toledo, parece ser que sí le conmovió el sentimiento de historia que emanaban sus calles. En *Raza*, el cadete José Churruga (Franco) «saca más de las piedras [de Toledo] que de sus libros».²⁹ Una creciente obsesión por la grandeza de la España imperial le hizo receptivo a Toledo como símbolo de la misma. Su posterior identificación con la figura del Cid quizá tuviera sus orígenes en los paseos adolescentes por las históricas calles de la ciudad.

La vida como cadete del ejército fortalecería su interés por la historia de España. Incluso en su parco relato posterior queda claro que sufrió considerables angustias. Lejos por primera vez del entrañable cariño de su madre, el joven Franco tuvo que hacer de tripas corazón y buscar en su interior la tenacidad para seguir adelante. En las austeras condiciones de vida del Alcázar, también tendría que afrontar los problemas que le planteaba su físico poco imponente (1,64 de estatura y extraordinaria delgadez). Ya vulnerable debido al abandono de su padre, la separación de su madre, que era su principal refugio, debió forzarle inevitablemente a enfrentarse a su fuerte inseguridad. Parece ser que la combatió de dos formas relacionadas. Primero, se entregó a la vida militar, cumpliendo sus tareas con el más concienzudo sentido del deber y haciendo un culto del heroísmo, el valor y las virtudes militares. Las rígidas estructuras de la jerarquía militar y la certidumbre de las órdenes le dieron un marco firme en el que integrarse. Al mismo tiempo, empezó a crearse otra identidad. El inseguro adolescente gallego se convertiría en el duro héroe del Rif y, andando el tiempo, siendo ya Caudillo, en un «salvador de España» al igual que el Cid.³⁰

Sus compañeros pronto empezaron a llamarle *Franquito*, por razón de su estatura. De hecho, durante sus tres años en la academia lo sometieron a diversas humillaciones menores debido a su talla y a su voz aguda, como obligarle a hacer la instrucción con un fusil al que habían serrado quince centímetros de cañón. Trabajó de forma servicial, con un interés particular en topografía y en la historia militar de España, poco crítica e idealizada, que se impartía a los cadetes. Según uno de sus compañeros de promoción, Vicente Guarner, Franco «estudiaba poco y mal». Para Guarner, «era Franco, entonces, un cadete introvertido, taciturno, apagado y nada brillante. Su cultura parecía limitada. No discutía. Hablaba muy poco y tal vez su abstraído aislamiento se debiera a su complejo afectivo familiar... Lo considerábamos un gallego nada sobresaliente, triste y cauteloso, siempre melancólico y deprimido, de aspecto vulgar, moreno, bajito, con voz de falsete y que había leído muy poco». Por carecer de interés en las incursiones sexuales o alcohólicas a las zonas de peor reputación de la ciudad, se convirtió en blanco de las crueles «novatadas» (ritos de iniciación) de sus compañeros de estudios, contra las que reaccionó con cierta violencia. Según su propia versión, recogida casi setenta años más tarde, hablaba de la «triste acogida que se ofrecía a quienes veníamos llenos de ilusión a incorporarnos a la gran familia militar» y describía las novatadas como «un duro calvario».³¹ Otros relatos que buscaban rasgos del posterior héroe en el joven cadete, detallan sus reacciones viriles. Una anécdota repetida hasta la saciedad cuenta que le escondieron los libros y fue castigado por no tenerlos en el lugar adecuado. Se los volvieron a esconder. El oficial cadete estaba a punto de volver a castigarlo cuando Franco le arrojó un candelabro a la cabeza. Cuando fue llevado ante el comandante en jefe se negó a delatar a quienes los habían escondido.³² Semejante conducta le ayudó a hacer algunos amigos, entre los que se contaban Camilo Alonso Vega, Juan Yagüe y Emilio Esteban Infantes, aunque nunca fue íntimo de ninguno de ellos.

En Gran Bretaña y Estados Unidos, a finales de siglo, los cadetes empezaban sus estudios militares una vez completada su educación civil. En Toledo, los muchachos jóvenes, relativamente faltos de estudios, empezaban a impregnarse de la disciplina del ejército y de las convenciones de la cosmovisión militar del mundo cuando todavía eran muy ignorantes e impresionables.³³ Desde el punto de vista profesional poco pudo aprender además de las destrezas prácticas de la equitación, el tiro y la esgrima. El libro de texto básico era el *Reglamento provisional para la instrucción teórica de las tropas de Infantería* que se basaba en las lecciones de la guerra francoprusiana sin atender a los cruciales cambios que habían acontecido en el pensamiento militar alemán desde 1870. La importancia creciente que en el ejército alemán y en el británico se daba a la artillería y a los ingenieros no tenía equivalente en España, donde la infantería seguía siendo dominante. La experiencia reciente de Cuba no sirvió para extraer conclusiones militares, aunque habrían resultado inmensamente útiles para las aventuras coloniales del norte de África. Se hacía más hincapié en la disciplina, la historia militar y las virtudes morales: el valor ante el

enemigo, la fe incuestionable en las ordenanzas militares, la obediencia y la lealtad absolutas a los oficiales superiores.³⁴ Los cadetes se empapaban además de un agudo sentido de la responsabilidad moral del ejército como guardián de las esencias de la nación. No se podía tolerar ninguna afrenta ni insulto al ejército, a la bandera, al monarca o a la nación. Por extensión, cuando un gobierno llevaba el país al descrédito permitiendo el desorden, el deber del oficial patriótico era levantarse contra el mismo en defensa de la patria.

El método educativo consistía generalmente en el aprendizaje memorístico de masas de datos, en concreto los detalles de las grandes batallas del pasado de España. No obstante, estas batallas se examinaban como ejemplos de coraje y resistencia hasta el final, en lugar de analizarse por sus lecciones tácticas o estratégicas. El recuerdo principal de Franco de su estancia en la academia era un comandante del profesorado que había sido condecorado por su heroísmo con la Cruz Laureada de San Fernando. Había recibido esta medalla por una lucha a cuchillo cuerpo a cuerpo en Marruecos, de la que, Franco recordaba con placer, «aún guardaba gloriosas cicatrices en la cabeza». El impacto que tuvo sobre el modo de pensar de Franco —y, en realidad, sobre sus métodos cuando veinte años más tarde fue director de la Academia General Militar de Zaragoza— se reveló en su comentario de que «ello solo nos enseñaba más que todas las otras disciplinas».³⁵ Cuando los cadetes acudían al campo de batalla, tenían que improvisar, pues lo que les habían enseñado tenía muy poca aplicación práctica.

A finales de julio de 1909, mientras Francisco estudiaba en Toledo, estallaron en Barcelona los acontecimientos conocidos como la «Semana Trágica». A ojos de los militares, estos disturbios eran triplemente preocupantes, por sus connotaciones antimilitaristas, anticlericales y separatistas. El gobierno de Antonio Maura estaba presionado tanto por los oficiales del ejército próximos a Alfonso XIII como por los inversores españoles en la minas marroquíes. Además, los ataques de los cabileños a la línea de ferrocarril que llevaba al puerto de Melilla dieron pie a que los franceses amenazaran con exportar su mineral de hierro a través de Argelia. Maura también temía que Francia utilizara la aparente incapacidad española para mantener el orden en su protectorado como excusa para anexionarlo. En consecuencia, el 9 de julio aprovechó un ataque de los moros al ferrocarril de Melilla para enviar una fuerza expedicionaria que extendiese el territorio español hasta los depósitos de mineral de las montañas cercanas. El ministro de la Guerra decidió enviar una brigada de infantería ligera acuartelada en Barcelona, llamando a filas a los reservistas de la brigada, en su mayoría hombres casados con hijos, que, sin la preparación adecuada, embarcaron en el puerto de Barcelona al cabo de pocos días. Durante la semana siguiente, se produjeron protestas contra la guerra en las ciudades de Aragón, Valencia y Cataluña de donde provenían los reservistas. El domingo 18 de julio de 1909, en Barcelona estalló una manifestación espontánea contra la guerra. Ese mismo día, las tribus del Rif lanzaron un ataque sobre las vías de abastecimiento españolas en Marruecos. Al día siguiente, llegaron a España las noticias de nuevos desastres militares en Melilla. Mal entrenado, mal equipado y carente de los mapas más elementales, volvió a ponerse en evidencia el pasmoso estado de deterioro del ejército español. En el curso de la semana, los rumores acrecentaron la magnitud de la derrota y de las bajas. Se produjeron manifestaciones en Madrid, Barcelona y las ciudades que contaban con estaciones de ferrocarril, desde las que los reclutas habían partido para la guerra.

Durante el siguiente fin de semana, los anarquistas y los socialistas de Barcelona acordaron convocar una huelga general. El lunes 26 de julio, la huelga se propagó rápidamente, aunque no estaba dirigida contra los patronos, algunos de los cuales apoyaban su finalidad contraria a la guerra. El capitán general de la región, Luis de Santiago, decidió tratarla como si fuera una insurrección, imponiéndose al gobernador civil, Ángel Ossorio y Gallardo, y declarando la ley marcial. Se levantaron barricadas en las calles de los barrios obreros periféricos y las protestas contra el reclutamiento desembocaron en disturbios anticlericales y en la quema de iglesias. El general de Santiago no pudo hacer otra cosa que defender los principales puntos de la ciudad, por temor a que sus reclutas confraternizaran con los alborotadores. Los refuerzos se retrasaron porque la atención del alto mando militar y del gobierno estaba centrada en la batalla de Barranco del Lobo en Marruecos. Sin embargo, el 29 de julio llegaron unidades y en dos días la artillería sofocó el movimiento. Hubo numerosos encarcelamientos y se juzgó a 1.725 personas, de las cuales cinco fueron sentenciadas a muerte. Entre ellas se encontraba el librepensador Francisco Ferrer Guardia, fundador de una escuela libertaria, la Escuela Moderna.³⁶

Los instructores dieron a los cadetes de Toledo una versión particularmente estremecedora de los acontecimientos. Era insultante que pacifistas y revolucionarios camparan a sus anchas mientras parte del ejército luchaba por la supervivencia en Marruecos. El joven Franco interpretó las diversas manifestaciones internacionales a favor de Francisco Ferrer como obra de la masonería internacional. El círculo de cadetes en el que Franco se movía juzgó los acontecimientos de Barcelona y la derrota del Barranco del Lobo como la prueba de que el poder político era débil e incompetente.³⁷

La brecha entre la sociedad militar y la civil se agrandaba drásticamente en esa época. Es imposible comprender a Franco ni personal ni políticamente sin entender hasta qué punto primero asumió y luego expresó las actitudes del típico oficial del ejército de su tiempo. Los hitos en el camino hacia el divorcio entre civiles y militares, el «desastre» de 1898, el incidente del *Cu-Cut!* de 1905, la «Semana Trágica» de 1909, se alcanzaron poco antes de que Franco se incorporase al ejército o durante sus primeros años de formación en las fuerzas armadas. Estos acontecimientos y sus implicaciones profesionales y políticas fueron la comidilla inevitable de las academias militares y los comedores de oficiales. Para alguien como el joven Franco, tan devotamente (por no decir obcecadamente) dedicado a la carrera de las armas, era imposible que el resentimiento despertado por esos acontecimientos no se grabara a fuego en lo más hondo de su conciencia.

Franco completó sus estudios en la academia en junio de 1910. Su ambición, como la de muchos de los que se graduaron en su tiempo, se cifraba en ir y luchar en Marruecos, donde era posible ascender con rapidez y donde se podía borrar la vergüenza de Cuba. El 13 de julio de 1910, Franco ingresó formalmente en el cuerpo de oficiales del ejército como alférez con el mediocre número 251 de los 312 cadetes de

su promoción que llegaron a graduarse (de los 381 iniciales). A pesar de este humilde comienzo, Franco sería el primero de su promoción en llegar a general.

Se ha afirmado que el joven Franco solicitó inmediatamente el destino a Marruecos y que se lo denegaron por razones de edad, dura competencia y su bajo lugar en el escalafón.³⁸ De hecho, habría carecido de sentido hacer una solicitud formal para que lo destinaran a Marruecos pues, en esa época, sólo podían ir a África los oficiales de teniente para arriba.³⁹ Lo destinaron al Regimiento de Zamora n.º 8, que estaba apostado en su ciudad natal de El Ferrol. Allí, desde el 22 de agosto de 1910 hasta febrero de 1912, pudo estar cerca de su madre y exhibir su uniforme. También tuvo que aguantar el soberano aburrimiento de las obligaciones propias de una guarnición en una pequeña ciudad provinciana. Las mañanas se dedicaban a desfiles y maniobras, las tardes a la equitación. Luego estaban las guardias. Podía comer en casa con frecuencia. En esa época, la persistente influencia de su madre se reflejó en el hecho de que, el 11 de junio de 1911, entrara en la hermandad de la Adoración Nocturna.⁴⁰ También consolidó su amistad con Camilo Alonso Vega y con su primo Pacón. A finales de 1911 se levantó la orden que prohibía que los alféreces fueran destinados a Marruecos y los tres enviaron solicitudes de traslado.

Quizá asfixiado por la sombría situación familiar, probablemente impulsado por el patriotismo, ciertamente consciente de la pobre paga de un alférez y de que las oportunidades de ascenso serían más fáciles en Marruecos que en una guarnición peninsular, Franco ansiaba abrirse camino y superar su posición en el escalafón (la 251). Mientras él escuchaba los cantos de sirena de África, la izquierda hacía una vigorosa campaña contra la guerra colonial en general y contra el reclutamiento en particular. Como muchos jóvenes soldados, Franco desarrolló una aversión duradera hacia el pacifismo de izquierdas. Ante el deterioro de la situación del ejército español en Marruecos, el 6 de febrero de 1912 por fin aceptaron las solicitudes de traslado de los tres jóvenes oficiales, que fueron destinados a Melilla en la reserva. Franco y sus dos compañeros emprendieron de inmediato un largo y difícil viaje. Con la carretera hacia la estación de tren más próxima inundada por las tormentas y el puerto del servicio regular de transbordadores a La Coruña cerrado, decidieron acudir al Cuartel General Naval de El Ferrol en busca de un pasaje. Les permitieron viajar a bordo del buque mercante *Paulina*, lo cual significó una travesía de seis horas en medio de una tormenta aterradora que aguantaron de pie bajo una pasarela. Desde La Coruña se dirigieron por tren hacia Málaga, donde arribaron tras dos días de viaje. Llegaron a Marruecos el 17 de febrero de 1912.⁴¹

El delgado soldado de ojos redondos e inexpresivos que llegó a Melilla halló una ciudad colonial sucia y deteriorada.⁴² El muchacho de diecinueve años informó de su llegada y esperó órdenes en el fuerte de Tifasor, que formaba parte de las defensas exteriores de Melilla. Tifasor estaba al mando del coronel José Villalba Riquelme, que había sido director de la Academia de Infantería cuando Franco era cadete. La primera orden que le dio Villalba Riquelme fue recubrir la vaina de su espada con cuero mate para que no brillara y proporcionase un blanco fácil a los francotiradores. En el tiempo más breve posible Franco tuvo que aprender esta y demás cuestiones prácticas de la vida de combate, que no le habían enseñado en la Academia de Toledo ni había aprendido en el servicio de guarnición en El Ferrol. Al igual que muchos jóvenes oficiales, poco podía imaginar las dificultades que afrontaba el ejército español.

El problema más obvio era el odio enconado de la guerrera población local contra las fuerzas de ocupación. Dado el pobre nivel tecnológico de las fuerzas armadas españolas, la aventura marroquí no sería fácil. El ejército era ineficaz, estaba aplastado por la burocracia y provisto de un equipamiento insuficiente y anticuado: disponía de más generales y menos piezas de artillería por cada mil hombres que los ejércitos de países como Montenegro, Rumanía o Portugal. Sus 80.000 hombres estaban dirigidos por más de 24.000 oficiales, de los cuales 471 eran generales.⁴³ A ojos de los oficiales, lo más pernicioso era la incapacidad del poder político español para aportar o bien recursos o una política firme que diese a los soldados profesionales alguna posibilidad de éxito. Más aún, la conciencia de la élite política del creciente pacifismo de la mayoría de la opinión pública, simplemente confirmaba la convicción de muchos oficiales del ejército de que España no podía ser debidamente gobernada por civiles. Además, estaba la subordinación de España a Francia en la zona. España sufría la pesada carga de unas fronteras indefendibles en Marruecos, que simplemente no se correspondían con la realidad de los límites tribales. El predominio francés también constreñía a los políticos de Madrid.

Cómo se había llegado a tal punto es algo extraordinariamente complicado. Marruecos estaba gobernado por un sultán que imponía su autoridad y su sistema de recaudación de impuestos a los jefes locales mediante el terror. En los primeros años del siglo, éstos se rebelaron contra el licencioso sultán Abd el Aziz. En el levantamiento general, tuvieron lugar dos revueltas importantes. La primera fue la de Bu Hamara en las tierras que se extienden entre Fez y la frontera argelina. La más importante fue la de El Raisuli, un feroz cuatrero y jefe tribal, de las montañas de la Yebala en el noroeste. En el contexto del aún incompleto reparto de África, esta situación atrajo la atención de las grandes potencias.

Durante muchos años, Gran Bretaña había mantenido su influencia en Marruecos para garantizar el paso a través del estrecho de Gibraltar. Sin embargo, tras el humillante fracaso que supuso el incidente de Fashoda de 1898, que había impedido sus ambiciones egipcias, Francia trataba de consolidar su imperio hacia el oeste. Así, buscaba ávidamente el modo de apropiarse del sultanato marroquí, que constituía el eslabón suelto de una cadena imperial que iba desde África ecuatorial hasta Túnez. Hacia 1903, Gran Bretaña, debilitada por la guerra de los bóers, contemplaba con suspicacia el auge de Alemania y estaba dispuesta a una alianza con Francia. Incapaces en cualquier caso de evitar el dominio francés, los ingleses ansiaban encontrar el modo de salvaguardar Gibraltar. En abril de 1904, en virtud del acuerdo anglofrancés, Gran Bretaña cedió a las ambiciones francesas en Marruecos a condición de que el territorio del otro lado de Gibraltar quedara en manos españolas, más débiles.⁴⁴

Se dejó a los franceses que arreglasen sus cuentas con los españoles. En octubre de 1904, los franceses cedieron a España la parte septentrional de Marruecos. A Tánger se le concedió un estatuto internacional. Con el pretexto de los desórdenes tribales, los franceses fueron apropiándose de Marruecos por etapas. Hacia 1912, se estableció formalmente el protectorado francés. En noviembre de 1912, Francia firmó una entente con España cediéndole un protectorado similar en el norte. Los consiguientes acuerdos políticos estipularon que el sultán conservaba el control político nominal de todo el Marruecos tutelado por los franceses. Sin embargo, en la zona española, la autoridad local recaía en un representante del sultán, el jalifa, que el sultán elegía de una lista de dos nombres confeccionada en Madrid.

Era una situación muy comprometida. Los marroquíes nunca aceptaron el acuerdo, que les parecía absolutamente humillante y lucharon hasta reconquistar su independencia en 1956. Los antiguos enclaves militares españoles, Ceuta y Melilla, tuvieron que comunicarse por mar. El recién adquirido protectorado del interior era un yermo montañoso, sin carreteras. Además, dado que no se tenían en cuenta las fronteras tribales, Francia hizo a España un regalo de vigilancia imposible. Así pues, los españoles tuvieron que entrar en una guerra ruinosa y absurda.⁴⁵ Pero no disfrutaban de la superioridad tecnológica y logística que caracterizó a otras aventuras imperiales de la época. Curiosamente, los oficiales españoles en general, y Franco en particular, abrigaron y nutrieron dos mitos al respecto. El primero era que los marroquíes los adoraban; el segundo, que los franceses habían impedido un imperio español en Marruecos.

En el momento de la llegada de Franco a suelo africano, la iniciativa de la guerra en el Marruecos español la llevaban las tribus bereberes que habitaban las dos áridas regiones montañosas de Jibala, al oeste, y del Rif. Endurecidos por el combate, despiadados en la defensa de sus tierras, familiarizados con el terreno, eran lo contrario de los reclutas españoles, que les hacían frente mal entrenados y totalmente desmotivados. Franco afirmó años más tarde que en su primera noche en el campo de batalla no concilió el sueño y la pasó con una pistola en la mano porque desconfiaba de sus hombres.⁴⁶ El recién llegado estaba adscrito a una pequeña parte de una serie de operaciones militares destinadas a construir una cadena defensiva de blocaos y fuertes entre las ciudades más grandes. Esa táctica española demuestra que no habían aprendido nada desde la guerra de Cuba, donde adoptaron procedimientos semejantes. Los oficiales sentían un considerable malestar ante las contradictorias órdenes de avance o retirada que dictaba el gobierno de Madrid.

Tras las inseguridades de su niñez, la gran experiencia formativa de la vida de Franco fue su época de oficial colonial en África. El ejército le proporcionó un marco de certidumbres basadas en la jerarquía y el mando. Disfrutaba con la disciplina y se entregó con gusto a una maquinaria militar basada en la obediencia y en una retórica común de patriotismo y honor. Llegó a Marruecos en 1912 y allí pasó diez años y medio. Como él mismo comentaba al periodista Manuel Aznar en 1938, «Mis años en África viven en mí con indecible fuerza. Allí nació la posibilidad de rescate de la España grande. Allí se fundó el ideal que hoy nos redime. Sin África, yo apenas puedo explicarme a mí mismo, ni me explico cumplidamente a mis compañeros de armas».⁴⁷ En África adquirió las creencias centrales de su vida política: el papel del ejército como árbitro del destino político de España y, lo más importante, su propio derecho al mando. Siempre consideraría la autoridad política en términos de jerarquía militar, obediencia y disciplina, y siempre se referiría a ella como *el mando*.

El joven alférez Francisco Franco se entregó de inmediato a sus obligaciones, demostrando en seguida el valor y la sangre fría que nacían de su ambición. El 13 de junio de 1912 fue nombrado teniente. Ése fue su primero y único ascenso exclusivamente por razones de antigüedad. El 28 de agosto, a Franco se le concedió el mando de la posición de Uixan, que protegía las minas de Banu Ifrur. La guerra marroquí se recrudecía, pero Franco cortejaba con asiduidad a Sofía Subirán, la hermosa sobrina del Alto Comisario, el general Luis Aizpuru. Aburrida por su rebuscada formalidad y su impericia para el baile, Sofía resistió con éxito un contumaz asalto postal que duró casi un año.⁴⁸ En la primavera de 1913, resignado tras su desengaño amoroso, solicitó el traslado a la recién constituida policía nativa, los Regulares Indígenas, consciente de que siempre estaría a la vanguardia de los ataques y se le presentarían infinidad de oportunidades para demostrar su valor y ascender con rapidez. El 15 de abril de 1913, Franco fue destinado a los Regulares. En esa época, El Raisuli inició una importante movilización de sus hombres. Franco y los Regulares reforzaron la base española de Ceuta. El 21 de junio de 1913 llegó al campamento de Laucien y luego fue destinado a la guarnición de Tetuán. Entre el 14 de agosto y el 27 de septiembre, tomó parte en diversas operaciones y empezó a forjarse un nombre. El 22 de septiembre consiguió una pequeña victoria local con sus fieros mercenarios moros y el 12 de octubre de 1913 se vio recompensado con la Cruz del Mérito Militar de primera clase. En su relativamente corta existencia, los Regulares crearon una tradición de hombría exagerada, desdeñando cualquier protección bajo el fuego enemigo. Cuando Franco tuvo derecho a dirigir a sus hombres a caballo, eligió uno blanco, por una curiosa mezcla de romanticismo y arrogancia.

Durante un breve período, la situación en el protectorado español se estabilizó: las ciudades de Ceuta, Larache y Alcazarquivir estaban bajo control, pero las guerrillas y los francotiradores de El Raisuli amenazaban las comunicaciones en el abrupto territorio que se extendía entre ellas. Intentar conservar esta zona era ruinosamente costoso en hombres y en dinero. Las líneas de comunicación estaban salpicadas de blocaos de madera, de seis metros de largo por cuatro de ancho, protegidos hasta una altura de un metro y medio por sacos de arena y alambradas. Construirlos bajo el fuego de los francotiradores era muy peligroso. Estaban dotados de pelotones de veintinueve hombres que vivían en las más lamentables condiciones de aislamiento y tenían que ser aprovisionados cada pocos días de agua, comida y leña. Abastecerlos requería escoltas vulnerables al fuego de los francotiradores. Las cadenas de blocaos se comunicaban esporádicamente por heliógrafo y bengalas de señales.⁴⁹

El 1 de febrero de 1914, por su valor en la batalla de Beni Salem, en los arrabales de Tetuán, a los veintinueve años Franco ascendió a capitán «por méritos de guerra», con efecto desde esa fecha, aunque el ascenso no se anunció hasta el 15 de abril de 1915. Franco se estaba

ganando una reputación de oficial de campo metódico y bien preparado, interesado en logística, en abastecer a sus unidades, en trazar mapas y en la seguridad del campamento. Veinte años más tarde, Franco explicó a un periodista que para matar el aburrimiento en Marruecos había devorado tratados militares, memorias de generales y descripciones de batallas.⁵⁰ Hacia 1954, hinchó esto hasta el extremo de contarle al periodista inglés S. F. A. Coles que en Marruecos, durante su tiempo libre, había estudiado historia, la vida de los grandes jefes militares, a los estoicos y filósofos antiguos y obras de ciencia política, lo cual es bastante improbable.⁵¹ Esta posterior reconstrucción de Franco contrastaba curiosamente con la afirmación de su amigo y primer biógrafo, Joaquín Arrarás, de que pasaba todo el tiempo posible o bien en el parapeto observando al enemigo por los prismáticos o supervisando el terreno a caballo para mejorar los mapas de su unidad.⁵²

Hiciera lo que hiciese en su tiempo libre, durante este período empezaron a circular anécdotas sobre su aparente imperturbabilidad bajo el fuego enemigo. Se decía que era frío y sereno ante el riesgo, más que temerariamente valeroso. Empezaba ya a resarcirse del bajo número obtenido en la lista de aprobados de su promoción de la academia. En junio de 1916, eso casi le cuesta la vida durante una operación de limpieza a gran escala contra los integrantes de la guerrilla que se estaban congregando en masa en las lomas que circundaban Ceuta. El principal punto de apoyo de las guerrillas se encontraba a unos diez kilómetros al oeste de la ciudad, en el pueblo de El Biutz, situado sobre la cima de una montaña desde la que se dominaba la carretera de Ceuta a Tetuán y protegido por una línea de trincheras defendidas por hombres con ametralladoras y fusiles. Rígidamente limitados por sus propias ordenanzas de campaña, era de esperar que los españoles emprendieran un asalto frontal pendiente arriba. Mientras avanzaban, diezmados por el fuego de las trincheras de las cimas, otros cabileños tenían el plan de descender por detrás de la loma, rodear la retaguardia y atrapar a los españoles en un fuego cruzado.

A primera hora de la mañana del 29 de junio de 1916, tras registrarse numerosas bajas, Franco formaba parte de la principal compañía del Segundo Tabor de Regulares, que encabezaba el avance. Cuando el comandante de la compañía fue malherido, Franco asumió el mando. Mientras los hombres caían a su alrededor, rompió el asedio enemigo e intervino de manera decisiva en la caída de El Biutz. Sin embargo, recibió un disparo en el estómago. Normalmente, en África las heridas abdominales eran mortales. El informe de esa noche aludía al «arrojo incomparable del capitán Franco, a sus dotes de mando y a la energía desplegada en el combate». El tono del informe insinuaba que su muerte era inevitable. Lo condujeron al primer puesto de auxilio en un lugar llamado Cudia Federico. El oficial médico cortó la hemorragia y durante dos semanas se negó a trasladarlo en camilla los diez kilómetros que le separaban de la base de evacuación de heridos de las afueras de Ceuta, considerando que mover al herido sería su muerte y el retraso le salvó la vida. El 15 de julio, Franco se había recuperado lo suficiente para ser trasladado al hospital militar de Ceuta. Allí un aparato de rayos X demostró que la bala no había afectado a ningún órgano vital. Unos centímetros en cualquier dirección y habría muerto.⁵³

En una guerra que, durante la estancia de Franco en África, costó la vida a casi 1.000 oficiales y a 16.000 soldados, ésa fue su única herida grave. Su suerte dio pie a numerosas anécdotas posteriores sobre su osadía. También hizo que sus tropas moras creyeran que tenía *baraka*, una mágica protección divina que le hacía invulnerable. Esa creencia parece haberle inculcado la persistente convicción de que disfrutaba de la mirada benevolente de la providencia. Más tarde dijo algo profético: «Yo he visto pasar la muerte a mi lado muchas veces, pero, por fortuna, no me ha reconocido ... ». ⁵⁴ La situación de la herida también dio origen a especulaciones sobre la aparente falta de interés de Franco en materia sexual. El escaso testimonio médico disponible no permite semejante interpretación. Además, mucho antes de recibir la herida, Franco se había abstenido de participar en las aventuras sexuales de sus camaradas, en su época de cadete en la Academia y en los siguientes destinos tanto en España como en África. ⁵⁵ Su aversión ante la conducta de su padre basta para explicar el extremo recato de su vida sexual.

El Alto Comisario de Marruecos, el general Francisco Gómez Jordana, padre del futuro ministro de Asuntos Exteriores, recomendó a Franco para un ascenso a comandante «por méritos de guerra» y emprendió el procedimiento para que recibiera la Gran Cruz Laureada de San Fernando, la más alta condecoración al valor. El Ministerio de la Guerra se opuso a ambas propuestas. Los consejeros militares del ministerio alegaron la edad de Franco, veintitrés años, para negarle el ascenso. Franco reaccionó enérgicamente y apeló contra la decisión, buscando el apoyo del Alto Comisario en el recurso reglamentario que interpuso ante el comandante en jefe del ejército, el rey Alfonso XIII. Ante semejante empeño, el rey concedió la apelación y, el 28 de febrero de 1917, Franco ascendió a comandante con efectos desde el 29 de junio de 1916. Había tardado exactamente seis años en ascender de alférez a comandante. En el camino se había creado en palacio fama de ser el oficial que con mayor desparpajo pedía ayuda o hacía reclamaciones sobre su carrera.⁵⁶ El 15 de junio de 1918, la candidatura para la Laureada fue rechazada. Es de suponer que, habiendo conseguido el ascenso pasando por encima de las cabezas de los consejeros ministeriales, el caso de Franco no se considerara con excesiva simpatía.⁵⁷

Poca duda cabe de que en esa época Franco prefería el ascenso a la medalla. * El contraste entre la timidez natural del joven alférez que había llegado a África cinco años atrás y su tenaz empuje para conseguir ascensos, nos proporciona una clave de su psicología. El recurso de Franco ante Alfonso XIII revelaba una ambición desmedida. Su coraje bajo el fuego era un medio para conseguir un fin. El valor del joven soldado y el frío autoritarismo del posterior dictador pueden interpretarse como diferentes manifestaciones de su persona pública que le protegían de cualquier sensación de inseguridad y le proporcionaban los medios para satisfacer sus ambiciones. Franco dejó abundantes testimonios escritos de que no le satisfacía la realidad de su propia vida, siendo el más notable el guión cinematográfico de *Raza*. Es difícil no sospechar que Franco inventó su propia imagen de héroe del Rif casi tan deliberadamente como inventó a su héroe José Churrua en

Raza. Al ascender a comandante, Franco se vio obligado a regresar a España, pues en Marruecos no había vacantes para oficiales de ese rango. En la primavera de 1917 fue destinado a Oviedo, al mando de un batallón del Regimiento de Infantería del Príncipe. En Oviedo vivió en el hotel París, donde entabló amistad con un estudiante universitario, Joaquín Arrarás Iribarren, que veinte años más tarde sería su primer biógrafo. Al año de su llegada, se le unieron sus dos compañeros Pacón y Camilo Alonso Vega. A pesar de su rango, su fama de valeroso y sus brutales experiencias en el infierno marroquí, el aspecto adolescente de Franco y su pequeña estatura le valieron el apelativo de *El Comandantín*.⁵⁸ Siempre reservado y nunca gregario, no debió serle muy grata la rutinaria vida en la guarnición de Oviedo. El clima lluvioso y las verdes colinas de Asturias tal vez le recordasen su Galicia natal, pero ahora la llamada de África era más poderosa que la de su hogar. Como dijo Arrarás, corría «el veneno de África por sus venas».⁵⁹

En las escaramuzas coloniales diarias, Franco había llegado a ser admirado y famoso; sin embargo, pocos camaradas le conocían. Nunca se permitió intimar con ninguno, quizá por temor a revelar su fundamental inseguridad. No obstante, había forjado lazos profesionales y personales que constituirían una parte central de su vida. Se había convertido en un africanista, uno de aquellos oficiales que creían que, por su dedicación a la lucha para conquistar Marruecos, sólo a ellos concernía el destino de la Patria. El *esprit de corps* basado en las penalidades compartidas y el riesgo cotidiano evolucionó hacia una aversión común por los políticos profesionales y las masas pacifistas de izquierdas, a quienes los africanistas consideraban un obstáculo para el feliz cumplimiento de su deber patriótico. La vida en un destino peninsular también significaba una drástica desaceleración en el proceso de ascenso. Además, su alto rango en relación a su edad debió convertirlo en el blanco de cierto resentimiento. En Marruecos, a pesar de su juventud y su falta de dotes para la vida social, fue reconocido como un soldado valeroso y competente en quien se podía confiar bajo el fuego. En Oviedo no era popular entre unos oficiales que le doblaban la edad, pero sólo eran comandantes, capitanes o generales, considerándole un peligroso arribista, y se encerró en sí mismo.⁶⁰

Puesto al mando de la instrucción de los oficiales de complemento, esto le permitió establecer relaciones con algunas de las importantes familias locales de la cerrada sociedad ovetense. A finales del verano de 1917, en una romería conoció a una atractiva muchacha de ojos negros, María del Carmen Polo y Martínez Valdés, hija de una rica familia local, aunque no tan ilustre como había sido antaño. En esa época la esbelta y morena Carmen era una colegiala de quince años del colegio de Las Salesas. Franco quería que «salieran juntos», pero ella se negaba porque, tratándose de un militar, podía desaparecer tan rápido como había aparecido. También pensaba que, a sus quince años, era demasiado joven para una relación estable. Pese a todo, cuando Carmen regresó al convento en el otoño de 1917 Franco le escribió, aunque las monjas interceptaron sus cartas y las entregaron a la familia. Con el imperturbable optimismo y la determinación que caracterizaba su conducta profesional, Franco empezó un insistente asedio. A Carmen, a sus compañeras de colegio e incluso a las monjas les ilusionó ver que el famoso comandante empezaba a asistir a misa todos los días a las 7 de la mañana. Allí podía ver a Carmen fugazmente a través de una reja.⁶¹ La espigada y elegante Carmen Polo se comportaba con cierta altivez aristocrática. Franco, profundamente conservador, sentía casi veneración por la aristocracia y admiraba a la familia de su novia y su modo de vida.⁶²

El incipiente romance con el joven oficial de familia modesta, perspectivas aún más modestas y peligrosa ocupación chocó con la inicial oposición del padre de la novia, el viudo Felipe Polo, el cual afirmó que permitir que su hija se casara con Franco sería como permitir que se casara con un torero, comentario que implicaba considerable esnobismo y el reconocimiento de los riesgos de servir en África.⁶³ Aún más férrea fue la oposición de la tía de Carmen, Isabel, hermana de Felipe Polo, que desde la muerte de la esposa de éste se había responsabilizado de la crianza de sus cuatro hijos. Al igual que su hermano, Isabel Polo esperaba mejor partido que un soldado para su sobrina.⁶⁴ Sin embargo, a pesar de la oposición de la familia, Franco persiguió a Carmen con su tenacidad característica. Le mandaba mensajes metidos en la cinta del sombrero de un amigo común o los introducía en los bolsillos del abrigo de Carmen cuando lo dejaba colgado en un café. Se veían clandestinamente.⁶⁵ Al final, la determinación de Carmen vencería la resistencia de su familia. A partir de entonces, esa determinación se pondría al servicio de la carrera de su futuro marido.

Su relación florecía en una ciudad socialmente dividida. La inflación y escasez resultantes de la Primera Guerra Mundial intensificaban la militancia de la clase obrera de la localidad. El Partido Socialista se puso al frente de la agitación contra el deterioro del nivel de vida y de los ataques a la «guerra criminal de Marruecos» que tanto ofendían y enfurecían a Franco y a otros soldados. La afrenta de que se toleraran tales ataques formaba parte del malestar general con un sistema político al que culpaban de los muchos desastres que el ejército tenía que afrontar. Por entonces el descontento militar se inflamó debido a las disputas internas entre los voluntarios de la guerra de África y los que se habían quedado en la península: *africanistas* y *peninsulares*. Para los africanistas, los riesgos eran enormes, pero las recompensas, elevadas en términos de aventura y ascenso rápido. El territorio peninsular significaba una existencia más cómoda, pero aburrida, y el ascenso sólo por estricta antigüedad. Cuando la inflación empezó a afectar negativamente a sus salarios, al igual que los de los civiles, los peninsulares albergaron resentimiento hacia quienes, como Franco, habían conseguido un ascenso rápido. Algunas armas, como la Artillería, acordaron imponer un sistema de antigüedad absolutamente rígido y todos los miembros de la oficialidad convinieron en rechazar cualquier promoción por méritos. En muchas guarniciones se fundaron las llamadas Juntas de Defensa, bastante parecidas a sindicatos, para proteger el sistema de ascenso por antigüedad y conseguir una paga mejor.

Lo que debía haber sido una cuestión militar interna contribuiría a una convulsión catastrófica de la política nacional. La llegada de la Primera Guerra Mundial ya había levantado pasiones políticas al originar un agrio debate entre los generales de más antigüedad sobre la

intervención o no de España. Dada la proximidad del país a la bancarrota y el lamentable estado del ejército, la neutralidad era inevitable, para desazón de muchos oficiales. Como consecuencia de la postura no beligerante de España se produjo una gran agitación social. La posición económicamente privilegiada de España para surtir de productos agrícolas e industriales tanto a la Entente como a las Potencias Centrales, hizo que los propietarios de minas de carbón de Asturias, los barones del acero y armadores vascos, y los magnates textiles catalanes experimentaran un rápido auge que constituyó el primer despegue importante de la industria española, alterándose el equilibrio de poder dentro de la élite económica. Los intereses agrarios continuaban siendo predominantes, pero los industriales ya no estaban dispuestos a tolerar su situación política subordinada. En junio de 1916, su descontento llegó al máximo cuando el ministro liberal de Finanzas, Santiago Alba, intentó imponer una contribución sobre los notorios beneficios que obtenían con la guerra las industrias del norte, sin un impuesto equivalente para los beneficios agrarios. Aunque la propuesta fracasó, tan patente se hizo la arrogancia de la élite terrateniente que precipitó un intento de modernización política por parte de la burguesía industrial.

En la calidoscópica confusión creada por el rápido crecimiento económico, la dislocación social, la agitación regionalista y el movimiento de reforma burgués, los militares tendrían un papel activo y contradictorio. El descontento de los industriales vascos y catalanes ya los había llevado a desafiar al *establishment* promocionando movimientos regionalistas que eran muy irritantes para la mentalidad militar, profundamente centralista. Ahora el egoísta celo reformista de los industriales, resueltos a conservar los beneficios de la guerra, coincidió con la exigencia desesperada de cambio por parte de un proletariado empobrecido por la guerra. La expansión industrial atrajo mano de obra rural a las ciudades, donde imperaban las peores condiciones del capitalismo temprano, sobre todo en Asturias y en el País Vasco. Al mismo tiempo, la exportación masiva originó escaseces, disparó la inflación y rebajó acusadamente el nivel de vida. El sindicato socialista, la Unión General de Trabajadores, y la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo se unieron con la esperanza de que una huelga general conjunta provocase unas elecciones libres y luego la reforma.⁶⁶ Mientras industriales y obreros presionaban por el cambio, los oficiales de grado medio del ejército protestaban por los bajos salarios, las anticuadas estructuras de ascenso y la corrupción política. Así nació una curiosa y efímera alianza, en parte debido a un error respecto a la postura política del ejército.

Las quejas militares se expresaban en el lenguaje reformista que se puso de moda en España después de la pérdida de las colonias en 1898. Conocido como «regeneracionismo», éste asociaba la derrota de 1898 con la corrupción política. En última instancia, el regeneracionismo era susceptible de ser utilizado por la derecha o la izquierda, pues entre sus defensores se encontraban quienes deseaban acabar con el degenerado sistema político basado en el caciquismo mediante una reforma democrática y quienes simplemente planeaban destruirlo por la vía autoritaria de un «cirujano de hierro». Sin embargo, en 1917 los oficiales que defendían clichés regeneracionistas fueron aclamados como cabezas visibles de un gran movimiento de reforma nacional. Durante un breve lapso, obreros, capitalistas y militares se unieron para purgar la política española de la corrupción del caciquismo. Al fin, la gran crisis de 1917 no se resolvió con el triunfo de un sistema político capaz de permitir un ajuste social, sino que consolidó por el contrario el poder de la tradicional oligarquía terrateniente.

A pesar de coincidir retóricamente en sus exigencias de reforma, los intereses últimos de obreros, industriales y oficiales eran contradictorios, y el sistema existente sobrevivió al explotar hábilmente tales diferencias. El jefe de Gobierno, el conservador Eduardo Dato, cedió a las demandas económicas de los oficiales. Luego provocó una huelga de ferroviarios socialistas en Valencia, obligando a la UGT a actuar antes de que la anarcosindicalista CNT estuviera preparada. Ahora en paz con el sistema, el ejército se alegraba de defenderlo aplastando con excesiva dureza la huelga que había estallado el 10 de agosto de 1917. En Asturias, donde la huelga fue pacífica, el gobernador militar, general Ricardo Burguete y Lana, declaró el estado de guerra el 13 de agosto, y acusó a los organizadores de la huelga de ser agentes pagados por las potencias extranjeras. Tras anunciar que cazaría a los huelguistas «como bestias salvajes», envió columnas de tropas regulares y guardias civiles a las cuencas mineras para amedrentar a la población, imponiéndose el toque de queda mediante una campaña de terror. La severidad de la respuesta de Burguete, que causó 80 muertos, 150 heridos y 2.000 detenidos, de los cuales muchos fueron cruelmente golpeados y torturados, garantizó el fracaso de la huelga.⁶⁷

El joven comandante Franco estaba al mando de una de las columnas. Formada por una compañía del Regimiento del Rey, una sección de ametralladoras del Regimiento del Príncipe y un destacamento de guardias civiles, tuvo una importancia considerable en la restauración del orden después de la huelga. De hecho, el historiador oficial de la Guardia Civil se refirió a Franco como «el hombre responsable de restaurar el orden».⁶⁸ A pesar de que varias hipótesis afirman que su actuación de esta época confirmó su fiabilidad a ojos de la burguesía local, el propio Franco declararía años más tarde ante un inmenso público de mineros asturianos que su columna no había entrado en acción.⁶⁹ Eso parece improbable, pero ahora es imposible reconstruir su cometido exacto en la represión. Es cierto que su trabajo consistía en proteger las minas de sabotaje y, dentro de los términos de la ley marcial, intervenir en los casos de choque entre huelguistas y guardias civiles a partir de la declaración de la huelga. En 1963 dijo algo increíble a George Hills, entonces jefe de los servicios en lengua española de la BBC: que las pésimas condiciones de vida de las que fue testigo le hicieron iniciar un vasto programa de lecturas de sociología y economía.⁷⁰ En contraste con los recuerdos paternalistas de Franco, Manuel Llana, el dirigente moderado del sindicato de mineros asturianos, escribió en esa época sobre el «odio africano» que se había desatado contra los pueblos mineros, en una orgía de violaciones, pillaje, violencia y tortura.⁷¹

La creciente hostilidad de muchos oficiales del ejército hacia el sistema político existente se intensificó en los años posteriores a 1917 por la campaña del Partido Socialista Obrero Español contra la guerra de Marruecos y la indecisión de los gobiernos sucesivos. Los oficiales del

ejército querían simplemente que se les concedieran recursos y libertad suficientes para elaborar un plan de acción sin impedimentos políticos. Los sucesivos gobiernos, constreñidos por la creciente resistencia popular a perder la vida en Marruecos, limitaron el apoyo material e impusieron al ejército una estrategia esencialmente defensiva. A ojos del alto mando militar, los políticos hipócritas hacían un doble juego, exigiendo a los soldados victorias baratas, pero negándose a que se supiera que invertían recursos en una guerra colonial.⁷² En consecuencia, en lugar de proceder a una total ocupación del Rif, que los militares consideraban la única solución adecuada, el ejército fue obligado a ajustarse a la limitada estrategia de custodiar las ciudades importantes y las comunicaciones entre ellas. Inevitablemente, los rifeños atacaban los convoyes de abastecimiento, implicando a los militares en una guerra de desgaste, en apariencia interminable, de la que culpaban a los políticos. En agosto de 1919 se realizó un esfuerzo para cambiar el curso de los acontecimientos cuando, a la muerte del general Gómez Jordana, el presidente, conde de Romanones, nombró al general Dámaso Berenguer, que entonces tenía cuarenta y seis años, Alto Comisario del protectorado de Marruecos. Berenguer, un brillante oficial con un excelente expediente, ascendió a ministro de la Guerra en noviembre de 1918.⁷³

Una de las dificultades que Berenguer debió afrontar fue la ambición y el recelo del comandante general de Ceuta, general Manuel Fernández Silvestre. Aunque se apreciaban y se respetaban mutuamente, y ambos eran muy apreciados por Alfonso XIII, su relación profesional se complicaba por el hecho de que Silvestre era dos años mayor que Berenguer, había sido su comandante en jefe y lo superaba, aunque sólo por un número, en el escalafón de antigüedad. Dicha superioridad, junto con la amistad personal entre Silvestre y el rey, avivaron su tendencia a la insubordinación. Entre ambos existían importantes diferencias políticas: Silvestre deseaba un enfrentamiento definitivo con las cabilas rifeñas; Berenguer se inclinaba por una dominación pacífica de éstas mediante el hábil uso de las fuerzas indígenas.⁷⁴ Berenguer trazó un plan de tres años para la pacificación de la zona, cuya finalidad era unir con el tiempo Ceuta y Melilla por tierra. La primera parte del plan contemplaba la conquista del territorio cabileño al este de Ceuta, conocido como Anyera, incluida la ciudad de Alcazarquivir. A esto seguiría la dominación del Jibala, con sus dos ciudades principales, Tazarut y Xauen. Con la aprobación del gobierno, el plan se inició el 21 de marzo de 1919 con la ocupación de Alcazarquivir. Esto indujo a El Raisuli a vengarse mediante una campaña de ataques a los convoyes españoles de abastecimiento.

En esa época, Franco estaba lo bastante al margen de los acontecimientos marroquíes para ingresar en las Juntas de Defensa, a pesar de que defendían el ascenso por estricta antigüedad. Es de suponer que lo hizo sin convicción y como reacción al recelo de los suboficiales, mucho mayores que él, que no habían servido en África. Al fin y al cabo, si se hacía extensiva la aplicación de la política de las Juntas, se habría eliminado el principal incentivo para que los oficiales sirvieran como voluntarios en Marruecos. Antes de que Franco se implicase demasiado en los intereses del ejército peninsular, el 28 de septiembre de 1918 se sembraba el germen de los drásticos cambios que se producirían en su existencia y en sus perspectivas de futuro, al trasladarse de su unidad en Oviedo a Valdemoro, cerca de Madrid. En Valdemoro tomó parte en un curso obligatorio de tiro para comandantes y permaneció hasta el 16 de noviembre. Allí conoció al comandante José Millán Astray, un gallego trece años mayor que él, a punto de ser ascendido a teniente coronel. Famoso después por su maníaca valentía y sus graves heridas, Millán explicó a Franco sus ideas para crear unas unidades especiales de voluntarios de África, siguiendo el modelo de la Legión Extranjera francesa. A Franco le entusiasmaban sus conversaciones y dio a Millán Astray la impresión de que podía ser un posible colaborador en el futuro.⁷⁵

Franco regresó a sus obligaciones en la guarnición de Oviedo, donde permaneció todo 1919 y buena parte de 1920. Durante este tiempo, Millán Astray había presentado sus ideas al entonces ministro de la Guerra, general Tovar. A su vez, Tovar las había transmitido al Estado Mayor, que envió a Millán a Argelia para estudiar la estructura y las tácticas de la Legión Extranjera francesa. A su regreso se publicó un real orden que aprobaba la creación de una unidad de voluntarios extranjeros. Tovar fue sustituido por el general Villalba Riquelme, que arrinconó la idea, pendiente de una reorganización más concienzuda del ejército africano que entonces se estudiaba. En mayo de 1920, Villalba fue sustituido a su vez por el vizconde de Eza, que había oído una conferencia de Millán Astray sobre el tema de la nueva unidad en el Círculo Militar de Madrid. Eza quedó lo bastante convencido para autorizar su formación.

En junio de 1920 Millán volvió a reunirse con Franco en Madrid para ofrecerle el puesto de segundo jefe de la Legión española. Al principio, dado que su relación con Carmen marchaba viento en popa y Marruecos, al menos por el momento, parecía tan tranquilo como la España peninsular, la oferta no le entusiasmó demasiado.⁷⁶ No obstante, aceptó tras breve vacilación y ante la perspectiva de eternizarse en Oviedo. Sería el inicio de un período difícil para Carmen Polo, quien demostraría una paciencia y un tesón equiparables a los de su marido. Ocho años más tarde, Carmen Polo relató su experiencia: «Yo siempre había soñado que el amor sería una existencia iluminada de alegrías y risas; pero a mí más me trajo tristezas y lágrimas. La primera que he derramado en mi vida de mujer fue por él. Siendo novios, hubo de separarse de mí para marchar a África a organizar en la Legión la primera bandera, y puede suponerse mi constante ansiedad e inquietud, aumentada terriblemente los días que los periódicos hablaban de operaciones en Marruecos, o cuando sus cartas se hacían esperar más días de los acostumbrados».⁷⁷

La Legión se fundó oficialmente el 31 de agosto de 1920 con el nombre de Tercio de Extranjeros (Tercio era el nombre que se daba en el siglo XVI a las unidades tácticas del ejército de Flandes, compuestas por tres grupos: piqueros, ballesteros y arcabuceros). En sus comienzos también tenía tres banderas o batallones. A Millán Astray le disgustaba el nombre de Tercio y siempre insistía en llamar a la nueva fuerza «la Legión», nombre que también prefería Franco. En los años posteriores a la Primera Guerra Mundial no hubo problemas

para reclutar voluntarios. El 27 de septiembre de 1920, Franco fue nombrado jefe de su primera bandera. Arrinconando sus planes de una vida junto a Carmen Polo, el 10 de octubre de 1920 partió en el transbordador de Algeciras, acompañado por los primeros doscientos alistados, una variopinta pandilla de malhechores, inadaptados y marginados, algunos duros e implacables, otros simplemente patéticos. Eran tipos endurecidos, que iban desde criminales comunes, pasando por veteranos extranjeros de la Primera Guerra Mundial que habían sido incapaces de adaptarse a la paz, hasta pistoleros implicados en la guerra social que desgarraba entonces Barcelona. Ese comandante de veintiocho años, bajito, menudo, pálido y de voz aguda, parecía poco apto para mandar semejante dotación.

Millán Astray estaba obsesionado con la muerte y ofreció a sus nuevos reclutas poco más que la oportunidad de luchar y morir. Tanto Franco como Millán Astray conservaron a lo largo de toda su vida la idea romántica de que la Legión ofrecería a sus desheredados reclutas la redención mediante el sacrificio, la disciplina, las penalidades, la violencia y la muerte. En el diario que Franco escribió durante sus dos primeros años, *Diario de una bandera*, subyace una curiosa mezcla de romanticismo sentimental de historia de aventuras tipo *Beau Geste* y fría insensibilidad ante la brutalidad humana. En su discurso de bienvenida a los primeros reclutas, Millán Astray hablando en tono histérico les dijo que, como ladrones y asesinos, sus vidas habían llegado a su fin antes de unirse a la Legión. Inspirado por un fervor frenético y contagioso, les ofreció una nueva vida, que pagarían con su muerte. Los llamó *los novios de la muerte*,⁷⁸ y ellos imprimieron a la Legión una mentalidad de crueldad brutal que Franco compartiría por completo, a pesar de su introversión. La disciplina era salvaje. Se podía fusilar por desertión o incluso por infracciones menores de la disciplina.⁷⁹ Durante el tiempo que fue subalterno de Millán Astray, la obediencia, disciplina y lealtad de Franco nunca flaquearon, aunque la tentación de contradecir a su maníaco jefe debió ser considerable.⁸⁰

La noche de su llegada a Ceuta, los legionarios aterrizaron la ciudad. Una prostituta y un cabo de guardia fueron asesinados. En el transcurso de la caza a los culpables hubo dos muertes más.⁸¹ Franco se vio obligado a trasladar la primera bandera a Dar Riffien, donde se había reconstruido un viejo arco con la inscripción «Legionarios a luchar; legionarios a morir». Llegaron a África en un momento difícil, mientras Berenguer ponía en práctica la segunda parte de su vasto plan para la ocupación de la zona española. El 14 de octubre de 1920, el cuartel general de El Raisuli, en la pintoresca localidad de montaña de Xauen, había sido ocupado por tropas españolas. Para los rifeños, Xauen era «la ciudad sagrada» o «la misteriosa». Sita en una profunda garganta, el histórico reducto fortificado de Xauen era teóricamente inexpugnable. Su captura fue una conquista sin apenas derramamiento de sangre gracias a un militar arabista, el coronel Alberto Castro Girona, que había entrado en la ciudad disfrazado de carbonero y, mediante una mezcla de amenazas y sobornos, había persuadido a los notables de que se rindieran.⁸² No obstante, como las levantiscas cabilas que habitaban entre Xauen y Tetuán no se habían rendido, hubo que emprender una costosa operación de vigilancia. Al cabo de una semana de su llegada, los legionarios de Franco fueron destinados a Uad Lau para custodiar la carretera de Xauen.

Franco pronto se reuniría con sus eternos compañeros, su primo Pacón y Camilo Alonso Vega. Encargó a Alonso Vega la creación de una granja para el batallón, con el fin de procurar medios que permitieran un aprovisionamiento decente, y la construcción de barracones mejores. La granja fue un gran éxito, no sólo porque proporcionaba carne fresca y verduras para las tropas, sino también porque rindió beneficios. Asimismo, Franco tomó medidas para disponer de agua fresca permanente de las montañas vecinas de Dar Riffien.⁸³ Era típica de él la planificación metódica y minuciosa tanto de los pormenores prácticos de la vida de campaña como de las hostilidades contra los moros. Sus intereses eran estrechamente militares. Encerrado en el caparazón de su personaje público, en apariencia compartía pocos de los sentimientos y apetitos de sus camaradas, que empezaron a llamarlo el hombre «sin miedo, sin mujeres y sin misa». Sin otros intereses o vicios que no fueran su carrera, el estudio del terreno, el trazado de mapas y los preparativos generales para la acción, consiguió que las unidades bajo su mando destacaran en un ejército conocido por su indisciplina, ineficacia y baja moral.

Además, en la Legión, Franco demostraría una implacable disposición a imponer su autoridad sobre hombres físicamente más grandes y más duros que él, compensando su estatura con una frialdad intimidatoria. A pesar de la feroz disciplina en otros asuntos, ni Millán Astray ni Franco pusieron límite a las atrocidades cometidas contra los pueblos que atacaban. No era rara la decapitación de prisioneros y la exhibición de las cabezas cortadas como trofeos. La duquesa de la Victoria, una filántropa que organizó un equipo de enfermeras voluntarias, recibiría en 1922 un tributo de la Legión: una cesta de rosas en cuyo centro se encontraban dos cabezas de moro cercenadas.⁸⁴ Cuando el dictador Primo de Rivera visitó Marruecos en 1926, se horrorizó ante la vista de un batallón de la Legión en espera de ser inspeccionado con cabezas clavadas en las bayonetas.⁸⁵ En realidad, Franco y los demás oficiales llegaron a sentir un fiero orgullo de la brutal violencia de sus hombres, deleitándose en su siniestra reputación. Esa notoriedad era en sí misma un arma útil para amilanar a la población colonial y su eficacia le enseñó mucho a Franco sobre la función ejemplar del terror. En *Diario de una bandera*, adoptó un tono de paternalismo benévolo con respecto a las salvajes travesuras de sus hombres.⁸⁶ En África, como más tarde en la península durante la Guerra Civil, aprobó la muerte y mutilación de prisioneros. Poca duda cabe de que los primeros años de vida adulta pasados entre la inhumana barbarie de la Legión contribuyeron a deshumanizar a Franco. Dicho de otra manera, la Legión le proporcionaba la oportunidad de expresar sus sentimientos reprimidos. Él mismo, en sus apuntes para sus memorias, escribiría «Legión = afianzamiento de la personalidad». Es imposible saber si llegó a África tan falto de las reacciones emocionales normales como para que no le afectase la inmisericorde brutalidad que le rodeaba. Cuando Franco estaba en los Regulares, un oficial algo mayor que él, Gonzalo Queipo de Llano, que no destacaba precisamente por su sensibilidad, se quedó impresionado ante la imperturbabilidad y la satisfacción con que presidía la cruel violencia de los castigos a las tropas moras por faltas menores.⁸⁷ La facilidad con que se acostumbró a la brutalidad de sus hombres ciertamente sugiere

una falta de sensibilidad que roza con el vacío interior. Eso explicaría el modo decidido, casi indiferente, con que emplearía el terror durante la Guerra Civil y los años de represión que siguieron.

Para sobrevivir y prosperar en la Legión, los oficiales tenían que ser tan duros y despiadados como sus hombres. En cierta ocasión, preocupado por una oleada de indisciplina y desertiones, Franco escribió a Millán Astray solicitándole permiso para recurrir a la pena de muerte. Millán lo consultó a las autoridades superiores y le dijo a Franco que las sentencias de muerte debían dictarse sólo de acuerdo con las ordenanzas estrictas que recogía el código de justicia militar. Pocos días más tarde, un legionario se negó a comer y lanzó su comida a un oficial. Franco tranquilamente ordenó formar al batallón, seleccionó un pelotón de fusilamiento, fusiló al soldado transgresor y luego hizo que todo el batallón desfilara ante el cadáver. Informó a Millán que asumía toda la responsabilidad de la acción, que consideraba un castigo necesario y ejemplar para restablecer la disciplina.⁸⁸ En otra ocasión, informaron a Franco de que habían capturado a dos legionarios que habían cometido un robo y luego desertado. «Fusílenlos», ordenó. En respuesta a una protesta de Vicente Guarnier, en otro tiempo compañero de la Academia Militar de Toledo, que visitaba la unidad, Franco le espetó: «¡Cállate! No tienes idea de la clase de gente que son: si no actuara con mano dura, pronto esto sería el caos».⁸⁹ Según un sargento de la Legión, tanto hombres como oficiales le temían, a él y a la pavorosa frialdad que le permitía fusilar hombres sin pestañear. «Puedes estar seguro de tener todo a lo que tienes derecho, puedes tener confianza de que sabe dónde te mete, pero en cuanto a la manera de tratar ... Dios te libre si falta algo de tu equipo, o si el fusil está sucio o si te haces el remolón.»⁹⁰

A principios de 1921 prosperaba el plan a largo plazo del general Berenguer de una lenta ocupación, desplegada desde Ceuta. Al mismo tiempo, el general Manuel Fernández Silvestre emprendió una campaña más ambiciosa, en realidad temeraria, para avanzar desde Melilla en dirección oeste hacia la bahía de Alhucemas. El 17 de febrero de 1921, Silvestre había ocupado Monte Arruit y planeaba cruzar el río Amekran. Al adentrarse en un territorio inaccesible y hostil, el éxito de Silvestre fue más aparente que real. Abd el-Krim, el agresivo nuevo líder que había empezado a imponer su autoridad sobre las cabilas bereberes del Rif, advirtió a Silvestre que si cruzaba el Amekran, aquéllas resistirían en masa. Silvestre se echó a reír.⁹¹ Sin embargo, Berenguer quedó convencido de que Silvestre tenía la situación bajo control y decidió acosar el territorio de El Raisuli, conquistando las montañas Gomara. Se ordenó a la Legión unirse a la columna de uno de los oficiales más sobresalientes del ejército español en Marruecos, el coronel Castro Girona. Su tarea era ayudar a establecer una línea defensiva continua de blocaos entre Xauen y Uad Lau. Cuando esa línea se encontró con la que unía Xauen a Alcazarquivir, El Raisuli estuvo rodeado. El 29 de junio de 1921, los legionarios iban a la vanguardia de la fuerza que asaltó el cuartel general de El Raisuli.

No obstante, antes de que se desplegara el ataque, el 22 de julio de 1921 una de las banderas de la Legión recibió órdenes de avanzar hacia Fondak sin que les dieran ninguna explicación. Lo echaron a suertes y le tocó a la bandera de Franco. Llegaron tras una agotadora marcha forzada; entonces se les ordenó seguir hasta Tetuán y luego a Ceuta. Cuando alcanzaron Tetuán, oyeron rumores de un desastre militar cerca de Melilla. Al llegar a Ceuta se confirmaron los rumores y subieron a bordo del buque de transporte de tropas *Ciudad de Cádiz* que los llevó a Melilla.⁹² Pero desconocían la magnitud del desastre. El general Fernández Silvestre había extendido demasiado las líneas, cruzado el Amekran hacia la bahía de Alhucemas y sufrido una derrota monumental a manos de Abd el-Krim. Conocida por el nombre del pueblo de Annual, donde comenzó, la derrota fue en realidad una huida desordenada que tuvo lugar durante un período de tres semanas e hizo retroceder la ocupación española hasta la propia Melilla. Ante la retirada de las tropas españolas, los entusiasmados bereberes se unieron a la revuelta, exterminando una guarnición tras otra. La fragilidad y la artificialidad del protectorado español quedó brutalmente al descubierto. Todas las conquistas de la última década, cinco mil kilómetros cuadrados de maleza yerma, ganadas a costa de grandes sumas de dinero y miles de vidas, desaparecieron en cuestión de horas. Se perpetraron atroces matanzas en los puestos de avanzadilla cerca de Melilla, Dar Drius, Monte Arruit y Nador. En cuestión de semanas murieron 9.000 soldados españoles. Los cabileños se encontraban en los arrabales de una Melilla presa del pánico pero, ocupados en el botín, dejaron escapar la oportunidad de tomarla, sin percatarse de que la ciudad se hallaba prácticamente indefensa.⁹³

En ese momento llegaron refuerzos, entre ellos Franco y sus hombres, que entraron en Melilla el 23 de julio de 1921 con órdenes de defender la ciudad a cualquier precio.⁹⁴ Se utilizó a la Legión en el despliegue de una operación inmediata que permitiera conservar la posesión, para luego consolidar las defensas exteriores de Melilla hacia el sur. Desde su posición defensiva en las lomas de las afueras de la ciudad, Franco podía observar el asedio a lo que quedaba de la guarnición de Nador, pero le fue denegada la petición de conducir un destacamento de voluntarios para ayudarlos. Una derrota seguía a otra: Nador cayó el 2 de agosto y Monte Arruit el 9 de agosto.⁹⁵ Se envió a la Legión por etapas a reforzar otras unidades de la zona, escoltar columnas de abastecimiento y defender los blocaos más amenazados. Fue una tarea ardua; los oficiales y la tropa estaban de guardia día y noche.⁹⁶ Gracias a la prensa y a la publicación de su diario, la actuación de Franco en la defensa de Melilla contribuyó a convertirlo en un héroe nacional. En particular su fama se intensificó con su operación de ayuda a la posición avanzada de Casabona, al utilizar inesperadamente su columna de escolta para atacar a los sitiadores marroquíes.⁹⁷ En el combate con las cabilas había aprendido lo eficaz que podía resultar servirse de la protección de matorrales, contrario a las ordenanzas peninsulares de campaña.⁹⁸

El 17 de septiembre de 1921, Berenguer pudo ordenar un contraataque para recuperar parte del territorio perdido. La Legión estuvo una vez más en la vanguardia. El primer día de la ofensiva, cerca de Nador, Millán Astray fue gravemente herido en el pecho. Cayó al suelo gritando: «Me han matado, me han matado». Luego se incorporó para gritar: «¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Viva la Legión!». Mientras

llegaban los camilleros para evacuarlo, cedió el mando a Franco.

Cuando el joven comandante y sus hombres entraron en Nador encontraron montones de cadáveres descompuestos e insepultos de sus camaradas muertos seis semanas atrás. Franco escribió más tarde que Nador, con los cadáveres tirados entre los despojos de la rapiña de sus atacantes, era «un enorme cementerio».⁹⁹ Durante las semanas siguientes, Franco y sus hombres intervinieron en varias operaciones similares y el 23 de octubre participaron en la reconquista de Monte Arruit. A Franco no le parecía contradictorio aprobar las atrocidades cometidas por sus propios hombres, pero horrorizarse ante la mutilación de los cientos de cadáveres de soldados españoles hallados en Monte Arruit. Franco y sus hombres abandonaron Monte Arruit «sintiendo en nuestros corazones un anhelo de imponer a los criminales el castigo más ejemplar que hayan visto las generaciones».¹⁰⁰ El propio Franco relataba que en una ocasión, durante la campaña, un capitán ordenó a sus hombres que dejaran de disparar porque sus blancos eran mujeres. Un viejo legionario murmuró «pero son fábricas de moritos». «Todos reímos —escribió Franco en su diario— y recordamos que, en el desastre, muchas mujeres fueron especialmente crueles, remataban los heridos y les despojaban de sus ropas, pagando de este modo el bienestar que la civilización les trajo.»¹⁰¹

El 8 de enero de 1922, Dar Drius cayó ante una columna de Berenguer y se reconquistó mucho de lo que se había perdido en Annual. A Franco le indignó la suerte corrida por los soldados españoles exterminados por los moros en Dar Drius en 1921 y le ofendía que no se permitiera a la Legión entrar en el pueblo y vengarse.¹⁰² Sin embargo, al cabo de pocos días surgió la oportunidad de hacerlo. Tuvo lugar un incidente que hizo que la prensa gallega alabara «la *sang-froid*, la audacia y el desdén por la vida» de nuestro «querido Paco Franco». Los moros atacaron un blocao cercano a Dar Drius y los legionarios que lo defendían se vieron obligados a pedir ayuda. El comandante de las fuerzas españolas del pueblo ordenó que todo el destacamento de la Legión acudiera en su auxilio. Franco dijo que con doce bastaría y pidió voluntarios. Cuando toda la unidad dio un paso al frente, eligió a doce y partió. El ataque al blocao fue rechazado y a la mañana siguiente Franco y sus doce voluntarios regresaron portando «como trofeos las cabezas ensangrentadas de doce harqueños».¹⁰³

Cuando le concedían ocasionales permisos, Franco visitaba a Carmen Polo en Asturias. En estos viajes a Oviedo, como héroe militar cada vez más famoso, era un invitado grato en las cenas de la aristocracia local. Su presencia era muy acorde con la veneración por la nobleza que sintió durante toda su vida.¹⁰⁴ Al entrar en sociedad, comenzó a establecer contactos que más tarde le serían útiles y también empezó a invertir en su imagen pública, lo cual da idea de las dimensiones de su ambición. La prensa empezó a ocuparse de él. En las entrevistas, en los discursos pronunciados en los banquetes que ofrecían en su honor y en sus publicaciones empezó a cultivar de manera consciente la imagen del héroe abnegado. Poco después de que tomara el mando de la Legión de manos de Millán Astray, Franco recibió un telegrama de felicitación del alcalde de El Ferrol. En el fragor de la batalla, halló tiempo para redactar una respuesta quitándose importancia: «La Legión se honra con su felicitación. Yo sólo cumplo con mi deber de soldado. Afectuosos saludos de los legionarios para la ciudad».¹⁰⁵ Era típico de la autopercepción de Franco en esa época, al verse como el valeroso, pero modesto, oficial que sólo se interesa por su deber. Era una imagen en la que creía de un modo implícito y también una imagen que se esforzaba en proyectar públicamente. Al salir de una audiencia con el rey a principios de 1922, dijo a los periodistas que el rey le había abrazado y felicitado por su éxito en el mando del Tercio durante la ausencia de Millán Astray: «Lo que se ha dicho de mí ha sido algo exagerado. Yo sólo cumplí con mi deber. Los soldados son unos verdaderos valientes. Con ellos puede irse a cualquier parte».¹⁰⁶ Sería erróneo decir que cuando Franco hablaba en tales términos era simplemente un cínico. Poca duda cabe de que el joven comandante se veía sinceramente desde la óptica de estilo *Beau Geste* de su diario. No obstante, su conducta en las entrevistas y el hecho de que publicara su diario a finales de 1922, regalando muchos ejemplares de él, sugiere una conciencia del valor de la presencia pública en la anhelada transición de héroe a general.

La forja de un general, 1922-1931

Franco comenzaba a dar señales de querer cultivar su imagen pública, pero era auténticamente popular entre sus hombres debido a su metódica escrupulosidad e insistencia en dirigir siempre los ataques en persona. Era un defensor entusiasta de las cargas a la bayoneta para desmoralizar al enemigo. Sin embargo, él mismo se aseguró de que sus hazañas fueran bien difundidas en la prensa nacional. En un viaje a la península a mitad de febrero de 1922 para ver a su madre y a su prometida se preocupó de visitar la redacción del periódico de derechas *ABC*. Su atención fue recompensada al ser declarado un héroe nacional, «el as de la Legión». Una página entera dedicada al joven comandante incluía la halagadora historia —contada sin duda por el propio Franco a los periodistas— de cómo el general José Sanjurjo, de lenguaje contundente y sencillo, también uno de los héroes de la campaña africana y oficial superior de Franco, le dijo: «No va usted a ir al hospital de un tiro de un moro, sino de una pedrada que le voy a dar yo cuando le vea a caballo en las guerrillas».¹

En junio de 1922, Sanjurjo recomendó a Franco para un ascenso a teniente coronel por su cometido en la reconquista de Nador. Pero, como aún seguía en curso la investigación del desastre de Annual, la propuesta fue rechazada. No obstante, Millán Astray ascendió a coronel y Sanjurjo a general de división. Franco simplemente recibió la medalla militar y continuó siendo comandante. Indignado ante las críticas civiles contra el ejército y los indicios de que el gobierno contemplaba una retirada de Marruecos, Millán Astray pronunció una serie de discursos inoportunos y el 13 de noviembre de 1922 fue relevado del mando de la Legión. Para su mortificación, Franco no fue invitado a ocupar su cargo, dado que su grado de comandante era insuficiente. Se le concedió el mando al teniente coronel de Regulares Rafael de Valenzuela Urzáiz. Eso hizo que Franco abandonara la Legión. Para el hombre que la había creado casi de la nada junto a Millán Astray, servir a las órdenes de un recién llegado debió parecerle inaceptable.² Solicitó un destino en la península y volvieron a trasladarle al Regimiento del Príncipe en Oviedo.

Para desazón de la mayoría de los oficiales del ejército, el desastre de Annual reforzó el pacifismo de la izquierda y mermó la reputación pública del ejército y del rey. Alfonso XIII era sospechoso de haber alentado a Silvestre a emprender el imprudente avance.³ En agosto de 1921, se nombró al general José Picasso González para dirigir una investigación sobre la derrota. El expediente Picasso originó el auto de acusación contra treinta y nueve oficiales, incluido Berenguer, que el 10 de julio de 1922 se vio obligado a dimitir como Alto Comisario. A lo largo del otoño de 1922, el expediente Picasso fue objeto de la inspección minuciosa y hostil de una comisión de las Cortes, conocida como la «Comisión de Responsabilidades», instituida para examinar las responsabilidades políticas del desastre. El brillante orador socialista Indalecio Prieto denunció la corrupción que había debilitado al ejército colonial dando pie con ello a que la temeridad de Silvestre se convirtiera en una aplastante derrota. El diputado socialista pidió la clausura de las academias militares, la disolución del servicio de intendencia y la expulsión del ejército de los oficiales de más graduación que habían servido en África. Su discurso se imprimió en un folleto y se distribuyeron 100.000 copias gratuitas.⁴

El general Ricardo Burguete, bajo cuyas órdenes había servido Franco en 1917 en Oviedo, sustituyó a Berenguer. Como Alto Comisario, Burguete obedeció las órdenes del gobierno de intentar pacificar a los rebeldes mediante el soborno, descartando la acción militar. El 22 de septiembre de 1922 hizo un trato con el entonces obeso y acabado El Raisuli, por el cual, a cambio de controlar la Yebala en nombre de España, se le concedía carta blanca y una buena suma de dinero. Asediado ya en su cuartel general de Tazarut en la Yebala, el poder de El Raisuli habría sido aplastado definitivamente si los españoles hubieran tenido la imaginación y el atrevimiento suficientes para ocupar el centro de la región. La política de conciliación fue un error garrafal. Las tropas españolas se retiraron del territorio de un hombre al borde de la derrota que con ello se enriqueció y agrandó su reputación y poder.

El propósito de Burguete era pacificar el oeste para poder aplastar con mayor libertad en el este al más peligroso Abd el-Krim. En otoño, después de negociar con Abd el-Krim el intercambio de prisioneros de guerra españoles, Burguete pasó a la ofensiva. Pretendía utilizar como base de su iniciativa la posición fortificada de Tizi Azza, en lo alto de una colina al sur de Annual. Sin embargo, a principios de noviembre de 1922, antes de poder emprender ese ataque, las tribus del Rif pasaron a la acción. Bien protegidos en las laderas que dominan el pueblo, dispararon contra la guarnición causando 2.000 bajas y obligando a los españoles a atrincherarse para el invierno.⁵

El empeoramiento de la situación en Marruecos y los acuerdos procurados por Burguete quizá convencieron a Franco de que había acertado al dejar la Legión, cualesquiera que pudieran haber sido sus razones. Al pasar por Madrid en dirección a Asturias le llovieron los honores. El rey le concedió la medalla militar el 12 de enero de 1923 y la distinción de ser nombrado gentilhombre de cámara, un grupo de élite de cortesanos militares.⁶ Franco fue el invitado de honor en una cena ofrecida por sus admiradores.

También fue objeto de un perfil inmensamente adulador y revelador escrito por el novelista y periodista Julián Fernández Piñero y publicado bajo el seudónimo de «Juan Ferragut». En la misma revista donde fue publicado, *Nuevo Mundo*, Fernández Piñero había escrito una serie de artículos de ficción bajo el título de «Memorias de un legionario». A consecuencia de ello se rumoreó que Fernández Piñero había sido el «negro» que había escrito para Franco *Diario de una bandera*. Había cierto parecido en el estilo, aunque en el artículo recalca

que es su primer encuentro con Franco. La entrevista presenta un retrato de Franco en el momento en que, ante un matrimonio en ciernes, el heroísmo daba paso a una ambición más calculada. En el perfil de Ferragut aún se percibe el tono del inquieto hombre de acción que pronto desaparecería del repertorio de Franco. No obstante, el estereotipado patriotismo y heroísmo romántico de muchos de sus comentarios sugiere que el personaje del intrépido héroe del desierto no era del todo natural ni espontáneo. A la pregunta de por qué había dejado Marruecos, Franco respondió:

—Porque allí no hacemos nada. No hay tiros. La guerra se ha convertido en un trabajo como otro cualquiera, sino que más fatigoso. Ahora no se hace más que vegetar.

»Sí... Hasta ahora por lo menos. Yo creo que el militar tiene dos épocas: una de la guerra y la otra del estudio. Yo ya he hecho la primera y ahora quiero estudiar. La guerra antes era más sencilla; se resolvía con un poco de corazón; quizá la ciencia más difícil de todas.

Treinta años tiene Franco y parece aún un niño. Su rostro moreno, sus ojos negros y brillantes, su pelo rizo, cierta cortedad de gesto y de palabra y la sonrisa pronta y franca, le infantilizan. Ante el elogio, Franco se ruboriza como una muchacha por un piropo.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —exclama como asombrado—. Los peligros son menores de lo que cree la gente. Todo se reduce a aguantar un poco.

—¿Cuál ha sido el día que más emoción le ha causado en esta campaña?

—Yo recuerdo siempre el día de Casabona, tal vez el más duro de esta guerra... Aquel día fue el que vimos lo que era la Legión... Los moros apretaron de firme, y llegamos a combatir a veinte pasos. Íbamos una compañía y media y nos hicieron cien bajas... Caían a puñados los hombres, casi todos heridos en la cabeza y en el vientre y ni un solo momento flaqueó la fuerza... Los mismos heridos, arrastrándose ensangrentados, gritaban: «¡Viva la Legión!»... Viéndoles tan hombres, tan bravos, yo sentía que la emoción me ahogaba... Ése ha sido el día mejor para mí de esta guerra.

»No sé... El valor y el miedo no se sabe lo que son... En el militar, todo eso se resume en otra cosa: concepto del deber, patriotismo.

—¿Está usted enamorado, Franco?

—¡Hombre! ¡Calcule usted! Ahora voy a Oviedo a casarme.⁷

El 21 de marzo de 1923, Franco llegó a Oviedo donde sus hazañas garantizaban que sería festejado. A principios de junio, toda la buena sociedad del lugar acudió al banquete en el que se le entregó una llave de oro, símbolo de su recién adquirido estatus de gentilhombre de cámara, adquirida mediante suscripción local. El rey aún no le había concedido el permiso reglamentario para su boda. Como se trataba de una mera formalidad se planeó la ceremonia para junio. Sin embargo, mientras Carmen y Francisco esperaban noticias de palacio, sus planes sufrieron otro contratiempo. Franco estaba en El Ferrol, donde pasó la mayor parte de mayo con su familia. A principios de junio, Abd el-Krim lanzó otro ataque sobre Tizzi Azza, el punto clave para superar las líneas defensivas de Melilla. Si caía Tizzi Azza, sería relativamente fácil que otras posiciones españolas cayeran por un efecto dominó. El 5 de junio de 1923 el nuevo comandante de la Legión, teniente coronel Rafael Valenzuela, murió en un combate, culminado por el éxito, destinado a romper el asedio.⁸

Tres días más tarde, el 8 de junio de 1923, se reunió el Consejo de Ministros en sesión de emergencia y decidió que el más apto para sustituir a Valenzuela era Franco. El ministro de la Guerra, general Aizpuru, le envió un telegrama para informarle de que había sido ascendido a teniente coronel con efecto retroactivo desde el 31 de enero de 1922 y que el rey le había concedido el mando de la Legión. Su matrimonio tendría que ser aplazado de nuevo. Quizá el ascenso, los signos de patronazgo real y el enorme prestigio del que gozaba en el lugar, consolaran a la ambiciosa Carmen de la pérdida de su novio, aunque, entrevistada en 1928, hablaría de lo que sufría cuando él estaba ausente y que su principal defecto era su amor por África.⁹

Antes de salir de España, Franco fue el invitado de honor de dos banquetes celebrados en el Automóvil Club de Oviedo y del Hotel Palace de Madrid. Uno de los principales periódicos asturianos dedicaba toda una primera plana a su ascenso y a sus proezas, junto con los desorbitados elogios del general Antonio Losada Ortega, gobernador militar de Oviedo, del marqués de la Vega de Anzo y de otros dignatarios locales.¹⁰ Entrevistado a la llegada del banquete en el Automóvil Club el sábado 9 de junio, Franco se mostró como ideal público de joven héroe, vistoso, galante y sobre todo, modesto. Evitó hablar de una valentía especial y se mostró perplejo ante el revuelo que se había armado. Claramente consciente de la imagen que presentaba, interrumpió el elogio del periodista diciendo:

—Ahí —interrumpe prontamente, adivinando sin duda el elogio que brotaba en nuestros labios—, ahí hice lo mismo que todos los legionarios hicieron: luchamos con entusiasmo, con deseos de vencer, y vencimos.

—¡Cómo se alegrarán los bravos legionarios de su nombramiento!

—¿Alegrar?... ¿por qué?... soy un jefe como... —Un bizarro oficial que hacía unos momentos, ex legionario por más señas— oía la conversación en silencio, cortó la frase de Franco diciendo con calor:

—Diga usted que sí, que sí, que todos se alegrarán muchísimo... y a lo creo que se alegrarán.

—Chico, no te excedas —dice Franco riendo—. Sí; es verdad que mis muchachos me quieren mucho.

»¿Planes?... Los acontecimientos serán los que manden; repito que yo soy un simple soldado que obedece. Iré a Marruecos, veré cómo está aquello, trabajaremos con ahínco, y en cuanto pueda disponer de un mesito, a Oviedo me volveré para... para realizar lo que ya daba casi por realizado, lo que el deber, imponiéndose a todo sentimiento, aun los que arraigan en el fondo del alma, me impide ahora realizar... Al llamamiento que la Patria nos haga, nosotros sólo tenemos una rápida y concisa contestación: ¡Presente!¹¹

No cabe duda de que esta y otras entrevistas del mismo período muestran a un personaje más atractivo que aquel en el que Franco se convertiría más tarde, en gran medida como consecuencia de la influencia corruptora de la adulación constante. El ministro de la Guerra y

futuro presidente de la Segunda República, Niceto Alcalá Zamora, pensaba que Manuel Goded Llopi, casi de la misma edad y rival de Franco, era un oficial más prometedor que él. Sin embargo, le gustaba el aire de modestia de Franco, «cuya pérdida al ascender a general le ha dañado bastante».¹²

Al cabo de una semana de su paso por Madrid, Franco había asumido su nuevo mando en Ceuta y pronto estaba en lo más reñido del combate. Poco después de la llegada de Franco a África, Abd el-Krim enlazó su ataque a Tizzi Azza con otro a Tifaruin, un puesto de avanzadilla español cerca del río Kert, al oeste de Melilla. Casi novecientos hombres sitiaban Tifaruin y el 22 de agosto fueron desalojados por dos banderas de la Legión a las órdenes de Franco.¹³

El descontento militar acumulado por lo que se percibía como una traición civil al ejército de Marruecos era tal, que a principios de 1923 dos grupos de generales de alta graduación, uno en Madrid y otro en Barcelona dirigido por Miguel Primo de Rivera, habían acariciado la idea de un golpe militar.¹⁴ El incidente que sirvió de detonante tuvo lugar el 23 de agosto. En Málaga se produjeron numerosos disturbios públicos en los que estaban implicados los reclutas que embarcaban para África. Hubo algún atropello a la población civil y algún ataque a oficiales del ejército. Algunos de los reclutas estaban simplemente borrachos, otros eran nacionalistas catalanes y vascos cuya protesta tenía sentido político. Al fin la Guardia Civil restauró el orden. Un suboficial de ingenieros, José Ardoz, fue asesinado y el crimen se atribuyó a un gallego, el cabo Sánchez Barroso. Sánchez Barroso fue juzgado inmediatamente y sentenciado a muerte. Desde el desastre de Annual existía una general repulsa pública hacia la empresa marroquí y, en consecuencia, la sentencia de muerte desencadenó una enorme protesta. El 28 de agosto Sánchez Barroso recibía el indulto real a petición del gobierno. El cuerpo de oficiales se enfureció por la humillación de los incidentes de Málaga, por el consiguiente rechazo público de la causa de Marruecos y por un indulto que les parecía una afrenta.¹⁵

El 13 de septiembre el excéntrico y orondo general Miguel Primo de Rivera dio un golpe militar apoyado por las guarniciones de su propia región militar de Cataluña y por las de Aragón, bajo el control de su íntimo amigo el general Sanjurjo. Se ha debatido mucho sobre la complicidad del rey en el golpe. Lo cierto es que consintió el derrocamiento militar de la Monarquía constitucional y se lanzó sin reservas por el camino del gobierno autoritario. Tras seis años de esporádicos derramamientos de sangre e inestabilidad desde 1917, y de demandas regeneracionistas de un «cirujano de hierro», el Directorio Militar instaurado por Primo de Rivera encontró una resistencia meramente simbólica y mucha expectación benévola, dado el generalizado desencanto con el sistema caciquil.¹⁶ A pesar de la admiración mutua que en aquella etapa de sus carreras unía a Franco y a Sanjurjo, ni Franco ni la mayoría de los oficiales de la Legión se mostraron particularmente entusiastas con el golpe. Consideraban que la mayoría de los oficiales que apoyaban a Primo de Rivera eran primordialmente miembros de las Juntas de Defensa y por tanto enemigos del ascenso por méritos. Además, eran muy conscientes de la convicción de Primo de Rivera de que España debía abandonar el protectorado marroquí.¹⁷ No obstante, es evidente que Franco no puso objeciones éticas a la toma militar del poder político, sobre todo contando con la aprobación real. En cualquier caso, su mente estaba en otras cosas: su nuevo mando y su inminente matrimonio, para el que por fin llegó el permiso el 2 de julio.¹⁸

Francisco Franco se casó a los treinta años con María del Carmen Polo Martínez Valdés, de veintiuno, en la iglesia de San Juan el Real de Oviedo, a mediodía del lunes 22 de octubre de 1923. Su fama y popularidad como héroe de la guerra africana hizo que una multitud de admiradores y curiosos se concentrase alrededor de la iglesia y en las aceras de las calles por las que pasaba el cortejo nupcial. A las diez y media de la mañana la iglesia estaba llena y la multitud se apiñaba y desbordaba por las calles adyacentes. La policía tuvo dificultades para dirigir la circulación del tráfico local. Como correspondía a su rango de gentilhombre de cámara, el padrino de Franco fue Alfonso XIII, representado por el gobernador militar de Oviedo. El general Losada llevó a Carmen del brazo y entraron en la iglesia bajo el palio real. Ese honor, combinado con la creciente fama de Franco, se vio reflejado en el hecho de que su matrimonio apareciera en las páginas de sociedad no sólo de los periódicos locales, sino también de la prensa nacional. Franco, luciendo sus condecoraciones, vistió el uniforme de campaña de la Legión. La ceremonia fue oficiada por un capellán militar y el órgano interpretó las marchas militares que Franco había elegido. Al salir de la iglesia la pareja fue recibida con entusiasmo y grandes aplausos. La muchedumbre seguía los coches que regresaban a casa de los Polo y continuó vitoreando.¹⁹ Los esponsales, cuyo plato fuerte fue un espectacular banquete de bodas, constituyeron un importante acontecimiento social en Oviedo.²⁰ El padre de Franco, Nicolás Franco Salgado-Araujo no asistió. Como era de esperar, habría de ser un matrimonio sólidamente feliz, si no apasionado. Cinco años más tarde, Carmen recordaría el día de su boda: «Me pareció que estaba soñando... o leyendo una bonita novela... la mía».²¹ Entre las montañas de telegramas se contaba una felicitación colectiva de los hombres casados de la Legión y otro de un batallón de la Legión que saludaba a Carmen como a su nueva madrina.²²

La posición social de la novia y del novio se advirtió en el hecho de que entre los testigos que firmaron el certificado de matrimonio se encontraran dos aristócratas locales, el marqués de la Rodriga y el marqués de la Vega de Anzo. El tono obsequioso de la prensa local no sólo indica el prestigio de Franco, sino también el tipo de adulación que recibía:

Ayer ha gozado Oviedo de unos momentos de íntima, deseada satisfacción, de jubilosa alegría. Fue en la boda de Franco, del bravo y popular jefe de la Legión. Si grande y legítimo era el afán de los novios de ver bendecido su amor ante el altar, inmenso era también el interés del pueblo por verles felices, realizando su sueño de amor. En ese amor tan puro todos los que conocemos a Franco y a Carmina, hemos puesto algo de nuestro corazón, y por ello, hemos participado de sus incertidumbres, de sus zozobras, de sus justificadas impacencias... Del Rey, al último de los admiradores del héroe, era unánime el deseo de que esos amores tan contrariados por el azar, tuvieran la divina sanción que habría de llevarles a la suprema dicha.²³

... El «alto en la lucha» del bravo guerrero español ha tenido su apoteosis triunfal. Aquellas frases corteses y galantes musitadas por el noble soldado al oído de su linda enamorada, durante el «alto en la lucha», han tenido el epílogo divino de su consagración.²⁴

Un periódico de Madrid encabezaba su comentario con el titular «La boda de un heroico caudillo». ²⁵ Ésta fue una de las primeras veces en que se aplicó a Franco el término Caudillo. Es fácil imaginar cómo semejante prosa lisonjera modeló la percepción de Franco de su propia importancia.

Según la tradición, al casarse, el oficial debía «besar las manos» del rey. Tras unos días de luna de miel, que transcurrieron en la casa de verano de los Polo, La Piniella, cerca de San Cucao de Llanera, a las afueras de Oviedo, y antes de establecer su hogar en Ceuta, los recién casados viajaron hasta Madrid y solicitaron audiencia en el palacio real a finales de octubre. En 1963, la reina recordaba un almuerzo con un callado y tímido joven oficial.²⁶

Años más tarde, el propio Franco relató dos veces, a su primo y a George Hills, la entrevista con el rey. En estos relatos Franco afirmó que el rey estaba ansioso por saber cómo se sentía el ejército de África ante el reciente golpe y cuál era la situación militar en Marruecos. Franco afirmaba haberle contado al rey que el ejército desconfiaba de Primo de Rivera debido a su creencia en la necesidad de abandonar el protectorado. Cuando el rey demostró la misma inclinación pesimista a la retirada, Franco osadamente respondió que se podía derrotar a los «rebeldes» (los habitantes locales) y consolidar el protectorado español, señalando al parecer que, hasta el momento, las operaciones españolas habían sido fragmentarias; hacían retroceder a los moros en pequeñas parcelas de terreno y luego trataban de conservarlas o recuperarlas una vez que habían sido reconquistadas por aquéllos. En lugar de esta incesante pérdida de hombres y materiales, Franco sugería la idea, preferida desde antiguo por los africanistas, de un gran ataque al cuartel general de Abd el-Krim en la región de la cabila de los Beni Urriaguel. La ruta más directa era por mar hacia la bahía de Alhucemas.

El rey dispuso que Franco cenara con el general Primo de Rivera y le contara su plan.²⁷ A Primo de Rivera no debió agradarle demasiado, dada su firme convicción de que España debía retirarse de Marruecos y su empeño como dictador en reducir el gasto militar. ²⁸ Cuando conoció a Franco, Primo de Rivera seguramente no se sorprendió de oír que el joven teniente coronel compartía la general voluntad de los africanistas de permanecer en Marruecos. Hacía tiempo que Franco había publicado su versión de la difundida tesis de que el problema marroquí de España se resolvería en Alhucemas: «Alhucemas es el foco de la rebelión antiespañola, es el camino a Fez, la salida más corta al Mediterráneo y allí está la clave de muchas propagandas que terminarán el día que sentemos el pie en aquella costa». ²⁹ La idea de un desembarco en Alhucemas llevaba varios años en el aire y el Estado Mayor había preparado detallados planes para el caso de que los políticos dieran el visto bueno. Según su propia versión, cuando Franco consiguió exponer al dictador sus argumentos a favor del desembarco, eran ya altas horas de la madrugada. El nada abstemio Primo de Rivera estaba algo alegre y Franco estaba convencido de que no recordaría su conversación. Sin embargo, Primo de Rivera le sugirió que presentase su plan por escrito.

En la posterior versión de los hechos, Franco formula su narración para demostrar que el plan del desembarco de Alhucemas era suyo. Es perfectamente comprensible que lo recordase como un producto de su mente, después de tantos años de oírlo decir a sus aduladores y dado que jugó un importante papel en la defensa del plan contra la retirada de Marruecos. ³⁰ A comienzos de 1924 Franco había fundado, junto con el general Gonzalo Queipo de Llano, una publicación llamada *Revista de Tropas Coloniales* que abogaba por mantener la presencia colonial española en África. A principios de 1925 se convertiría en jefe de su consejo editorial. Franco escribiría más de cuarenta artículos en esta revista. En uno de ellos, publicado en abril de 1924 y titulado «Pasividad e inacción», argumentaba que la debilidad de la política española, «la eterna parodia de un protectorado», alentaba la rebelión entre las cabilas indígenas.³¹ Su impacto fue considerable.

Poco después de visitar al rey, el recién casado Franco y su esposa fijaron su residencia en Ceuta. La situación en Marruecos parecía sospechosamente tranquila. De hecho, hacia la primavera de 1924, el poder de Abd el-Krim había crecido enormemente y ya no reconocía la autoridad del sultán. Abd el-Krim se presentaba como cabeza visible de un movimiento bereber vagamente nacionalista y hablaba en términos de establecer un Estado socialista independiente. Numerosas tribus aceptaron su liderato y en 1924, al amparo de su autoconcedido título de «Emir del Rif», solicitó entrar en la Sociedad de Naciones. ³² Tras la derrota de Annual, la contraofensiva española había reconquistado parte de los alrededores de Melilla. Aparte de eso, la ocupación española consistía en las ciudades de Ceuta, Tetuán, Larache y Xauen. Las guarniciones locales confiaban en poder conservar el territorio, pero les preocupaban seriamente los rumores de una inminente orden de retirada. Previendo dificultades, el 5 de enero, el jefe militar de Ceuta, general Montero, durante la festividad de la Pascua Militar, reunió a los oficiales bajo su mando para que dieran su palabra de obedecer las órdenes cualesquiera que éstas fuesen. Franco se adelantó a responder que no podían pedirles que obedecieran órdenes contrarias al reglamento militar.³³

Posiblemente alertado por estas objeciones, Primo de Rivera por fin se decidió a inspeccionar la situación en persona. Mientras tanto, envió a Sanjurjo para que se hiciera cargo del mando de Melilla. Abd el-Krim le saludó con una ofensiva sobre Sidi Mesaoud que fue rechazada por la Legión al mando de Franco. En junio de 1924, cuando llegó el Dictador comprendió rápidamente el absurdo de la precaria situación militar española. Su inclinación fue abandonar el protectorado argumentando que pacificarlo por completo sería demasiado costoso y era ridículo seguir manteniéndolo sobre la base de una cadena de blocaos vulnerables y sin agua. Durante parte de su recorrido, el Dictador insistió en que lo acompañara Franco. En ese momento, el joven teniente coronel estaba muy preocupado por los rumores de que Primo de Rivera había acudido para ordenar la retirada española. Acababa de intentar convencer al Alto Comisario, general Aizpuru, que publicar la orden de retirada de las ciudades del interior provocaría una ofensiva a gran escala de las fuerzas de Abd el-Krim. Franco había

acordado con el teniente coronel Luis Pareja de los Regulares, que ambos solicitarían el traslado a la península en caso de una retirada de Xauen. En una carta escrita a Pareja en julio de 1924, Franco declaraba que, llegado el momento, el grueso de los oficiales haría lo mismo.³⁴

El 19 de julio de 1924, en una famosa cena en Ben Tieb, se produjo un incidente entre la Legión y el Dictador que se convirtió en la base de un mito posterior. En la cena, según dice la leyenda de la Legión, Franco dispuso que se sirviera al Dictador un menú consistente enteramente en huevos.³⁵ El simbolismo viril era evidente: el visitante necesitaba *huevos* y la Legión tenía para dar y tomar. Sin embargo, el fanático respeto de Franco a la disciplina y el ambicioso interés por su carrera, hace difícil creer que insultara de modo tan flagrante a un oficial superior y jefe de Gobierno. En 1972 Franco negó haberle servido dicho menú.

En la cena, Franco hizo un duro pero comedido discurso contra el *abandonismo*. Lo que dijo revelaba su compromiso perpetuo con el Marruecos español: «lo que pisamos es suelo español, porque lo hemos comprado al más alto precio y con la moneda más preciada: la sangre española aquí derramada. Rechazamos la idea de retirarnos porque estamos convencidos de que España está en posición de dominar su territorio». Primo de Rivera respondió con un discurso igualmente fuerte explicando la lógica subyacente a los planes de retirada y solicitando una obediencia ciega. Cuando un coronel del equipo de Primo de Rivera dijo: «Muy bien», el irascible y pequeño comandante José Enrique Varela, incapaz de contenerse, gritó: «Muy mal». El discurso de Primo de Rivera fue interrumpido por silbidos y comentarios hostiles. Sanjurjo, que le acompañaba, contó más tarde a José Calvo Sotelo, ministro de Hacienda del Dictador, que mantuvo la mano en la culata de la pistola durante los discursos, temiendo un trágico incidente. Cuando el Dictador acabó se hizo un silencio total. Franco, siempre cauto, se apresuró a visitar a Primo de Rivera justo después de la cena para clarificar su postura. Dijo que si lo que acababa de suceder merecía un castigo, estaba preparado para recibirlo. Primo de Rivera no tomó en serio el papel de Franco en el asunto y le permitió regresar más tarde y exponer de nuevo su punto de vista sobre un desembarco en Alhucemas.³⁶ En su propia versión de 1972, Franco aducía de modo poco verosímil que había reprendido a Primo de Rivera y que éste le había prometido no hacer nada sin consultar a los «oficiales clave».³⁷

Poco después de la cena de Ben Tieb, el Dictador preparó una operación para levantar 400 posiciones y blocaos. Como Franco y otros habían advertido, hablar de retirada animó a Abd el-Krim y estimuló la desertión de gran número de tropas marroquíes de las filas españolas. El teniente coronel Pareja entendió que se daban las condiciones acordadas con Franco para presentar conjuntamente la dimisión. Pareja presentó la solicitud de traslado y le molestó descubrir que Franco no había cumplido su palabra. Éste, siempre precavido, sobre todo tras su enfrentamiento con Primo de Rivera, permaneció en su puesto.³⁸ Poco después del regreso de Primo de Rivera a Madrid, Abd el-Krim lanzó un ataque masivo, cortando la carretera de Tánger a Tetuán y amenazando a esta última. El 10 de septiembre se emitió un comunicado anunciando la evacuación de la zona. La preocupación por las consecuencias de la propuesta de retirada hizo que numerosos oficiales que servían en África acariciaran la idea de un golpe contra Primo de Rivera. El cabecilla fue Queipo de Llano, quien en 1930 afirmó que Franco le había visitado el 21 de septiembre de 1924 para pedirle que liderara un golpe contra el Dictador. En 1972, Franco no negó haber mantenido tal conversación. No obstante, como sucedió en el caso de su pacto con el teniente coronel Pareja, nada sucedió tras una expresión insólitamente franca de descontento. En lo concerniente a la disciplina militar, prevaleció siempre su habitual cautela.³⁹

Franco y la Legión entraron en acción a la cabeza de una columna dirigida por el general Castro Girona que partió de Tetuán el 23 de septiembre para liberar la guarnición sitiada de Xauen, «la ciudad sagrada» de las montañas. Tardaron nueve días de lucha en recorrer los sesenta y cuatro kilómetros que los separaban de allí. Durante el mes siguiente, fueron llegando unidades procedentes de posiciones aisladas, hasta que a principios de noviembre había 10.000 hombres en Xauen, muchos heridos, la mayoría exhaustos. Se emprendió la evacuación. El 16 de octubre, Primo de Rivera se ganó a buena parte del ejército de África al asumir toda la responsabilidad de lo que pudiera suceder y nombrarse a sí mismo Alto Comisario, regresando a Marruecos y estableciendo su cuartel general en Tetuán. La evacuación de Xauen de los habitantes españoles, judíos y magrebíes simpatizantes fue una tarea imponente. Mujeres, niños y demás civiles, viejos y enfermos, fueron agrupados en camiones. El 15 de noviembre partió la descomunal y vulnerable columna, que avanzaba despacio durante la noche, mientras la Legión al mando de Franco cubría su retaguardia. Constantemente asediados por los ataques de las cabilas y muy entorpecidos por las tormentas que hundían a los camiones en un lodo casi intransitable, tardaron cuatro semanas en regresar a Tetuán, donde los supervivientes llegaron el 13 de diciembre. Fue un considerable triunfo de tenacidad inflexible, aunque dista mucho de la «magistral lección militar» recogida por los hagiógrafos de Franco.⁴⁰

Franco estaba muy contrariado por participar en el abandono de un fragmento del territorio en cuya defensa se habían perdido tantas vidas. Y publicó un artículo sobre la tragedia de la retirada, basado en su diario. Escrito con viveza y apasionamiento, refleja la resignación y la tristeza del día después de la retirada.⁴¹ Sin embargo, el 7 de febrero de 1925 le consoló otra medalla militar y el ascenso a coronel con efectos desde el 31 de enero de 1924. A Franco se le permitió permanecer al mando de la Legión, aunque ese puesto debía ejercerlo un teniente coronel. Aún más le consoló el que a fines de 1924 Primo de Rivera cambiara de opinión sobre el abandono de Marruecos. A finales de noviembre o principios de diciembre el Dictador decidió emprender el desembarco de Alhucemas y ordenó trazar planes detallados. A principios de 1925, Franco hizo experimentos con lanchas de desembarco anfibias. Durante uno de esos ejercicios, el 30 de marzo de 1925, a bordo del guardacostas *Arcila*, le ofreció un desayuno un joven teniente de la Marina llamado Luis Carrero Blanco, quien, desde 1942 a 1973 sería su más estrecho colaborador. Franco rechazó la invitación diciendo que, desde que había sido herido en El Biutz, siempre entraba en combate con el estómago vacío.⁴²

En marzo de 1925, durante una visita a Marruecos, el general Primo de Rivera entregó a Franco una carta del rey y una medalla religiosa de oro. La carta era aduladora:

Querido Franco:

Al visitar el Pilar de Zaragoza y oír un responso ante la tumba del jefe del Tercio Rafael Valenzuela muerto gloriosamente al frente de sus banderas, mis oraciones y mis recuerdos fueron para vosotros todos.

La hermosa historia que con vuestras vidas y sangres estáis escribiendo es un ejemplo constante de lo que pueden hacer los hombres que lo cifran todo en el cumplimiento del deber.

Ya sabes lo mucho que te quiere y aprecia tu afectísimo amigo que te abraza.

ALFONSO XIII.⁴³

Tras entrar en Xauen, el triunfante Abd el-Krim festejó su victoria capturando a El Raisuli. Entonces cometió un error colosal. En el preciso instante en que los franceses se trasladaban a la tierra de nadie que quedaba entre los dos protectorados, su ambición de crear a la larga una república más o menos socialista le llevó a intentar derrocar al sultán, que era instrumento del gobierno colonial de Francia. En un principio derrotó a los franceses; en este enfrentamiento, sus avanzadillas llegaron a treinta y dos kilómetros de Fez. Eso hizo que Primo de Rivera y el comandante francés de África, Philippe Pétain, llegaran a un acuerdo en junio de 1925 para emprender una operación conjunta. El plan consistía en que una importante fuerza francesa de 160.000 efectivos coloniales atacara desde el sur, mientras 75.000 soldados españoles se desplazaban desde el norte. El contingente español desembarcaría en Alhucemas bajo el mando supremo del general Sanjurjo. Franco estaba al mando del primer contingente de tropas que desembarcaría y tenía la responsabilidad de establecer una cabeza de puente.

Ningún esfuerzo se hizo por mantener el secreto, ni durante la planificación ni durante la noche del 7 de septiembre, cuando los barcos españoles arribaron a la bahía con las luces encendidas y las tropas cantando. Como resultado de un mal reconocimiento del terreno, el desembarco tuvo lugar en una playa, donde las lanchas encallaron en bajíos y bancos de arena, demasiado lejos de la orilla para que pudieran descender los carros de combate. Además, el agua tenía más de metro y medio de profundidad y muchos legionarios no sabían nadar. Esperaban el ataque filas de rifeños atrincherados, que abrieron fuego de inmediato. El oficial de Marina a cargo de las lanchas de desembarco informó por radio a la flota, donde el Alto Mando aguardaba noticias y en vista de sus señales, se ordenó a las naves retirarse. Franco decidió que una retirada en ese momento afectaría a la moral de sus hombres y enardecería la de los defensores. En consecuencia, hizo caso omiso de la orden y le dijo al corneta que diera la señal de atacar. Los legionarios saltaron por la borda, vadearon hasta la costa y establecieron con éxito la cabeza de puente. Franco fue convocado ante sus superiores para que explicara su acción, lo que hizo basándose en el reglamento militar, que ofrecía a los oficiales cierto grado de iniciativa bajo el fuego.⁴⁴

Toda la operación fue una denuncia de la penosa organización del ejército español y la deficiente planificación de Sanjurjo. Establecida la cabeza de puente, la comida y las municiones eran sin embargo insuficientes para permitir el avance. La comunicación de nave a costa era muy deficiente y el apoyo de la artillería, muy limitado. Transcurrieron dos semanas antes de que se diera la orden de avanzar más allá de la cabeza de puente. Después, el avance fue castigado por las baterías de morteros emplazadas por Abd el-Krim. En parte debido a la obstinación del propio Franco, el ataque español continuó. No obstante, con los franceses desplazándose desde el sur, la rendición de Abd el-Krim era sólo cuestión de tiempo y el 26 de mayo de 1926 se entregó a las autoridades francesas.⁴⁵ La resistencia de las cabilas del Rif y de la Yebala se vino abajo.

Franco escribió un diario vívido, aunque algo novelesco, de su participación en el desembarco, titulado *Diario de Alhucemas*, que se publicó a lo largo de cuatro meses, entre septiembre y diciembre de 1925, en la *Revista de Tropas Coloniales* y de nuevo en 1970 en una versión que él mismo censuró.⁴⁶ En 1925, refiriéndose a un ataque a una colina que tuvo lugar en las primeras horas del desembarco, escribió: «los defensores demasiado tenaces son pasados a cuchillo», cambiándolo en 1970 por «los defensores demasiado tenaces caen bajo nuestro fuego». Incluso después de editar el texto en 1970, Franco dejó algunas frases que evocaban las historias de aventuras de su juventud. Los hombres no morían de un disparo sino que «El plomo del enemigo segó la vida de Bescansaa, el capitán de las audaces gallardías». «La fatalidad nos ha arrebatado lo más florido de nuestros oficiales; nos ha llegado la hora... ¡Mañana les vengaremos!»⁴⁷ Años más tarde, le contó a su médico que, durante la campaña de Alhucemas capturaron a un desertor de la Legión y, sin más dilación que el tiempo que tardaron en confirmar su identidad, ordenó formar un pelotón de fusilamiento y lo mandó fusilar.⁴⁸

El 3 de febrero de 1926 Franco ascendió a general de brigada, noticia que apareció en primera plana de los periódicos de Galicia.⁴⁹ A los treinta y tres años era el general más joven de Europa y su graduación le obligaba a dejar la Legión. Con motivo del ascenso, la hoja de servicios de Franco decía: «Es un valor nacional seguro y sin duda el país y el ejército obtendrán gran provecho al hacer uso de sus notables aptitudes en cargos más altos». Se le concedió el mando de la brigada más importante del ejército, la Primera Brigada de la Primera División de Madrid, formada por dos regimientos aristocráticos, el Regimiento del Rey y el Regimiento de León.⁵⁰

Al regresar a España, Franco trajo consigo el bagaje político adquirido en África, que arrastraría el resto de su vida. Durante su estancia en Marruecos, Franco había llegado a asociar gobierno y administración con la incesante intimidación de los gobernados. También influía un elemento de superioridad protectora subyacente al gobierno colonial: la idea de que los colonizados eran como niños que necesitaban una firme mano paternal. Franco no tuvo dificultad para transferir sus actitudes coloniales a la política nacional. Como la izquierda española era

pacifista y hostil a la gran aventura de Marruecos, Franco la asociaba con el desorden social y el separatismo regional, y la consideraba tan enemiga como las cabilas rebeldes,⁵¹ convencido de que las ponzoñosas ideas de la izquierda eran actos de insurrección, erradicables mediante una férrea disciplina que, cuando se trataba de gobernar a una población entera, significaba represión y terror. Más tarde, el elemento paternalista sería central a su percepción de su gobierno de España como figura paterna firme y benévola.

En África, Franco también aprendió muchas de las estratagemas y artificios que constituirían su sello político después de 1936. Había observado que el éxito político derivaba de un artero juego de dividir y gobernar a los jefes tribales. Eso es lo que hizo el sultán; y eso era lo que aspiraban los más capaces altos comisarios españoles. A menor nivel, los comandantes de las guarniciones locales habían hecho algo similar. La astucia, rapacidad, envidias y resentimientos de los jefes tribales eran explotados para enfrentarlos en un juego cambiante de alianzas, traiciones y golpes relámpago. La asimilación de estos recursos le permitiría manipular a sus enemigos, rivales y colaboradores políticos dentro de España, desde 1936 hasta bien entrados los años sesenta. Aunque aprendió esta clase de artes, Franco nunca desarrolló ningún interés serio por los marroquíes. Como la mayoría de los oficiales coloniales, Franco no aprendió más que nociones rudimentarias del idioma de aquellos contra los que combatía y a quienes gobernaba. Más tarde, también fracasaría en sus intentos de aprender inglés. Absorbido por los asuntos militares, nunca sintió gran interés en otras culturas y en otros idiomas.⁵²

El día en que se anunció su ascenso a general, el éxito de Franco fue eclipsado por la espectacular cobertura que la prensa nacional dio a su hermano Ramón. El comandante Ramón Franco había cruzado el Atlántico sur con el capitán Julio Ruiz de Alda, uno de los futuros fundadores de la Falange, en el *Plus Ultra*, un hidroavión Dornier Doj Wal.⁵³ El régimen y la prensa trataban a Ramón como un moderno Cristóbal Colón. Se creó una comisión en El Ferrol para organizar diversos agasajos a los dos hermanos, incluido el descubrimiento de una placa en la pared de la casa donde nacieron, que rezaba: «En esta casa nacieron los hermanos Francisco y Ramón Franco Bahamonde, valientes militares que al frente del Tercio de África y cruzando el Atlántico en el hidroavión *Plus Ultra* realizaron heroicas hazañas que constituyen gloriosas páginas de la Historia nacional. El pueblo de Ferrol hónrase con tan esclarecidos hijos, a los que dedica este homenaje de admiración y cariño».⁵⁴

Franco ocupó su importante cargo en Madrid a tiempo para admirar los logros de la Dictadura de Primo de Rivera. Se había suprimido lo que la oficialidad percibía como separatismo regional y el descontento laboral había disminuido drásticamente. Los sindicatos anarquista y comunista habían sido suprimidos, mientras que el sindicato socialista, la Unión General de Trabajadores, recibía el control de una recién creada maquinaria de arbitrio estatal. La UGT se convirtió en el sindicato semioficial del régimen. Un amplio programa de inversiones en carreteras y ferrocarriles creó un grado elevado de prosperidad y empleo. Para un oficial del ejército, sobre todo tras los desórdenes del período 1917-1923, se trataba de un buen momento para estar en el servicio activo. Se había silenciado la constante crítica al ejército, que los oficiales asociaban con la Monarquía parlamentaria, y el triunfo de Alhucemas había reavivado la popularidad militar. No es de extrañar, pues, que como muchos oficiales del ejército y civiles de derechas, Franco contemplase retrospectivamente los seis años de la Dictadura de Primo de Rivera como una edad dorada. Durante los años treinta comentaba a menudo que había sido el único período de buen gobierno del que había disfrutado España en tiempos modernos. Según su opinión, el error de Primo de Rivera había sido anunciar que sólo ostentaría el poder durante un breve lapso hasta que hubiera resuelto los problemas de España. Reprobándolo, Franco le dijo a un conocido de Oviedo, el monárquico Pedro Sáinz Rodríguez: «Eso es una equivocación; si se toma el mando [no decía nunca el poder] hay que recibirlo como si fuese para toda la vida».⁵⁵

La Dictadura fue también un período de nuevos motivos de satisfacción para el ego de Franco. La noche del 3 de febrero de 1926 sus compañeros cadetes de la promoción n.º 14 de la Academia de Infantería de Toledo se reunieron para rendir homenaje al primero de ellos que ascendía a general. Le regalaron una espada de gala y un documento con la siguiente inscripción: «Cuando el paso por el mundo de la actual generación no sea más que un comentario breve en el libro de la Historia, perdurará el recuerdo de la epopeya sublime que el Ejército español escribió en esta etapa del desarrollo de la vida de la Nación. Y los nombres de los caudillos más significados se encumbrarán gloriosos, y sobre todos ellos se alzarán triunfador el del general don Francisco Franco Baamonde [sic] para lograr la altura que alcanzaron otros ilustres hombres de guerra, como Leiva, Mondragón, Valdivia y Hernán Cortés, y a quien sus compañeros tributan este homenaje de admiración y afecto por patriota, inteligente y bravo».⁵⁶

Durante los días siguientes, Franco recibiría muchos telegramas de las autoridades locales de El Ferrol enumerando los actos de homenaje organizados para su madre. El domingo 7 de febrero habían tocado las bandas, se organizaron fuegos artificiales y los barcos de la bahía hicieron sonar sus sirenas. La ciudad se volcó para aclamar el histórico vuelo de Ramón, que aún estaba en Argentina, aunque no olvidaron a Francisco Franco en los incesantes festejos que brindaron a doña Pilar Bahamonde y Pardo de Andrade. El 12 de febrero se declaró festivo en El Ferrol en honor a los dos hermanos. Las calles de la ciudad se iluminaron y se cantó un tedeum en la iglesia de San Julián para celebrar sus proezas, y se descubrió una placa en la calle María. Doña Pilar recibió mensajes de felicitación, por ambos hijos, de los alcaldes de El Ferrol, de las cuatro capitales provinciales de Galicia y de muchas ciudades de España.⁵⁷ El 10 de febrero, una muchedumbre salió a la plaza de Colón de Madrid para aclamar la hazaña de Ramón. En parte, fue la Dictadura de Primo de Rivera la que organizó la cobertura de los medios de difusión y el entusiasmo público para aprovechar la propaganda del vuelo del *Plus Ultra*.

La adulación estaba dirigida en gran medida hacia Ramón, pero no hay motivos para creer que Franco se resintiera al ver a la oveja negra de la familia repentinamente convertida en un héroe nacional. La calificación de su hermano como un Cristóbal Colón del siglo xx quizá

inspirarse los posteriores esfuerzos de Franco por presentarse como el Cid de los tiempos modernos. Franco siempre fue intenso, leal a su familia y, con el paso de los años, emplearía su posición para ayudar y proteger a Ramón de las consecuencias de sus alocadas acciones. En cualquier caso, su popularidad y triunfos propios eran lo bastante frecuentes e intensos para no sentir envidia. En la Pascua de 1926, durante la procesión del Corpus Christi en la iglesia de San Jerónimo de Madrid, Franco mandó las tropas que formaron en las calles y escoltaron la Sagrada Forma. Como legendario héroe de África, fue objeto de la atención y admiración de la clase alta madrileña que formaba la congregación.⁵⁸ A finales del verano de 1927 Franco acompañó al rey y a la reina en una visita oficial a África durante la que se dieron nuevos estandartes a la Legión en su cuartel general de Dar Riffien.⁵⁹

El 14 de septiembre de 1926 nació la primera y única hija de Franco, María del Carmen, en Oviedo, adonde Carmen había ido para cuidar de su padre moribundo.⁶⁰ La recién nacida se convertiría en el centro de su vida emocional. Años más tarde, Franco diría: «Cuando nació Carmencita creí volverme loco de alegría. Me hubiera gustado tener más hijos; pero no pudo ser». ⁶¹ Hubo rumores insistentes de que Carmen no era realmente hija de Franco, sino adoptada, y que el padre podía haber sido su promiscuo hermano Ramón. Ninguna prueba sostiene esta hipótesis, que parece surgir del hecho de que no se conocen fotografías de Carmen Polo embarazada y de la fama de aventurero sexual de Ramón.⁶² La hermana de Franco, Pilar, hace un inciso en sus memorias para puntualizar que ella vio a Carmen Polo embarazada, aunque se equivoca en las fechas por dos años.⁶³

Al ser destinado a Madrid se inició un período en el que Franco disponía de mucho tiempo libre. En lugar de atormentar a sus coroneles con frecuentes inspecciones sorpresa, Franco permitía que dirigieran sus propios cuarteles, modelo que más tarde seguiría con sus ministros. Alquiló un piso en el elegante paseo de la Castellana y disfrutó de una ajetreada vida social. Se reunía con regularidad con amigos militares de África y de la Academia de Toledo en las tertulias del club de clase alta, La Gran Peña, y en los cafés de Alcalá y de la Gran Vía. Tenía una relativa amistad íntima con Millán Astray, Emilio Mola, Luis Orgaz, José Enrique Varela y Juan Yagüe. ⁶⁴ Mientras estaba en Madrid adquirió pasión por el cine y fue miembro de la tertulia del político y escritor Natalio Rivas, miembro del partido liberal. ⁶⁵ Por invitación de Rivas apareció junto con Millán Astray en una película titulada *La malcasada*, realizada por el director Gómez Hidalgo en la casa de Rivas. El pequeño papel de Franco era el de un oficial del ejército recién llegado de las guerras africanas.⁶⁶

En esta etapa de su vida, como más tarde, a Franco le interesaba poco la política cotidiana. Sin embargo, empezó a plantearse la posibilidad de una actividad política de algún tipo. La aclamación popular de la que fue objeto después de Alhucemas, la rapidez de sus ascensos y la compañía de la que se rodeaba en Madrid, todo le empujaba a sobrestimar su propia importancia como figura nacional. Natalio Rivas solía alentar sus ambiciones políticas. A mitad de diciembre de 1925, según declaraciones de Rivas, «Yo le aconsejé, puesto que estábamos solos, que él debiera dedicarse a hacer una preparación completa de carácter político porque las cosas pueden venir de tal suerte que él tenga que desempeñar un papel activo en la vida pública de España. Le dije que los pocos hombres que pueden gobernar en España con autoridad dentro de unos años o estarán muertos o inútiles por la vejez, y que probablemente él sería entonces una solución de la situación que se creará por falta de hombres». Como el mismo Franco dijo retrospectivamente: «Como resultado de mi edad y mi prestigio, yo estaba llamado a prestar los más altos servicios a la nación». El aparente éxito político del ejército en tiempos de Primo de Rivera quizá incrementara su tendencia a los sueños de grandeza. Más tarde declaró que, con el fin de prepararse para sus trascendentales tareas y dado que su mando en Madrid le daba poco que hacer, empezó a leer libros sobre la historia contemporánea de España y sobre economía política.⁶⁷ Resulta imposible saber cuáles fueron sus lecturas; sus libros se perdieron en Madrid en 1936 cuando su piso fue saqueado por anarquistas. Ciertamente, ni sus discursos ni sus propios escritos indican que tuviera ninguna noción significativa de historia o economía.

Dada su propensión a la charla, lo más probable es que conversara sobre economía más que leerla. Posteriormente afirmó que en esta época «solía visitar con alguna frecuencia al director del Banco de Bilbao, donde Carmen tenía unos ahorrillos». El banquero en cuestión era afable e inteligente y estimuló en Franco cierto interés en la economía. Franco también trató temas políticos de su época con su inmediato círculo de amigos y conocidos. Es probable que estas tertulias de café con sus amigos, la mayoría africanistas como él, no hicieran más que cimentar sus prejuicios. No obstante, posteriormente conferiría un valor enorme a estas conversaciones.⁶⁸

Las lecturas y las tertulias fortalecieron la confianza de Franco en sus propias opiniones hasta un grado desorbitado. En 1929, estando de vacaciones en Gijón, abordó al general Primo de Rivera en la playa. Los ministros del gobierno de Primo de Rivera pasaban unos días juntos lejos de Madrid, y el Dictador invitó a Franco a almorzar con él, señal de gran deferencia hacia el joven general por parte de Primo de Rivera. Hinchada así su autoestima, Franco se encontró sentado junto a José Calvo Sotelo, el brillante ministro de Finanzas, que se debatía en el intento de defender el valor de la peseta contra las consecuencias de un enorme déficit de la balanza de pagos, una mala cosecha y los primeros síntomas de la Gran Depresión. Franco comentó a un Calvo Sotelo muy irritado que no tenía objeto utilizar el oro y las reservas de moneda extranjera españoles para sostener el valor de la peseta y que sería mejor emplear el dinero en inversiones industriales. El razonamiento por el cual Franco llegó a la conclusión que expuso ante el ministro revelaba una astucia simplista: basaba su argumento en la creencia de que no era necesario que hubiera un vínculo entre el tipo de cambio de la moneda y las reservas nacionales de oro y divisas extranjeras, siempre que el valor de éstas se mantuviera en secreto.⁶⁹

Las dificultades económicas que trataron en ese almuerzo no eran los únicos problemas que atormentaban a la Dictadura. Los militares estaban muy divididos y algunos sectores del ejército se volvían contra el régimen. Paradójicamente, Franco se beneficiaría de uno de los errores más importantes cometidos por el Dictador en este aspecto. Primo de Rivera ansiaba reformar las anticuadas estructuras del ejército

español y en particular aligerar el exceso de oficiales. Su ideal era un pequeño ejército profesional, pero, como resultado de la rectificación de su inicial política marroquí de abandonismo, a mediados de los años veinte había crecido considerablemente en tamaño y en coste. Hacia 1930, el cuerpo de oficiales sólo se había reducido un 10% y el ejército en general más de un 25%, a un precio enormemente alto en términos de descontento militar interno. Se gastaron grandes sumas en esfuerzos de modernización, aunque el incremento último del número de unidades mecanizadas fue tremendamente decepcionante.⁷⁰

El relativo fracaso de las reformas de Primo de Rivera quedó eclipsado por el legado de una medida que había provocado enconadas diferencias. Los esfuerzos del Dictador por erradicar las divisiones entre la artillería y la infantería por el tema de los ascensos fueron muy aireados y dañaron mucho la moral. En buena parte, esta cuestión había generado en 1917 la creación de las Juntas de Defensa. Las disensiones entre la infantería, en particular los africanistas, y los cuerpos de artillería e ingenieros derivaban de que un ascenso por méritos era mucho más fácil de conseguir para un oficial de infantería que dirigía una carga contra el enemigo que para un ingeniero o un comandante de un batallón de artillería. Para subrayar su descontento con un sistema de ascensos que favorecía a la infantería colonial, en 1901 el arma de artillería había jurado no aceptar los que no se concedieran por estricta antigüedad y buscar en cambio otras recompensas o condecoraciones.

Aunque a su llegada al poder se creyó en el ejército que Primo de Rivera simpatizaba más con la postura de la artillería, parece ser que cambió de opinión tras sus contactos con oficiales del cuerpo de infantería en Marruecos antes y durante la operación de Alhucemas.⁷¹ Mediante los decretos del 21 de octubre de 1925 y del 30 de enero de 1926, Primo de Rivera introdujo mayor flexibilidad en el sistema de ascensos. Esto le concedió libertad para ascender a oficiales valientes y capaces, pero también se percibió como la apertura de la caja de Pandora del favoritismo. La tensión ya era grande cuando el 9 de junio de 1926, de un modo típicamente precipitado, el Dictador emitió un decreto obligando específicamente a la artillería a aceptar el principio de ascensos por méritos; los que habían aceptado distinciones en lugar de ascender, fueron ascendidos retroactivamente. El Dictador había herido con falta de tacto la sensibilidad militar, desatando la hostilidad de la oficialidad peninsular, lo que hizo que algunos oficiales entrasen en contacto con la oposición liberal al régimen. Todo ello culminó el 24 de junio de 1926 en un débil intento de golpe conocido como la «Sanjuanada». Hubieron muchos intentos de conseguir que Franco se involucrara pero invariablemente rechazó cualquier implicación. A principios de 1926 le contó a Millán Astray que a los halagos de un general le replicó «que él no estaba más que al lado del Rey, y que así como había expuesto su vida por España en África, la expondría cien veces que fuera preciso en la Plaza de Oriente, en defensa de don Alfonso». Melquiades Álvarez le contó a Natalio Rivas una historia parecida en la que Franco supuestamente habría respondido al general «que él no estaba con Primo de Rivera, cuya actuación estimaba perjudicial para España, pero que él estaba, por razones personales que eran reservadas, a la orden incondicional del Rey, y que si el Rey amparaba a los conspiradores él los ayudaría, pero si no los amparaba los combatiría; pero asegurando que no revelaría nada de lo que con este motivo sabía.⁷² En agosto, la imposición del sistema de ascensos a la artillería casi provocó un motín de oficiales de este cuerpo que se encerraron en sus cuarteles. En Pamplona los soldados de infantería enviados para poner fin a esta «huelga» de artilleros hicieron algunos disparos. El director de la Academia de Artillería de Segovia fue sentenciado a muerte, sentencia que le conmutaron por cadena perpetua, por negarse a entregar el mando de la academia. Durante todo este asunto, Franco tuvo cuidado de no implicarse e incluso expresó su disposición a disparar contra los artilleros rebeldes si se lo ordenaran. En opinión de Natalio Rivas, era «un hombre grandemente disciplinado que no quebranta la ordenanza por nada». ⁷³ Franco, más que ningún otro en todas las fuerzas armadas, tenía motivos para sentirse agradecido al sistema de ascensos por mérito.

Primo de Rivera venció, pero a costa de dividir el ejército y minar su lealtad al rey. Su política de ascensos generó en buena medida los agravios que movieron a muchos oficiales a inclinarse por el movimiento republicano. Así pues, cuando llegó la hora, algunos sectores del ejército estuvieron dispuestos a hacerse a un lado y permitir primero la dimisión del propio Primo de Rivera y, luego, el advenimiento de la Segunda República en abril de 1931. ⁷⁴ En general, los africanistas permanecieron fieles a la Dictadura y por tanto eran encarnizadamente hostiles a la República democrática que la sucedió en 1931. ⁷⁵ En realidad, las grietas de las divisiones creadas en los años veinte persistirían hasta la Guerra Civil en 1936. Muchos de quienes se pasaron a la oposición contra Primo de Rivera se verían favorecidos por el régimen republicano que le sucedió. Por el contrario, los africanistas, incluido Franco, verían minada su previa posición privilegiada.

La dicotomía entre artillería e infantería, junteros y africanistas, tuvo un impacto inmediato y directo sobre la vida de Franco. En 1926 el dictador estaba convencido de que parte del problema de los ascensos derivaba de que hubiera academias separadas para los oficiales de los cuatro cuerpos: la de infantería en Toledo, la de artillería en Segovia, la de caballería en Valladolid y la de ingenieros en Guadalajara. Primo de Rivera llegó a la conclusión de que España necesitaba una sola academia militar y decidió resucitar la Academia General Militar que había existido brevemente entre 1882 y 1893, durante la que se llamó «primera época». ⁷⁶ Por aquel entonces, y sobre todo después de Alhucemas, Primo de Rivera desarrolló un gran aprecio por Franco. Le dijo a Calvo Sotelo que Franco «es un muchacho formidable, y su porvenir, enorme, no ya sólo por sus condiciones puramente militares, sino también por las intelectuales». ⁷⁷ Claramente el Dictador estaba preparando a Franco para un puesto importante. Le envió a la École Militaire de St. Cyr, entonces dirigida por Philippe Pétain, para examinar su organización. El 20 de febrero de 1927, Alfonso XIII aprobó un plan para la creación de una academia española similar a aquella y el 14 de marzo de 1927, Franco participó en una comisión para preparar el camino. Por Real Decreto del 4 de enero de 1928, Franco fue nombrado primer director de la academia y expresó su preferencia por que tuviera su sede en El Escorial, pero el Dictador insistió en que se

emplazara en Zaragoza. Años más tarde, Franco pretendidamente dijo que si la academia hubiera estado en El Escorial en lugar de a 350 kilómetros de la capital, en 1931 se habría podido evitar la caída de la Monarquía.⁷⁸

Al trasladarse a la Academia General Militar, Franco dejaba atrás el tipo de vida castrense en el que se había forjado su reputación. Nunca volvería a dirigir unidades de tropas de asalto en el campo de batalla. Fue un cambio vital que, junto con su matrimonio en 1923 y el nacimiento de su hija en 1926, le afectó profundamente. Hasta 1926, Francisco Franco había sido un heroico soldado de campaña, un notable comandante de columna, intrépido por no decir temerario. Desde entonces, a tenor del cambio de percepción de su figura pública, asumiría cada vez menos riesgos. En Marruecos había sido un disciplinario implacable y un individuo abstemio y aislado, con pocos amigos.⁷⁹ A su regreso a la península pareció relajarse ligeramente, aunque siempre le obsesionaría la supremacía de la obediencia incuestionable y la disciplina. Se tornó más dispuesto a hacer la vista gorda ante la pereza o la incompetencia de sus subordinados, obteniendo lo mejor de colaboradores voluntariosos mediante la manipulación y las recompensas. Se convirtió en un animado cliente de clubes y cafés, donde tomaba un aperitivo y daba rienda suelta a su inclinación a charlar, relatando anécdotas y recuerdos a un grupo de amigos militares.⁸⁰

Hasta finales de los años veinte Franco dio pocas muestras de ser el típico *gallego*, lento, astuto e impenetrable, de sus años posteriores. Era un hombre de acción, obsesionado por su carrera militar y poco más. Sus primeros escritos militares son relativamente sinceros y están redactados con corrección y cierta sensibilidad hacia las gentes y los lugares. Por supuesto que era reservado y predispuesto por su experiencia militar, y particularmente por África, a ciertas ideas políticas, hostil a la izquierda y a los movimientos autonómicos regionales. Si algo leía sobre política, economía e historia reciente, era probablemente más para confirmar sus prejuicios que para ilustrarse. A partir de este momento, en sus discursos empieza a ser evidente cierto estilo intrincado y cierto tono pomposo. En parte, las responsabilidades familiares explican su mayor precaución, pero el motivo más importante fue la percepción de su potencial importancia política. En ciertos círculos fue objeto de adulación pública y todo parecía indicar que era el general con más brillantes perspectivas,⁸¹ lloviéndole ascensos, honores y destinos apetitosos. El comentario de que era el general más joven de Europa sin duda debió afectarle, como también la idea de que la Providencia velaba por él, una idea particularmente cara a su mujer. En este sentido, a la influencia de Carmen se debe añadir la de su inseparable primo Pacón, ahora comandante, que se convirtió en su ayudante de campo a finales del verano de 1926.⁸²

A finales de mayo de 1928 apareció en la revista *Estampa*, en la sección titulada «La mujer del hogar de los hombres famosos», una rara entrevista con Carmen Polo y su esposo. Realizada por Luis Franco de Espés, barón de Mora, ferviente admirador de Franco, la entrevista se centraba más en el «hombre famoso» que en la «mujer del hogar». A la pregunta de si estaba satisfecho con ser lo que era, Franco respondió sentenciosamente: «Estoy satisfecho de servir a mi patria al máximo». El barón le preguntó qué le habría gustado ser de no haber sido soldado, a lo que respondió: «Arquitecto u oficial de la marina. Sin embargo, a los catorce años entré en la Academia de Infantería de Toledo contra la voluntad de mi padre». Era la primera vez que Franco indicaba alguna oposición paterna a que entrase en la Academia Militar, pero no hay razón para creer que su padre se opusiera y, de haberlo hecho, no cabe duda de que habría impuesto su voluntad. Al parecer, Franco intentaba poner distancia entre su querida carrera militar y su odiado padre.

«Esto —dijo— con respecto a mi carrera, porque mi constante afición ha sido la pintura.» Al lamentar que no tuviera tiempo para practicar ningún género en particular, Carmen interrumpió para comentar que había pintado muñecas de trapo para su hija, Nenuca. Luego, la entrevista versaba sobre la «bella compañera del general luce su imagen estilizada, de una suma delicadeza, difuminada tras sutil vestidura de gasas negras, acariciadas por el mantoncito de Manila negro y sedño». Carmen relataba, sonrojada, cómo su esposo y ella se habían enamorado en una romería y cómo la había perseguido pertinazmente. Representando el papel de la fiel servidora del gran hombre, reveló que los principales defectos de su marido eran: «que le gusta demasiado África y estudiar unos libros que no comprendo». El barón de Mora le preguntó a continuación a Carmen sobre los tres momentos más grandes de su vida, a lo que respondió: «El día que desembarcó el Ejército español en Alhucemas, el instante de leer que Ramón había llegado a Pernambuco y la semana que nos casamos». El hecho de que el nacimiento de su hija Carmen no figurase en la lista, sugiere que aspiraba a proyectar una imagen de patriotismo no enturbiado por emociones «pusilánimes». En el mismo tono, cuando le preguntó a él sobre su mayor ambición, Franco declaró: «que España vuelva a ser todo lo grande que fue antaño». Cuando le preguntaron si era político, Franco respondió con firmeza: «Soy militar» y declaró que su deseo más ardiente era «pasar en todo momento desapercibido. Yo agradezco muchísimo ciertas manifestaciones, pero puede imaginarse lo molesto que resulta al cabo sentirse frecuentemente contemplado y comentado». Carmen especificó que su mayor amor era la música y su mayor antipatía «los moros». Tenía algunos recuerdos gratos de su época como esposa de militar en Marruecos que pasó ocupada en consolar a las viudas.⁸³

Franco llegó a Zaragoza el 1 de diciembre de 1927 para supervisar la edificación e instalaciones de la nueva institución. Los primeros exámenes de ingreso tuvieron lugar en junio de 1928. El 5 de octubre de ese año, con los nuevos edificios aún inacabados, la academia se abrió para el primer grupo de admitidos en unos cuarteles adyacentes. El discurso de inauguración de la academia del nuevo director reflejaba la filosofía que había aprendido de su madre. Su tema fue «el que sufre vence».⁸⁴ También recomendó a los cadetes que siguieran los «diez mandamientos» o *decálogo*, que había compilado sobre la base de un decálogo similar elaborado por Millán Astray para la Legión. Los diez mandamientos, expresados en términos muy sentenciosos eran: 1) Amar profundamente a la Patria y guardar fidelidad al rey, manifestando ambos sentimientos en todos los actos de su vida; 2) Tener un gran espíritu militar reflejado en la vocación y disciplina; 3)

Unir a su acrisolada caballería un constante celo por su reputación; 4) Ser fiel cumplidor de sus deberes y exacto en el servicio; 5) No murmurar jamás ni tolerarlo a otros; 6) Hacerse querer por sus inferiores y respetar por sus superiores; 7) Ser voluntario para todo sacrificio en las ocasiones de mayor riesgo y dificultad; 8) Sentir un noble compañerismo, sacrificándose por el camarada y alegrándose de sus éxitos, premios y progresos; 9) Tener amor a la responsabilidad y ser decidido; 10) Ser valeroso y abnegado.⁸⁵

La generación de oficiales que se educó bajo la estrecha supervisión de Franco en la Academia General Militar de Zaragoza, en su llamada segunda época entre 1928 y 1931, recibiría una educación significativamente más práctica que la que se impartía en la Academia de Infantería de Toledo. Franco insistió en que no se utilizaran libros de texto y que todas las clases se basaran en las experiencias prácticas de los instructores.⁸⁶ Se hizo hincapié en el adiestramiento en el uso y limpieza de armas. La destreza en equitación de los graduados era de alto nivel. El propio Franco dirigía a caballo las maniobras más duras. Sin embargo, el énfasis central, derivado del *decálogo*, se hacía en los valores «morales»: patriotismo, lealtad al rey, disciplina militar, sacrificio, coraje.⁸⁷ La idea de que los valores «morales» triunfarían sobre enemigos superiores en número o tecnología era uno de los estribillos constantes del pensamiento militar de Franco. El nivel de educación táctica y tecnológica de Zaragoza, que reflejaba las propias experiencias de su director en la guerra de Marruecos de carácter más primitivo, no era demasiado avanzado y se perdía mucha energía censurando la política democrática.

Durante la Guerra Civil, los oficiales que se instruyeron en la academia dirigida por Franco le recordaban como un ordenancista riguroso que ponía trampas a los cadetes incautos. En las calles de Zaragoza simulaba mirar los escaparates de las tiendas para sorprender a aquellos que intentaban pasar de largo sin saludar al director. Al pasar, los llamaba la voz suave, aguda y temida de Franco. Recordando las actividades nocturnas de sus propios compañeros de Toledo, insistía en que todos los cadetes llevaran al menos un preservativo cuando saliesen por la ciudad. En ocasiones, los paraba en la calle y exigía ver su equipo de protección. Había severos castigos para aquellos que no lo llevasen consigo.⁸⁸ En su discurso de despedida de la academia en 1931 enumeró entre los grandes logros patrióticos de su tiempo en el cargo la eliminación de las enfermedades venéreas entre los cadetes, a través de la «vigilancia y la profilaxis».⁸⁹ Su orgullo por semejante triunfo fue perceptible cuando, en 1936, se jactó ante su profesor de inglés de haber «erradicado implacablemente el vicio» entre los cadetes de Zaragoza.⁹⁰

Retrospectivamente, el período de Franco en la academia se contempló como un triunfo de los africanistas y demás oficiales de derechas, y un desastre para los oficiales liberales y de izquierdas. Su hermano Ramón le escribió quejándose de la «troglodítica educación» que allí se impartía. Por el contrario, para el general africanista Emilio Mola era la cima de la excelencia.⁹¹ Las ordenanzas de la academia exigían que el profesorado se eligiera por méritos de guerra, al margen de la materia a impartir. Por consiguiente, el profesorado estaba dominado por los amigos africanistas de Franco, muchos de los cuales se habían embrutecido por sus experiencias en una despiadada guerra colonial y destacaban más por su rigidez ideológica que por sus dotes intelectuales. De 79 profesores, 34 eran hombres de infantería y 11 legionarios. El subdirector de la academia era el coronel Miguel Campins, un buen amigo y camarada de armas de África, que había estado con Franco en la batalla de Alhucemas. Campins, un profesional competente, elaboró el programa educativo de la academia.⁹² Entre los restantes miembros de alta graduación del profesorado figuraban Emilio Esteban-Infantes, que más tarde estaría implicado en la tentativa de golpe de Sanjurjo de 1932; Bartolomé Barba-Hernández, que, en el despuntar de la Guerra Civil, sería el líder de la conspiradora Unión Militar Española, y el amigo de toda la vida de Franco, Camilo Alonso Vega, que más tarde sería un inflexible ministro del Interior. Casi sin excepción, los profesores de la academia desempeñaron algún papel importante en el alzamiento de 1936. Con hombres semejantes en el equipo, la academia se centró en inculcar la brutal arrogancia de la Legión, la idea de que el ejército era el árbitro supremo del destino político de la nación y el sentido de disciplina y obediencia ciega. Una gran proporción de oficiales que pasaron por la academia estuvieron más tarde enrolados en la Falange. Una proporción aún mayor luchó del lado de los nacionales durante la Guerra Civil.⁹³

Durante este período en la dirección de la academia militar, Franco desarrolló el estilo *dejar hacer*, de delegación de funciones, que llevaría al límite al convertirse en jefe del Estado. Aquellos profesores que no cumplían no sufrían castigo, pero tampoco se los premiaba. Aquellos que tenían alguna afición o especialidad gozaban de carta blanca para tomar iniciativas en esa área; al instructor que le gustaba el fútbol se le hacía entrenador del equipo; al que le gustaba la jardinería se le ponía al frente de los jardines de la academia; el fotógrafo aficionado se hacía cargo del cuarto de revelado. De los perezosos o los incompetentes, Franco se limitaba a comentar: «A Fulano, no le veo la gracia», pero nunca recriminaba a aquellos que no «arrimaban el hombro» (frase favorita de Franco).

La llegada de Franco a Zaragoza despertó bastante atención popular. La academia, el director y el personal de alta graduación se convirtieron en un foco importante de la vida social del lugar y Franco se entregó a su afición a la vida social y a las interminables tertulias después de cenar, hasta altas horas de la madrugada, con amigos militares y miembros de la oligarquía local. Alentado por doña Carmen, empezó a frecuentar a las familias predominantes del lugar. La preferencia por la vida social provinciana en Oviedo, Ceuta o Zaragoza quizá reflejase sus propios orígenes provincianos y de clase media baja.⁹⁴ A pesar de eso, las fotografías de la época donde se ve a Franco vestido de etiqueta o con americana aparece visiblemente más incómodo que con uniforme. Era más feliz cazando. Alejado de sus actividades africanas, se volcó cada vez más en la caza en busca de ejercicio, placer y, es de suponer, como una vía de escape a su agresividad.

Durante el período de Zaragoza, Franco intensificó sus ideas anticomunistas y autoritarias. Poco después de salir de Madrid hacia África, le regalaron, igual que a otros tantos jóvenes oficiales, una suscripción a una revista de Ginebra dedicada a combatir las actividades del

Komintern, el *Bulletin de L'Entente Internationale contre la Troisième Internationale*. La Dictadura, fundada por el derechista suizo Théodore Aubert y el emigrado ruso blanco Georges Lodyginsky, era vehementemente antibolchevique y elogiaba las conquistas del fascismo y de las dictaduras militares como baluartes contra el comunismo. El coronel Odier, un emisario de la Entente, visitó Madrid y acordó con el general Primo de Rivera la compra de numerosas suscripciones por parte del Ministerio de la Guerra, para que se distribuyeran a unos pocos oficiales clave.⁹⁵ Esa suscripción afianzó en Franco una permanente obsesión por el anticomunismo. También influyó en la transición del soldado aventurero de los años veinte al general suspicaz y conservador de los años treinta. Al recibir el boletín sin interrupción hasta 1936, llegó a ver la amenaza comunista por todas partes y creía que toda la izquierda española trabajaba consciente o inconscientemente para los intereses del Komintern. En 1965, Franco reveló a Brian Crozier y a George Hills la influencia que la Entente había tenido en él. Le dijo a Hills que la Entente le había alertado sobre la necesidad de estar preparado para el ataque solapado del enemigo invisible (comunista). De hecho, produjo en Crozier la impresión de que el conocimiento de las labores de la Entente había tenido un efecto en su vida de igual importancia el nacimiento de Nenuca.⁹⁶

Otra influencia en la vida de Franco se inició en la primavera de 1929 como resultado de una invitación para visitar la Academia General de Infantería del ejército alemán en Dresde. Allí, le entusiasmó la organización y disciplina de dicho ejército. A su regreso, explicó a su primo Pacón que le había impresionado la veneración de la academia por los regimientos que habían conseguido los grandes triunfos militares alemanes del pasado reciente. Le conmovieron en particular los esfuerzos alemanes por romper las trabas del tratado de Versalles.⁹⁷ Era el principio de una historia de amor que se intensificaría durante la Guerra Civil, alcanzaría su cenit en 1940 y no empezaría a decaer hasta 1945.

La Dictadura cayó el 30 de enero de 1930. El campechano Primo de Rivera había gobernado con una especie de improvisación personalista en virtud de la cual apareció ante la opinión pública como único responsable de todos los fracasos de su régimen. Hacia 1930, apenas quedaba un sector de la sociedad española con el que no se hubiera enemistado. Había ofendido a los industriales catalanes, tanto por su anticatalanismo como por la caída de los precios de las materias primas, secuela del desplome del valor de la peseta. Había indignado a los terratenientes tratando de introducir una legislación laboral paternalista para los jornaleros. El sindicato socialista Unión General de Trabajadores le había apoyado mientras los proyectos de obras públicas habían mantenido los niveles de empleo. Con la depresión, muchos socialistas se habían unido a la ilegal Confederación Nacional del Trabajo. Pero aún más perjudicial resultó el hecho de que las disensiones en el seno del ejército, provocadas por la política de ascensos de Primo de Rivera, le valieron la retirada del apoyo al régimen por parte de los capitanes generales y del propio rey. A diferencia de la mayoría de los dictadores del siglo XX, Primo de Rivera se retiró sin protestar tras comprender que ya no contaba con apoyo alguno. Se exilió en París, donde murió el 16 de marzo de 1930. Era imposible volver al sistema constitucional anterior a 1923, cuando menos porque el rey ya no contaba con la lealtad de la vieja élite política monárquica, a la que había abandonado irresponsablemente en favor de Primo de Rivera. Alfonso XIII se vio obligado a buscar otro general. La elección de Dámaso Berenguer, irrevocablemente asociado al desastre de Annual, enfureció a la izquierda. Durante casi un año, la dictadura moderada de Berenguer, conocida como la *Dictablanda*, dio tumbos en busca de la fórmula que permitiera regresar a la Monarquía constitucional. Una combinación de agitación obrera inducida por la depresión económica, de sedición militar generada por la política de Primo de Rivera y de conspiración republicana, aseguró el fracaso de Berenguer.

La caída del Dictador contrarió a Franco, pero poco más: no tuvo conciencia de la amenaza implícita que suponía para la propia Monarquía. Entre el equipo de Franco, a los artilleros y a los ingenieros les agradó comprensiblemente la dimisión de Primo de Rivera. Sin embargo, Franco veló para que la dimisión de Primo de Rivera no provocara disputas abiertas en la Academia entre junteros y africanistas, prohibiendo férreamente hablar de política.⁹⁸ Al retirar su confianza a Primo de Rivera, el rey también perdió la lealtad del general Sanjurjo, ahora director general de la Guardia Civil. Franco no culpó al rey de la caída de la Dictadura y, además, fue objeto de especial atención, por no decir adulación, por parte de Alfonso XIII. El 4 de junio de 1929, en una solemne ceremonia celebrada en el parque del Retiro de Madrid, el rey en persona le impuso la medalla militar que había ganado en 1925.⁹⁹ El 5 de junio de 1930 Alfonso XIII visitó la academia y, tres días más tarde, Franco llevó a todo el cuerpo de cadetes a la capital para participar en la jura de bandera de la guarnición de Madrid. Guiados por Franco, que hacía caracolear a su caballo, encabezaron el desfile entre el enardecido aplauso de los presentes. Al día siguiente los cadetes hicieron guardia en el Palacio Real y Franco apareció en el balcón con el rey. Entre la multitud de aquel día había varios cientos de miembros de la Juventud Monárquica, que pronto formarían la élite de la extrema derecha durante la República.¹⁰⁰

En esas condiciones, para Franco fueron un motivo de enorme bochorno los devaneos de su hermano Ramón con la oposición republicana al régimen. A partir de finales de 1929 las relaciones entre ambos fueron muy tirantes. A Franco le molestó y le violentó que, en julio de 1924, Ramón se casara con Carmen Díaz Guisasola sin el permiso del rey.¹⁰¹ La brecha entre su hermano y el rey quedó zanjada en 1926, cuando Ramón sobrevoló el Atlántico. Sin embargo, los esfuerzos cada vez más frenéticos de Ramón por repetir la hazaña habían fracasado. Las razones de su caída en desgracia eran complejas. En el verano de 1929, para promocionar la industria aeronáutica nacional, el gobierno español había consentido en patrocinar un intento de Ramón de cruzar el Atlántico norte en un hidroavión Dornier Super Wal construido con licencia en España. Como desconfiaba de la fiabilidad del avión español, Ramón utilizó uno alemán comprado en Italia, cambiando fraudulentamente los números de registro. El vuelo fue un desastre: el aparato perdió el rumbo cerca de las Azores, estuvieron perdidos durante días y los encontraron a finales de junio después de una búsqueda intensa y extraordinariamente costosa en la que

participaron las armadas española, británica e italiana.¹⁰² Cuando fue hallado, provocó el júbilo general y se vio a un lloroso general Franco abrazado públicamente por el general Primo de Rivera, igualmente emocionado.¹⁰³ Franco encabezó una manifestación popular hacia la embajada británica en Madrid para expresar la gratitud por la ayuda de la Royal Navy.¹⁰⁴ Entonces salió a la luz el cambio de aviones y empezaron a circular rumores de que a Ramón le habían prometido una fabulosa suma de dinero si batía el récord del mundo de distancia en hidroavión volando en un aparato alemán. El coronel Alfredo Kindelán, jefe de la aviación militar, estaba furioso y el 31 de julio de 1929 expulsó a Ramón de las fuerzas aéreas.* A partir de entonces, Ramón se deslizó rápidamente hacia la izquierda, se hizo masón e intervino en conspiraciones anarcosindicalistas con el objeto de derrocar a la Monarquía.¹⁰⁵

Después de esta desgracia, las relaciones de Ramón con su hermano fueron virtualmente inexistentes, quedando limitadas a cartas; condescendientes, sentenciosas, aunque, en definitiva, cariñosas las de Franco; maliciosamente irrespetuosas las de Ramón. El 8 de abril de 1930, Franco escribió una larga carta a Ramón exponiéndole su lealtad hacia su familia y hacia el orden establecido. En un esfuerzo por evitar la expulsión de su hermano, Franco le advirtió que las autoridades conocían sus actividades dentro del ejército, incitando a las guarniciones y a los oficiales a rebelarse. Franco, que consideraba el régimen de Berenguer perfectamente legal, estaba preocupado porque su hermano ponía en peligro su prestigio y su buen nombre. Por ello, le invitó a que pensara en «el disgusto grande que mamá sufre con las cosas y que compartimos los demás... Te quiere y abraza tu hermano, PACO».¹⁰⁶

Su tono de contención tolerante es sorprendente dado que, a los ojos de Franco, la conducta de Ramón no sólo deshonoraba a la familia sino que también obstaculizaba sus propias expectativas de ascenso. También se halla la típica disposición a atribuir los más bajos motivos a los amigos revolucionarios de Ramón y suponer, en cambio, que Ramón estaba libre de tales mezquindades. La carta revela ingenuidad política, al sugerirle que la dictadura del general Berenguer era más legal que la de Primo de Rivera. Ramón no tardó en comentarlo en su respuesta del 12 de abril, en la que decía estar conmovido por lo que aquél llamaba «sana amonestación» y por «los vanos consejos burgueses» de su hermano y le invitaba a bajar de su «pequeño trono de general». También aprovechó la oportunidad para comentar que la educación que se impartía a los cadetes de Zaragoza creaba malos ciudadanos.¹⁰⁷

Enfrascado en su trabajo en la Academia Militar de Zaragoza, Franco prestó poca atención a la creciente oleada de agitación política de 1930, salvo en la medida en que estaba implicado su hermano. El movimiento antimonárquico crecía con el descontento laboral que se intensificaba cada día. A mediados de agosto de 1930 se había creado un amplio frente de socialistas, republicanos de clase media, regionalistas vascos y catalanes, y monárquicos renegados convertidos en republicanos conservadores por los errores del rey. Unidos en el llamado Pacto de San Sebastián, todos ellos formaron un gobierno provisional que comenzó a preparar la caída de la Monarquía.¹⁰⁸ Ramón Franco fue un elemento importante en las conspiraciones republicanas. A finales de 1930, vigilado por agentes de la Dirección General de Seguridad, viajaba por España sirviendo de enlace a otros conspiradores, intentando comprar armas y organizar la fabricación de bombas.¹⁰⁹ El general Emilio Mola, ahora director general de Seguridad, había tomado la decisión de arrestarle, pero, como admirador de sus heroicas hazañas y amigo de Franco, decidió dar a Ramón una última oportunidad de evitar las consecuencias de sus actividades. Mola le pidió a Franco que intentase persuadir a su hermano para que desistiera. Aunque consintió en intentarlo, Franco no se mostró optimista sobre su éxito, pero era extraordinariamente fiel a la familia y aún sentía una lealtad protectora hacia su alocado hermano. Franco fue a Madrid y cenaron juntos el 10 de octubre, pero Ramón siguió comprometido con la planeada ofensiva republicana. Mola interrogó a Ramón la víspera del 11 de octubre y a la mañana siguiente lo arrestó en una prisión militar. Mola volvió a llamar a Franco y le informó de los cargos contra su hermano, que incluían la fabricación de bombas, contrabando de armas e implicación en el intento de asesinato de un aviador monárquico, el duque de Esmera. Franco y Mola esperaban asustar a Ramón con estas acusaciones para que abandonara sus actividades revolucionarias: Franco visitó a su hermano en su celda y le recitó la lista completa de cargos. Eso sólo sirvió para que Ramón escapara de la cárcel el 25 de noviembre. A partir de entonces tomó parte, junto con el general Queipo de Llano, en el movimiento revolucionario de mediados de diciembre de 1930. Tanto la huida de Ramón, como su participación en los acontecimientos de diciembre causaron a Franco una intensa humillación como oficial y como monárquico.¹¹⁰

Al fracasar en los intentos de que su hermano sentara la cabeza, Francisco regresó rápidamente a Zaragoza donde tenía que recibir la visita de una delegación francesa, encabezada por el general Maginot. El 19 de octubre, Maginot ofreció a Franco la Legión de Honor por su participación en el desembarco de Alhucemas. A su regreso a Francia, declaró que la academia de Zaragoza era la más moderna del mundo en su clase.¹¹¹ Los ejércitos del Tercer Reich aún no habían puesto a prueba las ideas de Maginot sobre lo que significaba modernidad.

En noviembre de 1930, Franco fue visitado por un emisario del personaje más eminente de la coalición de San Sebastián, el astuto y cínico Alejandro Lerroux, la gran figura veterana del republicanismo español, que le invitó a unirse a las conspiraciones republicanas, junto a otros oficiales, incluido su hermano. Según Lerroux, Franco se negó de pleno, pero en un encuentro posterior insinuó que se rebelaría contra el poder constituido sólo si la Patria estuviera en peligro de ser anegada por la anarquía.¹¹² A pesar de las advertencias de su primo Pacón y de la actitud de su hermano, Franco estaba tan distanciado del día a día político que estaba convencido de que la Monarquía no corría peligro.¹¹³

La conspiración revolucionaria en la que Ramón estaba implicado pretendía ofrecer el poder al gobierno provisional creado en San Sebastián. Una de sus ramificaciones iba a ser la sublevación de la guarnición de la pequeña ciudad pirenaica de Jaca, en la provincia de Huesca. Anticipándose a lo que se suponía una acción coordinada de ámbito nacional, la sublevación de Jaca se puso en marcha el 12 de

dicciembre. Sus dirigentes, los capitanes Fermín Galán, Ángel García Hernández y Salvador Sediles, esperaban avanzar hacia el sur desde Jaca y desatar un movimiento prorrepblicano en las guarniciones de Huesca, Zaragoza y Lérida.¹¹⁴ En el camino hacia Huesca, la columna de Galán se enfrentó a un pequeño grupo de soldados conducidos por el gobernador militar de Huesca, general Manuel Lasheras, que resultó herido en la refriega. Cuando a primeras horas de la mañana del 13 de diciembre las noticias de las acciones de los rebeldes de Jaca llegaron a Madrid, el gobierno declaró la ley marcial en toda la región militar de Aragón. En Zaragoza estalló una esporádica huelga general. Franco puso la academia en estado de alerta y armó a los cadetes. El capitán general de la región militar aragonesa, general Fernández Heredia, reunió una gran columna y la envió a Huesca, a medio camino entre Zaragoza y Jaca. Para el caso de que los rebeldes ya hubieran salido de Huesca y se encaminaran hacia el sur, ordenó a Franco que empleara a sus cadetes para cortar la carretera de Huesca a Zaragoza. No fue necesario. La columna de Galán, helada, empapada y hambrienta se detuvo en Cillas, a tres kilómetros de Huesca, y el levantamiento de Jaca fue sofocado.¹¹⁵

El 14 de diciembre Galán y García Hernández fueron juzgados como cabecillas y fusilados después de un consejo de guerra sumarísimo.¹¹⁶ Según el juicio de Franco, el castigo fue perfectamente apropiado dado que habían incurrido en motín. Quizá fuera afortunado por no tener necesidad de hacer consideraciones similares sobre su hermano, que estaba implicado hasta el fondo en la acción central de la conspiración en la capital. El 15 de diciembre Ramón había sobrevolado el palacio de Oriente de Madrid con el propósito de bombardearlo, pero al ver civiles paseando por los jardines, se limitó a dejar caer octavillas invitando a la huelga general. Después había volado a Portugal y más tarde a París.¹¹⁷ Franco no vaciló en condenar los incidentes revolucionarios de mediados de diciembre, pero su sentido de solidaridad familiar impidió que midiera por el mismo rasero a su hermano. Horas después del vuelo de Ramón sobre el Palacio Real, otro aparato sobrevoló Madrid y lanzó octavillas dirigidas a los habitantes de la ciudad denunciando a Ramón como «Un mal nacido, ebrio al parecer de vuestra sangre». Franco estaba tan furioso por la afrenta al nombre de su madre (si no al de su hermano) que viajó de Zaragoza a Madrid, donde pidió explicaciones a Berenguer, jefe del Gobierno; al general Federico Berenguer, capitán general de Madrid, y a Mola, director general de Seguridad, quienes le aseguraron que el vuelo y los panfletos carecían de aprobación oficial.¹¹⁸

El 21 de diciembre, Franco envió otra carta a Ramón. No es de extrañar, a la luz del escándalo que las actividades de éste habían generado, de la preocupación de su madre y de que Ramón corriera peligro de ser fusilado, que la carta fuera hondamente pesadosa. A pesar del abismo que se abría entre sus ideas políticas, Francisco demostró un interés compasivo hacia «Mi querido y desgraciado hermano: [...] Que tu apartamiento del viciado ambiente en que has vivido estos dos años, en que el odio y la pasión de las personas que te rodean te engaña en tus quimeras, que el obligado destierro de nuestra Patria serene tu espíritu y te eleve sobre toda pasión y egoísmo, que rehagas tu vida alejado de estas luchas estériles que colman a España de desdichas y que encuentres el bienestar y la paz en tu camino, es cuanto desea tu hermano que te abraza, PACO». El dinero que contenía la carta era una suma sustancial en aquel tiempo. Ramón agradeció la ayuda de su hermano, pero aborrecía sus ideas reaccionarias y le sorprendió que se no percatara de la marea del sentimiento popular.¹¹⁹

Si Franco albergaba cualquier duda sobre la legitimidad de las ejecuciones de Galán y García Hernández, las debió resolver el 26 de diciembre cuando el general Lasheras murió debido a una infección y una uremia, quizá relacionadas con la herida que recibió cuando intentaba detener a Galán. Franco asistió a su funeral.¹²⁰ El clamor público contra la ejecución de Galán y García Hernández dañó a la Monarquía de un modo como no había logrado la propia revuelta de Jaca. Mientras los dos rebeldes ejecutados empezaban a convertirse en mártires, para indignación de muchas figuras militares de alta graduación, incluido Franco, los liberales del gobierno retiraron su apoyo y el general Berenguer se vio obligado a dimitir el 14 de febrero.¹²¹ Tras un intento abortado del político conservador José Sánchez Guerra para formar gobierno con el apoyo de los líderes republicanos encarcelados, el 17 de febrero Berenguer fue por fin sustituido como jefe de Gobierno por el almirante Juan Bautista Aznar, aunque continuó en el gabinete como ministro del Ejército.¹²²

Como la sublevación de Jaca de Galán y García Hernández había acaecido en la región militar de Aragón, Franco fue nombrado miembro del tribunal que juzgaría en consejo de guerra al capitán Salvador Sediles y a otros oficiales y hombres implicados. Esto sucedió entre el 13 y el 16 de marzo, cuando la campaña para las elecciones municipales del 12 de abril ya había empezado. Durante la campaña no hubo asunto más candente que el de las ejecuciones de Galán y García Hernández. Adelantándose a los veredictos del consejo de guerra extraordinario, el almirante Aznar se declaró partidario de pedir clemencia al rey, fueran cuales fuesen las sentencias. No obstante, Franco afirmó: «es necesario que los crímenes militares cometidos por soldados, sean juzgados por soldados que están acostumbrados al mando», categoría esta dentro de la cual incluía claramente la predisposición a castigar la indisciplina con la muerte. El resultado fue una sentencia de muerte más, para el capitán Sediles, cinco cadenas perpetuas y otras sentencias menores, todas las cuales fueron conmutadas.¹²³

En las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, Franco votó por el candidato monárquico de Zaragoza.¹²⁴ Los resultados serían adversos a Alfonso XIII, provocarían su salida de España y abrirían las puertas a la proclamación de la Segunda República. Para Franco, el empedernido monárquico conservador y favorito real, debió ser un duro golpe. Para el ambicioso joven general, parecía el fin de una ascensión meteórica. Ese hecho, junto con el destacado papel de Franco en el pronunciamiento militar de 1936, hizo que los hagiógrafos del Caudillo lo retrataran trabajando hacia ese glorioso desenlace desde el primer momento. Pero no fue el caso. Franco aún había de pasar por diversas experiencias antes de convertirse en un implacable enemigo de la República.

Irónicamente, a principios de 1931, se produjo un suceso en la vida personal de Franco que no revelaría toda su importancia hasta 1936. En 1929, el director de la academia militar conoció a un brillante jurista, Ramón Serrano Súñer, que estaba trabajando en Zaragoza como

abogado del Estado, una élite dentro del cuerpo judicial. Serrano Súñer solía comer o cenar con la familia Franco,¹²⁵ y así conoció a la hermosa hermana pequeña de doña Carmen, *Zita*. En febrero de 1931, Serrano Súñer se desposaba con Zita, que entonces tenía diecinueve años, en Oviedo. El testigo del novio fue José Antonio Primo de Rivera, hijo del Dictador y futuro fundador de la Falange; el de la novia, Francisco Franco.¹²⁶ El matrimonio consolidó la estrecha relación entre Serrano Súñer y Franco, a partir de la cual se forjaría el Estado nacionalsindicalista del Caudillo. La ceremonia nupcial también fue ocasión para un histórico primer encuentro entre el posterior dictador y el líder fascista, cuyos nombres estarían vinculados durante cuarenta años después de 1936. En ese momento, ninguno de los tres tenía ni la más remota idea del inminente cataclismo político que uniría sus destinos.

Relegado: Franco y la Segunda República, 1931-1933

El gobierno pretendía que las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 fueran la primera etapa de un regreso controlado a la normalidad constitucional tras el fracaso de la Dictadura de Primo de Rivera. Sin embargo, la tarde de la jornada electoral, conforme se empezaban a conocer los resultados, la gente se volcó a las calles de las ciudades de España. A medida que las multitudes crecían, se proferían proclamas republicanas cada vez con más exaltación. En el campo, el poder de los caciques había permanecido intacto, pero en las ciudades, donde el voto era mucho más libre, los candidatos monárquicos habían sufrido un desastre.

Franco estaba muy preocupado por la situación, al tiempo que los artilleros de la plantilla de la academia festejaban abiertamente el triunfo republicano.¹ Mientras él meditaba en su despacho de Zaragoza, el general Sanjurjo, director general de la Guardia Civil, que constituía el instrumento de represión más poderoso de la Monarquía, sentenciaba el destino del rey. Sanjurjo, otrora comandante en jefe de Franco y hombre a quien había admirado, informó a varios ministros del gobierno que no garantizaba la lealtad de los hombres a su mando en caso de manifestaciones masivas contra la Monarquía.² En realidad, no había motivo para sospechar de la lealtad de la Guardia Civil, una fuerza brutal y conservadora. El temor de Sanjurjo era que la defensa de la Monarquía sólo fuera posible a costa de un copioso derramamiento de sangre, dada la magnitud de la hostilidad popular hacia el rey.

El hecho de que Sanjurjo no estuviera dispuesto a arriesgarse a un baño de sangre en nombre de Alfonso XIII, enmascaraba razones personales de resentimiento hacia el rey. Sanjurjo sentía que el rey le había desairado por haberse casado con una mujer de rango inferior y no perdonaba que Alfonso XIII no hubiera apoyado a Primo de Rivera en enero de 1930.³ La reticencia de Sanjurjo a defender a su rey también pudo reflejar dos conversaciones que mantuvo con Alejandro Lerroux en febrero y abril de 1931, durante las cuales el líder republicano intentó convencerle de que le garantizara la neutralidad benévola de la Guardia Civil durante un cambio de régimen. Sanjurjo informó al director general de Seguridad, el general Mola, de la primera de estas reuniones y le aseguró que no había consentido a la petición de Lerroux.⁴ Sus consiguientes acciones durante la crisis del 12, 13 y 14 de abril, junto con el trato favorable que después recibió del nuevo régimen, hicieron sospechar a Franco que quizá Lerroux había comprado a Sanjurjo para que traicionase a la Monarquía.

Franco ignoraba lo que Sanjurjo decía a los ministros el 12 de abril, pero estuvo en contacto telefónico con Millán Astray y otros generales. Pensó en intervenir en Madrid con los cadetes de la academia, pero se contuvo después de una conversación telefónica mantenida con Millán Astray a las 11 de la mañana del 13 de abril.⁵ Millán Astray le preguntó si creía que el rey debía luchar para conservar el trono. Franco respondió que todo dependía de la actitud de la Guardia Civil. Durante los siguientes cinco años y medio, la postura de la Guardia Civil sería de vital interés para Franco al considerar cualquier intervención militar en política. La mayoría del ejército español, salvo el contingente marroquí, estaba constituido por reclutas sin experiencia, y Franco siempre fue muy consciente de los problemas que acarrearía utilizarlos contra los experimentados profesionales de la Guardia Civil. En esas circunstancias, Millán Astray comunicó a Franco la confidencia que le había hecho Sanjurjo de que no se podía confiar en la Guardia Civil y que, por tanto, Alfonso XIII no tenía más alternativa que irse de España. Franco respondió que, en vista de lo que había dicho Sanjurjo, también él creía que el rey debía irse.⁶

También el telegrama que Berenguer había enviado a primeras horas del 13 de abril a los capitanes generales de España influyó mucho en Franco. Los capitanes generales al mando de las ocho regiones militares en las que se dividía el país eran en la práctica virreyes. En su telegrama, Berenguer les ordenaba que conservaran la calma, mantuvieran la disciplina de los hombres a su cargo y aseguraran que no se produjera ningún acto de violencia, pues «los destinos de la Patria han de seguir, sin trastornos que la dañen intensamente, el curso lógico que les imponga la suprema voluntad nacional».⁷ La actitud de Berenguer era fruto de su pesimismo sobre la moral del ejército. Creía que algunos oficiales eran sencillamente apáticos ante el peligro que corría la Monarquía. Además, sospechaba que muchos otros eran indiferentes e incluso hostiles a su suerte, a raíz de las disensiones nacidas en los años veinte. No obstante, a pesar de su telegrama y de sus propios recelos internos, la mañana del 14 de abril, por lealtad a la Monarquía, Berenguer le dijo al rey que el ejército estaba dispuesto a revocar el resultado de las elecciones. Alfonso XIII se negó.⁸ Poco después de la entrevista de Berenguer con el rey, Millán Astray le contó a Berenguer su conversación del día anterior con el director de la academia de Zaragoza, «cuya opinión estimaba muy digna de tenerse en cuenta», repitiendo el parecer de Franco de que el rey no tenía más alternativa que irse.⁹

El rey decidió dejar España, pero no abdicar, con la esperanza de que sus partidarios lograsen ingeniar una situación en la que se solicitara su regreso. El 14 de abril de 1931 asumió el poder el gobierno provisional, cuya formación habían acordado en agosto de 1930 los republicanos y los socialistas firmantes del Pacto de San Sebastián. Aunque encabezado por Niceto Alcalá Zamora, un terrateniente católico y conservador de Córdoba que antaño había sido ministro del rey, el gobierno provisional estaba dominado por socialistas y republicanos de centro e izquierda comprometidos en un exhaustivo programa de reformas.

De diversas maneras, durante la primera semana de vida de la República, Franco hizo gala inequívoca, aunque prudente, de aversión hacia

el nuevo régimen y de persistente lealtad hacia el viejo. No había nada extraño en este sentimiento de lealtad; la mayoría de los oficiales del ejército eran monárquicos y no iban a cambiar sus convicciones de la noche a la mañana. Franco era ambicioso pero se tomaba la disciplina y la jerarquía muy en serio. El 15 de abril dictó una orden a los cadetes en la que anunciaba la proclamación de la República y exigía rígida disciplina: «Si en todos los momentos han reinado en este Centro la disciplina y exacto cumplimiento en el servicio, son aún más necesarios hoy, en que el Ejército necesita, sereno y unido, sacrificar todo pensamiento e ideología al bien de la nación y a la tranquilidad de la Patria».¹⁰ No era difícil descifrar el significado oculto: los oficiales del ejército debían apretar los dientes y superar su repugnancia natural hacia el nuevo régimen.

Durante una semana, la bandera roja y gualda monárquica continuó ondeando sobre la academia. El gobierno provisional había ordenado al capitán general de Aragón, Enrique Fernández de Heredia, izar la bandera tricolor en toda la región. Multitudes hostiles rodearon el cuartel general militar de Zaragoza exigiendo que *Cacahuete*, como se conocía al vegetariano Fernández de Heredia, izara la bandera republicana, pero éste se negó. A medianoche del 14 de abril, el nuevo ministro de la Guerra, Manuel Azaña, le ordenó que entregara el mando de la región al gobernador militar de Zaragoza, Agustín Gómez Morato, que se consideraba leal a la causa republicana y que sería encarcelado por los nacionales en julio de 1936 por oponerse a la rebelión militar de Marruecos. Gómez Morato aceptó la sustitución y telefoneó a todas las unidades de Aragón para ordenar que hicieran lo mismo. En la Academia Militar, Franco informó a su superior que los cambios de insignias sólo se podían ordenar por escrito. Hasta que el 20 de abril el nuevo capitán general de la región, el general Leopoldo Ruiz Trillo, firmó una orden para que se izara la bandera republicana, Franco no ordenó arriar la enseña monárquica.¹¹

En 1962 Franco escribió una interpretación confusa y partidista de la caída de la Monarquía en el borrador de sus memorias, en la que culpaba a los guardianes del bastión monárquico de abrir las puertas al enemigo. El enemigo consistía en un grupo «de republicanos históricos, masones, separatistas y socialistas». Los masones eran «ateos, traidores en el exilio, delincuentes, defraudadores, infieles en el matrimonio».¹² La estrechez de esta interpretación resulta sorprendente en muchos aspectos. Es comprensible la admiración de Franco por la Dictadura. Su premisa de que el rey no había contravenido la Constitución consintiendo el golpe militar en 1923 y que la situación de abril de 1931 era pues de legalidad constitucional, respondía claramente a la visión de un soldado que nunca se cuestionó el derecho del ejército a gobernar. La deducción evidente es que en abril de 1931 la Monarquía hubiera debido, y a no ser por Sanjurjo y la Guardia Civil hubiera podido, defenderse por la fuerza, lo cual ciertamente no era su parecer en aquel tiempo. Franco olvidaba convenientemente su pragmatismo despiadado. El error había sido cometido por otros, y él había hecho lo mejor posible dadas las circunstancias, y seguido adelante con su carrera.

No obstante, el incidente de la bandera sugería que la caída de la Monarquía afectó a Franco lo suficiente para querer establecer cierta distancia entre él y la República. No era una cuestión de total indisciplina ni es probable que intentara de antemano fomentar su prestigio entre los círculos políticos conservadores. Al hacer ondear la bandera monárquica, Franco proclamaba que, a diferencia de algunos oficiales que habían participado, o al menos simpatizado, con la oposición republicana, a él no se le podía tachar en modo alguno de deslealtad hacia la Monarquía. Es posible que, más que de los oficiales prorrepblicanos a quien despreciaba, intentara distanciarse de su hermano Ramón, que había sido uno de los más notorios militares traidores al rey. A Franco su propia postura le parecía rotundamente más ejemplar que la del general Sanjurjo, al que más tarde llegaría a considerar, junto con Berenguer, responsable de la caída de la Monarquía.¹³ Sin embargo, no permitiría que sus lamentaciones por la caída de la Monarquía obstaculizaran su carrera. En el desmoronamiento del sistema monárquico militar, la postura pragmática de Franco distaba mucho de la del fundador de las fuerzas aéreas españolas, el general Kindelán, por ejemplo, que prefirió exiliarse voluntariamente el 17 de abril en lugar de vivir con la República.¹⁴ No obstante, a Franco le repugnaban aquellos oficiales que se habían opuesto a la Monarquía y fueron recompensados con importantes cargos durante la República. El 17 de abril, el general Gonzalo Queipo de Llano se convirtió en capitán general de Madrid; el general Eduardo López Ochoa, de Barcelona, y el general Miguel Cabanellas, de Sevilla. Los tres representarían papeles cruciales en la posterior carrera de Franco y él nunca confiaría en ninguno de ellos.

Quizá pensando en estos ascensos, el 18 de abril Franco escribió una carta al director de *ABC*, el marqués de Luca de Tena. El monárquico *ABC* era el periódico de derechas más influyente de España. La edición de la mañana había publicado su fotografía junto con un artículo que decía que estaba a punto de ir a Marruecos como Alto Comisario, el puesto más deseado del ejército y la cima de la ambición de Franco. El origen de este artículo había sido la sugerencia que Miguel Maura, ministro de Gobernación, había hecho a Manuel Azaña, ministro de la Guerra, para que nombrase a Franco para el cargo. Habría sido un modo inteligente de comprar su lealtad. Pero el cotizado puesto marroquí se concedió al general Sanjurjo, que lo ocupó brevemente junto con la dirección de la Guardia Civil. Esta relegación sin duda alimentó las sospechas de Franco de que Sanjurjo era recompensado por su traición. El objetivo aparente de la carta de Franco era pedir al periódico que publicase una rectificación, pero era otro gesto para confirmar su distancia respecto de los nuevos gobernantes de España. En un lenguaje rebuscado y ambiguo, negó que le hubieran ofrecido ningún nombramiento y afirmó que «ni el Gobierno provisional ha podido pensar en ello, ni yo había de aceptar ningún puesto renunciante que pudiera por alguien interpretarse como complacencia mía anterior con el régimen recién instaurado o como consecuencia de haber podido tener la menor tibieza o reserva en el cumplimiento de mis deberes o en la lealtad que debía y guardé a quienes hasta ayer encarnaron la representación de la nación en el régimen monárquico».¹⁵ El que Franco creyera necesario aclarar su posición en el principal diario conservador, demuestra tanto su ambición como su conciencia de

personaje público. Tras clarificar su lealtad a la Monarquía, pasaba después a congraciarse con las autoridades republicanas proclamando su respeto hacia la «soberanía nacional», reflejo de su prudente pragmatismo y de la flexibilidad de sus ambiciones.

Los límites de la lealtad militar fueron duramente puestos a prueba durante la República. El nuevo ministro de la Guerra, Azaña, había estudiado política militar y estaba resuelto a enmendar las deficiencias técnicas del ejército español y acabar con su propensión a intervenir en política. Azaña era un intelectual austero y perspicaz que, a pesar de sus loables intenciones, hirió la susceptibilidad del ejército y emprendió su reforma sin creer necesario halagar el ego colectivo militar. El ejército que encontró al aceptar el cargo estaba falto de recursos y sobrado de hombres, con una oficialidad desproporcionada. El equipamiento era obsoleto e insuficiente y tampoco había munición ni combustible para hacer ejercicios y maniobras. Azaña deseaba reducir el ejército a un tamaño acorde a las posibilidades económicas de la nación, para aumentar su eficacia y erradicar la amenaza del militarismo de la política española. Incluso los oficiales que aprobaban tales propósitos se sentían incómodos ante una reducción drástica del cuerpo de oficiales. De haberse puesto en práctica con discreción, los objetivos de Azaña habrían podido encontrar cierto apoyo dentro del ejército. Pero el conflicto era casi inevitable. Azaña y el gobierno al que pertenecía estaban resueltos a eliminar en la medida de lo posible las irregularidades de la dictadura de Primo de Rivera. Había quienes admiraban la Dictadura y habían sido ascendidos por ella, siendo Franco uno de los principales, y no podían contemplar con ecuanimidad una agresión a sus obras. En segundo lugar, Azaña tendía a dejarse influir por aquellos sectores del ejército que eran más leales a la República y a recompensar sus esfuerzos. Eso suponía necesariamente adversarios militares de la Dictadura, es decir, los junteros y en gran medida los artilleros. A su vez, eso enfurecía a los africanistas que se oponían a los junteros desde 1917. Franco y sus camaradas estaban convencidos de que el ministro era sectario.¹⁶

Las diversas medidas que Azaña promulgó en los primeros meses de la República dividieron al ejército y la prensa de derechas las utilizó para generar la idea de que los militares, junto con la Iglesia, eran objeto de persecución por parte del nuevo régimen. Esto era una distorsión de las intenciones de Azaña. Por un decreto del 22 de abril de 1931, se requería que los oficiales del ejército hicieran una promesa de fidelidad a la República, como previamente habían hecho a la Monarquía. No importaba cuáles fueran las convicciones íntimas de un oficial y no se estableció ningún mecanismo para purgar o investigar a los monárquicos. Según el decreto, para seguir en filas, un oficial simplemente tenía que prometer «servir a la República bien y fielmente, obedecer sus leyes y defenderla por las armas». En el caso de negarse, se suponía que deseaba dejar el servicio activo. La mayoría de los oficiales no tuvo ninguna dificultad en hacer la promesa. Para ellos era probablemente una fórmula rutinaria sin ningún significado especial y la prometieron muchos cuyas verdaderas convicciones eran antirrepublicanas.¹⁷ Al fin y al cabo, el 14 de abril pocos se habían sentido obligados a salir en defensa de la Monarquía por su promesa de fidelidad. Por otro lado, aunque era una exigencia razonable por parte del nuevo ministro y el nuevo régimen, los oficiales más partidistas percibían la promesa como una imposición insultante. La prensa de derechas, hábil manipuladora de la mentalidad militar, creó la impresión de que aquellos cuyas convicciones les impidieran hacer la promesa serían expulsados del ejército, sin compensación económica.¹⁸ En realidad, a los que optaron por no hacer la promesa se los consideró miembros de la reserva y recibieron el sueldo correspondiente.

Joaquín Fanjul, un distinguido general de derechas, resumió retrospectivamente los sentimientos de muchos oficiales: «Cuando advino la República, el Gobierno colocó a los militares ante una disyuntiva: acatarla y comprometerse a defenderla o separarse del servicio. La fórmula tenía algo de humillante, como hija de quien la concibió. Cuatro días la pensé, y al cabo de ellos, ofrecí la humillación a mi Patria y firmé como casi todos mis compañeros». ¹⁹ En abril de 1931, en la medida en que se vio obligado a decidir entre su profesión y sus convicciones, Franco optó, comprensiblemente y sin ninguna dificultad aparente, por su profesión. Franco era un individuo más sibilino y pragmático que Fanjul, como demuestra una conversación que mantuvo en 1931 con un artillero que conocía, el general Reguera, que se había retirado acogándose a las condiciones de la *Ley Azaña*. Franco dijo: «No me parece acertada su decisión... el Ejército no puede prescindir, así como así, de sus mandos en momentos tan difíciles como éstos». Cuando Reguera explicó la repulsión que sentía: «Me molestaba mucho servir a esta gente y a ese trapo que nos han puesto por bandera», Franco respondió: «Es una pena que usted y otros como usted dejen el servicio activo cuando más necesarios pueden ser a España y dejen el camino libre a unos cuantos que todos conocemos y que están dispuestos a lo que sea con tal de trepar por las escalillas. Los que nos hemos quedado lo vamos a pasar mal, pero creo que quedándonos podemos hacer mucho más para evitar lo que ni usted ni yo queremos que pase, que si nos hubiésemos ido a casa».²⁰

El 25 de abril se proclamó el decreto que se conocería como *Ley Azaña*, que ofreció el retiro voluntario con el sueldo íntegro a todos los miembros del cuerpo de oficiales; un generoso y costoso intento de reducir el exceso. No obstante, el decreto anunciaba que tras treinta días, cualquier oficial que no se hubiera acogido a la ley perdería su rango sin compensación. Esto causó un resentimiento general y alentó aún más la creencia, de nuevo fomentada por la prensa de derechas, de que el ejército sufría la persecución de la República. Dado que aquella amenaza nunca se puso en práctica, fue un error gratuitamente perjudicial por parte de Azaña o de sus consejeros ministeriales.

En cuanto se hizo público el decreto, corrieron los rumores más alarmistas sobre el despido e incluso el destierro de aquellos que no fueran republicanos entusiastas.²¹ Buena parte de la oficialidad aceptó: más de un tercio del total y dos tercios de los coroneles que no tenían esperanza de ascender a general.²² Por supuesto, Franco no fue uno de ellos. Un grupo de oficiales de la academia le visitó solicitándole consejo sobre cómo reaccionar ante la nueva ley. Su respuesta proporciona una visión reveladora de su idea del ejército como árbitro definitivo del destino político de España. Dijo que un soldado servía a España y no a un régimen particular y que, ahora más que

nunca, España necesitaba que el ejército tuviera oficiales que fueran verdaderos patriotas.²³ Al menos, Franco desvelaba sus opiniones.

Al igual que muchos oficiales, la relación de Franco con el nuevo régimen estuvo sometida a constantes fricciones. Antes de que concluyera abril, se encontró implicado en la llamada «cuestión de las responsabilidades». El general Berenguer había sido arrestado el 17 de abril, por supuestas infracciones cometidas en África, como jefe de Gobierno y luego ministro de la Guerra durante el juicio sumarísimo y ejecución de Galán y García Hernández.²⁴ El 21 de abril, el general Mola fue arrestado por su actuación como director general de Seguridad a las órdenes de Berenguer.²⁵ Estos arrestos formaban parte de una purga simbólica de personajes importantes de la Monarquía que hizo más daño que beneficio a la naciente República. La cuestión de las responsabilidades se remontaba al desastre de Annual y al papel que en él representó la injerencia real, la incompetencia militar y la condescendencia de los políticos para con el ejército. Existía la creencia popular de que el golpe militar de 1923 se había dado para proteger al rey de las revelaciones de la comisión de Responsabilidades creada en 1921. En consecuencia, el tema aún coleaba. A las responsabilidades incurridas por oficiales del ejército y políticos monárquicos antes de 1923, el movimiento republicano había añadido las acusaciones de abuso y corrupción política y fiscal acaecidos durante y después de la Dictadura. La más importante se consideraba la ejecución de Galán y García Hernández. Con la muerte del Dictador y el rey en el exilio, era inevitable que Berenguer se convirtiera en un primer blanco de las iras republicanas.

La campaña de las Responsabilidades ayudó a mantener la efervescencia del entusiasmo popular en los primeros meses del régimen, pero a la larga se pagaría un alto precio. En realidad, relativamente pocas personas fueron encarceladas o tuvieron que exiliarse, pero el tema de las Responsabilidades creó el mito de una República vengativa e implacable e incrementó los temores y resentimientos de poderosos personajes del antiguo régimen, induciéndolos a considerar la amenaza que planteaba la República mayor de lo que realmente era.²⁶ A ojos de oficiales como Franco, Berenguer estaba siendo juzgado injustamente por su participación en una guerra a la que habían dedicado su vida y por seguir las ordenanzas militares en el ajusticiamiento de Galán y García Hernández. Éstos, en vez de héroes y mártires, eran simples rebeldes. Mola era un héroe de la guerra africana que, como director general de Seguridad, simplemente había cumplido con la labor de controlar la subversión. Lo que sacaba de quicio a Franco y a muchos otros africanistas era que oficiales a quienes consideraban valientes y competentes fueran perseguidos, mientras que aquellos que habían tramado contra el Dictador se vieran recompensados con el favor del nuevo régimen. Los juicios por las Responsabilidades darían a los africanistas un pretexto más para su instintiva hostilidad hacia la República. Franco andaría el camino con más cautela que muchos otros, como Luis Orgaz, Manuel Goded, Fanjul y Mola, pero realizaría el mismo viaje. Al igual que ellos, llegaría a considerar a los oficiales que gozaban de las preferencias de la República como lacayos de la masonería y el comunismo, hombres pusilánimes que complacían a la chusma.

En este contexto, Franco mantenía una actitud ambigua hacia Berenguer. Aunque aprobaba sus actos relacionados con la sublevación de Jaca, pronto cuestionaría su fracaso en la defensa de la Monarquía en abril de 1931. Además, albergaba un considerable resentimiento personal hacia Berenguer. Tras informar a Franco en 1930 de que iba a ascenderlo a general de división, Berenguer se dio cuenta de que su amigo el general León estaba a punto de cumplir la edad en la que debería pasar a la reserva. Para evitarlo y alegando que a Franco le quedaba mucho tiempo por delante, Berenguer concedió el ascenso a León.²⁷ Por eso resulta extraño que, a finales de abril, Franco consintiera en actuar como defensor en el consejo de guerra formado a Berenguer. El 1 de mayo visitó Madrid junto con Pacón Franco SalgadoAraujo, su ayudante de campo, para entrevistarse con Berenguer en su celda, al día siguiente. El 3 de mayo, el ministro de la Guerra informó a Franco de que le negaba la autorización para actuar en nombre de Berenguer por residir fuera de la región militar donde tenía lugar el juicio.²⁸ Era el principio de la desconfianza mutua que caracterizaría la trascendental relación entre Franco y Azaña. Fue en este viaje a Madrid que la actitud de Franco hacia Sanjurjo empezó a agriarse. Su amigo Natalio Rivas le contó la entrevista de Sanjurjo con Lerroux del 13 de abril. Franco llegó a la conclusión de que alguna oferta de favoritismo futuro explicaba la resistencia a hacer intervenir a la Guardia Civil en favor del rey por parte de Sanjurjo.²⁹

La hostilidad latente de Franco hacia la República cobró más cuerpo con las reformas militares de Azaña. En concreto le consternó la abolición de las ocho regiones militares históricas, que ya no se llamarían capitanías generales sino que se convertirían en «divisiones orgánicas» al mando de un general de división sin poderes jurisdiccionales sobre los civiles. Se eliminaron las competencias virreinales de los antiguos capitanes generales; el rango de teniente general se estimó innecesario y también se suprimió.³⁰ Estas medidas abrían una brecha en la tradición histórica: arrebatában al ejército la jurisdicción sobre el orden público. También borraban la posibilidad de que Franco alcanzara la cima con el rango de teniente general y el puesto de capitán general. En 1939 revocaría ambas medidas. Sin embargo, no menos desconcertante le resultó el decreto de Azaña del 3 de junio de 1931 sobre la llamada «revisión de ascensos» por la que se examinarían ciertos ascensos concedidos por méritos durante las guerras de Marruecos, lo cual reflejaba la resolución del gobierno de borrar el legado de la Dictadura; en este caso revocar algunos de los arbitrarios ascensos otorgados por Primo de Rivera. El anuncio originó la sospecha infundada de que afectaría a todos los ascendidos durante la Dictadura y que Goded, Orgaz y Franco volverían a ser coroneles y muchos otros oficiales africanistas de alto rango serían degradados. Como la comisión que llevaba a cabo la revisión no informó hasta pasados más de dieciocho meses, produjo en los afectados cierta inquietud en el mejor de los casos y un corrosivo desasosiego en el peor. Casi un millar de oficiales creían que la medida les afectaría, aunque llegado el momento sólo se revisaron los casos de la mitad de esa cifra.³¹

La prensa de derechas y los periódicos militares desplegaron una feroz campaña alegando que la intención declarada de Azaña era «triturar el ejército».³² Aunque Azaña nunca hizo semejante comentario, se ha convertido en un lugar común. El 7 de junio había

pronunciado un discurso en Valencia en el que elogiaba cordialmente al ejército y declaraba su determinación de «triturar» el poder de los caciques que dominaban la política local, del mismo modo que había desmantelado «otras cosas no menos amenazadoras para la República», y esto fue lo que se convirtió en la desafortunada frase.³³ Para cólera de los africanistas se rumoreaba que a Azaña le aconsejaba un grupo de oficiales republicanos conocidos por sus adversarios de derechas como el «gabinete negro». La abolición del ascenso por méritos reflejaba el compromiso de la artillería con el ascenso sólo por estricta antigüedad. Entre los consejeros militares oficiosos de Azaña había oficiales de artillería, como los comandantes Juan Hernández Saravia y Arturo Menéndez López, en su mayoría junteros que habían participado en el movimiento contra la Dictadura y la Monarquía. A Franco estos oficiales le parecían despreciables. En toda la oficialidad producía muy mala impresión el hecho de que, en lugar de recurrir a los generales de división más antiguos, Azaña escuchara a estos hombres relativamente más jóvenes.³⁴

Sin embargo, Hernández Saravia se quejaba a un compañero de que Azaña era demasiado orgulloso para atender los consejos de nadie. Además, lejos de emprender una persecución de oficiales monárquicos, parece ser que Azaña frecuentó a varios, como Sanjurjo o el general monárquico Enrique Ruiz Fornells, a quien conservó como subsecretario. En realidad, incluso hubo varios oficiales de izquierda que se retiraron decepcionados ante lo que les parecía complacencia por parte de Azaña hacia la vieja guardia y es difícil encontrar el lenguaje ofensivo y amenazador que le acusaron de emplear contra el ejército. Azaña, aunque firme en su trato con los oficiales, en público hablaba del ejército en términos contenidos y respetuosos.³⁵

Franco era famoso por su repugnancia hacia la política del día a día. Su trabajo diario en la academia militar era pleno y absorbente. No obstante, pronto se vio obligado a meditar sobre las transformaciones que habían tenido lugar. Los periódicos conservadores que leía, *ABC*, *La Época*, *La Correspondencia Militar*, presentaban a la República como responsable de los problemas económicos de España, la violencia callejera, la irreverencia contra el ejército y el anticlericalismo. La prensa y el boletín que recibía y devoraba de la *Entente Internationale contre la Troisième Internationale*, pintaban al régimen como un caballo de Troya de comunistas y masones, decididos a desatar las hordas ateas de Moscú contra España y todas sus grandes tradiciones.³⁶ El desafío a las certidumbres militares que suponían las reformas de Azaña debieron despertar en Franco, cuando menos, nostalgia por la Monarquía. Asimismo, las noticias sobre la quema de iglesias que acaeció el 11 de mayo en Madrid, Málaga, Sevilla, Cádiz y Alicante, no lo dejaron indiferente. En su mayoría, los ataques eran obra de anarquistas, animados por la creencia de que la Iglesia era el núcleo de las actividades más reaccionarias de España. Probablemente Franco no se enterara de las acusaciones de que los primeros incendios empezaron con gasolina de aviación sacada del aeródromo de Cuatro Vientos por su hermano Ramón. Sin embargo, no pudo dejar de enterarse de la siguiente afirmación pública de su hermano: «Contemplé con alegría aquellas magníficas luminarias como expresión de un pueblo que anhelaba liberarse del oscurantismo clerical».³⁷ En las notas que tomaba para sus futuras memorias, escritas casi treinta años después del acontecimiento, Franco describía la quema de iglesias como el suceso que definió la República.³⁸ Eso refleja no sólo su catolicismo fundamental, sino también el grado en que Iglesia y ejército se unieron cada vez más, percibiéndose como víctimas de la persecución republicana.

Pero nada de lo sucedido desde el 14 de abril alimentó más la inquina de Franco por Azaña que la orden del 30 de junio de 1931 de cerrar la Academia General Militar de Zaragoza. Las primeras noticias llegaron mientras se encontraba de maniobras en los Pirineos. Su reacción inicial fue de incredulidad. Al confirmarse, Franco quedó desolado. Amaba su trabajo allí y nunca perdonaría a Azaña y al llamado «gabinete negro» por arrebatárselo. Junto con otros africanistas, creía que la academia había sido condenada a muerte simplemente porque era uno de los éxitos de Primo de Rivera. También estaba convencido de que el «gabinete negro» quería hundirlo porque envidiaban su espectacular carrera militar. En realidad, la decisión de Azaña se basaba en sus dudas sobre la eficacia del tipo de instrucción impartida en la academia y también en la convicción de que su coste era desproporcionado en un momento en que intentaba reducir el gasto militar. A Franco le costó controlar su aflicción.³⁹ Escribió a Sanjurjo con la esperanza de que pudiera interceder ante Azaña. Sanjurjo respondió que debía resignarse a la clausura. Unas semanas más tarde, Sanjurjo comentó a Azaña que Franco era «como un chico a quien le quitan un juguete».⁴⁰

En la alocución de despedida que pronunció en el patio de armas de la academia el 14 de julio de 1931, la ira de Franco se traslucía a través de una retórica formalista. Empezó comentando con lástima que no habría jura de bandera, pues la República laica había abolido el juramento. Luego pasó revista a los triunfos de la academia que había dirigido, incluyendo la eliminación de vicios. Se extendió en la lealtad y el deber que los cadetes debían a la Patria y al ejército, hizo comentarios sobre la disciplina, diciendo que «reviste su verdadero valor cuando la razón aconseja lo contrario de las órdenes, cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción de mando». Hizo una alusión intrincada y rebuscada, aunque manifiestamente amarga, a aquellos que habían visto recompensada por la República su deslealtad hacia la Monarquía, y una referencia solapada a los oficiales republicanos que desempeñaban puestos clave en el Ministerio de la Guerra de Azaña, «ejemplo pernicioso de inmoralidad e injusticia». Su discurso concluía con el grito de: «¡Viva España!».⁴¹ Más de treinta años después comentaría con orgullo: «Yo jamás di un viva a la República».⁴²

Al terminar el discurso, Franco regresó a su despacho, que tuvo que abandonar varias veces para asomarse al balcón y recibir el enfervorizado aplauso de los presentes. Cuando se despidió de Pacón, que había trabajado con él como instructor de táctica y armamento y como ayudante en la dirección, el futuro Caudillo estaba llorando. Empaquetó sus cosas y se fue a la casa de campo de su esposa, La Piniella, en Llanera, cerca de Oviedo.⁴³

El discurso se publicó como orden del día de Franco y llegó hasta Azaña, que dos días más tarde anotaría en su diario: «Alocución del

general Franco a los cadetes de la Academia General con motivo de la conclusión del curso. Completamente desafecto al Gobierno; ataques reticentes al mando. Caso de destitución inmediata si no cesase hoy en el mando». Al final, Azaña se limitó a una reprensión formal en la hoja de servicios de Franco por su alocución a los cadetes.⁴⁴

Extraordinariamente celoso de su imaculada hoja de servicio, es de imaginar el resentimiento de Franco al ser informado de su reprensión el 23 de julio. No obstante, el interés por su carrera hizo que se tragara su orgullo y escribiera al día siguiente una apasionada, aunque poco convincente, autodefensa en forma de carta al jefe del Estado Mayor de la V División Militar, a cuya jurisdicción pertenecía la academia. En ella solicitaba que le transmitiera al ministro de la Guerra «mi respetuosa queja y mi sentimiento, por la errónea interpretación dada a los conceptos contenidos en la alocución que con motivo de la despedida de este Centro dediqué a los Cadetes y que procuré sujetar a los más puros principios y esencias militares que fueron norma de toda mi vida militar; como asimismo por la suposición que parece atribuirme de tibieza o reserva en la adhesión leal que en todo momento presté sin oficiosidades contrarias a mi carácter, al régimen que el País ha proclamado, cuya enseña izada en el patio central de la Academia presidió la solemnidad militar y cuyo himno nacional escuchado en pie cerró los actos de despedida del curso».⁴⁵

Azaña no consideraba que la obligación de izar la bandera republicana y la interpretación del nuevo himno nacional fueran méritos especiales, y no quedó convencido. Al parecer, Azaña creía que el antaño soldado favorito de la Monarquía necesitaba que le bajaran los humos. Sus contactos con Franco, en esta carta y en un encuentro que mantuvieron en agosto, le persuadieron de que era lo bastante ambicioso y oportunista para doblegarse con facilidad a sus propósitos. En su apreciación básica, Azaña probablemente estaba en lo cierto, pero se equivocó seriamente al creer que sería fácil actuar en consonancia. Si Azaña le hubiera dado el trato de favor al que se había acostumbrado en tiempos de la Monarquía, es muy posible que se hubiera convertido en el soldado mimado de la República. No obstante, la actitud de Azaña con respecto a Franco fue moderada, aunque, desde el punto de vista del ministro republicano de la Guerra, fue realmente generosa. Tras perder la academia, Franco se encontró en situación de disponible durante casi ocho meses, en los que tuvo tiempo para dedicarse a sus lecturas de literatura anticomunista y antimasónica, pero que le dejaban sólo con el 80% del sueldo. Falto de rentas propias, viviendo en la casa de su esposa y con su carrera aparentemente truncada, Franco alimentó un rencor considerable hacia el régimen republicano. Doña Carmen alentaba este resentimiento.⁴⁶

A lo largo del verano de 1931, los oficiales del ejército estaban indignados por las reformas militares y por lo que percibían como anarquía y desorden creados por numerosas huelgas promovidas por los anarcosindicalistas de la Confederación Nacional del Trabajo en Sevilla y Barcelona.⁴⁷ Dado el descontento ocasionado por las reformas de Azaña y la cruzada monárquica en busca de pretorianos que derrocasen la República, circulaban rumores fundados de una posible conspiración militar. Los más barajados eran los nombres de los generales Emilio Barrera y Luis Orgaz, que a mediados de junio fueron puestos brevemente bajo arresto domiciliario. En septiembre, tras la evidencia de nuevas tramas monárquicas, Azaña desterraría a Orgaz a las islas Canarias. Por los informes que llegaban al ministerio, Azaña estaba convencido de que Franco conspiraba con Orgaz y le consideraba «el más temible» de los dos.⁴⁸ A medida que avanzaba el verano, Azaña seguía creyendo que algún tipo de conjura estaba en ciernes. En los informes sobre los contactos entre el derechista coronel José Enrique Varela, amigo de Franco, y el poderoso y extremista jefe monárquico de Cádiz, Ramón de Carranza, se habían mencionado los nombres del propio Franco y de Orgaz. El ministro escribió en su diario: «Franco es el único al que hay que temer», un tributo a su reputación de seriedad y eficacia. Azaña ordenó que se realizara un seguimiento de las actividades de Franco. En consecuencia, cuando visitó Madrid a mediados de agosto, el director general de Seguridad, Ángel Galarza, lo mantuvo bajo la vigilancia de tres policías.⁴⁹

El 20 de agosto, durante su estancia en Madrid, Franco visitó el Ministerio de la Guerra y habló con el subsecretario, quien le recordó que tenía la obligación de ver al ministro, por lo que volvió al día siguiente. Azaña criticó su alocución de despedida de la academia de Zaragoza, y Franco tuvo que tragarse las críticas, pero no engañó a Azaña, que más tarde anotó en su diario: «intenta parecer sincero pero todo bastante hipócritamente». Azaña le advirtió, en tono algo paternalista, que no se dejara influir por sus amigos ni por sus admiradores. Franco protestó en defensa de su lealtad, aunque admitió que los enemigos monárquicos de la República le habían estado buscando y aprovechó la oportunidad para informar al ministro de que la supresión de la academia había sido un grave error. Cuando Azaña insinuó que le gustaría utilizar los servicios de Franco, el joven general comentó con una sonrisa irónica: «Pretende sincerarse, un poco hipócritamente. ¡Y para utilizar mis servicios me pone policía que me sigue a todas partes en automóvil! Habrán visto que no voy a ninguna parte». Algo violento, Azaña ordenó levantar la vigilancia.⁵⁰

El Franco hipócrita de la versión de Azaña es del todo compatible con el documento que había presentado en defensa de su discurso de clausura de la academia. * Azaña fue bastante condescendiente con Franco, confiando en que podría doblegarlo.⁵¹ Es posible que sus errores de cálculo sobre Franco derivaran en parte de la suposición de que era tan manipulable como su hermano Ramón, a quien Azaña conocía bien y que sólo le suscitaba irritación y desprecio.

A principios de mayo, a Franco se le había negado el permiso para actuar como defensor de Berenguer. De hecho, el Consejo Supremo del Ejército había anulado la orden de prisión contra Berenguer poco después de que el Tribunal Supremo ordenara la liberación de Mola el 3 de julio. Sin embargo, la cuestión de las Responsabilidades continuaba siendo origen de disensión; los miembros moderados del gobierno, incluido Azaña, eran partidarios de restarle importancia. El 26 de agosto, después de un virulento debate, las Cortes facultaron a la Comisión de Responsabilidades para investigar las infracciones administrativas cometidas en Marruecos, la represión de Cataluña entre 1919 y 1923,

el golpe de Primo de Rivera de 1923, la dictadura de Primo de Rivera y Berenguer y el consejo de guerra de Jaca.⁵² Para consternación de Azaña, que acertadamente creía que la comisión estaba dañando peligrosamente a la República, a principio de septiembre arrestaron a algunos veteranos generales que habían participado en el Directorio Militar de Primo de Rivera.⁵³

La hostilidad de algunos oficiales y las dudas de muchos sobre el curso que tomaba la República se intensificaron por el enconado debate sobre la propuesta de nueva Constitución, que tuvo lugar entre mediados de agosto y finales de año. Los artículos de contenido laico, en concreto los destinados a romper el absoluto dominio clerical en materia de educación, provocaron la reacción histérica de la prensa de derechas. La voluntad de la mayoría parlamentaria republicana y socialista de sacar adelante estos artículos, provocó la dimisión de los dos miembros católicos más destacados del gobierno, el jefe de Gobierno, el conservador Niceto Alcalá Zamora, y su ministro del Interior, Miguel Maura Gamazo. Azaña fue nombrado jefe de Gobierno y la prensa de derechas proclamó: «La propia existencia de España está amenazada».⁵⁴

Los artículos apocalípticos de la prensa derechista que hablaban de anarquía y de las implicaciones de las propuestas constitucionales, junto con la persistente determinación de la izquierda republicana de sacar adelante el tema de las Responsabilidades, acrecentó los temores de los oficiales del ejército. A juicio de la mayoría de ellos, algunos generales eran acusados de rebelión cuando todo lo que habían hecho era poner fin a la anarquía en 1923, mientras otros, Berenguer y Fernández de Heredia, eran juzgados por sofocar la sublevación de Jaca. Como capitán general de Aragón, Fernández de Heredia había sido quien había firmado las sentencias de muerte. Carteles, libros e incluso una obra de teatro de Rafael Alberti, *Fermín Galán*, glorificaban a «los mártires de la República». Ramón Franco dedicó su libro *Madrid bajo las bombas* a «los mártires de la Libertad, capitanes Galán y García Hernández, asesinados el domingo 14 de diciembre de 1930 por la reacción española encarnada en la Monarquía de Alfonso XIII y en su Gobierno, presidido por el general Dámaso Berenguer». La beatificación de Galán y García Hernández era algo que indignaba especialmente a todos los oficiales excepto a los republicanos acérrimos. A Franco le exasperaba particularmente que la República aplicase un doble rasero moral intentando, por un lado, erradicar los ascensos irregulares concedidos durante los años veinte y, por otro, tratando con favoritismo a quienes habían colaborado en su proclamación. Irónicamente, Ramón Franco había sido nombrado director general de Aeronáutica. El hermano de Franco se servía de su posición para participar en conspiraciones anarquistas contra la República, por lo que perdió su cargo y sólo evitó una sentencia de prisión gracias a salir elegido diputado parlamentario por Barcelona y a la solidaridad de sus colegas masones.⁵⁵

Cuando la Comisión de Responsabilidades empezó a reunir pruebas para el inminente juicio de los implicados en las ejecuciones de la sublevación de Jaca, Franco se presentó como testigo. El 17 de diciembre de 1931, en el curso de su interrogatorio, las respuestas de Franco fueron tajantes y concisas, recordando al tribunal que el código de justicia militar permitía que las ejecuciones sumarias tuvieran lugar sin la previa aprobación de las autoridades civiles. Sin embargo, cuando le preguntaron si deseaba añadir algo a su declaración, pasó de modo significativo a defender la justicia militar como una «necesidad jurídica y una necesidad militar de que los delitos militares, de esencia puramente militar y cometidos por militares, fuesen juzgados por personal preparado militarmente para esta misión». Por consiguiente, declaró que, como los miembros de la comisión carecían de experiencia militar, no eran competentes para juzgar lo sucedido en el consejo de guerra de Jaca.

Al día siguiente, cuando se reanudaron las sesiones, Franco tomó partido claramente contra uno de los más queridos mitos de la República al declarar que Galán y García Hernández habían cometido una falta militar, desbaratando la premisa central de la comisión de que habían emprendido una rebelión política contra un régimen ilegítimo. Franco declaró: «Recibiendo en sagrado depósito las armas de la Nación y las vidas de los ciudadanos, sería criminal en todos los tiempos y en todas las situaciones que los que vestimos el uniforme militar pudiéramos esgrimir las contra la Nación o contra el Estado que nos las otorga. La disciplina del Ejército, la existencia de éste y la salud del Estado nos exigen a los militares estas amargas contrariedades de aplicar una ley de carácter rígido».⁵⁶ Aunque cuidadosamente escudado por declaraciones de respeto hacia la soberanía parlamentaria, implícitamente se desprendía que consideraba que la defensa de la Monarquía por parte del ejército en diciembre de 1930 había sido legítima, opinión contraria a la que sostenían muchas autoridades de la República. Su opinión sobre la canonización de los rebeldes de Jaca era también fácil de deducir a partir de su declaración. Sin embargo, por sus implicaciones de aceptación disciplinada de la República, su declaración fue del todo coherente tanto con su orden del día del 15 de abril como con su discurso de despedida de la academia. Por tanto quizá debería tomarse como una prueba más de que, a diferencia de exaltados como Orgaz, aún estaba muy lejos de transformar su descontento en rebelión activa. En 1935, después de muchas tribulaciones, el Tribunal Supremo declaró inocentes a Berenguer y Fernández de Heredia.⁵⁷

Las oscuras declaraciones de lealtad disciplinada de Franco distaban mucho del compromiso entusiasta que podía haberle valido el favor oficial. Tras la pérdida de la academia, el cuestionamiento de sus ascensos y el descontento de la clase obrera acentuado por la prensa de derechas, la actitud de Franco hacia la República no podía ser más que de suspicacia y hostilidad. No es de extrañar que tuviera que aguardar mucho tiempo antes de conseguir un destino. Sin embargo, el hecho de que el 5 de febrero de 1932 fuera destinado a La Coruña como comandante de la XV Brigada de Infantería de Galicia, donde llegó a final de mes, era indicio tanto de sus méritos profesionales como de su reconocimiento por parte de Azaña. La prensa local saludó su llegada con el titular: «Un Caudillo del Tercio» y elogió no sólo su valor y capacidad militar, sino también «sus nobles dotes de caballero correcto y digno». Franco volvió a llevarse a Pacón como ayudante de campo, y se sintió encantado de hallarse en La Coruña, cerca de su madre, a quien visitaba todos los fines de semana.⁵⁸

Azaña creía que estaba tratando bien a Franco, como se deduce del hecho de que la concesión de un destino evitara al joven general las consecuencias de un decreto publicado en marzo de 1932, que ordenaba el retiro obligatorio de quienes hubieran pasado más de seis meses en situación de disponible. El nombramiento llegó sólo pocos días antes de que acabara el período, tras el cual Franco habría tenido que pasar a la reserva, y debió sufrir bastante ansiedad durante los meses de espera. Azaña le mantuvo deliberadamente a la espera como castigo por la alocución de despedida de la academia militar y para domar la arrogancia del soldado mimado de la Monarquía.⁵⁹ En realidad, cuando destinó a Franco a La Coruña, Azaña creyó que ya había aprendido la lección y que podía ser reclutado para el nuevo régimen. Conociendo bien a Ramón Franco, Azaña parecía juzgar otra vez a su hermano mayor por el mismo rasero. De ser así, eso significaba que estaba subestimando la capacidad de resentimiento de Franco. En vez de reaccionar con la gratitud y lealtad esperadas por Azaña, Franco incubaría contra él un gran rencor durante el resto de su vida.

Antes de que volvieran a encontrarse, siete meses más tarde, se planteó y resolvió una importante crisis en las relaciones entre civiles y militares, que tomó la forma de un pronunciamiento militar en agosto de 1932, cuyos orígenes se remontaban a finales de 1931. En aquel entonces, durante una huelga general pacífica de campesinos de la provincia extremeña de Badajoz se produjo un sangriento enfrentamiento con la Guardia Civil en Castilblanco, un remoto pueblecito en el centro de la árida zona conocida como la *Siberia extremeña*. Al igual que la mayor parte de esa zona, Castilblanco sufría un alto índice de desempleo. El 30 y 31 de diciembre, los trabajadores del pueblo realizaron manifestaciones pacíficas. Cuando ya estaban disolviéndose, el alcalde se dejó llevar por el pánico y ordenó a los cuatro números de la Guardia Civil del puesto local que intervinieran para dispersar a la multitud. Después de cierto forcejeo, un guardia civil abrió fuego, matando a un hombre e hiriendo a dos más. Los lugareños reaccionaron abalanzándose sobre los cuatro guardias, y matándolos con piedras y cuchillos.⁶⁰ La prensa de derechas organizó un escándalo y se acusó al gobierno republicano-socialista encabezado por Azaña de incitar a los jornaleros contra la Guardia Civil. Sanjurjo visitó Castilblanco, en calidad de director general de la Guardia Civil, e hizo responsable de la atrocidad a la socialista de extrema izquierda Margarita Nelken, diputada por Badajoz. En una reveladora asociación de la clase obrera con los moros, Sanjurjo declaró que ni durante la caída de Melilla, ni siquiera en Monte Arruit, había visto semejante salvajismo. También exigió justicia para la Guardia Civil.⁶¹ Aquello formaba parte de un proceso por el cual se estaba convenciendo a los militares de que la República significaba desorden y anarquía. Ningún otro asunto fue más sintomático del abismo social que dividía España. Para la derecha, la Guardia Civil era la querida *Benemérita*, protectora del orden social; para la izquierda, era un brutal e irresponsable ejército de ocupación al servicio de los ricos.

Mientras el país se reponía del horror de Castilblanco, ocurrió otra tragedia. En el pueblo de Arnedo, provincia de Logroño, algunos de los empleados de una fábrica de calzado del lugar fueron despedidos por pertenecer al sindicato socialista, la Unión General de Trabajadores. Durante un mitin de protesta, la Guardia Civil, sin provocación aparente, abrió fuego, matando a cuatro mujeres, un niño y un obrero, e hiriendo a otros treinta trabajadores, algunos de los cuales murieron a los pocos días. A la luz de los comentarios realizados por el general Sanjurjo después de Castilblanco, resultaba difícil no considerar el incidente como un acto de venganza.⁶² Azaña cedió con renuencia a la presión de la prensa y los diputados de izquierdas para que Sanjurjo fuera apartado del mando de la Guardia Civil y transferido al puesto, menos importante, de jefe de Carabineros, la policía de fronteras y aduanas.⁶³ El 5 de febrero de 1932, en la hornada de nombramientos que había enviado a Franco a Galicia, Sanjurjo fue sustituido como director de la Guardia Civil por Miguel Cabanellas.⁶⁴

Bajo cualquier circunstancia, Sanjurjo se habría opuesto a perder el cargo de director general de la Guardia Civil. En el contexto de la campaña de la izquierda, la prensa derechista y él mismo interpretaron su destitución como un ultraje y un golpe más en favor de la anarquía. En la derecha eran muchos los que empezaban a considerar a Sanjurjo como posible salvador y le alentaban a pensar en derrocar la República. A juicio de la extrema derecha, los episodios de Castilblanco y Arnedo habían lavado el pecado original de Sanjurjo: no haber actuado en defensa de la Monarquía en abril de 1931. Ahora se le consideraba el más esforzado garante de la ley y el orden, algo que en la propaganda derechista se transmutó en la defensa de «las esencias eternas de España». Durante 1932, mientras pasaban con dificultades por las Cortes el estatuto de reforma agraria y el estatuto de autonomía de Cataluña, la derecha se enfurecía cada vez más por lo que percibía como asaltos a los derechos de la propiedad y de la unidad nacional. Por toda España, muchos oficiales del ejército firmaron peticiones en favor de Sanjurjo, aunque Franco no fue uno de ellos. Hubo varios intentos para inducir a Sanjurjo al golpe de estado y éste empezó a maquinarse contra la República.

En febrero de 1932 el general Emilio Barrera informó al embajador italiano, Ercole Durini di Monzo, que el movimiento para «oponerse al bolchevismo y restaurar el orden» podía contar con amplio apoyo militar, incluido el de los generales Goded y Sanjurjo.⁶⁵ Lerroux, que estaba decidido a desalojar del poder a la coalición republicano-socialista de Azaña, mantenía contactos con Sanjurjo. Los unía el mismo resentimiento hacia la presencia de los socialistas en el gobierno y hablaron de un posible golpe.⁶⁶ Cualquier conspiración militar se habría beneficiado enormemente de la participación de Franco, pero éste se mantuvo distanciado por una precaución innata ante un intento de golpe mal preparado y bastante cuestionable. Desconfiaba de Sanjurjo y no tenía razón para arriesgarlo todo cuando podía continuar ejerciendo con la República la profesión que había elegido.

A Franco le preocupaba poner en peligro el bienestar económico que acababa de adquirir. A pesar de su demostrada capacidad para soportar penalidades físicas y trabajar en las condiciones más difíciles, a Franco le gustaba disfrutar del confort material siempre que le era posible. En el intervalo transcurrido entre la salida de Marruecos y el comienzo de la construcción de la academia de Zaragoza, disfrutó de

poco trabajo y mucha vida social. Ahora, en La Coruña, era prácticamente un gobernador militar y gozaba de un espléndido nivel de vida, con una gran casa y criados de guante blanco. La Coruña era entonces un hermoso y plácido puerto de mar, y no la ciudad bulliciosa y anónima en que se convertiría durante los últimos años de la dictadura franquista. Las mínimas obligaciones como comandante militar le permitían visitar con frecuencia el Club Náutico, donde podía satisfacer, a pequeña escala, su afición a la navegación. Fue allí donde conoció a Máximo Rodríguez Borrell, que después de la guerra se convertiría en su asiduo compañero de cacerías y pesca. Max Borrell provenía de una familia local enriquecida en Cuba. Había estudiado en la Universidad de Manchester y era bilingüe en inglés y español. Poco antes de conocer a Franco había sufrido una experiencia traumática con un negocio en la República Dominicana. Había sido secuestrado por escuadrones paramilitares del dictador Trujillo, brutalmente torturado y castrado. Envejecido prematuramente por la experiencia se dedicó a la pesca como parte de su convalecencia. Este hombre discreto y lisiado —y por lo tanto inofensivo— sería uno de los pocos amigos civiles íntimos de Franco y seguiría siéndolo hasta su enfermedad terminal.⁶⁷

El hecho de que Franco no estuviera dispuesto a arriesgarse por Sanjurjo no significaba que le agradase la situación política. Pero también era más cauteloso que muchos de sus compañeros y se distanció prudentemente del intento de golpe del 10 de agosto de 1932. No obstante, como era de esperar dada su larga asociación africana con Sanjurjo, estaba al tanto de su preparación. El 13 de julio, Sanjurjo visitó La Coruña para pasar revista a los carabineros del lugar, cenó con Franco y hablaron del inminente pronunciamiento. Según su primo, en este encuentro Franco le dijo a Sanjurjo que no estaba dispuesto a participar en ningún tipo de golpe.⁶⁸ El conspirador monárquico Pedro Sáinz Rodríguez organizó otro encuentro, complicadamente clandestino, en un restaurante de las afueras de Madrid. Franco expresó considerables dudas sobre el resultado del golpe y dijo que aún estaba indeciso sobre cuál sería su postura cuando llegara el momento, prometiendo a Sanjurjo que, decidiera lo que decidiese, no participaría en ninguna acción del gobierno contra él.⁶⁹

Franco fue lo suficientemente vago para que Sanjurjo supusiera que apoyaría el levantamiento. Según el comandante Juan Antonio Ansaldo, un impetuoso aviador monárquico, conspirador y fiel seguidor de Sanjurjo, «la participación de Franco en el golpe del 10 de agosto se consideraba segura», pero «poco antes del mismo se desligó abiertamente de todo compromiso, aconsejando a varios oficiales, que siguieron su ejemplo».⁷⁰ Probablemente sea ir demasiado lejos sugerir que Franco primero apoyó la sublevación de Sanjurjo y luego cambió de idea. Sin embargo, dada la laberíntica ambigüedad de Franco, a Sanjurjo y a sus compañeros de conjura les debió resultar fácil dar por sentada su participación, pues sus vacilaciones y vaguedades mientras esperaba a que se aclarase el desenlace habría permitido tales suposiciones. Y desde luego Franco no hizo nada por denunciar a sus superiores lo que se estaba fraguando.

La negativa final de Franco a participar en la conspiración se basó en gran medida en su idea de que estaba insuficientemente preparada, como indicó al político de derechas, José María Gil Robles, en una cena en casa de su amigo común, el marqués de la Vega de Anzo.⁷¹ Temiendo que un golpe fallido «abriera las puertas al comunismo»,⁷² Franco era, sin embargo, muy suspicaz sobre la vinculación de Sanjurjo con Lerroux, cuya implicación en lo que se avecinaba se pudo percibir en un discurso que pronunció en Zaragoza el 10 de julio. Al alinearse con la causa de los conjurados, Lerroux intentaba forzar al gobierno a adoptar una línea más conservadora, amenazando tácitamente con la intervención militar que seguiría si no lo hacía. Como siempre, el Lerroux escandalosamente cínico y adulator de los militares declaró que, cuando llegara al poder, volvería a abrir la Academia General Militar y restauraría a Franco como director.⁷³

Franco visitó Madrid a finales de julio «para escoger caballo reglamentario».⁷⁴ Para su irritación, se rumoreaba que había accedido a unirse a la conjura. Cuando otros oficiales le preguntaron repetidamente si participaba en ella, él respondió que todavía no creía que hubiera llegado el momento de un pronunciamiento, pero que respetaba a quienes pensaban lo contrario. A Franco le enfureció descubrir que algunos oficiales de alta graduación afirmaban abiertamente que estaba implicado, y les dijo que si continuaban «divulgando estas calumnias», tomaría «medidas enérgicas». En el Ministerio de la Guerra se encontró por casualidad con Sanjurjo, Goded, Varela y Millán Astray. Varela le dijo que Sanjurjo quería sondearle sobre el golpe en ciernes. Al principio Sanjurjo negó esa intención, pero accedió a reunirse con Franco y Varela. Después de almorzar, Franco les dijo categóricamente que no contasen con su participación en ningún tipo de sublevación militar. En un reproche poco disimulado a Sanjurjo por su conducta de abril de 1931, Franco justificó su negativa a unirse a la conspiración basándose en que, como la República se había proclamado debido a la desertión militar de la causa de la Monarquía, el ejército no debía ahora intentar cambiar las cosas.⁷⁵ Esta reunión explicaría el cáustico comentario que hizo Sanjurjo en el verano de 1933, durante su encarcelamiento tras el fracaso del golpe: «*Franquito es un cuquito que va a lo suyito*».⁷⁶

El golpe de Sanjurjo estaba mal organizado y en Madrid resultó fácil dismantelarlo. Tuvo un efímero éxito en Sevilla pero, ante la presencia en la ciudad de una columna de tropas leales al gobierno, Sanjurjo huyó.⁷⁷ La humillación de una parte del ejército y la reanimación del mismo ambiente festivo popular que había saludado la proclamación de la República, ocasionado esta vez por la derrota de Sanjurjo, sin duda convencieron a Franco de la sensatez de sus pronósticos sobre la sublevación.⁷⁸

El hecho de que ni la nueva policía uniformada, los Guardias de Asalto, ni la Guardia Civil hubieran tomado parte en la sublevación había hecho manifiesta la importancia de estos cuerpos. Franco estaba más convencido que nunca de que cualquier intento de golpe de Estado necesitaría contar con esos apoyos.

A Azaña le preocupaba desde hacía tiempo que Franco pudiera estar implicado en una conspiración contra el régimen y en el curso de la Sanjurjada temió que pudiera participar en el golpe. Sin embargo, cuando telefoneó a La Coruña el 10 de agosto, le alivió comprobar que Franco estaba en su puesto. Curiosamente, estuvo a punto de no estarlo. Franco había solicitado un breve permiso para llevar a su esposa y

a su hija de viaje por las hermosas rías bajas de Galicia, pero le fue denegado, pues su inmediato superior, el general de división Félix de Vera, también estaba a punto de ausentarse. Por tanto, cuando se produjo el golpe, Franco tenía el mando en funciones de las fuerzas militares de Galicia.⁷⁹

La derecha conspiradora, tanto civil como militar, llegó a la conclusión general a la que Franco había llegado por adelantado: que nunca más deberían cometer el error de una preparación insuficiente. Algunos miembros del grupo de extrema derecha Acción Española crearon un «comité conspirador» monárquico y a finales de septiembre de 1932 el capitán Jorge Vigón del Estado Mayor empezó los preparativos para una futura sublevación militar. La legitimidad teológica, moral y política de un pronunciamiento contra la República se argumentó en el periódico del grupo *Acción Española*, del que Franco era suscriptor desde su primer número, aparecido en diciembre de 1931.⁸⁰ Este grupo operaba desde la casa de Ansaldo en Biarritz, y reunió sustanciales sumas de dinero de los simpatizantes derechistas para comprar armas y financiar la desestabilización política. Una de las primeras operaciones fue infiltrar células subversivas dentro del propio ejército y se responsabilizó de esta tarea al teniente coronel Valentín Galarza, del Estado Mayor.⁸¹ Galarza estaba implicado en la Sanjurjada, pero no se pudo probar nada contra él. Azaña escribió en su diario: «He dejado disponible a otro teniente coronel del Estado Mayor Central, Galarza, íntimo de Sanjurjo y de Goded, y que fue, hasta el advenimiento de la República, uno de los grandes mangoneadores del Ministerio; Galarza es muy inteligente, capaz y servicial, escurridizo y obediente. Pero decididamente está del otro lado. En la causa no aparece nada contra él. Sin embargo, es de los más peligrosos».⁸² Todo lo que Azaña podía hacer es dejar a Galarza sin destino en el servicio activo. Galarza pretendía reclutar generales clave y Franco, amigo suyo, fue uno de sus principales blancos.⁸³

Según parece, Azaña supuso que la presencia de Franco en su puesto durante la Sanjurjada significaba su total reconciliación. Cuando el presidente del Consejo visitó La Coruña del 17 al 22 de septiembre de 1932, Franco hizo, no obstante, algún ligero esfuerzo para desengañarle. Según su propio relato, Franco se comportó con estirada cortesía ante el presidente. En el transcurso de esta estancia en Galicia, durante la que fue recibido con entusiasmo, Azaña se esforzó en ser cordial, pero Franco no respondió con cordialidad.⁸⁴ Si en efecto Franco pretendía mantener las distancias entre él y el presidente del Consejo, parece ser que Azaña no se percató.*

El posterior relato de Franco probablemente evidencia su deseo de borrar el desagradable recuerdo de la época en que fue subordinado de Azaña. En realidad, en esa época Franco fue extraordinariamente cauteloso.⁸⁵ Cuando Sanjurjo solicitó que fuera su defensor en el juicio, se negó. Su frialdad glacial se reveló al decirle a su antiguo comandante: «Podría, en efecto, defenderle a usted, pero sin esperanza. Pienso en justicia que al sublevarse usted y fracasar, se ha ganado el derecho a morir».⁸⁶ Tampoco se unió a los esfuerzos conspiradores que con el tiempo condujeron a la creación de la Unión Militar Española, organización clandestina de oficiales monárquicos fundada por el teniente coronel Emilio Rodríguez Tarduchy, amigo íntimo de Sanjurjo, y por el capitán Bartolomé Barba Hernández, oficial del Estado Mayor al igual que Galarza. La UME salió a la luz a finales de 1933 y su actividad se vinculó, a través de Galarza, a las actividades de Ansaldo y Vigón.⁸⁷

El 28 de enero de 1933 se anunciaron los resultados de la revisión de ascensos. El ascenso de Franco a coronel fue impugnado, el de general, validado. Los ascensos de Goded a general de brigada y a general de división fueron ambos anulados. Sin embargo, la ley no los degradó, sino que los congeló en su puesto en la escala de antigüedad hasta que una combinación de vacantes y antigüedad les permitiera elevarse a la altura de su acelerado ascenso. De modo que Franco conservó su empleo con efecto desde la fecha de su promoción en 1926, pero perdió el número uno del escalafón de generales de brigada, pasando al 24 (de un total de 36). Como a la mayoría de sus camaradas, a Franco le corroía el resentimiento por lo que consideraba una humillación gratuita y casi dos años de ansiedad innecesaria.⁸⁸ Años más tarde escribió sobre el «despojo de ascensos» y la injusticia de todo este proceso.⁸⁹

En febrero de 1933 Azaña lo destinó a las islas Baleares como comandante general, «donde estará más alejado de tentaciones».⁹⁰ Era un destino que normalmente habría correspondido a un general de división y bien podía formar parte de los esfuerzos de Azaña por atraer a Franco a la órbita republicana, recompensándole por su pasividad durante la Sanjurjada. Después del favoritismo que le habían mostrado el rey y Primo de Rivera, Franco no consideraba el mando de las islas Baleares una recompensa. En el borrador de sus memorias, escribió que aquello era una «postergación».⁹¹ Más de dos semanas después del nombramiento aún no había hecho la visita reglamentaria al Ministerio de la Guerra para informar de su inminente traslado. El dirigente socialista Francisco Largo Caballero le dijo a Azaña que había oído que Franco se jactaba de que no iría.⁹² Por fin, el 1 de marzo, cuando llevaba ya dos días en Madrid, acudió a despedirse de Azaña, en su condición de ministro de la Guerra. El retraso era una falta de respeto calculada. Azaña percibió que Franco aún estaba furioso por la anulación de los ascensos, pero este tema no surgió y sólo hablaron de la situación de las islas Baleares.⁹³ El nuevo comandante militar llegó a Palma de Mallorca el 16 de marzo de 1933 y se dedicó a mejorar las defensas de las islas, dado que las ambiciones de Mussolini estaban elevando la tensión en el Mediterráneo.

Durante 1933 cambió la suerte del gobierno de Azaña. A principios de septiembre, la coalición republicano-socialista se hacía añicos, desgastada por el éxito de la derecha en el bloqueo de la reforma. Los socialistas habían perdido la fe en los republicanos de izquierda de Azaña y el 10 de septiembre, Lerroux, cada vez más conservador y hambriento de poder, empezó a formar un gabinete exclusivamente republicano. En *ABC* se informó de que había ofrecido a Franco el cargo de ministro o subsecretario de la Guerra. Aunque fue a Madrid para tratar con el dirigente radical, Franco finalmente declinó la oferta.⁹⁴ El puesto era uno de los que él ansiaba, pero no se creía que el gobierno de Lerroux del 12 de septiembre durase más de un par de meses dado que no podría conseguir una mayoría parlamentaria. Los

socialistas se negaron a formar una nueva coalición con Azaña y se suponía que el presidente Alcalá Zamora pronto se vería forzado a convocar elecciones generales. En tales condiciones, hacerse cargo de un ministerio no le habría dado a Franco la oportunidad de introducir los cambios que consideraba esenciales.

Aunque Franco estaba atareado y satisfecho con su labor en Baleares, durante la campaña electoral de noviembre de 1933 se mostró pesimista sobre las perspectivas del ejército, ante la posibilidad de que una victoria socialista diera origen a un gobierno volcado a una reforma exhaustiva. Habló con amigos de dejar el ejército y meterse en política. Según Arrarás, llegaron rumores en este sentido hasta los círculos derechistas de Madrid, y en Palma le visitó un emisario de la Confederación Española de Derechas Autónomas, el autoritario y cada vez más poderoso partido católico. El enviado supuestamente ofreció a Franco su inclusión como candidato en la lista de la CEDA por Madrid y en otra lista provincial, para garantizar su elección. Franco se negó de pleno,⁹⁵ pero votó por la CEDA en las elecciones.⁹⁶ Con la izquierda dividida y la abstención de los anarquistas, una serie de alianzas locales entre los radicales y la CEDA aseguraron la victoria para ambos. Durante el subsiguiente período de gobierno a cargo de una coalición de los corruptos radicales y la CEDA, Franco saldría de la postergación que le parecía el confortable destierro en Baleares y se acercaría al centro del favor político.

Al mando: Franco y la Segunda República, 1934-1936

Tras los disgustos de los dos años anteriores, el período de gobierno de centro-derecha, que sería conocido por la izquierda española como el *bienio negro*, volvió a situar a Franco en el candelero. Después de lo que consideraba una persecución por parte de Azaña contra él y otros oficiales de ideas afines, el general de cuarenta y dos años se vio agasajado por los políticos como no le había ocurrido desde la Dictadura. Las razones eran obvias. Se trataba del general más famoso de la derecha y no estaba contaminado por haber colaborado con la República. Su renovada celebridad y estima coincidieron con un período de enconada polarización de la política española y, de hecho, hasta cierto punto se nutrieron de ella.

La derecha entendió su éxito en las elecciones de noviembre de 1933 como una oportunidad para desmontar las reformas que había intentado poner en práctica durante los diecinueve meses anteriores el gobierno de coalición republicano-socialista. En un contexto de agravamiento de la crisis económica, con la octava parte de la fuerza de trabajo en paro (una quinta parte en el sur), una serie de gobiernos decididos a revocar las reformas sólo podían provocar la desesperación y la violencia entre las clases trabajadoras urbana y rural. Los patronos y los terratenientes celebraron la victoria bajando los sueldos, reduciendo el número de obreros empleados (en particular despidiendo a los sindicalistas), desalojando arrendatarios y elevando los arrendamientos. La legislación laboral de los anteriores gobiernos fue simplemente dejada de lado.

Dentro del movimiento socialista, el malestar de las bases ante la pérdida de las elecciones y la indignación por la violenta ofensiva de los patronos forzó a la dirección hacia una estrategia de retórica revolucionaria, con la ingenua esperanza de asustar a la derecha para que contuviera su agresión y de presionar al presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, para que convocara nuevas elecciones. A la larga, su táctica contribuiría a la sensación de la derecha, y en concreto del alto mando del ejército, de que se requerían soluciones drásticas y autoritarias para afrontar la amenaza de la izquierda.

Alcalá Zamora no había invitado a formar gobierno a José María Gil Robles, el brillante y orondo líder de la CEDA, a pesar de que ese partido católico era mayoritario en las nuevas Cortes. El presidente sospechaba que el inteligente y dinámico Gil Robles proyectaba establecer un estado autoritario y corporativo, y por tanto recurrió al cínico y corrupto Alejandro Lerroux, jefe de los cada vez más conservadores radicales, la segunda mayoría parlamentaria. Pero, no obstante ansiar el poder, los radicales de Lerroux dependían de los votos de la CEDA y se convirtieron en títeres de Gil Robles. A cambio de introducir una dura política social únicamente beneficiosa para los acomodados partidarios de la CEDA, los radicales podían disfrutar de las prebendas del cargo. A los socialistas les indignaba la corrupción de los radicales, pero las primeras protestas obreras violentas las protagonizaron los anarquistas que, con irresponsable ingenuidad, convocaron una sublevación para el 8 de diciembre de 1933. Sin embargo, el gobierno estaba sobreaviso de los planes anarcosindicalistas y rápidamente declaró el estado de alarma. Los líderes de la CNT y de la FAI fueron arrestados, se impuso la censura de prensa y se clausuraron sus locales sindicales.

En las regiones tradicionalmente anarquistas, como Aragón, La Rioja, Cataluña, Levante y zonas de Andalucía y Galicia, se produjeron huelgas esporádicas, se provocaron varios descarrilamientos de trenes y se atacaron puestos de la Guardia Civil. Tras algunas escaramuzas aisladas con la Guardia Civil y los Guardias de Asalto, pronto se reprimió el movimiento revolucionario en Madrid, Barcelona y las capitales provinciales de Andalucía, Alicante y Valencia. Sin embargo, por todo Aragón y sobre todo en Zaragoza, la sublevación tuvo cierto éxito. Los obreros anarquistas levantaron barricadas, atacaron edificios públicos y se enzarzaron en combates armados contra las fuerzas del orden. El gobierno envió a varias compañías del ejército que, con la ayuda de tanques, tardaron cuatro días en aplastar la insurrección.¹ El movimiento reforzó la convicción común entre muchos oficiales de derechas de que, incluso con un gobierno conservador en el poder, la República debía ser derrocada.²

Las dificultades experimentadas en la represión de la revuelta hicieron que el 23 de enero de 1934 dimitiera el ministro de la Gobernación, Manuel Rico Avello, que se marchó apresuradamente a Marruecos como Alto Comisario y fue sustituido por Diego Martínez Barrio. El nuevo ministro de la Guerra, el diputado conservador radical por Badajoz y amigo de Lerroux, Diego Hidalgo, sabía más del problema agrario que de cuestiones militares.^{*} Sin embargo, con encomiable humildad, admitió su falta de conocimiento militar y la necesidad de asesoramiento profesional.³ También quiso ganar para su partido las simpatías militares, amortiguando el impacto de algunas de las medidas introducidas por Azaña y revocando otras.⁴ A principios de febrero, Franco conoció en Madrid al nuevo ministro de la Guerra, cuando éste llevaba en el cargo apenas una semana. A finales de marzo de 1934, claramente impresionado por el joven general, Hidalgo presentó con éxito al gobierno una propuesta de ascenso de Franco a general de división, rango en el que volvió a ser el más joven de España.⁵ A Hidalgo, que esperaba una efusiva respuesta, le sorprendió el frío e impersonal telegrama que Franco le envió al recibir la noticia de su ascenso. Reflexionando sobre ello más tarde, Hidalgo comentó: «Nunca lo vi ni alegre ni deprimido».⁶

La relación entre Franco e Hidalgo se consolidó en junio durante una visita de cuatro días que el ministro realizó a las islas Baleares, de las que Franco era comandante general. A Hidalgo le impresionó la capacidad de trabajo del general, su obsesión por el detalle, su fría determinación para resolver problemas. Un incidente se grabó en su memoria. Cuando el ministro visitaba las guarniciones tenía la costumbre de solicitar al oficial al mando que celebrara su visita liberando a los soldados que estuvieran arrestados. Aunque sólo se encontraba bajo arresto un capitán en Menorca, Franco se negó, diciendo: «Si el ministro me lo ordena, lo haré; si sólo me lo pide, no». Cuando Hidalgo le preguntó qué crimen podía ser tan terrible, Franco respondió que el peor que un oficial podía cometer: había abofeteado a un soldado. Fue un comentario sorprendente por parte del oficial que había hecho fusilar a un soldado por negarse a comer el rancho. En realidad, ambos incidentes ponen de manifiesto su obsesión por la disciplina militar. Hidalgo quedó tan impresionado por Franco que antes de abandonar Palma de Mallorca y contrariamente al protocolo militar, le invitó a asistir como consejero a unas maniobras militares en los montes de León en el próximo mes de septiembre.⁷

A medida que avanzaba 1934, Franco se convertía en el general favorito de los radicales, de la misma manera que llegaría a ser el general preferido de la CEDA cuando el clima político se agravó después del mes de octubre. El favor de Hidalgo contrastaba enérgicamente con el trato que Franco creía haber recibido de Azaña. Además, como el gobierno radical, respaldado en las Cortes por la CEDA, emprendió una política social conservadora y fue quebrando progresivamente el poder de los sindicatos, la República empezó a parecerle a Franco más aceptable. Para muchos conservadores, las soluciones «catastrofistas» a los problemas de España parecían por el momento menos urgentes. Sin embargo, la extrema derecha seguía sin convencerse y continuaba preparándose para la violencia. El grupo más militante de la ultraderecha eran los carlistas de la Comunión Tradicionalista, una escisión monárquica que había rechazado la herejía liberal de las Monarquías constitucionales y defendía una teocracia terrenal bajo la guía de sacerdotes soldados. Los carlistas reunían armas y recibían entrenamiento militar en el norte y, en la primavera de 1934, Fal Conde, secretario del movimiento, reclutaba voluntarios en Andalucía. Los carlistas, junto con la fascista Falange Española, y los influyentes y ricos alfonsinos, defensores naturales de Alfonso XIII y del general Primo de Rivera, constituyeron la sedicente derecha «catastrofista», así llamada por su determinación de destruir la República de forma traumática, en lugar de emplear la táctica legalista gradual defendida por la CEDA. Sus planes de sublevación darían fruto en el verano de 1936.

El 31 de marzo de 1934, dos representantes carlistas acompañados por el dirigente de los monárquicos alfonsinos de Renovación Española, Antonio Goicoechea, y por el general Barrera, se reunieron con Mussolini en Roma, con el que firmaron un pacto que prometía dinero y armas para un pronunciamiento.⁸ En mayo de 1934 se concedió la amnistía a José Calvo Sotelo, el dirigente monárquico más enérgico y carismático, que regresó a España después de tres años de exilio autoimpuesto para escapar a la campaña de responsabilidades. A partir de entonces, la prensa de extrema derecha, además de criticar a Gil Robles por su supuesta debilidad, empezó a hablar de la necesidad de «conquistar el Estado», eufemismo del ataque violento a su aparato, como única vía segura para garantizar un régimen permanente, autoritario y corporativo.

Aunque Franco tuvo buen cuidado de distanciarse de los generales que participaron en las conspiraciones monárquicas, ciertamente compartía algunas de sus preocupaciones. Sus ideas sobre temas políticos, sociales y económicos seguían estando bajo la influencia de los periódicos boletines que recibía desde 1928 de la *Entente Internationale contre la Troisième Internationale* de Ginebra. En la primavera de 1934 volvió a suscribirse y el 16 de mayo escribió a Ginebra expresando su admiración por «la gran obra que llevan a cabo en la defensa de las naciones contra el comunismo» y su «deseo de cooperar, en nuestro país, a su gran esfuerzo».⁹ La Entente, organización ultraderechista que ahora mantenía contactos con la Antikomintern de Goebbels, buscaba y reunía gente influyente convencida de la necesidad de prepararse para la lucha contra el comunismo y aportaba a sus suscriptores informes que en teoría desvelaban planes de inminentes ofensivas comunistas. Las diversas huelgas que acaecieron durante 1934, vistas a través del prisma de las publicaciones de la Entente, ayudaron a convencer a Franco de que se avecinaba un importante asalto comunista a España.¹⁰

Si Franco era precavido con respecto a los conspiradores monárquicos de extrema derecha, aún tenía más cautela con los nacientes grupos fascistas que empezaban a aparecer en escena. El movimiento juvenil de Gil Robles, la Juventud de Acción Popular (JAP) realizaba grandes mítines de estilo fascista en las que Gil Robles era saludado con el grito de: «¡Jefe! ¡Jefe! ¡Jefe!» (el equivalente español de Duce), con la esperanza de animarle a iniciar una «marcha sobre Madrid» para conquistar el poder. Sin embargo, la derecha «catastrofista» no tomaba en serio a la JAP. Las esperanzas monárquicas se cifraban en el grupo netamente fascista de José Antonio Primo de Rivera, la Falange, como fuente potencial de tropas de choque contra la izquierda. Siendo terrateniente del sur, aristócrata y perteneciente a la alta sociedad y, sobre todo, hijo del fallecido Dictador, José Antonio Primo de Rivera era una garantía para las clases altas de que el fascismo español no escaparía a su control como sus homólogos alemán e italiano. La Falange fue insignificante hasta 1936, excepto por la contribución de su vandalismo político al agravamiento de las tensiones que desembocarían finalmente en la Guerra Civil. José Antonio era amigo íntimo de Ramón Serrano Súñer, cuñado de Franco, pero a pesar de los esfuerzos de Serrano Súñer por acercarlos, el cauto y laborioso general y el exuberante *playboy* nunca hicieron buenas migas.

En realidad, durante la primera mitad de 1934 el interés de Franco por la política fue mínimo. A finales de febrero, su madre, Pilar Bahamonde de Franco, decidió ir a Roma en peregrinación. Franco viajó a Madrid para acompañarla hasta Valencia donde embarcaría con destino a Italia. Mientras estaba en la capital, alojada en casa de su hija Pilar, la madre enfermó de neumonía y después de una enfermedad

que duró unos diez días, murió el 28 de febrero a los sesenta y seis años. Todos los allegados a Franco afirman unánimemente que la pérdida le afectó mucho, y que, a pesar de que no vivía con su madre desde hacía veintisiete años, Franco la adoraba.¹¹ Excepto en familia, no dio muestras de dolor. Sin embargo, su muerte intensificaría las tensiones con su padre. La familia se reunió para la lectura del testamento de doña Pilar y Franco había invitado a Ramón Serrano Súñer a que estuviera presente. Don Nicolás llegó tarde y con un aspecto muy desaliñado. Se dejó caer en el sillón sin quitarse el sombrero. Ansioso por agradar y contento de tener con él a su amigo y cuñado, abogado de prestigio y parlamentario, Francisco se acercó y le dijo: «Papá, quiero presentarte a mi cuñado Ramón Serrano Súñer, que está aquí con nosotros como abogado». Su decepción fue inmensa cuando, lejos de parecer impresionado, sin ofrecer estrechar su mano y apenas dirigir la mirada hacia Ramón, su irascible padre exclamó: «¡Abogado... abogado! ¡Picapleitos será!». Dado que Serrano Súñer era un hombre honesto y sensible, el sufrimiento de Franco es imaginable. Poco después Franco alquiló un gran piso en Madrid donde él y su esposa recibían regularmente las visitas de otros generales, de distinguidos políticos de derechas, de aristócratas y de la élite de Oviedo cuando iba a la capital. Las diversiones más frecuentes de Francisco y Carmen eran sesiones de cine y visitas al Rastro en busca de antigüedades, a menudo acompañados por su sobrina favorita, Pilar Jaraiz Franco.¹²

Mientras Franco se centraba en su familia y en los asuntos profesionales, la temperatura política se elevaba en toda España. La izquierda estaba muy sensibilizada al aumento del fascismo y decidida a evitar la suerte que habían corrido sus correligionarios en Italia, Alemania y Austria. A instancias de Gil Robles, el ministro de la Gobernación, el radical Rafael Salazar Alonso, seguía la política de socavar el poder de los socialistas en la administración local y provocar a los sindicatos para que emprendiesen huelgas suicidas. La gradual demolición de los exiguos logros republicano-socialistas de 1931-1933 alcanzó su culminación el 23 de abril, con la amnistía de los acusados de responsabilidades por los crímenes de la Dictadura, como Calvo Sotelo, y de los implicados en el golpe del 10 de agosto de 1932, entre los que destacaba el propio Sanjurjo. Lerroux dimitió en señal de protesta después de que Alcalá Zamora dudase antes de firmar el decreto de amnistía. Mientras Lerroux dirigía el gobierno entre bastidores, uno de sus lugartenientes, Ricardo Samper, lo hacía como jefe del ejecutivo. Socialistas y republicanos sentían por igual que toda esta operación era un gesto de los radicales hacia el ejército en el sentido de que los oficiales podían alzarse cuando les desagradase la situación política.¹³ Ya con anterioridad a esto la izquierda recelaba de la dependencia del gobierno de los votos de la CEDA, porque el monárquico Gil Robles se negaba a profesar lealtad a la República.

Durante 1934 aumentó la tensión política. Los sucesivos gobiernos radicales fueron incapaces de borrar las sospechas de que no eran más que el caballo de Troya de Gil Robles. Amenazando repetidas veces con retirar su apoyo, Gil Robles provocó una serie de crisis de gobierno, cuyo resultado fue hacer al gabinete radical cada vez más derechista. En cada una de estas ocasiones, algunos de los elementos liberales del partido de Lerroux que aún quedaban eran presionados para abandonar el gobierno y el resto quedaba cada vez más dependiente de los caprichos de la CEDA. Con Salazar Alonso provocando huelgas a lo largo de la primavera y el verano de 1934 y eliminando uno a uno los sindicatos más fuertes, el gobierno amplió sus ataques a los defensores más leales de la República y también empezó a dirigir una ofensiva contra los vascos y aún más contra los catalanes.

En Cataluña, el gobierno regional (la *Generalitat*) estaba dirigido por un auténtico partido republicano, la Esquerra Republicana de Lluís Companys. En abril Companys aprobó una reforma agraria, la Ley de Cultivos, para proteger a los arrendatarios del desalojo de los terratenientes. Aunque Madrid había declarado inconstitucional la reforma, Companys la sacó adelante y la ratificó. Mientras tanto, el gobierno empezó a vulnerar los privilegios fiscales de los vascos y, en un intento de silenciar a los partidos opositores, prohibió las elecciones municipales en la región. Semejante acto de despotismo no hacía más que confirmar los temores de la izquierda de un rápido viraje de la República hacia la derecha. Esa preocupación se intensificó por la provocación de Salazar Alonso y su aplastante derrota de una importante huelga nacional convocada por el sindicato de campesinos socialistas durante el verano. Se produjeron detenciones de cientos de dirigentes sindicales y miles de deportaciones internas, que consistían en apiñar a los campesinos en camiones y conducirlos a cientos de kilómetros de sus casas para que tuvieran que regresar sin comida ni dinero. Mientras tanto, los reclutas del ejército recogieron las cosechas. Se clausuraron los locales de las sociedades obreras y los ayuntamientos de izquierda fueron reemplazados a la fuerza por delegados gubernativos. En el campo español, el reloj estaba retrocediendo hasta los años veinte.¹⁴

La política vengativa emprendida por los gobiernos radicales y alentada por la CEDA dividía a España. La izquierda veía el fascismo en cualquier acción de la derecha; la derecha y muchos oficiales del ejército olían la revolución inspirada por el comunismo en cualquier manifestación o huelga. En las calles se cruzaban tiroteos esporádicos entre las juventudes socialistas y falangistas. Los ataques del gobierno a la autonomía regional y la actitud cada vez más amenazante de la CEDA indujeron a secciones del movimiento socialista a depositar sus esperanzas en una sublevación revolucionaria para evitar la inexorable destrucción de la República. En la derecha se creía que si los socialistas provocaban una insurrección, proporcionarían la excusa para aplastarlos definitivamente. El 9 de septiembre, el movimiento juvenil de Gil Robles, la Juventud de Acción Popular, convocó una concentración en Covadonga. La asociación simbólica de la causa de la derecha con los valores de la España tradicional y de la clase obrera con los invasores moros fue una hábil artimaña para ganarse las simpatías militares. Todo ello presagiaba la coreografía franquista de la Reconquista desarrollada después de 1936 con Franco como rey guerrero medieval.

En la concentración, Gil Robles habló en tono beligerante de la necesidad de aplastar la «rebelión separatista» de los nacionalistas catalanes y vascos.¹⁵ El astuto Gil Robles, el político de la derecha con mayor visión estratégica, sabía que la izquierda le consideraba un

fascista y que estaba decidida a evitar que la CEDA llegara al poder. Por tanto, presionó para que ésta se incorporase al gobierno, precisamente para provocar una reacción socialista. Y eso fue lo que sucedió. Entraron en el gobierno ministros de la CEDA y hubo una revolución en Asturias que fue aplastada por el ejército.¹⁶ Gil Robles diría más tarde: «Me hice esta pregunta: “Yo puedo dar a España tres meses de aparente tranquilidad si no entro en el gobierno. ¡Ah!, pero ¿entrando, estalla la revolución? Pues que estalle antes de que esté bien preparada, antes de que nos ahogue”. Esto fue lo que hizo Acción Popular: precipitar el movimiento, salir al paso de él: imponer desde el gobierno el aplastamiento implacable de la revolución».¹⁷

En septiembre de 1934, respondiendo a la invitación de Diego Hidalgo, Franco dejó Baleares para actuar como asesor técnico del ministro en las maniobras militares realizadas en León a fines de mes bajo la dirección del general Eduardo López Ochoa. Como López Ochoa había formado parte de la oposición contra Primo de Rivera y estaba implicado en la rebelión militar de diciembre de 1930, Franco lo miraba con cierta hostilidad. Es posible que las maniobras militares a gran escala, planeadas a finales de la primavera, formaran parte de un proyecto más amplio de Salazar Alonso, Hidalgo y Gil Robles para derrotar a la izquierda. Las maniobras se desarrollaron en una zona contigua, y de terreno parecido, a Asturias, donde era probable que la izquierda realizase el esfuerzo definitivo para bloquear el acceso de la CEDA al poder.¹⁸ Retrospectivamente, parece algo más que mera coincidencia que el ministro de la Guerra dispusiera que Franco le acompañara como asesor personal en esas maniobras y luego lo pusiera a cargo de la represión de la huelga revolucionaria.

No está claro por qué necesitaba el ministro un «asesor técnico personal», cuando López Ochoa y otros oficiales de más alta graduación, incluido el jefe del Estado Mayor, estaban a sus órdenes. Por otro lado, si el interés principal era la capacidad del ejército para aplastar una acción de la izquierda, Franco era más adecuado para dar firmes consejos que López Ochoa o el general Carlos Masquelet, jefe del Estado Mayor. Joaquín Arrarás, amigo de toda la vida y primer biógrafo de Franco, afirmó que cuando Hidalgo invitó a Franco a dejar Baleares y acudir a la península, «el verdadero fin de la invitación era que el general se encontrara en Madrid, cerca del ministro, en los azarosos días que se anunciaban».¹⁹ No cabe duda de que Hidalgo era consciente de la posible insurrección de la izquierda. A finales de agosto había nombrado al general Fanjul para dirigir una investigación sobre la desaparición de armas pequeñas de las fábricas del Estado.²⁰ Además, a principios de septiembre, cuando algunos miembros del gobierno habían estado a favor de cancelar las maniobras, Hidalgo insistió en que se llevaran a cabo precisamente debido a las inminentes amenazas de la izquierda. Tres días antes del comienzo de las maniobras, Hidalgo ordenó al Regimiento n.º 3 de Oviedo, que iba a participar en las mismas, que no abandonara la capital asturiana, precisamente porque esperaba un estallido revolucionario. Además, la sorprendente celeridad con la que Franco pudo trasladar posteriormente la Legión española de África a Asturias sugiere una previa consideración del problema.²¹

En la derecha, la disposición del ejército a enfrentarse a una probable iniciativa izquierdista fue tema de debate frecuente. Salazar Alonso la suscitó en las reuniones ministeriales y en las entrevistas con la prensa. En ese momento, los contactos secretos entre la CEDA e importantes personajes militares aseguraban que el ejército confiaba en poder extinguir cualquier insurrección izquierdista provocada por la entrada de la CEDA en el gobierno.²² Curiosamente, durante las maniobras, José Antonio Primo de Rivera hizo un esfuerzo por cultivar la relación con Franco. En los márgenes de los acontecimientos, pero claramente influido por los indicios de la probable influencia de Franco en lo que estaba a punto de suceder, el jefe de la Falange le escribió una delirante carta^{*} en la que afirmaba que la victoria socialista era inminente y equivalía a una «invasión extranjera», pues Francia aprovecharía la oportunidad para anexionarse Cataluña. La carta de José Antonio no suscitó ningún interés en Franco, que no se molestó en responder, lo cual es indicativo de la confianza que tenía en Diego Hidalgo.²³

No obstante, la crisis política pronto absorbería a Franco por completo. El 26 de septiembre Gil Robles actuó anunciando que la CEDA ya no podía soportar un gobierno minoritario. Obedientemente, Lerroux formó un nuevo gabinete incluyendo a tres ministros de la CEDA. Incluso los republicanos conservadores reaccionaron con indignación. La UGT convocó una huelga general. En muchas partes de España la pronta acción del gobierno al declarar la ley marcial y arrestar a los vacilantes dirigentes socialistas garantizó su fracaso.²⁴ En Barcelona los acontecimientos fueron más dramáticos. Incitado por los nacionalistas catalanes extremistas y alarmado por los hechos de Madrid, Companys proclamó el Estado Catalán «dentro de la República Federal de España», en protesta contra lo que consideraba una traición a la República. Fue un gesto sobre todo retórico, pues la rebelión de la Generalitat estaba condenada cuando Companys se negó a entregar armas a los trabajadores. La frágil defensa de la efímera República Catalana corrió a cargo de un pequeño grupo de oficiales de los servicios de seguridad locales, que pronto fueron vencidos.²⁵ El único lugar donde la protesta de la izquierda no se sofocó con facilidad fue en Asturias. Allí, la formación de unos comités revolucionarios espontáneos forzó a los dirigentes socialistas locales a sumarse a un movimiento organizado conjuntamente por la UGT, la CNT y, más tarde, por los comunistas, todos unidos en la Alianza Obrera.²⁶

Durante las maniobras de septiembre, Franco había solicitado permiso al ministro para visitar Oviedo por asuntos familiares, antes de regresar a las Baleares, con la intención de vender unas tierras que pertenecían a su esposa. Sin embargo, antes de que pudiera salir de Madrid, estalló la huelga revolucionaria asturiana. Diego Hidalgo decidió que Franco se quedara en el ministerio como su asesor personal.²⁷ La situación empeoró y el 5 de octubre el gobernador civil de Asturias cedió el control de la región al comandante militar de Oviedo, coronel Alfredo Navarro, quien declaró inmediatamente la ley marcial. El 6 de octubre, en un tenso consejo de ministros presidido por Alcalá Zamora, presidente de la República, se decidió nombrar al general López Ochoa para dirigir las tropas enviadas a luchar contra los mineros revolucionarios. La elección de López Ochoa para este difícil cometido respondía tanto a su posición de Inspector General del Ejército de la

región como a su consideración de republicano leal y masón. López Ochoa confió más tarde al abogado socialista Juan-Simeón Vidarte que Alcalá Zamora le había pedido que realizara esa tarea precisamente porque esperaba limitar al mínimo el derramamiento de sangre. Esto creó una grave fricción con Hidalgo, Salazar Alonso y los tres nuevos ministros de la CEDA, quienes, a instancias de Gil Robles, eran partidarios de enviar al general Franco. También intentaron sin éxito que se nombrara a Franco jefe del Estado Mayor en lugar del liberal Masquelet, amigo de Azaña.²⁸

Aunque Alcalá Zamora rechazó la propuesta de conceder oficialmente a Franco el mando de las tropas en Asturias, Diego Hidalgo lo puso en la práctica al frente de todas las operaciones. Franco probó el sabor embriagador de un poder político-militar sin precedentes. El ministro cedió su propio despacho a su «asesor», que lo utilizó como jefe de un Estado Mayor no oficial, marginando a su propia plantilla regular y firmando generosamente las órdenes que Franco redactaba.²⁹ En realidad, los poderes que Franco ejercía con carácter oficioso fueron más lejos de lo que pareció en aquel momento. La declaración por decreto del estado de guerra transfería al Ministerio de la Guerra las responsabilidades de la ley y el orden, normalmente la jurisdicción del Ministerio de la Gobernación. La confianza total de Diego Hidalgo en Franco concedió a éste el control real de las funciones de ambos ministerios.³⁰ Es comprensible el deseo del ministro de tener a Franco a su lado: sentía admiración por él, y Franco tenía un conocimiento específico de Asturias, de su geografía, sus comunicaciones y su organización militar. Había estado destinado allí, había participado en la represión de la huelga general de 1917 y había sido un visitante regular desde su boda con Carmen. No obstante, la manera particularmente severa con que Franco dirigió la represión desde Madrid imprimió a los acontecimientos de Asturias un cariz que no habría cobrado de haber dejado el control al personal propio del ministerio.

La idea de que un soldado ejerciera responsabilidades tan grandes pareció natural a Franco, porque evocaba las concepciones esenciales sobre el cometido de los militares en política que le habían inculcado durante sus años de cadete en la academia de Toledo. Era un paso atrás en dirección hacia los años dorados de la Dictadura de Primo de Rivera. Franco consideró natural el reconocimiento implícito de su capacidad y de su reputación personal. En conjunto, sería una experiencia muy productiva para él y agudizaría su convicción mesiánica de que había nacido para gobernar. En febrero de 1936 intentaría repetirla sin éxito tras la victoria del Frente Popular en las elecciones, antes de lograrlo de forma definitiva en el transcurso de la Guerra Civil. La decisión de Hidalgo de utilizar a Franco derivaba de su desconfianza, alimentada por Gil Robles, del general Masquelet y otros oficiales liberales del Ministerio de la Guerra que habían sido afines a Azaña.³¹ En ese momento, este desacostumbrado nombramiento suscitó las críticas del subsecretario del Ministerio de la Guerra, general Luis Castelló Pantoja.³² En el modo en que Franco enfocó los acontecimientos de Asturias influía su convencimiento (azuzado por el material que recibía de la *Entente Anticomuniste* de Ginebra) de que la rebelión de los trabajadores había sido «deliberadamente preparada por los agentes de Moscú» y que los socialistas «con la experiencia y dirección técnica comunista creían iban a poder instalar una dictadura».³³ Esa creencia sin duda facilitó el empleo de efectivos militares contra civiles españoles como si se tratara de un enemigo extranjero.

En la sala de telégrafos del Ministerio de la Guerra, Franco estableció un pequeño cuartel general formado por él, su primo Pacón y dos oficiales de la Armada, el capitán Francisco Moreno Fernández y el capitán de corbeta Pablo Ruiz Marset, que, no teniendo categoría oficial, trabajaban vestidos de civil. Durante dos semanas controlaron los movimientos de tropas, barcos y trenes que se emplearon en las operaciones para aplastar la revolución. Franco dirigió incluso los bombardeos de la costa por parte de la artillería naval, utilizando su teléfono de Madrid como enlace entre el acorazado *Libertad* y las fuerzas de tierra estacionadas en Gijón.³⁴ Carente de las consideraciones humanitarias que inducían a algunos oficiales superiores más liberales a dudar de utilizar todo el peso de las fuerzas armadas contra civiles, Franco abordó el problema que tenía ante él con gélida crueldad.

Los valores de la derecha a los que era fiel tenían como símbolo principal la Reconquista de España de manos árabes. Pero, no estando seguro de la disposición de los reclutas de clase obrera a disparar contra los trabajadores españoles, y no deseando favorecer la expansión de la revolución debilitando las guarniciones en otros puntos de la península, Franco no tuvo inconveniente en trasladar a mercenarios marroquíes para luchar en Asturias, la única parte de España donde jamás había dominado la media luna. No le parecía contradictorio emplear a los magrebíes sencillamente porque percibía a los obreros de izquierdas con el mismo desprecio racial que le inspiraban las tribus del Rif. «Esta guerra es una guerra de fronteras —comentó a un periodista—, y los frentes son el socialismo, el comunismo y todas cuantas formas atacan la civilización para reemplazarla por la barbarie.»³⁵ Así, fueron enviados a Asturias dos banderas de la Legión y dos tabores de Regulares, con inusual prontitud y eficacia.

Cuando se supo que uno de los oficiales al mando de las tropas procedentes de África, el teniente coronel López Bravo, había expresado alguna duda de que éstas fueran a disparar contra la población civil, Franco recomendó su inmediata sustitución. Puso al coronel Juan Yagüe, colega de la academia y amigo íntimo, al frente de todas las tropas africanas. También ordenó la sustitución del comandante de la base aérea de León, primo y amigo de la infancia, el comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, porque sospechaba que simpatizaba con los mineros y ordenaba a sus pilotos no disparar sobre los huelguistas de Oviedo. Casi de inmediato ordenó el bombardeo y el ataque a los barrios obreros de las ciudades mineras. Algunos de los generales más liberales consideraron estas órdenes brutales en exceso.³⁶

Las bajas de mujeres y niños, junto con las atrocidades cometidas por las unidades marroquíes de Yagüe, contribuyeron a la desmoralización de los revolucionarios, prácticamente desarmados. Yagüe envió un emisario a Madrid para quejarse tanto a Franco como a Gil Robles del trato humanitario que López Ochoa daba a los mineros. El pacto de López Ochoa con el dirigente minero Belarmino Tomás permitió una rendición ordenada e incruenta y despertó por ello los recelos de Franco.³⁷ Por el contrario, Franco demostró total confianza

en Yagüe durante las operaciones, en el curso de las cuales las tropas africanas llevaron a cabo una salvaje represión. Cuando las tropas gubernamentales reconquistaron Gijón y Oviedo procedieron a llevar a cabo ejecuciones sumarias de obreros.³⁸

A partir de entonces Franco también dejó su huella en la campaña de limpieza política. Tras la rendición de los mineros, Hidalgo y Franco no creyeron cumplida su tarea hasta no arrestar y castigar a todos los implicados. Aconsejado presumiblemente por Franco, Hidalgo confió las operaciones policiales al comandante de la Guardia Civil Lisardo Doval, que tenía fama de violento y había sido nombrado el 1 de noviembre «delegado de orden público del Ministerio de la Guerra en las provincias de Asturias y León». Doval era generalmente considerado un experto en la subversión popular de Asturias. Su fama de cruzado contra la izquierda le había hecho muy popular entre las clases alta y media de la región. A Doval le concedieron poderes especiales para sortear cualquier control judicial u otro obstáculo legal que dificultase sus actividades, y como bien sabía Franco, Doval desempeñó su tarea con un gusto por la brutalidad que provocó el horror de la prensa internacional. Se ha sugerido que Franco no conocía ni los métodos de Doval ni su reputación de torturador. Es bastante improbable puesto que coincidieron en El Ferrol de niños, en la Academia de Infantería de Toledo y en Asturias en 1917.³⁹

La prensa de derechas presentó a Franco, más que a López Ochoa, como el verdadero vencedor de los revolucionarios y el genio responsable de tan rápido éxito. Diego Hidalgo fue generoso en sus alabanzas al valor, la experiencia militar y la lealtad a la República de Franco, y la prensa de derechas empezó a referirse a él como el «Salvador de la República».⁴⁰ En realidad, el modo en que Franco manejó la crisis fue decisivo y eficaz, pero nada brillante. Sin embargo, sus tácticas son interesantes porque prefiguran sus métodos durante la Guerra Civil, y consistieron esencialmente en reforzar las fuerzas locales para sofocar al enemigo y, como la táctica de Yagüe y Doval dejaban ver, sembrar el terror en las filas enemigas.⁴¹

Después de la victoria sobre los rebeldes asturianos, Lerroux y Gil Robles debatieron la cuestión de las penas de muerte para los revolucionarios de Asturias y los oficiales que habían defendido la fugaz República catalana. Los juicios que más impresionaron a Franco fueron los que entrañaban la acusación de rebelión militar. El 12 de octubre de 1934, los oficiales que habían apoyado la rebelión en Cataluña fueron juzgados y condenados a muerte. El sargento Diego Vázquez Cabacho, que había desertado para unirse a los huelguistas en Asturias, fue juzgado y sentenciado a muerte el 3 de enero de 1935.⁴² La mayoría de la derecha pedía venganza, pero Alcalá Zamora optó por la clemencia y Lerroux decidió apoyarle. Buena parte de la derecha deseaba que Gil Robles retirase el apoyo de la CEDA al gobierno si no se ejecutaban las sentencias de muerte, pero Gil Robles se negó por temor a que Alcalá Zamora diera el poder a un gobierno más liberal.

Franco, siempre rígidamente a favor de las penas más severas por insubordinación y de la más estricta aplicación de la justicia militar, creía que Gil Robles estaba totalmente equivocado. Al encargado de negocios italiano, Geisser Celesia, Franco le dijo: «La victoria es nuestra y no aplicar penas ejemplares a los rebeldes, no castigar enérgicamente a aquellos que han alentado la revolución y que han causado tantas bajas en las tropas, significaría pisotear los justos derechos de la clase militar e incitar a una pronta respuesta extremista».⁴³ El hecho de que finalmente se concedieran los indultos contribuyó a la decisión de Franco de participar en el alzamiento militar que desencadenaría la Guerra Civil en 1936.

Sin embargo, en 1934 Franco era hostil a cualquier intervención militar en política. Su participación en la represión de la insurrección asturiana le había convencido de que una República conservadora, dispuesta a utilizar sus servicios, podría mantener a raya a la izquierda. Fanjul y Goded debatían con figuras destacadas de la CEDA la posibilidad de un golpe militar para evitar la conmutación de las sentencias de muerte. Gil Robles les dijo a través de un intermediario que la CEDA no se opondría a un golpe, y se acordó consultar a otros generales y a los comandantes de guarniciones clave para ver si sería posible «poner a Alcalá Zamora al otro lado de la frontera». Después de sondear a Franco y a otros, llegaron a la conclusión de que no contaban con el apoyo necesario para un golpe.⁴⁴

Franco ejerció una influencia igualmente apaciguadora sobre otros rebeldes potenciales. A finales de octubre, Jorge Vigón y el coronel Valentín Galarza creían que había llegado el momento para el pronunciamiento militar que habían estado preparando desde el otoño de 1932. Su plan consistía en que el aviador monárquico Juan Antonio Ansaldo volara a Portugal, recogiera a Sanjurjo y lo llevara a las afueras de Oviedo, donde se reuniría con Yagüe. Se suponía que Sanjurjo y Yagüe juntos convencerían fácilmente al grueso del ejército para que se unieran a ellos en una rebelión contra la República. Mientras los conspiradores aguardaban en casa de Pedro Sáinz Rodríguez la orden de proceder, llegó el periodista Juan Pujol para decir que había hablado con Franco en el Ministerio de la Guerra y que Franco creía que no era el momento adecuado.⁴⁵ Disfrutando de considerable poder y confiando en su habilidad para usarlo decisivamente contra la izquierda, no tenía motivos para arriesgar su carrera en un golpe mal preparado. El hecho de que otros eminentes oficiales aceptasen ahora su punto de vista, como no había ocurrido en 1932, era indicio del impresionante aumento de su prestigio tras los acontecimientos de Asturias.

Aunque complacido por la represión de la revolución asturiana, Gil Robles buscaba fortalecer su propia posición política y se unió a Calvo Sotelo en las críticas a la debilidad del gobierno radical. Diego Hidalgo fue una de las víctimas propiciatorias.⁴⁶ En consecuencia, desde el 16 de noviembre de 1934 hasta el 3 de abril de 1935, el presidente del Consejo Alejandro Lerroux ocupó el Ministerio de la Guerra, concedió a Franco la Gran Cruz del Mérito Militar y lo mantuvo en su peculiar cargo de asesor ministerial hasta febrero de 1935. Lerroux intentaba recompensar a Franco nombrándole Alto Comisario de Marruecos, pero la oposición de Alcalá Zamora evitó que lo hiciera.⁴⁷ Por ello, Lerroux conservó al Alto Comisario existente, un civil, el republicano conservador Manuel Rico Avello, y nombró a Franco comandante en jefe de las fuerzas armadas españolas en Marruecos.

A pesar de la posible decepción de no ser nombrado Alto Comisario siendo africanista, Franco consideró el cargo de jefe del ejército

marroquí una suculenta recompensa por su tarea de reprimir la revolución. Como él mismo dijo: «Constituía (el ejército de Marruecos) el mando militar más importante».⁴⁸ Al llegar a Marruecos, se apresuró a informar a la *Entente Internationale contre la Troisième Internationale* de su cambio de domicilio.⁴⁹ Aunque estaría allí apenas tres meses, fue un período que disfrutó inmensamente. Como comandante en jefe consolidó la influencia que ya tenía dentro de las fuerzas armadas en Marruecos y estableció nuevos e importantes contactos, que habrían de facilitar su intervención al comenzar la Guerra Civil. Su relación con Rico Avello era parecida en muchos aspectos a la que disfrutaba con Diego Hidalgo. El Alto Comisario reconocía su ignorancia sobre los asuntos marroquíes y confiaba en Franco para todo tipo de consejos. Franco también estableció una excelente relación con el jefe del Estado Mayor de las fuerzas españolas en Marruecos, coronel Francisco Martín Moreno; ello sería clave en 1936.⁵⁰

A partir de los acontecimientos de octubre de 1934 no fue posible la marcha atrás en el camino que llevaría a la Guerra Civil. La revolución asturiana había asustado a las clases alta y media. Asimismo, la vengativa represión alentada por la derecha y ejecutada por la coalición radicalcedista convenció a la mayoría de la izquierda de que nunca más debía arriesgarse a ir dividida a las elecciones. La publicidad dada al papel de Franco en la represión militar de la insurrección le valió ser considerado como un salvador por la derecha y un enemigo por la izquierda. El propio Franco sacaría sus conclusiones de la revolución de Asturias. Convencido por las publicaciones que recibía de Ginebra de que se planeaba un ataque comunista a España, juzgó los acontecimientos de octubre de 1934 en esos términos. Estaba decidido a que la izquierda nunca disfrutara del poder, aunque lo ganara democráticamente.⁵¹

En los quince meses posteriores a octubre de 1934, los sucesivos gobiernos no hicieron nada para eliminar los odios despertados por la revolución y su brutal represión. La CEDA afirmó que desterraría la necesidad de revolución gracias a un programa de reformas agrarias y fiscales moderadas. Aun cuando esta afirmación era sincera en boca de los escasos social-católicos convencidos, la intransigencia derechista de la mayoría bloqueó las limitadas reformas propuestas. En las cárceles seguían miles de presos políticos; se suspendió el estatuto catalán de autonomía y se lanzó contra Azaña una violenta campaña de acusaciones, en un vano esfuerzo por demostrar su culpabilidad en la gestación de la revolución catalana. Azaña se convirtió por tanto en un símbolo para todos aquellos que sufrieron la represión.⁵²

El 6 de mayo de 1935, la CEDA dio un importante paso adelante hacia su meta (la instauración legal de un estado autoritario corporativo) cuando cinco cedistas, incluido el propio *Jefe* como ministro de la Guerra, entraron en el nuevo gobierno dirigido por Lerroux. Gil Robles designó a conocidos adversarios del régimen para altos cargos: Franco fue requerido desde Marruecos para convertirse en jefe del Estado Mayor; Goded en inspector general y director de las Fuerzas Aéreas, y Fanjul en subsecretario de la Guerra. El presidente Alcalá Zamora era contrario al nombramiento de Franco, comentando con frecuencia que «los jóvenes generales aspiran a ser caudillos fascistas». Al final, las amenazas de dimisión tanto de Lerroux como de Gil Robles vencieron la oposición presidencial.⁵³ Entre Franco y Goded existía una feroz rivalidad y antipatía mutua. Goded quería el puesto de jefe del Estado Mayor y se le oyó comentar con amargura que esperaba el fracaso de Franco.⁵⁴

A mediados de 1935 Franco aún no pensaba en una intervención militar contra la República. De hecho, sería erróneo suponer que dedicara mucho tiempo a maquinizar cómo derrocar la República. Mientras disfrutaba de un cargo que consideraba acorde a sus méritos, estaba conforme con proseguir con su trabajo de una manera profesional. Durante los tres meses que había pasado en Marruecos había sido extraordinariamente feliz y, aunque triste por dejar un trabajo interesante, le entusiasmó el destino a un puesto aún más importante. En su nuevo cargo, que le facultaba para proseguir la labor que había realizado en octubre, poca necesidad debía sentir de rebelarse. En cualquier caso, le influyó mucho el fracaso del golpe de Sanjurjo del 10 de agosto de 1932. Además, dada su buena relación con Gil Robles, el día a día de su trabajo debió de reportarle una enorme satisfacción.⁵⁵

Como jefe del Estado Mayor, Franco trabajó largas horas para realizar su principal tarea que para él consistía en «corregir las reformas de Azaña y devolver a los componentes de las fuerzas armadas la satisfacción interna que se había perdido con el advenimiento de la República». Descuidó a su familia trabajando obsesivamente hasta altas horas de la noche, los fines de semana y las vacaciones.⁵⁶ Las revisiones de los ascensos por méritos practicadas por Azaña se paralizaron. Se purgó y se relevó de sus cargos a muchos oficiales republicanos leales, debido a su «ideología indeseable». Otros, de conocida hostilidad hacia la República, fueron rehabilitados y ascendidos. Se nombró a Emilio Mola general en jefe de Melilla y poco después jefe de las fuerzas militares en Marruecos. José Enrique Varela fue ascendido a general, y se repartieron medallas y ascensos a quienes habían destacado en la represión de la revolución de octubre.⁵⁷ Gil Robles y Franco habían llamado secretamente a Mola a Madrid con el fin de preparar planes detallados para el uso del ejército colonial en la España peninsular en caso de una nueva agitación de la izquierda.⁵⁸

Alcalá Zamora seguía muy receloso de los motivos políticos de Gil Robles para promocionar las carreras de oficiales antirrepublicanos y de la tentativa de transferir el control de la Guardia Civil y de la policía desde el Ministerio de la Gobernación al Ministerio de la Guerra. En ciertos aspectos (la reorganización de los regimientos, la motorización, la adquisición de equipo) Gil Robles continuó las reformas de Azaña.⁵⁹ El gobierno radical-cedista estaba ansioso por reequipar al ejército para asegurar su eficacia en caso de tener que enfrentarse a otra sublevación de izquierdas. Como jefe del Estado Mayor, Franco se dedicó a establecer contactos con fabricantes de armas alemanes como parte del planeado rearme.⁶⁰ Poca duda cabe de que disfrutó de su nuevo trabajo tanto como le había gustado ser director de la Academia Militar de Zaragoza. A pesar del posterior deterioro de su relación a partir de 1936, trabajaba bien junto a Gil Robles, en un espíritu de

cooperación y admiración mutua. Al igual que Diego Hidalgo y Manuel Rico Avello, Gil Robles reconocía su ignorancia en asuntos militares y se alegró de dejar que Franco se ocupara de ellos. Al recordar su período como jefe del Estado Mayor, Franco lo hacía con gran satisfacción, porque sus logros facilitaron el posterior esfuerzo de los nacionales en la guerra.⁶¹

Vencidas sus anteriores dudas, en las postrimerías del verano de 1935 Franco, a través del coronel Valentín Galarza, entró en contacto con la Unión Militar Española, la organización conspiradora de extrema derecha dirigida por su antiguo subordinado, el capitán Bartolomé Barba Hernández. Galarza, que estableció los contactos entre la UME y diversas guarniciones de todo el país, mantenía a Franco informado sobre la moral y la disposición de los miembros de la organización. Retrospectivamente, Franco consideró que su aproximación a la UME había evitado que se organizara un golpe prematuro, «lo que no se podía era inutilizar el Ejército y sus posibilidades futuras con conspiraciones de vía estrecha ni pronunciamientos militares tipo siglo pasado».⁶² Era propio de su carácter insistir en que cualquier acción militar en la que participara estuviera perfectamente preparada.

El 12 de octubre de 1935, don Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII, contrajo matrimonio en Roma. Esto serviría de excusa para que los monárquicos, entre ellos los conspiradores de Acción Española como José Calvo Sotelo, Jorge Vigón, Eugenio Vegas Latapié, Juan Antonio Ansaldo, viajaran en masa a Italia. Franco no se encontraba entre ellos. No obstante contribuyó al regalo de bodas que le hicieron los oficiales que antaño habían sido gentilhombres de Alfonso XIII.⁶³

La disposición de Franco a contactar con la UME reflejaba su preocupación por el hecho de que, a pesar de la fuerte represión, la izquierda organizada crecía en fuerza, unidad y beligerancia. La miseria de un gran número de campesinos y obreros, la salvaje persecución de los rebeldes de octubre y los ataques a Manuel Azaña se combinaron para producir una atmósfera de solidaridad entre todos los sectores de la izquierda. En la segunda mitad de 1935, Azaña presidió una serie de mítines multitudinarios y el entusiasmo a favor de la unidad demostrado por los cientos de miles de personas que asistieron, contribuyó a cuajar la inclinación hacia lo que sería el Frente Popular.

El minúsculo Partido Comunista de España se unió al Frente Popular, una coalición electoral que era la revitalización de la coalición republicano-socialista de 1931 y no una creación del Komintern, como denunciaba la propaganda derechista y los boletines de la *Entente contre la Troisième Internationale* recibidos por Franco. La izquierda y el centro-izquierda se unieron sobre la base de un programa de amnistía para los presos, reformas sociales y educativas básicas, y libertad sindical. Sin embargo, la Entente utilizó la aprobación por el Komintern de la estrategia de Frente Popular (ratificada el 2 de agosto de 1935 en su VII Congreso) para convencer a sus suscriptores, entre los que se incluía Franco, de que Moscú planeaba una revolución en España.⁶⁴

La táctica de Gil Robles de ir quebrantando los sucesivos ejecutivos del Partido Radical quedó empuñecida en el otoño de 1935 por la revelación de dos importantes escándalos financieros en los que estaban implicados partidarios de Lerroux. A mediados de septiembre, Alcalá Zamora invitó al inflexible republicano conservador Joaquín Chapaprieta a formar gobierno. El 9 de diciembre, con el Partido Radical al borde de la desintegración, Gil Robles provocó la dimisión de Chapaprieta, creyendo que se le pediría a él que formase gobierno. Sin embargo, Alcalá Zamora no se fiaba de la lealtad de Gil Robles a la República. Por el contrario, cuando el 11 de diciembre habló con el presidente, Gil Robles se enfureció al saber que no se le ofrecería el gobierno. Alcalá Zamora afirmó que el grado de inestabilidad gubernamental hacía necesarias nuevas elecciones. Gil Robles difícilmente podía responder que dicha inestabilidad terminaría porque había sido él quien la había provocado con el fin de allanar el camino a un gobierno firme dirigido por él. La situación se le había escapado de las manos. El presidente desconfiaba tanto de Gil Robles que, durante la subsiguiente crisis política, rodeó el Ministerio de la Guerra de guardias civiles y apostó vigilancia especial en las principales guarniciones y en los principales aeropuertos.⁶⁵

La única opción que tenía ahora Gil Robles era lograr algún acuerdo que permitiera a la CEDA evitar las elecciones y seguir en el gobierno, o bien organizar un golpe de Estado; intentó ambas opciones a la vez. Por la tarde envió un mensajero a Cambó, jefe de la Lliga Regionalista, para pedirle que se uniera a la CEDA y a los radicales en un gobierno de coalición. Cambó se negó. Mientras tanto, en el Ministerio de la Guerra, Gil Robles debatía la situación con Fanjul. Éste afirmó vehementemente que el general Varela y él estaban dispuestos a sacar las tropas de la guarnición de Madrid a la calle esa misma noche para evitar que el presidente llevara a cabo sus planes de disolver las Cortes. Numerosos oficiales deseaban unirse a ellos, sobre todo si el golpe contaba con la aprobación del Ministerio de la Guerra y, por tanto, podía entenderse como una orden. Sin embargo, a Gil Robles le preocupaba que este tipo de acción pudiera fracasar, pues no había duda de que toparía con la resistencia de las masas socialistas y anarquistas. No obstante, le dijo a Fanjul que si el ejército consideraba que su obligación era dar un golpe, no sería él quien se interpusiera en su camino, sino que haría lo posible para mantener la continuidad de gobierno mientras ocurriera. Sólo le refrenaban dudas de orden práctico y le sugirió a Fanjul que sondeara la opinión de Franco y otros generales antes de tomar la decisión definitiva. Gil Robles pasó la noche en vela mientras Fanjul, Varela, Goded y Franco sopesaban las posibilidades de éxito. Todos eran conscientes del problema que suponía que la Guardia Civil y la policía fueran a oponerse con toda probabilidad al golpe.⁶⁶

Calvo Sotelo, postrado en cama por un ataque agudo de ciática, también envió a Juan Antonio Ansaldo a ver a Franco, Goded y Fanjul para instarlos a que dieran un golpe contra los planes de Alcalá Zamora. Sin embargo, Franco convenció a sus camaradas de que, a la luz de la magnitud de la resistencia obrera durante los acontecimientos de Asturias, el ejército aún no estaba preparado para el golpe.⁶⁷ Cuando un joven conspirador monárquico, el conde de los Andes, telefoneó a Madrid desde Biarritz para enterarse de los detalles del esperado golpe, Ansaldo respondió: «Los generales de siempre, y sobre todo el gallego, dicen que no pueden responder de su gente y que aún no ha llegado

el momento».⁶⁸ El gobierno de Joaquín Chapaprieta fue sustituido por el gabinete provisional de Manuel Portela Valladares. Así pues, el 12 de diciembre, Gil Robles se vio obligado a abandonar el Ministerio de la Guerra con «infinita amargura». El 14 de diciembre, cuando la plantilla del ministerio se despidió de Gil Robles, un lloroso Franco pronunció un breve discurso en el que declaró: «Jamás el ejército se ha sentido mejor mandado que en esta etapa».⁶⁹

Como reacción a la inclinación hacia un gobierno más liberal, el 27 de diciembre José Antonio Primo de Rivera envió a su lugarteniente Raimundo Fernández Cuesta a Toledo con una propuesta desesperada al coronel José Moscardó, gobernador militar y jefe de la Academia de Infantería. Lo que se le proponía era que varios cientos de militantes falangistas se unieran a los cadetes del Alcázar de Toledo para dar un golpe. El sentido común debió decirle a Moscardó que era una idea disparatada. Pero le pareció que no podía tomar una decisión sin comentarla primero con Franco. Dejó a Fernández Cuesta aguardando en Toledo y se dirigió a Madrid para consultar con el jefe del Estado Mayor, quien, como era de prever, le dijo que el plan era impracticable y poco oportuno.⁷⁰

Franco dejó bien claro que le molestaban estas iniciativas de civiles que intentaban aprovecharse de los «oficiales más distinguidos» para sus propósitos partidistas. Moscardó fue uno de los diversos camaradas, a los que se refería como «compañeros simplistas», que le presentaron tales propuestas. A todos les dijo que la precipitación era una garantía de fracaso. La tarea del ejército era mantener su unidad y disciplina para estar dispuestos a intervenir siempre y cuando la República se demostrara totalmente inviable. Lo que el ejército no podía hacer era destruir la República antes de que la población estuviera preparada.⁷¹ Después de que el general Nicolás Molero sustituyera a Gil Robles como ministro de la Guerra, Franco prosiguió como jefe del Estado Mayor. Al igual que su predecesor, Molero se alegró de contar con Franco para un trabajo que desempeñaba tan bien. El 14 de enero de 1936 Franco escribió a un amigo: «Por aquí continúo en mi destino y no creo que me muevan». Esa satisfacción, junto con la prudencia que le caracterizaba, bien pudieron contribuir a una inclinación contraria a las aventuras conspiradoras.⁷²

Las elecciones se fijaron para el 16 de febrero de 1936. A lo largo de enero, los rumores de un golpe militar en el que Franco estaba implicado eran tan insistentes que, una madrugada, el presidente en funciones, Manuel Portela Valladares, envió al director general de Seguridad, Vicente Santiago, al Ministerio de la Guerra para ver a Franco y aclarar la situación. El jefe del Estado Mayor mantenía el mismo tono cauto que había empleado con Moscardó pocos días antes. No obstante, dio una respuesta de doble filo. «Son noticias completamente falsas; yo no conspiro ni conspiraré mientras no exista el peligro comunista en España; y para mayor tranquilidad de usted, le doy la palabra de honor, con todas las seguridades que esto significa entre compañeros de armas. Mientras esté usted en la Dirección General de Seguridad, tengo confianza completa en el orden público, que tanto nos interesa a todos los españoles y a los militares más que a nadie, no ha de ser trastornado y cuanto nos toca es cooperar.» El director general de Seguridad dijo algo curiosamente profético: «Si alguna vez, esas circunstancias que usted dice les hacen ir a una sublevación, me atrevo a predecir que de no triunfar ustedes en cuarenta y ocho horas se seguirán tales desdichas como jamás se vieron en España ni en ninguna otra revolución». Franco respondió: «No cometeremos los mismos errores que Primo de Rivera poniendo el ejército al mando del gobierno».⁷³ El hecho de que Franco descartase la posibilidad de un gobierno militar después de un golpe reflejaba sus recientes conversaciones con Goded y Fanjul sobre el plan de poner a Gil Robles en el poder, plan que fue rechazado por inseguro.

Era inevitable que la campaña electoral se desarrollara en una atmósfera de lucha violenta. En materia de propaganda, la derecha disfrutaba de una enorme ventaja. Los fondos electorales de la derecha superaban enormemente a los de la empobrecida izquierda, aunque Franco estaba convencido de lo contrario. Creía que la izquierda nadaba en el oro que Moscú le enviaba y en el dinero robado por los revolucionarios en octubre de 1934.⁷⁴ La CEDA editó 10.000 carteles y 50 millones de octavillas, presentando las elecciones en términos de una lucha a vida o muerte entre el bien y el mal, la supervivencia y la destrucción. El Frente Popular basó su campaña en la amenaza del fascismo y la necesidad de una amnistía para los presos de octubre.

Franco estuvo fuera de España durante parte de la campaña electoral, asistiendo al funeral de Jorge V en Londres. Fue elegido para ello por su condición de jefe del Estado Mayor y porque había servido en el Octavo Regimiento de Infantería, del cual el rey de Inglaterra era coronel honorario. El miércoles 28 de enero asistió al servicio fúnebre en la abadía de Westminster junto con otros dignatarios extranjeros y formó parte del cortejo que acompañó el ataúd hasta su lugar de descanso definitivo en la capilla de San Jorge, en Windsor.⁷⁵ Durante su viaje de regreso, en el transbordador que cruzaba el canal, Franco le hizo un significativo comentario al comandante Antonio Barroso, agregado militar español en París, que había sido enviado junto con él. Le dijo a Barroso que el Frente Popular era creación directa del Komintern y servía de caballo de Troya para introducir el comunismo en España. Le comentó que Mola y Goded estaban también preocupados y pendientes de lo que el Frente Popular haría si ganaba las elecciones. El ejército debía estar presto a intervenir si era necesario.⁷⁶

El jefe del Estado Mayor regresó a Madrid el 5 de febrero. Justo antes de las elecciones, a mediados de febrero, la precaución instintiva de Franco quedó patente durante un encuentro con José Antonio Primo de Rivera, en casa del padre y los hermanos de Ramón Serrano Súñer. Al jefe de la Falange le obsesionaba la necesidad de una intervención militar de precisión quirúrgica como preludio a la creación de un gobierno nacional que atajase la tendencia hacia la revolución. De hecho, a pesar del seductor encanto que le hacía niño mimado de la alta sociedad española, el joven líder fascista nunca atrajo ni impresionó a Franco, que en esta reunión se mostró evasivo, impreciso y cauto. Seguramente debía estar pensando en el alocado plan que José Antonio Primo de Rivera había propuesto hacía poco al coronel Moscardó.

Franco no estaba dispuesto a convertirse en cómplice de la conspiración de un joven jefe falangista a quien no respetaba y que contaba con poco apoyo popular. En esta reunión, en lugar de ir al grano charlaron sin propósito fijo. José Antonio, profundamente desilusionado e irritado, dijo: «Mi padre, con todos sus defectos, su desorientación política, era otra cosa. Tenía humanidad, decisión y nobleza. Pero estas gentes...».⁷⁷

El resultado de las elecciones del 16 de febrero significó una exigua victoria del Frente Popular en cuanto a votos, pero un sustancial triunfo en cuanto a escaños en las Cortes.⁷⁸ A primeras horas de la mañana del 17 de febrero, cuando se conocieron los primeros resultados, el entusiasmo popular de las masas sembró el pánico entre los círculos de derechas. Tanto Franco como Gil Robles, de manera coordinada, trabajaron incansablemente para revocar la decisión de las urnas. El principal blanco de sus esfuerzos fue el jefe de Gobierno (que también era ministro de la Gobernación). Gil Robles y Franco comprendieron que era esencial persuadirle de que permaneciese en el cargo, a fin de asegurar que la Guardia Civil y los Guardias de Asalto no se opusieran a las medidas del ejército destinadas a restaurar el «orden».

El 17 de febrero, hacia las tres y cuarto de la madrugada, Gil Robles se presentó en el Ministerio de la Gobernación y solicitó ver a Portela. Al dirigente de la CEDA le indignó comprobar que Portela se había ido a sus habitaciones en el hotel Palace. Despertaron a Portela diciéndole que Gil Robles quería verlo. Tres cuartos de hora más tarde llegó el jefe de Gobierno. Gil Robles, asegurando hablar en nombre de todas las fuerzas de la derecha, le dijo que los éxitos del Frente Popular significaban violencia y anarquía, y le pidió que declarara la ley marcial. Portela respondió que su trabajo había sido presidir las elecciones y nada más. Sin embargo, Gil Robles le convenció lo bastante para consentir en declarar el estado de alarma (fase anterior a la ley marcial) y telefonar a Alcalá Zamora solicitando su autorización para decretar la suspensión de garantías constitucionales e imponer la ley marcial.⁷⁹

Al mismo tiempo, Gil Robles envió a su secretario privado, el conde de Peña Castillo, a dar instrucciones al comandante Manuel Carrasco Verde, que había sido su ayudante de campo, para que se pusiera en contacto con Franco. Carrasco había de informar a Franco de lo que sucedía e instarle a que sumara su esfuerzo a las súplicas de Gil Robles para que Portela no dimitiera y sacase el ejército a la calle. Carrasco despertó al jefe del Estado Mayor en su casa para darle el mensaje. Franco llegó a la injustificada conclusión de que los resultados de las elecciones constituían la primera victoria del plan del Komintern para apropiarse de España. Por consiguiente, mandó a Carrasco a advertir al coronel Galarza y le ordenó que alertara a los oficiales clave de la UME en las guarniciones de provincias. Después, Franco telefoneó al general Pozas, director general de la Guardia Civil, un viejo africanista aunque fiel a la República, a quien dijo que los resultados significaban desorden y revolución y propuso, en términos tan velados como para resultar casi incomprensibles, que se uniera a una acción para imponer el orden. Pozas quitó importancia a sus temores y le respondió tranquilamente que la muchedumbre en las calles era simplemente «la legítima expresión de alegría republicana».

Contrariado por la fría acogida de Pozas a su propuesta, Franco, inducido por nuevas noticias de multitudes en las calles y la visión de saludos con el puño en alto, presionó al ministro de la Guerra, general Nicolás Molero. Le visitó en sus habitaciones e intentó en vano que tomara la iniciativa y declarase la ley marcial. Finalmente convencido por los argumentos de Franco sobre el peligro comunista, Molero consintió en obligar a Portela a reunir al gobierno para debatir la declaración de la ley marcial. Instruido por Franco sobre lo que debía alegar, Molero llamó a Portela y se fijó la reunión ministerial para última hora de la mañana. Franco estaba convencido de que la sesión se había convocado gracias a su presión sobre Molero, aunque es bastante probable que la reunión hubiera tenido lugar de todos modos.⁸⁰

Franco decidió que era esencial conseguir que Portela empleara su autoridad y ordenara a Pozas que utilizara la Guardia Civil contra la población. Así, acudió a un amigo común, Natalio Rivas, para ver si podía concertarle una entrevista. A media mañana Franco logró una cita con Portela, pero para las siete de la tarde. Mientras tanto, el ejecutivo se reunía a mediodía, presidido por Alcalá Zamora, y declaraba el estado de alarma durante ocho días. También aprobó, y lo firmó el presidente, un decreto de ley marcial para mantenerlo en reserva y usarlo cuando Portela lo juzgara necesario.⁸¹ Franco había acudido a su despacho y se había alarmado aún más ante los informes de pequeños incidentes y desórdenes que le llegaron en el transcurso de la mañana. En consecuencia, envió un emisario al general Pozas, pidiéndole, bastante más directamente que unas horas antes, que utilizara a sus hombres «para reprimir las fuerzas de la revolución». Pozas volvió a negarse. El general Molero resultaba totalmente ineficaz y en la práctica Franco dirigía el ministerio. Habló con los generales Goded y Rodríguez del Barrio para ver si se podía recurrir a sus unidades en caso de necesidad. Poco después de concluir la reunión ministerial, Franco intentó hacer efectivo el decreto de ley marcial que el gabinete había concedido a Portela, cuya existencia conocía gracias a Molero, que había estado en el consejo de ministros.⁸²

Tras recibir la llamada de Molero, Franco alegó la concesión del decreto a modo de precario manto de legalidad, con objeto de procurar que los comandantes locales declararan la ley marcial. Franco pretendía recuperar el papel que había representado durante la crisis asturiana, asumiendo *de facto* los poderes del Ministerio de la Guerra y de la Gobernación. Sin embargo, ahora no se daban las particulares circunstancias de octubre de 1934: una revolución obrera, la declaración formal del estado de guerra y la confianza total depositada en él por el entonces ministro de la Guerra, Diego Hidalgo. El jefe del Estado Mayor no tenía autoridad para usurpar el puesto del director de la Guardia Civil. Sin embargo, Franco hizo caso a su instinto y, en respuesta a las órdenes que partían del despacho de Franco en el Ministerio de la Guerra, se decretó el estado de guerra en Zaragoza, Valencia, Oviedo y Alicante. En Huesca, Córdoba y Granada estuvieron a punto de tomarse decisiones similares.⁸³ Muy pocos comandantes locales respondieron, la mayoría con el pretexto de que sus oficiales no apoyarían

un movimiento que los enfrentara a la Guardia Civil y los Guardias de Asalto. Cuando los comandantes locales de la Guardia Civil llamaron a Madrid para comprobar si era cierto que se había decretado la ley marcial, Pozas les aseguró que no.⁸⁴ La iniciativa de Franco no prosperó.

Por eso, cuando por fin Franco vio al jefe de Gobierno por la tarde, tuvo la cautela de jugar a dos bandas. En los términos más corteses, le dijo a Portela que, ante el peligro que representaba un posible gobierno del Frente Popular, le ofrecía su apoyo y el del ejército si permanecía en el poder, dejando bien claro que si Portela accedía, ello apartaría el obstáculo al golpe militar más temido por el cuerpo de oficiales: la oposición de la policía y de la Guardia Civil a una acción militar. «El Ejército... no tiene ahora la unidad moral necesaria para acometer esa empresa. Su intervención es necesaria, pues usted tiene autoridad sobre Pozas y cuenta todavía con los recursos ilimitados del Estado, con la fuerza pública a sus órdenes...» No obstante, Franco pasó gran parte de la breve entrevista apuntalando su postura personal, intentando convencer al jefe de Gobierno de que él personalmente no estaba implicado en ninguna conspiración. Franco le dijo al secretario político de Portela, su sobrino José Martí de Vesés, que era completamente indiferente a la política y sólo le importaban sus deberes militares.⁸⁵

A pesar de que Portela se negó abiertamente a aceptar la oferta de apoyo tanto de Gil Robles como de Franco, prosiguieron los esfuerzos para organizar una intervención militar. La cuestión clave seguía siendo la actitud de la Guardia Civil. La tarde del 17 de febrero, en una tentativa para consolidar los anteriores esfuerzos de Franco, el general Goded intentó sublevar a las tropas del Cuartel de la Montaña de Madrid. Sin embargo, los oficiales de esa y otras guarniciones se negaron a rebelarse sin la garantía de que la Guardia Civil no se opondría. En círculos gubernamentales se creía que Franco estaba muy implicado en la iniciativa de Goded. Pozas, respaldado por el general Miguel Núñez de Prado, jefe de la policía, estaba convencido de que Franco estaba conspirando. Sin embargo, el día 18 tranquilizaron a Portela con las palabras: «La Guardia Civil se opondrá a cualquier militarada» y Pozas rodeó todas las guarniciones sospechosas con destacamentos de la Guardia Civil.⁸⁶ Justo antes de la medianoche del 18, José Calvo Sotelo y el militante carlista Joaquín Bau fueron a ver a Portela al hotel Palace y le instaron a que ordenara a Franco, a los oficiales de la guarnición militar de Madrid y a la Guardia Civil que impusieran el orden.⁸⁷ Toda esta actividad en torno a Portela y el fracaso de Goded justificaba las sospechas de Franco de que el ejército no estaba preparado para un golpe.

El 19 de febrero a las ocho y media de la mañana, Gil Robles hizo un último y desesperado esfuerzo, reuniéndose secretamente con Portela en unos pinares junto a la carretera de Chamartín a Alcobendas, en las afueras de la capital. ⁸⁸ Los esfuerzos de Gil Robles, Calvo Sotelo y Franco no hicieron cambiar de opinión a Portela ni al resto del ejecutivo sobre su intención de dimitir y, con toda probabilidad, contribuyeron a acelerar esa decisión al asustarlos. A las diez y media de la mañana del 19 de febrero, acordaron ceder el poder a Azaña inmediatamente, en lugar de esperar a la apertura de las Cortes. Antes de que Portela pudiera informar a Alcalá Zamora de su decisión, le dijeron que el general Franco había estado esperándole una hora, desde las dos y media de la tarde, en el Ministerio de la Gobernación. Durante esa hora, Franco le dijo al secretario de Portela que él era apolítico, pero que las amenazas al orden público requerían que se hiciera efectivo el decreto de ley marcial que Portela llevaba en el bolsillo. Martí de Vesés dijo que eso dividiría al ejército. Franco le respondió confiado que el uso de la Legión y de los Regulares mantendría unido al ejército. Ese comentario confirmaba no sólo que estaba dispuesto a emplear el ejército colonial en la España peninsular, sino también su convicción de que era esencial hacerlo para derrotar definitivamente a la izquierda. Cuando entró en el despacho del jefe de Gobierno, Franco repitió el doble juego de la tarde anterior. Insistió en su inocencia con respecto a la conspiración, pero, consciente de su fracaso con Pozas, volvió a implorar a Portela que no dimitiera. Portela no podía retractarse de la decisión que poco antes había comunicado a Alcalá Zamora.⁸⁹

A últimas horas de la noche del 19 de febrero, para mortificación de la derecha y, de hecho, para su propio disgusto, Azaña se vio obligado a aceptar el poder prematuramente. Franco se cubrió las espaldas eficazmente, pero cabían pocas dudas de que durante la crisis del 17 al 19 de febrero estuvo más cerca que nunca de dar un golpe militar. En el último instante, sólo lo había evitado la firme actitud de los generales Pozas y Núñez de Prado. No es de extrañar que bajo tales circunstancias, cuando Azaña volvió a ser jefe de Gobierno, Franco fuera sustituido de su cargo a la cabeza del Estado Mayor. Sería un paso decisivo para convertir el resentimiento latente de Franco en una agresión abierta contra la República.

La forja de un conspirador: Franco y el Frente Popular

La victoria de la izquierda en las elecciones repercutió en Franco casi de inmediato. El 21 de febrero, el nuevo ministro de la Guerra, general Carlos Masquelet, planteó al ejecutivo numerosas propuestas de destino. Entre ellas se encontraba el de Franco como comandante general de las islas Canarias, el de Goded como comandante general de las islas Baleares y el de Mola como gobernador militar de Pamplona. A Franco no le complació ni remotamente lo que en teoría era un puesto importante. Creía sinceramente que como jefe del Estado Mayor podía desempeñar un papel clave en la represión de la amenaza de la izquierda. La experiencia de octubre de 1934 le había dejado cierto gusto por el poder, como demostraban sus actividades a raíz de las elecciones. Ése era uno de los motivos por los cuales el nuevo gobierno lo quería lejos de la capital.

La región militar de las islas Canarias, al igual que las Baleares, no era tradicionalmente una capitania general, ni siquiera antes de la abolición del cargo por parte de Azaña. Sin embargo, ambos destinos se consideraban de importancia sólo ligeramente inferior a las ocho regiones militares peninsulares y estaban ocupados por generales de división. Al fin y al cabo, Franco era sólo el número 23 en la lista de los 24 generales de división que se encontraban en el servicio activo. Al general Mola, cuatro números por debajo de Franco como número tres de la lista de generales de brigada, lo nombraron comandante general de Pamplona, subordinado por tanto al comandante regional de Zaragoza.¹ Franco tuvo suerte de que el nuevo ministro de la Guerra le adjudicara este destino, pero lo juzgó una degradación y otra humillación a manos de Azaña. Años más tarde, hablaba de ese destino como un «destierro». Sobre todo, le preocupaba que quedara anulada su labor de destitución de los oficiales liberales.²

Antes de abandonar Madrid, Franco hizo las visitas obligadas al nuevo jefe de Gobierno, Azaña, y al presidente de la República, Alcalá Zamora. Las únicas versiones de estos dos encuentros proceden de las palabras del propio Franco a su primo Pacón y a su biógrafo Joaquín Arrarás. Incluso en estas versiones subjetivas, queda claro que sus propósitos eran complejos. En apariencia, intentaba convencerlos para que hicieran algo contra el peligro del comunismo, y es evidente que creía que lo mejor que podían hacer era mantenerlo en su puesto de jefe del Estado Mayor. En buena parte, como ocurrió con sus esfuerzos de 1931 por conservar la Academia Militar, todo ello respondía a su deseo de seguir en un cargo en el que se sentía satisfecho y para el que se consideraba el hombre más indicado. Es imposible distinguir si también deseaba permanecer en Madrid para poder participar en la conspiración militar.

A los ojos resentidos de Franco, Alcalá Zamora era peligrosamente optimista sobre la situación. Cuando le dijo que disponían de medios insuficientes para combatir la revolución, el presidente respondió que la revolución había sido derrotada en Asturias. Franco supuestamente dijo: «Recuerde, señor Presidente, lo que costó contenerla [la revolución] en Asturias. Si el asalto se repite en todo el país, será bien difícil sofocarlo. Porque el Ejército carece hoy de los elementos necesarios y porque ya están repuestos en sus mandos generales interesados en que no se venza». Alcalá Zamora no captó la indirecta y se limitó a mover la cabeza. Cuando Franco se levantaba para marcharse, el presidente le dijo: «Váyase tranquilo, general. Váyase tranquilo. En España no habrá comunismo», a lo que Franco, con posterioridad, pretendía haber respondido: «De lo que estoy seguro, y puedo responder, es que, cualesquiera que sean las contingencias que se produzcan aquí, donde yo esté no habrá comunismo».

De nuevo según su propio relato, al parecer Franco encontró poca comprensión en Azaña. Sus sombrías predicciones de que la sustitución de oficiales «eficientes» por republicanos abriría las puertas a la anarquía, fueron recibidas con una sonrisa sardónica. Franco afirmó haber dicho: «Hacen ustedes mal en alejarme, porque yo en Madrid podría ser más útil al Ejército y a la tranquilidad de España». Azaña no tomó en cuenta la oferta: «No temo a las sublevaciones. Lo de Sanjurjo lo supe y pude haberlo evitado, pero preferí verlo fracasar».³ Ni los diarios de Azaña ni las memorias de Alcalá Zamora hacen referencia a estas entrevistas. Sin embargo, aun cuando las versiones de Franco sobre las conversaciones sean apócrifas, evocan gráficamente su estado de resentimiento de aquel tiempo y su repulsa hacia lo que le parecía indiferencia frívola y dolosa por parte de Azaña ante la amenaza comunista.

Apartado una vez más de un trabajo que le apasionaba, Franco era más que nunca un general al que temer. Y no era el único. La estrechez de la victoria electoral de la izquierda daba una idea de la polarización de la sociedad española. La brutal represión del período anterior hacía que existiera poco espíritu de reconciliación en ambos lados del espectro político. Después del fracaso de los diversos esfuerzos de Gil Robles y Franco para persuadir a Portela Valladares de que permaneciera en el poder con el respaldo del ejército, la derecha abandonó toda pretensión de legalidad. Había llegado la hora de los «catastrofistas». Los esfuerzos de Gil Robles por emplear la democracia contra sí misma habían fracasado. Por tanto, a partir de ese momento a la derecha sólo le interesó la destrucción de la República, y no hacerse con ella. Las conspiraciones militares empezaron en serio.

Mientras aguardaba su partida hacia las islas Canarias, Franco dedicó mucho tiempo a hablar de la situación con el general José Enrique Varela, el coronel Antonio Aranda y otros oficiales de ideas afines. Por dondequiera que iba le seguían agentes de la Dirección General de

Seguridad.⁴ El 8 de marzo, el día antes de partir para Cádiz, primera etapa de su viaje, Franco se reunió con numerosos oficiales disidentes en casa de José Delgado, un distinguido corredor de bolsa y amigo de Gil Robles. Entre los presentes estaban Mola, Varela, Fanjul y Orgaz, así como el coronel Valentín Galarza. Allí se debatió la necesidad de un golpe. Todos estuvieron de acuerdo en que el exiliado general Sanjurjo encabezara el pronunciamiento.

El impetuoso Varela defendía un golpe audaz en Madrid; Mola, más precavido, propuso una sublevación civil y militar coordinada en las provincias. Mola creía que el movimiento no debía ser manifiestamente monárquico. Franco se limitó a sugerir astutamente que cualquier pronunciamiento debería carecer de etiqueta determinada alguna, y no contrajo compromisos firmes. Cuando se marcharon, habían llegado al acuerdo de iniciar los preparativos con Mola como director supremo y Galarza como enlace principal. Prometieron pasar a la acción si el Frente Popular dismantelaba la Guardia Civil o reducía el tamaño del cuerpo de oficiales; si estallaba la revolución; o si se le pedía a Largo Caballero que formara gobierno.⁵

Al salir de la reunión, Franco recogió a su familia y al inevitable Pacón y se dirigió a la estación de Atocha a tomar el tren para Cádiz, donde embarcarían hacia Las Palmas. En Atocha fue a despedirle un grupo de generales, incluidos Fanjul y Goded. A su llegada a Cádiz, a Franco le impresionó el grado de desorden que encontró; los anarquistas habían asaltado varias iglesias. Cuando el gobernador militar de Cádiz le informó que los «comunistas» habían incendiado un convento cerca de sus cuarteles, Franco se puso furioso: «¿Es posible que las tropas de un cuartel hayan visto cometer un crimen sacrílego sin intentar impedirlo y que usted se haya cruzado de brazos cuando se enteró de lo que estaba sucediendo?». El coronel respondió: «Mi general, tenía órdenes de no intervenir». Franco exclamó: «Estas órdenes, por ser indignas, no las debe cumplir ningún jefe de nuestro Ejército», y se negó a estrechar la mano al coronel.

La ira de Franco reflejaba su arraigado catolicismo, heredado de su madre, inextricablemente vinculado a su idea jerárquico-militar de la sociedad. Sólo había un corto trecho desde la repugnancia que le suscitaba la irreverencia de la izquierda hacia Dios y la Iglesia hasta la creencia de que era justo y necesario utilizar la fuerza militar para defender el orden social. Su consternación fue así mayor cuando, en el muelle, una muchedumbre que se había congregado con una banda para despedir al nuevo gobernador civil de Las Palmas, se puso a cantar *La Internacional*, haciendo el saludo comunista con el puño en alto. Las constantes muestras de fervor popular hacia la República hicieron que Franco comentara a su primo que sus camaradas se equivocaban al imaginar que era posible un golpe rápido. «Será muy difícil y muy sangriento y durará bastante. Pero no hay más remedio que hacerlo para adelantarse al movimiento comunista que está muy bien preparado y pendiente de la orden de los soviets para desencadenarlo.»⁶

El buque *Dómine* llegó a las islas Canarias a las siete de la tarde del 11 de marzo de 1936. Al arribar a Las Palmas, Franco fue recibido por el gobernador militar de la isla, general Amado Balmes. Después de una breve visita a la isla, se embarcó de nuevo con su familia en el *Dómine* hacia Tenerife, donde atracaron el 12 de marzo a las once de la mañana. En el muelle los aguardaba una muchedumbre de partidarios del Frente Popular. La izquierda local había decretado un día de huelga para que los obreros acudieran al puerto a abuchear y silbar al hombre que había aplastado la sublevación de los mineros en Asturias. Haciendo caso omiso de las pancartas que denunciaban al «carnicero de Asturias», Franco conservó la calma, se despidió del capitán del barco, descendió la escalerilla y pasó revista a la compañía que le esperaba. Según su primo, su exhibición de fría indiferencia impresionó tanto a la multitud que su burla se tornó en aplauso.⁷ Franco se puso a trabajar de inmediato en un plan de defensa de las islas y sobre todo en las medidas que deberían tomarse para sofocar disturbios políticos. También aprovechó las oportunidades que le ofrecían las islas Canarias y empezó a aprender inglés y a jugar al golf. Según su profesora de inglés, Dora Lennard, recibía clases tres veces a la semana, de nueve y media a diez y media, y era un estudiante constante. Escribía dos ejercicios como deberes tres veces a la semana y sólo una vez dejó de hacerlo por causa de las exigencias de su trabajo. Cinco de cada seis ejercicios versaban sobre golf, del que rápidamente se había convertido en un obsesivo aficionado. Aprendió a leer inglés pero no podía seguir el inglés hablado. Sus temas favoritos en las clases de conversación eran el sometimiento del Frente Popular a los agentes de Moscú y su nostalgia por el tiempo que pasó en la Academia General Militar de Zaragoza.⁸ Los posteriores esfuerzos de Franco para borrar sus vacilaciones durante la primavera de 1936 hicieron que en numerosas entrevistas insinuara que había estado supervisando con impaciencia la marcha de la conspiración. Como tantas otras veces en el transcurso de su vida, remodelaba la realidad. Un dato revelador sobre este caso particular de recuerdo ennoblecido es el hecho de que, a principios de julio de 1936, Franco estuviera planeando unas vacaciones en Escocia para mejorar su estilo en el juego del golf.⁹

Al margen del golf y el inglés, Franco y Carmen llevaban una intensa vida social. Sus introductores en la sociedad canaria fueron el comandante Lorenzo Martínez Fuset y su esposa. El abogado militar Martínez Fuset, un personaje cordial y adaptable, se convirtió en confidente local de Franco.¹⁰ De todos modos, sus actividades estaban algo limitadas por el grado de vigilancia al que estaba sometido. Su correspondencia y su teléfono eran intervenidos y le espiaban tanto la policía como militantes de los partidos del Frente Popular. Esto da medida del temor que inspiraba al gobierno central y a la izquierda de las islas Canarias. Dentro de su cuartel general corrieron rumores de que era probable un intento de asesinato. Pacón y el coronel Teódulo González Peral, jefe del Estado Mayor de la división, organizaron entre los oficiales bajo el mando de Franco un servicio permanente de guardaespaldas. Se dijo que Franco había declarado orgullosamente: «Moscú me sentenció a muerte hace dos años».¹¹ Si en realidad hizo este comentario, más que interés en sus actividades por parte del Kremlin, revela la machacona propaganda que recibía de la Entente de Ginebra.

A pesar del aire de clandestinidad que parece haber rodeado las actividades de Franco en Canarias, se hablaba abiertamente de él como

jefe de un inminente golpe.¹² Los comentarios profascistas y antirrepublicanos que hizo, algunos en público, sugieren que no fue tan cauto como habitualmente se supone. Con motivo del desfile militar que celebraba el quinto aniversario de la proclamación de la II República, Franco habló con el cónsul italiano en Canarias y le expresó *ad alta voce* su entusiasmo por la Italia de Mussolini. Fue particularmente elisonjero en sus felicitaciones por el papel de Italia en la guerra de Abisinia y dijo que esperaba con ansiedad noticias de la caída de Addis Abeba. Al parecer, se aseguró de que el cónsul británico oyera sus comentarios. Al día siguiente, el cónsul italiano visitó a Franco para darle las gracias y estuvo encantado cuando los sentimientos antibritánicos del general le impulsaron a hablar de su simpatía por Italia como una «*nuova e giovane forte Potenza che si afferma nel Mediterraneo, ritenuto sino ad ora un lago sotto il controllo britannico*». Franco también le dijo que confiaba en que Gibraltar pudiera ser fácilmente dominado por artillería moderna situada en territorio español, y habló con tono significativo, a juicio de su interlocutor, de la facilidad con que una flota anclada en el puerto de Gibraltar podía ser destruida por un ataque aéreo.¹³

El 27 de abril, Ramón Serrano Súñer viajó a las islas Canarias con la difícil misión de convencer a su cuñado de que retirara su candidatura en la repetición de las elecciones que estaba a punto de celebrarse en Cuenca. A raíz de las llamadas elecciones del Frente Popular del 16 de febrero de 1936, el comité parlamentario al que se confió el examen de la validez de los resultados, la comisión de actas, declaró nulos los resultados en varias provincias. Una de éstas era Cuenca, donde se había producido una falsificación de votos. Además, una vez descontados los votos fraudulentos, ninguna lista de candidatos había alcanzado el 40% de los votos necesarios para conseguir la mayoría de escaños.¹⁴ En la segunda convocatoria de las elecciones, fijada para principios de mayo de 1936, la lista de candidatos de la derecha incluía a José Antonio Primo de Rivera y al general Franco. Se incluyó al jefe de la Falange con la esperanza de procurarle inmunidad parlamentaria, a fin de asegurar su salida de la cárcel, en la que se encontraba desde el 17 de marzo.¹⁵

Serrano Súñer estaba detrás de esta inclusión de Franco en la lista de la derecha, hecha pública el 23 de abril.¹⁶ El 20 de abril, una carta de Franco al secretario de la CEDA había expresado su interés en ser candidato, a poder ser por Cuenca, en una de las próximas elecciones que se iban a repetir. Gil Robles trató el asunto con Serrano Súñer. Una vez aprobada la candidatura de Franco, Serrano Súñer partió de inmediato hacia las islas Canarias para informar a su cuñado. El líder monárquico Antonio Goicoechea le ofreció su lugar en la lista de la derecha, pero Gil Robles simplemente dio instrucciones al jefe provincial de la CEDA en Cuenca, Manuel Casanova, para que se retirase. El apoyo a Franco manifestado por la CEDA y Renovación Española no fue secundado por el tercer partido que se presentaba en Cuenca, la Falange. Cuando se publicó la lista corregida de los candidatos de la derecha, Gil Robles recibió la visita de Miguel Primo de Rivera, quien le informó de que su hermano se oponía firmemente a la lista y consideraba la inclusión de Franco un «craso error».

Como Varela también se presentaba en la repetición de las elecciones en Granada, José Antonio Primo de Rivera deseaba astutamente evitar que sus posibilidades de ser elegido disminuyeran si el interés de la derecha por los candidatos militares era demasiado transparente. A raíz de su desafortunado encuentro con Franco antes de las elecciones de febrero, también creía que probablemente el general sería un desastre en las Cortes. Primo de Rivera amenazó con retirarse de la lista de Cuenca si no se eliminaba el nombre de Franco, algo que Gil Robles se sentía incapaz de hacer. Varios dirigentes de la derecha, incluido Serrano Súñer, no lograron convencer al jefe de la Falange para que cesara su oposición a Franco. José Antonio le dijo a Serrano Súñer: «Lo suyo no es eso y puesto que se piensa en algo más terminante que una ofensiva parlamentaria, que se quede él en su terreno, dejándome a mí este en el que ya estoy probado». Serrano se vio entonces obligado a informar a Franco, arreglándoselas para convencer a su cuñado de que no se le daría bien el tira y afloja del debate parlamentario. El argumento de que Franco se arriesgaba a la humillación pública surtió efecto. El 27 de abril, Franco se retiraba y Manuel Casanova volvía a la lista.¹⁷ Franco era consciente de la hostilidad del jefe falangista hacia su candidatura y acontecimientos posteriores demostrarían que nunca lo olvidó ni le perdonó.

A la izquierda, y a Prieto en particular, le preocupaba que Franco planeara utilizar su escaño parlamentario como base desde la que colaborar en la conjura militar. Era una interpretación razonable y, de hecho, la propaganda franquista la adoptó una vez comenzada la Guerra Civil. Sin embargo, no está claro si la solicitud de Franco de un escaño parlamentario se debió a la necesidad de trasladarse de las Canarias a la península para desempeñar un papel clave en la conspiración, o a motivos más egoístas. Gil Robles insinuó que su deseo de entrar en política evidenciaba las dudas de Franco sobre el éxito de una sublevación militar. Aún indeciso respecto a la conspiración, deseaba una posición segura en la vida civil desde la que aguardar los acontecimientos.¹⁸ Fanjul confió una opinión similar a Basilio Álvarez, que había sido diputado radical por Orense entre 1931 y 1933: «Quizá Franco quería protegerse de cualquier inconveniencia gubernamental o disciplinaria, por medio de la inmunidad parlamentaria».¹⁹

Ciertamente, las versiones sobre la cuestión del escaño de Cuenca que dieron Franco y sus propagandistas dejan claro que iba a ser una constante fuente de molestias. Al cabo de un año, Franco lo reescribiría a través de su biógrafo oficial, Joaquín Arrarás. En su versión de 1937 los partidos de la derecha ofrecieron a Franco un lugar en la lista de Cuenca porque era un hombre perseguido y con objeto de darle libertad «para organizar la defensa de España». Franco «rechazó públicamente» la oferta porque no creía en la limpieza del proceso electoral ni esperaba nada del parlamento republicano.²⁰ Esta versión absurdamente imprecisa de los acontecimientos que rodearon a las elecciones de Cuenca es del todo compatible con la interpretación franquista de la República, que también condenaría a Gil Robles por haber colaborado con el sistema parlamentario. La deducción es que, si el sistema electoral hubiera sido justo, Franco se habría presentado. Posteriormente, en 1940, Arrarás eliminó esta involuntaria proclamación de fe en la democracia y afirmó que Franco había retirado su

candidatura debido a las «interpretaciones distorsionadas» a las que se prestaba.²¹ Una década después de los acontecimientos, el propio Franco declaró en un discurso a las Juventudes Falangistas de Cuenca que su deseo de convertirse en diputado parlamentario estuvo motivado «por el peligro de la Patria».²²

A principios de los años sesenta, Franco pretendía eliminar cualquier alusión a que hubiera estado buscando una vía de escape. Escribiendo en tercera persona, afirmó por el contrario que: «El general Franco buscaba un medio de abandonar legalmente el Archipiélago y que le permitiese tomar más directamente contacto con las guarniciones para estar presente en aquellos lugares donde el Movimiento amenazaba con fracasar». Este relato es una escandalosa manipulación de la historia. En él, Franco se atribuye el mérito de procurar un lugar a José Antonio Primo de Rivera en la candidatura de la derecha, lo cual simplemente es falso. Con la misma inexactitud declara que el general Fanjul se retiró como candidato para dejar sitio a Franco cuando él hizo lo propio por José Antonio. Después falsifica los motivos de la retirada de su candidatura con la afirmación vaga e inexacta de que, la mañana en que se iban a anunciar los candidatos, «los afectados» telegrafiaron «al general Franco la imposibilidad de mantener su candidatura, después de haber sido quemado su nombre».²³

Es perfectamente comprensible que Franco omitiera mencionar el incidente con el jefe de la Falange. Al fin y al cabo, después de 1937 el aparato de propaganda de los nacionales trabajaría frenéticamente para convertir a Franco en heredero de José Antonio a ojos de las masas falangistas. Asimismo, al escribir que su intención era poder supervisar los preparativos del golpe, Franco manifestaba sin querer su deseo de reducir la gloria póstuma de Mola como único director del pronunciamiento. En su tercero y más razonable intento de rehacer el episodio de Cuenca, Arrarás escribió que Franco se retiró: «porque prefiere atender a sus deberes militares, con lo cual cree servir mejor al interés nacional». La insinuación de cualquier roce entre Franco y José Antonio Primo de Rivera siguió siendo tabú.²⁴

Poco después de que Franco fuera eliminado de la lista, Indalecio Prieto expresó sus temores en un célebre discurso en Cuenca, en el que hacía referencia a la subversión entre los oficiales del ejército. Comentó Prieto que: «El general Franco, por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el ejército, es hombre que, en un momento dado, puede acaudillar con el máximo de probabilidades —todas las que se derivan de su prestigio personal— un movimiento de este género». En consecuencia, sin atribuir tales intenciones a Franco, Prieto afirmó que los demás conspiradores de derechas buscaban para él la inmunidad parlamentaria con el fin de facilitar su conversión en «el caudillo de una subversión militar».²⁵ En cualquier caso, en el último momento las elecciones en Cuenca fueron declaradas técnicamente como una segunda vuelta. Puesto que la ley electoral requería que los candidatos de una segunda vuelta hubieran conseguido un 8% de los votos en la primera, la Junta del Censo provincial no pudo admitir nuevos candidatos. En consecuencia, aunque José Antonio Primo de Rivera obtuvo votos suficientes para conseguir un escaño, su elección no fue reconocida como válida.²⁶

El minoritario gobierno Azaña era impotente ante el creciente número de huelgas y sordo a los rumores sobre una conspiración militar. Sólo los republicanos se sentaron en el gobierno, porque Largo Caballero no permitió que los socialistas participaran en la coalición. Caballero cifraba sus esperanzas en dos postulados ingenuos: o bien los republicanos resultaban pronto incapaces de llevar a cabo su programa de reforma y debían dejar paso a un gabinete exclusivamente socialista, o bien se producía un golpe fascista que sería aplastado por la revolución popular. En mayo de 1936, Largo Caballero utilizó su enorme influencia dentro de la dirección socialista para impedir que Prieto, un hombre realista, formara gobierno. Mientras Azaña fuera presidente, se podía mantener la autoridad. Sin embargo, para reunir un equipo más fuerte, Azaña y Prieto tramaban sustituir al conservador Alcalá Zamora en la presidencia. Según su plan, Azaña pasaría a la jefatura del Estado mientras Prieto ocupaba la jefatura del gobierno. La primera parte del plan funcionó, pero la segunda fracasó a causa de la oposición de Largo Caballero y la imposibilidad de Prieto para vencerla. Las consecuencias fueron catastróficas. Se malogró la última oportunidad de evitar la Guerra Civil. España perdió a un jefe de Gobierno inteligente y fuerte y, para empeorar las cosas, una vez en la presidencia, Azaña se retiró progresivamente de la política activa. El nuevo primer ministro, Santiago Casares Quiroga, que padecía tuberculosis, carecía de la determinación y energía que exigían las circunstancias.

El paro se disparaba vertiginosamente y los resultados de las elecciones habían aumentado espectacularmente las esperanzas de los trabajadores tanto en la ciudad como en el campo. Para mortificación de los patronos, éstos tuvieron que readmitir obligatoriamente a los sindicalistas despedidos a consecuencia de los sucesos asturianos. Hubo ocupaciones esporádicas de tierras cuando los frustrados campesinos tomaron en sus manos la puesta en práctica de la rápida reforma prometida por el nuevo gobierno. Lo que más alarmaba a los terratenientes era el hecho de que los trabajadores, de quienes esperaban sumisión, estaban firmemente decididos a no dejar que se les escamoteara la reforma como había ocurrido en 1931-1933. Muchos terratenientes se trasladaron a Sevilla o Madrid, o incluso a Biarritz o París, donde se sumaron con entusiasmo a las conjuras ultraderechistas contra la República, las financiaron o simplemente aguardaron sus noticias.

Bajo la enérgica dirección del general Mola, la conspiración avanzaba rápidamente. Se preparó más a conciencia que cualquier esfuerzo previo, pues habían aprendido la lección de la Sanjurjada del 10 de agosto de 1932: los pronunciamientos no funcionarían allí donde se enfrentaran a la Guardia Civil y donde el proletariado estuviera dispuesto a emplear el arma de la huelga general. «El Director» sería Mola, que había aprendido muchos procedimientos policiales durante su época de máximo responsable de la Dirección General de Seguridad en 1930-1931, el cual se hizo cargo de la conspiración con entusiasmo. Valiente y de espíritu aventurero, le encantaba el peligro.²⁷ Pamplona era un lugar excelente para dirigir la conspiración, pues era el cuartel general del grupo más militante de la ultraderecha: los carlistas.²⁸ Mola contaba con gran número de ayudantes entregados y competentes. A través de Valentín Galarza, conocido entre los golpistas como «el

«técnico», la derechista y conspiradora organización Unión Militar Española estaba a su disposición. Mola emitió su primera instrucción en abril: «El objetivo, los métodos y los itinerarios». En ella, consciente de la deficiente preparación de la Sanjurjada, especificaba con detalle la necesidad de una compleja red de apoyo civil y sobre todo de terror político: «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos, para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas».²⁹

A mediados de mayo, Mola recibió la visita del teniente coronel Seguí, del Estado Mayor del ejército africano, que le informó de que las guarniciones de Marruecos estaban preparadas para sublevarse. Entre los oficiales africanistas, Mola confiaba en Yagüe como el colaborador más infatigable en la preparación del alzamiento en Marruecos. También en mayo, Mola estuvo en contacto con un grupo de generales que tendrían un papel decisivo en la Guerra Civil: el brutal Gonzalo Queipo de Llano, jefe de Carabineros; el austero monárquico Alfredo Kindelán, enlace clave con los conspiradores de la aviación, y el apacible Miguel Cabanellas, jefe de la división militar de Zaragoza.³⁰ Franco estaba perfectamente informado a través de Galarza. Como parte del esfuerzo propagandístico después de 1939 para borrar la constancia de la escasa participación de Franco en los preparativos, se dijo que dos veces por semana mantenía correspondencia con Galarza. Jamás se han presentado pruebas de esa treintena de cartas en clave.³¹ De hecho, Franco no era demasiado entusiasta, y comentó al inveterado optimista Orgaz, que había sido desterrado a Canarias al principio de la primavera: «Estás realmente equivocado, va a ser enormemente difícil y muy sangriento. No contamos con todo el ejército, la intervención de la Guardia Civil se considera dudosa y muchos oficiales se pondrán del lado de la autoridad constitucional, algunos porque es más cómodo; otros, a causa de sus convicciones. No se debe olvidar de que el soldado que se rebela contra la autoridad constitucional nunca puede echarse atrás ni rendirse, porque será fusilado sin pensárselo dos veces».³² A finales de mayo, Gil Robles se quejaba ante el periodista americano H. Edward Knoblaugh de que Franco se había negado a dirigir el golpe, supuestamente diciendo que «ni toda el agua del Manzanares borraría la mancha de semejante movimiento». Dejando a un lado la elección de un río bastante poco caudaloso, este y otros comentarios sugieren que Franco tenía en mente la experiencia de la Sanjurjada de 1932.³³ La idea de no poder dar marcha atrás ni cambiar de opinión debía de ser para Franco poco menos que una tortura del infierno.

Con el rápido avance de la conspiración, la cautela de Franco desató la impaciencia de sus amigos africanistas. El 25 de mayo, Mola emitió su segunda instrucción a los conspiradores, un amplio plan estratégico de alzamientos regionales a los que seguirían ataques concertados contra Madrid desde las provincias.³⁴ Es evidente que habría sido una enorme ventaja contar con Franco. El 30 de mayo, Goded envió al capitán Bartolomé Barba a Canarias para decirle a Franco que se decidiera y se dejara de «tanta prudencia». El coronel Yagüe le dijo a Serrano Súñer que le desesperaba la mezquina cautela de Franco y su negativa a correr riesgos.³⁵ El propio Serrano Súñer se quedó perplejo cuando Franco le dijo que lo que en realidad le hubiera gustado habría sido trasladar su residencia al sur de Francia y dirigir la conspiración desde allí. Dada la posición de Mola, era imposible que Franco organizara el alzamiento. Claramente, de su comentario se desprende que estaba más preocupado por cubrir su propia retirada en caso de fracaso.³⁶ Lo que también sugiere que la abnegada dedicación al alzamiento no había sido su principal motivo para intentar salir elegido en Cuenca.

La razón fundamental de la conspiración era el temor de las clases medias y altas ante la amenaza de que una oleada implacable de violencia atea y comunista barriese la sociedad y la Iglesia. Dicho pánico lo nutría reiteradamente la prensa derechista y los muy difundidos discursos parlamentarios del insidioso Gil Robles y del beligerante líder monárquico José Calvo Sotelo. Sus denuncias del desorden hallaron una espuria justificación en la violencia callejera provocada por las escuadras terroristas de la Falange. A su vez, las actividades de las bandas falangistas eran financiadas por los mismos monárquicos que estaban detrás del golpe militar. El sorprendente ascenso de la Falange era indicio de la cambiante atmósfera política. Había crecido rápidamente cuando capitalizó la desilusión de la clase media con las tácticas legalistas de la CEDA. Además, atraído por su código de violencia, el grueso del movimiento juvenil cedista, la JAP, se pasó en masa a sus filas. El ascenso de la Falange era paralelo al crecimiento de la influencia de Largo Caballero dentro del movimiento socialista. Embriagado por la adulación comunista (*Pravda* le había llamado «el Lenin español»), minó los esfuerzos de Prieto en pro de una solución pacífica. Largo Caballero recorrió España profetizando el triunfo de la inminente revolución a multitudes de obreros vitoreantes. La prensa de derechas utilizó las manifestaciones del 1 de mayo, los puños en alto, la retórica revolucionaria y los violentos ataques a Prieto para crear una atmósfera de terror entre la clase media y convencerla de que sólo un golpe militar podía salvar a España de la anarquía.

Ciertos factores facilitaron la labor de los conspiradores. El gobierno no actuó con firmeza ante las repetidas advertencias que recibió sobre el golpe. A principios de junio, Casares Quiroga, como ministro de la Guerra, quiso decapitar la conspiración en Marruecos reemplazando a los oficiales al mando de las dos legiones que entonces constituían el Tercio. El 2 de junio llamó a Yagüe, que era jefe de la llamada segunda legión. Al día siguiente apartó al compañero de conspiración de Yagüe, el teniente coronel Heli Rolando de Tella, del mando de la primera legión. Cuando Casares Quiroga recibió a Yagüe el 12 de junio, le ofreció el traslado a un puesto apetecible en la España peninsular o a una posición privilegiada como agregado militar en el extranjero. Yagüe le dijo a Casares que prendería fuego a su uniforme antes que no poder servir en la Legión. Después de darle cuarenta y ocho horas para que reflexionase, Casares tuvo la debilidad de ceder al deseo de regresar a Marruecos que Yagüe había expresado con tanta vehemencia. Fue un error político garrafal, dado el papel clave de Yagüe en la conspiración.³⁷ Un golpe de suerte similar protegió al principal organizador del golpe. El director general de Seguridad, Alonso

Mallol, fijó su atención en Mola. El 3 de junio, Mallol hizo una visita imprevista a Pamplona con una docena de camiones llenos de policías y emprendió registros supuestamente destinados a localizar armas de contrabando pasadas a través de la frontera francesa. Al ser advertido de la visita por Galarza, a quien a su vez había informado Santiago Martín Báguenas, un comisario de policía derechista, Mola se aseguró de que no se encontrara huella alguna de la conspiración.³⁸

Los estériles esfuerzos de las autoridades republicanas por paralizar a los conspiradores contribuyen a explicar uno de los misterios de este período: una curiosa advertencia a Casares Quiroga que salió de la pluma del general Franco. El 23 de junio de 1936 Franco escribió al presidente del Consejo una carta de una ambigüedad laberíntica, insinuando que el ejército era hostil a la República y sugiriendo que sería leal si lo trataban como era debido. La carta se centraba en dos cuestiones. La primera era la recientemente anunciada reincorporación al ejército de los oficiales juzgados y sentenciados a muerte en octubre de 1934 por su participación en la defensa de la Generalitat. La rehabilitación de aquellos oficiales era claramente contraria a una de las mayores obsesiones de Franco: la disciplina militar.³⁹ El segundo motivo de afrenta para Franco era que se concediesen destinos por razones políticas a los oficiales de alta graduación. Debía tener presente la sustitución de Heli Rolando de Tella de la Legión y la casi separación de Yagüe. Franco informó al ministro de que la sustitución de oficiales brillantes por aduladores de segunda fila era arbitraria, quebrantaba las reglas de la antigüedad y había causado gran malestar en las filas del ejército. Sin duda consideraba el caso más flagrante su propio traslado del Estado Mayor a las islas Canarias.

A continuación escribió algo que, aun siendo totalmente mendaz, probablemente estaba escrito con sinceridad. En el sistema de valores de Franco, el movimiento organizado por Mola, y del que estaba plenamente informado, era meramente reflejo de las legítimas precauciones defensivas de unos soldados que tenían derecho a proteger su idea de nación por encima de cualquier régimen político. «Faltan a la verdad quienes le presentan al Ejército como desafecto a la República; le engañan quienes simulan complots a la medida de sus turbias pasiones; prestan un desdichado servicio a la Patria quienes disfrazan la inquietud, dignidad y patriotismo de la oficialidad haciéndoles aparecer como símbolos de conspiración y desafecto». Las preocupaciones que compartía con sus compañeros oficiales sobre el problema del orden público empujaron a Franco a instar a Casares a que pidiera el consejo «de aquellos generales y jefes de Cuerpo que, exentos de pasiones políticas, vivan en contacto y se preocupen de los problemas íntimos y del sentir de sus subordinados». No se nombró a sí mismo, pero la alusión era inequívoca.⁴⁰

La carta era una obra maestra de ambigüedad. Se insinuaba claramente que si Casares concedía el mando a Franco, podría desbaratar las conspiraciones. En esa etapa, Franco ciertamente habría preferido lo que él consideraba restaurar el orden con la sanción legal del gobierno, en vez de arriesgarlo todo en un golpe. Años más tarde, sus apologistas tuvieron que gastar muchos litros de tinta para explicar esta carta o bien como un hábil esfuerzo de Franco, el conspirador, para despistar a Casares y frenar sus intenciones de sustituir a los conjurados por republicanos leales; o quizá como una advertencia prudente de Franco, el oficial leal, a quien estúpidamente desatendió el ministro de la Guerra.⁴¹ De hecho, la carta tenía exactamente el mismo propósito que las apelaciones que Franco hizo a Portela a mediados de febrero. Franco estaba dispuesto a enfrentarse con el desorden revolucionario como lo había hecho en Asturias en 1934 y ofrecía ahora sus servicios de manera velada. Si Casares hubiera aceptado la oferta, no habría habido necesidad de un pronunciamiento.

Ésa era ciertamente la visión retrospectiva de Franco.⁴² El gobierno del Frente Popular no compartía su afición a reprimir las aspiraciones de las masas. En cualquier caso, Casares no le hizo caso. De habérselo hecho, el resultado habría sido muy distinto. Si Casares creía que Franco estaba en su derecho de enviar semejante carta, tendría que haberle agradecido su interés. Si pensaba que Franco había abusado de su posición, Casares tendría que haber tomado medidas disciplinarias contra él. El hecho de no recibir respuesta por parte del primer ministro sólo pudo contribuir a que Franco se inclinase por la rebelión.

La carta de Franco era un ejemplo típico de su inefable autoestima y su convencimiento de que él estaba cualificado para hablar en nombre de todo el ejército. Al mismo tiempo, la prosa farragosa era una manifestación de su retranca, la impenetrable astucia del campesino gallego. En el momento de escribirla, Franco aún estaba distanciado de los conspiradores. Su determinación de estar en el lado del vencedor sin correr ningún riesgo serio, no le destacaba precisamente como probable jefe carismático, aunque sí prefiguraba su comportamiento hacia el Eje durante la Segunda Guerra Mundial. A la vez que a Casares, Franco también escribió sendas cartas a dos colegas del ejército. El primero fue el coronel Miguel Campins, su ayudante de campo en la academia de Zaragoza, en aquel momento al mando de un batallón de infantería ligera en Cataluña. El otro fue el coronel Francisco Martín Moreno, jefe del Estado Mayor de las fuerzas españolas en Marruecos, con quien Franco había trabajado a principios de 1935, cuando había sido su comandante en jefe. Las cartas sugieren claramente que Franco aún no estaba comprometido con la conspiración y expresaban su mera preocupación ante la perspectiva de que la situación política empeorase hasta el punto de que el ejército tuviera que intervenir, y les preguntaba si colaborarían con él llegado el caso. Martín Moreno le escribió para decirle que, si Franco aparecía en Tetuán, se pondría a sus órdenes, «pero a las de nadie más». Por el contrario, Campins respondió que él era leal al gobierno y a la República, y que no era partidario de ninguna intervención del ejército. Había firmado su propia sentencia de muerte.⁴³

Pocos días después de que Franco escribiera su carta a Casares, los conspiradores se habían repartido los cometidos. Se esperaba que Franco estuviera al mando del alzamiento en Marruecos. Cabanellas lo dirigiría en Zaragoza; Mola en Navarra y Burgos; Saliquet en Valladolid; Villegas en Madrid; González Carrasco en Burgos, y Goded en Valencia. Este último insistió en intercambiar ciudad con González Carrasco.⁴⁴ Por diversas razones, Mola y los demás conspiradores eran reacios a actuar sin Franco. Su influencia sobre la oficialidad era

enorme, al haber sido director de la Academia Militar y jefe del Estado Mayor. También disfrutaba de la incuestionable lealtad del ejército español en Marruecos. El golpe tenía pocas posibilidades de éxito sin el ejército marroquí y Franco era el hombre indicado para dirigirlo. Sin embargo, al comienzo del verano de 1936, Franco aún prefería aguardar entre bastidores. Calvo Sotelo abordaba con frecuencia a Serrano Súñer en los pasillos de las Cortes para importunarlo con impaciencia: «¿En qué está pensando tu cuñado? ¿Qué está haciendo? ¿No se da cuenta de cuáles son las cartas?». ⁴⁵

Sus esquivas vacilaciones lograron que sus exasperados camaradas le aplicaran el irónico apodo de *Miss islas Canarias 1936*. Sanjurjo, aún resentido porque Franco no se hubiera unido a él en 1932, comentó: «Franco no hará nada que le comprometa; estará siempre en la sombra, porque es un cuco». También se le oyó decir que el alzamiento seguiría adelante «con o sin Franquito». ⁴⁶ Había otros muchos buenos generales tanto dentro como fuera de la conspiración. La indecisión de Franco enfurecía a Mola y a Sanjurjo no sólo por el peligro y el inconveniente que suponía tener que hacer planes en torno a un factor dudoso. También deseaban que se sumara porque acertadamente juzgaban que su decisión influiría en la participación de muchos otros. Él era «el semáforo de la política militar», en palabras de José María Pemán. ⁴⁷

Cuando finalmente Francisco Franco se comprometió, su cometido, con todo y ser de mucha importancia, no fue el decisivo. El jefe del Estado, después del triunfo del golpe, sería Sanjurjo. Como cerebro técnico de la conspiración, se esperaba que Mola tuviera un papel esencial en la política del régimen victorioso. Luego seguían numerosos generales, a cada uno de los cuales se le asignaba una región; entre éstas, a Franco se le reservaba Marruecos. Varios gozaban de igual renombre que Franco, sobre todo Fanjul en Madrid y Goded en Barcelona. Además, dejando al margen las funciones asignadas a Sanjurjo y a Mola, el futuro de Franco en el gobierno posterior al golpe estaba ensombrecido por los dos políticos carismáticos de la extrema derecha, José Calvo Sotelo y José Antonio Primo de Rivera. De hecho, dada su esencial cautela, parece ser que en la primavera y el principio del verano de 1936, Franco no abrigó ambiciones de altos vuelos. Cuando Sanjurjo preguntó a qué puestos aspiraban sus compañeros de conspiración, Franco optó por el cargo de Alto Comisario de Marruecos. ⁴⁸ A medida que fue cambiando la situación, Franco adaptaría sus ambiciones con notable agilidad sin que le frenasen las dudas sobre sí mismo. La jerarquía de los conspiradores pronto se alteraría con sorprendente rapidez.

Las disposiciones sobre la participación de Franco en el golpe fueron tratadas por primera vez en la instrucción de Mola sobre Marruecos. El coronel Yagüe tenía que dirigir las fuerzas rebeldes de Marruecos hasta la llegada de «un prestigioso general». Para asegurarse de que fuera Franco, Yagüe escribió instándole a que se uniera al alzamiento. También planeó con el diputado de la CEDA, Francisco Herrera, presentar a Franco un *fait accompli*, enviándole un avión que le transportara en el viaje de 1.200 kilómetros que separaban las islas Canarias de Marruecos. Francisco Herrera, un amigo íntimo de Gil Robles, era el enlace entre los conspiradores de España y los de Marruecos. Por su parte, Yagüe era fiel a Franco. Como consecuencia de sus choques con el general López Ochoa durante la campaña asturiana, había sido transferido al primer regimiento de infantería de Madrid. Una intervención personal de Franco lo devolvió a Ceuta. ⁴⁹ El 29 de junio, tras reunirse con Yagüe en Ceuta, Herrera emprendió el largo viaje hacia Pamplona, adonde llegó algo cansado el 1 de julio, para hacer los preparativos del avión que transportaría a Franco. Además de las dificultades financieras y técnicas que suponía conseguir un avión en breve plazo, Mola aún tenía graves dudas sobre si Franco se uniría al alzamiento.

No obstante, después de consultarlo con Kindelán, el 3 de julio Mola dio el visto bueno al plan. Herrera propuso ir a Biarritz para averiguar si los monárquicos españoles en el exilio podían resolver el problema del dinero. El 4 de julio habló con el millonario Juan March, quien había conocido a Franco en las islas Baleares en 1933. Éste aceptó aportar el dinero. Entonces Herrera se puso en contacto con el marqués de Luca de Tena, propietario del periódico *ABC*, para conseguir su apoyo. March le dio a Luca de Tena un cheque en blanco y éste partió a París para hacer los preparativos. El 5 de julio, una vez allí, Luca de Tena telefoneó a Luis Bolín, el corresponsal de *ABC* en Inglaterra, y le dio instrucciones para que alquilase un hidroavión capaz de volar directamente desde las islas Canarias hasta Marruecos, o si no el mejor avión convencional posible. Bolín a su vez telefoneó a Juan de la Cierva, inventor aeronáutico y reputado derechista, que vivía en Londres. La Cierva voló a París para hablar de la cuestión con Luca de Tena, le dijo que no existía un hidroavión adecuado y le recomendó un De Havilland Dragon Rapide. ^{*} Conocedor también de la aviación civil inglesa, La Cierva aconsejó utilizar la compañía Olley Air Services, de Croydon (al sur de Londres). El 6 de julio Bolín fue a Croydon y alquiló un Dragon Rapide. ⁵⁰

Temerosos de que el vuelo pudiera despertar sospechas, La Cierva y Bolín prepararon un grupo de pasajeros supuestamente de vacaciones para enmascarar el verdadero propósito del avión. El 8 de julio, Bolín acudió a Midhurst (en Sussex) para hablar con Hugh Pollard, un aventurero oficial del ejército retirado, y tomar las disposiciones necesarias. Pollard, su hija de diecinueve años Diana y su amiga Dorothy Watson viajaron como turistas para brindar a Bolín una tapadera en su vuelo. El avión despegó de Croydon a primeras horas de la mañana del 11 de julio, pilotado por el capitán William Henry Bebb, antiguo miembro de la Royal Air Force. A pesar del mal tiempo aterrizaron en Burdeos a las diez y media de la mañana, donde Luca de Tena y los demás conspiradores monárquicos esperaban a Bolín con las instrucciones de última hora. Al día siguiente, el 12 de julio, llegaron a Casablanca, vía Espinho, al norte de Portugal, y Lisboa. ⁵¹

Aunque se acercaba la fecha de su viaje a Marruecos, Franco albergaba dudas cada vez más serias, obsesionado como siempre por su experiencia del 10 de agosto de 1932. El 8 de julio, Alfredo Kindelán logró hablar brevemente con Franco por teléfono y le consternó saber que aún no estaba preparado para unirse a ellos. Mola fue informado dos días más tarde. ⁵² El 12 de julio, el mismo día que el Dragon Rapide aterrizó en Casablanca, Franco enviaba un mensaje en clave a Kindelán, que se encontraba en Madrid, para que le fuera transmitido a

Mola. Decía «geografía poco extensa» y significaba que se negaba a unirse al alzamiento alegando que las circunstancias no eran lo bastante favorables. El 13 de julio Kindelán recibió el mensaje. Al día siguiente lo transmitió a Mola, que se encontraba en Pamplona, a través de una hermosa dama de la alta sociedad, Elena Medina Garvey, que actuaba como mensajera de los conspiradores. Mola montó un cólera y, furioso, tiró el papel al suelo. Cuando se serenó, mandó que buscaran al piloto Juan Antonio Ansaldo y le dieran instrucciones de llevar a Sanjurjo a Marruecos para hacer el trabajo de Franco. Mola informó a los conspiradores de Madrid de que no contaban con Franco. Sin embargo, dos días más tarde llegó otro mensaje diciendo que Franco volvía a estar con ellos.⁵³

La razón del súbito cambio de opinión de Franco fueron los dramáticos acontecimientos ocurridos. La tarde del 12 de julio, pistoleros falangistas habían disparado y asesinado a un oficial de izquierdas perteneciente a los Guardias de Asalto republicanos, el teniente José del Castillo. Castillo era el número dos de una lista negra de oficiales prorrepúblicanos supuestamente confeccionada por la ultraderechista Unión Militar Española. El primer hombre de la lista negra, el capitán Carlos Faraudo, ya había sido asesinado. Los enfurecidos camaradas de Castillo respondieron con una represalia irresponsable. A primeras horas del día siguiente, se propusieron vengar su muerte asesinando a un distinguido político de derechas. Al no encontrar a Gil Robles, que estaba de vacaciones en Biarritz, secuestraron y asesinaron a Calvo Sotelo. La tarde del 13 de julio, Indalecio Prieto encabezó una delegación de socialistas y comunistas para exigir a Casares que distribuyera armas entre los trabajadores antes de que se levantaran los militares. El jefe de Gobierno se negó, pero no podía soslayar que ahora había virtualmente una guerra declarada.

La indignación política que siguió al descubrimiento del cadáver de Calvo Sotelo facilitó el juego de los conspiradores militares. Éstos invocaron el asesinato como la prueba fehaciente de que España necesitaba una intervención militar que la salvara de la anarquía. También selló el compromiso de muchos indecisos, incluido Franco. A última hora de la mañana del 13 de julio, cuando recibió la noticia, exclamó a su portador, el coronel González Peral: «La patria ya cuenta con otro mártir. No se puede esperar más. ¡Es la señal!». ⁵⁴ Enardecido de indignación, Franco le dijo a su primo que no tenía sentido más demora, pues había perdido toda la esperanza de que el gobierno controlara la situación. Poco después, enviaba un telegrama a Mola. Al caer la tarde, también ordenó a Pacón que comprara dos pasajes para su mujer y su hija en el buque alemán *Waldi*, que debía zarpar de Las Palmas el 19 de julio rumbo a El Havre y Hamburgo. ⁵⁵ Su previsión no se hizo extensiva a otros miembros de su familia, a quienes no advirtió. Su cuñada Zita Polo corrió enormes riesgos para escapar de Madrid con sus hijos. Pilar Jaraiz, su sobrina, fue encarcelada con su hijo recién nacido.⁵⁶

La profesora de inglés de Franco escribiría más tarde: «La mañana después de que llegaran noticias del asesinato de Calvo Sotelo, al entrar en clase, me pareció otro hombre. Parecía diez años más viejo y era evidente que no había dormido en toda la noche. Por primera vez, estuvo cerca de perder su férreo dominio de sí mismo y su inalterable serenidad... Siguió la lección con visible esfuerzo». ⁵⁷ La impetuosa firmeza con la que Franco reaccionó ante las noticias no es incompatible con el comentario de Dora Lennard sobre la noche insomne. * La decisión era de magnitud suficiente para provocarle angustiosas dudas, como demostraban las precauciones que tomó en cuanto a la seguridad de su esposa e hija.

Posteriormente, se utilizó el asesinato de Calvo Sotelo para camuflar el hecho de que el golpe del 17-18 de julio llevaba tiempo tramándose. El crimen también privó a los conspiradores de un dirigente resuelto y carismático. Como derechista cosmopolita y de amplia experiencia política, Calvo Sotelo habría sido el civil con más autoridad después del golpe, muy distinto de las muchas nulidades que iban a ser utilizadas por Franco. Cuesta imaginar que no habría impuesto su personalidad en el Estado de la posguerra. Su muerte, aun cuando en ese momento nadie podía juzgarla desde ese punto de vista, eliminó un importante rival político de Franco.

A corto plazo, el asesinato de Calvo Sotelo imprimió nueva urgencia a los planes del alzamiento. El Dragon Rapide había dejado a Bolín en Casablanca y aún estaba en ruta hacia las islas Canarias. A las 14.40 del 14 de julio llegó al aeropuerto de Gando, cerca de Las Palmas de Gran Canaria. Hugh Pollard y las dos muchachas tomaron un transbordador hasta Tenerife, donde Pollard daría a conocer su llegada presentándose en la clínica Costa con la contraseña: «Galicia saluda a Francia». Bebb se quedó con el avión en Gran Canaria aguardando instrucciones de un emisario desconocido que se le presentaría con la contraseña: «Mutt y Jeff». Mientras tanto, a las 2 de la madrugada del 15 de julio, el elegante diplomático José Antonio Sangróniz apareció en la habitación del hotel de Pacón en Santa Cruz de Tenerife con noticias de los últimos acontecimientos y la fecha estipulada para el alzamiento. A las 7.30 de esa misma mañana, Pollard fue a la clínica, donde contactó con el doctor Luis Gabarda, un comandante médico, que actuaba en nombre de Franco. Éste le dijo que regresara a su hotel y que aguardara a un emisario de Franco con sus instrucciones.⁵⁸

Para Franco sus acuciantes problemas inmediatos tenían preferencia sobre cualquier ambición a largo plazo. Como comandante militar de las islas Canarias, su cuartel general estaba en Santa Cruz de Tenerife. El Dragon Rapide procedente de Croydon tenía instrucciones de aterrizar en el aeropuerto de Gando, en parte porque estaba más cerca de África continental, también porque se sabía que a Franco le vigilaba la policía, pero, sobre todo, debido a la baja y espesa niebla que afectaba a Tenerife. Para viajar desde Santa Cruz de Tenerife a Gran Canaria, Franco necesitaba la autorización del Ministerio de la Guerra. Lo más probable es que denegasen su solicitud de permiso para realizar un viaje de inspección a Gran Canaria, sobre todo cuando apenas hacía quince días desde la última. Se estipuló que el alzamiento se iniciara el 18 de julio, por lo que Franco tenía que partir para Marruecos ese día como muy tarde. Aunque finalmente así lo haría, a ninguno de sus biógrafos les parece extraño que el Dragon Rapide se dirigiera a Gran Canaria confiando en la habilidad de Franco para llegar hasta allí. Que Franco llegara a su destino fue resultado o bien de una extraordinaria coincidencia o de juego sucio.

La mañana del 16 de julio, Franco no acudió a su clase de inglés.⁵⁹ La misma mañana, el general Amado Balmes, comandante militar de Gran Canaria y excelente tirador, murió de un disparo en el estómago mientras probaba varias pistolas en un campo de tiro. La historiografía franquista ha calificado el incidente como un trágico, pero oportuno, accidente. Supuestamente, Balmes se había herido mortalmente cuando manipulaba una pistola con el gatillo bloqueado que tenía apoyada en su estómago.⁶⁰ Para rechazar la insinuación de que hubiera sido asesinado, los biógrafos oficiales de Franco declararon que Balmes era un importante personaje de la conspiración. Su primo lo retrata como amigo íntimo de Franco. Al parecer, Balmes estaba organizando el golpe en Las Palmas y su muerte obligó a sustituirlo por Orgaz, que, convenientemente, estaba exiliado allí.⁶¹ Sin embargo, es extraño que Balmes nunca figurara en el subsecuente panteón de héroes de la «cruzada». Además, es extraordinario que, a pesar de que Madrid negó el permiso a Franco para viajar a Gran Canaria con el fin de realizar una inspección, ni él ni su círculo de allegados dudaron nunca de que hallarían el modo de llegar a Las Palmas. Otras fuentes sugieren que Balmes era un oficial republicano leal y miembro de la Unión Militar Republicana Antifascista, que fue sometido a grandes presiones para que se uniera al alzamiento.⁶² De ser cierto, él, como muchos otros oficiales republicanos, estaba en peligro de muerte. Es virtualmente imposible decir ahora si su muerte fue accidental, suicidio o asesinato.

Lo cierto es que murió en el preciso momento en que Franco lo necesitaba con urgencia. La obligación de presidir el funeral proporcionó la excusa perfecta para viajar a Gran Canaria en el barco nocturno. Franco estaba dispuesto a ir sin solicitar permiso por temor a que se lo denegaran. Su primo le convenció de que levantaría menos sospechas si telefoneaba al ministerio e informaba al subsecretario, general De la Cruz Boullosa. Franco aceptó lo que resultó ser un buen consejo. El subsecretario expresó su sorpresa ante el hecho de que Franco no se hubiera puesto en contacto antes para informar de la muerte de Balmes. Él puso la excusa de que había estado buscando más información sobre lo sucedido y le concedieron permiso para presidir el funeral. Franco partió de Tenerife en dirección a Las Palmas en el barco correo *Viera y Clavijo* poco después de la medianoche del 16 de julio. Le acompañaban su esposa y su hija, el teniente coronel Franco SalgadoAraujo, el comandante Lorenzo Martínez Fuset y una escolta que constaba de otros cinco oficiales. Llegaron a Las Palmas a las 8.30 de la mañana del viernes 17 de julio. Pollard había regresado a Las Palmas en el mismo transbordador. Antes de salir de Tenerife, Franco había recogido el pasaporte diplomático de Sangróniz y le había dado al coronel González Peral la proclama de la rebelión militar para que la emplease a la mañana siguiente. Bebb y Pollard hicieron los últimos preparativos con el general Orgaz. El funeral de Balmes ocupó la mayor parte de la mañana. Luego, Franco llevó a su mujer y a su hija a dar una vuelta por la ciudad. Más tarde, comieron con Pacón y Orgaz.⁶³

Se había planeado que a la mañana siguiente se produjeran sublevaciones coordinadas en toda España. Sin embargo, algunos indicios de que los conspiradores de Marruecos estaban a punto de ser arrestados hicieron que la acción se adelantase allí a primeras horas de la tarde del 17 de julio. En Marruecos se sublevaron las guarniciones de Melilla, Tetuán y Ceuta. A las 4 de la madrugada del 18 de julio despertaron a Franco en la habitación de su hotel para darle las noticias. El coronel Luis Solans, el teniente coronel Seguí y el coronel Darío Gazapo habían tomado Melilla «en nombre de Franco» y arrestado al comandante militar supremo de Marruecos, el general republicano Gómez Morato. Yagüe había tomado el mando en Ceuta y los coroneles Eduardo Sáenz de Buruaga, Juan Beigbeder y Carlos Asensio Cabanillas se habían hecho con el control de Tetuán. Franco tenía motivos para estar agradecido a Beigbeder, un brillante arabista, por apoderarse del Alto Comisariado español y asegurar así la aquiescencia marroquí en el alzamiento.⁶⁴

Al conocer esos triunfos, Franco estableció su cuartel general en Las Palmas acompañado por su primo y el comandante Martínez Fuset, y llamó a Orgaz para que se uniera allí con ellos. Luego envió un telegrama a los cuarteles generales de las ocho divisiones y a los centros militares principales de la península. La noticias de que Franco y el ejército de África estaban del lado de los rebeldes constituyó un poderoso acicate para los conspiradores de otras regiones:

GLORIAAL EJÉRCITO DE ÁFRICA. ESPAÑA POR ENCIMA DE TODO . RECIBE EL ENTUSIASTA SALUDO DE ESTAS GUARNICIONES QUE SE UNEN A TI Y A OTROS CAMARADAS DE LA PENÍNSULA EN ESTOS MOMENTOS HISTÓRICOS . FE CIEGA EN NUESTRO TRIUNFO . VIVA ESPAÑA CON HONOR . GENERAL FRANCO.

La transmisión de semejante telegrama fue un indicio inequívoco de que Franco se atribuía un papel clave en el alzamiento nacional. A las cinco de la madrugada del 18 de julio firmó una declaración de estado de guerra. Una compañía de infantería acompañada de cornetas y tambores la anunciaría en Las Palmas. Más o menos al mismo tiempo, llegó una desesperada llamada telefónica del subsecretario del Ministerio de la Guerra en Madrid, general De la Cruz Boullosa, pidiendo hablar con Franco. Le respondió Martínez Fuset diciendo que Franco estaba inspeccionando los cuarteles.⁶⁵

A las 5.15 de la madrugada del 18 de julio, Inter-Radio de Las Palmas empezó a emitir un comunicado de Franco. El texto, bastante confuso, se atribuyó más tarde a Lorenzo Martínez Fuset.⁶⁶ Supuestamente, la copia mecanografiada enviada a la cadena radiofónica incorporaba una posdata de puño y letra de Franco: «Malditos los que en lugar de cumplir sus deberes, traicionan a España. General Franco». Evitaba comprometerse con la República o con la Monarquía, y justificaba el alzamiento por la defensa de la Patria, y la terminación de la anarquía. El texto también manifestaba que la acción era necesaria para llenar un vacío de poder. Parte de él era pura fantasía: alegaba que la Constitución estaba hecha añicos; culpaba al gobierno del fracaso en la defensa de las fronteras españolas, «cuando en el corazón de España, se escuchan las emisoras extranjeras que predicán la destrucción y reparto de nuestro suelo». Amenazaba con la

«guerra sin cuartel a los explotadores de la política» y con una «energía en el sostenimiento del orden estará en proporción a la magnitud de las resistencias que se ofrezcan», lo cual era un oscuro modo de decir que aplastaría toda resistencia.⁶⁷

El propio Franco se puso en contacto con oficiales de confianza de la isla y, bajo sus órdenes, se apoderaron de las oficinas de correos, telégrafos y teléfonos, las estaciones de radio, los generadores y los depósitos de agua. Tuvo más dificultades para convencer al jefe de la Guardia Civil del lugar, el coronel Baraibar, de que se uniera al alzamiento.⁶⁸ Mientras Baraibar dudaba, Franco, su familia y su grupo de compañeros rebeldes corrían serio peligro. La multitud se agolpaba ante el gobierno civil y grupos de trabajadores del puerto se dirigían a Las Palmas. Pacón consiguió evitar que los dos grupos se unieran empleando pequeñas piezas de artillería y antes de las 7 de la mañana se había dispersado a las masas. Al grupo asediado se le unieron oficiales retirados, falangistas y otros civiles de derechas a quienes dieron armas. La situación seguía tensa y Franco anhelaba emprender su viaje a África. En consecuencia, cedió el mando a Orgaz, escoltó a Carmen Polo y a Carmencita Franco hasta el puerto y las escondió a bordo del buque *Uad Arcila* hasta la llegada del transatlántico alemán *Waldi*, que debía llevarlas a El Havre.^{*69}

Mientras la lucha proseguía, Franco embarcó a las 11 de la mañana en un remolcador en dirección hacia el aeropuerto de Gando, donde le esperaba el Dragon Rapide de Bebb. Habría sido prácticamente imposible llegar a Gando por carretera a través de pueblos controlados por el Frente Popular. El remolcador se acercó todo lo que pudo a la costa y los marineros desembarcaron a Franco y a su grupo en la playa.⁷⁰ A las 14.05 horas del 18 de julio, el aparato despegó rumbo a Marruecos. Se ha sugerido que, por miedo a que el avión fuera interceptado, Franco llevaba una carta para el jefe de Gobierno que anunciaba su decisión de ir a Madrid a luchar por la República.⁷¹ El hecho de que Franco se hiciera pasar por diplomático español con el pasaporte de Sangróniz, parece contradecirlo. En el avión, Franco cambió su uniforme por un traje gris oscuro, Pacón, por uno blanco, y ambos arrojaron sus documentos de identidad fuera del avión.⁷² Franco también se puso gafas y, en algún momento del viaje, se afeitó el bigote.

Existe mucha polémica en torno a los detalles del viaje. Arrarás y Bolín hablan de que Franco se puso un traje gris oscuro; Franco Salgado-Araujo de que ambos llevaban trajes veraniegos blancos. Estas versiones son más plausibles que la afirmación de Hills de que Franco se puso un traje árabe y la de Crozier, quien añade la extravagancia de un turbante. La indumentaria árabe habría sido un extraño disfraz para alguien que viajaba con el pasaporte diplomático español de Sangróniz. Franco Salgado-Araujo afirma que metieron sus uniformes en una maleta y la arrojaron desde el avión. Dada la dificultad de arrojar una maleta desde un avión en vuelo y el hecho de que al finalizar el viaje salieran del avión vestidos de uniforme, cabe suponer que a Pacón le fallaba la memoria. También hay controversia sobre cuándo y dónde desapareció el bigote. La cuestión es si se lo afeitó a bordo del avión o más tarde, durante la escala en Casablanca. Pacón y Arrarás sitúan el acontecimiento en el avión, pero es improbable que Franco se afeitara en seco, en un avión inestable, al principio del viaje. Luis Bolín, que compartió habitación de hotel con Franco en Casablanca, sostiene que se lo afeitó allí. El mecánico también reclama el mérito de haberle afeitado el bigote.⁷³ Cuando quiera que tuviera lugar el debatido afeitado, dio pie a que Queipo de Llano opinara más tarde que lo único que había sacrificado Franco por España era el bigote.⁷⁴

Hicieron escala en Agadir a media tarde, donde tuvieron alguna dificultad para encontrar combustible. El Dragon Rapide sobrevoló Casablanca a última hora de la noche y se vieron sorprendidos por la repentina desaparición de las luces de aterrizaje de la pista. Con el combustible a punto de agotarse, vivieron momentos de gran ansiedad. El aeropuerto estaba oficialmente cerrado, pero Bolín había sobornado a un oficial para que lo abriera. El fallo de la luz se debía sólo a un fusible fundido. Cuando aterrizaron sanos y salvos, comieron un bocadillo y, siguiendo el consejo de Bebb, decidieron no continuar viaje hasta por la mañana. Pasaron unas horas en un hotel y, con las primeras luces, el 19 de julio el aparato despegó en dirección a Tetuán. Franco, que apenas había dormido en tres días, estaba pletórico de vitalidad a las 5.00 de la madrugada. Al cruzar la frontera del Marruecos español, Franco y Pacón volvieron a ponerse el uniforme. Como la situación que les aguardaba era incierta, sobrevolaron en círculos el aeródromo de Tetuán hasta que vieron al teniente coronel Eduardo Sáenz de Buruaga, un antiguo camarada africanista de Franco. Totalmente tranquilizado, Franco gritó: «Podemos aterrizar, he visto al rubito», y aterrizaron para recibir el apasionado recibimiento de los insurgentes que los aguardaban.⁷⁵

Rápidamente informados de la enorme escasez de aviones disponibles para los rebeldes, Franco decidió que Bolín acompañase a Bebb (que regresaba a Londres con el Dragon Rapide) hasta Lisboa para informar a Sanjurjo y que luego se dirigiera a Roma en busca de ayuda. Dos horas después de dejar a los pasajeros, el Dragon Rapide partió para Lisboa a las nueve de la mañana, con Bolín a bordo llevando una nota del general Franco que decía: «Autorizo a Don Luis Antonio Bolín a negociar con urgencia en Inglaterra, Alemania o Italia la compra de aviones y pertrechos para el ejército español no marxista». Cuando Bolín le pidió más detalles, Franco escribió con lápiz al dorso del papel: «12 bombarderos, 3 cazas con bombas (y equipo de bombardeo) de 50 a 100 kilos. 1.000 bombas de 50 kilos y 100 más de unos 500 kilos». En Lisboa, Bolín obtendría otra autorización de Sanjurjo para su misión. El 20 de julio, el avión se dirigió de Lisboa a Biarritz. Al día siguiente, Bebb llevó a Bolín a Marsella, desde donde viajó a Roma para pedir ayuda militar a Mussolini.^{*76}

El hecho de que Franco se decidiera tan rápidamente a hacer algo respecto a la necesidad de los rebeldes de ayuda extranjera es extraordinariamente revelador, tanto de su confianza en sí mismo como de su ambición. Sanjurjo estaba convencido de que Franco no aspiraba nada más que a ser Alto Comisario de Marruecos. No obstante, su experiencia durante la represión de la revolución de Asturias le había dado a Franco un mayor sentido de sus capacidades y aspiraciones considerablemente mayores. El alcance de dichas ambiciones era algo que Franco aún no conocía. La situación cambiaría con presteza a medida que sus rivales eran rápidamente eliminados, se forjaban

relaciones con los alemanes y los italianos, y fluctuaba la política de la zona rebelde. Siempre flexible, Franco fue adaptando sus ambiciones cuando decisivos acontecimientos originaron posibilidades más tentadoras.

La forja de un Generalísimo, julio-agosto de 1936

No cabe duda de que la curiosa figura de Franco, bajito y con una barriga prematura, tenía un poder notable para elevar la moral de quienes le rodeaban. Esa cualidad desempeñó un papel crucial en la victoria de los nacionales y singularizaría a Franco como jefe del esfuerzo bélico nacionalista. Al librarse por fin de sus vacilaciones de la anterior primavera, Franco volvió a adoptar temporalmente la personalidad aventurera que tan buenos resultados le había dado en su ascenso a general. No pudo haberla más apropiada para los primeros días del alzamiento, le acompañaría triunfalmente en los primeros meses de la Guerra Civil y le llevó hasta las puertas del poder absoluto. En ese momento, volvió a invadirle la prudencia.

A las 7.30 de la mañana del domingo 19 de julio, cuando se dirigía a Tetuán desde el aeródromo, las calles ya estaban repletas de gente que gritaba: «¡Viva España!» y «¡Viva Franco!». Bandas militares y oficiales exultantes le recibieron en las oficinas del Alto Comisariado español. Uno de sus primeros actos en su nuevo cuartel general fue escribir un discurso a sus compañeros de armas rebeldes de Marruecos y España. El texto emanaba confianza. Decía: «España se ha salvado» y finalizaba con palabras que resumían la incuestionada convicción de Franco: «Fe ciega, no dudar nunca, firme energía sin vacilaciones, porque la Patria lo exige. El Movimiento es arrollador y ya no hay fuerza humana para contenerlo». Radiado una y otra vez por las emisoras de radio locales, tuvo el efecto instantáneo de elevar el ánimo de los rebeldes. A primeras horas de la mañana, a su llegada a Ceuta, las escenas que presencié eran más propias del principio de una gran aventura que de una sangrienta guerra civil. Más tarde, ese mismo día, se dirigió al cuartel general de la Legión en Dar Riffien. Casi dieciséis años antes había llegado allí por primera vez para convertirse en subjefe de la recién creada fuerza. Encontrarse ahora con soldados eufóricos gritando: «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!» debió estimular en él un sentimiento de predestinación. Yagüe pronunció un discurso breve y emotivo: «Aquí están, tal como los dejaste... Magníficos y dispuestos a todo. Tú, Franco, que tantas veces los has conducido a la victoria, guíalos de nuevo por el honor de España». El recién llegado líder, al borde de las lágrimas, abrazó a Yagüe y dirigió unas palabras a los legionarios. Reconoció que estaban ansiosos por combatir y aumentó su paga, ya casi el doble que la del ejército regular, en una peseta por día.¹

Ese gesto práctico demostraba que, además de la retórica, era consciente de la necesidad de consolidar el apoyo de aquellos en quienes tendría que confiar durante las siguientes cruciales semanas. Al llegar al Alto Comisariado se reunió de inmediato con los coroneles Sáenz de Buruaga, Beigbeder y Martín Moreno para discutir fórmulas que permitieran reclutar voluntarios marroquíes.² A su regreso a Tetuán desde Dar Riffien, adoptó otra medida para asegurar la buena voluntad de los marroquíes. Condecoró al gran visir Sidi Ahmed el Gamnia con la máxima medalla española al valor, la Gran Cruz Laureada de San Fernando, por su energía al contener sin ayuda un disturbio antiespañol en Tetuán.³ Fue un gesto que facilitaría el reclutamiento de mercenarios marroquíes para luchar en la España peninsular.⁴

La inclinación de Franco a emplear tropas marroquíes en España ya se había demostrado en octubre de 1934. Las atroces prácticas de la Legión y los Regulares se repitieron con terrible eficacia durante el sanguinario avance del ejército de África hacia Madrid en 1936. En el plano consciente, para Franco se trataba de una simple decisión militar. La Legión y los Regulares eran los soldados más eficaces de las fuerzas armadas españolas y era natural que los emplease sin preocuparse por las implicaciones morales. Sin embargo, la epopeya central de la historia de España, profundamente arraigada en la cultura nacional y sobre todo en la cultura de la derecha, era la lucha contra los moros desde el año 711 a 1492. En épocas más recientes, la conquista del protectorado marroquí había costado decenas de miles de vidas españolas. En consecuencia, el uso de tropas marroquíes por parte de los insurgentes contra civiles españoles estaba cargado de significado. Demostraba hasta qué punto era parcial y clasista la interpretación nacionalista de patriotismo y su decisión de ganar a cualquier precio.

Franco creía que se rebelaba para salvar a la patria (más bien su interpretación de ella) de la infiltración comunista y que cualquier medio era lícito. No consideraba que los votantes liberales y obreros del Frente Popular fueran parte de ella. En ese sentido, como había ya sugerido la campaña asturiana de 1934, Franco iba a considerar a los milicianos obreros opuestos a su avance sobre Madrid de forma similar a los cabileños a quienes había tenido que pacificar entre 1912 y 1925. Dirigiría las primeras etapas de su esfuerzo bélico como si fuese una guerra colonial contra un enemigo racialmente despreciable. Los marroquíes iban a sembrar el terror por doquier, a saquear los pueblos que capturaran, a violar a las mujeres que encontrasen, matar a sus prisioneros y mutilar sexualmente los cadáveres.⁵ Franco sabía que iba a ser así y había escrito un libro en el que hacía patente su aprobación de semejantes métodos.⁶ Si tuvo algunas reservas, sin duda las eliminó la conciencia de la magnitud de la labor a la que se enfrentaban él y sus compañeros rebeldes. Franco sabía que si fracasaban serían fusilados. En semejante contexto, el ejército de África era un recurso inestimable, unas tropas de choque capaces de asimilar las bajas sin que hubiera repercusiones políticas.⁷ El uso del terror, como inversión inmediata o a más largo plazo, era algo que Franco comprendía por instinto. Durante la Guerra Civil y mucho después, aquellos enemigos que no fueron eliminados físicamente quedarían deshechos por el miedo, anulados para cualquier resistencia y obligados a sobrevivir en la apatía.

Debido a su fría obstinación y a su optimismo contagioso, la decisión de Franco de unirse al levantamiento y asumir la dirección de las fuerzas españolas en Marruecos constituyó una considerable inyección de moral para los rebeldes. Descrito por el diario *The Times* como «hermano del famoso aviador» y un «general chaquetero», la República lo despojó de su rango el 19 de julio.⁸ De los veintinueve generales de división en servicio activo, Franco fue uno de los cuatro que se rebelaron contra el gobierno, junto a Goded, Queipo y Cabanellas.⁹ Hubo oficiales que decidieron sumarse a la sublevación una vez que supieron de la actitud de Franco.¹⁰ Más de un oficial rebelde en la España peninsular reaccionó ante la noticia con un espontáneo grito de: «¡Franquito está con nosotros! ¡Hemos ganado!». ¹¹ Se equivocaban, en el sentido de que los conspiradores, con la excepción parcial de Franco (que esperaba que la lucha durara un par de meses), no habían previsto que el intento de golpe se convirtiera en una larga guerra civil. Habían planeado un rápido alzamiento, al que seguiría un directorio militar como el establecido por Primo de Rivera en 1923 y no habían contado con la fuerte resistencia que había de oponer la clase obrera.

No obstante, los conspiradores tuvieron la fortuna de que sus dos generales más capaces, Franco y Mola, triunfaran en las primeras horas del golpe. Mientras en el sur del territorio español Franco confiaba en las brutales fuerzas militares del protectorado marroquí, en el norte Mola disfrutaba del apoyo casi unánime de los carlistas de Navarra. En Pamplona, una multitud carlista había convertido el golpe en una fiesta popular, atestando las calles y gritando: «¡Viva Cristo Rey!». Estos dos triunfos permitieron la puesta en marcha del plan rebelde para marchar simultáneamente sobre Madrid.

El 18 de julio, esta general estrategia aún pertenecía al futuro. El alzamiento sólo había triunfado en el norte, en el noroeste de España y en bolsas aisladas del sur. Con escasas excepciones, los triunfos rebeldes coincidían con la geografía electoral de la República. En Galicia y las regiones rurales y católicas de Castilla la Vieja y León, donde la derecha había disfrutado de un apoyo masivo, el golpe encontró poca oposición. Las ciudades religiosas y conservadoras, como Burgos, Salamanca, Zamora, Segovia y Ávila, cayeron sin lucha. Por el contrario, en Valladolid, después de que los generales Andrés Saliquet y Miguel Ponte arrestasen al jefe de la VII Región Militar, general Nicolás Molero, sus hombres, ayudados por la milicia falangista local, tardaron casi veinticuatro horas en aplastar a los ferroviarios socialistas vallisoletanos.¹² En la mayor parte del campo andaluz, donde los jornaleros desheredados componían la mayoría de la población, la izquierda se hizo con el poder. En las ciudades del sur la historia fue diferente. Una huelga general en Cádiz parecía haber ganado la ciudad para los obreros, pero tras la llegada de refuerzos procedentes de Marruecos, los rebeldes a las órdenes de los generales José López Pinto y José Enrique Varela consiguieron controlar la situación. Córdoba, Huelva, Sevilla y Granada cayeron tras la brutal eliminación de la resistencia obrera. Sevilla, la capital andaluza y la ciudad más revolucionaria del sur, cayó ante el delgado y excéntrico Queipo de Llano y un puñado de conspiradores que conquistaron el cuartel general de la división militar mediante engaños y bravatas. Emparentado con Alcalá Zamora, Queipo se había considerado republicano hasta que la destitución de que había sido objeto por parte del presidente le inspiró un odio enconado hacia el régimen. Quizá como expiación de su pasado republicano, pronto sería conocido por su implacable ferocidad, demostrada primeramente durante la ocupación de Sevilla en la sangrienta represión en los barrios obreros.¹³

En la mayoría de los principales centros urbanos e industriales, como Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao, las fuerzas populares dejaron a un lado el vacilante gobierno republicano y se hicieron con el poder, derrotando a los militares rebeldes. En Madrid, el general a cargo del alzamiento, Rafael Villegas, estaba escondido y envió a su inmediato inferior, el general Fanjul, a tomar el mando del único puesto que tenían, el cuartel de La Montaña. Sitiado éste por fuerzas obreras locales, Fanjul fue capturado, juzgado y ejecutado.¹⁴ Después de derrotar a los rebeldes del cuartel de La Montaña, los milicianos republicanos de la capital se dirigieron hacia el sur para deshacer el triunfo del alzamiento en Toledo y ocuparon la ciudad con tropas regulares leales. Sin embargo, los rebeldes al mando del coronel José Moscardó, comandante militar de la ciudad, se retiraron al Alcázar, la inexpugnable fortaleza que domina Toledo y el Tajo, el cual la rodea por los costados sur, oriental y occidental.

La derrota del alzamiento en Barcelona privó a los conspiradores de uno de sus generales más competentes, Manuel Goded, un rival potencial de Franco, tanto militar como políticamente. En Barcelona, Companys se negó a distribuir armas, pero la CNT se apoderó de los arsenales. A primeras horas del 19 de julio, las tropas rebeldes se dirigieron hacia el centro de la ciudad. Allí encontraron la oposición de los anarquistas y, lo que fue decisivo, de la Guardia Civil local, que había permanecido leal. La CNT atacó los cuarteles de las Atarazanas, donde los rebeldes habían establecido su cuartel general. Cuando Goded llegó en hidroavión procedente de las Baleares para unirse a ellos, el alzamiento ya había sido derrotado. Una vez capturado, le obligaron a radiar un llamamiento a sus seguidores para que depusieran las armas. Fue una victoria vital para el gobierno, pues garantizaba la lealtad de toda Cataluña.¹⁵

En el País Vasco, dividido entre el campesinado católico y los socialistas urbanos, el apoyo de la República a las aspiraciones locales nacionalistas inclinó el equilibrio en perjuicio de los rebeldes. Como Franco había previsto, la actitud de la Guardia Civil y de los Guardias de Asalto iba a ser crucial. Allí donde las dos fuerzas permanecieron fieles al gobierno, como sucedió en la mayoría de las grandes ciudades, los conjurados fueron derrotados. En Zaragoza, plaza fuerte de la CNT, donde no fue así, la decisiva acción conjunta de la policía y la guarnición militar conquistó la ciudad antes de que las masas anarcosindicalistas pudieran reaccionar. En Oviedo, el coronel Antonio Aranda Mata, audaz comandante militar, se hizo con el poder con engaños y con coraje: convenció tanto a Madrid como a las fuerzas asturianas de izquierda de que era leal a la República. Varios miles de mineros salieron confiados de la ciudad con el fin de ayudar a la defensa de Madrid, sólo para que muchos de ellos fueran asesinados brutalmente en una emboscada que la Guardia Civil les tendió en Ponferrada. Después de hablar con Mola por teléfono, Aranda se pronunció a favor de los rebeldes. Al día siguiente, Oviedo estaba asediada por mineros

enfurecidos.¹⁶ Los triunfos de los insurgentes en Oviedo, Zaragoza y las capitales provinciales de Andalucía habían encontrado suficiente hostilidad popular para sugerir que sería necesaria una guerra de conquista a gran escala antes de que los rebeldes controlaran toda España.

Al cabo de tres días, los conspiradores dominaban aproximadamente un tercio de España en un bloque compacto que incluía Galicia, León, Castilla la Vieja, Aragón y parte de Extremadura, junto con enclaves aislados como Oviedo, Sevilla y Córdoba. Galicia era crucial por sus puertos, sus productos agrícolas y como base de los ataques contra Asturias. Los rebeldes también disponían de las grandes áreas trigueras, pero los principales centros de la industria española, tanto pesada como ligera, seguían en manos republicanas. Los rebeldes se enfrentaban al gobierno legítimo y a buena parte del ejército, aunque la lealtad de éste fuera lo bastante dudosa para que las autoridades republicanas no recurrieran demasiado a él. El Gobierno era inestable e indeciso. De hecho, los rebeldes advirtieron un prometedor indicio del equilibrio real de fuerzas cuando Casares Quiroga dimitió para ser sustituido en breve por un gabinete partidario de llegar a algún tipo de acuerdo con los rebeldes. Cuando Casares se retiró, Azaña mantuvo consultas con el republicano moderado Diego Martínez Barrio, con los socialistas Largo Caballero y Prieto, y con su amigo, el republicano conservador Felipe Sánchez Román. Como base para un compromiso, Sánchez Román sugirió un paquete de medidas que incluían la prohibición de huelgas, y acciones enérgicas contra las milicias de izquierda. El resultado fue un gabinete de centro dirigido por Martínez Barrio. Convencidos de que era un gobierno dispuesto a capitular ante las demandas militares, los rebeldes no eran partidarios de transacción alguna.¹⁷

Ya era demasiado tarde. Ni Mola ni las fuerzas republicanas a la izquierda de Martínez Barrio estaban dispuestos a aceptar ningún acuerdo. Cuando Martínez Barrio hizo su decisiva llamada telefónica a Mola a las 2 de la madrugada del 19 de julio, la conversación fue educada, pero estéril. Mola rehusó la propuesta de entrar en el gobierno porque ya era demasiado tarde y todo compromiso significaría una traición a los simpatizantes de ambos bandos.¹⁸ Al día siguiente, Martínez Barrio fue sustituido por José Giral, un seguidor de Azaña. Después de que su ministro de la Guerra, el general José Miaja, intentara sin éxito negociar la rendición de Mola, Giral comprendió la naturaleza de la situación y dio el paso decisivo de autorizar la entrega de armas a los trabajadores. A partir de entonces, la defensa de la República recayó en las milicias de izquierdas. En consecuencia, la rebelión militar precipitó la misma revolución que Franco creía estar abortando. Al tomar las armas para combatir a los rebeldes, la izquierda recogió el poder abandonado por el *establishment* político burgués que se había desmoronado. La izquierda republicana de clase media, los socialistas moderados y el partido comunista se unieron entonces para sofocar la revolución y restaurar el poder de la República burguesa. Hacia mayo de 1937 conseguirían su objetivo, al mismo tiempo que sofocaban la pujanza revolucionaria de la clase obrera.

Mientras tanto, un Estado asediado, atacado por una parte de su ejército e incapaz de confiar en la mayoría de los que se habían declarado leales, con sus jueces y su fuerza policial dividida (en el mejor de los casos), vio cómo buena parte del poder pasaba de la noche a la mañana a organismos revolucionarios creados *ad hoc*. En tales circunstancias, durante las primeras semanas y meses, las autoridades de la República no pudieron evitar que los elementos extremistas cometieran atrocidades contra aquellas personas de derechas que se hallaban en zona republicana. Esto permitió una justificación *a posteriori* del alzamiento militar, que carecía de objetivos previamente convenidos. El hecho de que fueran los comunistas quienes a la larga se pusieron al frente de la restauración del orden y el aplastamiento de la revolución fue simplemente desoído por oficiales como Franco, que creían haberse pronunciado para derrotar la amenaza comunista. Ese propósito general era lo más parecido a un plan político que tenían los conspiradores. La peculiar declaración de Franco en Canarias antes de partir para África finalizaba con: «Fraternidad, libertad e igualdad». Muchas proclamas de otros oficiales concluían con el grito: «¡Viva la República!». En el mejor de los casos, sabían que planeaban instaurar una dictadura militar, con la forma concreta de un directorio militar.¹⁹

Igualmente imprecisos eran los pronósticos militares. Había quienes, como el general Orgaz, creían que el alzamiento lograría sus objetivos en cuestión de horas, o como mucho días.²⁰ Percatándose de la vital importancia de Madrid y anticipándose a un posible fracaso en la capital, Mola preveía la necesidad de un doble avance desde Navarra y desde el sur y, por tanto, una corta guerra civil de dos o tres semanas de duración. Los reveses de los primeros días sembraron la duda en la mente de los antiguos optimistas. Entre los conspiradores, prácticamente sólo Franco, con sus obsesiones sobre la importancia de la Guardia Civil, tenía una visión realista. Pero ni siquiera él había previsto una guerra que se prolongase más allá de mediados de septiembre. Sin embargo, se tomó los contratiempos de los primeros días con mucha flema, buscando imaginativamente nuevas soluciones e insistiendo ante quienes integraban su entorno en que debían tener una «fe ciega» en la victoria. Poca duda cabe de que su «fe ciega» era sincera. Reflejaba tanto su temperamento como su arraigada convicción de que una moral superior ganaba batallas, algo que había aprendido en África. Desde sus primeros días en la Legión, conservó la creencia de que la moral debía estar respaldada por una férrea disciplina. El categórico optimismo de sus primeras emisiones radiofónicas en Tetuán se completó con amenazadoras advertencias sobre lo que sucedería a quienes se opusieran a los rebeldes. El 21 de julio prometió que los «hechos vandálicos» del Frente Popular recibirían un «castigo ejemplar». El 22 de julio dijo: «para los que persistan en la hostilidad o pretendan rendirse a última hora, no habrá perdón».²¹

Sin saber aún la suerte del alzamiento en la península, Franco había establecido su cuartel general en las oficinas del Alto Comisariado español en Tetuán. Uno de los primeros asuntos con el que tuvo que enfrentarse le proporcionó la oportunidad para demostrar precisamente el tipo de disciplina férrea que, en su opinión, generaría la voluntad para vencer. A su llegada a Tetuán, le informaron de que su primo carnal, el comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, estaba arrestado y a punto de comparecer ante un consejo de guerra sumarísimo. Había intentado resistir en nombre de la República en el aeropuerto Sania Ramel de Tetuán y había saboteado los aviones del mismo antes de

ser reducido. Según la sobrina de Franco, él y Ricardo de la Puente eran más hermanos que primos. De adultos, se habían agudizado sus diferencias ideológicas. Franco lo había sustituido de su puesto durante la revolución asturiana, y en una de sus muchas discusiones había exclamado: «Un día voy a tener que fusilarte». De la Puente fue condenado a muerte y Franco no hizo nada para salvarle. Creía que el indulto se habría considerado un signo de debilidad; algo a lo que no estaba dispuesto a arriesgarse. En lugar de decidir entre aprobar la sentencia de muerte u ordenar un indulto, brevemente cedió el mando a Orgaz y dejó que él tomara la decisión final.²²

Mientras Franco consolidaba su mando en Marruecos, las cosas no iban bien para los nacionales al otro lado del estrecho de Gibraltar. Las pérdidas de Fanjul en Madrid y Goded en Barcelona fueron golpes importantes.²³ Mientras Mola y otros conspiradores victoriosos esperaban la llegada de Sanjurjo desde su exilio portugués para encabezar una marcha triunfal sobre Madrid, al alborar el 21 de julio recibieron más noticias adversas.²⁴ Sanjurjo había muerto en extrañas circunstancias. Enviado por Mola, el 19 de julio había llegado a Estoril, donde estaba afincado Sanjurjo, el monárquico Juan Antonio Ansaldo, as de la aviación, mujeriego y antiguo organizador de las escuadras terroristas de Falange.²⁵ Su diminuto biplano Puss Moth parecía una rara elección para la misión, toda vez que el más apropiado Dragon Rapide utilizado por Franco acababa de aterrizar en Lisboa, seguramente con la intención de recoger a Sanjurjo. El viaje también pudo haberse hecho por carretera. No obstante, cuando Ansaldo llegó, anunció teatralmente a un entusiasta grupo de partidarios de Sanjurjo que se ponía a las órdenes del jefe del Estado español. Presa de la emoción ante tal exhibición de respeto público, Sanjurjo consintió en viajar con él.²⁶

A los problemas que planteaba el pequeño tamaño del avión de Ansaldo se añadió la intervención de las autoridades portuguesas. Aunque Sanjurjo estaba legalmente en el país como turista, el gobierno portugués no quería problemas con Madrid. En consecuencia, Ansaldo se vio obligado a pasar por la aduana y a despegar solo del aeropuerto de Santa Cruz. Luego regresó a Estoril y el 20 de julio recogió a Sanjurjo en un circuito de carreras abandonado, llamado La Marinha de Boca do Inferno, cerca de Cascais. Según Ansaldo, a su propio peso Sanjurjo añadió una gran maleta que contenía uniformes y medallas para su ceremoniosa entrada en Madrid. El viento obligó a Ansaldo a despegar en dirección a unos árboles. El sobrecargado aparato no se elevó lo suficiente para evitar que la hélice se enganchara en las copas de los árboles. Se estrelló y ardió en llamas. Sanjurjo murió, pero su piloto sobrevivió.²⁷ Contrariamente a la versión de Ansaldo, en Portugal se dijo más tarde que el choque fue consecuencia de una bomba anarquista.²⁸

Cualquiera que fuera la causa, la muerte de Sanjurjo tendría un profundo impacto en el curso de la guerra y en la carrera del general Franco. Sanjurjo era el jefe elegido unánimemente por los conspiradores. Eliminados Fanjul y Goded, ahora su muerte dejaba a Mola como el único general que supondría un futuro desafío para Franco. En cualquier caso, la posición de Mola como «director» del alzamiento estaba más que equilibrada por el control que Franco ejercía sobre el ejército marroquí, el cual pronto se convertiría en piedra angular del éxito de los nacionales. Cuando estalló la guerra, las fuerzas militares en la península, aproximadamente 130.000 hombres en el ejército y 33.000 guardias civiles, se hallaban divididos casi por igual entre rebeldes y leales. No obstante, ese empate se vio drásticamente alterado por el hecho de que todo el ejército de África estaba del lado de los rebeldes. Contra el endurecido ejército colonial, los milicianos improvisados y los inexpertos reclutas, que carecían de soporte logístico y de mandos superiores, tenían pocas posibilidades de éxito.²⁹ Al margen de Mola, el único que podía disputarle la preeminencia a Franco era el jefe falangista, José Antonio Primo de Rivera, pero se hallaba en una cárcel republicana en Alicante.

En aquellos primeros días del alzamiento, es difícil que el ambicioso pero imperturbable Franco pensara en otra cosa que no fuera en ganar la guerra. La muerte de Sanjurjo fue una demostración inapelable para los conspiradores de que el alzamiento distaba mucho del éxito instantáneo que ellos esperaban. El fracaso de la sublevación en Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga y Bilbao obligó a los insurgentes a desarrollar un plan de ataque para conquistar el resto de España. Como Madrid se consideraba el eje de la resistencia republicana, su estrategia tomaría la forma de campañas contra la capital de España, dirigidas por el ejército de Mola y las fuerzas africanas de Franco. Sin embargo, los rebeldes tendrían que enfrentarse a problemas imprevistos. Los esfuerzos de Mola se dispersarían ante la necesidad de enviar tropas a San Sebastián y a Aragón. Además, las columnas mixtas de soldados, requetés carlistas y falangistas que Mola envió contra Madrid se vieron sorprendidas por las improvisadas milicias obreras procedentes de la capital en el paso de Somosierra, al norte, y en el Alto del León, al noroeste. Amenazado por los republicanos desde Asturias, Santander y el País Vasco, el ejército del norte también estaba debilitado por la falta de armas y munición.

El ejército de Franco estaba paralizado por el problema del transporte a la península. Los conspiradores habían dado por sentado que la flota estaría con ellos, pero el que la marinería se amotinara contra sus oficiales frustró sus esperanzas. Ante el consiguiente problema de encontrarse bloqueado en Marruecos, Franco demostró una impasible sangre fría. Su aparente presencia de ánimo le impidió flaquear ante los numerosos reveses que sufrieron los rebeldes en las primeras cuarenta y ocho horas. Ni siquiera las peores noticias le quitaron el sueño.³⁰ El optimismo y la convicción de vencer de Franco fueron el tema dominante de una entrevista que el 27 de julio concedió al periodista americano Jay Allen en Tetuán. Cuando Allen le preguntó cuánto tiempo duraría la matanza ahora que el golpe había fracasado, Franco respondió: «No puede haber acuerdo ni tregua. Seguiré preparando mi avance hacia Madrid. Avanzaré. Tomaré la capital. Salvaré a España del marxismo a cualquier precio». Negando que se encontraran en un atolladero, Franco declaró: «He sufrido reveses, la desertión de la flota fue un golpe duro, pero seguiré avanzando. Poco a poco mis tropas pacificarán el país y todo esto pronto parecerá una pesadilla». Allen respondió: «¿Significa eso que tendrá que matar a media España?», a lo que un Franco sonriente dijo: «Le repito, a cualquier precio».³¹

Antes de que Franco llegara a Tetuán, el destructor *Churruca*, los vapores mercantes *Cabo Espartel* y *Lázaro* y un transbordador habían conseguido transportar a 220 hombres a Cádiz el 18 de julio. Sin embargo, en cuestión de horas la tripulación del *Churruca*, como tantas otras en los buques de la armada española, se amotinó contra los oficiales rebeldes. El 19 de julio, el cañonero *Dato* y un transbordador llevaron a otros 170 soldados hasta Algeciras. En los días siguientes, sólo algunas tropas más pudieron cruzar en faluchos marroquíes de vela latina.³² Estos hombres tendrían un impacto crucial en el triunfo del alzamiento en Cádiz, Algeciras y La Línea. Al cabo de unas horas de llegar a Tetuán, Franco había discutido con su primo Pacón y el coronel Yagüe el problema urgente de transportar a la Legión a través del estrecho de Gibraltar. El ejército marroquí estaba literalmente inmovilizado. No obstante, Franco se benefició de dos importantes golpes de suerte. En primer lugar, la simpatía por su causa de las autoridades británicas en el Peñón de Gibraltar hizo que denegasen el uso de las instalaciones portuarias a la flota republicana. Además, el espigado e incorruptible general Alfredo Kindelán, fundador de la aviación española y distinguido conspirador monárquico, resultó estar en Cádiz como enlace de Mola con los oficiales superiores de la Armada. En la confusión, rota su conexión con Mola, Kindelán entró en contacto con las tropas recién llegadas de Marruecos. Desde Algeciras, habló por teléfono con Franco, que le hizo jefe de su aviación.³³ Kindelán sería una baza importante en la organización del cruce del estrecho.

Separado por mar de la España peninsular, Franco, aconsejado por Kindelán, empezó a acariciar la revolucionaria idea de trasladar su ejército por aire y buscar el modo de romper el bloqueo por mar.³⁴ Los pocos aviones disponibles de Tetuán habían sido saboteados por el comandante De la Puente Bahamonde. Pronto aquellas unidades y otras de Sevilla estuvieron reparadas y dispuestas para despegar. Unos pocos legionarios pudieron cruzar el estrecho por aire, aterrizar en el aeródromo de la Tablada en Sevilla y colaborar en la consolidación del control de la ciudad por Queipo de Llano.³⁵ A partir de entonces, todos los días desde el alba hasta última hora de la tarde, tres trimotores de transporte Fokker F.VIIb3m y un hidroavión Dornier DoJ Wal mantuvieron una actividad continua. Cada aparato hacía cuatro viajes al día; los Fokker transportaban cada vez de dieciséis a veinte soldados pertrechados; el Dornier sólo podía transportar doce y tenía que aterrizar en la bahía de Algeciras. Desde el 25 de julio, a los cuatro aviones primeros se añadió un Douglas DC-2 capaz de transportar a 25 hombres y, a finales de mes, otro hidroavión Dornier DoJ Wal.³⁶

El «puente aéreo» era aún demasiado lento. Irónicamente, la principal preocupación de Franco y su primo era que Mola pudiera llegar a Madrid antes que ellos. En cierto momento, Franco comentó: «En septiembre volveremos a las Canarias, felices y contentos, después de obtener un rápido triunfo sobre el comunismo».³⁷ Incluso antes de que llegara la ayuda germanoitaliana, Franco tuvo la suerte de que Kindelán, el enérgico comandante Julio García de Cáceres y otros aviadores sumados al alzamiento obraran milagros, y repararan los hidroaviones que habían sido inutilizados, poniendo a su disposición ocho antiguos biplanos bombarderos Breguet XIX y dos cazas Nieupoort 52. Cuando Franco se decidió a cruzar el mar estos aviones proporcionaron la escolta cuyo hostigamiento de la armada republicana pronto sembraría el pánico entre la inexperta marinería.³⁸ Franco reconoció la importancia de la contribución de Kindelán, nombrándole general jefe del Aire el 18 de agosto.³⁹

Incluso antes de que se pusiera en marcha el primitivo y limitado «puente aéreo», Franco buscaba el modo de romper el bloqueo del estrecho. La tarde del 20 de julio, convocó una reunión a la que asistieron Yagüe, Beigbeder, Sáenz de Buruaga y Kindelán, así como oficiales de la Armada y la aviación. Confiando en la afirmación de Kindelán de que los aviones disponibles podían enfrentarse a cualquier buque hostil, a la primera oportunidad Franco decidió enviar un convoy de tropas por mar desde Ceuta, venciendo las fuertes dudas expresadas por Yagüe y los oficiales de la Marina presentes, a quienes preocupaba la amenaza que planteaba la Armada republicana. Sin embargo, convencido como siempre de la importancia de los factores morales en la resolución de las batallas, Franco creía que la marinería republicana, sin oficiales expertos con quienes navegar, supervisar las salas de máquinas o dirigir las armas, presentaba poco peligro. Reconocía la validez de las objeciones, pero simplemente les quitó importancia. «Tengo que cruzar y cruzaré.» Sería una de las pocas ocasiones en las que el Franco cauteloso y previsor aceptaría correr un riesgo. Se decidió en contra de un posible cruce nocturno, porque su principal ventaja, el temor de las tripulaciones republicanas a un ataque aéreo, quedaría neutralizado. La fecha precisa del convoy se aplazaría hasta que los nacionales tuvieran mejor cobertura aérea y más conocimiento de los movimientos de la flota republicana.⁴⁰

Finalmente tendría lugar el 5 de agosto. A la larga, la conversión del levantamiento en una dilatada guerra de desgaste actuó a favor de la posición política de Franco y de la instauración de una dictadura personal. Sin embargo, el aislamiento de Franco en África dejó la dirección política del golpe en manos de Mola. No obstante, aunque Franco no pensara más que en ganar la guerra, daba por sentado que, muerto Sanjurjo, él era el principal sublevado, de lo que informó tanto a alemanes como a italianos. Sus ambiciones se verían precipitadas por los acontecimientos del norte.

El 19 de julio, tras declarar la ley marcial en Pamplona, Mola elaboró una versión ampliada de un documento anterior sobre el directorio militar y sus políticas corporativas.⁴¹ El 23 de julio creó en Burgos una Junta de Defensa Nacional formada por siete personas con la presidencia nominal de Cabanellas, el general de división de más antigüedad del bando nacionalista tras la muerte de Sanjurjo. Constaba la junta de los generales Mola, Miguel Ponte, Fidel Dávila y Andrés Saliquet, y dos coroneles del Estado Mayor, Federico Montaner y Fernando Moreno Calderón. Mola también buscó la colaboración de algunos civiles del grupo de Renovación Española.⁴² Tras haber sido diputado por Jaén del Partido Radical de Lerroux entre 1933 y 1935, sus compañeros consideraban a Cabanellas peligrosamente liberal. Su ascenso a presidente de la Junta no obedecía simplemente a razones de antigüedad sino también a la preocupación de Mola por alejarle del mando activo de Zaragoza. El 21 de julio, el propio Mola visitó a Cabanellas en Zaragoza y le consternó comprobar que era comedido a la

hora de acabar con la oposición y consideraba la idea de emplear a antiguos miembros del Partido Radical en la creación de un gobierno municipal.⁴³ El 24 de julio, la Junta nombró a Franco jefe de sus fuerzas en el frente del sur. El 1 de agosto, el capitán Francisco Moreno Fernández fue nombrado almirante al mando de la parte de la Armada que no había permanecido leal a la República y se incorporó a la Junta.⁴⁴

Hasta el 3 de agosto, después de que sus primeras unidades hubieran cruzado el estrecho, Franco no fue incorporado a la Junta de Burgos, junto con Queipo de Llano y Orgaz. Las funciones de la Junta eran extraordinariamente imprecisas. De hecho, los poderes de Cabanellas no eran más que simbólicos. Rápidamente, Queipo estableció de facto una especie de virreinato feudal en Sevilla desde el cual llegaría a gobernar la mayor parte del sur.⁴⁵ Entre Queipo y Franco existían los gérmenes de una futura fricción. Queipo detestaba a Franco como persona y Franco desconfiaba de Queipo por ser uno de los generales que habían traicionado a la Monarquía en 1931. Además, concurría una fuente más inmediata de tensión. Queipo quería emplear las tropas que llegaran de África para desplegar una importante campaña desde el triángulo Sevilla-Huelva-Cádiz que él controlaba, ansioso por conquistar toda Andalucía, cuyo campo central y oriental experimentaba un proceso de colectivización revolucionaria.⁴⁶ Franco simplemente hizo caso omiso de las aspiraciones de Queipo.

Para resolver las inmediatas dificultades que ocasionaba el transporte del ejército marroquí a través del estrecho, Franco recurrió a simpatizantes derechistas en el extranjero. El 19 de julio, el Dragon Rapide había partido para Lisboa y luego hacia Marsella, de vuelta a Londres. A bordo del avión, Luis Bolín llevaba la nota escrita por Franco autorizándole a negociar la compra de aviones y otros pertrechos. Bolín dejó el Dragon Rapide en Marsella y continuó hasta Roma por tren.⁴⁷ Los anteriores esfuerzos de Franco por conseguir ayuda extranjera al fin darían fruto, pero transcurrieron varios días de frenéticos intentos y frustraciones. Además, serían sus propios esfuerzos y no los de Bolín, ni los de los emisarios monárquicos enviados por Mola, los que garantizarían la ayuda italiana, pues Mussolini se mostraba muy suspicaz con respecto a la derecha española, siempre anunciando que su revolución estaba en ciernes.⁴⁸

El comandante Bolín se encontraba aún de viaje cuando el 20 de julio Franco habló con el agregado militar italiano en Tánger, el comandante Giuseppe Luccardi, y le pidió ayuda para conseguir transporte aéreo. Luccardi telegrafió al servicio de inteligencia militar en Roma, donde se dudaba sobre la prudencia de ayudar a los rebeldes españoles, dudas que Mussolini compartía plenamente.⁴⁹ El 21 de julio, Franco volvió a hablar con el comandante Luccardi, exagerando las desesperadas dificultades que afrontaba para el traslado de sus tropas a través del estrecho. Luccardi quedó lo bastante impresionado para poner a Franco en contacto con el ministro plenipotenciario italiano en Tánger, Pier Filippo de Rossi del Lion Nero. El 22 de julio, Franco le convenció de que enviara un telegrama a Roma solicitando doce bombarderos o aviones de transporte civil. Mussolini simplemente escribió: «NO» en lápiz azul al pie del telegrama. En un desesperado telegrama posterior, el Duce escribió sólo: «Archivar».⁵⁰ Mientras tanto, el 21 de julio Bolín llegó a Roma. Al principio, él y el marqués de Viana, con una carta de presentación del exiliado Alfonso XIII, fueron recibidos con entusiasmo por el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, el conde Galeazzo Ciano. Animado por la larga conversación que mantuvo con Franco en Casablanca a primeras horas del 19 de julio, Bolín aseguró a Ciano que, tras la muerte de Sanjurjo, Franco sería el jefe indiscutido del alzamiento. A pesar de su inicial simpatía, Ciano, después de consultar a Mussolini, despidió a Bolín.⁵¹ No obstante, Ciano estaba lo suficientemente intrigado por el telegrama de De Rossi como para solicitar más informes de Tánger sobre las posibilidades de que Franco se hiciera con el poder.⁵²

El 25 de julio, cuando estaba aún valorando la información recibida de Tánger, Ciano recibió a una delegación de personajes más destacados que Bolín enviada por el general Mola. Desconociendo los esfuerzos de Franco por conseguir ayuda italiana, el 22 de julio Mola había convocado una reunión en Burgos con seis importantes monárquicos.^{*} Mola expresó sucintamente la necesidad de ayuda extranjera y se decidió que José Ignacio Escobar, el aristócrata propietario del periódico *La Época*, viajara a Berlín, y que Antonio Goicoechea, que en marzo de 1934 había firmado un pacto con Mussolini, encabezara una delegación a Roma. Cuando el grupo de Goicoechea habló con Ciano, le comunicaron que Mola estaba más interesado en munición de fusil que en aviones.⁵³ La petición de Mola de municiones parecía de pequeña escala en comparación con la ambiciosa solicitud de Franco. Por aquel entonces, Mussolini empezaba a interesarse por la situación española como consecuencia de las noticias de que los franceses se disponían a ayudar a la República.⁵⁴ Por consiguiente, más en respuesta a las tentativas personales de Franco con las autoridades italianas en Tánger que a los esfuerzos monárquicos en Roma, el 28 de julio Ciano respondió finalmente a la petición de aviones de Franco con doce bombarderos Savoia-Marchetti S.81 Pipistrello.⁵⁵

Los bombarderos fueron enviados desde la capital sarda, Cagliari, a primeras horas de la mañana del 30 de julio. A causa de vientos en contra de inesperada fuerza, tres se quedaron sin combustible y uno cayó al mar, otro se estrelló mientras intentaba un aterrizaje de emergencia en Oudja (Argelia), y un tercero aterrizó sano y salvo en la zona francesa de Marruecos, donde fue confiscado. Poco después de estrellarse en Oudja, un avión perteneciente a los militares rebeldes sobrevoló dicho aparato y dejó caer un paquete que contenía uniformes de la Legión española y un mensaje que decía a los aviadores que se los pusieran.⁵⁶ El 30 de julio informaron a Franco de que los nueve restantes habían aterrizado en el aeródromo de Nador. Sin embargo, quedaron allí durante cinco días hasta que enviaron desde Cagliari una cisterna de combustible de alto octanaje para sus motores Alfa-Romeo. Como no había suficientes españoles capaces de pilotarlos, los aviadores italianos se enrolaron en la Legión española.⁵⁷ También comenzaron a llegar pronto aparatos alemanes y se intensificó la operación de transporte de las tropas del ejército de África al otro lado del estrecho.

La historia de las negociaciones para conseguir ayuda italiana, muestra a Franco tomando la iniciativa y llevándolas adelante con obstinada determinación. Mussolini y Ciano apostaron inequívocamente por Franco en vez de Mola. El intercambio de telegramas entre Ciano y De

Rossi se refería a la rebelión «franquista» y al «movimiento de Franco». ⁵⁸ También en Alemania prosperaron más los contactos de Franco. De hecho, Mola tenía sólidas conexiones anteriores, pero sus diversos emisarios se perdieron en la red de la burocracia de bajo nivel en Berlín. Por el contrario, Franco tuvo la buena suerte de conseguir el respaldo de activos nazis residentes en Marruecos, que tenían buenos contactos en el partido a través de la *Auslandorganisation*. Además, como había sucedido con los italianos, el que tuviera el mando de la sección más eficiente del ejército español pesaba contundentemente en los alemanes. ⁵⁹

Los primeros esfuerzos de Franco para conseguir ayuda alemana fueron poco ambiciosos. En Tetuán, la persona de su equipo con mejores contactos alemanes era Beigbeder. En consecuencia, el 22 de julio, Franco y Beigbeder pidieron al consulado alemán en Tetuán que enviara un telegrama al general Erich Kühlental, agregado militar alemán para Francia y España y admirador de Franco, que tenía su sede en París. El telegrama solicitaba el envío de diez aviones de transporte de tropa con tripulación alemana al Marruecos español, y finalizaba: «El contrato se firmará después. ¡Muy urgente! En nombre del general Franco y de España». Este modesto telegrama no tenía posibilidades de alentar el tipo de ayuda oficial que Franco necesitaba. Al llegar a Berlín a primeras horas de la mañana del 23 de julio recibió una fría acogida. ⁶⁰ No obstante, casi inmediatamente después de despacharlo, Franco decidió apelar directamente a Hitler.

El 21 de julio, el día antes de enviar el telegrama a Kühlental, visitó a Franco un hombre de negocios alemán residente en Marruecos, Johannes Eberhard Franz Bernhardt, activo miembro del partido nazi y amigo de Mola, Yagüe, Beigbeder y otros africanistas. Bernhardt sería la clave para obtener decisiva ayuda alemana. Intranquilo sobre el telegrama que había enviado a Kühlental, el día 22 de julio, a última hora, Franco decidió utilizar a Bernhardt para hacer al Tercer Reich una petición oficial de aviones de transporte. Bernhardt informó al *Ortsgruppenleiter* del partido nazi en Marruecos, otro empresario nazi, Adolf Langenheim. ⁶¹ Langenheim aceptó a regañadientes viajar a Alemania con Bernhardt y el capitán Francisco Arranz, jefe de la minúscula aviación de Franco. ⁶² El 23 de julio el plan se vio facilitado por la llegada a Tetuán de un avión correo de la Lufthansa, un Junkers Ju-52/3m, que Orgaz había requisado en Las Palmas el 20 de julio por orden de Franco. La misión de Bernhardt fue una audaz iniciativa de Franco que le hizo beneficiario de la ayuda alemana y sería un paso de gigante en su camino hacia el poder absoluto.

Cuando el grupo llegó a Alemania el 24 de julio, Hitler se encontraba en Villa Wahnfried, la residencia de Wagner, pues asistía a la celebración anual del festival wagneriano en Bayreuth. La delegación fue rechazada por los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín por temor a las repercusiones internacionales que tendría la concesión de ayuda a los militares rebeldes españoles. Sin embargo, Ernst Wilhelm Bohle, jefe de la *Auslandorganisation*, los recibió favorablemente, les facilitó el traslado a Baviera y les proporcionó un contacto con Rudolf Hess, quien a su vez les conseguiría el acceso al Führer. ⁶³ El 25 de julio, Hitler recibió a los emisarios de Franco a su regreso de una representación de *Sigfrido* dirigida por Wilhelm Fürtwangler. La delegación llevaba una breve carta de Franco que solicitaba fusiles, aviones de caza y transporte y cañones antiaéreos. La reacción inicial de Hitler ante la carta fue dubitativa. Pero en el transcurso de un monólogo de dos horas fue desarrollando un frenético entusiasmo, aunque al percibir la falta de fondos de los insurgentes españoles exclamó: «Ése no es modo de comenzar una guerra». No obstante, tras una arenga interminable sobre la amenaza bolchevique, se decidió. Llamó de inmediato a sus ministros de la Guerra y de Aviación, Werner von Blomberg y Hermann Göring, y les informó de su decisión de disponer lo que se llamaría la *Unternehmen Zaubерfeuer* (operación *Fuego Mágico*) y enviar a Franco veinte aviones en lugar de los diez solicitados. La elección del nombre de la operación sugiere que aún se encontraba bajo la influencia de la música del «Fuego Mágico» que acompaña a Sigfrido en su heroico paso a través de las llamas para liberar a Brunilda. Después de expresar inicialmente dudas sobre los riesgos, Göring se convirtió en un partidario entusiasta de la idea. ⁶⁴

La reacción inmediata del ministro de Exteriores nazi, Ribbentrop, fue que el Reich debía permanecer al margen de los asuntos españoles por temor a complicaciones con Gran Bretaña, pero Hitler porfió en su decisión debido a su oposición al comunismo. ⁶⁵ El Führer estaba resuelto a que la operación permaneciera en total secreto y sugirió que se crease una compañía privada para organizar la ayuda y los consiguientes pagos de los españoles. Esto se llevó a efecto en forma de un sistema de trueque basado en dos compañías, HISMA y ROWAK. * Aunque no fuera el factor desencadenante, la contribución de los minerales españoles al programa de rearme alemán pronto sería un elemento decisivo en las relaciones entre Franco y Alemania. ⁶⁶

Se ha insinuado que Hitler también consultó al almirante Canaris, enigmático jefe de la *Abwehr*, el servicio secreto alemán. El apuesto Canaris conocía bien España porque había sido agente secreto allí durante la Primera Guerra Mundial y hablaba español. No es probable que estuviera en Bayreuth durante la visita de Bernhardt, pero lo cierto es que una vez Hitler decidió ayudar a Franco, Canaris sería su enlace, para irritación de Göring. Viajaría regularmente a España con el fin de resolver problemas y en el curso de esta misión entablaría relaciones con Franco. ⁶⁷ Canaris pronto comenzó a supervisar la ayuda alemana a España y desde el 4 de agosto contactó con el recién ascendido general Mario Roatta, el ampuloso jefe del servicio secreto italiano. A final de mes, ambos acordaron que la ayuda italiana y alemana se canalizaría exclusivamente hacia Franco. ⁶⁸

A pesar de los intentos de Mola, Franco surgió como el hombre que contaba con el respaldo internacional. ⁶⁹ Las diferencias entre sus respectivos acercamientos a los alemanes eran significativas. Los emisarios de Franco tenían relaciones directas con el partido nazi, llegaban con documentación creíble y solicitudes relativamente ambiciosas. El enviado de Mola, José Ignacio Escobar, carecía de documentos y de peticiones concretas salvo las de munición de fusil. Había tenido que recurrir a viejos contactos dentro del conservador cuerpo diplomático alemán, que era hostil a cualquier aventura temeraria en España. Según la información de la que disponían las autoridades alemanas, Franco

era claramente el principal general rebelde, seguro y ambicioso, mientras que Mola parecía poco profesional y carente de perspectiva.⁷⁰ Las propias aspiraciones de Franco se traslucían en su mendaz declaración a Langenheim de que él presidía un directorio compuesto por Mola, Queipo de Llano y él.⁷¹

La decisión de Hitler de enviar veinte bombarderos a Franco contribuyó a convertir un golpe de Estado precario en una sangrienta y prolongada guerra civil, aunque es evidente que con el tiempo Franco habría cruzado el estrecho con sus hombres sin la ayuda alemana. Diez de los Junkers Ju-52/3m, junto con el armamento y suministros militares de los veinte aviones, embarcaron por mar desde Hamburgo en dirección a Cádiz el 31 de julio y llegaron el 11 de agosto. Los otros diez, camuflados como aviación civil, volaron directamente al Marruecos español entre el 29 de julio y el 9 de agosto. Todos estaban dotados de recambios y técnicos.⁷² El 29 de julio, feliz con la situación, Franco envió un telegrama a Mola: «¡Hoy llega primer avión transporte ... Seguirán llegando dos por día hasta veinte. También espero seis cazas y veinte ametralladoras». El telegrama concluía con una nota triunfante: «Somos los amos. ¡Viva España!». Llegaron todos menos uno, que extravió el rumbo y aterrizó en territorio republicano.⁷³

A pesar de la consecuente intensificación del «puente aéreo» nacionalista, el tan citado comentario que Hitler hizo en 1942 era una exageración: «Franco debería erigir un monumento a la gloria de los Junkers Ju-52. A este avión debe agradecer la revolución española su victoria».⁷⁴ Los Ju-52 fueron sólo una parte, aunque fundamental, del «puente aéreo». En esta etapa de la rebelión es igualmente destacable el infatigable optimismo de Franco, que no sólo elevaba la moral entre sus propios hombres sino también consolidaba su autoridad entre sus compañeros rebeldes de toda España. En Burgos, Mola estaba desesperado por el retraso en el transporte del ejército de África a la península. El 25 de julio envió un telegrama a Franco explicando que contemplaba una retirada detrás de la línea del río Duero, después de que su ataque a Madrid fuera rechazado. Con su característica decisión y optimismo, Franco respondió: «Mantenerse firmes seguro triunfo».⁷⁵

El 1 de agosto, Franco envió otro telegrama a Mola: «Aseguremos paso convoy, capitalísimo para impulsar avance».⁷⁶ El 2 de agosto, acompañado por Pacón, Franco voló a Sevilla para activar los preparativos del coronel Martín Moreno para la marcha hacia Madrid, que debía empezar ese día.⁷⁷ Franco comprobó que, incluso con el transporte aéreo italiano y alemán, el puente era demasiado lento. Su plan para que un convoy rompiera el bloqueo se fijó para el 2 y luego el 3 de agosto, pero después fue cancelado. Así pues, el 3 de agosto, al regresar a Marruecos, Franco se reunió con su equipo para determinar la nueva fecha en que la flotilla cruzaría el estrecho. Franco insistió en que el convoy de tropas viajara por mar desde Ceuta al amanecer del 5 de agosto, a pesar de la preocupación por los riesgos expresada por Yagüe y los oficiales de la Armada. Convencido de que la marinería republicana era ineficaz, Franco dejó a un lado las objeciones.⁷⁸ Sabía también que la flota republicana se inhibiría ante la presencia de los buques de guerra alemanes que patrullaban las costas marroquíes.⁷⁹ En consecuencia, el 4 de agosto envió otro telegrama de aliento a Mola.⁸⁰

La mañana del 5 de agosto, el convoy zarpó a la vez que los aviones atacaban a los barcos republicanos en el estrecho, pero fue obligado a retroceder por una espesa niebla. Mientras tanto, Franco telefoneó a Kindelán a Algeciras y le pidió que solicitara a las autoridades británicas de Gibraltar que negaran el acceso a puerto del destructor republicano *Lepanto*. Su solicitud fue concedida y al buque republicano sólo se le permitió desembarcar a sus muertos y heridos, antes de ser obligado a abandonar Gibraltar. El convoy de transbordadores y buques con 3.000 hombres volvió a zarpar a mediodía, bajo la vigilancia de Franco desde la cercana colina de El Hacho. Los dos hidroaviones Dornier, los bombarderos Savoia 81 y los seis cazas Breguet proporcionaron cobertura aérea. Los buques republicanos que se hallaban en las inmediaciones, incapaces de maniobrar para evitar el ataque aéreo, hicieron parvos esfuerzos para impedirles el paso. Con el éxito del llamado «convoy de la victoria» el número de soldados transportados a través del estrecho se elevó a 8.000 con grandes cantidades de suministros y munición.⁸¹

El éxito del convoy fue un golpe propagandístico devastador para la República. La noticia de que el implacable ejército de África estaba en camino deprimió los ánimos republicanos tanto como elevó los de la zona nacional. Para el 6 de agosto, los barcos de transporte cruzaban con regularidad el estrecho bajo la cobertura aérea italiana. Los alemanes también enviaron seis cazas Heinkel He-51, y 95 pilotos y mecánicos voluntarios de la Luftwaffe. En cuestión de una semana, los rebeldes recibían aprovisionamiento regular de munición y armamento tanto de Hitler como de Mussolini. Fue el primer puente aéreo de la historia y constituyó una innovación estratégica que contribuyó al prestigio del general Franco. Entre julio y octubre de 1936, 868 vuelos transportaron a casi 14.000 hombres, 44 piezas de artillería y 500 toneladas de equipo.⁸²

En aquella época, Mola cometió un importante error en la lucha interna por el poder. El 1 de agosto, el tercer hijo de Alfonso XIII, el alto y simpático don Juan de Borbón, llegó a Burgos en un Bentley conducido por su chófer.^{*} Ansioso por luchar al lado de los nacionales, el 31 de julio había dejado su hogar en Cannes, a pesar de que ese día su esposa doña María de las Mercedes estaba dando a luz a una hija. Mola ordenó a la Guardia Civil que se asegurase de que abandonaba España de inmediato. El hecho de que lo hiciera tan bruscamente y sin consultar a sus conmitones, revelaba tanto la falta de sutileza de Mola como sus sentimientos antimonárquicos. El incidente contribuyó a que algunos oficiales profundamente monárquicos a la larga transfiriesen su lealtad política a Franco.⁸³ Por el contrario, cuando más tarde Franco dio un paso parecido, evitando que don Juan sirviera como voluntario en el acorazado *Baleares*, se cuidó mucho de hacer pasar su acción como un esfuerzo por garantizar que el heredero del trono fuera el «rey de todos los españoles» y no quedara comprometido por haber luchado en un bando de la guerra.⁸⁴

Dos días después de su triunfante «convoy de la victoria», Franco voló a Sevilla y estableció su cuartel general en el magnífico palacio de la marquesa de Yanduri.⁸⁵ En claro contraste con la modesta residencia de Queipo de Llano, la grandeza del palacio revelaba más sobre sus ambiciones políticas que sobre sus necesidades militares. También empezó a usar un Douglas DC-2 para visitar el frente o viajar a las reuniones de consulta con Mola.⁸⁶ En Sevilla comenzó a reunir a su alrededor el embrión de un Estado Mayor. Además de los dos ayudantes de campo, Pacón y el comandante de artillería Carlos Díaz Vårela, estaban el coronel Martín Moreno, el general Kindelán y un recién llegado, el general Millán Astray.⁸⁷ Esto ponía de manifiesto el hecho de que por fin tenía un ejército en marcha.

Incluso antes del «convoy de la victoria», el 1 de agosto, Franco ya había ordenado que una columna al mando del severo teniente coronel Carlos Asensio Cabanillas ocupara Mérida y enviara siete millones de balas a las fuerzas del general Mola. El sábado 2 de agosto la columna había partido en camiones proporcionados por Queipo de Llano y avanzado ochenta kilómetros en los dos primeros días. Enfrentándose a una resistencia feroz por parte de milicianos republicanos sin adiestramiento y pobremente armados, tardaron otros cuatro días en llegar a Almendralejo, en la provincia de Badajoz. El 3 de agosto siguió a la columna de Asensio otra conducida por el comandante Antonio Castejón, que había avanzado algo hacia el este, y el 7 de agosto una tercera bajo el mando del teniente coronel Heli Rolando de Tella. El 3 de agosto, Franco había enviado un telegrama a Mola para dejar claro que la meta definitiva de estas columnas era Madrid. Después de los frenéticos esfuerzos de las dos semanas anteriores para obtener ayuda internacional y hacer cruzar a sus tropas el estrecho, Franco estaba eufórico.

Franco puso a Yagüe al mando directo de las tres columnas. Le ordenó que llevara a cabo un ataque de tres puntas sobre Mérida, importante centro de comunicaciones entre Sevilla y Portugal. Las columnas avanzaron, los legionarios por las carreteras y los regulares moros desplegándose a cada lado de ellas para flanquear cualquier oposición republicana. Con la ventaja de la superioridad aérea local proporcionada por los Savoia-81 pilotados por aviadores italianos y los Junkers Ju-52 dirigidos por pilotos de la Luftwaffe, tomaron fácilmente pueblos y ciudades de las provincias de Sevilla y Badajoz (El Real de la Jara, Monasterio, Llerena, Zafra, Los Santos de Maimona), aniquilando a todos los izquierdistas o supuestos simpatizantes del Frente Popular que encontraban y dejando un terrible rastro de sangre a su paso. La ejecución de los milicianos campesinos capturados se calificaba con sarcasmo como «darles la reforma agraria». Tras la captura de Almendralejo, fueron fusilados mil prisioneros, incluidas cien mujeres. Mérida cayó el 10 de agosto. En poco más de una semana, las fuerzas de Franco habían avanzado doscientos kilómetros. Poco después, tomaron contacto por primera vez con las fuerzas del general Mola.⁸⁸ Así, las dos mitades de la España rebelde se juntaban en lo que pasó a llamarse zona nacional.

El terror que rodeaba el avance de los moros y los legionarios fue una de las mejores armas de los nacionales en su camino hacia Madrid. Después de que las columnas africanas tomaban un pueblo o una ciudad, dejaban tras de sí una matanza de prisioneros y mujeres violadas.⁸⁹ El terror acumulado que se generaba después de cada pequeña victoria, junto con la habilidad del ejército africano en campo abierto, explica por qué las tropas de Franco tuvieron en un principio mucho más éxito que las de Mola. La milicia republicana, improvisada y carente de cohesión, luchaba desesperadamente mientras disponía de la cobertura de edificios o árboles. Sin embargo, no estaba adiestrada en los movimientos elementales sobre el terreno, ni siquiera en el cuidado o recarga de sus armas. Así pues, ante la amenaza de ser rodeados por los marroquíes, se daban a la fuga, abandonando su equipo en la huida.⁹⁰ Franco era muy consciente de la superioridad de los nacionales sobre las milicias inexpertas y pobremente armadas y planeaba las operaciones en consecuencia junto a su jefe de Estado Mayor, el coronel Francisco Martín Moreno. La intimidación y el uso del terror, eufemísticamente descritas como «castigo», se especificaban en órdenes escritas.⁹¹

Dada la disciplina férrea con que Franco dirigía las operaciones militares, caben pocas posibilidades de que el uso del terror fuera simplemente un efecto secundario espontáneo o un hecho inadvertido. No había lugar para la espontaneidad en el modo en que Franco dirigía la guerra. Al ser informado de la valentía de un grupo de falangistas al capturar algunas fortificaciones republicanas, Franco ordenó que fueran fusilados si volvían a contradecir sus órdenes, «aunque luego tenga que ir a ponerles encima del féretro la laureada de San Fernando».⁹² A finales de agosto, se jactaba ante un emisario alemán de las medidas que sus hombres tomaban «para reprimir cualquier movimiento comunista».⁹³ Las matanzas eran útiles desde diversos puntos de vista. Satisfacían el carácter sanguinario de las columnas africanas; eliminaban gran número de oponentes potenciales (anarquistas, socialistas y comunistas a quienes Franco despreciaba como chusma), y, sobre todo, generaban un terror paralizante.

El 11 de agosto escribió a Mola una carta extraordinariamente significativa, que revelaba su expectativa de un rápido fin de la guerra, su visión estratégica, y la mentalidad colonial que subyacía en su idea de conquista de territorio. Estaba de acuerdo con que la ocupación de Madrid era prioritaria, pero reforzaba la necesidad de aniquilar toda resistencia en las «zonas ocupadas», sobre todo en Andalucía. Franco suponía erróneamente que la pronta captura de Madrid precedería a los ataques sobre Levante, Aragón, el norte y Cataluña. Sugería que la acción sobre Madrid debía consistir «en apretarle cerco y privarle agua y aeródromos, cortándole comunicaciones». De modo revelador, a la luz de su posterior desvío de las tropas que marchaban hacia Madrid, concluía con las palabras: «Ignoraba siguiese defendiéndose Toledo. El avance de nuestras tropas, que coincide en dirección general con lo que me dices, descongestionará y aliviará Toledo sin distraerse fuerzas que puedan necesitarse».⁹⁴

En el momento en que Franco escribía esta carta, Mola se estaba quejando de las dificultades de establecer enlaces.⁹⁵ El contacto telefónico entre Sevilla y Burgos se estableció inmediatamente después de la captura de Mérida. Los dos generales hablaron el 11 de agosto.

En apariencia ajeno a posteriores implicaciones políticas, Mola coincidió con Franco en que no tenía objeto duplicar sus fértiles relaciones internacionales y, por tanto, le cedió el control de los suministros. Los aliados políticos de Mola se asombraron de su ingenuidad. José Ignacio Escobar le preguntó si había acordado por teléfono que el director del movimiento fuera Franco. Mola replicó cándidamente: «Es una cuestión que se resolverá en un momento oportuno. Entre Franco y yo no hay pugnas, ni personalismos. Estamos perfectamente compenetrados, y el dejar en sus manos este asunto de las adquisiciones de armamento en el extranjero tiene por objeto exclusivamente el evitar una duplicación de gestiones que redundaría en perjuicio del servicio». Cuando Escobar insistió en que eso le convertía en segundo jefe a los ojos de los alemanes, Mola hizo caso omiso a sus comentarios. El control del suministro de armas garantizó que Franco, y no Mola, dominara el ataque a la capital, con todas sus implicaciones políticas. Escobar no era consciente de la escasa ambición política de Mola. Lo que sin duda no sabía era que el 19 de julio, en la histórica conversación con el primer ministro de la república, Diego Martínez Barrio, una de las razones esgrimidas por Mola para apoyar su negativa a abandonar la rebelión fue que «estoy a las órdenes de mi general Francisco Franco».⁹⁶

Tras la ocupación de Mérida, las tropas de Yagüe giraron en dirección suroeste, hacia Portugal, para tomar Badajoz, la principal ciudad extremeña, a orillas del Guadiana. Aunque rodeada, la amurallada ciudad aún estaba en manos de milicianos republicanos numerosos pero pobremente pertrechados, que se habían concentrado allí antes del avance de las columnas nacionalistas. Muchos sólo estaban armados de guadañas y escopetas de caza. La mayoría de las tropas regulares allí acuarteladas habían sido llamadas a reforzar el frente de Madrid.⁹⁷ Si Yagüe hubiera continuado su marcha sobre Madrid, la guarnición de Badajoz no habría podido amenazar seriamente sus columnas desde la retaguardia. Se ha insinuado que la decisión de Franco de dirigirse a Badajoz fue un error estratégico, porque supuso una dilación que permitió al gobierno organizar sus defensas. En consecuencia, los historiadores pronacionales han culpado de ello a Yagüe. Pero la decisión refleja la cautela de Franco y no la impetuosidad de Yagüe. Él en persona había supervisado la operación contra Mérida y en la tarde del 10 de agosto recibió a Yagüe en su cuartel general para hablar de la captura de Badajoz y de los próximos objetivos.⁹⁸ Quería tomar Badajoz para sellar la unificación de las dos secciones de la zona nacional y cubrir completamente el flanco izquierdo de las columnas de avance.

El 14 de agosto, tras los ataques de la artillería pesada y los bombardeos, el asalto de los legionarios de Yagüe abrió una brecha en las murallas de Badajoz. Entonces empezó una matanza salvaje e indiscriminada en la que fueron fusiladas casi 2.000 personas, incluidos muchos civiles que no eran activistas políticos. Según el biógrafo de Yagüe, en «el paroxismo de la guerra», fue imposible diferenciar a pacíficos ciudadanos de milicianos de izquierdas, lo cual implica que consideraban perfectamente aceptable fusilar prisioneros.⁹⁹ Los legionarios y los regulares desataron una orgía de pillaje y la carnicería dejó las calles sembradas de cadáveres, escena que un testigo presencial calificó de «desolación y horror». Una vez calmado el fragor de la batalla, doscientos prisioneros fueron concentrados en la plaza de toros. Todo aquel que llevaba la marca del retroceso de un rifle en el hombro fue fusilado. Los fusilamientos prosiguieron durante las semanas siguientes. Yagüe declaró al periodista americano John T. Whitaker, que le acompañó durante la mayor parte de la marcha hacia Madrid: «Claro que los fusilamos. ¿Qué esperaba? ¿Suponía que iba a llevar cuatro mil rojos conmigo mientras mi columna avanzaba contra el reloj? ¿Suponía que iba a dejarlos sueltos a mi espalda y dejar que volvieran a edificar una Badajoz roja?». ¹⁰⁰ De hecho, la barbarie desatada en Badajoz testimoniaba las tradiciones del ejército marroquí español y la rabia de las columnas africanas al encontrar fuerte resistencia y, por primera vez, sufrir bajas serias. Retrospectivamente, puede considerarse que los acontecimientos de Badajoz podían haber anticipado lo que sucedería cuando las columnas llegaran a Madrid. La lección evidente era que las victorias fáciles de legionarios y regulares en campo abierto no se repetirían en las ciudades. Esto no se percibió en el bando nacional, pero el endurecimiento de la resistencia republicana pareció mermar el inicial optimismo de Franco.

La distante nube de dificultades potenciales que encontraría en Madrid apenas podía reducir la valoración de Franco de las ventajas conseguidas en Badajoz. Ahora, hecho decisivo, disponía de acceso ilimitado a la frontera de Portugal, primer aliado exterior de los nacionales. Desde el principio, Oliveira Salazar había permitido a los rebeldes utilizar suelo portugués para unir sus territorios del norte y del sur.¹⁰¹ El acceso a la ayuda portuguesa había sido, más que cualquier otro factor, lo que decidió a Franco a desviar sus columnas hacia el oeste, a través de la provincia de Badajoz, en vez de tomar la ruta más directa, que consistía en seguir la carretera principal de Sevilla a Madrid a través de Sierra Morena, vía Córdoba y La Mancha. ^{*102} El 14 de agosto, el general Miguel Campins, antaño amigo de Franco y segundo jefe en la Academia Militar de Zaragoza, fue juzgado en Sevilla por el crimen de «rebelión». El general José López Pinto presidió el consejo de guerra. Campins fue sentenciado a muerte y fusilado el 16 de agosto. ¹⁰³ Su crimen había sido negarse a obedecer la petición de Queipo el 18 de julio para que declarase la ley marcial en Granada y haber tardado dos días en unirse al alzamiento. Franco fue incapaz de vencer la determinación de Queipo de Llano de fusilar a Campins. Según el primo de Franco, a pesar de negarse a la orden de Queipo, Campins había telefoneado a Franco poniéndose a sus órdenes. Franco escribió numerosas cartas a Queipo solicitando clemencia para Campins. Queipo se limitó a romperlas. Pero Franco no llevó más lejos el asunto por temor a socavar la unidad del bando nacional. ¹⁰⁴ Según Pilar Franco, su hermano sintió la muerte de su amigo. ¹⁰⁵ La determinación de Queipo de ejecutar a Campins a pesar de las peticiones de clemencia, evidenciaba tanto su carácter brutal como su honda aversión hacia Franco. Franco se vengó en 1937, haciendo caso omiso a las peticiones de clemencia de Queipo para su amigo, el general Domingo Batet, que fue condenado a muerte por oponerse al alzamiento en Burgos. ¹⁰⁶

Mientras Campins era juzgado y fusilado, Franco hizo un artero movimiento que aumentó su predicamento a los ojos de la derecha

española a expensas de sus rivales de la Junta. El 15 de agosto, flanqueado por Queipo, anunció en Sevilla la decisión de adoptar la bandera roja y gualda monárquica. Queipo accedió cínicamente, pues no quería atraer la atención sobre su republicanismo. A Mola, que apenas dos semanas antes había expulsado al heredero al trono, no se le consultó. Dos semanas después, con muchas reservas, el general Cabanellas firmó un decreto de la Junta de Defensa Nacional que ratificaba el uso de esa bandera.¹⁰⁷ Franco se las arregló para presentarse ante

conservadores y monárquicos como el único elemento seguro entre los principales generales rebeldes. Era una clara indicación de que, mientras los otros pensaban sobre todo en la victoria final, Franco se mantenía atento a sus propios intereses políticos a largo plazo.

De hecho, Mola y Franco eran mundos distintos, tanto en preferencias políticas como en temperamento. En palabras del secretario de Mola, José María Iribarren, Mola «no era el general frío, imperturbable, hermético. Era el hombre cuyo rostro traduce la impresión del momento, cuyos nervios tirantes acusan la contrariedad».¹⁰⁸ Mola parecía totalmente despreocupado por su seguridad, paseando por Burgos solo y vestido de civil. Su cuartel general era caótico, con visitantes yendo y viniendo por él en todo momento.¹⁰⁹ Queipo de Llano era también descuidado respecto a los visitantes. Por el contrario, Franco tenía guardaespaldas y las más estrictas medidas de seguridad en su cuartel general. Los visitantes —incluidos los periodistas extranjeros— eran registrados a conciencia y durante las entrevistas con Franco se dejaba la puerta entreabierta y uno de los guardas vigilaba a través de un espejo estratégicamente colocado.¹¹⁰

Los que lograban verlo no encontraban a un intimidatorio señor de la guerra. Muchos aspectos del porte de Franco, como sus ojos, su débil tono de voz, su aparente calma exterior, resultaron a muchos comentaristas algo femeninos. John Whitaker, el distinguido periodista americano, lo describió así: «Un hombre pequeño, su mano es como la de una mujer y siempre está empapada de sudor. Excesivamente tímido, se pone en guardia para dialogar con su interlocutor; su voz es penetrante y aguda, lo cual resulta ligeramente desconcertante, pues habla muy suave, casi en susurros».¹¹¹ La feminidad del aspecto de Franco fue frecuente, e inadvertidamente, subrayada por sus admiradores. «Los ojos son la parte más notable de su fisonomía. Son típicamente españoles, grandes y luminosos con largas pestañas. En general sonríen y son algo meditabundos, pero yo he visto en ellos el destello del tesón y, aunque nunca he sido testigo de ello, me han dicho que cuando monta en cólera pueden ser tan fríos y duros como el acero.»¹¹²

Franco ciertamente tuvo violentas disputas en Sevilla con Queipo de Llano, que tenía dificultades para ocultar su desprecio por el hombre que estaba por debajo de él en el escalafón de antigüedad. Por el contrario, Mola mantenía buenas relaciones con Franco.¹¹³ A mediados de agosto, un agente alemán informó al almirante Canaris sobre el aspecto del cuartel general de Franco. El informe mostraba al ladino *gallego* consolidando con sutileza su posición y confirmando los temores de los partidarios de Mola de que el 11 de agosto éste le había despejado el camino a Franco. El informe del agente recomendaba que la ayuda alemana se canalizase a través de Franco.¹¹⁴ Mola continuó

reconociendo la posición superior de Franco por lo que hacía a la ayuda extranjera y a disponer de hombres curtidos en el combate. La correspondencia que mantuvieron en agosto muestra a Franco como un generoso dispensador de respaldo económico y material militar, pudiendo jactarse del hecho de que los proveedores extranjeros le hacían pocas demandas, si es que alguna, para que pagase rápido. Incluso pudo ofrecer aviones a Mola.¹¹⁵

El 16 de agosto Franco, acompañado de Kindelán, voló a Burgos, donde Mola tuvo que notar el fervor frenético con que la población local recibió a su camarada. El arzobispo ofició una misa solemne en la catedral.¹¹⁶ Esa noche, durante la cena, el optimismo de Franco sobre la evolución de la guerra era tan imperturbable como siempre. El único atisbo de ansiedad fue un comentario a Mola sobre su preocupación por no tener noticias de su esposa Carmen y su hija Nenuca.¹¹⁷ Después de cenar, Franco y Mola pasaron varias horas reunidos en secreto. Aunque no tomaron ninguna decisión, era obvio para ambos que la prosecución eficaz de la guerra requería un único mando militar supremo.¹¹⁸ También era obvio que se necesitaba algún tipo de aparato diplomático y político centralizado. Franco y su pequeño Estado Mayor trabajaban sin cesar para mantener el apoyo logístico extranjero. La Junta de Burgos que solía reunirse a última hora de la noche también se encontraba desbordada de trabajo.¹¹⁹ Dado el control casi total de Franco sobre los contactos con alemanes e italianos y el avance en apariencia incontenible de sus columnas africanas, Mola debió comprender que la elección de Franco para asumir la autoridad necesaria sería virtualmente inevitable. Los ayudantes de Franco ya habían preparado el terreno, convenciendo al servicio secreto alemán de que la victoria en Extremadura le había consolidado indiscutiblemente como «comandante supremo». La prensa portuguesa y otros sectores de la prensa internacional le describían como «comandante supremo», presumiblemente debido a la información que proporcionaba su cuartel general. Ya a mediados de agosto, el cónsul portugués en Sevilla se refería a él como «el jefe supremo del ejército español».¹²⁰

Gradualmente, Mola se vio obligado a adoptar la misma opinión. El 20 de agosto, envió un mensaje a Franco señalando que sus tropas tenían dificultades en el frente de Madrid y pidiéndole que le informara de sus planes de avance hacia la capital. En la eventualidad de que el avance de Franco se retrasara, Mola haría lo necesario para concentrar su acción en otro frente.¹²¹ El texto de su telegrama insinuó no tanto una subordinación respetuosa ante la mayor autoridad de Franco, como un deseo racional de coordinar sus empeños en aras del esfuerzo bélico. Mola no pensaba en términos de una lucha por el poder, pero tres días más tarde se percataría de un modo brutal de hasta qué extremo Franco estaba consolidando su propia posición. El 21 de agosto, Mola recibió la visita de Johannes Bernhardt en Valladolid. Bernhardt era portador de la buena nueva de que el cargamento alemán de ametralladoras y munición que aguardaban ansiosos, estaba de camino por tren, procedente de Lisboa. La alegría de Mola se vio severamente enturbiada cuando Bernhardt le dijo que: «Había recibido órdenes de comunicarle que todas aquellas armas las recibía no de Alemania sino de manos del general Franco». Mola palideció, pero aceptó

de inmediato lo inevitable. Ya se había acordado con el general Helmuth Wilberg, jefe de la comisión interdepartamental enviada por Hitler para coordinar el *Unternehmen Zauberfeuer*, que la ayuda alemana sólo se tramitaría a petición de Franco y a los puertos por él indicados.¹²²

Tras la toma de Badajoz, las tres columnas de Yagüe habían comenzado a avanzar rápidamente por las carreteras en dirección nordeste, hacia la capital. La columna de Tella se había desplazado hacia Trujillo por la carretera de Madrid, mientras que la columna de Castejón corría hacia Guadalupe, en el flanco sur de Tella. El 17 de agosto, Tella había llegado al puente que cruzaba el Tajo en Almaraz y poco después llegó a Navalморal de la Mata, en los lindes de la provincia de Toledo. Cuatro días después, la columna de Castejón capturaría Guadalupe. Castejón, Tella y Asensio se unieron el 27 de agosto antes de alcanzar la última ciudad importante en el camino hacia Madrid, Talavera de la Reina. En dos semanas, habían avanzado trescientos kilómetros.¹²³

A pesar de estos éxitos alentadores, el telegrama de Franco en respuesta a Mola sugería que su imperturbable optimismo empezaba a erosionarse por la resistencia republicana. Dejó claro que en el avance hacia Talavera de la Reina temía fuertes ataques republicanos por los flancos, en Villanueva de la Serena y Oropesa. «Un pueblo bien defendido puede detener avance. Reducidos mis efectivos a unos seis mil hombres y tener que atender gran línea de comunicaciones y ataques flanco limita capacidad movimiento.» Explicó a Mola las próximas etapas de la ofensiva, primero hacia el importante cruce de carreteras de Maqueda (Toledo), luego desde Maqueda en diagonal hacia el nordeste hasta Navalcarnero, en la carretera de Madrid.^{*124} En cuestión de un mes, la audaz y directa estrategia comunicada a Mola sería abandonada en aras de garantizar que Franco se convirtiera en el Generalísimo indiscutible.

La forja de un Caudillo, agosto-noviembre de 1936

Los éxitos de las columnas africanas y el inminente ataque a Talavera hicieron que Franco trasladara el 26 de agosto su cuartel general desde Sevilla a Cáceres, al elegante palacio de los Golfines de Arriba, del siglo XVI. Estaba deseando marcharse de Sevilla para poder gozar de autonomía total, libre de la interferencia o el desdén de Queipo de Llano, en cuya presencia siempre se sentía incómodo.¹ Como su anterior elección del palacio sevillano de Yanduri, su nueva residencia cacereña indicaba un celoso interés por su estatus público. Franco empezaba a construir un aparato político capaz de negociar a diario con alemanes e italianos. Ya disponía de una oficina diplomática, dirigida por José Antonio de Sangroniz. El teniente coronel Lorenzo Martínez Fuset actuaba como consejero legal y secretario político. De vez en cuando, a Franco también le acompañaba su hermano Nicolás, que se movía entre Cáceres y Lisboa, donde trabajaba para la causa nacional. Nicolás pronto actuaría como una especie de factótum político. Millán Astray estaba a cargo de la propaganda. Incluso en esta primera etapa, el tono empleado por el entorno de Franco era adulador.²

El gran volumen de trabajo que Franco tenía que afrontar (coordinando con eficacia la «política exterior» nacional y la organización logística, y manteniendo una estrecha supervisión del avance de las columnas africanas), le obligaba a trabajar muy duro y durante muchas horas. Su fortaleza ante las penalidades y la capacidad de aguante que había demostrado cuando era un joven oficial en África no habían mermado, pero empezó a envejecer notablemente. El maníaco Millán Astray se jactaba ante Ciano de que: *Pues il nostro Caudillo se pasa quatorce horas in la mesa del trabaglio e non se levanta ni pere meare...*³ Cuando su mujer e hija regresaron a España tras dos meses de exilio en Francia, el 23 de septiembre, Franco respondió a la noticia de su llegada enviándoles un mensaje de que esperaba la visita de un personaje importante. Tuvieron que aguardar más de una hora para verle. Tenía poco tiempo para asuntos familiares.⁴ Semejante tensión quizá contribuyera a moderar su inicial optimismo, aunque la reaparición de un Franco cauteloso tras la breve encarnación del impetuoso héroe africano traslucía tanto sus perspectivas de poder como la creciente fuerza de la resistencia republicana.

Las dificultades que ahora hacían más lento el avance de las columnas africanas inclinaron a los aliados italianos y alemanes de Franco a intensificar su ayuda. El 27 de agosto, acompañado por el teniente coronel Walter Warlimont, del ministerio alemán de la Guerra, Canaris, se reunió con Roatta en Roma para coordinar sus puntos de vista sobre la magnitud y naturaleza de la futura ayuda de Italia y Alemania a los nacionales. Al día siguiente, Ciano se sumó a la reunión. Canaris volvió a insistir en que se prestase ayuda «sólo al general Franco, porque él posee el mando supremo de las operaciones». La planificación italogermana conjunta requería que hubiera un comandante nacional supremo reconocido con el que comunicarse.⁵

Talavera fue rodeada por tres columnas. La importancia que la propaganda de la matanza de Badajoz tuvo para los nacionales se puso de manifiesto cuando numerosos milicianos huyeron en autobuses «como una muchedumbre después de un partido de fútbol». La ciudad cayó el 3 de septiembre. El resultado fue otra carnicería salvaje y sistemática.⁶ Mientras las fuerzas de Franco se desplazaban a través de Extremadura, internándose en Castilla la Nueva, Mola había iniciado un ataque a la provincia vasca de Guipúzcoa para cerrar la frontera con Francia. Los aviones italianos y la flota nacional bombardeaban todos los días Irún y San Sebastián. Los defensores, milicianos iruneses pobremente armados y faltos de adiestramiento, lucharon con valentía, pero el 3 de septiembre fueron derrotados. San Sebastián cayó el día 12. Fue una victoria clave para los nacionales. Guipúzcoa era una rica provincia agraria que también tenía importantes industrias pesadas. La zona nacional estaba ahora unida en un único bloque desde los Pirineos, pasando por Castilla y la España occidental, hasta el extremo sur. Las provincias republicanas de Vizcaya, Santander y Asturias quedaron aisladas y sólo se podían comunicar con el resto de la República por mar o aire.⁷

Las pérdidas de Talavera e Irún provocaron la caída del gobierno de José Giral. Se formó entonces un gabinete más representativo de las bases obreras de la República dirigido por Francisco Largo Caballero. Una definición más clara de la República y el paso a una autoridad central más fuerte fueron el corolario de la resistencia cada vez más enérgica ante las columnas de Franco que avanzaban. La reducción de la indecisión política del lado republicano intensificó entre los comandantes nacionales de más graduación la sensación de que el mando unificado era una necesidad urgente. Las ambiciones de Franco pueden deducirse de una declaración que hizo a los alemanes en Marruecos sobre su deseo de «que le considerasen no sólo el salvador de España sino también el salvador de Europa de la expansión del comunismo».⁸ Ahora, la cuestión de un mando único le ofrecía una oportunidad. Mola voló a Cáceres el 29 de agosto para debatir la cuestión con él.⁹

Mientras tanto, el ejército de África dirigido por Franco se apuntaba los mejores tantos del triunfo nacional. Protegidas al sur por el Tajo, las tropas de Yagüe aseguraron su flanco norte enlazando con las fuerzas de Mola. Durante las dos semanas siguientes, abierta la carretera hacia Madrid, desesperados contraataques republicanos intentaron recuperar Talavera. Pero Franco estaba decidido a no ceder ni un ápice de suelo conquistado. El endurecimiento de la resistencia y la determinación de Franco de purgar el territorio de enemigos a medida que lo conquistaba, suponían una demora en su avance. De hecho, estaba a punto de frenarlo aún más con una decisión fundamental.

Entre las cuestiones que le acuciaban, Franco pensó con cierto detenimiento en las guarniciones sitiadas de Toledo y Santa María de la Cabeza (Jaén). Franco prestaba regularmente su propio Douglas DC-2 y su piloto, el capitán Haya, para misiones en ambos puntos fuertes. El 22 de agosto envió un mensaje al Alcázar de Toledo prometiendo refuerzos.¹⁰ Éste aún estaba asediado por milicianos republicanos que habían perdido tiempo, energía y munición en el intento de capturar esta fortaleza estratégicamente carente de importancia. Los mil guardias civiles y falangistas que se habían refugiado en el Alcázar durante los primeros días del alzamiento se llevaron consigo mujeres y niños como rehenes, familiares de conocidos izquierdistas.¹¹ Sin embargo, la resistencia del Alcázar se estaba convirtiendo en el gran símbolo del heroísmo de los nacionales. Posteriormente, la realidad del asedio se adornó hasta quedar irreconocible, en concreto mediante la famosa leyenda, casi con seguridad apócrifa, que cuenta cómo telefonearon al coronel Moscardó para decirle que si no se rendía matarían a su hijo.* Como es natural, se olvidó por completo la existencia y el posterior destino de los rehenes.¹²

Las tropas de Franco tardaron más de dos semanas en cubrir la distancia que separaba Talavera del pueblo de Santa Olalla, provincia de Toledo, en la carretera hacia Madrid.¹³ El 20 de septiembre, las fuerzas de Yagüe tomaban Santa Olalla e infligían otro «castigo ejemplar» a los milicianos capturados.¹⁴ El 21 de septiembre Maqueda, en la encrucijada donde la carretera se bifurca para dirigirse al norte en dirección a Madrid y al este hacia Toledo, también cayó ante Yagüe. En ese momento, es decir, tras la caída de Maqueda, Franco tuvo que decidir entre enviar las columnas africanas hacia Madrid o dirigir las hacia el este y liberar Toledo. Se trataba de una decisión compleja, con implicaciones tanto políticas como militares. Mientras Yagüe capturaba Santa Olalla y Maqueda, Franco se reunía con otros generales de la Junta de Defensa Nacional para debatir la necesidad de un solo comandante en jefe de las fuerzas nacionales. Resulta extraordinariamente difícil reconstruir con precisión el dónde, cuándo, por qué y cómo de la decisión de Franco, pero en el papel de Yagüe se encuentra una clave.

El día después de la caída de Maqueda, un Yagüe «oficialmente» enfermo y exhausto cedía el mando a Asensio.¹⁵ Se ha insinuado que la decisión de Franco de relevar a Yagüe del mando estuvo influida por la intensa hostilidad que Mola sentía hacia éste.¹⁶ Es posible, pero muy poco probable, que Franco relevara al triunfante Yagüe por la insistencia de Mola.* También se ha insinuado que el relevo de Yagüe tiene menos que ver con su enfermedad que con su oposición a la decisión de Franco de interrumpir la marcha hacia Madrid para liberar el Alcázar de Toledo.¹⁷ Cualquiera de estas posibilidades tendría sentido si, al sustituir a Yagüe, Franco le hubiera castigado por indisciplina. Sin embargo, parece improbable que Yagüe cayera en desgracia, pues su retirada del frente se vio acompañada por el ascenso a coronel y su inmediata incorporación al entorno de Franco.¹⁸ El 22 de septiembre, Yagüe estaba ya instalado en el palacio de los Golfines de Arriba, un curioso lugar de reposo para un hombre caído en desgracia.¹⁹

Existe una tercera posibilidad más probable y más congruente con el estado de salud de Yagüe, su ascenso y sus actividades de las semanas siguientes. La sustitución de Yagüe era indispensable porque tenía el corazón débil por problemas de aorta: estaba verdaderamente agotado y ya no soportaría otra campaña sin interrupciones. Reconociendo la valiosa contribución de Yagüe en la dirección de las columnas africanas, Franco se alegró de darle un respiro, ascenderlo y utilizar su inmenso prestigio dentro de la Legión para otra tarea, como parte de su operación para convertirse en Generalísimo. El siempre fiel Yagüe, a pesar de su obvia necesidad de descanso, se volcó en el trabajo con una dedicación que hace difícil imaginar que existiera algún roce serio entre Franco y él.

Franco era plenamente consciente de las posibles consecuencias militares de desviar sus tropas hacia Toledo. Perdería una oportunidad irreplicable para entrar en la capital de España antes de que sus defensas estuvieran preparadas. Tanto Kindelán como su jefe de operaciones, el teniente coronel Antonio Barroso, le advirtieron de que la opción de ir a Toledo podía costarle Madrid. La oposición de Yagüe parece haber sido la más franca. Reiteró éste el comentario que Franco había hecho a Mola en su mensaje del 11 de agosto de que la mera proximidad de sus columnas a Madrid habría hecho a los milicianos de las cercanías volver a toda prisa hacia la capital. Sin embargo, como había ocurrido a principios de agosto con sus dudas sobre el cruce del estrecho, Yagüe cedió por su fe acrítica en Franco. Éste discrepaba de sus ayudantes en que el retraso minara las posibilidades de tomar Madrid. No obstante, declaró abiertamente que, aun sabiendo a ciencia cierta que ir a Toledo le haría perder la capital, cumpliría su promesa de liberar a la guarnición sitiada.²⁰ Le interesaban más los beneficios políticos de la liberación del Alcázar, y para obtener el mayor provecho de esos beneficios necesitaba a Yagüe a su lado, no en el frente.

Como resultado de la decisión de Franco, la marcha hacia Madrid se retrasaría del 21 de septiembre al 6 de octubre. Franco perdió dos semanas mientras tomaba Toledo y se ocupaba de lo relativo a su propio ascenso político. Esa dilación constituiría la diferencia entre una excelente oportunidad para entrar fácilmente en Madrid y el hecho de tener que emprender un largo asedio como resultado de la reorganización de las defensas de la capital y la llegada de ayuda extranjera. Precisamente en ese momento, los alemanes empezaron a expresar su impaciencia ante las «llamativas» e «incomprensibles» demoras que estaban permitiendo al gobierno republicano recibir ayuda del extranjero.²¹ Dado que Franco nunca cesaba de quejarse a sus aliados de la ayuda soviética a la República, resulta irónico que subestimase tan decisivamente su impacto sobre la defensa de Madrid. Al desplazar sus fuerzas hacia Toledo, Franco dio prioridad al fortalecimiento de su posición política mediante una victoria emocional y un gran golpe propagandístico que a una rápida derrota de la República. Al fin y al cabo, de haber avanzado hacia Madrid de inmediato, lo habría hecho sin que su posición política estuviera irrevocablemente consolidada. Todo el proceso de la elección de un Caudillo se habría retrasado. Por tanto, habría tenido que compartir el triunfo, y en consecuencia el futuro, con los demás generales de la Junta.

Convencido de la buena fe monárquica de Franco, Kindelán llevaba tiempo apremiándole para que planteara la cuestión de la necesidad de

un mando único. Al menos en apariencia, Franco demostraba poco interés.²² Desde su llegada a Tetuán el 19 de julio, había estado abrumado todos los días por acuciantes problemas. Sin embargo, al ir resolviéndolos, la confianza en sí mismo y en sus ambiciones habían crecido. Además de organizar un ejército con capacidad combativa sin el soporte logístico y financiero del Estado para alimentar, armar y pagar a sus tropas, había extendido sus actividades a la esfera internacional, adquiriendo el monopolio de los suministros de armas y municiones. No obstante, hasta septiembre, cuando tuvo lugar la coordinación con las fuerzas de Mola para la ofensiva final de Madrid, no se había manifestado la necesidad urgente de un comandante en jefe oficialmente reconocido.

Parece indudable que la fe de Franco en su propia capacidad ya le había convencido de que, si había de existir un mando único, él debía ser quien lo ejerciese. Desde hacía tiempo se había presentado a los agentes de Berlín y Roma como jefe efectivo de la causa nacional. A principios de septiembre, la misión militar italiana, al mando del general Mario Roatta, presentó sus credenciales a Franco y le transmitió el reconocimiento *de facto* de su jefatura por parte de Mussolini.²³ Cualquier reserva que Franco expresara a Kindelán y a Pacón, reflejaba su prudente lentitud de movimientos más que su modestia. La precaución instintiva le inducía a evitar posibles fracasos y humillaciones, cuidándose de que no pareciese que buscaba el puesto de comandante supremo. Si se mostraba vacilante desarmaría los recelos de sus rivales.

Desde los primeros momentos del alzamiento, a Franco le había preocupado la unidad política dentro de la zona nacional. Impresionado por el desbarajuste de uniformes y milicias que había encontrado a su llegada a Sevilla, a mediados de agosto de 1936 comentó a José María Pemán: «Todo el mundo tendrá que sacrificar cosas en beneficio de una disciplina rígida que no se preste al craquelado ni al fraccionamiento».²⁴ Las presiones del Tercer Reich aceleraron su interés por establecer una autoridad suprema en las esferas militar y política.

Messerschmidt, representante en España del cártel alemán de exportación de material de guerra, se reunió con Franco a finales de agosto. El informe de Messerschmidt llegaba a la siguiente conclusión: «Excuso decir que todo debe concentrarse en manos de Franco para que pueda haber un dirigente que lo mantenga todo unido».²⁵ A mediados de septiembre, Johannes Bernhardt informó a Franco de que Berlín estaba deseando verle instalado como jefe del Estado. Franco respondió, precavido, que no tenía ningún deseo de mezclarse en política. Bernhardt aclaró que los futuros cargamentos de armas peligraban a menos que Berlín viera un jefe supremo con quien negociar y que pudiera hacerse responsable de eventuales compromisos. Típico en él, Franco no respondió y dejó que Bernhardt llenara el silencio que se produjo a consecuencia. Éste le informó que en breve viajaría a Berlín con el teniente coronel Walter Warlimont, jefe de la misión militar no oficial de Hitler, para informar al Führer y a Göring sobre el progreso de la guerra. Uno de los temas que Warlimont trataría era el de la jefatura política de la España nacional. La indirecta evidente era que la posición privilegiada de Franco como canalizador exclusivo de la ayuda alemana podía estar en peligro a menos que demostrara estar firmemente instalado en el poder. Contrariado por la evasiva respuesta del general, Bernhardt se acercó a Nicolás Franco, quien se comprometió a convencer a su hermano. Puesto que Franco no era fácil de manipular, es de suponer que los esfuerzos de Nicolás debieron de limitarse a subrayar que era el momento ideal para afianzarse en el poder.²⁶

Mientras tanto, Kindelán, Nicolás Franco, Orgaz, Yagüe y Millán Astray formaron una especie de equipo de campaña política dedicado a asegurar que Franco se convirtiera primero en comandante en jefe y luego en jefe del Estado. El relato de Kindelán deja bien claro que ello se hizo con el conocimiento y la aprobación de Franco. No es de extrañar que éste se mostrara lo suficientemente reservado para poder desautorizarlos si sus esfuerzos resultaban vanos. Así pues, parece que ellos tomaron la delantera aunque Franco no fuera, ni mucho menos, una figura pasiva en el juego. Kindelán sugirió que se celebrase una reunión de la Junta de Defensa Nacional con otros generales para resolver el tema. La reunión se convocó a petición de Franco, iniciativa que demostraba fehacientemente su interés por el mando único y su disponibilidad como candidato. La elección de los restantes generales invitados fue muy reveladora. Se trataba de Orgaz, Gil Yuste y Kindelán, todos totalmente fieles a Franco y todos monárquicos. A raíz del incidente en el que Mola expulsó a don Juan, confiaban en Franco para «defender el fuerte» hasta que la victoria sobre la República permitiera la restauración de la Monarquía.

El histórico encuentro ocurrió el 21 de septiembre, al mismo tiempo que las columnas africanas tomaban Maqueda. La reunión tuvo lugar en un barracón de un recién improvisado aeródromo cerca de Salamanca. La presidía el general Cabanellas y los demás presentes eran los miembros de la Junta (Franco, Mola, Queipo de Llano, Dávila, Saliquet y los coroneles Montaner y Moreno Calderón) más los tres generales añadidos. Durante la sesión matinal, transcurrieron tres horas y media sin que Kindelán y Orgaz consiguieran abrir la discusión sobre el tema del comandante en jefe, a pesar de tres intentos. No existen actas de la reunión y el único documento lo constituyen las notas de Kindelán. En ellas no se indica que se discutiera la decisión de interrumpir el ataque sobre Madrid para liberar el Alcázar de Toledo. Durante el almuerzo en la finca de Antonio Pérez Tabernero, ganadero de toros, Kindelán y Orgaz decidieron vencer las reticencias de sus camaradas e insistieron en que el tema se debatiese al principio de la sesión de la tarde. Sorprendentemente, Mola los apoyó diciendo: «Pues yo creo tan interesante el mando único que si antes de ocho días no se ha nombrado Generalísimo, yo no sigo». Cuando se reanudó la reunión, todos se mostraron a favor, excepto Cabanellas, que defendía la jefatura de una junta o directorio.²⁷

La elección se limitó prácticamente a los *cuatro generales* de la canción republicana. Cabanellas no era posible. Se había rebelado contra la dictadura de Primo de Rivera, había sido diputado parlamentario radical por Jaén entre 1933 y 1935 y se creía que era masón. Su cometido en el alzamiento del 18 de julio era incierto y no tenía dotes especiales como general en campaña. El siguiente en el escalafón por

antigüedad, Queipo de Llano, había traicionado a Alfonso XIII en 1930; por esa razón, y debido a sus lazos familiares con Alcalá Zamora, se consideraba que había gozado de favoritismo durante la República. También se le despreciaba en privado por las obscenas emisiones radiofónicas que transmitía todas las noches desde Sevilla contra la República. El de menor graduación de los cuatro, Mola, estaba algo desacreditado por los fracasos iniciales del alzamiento y por las dificultades que encontraban sus fuerzas del norte, comparadas con los éxitos espectaculares del ejército africano de Franco. También sabía que no estaba a la altura de los contactos de Franco con alemanes e italianos.²⁸

Cuando llegó el momento de votar quién debía ser el Generalísimo, los dos coroneles se abstuvieron, debido a su graduación inferior. Kindelán votó primero, proponiendo que se confiara a Franco el mando único. Le siguió Mola, luego Orgaz y los demás, excepto Cabanellas, que dijo que no participaría en una elección para un puesto que consideraba innecesario.²⁹ Aunque no podría menos que recordar irónicamente las vacilaciones de Franco para unirse al alzamiento en junio y principios de julio, Mola se tomó a bien el ascenso de su rival. Al salir de la reunión, Mola comunicó a sus ayudantes que se había decidido crear el puesto de Generalísimo. Cuando le preguntaron si le habían nombrado a él, respondió: «¿A mí? ¿Por qué? A Franco». Más tarde Mola dijo a sus ayudantes que él había propuesto el nombre de Franco para Generalísimo, «es más joven que yo, de más categoría, cuenta con infinidad de simpatías y es famoso en el extranjero».³⁰ Poco después, Mola le dijo al político monárquico Pedro Sáinz Rodríguez que había apoyado a Franco en la lucha por el poder debido a su capacidad militar y al hecho de que iba a obtener probablemente la mayoría de votos. Sin embargo, aclaró que consideraba la jefatura de Franco transitoria y daba por supuesto que él mismo desempeñaría un papel importante en la configuración del futuro político después de la guerra.³¹ Muchos años después, estando Queipo de Llano criticando a Franco, el monárquico Eugenio Vegas Latapié le preguntó por qué le había votado. «Y ¿a quién íbamos a nombrar? —respondió—. Cabanellas no podría serlo. Además de republicano, todo el mundo sabía que era masón... A Mola no podíamos nombrarlo tampoco, porque hubiéramos perdido la guerra. Y yo estaba muy desprestigiado».³² A pesar de eso, Queipo no guardó en secreto su desagrado ante la decisión adoptada.³³

La frialdad que mostraron algunos de los compañeros de Franco ante su encumbramiento iba a tener un impacto inmediato en su modo de dirigir la guerra. Es imposible decir con total seguridad el momento exacto en que Franco tomó la decisión de desviar sus tropas hacia Toledo. La cronología es fundamental para establecer sus motivos. Su biógrafo oficial afirma, sin ninguna prueba, que fue antes de la reunión en el aeródromo durante la que fue elegido Generalísimo. Esta posibilidad mermaría convenientemente cualquier sospecha de que tomara la decisión en beneficio propio.³⁴ Sin embargo, la decisión se convirtió en cuestión urgente sólo después de la toma de Maqueda y eso no tuvo lugar hasta primeras horas de la tarde del 21 de septiembre. La reunión de Salamanca empezó por la mañana y Franco y su Estado Mayor habían tenido que salir muy pronto de Cáceres. De hecho, poca duda cabe de que la decisión se tomó en algún momento después de la caída de Maqueda y, por tanto, después de la reunión de generales en el aeródromo.³⁵ Se tomara en la tarde del 21 de septiembre o bien posteriormente, fue después de que Franco hubiese sido elegido Generalísimo. Hasta pasados tres días éste no dictó órdenes específicas.³⁶ Cuando quiera que Franco tomara la decisión, que el secretario de Mola describe como «una decisión del todo personal», lo hizo con pleno conocimiento de lo sucedido el 21 de septiembre.³⁷

La reunión de ese día le había dejado con inquietantes dudas sobre su elección como Generalísimo. Detrás del voto casi unánime y las expresiones de apoyo a Franco, podía percibirse frialdad y reticencia por parte de los demás generales. La simple elección como *primus inter pares* no era más que un paso en la ruta hacia el poder absoluto y aún quedaba mucho camino que recorrer. En ese momento, incluso los que participaron en su elección suponían que no hacían más que garantizar la unidad de mando necesaria para la victoria, y que la depositaban temporalmente en manos del general de más éxito.³⁸ El acuerdo de mantener la decisión en secreto hasta que la Junta de Burgos la ratificara formalmente y la hiciera pública reflejaba sus dudas. Habría sido muy propio de Franco intentar inclinar la balanza a su favor mediante el golpe propagandístico de la liberación del Alcázar. De ser esto verdad, el acierto de su juicio de que eran precisos nuevos esfuerzos se confirmó al transcurrir varios días sin que se hiciera el anuncio formal de su elección.

Kindelán interpretó correctamente el silencio como un síntoma de la falta de convicción de algunos de los generales que asistieron a la reunión. Cabanellas se demoraba porque temía las implicaciones de los poderes dictatoriales que se concedían a Franco. Mientras tanto, Nicolás Franco, que acababa de llegar a Cáceres procedente de Lisboa, era portador de la noticia que los enviados alemanes e italianos en Portugal le habían comunicado: sus gobiernos deseaban ver un mando único, preferiblemente en manos de Franco. Nicolás utilizó también su reciente encuentro con Johannes Bernhardt para vencer las aparentes reservas de su hermano a aceptar responsabilidades políticas. La tentación de ser jefe del Estado, interlocutor de Hitler y de Mussolini, debió de parecerle seductora, como debió de suponer Nicolás. Sin embargo, aún más que en el caso del mando militar único, podía resultar peligroso que se notara su ambición de dicho poder. Con su habitual precaución, Franco prefirió dejar que otros hicieran la maniobra y esperar a que le forzaran a aceptar el nuevo honor.

Por consiguiente, Kindelán, Nicolás Franco, Yagüe y Millán Astray solicitaron una nueva reunión en la que se definirían claramente los poderes del nuevo Generalísimo y se propondría que el cargo llevara aneja la jefatura del Estado. Preocupado por las vacilaciones de su hermano, Nicolás pidió a Yagüe que lo presionase. El 27 de septiembre, Yagüe le dijo a Franco que si se negaba a aceptar el mando único, la Legión buscaría otro candidato, perspectiva que garantizó definitivamente que Franco aceptase los plenos poderes.³⁹ En el momento en que tuvo lugar dicho encuentro, Franco había recogido los frutos de la gran victoria propagandística que supuso la liberación del Alcázar de Toledo.

Se ha sugerido que la actitud de Franco hacia la guarnición de Toledo estuvo influida por los amargos recuerdos de su impotencia para ayudar a los soldados atrapados en Nador en julio de 1921, después del desastre de Annual.⁴⁰ El hecho de que hubiera sido cadete en Toledo también pudo influir, pero no habría justificado la decisión de convertir en prioritario un objetivo estratégicamente secundario. Poca duda cabe de que la liberación del asedio habría apelado al lado romántico de un soldado muy imbuido por los valores épicos al estilo de *Beau Geste*, tanto más cuanto que podría convertirse en un mito semejante a las leyendas del Cid. No obstante, habiendo tanto en juego, el pragmatismo implacable de Franco no habría permitido que se dejara influir por tales consideraciones a menos que le reportasen otras ventajas.

En diciembre de 1936 quizá reveló la verdad más de lo que pretendía cuando le dijo a un periodista portugués: «cometimos un error militar y lo cometimos deliberadamente. Tomar Toledo exigía que desviáramos nuestras fuerzas de Madrid. Para los nacionales españoles, Toledo representaba un tema político que había que resolver». ⁴¹ Cualesquiera que fueran los motivos de Franco, su decisión no perjudicó sus ambiciones personales, aunque tendría serias consecuencias para la causa de los sublevados. Al permitir que Madrid reorganizara sus defensas, aquella desviación devolvería la ventaja a la República casi tan decisivamente como el cruce del estrecho la había dado a los militares rebeldes.

De hecho el ritmo de avance del ejército de África ya se había retardado considerablemente. Tardaron tanto en recorrer los ochenta kilómetros de Talavera a Toledo como en cubrir los casi cuatrocientos kilómetros que separaban Sevilla de Talavera; lo que reflejaba el hecho de que la República empezaba gradualmente a enviar al campo de batalla hombres con buena formación militar. ⁴² Éste era suficiente motivo para acelerar el ataque a la capital. Pero, el 25 de septiembre, tres columnas del ejército marroquí (desde el día anterior bajo el mando del general Varela, veterano de África y simpatizante carlista), se dirigieron al norte de Toledo. Bajo el mando respectivo del coronel Asensio, el comandante Castejón y el coronel Fernando Barrón, las columnas cortaron la carretera a Madrid y al día siguiente marcharon hacia el sur sobre Toledo. Después de una lucha encarnizada, la milicia comenzó a retirarse. El 27 de septiembre se prohibió a los corresponsales de guerra «a quienes previamente se les había permitido “participar” en las batallas más sangrientas de la guerra» que acompañasen a los legionarios y regulares mientras perpetraban otra matanza. No se hicieron prisioneros. Las calles estaban sembradas de cadáveres y literalmente corrían riachuelos de sangre que se convertían en charcos. El periodista americano Webb Miller contó al embajador de Estados Unidos que había visto cadáveres de milicianos decapitados. En el hospital de San Juan Bautista se arrojaron granadas de mano contra los indefensos republicanos heridos. Al día siguiente, el 28 de septiembre, el general Varela entró en el Alcázar y fue saludado con el lacónico informe del general Moscardó: «Sin novedad en el Alcázar, mi general». ⁴³

La tarde del domingo 27 de septiembre, en medio de la euforia de la victoria de Toledo, Franco, Yagüe y Millán Astray se dirigieron a una multitud vitoreante y frenética desde el balcón del palacio de los Golfines de Arriba de Cáceres. Franco habló en tono vacilante; su voz aflautada no era precisamente sugestiva. Yagüe, recordando la amenazadora conversación que había mantenido con Franco el día anterior, se dejó llevar por el entusiasmo. Yagüe anunció vehementemente: «Mañana tendremos en él a nuestro Generalísimo, al jefe del Estado». Millán Astray dijo: «Nuestro pueblo, nuestro ejército, guiado por Franco, está en el camino hacia la victoria». La Falange y la Legión desfilaron mientras la banda interpretaba el himno de la Legión *El novio de la muerte* y la canción falangista *Cara al sol*. La multitud aclamaba: «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!». La prensa de toda la zona nacional describió profusamente las escenas de aclamación popular de Franco. ⁴⁴

Mientras la multitud se dispersaba, Nicolás Franco y Kindelán trazaban el borrador de un proyecto para someterlo a la reunión de la Junta del día siguiente, que decidiría los poderes del nuevo Generalísimo. Yagüe ya había representado un papel clave al anunciar en su discurso que la Legión quería a Franco como jefe único. Nicolás Franco y Kindelán seguían desempeñando su labor, disponiendo que a la llegada de Franco al aeródromo de Salamanca para la reunión acordada sería recibido por una guardia de honor, formada no sólo por aviadores sino también por un destacamento de requetés y otro de falangistas. De este modo, el simbolismo, en sí bastante intimidatorio, de su jefatura política y militar se fijaría antes de la reunión. ⁴⁵ La mañana del lunes 28 de septiembre, Franco, Orgaz, Kindelán y Yagüe volaron a Salamanca «resueltos —en palabras de Kindelán— a conseguir su objetivo patriótico a cualquier precio».*

En la sesión matinal de la reunión, los demás generales mostraron cierta renuencia a hablar de la cuestión de los poderes que ejercería el comandante único y algunos estaban a favor de aplazar algunas semanas la decisión. Al fin y al cabo, cuando hacía una semana, de más o menos buen grado, habían acordado hacer a Franco jefe supremo militar, no había habido la menor insinuación de que también pudiera desempeñar poderes políticos. Ante la suposición de que la caída de Madrid y el final de la guerra eran inminentes, los generales se resistían a conceder a Franco una autoridad de amplio alcance, pues sospechaban lo difícil que resultaría convencerlo para que renunciara luego a ella. Sin embargo, Kindelán insistió y leyó el proyecto de decreto. En el artículo 1 éste proponía la subordinación del ejército, la armada y la aviación a un mando único; en el artículo 2, que al comandante único se le llamara Generalísimo, y en el artículo 3, que el rango de Generalísimo llevara consigo la función de jefe del Estado «mientras dure la guerra», frase que valió a Franco el apoyo de los generales monárquicos. La propuesta, que implicaba la dimisión de la Junta de Defensa Nacional, fue acogida con hostilidad, en particular por Mola. Reconocía que Franco era el general más brillante, pero eso no significaba que quisiera cederle el poder político absoluto. Incluso Orgaz vaciló en apoyar a Kindelán.

Después del almuerzo, Kindelán y Yagüe se esforzaron en convencer a sus camaradas, describiendo las escenas de alborozo popular en

Cáceres de la noche anterior. Sin duda, Yagüe recalcó la voluntad de la Legión y Nicolás Franco hizo hincapié en las presiones alemanas a las que había estado sometido. Antes de que empezara la sesión de la tarde, Queipo y Mola regresaron a sus respectivos cuarteles generales. Tomando como base la propuesta de Kindelán, se alcanzó un reticente acuerdo con el fin de que Franco fuera jefe del gobierno, además de Generalísimo. Cabanellas se comprometió a hacerlo efectivo al cabo de dos días.⁴⁶ Al salir de la reunión, se dice que un exultante Franco comentó a su anfitrión, Antonio Pérez Tabernero: «Éste es el momento más importante de mi vida».⁴⁷ De hecho, Cabanellas le contó más adelante al falangista Javier Martínez Bedoya que Franco se había votado a sí mismo en la sesión. En aquellos momentos Cabanellas aún albergaba dudas y sólo se decidió a firmar el decreto a altas horas de la noche del 28 de septiembre, después de largas consultas telefónicas con Mola y Queipo. El hijo de Cabanellas afirma que Queipo dijo: «Franco es un canalla. No es ni será hombre de mi simpatía. Hay que seguirle el juego hasta hacerlo reventar».* Mola, más cauteloso, aclaró que no veía más alternativa que aceptar con reservas la nominación de Franco.⁴⁸

Cabanellas confió al profesor de derecho internacional José Yanguas Messía la redacción del decreto de la Junta que registraba la decisión. Su primer artículo declaraba que: «En cumplimiento del acuerdo adoptado por la Junta de Defensa Nacional, se nombra Jefe del Gobierno del Estado español al Excelentísimo señor general de División don Francisco Franco Bahamonde, quien asumirá todos los Poderes del nuevo Estado». Se ha afirmado que el decreto fue amañado por Franco o por su hermano antes de imprimirse. Ramón Garriga, que más tarde perteneció al servicio de prensa franquista en Burgos, alegó que Franco leyó en el borrador la referencia a que él sería jefe del gobierno del Estado español sólo provisionalmente «mientras durase la guerra» y que la suprimió antes de someterlo a la firma de Cabanellas. No era necesario tal amaño. Convertido en jefe del gobierno del Estado español, Franco simplemente se refería a sí mismo como jefe del Estado y, como tal, se atribuía plenos poderes. Monárquicos como Kindelán, Orgaz y Yanguas erraron al depositar en él sus esperanzas. Una vez alcanzada la cima del poder, Franco no tenía intención de cederlo en vida a ningún rey, aunque ladinamente siempre mantendría vivas las esperanzas de los monárquicos.⁴⁹ La mayoría de la prensa nacional anunció que Franco había sido nombrado jefe del Estado español. Sólo el carlista *Diario de Navarra* cometió el pecado de referirse a Franco como jefe del gobierno del Estado español.⁵⁰

Cabanellas comentó: «Ustedes no saben lo que han hecho, porque no lo conocen como yo, que lo tuve a mis órdenes en el Ejército de África como jefe de una de las unidades de la columna a mi mando; y si, como quieren, va a dársele en estos momentos España, va a creerse que es suya y no dejará que nadie lo sustituya en la Guerra ni después de ella, hasta su muerte».⁵¹ El comentario de Cabanellas fue curiosamente parecido al que pronunció algunos años más tarde el coronel Segismundo Casado, también antiguo africanista: «Franco encarna la mentalidad del Tercio. Eso es todo. Se nos dice: “Ve con tantos hombres, ocupa la cota tal y no te muevas de allí sin recibir órdenes”. Franco ha ocupado la cota nacional y como no tiene Jefe, de allí no se moverá».⁵²

Franco obtuvo un incalculable beneficio político de su decisión de desviar sus fuerzas hacia Toledo. La liberación del Alcázar se representó ante las cámaras dos días más tarde, y todas las salas de cine del mundo vieron a Franco visitando las ruinas con un ojeroso Moscardó. Delante de los periodistas, Moscardó repitió a Franco su famosa frase: «Sin novedad».⁵³ De la noche a la mañana, el Generalísimo Franco se convirtió en una figura internacional, un nombre que simbolizaba el esfuerzo bélico nacional. En la España nacional se convirtió en salvador de los héroes sitiados. No poca satisfacción debió de procurarles emular a los grandes héroes guerreros de la España medieval.

El 30 de septiembre la Iglesia católica sancionó la analogía mediante la larga pastoral titulada «Las dos ciudades», escrita por el obispo de Salamanca, doctor Enrique Pla y Deniel. Hacía tiempo que la Iglesia estaba a favor de los militares rebeldes, pero hasta entonces no tan explícitamente como Pla y Deniel. Su pastoral se basaba en la bendición que Pío XI había otorgado el 14 de septiembre en Castelgandolfo a los españoles exiliados, en la que el Papa distinguió entre el heroísmo cristiano de los nacionales y la barbarie salvaje de la República. El texto de Pla y Deniel citaba a san Agustín para distinguir entre la ciudad terrenal (la zona republicana) donde prevalecía el odio, la anarquía y el comunismo, y la ciudad celestial (la zona nacional) donde reinaba el amor a Dios, el heroísmo y el martirio. Por primera vez se empleó la palabra «cruzada» para aludir a la Guerra Civil.⁵⁴

El texto se sometió a Franco antes de publicarse y, no sólo lo aprobó sino que, además, adaptó su propia retórica desde entonces para obtener el máximo provecho político de él. Aferrándose a la idea de una cruzada religiosa, Franco se presentó no sólo como el defensor de España sino también como el defensor de la fe universal. Al margen de la gratificación para su ego, semejante maniobra propagandística sólo podía proporcionarle enormes beneficios en cuestión de ayuda internacional a la causa rebelde.⁵⁵ Por ejemplo, muchos parlamentarios conservadores británicos intensificaron su apoyo a Franco después de que empezara a insistir en sus credenciales cristianas en lugar de las fascistas. Sir Henry Page Croft (diputado por Bornemouth), declaró que Franco era «un valeroso caballero cristiano» y el capitán A. H. M. Ramsay (diputado por Pebbles) creía que Franco estaba «defendiendo la causa de la cristiandad contra el Anticristo». Ellos y muchos otros utilizaron su influencia en las finanzas y en el gobierno para inclinar la política británica hacia los intereses de los nacionales.⁵⁶

El 1 de octubre de 1936 tuvo lugar la investidura del nuevo jefe del Estado. El despliegue de pompa y ceremonia distaba mucho de la improvisación de los primeros días de Franco como militar rebelde, apenas diez semanas atrás. Una gran guardia de honor, compuesta de soldados y de milicias falangistas y carlistas, esperaba su llegada frente a la Capitanía General de Burgos. Una multitud enorme y delirante estalló en aplausos y vítores cuando su coche entró en la plaza ante el cuartel general. En el salón del trono, en presencia de diplomáticos de Italia, Alemania y Portugal, Cabanellas cedió formalmente los poderes de la Junta de Defensa a un Franco visiblemente feliz. La figura poco

imponente de Franco (bajo, calvo y ya con doble papada y vientre prominente), se erguía solo bajo un palio. Cabanellas dijo: «Señor Jefe del Estado Español. En nombre de la Junta de Defensa Nacional, os entrego los Poderes absolutos del Estado».

La respuesta de Franco resonó con grandeza, regia seguridad en sí mismo y autoridad fácilmente asumida: «Mi General, señores generales y jefes de la Junta: Podéis estar orgullosos, recibisteis una España rota y me entregáis una España unida en un ideal unánime y grandioso. La victoria está de nuestro lado. Ponéis en mis manos a España y yo os aseguro que mi pulso no temblará, que mi mano estará siempre firme...». Después de la ceremonia, salió al balcón y pronunció un discurso ante un mar de brazos levantados con el saludo fascista. El tono grandilocuente de sus palabras en el salón del trono dejó paso a un compromiso retórico con la reforma social que sólo podía reflejar un deseo de armonizar con sus valedores nazis y fascistas. Sus cínicas promesas se incumplirían durante mucho tiempo: «Nuestra obra exige el sacrificio de todos, principalmente de los que tienen más en beneficio de los que no tienen nada. Tendremos vivo empeño en que no haya un hogar sin lumbre ni un español sin pan». Bastante más creíble fue su declaración aquella misma noche en Radio Castilla, en el sentido de que proyectaba un Estado totalitario para España.⁵⁷

A partir de su primer decreto, Franco simplemente se refería a sí mismo como jefe del Estado. Claro que en ese momento no había mucho Estado del que Franco pudiera ser jefe. La labor de construirlo empezó enseguida, aunque con poco éxito inmediato. La Junta de Burgos se disolvió y fue sustituida por una Junta Técnica del Estado presidida por el general Fidel Dávila. * El general Orgaz pasó a ser Alto Comisario de Marruecos, con la tarea de mantener el flujo de mercenarios marroquíes. La Junta Técnica permaneció en Burgos mientras Franco establecía su cuartel general en Salamanca, cerca, aunque no demasiado, del frente de Madrid y apenas a una hora de Portugal, por si las cosas se ponían feas. A Mola se le concedió el mando del ejército del norte, recién formado por la unión de sus tropas con el ejército de África. Queipo de Llano recibió el mando del ejército del sur, constituido por las fuerzas dispersas que operaban en Andalucía, Badajoz y Marruecos. A Cabanellas se le marginó, en castigo a su tibia respuesta al encumbramiento de Franco, concediéndosele el título puramente simbólico de inspector del Ejército. Franco casi nunca encontraba tiempo para recibirle en Salamanca. Sin duda era para él motivo de resentimiento que Cabanellas hubiera sido su superior y que, al igual que Sanjurjo, soliera llamarle «Franquito». ⁵⁸ Tampoco perdonó a otros superiores de antaño, como Gil Robles, quien recibió un trato frío. ^{**}

Una de las primeras cosas que Franco hizo tras ser elegido jefe nacional fue enviar lisonjeros telegramas a Hitler y a Rudolf Hess. Hitler respondió de palabra, en lugar de hacerlo por escrito, a través del diplomático alemán, conde Du Moulin-Eckart, al que Franco recibió el 6 de octubre. Hitler afirmó que podía ayudar mejor a Franco si no reconocía al gobierno nacional hasta la conquista de Madrid. La víspera de reemprender el asalto a Madrid, Franco respondió con un «afectuoso agradecimiento al gesto del Führer y una total admiración por él y por la nueva Alemania». A Du Moulin le impresionó la convicción de su entusiasmo por la Alemania nazi, e informó que: «La amabilidad con la que Franco expresaba su veneración por el Führer y Canciller, su simpatía por Alemania y la decidida efusividad de mi recepción, no permitían ni un momento de duda sobre la sinceridad de su actitud hacia nosotros».⁵⁹

En armonía con la cordialidad de tales sentimientos, se inició una campaña de propaganda a gran escala al estilo fascista para elevar a Franco a la categoría de figura nacional. Se adoptó un título equivalente al de *Führer* y *Duce* en la forma de *Caudillo*, palabra que también relacionaba a Franco con los jefes guerreros del pasado medieval de España. Franco se consideraba semejante a ellos: un soldado de Dios que debía luchar contra los infieles empeñados en destruir la fe y la cultura de la nación. ^{*60} Todos los periódicos de la zona nacional tenían que presentar en la cabecera el lema: «Una Patria, un Estado, un Caudillo» (eco deliberado de *Ein Volk, ein Reich, ein Führer* de Hitler). Las aclamaciones rituales de: «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!» se oían con frecuencia renovada. Las expresiones y discursos del Generalísimo se reproducían por todas partes.

Casi de inmediato, Nicolás Franco hizo planes experimentales para la creación de un partido político franquista en la línea de la Unión Patriótica del general Primo de Rivera. Se compondría de elementos conservadores, en su mayoría de la CEDA, por lo que topó con la hostilidad de la Falange. Al percatarse de lo desaconsejable que era actuar contra la cada vez más numerosa Falange, los hermanos Franco abandonaron la idea. ⁶¹ Hay cierta ironía en lo sucedido. A Franco se le otorgaron los nuevos poderes creyendo que el mando único aceleraría una victoria ya en ciernes. En realidad, el triunfo de los nacionales pronto se convertiría en una perspectiva a largo plazo, en parte debido a razones que escapaban al control del Caudillo, como la llegada de las Brigadas Internacionales y de los carros de combate y aviones rusos, además de la creación del Ejército Popular. Sin embargo, el que estos hechos tuvieran el resultado que iban a tener fue en gran medida responsabilidad de Franco, atribuible al retraso de casi dos semanas de la marcha sobre Madrid consecuencia del rodeo toledano y del tiempo dedicado a la preparación de su ascenso al poder supremo. A partir de entonces, y cada vez más, pareció como si Franco tuviera interés en la prolongación de la guerra, con el fin de tener tiempo para eliminar tanto a sus enemigos políticos de la izquierda como a sus rivales de la derecha, y para consolidar los mecanismos de su poder.

Una vez instalado como jefe del Estado y puestas en él las miradas de la España nacional, ahora bajo su mando, los propagandistas de Franco le crearon la imagen de gran cruzado católico y se intensificó su religiosidad pública. Desde el 4 de octubre de 1936 hasta su muerte tuvo un capellán personal, el padre José María Bulart. ⁶² Ahora empezaba el día oyendo misa, un reflejo de los imperativos políticos y de la influencia de doña Carmen. Para complacer a su esposa, cuando disponía de tiempo rezaba el rosario de la tarde con ella, aunque, en esta etapa de su carrera al menos, sin demasiada piedad. ⁶³ Nadie puede decir con seguridad total qué papel representó Carmen Polo en dar aliento a la ambición de su marido ni cómo le afectó la proclamación de la *Cruzada* por parte del obispo Pla y Deniel. Doña Carmen creía en

la misión divina de Franco y tan encendido apoyo eclesiástico le facilitó la tarea de convencerlo.⁶⁴

A medida que arraigaba en Franco la creencia en su relación especial con la Divina Providencia y cuanto más le aislaba y abrumaba el peso del poder y la responsabilidad, más pronunciada se iba haciendo su religiosidad. * Al margen del consuelo espiritual que pudiera proporcionarle, su recién descubierta religiosidad también reflejaba una conciencia realista de los inconmensurables beneficios que el patrocinio de la Iglesia católica podía aportarle en la búsqueda de apoyo extranjero y nacional. En el elevado concepto que el Generalísimo tenía de su propia importancia, resultó esencial la aprobación oficial y la bendición de la Iglesia. No era sólo cuestión del amplio apoyo católico a la causa nacional, sino más bien de reconocimiento concreto por parte de la Iglesia universal de la condición particular de Franco como paladín de sus valores. La premura con que Franco buscó tal reconocimiento es equiparable a la celeridad con que empezó a manifestar pretensiones propias de la realeza. En los albores de la gran edad moderna española, el ritual religioso había ejercido tradicionalmente un cometido crucial en la ascensión del rey al trono. Creyendo que representaba la continuidad de las glorias de una mitificada Edad de Oro, Franco dio por sentado que la Iglesia legitimaría su mando. En consecuencia, se atribuyó la prerrogativa real de entrar y salir de las iglesias bajo palio.

El 1 de octubre, el cardenal primado de España, Isidro Gomá y Tomás, le envió un telegrama felicitándole por la liberación del Alcázar y su exaltación a la jefatura del Estado. El 2 de octubre, Franco respondió con uno de sus grandilocuentes mensajes, que empezaba así: «Al asumir la Jefatura del Estado Español con todas sus responsabilidades no podía recibir mejor auxilio que la bendición de Vuestra Eminencia».⁶⁵ Era el principio de una estrecha relación con Gomá.

Los generales compañeros de Franco estaban algo desconcertados por la facilidad con que el nuevo Generalísimo adoptó un estilo distante y altivo. Estableció su cuartel general en el palacio episcopal de Salamanca, que cortésmente le cedió el obispo Pla y Deniel. Al cabo de dos semanas de su investidura, se exigía a los visitantes del palacio, al que se conocía por *Cuartel General*, que asistieran a las audiencias con chaqué.⁶⁶ Y llevaba ya la escolta de Guardia Mora que le acompañaría a todas partes hasta finales de los años cincuenta. Con sus resplandecientes uniformes, éstos hacían guardia como estatuas por todo el palacio, expresivo indicio del despotismo asiático que se estaba forjando. Llegaron también especialistas alemanes para construir un refugio antiaéreo especial. ⁶⁷ Y la foto de Franco aparecía en todas partes: en las pantallas cinematográficas, en las paredes de tiendas, oficinas y escuelas. Junto con su retrato, se estampaban diversas consignas: «los Césares eran generales invictos. ¡Franco!». Se erigió todo un aparato de propaganda que se dedicó a cultivar el mito del genio político y militar de Franco. El grado de adulación que le rodeaba, inevitablemente, hizo mella en su personalidad.⁶⁸

En el proceso que le llevó desde la burocracia improvisada propia de una campaña militar hasta la construcción de un aparato estatal, Franco cometió varios errores en la elección de colaboradores hasta que su cuñado, Ramón Serrano Súñer, se hizo cargo de toda la empresa. Su hermano Nicolás sería un excelente colaborador para su ascenso, pero tenía menos éxito como ministro y secretario político. Gracias a su relación con el nuevo Generalísimo, y actuando desde un despacho contiguo al de su hermano, acumuló rápidamente un enorme poder. Mucho más parecido en sus gustos y apetitos a su padre que a su hermano, Nicolás era un divertido y simpático *bon viveur*, cuyo estilo de vida bohemio y caótico era la desesperación de quienes tenían que despachar con él. Se levantaba a la una del mediodía y recibía visitas hasta las tres de la tarde, hora en la que desaparecía para comer, hasta las siete. Reaparecía alrededor de medianoche, y entonces trabajaba hasta las cuatro o las cinco de la madrugada, a menudo haciendo esperar durante siete u ocho horas a quienes acudían a visitarle. Dada su relación con el Generalísimo, pocos se quejaban, aunque sus hábitos desquiciaban especialmente a los alemanes. ⁶⁹ Sin embargo, a pesar del poder y del favor de que disfrutaba, Nicolás hizo poco o nada por iniciar la labor de creación de una infraestructura estatal.

Pero el nombramiento más desastroso fue el de Millán Astray como jefe de Prensa y Propaganda. Es posible que a Franco le gustara la adulación de Millán Astray, pero la mayoría de sus actividades eran contraproducentes. Al cabo de unos días del ascenso de Franco, Millán Astray proclamaba que «Franco es enviado de Dios como Conductor para liberación y engrandecimiento de España». «Franco fue el que salvó la situación en la sublevación republicana de Jaca.» «Es el primer estratega de este siglo.» ⁷⁰ Millán Astray dirigía la oficina de prensa del bando nacional como si fuera un cuartel, convocaba a los periodistas de su equipo a golpe de silbato y luego pronunciaba una arenga como solía hacer en la Legión antes de entrar en combate. Parece ser que Franco lo consideraba una especie de mascota, pero sus despropósitos acabaron por desprestigiar la causa nacional. ⁷¹ Millán Astray, a su vez, eligió a sus colaboradores con muy poca fortuna. Debido a la relación que se estableció entre Franco y Luis Bolín durante el vuelo del Dragon Rapide, Millán Astray nombró a Bolín jefe de prensa en el sur y le concedió el título honorífico de capitán de la Legión. ⁷² Bolín empezó a usar el uniforme y a hacer gala de su autoridad, intentando controlar el flujo de noticias sobre la España nacional a base de intimidar a los periodistas extranjeros. Millán Astray alentaba a sus subordinados a amenazar a los periodistas extranjeros con la ejecución. Bolín cumplía la orden encantado; el más notorio fue el caso de Arthur Koestler: los malos tratos de que éste fue objeto provocaron un escándalo internacional que condujeron a su excarcelamiento. Como resultado de la publicación del libro de Koestler, *Spanish Testament*, Bolín cayó en desgracia.⁷³

En el norte, la prensa se dejó en manos del famoso capitán Gonzalo de Aguilera —conde de Alba y Yeltes, jugador de polo y antiguo oficial de caballería—, principalmente a causa de su intolerancia y de que hablaba un excelente inglés, alemán y francés. El capitán Aguilera hizo más mal que bien con sus comentarios, infamantes y eminentemente dignos de ser citados, ante los periodistas. Mucho de lo que decía simplemente reflejaba las creencias comunes de muchos oficiales del bando nacional. Alegando que las masas españolas eran «como

animales», declaró ante los corresponsales extranjeros: «Tenemos que matar, matar y matar», jactándose de haber fusilado a seis de sus trabajadores el día que estalló la Guerra Civil, «*Pour encourager les autres*» («para animar a los otros»). Solía explicar a cualquiera que se prestara a escucharlo que la causa fundamental de la Guerra Civil era: «La introducción del alcantarillado moderno: antes de esto, la gentuza se moría de diversas y muy prácticas enfermedades; ahora sobreviven y, claro, son demasiados». «De no haber alcantarillas en Madrid, Barcelona y Bilbao, todos estos jefes rojos habrían muerto en su infancia en lugar de incitar a la chusma y hacer que se vierta la buena sangre española. Cuando la guerra termine, destruiremos las alcantarillas. En España el perfecto control de natalidad es el que Dios quiso que tuviéramos. Las alcantarillas son un lujo que se reservará a quienes lo merezcan, a los jefes de España, no a la masa de esclavos.»⁷⁴ Igualmente, creía que los maridos tenían derecho a matar a sus esposas infieles. Cuando le acompañaba la importante periodista Virginia Cowles, Aguilera mantenía un flujo constante de comentarios sexistas que de vez en cuando interrumpía para decir cosas como: «Buenos tipos los alemanes, pero un poco demasiado serios; nunca tienen mujeres a su alrededor, pero imagino que no han venido para eso. Si matan bastantes rojos, les podemos perdonar todo».⁷⁵

El 12 de octubre de 1936, durante la celebración en Salamanca del día de la Raza (el aniversario del «descubrimiento» de América por Cristóbal Colón), quedó absolutamente claro que Millán Astray no era el hombre más indicado para representar la causa del nuevo Estado de Franco ante el mundo exterior. La magnífica y regia puesta en escena resaltaba la permanencia del nuevo Estado. En la catedral se erigió una tribuna para invitados distinguidos. Franco no estaba presente, pero le representaban el general Varela y doña Carmen. Un sermón del dominico padre Fraile elogió la recuperación que Franco había hecho del «espíritu de una España unida, grande e imperial». Los dignatarios políticos, militares y eclesiásticos se trasladaron a la universidad para proseguir la ceremonia bajo la presidencia del rector perpetuo, el filósofo y novelista de setenta y dos años Miguel de Unamuno. Éste anunció que presidía en nombre del general Franco, que no podía asistir debido a diversos compromisos urgentes.

Parece ser que una serie de discursos recalcaron la importancia del pasado y futuro imperial de España. Uno, en particular de Francisco Maldonado de Guevara, que describió la Guerra Civil en términos de una lucha de los valores tradicionales y eternos de España contra la anti-España de los rojos, los vascos y los catalanes, exasperó a Unamuno, ya desolado ante la «lógica del terror», y el arresto y asesinato de amigos y conocidos. (Una semana antes, Unamuno había visitado a Franco en el palacio del obispado para suplicarle inútilmente en favor de varios amigos encarcelados.)⁷⁶ La vehemencia del discurso de Maldonado incitó a un legionario a gritar: «¡Viva la muerte!», el grito de guerra de la Legión. Entonces intervino Millán Astray para lanzar el triple grito de «¡España!» y se oyeron las tres réplicas tradicionales de «¡Una! ¡Grande! ¡y Libre!». Cuando Unamuno habló, fue para oponerse a la frenética glorificación de la guerra y la represión. Dijo que la Guerra Civil era una guerra incivil, que «vencer no es convencer» y que los catalanes y los vascos no eran más antiespañoles que los presentes. «Y yo, como sabéis, nací en Bilbao, soy vasco y llevo toda mi vida enseñándoos la lengua española, que no sabéis.» En ese momento le interrumpió un Millán Astray al borde de la apoplejía, poniéndose en pie para justificar el alzamiento militar. Mientras Millán Astray se sumía en un delirio homicida, Unamuno resistió firme, señalando la necedad necrofílica del lema «¡Viva la muerte!». Millán Astray exclamó: «Mueran los intelectuales», a lo que Unamuno respondió que se encontraban en el templo de la inteligencia y que semejantes palabras eran una profanación.

Ante el aumento del griterío y los abucheos, y cuando los guardaespaldas armados de Millán Astray amenazaron a Unamuno, intervino doña Carmen. Con gran entereza de ánimo y no menos coraje, cogió del brazo al venerable filósofo, lo sacó fuera y lo acompañó a casa en su propio coche oficial. Dos testigos presenciales han insinuado que el propio Millán Astray le ordenó a Unamuno que se cogiera del brazo de la esposa del jefe del Estado y se marchase.⁷⁷ Era tal el ambiente de terror que reinaba en Salamanca en esa época, que sus conocidos evitaban a Unamuno, y fue destituido de su cargo en la universidad a petición de sus colegas.⁷⁸ A finales de diciembre de 1936, prácticamente bajo arresto domiciliario, Unamuno murió consternado por la represión, la «locura colectiva» y «el suicidio moral de España».⁷⁹ No obstante, en su funeral fue ensalzado como un héroe falangista.⁸⁰ Casi treinta años más tarde, Franco comentó a su primo lo que consideraba: «La actitud bastante molesta del señor Unamuno, que no se justificaba en un acto patriótico, en un día tan señalado y en la España nacionalista que luchaba en el campo de batalla con un feroz enemigo y con grandes dificultades para vencerlo». A posteriori, creía que la intervención de Millán Astray era una respuesta del todo adecuada a semejante provocación. No obstante, en el momento, consideró prudente sustituir a Millán Astray.⁸¹

El incidente con Unamuno fue una molestia menor en el proceso de consolidación de Franco como jefe indiscutible. En términos políticos, todo seguía su curso. Durante el ataque a Madrid, Franco tuvo la suerte de contemplar (y en realidad, hasta cierto punto, de facilitar) la salida de escena de uno de los últimos rivales potenciales que quedaban. El pánico provocado por el avance hacia la capital y las bravatas radiofónicas de Mola sobre la inminente conquista de Madrid a manos de una «quinta columna» de simpatizantes nacionales clandestinos, provocaron violentas represalias sobre los civiles de derechas, ya fueran saboteadores capturados o grandes grupos de presos, a quienes sacaron de las cárceles de Madrid y masacraron en Paracuellos del Jarama.⁸² Los conservadores y otras víctimas de clase media de las atrocidades de Madrid no fueron los únicos civiles del bando nacional que perdieron la vida. El más célebre fue José Antonio Primo de Rivera. Aunque el jefe falangista había estado en una cárcel republicana de Alicante desde que fuera arrestado el 14 de marzo de 1936, no era impensable un intento de fuga o un intercambio de prisioneros.^{*} Evidentemente, dada la importancia de José Antonio Primo de Rivera, su liberación o su fuga no hubieran sido fáciles. Pero, en última instancia, la falta de cooperación de Franco garantizó que eso no ocurriera.

Era totalmente comprensible. Franco necesitaba la Falange como mecanismo de movilización política de la población civil y como medio para crear cierta identificación con los ideales de los aliados alemanes e italianos. Sin embargo, si el carismático José Antonio Primo de Rivera hubiera aparecido por Salamanca, Franco nunca habría podido dominar ni manipular a la Falange como haría más tarde. Al fin y al cabo, desde antes de la guerra, José Antonio se había resistido a una cooperación excesiva con el ejército, por miedo a que se empleara simplemente a la Falange como carne de cañón y como decorado ideológico moderno para la defensa del antiguo orden. El 3 de octubre, en la que fuera su última entrevista, con Jay Allen, publicada en el *Chicago Daily Tribune* el 9 de octubre y en *The News Chronicle* el 24 de octubre de 1936, el jefe falangista había expresado su desazón ante el hecho de que la defensa de los intereses tradicionales tuviera preferencia sobre las retóricas ambiciones de cambio social profundo de su partido.⁸³ Incluso teniendo en cuenta la posibilidad de que José Antonio estuviera exagerando sus pretensiones revolucionarias para congraciarse con sus carceleros, era evidente el conflicto implícito con respecto a los planes políticos de Franco. De hecho, Allen le dijo al embajador americano, Claude G. Bowers, que la actitud de José Antonio era desafiante y arrogante en lugar de conciliadora, y que se había visto obligado a recortar la entrevista «debido a las sorprendentes indiscreciones de Primo de Rivera».⁸⁴

Cabría suponer que Franco, dado su arribismo social, admirase al carismático y aristocrático José Antonio, que después de todo era hijo del Dictador Primo de Rivera. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Ramón Serrano Súñer desde hacía seis años, su relación nunca había prosperado. José Antonio consideraba a Franco pretencioso, obsesionado por sí mismo y tan prudente que rayaba en la cobardía. Su relación había fracasado definitivamente en la primavera de 1936, durante la segunda vuelta de las elecciones de Cuenca, cuando José Antonio se opuso vehementemente a la inclusión del general en la lista de candidatos de la derecha. Franco nunca se lo había perdonado.

Durante algún tiempo antes de ser elevado al mando supremo del bando nacional, Franco había estudiado varios planes para subordinar a las diversas familias políticas de la coalición nacional a una única autoridad. A finales de agosto, había dicho a Messerschmidt que la CEDA tendría que desaparecer. En su conversación del 6 de octubre con el conde Du Moulin-Eckart, el nuevo jefe del Estado había informado al primer diplomático que recibió que su principal preocupación era la «unificación de ideas» y el establecimiento de una «ideología común» entre el ejército, la Falange, los monárquicos y la CEDA; y confió a su visitante su cauto convencimiento de que «sería necesario proceder con pies de plomo». Dado su conservadurismo esencial y los vínculos de la élite de la coalición nacional con el viejo orden, realmente se requeriría semejante cautela. La unificación sólo podía llevarse a cabo a costa del desarme político de la cada vez más numerosa y vociferante Falange. Semejante operación resultaría mucho más fácil si el jefe falangista no estaba presente.

En un principio Franco aprobó las primeras tentativas de liberar a José Antonio, consintiendo a regañadientes por la sencilla razón de que oponerse hubiera sido arriesgarse a perder la buena voluntad de la Falange, que había proporcionado una útil ayuda paramilitar y política en la zona insurgente. El primer intento de rescate había sido obra de grupos aislados de falangistas de Alicante. A principios de septiembre, cuando los alemanes llegaron a considerar a la Falange el componente español de un futuro orden político mundial, se realizaron esfuerzos más serios. Llegó ayuda alemana de los más altos niveles, con la convicción de que el general Franco apoyaba la operación, algo de lo que ya existían precedentes.

Franco ya había intercedido personalmente ante los alemanes en el rescate de la familia de Isabel Pascual de Pobil, esposa de su hermano Nicolás. Gracias a los esfuerzos de Hans Joachim von Knobloch, cónsul alemán en Alicante, dieciocho miembros de la familia Pascual de Pobil, disfrazados de marineros alemanes, fueron embarcados en un buque de la armada alemana. Los esfuerzos por liberar al dirigente falangista dependían en gran medida de la cooperación de los barcos alemanes anclados en Alicante y de Von Knobloch. Éste cooperó con el impulsivo e influenciado falangista Agustín Aznar en un plan mal elaborado para liberar a Primo de Rivera mediante soborno, plan este que fracasó cuando Aznar fue localizado y a duras penas consiguió escapar. Se produjo un atentado contra la vida de Von Knobloch y poco después, el 4 de octubre, la República lo expulsó de Alicante.⁸⁵

El 6 de octubre, al llegar a Sevilla, Von Knobloch y Aznar reanudaron sus esfuerzos por liberar a José Antonio. Von Knobloch elaboró un plan para sobornar al gobernador civil republicano de Alicante mientras Aznar preparaba una fuga por la fuerza de la cárcel. En Salamanca fueron recibidos por Franco, quien después de agradecer al alemán la salida de Alicante de la familia de su hermano Nicolás, les concedió permiso para que prosiguieran sus esfuerzos. Sin embargo, la autorización verbal ocultaba un respaldo muy poco entusiasta. Mientras Von Knobloch regresaba a Alicante para poner en práctica su plan, Franco informó a las autoridades alemanas de que ponía ciertas condiciones para que continuase la operación. Éstas eran que en los intentos por rescatar a José Antonio no mediara dinero alguno, que si era necesario ofrecer dinero se regateara la cantidad y que Von Knobloch no participara en la operación. Estas extrañas condiciones disminuyeron considerablemente las posibilidades de éxito, pero los alemanes de Alicante decidieron seguir adelante. Entonces Franco dio instrucciones aún más curiosas. En caso de que la operación fuera un éxito, se debería mantener en secreto que José Antonio había sido liberado; además, se le mantendría lejos de Von Knobloch, que era el principal enlace con la jefatura falangista; debía ser interrogado por algún enviado de Franco; no aterrizaría en zona nacional sin permiso de Franco. Éste informó a los alemanes de que existían dudas sobre la salud mental de Primo de Rivera. La operación fue abortada.⁸⁶

Otra posibilidad de que Primo de Rivera fuera liberado provino de una sugerencia de Ramón Cazañas Palanca, jefe falangista en Marruecos, el cual propuso que se dispusiera un canje por la esposa y los hijos del general Miaja, que estaban encarcelados en Melilla. Franco negó los salvoconductos a los negociadores, aunque más tarde aceptó que la familia del general Miaja fuera canjeada por la familia

del carlista Joaquín Bau. El Caudillo también negó su permiso para que otro falangista, Maximiano García Venero, iniciara una campaña internacional para salvar la vida de José Antonio.⁸⁷ Asimismo, Franco sabotó los esfuerzos de José Finat, conde de Mayalde, amigo de José Antonio. Mayalde estaba casado con una nieta del conde de Romanones y convenció a este venerable político para que empleara sus excelentes contactos en el gobierno francés para que Blum intercediera ante Madrid por Primo de Rivera. Franco retrasó el permiso para que Romanones fuera a Francia hasta después de que se anunciara la sentencia de muerte.⁸⁸

El 20 de noviembre de 1936, José Antonio Primo de Rivera fue fusilado en la cárcel de Alicante. Franco aprovechó al máximo las oportunidades propagandísticas que se le presentaban, dispuesto a explotar la eterna ausencia del héroe mientras en privado se alegraba de que no le incomodara con su presencia. Las noticias de la ejecución llegaron al Cuartel General de Franco poco después de que ocurriera.⁸⁹ En cualquier caso, el 21 de noviembre el hecho se publicó en la prensa republicana y en la francesa. Hasta el 16 de noviembre de 1938, Franco prefirió negarse públicamente a creer que José Antonio estaba muerto. El jefe falangista era más útil «vivo» mientras Franco hacía sus preparativos políticos. El anuncio de su muerte habría abierto un proceso por el que la jefatura de la Falange hubiera podido afianzarse en un momento en que la propia posición de Franco apenas estaba en vías de consolidación. El jefe provisional de la Falange, el violento e ingenuo Manuel Hedilla, cometió un error táctico al consentir la maniobra de Franco. Las primeras noticias de la ejecución coincidieron con el Tercer Consejo Nacional de la Falange Española y de las JONS en Salamanca, el 21 de noviembre, pero Hedilla no la anunció, por la vana esperanza, inducida por cientos de rumores, de que por alguno que otro subterfugio su jefe hubiera sobrevivido. A partir de entonces, Franco sólo tendría que tratar con una Falange decapitada.⁹⁰

La actitud de Franco con respecto a la «ausencia» de José Antonio Primo de Rivera era muy reveladora de su modo de pensar, peculiarmente reprimido: «Probablemente —le contó a Serrano Súñer en 1937— lo han entregado a los rusos y es posible que éstos lo hayan castrado».⁹¹ Franco utilizó el culto al *ausente* para hacerse con la Falange, empleando todos sus símbolos externos y su parafernalia para enmascarar su verdadero desarme ideológico. Algunos de los escritos de Primo de Rivera fueron censurados y Hedilla, el sucesor designado, sería encarcelado y condenado a muerte en abril de 1937. Mientras se orquestaba un culto a la personalidad de Franco para proclamarlo como heredero de José Antonio, el Caudillo expresaba en privado su aversión por el jefe falangista. Serrano Súñer siempre fue consciente de que alabar a José Antonio garantizaba la irritación de Franco. En una ocasión, el Generalísimo explotó: «Lo ves, siempre a vueltas con la figura de ese muchacho como cosa extraordinaria». En otra, Franco afirmó encantado tener pruebas de que Primo de Rivera había muerto como un cobarde.⁹²

Es posible que José Antonio hubiera intentado poner pronto fin a la carnicería, pero otra cuestión totalmente distinta es que hubiera tenido algún éxito en la revuelta atmósfera de la época. Es cierto que estaba abierto a la idea de una reconciliación nacional de un modo que jamás compartió Franco ni durante la guerra ni en los treinta y cinco años que siguieron. En sus últimos días de cautiverio, José Antonio pensaba en los posibles miembros y la política de un gobierno de «concordia nacional», cuya primera ley habría sido conceder una amnistía general. Su actitud hacia Franco se revelaba claramente en los comentarios sobre las implicaciones de una victoria militar, que temía se limitara simplemente a consolidar el pasado. Consideraba dicha victoria como un triunfo de «un grupo de generales de honrada intención, pero de desoladora mediocridad política», comprometidos con «puros tópicos elementales» y apoyados por «1) el viejo carlismo intransigente, cerril, antipático; 2) las clases conservadoras; interesadas, cortas de vista, perezosas; 3) el capitalismo agrario y financiero».

El coronel Sicardo, comandante militar de Alicante, envió a Prieto los papeles en los que José Antonio vertía estas ideas. Después, el dirigente socialista entregó copias a los albaceas testamentarios de José Antonio, Ramón Serrano Súñer y Raimundo Fernández Cuesta, con la esperanza de provocar la disensión entre los puristas de la Falange. Fue un error político por parte de Prieto. Con José Antonio muerto, la confirmación de Serrano Súñer y Fernández Cuesta como albaceas les confería la autoridad de aquél para ejecutar la política de Franco.⁹³ Si José Antonio hubiera llegado a Salamanca, habría sido un seguro e influyente crítico de Franco. La explotación de la Falange por parte de Franco como base política ya configurada le habría resultado considerablemente más difícil.⁹⁴ Sin embargo, suponer que Franco no se habría desembarazado de Primo de Rivera del mismo modo que había hecho con tantos de sus rivales es suponer demasiado.

La propensión de Franco a adaptar las reglas en interés de su familia contrastaba con la forma despiadada de tratar a sus rivales. Los ejemplos de ello durante la Guerra Civil presagiaban la protección bajo la que el llamado «clan Franco» prosperaría en los años de la posguerra. Su intervención en nombre de los parientes políticos de Nicolás era un ejemplo de la presteza para hacer cosas por su familia. Aún más flagrante fue la rehabilitación de su hermano Ramón, extremista de izquierda, a pesar de la vehemente oposición de muchas figuras militares importantes. En septiembre de 1936, Ramón Franco, que estaba en Washington como agregado aéreo, escribió a un amigo de Barcelona para averiguar cómo sería recibido en la zona republicana. Azaña supuestamente dijo al amigo común: «Que no venga, pues lo pasaría muy mal». Con la precipitación que siempre había caracterizado su conducta, Ramón decidió en cambio ir a la zona nacional poco después de saber que su hermano había sido elevado a la jefatura del Estado.⁹⁵

A pesar de su pasado de agitador anarquista y masón, y de su implicación en diversas actividades revolucionarias (todo ello «crímenes» por los que otros pagaban con su vida), Ramón fue bien acogido por su hermano. En Sevilla, Queipo de Llano ya había ejecutado a Blas Infante, el abogado nacionalista andaluz que había figurado junto a Ramón en la candidatura progresista a las elecciones de 1931. La exquisita atención por las apariencias que supuestamente evitó que Franco se opusiera a la ejecución de su primo Ricardo de la Puente Bahamonde, a principios del alzamiento militar, no se aplicó en el caso de su hermano. Ramón fue enviado a Mallorca para hacerse cargo de

la jefatura de las fuerzas nacionales en ese lugar, con el grado de teniente coronel. Esto causó considerable malestar dentro de la aviación nacional y plantó las semillas de una brecha entre Franco y el hombre que lo elevó al poder, Alfredo Kindelán. El 26 de noviembre, Kindelán escribió al Generalísimo una enérgica protesta contra su arbitraria acción. Expresada en términos formalmente respetuosos, aceptaba el derecho de Franco a gobernar como mejor le pareciera, pero hablaba de la «mortificación personal» que Kindelán había sentido por no habersele ni siquiera consultado, y del malestar que había provocado entre los aviadores nacionales, cuya reacción iba «desde los que se conforman con que trabaje en asuntos aéreos fuera de España, hasta los que solicitan sea fusilado». ⁹⁶ Franco se limitó a hacer caso omiso de la carta y se vengó de Kindelán destituyéndolo al final de la guerra. Franco había ejercido las prerrogativas de su poder con la habilidad y arbitrariedad de un Borgia: eran atributos que iba a necesitar y a utilizar al máximo en los meses venideros.

Franco y el asedio de Madrid, octubre de 1936-febrero de 1937

Resulta curioso que Franco esperase celebrar la toma de Madrid el día en que sucedió el desagradable incidente entre Millán Astray y Unamuno. Durante las dos semanas en que estuvo ocupado asegurando su poder, se produjo un importante retraso en el ritmo de las operaciones. La guerra no podía demorarse indefinidamente y el 6 de octubre Franco anunció a los corresponsales de guerra que su ofensiva contra la capital estaba a punto de comenzar. Al día siguiente, bajo la dirección general de Mola, las fuerzas nacionales iniciaron una ofensiva coordinada contra Madrid. El ejército de África, extraordinariamente fatigado, reanudó su marcha en dirección norte al mando del general Varela, ayudado por el coronel Yagüe como segundo jefe. ¹ La fuerza de 10.000 hombres se organizó en cinco columnas mandadas por Asensio, Barrón, Castejón, el coronel Francisco Delgado Serrano y Tella. Se había hecho acopio de suministros de armas, aumentados por la llegada de sustanciales cantidades de artillería y carros de combate ligeros italianos. Los instructores transalpinos adiestraron rápidamente a los españoles en su uso. El 18 de octubre, Franco, acompañado por la misión militar italiana, pasó revista a las primeras unidades motorizadas blindadas italoespañolas.²

Después de frecuentes consultas con Franco, Mola ideó una estrategia final en dos fases para tomar Madrid, que ya estaba rodeada por el oeste, de norte a sur. La idea era que las fuerzas nacionales avanzaran primero en semicírculo hacia la capital, reduciendo simultáneamente la longitud del frente y tensando el cerco sobre Madrid, y luego que el ejército de África, guiado por Varela, realizara un ataque frontal a través de los suburbios de la zona norte. La ofensiva empezaría el 7 de octubre, avanzando desde Navalperal, en el norte, cerca de El Escorial, Cebreros al oeste y Toledo en el sur. Las defensas adelantadas de la ciudad se desmoralarían ante el bombardeo nacional y luego serían barridas por las columnas motorizadas integradas por rápidos carros blindados italianos. Los desesperados contraataques desde la capital serían fácilmente repelidos, lo cual aumentaría la moral de las fuerzas atacantes.³

Sin embargo, estaba a punto de empezar un tipo de guerra muy distinto. Desde el 18 de julio hasta el 7 de octubre, el ejército de África, en una marcha forzada, había llevado el peso del esfuerzo de los nacionales, atacando frontalmente ciudades y pueblos ante la resistencia de unos milicianos no profesionales y sin adiestramiento. Apenas se diferenciaba de la guerra colonial en la que Franco y los demás africanistas habían tenido sus primeras experiencias militares. En esta clase de guerra, la Legión y los regulares tenían toda la ventaja. Por el contrario, a partir de octubre, la tendencia sería en favor de una guerra de frentes. Paradójicamente, mientras alemanes, italianos y rusos dispensaban ayuda material en forma del armamento más avanzado, al menos en parte como banco de pruebas para una próxima guerra, Franco seguía anclado en el mundo estratégico de la Gran Guerra.

En un principio, el Generalísimo prestó poco interés a la campaña de Madrid. Estaba más ocupado en la operación para romper el asedio de Oviedo; y el 17 octubre, la liberación de esta ciudad le proporcionó enorme alegría. Hasta el 20 de octubre, con un retraso considerable debido al desvío del ejército de África hacia Toledo, no pareció reaccionar ante el grado en que la capital se reforzaba y dio la orden de «concentrar en los frentes de Madrid la máxima atención y los medios de combate de que se dispone». ⁴ De hecho, su ausencia de las operaciones de la toma de Madrid y de las subsiguientes crónicas nacionales, es muy notable. Sólo se puede llegar a la conclusión de que el Generalísimo sospechaba que había poca gloria que ganar y, por tanto, muy ladinamente, dejó que Mola asumiera la responsabilidad.

El propio Mola se alegró de que se le presentara la oportunidad de enmendar su fracaso en la toma de Madrid al inicio de la guerra. ⁵ Su optimismo era muy generalizado: los nacionales habían nombrado ya alcalde y concejales para la ciudad. ⁶ Las emisoras de radio nacionales emitían la noticia de que Mola se preparaba para entrar por la Puerta del Sol en un caballo blanco. Incluso se brindó a reunirse allí con el corresponsal del *Daily Express* para tomar café y unos republicanos bromistas prepararon una mesa para esperarlo. ⁷ La aviación nacional bombardeó Madrid con panfletos que contenían un ultimátum para la evacuación de la población civil y la rendición total. La situación se deterioraba tan rápidamente que parecían quedar pocas esperanzas. ⁸ Pero entonces, el 15 de octubre, empezaron a descargarse en Cartagena las primeras armas y suministros procedentes de la Unión Soviética. Una vez preparados y transportados hasta el frente de Madrid, los cincuenta carros de combate, veinte coches blindados y ciento ocho bombarderos, la República consiguió una igualdad de fuerzas temporal; la victoria no les resultaría nada fácil a los nacionales.⁹

A final de mes, las fuerzas de Mola habían tomado un anillo de pequeñas ciudades y pueblos cercanos a la capital, incluidos Brunete, Móstoles, Fuenlabrada, Villaviciosa de Odón, Alcorcón y Getafe. Madrid estaba inundada de refugiados de los pueblos circundantes junto con sus ovejas y animales de granja ¹⁰ y había importantes problemas de distribución de alimentos y agua. Hostigadas por la aviación nacional, las columnas de milicianos también se replegaban por las carreteras que conducían a Madrid en considerable desorden. El 31 de octubre, con los veinticinco mil hombres de las tropas nacionales al mando de Varela a punto de llegar a los suburbios occidentales y meridionales de Madrid, Mola advirtió de los peligros de otro retraso.¹¹

Sin embargo, desde el 1 hasta el 6 de noviembre se produjo una seria dilación del avance, que se suele atribuir a la necesidad de descanso

de las tropas nacionales y a su confianza en que disponían de tiempo para hacerlo. Se ha dicho, no obstante, que la vacilación estuvo en parte causada por las dilatadas consultas que Franco hizo a sus consejeros alemanes e italianos.¹² También parece que entre el 4 y el 6 de noviembre tuvo lugar una agria discusión en el campamento nacional sobre cómo emprender la conquista de la capital. Yagüe y Varela proponían arriesgados ataques relámpago sobre los barrios periféricos, mientras que Mola defendía un amplio ataque frontal, creyendo que Madrid no ofrecería más resistencia que Toledo.^{*} Un cauteloso Franco rechazó los planes de Yagüe y Varela por temor a perder las experimentadas columnas africanas.¹³

Así pues, Franco dejó libertad a Mola para que aplicara su estrategia excesivamente optimista de un ataque a gran escala desde el oeste, cruzando el río Manzanares y a través de la Ciudad Universitaria y la Casa de Campo, el antiguo coto de caza real. El 7 de noviembre, los nacionales estaban preparados para acometer lo que suponían sería su asalto frontal definitivo.¹⁴ El 28 de octubre, la Falange y los carlistas elaboraron listas de los edificios, hoteles, cines, teatros, emisoras de radio y periódicos que planeaban ocupar después de la victoria.¹⁵ Los grupos de población civil de derechas que seguían a la zaga del ejército de África habían hecho las maletas, confiando en el pronto regreso a sus hogares, situados en los mejores barrios de Madrid. En el bando franquista se creía que, en cuestión de horas, los legionarios estarían en la Puerta del Sol.¹⁶

Sin embargo, la noticia de la llegada de armamento y técnicos rusos junto al arribo de los primeros mil novecientos hombres de las Brigadas Internacionales, mermó el optimismo en el cuartel general del Generalísimo. Los pesados carros de combate rusos entraron en acción a finales de octubre para frenar el rápido avance de las columnas nacionales, aunque la falta de conductores y artilleros cualificados disminuyó su eficacia de forma notable. El 4 de noviembre, por primera vez entraron en combate cazas soviéticos I-15 e I-16, pilotados por aviadores rusos y, al menos durante seis meses, anularon la superioridad aérea que los nacionales habían disfrutado durante la marcha hacia Madrid.¹⁷ Sin conocer toda la magnitud de la ayuda rusa a la República, los alemanes ya empezaban a sentirse frustrados por la lentitud del avance de Franco hacia Madrid.

El 21 de octubre, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Constantin von Neurath, se quejó a Ciano de la inactividad de Franco en el frente de Madrid.¹⁸ El interés común sobre el destino de la causa nacional era uno de los diversos factores que estaban uniendo a Italia y a Alemania. De hecho, Mussolini pronto emplearía la expresión «Eje RomaBerlín». Tanto Ciano como Von Neurath esperaban que Madrid cayera a finales de mes o en la primera semana de noviembre, en cuyo momento planeaban conceder a Franco el reconocimiento oficial.¹⁹ No obstante, a finales de octubre el ministro de la Guerra alemán, general Von Blomberg, envió al almirante Canaris y al general Hugo Sperrle a Salamanca para investigar las razones del fracaso de Franco en la toma de Madrid. Von Blomberg había dado instrucciones a Canaris y a Sperrle de que informaran «muy enérgicamente» a Franco de que el gobierno alemán no consideraba sus tácticas de combate terrestre ni aéreo «prometedoras de éxitos» y que «seguir aferrándose a su procedimiento vacilante y rutinario (fracaso en el intento de sacar partido a la presente situación favorable terrestre y aérea, el empleo disperso de la aviación) es incluso poner en peligro lo que se ha conquistado hasta ahora».

Canaris y Sperrle informarían a Franco de las condiciones bajo las que recibiría futuros refuerzos. Las unidades alemanas estarían al mando de un oficial alemán, que sería el único asesor de Franco sobre su utilización y responsable sólo ante él. La autoridad de Franco sólo se mantendría «exteriormente». La consolidación de las fuerzas alemanas estaba supeditada a una «conducción de la guerra más sistemática y activa» y a la aceptación «sin reservas» de estas exigencias por parte del Generalísimo.²⁰ En cuanto el Generalísimo estuvo de acuerdo con ellas, se reunió y se envió con sorprendente celeridad un grupo de combate completo bajo las órdenes del general Sperrle, conocido como la Legión Cóndor. En cuestión de días, una fuerza de unidades especializadas, equipada con los últimos avances en bombarderos, cazas, carros de combate y otras armas motorizadas alemanas, estaba en ruta hacia Sevilla. El 16 de noviembre cinco mil alemanes desembarcaron en Cádiz y el 26 de noviembre lo hacían otros siete mil, junto con artillería, aviones y transportes blindados.²¹

El gobierno de la República estaba tan seguro de que Madrid caería que, después de ásperas discusiones, el 6 de noviembre partió hacia Valencia. El fuego de la artillería nacional caía sobre las zonas suburbanas; parecía el principio del fin.²² La organización de la defensa de la ciudad se dejó en manos de una Junta de Defensa, presidida por el recién nombrado capitán general de Castilla la Nueva, José Miaja.²³ Franco despreciaba a Miaja, un hombre corpulento y calvo, de cincuenta y ocho años, por incompetente y desordenado, y Queipo de Llano lo consideraba inepto, estúpido y cobarde.²⁴ Conocido casi exclusivamente por los infructuosos contraataques que no habían conseguido detener el avance de Franco en Extremadura, muchos, incluido él mismo, supusieron que Miaja había sido elegido como cabeza de turco al que culpar de la caída de la capital.²⁵

El fanfarrón y risueño Miaja pronto se rodeó de un equipo de ayudantes muy competentes, entre quienes sobresalía su jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Vicente Rojo. Mientras Rojo planeaba la defensa, Miaja se dedicaba a levantar la moral de los defensores. Ignorante de que Miaja era algo más que una víctima propiciatoria, el 7 de noviembre Franco anunció que asistiría a misa en Madrid al día siguiente. La mañana del 8 de noviembre, los gobiernos de Austria y Guatemala enviaron telegramas de felicitación para el Generalísimo. Franco al Ministerio de la Guerra en la capital.²⁶ Radio Lisboa también se adelantó describiendo con detalle la frenética acogida que le había ofrecido el pueblo de Madrid. El sensacionalista corresponsal americano de la cadena Hearst, H. R. Knickerbocker, escribió una detallada descripción del desfile de la victoria, «desde los escalones de la Telefónica», en que figuraba incluso el acostumbrado perro ladrando detrás.²⁷ El director de un periódico de Londres le dijo al periodista británico Henry Buckley que su historia de la lucha en las afueras debía

atarse de un error porque se sabía que las fuerzas de Franco estaban en el centro de la ciudad.²⁸

Miaja y Rojo se encontraban ante una situación alarmante. Tenían poca o ninguna idea de la magnitud, disposición o presteza de las fuerzas con las que contaban. Había escasez de fusiles y municiones, carecían de cobertura antiaérea y de pocos o nulos enlaces por radio con los variopintos grupos de milicianos armados de cualquier manera, cuya única fuerza era la decisión de defender la ciudad hasta la muerte. Miaja y Rojo eran perfectamente conscientes de la capacidad y agresividad de los legionarios y regulares con los que estaban a punto de enfrentarse. También sabían que una quinta columna de partidarios nacionales, numerosa y bien organizada, cometía actos de sabotaje y estaban preparados para levantarse en la ciudad.²⁹

Varela, comprensiblemente confiado en que Madrid caería con facilidad a la luz de la desertión del gobierno, demoró el lanzamiento del ataque para permitir descansar a sus tropas. El 5 de noviembre apenas habría encontrado resistencia. Si hubiera atacado al día siguiente, cuando la población aún estaba desmoralizada, podría haber conseguido una victoria fácil. ³⁰ No siendo así, Rojo y Miaja pudieron pasar la noche del 6 de noviembre y todo el día y la noche del 7 organizando las diversas fuerzas con las que contaban. Rojo fue doblemente afortunado porque, el día 7, el detallado plan de ataque de Varela fue hallado en un carro de combate nacional que apresaron. ³¹ Curiosamente, la marcha del indeciso gobierno de Largo Caballero pareció llevarse consigo la atmósfera de pesimismo y la proximidad de las fuerzas de Franco hizo que se borrarán las disputas políticas internas.³²

La noche del 7 de noviembre, en las silenciosas calles de la capital, los defensores permanecían unidos por el terrible recuerdo de lo que había sucedido tras la entrada del ejército de África en Badajoz y Toledo. No obstante, existía la determinación popular de luchar hasta el final.³³ Junto con el Quinto Regimiento del Partido Comunista, la fuerza mejor organizada y disciplinada de la zona central, los mil novecientos hombres de la XI Brigada Internacional ayudaron a Miaja a organizar la población de Madrid en una defensa desesperada y extraordinaria. Animados por las jocosas bravatas de Miaja y guiados por el brillante uso que Rojo hizo del plan de ataque de Varela, los ciudadanos de Madrid, con fusiles anticuados e insuficientes cartuchos, vestidos con ropas de civil, contuvieron a las fuerzas nacionales. ³⁴ El 8 de noviembre, durante el ataque lanzado en un radiante día otoñal, el ejército de África sufrió un número de bajas hasta entonces inusitado mientras luchaba por cruzar el Manzanares. El comandante Antonio Castejón, el comandante de columna más enérgico de Franco, resultó gravemente herido. Con la cadera hecha pedazos, Castejón, deprimido por el elevado número de bajas sufrido entre sus tropas, le dijo al periodista americano John Whitaker: «Nosotros organizamos esta rebelión y ahora somos nosotros los vencidos».³⁵

Hacia el 10 de noviembre empezó a tambalearse el ataque de Varela a través de la Casa de Campo a costa de las vidas de la tercera parte de las Brigadas Internacionales. El 15 de noviembre, cuando por fin cruzaron el Manzanares, se produjo una lucha cuerpo a cuerpo entre las Brigadas y las tropas moras en la Ciudad Universitaria. ³⁶ Defendiendo la ciudad con la espalda contra la pared, las milicias obreras presentaron más resistencia que la que habían mostrado en campo abierto. Sin embargo, tras la llegada de la Legión Cóndor el 12 de noviembre, los barrios obreros fueron bombardeados más sistemáticamente que antes, aunque el Generalísimo se cuidó mucho de evitar daños al elegante barrio de Salamanca, el área residencial donde vivían los quintacolumnistas y donde muchos importantes personajes de la derecha tenían sus hogares. Los alemanes estaban impacientes por experimentar con los bombardeos masivos sobre ciudades. Los destrozos fueron enormes, pero el impacto militar, desdeñable. ³⁷ Al decidirse a aterrorizar a Madrid para someterla y permitir el bombardeo incendiario de una ciudad llena de tesoros artísticos, Franco abandonó toda pretensión de no estar dispuesto a dañar la capital. Había dicho a los periodistas portugueses que destruiría Madrid antes que dejársela a los marxistas. ³⁸ El embajador estadounidense escribió a Washington: «Corre la voz de que el ex rey Alfonso XIII se ha quejado a Franco de esta política. Si es responsable, ésta sólo puede nacer del hecho de que la humillación por no poder conquistar Madrid en pocos días, haya permitido que su resentimiento venza a su buen juicio».³⁹

El 22 de noviembre, el ataque nacional fue rechazado. ⁴⁰ Al día siguiente, Franco y su jefe de Estado Mayor, el coronel Martín Moreno, viajaron desde Salamanca a Leganés, a las afueras de Madrid. El Generalísimo habló ante los reunidos: Mola, Saliquet, Varela y sus respectivos Estados Mayores. Sin refuerzos a gran escala, de los que simplemente no disponía, no quedaba más opción que suspender el ataque. Franco ordenó el cese de los asaltos frontales alegando la debilidad de sus fuerzas, la ayuda extranjera recibida por la República y la difícil situación táctica del ejército nacional, dependiente de extensas líneas de suministro y comunicaciones que carecían de protección. ⁴¹ Orgaz se haría cargo de las fuerzas del frente de Madrid, Mola de las del norte. El ejército de Franco había sufrido el primer revés importante.⁴² Sin embargo, en lugar de tomar la decisión militar lógica de retirarse a unas líneas de defensa más sostenibles a unos cuatro o cinco kilómetros de la ciudad, Franco manifestó una obstinada resolución a no ceder nunca ni un ápice de terreno conquistado. Así pues, ordenó a Asensio fortificar las posiciones tomadas en la Ciudad Universitaria, según él para mantener una ventaja psicológica y moral a cualquier precio (el cual sería considerable al cabo de tres meses).⁴³

Franco tuvo la enorme suerte de que las fuerzas republicanas de Madrid estuvieran demasiado fatigadas para desplegar una seria contraofensiva. De haberlo hecho, las cosas bien hubieran podido inclinarse decisivamente a favor de los republicanos. Totalmente desconcertados por las pérdidas sufridas, Varela y Yagüe habían dicho al capitán Roland von Strunk, consejero militar alemán en España: «Estamos acabados. No podremos resistir de ningún modo si los rojos logran emprender contraataques». El capitán Strunk estuvo totalmente de acuerdo, convencido de que sólo los refuerzos alemanes podían salvar a Franco de la derrota. Comentó amargamente al cónsul de Estados Unidos en Sevilla: «Franco podía haber tomado Madrid el primer día», y añadió que le había informado de que debía aceptar la dirección alemana de la campaña o, de no ser así, que Alemania retiraría su material; según él, Franco había aceptado.⁴⁴ En París,

Roma, Marruecos y en los campamentos nacionales alrededor de Madrid se creía que si Franco no recibía más ayuda de Alemania e Italia su movimiento se vendría abajo.⁴⁵

Antes de que la República pudiera poner a prueba la seguridad forjada en el asedio de Madrid, las castigadas columnas de Franco recibirían nutridos refuerzos procedentes de la Italia fascista. Resulta irónico que sólo cuatro días antes de que Franco admitiera tácitamente su derrota mediante el cambio de estrategia, obtuviera el reconocimiento conjunto de Alemania e Italia. En términos casi idénticos, Berlín y Roma justificaron su acción alegando que Franco controlaba «la mayor parte del territorio español».⁴⁶ El 18 de noviembre, un Franco visiblemente emocionado aparecía en Salamanca ante las multitudes que aclamaban febrilmente a Hitler y a Mussolini. Allí dijo que la Alemania nazi y la Italia fascista eran «el baluarte de la cultura, la civilización y el cristianismo en Europa».⁴⁷ Ese mismo día, Hitler dio instrucciones al nuevo embajador alemán en España. El hombre elegido fue el general retirado Wilhelm Faupel, en otro tiempo organizador de los *Freikorps*, consejero de los ejércitos argentino y peruano, y director del IberoAmerikanisches Institut. A este nazi convencido se le dijo que no interviniera en asuntos militares.⁴⁸ El 30 de noviembre, Faupel presentó sus credenciales a Franco.⁴⁹

La alegría de Franco ante las muestras de ayuda fascista se vio enturbiada por el desprecio con el que los italianos contemplaban sus hazañas militares. El 25 de noviembre, Mussolini le dijo al embajador alemán en Roma, Ulrich von Hassell, que los nacionales carecían de valor y espíritu ofensivo. El 3 de diciembre, después de negociar con Franco el acuerdo italoespañol sobre cooperación militar y económica, Filippo Anfuso, representante de Ciano, informó que los nacionales actuaban como si participaran en una guerra colonial, preocupados por mínúsculas acciones tácticas en lugar de grandes y sorprendentes golpes estratégicos. Su conclusión era que Franco necesitaba generales italianos, una columna italiana a las órdenes de Roatta y todo ello con urgencia.⁵⁰ Sólo porque Mussolini deseaba una España fascista para presionar a Francia y porque confiaba en que Franco se convirtiera al fascismo, el Duce pensó en enviar más ayuda al Caudillo. Pero, al igual que los alemanes, puso ciertas condiciones. La más importante era un compromiso «para dirigir la futura política española en el Mediterráneo en armonía con la de Italia».⁵¹

Nada hay de paradójico en que Franco, generalmente considerado un hombre extraordinariamente orgulloso, se alegrara de aceptar la ayuda alemana e italiana en condiciones humillantes. En primer lugar, estaba desesperado. Además, aún sentía cierto respeto hacia Hitler y Mussolini. Como observó el embajador estadounidense en Berlín, William E. Dodd, su buena fortuna radicó en que «al reconocer a Franco como un vencedor cuando aún no lo era, Mussolini y Hitler deberían asegurarse ahora de su victoria o quedarían asociados a su fracaso».⁵² Italia ya estaba precipitándose por la resbaladiza pendiente que la conduciría al compromiso total. En cuestión de cuatro meses, Mussolini había pasado, de modo casi imperceptible, de su inicial decisión de suministrar a regañadientes doce aviones de transporte, pasando por el envío de importantes cantidades de efectivos aéreos y vehículos blindados entre agosto y octubre, hasta el reconocimiento oficial. Este gesto le implicaría en un compromiso irrevocable con la causa de Franco, que ahora se enfrentaba a una posible derrota y necesitaba ayuda masiva.

El 5 de diciembre, Faupel envió un telegrama a la Wilhelmstrasse con un escueto mensaje: «Ahora nos enfrentamos a la decisión de abandonar España a su suerte o aportar más fuerzas». En el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, el secretario de Estado, Weizsäcker, temía que eso requiriese enviar un convoy marítimo susceptible de atraer la atención hostil de Inglaterra, y creía que Italia debía soportar el peso principal de la ayuda a Franco.⁵³ Inmediatamente después de firmar su acuerdo secreto con Franco el 28 de noviembre, Mussolini convocó una reunión del Estado Mayor para examinar la posibilidad de incrementar la ayuda militar italiana a Franco y pidió a Hitler que enviara un representante. El 6 de diciembre, el Duce, Ciano y Roatta se reunieron con un pesimista almirante Canaris en el Palazzo Venezia. Mussolini sugirió que Alemania e Italia enviaran una división cada una a España, que se desplazaran instructores alemanes e italianos para adiestrar a las tropas de Franco y que un Estado Mayor conjunto italogermano dirigiera y coordinase las operaciones junto con el de Franco. Canaris estuvo de acuerdo en la coordinación del suministro continuado de aviones militares y de apoyo naval y submarino a Franco en el Mediterráneo. Pero repitió las opiniones de Hitler, de Von Blomberg, de otros altos oficiales de la Wehrmacht y de Weizsäcker en el sentido de que Alemania no podría enviar grandes cantidades de tropas a Franco sin arriesgarse a que se produjeran repercusiones internacionales que afectarían a su programa de rearme. Ello no obstante, Mussolini decidió seguir adelante con el compromiso italiano de proporcionar importantes fuerzas de tierra. También se acordó que se instituyera un Estado Mayor conjunto italogermano para coordinar las operaciones de Franco, a pesar del temor de Canaris a que Franco se opusiera por falta de visión suficiente.⁵⁴

De las actas de la reunión del 6 de diciembre se deduce claramente que Mussolini, con gran desdén hacia Franco, había decidido tomar en sus propias manos el resultado de la Guerra Civil española. Aunque, por razones obvias, Franco no fue informado de lo que se había dicho en la reunión, en términos generales podía confiar en que ahora a los italianos les costaría muchísimo retirarle su apoyo. Al día siguiente, Mussolini escribió al general Roatta concediéndole el mando de todas las fuerzas italianas de tierra y aire que se encontraban en España y de las que se enviarían próximamente. El Duce ordenó a Roatta que se pusiera en contacto con Franco y con el nuevo embajador alemán, general Faupel, para la creación de un Estado Mayor conjunto. Dos días después de la consulta del 6 de diciembre, Mussolini creaba una oficina especial, el *Ufficio Spagna* para coordinar las diversas contribuciones ministeriales a la ayuda italiana que se prestaba a Franco.⁵⁵

Dentro de España la consecución de la ayuda exterior corrió paralela a la consolidación de la autoridad indiscutible del Generalísimo. Franco ya había saboteado las limitadas posibilidades de rescate de José Antonio Primo de Rivera. En diciembre de 1936, el Generalísimo daría otra muestra evidente de la celeridad y astucia con que podía actuar cuando se sentía amenazado. A medida que crecía el número de

bajas del ejército marroquí, Franco tuvo que avenirse a confiar cada vez más en el reclutamiento de unas milicias cuya principal lealtad era para sus propios grupos políticos. Eso aumentó inevitablemente el peso de los dos partidos que hicieron la contribución más importante, la Falange y la Comunión Tradicionalista. De momento no había dificultad ni duda algunas sobre su compromiso con la causa nacional pero, a la larga, sus ambiciones políticas diferían considerablemente. Habiendo invertido esfuerzos en empezar a construir su poder absoluto, Franco era muy sensible a las amenazas potenciales, tanto para la eficacia del esfuerzo bélico del bando nacional como para su propia hegemonía. La ausencia de José Antonio dejó a la Falange desorientada. El velo de secreto que se corrió sobre su muerte mantenía esa situación. A corto plazo, los carlistas suponían una amenaza mayor para la hegemonía de Franco dentro de la zona nacional. El presidente de su Junta Nacional de Guerra, Manuel Fal Conde, había estado afirmando la autonomía del carlismo desde finales de octubre. ⁵⁶ Cuando se anunció la decisión de conceder rango militar regular a los oficiales de milicia y de crear breves cursos de instrucción para convertir a los oficiales de las milicias en alféreces provisionales, los carlistas vieron la oportunidad para consolidar su independencia dentro del bando nacional.

El 8 de diciembre, con permiso de Mola, crearon su propia Real Academia Militar de Requetés para la instrucción técnica e ideológica de los oficiales carlistas, afirmando que su propósito no era más que asegurar el reemplazo de las bajas de aquellos oficiales requetés que habían ingresado en las fuerzas regulares. Los falangistas poseían dos academias parecidas, pero habían tomado la precaución de conseguir la aprobación de Franco. El Generalísimo estaba furioso y aprovechó la oportunidad para reforzar su posición. Después de consultar, cultivar y neutralizar minuciosamente al más maleable rival de Fal Conde, el lánguido y cínico conde de Rodezno, Franco jugó sus fichas. A través del general Dávila, presidente de la Junta Técnica del Estado, Franco informó a Fal Conde de que consideraba la creación de la academia carlista casi como un golpe de Estado. Le concedió a Fal Conde cuarenta y ocho horas para abandonar la zona nacional o enfrentarse a un consejo de guerra. Franco pensó seriamente en ejecutar al jefe carlista. Como no deseaba arriesgarse a minar la moral de los requetés que luchaban en el frente, el Caudillo se contentó con desterrarlo a Portugal. ⁵⁷ Para asegurar su control sobre las milicias autónomas, dictó un decreto que militarizaba los tres grupos de milicias (las de Falange, las carlistas y las de la CEDA), y las colocaba bajo el mando del coronel Monasterio.

Por una curiosa coincidencia, precisamente mientras Franco resolvía la amenaza a su autoridad que suponían los carlistas se le presentó otro imprevisto en sus planes. Don Juan de Borbón, heredero al trono de Alfonso XIII, seguía deseando participar en el esfuerzo bélico de los nacionales. El 7 de diciembre de 1936 escribió al Generalísimo, recordándole que había servido en la Royal Navy británica, en los buques *Enterprise* y *Iron Duke*, y respetuosamente solicitaba su permiso para incorporarse a la tripulación del crucero de combate *Baleares*, que entonces estaba casi terminado. Aunque el joven príncipe prometía no llamar la atención, ni desembarcar en ningún puerto español y abstenerse de cualquier contacto político, Franco percibió rápidamente los peligros inmediatos y lejanos. ⁵⁸ Si don Juan luchaba en el bando nacional, intencionadamente o no, se convertiría en un personaje emblemático para los numerosos monárquicos alfonsinos, sobre todo dentro del ejército, que por el momento se contentaban con dejar a Franco al mando mientras esperaban la victoria y una eventual restauración. Existía el peligro de que los alfonsinos constituyeran otro grupo que, junto a los falangistas y los carlistas, sumara su voz a la diversidad política que empezaba a aflorar en la zona nacional. Después de librarse del problema de José Antonio Primo de Rivera y en trance de reducir a Fal Conde, Franco difícilmente recibiría a don Juan de Borbón con los brazos abiertos.

Su reacción fue una obra maestra de duplicidad. Demoró algunas semanas la respuesta a don Juan. «Hubiera sido para mí muy grato el haber podido acceder a vuestro deseo, tan español como legítimo, de combatir en nuestra marina por la causa de España; pero la seguridad de vuestra persona no permitiría el que pudierais vivir bajo el sencillo título de oficial, pues el entusiasmo de unos y las oficiosidades de otros habrían de dificultar tan nobles propósitos; sin contar con que el lugar que ocupáis en el orden dinástico y las obligaciones que de él derivan imponen a todos, y exigen de vuestra parte, sacrificar anhelos tan patrióticos como nobles y sentidos al propio interés de la Patria... no me es posible seguir los dictados de mi corazón de soldado aceptando vuestro ofrecimiento». ⁵⁹ Así pues, no sólo rechazó cortésmente una oferta peligrosa y dispuso la amenaza, sino que también obtuvo considerables beneficios políticos de su gesto. Franco dejó que los falangistas se enteraran «confidencialmente» de que había prohibido la entrada en España al heredero del trono, debido a su propio compromiso con la futura revolución falangista. Posteriormente hizo público lo que había hecho y dio razones que consolidaban su propia posición ante los monárquicos. «Mi responsabilidad es muy grande y tengo el deber de no poner en peligro una vida que un día puede sernos preciosa... si alguna vez en la cumbre del Estado vuelve a haber un Rey, tendría que venir con el carácter de pacificador y no debe contarse en el número de vencedores». ⁶⁰ El cinismo de semejantes palabras sólo se apreciaría del todo al cabo de las casi cuatro décadas en las que Franco dedicaría sus esfuerzos a institucionalizar la división de España entre vencedores y vencidos, omitiendo la restauración de la Monarquía.

Sin embargo, por el momento don Juan era un problema menor comparado con la tarea militar a la que se enfrentaba el Generalísimo. A finales de noviembre, Varela había desplegado una operación para rescatar las tropas nacionales atrapadas al noroeste de Madrid, en la Casa de Campo y en la Ciudad Universitaria. Sus éxitos fueron pocos y las bajas, enormes por ambos bandos. El 15 y 16 de diciembre se realizó un nuevo esfuerzo, también a costa de numerosas muertes. ⁶¹ Ambos contendientes se esforzaban en reagruparse y durante más de tres semanas, el frente de Madrid sólo fue testigo de acciones limitadas, aunque muy reñidas. La audacia y decisión con que Franco había desafiado los problemas de cruzar el estrecho y los primeros ataques relámpago de las columnas africanas en su camino hacia el norte

pertenecían al pasado.

A principios de diciembre, al recién llegado embajador alemán, Wilhelm Faupel, le escandalizó la jactancia de Franco cuando dijo: «Tomaré Madrid; luego toda España, incluida Cataluña, caerá en mis manos con más o menos lucha». Faupel consideró la afirmación como una frivolidad, pues ahora Franco se enfrentaba a una guerra de complejos movimientos tácticos. El general alemán retirado llegó a la conclusión de que: «La educación y experiencia militar de Franco no lo hacen apto para la dirección de las operaciones en su presente magnitud». Lo cierto era que, a pesar del tono jactancioso de sus palabras, Franco emprendía la tarea con una prudencia despaciosa, incluso vacilante. También aceptó con deferencia los imperiosos consejos de Faupel, quien, a pesar de la advertencia de Hitler de que se abstuviera de intervenir en asuntos militares, se prodigaba en sus opiniones. El Generalísimo, que se consideraba el oficial más meticuloso del ejército español, ejercía un férreo dominio de sí mismo y tragaba saliva ante la perentoria y paternal imposición de Faupel para que dictase «órdenes tajantes para el mejor cuidado del equipo, rifles y ametralladoras en particular». El 9 de diciembre apostó más alto cuando pidió a Faupel «que una división alemana y otra italiana se pusieran a su disposición lo antes posible».⁶²

Con posterioridad, el Caudillo afirmó que había solicitado armas alemanas e italianas, pero no tropas.⁶³ Sin embargo, eso sólo fue verdad mucho más tarde, en 1937, después de una operación de reclutamiento en masa. En diciembre de 1936, con sus ejércitos exhaustos y diezmados en Madrid, esperaba desesperadamente refuerzos. * El Generalísimo tuvo la inmensa fortuna de que, a las dos semanas de la cancelación de la ofensiva contra Madrid debido a la escasa disponibilidad de tropas de confianza, el Duce decidiera enviar ayuda a gran escala. El 9 de diciembre de 1936, Franco recibió una oferta formal de ayuda italiana que se traduciría en el envío de oficiales, suboficiales, tanquistas, operadores de radio, artilleros e ingenieros, los cuales se incorporarían a las brigadas mixtas de tropas españolas e italianas. Roma ofreció uniformes, armamento y equipo para esas brigadas y preguntó a Franco cuántas brigadas se podían organizar. Franco quedó encantado y a mediados de diciembre se hicieron los preparativos para la creación de dos de estas brigadas mixtas. A mediados de enero empezaron a llegar los oficiales, especialistas y tropas de tierra, todos ellos del ejército regular, que se necesitaban.⁶⁴

Mientras tanto, el 21 de diciembre Hitler celebró una conferencia en la cancillería alemana con Göring; Von Blomberg; Faupel; Warlimont; Friedrich Hossbach, el oficial de enlace de la Wehrmacht con el Führer, y Werner von Fritsch, comandante en jefe del ejército alemán, para discutir futuras ayudas a Franco. Faupel pedía que se enviaran tres divisiones a España, pero se encontró con la vehemente oposición de los demás por temor al riesgo de una prematura guerra generalizada. Por tanto, el Führer decidió no enviar un número elevado de tropas alemanas, porque dado el alcance de su juego diplomático se beneficiaría más de una prolongación de la Guerra Civil española que de una rápida victoria de Franco. Desde finales de noviembre, en Berlín se creía que cuanto más durase la guerra más probable era que Italia fuera atraída hacia la órbita alemana. No obstante, se decidió que Alemania enviara ayuda suficiente, en forma de efectivos aéreos, armas y equipo, para asegurar que Franco no fuera derrotado.⁶⁵ Así pues, el Generalísimo tuvo la inmensa fortuna de poder contar con el apoyo de Hitler y de Mussolini, que sería mayor y más continuado que el que la República podía esperar de la Unión Soviética.

Además de las tropas regulares especializadas necesarias para la creación de las brigadas mixtas hispanoitalianas, Mussolini decidió «en vista de la situación poco satisfactoria», enviar dos cuerpos de tres mil «camisas negras» cada uno, en unidades independientes con oficiales, artillería y transporte propios. El 14 de diciembre, el ayudante de Roatta, el teniente coronel Emilio Faldella, entregó a Franco una nota en la que se le informaba de que el gobierno italiano deseaba que los voluntarios se organizaran en compañías autónomas italianas con oficiales italianos. Quedaba claro que estos contingentes tendrían que ser considerados aparte de las brigadas mixtas ofrecidas.⁶⁶ Franco quería tropas, pero no en unidades autónomas bajo mando italiano. Su enojo se puso de manifiesto al preguntar a Faldella: «¿Quién las ha pedido?». Y añadió: «Cuando uno manda tropas a un país amigo, al menos pide permiso».⁶⁷

Es evidente que Franco se alegraba de disponer de los «camisas negras», pero que había confiado en incorporarlos simplemente a sus propias unidades como legionarios extranjeros. Sus dudas sobre la eficacia de las milicias falangistas no se repetían con respecto a los voluntarios fascistas italianos, pues le habían dicho que se habían endurecido en los combates de Abisinia. Pero estaba muy irritado por la falta de consideración a su cargo que entrañaban los bruscos e inesperados términos en que se había anunciado su llegada. Según un informe de Faupel, basado presumiblemente en información de Roatta, los contingentes italianos que llegaron a finales de diciembre y principios de enero no estaban «determinados por el previo acuerdo con Franco sino según cálculos italianos independientes».⁶⁸ No obstante, el Caudillo se apresuró a utilizarlos en cuanto desembarcaron y el 12 de enero solicitaría otros nueve mil «camisas negras».⁶⁹

Esta ayuda exterior fue necesaria para permitir a Franco superar el punto muerto creado en Madrid. El 28 de noviembre, el general Saliquet había escrito al Generalísimo proponiéndole una operación de cerco contra la carretera de Madrid-La Coruña en el noroeste, y una doble ofensiva, desde el suroeste de Madrid y desde Soria hacia Alcalá de Henares.⁷⁰ Franco reflexionó sobre la propuesta durante tres semanas y hasta el 19 de diciembre no dio las órdenes que podrían sacarle del atolladero en el que se había metido en la reunión de Leganés del 23 de noviembre, cuando suspendió el ataque frontal a Madrid. Las órdenes recogían el plan de Saliquet, pero perfeccionado: se ejecutaría más cerca de Madrid y consistiría en tres avances desde la cuña que los nacionales habían abierto en las defensas de la capital.⁷¹

En medio de la densa niebla y la lluvia, sobre un terreno cubierto de barro, se libraron costosas y estériles batallas por pueblos como Boadilla del Monte, que fue prácticamente destruido. Varela resultó herido el día de Navidad y Orgaz asumió el mando en campaña. Después de grandes pérdidas en combate, se canceló momentáneamente el ataque. El 27 de diciembre, Roatta envió un telegrama al *Ufficio Spagna* quejándose de la apatía del cuartel general de Franco e informando de que el Estado Mayor franquista era incapaz de organizar una

operación adecuada para una guerra a gran escala.⁷² El 3 de enero, se reemprendió el ataque con mayor ferocidad y se alcanzó la importante encrucijada de Las Rozas, en la carretera de El Escorial. El 7 de enero cayeron Pozuelo y Húmera. En seis días, los nacionales habían tomado diez kilómetros escasos de carretera. Habían aliviado la presión sobre sus tropas en la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, pero a un precio muy alto. Cuando el 15 de enero se estabilizaron los frentes, cada bando había perdido alrededor de quince mil hombres.⁷³ Los diversos esfuerzos para tomar Madrid habían agotado gravemente las fuerzas de Franco. Los republicanos estaban ahora sólidamente atrincherados y Franco tuvo suerte de que no pudieran aprovechar aquella oportunidad única para lanzar un contraataque sobre sus líneas, peligrosamente extendidas.

En medio de los reveses sufridos en Madrid, a Franco le supuso un respiro constatar que sus gestiones con la Iglesia estaban dando frutos. El 22 de diciembre, el cardenal Gomá regresó de Roma, donde había estado trabajando frenéticamente para que el Vaticano reconociera a Franco. La precavida Curia se resistía pero, a fin de demostrar la simpatía de la Iglesia por la causa de Franco, Gomá fue nombrado encargado de negocios oficioso del Vaticano en la España nacional. Era el primer paso hacia un reconocimiento diplomático pleno.⁷⁴ El 29 de diciembre Gomá y el Generalísimo se reunieron y acordaron elaborar una declaración conjunta para el Vaticano, en la que afirmaban que, en aras de un eventual reconocimiento, Franco estaba dispuesto a hacer todo lo posible para favorecer la posición de la Iglesia en España.⁷⁵

El estrechamiento de relaciones con el Vaticano fue a la larga de inmensa importancia política para Franco. En términos inmediatos, la ayuda militar prometida por Mussolini fue aún mejor acogida. Detenidos los ataques en torno a Madrid, Franco se sintió aliviado cuando, a mediados de diciembre, el Duce empezó a enviar los primeros contingentes, que a mediados de febrero de 1937 sumarían casi cincuenta mil milicianos fascistas y tropas regulares presentados como voluntarios.⁷⁶ Lo adornara como lo adornase Franco más tarde, la llegada de refuerzos italianos fue de crucial importancia para su supervivencia militar. Una vez el Duce había comprometido su propio prestigio en una victoria de los nacionales en España, era inevitable que el estancamiento en torno a Madrid aumentara rápidamente su impaciencia con Franco. A final de año, pidió a Hitler que enviara a alguien a una reunión que se celebraría a mediados de enero en Roma, «con plenos poderes» para discutir la toma de «una verdadera decisión en España» por parte italogermana.⁷⁷ De hecho, cada vez era más evidente que Hitler iba a dejar que los italianos hicieran la contribución decisiva al éxito de Franco. El 12 de enero Roatta informó a Roma que Canaris le había dicho que Sperrle era pesimista sobre la eficacia inicial de la Legión Cóndor y el estado de las fuerzas nacionales. Sperrle, a su vez, le dijo a Roatta que el verdadero problema era el temor alemán a provocar una guerra prematura con Francia.⁷⁸

En la reunión celebrada en el Palazzo Venezia la tarde del 14 de enero de 1937, el representante de Hitler fue Hermann Göring.^{*} Mussolini estaba irritado porque la ayuda italogermana en lugar de estimular a Franco para realizar mayores esfuerzos, simplemente le permitía ceder a su tendencia natural a someter la República mediante una lenta campaña de desgaste. Göring estuvo de acuerdo en que si Franco hubiera sabido emplearlo con propiedad, el material y la ayuda técnica italogermanos eran suficientes para haberle permitido ganar ya la guerra. El ministro de las Fuerzas Aéreas declaró amargamente que el reconocimiento de Franco antes de la conquista de Madrid había sido un grave error, y para remediarlo se acordó someterlo a una «enérgica presión» con el fin de que acelerase sus operaciones e hiciera pleno uso de los generosos medios que habían puesto a su disposición.

A pesar de sus expresiones de solidaridad con Mussolini, el temor a complicaciones internacionales indujo a Göring a anunciar que los alemanes no enviarían una división a España. Así pues, la labor inmediata de evitar que Franco perdiera la guerra se dejó en manos del Duce, a quien decepcionó pero no disgustó ser el aliado más importante de España. Al declarar que Franco debía ganar, dijo que ya no había ninguna limitación a sus acciones en territorio español. Para asegurarse de que Franco adoptaba una política más enérgica, se decidió obligarle a aceptar el Estado Mayor general conjunto italogermano. Mussolini y Göring acordaron que para asegurar la victoria de Franco se enviaría a finales de enero nueva y copiosa ayuda, antes de que los británicos impusieran un bloqueo para frenar la intervención extranjera, como imaginaban equivocadamente que sucedería.^{**} Mussolini sugirió que se dijera a Franco que a partir de entonces no habría más ayuda.⁷⁹

Al día siguiente de la reunión en el Palazzo Venezia, los jefes de Estado Mayor de los ministerios militares italianos se reunieron en el Palazzo Chigi con los responsables del *Ufficio Spagna* y el representante de Ciano, Anfuso, para tratar el programa mínimo de ayuda a Franco. En parte por desprecio hacia las dotes militares de Franco y en parte por un deseo de monopolizar el esperado triunfo del fascismo, se acordó que el contingente italiano se empleara como fuerza independiente dirigida por un general italiano, sólo nominalmente responsable ante el mando supremo de Franco. Se perfilaron tres posibles acciones decisivas mediante las cuales las fuerzas italianas ganarían la guerra para Franco. Mussolini era partidario de un ataque a gran escala desde Teruel a Valencia, para aislar Cataluña del resto de España. Éste sería precedido por un bombardeo de Valencia a fin de sembrar el terror. Sin embargo, se reconoció que semejante operación requería la plena cooperación de Franco. Una segunda opción consistía en una marcha desde Sigüenza a Guadalajara para tensar irrevocablemente el cerco nacional sobre Madrid. La tercera y más limitada posibilidad era la toma de Málaga para proporcionar un puerto de mar próximo a Italia y una plataforma de lanzamiento para un ataque a Valencia desde el suroeste.⁸⁰

Después de sus fracasos en Madrid, Franco no tenía más remedio que apretar los dientes y consentir a las humillantes sugerencias italogermanas que el 23 de enero de 1937 le comunicó Anfuso. El documento presentado por Anfuso explicaba que las circunstancias internacionales impedían que la ayuda continuara indefinidamente.⁸¹ Al principio el Generalísimo pareció perplejo.⁸² Sin embargo, al día

siguiente le entregó a Anfuso una nota expresando su agradecimiento por la ayuda italogermana y una súplica desesperada para que continuara al menos otros tres meses.⁸³ La perspectiva de que los británicos impusieran un bloqueo eficaz le movió a pensar seriamente las tres propuestas estratégicas que le hicieron los italianos. Agradeciendo efusivamente a Mussolini su ayuda, Franco le dijo a Anfuso que ahora aceleraría el fin de la guerra emprendiendo una gran acción decisiva. El 26 de enero aceptó la sugerencia de Roatta de que, a partir de entonces, el consejo regular de Faupel y Roatta sobre cuestiones estratégicas vitales complementarían al del propio Estado Mayor de Franco, en el que a su vez se incluiría a diez oficiales alemanes e italianos de alta graduación.⁸⁴ Mussolini creyó que podía dar instrucciones a Franco como si fuera un subordinado.⁸⁵

Sensible a cualquier afrenta o insulto, Franco no pudo evitar resentirse del claro desdén por sus proezas militares que dejaban insinuar alemanes e italianos. No obstante, no lo aparentó y aceptó las sugerencias estratégicas de Mussolini, junto con la imposición de oficiales extranjeros en su Estado Mayor. Según Kindelán, deseoso de reducir al mínimo la actitud sumisa de Franco hacia el Duce, el Generalísimo dudaba del valor militar de los recién llegados, aunque estuvieran muy bien equipados en comparación con sus propias tropas y muchos habían adquirido experiencia en la guerra de Abisinia. Así pues, decidió ponerlos a prueba en una campaña relativamente fácil en el sur.⁸⁶ Por otra parte, para contrarrestar el fracaso en Madrid, el Generalísimo ya había aceptado un avance limitado hacia Málaga a propuesta de Queipo de Llano. A mediados de diciembre se había intensificado, con considerable éxito, una ofensiva para dominar el resto de Andalucía, tan brutal y sanguinaria como la marcha hacia Madrid.⁸⁷ Sin embargo, tras la llegada de tropas italianas, la naturaleza de la campaña cambió drásticamente. En lugar de dejarse inmolar por la «pericia» de Franco en una campaña de su elección, el objetivo de dichas tropas era llevar a cabo una operación elegida por Mussolini. El 18 de diciembre de 1936, mientras partían los «camisas negras», Mussolini recordaba a Roatta su arraigada convicción de que debería lanzarse un gran ataque contra Málaga. Roatta informó de inmediato a Franco de la preferencia del Duce y halló a aquél «*sufficientemente propenso*» a ella. A partir de entonces, el Duce siguió el progreso del ataque con el entusiasmo que le merecía el que hubiera sido su propia idea.⁸⁸

Franco quería incorporar a los italianos recién llegados a unidades mixtas estacionadas en el frente de Madrid, pero tenía que contemporizar con el deseo de Mussolini de que operasen con autonomía en Andalucía.⁸⁹ Después de evaluar las escasas y dispersas defensas de Málaga, Roatta quería que sus columnas motorizadas emprendieran un rápido ataque de *guerra celere*, mientras que Franco prefería la propuesta original de Queipo de Llano consistente en una conquista gradual pero concienzuda del territorio republicano. Franco no tenía mucho interés en una victoria relámpago en la que Mussolini pudiera alzarse con el mérito y que pusiera fin a la guerra antes de que estuviera consolidada su propia autoridad. El 27 de diciembre, Roatta se impuso a la preferencia del Generalísimo por un avance lento seguido de purgas políticas, llegando al compromiso de que se realizaran simultáneamente los dos ataques. Franco tuvo que morderse la lengua cuando Roatta se negó a su solicitud de dos compañías motorizadas italianas para el frente de Madrid, con el pretexto de que él las necesitaba más con vistas a preparar el ataque a Málaga. El 9 de enero de 1937, un Roatta optimista y un Queipo de Llano escéptico acordaron un reparto de responsabilidades que delataba las concesiones que había hecho Franco.⁹⁰ Bajo la dirección de Queipo de Llano, que se había instalado en el crucero *Canarias*, y de Roatta desde tierra, empezaron a avanzar dos columnas a mediados de enero. A finales de mes, después de la toma de Alhama en la carretera de Málaga a Granada, ambas columnas estaban preparadas para la ofensiva final.

El 3 de febrero, el coronel Wolfram von Richthofen, jefe del Estado Mayor de la Legión Cóndor escribió en su diario: «No se sabe nada de los italianos, ni de su paradero ni de sus intenciones. Franco tampoco sabe nada. Realmente debería ir a Sevilla para salir en la foto y compartir los laureles de la victoria de Málaga».⁹¹ Para ocultar su ignorancia y dar la impresión de un control total de los acontecimientos, Franco viajó de Salamanca a Sevilla el 3 de febrero, a la vez que las fuerzas italoespañolas avanzaban hacia Málaga bajo una lluvia torrencial. En su avance, las tropas se distribuyeron en un gran círculo concéntrico; las unidades españolas marchaban hacia el este desde Marbella y las columnas motorizadas italianas se desplazaban hacia el suroeste desde Alhama sin preocuparse por sus flancos.⁹² El Generalísimo visitó el frente y el 5 de febrero habló en Antequera de los progresos de la campaña con Queipo de Llano y Roatta. Convencido de que la operación sería un éxito, no esperó a la caída de Málaga, sino que el 6 de febrero regresó a Sevilla y al día siguiente a Salamanca para supervisar una nueva ofensiva en el frente de Madrid.⁹³

Después de un rápido avance, nacionales e italianos llegaron a Málaga el 7 de febrero. El mando militar de Málaga había cambiado con alarmante frecuencia en los días precedentes, y la moral estaba por los suelos. Después de los bombardeos de la aviación italiana y de los buques de guerra nacionales, la ciudad cayó con facilidad. Las tropas italianas fueron las primeras en entrar en Málaga y gobernaron brevemente la ciudad antes de cederla ostentosamente a los españoles. Roatta reclamó la victoria para Mussolini y envió un telegrama triunfante, e implícitamente hiriente, a Franco: «Las tropas bajo mi mando tienen el honor de entregar la ciudad de Málaga a Su Excelencia».⁹⁴ De hecho, dada la superioridad numérica y logística de los atacantes, el triunfo fue menos hazaña de lo que pareció en aquel momento. Olvidadas por el gobierno de Valencia, las fuerzas defensoras estaban más o menos en el mismo estado que los improvisados milicianos que se habían enfrentado al ejército de África seis meses atrás.⁹⁵ Ni los nacionales ni los italianos mostraron gran compasión. Las protestas internacionales fueron menores que las provocadas por la matanza de Badajoz porque Franco había ordenado que ningún correspondiente de guerra entrara en Málaga.⁹⁶ Después de la batalla, Queipo de Llano y Roatta enviaron una columna motorizada para perseguir a los que, habiendo abandonado la capital, escapaban por la carretera de la costa. Sólo en la primera semana, dentro de la ciudad, fueron fusilados casi cuatro mil republicanos y las matanzas continuaron a gran escala durante meses. Aquellos que huían de la ciudad

tomada y que fueron sorprendidos en la carretera de Málaga sufrieron fuego de mortero desde el mar y bombardeos y ametrallamientos desde el aire.⁹⁷

Cuando las noticias de la victoria de Roatta en Málaga llegaron a Salamanca, Franco, lógicamente, demostró poco interés. Su humillante subordinación a Mussolini había quedado claramente resaltada. Millán Astray, que acudió a felicitar al Generalísimo y lo descubrió absorto en un gran mapa que colgaba de la pared, exclamó: «Esperaba encontrarte celebrando la victoria malagueña y no aquí solo, mirando un mapa». Franco restó importancia a la hazaña italiana señalando el mapa y diciendo: «¡Fíjate lo que nos queda todavía por ocupar! Así que no puedo darme el lujo de tener el menor descanso».⁹⁸ Esta imagen sombría y artificial de incesante dedicación militar no concordaba con la fe normalmente irrefrenable que Franco tenía en la victoria. Estaba realmente preocupado por el estado de la batalla en el valle del Jarama que había iniciado precisamente cuando Málaga estaba a punto de caer, pero no podía ser insensible al hecho de que la pérdida de Málaga era un duro golpe para la República en términos del territorio, los prisioneros y el armamento capturados. Había conquistado una provincia productora de alimentos y la mayor parte de la de Granada, privando a sus enemigos de un puerto de mar estratégico con una población de ciento cincuenta mil habitantes, y acortado el frente sur. La fingida falta de interés revelaba su resentimiento ante el desdeñoso Roatta y el hecho de que no podía complacerse en un triunfo que la prensa internacional atribuiría a Mussolini.⁹⁹

La caída de Málaga provocó una importante crisis interna dentro de la República. Los comunistas empezaron a manifestar su impaciencia con Largo Caballero y le obligaron a aceptar la dimisión del general Asensio, subsecretario de Guerra.¹⁰⁰ Irónicamente, la única consecuencia negativa para Franco de tan fácil victoria fue la idea totalmente errónea que tanto él como Mussolini se hicieron de la eficacia del contingente italiano.¹⁰¹ Mussolini estaba tan entusiasmado que ascendió a Roatta a general de división. El Duce y su jefe de Estado Mayor del ejército, Alberto Pariani, diseñaron de inmediato ambiciosos planes para que las tropas italianas barrieran Almería y luego se dirigieran a Valencia a través de Murcia y Alicante.¹⁰² Sin embargo, los informes que Roatta transmitía a Roma la víspera del ataque a Málaga habían presentado un sombrío cuadro de desorganización, indisciplina y falta de preparación técnica entre las filas italianas. Y ahora tenía que frenar el entusiasmo de Mussolini y convencerle de que un largo avance a lo largo de la costa sur, expuesto a constantes ataques por los flancos, sería menos decisivo que las operaciones previstas por Franco en el centro.¹⁰³

Franco se alegró de contar con ayuda italiana en el frente de Madrid y rápidamente bajó los humos al eufórico Queipo de Llano, que ansiaba utilizar la victoria sobre Málaga como base de una marcha triunfal hacia Almería a través de Andalucía oriental. Franco seguía obsesionado con Madrid y no tenía motivos para ofrecer triunfos a Queipo de Llano. Por consiguiente, prohibió el avance en Andalucía, para mortificación de Queipo de Llano.¹⁰⁴ Sin embargo, Franco contemplaba con cierta inquietud la perspectiva de que un ejército italiano aparentemente imbatible, dirigido desde Roma, permitiera a Mussolini servirle graciosamente las victorias en bandeja. Era una percepción que tendría consecuencias desastrosas durante la batalla de Guadalajara.

En esta época, la prensa nacional empezó a hacer circular una historia que vinculaba el destino de Franco con la intercesión de los santos. Se decía que, en el caos de la derrota, el comandante militar de Málaga, coronel José Villalba Rubio, se olvidó varias pertenencias personales en su huida. Entre éstas, en una maleta que dejó en su hotel se encontró la santa reliquia del brazo incorrupto de santa Teresa de Ávila, que había sido robada del convento de las carmelitas de Ronda.¹⁰⁵ De hecho, la reliquia se encontró bajo custodia de la policía. Fue enviada a Franco, quien la conservó consigo durante el resto de su vida. La recuperación de la reliquia fue la excusa para la exaltación de santa Teresa como «la Santa de la Raza», tanto al servicio de Franco como de la Iglesia. La propaganda católica y política promovió la asociación de la santa con el Caudillo exaltando el papel providencial de ambos.¹⁰⁶ El propio Franco parecía creer estar bajo la protección de santa Teresa. El cardenal Gomá informó de la renuencia de Franco a separarse del brazo como prueba de su intensa fe católica y de su convencimiento de que dirigía una cruzada religiosa. El obispo de Málaga concedió permiso para que la reliquia permaneciera en posesión de Franco y éste nunca la abandonaría en ninguno de los viajes que le obligaban a pernoctar fuera de casa.^{*107}

Alentado por el fácil éxito que preveía en el sur y la disponibilidad de la Legión Cóndor, Franco había renovado simultáneamente sus esfuerzos para tomar Madrid. El 6 de febrero de 1937, un ejército de casi sesenta mil hombres bien pertrechados, bajo la dirección del general Orgaz, lanzaron un ataque de grandes proporciones a través del valle del Jarama hacia la carretera Madrid-Valencia. Convencido de que podía conquistar la capital, Franco se tomó un interés especial en la ofensiva.¹⁰⁸ Dos días más tarde, el deseo de una victoria que ensombreciera el triunfo italiano en Málaga, agudizó su voluntad de vencer.

Casi al mismo tiempo, Mussolini había enviado un nuevo embajador a la España nacional, el flexible Roberto Cantalupo, que llegó poco después de la batalla de Málaga.¹⁰⁹ Como reflejo de su enconado resentimiento ante el comportamiento de Roatta y Mussolini tras la conquista de Málaga, Franco hizo esperar dos días a Cantalupo antes de recibirle. Cantalupo tenía la sensación de que, aunque todo el mundo sabía que los italianos habían conquistado Málaga, nadie lo decía. El 17 de febrero informó a Ciano: «Aquí, la moneda de la gratitud circula con mucha dificultad». Cuando por fin se encontró con el Caudillo en una reunión informal, Cantalupo quedó con la impresión de que Franco creía en la victoria final, pero que la percibía como un hecho todavía lejano y distante. En cualquier caso, el Caudillo daba la sensación de preferir una guerra larga, aunque dejara la explicación de sus motivos para una reunión futura. Asimismo, hizo saber con claridad que no estaba dispuesto a una paz negociada.¹¹⁰

Pronto se hizo visible el conflicto latente entre los apremios de Mussolini para una derrota rápida y espectacular de la República y la conquista gradual que preveía Franco. Al cabo de cuatro días de la caída de Málaga, Roatta, que estaba herido, envió a su jefe de Estado

Mayor, el coronel Emilio Faldella, a visitar al Generalísimo en Salamanca. Debía tratar con él sobre la siguiente operación en la que participaría el Corpo di Truppe Volontarie (CTV), como ahora se llamaban las tropas italianas. La mañana del 12 de febrero, Faldella encontró al Estado Mayor de Franco exultante por el avance de sus fuerzas por el río Jarama y lo que suponían sería una victoria inminente y decisiva. El coronel Antonio Barroso, jefe de operaciones de Franco, le aseguró a Faldella que ocuparían Alcalá de Henares en cinco días y que Madrid quedaría aislada de Valencia. Faldella le dijo a Barroso que iba a proponer que la próxima operación del CTV fuera una ofensiva contra Sagunto o la propia Valencia, una de las opciones que defendía Mussolini desde mediados de enero y que Anfuso había transmitido al Generalísimo el 22 de enero. Barroso le aconsejó que ni se lo mencionara a Franco, pues éste nunca permitiría a los italianos emprender un ataque autónomo contra un blanco de tan gran simbolismo político como era la capital republicana, dado su esencial interés en su propio prestigio. En consecuencia, después de consultar a Roatta por teléfono, Faldella cambió la nota que llevaba para Franco, sugiriendo en cambio la opción alternativa a la defendida por Mussolini después de la reunión con Göring: una gran ofensiva desde Sigüenza a Guadalajara para cerrar el círculo en torno a Madrid.¹¹¹

Cuando el 13 de febrero Franco recibió a Faldella a las 8 de la tarde, el Generalísimo, normalmente educado, olvidó ostentosamente agradecerle la acción italiana en Málaga y dijo: «La nota me ha sorprendido, porque es una auténtica imposición». La expectativa de éxito en el Jarama le dio al Caudillo confianza para hablar en términos más firmes que antes a Faldella, que a fin de cuentas era el representante militar de Mussolini en funciones. «Al fin y al cabo —le dijo Franco a Faldella—, se han enviado aquí tropas italianas sin pedir mi autorización. Primero me dijeron que venían compañías de voluntarios para incorporarse a los batallones españoles. Luego me pidieron que formaran por su cuenta batallones independientes y consentí. Después llegaron oficiales de alta graduación y generales para mandarlos, y por fin empezaron a llegar unidades ya constituidas. Ahora usted quiere obligarme a permitir que estas tropas luchen juntas a las órdenes del general Roatta, cuando mis planes eran muy diferentes.» Faldella respondió que de eso simplemente se deducía que Mussolini intentaba compensar la negativa de los alemanes a suministrar tropas, ante lo que Franco respondió: «Éste es un tipo especial de guerra, que se tiene que luchar con métodos excepcionales, de modo que no se puede emplear de una vez una fuerza tan numerosa, sino que sería más útil dispersarla en varios frentes».¹¹² Estos comentarios manifestaban no sólo el resentimiento de Franco por la ayuda italiana, sino también las limitaciones de su visión estratégica. Su preferencia por acciones graduales sobre una amplia zona revelaba tanto sus propias experiencias militares en una guerra colonial a pequeña escala, como su deseo de conquistar España lentamente y consolidar así su supremacía política.¹¹³

Faldella intentó hacerle comprender la oportunidad de una victoria decisiva que ofrecía el uso decidido del CTV italiano. Franco no cambió de opinión sobre su preferencia por una ocupación gradual y sistemática del territorio republicano: «En una Guerra Civil, es preferible una ocupación sistemática de territorio, acompañada por una limpieza necesaria, a una rápida derrota de los ejércitos enemigos que deje el país infestado de adversarios». Faldella señaló que una rápida derrota de la República en Valencia le facilitaría la erradicación de la izquierda en España. En ese momento interrumpió Barroso y, como la voz de su amo, dijo: «Debe tener en cuenta que el prestigio del Generalísimo es lo más importante en esta guerra y que es absolutamente inaceptable que Valencia, sede del gobierno republicano, sea ocupada por tropas extranjeras».¹¹⁴

Al día siguiente, Franco envió a Faldella una respuesta por escrito, en la que aceptaba a regañadientes su oferta de un ataque a Guadalajara desde Sigüenza. En ella afirmaba que nunca había querido que las tropas italianas se utilizaran en masa por temor a las complicaciones internacionales y porque «es necesario que las acciones decisivas sobre objetivos de trascendencia política, no se lleven a cabo sin la acción conjunta de las unidades italianas y españolas».¹¹⁵ Cantalupo creía que lo que al fin había convencido al Caudillo había sido la promesa italiana que garantizaba que serían las tropas españolas las que entrarían en Madrid como vencedoras.¹¹⁶ Lo cierto es que Franco era tan sensible a la presión como al estímulo. El conflicto potencial entre el Caudillo y los comandantes del CTV era tal que Roatta viajó a Roma para tratar el problema con Mussolini. El Duce reaccionó con firmeza en apoyo de Roatta, amenazando con retirar sus fuerzas si Franco continuaba respondiendo como lo había hecho a Faldella. Para demostrar que hablaba en serio, veinte cazas prometidos a Franco fueron dirigidos al mando italiano en España, a quien se le concedió el control sobre las unidades aéreas que anteriormente volaban bajo las órdenes del Generalísimo.¹¹⁷

La amenaza de Mussolini causó otro efecto adicional porque se produjo cuando el ataque nacional en el Jarama quedó estancado. Las tropas republicanas, reforzadas por las Brigadas Internacionales, defendían con tesón el valle del Jarama y la batalla se convirtió en la más cruenta de toda la Guerra Civil. Como en la batalla por la carretera de La Coruña, las líneas del frente nacional avanzaron unos pocos kilómetros, pero no se consiguió ninguna conquista estratégica. Una vez más Madrid quedaba a salvo, aunque a un alto precio. Los republicanos perdieron más de diez mil hombres, incluidos algunos de los mejores miembros de las Brigadas Internacionales; para los nacionales las bajas ascendieron a unos siete mil hombres.¹¹⁸

La inicial actitud desafiante de Franco se tornó en desesperación. Sólo seis días después del desconsiderado trato con que había obsequiado a Faldella el 13 de febrero, envió a Barroso para suplicarle que iniciara la ofensiva lo antes posible. Faldella se negó, alegando que sus planes no podían precipitarse, de modo que al día siguiente Millán Astray pidió ver a Faldella. El 21 de febrero cenaron juntos en el cuartel general del CTV, y Millán Astray habló en «términos patéticos» sobre las dificultades que los nacionales tenían en Madrid e imploró una rápida intervención italiana. Faldella estaba convencido de que Millán Astray había acudido a instancias de Franco. Al final, el

Generalísimo tuvo que esperar hasta que Faldella y Roatta estuvieran preparados. Después de todo, desplazar el ejército italiano desde Málaga hasta el centro de España no era tarea fácil.

El deseo del Generalísimo de emplear a los italianos como refuerzos en su ofensiva del Jarama fue desestimado con frialdad. Aunque ardía de indignación, Franco tuvo que doblegarse a la voluntad de los italianos. El plan general de operaciones que envió a Mola el 23 de febrero siguió exactamente la estrategia esbozada en la nota de Faldella del 13 de febrero. Al cabo de una semana, los italianos aún no estaban preparados y el 1 de marzo Barroso volvió a suplicar a Faldella que convenciera a Roatta para emprender una acción inmediata. Aunque Orgaz y Varela habían conseguido mantener las posiciones en el Jarama, el Generalísimo ansiaba desesperadamente una maniobra de diversión que distrajera las fuerzas republicanas y le permitiera aliviar la presión sobre sus exhaustas fuerzas. Para Franco, un ataque italiano sobre Guadalajara, a sesenta y cuatro kilómetros al nordeste de Madrid, sería una distracción ideal. Eso no era, ni mucho menos, lo que los italianos tenían en mente. Se fraguó así un monumental desastre.

La conexión del Eje: Guadalajara y Guernica, marzo-abril de 1937

Aunque en términos militares las expectativas habían empeorado, Franco descartaba cualquier insinuación de un compromiso de paz con los republicanos, ni siquiera con los vascos, que eran profundamente católicos. A mediados de febrero, el Generalísimo y el cardenal Gomá discutieron las propuestas a este respecto que había planteado el Vaticano. Aunque respetuoso con el primado, Franco rechazó todo lo que no fuera una rendición total, negándose a negociar y a reconocer la autoridad de quienes consideraba responsables de la presente situación en el País Vasco. Gomá informó a Roma de que Franco creía que cualquier mediación simplemente postergaba la solución necesaria a un problema político e histórico: la erradicación del nacionalismo vasco. Negociar significaba hacer concesiones y las concesiones significaban «recompensar la rebelión», y eso podía despertar expectativas en otras regiones. ¹ La actitud de Franco, contraria a cualquier clase de mediación, reflejaba su concepto de la guerra como una lucha concluyente, a vida o muerte, que debía acabar con la total aniquilación de la República y sus defensores.

Ésa fue ciertamente la impresión que causó a los italianos. El 1 de marzo, cuando llegaron de Roma las credenciales de Cantalupo, fue recibido oficialmente con un esplendor que no sólo resaltaba el valor que Franco concedía a la ayuda italiana, sino que también reflejaba su propio gusto por la pompa. Para entonces, cualquier esperanza que otros generales pudieran albergar sobre el hecho de que Franco considerase provisional su jefatura del Estado, empezaba a desmoronarse. La ostentación y la magnificencia que rodeaban las apariciones en público del Caudillo tenían resonancia de permanencia. Cantalupo fue recibido por ocho bandas militares. Las coloristas filas de falangistas, carlistas y demás milicias, junto con las tropas españolas, italianas y marroquíes, formaron en un solemne desfile a través de la enorme Plaza Mayor de Salamanca, de elegantes proporciones, hasta el palacio del Ayuntamiento. El Generalísimo llegó a la plaza escoltado por su guardia mora, con sus resplandecientes capas azules y sus brillantes corazas. El acto recordaba la entrada en Melilla de Alfonso XIII en 1927, ocasión en la que estuvo acompañado por Franco, cada vez más proclive a satisfacer su gusto por las ceremonias regias. Su llegada fue saludada con gritos de: «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!». Recibió éste a Cantalupo en un salón lujosamente adornado para la ocasión con tapices españoles del siglo XVI y porcelanas del XVII. Durante la ceremonia, Franco estuvo acompañado por Mola, Kindelán, Cabanellas, Dávila y Queipo de Llano, así como por una verdadera corte de oficiales del ejército y funcionarios totalmente uniformados. Y, sin embargo, Franco no estuvo a la altura de tan regia ocasión. Cantalupo, poco impresionado, escribió a Roma: «Salió conmigo a un balcón que ofrecía el espectáculo increíble de una inmensa plaza, pero fue incapaz de decir algo a la gente que le aplaudía y esperaba una arenga; de nuevo se había vuelto frío, vidrioso y femenino». ²

Al margen del boato de Salamanca, Roatta, Faldella y otros altos oficiales italianos estaban conmocionados por la implacable represión tras las líneas. ³ Cantalupo solicitó instrucciones a Roma y, el 2 de marzo, Ciano le dijo que informara a Franco de que el gobierno italiano creía prudente cierta moderación en las represalias, porque la brutalidad desenfrenada sólo podía alargar la duración de la guerra. El 3 de marzo, cuando Cantalupo se reunió con Franco, el Caudillo estaba totalmente preparado para el encuentro. Cantalupo le pidió que frenara las ejecuciones masivas en Málaga para acallar las protestas internacionales. Negando cualquier responsabilidad personal y lamentando las dificultades que presentaba tener que controlar la situación a distancia, Franco afirmó que las matanzas habían concluido, «excepto las perpetradas por elementos descontrolados». En realidad, la carnicería apenas disminuyó, pero se modificó el tratamiento judicial. Los asesinatos indiscriminados fueron reemplazados por ejecuciones sumarias, con la responsabilidad de las autoridades militares locales. Franco afirmó haber dado instrucciones de que se aplicara mayor clemencia hacia la plebe (*masse incolte*) y persistiera la severidad contra «jefes y criminales», como resultado de las cuales ahora sólo se ejecutaba a uno de cada cinco enjuiciados.

Sin embargo, Roma continuaba recibiendo escalofriantes relatos del cónsul italiano en Málaga, Bianchi. ^{*} El 7 de marzo, Cantalupo recibió órdenes de ir a Málaga, pero Franco le convenció de que la situación era demasiado peligrosa para una visita. No obstante, el Generalísimo se comprometió a sustituir a dos jueces militares. ⁴ Las dificultades que Franco alegó para poner fin a las matanzas en Málaga contrastaban fuertemente con su respuesta a una queja del cardenal Gomá sobre el fusilamiento de sacerdotes nacionalistas vascos a finales de octubre de 1936. Valorando la buena opinión de la Iglesia más que la de los italianos, Franco respondió al instante: «Tenga Su Eminencia la seguridad de que esto queda cortado inmediatamente». Poco después, Sangróniz confirmó a Gomá que «se habían tomado medidas rápidas y enérgicas para que no se reprodujera lo ocurrido». ⁵

En esta época, el propio Franco estaba lo bastante preocupado por la publicidad desfavorable que provocaba la represión generalizada para conceder al periodista inglés Randolph Churchill una entrevista sobre el tema brillante por su ambigüedad. Era evidente que al describir su política diciendo que era de «clemencia humana y equitativa», el sentido que Franco daba a sus palabras difería considerablemente del modo de entenderlas de Churchill y sus lectores. Franco declaró que «los cabecillas y los culpables de asesinatos» recibirían la pena de muerte en «justa retribución», pero afirmó mendazmente que todos tendrían un juicio justo, con abogado defensor y «plenas oportunidades

para exponer su caso y llamar a testigos». Omitió mencionar que el abogado defensor sería nombrado por el tribunal y que a menudo superaría a los fiscales solicitando rigurosas sentencias. Asimismo, cuando Franco dijo que «cuando hayamos ganado, tendremos que consolidar nuestra victoria, pacificar a los elementos descontentos y unir el país», Churchill no podía sospechar la cantidad de sangre que se derramaría ni el terror que se desplegaría para conseguir tales fines.⁶

Durante la mayor parte de la Guerra Civil, los prisioneros republicanos que no eran ejecutados inmediatamente después de ser capturados ni asesinados en la retaguardia por los escuadrones del terror falangistas, fueron sometidos a consejos de guerra sumarísimos. A menudo eran juzgados simultáneamente muchos acusados, a quienes se imputaban crímenes genéricos y se les concedían pocas oportunidades de defenderse. La autorización de las sentencias de muerte simplemente requería el enterado del general que mandaba en la provincia. Como resultado de las protestas italianas, desde marzo de 1937 las sentencias de muerte debían remitirse al cuartel general del Generalísimo, donde recibían la confirmación o el indulto. La última palabra sobre las sentencias de muerte la tenía Franco, no como jefe del Estado, sino como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. En este cometido, su hombre de confianza era el teniente coronel Lorenzo Martínez Fuset, del cuerpo jurídico del ejército, que era auditor del cuartel general del Generalísimo. Franco insistía en revisar las sentencias de muerte él mismo, aunque le costara poco tiempo tomar una decisión. Martínez Fuset entregaba carpetas enteras de sentencias de muerte a Franco. A pesar del mito del régimen de un Caudillo incansable y compasivo, atormentado hasta bien entrada la noche por las sentencias de muerte, la realidad era mucho más prosaica. En Salamanca o en Burgos, después de comer, ante un café o incluso en un coche dirigiéndose hacia el frente de batalla, el Caudillo hojeaba y firmaba las sentencias, a menudo sin leer los detalles pero especificando, sin embargo, la más brutal forma de ejecución: la estrangulación por garrote vil. En ocasiones, se esmeraba al decretar: «garrote y prensa».⁷

Especificar así su publicación en la prensa no era sólo un medio de intensificar el dolor de las familias de los condenados sino que también tenía un objetivo de mayor alcance: desmoralizar al enemigo con una demostración de fuerza y terror implacables. Ésa era una de las lecciones de la guerra que Franco aprendió en Marruecos. En el invierno de 1936-1937, durante un almuerzo, se discutió el caso de cuatro milicianas republicanas capturadas. A Johannes Bernhardt, que estaba presente, le sobrecogió la indiferencia con que Franco emitió su juicio, en el mismo tono en que hablaría del tiempo: «No hay nada más que hacer. Fusílenlas».⁸ Podía también ser gratuitamente vengativo. En una ocasión, tras descubrir que el hijo del general Miaja había sido juzgado y absuelto por un tribunal nacional de Sevilla, Franco intervino personalmente para que lo volvieran a arrestar y a juzgar en Burgos. Existía la duda sobre si el joven capitán Miaja se había pasado al bando nacional o lo habían capturado; en consecuencia, el tribunal de Burgos dictó una sentencia leve, de manera que Franco ordenó volver a juzgar al desafortunado Miaja en Valladolid. Allí, el tribunal militar lo encontró inocente y lo dejó en libertad. Franco intervino de nuevo y de modo totalmente arbitrario lo trasladó al campo de concentración de Miranda de Ebro, donde permaneció hasta que fue canjeado por Miguel Primo de Rivera.⁹

Durante 1937 y 1938, el cuñado e íntimo consejero político de Franco, Ramón Serrano Súñer, a menudo intentó persuadirle para que adoptara procedimientos jurídicos con más garantías procesales y Franco se negó invariablemente diciendo: «Mantente al margen de esto. A los soldados no les gusta que los civiles se inmiscuyan en asuntos relacionados con la aplicación de su código de justicia».¹⁰ En una ocasión, Serrano Súñer intentó obtener el indulto de un oficial del ejército republicano. Después de decirle que no era de su incumbencia, por fin Franco pareció ceder a los ruegos de su cuñado y le prometió hacer algo. Si Franco hubiera querido podría haberlo hecho, pero cuatro días más tarde le dijo a Serrano Súñer: «Los militares no pasan por esto, porque ese hombre fue el jefe de la guardia de Azaña».¹¹ Tanto Serrano Súñer como Dionisio Ridruejo afirmaron que el Caudillo se las arreglaba para que los indultos de las sentencias de muerte llegaran sólo después de que hubieran sido ejecutadas.¹²

Al igual que Hitler, Franco tuvo multitud de colaboradores deseosos de ocuparse de los aspectos concretos de la represión y, al igual que el Führer, consiguió distanciarse de la organización y desarrollo de ésta. Sin embargo, como él era la autoridad suprema dentro del sistema de la justicia militar, no hay duda de quién tenía la responsabilidad última. Franco era consciente de que algunos de sus subordinados disfrutaban con la sanguinaria labor de represión. Su director general de Prisiones, Joaquín del Moral, era tristemente famoso por el placer morboso que le producían las ejecuciones. El general Cabanellas protestó ante Franco por las repugnantes excursiones al amanecer organizadas en Burgos por Del Moral para disfrutar de los fusilamientos del día. Franco no hizo nada. Era plenamente consciente de que la represión no sólo aterrorizaba al enemigo, sino que también ligaba inexorablemente a quienes la cometían con su propia supervivencia: la complicidad de estas personas garantizaba que se aferrarían a él como único baluarte contra la posible venganza de sus víctimas.¹³

A principios de marzo, para humillación de Cantalupo, Mussolini envió a Roberto Farinacci, el poderoso jefe fascista de Cremona, como emisario personal para informar a Franco de sus «ideas sobre el futuro», que implicaban colocar a un príncipe de Saboya en el trono de España. Franco rechazó la idea cortésmente pero con firmeza. No obstante, el Caudillo se mostró más flexible cuando Farinacci intentó convencerle para crear un «partido nacional español» de corte fascista a fin de controlar todos los aspectos de la vida política. Encantado de hablar de «su» futuro Estado, y sin inhibición alguna derivada de la naturaleza transitoria de su mandato, Franco dijo que no planeaba confiar ni en los falangistas ni en los carlistas para la reconstrucción de posguerra. Al rechazar la idea de un príncipe italiano, aclaró que la restauración de la Monarquía no era una perspectiva inmediata, diciendo: «Primero, tengo que crear la nación; luego decidiremos si es buena idea nombrar un rey». Eso resumía la filosofía política que le mantendría en el poder hasta su muerte en 1975. A Farinacci, Franco no le causó gran impresión, y lo describió en carta a Mussolini como «un hombre bastante tímido cuyo rostro no es ciertamente el de un

condottiere». Los agentes de la policía secreta española le oyeron decir que Mussolini debería hacerse cargo de España y nombrarlo a él procónsul. En particular, Farinacci pensaba, como Himmler más tarde, que la carnicería de prisioneros cometida en la retaguardia nacional no tenía ningún sentido político y protestó en vano ante Franco. También entró en contacto con el jefe falangista Manuel Hedilla y también con Nicolás Franco, con la esperanza de acelerar la fusión de falangistas y carlistas.¹⁴

La creación de un partido único entraba claramente en los planes de Franco, pero en aquel momento estaba totalmente absorbido por los acontecimientos del frente de Madrid. Diezmadas sus fuerzas en la zona del Jarama y desesperadamente necesitadas de una maniobra de diversión, Franco ansiaba que Faldella llevara a cabo el ataque sobre Guadalajara propuesto el 13 de febrero. Las negociaciones entre ambos aliados revelaron diferencias sobre el alcance de la operación. Roatta y su Estado Mayor sospecharon pronto que Franco no quería que las tropas italianas consiguieran una victoria decisiva, sino sólo que aligeraran la presión sobre las fuerzas de Orgaz después del sangriento choque del Jarama. Los italianos consideraban el Corpo di Truppe Volontarie una fuerza de tropas de choque de élite y estaban decididos a no agotarla en la estrategia de desgaste que pedía Franco.¹⁵ Deseoso de que los italianos entraran en acción, el 1 de marzo Franco aceptó el plan italiano de estrechar el cerco sobre Madrid con un ataque conjunto en dirección suroeste desde Sigüenza hasta Guadalajara, respaldado por un avance de Orgaz hacia Alcalá de Henares en el noreste. Franco aseguró a Roatta que sus fuerzas del Jarama operarían al mismo tiempo que el ataque italiano, siempre que fueran reforzadas con una de las brigadas mixtas italoespañolas recién constituidas. Consciente de la debilidad de las fatigadas tropas de Orgaz y temiendo que tardaran algunos días en estar preparadas, el 4 de marzo Roatta envió a la segunda brigada mixta para reforzarlas.¹⁶

El 5 de marzo, Roatta escribió a Franco confirmando lo que habían acordado cuatro días antes e informándole de que las fuerzas italianas iniciarían su avance el 8 de marzo. El mismo día, Roatta recibió una respuesta de Franco expresada en tonos cautelosos y ambiguos, que revelaban cierta falta de confianza respecto a las esperanzas italianas de abrir una brecha decisiva. Aunque aceptaba que las fuerzas de Orgaz se desplazaran para conectar con el CTV en Pozuelo del Rey, al sureste de Alcalá de Henares, el Generalísimo dejó entrever que la magnitud de su avance dependería por entero de la resistencia que pudieran encontrar en el camino. Como la carta de Franco no mencionaba la fecha del ataque, Roatta supuso que significaba que aceptaba el 8 de marzo.¹⁷ Esto pareció confirmarse cuando el 6 de marzo uno de los comandantes de Orgaz, el general Saliquet, ordenó un avance hacia Pozuelo del Rey para el 8 del mismo mes. El 7 de marzo, víspera de la batalla, Roatta envió un telegrama a Roma diciendo que aún esperaba la acción de apoyo prometida por las fuerzas españolas.¹⁸

A pesar de las distintas expectativas del resultado del ataque, lo cierto es que ambos bandos emprendieron la operación hablando en términos parecidos de estrechar el cerco en torno a Madrid.¹⁹ Engañado por el fácil triunfo en Málaga, Roatta estaba convencido de que podía llegar a Guadalajara antes de que los republicanos desplegaran un contraataque serio. Para el ataque principal se concentraron cerca de cuarenta y cinco mil soldados divididos en tres grupos: 31.218 italianos en tres divisiones tenían que ser flanqueados por dos brigadas españolas más pequeñas compuestas de legionarios, marroquíes y requetés, bajo el mando del general Moscardó, héroe del Alcázar. Profusamente equipados con carros de combate, piezas de artillería pesada, aviones y camiones, constituían la fuerza motorizada con más armamento pesado que había entrado en acción en la guerra.²⁰ Sin embargo, algunas deficiencias técnicas del equipo y la insuficiente preparación de las tropas contrarrestaban esas ventajas. Mussolini quería que las tres divisiones italianas actuaran como una unidad porque esperaba que se apuntaran otra victoria que el mundo atribuiría al fascismo, al igual que en Málaga. En el cuartel general de los nacionales reinaba un ambiente más pesimista que en el de Roatta y su Estado Mayor. La oficialidad nacional albergaba bastante resentimiento por los sarcásticos comentarios que los italianos hacían sobre las razones de la tardanza en conquistar una ciudad indefensa como Madrid.²¹

El 8 de marzo, la división «Llamas Negras», al mando del general Amerigo Coppi, rompió las débiles defensas republicanas usando las tácticas de *guerra celere* que habían conducido a Roatta a la victoria en Málaga. Sin embargo, la República estaba mejor organizada en torno a Madrid que en Málaga. Además, como en la tarde de ese primer día resultó evidente que no había novedad en el frente del Jarama, los republicanos pudieron desproteger esa zona y concentrar sus fuerzas contra los italianos. Mientras Coppi avanzaba rápidamente hacia Madrid, exponiendo peligrosamente su flanco izquierdo y alargando en exceso sus líneas de comunicación, los refuerzos republicanos se trasladaron sin que fueran molestados por las tropas de Orgaz. La posición italiana aún corría más peligro debido a la lentitud de las columnas españolas que se desplazaban a su derecha.

En general, a los «camisas negras» les sorprendió el vigor de la resistencia republicana y un cambio climatológico repentino. Poco abrigados, muchos con sus uniformes coloniales, la nieve y la ventisca les cogió desprevenidos. Sus aviones, inmovilizados por dicha nieve en aeródromos improvisados, constituían blancos excelentes para las continuas incursiones de la aviación republicana. Los carros ligeros italianos, con ametralladoras fijas, se revelaron vulnerables a los T-26 rusos de los republicanos, con cañón de torreta giratoria.²² Con la ya desesperada necesidad de un ataque de apoyo de los españoles, Roatta remitió violentas protestas a Franco, que fingió impotencia, informándole de que había tenido que ejercer toda su autoridad para obligar a Orgaz a emprender una acción meramente simbólica el 9 de marzo, a la que seguiría un ataque a gran escala al día siguiente. Era altamente improbable que Orgaz se opusiera a una orden de Franco. Además, el ataque que empezó el 9 de marzo era de menor escala y no sería reemprendido ni el 10 ni el 11 de marzo. Este último día, Saliquet sustituyó a Orgaz como comandante de todos los ejércitos que asediaban Madrid. El 12 de marzo, el general Fernando Barrón sustituyó a Varela. El mismo día, Roatta envió un mensaje a Franco para decirle que, sin la garantía de cierta actividad de diversión en el

Jarama, no podía moverse, pues su avance estaba siendo bloqueado por unidades republicanas procedentes del frente del Jarama.²³

Más tarde, los italianos descubrieron que hasta bien entrada la batalla Franco se había negado a dar a Orgaz y Varela la orden de avanzar en el Jarama, a pesar de las súplicas de Barroso. Franco intentó ocultarlo informando a Roatta y a Cantalupo de que había relevado a Orgaz y a Varela de sus mandos como correctivo por la pasividad de las tropas nacionales en el frente del Jarama. Algo tranquilizado, Mussolini envió un telegrama a Roatta diciendo: «Espero que Saliquet no imite la inmoralidad de su predecesor».²⁴ Pero nada indicaba que Orgaz y Varela hubieran caído en desgracia. Varela fue ascendido a general de división y a Orgaz se le encargó la trascendental labor de crear el nuevo ejército de masas que Franco necesitaba.²⁵ El hecho de que fueran ascendidos por Franco a puestos de mayor responsabilidad sugiere que éste no creía que el prometido ataque desde el Jarama fuera prioritario.^{*} Tras relevar a Varela y a Orgaz, Franco y Saliquet prometieron a Roatta un ataque en el valle del Jarama el 12 de marzo. Tampoco éste se hizo realidad. Ese día, las tropas republicanas contraatacaron y el avance italiano fue rechazado con numerosas bajas al sureste del pueblo de Brihuega. Por fin, el 13, 14 y 15 de marzo se produjeron ataques por parte de las tropas de Franco, pero a muy pequeña escala.²⁶

Una vez estabilizadas más o menos las líneas, Roatta, con sus fuerzas muy castigadas, aceptó la detención del avance. Consciente de que sus tropas daban lo mejor de sí mismas en las acometidas pero se desmoralizaban con facilidad cuando eran atacadas, deseaba evitar un descalabro. Franco, no obstante, eludió las frenéticas peticiones que Roatta le hacía para que se reunieran en Salamanca. Al final, durante la mañana del 15 de marzo, el general italiano consiguió ver a Franco, Mola y Kindelán en Arcos de Medinaceli, cerca del frente. Roatta solicitó permiso para retirar sus tropas del ataque. Tenía la esperanza de que el pequeño avance pudiera ser ahora defendido por tropas españolas; reconoció las pobres cualidades defensivas de sus hombres y sugirió que tal vez pudieran continuar atacando más lejos de la capital en sentido nortesur. El Generalísimo se negó rotundamente.

O bien Franco recibía irresponsablemente una información deficiente o estaba maliciosamente decidido a utilizar a los italianos como instrumento en su táctica de desgaste. Contra toda evidencia, insistía en que la República estaba «militar y políticamente al borde de la derrota» y que «la solución definitiva debía buscarse en la región de Madrid, con la continuación pura y simple de las operaciones en curso». Roatta argumentó que las nuevas operaciones en el frente de Madrid estaban condenadas al fracaso, dada la aparente parálisis de las fuerzas nacionales en el Jarama, la dura resistencia republicana y el agotamiento del CTV. Franco simplemente se negó a dar su brazo a torcer. Había tenido que aceptar la imposición de un Estado Mayor conjunto, el despliegue de unidades autónomas italianas, la humillante insinuación de que Mussolini podía dirigir su guerra mejor que él y la posibilidad de que los italianos consiguieran la victoria en detrimento de sus propias ambiciones políticas. Su reticencia a ayudar a Roatta cumpliendo su promesa de atacar desde el Jarama o relevando sus tropas de la línea del frente olía a venganza: estaba restregando a los italianos su arrogante confianza de que podían tomar Madrid solos y de que el avance sobre Guadalajara sería un paseo. Ciertamente parecía estar decidido a no sacrificar sus propias tropas y no tener inconveniente en que los italianos se agotaran en un baño de sangre con los republicanos.

En la disputa, Franco y Roatta llegaron a un incómodo y ambiguo compromiso por el que el Generalísimo permitía a los italianos descansar hasta el 19 de marzo pero sin decidir en firme qué sucedería después. Al regresar a su cuartel general, Roatta, aún seriamente preocupado, escribió a Franco que persistir en el plan original simplemente consumiría en vano a sus mejores tropas. Él proponía, por el contrario, el abandono de las presentes operaciones y el reagrupamiento para una futura operación decisiva. Franco empezó una serie de consultas con sus propios generales.²⁷ Durante el paréntesis, el 18 de marzo, los republicanos iniciaron una fuerte contraofensiva. Sin saber del desastre que se avecinaba, Roatta volvió a visitar al Generalísimo en Salamanca. Ambos reanudaron las disputas de hacía tres días. Roatta insistía en que se relevara al contingente italiano, mientras que Franco, siempre obstinado en lo referente a ceder territorio o admitir algún tipo de revés, seguía empeñado en que los italianos debían renovar el ataque a Guadalajara.

Mientras Roatta golpeaba la mesa y se quejaba violentamente de la ausencia de ofensiva en el Jarama, Franco seguía manteniendo, ya fuera por estar mal informado o por malicia, que los italianos eran muy superiores en hombres y equipo a los republicanos. En el momento en que Franco estaba explicando por qué el asalto a Guadalajara debía continuar de una forma o de otra, llegaron noticias de un masivo ataque republicano.²⁸ Los italianos no habían aprovechado la pausa para reforzar sus defensas, lo cual fue una negligencia censurable por parte de Roatta. No obstante, la facilidad con la que fueron derrotados demuestra que Roatta estaba en lo cierto al insistir ante Franco sobre la relativa debilidad de sus tropas. Los republicanos reconquistaron Brihuega y derrotaron a los italianos. Roatta volvió a ver a Franco el 19 de marzo, para solicitarle que sus «tropas de choque» no se mantuvieran en función defensiva, sino que se les permitiera reagruparse y actuar en algún otro sitio. El Generalísimo se negó. Tras nuevos ataques, por fin la intervención personal de Cantalupo convenció a Franco para sustituir al CTV por unidades españolas.²⁹

Mussolini estaba furioso y declaró a Ulrich von Hassell, embajador alemán en Roma, que había informado al mando italiano en España que nadie regresaría vivo hasta que una victoria sobre la República hubiera borrado la vergüenza de la derrota. Basándose en los informes de Roatta, también culpó a los españoles de no haber respaldado a sus fuerzas y, en un telegrama a Ciano, denunció la deplorable pasividad de las fuerzas de Franco.³⁰ La reacción de Franco y de su Estado Mayor fue una mezcla de decepción por la derrota y *Schadenfreude* [alegría por el mal ajeno] ante la humillación de los italianos. En las trincheras nacionales se cantaron canciones fascistas italianas cambiando la letra para ridiculizar la retirada. Los oficiales nacionales del cuartel general de caballería del general Monasterio en Valdemoro, incluido el propio Monasterio y Luis Alarcón de la Lastra, amigo de Franco y jefe de artillería, brindaron «por el heroísmo español fuera del color que fuera».

Yagüe no disimulaba su contento al ver cómo se les bajaban los humos a los arrogantes italianos. En Salamanca, un comandante de estado mayor parecía tan feliz que un periodista norteamericano le preguntó si se había enamorado. El comandante replicó: «Casi; de esos malditos rojos. Les han dado una buena paliza a esos putos italianos».³¹ Cantalupo advirtió a Farinacci, que aún estaba en España, que no debía arriesgarse a regresar a Salamanca.³²

A partir de entonces, Roatta sostuvo que la derrota había sido fundamentalmente consecuencia de que Franco no había cumplido su palabra.³³ Esa opinión subestima el tesón de la resistencia republicana, el papel que representaron las condiciones climatológicas, la deficiente forma física, disciplina, adiestramiento y moral de las tropas italianas y los errores del propio Roatta. No obstante, si el ataque prometido se hubiera hecho realidad, la República habría tenido serias dificultades a la hora de organizar su defensa y el balance hubiera podido ser muy diferente. Resulta significativo que Franco no se mostrara en modo alguno abatido por la derrota. El 23 de marzo, hablando con el coronel Fernando Gelich Conte, uno de los oficiales italianos de Estado Mayor destinados a su cuartel general, la calificó simplemente de militarmente irrelevante.³⁴ De hecho, existen motivos para creer que no le contrariaba lo cara que la República había pagado su victoria en una confrontación en la que el precio que habría correspondido a los nacionales lo habían pagado los italianos.

Se ha insinuado que Franco fue cómplice en la humillación de los italianos.³⁵ Ésta es una excesiva simplificación, pues Franco era demasiado cauteloso para arriesgarse a una derrota cuyas consecuencias eran imprevisibles. Es más probable que, en su deseo de dejar que el CTV se enfrentara y desgastara a las fuerzas republicanas en torno a Madrid, errase el cálculo de los riesgos que comportaba no introducir en la batalla las fuerzas que había prometido. No tenía ningún deseo de ver cómo los italianos obtenían una victoria rápida y demoledora, cuando sus planes se centraban en una guerra lo bastante lenta para permitir minuciosas purgas políticas.³⁶ Es significativo que, un mes antes de la derrota, Cantalupo informara a Roma que Mola y Queipo de Llano habían insinuado a Franco que su prestigio disminuía en proporción inversa al éxito de las armas italianas.³⁷

Es evidente que Franco se sintió obligado a justificarse ante el Duce. Así, el 19 de marzo escribió a Mussolini una carta autoexculpatoria que contenía argumentos débiles y contradictorios, desde una supuesta confusión de las fechas de la ofensiva sobre Guadalajara, hasta un esfuerzo por quitar importancia a la falta de ofensiva desde el Jarama con la excusa de que las fuerzas republicanas a las que se había enfrentado el CTV eran muy inferiores a lo que en realidad habían sido.³⁸ También envió un emisario a Cantalupo con la afirmación igualmente mendaz de que, en cumplimiento del acuerdo alcanzado con Roatta, había ordenado avanzar a Orgaz el 25 de febrero y el 1 de marzo. Según este emisario, cuando se produjo el avance del 8 de marzo sobre Guadalajara, Orgaz había perdido ya más de un tercio de sus hombres y no había podido seguir atacando. Esto había sido cierto, en efecto, dos semanas antes y había sido el motivo de que Franco insistiera ante Faldella el 21 de febrero para que se iniciara prematuramente la ofensiva de Guadalajara. Si las tropas de Orgaz estaban tan fatigadas, ello suponía, en el mejor de los casos, una irresponsable falta de coordinación entre Franco y Roatta, y en el peor, una irresponsable incompetencia militar por parte de Franco al permitir que el ataque a Guadalajara se produjera en tales circunstancias. Para empeorar las cosas, el 23 de marzo, durante una entrevista con Cantalupo, en un ejercicio aún más burdo de autojustificación, Franco culpó de todo a Orgaz por no informar sobre la debilidad de sus fuerzas. Pero precisamente porque Franco le había comunicado a Roatta esa debilidad, el comandante italiano había enviado la segunda brigada mixta para reforzar las tropas de Orgaz el 4 de marzo.³⁹

La conclusión inevitable es que Franco deseaba que los italianos soportaran el peso del combate en Guadalajara, mientras las fuerzas de Orgaz se reagrupaban después del descalabro que habían sufrido durante la batalla del Jarama. La única excusa posible es que lo hiciera creyendo equivocadamente después de lo de Málaga, que los «camisas negras» eran casi invencibles. Cualesquiera que fueran las ideas de Franco, Mussolini se percató de que lo había utilizado pero no le quedaba más remedio que seguir apoyando a Franco. Guadalajara destruyó el mito de la invencibilidad fascista y Mussolini se vio obligado a seguir fiel a Franco hasta que el mito fuera reconstruido. Asimismo, aunque resultase exasperante, ahora era evidente que tenía más sentido colaborar con Franco por la victoria de los nacionales que hacerlo independientemente.⁴⁰ Poco después de su carta exculpatoria, Franco pidió ayuda para un gran ataque a Bilbao. Sin prestar atención a los comentarios de Roatta sobre la milagrosa aparición de las fuerzas necesarias para el ataque a Bilbao que nunca se presentaron durante la batalla de Guadalajara, Mussolini ordenó a su comandante que en lo sucesivo obedeciera las instrucciones y las órdenes de Franco. En el futuro, las fuerzas italianas se distribuirían en unidades españolas y se someterían al mando de los generales de Franco. El 28 de marzo, cuando Cantalupo le informó de esto, Franco se mostró encantado. Al embajador italiano le pareció como si Franco «se librara de una pesadilla». Franco le pidió que informara al Duce de su «alegría por ser comprendido y apreciado».*⁴¹

Por fin, Guadalajara logró vencer la obstinación de Franco de ganar la guerra en Madrid y le impuso un decisivo giro estratégico. Para la República, Guadalajara fue sólo una victoria defensiva que sin embargo retrasó significativamente la derrota definitiva, pero fue un enorme triunfo republicano en términos de moral. Gran cantidad de valiosos pertrechos y miles de prisioneros fueron capturados. Se hallaron, además, documentos que demostraban que muchos italianos eran soldados regulares y por tanto se destruyó la falacia nacional de que todos eran voluntarios.⁴² Sin embargo, el Comité de No Intervención se negó a aceptar estas pruebas condenatorias sobre una intervención oficial italiana porque no fueron presentadas por un país con representación en dicho comité. La hipocresía de éste quedó crudamente al descubierto cuando el representante italiano, Grandi, anunció el 23 de marzo que ningún «voluntario» italiano se retiraría, hasta que la victoria de Franco fuera completa y definitiva.⁴³

Cantalupo y Faupel estaban desesperados, pues consideraban que en Guadalajara Franco había desperdiciado la superioridad material

proporcionada por la ayuda italiana y alemana. ⁴⁴ De hecho, la declaración desalentadora pero realista de Cantalupo de que no existían perspectivas de una victoria rápida hizo que fuera reclamado por Roma a principios de abril, después de pasar apenas dos meses en España. ⁴⁵ Sin embargo, Franco estaba feliz de que las consecuencias de sus errores militares de cálculo y de su actitud engañosa para con los italianos hubieran tenido resultados positivos. El 22 de abril, en una entrevista con H. R. Knickerbocker emitió su juicio sobre Guadalajara y sus implicaciones militares, y negó que se hubiera producido derrota alguna. Cuando le preguntaron sobre las conclusiones estratégicas que extraía, respondió: «Las guerras no se ganarán o perderán en el aire, aunque la aviación tendrá cada vez mayor importancia en las guerras futuras. Los tanques son relativamente útiles y tienen, por cierto, un papel reservado en las batallas, pero es sólo limitado». Haciendo aún más patente su distancia de las grandes transformaciones que se habían producido en el pensamiento militar durante la segunda mitad de los años treinta, anunció un credo militar más propio de la Edad Media: «El éxito se encuentra donde están la inteligente habilidad del mando, el valor de las tropas y la fe». ⁴⁶

Era evidente la lección que se desprendía de los resultados dispares de las batallas casi simultáneas de Málaga, el Jarama y Guadalajara. La República estaba concentrando sus tropas mejor entrenadas y equipadas en el centro de España, dejando otros frentes relativamente desprotegidos. Los nacionales sólo conseguían pequeñas victorias contra el ejército republicano del centro a costa de un copioso derramamiento de sangre, mientras que contra las milicias del resto del territorio republicano se lograban triunfos sustanciales con relativa facilidad. Por consiguiente, era cuestión de desistir de la obsesiva concentración en Madrid y destruir la República dirigiendo los esfuerzos hacia otros puntos. El 1 de marzo de 1937, el coronel Juan Vigón, jefe del Estado Mayor de Mola, había escrito a Kindelán para convencerle de la importancia de acabar rápidamente la guerra en el norte. Su principal argumento eran las inmensas ventajas para la causa nacional que podían obtenerse de la captura de las reservas de carbón, hierro y acero y de las fábricas de armas de las provincias vascas. Vigón apeló a Kindelán para que suplicase al Generalísimo que diera prioridad a las operaciones en el norte. ⁴⁷

A pesar de la consistencia de tales argumentos, en un principio Franco hizo oídos sordos a la defensa que Kindelán hacía de los planes de Vigón y porfió en su obsesión por Madrid. El comandante de la Legión Cóndor, general Hugo Sperrle, le presentó argumentos parecidos con mayor insistencia y planteó la posibilidad de unas operaciones coordinadas tierra-aire. Fue necesaria la noticia de la derrota de Guadalajara para que Franco cambiara de opinión. ⁴⁸ Sin embargo, incluso después de ceder ante la presión de Sperrle y Vigón, y de aceptar que la derrota de la España republicana debía buscarse lejos de los alrededores de Madrid, Franco nunca se libró por entero de su obsesión por la capital, negándose con insistencia a aceptar el juicioso consejo de su Estado Mayor para que emprendiera pequeñas retiradas tácticas de las inmediaciones de Madrid hasta posiciones más defendibles, con el fin de poder liberar grandes cantidades de tropas para otros frentes. ⁴⁹

Los consejeros alemanes de Franco interpretaron que las derrotas en la periferia de Madrid apuntaban hacia la necesidad de un ejército moderno a gran escala. Convencido por fin a regañadientes de la necesidad de recurrir a un reclutamiento en masa, Franco inició gradualmente el proceso por el cual hacia el final de la guerra había movilizadas bajo su mando un millón de personas. La tarea de reclutamiento se dejó en manos del general Orgaz, que había organizado con éxito la venida de mercenarios rifeños. ⁵⁰ Ese formidable aumento de las fuerzas armadas dio nuevo impulso a la campaña del norte, donde el botín era la industria pesada y la producción de armamento necesarios para equipar a los nuevos reclutas.

Por consiguiente, el 20 de marzo de 1937, tras enterarse de la magnitud de la retirada italiana, Franco reaccionó por fin a la presión que habían ejercido Mola y Sperrle para lanzar un gran ataque sobre el País Vasco. Franco creía que la resistencia en el norte sería escasa, sobre todo después de que Sperrle le asegurase la ventaja que supondría un ataque terrestre coordinado con el apoyo aéreo de la Legión Cóndor. El 22 de marzo, el Generalísimo presentó a Kindelán un resumen esquemático de sus planes inmediatos. Éstos requerían que una parte del ejército que asediaba la capital se atrincherara cerca de Sigüenza, donde había sido bloqueado el avance italiano, y que se reuniese una nueva y numerosa fuerza para atacar y tomar Bilbao. El 23 de marzo Franco convocó a Mola en Salamanca y le dio órdenes concretas sobre la ofensiva de Bilbao basadas en las sugerencias de Vigón y las propuestas de Sperrle. ⁵¹

Los detalles de la operación se fijaron en las reuniones mantenidas el 24 y 26 de marzo entre el general Kindelán, como jefe de la aviación nacional, el general José Solchaga y el general López Pinto como comandantes de campo, Vigón como jefe del Estado Mayor de Mola y el coronel Wolfram von Richthofen, jefe de Estado Mayor de la Legión Cóndor. ^{*} Richthofen presentó a sus homólogos españoles una nueva estrategia de «estrecho apoyo aéreo», en la que se emplearía la aviación como refuerzo en sostenidos ataques terrestres cuyo propósito era destrozar la moral de las tropas enemigas. ⁵² En consecuencia, durante estas reuniones se hicieron los preparativos para asegurar un enlace continuo y rápido entre el cuartel general de las fuerzas de tierra españolas y la Legión Cóndor. Dos horas antes de cualquier ataque, los comandantes de las fuerzas aéreas informarían al cuartel general de tierra para que hubiera la coordinación necesaria. En estas reuniones también se acordó que los ataques se llevaran a cabo «sin tener en cuenta sus efectos sobre la población civil». ⁵³

Mola reunió un gran ejército compuesto por unidades de la Legión, de los requetés (ahora totalmente militarizados en las Brigadas Navarras) y de las brigadas mixtas hispanoitalianas. Estaba respaldado por el apoyo aéreo de la pequeña pero bien equipada Legión Cóndor y por unidades de la Aviazione Legionaria, al mando de Richthofen. ⁵⁴ La retirada de Roatta y Faldella y su sustitución por el general Bastico y el coronel Gastone Gambara facilitó el avance hacia la integración completa de las tropas italianas. Sin embargo, dada la magnitud de la reorganización efectuada por Bastico, el CTV no estuvo preparado para una acción a gran escala hasta finales de abril. ⁵⁵ Después de Guadalajara, los alemanes deseaban demostrar su superioridad sobre los italianos y practicar y desarrollar sus técnicas de ataque aéreo sobre

objetivos terrestres. En este contexto, las relaciones entre Mola y Sperrle y entre sus jefes de Estado Mayor, Vigón y Von Richthofen, eran constantes, casi estrechas, aunque no exactamente cordiales. En teoría, la Legión Cóndor era directamente responsable ante Franco. ⁵⁶

Sperrle era más meticuloso que Roatta en el respeto a esta jerarquía y por ello mantenía en general buenas relaciones con Franco. ⁵⁷

Sin embargo, en la práctica, la necesidad de sincronizar las operaciones conjuntas tierra-aire a cada hora hacía imposible el contacto con Salamanca. Así pues, satisfecho con la actitud deferente de Sperrle, Franco le dio carta blanca para establecer contactos directamente con Mola y Vigón, excepto sobre cuestiones de primer orden. Franco se alegró de poder considerar la potente Legión Cóndor como parte de sus propias fuerzas armadas y llevarse el mérito de sus hazañas sin hacer nada. En el campo de batalla, Mola y Vigón también se mostraron dispuestos a aceptar la ayuda y el consejo de Sperrle y Richthofen y, como consecuencia, con el consentimiento consciente de Franco, los alemanes llevaron la voz cantante en la operación. ^{*} Sperrle escribía en 1939: «Todas las sugerencias hechas por la Legión Cóndor sobre la dirección de la guerra fueron aceptadas con gratitud y ejecutadas». Mientras se planeaba el avance, el 24 de marzo Von Richthofen escribió en su diario: «Estamos prácticamente a cargo de todo el asunto sin ninguna responsabilidad». Y el 28 de marzo: «De hecho soy un comandante (*Feldherr*) omnipotente... y he establecido un eficaz mando tierra-aire». ⁵⁸

Confundiendo en el respaldo alemán, Mola inició la campaña el 31 de marzo utilizando el arma de aterrorizar a la población, que tan buenos resultados había dado a Franco en el rápido avance hasta Madrid. Dictó una proclama que fue radiada y también impresa en un panfleto que se lanzó sobre las principales ciudades que contenía la siguiente amenaza: «Si la rendición no es inmediata, arrasaré Vizcaya, empezando por las industrias de guerra. Tengo medios para hacerlo». ⁵⁹ Siguió a esto un intenso bombardeo de la artillería y la aviación en el que la pintoresca ciudad de Durango fue destruida. Ciento veintisiete civiles murieron durante el bombardeo y otros 131 poco después a consecuencia de sus heridas. Como más tarde ocurriría con el famoso bombardeo de Guernica, desde el cuartel general de Salamanca se negó que hubiera tenido lugar la incursión sobre Durango y atribuyó los daños a los propios vascos. ⁶⁰

No obstante, el avance de los tres primeros días fue tan lento que Sperrle envió un informe a Kindelán en el que se quejaba de que «si las tropas no avanzan con más rapidez, no entraremos en Bilbao». Sperrle creía que Franco había retenido demasiada artillería e infantería en el frente de Madrid. ⁶¹ El 2 de abril, Sperrle y Richthofen se quejaron a Mola. Igualmente deseoso de acelerar las cosas, Mola le sugirió que destruyera las industrias de Bilbao. Cuando el comandante alemán le preguntó qué sentido tenía destruir industrias que se esperaba capturar poco después, Mola respondió: «España está totalmente dominada por sus centros industriales en Bilbao y Barcelona. Bajo tal dominación en el aspecto industrial no cabe esperar que España sanase. Ya tiene ésta demasiadas industrias que sólo producen descontento». Y añadió: «Si la mitad de las fábricas españolas fuera destruida por nuestra aviación, la reconstrucción ulterior de España se vería facilitada grandemente». En respuesta a la idea de que la salud de España requería la eliminación del proletariado industrial, ^{*} Sperrle señaló que la aviación alemana en España sólo atacaría fábricas cuando Franco lo ordenara específicamente. Según Richthofen, Mola le dijo a Vigón que diera la orden, Richthofen alegó que tenía que proceder de una autoridad superior. Entonces, el propio Mola firmó los ataques sobre objetivos industriales vascos. Richthofen consintió en bombardear la fábrica de explosivos de Galdácano el «próximo día libre», no obstante lo cual Sperrle y Richthofen informaron a Franco y esperaron su permiso para cumplir las órdenes de Mola. ⁶² Sperrle incluso se ofreció a poner un avión a disposición de Franco para que acudiera a Vitoria y discutieran la situación. ⁶³

Franco y Mola habían infravalorado la determinación de los vascos al creer que todo el norte de España caería en tres semanas. Ambos estaban desconcertados por la lentitud de la primera etapa de su avance hacia el inacabado «cinturón de hierro» de fortificaciones de Bilbao. ^{*} Hacia el 8 de abril, las fuerzas nacionales habían completado sólo la primera parte de la ofensiva planeada. Después de un intenso bombardeo, el 4 de abril se había ocupado el pueblo de Ochandiano, donde los vascos habían establecido transitoriamente su cuartel general de campaña, y los montes al norte de aquel que habían intentado conquistar el primer día. Las colinas escarpadas y boscosas, las malas carreteras, la lluvia y la densa niebla habían frenado el avance de las tropas del general Solchaga. Franco visitó el frente, en teoría para ser testigo del triunfo, pero en realidad para resolver las diferencias entre Mola y Sperrle. ⁶⁴ Mientras se encontraba en el norte, Mola anunció que sería necesario «destruir sistemáticamente la industria bélica de la provincia de Vizcaya. A tal efecto, debía procederse desde el 9 de abril en adelante a la destrucción completa de la central eléctrica de Burceña, de los talleres de Euskalduna y de la fábrica de explosivos de Galdácano». Parece ser que Franco había dado permiso para el cumplimiento parcial de la orden firmada por Mola el 2 de abril. ⁶⁵ La tenaz resistencia de los vascos a retirarse estaba costando un alto precio a las fuerzas atacantes, pero el terror provocado por el bombardeo de la artillería y de la aviación, y las divisiones políticas dentro de las filas republicanas, aseguraron el derrumbe gradual de la resistencia vasca. ⁶⁶

En los primeros días de la ofensiva vasca, la tarde del 4 de abril, Franco recibió al embajador italiano Cantalupo en la que sería su última reunión. Le expuso con sorprendente franqueza la filosofía de su acción bélica. En un tono de regia condescendencia, que empezaba a dominar en sus modales lejos del frente de batalla, habló de sí mismo en tercera persona: «Embajador, Franco no hace la guerra en España, sino que simplemente está llevando a cabo la liberación de España... No debo exterminar un enemigo ni destruir ciudades, ni campos, ni industrias, ni producción. Por eso no tengo prisa». ⁶⁷ Franco no dudaba de que la «liberación» de su «España» significaba, como demostraban sus acciones, la concienzuda represión de todos los elementos liberales y de izquierdas. Sin embargo, sus comentarios sugieren que se estaba cuestionando la conveniencia de la insensata determinación de Mola de aniquilar la industria vasca, sobre la que Sperrle le había consultado. Las diferencias entre Franco y Mola sobre los objetivos apropiados en la campaña del norte no indican preocupaciones humanitarias por parte del Generalísimo. Para Franco, «España» tenía un significado totalmente partidista. Era reacio a

perjudicar los intereses materiales de su «España»; al fin y al cabo, uno de los motivos esenciales de la guerra contra los vascos era conseguir una importante base industrial, fábricas de armas y recursos minerales, un punto que, una semana antes, había recalcado con insistencia a Cantalupo.⁶⁸

Había cierta censura implícita hacia Roatta y Mussolini cuando Franco dijo, pasando del castellano al francés: «Si tuviera prisa, sería un mal español y me estaría comportando como un extranjero». La crítica era más política que moral. Hacía una semana que Cantalupo había informado a Mussolini de que Franco se había sentido molesto por la actitud paternalista de Roatta en buena medida porque el general italiano no comprendía «la teoría de la guerra en España». En otras palabras, las rápidas victorias que Roatta y Mussolini buscaban, no respondían al concepto que Franco tenía de las necesidades de su «España». La declaración más reveladora del Caudillo en este sentido no se hizo esperar: «En resumen, no debo conquistar sino liberar y liberar también significa redimir».⁶⁹

En dicha afirmación se vislumbraba cierta arrogancia mesiánica junto con una fría disposición a pasar por las armas a miles de compatriotas. Franco hizo referencia a la destrucción de la pequeña ciudad vasca de Durango hacía cuatro días por aviones de la Legión Cóndor en cumplimiento de sus órdenes. «Los demás quizá piensen que cuando mi aviación bombardea ciudades rojas, estoy haciendo una guerra como cualquier otra, pero no es así. Mis generales y yo somos españoles y sufrimos en el cumplimiento del deber que la Patria nos ha asignado, pero debemos seguir cumpliéndolo.» Al referirse a «las ciudades y al campo que ya ha sido ocupado, pero que aún no ha sido redimido», declaró ominosamente: «Debemos realizar la tarea, necesariamente lenta, de redención y pacificación, sin la cual la ocupación militar sería totalmente inútil. La redención moral de las zonas ocupadas será larga y difícil, porque en España las raíces del anarquismo son antiguas y profundas».⁷⁰ La clase de redención moral que tenía en mente, ya observada en Badajoz y Málaga, explicaba sobradamente la necesidad de lentitud, porque garantizaba que nunca hubiera vuelta atrás, no sólo por la eliminación física de miles de liberales y personas de izquierdas, sino también, a la larga, aterrorizando a los demás para que lo apoyaran políticamente o se sumieran en la apatía.

Como el Generalísimo había dejado palmariamente claro, las decisiones militares estaban ahora subordinadas por entero a esos factores políticos más ambiciosos. Consecuentemente afirmó: «Me limito a ofensivas parciales con éxito seguro. Ocuparé España ciudad a ciudad, pueblo a pueblo, ferrocarril a ferrocarril... Nada me hará abandonar este programa gradual. Me dará menos gloria, pero mayor paz en el territorio. Llegado el caso, esta Guerra Civil podría continuar aún otro año o dos, o quizá tres. Querido embajador, puedo asegurarle que no tengo interés en el territorio, sino en los habitantes. La reconquista del territorio es el medio, la redención de los habitantes, el fin». Con un tono de pesar impotente prosiguió: «No puedo acortar la guerra ni siquiera un día... Podría ser incluso peligroso para mí llegar a Madrid mediante una compleja operación militar. No tomaré la capital ni siquiera una hora antes de lo necesario: primero debo tener la certeza de poder fundar un nuevo régimen».⁷¹

A pesar de estas opiniones, Franco estaba perplejo ante la evolución de la campaña en el norte. Sperrle y Richthofen también estaban decepcionados por la lentitud del avance. Desde el principio de la ofensiva, Richthofen había experimentado con brutales bombardeos sobre la población civil, cuya intención era quebrar su moral y destruir las comunicaciones por carretera. Esta táctica había empezado el 31 de marzo con la destrucción de Durango y había seguido con el ataque a Ochandiano. Al confiar a Cantalupo que cuando su aviación bombardeaba ciudades republicanas, él y sus generales simplemente estaban cumpliendo con su deber patriótico, Franco admitía que aprobaba estos bombardeos que provocaban terror. Que Franco comprendiera por completo la estrategia alemana, es otra cuestión. Del mismo modo que sus altercados con Roatta derivaban de su deseo de dividir las fuerzas italianas y usarlas de forma fragmentada en diversos frentes, también existían diferencias estratégicas parecidas con los alemanes. El 12 de abril, Franco desconcertó a Sperrle solicitándole que le enviara toda la aviación que no emplease en el norte para usarla en las cercanías de Madrid. Cumpliendo las órdenes de Berlín de no dividir sus fuerzas, Sperrle se ofreció a abandonar el frente vasco y trasladar toda la Legión Cóndor al centro. Sólo después de que el coronel Von Funck, agregado militar alemán en Salamanca, le explicara laboriosamente el pensamiento estratégico subyacente a la operación alemana, Franco rechazó la oferta y ordenó a Sperrle que permaneciera en el norte.⁷² El episodio revela no sólo la limitada visión estratégica del Generalísimo, sino también que Sperrle era directamente responsable ante él.

El 20 de abril, los nacionales iniciaron la segunda fase de su ofensiva, en la cual el soporte aéreo alemán iba a tener una función aún más importante. Sperrle, Richthofen, Mola y Vigón estaban lo bastante nerviosos por la lentitud del avance para volver a hablar de reducir Bilbao «escombros y cenizas».⁷³ Al final, el gran golpe desmoralizador no se asestó sobre la capital vasca sino en otro blanco más pequeño, más practicable, pero igualmente importante. El 24 de abril, después de un despiadado bombardeo aéreo y ataques de la artillería, las fuerzas vascas huían en desbandada.⁷⁴ En el transcurso del 25 de abril, como de hecho durante toda la campaña, Richthofen y Vigón estuvieron en contacto telefónico constante para coordinar la aviación, la artillería y la infantería. Ambos coincidían en la necesidad de cortar la retirada a los vascos en torno a Guernica y Marquina, y en la tarde del 25 de abril, Richthofen volvió a telefonar a Vigón y acordó una cita con él a las 7 de la mañana siguiente. En su diario escribió: «Unidades preparadas para mañana».⁷⁵

Richthofen y Vigón hablaron nuevamente a las 6 de la mañana del lunes 26 de abril y luego se encontraron, como habían acordado, a las 7. Acabadas las consultas con Vigón, Richthofen organizó una serie de bombardeos destinados a impedir la retirada de las fuerzas vascas. Al parecer, decidió combinar el objetivo táctico de bloquear la retirada al sur de Guernica, cerca de Marquina, con un golpe estratégico más ambicioso y devastador al que Mola se había referido por radio. Richthofen habla en su diario de un implacable ataque sobre las carreteras, el puente y los suburbios de Guernica. «Las cosas deben dejarse bien atadas, es necesario asegurar definitivamente un triunfo sobre el

personal y el material enemigo.»⁷⁶ Desde el 18 de julio de 1936 Franco había hecho suficientes comentarios sobre su creencia de que la Guerra Civil se ganaría por superioridad moral para que ahora pusiera objeciones. Si hubiera desaprobado lo sucedido en Durango, Ochandiano y otros pueblos, habría tenido mucho tiempo para frenar el plan de Richthofen. De hecho, sus comentarios a Cantalupo dejaban claro que aprobaba e incluso se enorgullecía de lo que estaba sucediendo.

Desde las 4.40 a las 7.45 de la tarde del 26 de abril, que era día de mercado en la pequeña ciudad de Guernica, se produjo un ataque que cumplía la amenaza de Mola. Entre la población habitual, y los refugiados y campesinos que acudían al mercado, ese día al menos había 10.000 personas en Guernica. Las autoridades militares habían intentado suspender el mercado a causa de la guerra, pero los campesinos procedentes de los caseríos vecinos se habían acercado como tenían por costumbre. La ciudad carecía de defensas antiaéreas. Fue destruida en tres horas de incesante bombardeo aéreo por parte de la Legión Cóndor y la Aviazione Legionaria bajo el mando supremo de Richthofen. Veintitrés Junkers Ju 52, cuatro nuevos He 111, diez Heinkel He 51, tres Savoia-Marchetti S.81 Pipistrelli y un Dornier Do 17, escoltados por doce Fiat C.R.32 y posiblemente seis de los primeros Messerschmidt Bf109s, llevaron a cabo la incursión por sorpresa.⁷⁷ Se trataba de una operación de tal magnitud que difícilmente los alemanes la habrían organizado a espaldas del Estado Mayor español con el que, en cualquier caso, estaban en comunicación permanente. Los aterrorizados civiles que huyeron a los campos circundantes fueron ametrallados por los Heinkel He 51. El número de víctimas nunca se sabrá con certeza, debido al caos y al hecho de que los nacionales capturaron la ciudad antes de que se retiraran los escombros. El gobierno vasco calculó que 1.645 personas murieron y otras 889 resultaron heridas durante el bombardeo. La verdad parece estar más cerca de esa cifra que de los números mucho más bajos que dieron los propagandistas de Franco. Si el bombardeo a menor escala de la pequeña ciudad de Durango se había saldado con 258 muertos, el número de víctimas en Guernica tuvo que ser considerablemente superior.⁷⁸

Guernica era la antigua capital del País Vasco y poseía gran importancia simbólica para el pueblo vasco, hecho del que Mola y Vigón eran perfectamente conscientes. El interés de Richthofen se centraba menos en los símbolos políticos y más en sembrar el terror y el caos en la retaguardia republicana. El 27 y el 30 de abril expresó su enfado con las fuerzas de Mola por no haber avanzado y aprovechado la oportunidad que sus pilotos habían creado: «La ciudad estuvo completamente bloqueada al menos durante veinticuatro horas, lo que hubiera sido condición ideal para un gran triunfo con sólo haber ordenado a las tropas avanzar inmediatamente después. Por decirlo así, fue un éxito técnico completo de nuestras bombas de 250 kilos (explosivas) y de las ECB1 (incendiarias)». La acción incendiaria del ataque no pudo haber sido un efecto secundario. El peso de las bombas caídas sobre Guernica equivalía a la mitad del tonelaje lanzado por toda la Legión Cóndor en el día crucial del inicio de la campaña, cuando era necesario abrir una primera brecha. Además, Richthofen en persona seleccionó la infrecuente bomba cargada de «metralla» explosiva y las bombas incendiarias, a tono con su opinión de que mientras los cráteres de las bombas en las carreteras se podrían rellenar, la destrucción masiva de edificios planteaba un obstáculo más eficaz para las tropas en retirada.⁷⁹

Por tratarse de la primera destrucción de una ciudad «abierta» mediante un bombardeo, Guernica quedó grabada a fuego en la conciencia europea como el gran crimen de Franco. La indignación de los adversarios del fascismo aumentó ante los consiguientes esfuerzos de los nacionales por negar cualquier responsabilidad. Sin embargo, la enorme consternación por Guernica no hubiera perjudicado la causa del Generalísimo del modo en que lo hizo de no haber sido por la presencia fortuita de tres reporteros británicos y uno belga en la zona y por la llegada de un sacerdote vasco con facilidad de palabra, el padre Alberto Onaindía, durante el bombardeo. Fueron los posteriores esfuerzos de los adeptos de Franco por negar la destrucción de la ciudad, de la que dieron fe estos y otros muchos testigos presenciales, lo que convirtió a Guernica en un desastre propagandístico para Franco. George Steer, corresponsal de *The Times*, fue uno de los cuatro primeros periodistas que llegaron al lugar. Su reportaje, publicado dos días más tarde en su diario y en *The New York Times*, generó una oleada internacional de condenas.⁸⁰

El servicio de prensa internacional de Franco, con la dirección de Luis Bolín, negó de inmediato que se hubiera producido el bombardeo. La emisión de Radio Nacional desde Salamanca afirmó que no había aviación alemana ni extranjera en la España nacional. Aunque los nacionales sabían que Guernica había sido destruida el 26 de abril, dictaron un comunicado diciendo que el mal tiempo había impedido que su fuerza aérea volara el 27 de abril y por tanto no podían haber bombardeado Guernica. Como en seguida resultó obvio que ya no era factible negarlo abiertamente, los nacionales afirmaron que Guernica había sido dinamitada por los propios vascos. Algunos mantuvieron esa historia hasta los años noventa.⁸¹

En ese momento se atribuyó al propio Generalísimo la redacción de la primera negativa. Se ha dicho que a Franco le consternó descubrir más tarde que tanto Bolín como los alemanes le habían mentido y que exclamó: «No haré la guerra contra mi propio pueblo».⁸² Si realmente hizo el comentario, lo cual es bastante improbable, sólo pudo haberlo pronunciado con ánimo solapado. No sólo implicaba una total contradicción respecto a sus actividades desde el 17 de julio de 1936, sino que también ocultaba la estrecha relación entre la Legión Cóndor, su cuartel general y el de Mola. Franco había declarado públicamente y en numerosas ocasiones su juicio sobre la necesidad moral de eliminar al enemigo.⁸³

No es nada probable que el Caudillo sintiera remordimientos por el bombardeo dirigido contra los «rojos separatistas» del País Vasco, y escribió una carta de agradecimiento y felicitación a Sperrle y Richthofen por su ayuda durante la campaña.⁸⁴ De hecho, todos los datos disponibles indican que si Franco o Mola estaban consternados fue por la polémica y la publicidad negativa que generó. La única diferencia

en el caso de Guernica fue la exhaustividad de la destrucción y la presencia de corresponsales de guerra y del padre Onaindía. El 29 de abril, cuando los nacionales llegaron a Guernica, el carlista Jaime del Burgo preguntó a un teniente coronel del Estado Mayor de Mola: «¿Era necesario hacer esto?». Con extraordinaria violencia el oficial gruñó: «Esto es lo que hay que hacer con toda Vizcaya y toda Cataluña».

Cuando desde Salamanca se empezó a encubrir lo sucedido, los pilotos de la Legión Cóndor recibieron órdenes de negar el ataque sobre Guernica.⁸⁶ Franco, por su parte, una vez negados los hechos, se mantuvo en sus trece. Desatada la violenta indignación internacional, no estuvo dispuesto a admitir que directa o indirectamente hubiera dado carta blanca a los alemanes para perpetrar semejante atrocidad.

El 7 de mayo, el general Sperrle, utilizando el seudónimo de Sander, envió un telegrama a Franco para preguntarle si sus propias investigaciones habían producido resultados que permitieran al gobierno alemán aceptar las propuestas británicas de realizar una investigación sobre los sucesos de Guernica. La Legión Cóndor ya había enviado un equipo para quitar las carcassas de las bombas, las bombas sin explotar y otros indicios del ataque aéreo. Sperrle pedía a Franco que le respaldara frente al mortificado Ribbentrop. El Generalísimo respondió de inmediato con un telegrama que señalaba la existencia de una pequeña fábrica de armas en Guernica y declaraba que:

UNIDADES PRIMERA LÍNEA PIDIERON DIRECTAMENTE A A VIACIÓN BOMBARDEO CRUCE CARRETERAS , EJECUTÁNDOLO A VIACIÓN ALEMANA E ITALIANA [SIC], ALCANZANDO POR FALTA DE VISIBILIDAD POR HUMOS Y NUBES POLVO BOMBAS AVIONES A LA VILLA .

POR TANTO , NO ES POSIBLE ACCEDER INVESTIGACIÓN , ROJOS APROVECHARON BOMBARDEO PARA INCENDIAR POBLACIÓN . INVESTIGACIÓN CONSTITUYE MANIOBRA PROPAGANDA Y DESPRESTIGIO A ESPAÑA NACIONAL Y NACIONES AMIGAS.⁸⁷

Lo más sorprendente, al margen de la admisión de que el ataque fue solicitado por los españoles, era la falta de cualquier sugerencia de que el mando alemán local hubiera tomado ninguna iniciativa independiente y la ausencia de reproche alguno por la magnitud del bombardeo.

Si Franco estaba furioso con Sperrle, como se ha insinuado, es muy raro que no aprovechara la oportunidad para acelerar su regreso a Alemania. El telegrama de Franco sugiere cierto afán por exonerar a la Legión Cóndor de cualquier indicio de insubordinación, a fin de evitar que las repercusiones internacionales obligaran a Hitler a retirar sus fuerzas de España. El hecho de que Franco aconsejara implícitamente a Sperrle que mintiera a sus superiores sobre el bombardeo y sus consecuencias, sugiere que el ataque se planeó con la aprobación de Salamanca y sin el conocimiento de Berlín. Que Franco y Sperrle participaran en esta conspiración de silencio también sugiere que al menos existía un elevado grado de complicidad entre ambos.⁸⁸

Durante años, los propagandistas de Franco y él mismo en sus discursos repitieron muchos de los puntos contradictorios de este telegrama.⁸⁹ Proviene del Generalísimo, ello sólo indica falsedad o, en el mejor de los casos, una ignorancia censurable. Resulta increíble que los nacionalistas quisieran destruir una fábrica de armas que estaban a punto de capturar. Si el blanco era el cruce de carreteras o el puente de Rentería sobre el río Mundaca, ello no concuerda con el peso de las bombas arrojadas ni con el hecho de que una gran proporción de ellas fueran incendiarias, ineficaces sobre piedra pero apropiadas para aterrorizar a la ciudad: no es de extrañar que hubiera humo si se lanzaron bombas incendiarias sobre una ciudad construida en gran medida con madera.⁹⁰ Es cierto que el ejército vasco se retiraba por la carretera que conducía a Guernica, pero aún no había llegado a la ciudad. Al parecer, Franco no se preguntó por qué los republicanos vascos habrían querido dinamitar la ciudad y hacer precisamente lo que Richthofen deseaba hacer: cortarles la retirada colocando una gran catástrofe humana en su camino.⁹¹ Si el propósito de los supuestos sabotadores era que los nacionales no pudieran servirse de la ciudad, ni en aquel momento ni más tarde Franco reflexionó sobre el curioso hecho de que la pequeña fábrica de armas y el esencial puente siguieran intactos cuando tres días más tarde, el 29 de abril, llegaron las fuerzas de Mola: eran olvidos sorprendentes tratándose de dinamiteros que practicaban una política de tierra quemada.*

La controversia hizo de Guernica un símbolo fundamental de la guerra, inmortalizado en el cuadro de Pablo Picasso. Ya nadie discute que fue destruida por bombas explosivas e incendiarias lanzadas por aviones de la Legión Cóndor pilotados por alemanes. Además, tampoco cabe la menor duda de que la atrocidad fue perpetrada a instancias del alto mando nacional y no a iniciativa de los alemanes.⁹² Aun cuando el bombardeo no fuera llevado a cabo a petición del alto mando nacional, sino simplemente tolerado, para quebrar la moral vasca y socavar la defensa de Bilbao, eso no eximiría a Franco de la responsabilidad suprema. La Legión Cóndor estaba en España a petición suya y Sperrle estaba directamente subordinado a él.⁹³

El único tema aún discutible es el grado concreto de coordinación de Franco con Sperrle. La decisión de bombardear no fue una iniciativa única, sino que formaba parte de la firme política de cooperación tierra-aire elaborada desde finales de marzo por Vigón y Richthofen. El propósito último durante la campaña, y en el caso concreto de la destrucción de Guernica, era socavar la moral vasca. Ese propósito a largo plazo se confirmó al cabo de dos días cuando Mola relacionó públicamente el destino de Guernica con el de Bilbao. Se dijo que había declarado: «Reduciremos Bilbao a cenizas y su desolado paraje quitará a los ingleses las ganas de apoyar a los bolcheviques vascos contra nuestra voluntad». Un escalofrío de terror recorrió Bilbao.⁹⁴

La forja de un dictador: Franco y la unificación, abril de 1937

Al comienzo de la primavera de 1937, el Caudillo era más consciente que nunca de las divisiones políticas dentro de la zona nacional. En parte, ello era resultado inmediato de la decisión de crear un nuevo ejército a gran escala, en el cual los elementos más numerosos serían los militantes falangistas y carlistas. Sin embargo, no sólo le preocupaba el efecto de dichas divisiones sobre el esfuerzo bélico sino también los problemas y las oportunidades que esas fricciones presentaban para sus propias ambiciones políticas. De hecho, en comparación con sus enemigos republicanos, Franco sólo se enfrentaba a problemas menores de rivalidad política interna. Tanto Queipo de Llano como Mola se resentían amargamente de su creciente poder, pero Franco había comprendido que su capacidad para desafiarlo disminuía cuanto más tiempo permanecía él en el poder.¹

No obstante, a raíz de la victoria de Málaga y de la conquista de grandes zonas de Andalucía, Queipo de Llano había empezado a edificar su propia base de poder autónomo para desafiar a Franco en el futuro. Éste se había inquietado lo suficiente como para enviar a su hermano Nicolás a Sevilla, en un vano intento para cortar los lazos de Queipo de Llano con la oligarquía local. Queipo de Llano fue siempre un problema, si no una amenaza. Mola también estaba empezando a actuar políticamente, pronunciando discursos sobre la futura organización política de España en los que evitaba cualquier referencia a la jefatura de Franco.² El cardenal Gomá informó al Vaticano que la energía y astucia política de Mola le adjudicarían un papel importante en el futuro político de la España nacional.³

Dadas tales rivalidades, el control sobre los grupos políticos que aportaban el grueso de las milicias era un tema que preocupaba a Franco. Al menos en apariencia, toda cuestión ajena quedó relegada mientras los soldados proseguían la tarea de ganar la guerra. Pero a medida que mejoraba la situación de los nacionales, a pesar de los reveses sufridos en Madrid, podían percibirse las intrigas para hacerse con el poder en la posguerra. Franco creía sinceramente en la necesidad de un mando único militar y político, sobre todo en tiempo de guerra. Además, su ambición le había llevado a decidir que semejante mando permaneciera indefinidamente en sus manos. En cualquier caso, considerando la rivalidad política como algo parecido a un motín, el Generalísimo estaba dispuesto a imponer una férrea disciplina sobre sus subordinados y rivales políticos. También era comprensible que, habiendo llegado a la jefatura del Estado con el apoyo alemán e italiano, buscara alinearse más estrechamente con sus aliados, copiando sus sistemas de partido único. Al fin y al cabo, a medida que se intensificaba la adulación dentro de la zona nacional, el Caudillo empezaba a verse como un providencial salvador nacional a la manera del Führer y el Duce.

En la zona nacional, la idea de unir las diversas fuerzas políticas flotaba en el aire desde hacía tiempo.⁴ Sin embargo, la idea parecía haber arraigado en la mente de Franco a principios de enero como resultado de una sugerencia italiana. Procedía ésta de Guglielmo Danzi, oficialmente agregado de prensa italiano en Salamanca, pero en realidad un importante representante del Partido Fascista Italiano que tenía acceso constante al Generalísimo. El 9 de enero de 1937, Danzi envió un telegrama al *Ufficio Spagna*: «Aceptando mi sugerencia, el general Franco ha decidido fundar una asociación política de la cual él será el jefe oficial... se esforzará en unir a los partidos en un cuerpo político sobre el modelo del Partido Fascista».⁵

Dos cosas le facilitarían la tarea. Para empezar, el nivel de cooperación entre los componentes de su coalición durante la Segunda República había sido alto; tanto Falange, como Renovación Española y la CEDA debían gran parte de sus ideas al carlismo. A pesar de las diferencias tácticas, compartían el propósito estratégico genérico de construir un Estado autoritario y corporativo, con la clase obrera estrictamente controlada dentro de una organización sindical patrocinada por el Estado. Los monárquicos de Renovación Española habían financiado las escuadras terroristas de la Falange. La CEDA había utilizado las represalias que provocaban estas actividades y la publicidad que generaban para denunciar a la República como un régimen de anarquía. Todos habían colaborado en la conspiración militar, en el alzamiento y en el esfuerzo bélico, conscientes de que su supervivencia futura dependía del éxito de la empresa. Sin embargo, cada grupo de la coalición nacional alimentaba la ambición de imprimir su sello personal en el futuro régimen autoritario, que era la meta común. Los monárquicos querían la restauración de una Monarquía militar en la línea de la Dictadura de Primo de Rivera; los carlistas, prácticamente una teocracia bajo su propio pretendiente al trono; la Falange, un equivalente español del Tercer Reich.

La segunda ventaja con la que contaba Franco era que cada uno de los grupos había sido decapitado, de un modo o de otro, por la desaparición de su jefe indiscutible. En el caso de Renovación Española, el asesinato de Calvo Sotelo había privado a la derecha monárquica de un personaje de talla nacional capaz de compensar su falta de apoyo popular. A partir de entonces, sus dirigentes se habían visto obligados a depositar todo su apoyo en Franco con la esperanza de conservar alguna influencia. En el caso de la Falange, Franco simplemente había tenido que dar un empujoncito al destino al no respaldar los intentos de salvar la vida de José Antonio Primo de Rivera. El aumento masivo de sus seguidores hacía de la Falange un capital político deseable y una amenaza potencial. Sin embargo, la carencia de habilidad política y *savoirfaire* de los aspirantes a la jefatura del partido hacía de ellos unos adversarios relativamente fáciles para Franco. En el caso de los carlistas, Franco ya había eliminado a Fal Conde, demostrando que podía hacer gala de una resolución implacable cuando lo

creía oportuno.

Esas circunstancias dejaban sólo intacta a la CEDA, y de hecho se creía que Franco estaba políticamente cercano al partido de Gil Robles. En realidad, fuera cierto o no, Franco hizo saber que la CEDA le había propuesto que se presentara en su lista en las elecciones de 1933 y estuvo a punto de presentarse por este partido en la segunda vuelta de los comicios en Cuenca en 1936. En 1935 se había hablado mucho de su estrecha colaboración con Gil Robles en el Ministerio de la Guerra y Franco no había podido contener las lágrimas cuando el jefe de la CEDA fue cesado. No obstante, ahora Franco se distanció deliberadamente de Gil Robles. En parte porque, en la exaltada atmósfera de la zona nacional en tiempo de guerra, el proceso gradual hacia el Estado autoritario defendido por Gil Robles había llegado a parecer una peligrosa debilidad, sentimiento que se reflejaba en el transfuguismo generalizado de militantes de la CEDA hacia la Falange y el carlismo. Franco no estaba dispuesto a desmarcarse de un gran número de sus seguidores. Al mismo tiempo, su incipiente hostilidad hacia Gil Robles indicaba que ahora veía en el jefe de la CEDA un rival potencial a quien debía eclipsar lo antes posible. Así pues, Gil Robles sería destruido por una campaña de rumores que lo desacreditaban como el político que no había aplastado a la izquierda cuando había tenido oportunidad de hacerlo.

Franco no tenía inconveniente en emplear los servicios de Gil Robles en el extranjero, pero dejó bien claro que no sería bien recibido en la zona nacional. En los primeros meses de la guerra, Gil Robles había estado en Lisboa, ayudando a Nicolás Franco a establecer una embajada nacional oficiosa: la «Agencia de la Junta de Burgos». Formada por varios aristócratas, diplomáticos y políticos de derechas, la Agencia organizaba la compra de armas y otros suministros, y también la propaganda y ayuda financiera para la causa rebelde.⁶ Gil Robles era especialmente diestro a la hora de conseguir fondos extranjeros para los nacionales.⁷ Visitó la España rebelde en varias ocasiones, entre finales de julio de 1936 y mayo de 1937, pero encontró un recibimiento cada vez más hostil. El 28 de julio, en Pamplona, adonde había ido para recoger a su esposa e hijo, varias damas de la aristocracia le insultaron en el hotel y le acusaron de ser responsable de lo que estaba sucediendo en España, acusación que se formularía cada vez con más frecuencia.⁸ El 2 de septiembre de 1936, después de pasar por Salamanca, llegó a Burgos y, al cabo de unas horas, un grupo de falangistas intentó golpearlo y arrestarlo. El general Fidel Dávila, gobernador civil de Burgos, solicitó instrucciones al general Cabanellas, quien ordenó que se diera protección al jefe de la CEDA.⁹

A finales de agosto de 1936, Queipo de Llano predijo ante Arthur Koestler que Gil Robles no tendría ningún papel en el futuro gobierno de España.¹⁰ El 1 de octubre de 1936, una vez Franco se convirtió en jefe del Estado, Gil Robles tenía poco futuro político y progresivamente se iría convenciendo de que la brecha entre ambos era insalvable. No obstante, el 26 de octubre de 1936, escribió a su amigo común, el marqués de la Vega de Anzo, pidiéndole que le comunicara al Generalísimo su convicción de que: «El momento actual exige la desaparición de todos, entiéndase bien, de *todos* los partidos», y aceptó por adelantado la desaparición de la milicia del movimiento juvenil de la CEDA (la Juventud de Acción Popular). El 2 de noviembre escribió directamente a Franco para anunciarle que, en aras del necesario movimiento nacional, suspendía toda actividad política por parte de la CEDA.¹¹

Paulatinamente se fue haciendo evidente que estos esfuerzos y sacrificios no conseguían que Gil Robles fuera mejor acogido en el Cuartel General de Franco. Años más tarde, Gil Robles llegó a creer que la razón era que Franco no toleraba tener a su alrededor a alguien que hubiera sido su superior.¹² Mientras Franco se dedicaba a fortalecer su propio poder político, la presencia de una personalidad fuerte de enorme talento como Gil Robles, tenía que ser necesariamente inoportuna. Su hostilidad hacia Gil Robles puede deducirse de la historia paranoica y a todas luces apócrifa que relató a un periodista mexicano. El Generalísimo explicó que unos jóvenes militantes de la CEDA habían pedido a Gil Robles consejo al principio de la guerra y que éste les había respondido que debían permanecer al margen y dejar que los rojos y los militares rebeldes se despedazaran para que la CEDA saliera vencedora.¹³

Durante algún tiempo, Gil Robles continuó sirviendo lealmente a la causa de Franco, en parte por afinidad ideológica, en parte con la esperanza de ejercer el papel que asumió primero Nicolás Franco y más tarde Ramón Serrano Súñer y, por último, porque no podía hacer otra cosa.¹⁴ El 10 de febrero de 1937, en una entrevista para el periódico *Arriba España* declaró que: «El Movimiento iniciado el 17 de julio marca un nuevo rumbo a la Patria. Después de él, una vez consolidada la victoria, deberían desaparecer los partidos políticos, tengan o no tengan ese nombre, para integrar un solo y amplísimo movimiento nacional. Cuando llegue ese instante venturoso, Acción Popular, lejos de ser un obstáculo o un tropiezo, se enorgullecerá en dar las máximas facilidades». ¹⁵ En abril de 1937, quebrada en la práctica su influencia dentro de la zona nacional, Gil Robles aceptaría «cordialmente» la unificación forzosa que Franco impuso a los partidos de derechas. Al concluir la Guerra Civil se convertiría en una figura central de la oposición monárquica a Franco.

Por consiguiente, a principios de 1937 Franco podía enfrentarse al problema del hervidero de rivalidades de la política en el bando nacional desde una posición ventajosa. Tras convertirse en Generalísimo y jefe del Estado, estaba demasiado ocupado con la guerra para prestar demasiada atención a la creación de un partido único de estilo nazi o fascista. Sin embargo, tras la sugerencia de Danzi, empezó hábilmente a preparar el terreno. Fal Conde y Gil Robles estaban eliminados y en conversaciones con el jefe falangista provisional, Manuel Hedilla, con el jefe carlista moderado, conde de Rodezno, y con numerosos monárquicos, Franco hizo creer a cada uno de ellos que sólo apoyándole a él verían salvaguardados sus intereses. En los frentes de batalla apenas había fricciones entre las milicias falangistas y carlistas. Además, los elementos influyentes de ambos partidos se percataron de que era inevitable algún tipo de unión y prefirieron tomar la delantera antes que arriesgarse a una decisión impuesta. Asimismo, los monárquicos alfonsinos más lúcidos y aquellos cedistas que no se habían pasado ya a la Falange no eran contrarios a cierto tipo de partido único, del que esperaban convertirse en el estado mayor.

Algunos elementos de ideología más extremista o menos cínicos intentaron aferrarse a sus identidades anteriores a la guerra, atrayendo así la atención hostil de Franco y de sus servicios de seguridad. En la retaguardia se produjeron ciertos choques. No obstante, la sustitución de Fal Conde, que dejaba a los carlistas en manos del pragmático conde de Rodezno, despejó el camino de las negociaciones con la Falange. Las conversaciones de febrero de 1937 fueron positivas. Sin embargo, cuando se trasladaron a Portugal se rompieron por la intransigencia de Fal Conde. No era de extrañar, pues parecía que los falangistas se proponían absorber a los carlistas. A mediados de abril de 1937, las actas de estas reuniones circularon abiertamente por la zona nacional y se dijo que el cuartel general de Franco las había facilitado para que éste pudiera aportar una solución allí donde los dos partidos habían fracasado.¹⁶

En los primeros meses de la guerra, una mezcla de improvisación, urgencia y euforia había amortiguado las diferencias políticas. Franco pasó a ser Generalísimo y jefe del Estado antes de que los nacionales sufrieran reveses significativos. Sin embargo, después del fracaso en la toma de Madrid y sobre todo después de la derrota de Guadalajara, todos reconocieron que estaban ante una larga contienda. Además, todo el mundo aceptaba la necesidad de crear alguna forma de estructura política que unificara la zona nacional. Una vez iniciado el proceso, surgió una cierta agitación política a medida que ciertos elementos se percataron de que no era sólo un contexto político estable para la victoria militar lo que estaba en juego, sino el futuro político a largo plazo.

El cerebro gris que estaba detrás de la creación del nuevo movimiento político y, de hecho, el arquitecto principal del Estado franquista fue Ramón Serrano Súñer, cuñado del general, que llegó a Salamanca el 20 de febrero de 1937. A pesar de su papel de enlace entre Franco y los conspiradores militares en la primavera de 1936, Serrano Súñer no había sido advertido de la fecha de la sublevación y tanto él como su familia habían sufrido experiencias terribles a consecuencia de ello. Serrano Súñer había sido testigo del asesinato de amigos en la cárcel de la zona republicana y había logrado escapar a las «sacas» que costaron la vida a sus dos hermanos, José y Fernando. Serrano Súñer consiguió salir de la Cárcel Modelo de Madrid diciendo al ministro de Justicia republicano, Manuel de Irujo, que no tenía nada que ver con la Falange ni ninguna relación política con su cuñado, Franco.¹⁷ Estas experiencias hicieron de él un adversario de la democracia apasionado y totalmente convencido.¹⁸ Durante las terribles penalidades de su cuñado en la Cárcel Modelo, Franco no había hecho nada para lograr un intercambio de prisioneros.¹⁹ No obstante, al oír que llegaba a Hendaya el 20 de febrero de 1937, Franco envió un coche para que llevase a Serrano Súñer y a su familia a Salamanca. El Generalísimo le invitó a trasladarse a un ático del palacio episcopal, donde tenía su cuartel general.²⁰

El delgado y atractivo Serrano Súñer, tan elegante en su aspecto como en su discurso, tenía el talento y el crédito político necesarios para crear la maquinaria política que faltaba en la zona nacionalista. Era una de las mentes jurídicas más brillantes de su generación y, como figura preeminente de la Juventud de Acción Popular, Serrano Súñer había sido clave en el trasvase de muchos de sus afiliados a la Falange en la primavera de 1936. Pero, además de su clara inteligencia y su experiencia política, uno de los mayores atractivos que Serrano Súñer tenía para Franco como posible instrumento para domeñar a la Falange era su carencia de una base independiente de poder. Además, doña Carmen, a quien no agradaba demasiado Nicolás Franco, vio con buenos ojos que lo reemplazara su cuñado. Le disgustaba Nicolás por su vida disoluta y bohemia y por sus excéntricos hábitos de trabajo, tan distintos de los de su metódico marido. Sentía, además, celos de la esposa de Nicolás, la vivaz Isabel Pascual de Pobil, que era centro de atención. Se ha insinuado que a doña Carmen le indignaba que algunos regalos dirigidos a la «señora de Franco», se entregaran a Isabel Pascual de Pobil por error, convencida doña Carmen de que iban dirigidos a ella.²¹ Nicolás notó el peligro de la llegada de Serrano Súñer,²² a quien doña Carmen admiraba por ser un docto abogado y parlamentario. A menudo, en las conversaciones mantenidas en el reducido grupo familiar, cuando el locuaz Franco interrumpía a su cuñado, doña Carmen decía: «Cállate, Paco, y escucha lo que está diciendo Ramón»; lo cual, según Serrano Súñer, plantó las primeras semillas de posteriores resentimientos.²³

Desde el momento en que se instaló en el palacio, Serrano Súñer dedicó todas sus energías e inteligencia a la causa por la que habían muerto sus hermanos. Para bien o para mal, decidió que la mejor forma de hacerlo era a través de Franco.²⁴ Pero la considerable ambición de Serrano Súñer no era personal, sino abstracta; un compromiso con una idea. Como él mismo dijo, después de sus experiencias en Madrid estaba «traumatizado, despersonalizado».²⁵ Franco, desconfiado por naturaleza pero consciente de su inexperiencia política, estaba dispuesto a depositar su confianza en Serrano Súñer. Como otras veces, fue astuto al hacerlo. La llegada de Ramón Serrano Súñer a Salamanca significó una importante elevación del nivel intelectual dentro de la jefatura nacional. La combinación de su amistad con José Antonio Primo de Rivera y de su parentesco con el Generalísimo hicieron de él una figura de peso. Eso, junto con su introspectivo aire de dedicación a la puesta en práctica de las ideas de José Antonio, permitieron a Serrano Súñer tender un puente entre Franco y algunos de los personajes más brillantes de la Falange.²⁶ Sin embargo, si bien consiguió convertir en franquistas a los jefes de la Falange, fracasó en hacer un falangista de Franco, siempre más interesado en conservar su poder que en los programas sociales.²⁷

Cuando Serrano Súñer llegó a la zona nacional no existía prácticamente más vida política que las disputas personalistas. Era lo que él llamaba «un Estado campamental». El sur seguía siendo feudo independiente del general Queipo de Llano. En el norte, la principal autoridad política era la Junta Técnica del Estado, que había sido creada el 1 de octubre de 1936, cuyas oficinas estaban diseminadas por Burgos, Valladolid y Salamanca. El presidente era el general Fidel Dávila, cuyo despacho estaba en Burgos, pero el poder real estaba en manos de Nicolás Franco al frente de la Secretaría General del Estado, que operaba en Salamanca, al lado del cuartel general del Caudillo. El despacho lo componían el mismo Nicolás, dos subsecretarios, José Carrión y Manuel Saco, y el diplomático José Antonio Sangróniz. Un *bon viveur*,

Como Nicolás Franco, el orondo y astuto ex cedista Sangroniz se ocupaba de los asuntos extranjeros.²⁸ Desde el otoño de 1936, Nicolás Franco era consciente de la carencia de una estructura estatal. Sin embargo, no tenía ni la energía, ni el conocimiento técnico jurídico, ni el empuje para emprender la construcción de un Estado. Nicolás no tenía ninguna prisa en crear nada que pudiera disminuir el poder *de facto* de su hermano, quien, al fin y al cabo, no tenía más base jurídica que su nombramiento por parte de un pequeño grupo de generales. Tanto Franco como su hermano tenían la sensación instintiva de que el paso del tiempo y la victoria militar consolidarían el poder del Generalísimo y entendían que la estructura formal de gobierno podía esperar hasta la conquista de Madrid. A medida que esta perspectiva se alejaba más, la naturaleza caótica de la administración de Nicolás se hacía más inaceptable.*

La llegada de Serrano Súñer abrió el camino que llevaba a apuntalar el poder personal de Franco con una estructura estatal formal que gozara de apoyo político popular. Hasta su aparición, la administración nacional se había ocupado principalmente de cuestiones militares, no habiendo dedicado apenas tiempo ni reflexión al tema de la movilización política, como distinta de la militar. A lo largo de marzo de 1937, Serrano Súñer había tratado el problema primero con Franco y luego con Mola, con el carlista conde de Rodezno, con el intelectual monárquico Pedro Sáinz Rodríguez y con el cardenal primado Gomá. Entre aquellos con los que Serrano Súñer estableció contacto se encontraba el falangista Manuel Hedilla, jefe provincial de Santander que el 2 de septiembre de 1936 había sido elegido jefe nacional de la Junta de Mando provisional de la Falange. Sus relaciones no eran nada cordiales.²⁹ Hedilla era un matón fascista que, si bien no tan inculto como sostenían sus enemigos, fue fácilmente manipulado por Nicolás Franco y Serrano Súñer.³⁰

Franco llevaba tiempo considerando cómo reducir los diversos elementos políticos de la zona nacional a un denominador común bajo su dirección. La diferencia entre el Generalísimo y su cuñado era que Franco, absorbido por los problemas cotidianos de ganar la guerra, veía la unificación como un mero mecanismo para consolidar su poder político. Serrano Súñer le obligó a ampliar su pensamiento y a reflexionar sobre qué tipo de Estado construirían después de la victoria.³¹ A menudo debatían estos problemas durante varias horas, en largos paseos después del almuerzo por los jardines del palacio episcopal. Mientras se libraba la batalla de Guadalajara y la campaña del País Vasco, el futuro político de Franco se discutía en estos paseos. El Generalísimo llegó a abstraerse tanto en esta cuestión que a su primo y ayudante de campo, Pacón, le preocupaba que estuviera descuidando la dirección militar de la guerra.³² Como Franco tenía pocos confidentes, se suponía que su cuñado Serrano Súñer era la eminencia gris que estaba detrás del Generalísimo. Serrano Súñer se ganó rápidamente el adecuado sobrenombre de *cuñadísimo* y los visitantes políticos del cuartel general tendían a solicitar su atención. Serrano le enseñó muchas y valiosas lecciones políticas a Franco, astuto por instinto pero políticamente inculto. La libertad y la franqueza con la que Serrano Súñer le hablaba, fruto de su amistad y parentesco, nunca podrían equipararse con el trato que le daban los aduladores que empezaban a rodear al Generalísimo.³³

El orgulloso y solitario Serrano Súñer despertó muchos celos y hostilidad, algunos de carácter político y otros de carácter personal. La simpleza política de Lorenzo Martínez Fuset en particular quedó cruelmente al descubierto. A otros militares de alta graduación, sobre todo al general Alfredo Kindelán, les preocupaba la influencia que pudiera tener sobre Franco una persona de ideas fascistas en apariencia tan radicales. A intelectuales y políticos monárquicos como Eugenio Vegas Latapié, Pedro Sáinz Rodríguez y Antonio Goicoechea, les consternó descubrir que la Falange, a la que habían acostumbrado a bailar a su son, ahora tenía a un serio paladín.³⁴ No deja de ser irónico que el grupo más amenazado por la llegada de Serrano Súñer fuera el que menos se alarmara: la vigente jefatura provisional de la Falange.

La jefatura de la Falange era un semillero de rivalidades personales y el hombre más temido era el cándido Manuel Hedilla. Otros aspirantes al legado de José Antonio Primo de Rivera consideraron los síntomas de culto a su personalidad como un signo de que Hedilla ambicionaba ser en política lo que Franco era en términos militares. Poca duda cabe de que el Generalísimo llegó a la misma conclusión. En enero de 1937 la publicación de una entrevista de Hedilla con el periodista pro nazi Víctor de la Serna titulada «Hedilla a 120 por hora» sugería claramente que estaba a punto de desbancar a todos sus rivales. A Franco no le debió de agradar la declaración que Hedilla hizo en el transcurso de la entrevista: «Prefiero los antiguos marxistas arrepentidos antes que a los derechistas cucos y maleados por la política y el caciquismo». Un número del semanario fotográfico falangista, *Fotos*, se dedicó casi totalmente a Hedilla, lo cual tampoco debió de hacer ninguna gracia a Franco.³⁵

Hedilla era también demasiado radical para el gusto de Franco; hacía declaraciones frecuentes sobre la necesidad de limitar los excesos del capitalismo y daba a entender que, después de la guerra, una Falange irresistiblemente poderosa así lo haría.³⁶ En realidad, aunque no hubiera llegado Serrano Súñer no cabe duda de que Franco habría manipulado a Hedilla en beneficio propio. Éste debió de sospecharlo cuando a finales de febrero de 1937, Franco le dijo: «¿Sabes una cosa, Hedilla? Me he encargado una camisa azul».³⁷ El Caudillo empezó a desarrollar una relación paternalista con el ingenuo Hedilla, a quien consideraba cómodamente maleable en comparación con sus rivales de la Junta de Mando de la Falange. El llamado círculo legitimista (todos relacionados de algún modo con la familia Primo de Rivera), se componía de Agustín Aznar, verbalmente agresivo y poco sutil, jefe de las milicias de la Falange y prometido de la prima de José Antonio, Lola; de su adusta hermana Pilar; de su ambicioso primo Sancho Dávila, jefe de la Falange de Sevilla y en un día pasante de José Antonio, y del ladino Rafael Garcerán, entonces jefe provincial de Salamanca.³⁸

A pesar de sus charlas preliminares con diversos elementos del bando nacional, Franco no se esforzó en negociar. Eso habría significado revelar su juego. Por el contrario, esperó y observó mientras todos los partidos interesados tomaban posiciones. Se rumoreaba que Mola aspiraba a ser jefe de Gobierno, dejando la dirección de la guerra a Franco. José Ignacio Escobar se reunió con Mola en esa época y lo halló

profundamente irritado con Franco y consigo mismo por haber cedido tan a la ligera el cargo de Generalísimo.³⁹ Cuando Hedilla le preguntó sobre dichos rumores, Mola estuvo circunspecto, pues sospechaba que era hombre de Franco y, suponiendo que le llegaría a éste, sólo dijo: «Mi ambición consiste en no acometer más cosas que las que sé que puedo hacer bien. Quizá pueda dirigir con cierto acierto la campaña del norte. Al fin y al cabo, la guerra es mi oficio. Pero estoy absolutamente seguro de que en las actuales circunstancias fracasaría presidiendo un gobierno. Puede usted asegurar, a quien le hable de esa posibilidad, que el general Mola no acude nunca a un fracaso indudable». Con todo, Hedilla salió con la impresión de que Mola ocultaba cautelosamente sus verdaderas intenciones.⁴⁰ Si de hecho Mola abrigaba ambiciones, estaba aguardando a conseguir éxitos militares en el norte antes de declararlas. Pero cuando estuvo preparado, ya era demasiado tarde.

En cualquier rivalidad potencial entre Mola o Queipo de Llano y Franco, el control de la Falange sería decisivo. A la inversa, las rivalidades entre las diversas facciones de la Falange estaban condicionadas por la sombría amenaza de que el Generalísimo se hiciera con su jefatura. Decapitada por la ejecución de su fundador, la Falange se debatía en una áspera lucha de poder entre Hedilla, como sucesor por designación, y el grupo «legitimista» formado por amigos íntimos de José Antonio dirigido por Agustín Aznar y su primo Sancho Dávila.⁴¹ Al igual que Hedilla, éstos buscaban ganar posiciones antes del temido movimiento de Franco para unificar los partidos. Miembros de las clases altas consideraban a Hedilla demasiado radical y demasiado proletario.⁴² Sancho Dávila y Agustín Aznar eran encarnizadamente hostiles a la idea de una unificación de falangistas y carlistas bajo los auspicios de Franco. Incluso la hermana de José Antonio Primo de Rivera, Pilar, le dijo a Hedilla: «Ten cuidado, Hedilla. La Falange no debe ser entregada a Franco... ¡No la entregues!». ⁴³

En aquel tiempo, Hedilla confiaba en poder relegar a Aznar, Dávila y compañía llegando a un acuerdo con Franco que le convirtiera en jefe efectivo del partido único, y se le hizo creer que Franco aceptaba ese trato. El Generalísimo no participó en la operación, cuidándose de que se negociara a través de muchos intermediarios. Nicolás Franco, Ramón Serrano Súñer, José Antonio Sangróniz, Lorenzo Martínez Fuset y el teniente coronel Antonio Barroso, jefe de operaciones del Generalísimo, formaban el equipo político que operaba desde el Cuartel General. Dicho Cuartel General entró en contacto con Hedilla a través de dos figuras notablemente desconocidas, el misterioso capitán Ladislao López Bassa y un médico militar, el aún más oscuro capitán Vicente Sergio Orbaneja, primo lejano de José Antonio Primo de Rivera.⁴⁴ Por ese conducto, Hedilla creyó que se le garantizaba la continuidad de su preeminencia a cambio de la promesa de no oponerse a la unificación y de aceptar un programa social menos radical para la Falange unificada. El Caudillo sería el jefe nacional nominal y Hedilla, aunque en teoría su subordinado, sería el jefe ejecutivo *de facto*, como secretario general de la Junta Política. ⁴⁵ Satisfecho con semejante acuerdo, Hedilla en ningún momento pensó en la posibilidad de estar siendo manipulado por un adversario superior.

En los primeros meses de 1937, para reforzar su posición, Hedilla no sólo mantuvo contactos con Franco y sus diversos emisarios, sino que también buscó el favor de alemanes e italianos. Su radicalismo social atraía a los representantes de los partidos nazi y fascista en la misma medida que preocupaba a Franco. Hedilla ya había tenido altercados menores con algunos generales sobre el grado de represión, incluida una violenta disputa con Mola. Tanto nazis como fascistas consideraban poco inteligente la generalizada acción represiva de los nacionales sobre la izquierda, señalando que tenía más sentido reclutar una base obrera favorable al régimen. Así pues, estaban interesados en apadrinar la carrera de Hedilla.⁴⁶ En su visita a España de marzo de 1937, Farinacci invitó a Hedilla a visitar Italia. El patrocinio extranjero aumentó la confianza de Hedilla en sí mismo. A principios de febrero, su secretario, José Antonio Serrallach, ⁴⁷ le dijo al embajador alemán Faupel que la Falange cultivaba la relación con Franco igual que los nazis habían manipulado al mariscal de campo Hindenburg antes de tomar el poder.⁴⁸

Asimismo, a principios de marzo Hedilla le dijo a Cantalupo, también simpatizante, que él y sus seguidores eran republicanos y hombres de izquierdas. Describió a Franco desdeñosamente como un reaccionario y dijo que, una vez cayera Madrid, la Falange mostraría sus verdaderos colores de izquierdas.⁴⁹ Semejantes indiscreciones llegaron rápidamente a oídos de Franco. A través de un intermediario, Tito Menéndez Rubio, un amigo íntimo de Santander, Hedilla se aventuró a ir a Roma en busca del apoyo italiano para una posible lucha por el poder. Menéndez Rubio visitó a Danzi, que actuaba como enlace político entre Mussolini y Franco, y describió a Hedilla como un jefe carismático de orígenes obreros que consideraba a Franco incapaz de dirigir la España fascista del futuro. ⁵⁰ El propio Hedilla le dijo a Cantalupo que la Falange toleraría a Franco como jefe del Estado mientras la guerra continuara, pero no como jefe de un partido único. En realidad, Cantalupo consideraba a Hedilla un «hombre modesto de poca cultura, espíritu mediocre, con poca garra». ⁵¹ Aunque Danzi y Farinacci trabajaban para acelerar la creación de un partido único, Cantalupo fue comedido y no hizo nada que pudiera provocar a Franco.⁵²

Los alemanes también cultivaban a Hedilla. Hitler le envió una copia firmada de una lujosa edición limitada de *Mein Kampf*.⁵³ Según Cantalupo, Faupel despreciaba a Franco e inmediatamente después de la batalla de Guadalajara, le dijo en dos ocasiones distintas que era necesario eliminar a Franco para dar el poder a la Falange, lo cual para los alemanes significaba Hedilla. ⁵⁴ Es muy improbable que a Franco no le llegaran rumores de todo eso, sobre todo teniendo en cuenta, además, que recientemente había puesto al servicio secreto de su cuartel general en la ofensiva. Había dejado la organización del espionaje nacional en manos del comandante Lisardo Doval, famoso por su actuación en la represión de Asturias de 1934. Doval era un enemigo obsesivo de la Falange y creía que la mayoría de sus miembros eran rojos y masones disfrazados. Franco le había otorgado poderes discrecionales para fichar a los personajes importantes de la Falange y crear una red de agentes e informadores que los espieran.⁵⁵ El precavido Generalísimo no dejaba nada al azar.

Su baza más importante fue precisamente el hecho de que el cándido Hedilla tuviera tanta fe en la cooperación honesta de Franco que se

permitió el lujo de concentrar sus esfuerzos en su lucha con el círculo familiar de los Primo de Rivera. ⁵³ La mayor amenaza a las ambiciones de Hedilla la constituía Franco, pero subestimó tan gravemente a su adversario que permitió que el equipo del Generalísimo dirigiera sus propios movimientos. Corrió el rumor, probablemente divulgado por Nicolás Franco y Doval, de que el grupo de Aznar intentaba asesinar a Hedilla. El 12 de abril, el propio Hedilla visitó diversas ciudades del norte para conseguir ayuda armada. En San Sebastián intentó reclutar al coronel Antonio Sagardía, jefe de una columna de falangistas militarizados, para aplastar a las milicias de Aznar. También parece que intentó inútilmente conseguir la cooperación de Yagüe. ⁵⁴

Ese mismo 12 de abril, mientras Hedilla buscaba apoyo en el norte, Franco y su Cuartel General estaban ocupados realizando sus propios movimientos. Nicolás Franco se quejó a Danzi de los esfuerzos de los intrigantes (*mestatori*) para alterar el equilibrio político en la España nacional. En lo que era un mensaje explícito dirigido a los italianos para que no alimentaran las divisiones, Nicolás habló de maquinaciones falangistas que no ayudaban a los planes de unidad del Generalísimo. Habló de una «red de disidencia oculta, alentadora de divisiones, de carácter siniestro y antimilitarista» y dejó bien claro que Franco se disponía a actuar contra quienes creía responsables. Nicolás aseguró a Danzi que su hermano planeaba unificar por decreto todas las fuerzas en un partido fascista llamado Falange, «del que sería jefe él mismo». ⁵⁵

Ese mismo día, el Generalísimo recibió a algunos carlistas moderados, entre los que se encontraba el conde de Rodezno, y les informó de que preparaba un decreto para instituir un partido único. ⁵⁶ Existen motivos para creer que Franco también había informado a Hedilla de sus intenciones, aunque no hay pruebas documentales, porque Hedilla estuvo en contacto regular con miembros del gabinete interno del Cuartel General durante la turbulenta semana del 12 al 19 de abril. Sus acciones subsiguientes tendrían sentido si se le hubiera inducido a creer que Franco planeaba fundir los dos partidos, reservándose para sí una jefatura simbólica y dejando a Hedilla como jefe *de facto*. Sin duda le habría causado gran estupor enterarse de que el 14 de abril Franco había dicho al embajador alemán que dadas las pobres cualidades de Hedilla como líder, iba a fusionar los diversos partidos y asumir él mismo la jefatura. ⁵⁷ Cantalupo, ahora en Roma, informó a Mussolini que Hedilla era un «digno adversario de Franco; al igual que él, es un don nadie, un alma simple, de una estrepitosa falta de cultura, un mentecato sin sentido político». Cantalupo creía que Franco y su hermano conspiraban con otros elementos de la Falange para eliminar a Hedilla. ⁵⁸

Las maquinaciones de Franco se vieron facilitadas por las luchas de poder internas en la Falange. El 14 de abril, mientras Franco hablaba con Faupel sobre la incompetencia de Hedilla, el propio Hedilla se reunía con Sangróniz. En el escenario del Cuartel General estaba a punto de levantarse el telón. Sangróniz insinuó a Hedilla que si cooperaba en la unificación sería el jefe real del partido único, mientras que Franco se centraría en los asuntos militares. La única condición era que reprimiera la llamada «rebelión legitimista» del círculo Aznar-Primo de Rivera. Eso era lo que Hedilla pensaba hacer de cualquier modo y la razón de que hubiera estado recabando ayuda en las capitales de provincia del norte durante los días anteriores e informó a Nicolás Franco y Doval sobre sus planes. ⁵⁹ Hedilla creía que el mejor modo de derrotar a Aznar y Dávila era convocar una reunión extraordinaria del Consejo Nacional de la Falange y conseguir que le nombrase jefe nacional. Alentado por Faupel y su propio secretario político, José Antonio Serrallach, Hedilla también creía que, convirtiendo su jefatura provisional en permanente, mejoraría su posición para negociar con Franco. ⁶⁰

El plan de Hedilla era que la reunión extraordinaria del Consejo Nacional para elegir un jefe permanente del partido tuviera lugar el 25 de abril, ⁶¹ confiando en que dicho congreso estuviera amañado para asegurar su elección. Consciente de lo que tramaba Hedilla, posiblemente incluso informado de ello por el Cuartel General, el grupo anti-Hedilla elaboró a toda prisa un plan de contraataque y empezó a reunir sus fuerzas en Salamanca. Su estrategia era utilizar el pequeño comité ejecutivo, la Junta de Mando, para anticiparse a la reunión del Consejo Nacional y sustituir a Hedilla como jefe nacional provisional por un triunvirato. Ambos grupos estaban en pie de guerra. Del mismo modo que Hedilla había buscado apoyo en las capitales del norte, los milicianos de Aznar habían sido alertados, pertrechados por tres cargamentos procedentes de Sevilla, y armados con fusiles, ametralladoras y granadas. Nicolás Franco y Doval sabían lo que estaba ocurriendo, pero se abstuvieron de bloquear las entradas a la ciudad porque cualquier altercado provocado por los pendencieros falangistas sería la excusa perfecta para una intervención militar y una toma del poder por parte del Generalísimo. De hecho, mantuvieron a Hedilla informado y posiblemente incluso exageraron el número de las fuerzas de Aznar para obligarle a una reacción que aceleraría el conflicto. ⁶²

La mañana del 16 de abril, la atmósfera en Salamanca estaba muy cargada. En la ciudad había muchos falangistas armados y se suponía que estaba a punto de estallar el choque sobre el que se rumoreaba desde hacía tanto tiempo... Doval había vestido de falangistas a algunos de sus propios hombres. Aznar, Dávila y Garcerán iban a expulsar a Hedilla de la Junta de Mando, alegando que había pasado por alto su autoridad colectiva y traicionado a la Falange al consentir una unificación de acuerdo con las condiciones decididas por Franco. En el cuartel general de Franco se sabía que todo esto estaba a punto de ocurrir. No sólo gracias a las actividades de espionaje de Doval, sino porque Aznar y Garcerán informaron a Doval, que era amigo del padre de Aznar. ⁶³ En el despacho de Franco los mapas militares dejaron paso a informes al minuto sobre las actividades de las diversas facciones. Barroso le dijo a Hedilla que Franco esperaba que resolviera cualquier indisciplina o desorden causado por el grupo de Aznar. Los antihedillistas entraron en el cuartel general de la Falange poco después de las once de la mañana del 16 de abril para acudir a una reunión de la Junta de Mando, informaron a Hedilla de los cargos que presentaban contra él y anunciaron que sería sustituido por un triunvirato formado por Aznar, Dávila y José Moreno, para evitar lo que ellos imaginaban iba a ser venderse a Franco. ⁶⁴

Hedilla hubiera podido vencerlos fácilmente por la fuerza, pero el Cuartel General de Franco le había dado órdenes de que dejara que el complot prosiguiera tal como lo habían planeado los conspiradores. Así pues, los dejó en su oficina y de inmediato acudió al Cuartel General de Franco para relatar al teniente coronel Barroso los acontecimientos de la mañana. Quizá también viera brevemente al propio Franco. Barroso le ofreció «refugio y asilo» en el Cuartel General, lo que indica claramente que ambos esperaban que se desatara mayor violencia. Daba lo mismo que los antihedillistas lucharan o se echaran atrás, en cualquier caso Franco aparecería como el hombre que había salvado a la Falange y a su jefe de sórdidas ambiciones personalistas. Hedilla, confiando en que no corría peligro, y tal vez sospechando que aceptar sería anunciar su impotencia política, rehusó la oferta. Pero aseguró, no obstante, a Barroso su total lealtad hacia el Generalísimo.⁶⁵ A su vez, el triunvirato solicitó audiencia con el Generalísimo más avanzado el día y dieron a éste explicaciones sobre la sustitución de Hedilla. También expresaron su lealtad absoluta y el deseo de colaborar en el esfuerzo bélico.⁶⁶ El triunvirato entregó a Radio Nacional una declaración sobre el relevo de Hedilla y un manifiesto que ellos habían redactado. Sin embargo, Nicolás Franco evitó que ambos se emitieran.⁶⁷

El Generalísimo aún tenía todas las cartas y Hedilla estaba ahora en una posición más débil que nunca. Franco no dudaba de que el recientemente depuesto jefe estaría más que dispuesto a aceptar el cargo de segundo de a bordo de un partido único a las órdenes del Generalísimo. Pero Hedilla estaba decidido a fortalecer su posición, aunque sólo fuera como base negociadora para el futuro. Si bien es posible que se planteara la posibilidad de dirigir la Falange a su modo, es más probable que meramente quisiera utilizar su posición para salvaguardar todo lo posible de su programa fascista radical una vez realizada la unificación. Hedilla empezó entonces a utilizar su casa como cuartel general de operaciones para devolver el golpe a Aznar, Dávila y Garcerán. Se decidió seguir adelante con la reunión prevista del Consejo Nacional para discutir la «rebelión» de los legitimistas.⁶⁸ En la confusa atmósfera de exaltación y bravuconería, Hedilla y sus seguidores, que creían estar actuando según lo acordado con el Cuartel General, estaban dispuestos a zanjar esa misma noche la tarea de aplastar a los conspiradores. Ambos bandos estaban siendo minuciosamente observados por la red de espías de Doval.⁶⁹

Hedilla y Serrallach decidieron que el cuartel general de la Falange fuera tomado por José María Alonso Goya, jefe de los guardaespaldas de Hedilla, que había venido desde Burgos después de un reciente viaje del jefe provisional a esa población. Goya sería respaldado por cadetes leales de la escuela falangista de milicias de Pedro Llen, un pueblo en las afueras de Salamanca. Los cadetes estaban bajo el mando de su instructor, el nazi finlandés Carl Magnus Gunnar Emil von Haartman. Pero cuando en la tarde del 16 de abril, recibió instrucciones de Serrallach y Ángel Alcázar de Velasco, Haartman se negó a obedecer sin una orden firmada por Hedilla, declarando que Doval y Nicolás Franco buscaban cualquier excusa para actuar contra la Escuela. De hecho, es posible que Haartman actuase de acuerdo con Barroso. Había, pues, dos bandos armados en Salamanca, con sus centros en el cuartel general del partido de la calle de Toro y en la casa de Hedilla de la calle Maizales, acompañado cada uno por una desconcertada muchedumbre de falangistas que pululaba por su interior y exterior. Serrallach regresó a la Escuela de las Milicias y entregó a Haartman la orden escrita de Hedilla, que produjo el efecto deseado. Haartman y un grupo de cadetes armados llegaron a la calle Maizales con José María Alonso Goya. Entonces Hedilla les ordenó ir al cuartel general del partido y detener a Aznar, Dávila y Garcerán.⁷⁰

Los hombres de Haartman ocuparon el cuartel general falangista alrededor de la una y media de la madrugada del 17 de abril,⁷¹ cuando hacía ya tiempo que Dávila, Garcerán y Aznar se habían ido a casa. Mientras tanto, José María Alonso Goya y Daniel López Puertas junto con otros miembros de la escolta de Hedilla se dirigieron a la pensión de la calle Pérez Pujol número 3, donde se alojaba Sancho Dávila. Llevaban pistolas cargadas y granadas de mano. Dávila se negó a creer que simplemente le iban a acompañar a ver a Hedilla, convencido de que le llevaban «a dar el paseíllo». En la reyerta resultante, Goya recibió un tiro en la base del cráneo de uno de los guardaespaldas de Dávila, Manuel Peral, ante lo cual López Puertas mató a Peral. Más tarde, López Puertas afirmó que toda la operación había sido planeada días atrás, hasta el extremo de incluir a dos médicos en el grupo que iba a detener a Dávila en previsión de un baño de sangre.⁷² Cuando los guardaespaldas de Hedilla, con la excepción del aturdido López Puertas, se dirigieron a apresar a Garcerán, éste los mantuvo a raya en la calle disparándoles frenéticamente con una ametralladora desde su ventana hasta que llegó la Guardia Civil.⁷³ Posteriormente, Hedilla negó con vehemencia cualquier responsabilidad en lo sucedido.^{*74}

Franco, que acababa de acostarse, fue informado de inmediato de lo que acababa de ocurrir. Dávila y Garcerán fueron arrestados por las autoridades militares, al igual que Aznar cuando se disponía a reunir a su milicia para reconquistar el cuartel general de la Falange. Aznar fue acusado de provocar desórdenes en la retaguardia. La complicidad entre el cuartel general y Hedilla quedó demostrada con la detención de los que habían sido atacados mientras los atacantes quedaban, por el momento, en libertad.⁷⁵ Sin embargo, Franco aprovechó la oportunidad para cortar las alas a la Falange. Se produjo un silenciamiento total de noticias sobre los hechos de la calle Pérez Pujol, roto sólo el 24 de abril por la revista de Hedilla, *Fotos*.⁷⁶ Las autoridades militares de cada provincia informaron de inmediato a la jefatura local de la Falange de que serían responsables de cualquier desorden.⁷⁷ El hecho de que el 17 de abril Hedilla mantuviera una conversación con Serrano Súñer indica que a la sazón seguía siendo *persona grata* y aún podía tener un papel que representar en la apropiación de la Falange que proyectaba Franco.⁷⁸

Sin sospechar la función subordinada que Franco le reservaba, Hedilla trató de reafirmar la victoria sobre sus rivales llevando adelante la reunión del Consejo Nacional acordada para el 18 de abril, animado por el hecho de que, mientras los hombres de Doval controlaran las entradas a Salamanca para evitar la llegada de partidarios de Aznar, unos salvoconductos emitidos por el propio Hedilla bastarían para

permitir que sus hombres asistieran al Consejo. Además, Dávila estaba arrestado por asesinato y no podría acudir. Estas muestras externas de buenas relaciones con el Cuartel General no permitieron al crédulo Hedilla comprender que las muertes de la calle Pérez Pujol, el tiroteo en casa de Garcerán y la lucha en el cuartel general de la Falange entre las dos facciones proporcionaban a Franco una excusa perfecta. La red de espías de Doval había preparado el camino difundiendo insistentes rumores de que había habido un intento de asesinato contra Franco, que los falangistas abandonaban el frente para imponer sus ideas al Generalísimo y que algunos dirigentes falangistas estaban en contacto con la República para buscar una paz negociada.⁷⁹

En la reunión del Consejo Nacional de la tarde del 18 de abril, con el cadáver de Goya tendido a la puerta, Hedilla relató una versión de los acontecimientos de los días anteriores que dejaba bien claro que había estado operando en estrecho acuerdo con el Cuartel General y como mera de esperar fue elegido jefe nacional.⁸⁰ La cuidadosa coordinación de los hechos había alcanzado el punto en que Franco y su camarilla podían hacerse abiertamente con el mando. De nuevo podría verse la mano de Mussolini en el hecho de que en el transcurso del 18 de abril el Caudillo mantuviera contactos con Guglielmo Danzi. Éste informó a Roma que él y Franco habían elaborado juntos la fusión de los partidos.⁸¹

Hedilla se apresuró alegremente a anunciar a Franco las noticias de su elección. A su llegada al palacio episcopal, le sorprendió ver que el despacho de Franco estaba lleno de micrófonos como para una emisión radiofónica. De lo que no se percató el flamante jefe nacional fue del insignificante papel que había estado representando en el montaje teatral escenificado por el Cuartel General de Franco. El Generalísimo, la estrella del espectáculo, estaba a punto de salir al escenario. Doval había estado muy ocupado organizando para él una manifestación «espontánea» de apoyo popular. Barroso dio la bienvenida a Hedilla y le dijo que tanto él como Franco concedían mucha importancia a su presencia como no podía por menos: la participación de Hedilla en los actos preparados aquella tarde era esencial para borrar cualquier insinuación de interferencia militar en los asuntos internos de la Falange. El propio Generalísimo saludó cordialmente al nuevo jefe nacional y, al ser informado de su elección, comentó: «Está muy bien, es lo que yo esperaba». Respondiendo a las «insistentes demandas» de la multitud, Franco se prestó «con renuencia» a aparecer en el balcón del palacio episcopal y pronunció un breve discurso anunciando la fusión inmediata de la Falange y los carlistas.⁸²

Otra vez en el interior del edificio, el Caudillo leyó a las diez de la noche un discurso más largo y de un pomposo mesianismo por la radio y, cuando hubo concluido el mismo proclamando que Dios le había confiado la vida de la Patria, el Caudillo fue informado de que una gran multitud se estaba congregando en torno al palacio.⁸³ Visiblemente jubiloso, Franco empujó amablemente a Hedilla hasta el balcón para que se uniera a él para recibir los aplausos. Franco abrazó a Hedilla y parecía como si el recién elegido jefe nacional estuviera cediendo formalmente sus poderes al nuevo, del mismo modo que Cabanellas había transmitido los poderes de la Junta de Burgos al Generalísimo el 1 de octubre de 1936. La prensa nacional recalcó el simbolismo cuando informó de la elección de Hedilla como jefe nacional con plenos poderes y de su inmediata visita al Cuartel General de Franco «donde escuchó el discurso de S.E. el jefe del Estado y, después de felicitarle, se puso incondicionalmente con la Falange a su disposición».⁸⁴ Al mismo tiempo, unidades del ejército obligaron a los hombres de Aznar a partir para el frente de batalla. Queipo de Llano intercedió ante Franco para conseguir la liberación de Sancho Dávila, muy escarmentado.⁸⁵

El 19 de abril, el triunfo político de Franco quedó consagrado en un decreto formal de unificación, una iniciativa unilateral que emanó del Caudillo y Serrano Súñer con el acuerdo de los generales Queipo de Llano y Mola. Por los términos del decreto, la Falange se unificaba forzosamente con los carlistas para formar un partido único: Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS), más notable por la longitud de su nombre que por su contenido ideológico.⁸⁶ Ernesto Giménez Caballero y Ramón Serrano Súñer habían preparado el texto sin tratar los detalles ni con Hedilla ni con el jefe carlista.⁸⁷ Franco declaró que la nueva organización se construiría «bajo mi jefatura». El decreto le otorgaba plenos poderes dentro del nuevo partido único y el derecho a nombrar a la mitad de los miembros del Consejo Nacional. Los nominados elegirían a la otra mitad. De un solo golpe, había abortado los esfuerzos de otros para imprimir su sello en el proceso de unificación.

El 20 de abril, al día siguiente del decreto de unificación, Hedilla y varios miembros de la recién elegida Junta de Mando, la ejecutiva de la difunta Falange Española, visitaron a Franco, quien los saludó con efusiva cordialidad. Cuando le preguntaron sobre la división de poderes y prebendas en la nueva organización, él les dio la impresión de que se satisfarían todas sus aspiraciones.⁸⁸ Es evidente que en esos momentos Franco daba por sentado que, tras haber anunciado que la unificación tendría lugar «bajo mi jefatura», Hedilla pasaba a ser simplemente su subordinado. Hedilla, por su parte, parecía suponer que bajo una indefinida autoridad suprema de Franco, su reciente elección como jefe nacional le convertía en jefe *de facto* de FET y de las JONS. Pero en los frentes de batalla los cuadros carlistas y falangistas se encontraron bruscamente tratados como subordinados por los oficiales del ejército, que suponían que ambas organizaciones habían pasado a control militar, y consideraban, como el propio Franco, que FET y de las JONS quedaban sometidas al poder y la autoridad militar del Generalísimo.⁸⁹ Hedilla habría podido darse cuenta de que Franco pretendía que la Falange quedara en una posición completamente subordinada si hubiera sabido que el 22 de abril el Cuartel General había entregado al cardenal Gomá una versión totalmente falsa de los acontecimientos recientes. El primado fue informado de que se había acelerado la unificación para poner fin a los desmanes que habían estallado el 16 de abril. La omisión de toda mención del modo en que la violencia de Salamanca se había orquestado desde el Cuartel General sugería que Hedilla tenía los días contados.⁹⁰

Del cuartel general de Franco salieron instrucciones que prohibían la propaganda partidista en nombre de la Falange o de los carlistas,

ordenando a las secciones locales de ambos partidos que orientaran su propaganda «hacia la integración del Movimiento y la exaltación del Caudillo».⁹¹ Corrieron rumores de que los falangistas y carlistas extremistas, indignados, tenían intención de retirar a los voluntarios del frente. Franco estaba decidido a socavar los planes de Hedilla de ser el jefe *de facto* e impedir que cristalizara en torno a él una oposición contra la unificación forzosa. Por consiguiente, incumplió su promesa de conceder a Hedilla el cargo de secretario general de la Junta Política de la FET y de las JONS, tratando, por el contrario, de neutralizarle arteralmente el 22 de abril mediante el recurso de ofrecerle públicamente un puesto como un miembro más de la nueva Junta Política.

No hubo discusión puesto que Franco no le ofreció a Hedilla el puesto en entrevista directa. El 23 de abril, Hedilla se enteró por la prensa de la composición de la Junta Política unificada. Los restantes integrantes eran los elementos más dóciles de la Falange y del carlismo, todos más leales a Franco que a ninguna ideología política. Hasta el obtuso Hedilla debió de alertarse ante lo que estaba ocurriendo con la inclusión del insignificante López Bassa, como recompensa a los servicios prestados a Franco durante el proceso de unificación.⁹² Era una trampa sin salida. Si Hedilla aceptaba la inclusión en dicho grupo se condenaba a sí mismo a la impotencia, como mero elemento decorativo del entorno de Franco. También se ganaría la hostilidad de otros falangistas importantes como Pilar Primo de Rivera, Aznar y el influyente intelectual Dionisio Ridruejo, que le instaron a que no aceptara. Por otro lado, si se negaba, era segura la enemistad del Caudillo.⁹³

Tras leer su nombramiento en los diarios, Hedilla no hizo nada; más tarde recibió las visitas de Barroso, Millán Astray, López Bassa y otros emisarios del Cuartel General. Cuando Hedilla se negó a incorporarse a la Junta Política, indicó claramente su oposición a la unificación en las condiciones de Franco. El Cuartel General reaccionó en consecuencia. Existen muchas dudas sobre lo que sucedió después. En la medida en que es posible desentrañar las versiones totalmente partidistas de ambos bandos, parece ser que, indignado por el incumplimiento de las promesas de Franco y confiando en su recién confirmada jefatura de la Falange, Hedilla intentó movilizar sus mermadas fuerzas contra el Caudillo a través de emisarios enviados a las provincias. Uno de sus partidarios escribió más tarde: «Jugamos un poco a ciegas y perdimos».⁹⁴ Franco aseguró a Faupel que Hedilla había enviado telegramas a los jefes provinciales dándoles instrucciones de que obedecieran órdenes del Cuartel General sólo si llegaban a través de él. Franco convenció pronto a Faupel de que «Hedilla estaba muy comprometido».⁹⁵ Es imposible asegurar si las acciones de Hedilla constituían realmente una amenaza seria para Franco.^{*96}

Lo cierto es que Franco prefirió considerar la negativa de Hedilla a unirse a la nueva Junta Política y sus consiguientes medidas como actos de indisciplina militar. A las siete de la tarde del 25 de abril de 1937, Hedilla fue arrestado por un fiel sabueso de Franco, el cruel comandante Doval, que llegó con dos furgones de la Guardia Civil. Su juicio tendría lugar el 29 de mayo de 1937. Mientras tanto, se confió una investigación a Doval, cuyos interrogadores acusaron a Hedilla de ser responsable de los sucesos del 16 de abril. El hecho de que en buena medida había actuado aconsejado por el Cuartel General se olvidó por completo. También se le acusó de tener contactos con la zona republicana y planear el asesinato de Franco. La fábrica de rumores del Cuartel General se aseguró de que estas acusaciones se difundieran por todas partes. Se olvidó también el hecho de que Pilar Primo de Rivera y Aznar habían denunciado a Hedilla por franquista, así como el abrazo en el balcón del palacio episcopal del 19 de abril. Durante el juicio, los cargos presentados en su contra recordaban, por sus contradicciones, a las purgas estalinistas.⁹⁷ El instinto de Franco como comandante militar hacía inevitable que no tolerase la clase de desavenencias internas que debilitarían fatalmente a sus enemigos republicanos. Hedilla fue sentenciado a muerte por el crimen, real o imaginario, de rebelión militar, junto con Daniel López Puertas, que había matado a Peral, y dos individuos más. Sancho Dávila y Rafael Garcerán fueron absueltos.⁹⁸

Hacia el arresto y la sentencia de Hedilla, Franco conservó su distancia habitual. Cuando Dionisio Ridruejo protestó ante Franco por la detención de Hedilla, el Caudillo fingió sorpresa: «Ah, pero ¿han detenido a Hedilla? Aún no me lo han comunicado. He dado la orden a los servicios de información de que investiguen sobre los sucesos de estos días y obren en consecuencia. Sin duda han encontrado algo contra él». Ridruejo expresó su indignación porque el jefe de la Falange fuera arrestado sin más por el hombre que le sucedía en la organización. Para asombro de Ridruejo, Franco escuchó con paciencia, aunque bastante nervioso, mordiéndose los labios y evitando mirarle directamente a los ojos. Sólo más tarde descubrió Ridruejo que durante la entrevista, en la que él pensaba que estaban a solas, Franco había apostado a los hombres armados detrás de un tapiz que colgaba de una de las paredes de su despacho. Parece ser que ésa era su práctica habitual.⁹⁹

Cuando Pilar Primo de Rivera visitó a doña Carmen para pedirle que intercediera ante Franco, ésta respondió: «No hace falta; estando aquí Ramón [Serrano Súñer] los falangistas tienen un defensor bien seguro».¹⁰⁰ Serrano Súñer expresó a Franco su desacuerdo con las sentencias de muerte y éste le contestó: «Simplemente no puedo tolerar ninguna agitación en la retaguardia». Para Franco se trataba de una mera cuestión de disciplina militar. Le dijo a Faupel que «estaba decidido, pues estaba librando una guerra, a cortar de cuajo cualquier acción dirigida contra él y su gobierno, fusilando a las facciones culpables».¹⁰¹ Faupel le dijo a Franco que «el fusilamiento de Hedilla, único representante auténtico de los trabajadores, causaría una mala impresión».¹⁰² Franco permaneció inmovible cuando le visitó la llorosa madre de Hedilla con una carta en la que su hijo declaraba que preferiría morir antes que traicionar al Caudillo. Recibió con la misma frialdad una súplica del cardenal Gomá.¹⁰³ A la postre, Serrano Súñer le convenció de que las ejecuciones de Hedilla y sus compañeros rebeldes dañarían al régimen. Franco cedió de mala gana, diciendo: «Bueno, pero ya verás cómo las debilidades nos saldrán a la cara».¹⁰⁴ Nicolás Franco le dijo a un oficial italiano, probablemente Danzi, que Hedilla no había sido fusilado «para no hacer un mártir de un don nadie».¹⁰⁵

Después de que Franco le conmutara la sentencia el 19 de julio, Hedilla pasó otros cuatro años recluso en cárceles franquistas bajo

severas condiciones, aunque no tanto como las que sufrieron algunos de sus seguidores. Nunca volvió a tener presencia política alguna en la España de Franco, aunque se ha dicho que vivió bien disfrutando de algunas prebendas menores de la corrupción del régimen.¹⁰⁶ Cuando la madre de Hedilla imploró a Franco que lo liberara, él le dijo que su hijo era «una víctima inocente», aunque no le perdonó hasta mayo de 1947.¹⁰⁷ Las sentencias de muerte de Hedilla y tres de sus camaradas, junto con largas penas de cárcel para otros, acabaron eficazmente con la débil resistencia a la ambición de Franco de convertirse en autoridad absoluta de la zona nacional. El grueso de los carlistas estaba furioso, pero, en aras del esfuerzo bélico, silenció su rabia. La mayoría de los falangistas que en un principio se habían opuesto a la unificación, más maleables que Hedilla, fueron fácilmente sobornados. Pilar Primo de Rivera, un gran trofeo desde el punto de vista de Franco, se unió al bando franquista como jefa de la Sección Femenina de FET y de las JONS, y Agustín Aznar, otro trofeo «legitimista», pasó a ser asesor de las milicias.¹⁰⁸ Galcerán también se unió a la corte de aduladores de Franco.¹⁰⁹

Las bases de la zona nacional recibieron con agrado la unificación como medio para poner fin a la fricción entre los diversos grupos. Franco le dijo a Faupel que había recibido seis mil telegramas en apoyo de su acción.¹¹⁰ Sin embargo, como el nuevo partido era ahora la única formación política permitida, la independencia del movimiento fascista español llegó a su fin. Se había castrado a la Falange.¹¹¹ Los potenciales jefes falangistas aprendieron la lección, como demostró la docilidad de Raimundo Fernández Cuesta, que pronto llegaría a Salamanca gracias a un canje de prisioneros ideado por Prieto, con la vana esperanza de que se convirtiera en una espina clavada en el bando de Franco. Aún más flagrante fue el caso de José Luis de Arrese, que fue arrestado por hedillista, luego liberado y favorecido por Serrano Súñer, para convertirse después en el adulador más rendido que jamás tuvo Franco. La elección era meridiana: lealtad a Franco y acceso a los privilegios del poder u oposición a Franco y pérdida de la posición, cárcel y tal vez ejecución. El Movimiento, como se conocía al nuevo partido único, apenas tenía autonomía política. Obligados a aceptar a Franco como nuevo jefe, los falangistas vieron cómo la Iglesia usurpaba su papel ideológico, a su partido convertido en un aparato para la distribución de prebendas y su «revolución» indefinidamente pospuesta.

Aunque Franco había adquirido un poder político equiparable al militar, Serrano Súñer asumió las tareas cotidianas, dejando a su cuñado libertad para concentrarse en la guerra. Muchos de los primeros decretos y la elección de cargos reflejaban la influencia de Serrano Súñer. La relación personal entre las dos familias, la participación de Serrano Súñer en la preparación del alzamiento y su dedicación fanática y ascética a la causa nacional contribuyeron a la confianza que Franco depositó en él.¹¹² También había un elemento de astucia en este proceder mediante el cual Franco dejó que Serrano Súñer fuera el pararrayos en el que incidían los conflictos ideológicos de las fuerzas nacionales. Durante lo que quedaba de Guerra Civil, quedó a Serrano Súñer la labor de domesticar a la Falange, y después de la guerra cargaría con el peso de la lucha interna de poder entre el ejército y la Falange. En ambas empresas, Franco sería el ganador y Serrano Súñer el perdedor.

La unificación confirmó la decisión de Franco de eliminar a todo rival político. No fue una tarea difícil. Calvo Sotelo estaba muerto. Su sucesor, el anodino Antonio Goicoechea, y otros líderes de Renovación Española aceptaron sumisamente el decreto de unificación y disolvieron su partido.¹¹³ A Gil Robles, objeto de críticas por haber retrasado la guerra inevitable contra una democracia corrupta, no le sirvió de nada aceptar la unificación en una larga y obsequiosa carta que envió a Franco con fecha del 22 de abril de 1937.¹¹⁴ Si esperaba que le invitaran a volver a España, se equivocaba.¹¹⁵

Con Fal Conde también marginado, el movimiento carlista recibió la unificación con demostraciones de aparente alegría, delirantes artículos en la prensa y sacas enteras de cartas y telegramas de felicitación a Franco. Hubo quienes expresaron su pesar y, si lo hicieron con el respeto necesario, sus recelos desaparecerían cuando les concedieron importantes cargos en la nueva organización. Fal Conde fue gradualmente eliminado de las altas esferas del partido unificado.¹¹⁶ La escasa simpatía que Franco sentía en privado por José Antonio Primo de Rivera no impidió la identificación entre ambos públicamente. La creación del mito de Franco como sucesor natural de José Antonio fue sólo uno de los muchos mitos que se crearon en torno a él, esencial para conseguir la lealtad de cientos de miles de falangistas y para facilitar la ayuda continuada de las potencias del Eje.

Resulta paradójico que el afianzamiento de la posición de Franco como jefe indiscutible de un partido único fascista hiciera peligrar ligeramente su relación con la Iglesia católica. La relación del Vaticano con el fascismo y el nazismo era incómoda. Por ese motivo, Franco empezó a hacer gala de anticlericalismo delante de los nazis y a restar importancia a sus simpatías fascistas delante de la Iglesia. El mito de Franco como cruzado católico fue hinchado junto con el mito de Franco como jefe falangista. Tanto en la esfera nacional como en la internacional, la legitimación de la causa franquista que proporcionaba la Iglesia católica era demasiado valiosa para arriesgarse a perderla. No obstante, existían suficientes puntos comunes entre Franco y la Iglesia —la hostilidad al racionalismo, la masonería, el liberalismo, el socialismo y el comunismo— para garantizar que la Iglesia aceptara gustosa buena parte de la retórica política de la zona nacional.

Las dificultades en la relación entre el fascismo y la Iglesia ya se habían hecho manifiestas. El 14 de marzo de 1937, justo dos semanas después de lanzar la ofensiva vasca, el Vaticano había publicado la encíclica *Mit brennender Sorge*, criticando el racismo hitleriano. Cinco días después siguió *Divini Redemptoris*, condenando el comunismo. Puesto que las unidades alemanas desempeñaban una función vital en la guerra contra la parte más católica de España, el País Vasco, Franco se preocupó de que no se diera publicidad a la primera de las dos encíclicas. Un manto de silencio descendió sobre *Mit brennender Sorge* en la España nacional. Cuando el Vaticano preguntó al cardenal Gomá sobre la reacción española, respondió que no había referencias a dicha encíclica en la prensa y que temía que la política de los

nacionales estuviera tomando un cariz hitleriano. Gomá solicitó copias del original alemán, lo hizo traducir al español y lo distribuyó por las diócesis de la España nacional. Sin embargo, tras enterarse de la hostilidad del Cuartel General hacia la encíclica, creyó prudente informar a los obispos de que no dieran publicidad al texto. El 23 de mayo Franco le dijo a Faupel que había dado instrucciones al cardenal arzobispo de Toledo para que silenciara la encíclica. De hecho, tras consultarlo con Pla y Deniel, Gomá decidió no arriesgarse a un enfrentamiento con Franco. Cuando Gomá se quejó a Franco de que Radio Salamanca y la prensa nacional hubieran publicado los ataques alemanes a la encíclica, Franco simplemente negó cualquier conocimiento del asunto.¹¹⁷

Después de la destrucción de Guernica, cuando muchos católicos empezaron a cuestionarse la santidad de la causa franquista, Gomá prestó al Caudillo otro servicio inestimable. El 10 de mayo se reunieron ambos en Burgos a petición de Franco. En el transcurso de una entrevista de dos horas, Franco se mostró ansioso de asegurar al primado que asumir la jefatura de un partido fascista no significaba que las ideas nazis mermaran de ningún modo su compromiso con la inculcación de valores católicos a la nueva España. Éste fue el preludio necesario para dos solicitudes del Caudillo. Pidió a Gomá en primer lugar que convenciera a otros obispos de que fueran a Roma y emplearan su influencia para acelerar el reconocimiento de su régimen por parte del Vaticano. Gomá indicó lo impracticable de esta idea y aseguró a Franco que el Vaticano ya estaba bien informado de la situación española. La segunda petición fue que el primado escribiera una carta episcopal para «disipar la falsa información en el extranjero», con lo que se refería a las noticias sobre el bombardeo de Guernica. Habiendo dividido el tema vasco a la opinión católica del mundo e incluso, según afirmó Franco, habiendo tenido «consecuencias negativas en sus relaciones con algunas cancillerías europeas», deseaba que la opinión católica de los países democráticos se uniera contra cualquier posible ayuda a la República.

De hecho, el cardenal Pacelli, secretario de Estado del Vaticano, ya había escrito a Gomá el 10 de febrero de 1937 sugiriéndole que hiciera alguna declaración pública sobre la cooperación de los católicos vascos con los comunistas. A principios de mayo, tras consultar con los demás miembros de la jerarquía que se mostraron entusiastas de la idea, el cardenal Gomá había empezado a hacer una síntesis de los diversos borradores que había solicitado a los obispos españoles. Ahora, en respuesta a la petición de Franco y después de consultarlo con los demás obispos, Gomá redactó la carta colectiva «A los obispos de todo el mundo», que se publicó el 1 de julio de 1937.¹¹⁸ El texto legitimaba la rebelión militar y defendía al Estado nacional frente a la acusación de estatismo fascista.¹¹⁹ La firmaron dos cardenales, seis arzobispos, treinta y cinco obispos y cinco vicarios generales. No lo firmó el cardenal Francesc Vidal i Barraquer, arzobispo de Tarragona, ni monseñor Mateo Múgica, obispo de Vitoria, ambos muy preocupados por las posibles consecuencias que pudiera tener para los católicos de la zona republicana.¹²⁰ La carta hizo a la causa franquista un bien incalculable. Por el contrario, las dudas del Vaticano a la hora de conceder reconocimiento pleno a la España nacional, provocaron la irritación de Franco.¹²¹ Paradójicamente, mientras las relaciones con el Vaticano se normalizaban, tras haber sido enviado monseñor Ildebrando Antoniutti como encargado de negocios pontificio en octubre de 1937, Franco se resintió de la autoridad del Vaticano para nombrar obispos como si fuera un desafío a la suya, habiéndole molestado que el Vaticano no le concediera los mismos privilegios en este sentido que tenían los reyes de España.¹²²

El hecho de que Franco pensara en tales términos es un indicio de que su autopercepción era cada vez más megalómana, avivada por una constante adulación. Era el Generalísimo de todos los ejércitos, jefe del Estado, jefe del gobierno y jefe nacional de la Falange. Los demás generales acaso seguían creyendo que su posición era provisional, pero no Franco. Ya había dado muestras de que se consideraba un regente vitalicio. La unificación fue un hito importante en el cambio de concepto sobre su propia posición. Una maquinaria de adulación popular le hizo más fácil contemplar la idea de permanecer en el cargo después de la guerra. En el fondo quizá tuviera intención de restaurar la Monarquía con el tiempo, pero era una perspectiva lejana. Como pronto revelarían sus discursos, Franco creía que la decadencia de la Monarquía española había empezado después de Felipe II. Viéndose como un gran héroe al estilo de los santos reyes guerreros del pasado, creía que podía devolver a la Monarquía su grandeza del siglo XVI, pero sólo después de una prolija labor para erradicar el veneno de tres siglos desperdiciados. Esta visión era la prolongación natural de la retórica de la cruzada y el apoyo de la Iglesia. No deja de ser irónico que sus pretensiones monárquicas le condujeran a un conflicto potencial con la jerarquía eclesiástica. Por el momento, no obstante, con el mando firmemente instaurado sobre su propia zona, el principal obstáculo a sus ambiciones seguía siendo la República. Concluida la unificación, volvió a la tarea de la aniquilación.

La guerra de aniquilación, mayo de 1937-enero de 1938

A Franco aún le quedaban batallas que ganar contra la República, pero había ganado la guerra política dentro de la zona nacional. La fecha del 18 de julio fue proclamada fiesta nacional. Se instituyó un calendario franquista, vigente desde el 18 de julio de 1937, Segundo Año Triunfal. A sugerencia del fanático sacerdote falangista navarro, Fermín Yzardiaga, uno de los más desmesurados aduladores y parásitos que rodeaban a Franco, el 1 de octubre, «Día del Caudillo», también fue proclamado fiesta nacional.¹ La acumulación de poderes militares y políticos en Franco le proporcionó un control efectivo sobre todos los aspectos de la vida pública. Sólo escapaban a éste las áreas de jurisdicción de la Iglesia y Franco se esforzó también, dentro de un contexto de religiosidad externa reverente, por someter a la Iglesia a su voluntad política. Por lo demás, sus poderes eran comparables a los de Hitler y mayores que los de Mussolini.

Durante casi cuarenta años, emplearía estos poderes con destreza consumada, eliminando con decisión a sus enemigos pero conservando la lealtad de los integrantes de la coalición nacional con astucia y con una percepción de la debilidad humana digna de un hombre que se había hecho políticamente entre las tribus de Marruecos. Su capacidad para calibrar casi al instante o la debilidad o el precio de un hombre, permitió a Franco saber a ciencia cierta cuándo un posible adversario podía convertirse en un colaborador gracias a un favor o incluso la promesa del mismo: un ministerio, una embajada, un prestigioso destino militar, un empleo en una empresa estatal, una condecoración, una licencia de importación o simplemente una caja de puros.² A las pocas semanas del decreto de unificación, proliferó una enorme y bien remunerada burocracia de partido en irónica contradicción con la sempiterna retórica de una cruzada austera. Muchos de los antiguos partidarios de Gil Robles y Lerroux vieron la oportunidad y se incorporaron al sistema, borrando el pecado original de su participación en la República mediante una vociferante lealtad al Caudillo.³

En términos militares, Franco confiaba en la victoria definitiva, aunque con una previsión de años en lugar de meses. A sus aliados les costaba comprender su planteamiento a largo plazo de los beneficios políticos de una guerra de desgaste. Como consecuencia de la consternación internacional ante la duración de la guerra en España, empezaron a escucharse sugerencias sobre un acuerdo negociado. Para exasperación de Franco, en la primavera y a principios del verano de 1937 se presentaron varias propuestas para un acuerdo de paz entre los vascos y los nacionales, incluidas una del Vaticano y otra de la Italia fascista. No obstante, dada la enorme riqueza industrial del País Vasco y el hecho de que gran parte de su población era profundamente católica, Franco, deseoso de parecer razonable ante la opinión mundial después de Guernica, consideró las propuestas como medio para acelerar la rendición de una ciudad intacta, Bilbao. El 7 de mayo, en respuesta a las sugerencias italianas, Franco acordó con Mola que se ofreciera a los vascos, a cambio de su rendición inmediata, la preservación de su ciudad, controles estrictos sobre el comportamiento de las tropas de ocupación, la evacuación de los dirigentes políticos, no tomar represalias contra las tropas vascas e incluso una consideración fiscal especial para el País Vasco. Sin embargo, en el corto período en que Franco estuvo dispuesto a ofrecer estas condiciones, a los mediadores les resultó imposible transmitir las a los vascos. Una vez sus tropas volvieron a avanzar sobre Bilbao, Franco se negó a mantener las condiciones propuestas.⁴ Después de Guernica, las fuerzas vascas se habían reorganizado y los ochenta kilómetros que separan Guernica de Bilbao fueron defendidos palmo a palmo. Hasta finales de mayo no consiguieron las tropas de Mola cercar Bilbao.

El 7 de mayo, mientras preparaba su salida hacia Londres en visita oficial para representar a la República en la coronación de Jorge VI, Manuel Azaña encargó al socialista Julián Besteiro que solicitara la mediación de Anthony Eden, secretario del Foreign Office. Eden recibió a Besteiro la tarde del 11 de mayo.⁵ A consecuencia de esta gestión privada, los embajadores ingleses en Italia, Alemania, Portugal, Francia y la Unión Soviética pidieron cooperación internacional para conseguir la retirada de voluntarios extranjeros de España.⁶ Al final, la iniciativa no fructificó, dada la determinación de Italia y Alemania de que no prosperara y la falta de un esfuerzo enérgico por parte anglofrancesa a favor de una paz impuesta. En cualquier caso, la reacción de Franco fue violentamente hostil. Como había dejado claro a Cantalupo hacía apenas seis semanas, para él la victoria significaba la aniquilación de un número elevado de republicanos, y la humillación total y el terror de la población superviviente. Nada había hecho cambiar la opinión del Generalísimo de que cualquier mediación en esta etapa beneficiaría a la República. Un compromiso de paz seguido de unas elecciones habría permitido que una cantidad considerable de población expresara sus deseos. El 22 de mayo habló con Faupel y rechazó la propuesta de Eden, declarando que él «y todos los nacionales españoles preferiríamos morir antes que permitir que el destino de España estuviera otra vez en manos de un gobierno rojo o demócrata».⁷

El Vaticano también intentó mediar. El 21 de mayo de 1937, el cardenal Gomá fue a Lourdes para reunirse con monseñor Giuseppe Pizzardo, secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Especiales. Monseñor Pizzardo quería que sondeara a Franco sobre la posibilidad de una iniciativa de paz en la Guerra Civil. Gomá reaccionó como ya había hecho Franco, respondiendo que semejante iniciativa simplemente ayudaría a la República. Franco le dijo a Gomá que la distancia entre los dos bandos impedía cualquier paz negociada, y que sólo aceptaría la rendición incondicional de los republicanos. Cuando Gomá le transmitió las reservas del Vaticano sobre la ferocidad

de la represión de los nacionales y la sugerencia de que la guerra tenía su origen en la desigualdad social, Franco rechazó ambas cosas. Dijo que nada cambiaría con respecto a la represión, pues nadie era condenado más que por la justicia militar y negó que la guerra tuviera nada que ver con la distribución injusta de la riqueza.⁸

Al rechazar la perspectiva de un compromiso e inclinarse por la guerra a muerte, Franco asumía despiadadamente una temible responsabilidad. Era evidente que por entonces consideraba que su autoridad era ilimitada. En la medida en que existía alguien capaz de desafiar su autoridad, ése era Mola. Aunque Mola había aceptado fielmente el nombramiento de Franco como Generalísimo, Franco nunca pudo perdonarle del todo su preeminencia en los primeros días del alzamiento. En la mente incesantemente suspicaz del Caudillo, Mola siempre había constituido una amenaza. Incluso antes de 1936, cuando eran amigos, como viejos africanistas y compañeros de armas, en privado Franco hablaba de él con desprecio, como de casi todos sus coetáneos: «Es un majadero». ⁹ Al igual que Vigón, su jefe de Estado Mayor, Mola había comprendido de inmediato la imposibilidad de conquistar Madrid y era partidario de seguir la guerra en otros frentes. A medida que la guerra avanzaba, el temerario (por no decir el pirómano) Mola, estaba impaciente por concluir la guerra en el norte mediante el uso sin restricciones de bombardeos sobre la población civil y la destrucción de la industria vasca. Le desesperaba la obsesión de Franco por Madrid y su empeño en una lenta guerra de desgaste.

Además, en parte debido a su falta de interés en una pronta conclusión de la guerra y en parte para recalcar la subordinación de Mola, Franco puso multitud de pequeñas trabas al desarrollo de la campaña del norte. Sobre todo, había obstaculizado el libre uso de la aviación por parte de Mola y retirado tropas del frente para reforzar posiciones en torno a Madrid. Sin embargo, las principales diferencias entre Mola y Franco eran políticas. Inmediatamente antes de que empezara la guerra, Mola había redactado un documento que insinuaba cierta voluntad de mantener el régimen republicano, la posterior restauración del gobierno parlamentario, libertad religiosa y protección de los derechos de los trabajadores.¹⁰ Se sabía que el austero Mola desaprobaba la corrupción que Franco toleraba como método para controlar a sus subordinados. A comienzos del verano de 1937, en una visita al cuartel general de Franco, le dijo a éste que se alegraba de su nombramiento como jefe del Estado, Generalísimo y jefe de «ese partido tuyo», pero que había que empezar a pensar en la retaguardia y la creación de un gobierno adecuado. La insinuación implícita era que aspiraba a desempeñar alguna función política importante. Desde antes de la unificación, a Franco le habían molestado los rumores de que él se concentraría en la jefatura militar y dejaría a Mola formar gobierno. Ahora Franco y Serrano Súñer suponían que la próxima visita de Mola a principios de junio sería un ultimátum en regla.¹¹

El 3 de junio de 1937, Mola partió de Pamplona hacia Vitoria y de allí a Burgos. En la provincia de Burgos, entre los pueblos de Castil de Peones y Alcocero, su avión se estrelló ^{*} y no hubo supervivientes.¹² Hubo entonces insistentes rumores de que el choque no había sido un accidente sino consecuencia de un sabotaje. Es también posible, aunque poco probable, que el aparato fuera abatido por error por un caza nacional, puesto que Mola volaba en un Airspeed Envoy con distintivos británicos, similar a los aviones empleados para transportar suministros a la República desde Francia. Un desertor republicano lo había pilotado desde Madrid a Pamplona y Mola lo había requisado. Asimismo, como afirmaba la versión oficial, el aparato pudo simplemente estrellarse contra un cerro en la espesa niebla.¹³

Cuando llegaron las noticias al cuartel general de Franco, sus subordinados quedaron consternados y con gran temor a comunicarle la noticia. Al final, decidieron confiar la labor al almirante Cervera, jefe del Estado Mayor de la Marina. Embargado por la emoción, Cervera se andaba con tantos rodeos que Franco, cada vez más impaciente, empezó a irritarse. «¡Dígame de una vez!», ordenó el Generalísimo; y el almirante le dio las noticias. El Caudillo no pareció muy afectado: «Vaya, así que no es más que eso. Temía que me iba a decir que habían hundido el *Canarias*». ¹⁴ El embajador alemán, Wilhelm Faupel, informó de la frialdad con la que Franco había recibido la noticia: «El Generalísimo indudablemente se siente aliviado por la muerte del general Mola. Hace poco me dijo: “Mola era un cabezota y cuando le daba órdenes que diferían de sus propósitos solía preguntarme: ¿ya no confías en mí?”». ¹⁵ Sangroniz dejó claro que Franco y su equipo más cercano no consideraban la muerte de Mola como una pérdida. Le dijo a Vegas Latapié: «Al fin y al cabo, no es para tanto... Un general que muere en el frente... Bueno, pues casi es normal». Sangroniz hablaba y actuaba al dictado de Franco. ¹⁶ Sin embargo, el cardenal Gomá lamentó el fallecimiento de Mola, porque le parecía que se habría resistido más que Franco a las influencias nazi y fascista.¹⁷

Franco asistió al funeral de Mola y no demostró el menor atisbo de emoción. Mientras bajaban el cadáver por la escalera del cuartel general de la división, el Generalísimo levantó enérgicamente su brazo derecho a modo de saludo fascista. En los últimos meses había engordado y la sisa del uniforme se le reventó, ante la contenida hilaridad de algunos de los observadores.¹⁸ Años más tarde, Hitler comentó: «La verdadera tragedia para España fue la muerte de Mola; ahí estaba el auténtico cerebro, el verdadero líder. Franco llegó a la cima como Poncio Pilatos al Credo». ¹⁹ Los documentos privados de Mola fueron confiscados, y su importancia fue insistentemente subestimada por el aparato de propaganda nacional y la posterior historiografía franquista. El 3 de junio de 1939, Franco inauguró un monumento en memoria de Mola en uno de los montes que rodean Alcocero. A partir de entonces Mola fue olvidado y la maleza pronto cubrió el camino al monumento.²⁰ El 17 de julio de 1948, Franco concedería a Mola el título póstumo de duque; un gesto fácil. Tendría que tolerar el culto a la memoria de José Antonio Primo de Rivera para conseguir la lealtad de las masas falangistas, pero cultivar la memoria de Mola no le reportaría semejantes beneficios, y habría supuesto un humillante recordatorio de que había sido él quien había inspirado y planeado el alzamiento. Una consecuencia de la muerte de Mola fue que, para alivio de su Estado Mayor, Franco dejó de viajar en avión y empezó a visitar el frente en coche.²¹

El 11 de junio, al mando del general Fidel Dávila Arrondo, el ejército del Norte reanudó su marcha hacia Bilbao. El diminuto Dávila era

legamente fiel a Franco y no tomaba ninguna decisión sin consultar al Generalísimo. Dávila fue jefe de la Junta Técnica del Estado en Burgos por el general monárquico Francisco Gómez Jordana, conde de Jordana. Sin Mola y con menos ocupaciones políticas y diplomáticas que en los meses anteriores, Franco empezó a interesarse más de cerca en los progresos del frente, que visitaba con más frecuencia que antes. Su Estado Mayor continuaba dirigido por el general Francisco Martín Moreno, que despachaba todos los asuntos rutinarios, pero Franco mantenía las conversaciones tácticas de carácter inmediato con el coronel Barroso y el general Kindelán.²²

Precedidas por intensos bombardeos de artillería y aviación tanto de la Legión Cóndor como de la Aviazione Legionaria, las fuerzas nacionales avanzaron con rapidez, estrechando en muy poco tiempo el cerco a Bilbao. El 12 de junio, provistas de los planos del «cinturón de hierro» de la ciudad que un desertor había facilitado, las fuerzas del coronel Juan Bautista Sánchez abrieron una brecha en su punto más débil. Los temores nacionales de que se repitiera la situación del asedio a Madrid no se materializaron en gran medida gracias a los bombardeos de Durango y Guernica y a las muy repetidas amenazas de Mola. Creyéndose abandonados a su suerte por el gobierno central, la moral de los mal pertrechados vascos, se hundió.²³ El ejército vasco se retiró y los nacionales entraron en Bilbao el 19 de junio casi sin resistencia, porque las autoridades no querían arriesgarse a sufrir el mismo destino que Guernica. Las fábricas de armamentos y explosivos, altos hornos, los astilleros y las industrias pesadas quedaron intactas.²⁴ Franco ordenó que sólo entrase en la ciudad un pequeño número de tropas, para evitar la perjudicial publicidad de una posible matanza como las de Badajoz y Málaga.²⁵ No obstante, en los meses siguientes, aunque no se repitieron las atrocidades del sur, casi mil vascos fueron ejecutados y otros dieciséis mil encarcelados como castigo a sus ambiciones nacionalistas. Seis meses más tarde, aún se perpetraban numerosas ejecuciones.²⁶ Dada la riqueza mineral del País Vasco, los expertos en economía alemanes se alegraron de la captura del norte.²⁷ Sin embargo, Faupel fue muy cáustico a propósito de la dirección militar de Franco, comentando a Berlín que en la campaña se había tardado casi tres meses en recorrer cuarenta kilómetros.²⁸

Las manifestaciones de gratitud de Franco a la Legión Cóndor revelaban claramente su satisfacción por el curso que habían seguido los acontecimientos en el norte. Envío a Hitler el siguiente telegrama:

EN EL MOMENTO EN QUE LAS TROPAS NACIONALES DESFILAN VICTORIOSAS POR BILBAO, LE ENVÍO FERVIENTES SALUDOS EN MI NOMBRE Y EN EL DE MI EJÉRCITO COMO RESPUESTA A LA CONFIANZA QUE HAN DEMOSTRADO EN NOSOTROS EL MAGNÍFICO PUEBLO ALEMÁN Y SU FÜHRER.²⁹

Aún más significativa es una carta que escribió al general Sperrle después de la caída de Bilbao:

Al concluir la parte de la operación coronada con la captura de Bilbao y la ocupación de casi toda la provincia de Vizcaya, durante la cual la aviación bajo su mando participó de forma tan eficaz y espléndida, quisiera aprovechar la ocasión para felicitar y dar las gracias a Su Excelencia y pedirle en particular que transmita mi sincero agradecimiento por tan espléndido trabajo al teniente coronel Von Richthofen, que ha actuado con tanta destreza.³⁰

Después de la caída de Bilbao, la campaña nacional en esa región encontró pocos obstáculos. Sin embargo, a Kindelán le inquietaba que Franco no aprovechara la oportunidad para una rápida ocupación de todo el norte.^{*} También Faupel se quejó de que el posterior reagrupamiento de fuerzas se hiciera con desesperante lentitud.³¹ Transcurrieron tres semanas antes de que estuviera preparada la siguiente etapa del avance nacional a través de Vizcaya y Santander, que se inició el 9 de julio.³² Previendo una gran victoria, Franco trasladó su Cuartel General del palacio episcopal de Salamanca al aristocrático palacio Muguero de Burgos. Allí permanecería durante dos años, hasta unos meses después de su victoria definitiva sobre la República.

La demora de Franco permitió a la República intentar detener lo que parecía un proceso inexorable de pérdida gradual de territorio. Al alba del 6 de julio, se lanzó una ofensiva republicana sobre el pueblo de Brunete, situado en un paisaje árido, unos veinticuatro kilómetros al oeste de Madrid. El ataque había sido bien planeado y concienzudamente preparado por el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor republicano. La mañana del 6 de julio, el Generalísimo y su ayudante de campo, Pacón Franco Salgado-Araujo, acababan de entrar en el coche para dirigirse a Vizcaya a supervisar la nueva ofensiva en el norte cuando los detuvo el comandante Carmelo Medrano con las noticias de lo sucedido en Brunete.³³ El ataque de Rojo cogió por sorpresa a los sitiadores de la capital y a punto estuvo de dejarlos aislados.

En el punto más débil de las líneas nacionales del centro, entre los cuerpos de ejército de Yagüe y de Varela, un ejército republicano de más de ochenta mil hombres rompía el cerco y avanzaba doce kilómetros. La respuesta inmediata de Franco fue decir a Barroso: «Me han tirado abajo el frente de Madrid». Durante breves instantes perdió su serenidad imperturbable. Años más tarde, Barroso afirmó que fue el momento en que vio a Franco más preocupado de toda la guerra.³⁴ Sin embargo, a medida que avanzaban nuevas unidades, en medio de un calor sofocante, se revelaban las deficiencias de los oficiales subalternos republicanos. Cierta confusión siguió al ataque republicano que se quebró cuando los nacionales, a las órdenes de los coroneles Barrón, Asensio y Sáenz de Buruaga, mantuvieron sus posiciones y se reagruparon, ayudados por los refuerzos enviados por Yagüe. Como Rojo deseaba, Franco suspendió el ataque en el norte y envió a Madrid dos brigadas navarras, la Legión Cóndor y la Aviazione Legionaria, dando a Varela el mando supremo. A pesar de la relativa insignificancia de Brunete, Franco seguía tan decidido como siempre a no ceder ni un ápice de territorio capturado. Para él las implicaciones políticas significaban más que las consecuencias militares de un retraso en la campaña del norte. Con un coste humano desolador, estaba dispuesto a recalcar en la España republicana el mensaje de su invencibilidad.

Habiendo decidido introducir fuerzas considerables en el frente de Madrid, Franco vio que se le abría la posibilidad de un gran éxito a

medida que contenía el avance republicano. Los nacionales lograron superioridad aérea, ayudados por la introducción en Brunete del nuevo caza alemán, el BF 109.³⁵ Reforzado por las brigadas navarras bajo el mando de los coroneles Camilo Alonso Vega y Juan Bautista Sánchez, Varela pudo contraatacar el 18 de julio. Mientras la batalla se inclinaba del lado de los nacionales, gracias sobre todo al apoyo aéreo alemán, Franco se enfrentó a la decisión de si continuar el avance sobre Vizcaya como había planeado o mantener las tropas del norte para realizar otro intento serio de tomar Madrid. Según Kindelán, el Generalísimo vaciló al menos durante una semana. Vigón escribió una carta desesperada a Kindelán, señalando que responder al ataque republicano sólo significaría prolongar la guerra. La respuesta de Kindelán a Vigón el 13 de julio indicaba claramente que Franco creía que podía destruir buena parte del ejército republicano del frente de Madrid si invertía el esfuerzo suficiente. La carta de Kindelán demuestra que la decisión final fue exclusivamente de Franco: «él discurre los planes de operaciones sin que su E.M. ni los mandos subordinados influyan en sus decisiones».³⁶ Franco, por su parte, mostraba mayor interés en todos los pormenores de este frente del que había dedicado a la campaña vasca, que había dejado en manos de Sperrle, Richthofen, Mola y Vigón. Estableció un cuartel general provisional en la Dehesa del Rincón, en Villa del Prado, al sur de la carretera entre Madrid y Ávila. Una vez más visitaba el Cuartel General de Varela todos los días y discutía las operaciones cotidianas con él. La permanente e ilimitada confianza de Franco en sí mismo elevó la moral de sus hombres.³⁷

En medio de un calor sofocante y de un considerable caos, en que ambos bandos arrojaron bombas por error sobre sus propias tropas, el contraataque de Varela, respaldado por devastadores ataques aéreos y artilleros, hizo retroceder a las fuerzas republicanas a su punto de partida.³⁸ Fue uno de los combates más sangrientos de la guerra. Rojo comprendió que Franco estaba decidido a destruir tantas tropas republicanas como fuera posible en una guerra de desgaste.³⁹ Tras pagar el alto precio de unas pérdidas de más de veinte mil de sus mejores hombres y de abundante y valioso equipo, poco logró en Brunete la debilitada República, excepto ganar un lapso para respirar, durante el cual se hizo algún esfuerzo insuficiente para reorganizar las fuerzas en el norte.⁴⁰ Al final, la caída de Santander se retrasó cinco semanas y la del resto del norte otros dos meses. La batalla concluyó el 25 de julio, el día de Santiago, patrón de España. Esto permitió a Franco declarar a su regreso a Salamanca: «el apóstol me ha dado la victoria el día de su fiesta».⁴¹ Varela era partidario de perseguir a los republicanos hasta Madrid pero Franco lo contuvo pues, para alivio de Vigón, prefirió que el avance nacional en el norte continuara hacia Santander y Asturias, diciendo a Varela de forma convincente que era necesario terminar la guerra en el norte antes de que llegaran las nieblas, las lluvias y las nieves del invierno. El ayudante de campo de Varela, Juan Ignacio Luca de Tena, creía que Franco no quería ver a Varela cubrirse de gloria.⁴² Una victoria en Madrid, probablemente habría hecho que la zona republicana del norte pareciera militarmente irrelevante. Parecía una vez más como si el Generalísimo temiera que la guerra concluyese con una repentina victoria nacional antes de que cada zona de España hubiera sido limpiada de izquierdistas y liberales.

En medio de la batalla de Brunete, Franco regresó a Salamanca para la celebración del primer año de su Movimiento. Según su primo, el propio Franco escribió por entero su discurso emitido por la radio. Esto da una idea de hasta qué extremo Franco había llegado a considerarse un personaje providencial, la encarnación misma del espíritu de la España tradicional. En el discurso alegó que su logro había sido salvar «la España imperial que engendró naciones y dio leyes al mundo».⁴³ Ese mismo día se publicó una entrevista concedida por el Caudillo al director del periódico monárquico *ABC*. En ella, anunciaba la inminente formación de su primer gobierno. Al preguntarle si sus preferencias a la grandeza histórica de España implicaban una restauración monárquica, respondió sinceramente pero con una ambigüedad magistral: «Sobre este tema, mis preferencias son conocidas de muy antiguo, pero ahora no cabe pensar más que en terminar la guerra; luego habrá que liquidarla; después construir el Estado sobre bases firmes... Entretanto yo no puedo ser un poder interino».

Al final de la entrevista Franco lanzó un elogio sorprendente y espontáneo a la aristocracia española: «Creo que pueden contarse con los dedos las familias de esta clase social que no tengan varios miembros en los frentes... Algunas gentes simplistas que encuentran ocasión de criticar a una señora de alcurnia porque la ven sentada en un bar elegante, no piensan que acaso ha llegado allí desde el hospital donde cuida a los heridos...». El señorito rico, añadió, antes denigrado con razón: «Si se le ve en el bar, suele tener el rostro curtido por el aire del campo de batalla y las manos ásperas de empuñar el fusil, cuando no se apoya en unas muletas o lleva un brazo en cabestrillo. Y hay que mirarlo con respeto».⁴⁴ No existen motivos para creer que esto fuera otra cosa que un reconocimiento sincero de la admiración que Franco sentía por la aristocracia española. Si hubo una razón política, sólo pudo ser la de confirmar a los lectores conservadores de *ABC* que su reciente nombramiento como jefe de un partido fascista no significaba que comulgase con su retórica igualitaria.

Las brigadas navarras volvieron al norte. Después de tres semanas de preparación, el 14 de agosto el general Fidel Dávila estaba preparado para empezar una gran operación de cerco a Santander. Dávila dirigía un ejército de sesenta mil hombres, bien pertrechados con armas y equipo italianos y respaldados por la Legión Cóndor y el Corpo di Truppe Volontarie al mando del general Ettore Bastico. Con espléndido clima veraniego, las fuerzas de Dávila disfrutaron prácticamente de un paseo. Disponían de amplio soporte aéreo y artillero y también de superioridad numérica, y barrieron con facilidad a las fatigadas y desorganizadas fuerzas republicanas. Al cabo de siete días el puerto de Santander quedó a merced de las tropas nacionales. Desde su cuartel general en el palacio Muguero de Burgos, Franco visitó el frente muchos días, acompañado por su Estado Mayor inmediato.* Dondequiera que establecían su Cuartel General provisional, éste recibía el nombre de *Terminus*.⁴⁵

Los italianos continuaban presionando a favor de una rendición negociada del ejército vasco, que se había retirado a la provincia de Santander. Sin duda pensando en las atrocidades de Málaga, el 6 de julio Mussolini escribió a Franco instándole a mostrar moderación, no

emprender represalias contra la población civil y permitir que los prisioneros de guerra quedaran bajo custodia italiana. El Duce argumentó que una rendición vasca socavaría toda la posición republicana en el norte y sería una gran victoria propagandística para Franco en el mundo católico. Al cabo de dos días el Caudillo respondió, aceptando a regañadientes las peticiones del Duce. Tenía sus reservas, pues no creía que los vascos se rindieran, ni que en ese caso su rendición fuera a debilitar la resistencia asturiana.⁴⁶ Las negociaciones se prolongaron casi dos meses, en los que los vascos trataron de ganar tiempo. Para asombro de los italianos, el 23 de julio Nicolás Franco reiteró la primera oferta de su hermano de no tomar represalias y facilitar la evacuación de los jefes políticos y militares si los vascos se rendían.⁴⁷

El 26 de agosto, ante el avance inexorable de las fuerzas nacionales, los vascos acordaron por fin rendirse a los italianos en Santoña, al oeste de Santander.⁴⁸ Cumpliendo el acuerdo, las personalidades políticas vascas embarcaron en dos buques británicos, el *Seven Seas Spray* y el *Bobie*, bajo protección italiana. El 27 de agosto, los buques de guerra nacionales bloquearon el puerto por orden de Franco, y Dávila ordenó a los italianos que desembarcaran a los refugiados, a lo cual se negaron, aunque aconsejaron a los vascos que bajaran a tierra. Durante cuatro días los italianos custodiaron a los prisioneros, pero el 31 de agosto Franco ordenó a Bastico que se los entregase. Bastico vaciló y, sólo después de que Barroso le asegurara que se respetarían las condiciones de la rendición, cedió a los cautivos el 4 de septiembre. De inmediato se iniciaron juicios sumarios y se dictaron cientos de sentencias de muerte. Los italianos quedaron horrorizados por la doblez y crueldad de Franco.

Bastico envió a Roatta a Salamanca para suplicar a Franco que cesaran las ejecuciones y permitiera a los dirigentes vascos abandonar el país. Roatta le recordó al Caudillo que los vascos se habían rendido después de que les ofrecieran ciertas condiciones y señaló que estaba en juego el honor italiano. El Generalísimo simplemente desoyó sus argumentos. Como siempre, no tuvo dificultad para distanciarse de lo que estaba ocurriendo, olvidando convenientemente la iniciativa de su hermano, que era sólo una estratagema para acelerar la rendición vasca y asegurar que se rindieran a Franco y no a los italianos. El Generalísimo se creía completamente libre de obligaciones morales, pues había dejado que fueran los italianos los que tramitaran los acuerdos con los vascos, y no había asumido ninguna responsabilidad pública por la iniciativa de Nicolás.⁴⁹ En cualquier caso, como los vascos no se rindieron hasta el último momento a pesar de participar poco activamente en la defensa de Santander, Franco consideraba que no estaba obligado con ellos.⁵⁰

A corto plazo, la doblez de Franco rindió a su esfuerzo bélico enormes beneficios. Los vascos se rindieron con bajo coste para las tropas nacionales, permitieron que su riqueza industrial pasara intacta a manos de los franquistas, y fueron humillados. A largo plazo, Franco manejó con torpeza la situación vasca. Las relaciones entre el Partido Nacionalista Vasco y el gobierno de la República, trasladado a Valencia habían sido lo bastante tensas para que existiera la posibilidad de un armisticio entre los vascos católicos conservadores y los nacionales.⁵¹ En opinión de un sacerdote nacionalista vasco: «Si Franco hubiera sido listo, le habría dicho a nuestras tropas que habían luchado con valor, sin mancha y se habían rendido con honor. Dicho esto, habría reclutado voluntarios para unirse a su ejército y tomar Madrid. Estoy convencido de que el ochenta por ciento de nuestras tropas habría respondido en el acto a semejante invitación».⁵² Sin embargo, la persistente obsesión de Franco por humillar y aniquilar a sus adversarios haría que los vascos fueran sus enemigos más feroces y eficaces en los últimos años de su dictadura.

El 26 de agosto los italianos entraron en la elegante ciudad costera de Santander. El hecho se celebró como un gran triunfo y sus tropas desfilaron por Santander portando en alto retratos gigantescos de Mussolini. En Italia, la prensa se vanaglorió de esta revancha por lo de Guadalajara, cuando en realidad las tropas italianas no habían encontrado resistencia. Un gran número de prisioneros fue congregado en la plaza de toros. A Franco le parecieron intolerables los esfuerzos de Bastico para proteger a los prisioneros vascos de su «justicia», y a finales de septiembre escribió a Mussolini una «aviesa carta» solicitando su relevo inmediato. Bastico fue entonces sustituido por su segundo, el general Mario Berti.⁵³

Un mes antes, el general Faupel había sido relevado como embajador alemán por el barón Eberhard von Stohrer, un diplomático de carrera alto, cuya figura se hacía más imponente por su afición a vestir largos abrigos militares. Franco estaba muy resentido por la arrogancia condescendiente de Faupel en general y por su relación con Hedilla y la Falange en particular. En cualquier caso, durante el verano de 1937 se produjo una fricción incipiente entre Berlín y Burgos. Los alemanes estaban decididos a sacar provecho de la riqueza minera vasca capturada por Franco. La magnitud de los cargamentos de armas alemanas a España no podían pagarse del todo con las exportaciones de piritas y otros minerales. En consecuencia, desde febrero de 1937 Göring había seguido una política por la cual el saldo de la balanza comercial con la España nacional, favorable a Alemania, se empleaba para comprar minas y derechos mineros. Esta política, conocida como *proyecto Montana* fue practicada agresivamente por Johannes Bernhardt y los economistas alemanes enviados a España para tal propósito.⁵⁴ Cuando Faupel hubo comunicado al Generalísimo el precio alemán de los armamentos en términos de concesiones mineras en España, Franco le dijo a Serrano Súñer después de una comida: «Prefiero que todo se pierda antes de ceder un ápice o hipotecar una sola partícula de la riqueza nacional».⁵⁵ No obstante, a pesar de su retórica patriótica, a mediados de julio Franco aceptó una serie de acuerdos comerciales con Alemania que le obligaban a informar al Reich de cualquier pacto económico con terceros países, a conceder a Alemania el estatus de nación más favorecida y a una ayuda mutua en forma de intercambio de materias primas, alimentos y manufacturas.⁵⁶

El 20 de agosto de 1937, Faupel visitó al Caudillo en su nuevo cuartel general de Burgos para despedirse. Franco le aseguró, con su

hipocresía característica, que lamentaba su marcha.⁵⁷ De hecho, el agresivo imperialismo económico del *proyecto Montana* había restado parte de su optimista ilusión sobre la actitud de Franco hacia el Tercer Reich. Obtenía una valiosa ayuda de las potencias del Eje y disfrutaba claramente de su proyección de jefe fascista equiparable a Hitler y Mussolini. Sin embargo, Franco nunca se sintió inhibido por la gratitud. Además, del mismo modo que de joven había adoptado la personalidad de valiente héroe de la Legión, ahora se creía el héroe guerrero que devolvía la grandeza a España. Un coro de aduladores inflaba su autoestima y le resultó fácil creer que en realidad Alemania e Italia estaban en deuda con él, pues estaba librando una batalla de interés para el Eje. Por tanto, a principios de octubre de 1937, sin demasiados problemas, Franco anunció, para indignación de los alemanes, que se anulaban y quedaban sin efecto todos los títulos de propiedad extranjeros sobre minas y derechos mineros.

Al principio, se hizo lo increíble para garantizar a los alemanes que la medida no les afectaba. Finalmente, Nicolás Franco dio a Bernhardt la excusa de que: «el Generalísimo solo no podía decidir el asunto Montana, pues no podía asumir la responsabilidad de la hipoteca de los bienes españoles». Nicolás Franco aseguró a los alemanes que todo se resolvería después de que el Generalísimo formara gobierno y se practicasen las diligencias pertinentes. El propio Caudillo aseguró a Von Stohrer que los intereses alemanes no sufrirían ningún perjuicio y el 20 de diciembre le dijo que los retrasos en la resolución de los problemas ocasionados por su decreto se debían a dificultades legales inevitables. Göring estaba furioso por la suerte de lo que él denominaba su «botín de guerra». Cuando a principios de noviembre de 1937, Franco ordenó a la controlada prensa nacional suavizar el tono de sus ataques a Gran Bretaña y a su democracia corrupta, se dispararon las alarmas en Berlín y en Roma. Los alemanes sospechaban que el Caudillo estaba tratando de equilibrar la balanza de sus apoyos internacionales. El 16 de noviembre, sus sospechas se confirmaron cuando Londres anunció el reconocimiento *de facto* de Franco al nombrar a sir Robert Hodgson agente diplomático británico en la España nacional. Franco desoyó con indiferencia las insinuaciones alemanas de retirarse de España, convencido de que los ambiciosos intereses del Tercer Reich impedían a Hitler abandonar su causa. El 20 de diciembre, durante una reunión con Stohrer y Bernhardt, Franco los trató con inusual distanciamiento y expresó su consternación por la clandestina adquisición alemana de derechos mineros. El episodio ilustra la confianza creciente de Franco en sí mismo. Después del conflicto habido con el *proyecto Montana*, la admiración de Franco por el Tercer Reich se teñiría de desconfianza ante la avaricia alemana; desconfianza que, en complejas circunstancias, le ayudaría a escapar del desastre durante la Segunda Guerra Mundial.⁵⁸

El 24 de agosto de 1937, cuando Santander estaba a punto de caer, los republicanos lanzaron otra ofensiva a lo largo de un amplio frente al oeste de Cataluña, cuyo objetivo era rodear Zaragoza. La ofensiva, iniciada por Rojo con el propósito específico de realizar otra maniobra de diversión que permitiera ganar tiempo para la defensa de Asturias, se vio facilitada por la presencia en la zona de tropas enviadas para quebrar el poder del anarquista Consejo de Aragón. El frente aragonés era extenso y había sido una zona olvidada del conflicto desde que los anarquistas de Barcelona se habían asentado allí en los primeros días de la guerra. Este frente era tan pacífico que de vez en cuando los bandos contrarios jugaban partidos de fútbol. Pronto las cosas cambiarían tras un cruento ataque republicano concentrado en la pequeña villa fortificada de Belchite, al sureste de Zaragoza.

Sorprendentemente, Franco no mordió el anzuelo como en Brunete. Decidió no retrasar el ataque a Asturias, lo cual indicaba que por fin escuchaba los consejos de Vigón. Aunque envió refuerzos procedentes de Madrid a las órdenes de Barrón y Sáenz de Buruaga junto con cuantioso apoyo aéreo, Franco cedió terreno de poco valor estratégico y limitó sus esfuerzos a ayudar al general Ponte a defender la ciudad de Zaragoza. Como otras veces, el avance republicano resultó en principio un éxito. Pero, después del agotador esfuerzo de Brunete, se encontró insuficientemente respaldado por tropas de refresco y se extinguió bajo el sofocante calor frente a una feroz defensa nacional. El 6 de septiembre, al cabo de dos semanas, Belchite cayó, pero Franco pudo comprobar que el ambicioso ataque estratégico de la República a Zaragoza había fracasado. El Generalísimo viajaba con frecuencia al frente, cerca de Alfaro, y habló con su Estado Mayor sobre la posibilidad de lanzar otro contraataque y recuperar Belchite, pero decidió que la moral y el ánimo nacional, que eran su eterno objetivo, se reforzarían mejor mediante el asalto continuado a Asturias y dejó que el frente se estabilizase.⁵⁹

Apenas distraídos por el ataque a Zaragoza, durante septiembre y octubre los nacionales procedieron a limpiar de enemigos el resto del norte. Franco planeaba un gran asalto de tres puntas sobre una Asturias ya rodeada, que empezaría el 2 de septiembre. Bajo el mando supremo del general Dávila y dirigidos en el combate por los generales Antonio Aranda y José Solchaga, las tropas avanzaron rápidamente por las húmedas montañas. Deseoso de acabar la campaña antes de que llegara el invierno, Franco apremió a su Estado Mayor con mayor insistencia de la habitual. Los esfuerzos de los nacionales se vieron muy facilitados por el hecho de que los republicanos prácticamente no disponían de cobertura aérea. Aunque geográficamente Asturias era un formidable reducto defensivo, fue sometida a un férreo bloqueo por mar e implacablemente bombardeada desde el aire. La moral de los defensores se hacía añicos a medida que los alemanes perfeccionaban sus técnicas de ataque aéreo a lo largo de los valles montañosos, empleando una combinación de bombas incendiarias y gasolina para crear una incipiente versión de napalm.⁶⁰

El 21 de octubre Gijón y Avilés cayeron en manos de los nacionales. Ahora el equilibrio de poder se inclinó drásticamente del lado de Franco. La República había perdido la industria del carbón y sus ejércitos del norte. Franco había capturado cien mil prisioneros que podían ser empleados en trabajos forzados y disponía de una numerosa población en la que reclutar fuerzas. Las minas de carbón de Asturias se complementaban con la producción de hierro del País Vasco. Ya aventajados en cuestión de carros de combate y aviones, los nacionales pudieron consolidar su superioridad militar gracias al control de la producción de mineral de hierro. Un ejército poderoso y bien equipado

había quedado disponible para emplearlo en el centro y en el este. Todos los puertos de la España septentrional estaban en manos de Franco. La flota nacional, antes ocupada en el bloqueo de los puertos del norte, estaba libre para centrarse en el Mediterráneo, que ahora constituía la única ruta marítima de la República para el suministro de alimentos e importación de armas.⁶¹

Seguro de sus enormes ventajas militares y geográficas, Franco volvió a ocuparse de la consolidación política de su régimen. Para satisfacción del Caudillo, se emplearon imágenes de la Reconquista para exaltar y reforzar la idea de que él era el jefe heroico de una «cruzada» destinada a liberar España de las hordas ateas de Moscú.⁶² La palabra «Imperio» se convirtió en una consigna ideológica. Sin embargo, la prosopopeya imperial y las referencias a Isabel y Fernando se compensaban con aportaciones más modernas del fascismo y el nazismo. El símbolo falangista del yugo y las flechas, como la esvástica y los fascas, maridaban lo antiguo con lo moderno. Los teóricos del régimen intentaron elaborar su propio concepto de Führer, la llamada «teoría del caudillaje», deudora de las doctrinas del nacionalsocialismo alemán. La democracia parlamentaria y el Estado de Derecho fueron repudiados como síntomas execrables de la era liberal.

Los textos para la identificación de Franco con los grandes héroes del pasado de España fueron obra de muchas plumas, incluidas las de Fermín Yzuriaga, Ernesto Giménez Caballero e incluso Dionisio Ridruejo. Pero, por encima de todo, el creador de la leyenda de Franco como Caudillo providencial fue Serrano Súñer sirviéndose de la prensa nacional y del aparato de propaganda que él controlaba. El *cuñadísimo* admiraba ciertos aspectos del nazismo y del Tercer Reich, aunque, como ferviente católico, el ateísmo nazi le hacía sentirse incómodo. Tras pasar algún tiempo en Italia como estudiante era más bien un italófilo convencido. Visitó Nuremberg en 1937 junto con Nicolás Franco y otros dignatarios nacionales y, haciendo gala de una susceptibilidad característica, le pareció que no le trataron con la suficiente deferencia.⁶³ Su interés por los movimientos políticos coetáneos de derechas quedó reflejado en sus aportaciones a los estatutos de la Falange que, firmados por Franco el 4 de agosto de 1937, dieron al Caudillo el poder absoluto. Según el artículo 47 de estos estatutos: «El *Jefe* es responsable ante Dios y ante la historia». Franco insistió en suprimir los pasajes que analizaban los supuestos teóricos por los que el *Jefe* podría ser relevado.⁶⁴

El 19 de octubre de 1937 se estrenó la escenografía pseudomedieval del régimen, a raíz de la creación del primer Consejo Nacional de FET y de las JONS. A imagen del Gran Consejo Fascista de Mussolini, el Consejo Nacional era el órgano supremo del partido único, el gran comité a través del cual se filtrarían las aspiraciones de los diversos grupos integrantes de la coalición nacional. En teoría, existía mayoría falangista. En realidad, más de la mitad de los cincuenta miembros nombrados eran monárquicos apenas disfrazados o recién convertidos, aunque casi todos franquistas leales. De hecho, como sin duda pretendía Franco, cuando se constituyó con la totalidad de sus cincuenta miembros, eran demasiado numerosos e ideológicamente dispares para constituir algo más que un inocuo patio de vecinos.⁶⁵ Se decidió que el Caudillo designara los miembros de la Junta Política, el órgano ejecutivo del Consejo Nacional.⁶⁶

En sintonía con el énfasis histórico de la retórica del régimen, el 16 de noviembre de 1937 Franco declaró a un periodista francés: «Nuestra guerra no es una Guerra Civil... sino una *Cruzada*... Sí, nuestra guerra es una guerra religiosa. Nosotros, todos los que combatimos, cristianos o musulmanes, somos soldados de Dios y no luchamos contra otros hombres, sino contra el ateísmo y el materialismo».⁶⁷ La historia tuvo aún mayor protagonismo en la ceremonia de la jura de los miembros del Consejo Nacional. Los Servicios de Propaganda, al mando del director general Dionisio Ridruejo, la habían preparado con detalle y se percibía inequívocamente la mano de Fermín Yzuriaga en el boato de una puesta en escena que pretendía emular el Siglo de Oro. Ésta tuvo lugar el 2 de diciembre de 1937 en el monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, en Burgos. Precedidos por tambores y cornetas, ataviados a la usanza del siglo XVII, los miembros del Consejo desfilaron por los claustros y juraron lealtad a Franco ante una imagen de mármol de Cristo y el pendón de la histórica batalla de las Navas de Tolosa. Cuando Queipo de Llano intentó protestar por el nombramiento arbitrario de los miembros por parte de Franco, el Caudillo le hizo callar exclamando: «Esto no es un Parlamento y aquí no venimos a hacer política ni a plantear pequeñas cuestiones». Estaba en lo cierto; el Consejo Nacional no servía a otro propósito que el de proporcionar un marco ceremonial para la adulación de Franco y bien remuneradas prebendas a sus miembros.⁶⁸

La seguridad en sí mismo y en su cargo que generó semejante ceremonial se reveló en una carta severa y despectiva que el Caudillo escribió a Alfonso XIII el 4 de diciembre de 1937. El rey, que recientemente había donado un millón de pesetas a la causa nacional, había escrito a Franco expresándole su inquietud por el hecho de que la restauración de la Monarquía no fuera una prioridad. Franco respondió fríamente, insinuando que los problemas que habían originado la Guerra Civil eran obra del rey y subrayando tanto los logros de los nacionales como las tareas que quedaban por emprender después de la guerra. Abundando en la entrevista publicada en *ABC* el 18 de julio de 1937, el Caudillo dejó claro a Alfonso XIII que no podía esperar ningún papel en el futuro: «La nueva España que hoy forjamos, tiene tan poco en común con la liberal y constitucional en que reinasteis que habrá de constituir para los españoles un motivo de preocupación y recelos vuestra formación y las obligadas prácticas políticas de antaño». La carta concluía con la petición de que el rey velase por la preparación de su heredero «cuya meta presentimos pero que por lo lejana no vislumbramos todavía».⁶⁹ Era la indicación más diáfana de que Franco no tenía intención de renunciar nunca al poder.

El hecho de que Franco pudiera dedicar tiempo a pensar sobre su futuro político era un signo de que la situación militar apuntaba hacia su victoria definitiva. Eso se podía deducir del traslado del gobierno republicano de Valencia a Barcelona. La evacuación se justificó alegando que facilitaba la movilización de los recursos de Cataluña para el esfuerzo bélico. Pero existía un elemento de derrotismo en el traslado del gobierno a un lugar más próximo a la frontera francesa antes de la temida ofensiva nacionalista contra Valencia.⁷⁰

Franco se mostraba cada vez más firme y menos deferente con alemanes e italianos. Al mismo tiempo que frenaba el *proyecto Montana* de los alemanes, muy irritado por los intentos italianos de acaparar la gloria de la victoria de Santander, hizo saber al representante de Ciano, Filippo Anfuso, que estaba dispuesto a considerar la retirada de las tropas italianas, aunque aún necesitaba de su potencia artillera y aérea.⁷¹ Esta declaración suponía algo más que una simple bravuconada. Tras el cansancio mutuo provocado por la ofensiva republicana en Aragón, transcurrieron casi dos meses de inactividad militar durante los que las fuerzas nacionales fueron reorganizadas en seis cuerpos. Desde mediados de septiembre, Franco estaba pensando en que su siguiente gran ofensiva tendría lugar en Aragón. Eso le permitiría reconquistar Belchite y dejar sus fuerzas dispuestas para una de dos posibles operaciones importantes: o bien atacar Valencia y dividir la zona republicana, o tomar Cataluña y cerrar a la República el acceso a la frontera francesa. Muchos de sus propios generales, así como sus consejeros del Eje, recomendaron este movimiento a través de Aragón. Sin embargo, en la última semana de noviembre de 1937 volvió su obsesión por Madrid y, a principios de diciembre, decidió lanzar allí su próximo ataque.⁷²

Su plan era hacer en el frente de Guadalajara lo que los italianos no habían conseguido en marzo de 1937; es decir: completar el cerco de Madrid con un ataque en dirección a Alcalá de Henares. El Generalísimo tenía ahora más de seiscientos mil hombres a sus órdenes.⁷³ Estableció su Cuartel General temporal con su Estado Mayor en el Parador de Medinaceli, mientras un ejército de más de cien mil hombres se reunía para el ataque cerca de Guadalajara.⁷⁴ Consciente de lo que se avecinaba, Indalecio Prieto instó a Vicente Rojo a lanzar otra ofensiva de diversión el 15 de diciembre, con la esperanza de alejar a Franco de Madrid. Ésta fue dirigida contra Teruel, capital de la más inhóspita de las provincias aragonesas. Allí, las líneas nacionales eran débiles y la ciudad ya estaba prácticamente rodeada por fuerzas republicanas.⁷⁵

En sólo seis días Rojo había elaborado una hábil estrategia; una vez más la sorpresa fue total. Los desprevenidos nacionales no pudieron recurrir a sus aviones, inmovilizados en tierra debido al mal tiempo. Esto permitió a las fuerzas republicanas aprovechar su ventaja inicial; durante la primera semana cercaron una bolsa de mil kilómetros cuadrados y, por primera vez, entraron en una capital del enemigo.⁷⁶ Franco estaba a punto de comenzar su propia ofensiva contra Guadalajara cuando llegaron las primeras noticias. El sensato consejo de los altos oficiales alemanes e italianos fue abandonar Teruel y proseguir la operación planeada para cercar Madrid. Su propio Estado Mayor, incluidos los generales Yagüe, Varela y Aranda, también creía que no debía desviarse de sus planes originales. Sin embargo, su determinación de infligir a la República una derrota humillante y total no admitía el permitir semejantes éxitos al enemigo. La captura de Madrid habría acelerado el fin de la guerra y posiblemente, puesto que Rojo lo había apostado todo en la ofensiva de Teruel, a bajo coste. Por el contrario, aplastar el movimiento contra Teruel tenía escasa importancia estratégica y podía, como en efecto ocurrió, resultar muy caro. Sin embargo, para Franco tenía el atractivo de presentar otra oportunidad de destruir un gran número de las mejores fuerzas de la República.⁷⁷

Franco envió tropas a Aragón sin renunciar por entero a su ofensiva de Madrid. No obstante, para alegría de Rojo, retiró fuerzas de la capital y las dirigió hacia Teruel.⁷⁸ Ciano comentó: «Nuestros generales están intranquilos, y con toda la razón. Franco no tiene ninguna visión de síntesis en la guerra. Sus operaciones son las de un magnífico comandante de batallón. Su objetivo es siempre la tierra, nunca el enemigo. Y no se percata de que es gracias a la destrucción del enemigo como se gana una guerra».⁷⁹ Lo que Ciano no comprendía era que la obsesión de Franco por la «tierra» era una búsqueda consciente de grandes batallas de desgaste, en las que podía, y conseguía, destruir grandes cantidades de tropas enemigas.

El 20 de diciembre, Franco decidió enviar al frente de Teruel un cuerpo de ejército completo bajo el mando de Varela. Al día siguiente, para mortificación de muchos de sus oficiales, abandonaba definitivamente el ataque previsto sobre Madrid.⁸⁰ Su cuartel general (*Terminus*) fue establecido en un tren que subía y bajaba por el valle de Jiloca, al noroeste de Teruel, y todos los días llevaba a Franco lo más cerca posible del frente, donde recibía el parte diario de Dávila.⁸¹ Las fuerzas de Franco no pudieron auxiliar al coronel Domingo Rey d'Harcourt, gobernador militar del sitiado Teruel. Decidido a no permitir la rendición de ninguna posición, Franco telegrafió a Rey d'Harcourt instándole a defender la ciudad empleando gasolina y granadas de mano en la lucha calle por calle hasta que llegaran los refuerzos. Pero, no obstante posteriores telegramas de aliento que Franco envió a la guarnición, los republicanos quebraron su resistencia. La ofensiva tuvo lugar en medio de uno de los inviernos más crudos que España haya padecido nunca, acrecentándose el intenso frío en el terreno rocoso que rodeaba Teruel.⁸² El modo en que Franco dirigía la operación no mereció más que críticas del comandante italiano, general Berti, que informó a Roma de que había «falta de unidad en el mando, una coordinación inadecuada, sin mordiente ni inquietud por concluir la campaña».⁸³

Aunque el 29 de diciembre la nieve dejó de caer, la temperatura descendió a 20 grados bajo cero, y el contraataque ordenado por Franco, dirigido por Varela y Aranda fue aplazado a causa del inclemente tiempo. Los camiones que transportaban refuerzos no podían pasar por las carreteras nevadas y heladas. El 30 de diciembre, con las temperaturas más bajas registradas en el siglo, los refuerzos nacionales llegaron a las afueras de Teruel. Allí se quedaron. Los republicanos estaban sometidos a un intenso fuego de artillería y bombardeos. En los rigores del invierno, la moral decaía en ambos bandos. Algunos soldados murieron de frío y a otros tuvieron que amputarles las extremidades congeladas. Sin embargo, después de una sangrienta lucha librada casa por casa, Rey d'Harcourt y la exhausta guarnición nacional sucumbieron el 8 de enero. Franco se mostró tremendamente contrariado por la pérdida de Teruel y se enfadó con sus comandantes de un modo que sorprendió a su Estado Mayor, que no estaba acostumbrado a verle perder la serenidad. A pesar de su heroica resistencia, Rey

El 'Harcourt fue calificado de vil traidor en la zona nacional, sirviendo como cabeza de turco por la derrota.⁸⁴ Aunque Mussolini consideraba que Teruel no era más que un pequeño éxito local de la República, le preocupaba el retraso de la ofensiva de Madrid. Ciano era más pesimista, considerando insostenible la posición italiana y hablaba de buscar un modo decoroso para retirar las tropas italianas o bien obligar a Franco a realizar una campaña decisiva contra la República.⁸⁵

Diez días después de la caída de Teruel en manos de la República, las fuerzas de Aranda y Varela, junto con un tercer cuerpo de ejército, el de Marruecos, al mando de Yagüe pusieron cerco a la ciudad. El 29 de enero Franco comunicó al embajador italiano, el conde Viola, y al comandante del CTV, el general Berti, su alegría porque la República estuviera destruyendo sus reservas arrojándolas en «la caldera de brujas de Teruel».⁸⁶ A enorme coste por ambos bandos, la batalla cambiaba intermitentemente de signo hasta que por fin, el 7 de febrero de 1938, los nacionales abrieron brecha y la República perdió una gran franja de terreno, varios miles de prisioneros y algunas toneladas de valioso equipo. Era el principio de un avance irrefrenable que en dos semanas produjo la toma de Teruel el 22 de febrero, la captura de casi 15.000 prisioneros y la pérdida de más equipo.⁸⁷ Ahora los nacionales podían avanzar a sus anchas por Aragón. Tras otra costosa defensa de un pequeño avance, los republicanos tuvieron que retirarse.

Los sucesivos fracasos de las tres ofensivas republicanas en Brunete, Belchite y Teruel demostraban que la absoluta superioridad material de los nacionales prevalecería siempre sobre el coraje de las tropas leales. En cada ocasión, los republicanos habían sido incapaces de aprovechar su ventaja inicial. Esto era, en parte, reflejo de los conflictos políticos dentro de la zona republicana. Pero también era consecuencia de que, a principios de 1938, la superioridad de Franco era del 20% en hombres y aplastante en lo relativo a aviones, artillería y otros equipamientos.⁸⁸ La explotación de su superioridad logística en la reconquista de Teruel marcó el punto de inflexión decisivo de la Guerra Civil. El 3 de marzo, Franco se jactó en una entrevista de la superioridad material que le habían aportado las victorias de 1937 en el norte y de que la batalla de Teruel hubiera supuesto la aniquilación de las mejores unidades del ejército republicano.⁸⁹ Con el ejército republicano deshecho e incapaz de reconstituirse en tanto la frontera francesa permaneciera cerrada, a Franco se le presentó una oportunidad espléndida.

Cabe percibir un indicio de la fuerza de la posición de Franco en su forma de tratar a Mussolini durante la campaña de Teruel. El Duce le había escrito el 2 de febrero de 1938 amenazando con retirar su apoyo si no se intensificaba el esfuerzo bélico. En vista del éxito de Teruel, tras consultarlo con Viola, Berti retuvo esta carta durante unos días. Cuando ambos visitaron a Franco para comunicarle la exigencia de Mussolini de una conducción más enérgica de la guerra, los recibió cordialmente sin darles ninguna información sobre sus planes estratégicos.⁹⁰ Franco no respondió a la carta hasta pasadas dos semanas. Mussolini deseaba que las tropas italianas se utilizaran para alguna gran victoria estratégica y por tanto estaba inquieto. El 23 de febrero, el exasperado Duce envió un telegrama a Franco instándole a luchar, empleando el CTV, o consentir la retirada italiana. El 26 de febrero, todavía en espera de una respuesta a su carta del 2 de febrero, el Duce ordenó al CTV, que se hallaba en la península, y a la aviación italiana de Baleares que se abstuvieran de toda actividad. Esto indujo finalmente a Franco a responder con una carta fechada retrospectivamente el 16 de febrero.

La carta del Caudillo era el típico combinado de palabrería, cobarde e imprecisión: expresaba su total acuerdo con la defensa que Mussolini hacía de una victoria aplastante; en cuanto a la retirada de las fuerzas italianas apuntaba que el mundo podía considerar aquello como una cobardía. Suponiendo astutamente que la vanidad de Mussolini le impediría arriesgarse a tal oprobio, Franco proseguía solicitando aún más suministros. Enmarañado en la lógica de la retórica de Franco, Mussolini capituló, exigiéndole simplemente en una amistosa carta (fechada el 3 de marzo y entregada por Viola el 8 de marzo) que se permitiera al CTV participar en «una batalla decisiva».⁹¹ El equilibrio de poder entre Franco y Mussolini había cambiado de modo decisivo desde la víspera de la batalla de Málaga.

En pleno fragor de la batalla de Teruel, la institucionalización del régimen del Caudillo se confirmó el 30 de enero de 1938, con la prometida formación de su primer gobierno ordinario. El mandato de la Junta Técnica del Estado de Burgos llegó formalmente a su fin y se disolvió la Secretaría General del Estado. Serrano Súñer pasó a ser ministro de la Gobernación y la figura dominante. Para Franco sería un útil pararrayos. En general, al *cuñadísimo* se le creía responsable de la feroz represión, cuando en realidad el juicio y la ejecución de prisioneros era de incumbencia personal del Generalísimo. Serrano Súñer gozaría de considerable poder con el control del aparato de prensa y propaganda. Los demás cargos se distribuyeron entre una selección cuidadosamente equilibrada de militares, monárquicos, carlistas y falangistas dóciles. El tono dominante era cauteloso, conservador y sobre todo militar, mostrando algunos vínculos con la dictadura de Primo de Rivera.

Los militares elegidos eran demasiado veteranos para ser rivales serios. Queipo de Llano fue simplemente relegado. El presidente de la Junta Técnica del Estado, el sexagenario general Gómez Jordana, que tanto gustaba a los diplomáticos extranjeros por sus maneras de honrado patricio, ocupó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores y vicepresidente del gobierno. Absolutamente leal a Franco, Jordana había sido miembro del directorio militar del general Primo de Rivera como responsable de asuntos marroquíes. El general Dávila, de cincuenta y nueve años y estatura llamativamente corta, fue nombrado ministro de Defensa Nacional. Dávila, igualmente fiel a Franco, tenía pocas ambiciones personales. El general Severiano Martínez Anido, de setenta y cinco años, pasó al Ministerio de Orden Público. Conocido por su brutalidad como gobernador civil de Barcelona a principios de los años veinte, cuando la tristemente famosa *ley de fugas* se convirtió en norma, se había ganado la admiración de Franco por su modo de imponer la ley y el orden durante el mandato del general Primo de Rivera. Martínez Anido intensificó la purga de izquierdistas en el territorio tomado por los nacionales. Moriría poco antes de acabar el año

1938 y sus funciones revertirían en el Ministerio de la Gobernación dirigido por Serrano Súñer.

Al igual que Jordana y Martínez Anido, el ministro de Hacienda, Andrés Amado, miembro de Acción Española, había servido también en la Dictadura como director general del Timbre durante la presidencia de su amigo Calvo Sotelo. El joven intelectual monárquico Pedro Sáinz Rodríguez fue nombrado ministro de Educación. El ingeniero Alfonso Peña Boeuf, ministro de Obras Públicas. Un amigo de Franco de toda la vida, el ingeniero naval Juan Antonio Suanzes, ocupó el puesto de ministro de Industria y Comercio. El carlista moderado, Tomás Domínguez de Arévalo, conde de Rodezno, vio recompensada su colaboración para la unificación con el nombramiento de ministro de Justicia. Un «camisa nueva» (converso reciente a la Falange) conservador, Pedro González Bueno, fue también recompensado por su participación en la unificación siendo nombrado jefe de Organización y Acción Sindical, una especie de ministerio de trabajo paternalista.⁹²

El primer gobierno constituía así una temprana versión de las astutas operaciones de equilibrio que Franco realizaría en los siguientes años para intentar satisfacer y neutralizar a todas las fuerzas del bando nacional.⁹³ Este gabinete reflejaba el grado en que el Caudillo elegía ministros por razones ajenas a su competencia en el campo de su ministerio. Así, quiso hacer a su hermano Nicolás ministro de Industria y Comercio, a lo cual Serrano Súñer se opuso, alegando que era «demasiada familia». Franco desistió sólo cuando Serrano Súñer amenazó con resolver el problema dimitiendo. A sugerencia del *cuñadísimo*, se designó a Juan Antonio Suanzes, amigo de la infancia de Franco. Suanzes sería el padre de algunos de los planes más desafortunados de la desastrosa política de autarquía económica que más tarde practicaría Franco. Nicolás Franco fue trasladado a Lisboa donde, con el tiempo, se convertiría en útil intermediario entre el Caudillo y don Juan de Borbón.^{*} Sangróniz también fue despachado a un exilio dorado como embajador en Venezuela, en parte porque los alemanes y los italianos lo consideraban excesivamente anglófilo.⁹⁴

En el gabinete se había hablado del nombrar a Serrano Súñer secretario general de FET y de las JONS. Pero cuando el veterano falangista Raimundo Fernández Cuesta llegó a la zona nacional mediante un canje de prisioneros, se le concedió a él este puesto. Ello refleja la astucia de Franco. Quería hacer un gesto ante Pilar Primo de Rivera y los «camisas viejas», y también domesticar a un hombre que habría podido ser considerado el heredero de José Antonio Primo de Rivera. En su creencia de que todo el mundo tenía un precio, Franco rara vez se equivocó. En su primer gabinete, el Caudillo hizo a Fernández Cuesta ministro de Agricultura, un nombramiento verdaderamente desastroso. Mediante la rígida imposición de una corrupta administración sindical en el campo, Fernández Cuesta contribuyó a convertir los grandes excedentes agrícolas de la zona franquista en tiempo de guerra en la gran hambruna de los años cuarenta.⁹⁵

El Caudillo declaró que el nuevo gobierno seguiría una política de corte totalitario, eliminando la lucha de clases, los partidos políticos y las prácticas electorales de la democracia liberal.⁹⁶ El propio Franco forzó prácticamente las dificultades económicas de su régimen en la posguerra, al optar por la autarquía a imitación servil de sus aliados del Eje, y renunciar por tanto a todo esfuerzo por conseguir créditos de Inglaterra, Francia o Estados Unidos. La ingenuidad económica de Franco era apabullante. En menos de un año, y negando la evidencia de la total postración del país, anunciaría que España estaba a punto de ser autosuficiente en armamento y de resolver los problemas de vivienda, educación y sanidad. También declaró su convencimiento de que una España autárquica podía conseguir un bienestar económico a gran escala.⁹⁷

Todos los ministros de Franco coinciden en recordar que el Generalísimo los dejaba enteramente libres para emprender sus propias políticas departamentales. Su única obligación era ceñirse a la línea política general acordada en el Consejo de Ministros. Las sesiones de éste durarían horas, en medio de acrisolados debates entre los ministros falangistas, los más conservadores, y los militares, normalmente monárquicos. Franco hablaba poco y se limitaba a escuchar. Eso se debía en parte a que, hasta los años cincuenta, las decisiones políticas cruciales las solía tomar él en persona al margen del Consejo de Ministros. La dirección de las reuniones del gabinete por parte de Franco simbolizaba su técnica de «dejar hacer», gobernando la zona nacional como árbitro supremo. Podía (y así lo hizo) sustituir y nombrar ministros a voluntad. Sin embargo, rara vez cambiaría a sus ministros, concediéndoles bastante libertad a menos que sus ambiciones políticas empezaran a amenazarle.

El día después del anuncio del gobierno, Franco recibió en Salamanca a numerosos representantes diplomáticos extranjeros, entre los que se encontraba el representante británico, sir Robert Hodgson, a quien el encanecido Caudillo le pareció un personaje atractivo: «Posee una delicada voz y habla con amabilidad y rapidez. Su encanto reside en sus ojos, que son castaño claros, inteligentes, vivaces y con una marcada expresión bondadosa». Su encuentro fue cordial. Hodgson aseguró a Franco que la actitud británica hacia la España nacional era absolutamente desinteresada y que Londres esperaba mantener relaciones amistosas con su gobierno, y aceptó que los esfuerzos británicos de neutralidad pudieran parecerle a Franco insuficientemente amistosos. El Generalísimo respondió para congraciarse que las lecciones de inglés, interrumpidas de manera tan brusca en las islas Canarias en julio de 1936, indicaban sus sentimientos afectuosos hacia Inglaterra, afirmando con descarada hipocresía que los primeros planes legislativos de su nuevo gobierno «armonizarían con las ideas inglesas».⁹⁸

Al cabo de dos días, el nuevo gabinete emitió una declaración en la que, además de expresar su fe en una victoria inminente, Franco revelaba su determinación de que España fuera tomada en serio en los asuntos internacionales. El «sentido del honor de España es demasiado grande para permitirle olvidar a quienes eran sus amigos en los días de prueba durante la amenaza comunista».⁹⁹ Ello implicaba claramente un compromiso con el Eje. En consecuencia, uno de los primeros actos políticos del nuevo gobierno de Franco fue la elaboración del Fuero del Trabajo, una pseudoconstitución basada en la *Carta del lavoro* italiana, que fue aprobado el 9 de marzo de 1938 tras ser redactado con una celeridad pasmosa. El Consejo Nacional de FET y de las JONS había apadrinado un proyecto preparado por los

defensores de la «revolución» falangista, incluido Ridruejo. Cuando el 1 de marzo se presentó ante el gabinete su radical texto, los ministros conservadores pusieron el grito en el cielo. Franco zanjó el debate insistiendo en que se hiciera una declaración programática dentro de las siguientes cuarenta y ocho horas, pues se había anunciado a la prensa la inminencia de la ley. Por tanto, se encargó a Ridruejo y a Eduardo Aunós, de Acción Española, la redacción de un texto de compromiso. Con la pretensión de ser un término medio entre «el capitalismo liberal y el materialismo marxista», el Fuero se proponía llevar a la práctica la *revolución pendiente* de la Falange, garantizando a los españoles «Patria, pan y justicia en un estilo militar y seriamente religioso». Esta nebulosa retórica era vagamente progresista, aunque reflejaba la influencia de los elementos más conservadores de FET y de las JONS, pues abandonaba dos de los veintisiete puntos de la Falange original: la nacionalización de la banca y la reforma agraria.¹⁰⁰

Como el Consejo Nacional era una farsa decorativa, las tareas de la Falange fueron asumidas por su comité ejecutivo, una Junta Política de doce hombres que se reunió algunas veces bajo la presidencia de Franco. Pero incluso esto terminó cuando en la primavera de 1938 Franco se enfureció por lo que consideraba presiones para imprimir a su régimen un sello más falangista. El trasfondo fue una trama de unos cuantos falangistas exaltados, guiados por Agustín Aznar y Fernando González Vélez, para forzar a Franco a tomar una dirección más radical. Simultáneamente se produjo un claro intento falangista de cambiar los estatutos del partido para acercarlos más a la línea de los partidos nazi y fascista. Mientras los falangistas presionaban a favor de una estructura más totalitaria, los monárquicos intentaban constantemente quebrar el poder de la Falange. Franco estaba en medio, irritado porque cada grupo intentara imponerle su voluntad, aunque solía tratar a ambos con infinita paciencia y astucia. En esta ocasión, Dionisio Ridruejo había sido nombrado para encabezar un subcomité de la Junta Política que debía examinar los estatutos de FET y de las JONS.

Ridruejo leyó la propuesta más o menos totalitaria elaborada por el subcomité en una reunión de la Junta Política presidida por Franco. El monárquico Pedro Sáinz Rodríguez protestó, indicando que la propuesta concedía excesivo poder al partido y por tanto implicaba una falta de confianza en el gobierno. Pensando en la posibilidad del complot, Franco estalló. En una pérdida de paciencia muy poco característica, gritó: «¡Más que hacia el Gobierno, hacia mí! ¡Desconfianza en el Caudillo!, deslealtad con él». Dando un puñetazo en la mesa, continuó: «¡Tenía que haber fusilado a Hedilla! Sí, sí, fusilar, y también a Aznar y a González Vélez. ¿Y quiénes son los Ridruejos, los Aznares y los González Vélez para definir el Partido?». Ridruejo no comprendió la referencia a Aznar y a González Vélez, no obstante lo cual, se levantó, declaró con serenidad que había entrado en el subcomité precisamente para iniciar tales debates y dijo que no veía ningún desafío hacia el gobierno en buscar mayores poderes para un partido cuyo jefe absoluto era también el jefe del gobierno. Por último se volvió hacia Serrano Suñer y le dijo: «Adiós, Ramón; creí que aquí se venía a razonar». Franco estaba enojado consigo mismo por haber perdido los estribos en público, en una de las pocas ocasiones de su vida en que lo hizo. De repente se calmó y pidió a Ridruejo que volviera a ocupar su lugar y olvidara el incidente. Dos días más tarde el Generalísimo hacía encarcelar a González Vélez y a Aznar.¹⁰¹

El episodio muestra que Franco estaba adquiriendo las habilidades políticas de un príncipe maquiavélico o, quizá, redescubriendo las prácticas que había observado en Marruecos entre 1912 y 1925. Había recorrido un largo trecho desde que abandonara las islas Canarias al principio de la Guerra Civil. El soldado aventurero y esforzado de los primeros meses de la guerra empezaba a parecerse a un déspota oriental, calculador y taimado. Habiendo adoptado primero la imagen de cruzado de una causa semimonárquica, estaba decidido a permanecer en el poder. En este contexto, su retorno a la prudente cautela *gallega* y a la crueldad astuta de los jefes cabileños marroquíes era un proceso natural. Al concluir una de esas reuniones del gabinete, el ministro de Industria, Suanzes, recordó a Franco Salgado-Araujo los días en El Ferrol, cuando los tres eran alumnos del centro de preparación de su padre. Comparó al diminuto Franco de aquellos días, a quien siempre pegaban los demás niños, con el Caudillo que imponía tal respeto que: «No somos capaces de atrevernos a darle una palmadita en el hombro». El omnipresente Franco Salgado-Araujo observó que, a pesar de sus cordiales maneras, Franco siempre mantenía las distancias, incluso con sus amigos.¹⁰² Ante lo que parecía una victoria inminente y rodeado de aduladores, la tendencia a una altivez regia aumentó visiblemente.

La victoria total, febrero de 1938-abril de 1939

La victoria de Teruel abrió la posibilidad de una serie de golpes demoledores contra la República. Franco no perdió el tiempo y aprovechó su ahora aplastante superioridad en hombres, aviones, artillería y equipo sobre los agotados republicanos. No obstante, en la primavera y el verano de 1938 cometió graves errores militares, aunque quizá no fueran tan crasos como se ha dicho. Su empeño en la aniquilación física del enemigo dominaba su modo de pensar y no dejaba espacio para complejas operaciones estratégicas. Siendo así, habría que considerarle como algo más que el comandante de batallón de mente estrecha del que Hitler, Mussolini y Ciano solían burlarse. Ahora iba a demostrar cierta habilidad para dirigir un gran ejército de varios cientos de miles de hombres a lo largo de un gran frente.

El general Juan Vigón trazó planes detallados para una gran marcha hacia el este. El 24 de febrero de 1938, el Generalísimo expuso estos planes ante una reunión de importantes jefes militares en Zaragoza. Doscientos mil hombres avanzarían a lo largo de un frente de 260 kilómetros por el valle del Ebro y se desarrollarían importantes operaciones hacia el norte, en dirección a los Pirineos, y hacia el sur, en dirección a Valencia. Franco ponía en juego su enorme superioridad material, confiando en forzar los ejércitos republicanos hasta una situación límite.

El mando supremo de la ofensiva se confió al general Dávila. La tarea de penetrar a través de las líneas enemigas recayó en Yagüe, que recibió órdenes de emplear los tanques alemanes para cubrir a la infantería, pero que iba a intentar lo más parecido a una *Blitzkrieg* que jamás permitiera Franco.¹ Al Generalísimo le afectó seriamente el hundimiento del crucero *Baleares* el 6 de marzo de 1938.² Sin embargo, su optimismo pronto le devolvería la confianza y se recuperó sin tardanza para la nueva operación. El 9 de marzo, el mismo día en que Franco presidió la reunión del gabinete en la que se aprobó el Fuero del Trabajo, comenzó la gran ofensiva a través de Aragón. El objetivo de la nueva operación era destruir más fuerzas republicanas y alcanzar el punto en que el río Segre, que cruza de norte a sur la Cataluña oriental, se encuentra cerca de Lérida con el Ebro en su curso hacia el este. Fue debido a los buenos resultados por lo que, a los ocho días, Franco contempló la posibilidad de proseguir el avance hacia el mar y aislar Cataluña de Valencia y de la zona republicana central. El gran temor tanto de Prieto como de Rojo era que la victoria nacional en Teruel fuera el preludio de tal ofensiva, pues ambos se percataron de que una vez Franco hubiera dividido la zona republicana en dos estarían a un paso del fin.³ De hecho, el fracaso de Teruel fue el prólogo de la caída de Prieto, acusado de un derrotismo que no era ya infundado.

El cuerpo de ejército marroquí de Yagüe, el gallego de Aranda, el castellano de Varela, el navarro de Solchaga, el aragonés de Moscardó y el CTV a las órdenes del general Berti emprendieron la marcha a gran velocidad. Los respaldaba la Legión Cóndor, a la que se sumó, en un intento por destruir la moral civil, el indiscriminado bombardeo italiano de Barcelona, en el que más de mil personas perdieron la vida. Aunque es evidente que Franco antes y después permitió el bombardeo de objetivos industriales y militares en Barcelona y otras ciudades republicanas, en este caso se enfureció. Le indignó que Mussolini no le hubiera consultado y que, en su deseo de ver cómo «los italianos estremecían al mundo por su agresividad, en lugar de encantarlos por su destreza en tocar la guitarra», hubiera ordenado el bombardeo de zonas residenciales. A Franco le irritó lo que consideraba un desatino que no había hecho sino fortalecer la voluntad de resistencia catalana, tanto más cuanto que normalmente intentaba no dañar los hogares de sus propios partidarios.

El representante del Vaticano en España, monseñor Antoniutti, imploró a Franco que hiciera algo por detener los criminales bombardeos. Lord Perth, embajador británico en Italia, también protestó por las incursiones. Ciano dijo a Perth que Franco había iniciado las operaciones y que Italia no podía hacer más que intentar convencerle de que las frenase. Sin embargo, más tarde Ciano anotaría en su diario que Franco no sabía nada sobre ellas.* En el Cuartel General de Franco se sabía que la orden había partido de Mussolini. El Caudillo pidió al Duce que se abstuviera de dar órdenes directas a los aviadores italianos con base en Mallorca.⁴

Al margen de los bombardeos, el nuevo avance progresaba espectacularmente. Participaron en él cien mil hombres, apoyados por doscientos tanques y casi mil aviones alemanes e italianos. El coronel Wilhelm von Thoma, al mando de las rápidas unidades de carros de combate de la Legión Cóndor, quería usar tácticas de *Blitzkrieg*, pero Franco, al estilo de los generales de la Primera Guerra Mundial, planeaba usar los carros sólo para respaldar la acción de la infantería. Von Thoma expuso su opinión ante el Caudillo, para deleite de Yagüe. Sin embargo, no era aquél un punto fundamental, dada la aplastante superioridad material de los nacionales.⁵ Franco se tomó un enorme interés personal en la campaña, estableciendo su cuartel general desde el 9 de marzo en el magnífico palacio del duque de Vistahermosa, en la pequeña ciudad de Pedrola, treinta kilómetros al noroeste de Zaragoza, en la carretera de Logroño. Pasaría mucho tiempo allí en el último año de la guerra, acompañado por un pequeño Estado Mayor constituido por Pacón, Martínez Fuset, Barroso y su capellán, el padre José María Bulart.⁶

Después de un inicial bombardeo artillero y aéreo los nacionales encontraron a sus adversarios republicanos muy debilitados, escasos de armas y municiones y en general mal preparados. La desmoralización tras la derrota de Teruel se había agravado con la confusión organizativa y la devastadora superioridad aérea de los nacionales. Prieto, Miaja y Rojo habían subestimado la magnitud del avance de

Franco. Suponiendo, no infundadamente, que el jefe nacional no vería más allá de su obsesión por Madrid, habían sido reacios a desplazar fuerzas de Madrid para reforzar el ejército republicano de Aragón.⁷ El 10 de marzo, las ruinas de Belchite fueron reconquistadas por Yagüe, que recibió el abrazo emocionado de Franco al día siguiente. Fue una pérdida simbólica para la República, que entrañó también la destrucción de buena parte del ejército popular.⁸ El 15 de marzo, Franco dio la orden histórica en la que declaraba que la desorganización y desmoralización del enemigo era tal que permitía un avance hacia la costa.⁹ Con las fuerzas republicanas en desbandada total, el 23 de marzo Yagüe cruzó el río Ebro cerca de Quinto, donde estableció su cuartel general.¹⁰ Solchaga había llegado a los Pirineos, mientras que los italianos, las fuerzas de Aranda y las del brillante y joven Rafael García Valiño se internaban en el abrupto Maestrazgo.

A principios de abril, mientras el ejército republicano del este se derrumbaba ante ellos, los nacionales llegaban a Lérida. La ciudad cayó en manos de Yagüe el 4 de abril, tras una valerosa defensa a cargo de la división mandada por El Campesino.¹¹ Yagüe sostenía que el mejor modo de acabar con los suministros de armas a la República era proceder a la ocupación de una Cataluña aislada y mal defendida, cerrando así la frontera con Francia. Muchos de los colaboradores más próximos de Franco, incluidos Vigón y Kindelán, creían que el Generalísimo debía emplear su aplastante superioridad para hacerlo y liquidar así al enemigo. Kindelán expuso esta opinión en visitas frecuentes a Pedrola y en un alud de cartas.¹² El general Hellmuth Volkmann, que el 1 de noviembre de 1937 había sustituido a Sperrle como comandante de la Legión Cóndor, recibió instrucciones del Ministerio de la Guerra alemán para instar a Franco a continuar la ofensiva contra Cataluña hasta que toda la región hubiera caído, y no detener allí la ofensiva para trasladarla a otros frentes.¹³ Si el Generalísimo hubiera seguido este consejo, probablemente habría acelerado la conclusión de la guerra. Entre Lérida y Barcelona no existían fuerzas republicanas importantes y los ejércitos republicanos del sur y del centro no podían ayudar a Cataluña. La victoria apuntaba en el horizonte. En Cataluña radicaba lo que quedaba de la industria bélica republicana y Barcelona era ahora la sede del gobierno de la República. La caída de la región habría sido por tanto un golpe devastador a la moral republicana.¹⁴ Si Franco decidía no avanzar a través de Cataluña, se suponía que el objetivo más indicado sería Madrid.

Sin embargo, parece que el Generalísimo no era partidario de atacar Cataluña porque un repentino desplome republicano ocasionado por la pérdida de Barcelona aún dejaría un número sustancial de republicanos armados en la España central y meridional. Asimismo, un rápido desmoronamiento como resultado de la victoria en Madrid habría dejado intactas numerosas fuerzas republicanas en Cataluña y en el sureste. El propósito de Franco seguía siendo la aniquilación total de la República y sus partidarios.¹⁵ Su decisión de no dar un rápido golpe de gracia pudo estar también motivada por el temor a que, después de la *Anschluss* de Austria el 11 de marzo de 1938, los franceses estuvieran lo bastante preocupados por los triunfos fascistas a su alrededor para contemplar una intervención en Cataluña a favor de la República. El 16 de marzo, el Estado Mayor de Franco recibió información a través de un simpatizante del Estado Mayor francés de que Blum había propuesto al Comité Permanente de Defensa Nacional que se diera un ultimátum a Franco, exigiéndole que renunciara al apoyo de fuerzas extranjeras. En la prensa francesa se hablaba de que tres o posiblemente cinco divisiones francesas estaban a punto de ser enviadas al frente catalán.¹⁶ Al final, aunque temeroso de una tercera potencia fascista en sus fronteras, Blum se limitó a permitir el paso de suministros para la República. La reapertura al tráfico de la frontera francesa el 17 de marzo aportó nuevas esperanzas a los defensores de la República. No obstante, la inquietud de Franco por las actividades francesas no puede explicar del todo su cauta suspensión de la ofensiva contra Cataluña.¹⁷

Después de mucho dudar, para mortificación de Kindelán, Vigón y Yagüe, que estaban convencidos de que podían conquistar fácilmente Cataluña, y para asombro de Azaña, Franco desvió sus tropas hacia el sur para un gran ataque contra Valencia.¹⁸ Se ordenó a Yagüe que se atrincherara a lo largo del Segre y muchas de sus mejores unidades fueron transferidas al sur pese a que él y el coronel Heli Rolando de Tella estaban ansiosos por proseguir su avance hacia Barcelona. El éxito de Yagüe había superado todas las expectativas pero Franco era reacio a permitirle continuar sin tener detallados planes de contingencia. Años después dijo: «Nunca he jugado una carta sin ver la siguiente y en ese momento no podía ver la próxima carta». La situación internacional ciertamente hacía difícil predecir las cartas, pero es difícil evitar la conclusión de que Franco no sólo estaba motivado por su precaución instintiva, sino por su renuencia a acercarse a la victoria definitiva sin antes proceder a una mayor destrucción y desmoralización de los recursos humanos de la República. Vicente Rojo quedó perplejo cuando Franco optó por dirigirse hacia el Maestrazgo, y más adelante escribió que si Franco hubiera continuado el ataque contra Cataluña, «con menos esfuerzo y en menos tiempo, habría tenido en mayo de 1938 el triunfo de febrero de 1939».¹⁹

La consecuente exasperación de Yagüe explotó en un banquete falangista que se celebró en Burgos el 19 de abril de 1938, para conmemorar el aniversario de la unificación de FET y de las JONS. Su irritación ante la falta de resolución militar de Franco le indujo a expresar su aún mayor descontento por el sesgo conservador de la política nacional. Alabó el coraje de los soldados republicanos. Utilizando un lenguaje que anteriormente sólo se había oído en boca de Hedilla, habló de la necesidad de curar heridas, de instaurar justicia social, de hacer intentos de acercamiento a los miles de republicanos que se hallaban en las cárceles franquistas y de tener la magnanimidad de perdonar. Habló incluso más apasionadamente de la necesidad de perdonar a Hedilla y a sus seguidores encarcelados. Franco relevó del mando a Yagüe brevemente aplicando su política de palo y zanahoria. Ésta fue tan fructífera como siempre. Yagüe volvió al mando del cuerpo de ejército marroquí al cabo de unas semanas y en cuestión de meses estaba escribiendo a Franco cartas en términos muy cordiales.²⁰

Las fuerzas de Franco descendieron por el valle del Ebro aislando Cataluña del resto de la República. El 15 de abril, Viernes Santo,

alcanzaron el mar en el pueblo costero de Vinaroz. En la playa de Benicasim, los eufóricos soldados de navarros comandados por el amigo de Franco, Camilo Alonso Vega, retozaban entre las olas. Alonso Vega por su parte se persignó con agua del Mediterráneo.²¹ La prensa nacional declaró jubilosa que el fin de la guerra era inminente. «La espada victoriosa de Franco partió en dos la España que aún detentan los rojos.»²² Franco era lo suficientemente optimista para hablar a alemanes e italianos de una posible retirada de voluntarios, aunque el equipo de la Legión Cóndor quedaría en España.²³ El 23 de abril, los generales Varela, Aranda y García Valiño iniciaron un gran avance en un amplio frente por el difícil terreno del Maestrazgo con el fin de ensanchar la ofensiva hacia el Mediterráneo. Sin embargo, las armas que la República había conseguido como resultado de la reapertura de la frontera con Francia redujeron el avance nacional a una penosa marcha.²⁴ A principios de mayo la ofensiva nacional se había estancado en todos los frentes y el Generalísimo se vio obligado a recurrir nuevamente a la Legión Cóndor y el CTV que aún permanecía en España hasta que la victoria estuviera segura. A fin de evitar que la Legión Cóndor fuera retirada, el Caudillo hizo las mayores concesiones que jamás había hecho a los alemanes en cuanto al grado de su participación en la minería española.²⁵

Sin embargo, el respiro logrado por la República fue breve. El segundo gobierno de Blum, que de todas maneras se había visto inmovilizado por la falta de una clara mayoría, duró poco más de seis semanas antes de que asumiera el poder el gobierno de Daladier a finales de abril. Éste volvió a cerrar la frontera con España el 13 de junio. En el interludio, después de que el 20 de febrero de 1938 dimitiera Anthony Eden, el antifascista ministro de Asuntos Exteriores del gobierno británico de Neville Chamberlain, éste se inclinó aún más por la vía del apaciguamiento a cualquier precio.²⁶ En abril se había firmado un tratado angloitaliano con lo cual Gran Bretaña condonaba tácitamente la intervención del Duce en España.

Consternado por la sostenida lentitud de Franco, en junio y en julio Mussolini envió a España casi seis mil hombres más y numerosos aviones.²⁷ La inyección de equipo italiano reavivó el avance nacional y el bombardeo y el fuego de artillería pesada hicieron retroceder poco a poco a los republicanos. A pesar de ello, la ofensiva de Franco contra Valencia no salió como había planeado. Los generales Varela, Aranda y García Valiño avanzaban hacia la costa lenta y fatigosamente frente a unas fuerzas republicanas que demostraron su habitual eficacia y determinación en la defensa. Mediante el uso de trincheras bien planeadas y líneas de comunicación bien protegidas consiguieron infligir fuertes bajas a los nacionales sin sufrir ellos demasiadas. No obstante, el avance de los nacionales era inexorable, aunque penosamente lento. El 26 de mayo, Kindelán había escrito a Franco suplicándole que abandonara una operación que estaba costando muchas bajas, pero el Generalísimo permaneció imperturbable.²⁸ Una nota escrita de puño y letra de Franco, fechada el 18 de mayo, sugiere que había considerado la posibilidad de regularizar la línea de batalla en el Maestrazgo, e inmediatamente después lanzar un ataque sobre Cataluña. Sin embargo, empeñado en la costosa ofensiva sobre Valencia, se negó a desviarse.²⁹ El 15 de junio, Aranda tomó Castellón.³⁰

Como consecuencia de que los nacionales hubieran logrado alcanzar la costa mediterránea, las comunicaciones por mar entre las dos partes de la dividida zona republicana cobraban una importancia crucial. Franco estaba decidido a eliminar el comercio marítimo republicano y autorizó a la Legión Cóndor y la Aviazione Legionaria a emprender bombardeos indiscriminados de las mal defendidas ciudades costeras republicanas y de los buques mercantes en la zona. Como sólo los barcos registrados en Gran Bretaña disfrutaban de protección eficaz, éstos constituían un porcentaje desproporcionadamente alto de los transportes republicanos y, por tanto, del tonelaje hundido por las bombas. Entre mediados de abril y mediados de junio, veintidós barcos con matrícula británica fueron atacados en la costa española y once de ellos hundidos o seriamente dañados. Al mismo tiempo, en un esfuerzo por demoler la moral republicana, se lanzaron feroces ataques sobre ciudades abiertas como Valencia, Alicante y Barcelona. El 2 de junio fue bombardeada Granollers, treinta kilómetros al norte de Barcelona, y murieron varios cientos de mujeres y niños. Esto, junto con los ataques a los barcos británicos, provocaron finalmente las protestas de Londres, donde Winston Churchill hizo un llamamiento para adoptar una actitud firme.³¹

El nuevo secretario del Foreign Office, lord Halifax, y el propio Chamberlain estaban muy violentos por lo sucedido, aunque ninguno quería hacer nada para socavar la posición de Franco. Sin embargo, el antifranquista Eden estaba recuperando prestigio y se temía la posible caída de Chamberlain. Éste escribió en su diario: «He pensado en todas las formas de represalia posibles y está absolutamente claro que ninguna de ellas sería efectiva a no ser que estemos dispuestos a entrar en guerra con Franco... a la cual, desde luego, se podría llegar, si Franco fuera lo bastante estúpido».³² Después del humillante hundimiento de un barco británico en presencia de un buque de la Royal Navy, fue llamado a consulta sir Robert Hodgson, representante diplomático británico en la España de Franco. Los británicos hicieron esfuerzos para conseguir que Franco frenara sus ataques a través de gestiones secretas con alemanes e italianos, lo cual aumentó el desprecio que tanto en Roma como en Berlín sentían por Chamberlain. A una amable petición de lord Perth para que Italia intercediera contra la política de bombardeos de Franco, Ciano respondió que los ataques los dirigían los asesores militares de Franco y que los italianos no eran responsables de ellos. Luego dijo al embajador alemán Hans Georg von Mackensen: «Desde luego, no hemos hecho nada y tampoco tenemos intención de hacerlo».³³ Ribbentrop rechazó también la solicitud del embajador británico en Berlín, sir Neville Henderson, diciendo que: «La cuestión de las incursiones aéreas era de la incumbencia del general Franco, a quien, además, no podíamos asesorar en cuanto a la dirección de la guerra».³⁴ Halifax comunicó al embajador alemán en Londres, Herbert von Dirksen, la preocupación que los bombardeos estaban causando en Gran Bretaña, aunque dejó claro «que deseaba a toda costa evitar crear cualquier fricción con Alemania».³⁵

La reacción inicial de Franco a las protestas de Londres fue desoírlas del todo. Lamentaba la pérdida «accidental» de vidas británicas pero se negaba a garantizar que en el futuro no se fueran a bombardear buques británicos, alegando que podían transportar materiales útiles para

sus enemigos, entre otros carbón y alimentos.³⁶ Pero en Burgos, Berlín y Roma se temía que los bombardeos pudieran hacer peligrar la posición de Chamberlain y se acordó que no se haría nada que aumentara el riesgo de su salida y su relevo por Eden.³⁷ Los alemanes también estaban molestos porque Franco había permitido que circularan comentarios de que la Legión Cóndor realizaba estos bombardeos por iniciativa propia, cuando en realidad los llevaban a cabo alemanes e italianos que operaban a sus órdenes.³⁸ El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán dio instrucciones al embajador Stohrer para que advirtiese a Franco que, si seguía permitiendo que el baldón de tales bombardeos recayera sobre la Legión Cóndor, las fuerzas alemanas se retirarían de España. En realidad, Berlín ya había tomado la decisión de reforzar la Legión Cóndor como respuesta a la decisión de Franco de abrir las puertas a una mayor participación alemana en la minería española.³⁹

La presión de Berlín y el consejo de los italianos de que se abstuviera de bombardear barcos británicos en puertos republicanos inclinó al Caudillo a interrumpir estas incursiones. A pesar de su constante retórica antibritánica y las acusaciones de que Londres apoyaba a la República, Franco comprendía bien el valor que la política de Chamberlain tenía para él y temía el regreso de Eden.⁴⁰ A principios de julio llegó a España un emisario no oficial de Londres, lord Phillimore, militante entusiasta de varias organizaciones pro bando nacional, el cual visitó a Franco con el conocimiento y la aprobación del primer ministro británico. Phillimore era presidente de The Friends of National Spain y miembro destacado del United Christian Front, dedicado a demostrar que Franco luchaba por el cristianismo contra el Anticristo. Al recibir a Phillimore, Franco, deseoso de mantener encubierto ese apoyo británico que tan útil le resultaba, envió un untuoso mensaje de agradecimiento a Chamberlain. Halifax, algo incómodo, transmitió el mensaje al no menos abochornado Chamberlain. Ambos estuvieron de acuerdo en que no se diera publicidad a la nota.⁴¹ Lo que es más importante, Franco moderó los ataques a los buques británicos, aunque no a las indefensas ciudades españolas.

El 18 de julio de 1938, segundo aniversario del alzamiento militar, el gobierno nacional resolvió: «exaltar a la dignidad de Capitán General del Ejército y la Armada, al Jefe del Estado, Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, y Jefe Nacional de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, Excmo. Señor don Francisco Franco Bahamonde». El decreto declaraba que el gobierno deseaba así «rendir tributo de justicia a quien, por designio divino y asumiendo la máxima responsabilidad ante su pueblo y ante la Historia, tuvo la inspiración, el acierto y el valor de alzar la España auténtica contra la antipatria; y después, como artífice inimitable de todo nuestro Movimiento, dirige personalmente y en forma insuperable una de las más difíciles campañas que registra la Historia». Cuando a Franco se le ofreció ceremoniosamente el fajín y el bastón de mando de su nuevo grado, se comparó a sí mismo con los grandes capitanes de la historia, que alcanzaban el triunfo por ser el instrumento del destino.⁴² Anteriormente el grado de capitán general se reservaba a los reyes de España. Ahora el Caudillo hacía realidad su sueño de toda la vida. Empezó también a permitirse el capricho de aparecer en algunos actos públicos con el uniforme de almirante de la Armada.⁴³

En su discurso, el Caudillo recalcó su estrecha relación con José Antonio Primo de Rivera, citando la carta que le escribió el jefe falangista poco antes del levantamiento de octubre de 1934, aunque omitiendo mencionar que no le había respondido. Entre otras falacias, denunció el uso de voluntarios extranjeros por parte de la República como una «invasión extranjera» y declaró, sin ironía, que los destructores de Guernica, refiriéndose a los imaginarios dinamiteros vascos de su propaganda, habían perdido el derecho a llamarse españoles. El resto del discurso era una exposición imprecisa de lo que podía esperarse de su igualitaria «Revolución Nacional».⁴⁴ La vaga retórica fascista estaba acompañada por una puesta en escena que recordaba el estilo de los actos públicos en la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. La noche anterior, una procesión de falangistas con antorchas había desfilado por Burgos antes de detenerse en el palacio del Generalísimo, donde cantaron el *Cara al Sol*. El 18 de julio, los edificios y calles de Burgos se engalanaron para la celebración, que era una anómala mezcla de elementos fascistas y medievales. Las calles se cubrieron de arena para el desfile militar; a lo largo del trayecto, gigantescos retratos del Caudillo adornaban las paredes de los edificios públicos, y se erigieron grandes obeliscos, coronados con el yugo y las flechas de la Falange y el águila imperial española. Después de la ceremonia, Franco salió del palacio rodeado por su guardia mora, otro símbolo de su estatus imperial.⁴⁵

Esta teatral ceremonia era indicio de que, por fin, la conclusión de la guerra parecía inminente. El 23 de julio de 1938, Valencia estaba directamente amenazada, encontrándose los nacionales a menos de cuarenta kilómetros de distancia. En un intento por restablecer el contacto con Cataluña y el resto de la zona republicana, el general Rojo concibió y planeó un desesperado ataque de diversión a través del Ebro. Con ese propósito se formó un ejército del Ebro a cuyo mando se puso al general comunista Juan Modesto. Franco había confiado la responsabilidad de la defensa nacional al sur del Ebro al impetuoso Yagüe. Corrían rumores de un inmediato ataque republicano a través del río y algunos desertores del Ejército Popular dieron a los nacionales informes específicos al respecto. Sin embargo, Yagüe no consiguió averiguar dónde, cuándo ni cómo. Dada la longitud del frente del Ebro, las fuerzas de las que disponía eran insuficientes para defender el río de forma homogénea a lo largo de todo su curso. Además, el hecho de que el principal interés de Franco fuera el punto muerto en el que se encontraba el avance por el Maestrazgo, hizo que las constantes solicitudes de refuerzos de Yagüe fueran desoídas por el Cuartel General del Generalísimo.⁴⁶

Una gran concentración de hombres (unos ochenta mil) fueron transportados en secreto hasta las riberas del río. La noche del 24 al 25 de julio, empleando barcas, las primeras unidades del ejército de Modesto cruzaron por un recodo del río cerca de Gandesa. Los restantes cruzaron sobre pontones al día siguiente. El ataque sorprendió a las débiles líneas nacionales.⁴⁷ Una mezcla de exceso de confianza y mala

información resultó en un error de cálculo en cuanto al alcance y escala del avance republicano. El 22 de julio, el propio Yagüe informó a Franco de su optimismo sobre la posibilidad de contener cualquier ataque. El Caudillo estaba en Burgos cuando por fin ocurrió. Pacón lo despertó y Franco telefoneó de inmediato a Kindelán para ordenar un masivo bombardeo aéreo de las cabezas de puente republicanas.⁴⁸ El Ejército Popular infligió serias bajas a las tropas de Yagüe, aunque la XIV Brigada Internacional sufrió muchas pérdidas y fue obligada a retirarse. Río arriba, las tropas republicanas lograron establecer una cabeza de puente en una amplia curva de río. El 1 de agosto llegaban a las afueras de Gandesa, a cuarenta kilómetros del punto de partida. Gandesa está situada en el centro de una importante red de carreteras que habría constituido la plataforma de lanzamiento ideal para posteriores avances republicanos.

Se ha dicho que aunque su Estado Mayor quedó muy alarmado por la ofensiva republicana, Franco, el hombre con visión de futuro, estaba encantado con el ataque, percatándose enseguida de la oportunidad de tentar a los republicanos para que cayeran en una trampa, dejándoles cruzar el río para luego rodearlos y aplastarlos. Es sin duda cierto que el Estado Mayor de Franco estaba en un principio desmoralizado por el éxito estratégico de los republicanos.⁴⁹ Pero la reacción del Caudillo fue fríamente flemática y no precisamente de gran visión. Como tantas otras veces, simplemente se dispuso a recuperar el territorio perdido. Ordenó en primer lugar que las fuerzas republicanas fueran bombardeadas desde el aire y después envió refuerzos rápidamente para contener su avance. El 2 de agosto visitó el frente por primera vez. Franco volvió a fijar su Cuartel General en el palacio de Pedrola. Poco después, su Cuartel General móvil, un convoy de camiones bien custodiado y camuflado, se estableció en Alcañiz, haciéndose pasar por una estación de radio.⁵⁰ Desde los primeros días de agosto, Franco comenzó a plantearse la posibilidad de lanzar un ataque a gran escala contra las cabezas de puente republicanas y librar una brutal batalla de desgaste para machacar al ejército enemigo, aunque a un alto precio para las tropas nacionales. La ofensiva contra Valencia fue abandonada. Así empezó una batalla desesperada y estratégicamente absurda por el territorio capturado, que supuso un baño de sangre aún peor que el de Brunete, Belchite y Teruel. Pero Franco fue insensible a las bajas propias una vez vio la oportunidad de aplastar al ejército republicano.⁵¹

Para desesperación de algunos miembros de su propio Estado Mayor así como de alemanes e italianos, la batalla del Ebro duraría casi cuatro meses. De haber optado por contener a los republicanos, que tenían el río a la espalda, y haber procedido a un rápido ataque hacia Barcelona, entonces prácticamente indefensa, se hubiera podido acelerar en seis meses el final de la guerra. Cuando Kindelán le hizo ver esta posibilidad, Franco se limitó a encogerse de hombros y a asentir, pero no dijo nada.⁵² Como disponía de casi un millón de hombres en su ejército, podía permitirse el lujo de despreocuparse por sus vidas. Su formación en las guerras africanas no le inclinaba a comportarse de otro modo. Prefirió convertir Gandesa en cementerio del ejército republicano antes que obtener una victoria rápida e imaginativa.⁵³

La desilusión del Alto Mando nacional reversionó en la moral y se manifestó en un rosario de críticas a las decisiones del Generalísimo. Kindelán cuestionó el uso limitado de los carros de combate.⁵⁴ Pacón afirmó que el Ebro fue la única batalla de la Guerra Civil en la que el desacuerdo entre Franco y sus generales se hizo público.⁵⁵ El barón Von Stohrer informó de violentas escenas en las que Franco acusó a sus generales de no cumplir correctamente sus órdenes.⁵⁶ Siguiendo instrucciones de Mussolini, el general italiano Mario Berti informó a Franco de que debía intensificar sus esfuerzos para concluir la guerra y que sólo recibiría más material si los italianos tenían más voz en la conducción estratégica del esfuerzo bélico. El conde Viola le dijo a Von Stohrer que dicha advertencia era una bravata, pero que reflejaba la preocupación italiana por el proceder dilatorio de Franco.⁵⁷

El Duce era cada vez más pesimista sobre la «inconsistente dirección de la guerra» por parte de Franco. A Ciano le dijo: «Escribe en tu diario que hoy, 29 de agosto, profetizo la derrota de Franco. O el hombre no sabe cómo hacer la guerra o no quiere. Los rojos son combativos, Franco no». ⁵⁸ De hecho, agobiado por el aparente estancamiento y el cansancio de la guerra, el presidente del gobierno republicano, Juan Negrín, buscaba un compromiso de paz. Pero Franco no estaba dispuesto a aceptar nada que no fuera una rendición incondicional.

La sentencia de muerte irrevocable para la República llegó con la reacción británica ante la crisis germano-checoslovaca de finales de septiembre de 1938. Negrín había depositado sus esperanzas en una escalada de la tensión que facilitara su alineación con las democracias occidentales. Con esa finalidad anunció que retiraría a todos los voluntarios extranjeros que combatían en el bando republicano. Franco coincidía con Negrín en que el estallido de una guerra europea pondría en peligro la victoria nacional. Suponía que la República se alinearía con Francia y Rusia contra Alemania y que, en esas circunstancias, la República podría abastecerse de suministros mientras la España nacional se vería prácticamente aislada de las potencias del Eje y amenazada por el ejército francés. El Caudillo estaba consternado porque Hitler hubiera provocado la crisis de los Sudetes sin tener en consideración los problemas de los nacionales españoles y esperó con ansiedad el resultado de la reunión de Múnich. El gabinete se mantuvo reunido en sesión permanente. Incluso Mussolini creía que los nacionales habían perdido la oportunidad de vencer y que Franco debía buscar ahora un compromiso de paz.⁵⁹ El Ebro constituía un desolador callejón sin salida y las posibles incursiones francesas en Cataluña, el País Vasco y el Marruecos español eran una perspectiva desalentadora para las tropas de Franco, excesivamente desplegadas.⁶⁰ El Caudillo estaba perplejo y dolido por no haber recibido comunicación alguna de Berlín hasta una vez firmado el pacto de Múnich. Un indicio de la tensión que padecía es que, por primera vez en años, se encontró indispuerto y se recluyó en su Cuartel General de Aragón.⁶¹

A pesar de sentirse traicionado, Franco no emprendió ninguna acción para desvincular a la España nacional de un posible conflicto internacional relacionado con Checoslovaquia hasta que Londres y París le interpellaron sobre su postura. Los gobiernos británico y el

francés querían saber cuáles eran sus planes en caso de una guerra general europea. Jordana reflejaba las preocupaciones de Franco cuando expresó a sir Robert Hodgson, el representante británico en Burgos, «los más cálidos sentimientos de simpatía hacia Inglaterra» y su interés por el éxito de las iniciativas de paz de Chamberlain. Jordana negó que Franco fuera a alinearse con el Eje y afirmó que intentaría mantener una estricta neutralidad.⁶² El representante del bando nacional en Londres, el anglófilo duque de Alba, repitió el mismo mensaje junto con una solicitud dirigida al Foreign Office para que convenciera a Francia de que respetara la neutralidad de Franco en caso de guerra europea.⁶³

La principal preocupación de Franco era que nada obstaculizara su esfuerzo bélico dentro de España. En consecuencia, también estaba decidido a evitar el distanciamiento de sus aliados del Eje. En consecuencia, se informó a alemanes e italianos de que, a pesar de la gran simpatía por su causa, la España nacional lamentaba no estar aún lo bastante fuerte para alinearse junto a ellos.⁶⁴ Ciano escribió en su diario: «¡Vergonzoso! Suficiente para hacer levantar de sus tumbas a nuestros muertos en España». Mussolini también reaccionó violentamente y habló de retirar todas sus tropas de España, aunque se calmó en seguida.⁶⁵ Hitler estaba indignado ante lo que consideraba ingratitud por parte de Franco.⁶⁶

Al final, antes que arriesgarse a una guerra con Hitler, Chamberlain accedió a la desmembración de Checoslovaquia en el pacto de Múnich del 29 de septiembre.⁶⁷ Franco, muy aliviado, envió inmediatamente a Chamberlain sus «más cordiales felicitaciones» por «sus magníficos esfuerzos para la preservación de la paz en Europa».⁶⁸ Quizá percibió, como le ocurrió a Winston Churchill, que Gran Bretaña había «experimentado una derrota sin guerra».⁶⁹ Desde luego se apresuró a enviar sus felicitaciones a Hitler, no por conseguir la paz, sino por la resolución favorable de la «cuestión de los Sudetes alemanes». Como mínimo, deseaba enmendar la mala impresión que había dejado en Roma y Berlín su declaración de neutralidad. Múnich supuso un golpe devastador contra la República y no es de extrañar que Franco expresara en persona a Von Stohrer su entusiasmo por el triunfo del Führer.⁷⁰ Poco después, Franco autorizó una campaña de difamación contra el presidente estadounidense, Roosevelt, y su secretario de Estado, Cordell Hull. El embajador norteamericano llegó a la conclusión de que: «el régimen de Franco es hostil a Estados Unidos, sus dirigentes, sus principios y su política».⁷¹

Al abrir las presas de los afluentes pirenaicos del Ebro, los nacionales consiguieron aislar a las tropas republicanas y dejarlas atrapadas en un terreno accidentado, con poca cobertura y escasas provisiones. Con órdenes de no retirarse, los republicanos resistieron tenazmente a pesar del feroz bombardeo aéreo y artillero. Quinientos cañones dispararon más de trece mil quinientos proyectiles al día durante casi cuatro meses. En medio de un calor abrasador, escasas o faltas de agua y bombardeadas desde el alba hasta el ocaso, las fuerzas republicanas resistieron. Según Von Stohrer, llegado el otoño los nacionales empezaban a «desangrarse». Con serias dudas sobre la victoria final, creía erróneamente que el Generalísimo aceptaría un armisticio. En realidad, Franco era inflexible y por ninguna circunstancia estaba dispuesto a aceptar compromiso alguno.⁷²

Consciente de que Múnich había frustrado la última esperanza de salvación del gobierno republicano en una guerra europea, y más decidido que nunca a aplastar definitivamente a su ejército, Franco reunió más de treinta mil hombres y consiguió cuantiosos envíos de nuevo equipo alemán para armarlos. Desde mediados de octubre, Von Stohrer aprovechó la necesidad de Franco para presionarlo sobre las concesiones mineras que deseaba el Tercer Reich. Los alemanes aumentaron las entregas de suministros sólo después de que Franco consintiera en conceder más derechos mineros de los previstos en el *proyecto Montana* así como en sufragar el coste de la Legión Cóndor.⁷³ La concesión de mayor participación alemana en las empresas mineras de la España peninsular y la zona marroquí fue un precio muy alto y contradecía las afirmaciones de Franco sobre su compromiso con la soberanía española siendo más bien prueba fehaciente de «la firme intención de la España nacional de continuar orientándose política y económicamente hacia Alemania después de la guerra».⁷⁴ Las razones del Caudillo son perfectamente comprensibles. Con la frontera francesa cerrada y sin que la República recibiera ya ayuda de la Unión Soviética, las entregas de equipo alemán volverían a darle la ventaja decisiva para la acometida final.

El 30 de octubre de 1938 se lanzó la definitiva contraofensiva nacional de la batalla del Ebro. Franco siguió la batalla de cerca desde su Cuartel General de campaña móvil. En ella, siguió la táctica de concentrar ataques aéreos y artilleros en pequeñas áreas escogidas, seguidos de asaltos de la infantería. Estos severos bombardeos tenían a su juicio la ventaja de aplastar físicamente a las fuerzas republicanas.⁷⁵ Hacia mediados de noviembre, pagando un precio aterrador en bajas, los franquistas expulsaron a los republicanos del territorio tomado en julio. Al retirarse y cruzar el Ebro, los republicanos dejaban tras de sí muchos muertos y un material valioso. Ambos bandos sufrieron cuantiosas bajas, aunque existe cierta polémica sobre su número. Los nacionales perdieron más de 6.500 hombres y, si creemos a Von Stohrer, tuvieron casi 30.000 heridos. Los republicanos sufrieron un número parecido de heridos y casi 15.000 muertos. Fue el número de bajas más alto de la guerra. Franco tardó cuatro meses en recuperar el territorio conquistado por la República en una semana. Si hubiera empleado una estrategia más arriesgada, copando a los republicanos cerca de Gandesa y lanzando un ataque sobre Barcelona desde Lérida, probablemente la guerra habría finalizado en el verano de 1938. No obstante, gracias a su preferencia por una guerra de desgaste, Franco había conseguido que la República perdiera su ejército. El último y desesperado esfuerzo del Ebro había dado a Franco el tipo de victoria definitiva que tenía para él mucha mayor importancia que una estrategia que garantizase una pronta solución al conflicto. Había conseguido la aniquilación física de su enemigo. No habría armisticio negociado, ni condiciones para la rendición, ni paz con honor.

El mariscal de campo británico sir Philip Chetwode presidió la comisión para supervisar el canje de prisioneros, logrando el intercambio de cien prisioneros británicos capturados por los nacionales a cambio de cien italianos apresados por la República.⁷⁶ Su éxito reflejaba el

desdeo de Franco de congraciarse con italianos y británicos. Sin embargo, el mariscal Chetwode poco pudo hacer por los prisioneros republicanos, con los que Franco fue implacable.⁷⁷ Chetwode escribió a lord Halifax a mediados de noviembre de 1938: «Apenas puedo describir el horror que he presenciado en España desde mi entrevista con Franco hace tres días. Es peor que los rojos y no pude lograr que detuviera la ejecución de sus desafortunados prisioneros. El otro día, cuando conseguí sacar ciento cuarenta hombres de la embajada cubana en Madrid y pasarlos a través de las líneas republicanas, Franco se negó abiertamente a darme a nadie por ellos a pesar de su promesa. Y cuando nos envié gente a cambio, casi la mitad no eran las personas que había prometido liberar sino criminales que estaban en la cárcel, muchos desde antes de que estallara la guerra».⁷⁸

La muerte de su hermano menor no debió de contribuir a ablandar la actitud del Generalísimo hacia el enemigo. El 28 de octubre de 1938, Ramón Franco murió mientras volaba en una misión que, partiendo de Pollensa (Mallorca), tenía por objetivo bombardear los muelles de Valencia; se trataba de una misión parecida a las incursiones sobre Barcelona en las que ya había participado. Circularon rumores de que había sido víctima de un sabotaje, pero tenían poco fundamento. Cuando llegó la noticia al despacho de Franco en Burgos, no demostró el más mínimo atisbo de emoción. Aunque era propenso a las lágrimas cuando le convenía, rara vez revelaba sus verdaderos sentimientos cuando le afectaban directamente. Envié el siguiente telegrama a la aviación nacional: «N O ES NADA LA VIDA QUE SE DA ALEGRE POR LA PATRIA, Y SIENTO EL ORGULLO DE QUE LA SANGRE DE MI HERMANO , EL AVIADOR FRANCO, SE UNA A LA DE TANTOS AVIADORES CAÍDOS ».⁷⁹ Ramón fue enterrado con considerable solemnidad en Mallorca, con Nicolás en representación del Caudillo.

El fin de la República era inminente. Al igual que la derrota de Teruel había abierto el camino al avance nacional hasta la costa, el agotamiento tras la batalla del Ebro invitaba al lanzamiento de otra ofensiva. De hecho, la voluntad de resistencia republicana se mantenía viva sólo por el temor creado por la pública determinación de Franco de erradicar para siempre de España a liberales, socialistas y comunistas. El 19 de noviembre de 1938, el barón Von Stohrer escribió al ministerio alemán de Exteriores: «Los principales factores que aún alejan a las partes beligerantes son la desconfianza, el temor y el odio».⁸⁰ Franco le dijo a James Miller, vicepresidente de la United Press, que una paz negociada estaba fuera de lugar «porque los delincuentes y sus víctimas no pueden vivir juntos». Decidido a seguir una política de posguerra de venganza institucionalizada, descartó la idea de una amnistía general y declaró que los nacionales tenían una lista de dos millones de rojos que serían castigados por sus «crímenes».⁸¹ Los archivos de los grupos políticos y toda la documentación que los nacionales capturaban en la caída de cada ciudad quedó reunida en Salamanca. Cuidadosamente catalogada, proporcionó la base para un enorme fichero de miembros de partidos políticos, sindicatos y logias masónicas. La zona republicana se mantuvo en pie de guerra ante todo por el terror a las represalias de los nacionales.

A mediados de noviembre, a pesar de contar con una superioridad material aplastante, al Generalísimo le asaltó de nuevo la indecisión. Aún acariciaba la idea de otro ataque sobre Madrid o, alternativamente, sobre Valencia con el fin de amenazar la capital. Los consejeros militares italianos eran hostiles a cualquier operación contra Madrid, pues los informes de sus servicios secretos sugerían que la República había reforzado su posición en el centro de España. También existía oposición dentro del Alto Mando de Franco.⁸² Después del Ebro, el flanco más débil de la República era Cataluña y la insistencia de sus propios generales inclinó por fin al Generalísimo a optar por atacarla. El 26 de noviembre de 1938 dictó la orden general en la que subrayaba que la victoria del Ebro abría el camino a la aniquilación total de las fuerzas republicanas restantes. Un nutrido ejército se concentró a lo largo de una línea que rodeaba Cataluña desde el Mediterráneo hasta los Pirineos. En un principio planeada para el 10 de diciembre, la ofensiva se pospuso hasta el 15 del mismo mes. Cansado de los continuos retrasos debidos a un período de lluvias torrenciales, el nuevo comandante italiano, general Gastone Gambara, apremió a Franco a que decidiera la fecha del ataque. Por fin se eligió el 23 de diciembre.⁸³

Mientras dudaba cuál sería su próximo movimiento, el Caudillo se tomó tiempo libre para visitar su provincia natal y recibir un «regalo» de su gente. Julio Muñoz Aguilar, gobernador civil de La Coruña, y Pedro Barrié de la Maza, un banquero local, habían tenido la idea de organizar una suscripción pública para que los habitantes de la provincia demostrasen su gratitud al Caudillo. En marzo de 1938, con el dinero obtenido mediante suscripción, se adquirió una magnífica mansión rural, conocida como el Pazo de Meirás, que había pertenecido a la novelista gallega Emilia Pardo Bazán. Es posible que muchos contribuyeran libremente, pero dado que la cantidad de las donaciones fue fijada por las autoridades, es de suponer que muchos otros contribuyeron por temor a ser tachados de desleales. Fue otra pieza en el engranaje de la adulación. También marcó el principio del abandono de la relativa austeridad personal que había caracterizado el estilo de vida de los Franco durante la guerra.^{*} La casa se restauró y, el 5 de diciembre de 1938, Franco recibió las llaves y los certificados de la donación. Muñoz Aguilar fue recompensado con el lucrativo cargo de jefe de la Casa Civil del Generalísimo y administrador del Patrimonio Nacional, del que formaban parte las propiedades y tesoros artísticos de la familia real. Barrié de la Maza fue posteriormente ennoblecido por Franco, que en 1955 le otorgó el título de conde de Fenosa.⁸⁴

Durante la calma que precedió al ataque final sobre Cataluña, se oyeron comentarios preocupados sobre la aparente incapacidad del Generalísimo para poner fin a la guerra.⁸⁵ En medio de todo ello, la sobrina de Franco, Pilar Jaraiz Franco llegó a Burgos tras ser liberada de la cárcel de Valencia en un canje de prisioneros. Su recepción por parte del Generalísimo y su esposa resulta absolutamente reveladora de la atmósfera en que vivían. Pilar Jaraiz había sido anteriormente muy amiga de ambos y dama de honor en su boda. En los años previos a la guerra, cuando iban a Madrid, antes de tener su propio piso, se alojaban siempre con la madre de Pilar Jaraiz, Pilar Franco. La sobrina solía acompañarlos al cine, o a buscar antigüedades por el Rastro. En 1935, el Generalísimo había sido su padrino de boda y doña Carmen la

había ayudado a elegir el ajuar y a amueblar su casa. Pilar Jaraiz llegó a Burgos tras pasar dos espantosos años en una cárcel republicana con su bebé, que casi había muerto de meningitis, un período de sufrimiento directamente atribuible a su relación con Franco. Sin embargo, éste se mostró distante y la recibió con frialdad, sumiéndola en un azorado silencio y haciéndola sentirse como «un escarabajo». Su esposa también la saludó con desabrida indiferencia y la dejó totalmente perpleja al preguntarle: «¿De qué lado estás?». Era un síntoma del modo en que, acostumbrados a la constante adulación, Franco y su esposa reaccionaban ante los recientes murmullos de crítica. Ya se consideraban una estirpe distinta de los demás mortales.⁸⁶

El 23 de diciembre de 1938, desde su Cuartel General de campaña, *Terminus*, que desde la primavera de 1938 había establecido en el palacio de Pedrola, Franco supervisó la ofensiva definitiva contra Cataluña. Tenía equipo alemán nuevo y abundante, y suficientes fuerzas españolas e italianas de reserva para relevar a sus tropas cada dos días. La fuerza de ataque consistía en cinco cuerpos de ejército españoles, a las órdenes de los generales Agustín Muñoz Grandes, Rafael García Valiño, José Moscardó, José Solchaga y Juan Yagüe, junto con las cuatro divisiones del CTV al mando de Gambara. Las andanadas de la artillería precedieron el ataque; los castigados republicanos sólo pudieron presentar una resistencia simbólica.⁸⁷ Gambara optó por una táctica de *guerra celere* con la que los italianos pronto marcharon treinta kilómetros por delante de los españoles, que avanzaban con mayor cautela. El éxito del avance italiano indujo al gobierno francés a abrir la frontera para permitir la entrada de suministros en España. Mussolini, desesperado, envió a Gambara y al embajador Viola a entrevistarse con Franco para instarle a que procediera con más rapidez,⁸⁸ y Franco confesó a Viola su eterna preocupación por una posible intervención francesa. Como respuesta, Ciano informó a Londres y a Berlín que, si se producía alguna acción francesa de esta índole, Italia haría la guerra a Francia en suelo español. La amenaza surtió el efecto de bloquear la posibilidad de una ayuda sustancial de Francia a Cataluña.

Contando con ayuda tan determinante, no era de extrañar que Franco soñara con una España nacional que reconfiguraba el mundo como miembro del Eje. Sus esperanzas se traslucieron en una entrevista que concedió el 31 de diciembre de 1938, en vísperas de la victoria definitiva, a Manuel Aznar, uno de sus más diestros y entusiastas panegiristas. El texto, ampliamente difundido, señalaba claramente el rumbo que Franco pensaba tomar tanto en política nacional como internacional durante los años siguientes: represión draconiana en el interior, y ambición en lo exterior estarían a la orden del día. El Caudillo dejó perfectamente claro que no se podía pensar en amnistía ni en reconciliación respecto a los derrotados republicanos, a quienes se refería como «delincuentes». Sólo el castigo y el arrepentimiento abrirían la puerta de la «redención». Las cárceles y los campos de trabajo eran el purgatorio necesario para los culpables de «delitos» menores. Otros no podían esperar otra suerte que la muerte o el exilio.

La identificación de Franco con los aparentemente invencibles dictadores fascistas que habían colaborado en la victoria se reflejó en su beligerante declaración de que España sería a partir de entonces una «nación en armas», jactándose de que se crearía una «enorme base industrial» para sustentar las nuevas ambiciones militares de España, capaz de producir una Armada poderosa y una aviación potente, lo cual revelaba su limitada comprensión de los problemas económicos. Con una complacencia pasmosa y enteramente fuera de lugar, Franco expresó su confianza en el futuro económico inmediato de España; la victoria en la Guerra Civil era simplemente la primera etapa de un renacimiento a gran escala de la grandeza imperial española. En abierto desafío a la hegemonía británica y francesa en el Mediterráneo, afirmó que España dominaba la entrada al mar y que el nuevo armamento alteraba la relación de fuerzas en la zona, en interés de España. Empleando el lenguaje de un dictador fascista perdido en sueños imperiales, se vanaglorió de que el «intento de reducirnos a esclavitud en el Mediterráneo» le impeliría a entrar en guerra y afirmó que los asuntos de la zona no se podían discutir sin la participación española.⁸⁹

El 15 de enero de 1939 cayó Tarragona. El camino hacia una Barcelona prácticamente indefensa estaba despejado. En tres semanas de avance, tres mil kilómetros cuadrados cayeron en manos de los nacionales.⁹⁰ El 16 de enero, ante la desbandada de las tropas republicanas, Franco dio la orden de acelerar la marcha sin dar cuartel al enemigo.⁹¹ El 25 de ese mismo mes, el gobierno republicano huyó en dirección a Gerona mientras Yagüe cruzaba el río Llobregat, al sur de Barcelona. Al día siguiente, los rebeldes entraron en las calles desiertas de la hambrienta capital catalana, y comenzó una purga salvaje en la que fueron fusiladas miles de personas. El 10 de febrero había caído toda Cataluña.⁹² Los italianos creían que las tácticas de *guerra celere* de Gambara eran las que habían logrado la victoria. Ciertamente ellos aplicaron este tipo de «operación militar de moda» que Franco criticaba desde hacía tiempo.⁹³

Lo que quedaba de las Cortes republicanas se reunió por última vez en Figueras, cerca de la frontera francesa. El domingo 6 de febrero, después de que Negrín intentara convencerle de regresar a Madrid, el presidente de la República, Manuel Azaña, partió hacia el exilio. Tres días más tarde le siguieron Negrín y el general Rojo. Miaja permaneció al mando de las fuerzas republicanas que aún quedaban. A finales de febrero, Azaña dimitió y Diego Martínez Barrio, su sucesor constitucionalmente designado, se negó a regresar a España. Después de que Gran Bretaña y Francia anunciaran su reconocimiento del gobierno de Franco, la República quedó sumida en un caos constitucional. No estaba clara la validez legal del gobierno de Negrín, pero una amplia zona de aproximadamente el 30% del territorio español aún estaba en manos de la República. El mando supremo de esta zona central correspondía al general Miaja, aunque éste pasaba la mayor parte del tiempo en Valencia. Negrín aún albergaba la vana esperanza de resistir hasta que estallara la guerra europea y por fin las democracias se percataran de que la República había estado combatiendo en su misma lucha.

Aun cuando la resistencia era militarmente imposible, los comunistas estaban decididos a resistir hasta el final para poder extraer beneficios políticos de la «deserción» de sus rivales. Sin embargo, los elementos no comunistas querían negociar la paz en las mejores

condiciones posibles. Semejante esperanza parecía fútil después de la publicación el 13 de febrero de 1939 de la Ley de Responsabilidades Políticas, por la cual los defensores de la República eran declarados culpables del crimen de respaldar a la República «ilegítima». La ley era retroactiva hasta octubre de 1934. En diciembre de 1938 se había creado una comisión para demostrar la ilegitimidad de la República y un año después otra para documentar la persecución de personas de derechas en la zona republicana. La Ley de Responsabilidades declaraba delictiva la pertenencia a partidos políticos de izquierdas o logias masónicas. Entre las cláusulas de esta omnímoda ley figuraba la «pasividad grave»:⁹⁴ era el primer paso en la institucionalización de la represión a gran escala que ya había sido implacablemente aplicada, aunque sin fundamento jurídico, en el territorio capturado por los nacionales. Después, el fin de la guerra acarrearía una oleada masiva de arrestos, juicios, ejecuciones y encarcelamientos políticos.

El 4 de marzo, el ascético coronel Segismundo Casado, comandante del ejército republicano del centro y eficaz sustituto de Miaja, decidió poner fin a lo que se estaba convirtiendo en una carnicería sin sentido. Junto con algunos desilusionados dirigentes anarquistas y el distinguido socialista y profesor de lógica, Julián Besteiro, Casado formó una Junta de Defensa Nacional contraria a Negrín, con la esperanza de que sus contactos en Burgos facilitarían la negociación con Franco. Quizá también tuviera la esperanza de que inspirando un levantamiento militar «para salvar a España del comunismo», podría de algún modo congraciarse con Franco. A Casado, soldado inteligente y sin ambiciones personales, le exasperaba que Negrín y los comunistas hablaran de resistencia hasta el final mientras al mismo tiempo se las arreglaban para sacar fondos de España y conseguir aviones para marchar al exilio. La revuelta de Casado contra el gobierno republicano fue el detonante de lo que en la práctica fue una segunda Guerra Civil dentro de la zona republicana.

Lo que estaba sucediendo en Madrid tuvo eco en todas partes. En la base naval de Cartagena se desencadenó una peculiar serie de acontecimientos cuando Negrín envió al comandante comunista Francisco Galán para ocupar el mando. El 5 de marzo, una serie de oficiales de artillería, con ideas parecidas a las de Casado, se levantaron contra Galán. Se encontraron en una incómoda posición al ver que su acción era secundada por simpatizantes nacionales secretos, antiguos personajes de partidos de la derecha y falangistas locales. Los falangistas se hicieron con la estación de radio. Entre Galán, los oficiales de artillería republicanos anticomunistas y los nacionales estallaron combates esporádicos. Ello dio lugar a uno de los pocos actos de imprudencia de Franco en su dirección del esfuerzo bélico. Los nacionales enviaron telegramas al cuartel general franquista solicitando ayuda, y el Caudillo decidió enviar dos contingentes por mar, uno desde Castellón y otro desde Málaga. La mañana del 6 de marzo, una expedición precipitadamente reunida formada por barcos de transporte sin escolta, divisaba Cartagena. Pero entre tanto los republicanos leales habían recuperado el control del puerto y las baterías costeras abrieron fuego contra la improvisada flota, hundiendo un buque y provocando la muerte de más de mil soldados nacionales.⁹⁵

Mientras tanto, el 6 de marzo había empezado en Madrid la detención de comunistas. El general Miaja consintió a regañadientes en unirse a la Junta de Casado y asumir su presidencia. La mayoría de los dirigentes comunistas ya había salido de España, y desde Francia denunciaron a la Junta en los términos más virulentos. El 7 de marzo, el comandante Luis Barceló, comandante pro comunista del I Cuerpo del Ejército del Centro, decidió pasar a una acción más directa. Sus tropas rodearon Madrid y durante varios días se libró una feroz lucha en la capital de España. El IV Cuerpo, mandado por el anarquista Cipriano Mera, consiguió hacerse con el control y el 10 de marzo se acordó un alto el fuego. Barceló fue arrestado y ejecutado junto con algunos otros oficiales comunistas. Era el fin del dominio del Partido Comunista en la zona central. Mientras esto sucedía, Casado había estado intentando negociar con Franco, cuya condición básica para permitir la huida de un pequeño número de republicanos era la rendición de la aviación republicana en un plazo dado. Cuando éste acabó y por razones técnicas tal rendición no se había producido, Franco rompió bruscamente las negociaciones. Como era de esperar, seguía interesado sólo en la rendición incondicional, negándose también a llegar a ningún compromiso con los gobiernos británico y norteamericano sobre represalias, declarando que su patriotismo, sus elevadas miras y su generosidad serían garantía suficiente.⁹⁶ No fue el único en el bando nacional. Muchos compartían la opinión de Serrano Súñer de que, después de tanto derramamiento de sangre, una paz de compromiso era inaceptable.⁹⁷

Quedando brutalmente al descubierto la quiebra de los planes de Casado, en todos los frentes las tropas se rendían o simplemente se marchaban a casa, aunque algunos se echaron al monte y continuaron una resistencia de guerrillas hasta 1951. El 26 de marzo de 1939 se produjo un avance gigantesco y prácticamente sin oposición a lo largo de un amplio frente. Las fuerzas de Franco se limitaron a ocupar las posiciones abandonadas. El 27 de marzo, los nacionales entraron en Madrid en medio de un silencio fantasmal. Feliz, Ciano escribió en su diario: «Madrid ha caído y con la capital todas las demás ciudades de la España roja. La guerra ha terminado. Es una nueva y formidable victoria para el fascismo, quizá la más grande por ahora».⁹⁸ El 30 de marzo Franco no acudió a sus tareas diarias. Fue el único día de la guerra en que no pudo hacerlo, por enfermedad, una gripe con fiebre alta. Ello sugiere que, cuando por fin pudo relajarse, sucumbió a la intensa tensión acumulada durante casi tres años de dirección del esfuerzo bélico. Debido a esta enfermedad no pudo recibir la visita del almirante Canaris. Desde su lecho, siguió la caída incruenta de una ciudad tras otra: Alicante, Jaén, Cartagena, Cuenca, Guadalajara, Ciudad Real, etc.⁹⁹ El 31 de marzo, toda España estaba en manos de los nacionales. El Cuartel General de Franco dictó un último parte de guerra el 1 de abril de 1939 que, escrito de puño y letra del propio Franco, decía: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado». Franco tuvo la satisfacción de recibir un telegrama del Papa agradeciéndole la inmensa alegría que le había deparado la «victoria católica» de España. Era una victoria que había costado más de medio millón de vidas. Y costaría muchas más.

El disfrute de la gloria: adhesión al Eje, abril-septiembre de 1939

Con el final de la Guerra Civil, la euforia de Franco no tuvo límites. Dos ilusiones largamente acariciadas llegaron juntas con el triunfo. La victoria consolidó la imagen minuciosamente construida de sí mismo como cruzado medieval, defensor de la fe y restaurador de la grandeza nacional española, con su relación con la Iglesia como importante puntal de este teatral entramado. ¹ El 19 de marzo, Gomá escribió a Franco que el recién elegido pontífice Pío XII (Eugenio Pacelli) le enviaba su bendición, y el 3 de abril volvió a escribirle en unos términos que no pudieron sino acrecentar su idea de misión divina: «Dios que ha hallado en Vucencia digno instrumento de sus planes providenciales sobre la Patria querida, nos ha concedido ver esta hora de triunfo». ² El 16 de abril, la identificación entre la Iglesia y el Caudillo quedó resaltada en una declaración de Pío XII para España a través de Radio Vaticano. «Con inmenso gozo» el papa dio su bendición apostólica a los vencedores, reservando una alabanza especial para «los nobilísimos y cristianos sentimientos de que han dado pruebas inequívocas el jefe del Estado y tantos caballeros». Gomá había preparado el texto. ³

Dado su odio declarado hacia la democracia liberal y el bolchevismo, no cabía duda de con quién estaban las simpatías de Franco cuando Hitler desencadenó sus guerras para exterminar a ambos. La aversión del Caudillo por el comunismo sólo era comparable a su obsesión por la masonería: atribuía la pérdida del imperio en general y el desastre de 1898 en particular a la colaboración de los masones españoles y norteamericanos, y creía que en la Guerra Civil el bando republicano había estado controlado por una conspiración de masones, bolcheviques y judíos. En enero de 1937 Franco había ordenado la expulsión de todos los masones de su ejército. En ese mismo año, uno de los enemigos de la derecha más obsesionados por la masonería, el padre Juan Tusquets, había entrado a trabajar en el Servicio de Prensa Nacional de Burgos con la tarea de detectar cualquier influencia masónica. Uno de los amigos más allegados de Tusquets era el padre José María Bulart, capellán personal de Franco. ⁴ Durante los dos años siguientes, en parte a instancias de Tusquets y con el estímulo activo de Franco, el Cuartel General creó un enorme índice de ochenta mil individuos sospechosos de ser masones, pese al hecho de que en 1936 no había más de diez mil masones en España y menos de mil se quedaron después de 1939. Estos archivos facilitarían las purgas llevadas a cabo en los años cuarenta a causa de la infame Ley para la Represión de la Masonería y el Comunismo, que entró en vigor en febrero de 1940. El propio Franco había empezado a coleccionar publicaciones y objetos masónicos obsesivamente, y a construir su propio taller masónico. ⁵

En parte, esta fobia hacia la masonería se basaba en su hostilidad hacia los poderes democráticos, pero existían otros motivos estrechamente relacionados. Como africanista, albergaba un viejo resentimiento contra Gran Bretaña y Francia, a las que responsabilizaba del menguado papel internacional de España. Aunque la política de no intervención británica había favorecido significativamente su victoria, Franco nunca perdonaría a Londres no haber abrazado su causa de manera más abierta. Hacia Francia sentía una mezcla de desprecio y resentimiento por su política de apoyo indeciso a la República durante la guerra. En consecuencia, en la euforia de la victoria y ensobrecido por un incesante coro de aduladores, se consideró compañero natural de Hitler y Mussolini: uno de los nuevos dirigentes que reorganizarían el mundo sobre una base más equitativa. Sus ambiciones coloniales no eran un secreto. Como tercer dictador fascista, según indicaba su entrevista con Manuel Aznar, aspiraba a recortar el poder de Gran Bretaña y Francia en el Mediterráneo y también a crear un nuevo imperio colonial español en el norte de África como heredero imperial de Carlos V y Felipe II. El 2 de febrero de 1938 el Caudillo había adoptado ya la corona y el escudo imperiales de Carlos V como armas del Estado español, manteniendo explícitamente las columnas y el lema *plus ultra*, símbolos de la expansión hacia ultramar. ⁶ A pesar del placer megalómano que le producían las comparaciones con los grandes reyes guerreros del pasado, Franco comprendía que el cumplimiento de sus ambiciones requería la buena voluntad de las potencias del Eje.

No obstante, sabía que debía aguardar su oportunidad. Consciente de que debía asegurarse de que Gran Bretaña y Francia reconocieran su régimen, lo cual, como bien había supuesto, sería un golpe fatal para la moral republicana, Franco dudó en incorporarse al Pacto Anti-Komintern hasta la reunión del gabinete del 20 de febrero de 1939, ⁷ comunicando al barón Von Stohrer y al conde Viola que la decisión era ineludible y «salía del corazón», y culpando exclusivamente a Jordana de la dilación. A los italianos les informó de que la adhesión se mantendría en secreto hasta no tener asegurada la victoria en la Guerra Civil. ⁸ Mussolini vio en el éxito de Franco un instrumento de presión adicional sobre Francia; la prensa fascista se felicitó, porque «la victoria de España es una victoria fascista». Ciano creía que las relaciones cordiales con Franco supondrían la reducción de la importancia de Gibraltar, que Italia conseguiría el acceso al Atlántico y que Francia se vería privada de la ruta terrestre hacia África. ⁹

Mussolini compartía la idea de Franco de que el trío de dictadores fascistas dismantelaría la hegemonía anglofrancesa, aunque atribuía al Caudillo un papel secundario. El Duce trataba a Franco con condescendencia y no dudaba en aconsejarle sobre el modo de dirigir sus asuntos. Sin embargo, cuando le advirtió en contra de la restauración de la Monarquía, Franco, orgulloso por naturaleza, no tuvo

inconveniente en escucharle por la simple razón de que el consejo coincidía con sus propias intenciones. Durante la guerra, después de cada victoria, el Generalísimo había enviado un telegrama a Alfonso XIII, pero dejó de hacerlo tras la captura de Madrid. El indignado Alfonso XIII consideró acertadamente que eso significaba que Franco no tenía intención de restaurar la Monarquía.¹⁰ En el exilio, el rey dijo supuestamente antes de morir: «Elegí a Franco cuando no era nadie. Él me ha traicionado y engañado a cada paso».¹¹

El 10 de marzo, Franco le dijo al general Gambara, jefe de la Misión Militar italiana, que se vería obligado a permanecer neutral en una guerra general a menos que recibiera copiosa ayuda militar del Eje.¹² También se quejaba con frecuencia a alemanes e italianos sobre la presión de los franceses con la esperanza de que una ayuda de los países del Eje le permitiera tener un papel más activo en la escena internacional. Las autoridades militares italianas y alemanas, por su parte, estaban ansiosas por ayudar y conseguir con ello que las fuerzas armadas españolas dependieran del equipamiento suministrado por ellos.¹³

El 27 de marzo se firmó en Burgos^{*} el documento Anti-Komintern y el 6 de abril se hizo público este acto de solidaridad con el Eje.¹⁴ Nicolás Franco, a la sazón embajador español en Lisboa, dijo a Oliveira Salazar que la adhesión española al Pacto Anti-Komintern «venía a representar una confesión de fe política y una transparente declaración de política futura».¹⁵ Como principio de un doble juego, recayó en el diminuto conde de Jordana la tarea de restar importancia al pacto ante el nuevo embajador británico, sir Maurice Drummond Peterson, que había llegado a Madrid a finales de marzo, insinuando que no era más que un gesto de solidaridad ideológica.¹⁶ También con vistas a disipar las sospechas británicas, Franco dijo al embajador portugués que el Pacto Anti-Komintern era simplemente «agua de borrajas» y que España no estaba incondicionalmente vinculada al Eje.¹⁷ El 31 de marzo la firma en Burgos de un Tratado hispanoalemán de amistad contradujo estas afirmaciones. En caso de guerra, el tratado comprometía a los firmantes a evitar «cualquier acto o hecho en el terreno político, militar y económico que pudiera ser perjudicial para un miembro del tratado o ventajoso para su enemigo».¹⁸

El vínculo con Alemania alimentó las fantasías de gloria del Caudillo. Siempre había sido ambicioso. Lo demostraba su rápida carrera militar y en concreto su vertiginoso ascenso de capitán a general. No obstante, hasta 1936 sus ambiciones se habían limitado a los puestos más elevados de la carrera: jefe de una región militar, jefe del Estado Mayor, Alto Comisario de Marruecos, etc. La sublevación militar había abierto perspectivas totalmente nuevas a su ambición, y todas las que concibió, se cumplieron. El militar rebelde que creía que pronto estaría de vuelta en las islas Canarias se había convertido en comandante en jefe. Siendo Generalísimo, le atrajo la jefatura del Estado. Tan pronto la consiguió, empezó a codiciar la idea de un partido único como los de sus aliados del Eje. Tras domar a las diversas fuerzas políticas de la coalición nacional y convertirse en jefe nacional de FET y de las JONS, empezó a envidiar la influencia que poseían Hitler y Mussolini en la escena internacional. A este respecto, la humillación de las democracias occidentales en Múnich le resultaba particularmente atractiva, y aún más a la luz de su propia impotencia, mientras aguardaba con nerviosismo el resultado de la crisis checa.

Por consiguiente, el ceremonial y la puesta en escena de su régimen proclamarían desde entonces que el Caudillo era a un tiempo digno coetáneo del Duce y el Führer, y justo heredero de los grandes reyes guerreros del glorioso pasado de España. Franco vigilaba el desarrollo de la crisis en Europa con la sensación de que era la oportunidad que él, que en los últimos tres años había ajustado sostenidamente sus ambiciones al alza, estaba esperando. Como jefe del Estado, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, jefe del Gobierno y jefe nacional del partido único, poseía una combinación de poderes desconocidos en España incluso en época de Felipe II. Tras llegar a la cima del poder y el prestigio dentro de España, para hacer realidad sus nuevas ambiciones y enmendar lo que consideraba injusticias históricas perpetradas contra España por Gran Bretaña y Francia, debía conseguir poder en la escena internacional. En ese particular, 1939-1940 serían los años de apogeo de la ambición del Caudillo, que aspiraba a conseguir un imperio a costo reducido, a la sombra de Hitler. Pero, poco a poco, en el curso de la Segunda Guerra Mundial comprendería que había un límite para Francisco Franco. Entonces, con su infinita capacidad de amoldarse sobre la marcha a las circunstancias, sin inmutarse pondría el freno y proseguiría con la tarea de mantener las riendas del poder que detentaba dentro de España.

Pero en abril de 1939 su ambición era casi ilimitada, no atemperada suficientemente por las tareas políticas que le aguardaban y la debilidad económica y militar fruto de la Guerra Civil. En un aspecto, la seguridad en sí mismo estaba justificada. Había demostrado una habilidad y una crueldad incomparables para enfrentarse con la hostilidad de la población republicana vencida y con las ambiciones y rivalidades de las diversas fuerzas de la coalición nacional. Su instinto, formado en África, le inclinaba a resolver ambos problemas comportándose en España como si estuviera en Marruecos y fuera el Alto Comisario. En otras palabras, su modo de gobierno sería el de un gobernador militar colonial plenipotenciario. El enemigo, los vencidos republicanos, sería cruelmente aplastado. Las «familias» de la coalición nacional serían manipuladas como cabilas amigas, sobornadas, inducidas a competir entre ellas, implicadas en la corrupción y la represión, de un modo que las haría recelar entre sí pero no ser capaces de actuar sin el árbitro supremo.

No obstante, si Franco podía sentirse seguro en términos políticos, la capacidad militar y económica de España no justificaba precisamente su aventurerismo. El ejército no estaba en condiciones de defender España en la gran guerra que estaba a punto de estallar, y menos aún de embarcarse en una temeraria acción de conquista. Aunque parte del moderno equipamiento alemán e italiano se quedó en España después de abril de 1939, su prolongado uso en situaciones de combate lo habían devaluado considerablemente. Las dificultades para conseguir, y no digamos pagar, los recambios mermaban todavía más su utilidad. Franco no había hecho prácticamente nada para dotarse de una aviación ni de unidades blindadas mecanizadas. Después de desmovilizar aproximadamente la mitad del ejército nacional en el verano de 1939, seguía aún al mando de más de medio millón de hombres desastrosamente equipados, y de 22.100 oficiales.¹⁹ El hecho de

mantener un ejército de semejante magnitud reflejaba tanto el precavido deseo del Caudillo de mantener una poderosa fuerza represiva como un sentido erróneo de su propia importancia militar. Animado por aduladores y falangistas fanáticos, ansiosos de ver a España vinculada al Eje, era menos consciente de lo debido de que las fuerzas a su disposición distaban de permitir que su régimen desempeñara un papel de importancia en la gran partida que estaba a punto de comenzar.

Sin embargo, a principios del verano de 1939, Franco estaba dispuesto a hacer sentir su presencia en la escena internacional, y ordenó importantes concentraciones de tropas en la frontera francesa y cerca de Gibraltar. El gobierno francés, bastante nervioso ante las intenciones hostiles de Franco, había nombrado al octogenario mariscal Philippe Pétain como embajador en Madrid. Este gesto reflejaba el grado de los temores franceses. El prestigio de Pétain se emplearía para adular a Franco con la vana esperanza de que disminuyera su hostilidad hacia Francia.^{*} A pesar de que ya se habían conocido, distaban mucho de ser los íntimos amigos descritos por la prensa franquista y el propio Franco.²⁰ Para Léon Blum, el envío de Pétain «ponderaba al aprendiz de dictador demasiado alto».²¹ Se dice que cuando supo la decisión del gobierno francés, Franco había llorado de emoción. Pétain llegó a España con espíritu de buena voluntad y colaboración. Sin embargo, las lágrimas del Caudillo se habían secado muy pronto. Su autoestima quedó muy gratificada por el nombramiento, e hizo esperar al venerable mariscal más de lo que era habitual antes de permitirle presentar sus cartas credenciales. Cuando dicha presentación tuvo lugar, pese a su discurso formalmente amistoso en respuesta a las halagadoras palabras de Pétain, el Caudillo y sus ministros le trataron con desdén petulante.²² Pétain se enfureció por ello y jamás perdonó a Franco. Preocupado por los amenazantes movimientos de tropas españolas y por la adhesión de Franco al Pacto Anti-Komintern, el gobierno francés pronto llamó a Pétain a consulta a París, aunque éste no concedía gran importancia a las intenciones hostiles de Franco.²³

A pesar de sus movimientos militares cerca de la frontera francesa, el Caudillo cuidó de restar importancia a la nueva orientación de su política extranjera en el discurso del 11 de abril de 1939, con motivo de la presentación de credenciales del nuevo embajador británico. A Peterson, un hombre agudo y bastante arrogante no le resultó simpático Franco. Como le habían dicho que el Caudillo hablaba francés, intentó realizar la entrevista en este idioma, comprobando que Franco hacía caso omiso de sus esfuerzos. Por consiguiente, llamó como intérprete a su agregado militar, el comandante Mahony, de la guardia irlandesa, un hombre de extraordinaria altura aumentada por el morrion del uniforme para mortificación del bajito Franco.²⁴

Buscando constantemente modos de emular y hasta de identificarse con sus aliados del Eje, el 8 de mayo Franco retiró a España de la Sociedad de Naciones. Por otro lado, la visita de Göring a España del 10 de mayo, fue tan torpemente organizada que suscitó la eterna antipatía del mariscal del Reich hacia el Caudillo. Ello contrastó fuertemente con la visita que Ciano hizo a España ese mismo verano.²⁵ Cuando Hitler y Mussolini firmaron el *Pacto de Acero* a finales de mayo de 1939, Franco, en un gesto de viril belicosidad antibritánica, envió tropas a la zona de Gibraltar. Simultáneamente, inició esa especie de glorificación pública coreografiada, que tan grata resultaba a Hitler y a Mussolini. Entre mediados de abril y mediados de mayo se prepararon una serie de espectaculares desfiles de la victoria en las principales capitales de Andalucía y en Valencia con participación de tropas del Eje junto a las españolas. El político conservador catalán Francesc Cambó anotó en su diario: «*Com si no sentís ni compregués la situació miserable, desesperada, en què es troba Espanya i no pensés més que en la seva victòria, sent la necessitat de recórrer tot el país en tournée de recepcions, talment com un torero, després d'una faena afortunada, recorre el ruedo per recollir aplaudiments, cigars, barrets i alguna americana escadussera*».²⁶ Las celebraciones culminaron el 19 de mayo en una exhibición que, a la vez que conseguía identificar a Franco con Hitler y con Mussolini, lo asociaba con los grandes guerreros medievales de la historia de España y humillaba a la derrotada población republicana. El 18 de mayo, el Caudillo hizo su entrada triunfal en la capital española, cuyas calles principales estaban engalanadas con los colores rojo y gualda de los nacionales. La principal avenida de Madrid, el Paseo de la Castellana, fue rebautizada con el nombre de Avenida del Generalísimo Franco. Según el comunicado de prensa de la oficina de Burgos «la entrada del general Franco en Madrid seguirá el ritual observado cuando Alfonso VI, acompañado por el Cid, tomó Toledo en la Edad Media».²⁷ También se encendieron hogueras en las montañas más altas de cada provincia. Al día siguiente, doscientos mil hombres marcharon ante Franco en un desfile de la victoria de veinticinco kilómetros de longitud.

Franco lo presidió ataviado con su uniforme militar, pero con la camisa azul de la Falange y la boina roja de los carlistas. El desfile, iniciado a las nueve de la mañana, estaba encabezado por el general Andrés Saliquet. Tras la banda de Carabinieri, un batallón de «camisas negras» desfiló con sus dagas levantadas en saludo romano. Esto provocó el entusiasmo de la multitud, como también los carros de combate ligeros y otras unidades mecanizadas y de caballería del ejército regular italiano. Acto seguido, durante cinco horas, desfilaron falangistas, requetés portando grandes crucifijos, tropas regulares españolas, legionarios y mercenarios marroquíes a través de las calles mojadas por la lluvia, portando todas las banderas acribilladas a balazos durante la Guerra Civil. Un ingrediente especial del desfile fue la milicia de caballería de señoritos andaluces montando sus costosos corceles árabes y sus caballos para jugar al polo. Con el fin de permitirles galopar al pasar ante el Caudillo, se tuvieron que tomar medidas especiales para la sincronización del desfile, manteniéndose así la extraña deferencia hacia esta unidad cuya eficacia militar era menos importante que su utilización como símbolo de dominio de clase en la campaña andaluza de Queipo de Llano. Con otro tipo de simbolismo, la retaguardia la ocuparon los voluntarios portugueses que habían luchado con Franco y la Legión Cóndor de Hitler, encabezada por el general Von Richthofen. Por encima de las cabezas, una larga formación de biplanos dibujaba en el aire las letras: «viva Franco». Otro aeroplano escribió el nombre de Franco con humo. El general Varela le impuso al Caudillo la más importante condecoración española al valor, la Cruz Laureada de San Fernando.²⁸

Este desfile pretendía claramente presentar a Franco como aliado de envergadura del Eje. Su discurso para la ocasión estaba totalmente a tono con esa imagen: advirtió a «ciertas naciones», sin duda Gran Bretaña y Francia, que no intentaran hacer uso de presiones económicas para controlar la política española, expresó su determinación de extirpar las fuerzas políticas que habían sido vencidas y permanecer alerta contra «el espíritu judaico que permitía la alianza del gran capital con el marxismo».²⁹ Después del desfile, Franco ofreció un banquete en el palacio de Oriente a los oficiales de alta graduación de las unidades que habían participado en el desfile. Al día siguiente, en una ceremonia aún más teatral, una simbología medieval cuidadosamente aplicada recalcó la asociación entre el esfuerzo bélico de Franco y la cruzada contra los moros. Los cañones tronaron cuando llegó el Caudillo a la basílica de las Salesas Reales para asistir a un solemne tedeum en agradecimiento por la victoria. El coro del monasterio de Santo Domingo de Silos le recibió con un canto mozárabe del siglo x para la recepción de príncipes. Rodeado de gloriosas reliquias militares de la cruzada de España, entre las que se encontraban el pendón de las Navas de Tolosa (la gran victoria sobre los moros de 1212), el estandarte de don Juan de Austria en la batalla de Lepanto de 1571 y la señera de Valencia, Franco ofreció su «espada de la victoria» al cardenal Gomá, arzobispo de Toledo y primado de España, quien la bendijo solemnemente. La espada fue depositada en el altar mayor ante el gran crucifijo del Cristo de Lepanto que había sido traído especialmente desde Barcelona.³⁰

A nadie se le escapó la alusión. El orondo Franco era el heredero contemporáneo de los grandes guerreros del pasado. Era el Cid y el don Juan de Austria de su época. La Iglesia estaba encantada de participar en la recreación de una relación idealizada entre la Iglesia medieval y los grandes héroes católicos del pasado, algo manifiesto en el intercambio epistolar entre Franco y el primado. El cardenal Gomá ordenó que se exhibiera la espada en la catedral de Toledo junto con otras distinguidas reliquias históricas.³¹

En 1939, Franco consideró sus vínculos con el fascismo de la época como requisito necesario para el renacimiento de la gloriosa tradición imperial. El 23 de mayo despidió formalmente a Von Richthofen y a la Legión Cóndor. El Caudillo concluyó su entusiasta discurso diciendo: «He sentido el orgullo más grande al tener bajo mis órdenes a jefes, oficiales y hombres alemanes», pidiéndoles que se llevaran con ellos a Alemania «la imperecedera gratitud de España».³² Las relaciones con Italia eran aún más cordiales, tanto por lo que hacía al Caudillo como a su ministro de la Gobernación y cuñado, deseoso de estrechar los lazos con Mussolini.³³ El 1 de junio de 1939, Serrano Súñer partió de Cádiz en dirección a Nápoles acompañando a las últimas tropas italianas que regresaban a su hogar. Un convoy naval italiano lo llevó a Nápoles junto con doce generales, un almirante, varios altos oficiales de la Marina y numerosos dirigentes falangistas; los escoltaban trescientos soldados españoles que desfilaron por las calles de Nápoles y de Roma. El grupo fue recibido con tan espectacular pompa y ceremonia que Serrano Súñer se sintió muy conmovido, todo lo cual contrastó fuertemente con el brusco trato que más tarde habría de recibir de los alemanes.

El rey Víctor Manuel III, tres princesas reales, el cardenal arzobispo de Nápoles, Ciano y Serrano Súñer presidieron un desfile de tropas italianas y españolas. En el desfile de Roma, Serrano Súñer recibió el saludo militar junto a Mussolini. Un emocionado Serrano Súñer le dijo a Mussolini y a Ciano que España necesitaba dos, o preferiblemente tres, años para poder completar sus preparativos militares. Sin embargo, si estallaba la guerra, «España estará al lado del Eje, porque le guiará el sentimiento y la razón. Una España neutral estaría condenada a un futuro de pobreza y humillación». España, añadió, nunca sería libre ni soberana hasta que reconquistara Gibraltar y se hiciera con el Marruecos francés. A Ciano le impresionó extraordinariamente Serrano Súñer, a pesar de su aspecto de «hombre delgado y enfermizo», concibiendo gran estima por su inteligencia e impetuosidad. Tanto en público como en privado, Serrano Súñer expresó profusa y sinceramente su gratitud por la ayuda italiana durante la Guerra Civil, así como una gran hostilidad hacia Gran Bretaña y Francia. Serrano Súñer admiraba sin reservas al Duce, refiriéndose a él en una entrevista de prensa como «uno de los pocos genios que la Historia crea cada dos o tres mil años».³⁴

Ciano dijo al embajador alemán en Roma, Hans Georg von Mackensen, que Serrano Súñer «era realmente un partidario extremo del Eje». Tanto Ciano como Mussolini creían que Serrano Súñer era «indudablemente el puntal más fuerte del Eje en el régimen de Franco». Su opinión sin duda se vio fortalecida por el modo poco diplomático y sin ambages con que Serrano Súñer criticaba por monárquicos anglófilos al ministro español de Asuntos Exteriores, general Jordana, y al embajador en Roma, Pedro García Conde, a quien Ciano consideraba «un gran necio».³⁵ Las fricciones entre Serrano Súñer y Jordana eran un síntoma de las rivalidades entre militares y falangistas, y también de las ambiciones de Serrano Súñer. Éste se marchó dejando a los italianos impacientes por que Franco remodelara su gobierno de manera que reflejara el entusiasmo de Serrano Súñer e introdujera a España en la órbita de Roma.³⁶

Poca duda cabe de la actitud de Serrano Súñer hacia la Italia fascista. En los círculos militares españoles y entre la comunidad diplomática de Madrid se suponía que sentía la misma devoción por la Alemania nazi. Sin embargo, incluso antes de la Guerra Civil, el embajador alemán, Von Stohrer, que posteriormente sería amigo íntimo de Serrano Súñer, había expresado sus dudas sobre la actitud del *cuñadísimo* hacia el Tercer Reich. Von Stohrer le creía demasiado intrigante y vaticanista para ser un amigo fiel de Alemania.³⁷ Los alemanes llegaron a considerarle un enemigo, y él por su parte dedicó considerable energía a cultivar la imagen de un hombre que había trabajado hábilmente para mantener a España al margen de la guerra. Lo absolutamente seguro es que odiaba enconadamente a los británicos y a los franceses, en parte porque aborrecía la democracia liberal y más en concreto porque creía que sus embajadas en el Madrid republicano se habían negado a dar asilo a sus hermanos, muertos poco después en la cárcel.³⁸ También por este motivo se opuso a la liberación de prisioneros republicanos a quienes hacía responsables de la pérdida de los «mejores camaradas» de la Falange.³⁹

Una vez acabada la Guerra Civil, España estaba impaciente por incorporarse al Eje como miembro de pleno derecho. En consecuencia, mientras se encontraba en Roma, Serrano Súñer preparó el camino para una visita oficial de Franco a Italia. También confió a Ciano su propia impaciencia por recibir una invitación oficial de Alemania, algo que, a su regreso a Madrid, reiteró a Von Stohrer, un hombre alto e intimidante.⁴⁰ La desmedida ambición de Serrano Súñer se manifestó cuando comunicó a Ciano su deseo de ser ministro de Asuntos Exteriores y le sugirió que una insinuación de Mussolini a Franco podía bastar a este respecto. Tras tratar el asunto con el Duce, que estaba lo bastante impresionado con las credenciales fascistas de Serrano Súñer para alegrarse de su ascenso, Ciano aceptó escribir a Franco.⁴¹ Es evidente que el Duce se planteaba la posibilidad de que Franco se limitara a ser jefe del Estado y comandante en jefe del ejército y permitiera a Serrano Súñer ser jefe del gobierno.⁴² Semejante cambio habría acercado más a España a la esfera fascista, dada la admiración de Serrano Súñer por Mussolini. Pero Serrano Súñer afirmó posteriormente que se apresuró a desaconsejar a Mussolini la idea. El motivo de tan abnegada insistencia era que su posición estaría seriamente en peligro si Franco oía siquiera hablar de que trataba ese tema.⁴³

En los primeros días del verano de 1939 se especuló mucho sobre el probable alineamiento de España en caso de una guerra general. El discurso que Franco pronunció el 5 de junio en Burgos ante el Consejo Nacional de la Falange, daba una posible pista. Jactándose de la «hábil prudencia» que según él había caracterizado su política durante la Guerra Civil, el Generalísimo declaró que había conseguido la victoria contra los deseos de las «falsas democracias», la masonería y el comunismo internacional. Tras meter a todos en el mismo saco, se refirió a «una ofensiva secreta» contra España que, insinuó, era obra de Francia y Gran Bretaña.⁴⁴ Existía una situación de considerable tirantez con Francia y se hablaba de la confiscación de propiedades francesas en España. La prensa controlada por Serrano Súñer, azuzaba el sentimiento antifrancés.⁴⁵ En julio, el cónsul francés en Madrid fue brutalmente golpeado por oficiales del ejército español.⁴⁶ A instancias de Madrid, José Félix de Lequerica, el cínico, francófilo y antisemita embajador español en París, adoptó la actitud provocadora de exigir una rápida aplicación del pacto Jordana-Bérard de febrero para el regreso a España de las reservas de oro, material de guerra y refugiados.⁴⁷

El glacial desdén con que el Caudillo había tratado al mariscal Pétain en la ceremonia de presentación de credenciales explica en parte el tono irónico de la actitud del embajador francés hacia Franco. En una de las ostentosas ceremonias de Franco celebrada en El Escorial, se oyó a Pétain comentar despectivamente, indicando un cartel en la pared: «Veo que aquí está prohibido no sólo fumar, sino también escupir».⁴⁸ A principios de junio de 1939 escribió que «junto al don Quijote de su cuñado, el Generalísimo suele parecer Sancho Panza». También sir Samuel Hoare percibió la diferencia entre Franco, «lento de mente y movimientos», y Serrano Súñer «rápido como un cuchillo en palabras y hechos». Lo que por entonces preocupaba a Pétain eran las ambiciones de Franco.⁴⁹

También estaban preocupados, aunque por motivos distintos, los alemanes. Von Stohrer dijo a Jordana que «no sería conveniente ni para España ni para nosotros que el gobierno español mostrase sus cartas de antemano sobre la actitud que adoptaría en una posible guerra... debemos conceder la mayor importancia a que la posición de España en una futura guerra sea completamente desconocida para Francia y Gran Bretaña». Los alemanes confiaban en que un compromiso español con el Eje forzaría el despliegue de tropas francesas en la frontera pirenaica e impediría tanto a Gran Bretaña como a Francia intervenir «en problemas que no eran de su incumbencia», una alusión al proyectado ataque a Polonia.⁵⁰

El 5 de julio, Franco le dijo al conde Viola, con evidente pesar, que España necesitaba «un período de tranquilidad para dedicarse a la reconstrucción interna y a la consecución de la autonomía económica indispensable para el poder militar al que aspiraba... en las presentes condiciones, España no podría afrontar una guerra europea». No obstante, se esmeró en aclarar que su idea de neutralidad en caso de guerra sería decisivamente favorable a los amigos de España y «admitió implícitamente las dificultades para que España permaneciera ajena al conflicto». Animándose al entrar en el tema de la ayuda española al Eje, afirmó que había suspendido la desmovilización posterior a la Guerra Civil con el fin de mantener un gran ejército disponible para contrarrestar las «imposiciones» de británicos y franceses. Francia, repitió con énfasis, «nunca podrá estar tranquila con respecto a España» y se vería obligada a desplegar una parte considerable de su ejército en el sur. Una fuerza de seiscientos mil hombres se dividiría entre los Pirineos y Gibraltar y «le permitiría hacer sentir el peso de España en el desarrollo de los acontecimientos y posiblemente sacar provecho de las circunstancias». Viola consideró todo esto testimonio de una «neutralidad vigilante».⁵¹ El agregado de aviación francés comunicó a París que el hecho de que Franco mantuviera un ejército de más de medio millón de hombres era difícilmente compatible con su discurso de neutralidad.⁵²

Las alusiones de Franco a la necesidad de un período de tranquilidad antes de sumarse de una manera efectiva a los planes del Eje sin duda estaban provocadas por la persistente resistencia de focos republicanos de mayor o menor importancia por toda España, y por las continuas disputas entre falangistas y carlistas. Mientras se esperaba que el conde Ciano devolviera la visita de Estado, se produjeron incómodos indicios de ambas cosas.⁵³ Dos mil mineros asturianos aún luchaban contra unidades de cierta consideración del ejército español y, a principios de julio, un teniente requeté resultó muerto por disparos de unos falangistas en Irún.⁵⁴ Pétain informó a París sobre los juicios a un «incalculable número de esos infortunados llamados rojos» a medida que en Asturias se recrudecía la guerra de guerrillas.⁵⁵ El 10 de julio, seis semanas después de la estancia de Serrano Súñer en Roma, el ministro italiano de Asuntos Exteriores llegó a Barcelona para devolver la visita acompañado de una flotilla compuesta por cuatro cruceros de combate y varios torpederos. Tras un recorrido por los campos de batalla de la Guerra Civil, el conde entró en Madrid escoltado por cien mil falangistas. A Franco lo visitó en San Sebastián, donde trataron de la situación internacional. Ciano notó la incomodidad de Franco en asuntos políticos, todo lo contrario de su gran seguridad en cuestiones militares. No era de extrañar que todavía tendiera a apoyarse en su cuñado.

De un modo que no hay motivos para creer que no fuera sincero, Franco le dijo a Ciano que se proponía sumarse a la posición del Eje Roma-Berlín, aunque indicó que España necesitaba cinco años de paz para prepararse económica y militarmente antes de poder identificarse del todo con los Estados totalitarios. En caso de guerra, preferiría la neutralidad pero estaría del lado del Eje porque no creía que su régimen pudiera sobrevivir a la victoria de las democracias en un conflicto general. Por consiguiente, con una aparente falta de conciencia de la bancarrota de España, habló sobre un importante programa de rearme tanto de la Marina como de la Aviación. El Caudillo hizo efusivas demostraciones de admiración por Mussolini. En una carta enviada por medio de Ciano, Mussolini había planteado dos puntos esenciales: «Considero que el restablecimiento de la Monarquía sería muy peligroso para el régimen que gloriosamente ha fundado mediante el sacrificio de tanta sangre» y «no espere nada de Francia e Inglaterra; son por definición enemigos irreconciliables de SU España». Ambos juicios fueron música celestial para los oídos del Caudillo, que olvidó su reserva habitual y respondió en el mismo tono diciendo a Ciano que esperaba «instrucción y directivas» del Duce. Franco causó a Ciano la impresión de estar «completamente dominado por la personalidad de Mussolini y siente que para afrontar la paz necesita al Duce tanto como lo necesitaba para ganar la guerra». En general, Ciano no quedó impresionado por Franco ni por su régimen. Cuando le mostraron unos prisioneros republicanos comentó con amargura: «No son prisioneros de guerra, son esclavos de guerra». A su regreso a Roma se refirió a Franco como «ese tipo raro del Caudillo, ahí en su palacio de Ayete, encerrado con su guardia mora y rodeado de expedientes de condenados a muerte. Con su horario de trabajo debe revisar unos tres al día, porque al tipo le gusta dormir la siesta».⁵⁶

Soñando con un imperio y halagado por el estrecho contacto con las potencias del Eje, Franco era en aquellos momentos bastante menos realista y frío que de costumbre. Hablaba en tono de superioridad sobre Portugal, comentando que con la ayuda prestada durante la Guerra Civil, Salazar, simplemente había «salvado su propio pellejo, pues sabía que no podía esperar nada de los rojos». Según el embajador portugués estaba trastornado por el esplendor del poder.⁵⁷ Sin embargo, si bien su cabeza estaba en las nubes con respecto a su propia importancia en los asuntos internacionales, sus pies permanecían firmes en el suelo en lo concerniente a los asuntos nacionales. Durante la tercera semana de julio, sus pensamientos se apartaron brevemente de los asuntos exteriores para ocuparse de un brote de rebelión por parte de su eterno rival, el general Gonzalo Queipo de Llano, que desde los primeros días de la Guerra Civil continuaba gobernando un feudo prácticamente independiente en Andalucía. Queipo de Llano nunca se había preocupado de ocultar su opinión sobre Franco, ni como jefe militar ni como ser humano, considerándolo «egoísta y mezquino». Había hecho también alusiones indiscretas a las irregularidades que rodearon la elección de Franco como Generalísimo y acuñó el sobrenombre de «*Paca la culona*». No eran pocos los confidentes deseosos de transmitir sus comentarios a Franco.⁵⁸

Queipo de Llano también era cáustico con Serrano Súñer y era considerado como un posible jefe de la oposición militar a la Falange. En abril de 1939, Beigbeder informó a Franco desde Tetuán que Queipo de Llano estaba sondeando la posible creación de un directorio militar para sustituirlo y neutralizar el poder de la Falange.⁵⁹ Cuando la Legión Cóndor regresaba a Alemania, Queipo de Llano, sin permiso de Franco y para su profunda irritación, viajó en avión a Berlín para recibirla allí. El Caudillo no actuó de inmediato. Aguardó el momento oportuno hasta que Queipo de Llano fue demasiado lejos con un acto de público desaire. El 18 de julio de 1939, en un discurso ante ciento cuatro alcaldes andaluces, expresó su indignación porque Franco hubiera concedido la Cruz Laureada de San Fernando a la ciudad de Valladolid y no a Sevilla, su base de poder. Su enojo era comprensible dado el papel que Sevilla había representado en el alzamiento de 1936 y el hecho de que Valladolid fuera centro de la fuerza falangista. Queipo descalificó el honor concedido a Valladolid como obra de Serrano Súñer. Su referencia al delicado Serrano Súñer era inequívoca: «Si las cosas continúan como hasta ahora, es natural que tontos frágiles como juguetes de barro se conviertan en héroes».

Los insultos personales y las críticas públicas a su confianza en Serrano Súñer espolearon a Franco a entrar en acción. El 27 de julio, Franco alejó a Queipo de Sevilla con el pretexto de llamarlo a Burgos para «consultas». Luego envió al general Solchaga a tomar el mando de capitán general de la región militar de Sevilla. Franco estaba vengándose por lo que consideraba una larga lista de humillaciones sufridas a manos del sarcástico Queipo de Llano. En una tensa reunión, el Generalísimo blandió un grueso fajo de copias de cartas enviadas por Queipo de Llano repletas de comentarios insultantes hacia él. El depuesto virrey de Andalucía fue confinado en un hotel de Burgos hasta que pudiera ser trasladado a Italia como jefe de una misión militar.⁶⁰ La facilidad de la victoria sobre Queipo de Llano sorprendió incluso al propio Franco, que era un maestro en el control de sus rivales del interior. Los asuntos exteriores constituían un desafío más serio.

Poco después de la visita de Ciano y mientras Franco estaba ocupado en meter en cintura a Queipo, el jefe del servicio secreto alemán (el *Abwehr*), almirante Canaris, realizó una visita a España, donde halló un cuadro desolador de miseria y persistente resistencia republicana. El Caudillo le confió su preocupación porque el estallido inmediato de una guerra que implicase a Alemania e Italia pudiera inducir a Francia a invadir el Marruecos español. España, añadió, no estaba en situación de mantener una guerra, ni entonces ni en un futuro inmediato y era impensable un ataque directo a Gibraltar. Podía, no obstante, establecerse una pequeña base submarina en Tarifa para amenazar el Estrecho y Franco accedió también a la creación de puntos de apoyo logístico en Santander, Vigo, Cádiz y posiblemente Barcelona, para el inminente esfuerzo bélico alemán en el Atlántico.⁶¹ Estos depósitos de suministros permitirían repostar y sustituir tripulaciones y desempeñaron un importante cometido en la extensión del ámbito de acción y la eficacia operativa de los submarinos alemanes y otros buques de guerra durante 1940 y después. Hitler estaba gratamente impresionado. El ofrecimiento de instalaciones navales reflejaba la preocupación de Franco porque, si el Eje ganaba la próxima guerra antes de que él estuviera preparado, el mundo se reconstruyera sin reparar en sus ambiciones.

Arrastrado por los vientos dominantes de la política mundial, Franco permitió a la Falange aumentar su influencia. En un decreto firmado el 31 de julio, reafirmó su posición como partido único, aunque conservando en sus manos el control absoluto. Su órgano supremo, el Consejo Nacional, era amplio, falto de autoridad y en gran medida decorativo. El pequeño comité ejecutivo permanente, la Junta Política, servía de vínculo entre el partido y el gobierno. Dicha Junta estaría encabezada por Serrano Súñer, que conseguiría con ello un enorme poder. Los miembros de todas las fuerzas armadas serían automáticamente miembros de la Falange y estarían obligados a utilizar el saludo fascista en las celebraciones políticas.⁶²

La posición de Franco se fortaleció aún más con la Ley de la Jefatura del Estado del 8 de agosto de 1939, que le confería poder legislativo para elaborar leyes y decretos sin consultar al gabinete. Lo que en efecto le concedía era «el poder supremo para dictar leyes de carácter general» y para promulgar decretos y leyes específicos sin tratarlos antes con el gabinete «cuando así lo aconsejaban razones urgentes». La prensa controlada era pródiga en alabanzas a la disposición del «jefe supremo» a asumir los poderes necesarios que le permitieran cumplir su destino histórico de reconstrucción nacional.⁶³ Era una clase de poder del que previamente sólo habían disfrutado los reyes de la España medieval y que resaltaba la naturaleza personal de su dictadura. También ponía de manifiesto hasta qué punto consideraba más administrativas que políticas las funciones ministeriales y de gobierno. Siempre se refería al poder político como «el mando» y trataba la maquinaria de gobierno como si fuera el ejército.

En agosto, Ciano había advertido al Caudillo que era probable una guerra entre Alemania y Polonia. La noticia parecía haberle sorprendido, pues confiaba en que Gran Bretaña y Francia obligaran a Polonia a ceder a las exigencias alemanas.⁶⁴ Franco respondió con movimientos de tropas y construcción de fortificaciones cerca de la frontera francesa y en la divisoria entre el Marruecos francés y el español. La actitud de Franco ante la guerra era cautelosa porque, hasta la caída de Francia en 1940, creyó que el ejército francés constituía una temible fuerza de combate. Cuando Pétain protestó indignado por las fortificaciones, Franco afirmó que eran meramente defensivas. Pétain apuntó que había poca distancia entre obras defensivas y bases de apoyo. El mariscal se quedó atónito cuando el Caudillo evitó descaradamente acompañarlo hasta la puerta, algo que incluso el propio Alfonso XIII había hecho siempre.⁶⁵

Franco había creado también una nueva comandancia militar de una división en el Campo de Gibraltar. Según informó a los embajadores italiano y alemán, estas medidas antibritánicas y antifrancesas tenían el propósito de ayudar al Eje. A raíz de su entrevista con Pétain, Franco alardeaba ante el encargado de negocios italiano de que las actividades militares españolas ocasionaban grandes preocupaciones a los franceses. A Stohrer le comentó que Francia no podría retirar ni un soldado de Marruecos, pues España tenía allí ochenta y siete mil hombres que excedían el número de fuerzas de la zona francesa en tiempo de paz. A través de su hermano, destinado en Lisboa, Franco también presionó a Portugal para que no atendiera a sus compromisos con Gran Bretaña y mantuviera la neutralidad.⁶⁶

La conciencia de Franco de que la guerra era inminente también se reflejó en el radical cambio de gobierno del 9 de agosto de 1939.⁶⁷ El Caudillo modificó su gabinete de acuerdo con la cambiante situación internacional y, dentro de las exiguas posibilidades de que disponía, empezó el rearme buscando la ayuda financiera y técnica de Italia para la reconstrucción de la Marina y la Aviación.⁶⁸ El mismo día en que se anunciaron los cambios de gabinete, Franco pronunció una increíble fanfarronada ante el general Gastone Gambara, jefe de la Misión Militar italiana en España. Encantado con el efusivo elogio del Duce por la reciente reorganización de la Falange, el Caudillo sintió sin duda la necesidad de demostrar que era digno de su mentor. En consecuencia, le dijo a Gambara, con su «acostumbrada serenidad imperturbable», que pretendía cerrar el Estrecho y destruir las instalaciones británicas en Gibraltar con artillería pesada.⁶⁹ Los planes para una visita de Estado de Franco a Roma en septiembre de 1939 y a Berlín en fecha posterior del otoño, se pospusieron sólo por el estallido de la Segunda Guerra Mundial.⁷⁰

El mensaje del cambio de gobierno era claro, en particular por la transferencia del monárquico anglófilo Jordana del Ministerio de Exteriores al cargo simbólico de presidente del Consejo de Estado y por el nombramiento del entusiasta falangista Yagüe como ministro del Aire. El austero y directo Jordana fue sustituido por el indiscreto e imprevisible coronel Beigbeder, falangista de primera hora y, en la época de su nombramiento, ferviente defensor del Eje.⁷¹ Franco le dijo a Serrano Súñer que Beigbeder estaba loco: «Cuando estábamos en África, siempre desaparecía... a veces había estado en un burdel, otras de retiro en un monasterio franciscano». ⁷² Serrano Súñer afirmó más tarde que el nombramiento de Beigbeder había sido idea suya. Hacía tiempo que existían tensiones entre el *cuñadísimo* y el conservador Jordana, que era hostil a la Falange y a los italianos.⁷³ Curiosamente, Beigbeder compartía algunas de las sospechas de Jordana de ambiciones italianas sobre la misma parte del norte de África que codiciaba Franco.⁷⁴ Como arabista aficionado, compartía los sueños marroquíes de Franco y era la persona más indicada para esforzarse en pro de las aspiraciones imperiales españolas. Por otro lado, como antiguo agregado militar español en Berlín, recelaba de la crueldad y rapacidad de los nazis. Con el tiempo, las dudas sobre su lealtad al Eje intensificaron las ambiciones de Serrano Súñer de asumir él mismo el pleno control de los asuntos exteriores.⁷⁵

Aunque no era oficialmente jefe del gobierno, pues el Caudillo no compartía el poder, Serrano Súñer era el ministro que poseía más influencia y más libertad de acción.⁷⁶ Al igual que Beigbeder, Yagüe era también un «camisa vieja» falangista. Había acabado la guerra como jefe del ejército español en Marruecos. Dado su talento y su popularidad tanto en los círculos falangistas como militares, Franco lo consideraba un posible rival. El Caudillo no le perdonaba sus críticas por no haber llevado a cabo una revolución social y por el trato a los presos políticos. Durante el verano de 1939, Yagüe había formado parte de la misión militar española que acompañó a la Legión Cóndor a su regreso a Alemania. En el transcurso de los dos meses pasados en el Tercer Reich, desarrolló una ilimitada admiración por la política social

mariscal Göring.

Fue, por tanto, su característica astucia la que movió a Franco a aceptar una sugerencia de Serrano Súñer e intentar neutralizar a Yagüe haciéndolo ministro del Aire. Cuando Serrano Súñer le informó de su nombramiento, Yagüe dijo: «Está completamente equivocado y dedicado a una tarea imposible porque con ese hombre [Franco] no vamos a ninguna parte. Es desleal, desconfiado y un alparcero». El nombramiento apartó a Yagüe del mando operativo más influyente del ejército español, desde donde podía haberse convertido en un poderoso foco de oposición.⁷⁷ Era típico de Franco elegir a los ministros no por su particular competencia en el ámbito del ministerio en cuestión, sino como peones del tablero político. Yagüe se encontraría aislado en el Ministerio del Aire, pues, como hombre de infantería, estaba considerablemente menos capacitado para el cargo que la opción obvia, el general Alfredo Kindelán, que había sido jefe de la Aviación nacional durante la Guerra Civil. La ventaja adicional que para Franco tenía el ascenso de Yagüe era precisamente que apartaba a Kindelán del gobierno. Dejando al margen las razones privadas, ante la inminencia de la guerra, el nombramiento de un entusiasta del Eje como Yagüe constituía un útil gesto político dirigido a Berlín. En 1956, Franco afirmó haberse visto obligado a prescindir de Kindelán porque era demasiado aliadófilo.⁷⁸ Como ministro, Yagüe se esforzó en vano para la reconstrucción de la Aviación española con ayuda alemana.

La indignación por los atropellos falangistas en el gobierno central y en los regionales, y su presunta corrupción eran lugar común en las críticas de los militares monárquicos a Franco, en particular del conservador Kindelán. Y Kindelán era el más claro de todos los generales que creían que su antigüedad les daba perfecto derecho a tratar a Franco simplemente como a su jefe electo. Dado que había sido él, más que ningún otro, la persona que había impulsado la jefatura de Franco en septiembre de 1936, y, dado que contaba con inmenso respeto entre los generales de más antigüedad, el Generalísimo se vio obligado a actuar con prudencia. Sin embargo, poca duda cabe de que deseaba desembarazarse de este crítico molesto.⁷⁹ El problema era la creencia de Kindelán de que el nombramiento de Franco como Generalísimo había sido necesario en 1936, pero sólo mientras durase la Guerra Civil.⁸⁰ En la atmósfera de adulación de la que Franco se rodeaba cada vez más, la digna independencia de Kindelán debió de parecerle al Caudillo una impertinencia. Además, Kindelán no guardaba en secreto su decepción porque Franco no hubiera cumplido el propósito por el cual, en su opinión, se había librado la Guerra Civil: la restauración de la Monarquía. En consecuencia, en el cambio de gobierno del 9 de agosto de 1939, Franco aprovechó la oportunidad para iniciar la caída de Kindelán⁸¹ que, profundamente humillado, fue enviado como comandante militar a las Baleares. Kindelán permaneció siempre fiel al ideal de la restauración monárquica y se convertiría en un crítico cada vez más significado del Caudillo.

El nuevo Consejo de Ministros reflejaba la incansable preocupación de Franco por fortalecer su propia posición. Sin embargo, el gabinete no era más que un club de debates. Franco conservaba firmemente en sus manos la dirección suprema de la política y la debatía sólo con sus consejeros más íntimos, lo cual, en esta etapa, significaba Serrano Súñer, y más adelante Carrero Blanco. Esto era particularmente cierto en cuestión de asuntos exteriores, en los que Franco se tomaba un interés especial. La relativa insignificancia del gabinete ya había quedado de manifiesto por la promulgación, el día antes de que se anunciara el nuevo gobierno, de la ley que confiaba a Franco los poderes de jefe del Estado.

A Hitler no le habían pasado inadvertidos algunos gestos de Franco, como el nombramiento de Yagüe y la concesión de servicios de aprovisionamiento naval en los puertos españoles. El 22 de agosto, en una conferencia en el Obersalzberg en la que trató sobre el inmediato ataque a Polonia con los comandantes generales de los tres cuerpos armados, el Führer declaró que, junto con Mussolini, el único aliado seguro de Alemania era Franco.⁸² Ahora bien, después de que se hiciera público el pacto germano-soviético hubo muestras de cierta desconfianza popular española hacia el Tercer Reich. El 22 de agosto, una multitud hostil se había manifestado ante la residencia de verano de la embajada alemana en San Sebastián. El duque de Alba dijo al embajador portugués en Londres que existía gran indignación entre los generales españoles, y Kindelán expresó su malestar al agregado de aviación francés.⁸³ Franco quedó desconcertado por las noticias de la iniciativa alemana, pero era lo bastante sensible al beneficio estratégico que de ello extraía el Tercer Reich para comentar a Serrano Súñer: «Es raro que ahora seamos aliados de los rusos».⁸⁴ La prensa falangista alabó al Tercer Reich por conseguir tan poderoso aliado.

En el Consejo de Ministros del 25 de agosto, la determinación de Franco de permanecer neutral obedecía a la debilidad militar y económica española y no a un resentimiento por la duplicidad alemana. El mismo día en que Polonia sucumbía ante Alemania, Franco le dijo al embajador portugués, Pedro Theotónio Pereira, que no habría guerra. A Pereira le sorprendió la manera en que Franco hablaba sentando cátedra sobre cuestiones de gran enjundia: «Cada vez gosta mais de falar com tom doutoral sobre os assuntos mais complexos e inesperados». Era como si considerase los inminentes triunfos del Tercer Reich como algo propio. Pereira escribió a Salazar que cada vez le preocupaban más las ideas del Generalísimo. «Lo veo obsesionado por el poder del Estado y el poder personal. Entre todas las personas del gobierno español, él es quien me dice las cosas más raras y quien habla el lenguaje más próximo al Eje.» A diferencia de Beigbeder y el ministro de Marina, almirante Moreno, que estaban indignados por el pacto Molotov-Ribbentrop, Franco le dijo a Pereira que no encontraba nada escandaloso en el entendimiento alemán con la Rusia soviética.⁸⁵ Serrano Súñer vio a Pereira la tarde del 30 de agosto y también le expuso una justificación total del movimiento alemán. Un Pereira muy consternado, quedó convencido de que Franco y Serrano Súñer acariciaban la idea de una participación española en la guerra.⁸⁶

Franco comprendía los cínicos cálculos que suponía el acuerdo Molotov-Ribbentrop y compartía el punto de vista de su cuñado.⁸⁷ Cuando el ministro de Asuntos Exteriores francés, George Bonnet, pidió a Franco que mediará en el caso de Polonia, el Caudillo, después de

sondear a Mussolini, se negó.⁸⁸ De hecho, creyendo aún en la potencia del ejército francés, Franco preveía una larga guerra en Europa occidental que, a su juicio, sería calamitosa por las oportunidades que daría al comunismo mundial. El 1 de septiembre de 1939, el embajador alemán hizo una visita al nuevo ministro de Asuntos Exteriores español para hablar de la guerra inminente. Le dijo a Beigbeder que España no podría permanecer verdaderamente neutral «pues su futuro y el cumplimiento de sus esperanzas nacionales dependían de nuestra victoria». Las simpatías inicialmente pro alemanas de Beigbeder, un hombre alto, de tez morena, virarían hacia Gran Bretaña en la segunda mitad de 1940.⁸⁹ No obstante, estuvo de acuerdo con Von Stohrer y le aseguró que España deseaba ayudar a Alemania en la medida de lo posible, tanto por razones de interés como de gratitud.

Una visita de Von Stohrer a Serrano Súñer produjo un acuerdo para influir en la actitud de la prensa española a favor de la causa alemana,⁹⁰ cosa que Serrano Súñer hizo con tanta eficacia que la convirtió en la inequívoca arma propagandística del Eje en España. * El secretario de prensa de la embajada alemana, el siniestro Hans Lazar, aportaba al obediente aparato de prensa falangista el material de propaganda nazi que luego sería transmitido como noticia. Las noticias favorables a los aliados no aparecían prácticamente nunca, excepto en respuesta a protestas diplomáticas concretas.⁹¹ En realidad, el ascendiente alemán sobre la prensa era sólo uno de los diversos modos en que España se estaba convirtiendo en una suerte de colonia informal de Alemania: el aparato policial estaba fuertemente influido por la Gestapo; los teléfonos de embajadas y ministerios estaban intervenidos por los alemanes con consentimiento oficial, conseguido mediante soborno o afinidad ideológica.⁹²

Las relaciones cada vez más estrechas entre Franco y la Alemania nazi causaron ciertas fricciones con la Iglesia. El 8 de agosto, Gomá emitió su larga carta pastoral «Lecciones de la guerra y deberes de la paz». En ella criticaba la exaltación del poder del Estado, y pedía justicia social y reformas políticas para impedir la posibilidad de otra Guerra Civil. Franco se indignó. La sugerencia de Gomá de que se perdonara a los vencidos era contraria a sus esfuerzos por mantener un espíritu de triunfalismo vengativo. El aparato de censura prohibió la publicación de la pastoral fuera del boletín de la archidiócesis de Toledo donde originalmente había aparecido.⁹³ En el momento de esta prohibición, Franco tenía otras cosas en que pensar que en las relaciones Iglesia-Estado. El 3 de septiembre estallaba la Segunda Guerra Mundial. Los sueños de grandeza imperial y gloria personal de Franco iban a ponerse ahora a prueba.

El hombre que quiso ser emperador: la derrota de Francia, 1940

Cuando se declaró la guerra mundial, Franco, al igual que Mussolini, lamentó que se hubiera producido demasiado pronto. Lo mejor que ambos podían hacer era ofrecer una ayuda subrepticia y beneficiarse en la medida de lo posible. Oficialmente, Franco anunció que se exigiría «la más estricta neutralidad» a los súbditos españoles.¹ El Caudillo se sintió profundamente satisfecho cuando Mussolini le escribió en términos efusivos para expresarle su aprobación. El Duce también le informó de que el curso de los acontecimientos podría conducirle a revisar su decisión de no tomar iniciativa militar alguna.² Dada la proclividad de Franco a emular a Mussolini, la carta debió de reforzar su resolución de hacer el juego más oportunista posible. Como los dos dictadores mediterráneos tenían ambiciones norteafricanas parecidas, el Caudillo debió de sentir un asomo de temor a que Italia le tomara la delantera en el nuevo orden mundial. Por el momento, Franco se presentó cínicamente en la escena internacional como un pacificador, aunque con una señalada falta de éxito, haciendo un llamamiento a las grandes potencias para que limitaran el conflicto. Las lamentaciones del Caudillo por la caída de la católica Polonia a manos de Hitler y Stalin no calaban muy hondo y su actuación en pro de la paz tenía el fin de ayudar al Eje haciendo más difícil a las demás potencias la intervención en defensa de Polonia.³

En privado su actitud era aún menos neutral. Tanto él como Serrano Súñer creían que España había sufrido una humillante subordinación por causa de la arrogancia de Gran Bretaña y Francia.⁴ Cuando el mariscal Pétain y sir Maurice Peterson visitaron al ministro de Asuntos Exteriores para entregarle notas oficiales de sus gobiernos comprometiéndose a respetar la neutralidad de España, Franco se negó a recibirlos.⁵ La actitud del Caudillo pronto se reflejaría en la prensa del régimen en forma de desaforados sentimientos antibritánicos y antifranceses junto con entusiastas reportajes sobre las simpatías alemanas hacia las ambiciones imperiales españolas en África.⁶ A mediados de septiembre Franco le dijo a Von Stohrer que si Inglaterra y Francia ganaban la guerra, su revolución se resentiría y por eso su actitud era de neutralidad benévola hacia Alemania.⁷

Con el escritorio rebosante de informes admirativos sobre la invencible máquina de guerra alemana enviados por el agregado militar español en Berlín, coronel José Luis Roca de Togores, Franco habló con envidia y entusiasmo a Von Stohrer sobre las «brillantes victorias militares de Alemania».⁸ La prensa, rigurosamente controlada, justificó el pacto nazisoviético aduciendo la inaudita razón de que el comunismo estaba muerto en Rusia, y se culpaba exclusivamente a los aliados del desmembramiento de la católica Polonia, por haber rechazado las exigencias de Alemania.⁹ De hecho, a medida que transcurrían los meses, el entusiasmo de Franco por el Eje se volvió cada vez más manifiesto. El 26 de septiembre pronunció un discurso en Burgos ante el segundo Consejo Nacional de la Falange, en el cual, aunque afirmó su catolicismo, no hizo referencia alguna al comunismo. Habló también de su voluntad de tomar «decisiones heroicas si lo requerían las circunstancias». Su resentimiento hacia Inglaterra y Francia, y el placer que le producía el que estuvieran a punto de recibir su merecido, superaban a todas las demás emociones.¹⁰ La seguridad que mostraba el Caudillo reflejaba su convicción de que Gran Bretaña pronto haría un llamamiento a la paz e incluso podría recurrir a él para que actuara como mediador ante Hitler.¹¹ Pero, al mismo tiempo, iba en aumento la evidencia del deterioro de la situación económica española, lo cual provocó que Serrano Súñer admitiera en público las deficiencias del abastecimiento de alimentos y de las redes de distribución. De todo ello se hacía responsables a los rojos.¹²

Franco confiaba en que los problemas económicos desaparecerían como resultado de la adopción de políticas autárquicas de corte fascista y del aumento de la importancia de España como potencia militar, denunciando los principios del libre comercio como la impostura diabólica por la cual España había sido colonizada. El 8 de octubre ultimó un plan decenal absolutamente simplista para reavivar la prosperidad económica de España que, con el título de «Fundamentos y directivas de un Plan para la reorganización de nuestra economía en armonía con nuestra reconstrucción nacional», se distribuyó entre los miembros del gabinete. En sus pormenores, el plan probablemente era en buena medida deudor del amigo de toda la vida del Caudillo y ministro de Industria de su primer gobierno, Juan Antonio Suanzes; y se basaba en un optimismo totalmente erróneo sobre la capacidad de España para sustituir las importaciones, incrementar las exportaciones, confiar en sus propias materias primas y hacer todo esto sin inversión extranjera, a pesar del desgarró económico de la Guerra Civil y del hecho de que España poseía insignificantes reservas de combustible.¹³ En consecuencia, en una época de terrible escasez de alimentos, vestidos y materiales de construcción, Franco tomó la decisión personal, por entero desencaminada, de reducir las importaciones y no pedir créditos a las democracias. Debido a factores ideológicos y una apreciación errónea de la realidad económica, se rechazaron deliberadamente las ventajas de la neutralidad que habían generado un gran crecimiento económico en España durante la Primera Guerra Mundial. La posterior versión oficial de que las circunstancias externas forzaron la autarquía en España resulta insostenible después de haber sido descubierto este plan de Franco a mediados de los años ochenta. Las carencias provocadas por la autarquía se exacerbaban debido a la decisión igualmente desastrosa de mantener la peseta a un tipo de cambio absolutamente sobrevalorado. El racionamiento dio origen a que el estraperlo y la corrupción alcanzaran una escala monumental. Son incalculables los sufrimientos que el pueblo español tuvo que soportar a

causa del hambre en la década de 1940, en gran medida consecuencia de las decisiones económicas del Caudillo.¹⁴ La escasez de productos básicos, en especial vestido y calzado, el hambre y un incremento espectacular de la prostitución y las enfermedades epidémicas, incluidas algunas que no se conocían en el Mediterráneo desde tiempos bíblicos, se convirtieron en la realidad cotidiana de los llamados *años del hambre*.¹⁵

El domingo 1 de octubre de 1939, el régimen y sus redes de prensa y radio celebraron el tercer aniversario del ascenso de Franco a la jefatura del Estado. Un espíritu de alborozo semirreligioso por «la sagrada unidad de la Patria en Franco» inauguró lo que a partir de entonces sería la festividad anual del «día del Caudillo». ¹⁶ El 18 de octubre, Franco trasladó su residencia desde Burgos a la capital. En su ceremonia de despedida, cuidadosamente planificada, la identificación del Caudillo con el Cid volvió a salir a la palestra. El discurso intencionalmente obsequioso del alcalde burgalés incluía las palabras: «La ciudad, como al caballero de Vivar, le da como presente el corazón y hoy le dice: “Caudillo, aquí está Burgos: gloria a Dios en las alturas y alabanzas a ti, Salvador de España”». ¹⁷

Al mudarse a la capital, el Caudillo había pensado residir en el palacio de Oriente, pero Serrano Súñer se apresuró a convencerle de que semejante traslado se consideraría como un indicio de desmesurada ambición. El *cuñadísimo* consiguió persuadirle de que no le convenía que le creyeran afectado por una *folie de grandeur*, ni poner en peligro las relaciones con sus partidarios monárquicos. Como solución de compromiso, Franco aceptó la idea del notable pero aislado palacio de El Pardo, en la carretera de La Coruña, a las afueras de Madrid. Éste se había construido como pabellón de caza de Carlos I y en tiempos de Carlos III había sido adaptado para residencia. Estaba decorado con tapices de Goya y otros pintores del reinado de Carlos IV, y fue nuevamente ampliado por Fernando VII. Tanto para Franco como para su esposa, los atractivos del Pardo eran su pasado real, su seguridad y el hecho de que el monte que rodeaba la finca era ideal para la caza.

Mientras se restauraba El Pardo, Franco y doña Carmen se mudaron al castillo de Viñuelas, que pertenecía al duque del Infantado, a 18 kilómetros de Madrid. Durante su estancia allí, Franco mostró mucho interés en fijar sus emolumentos como jefe del Estado. Después de calcular los que habían recibido Alfonso XIII y los dos presidentes republicanos, Alcalá Zamora y Azaña, y tomando en cuenta el paupérrimo estado económico de España, su sueldo inicial se estableció en la nada desdeñable suma de setecientas mil pesetas. ^{*} El Caudillo y su esposa permanecieron en Viñuelas hasta marzo de 1940. Además de instalar comodidades modernas, las obras de restauración del Pardo acentuaron los elementos dieciochescos del edificio, reflejando la identificación de los Franco con los inquilinos reales del pasado. Pétain observó que Franco «iba adoptando cada vez más el estatus de rey». ¹⁸ Una vez instalado en El Pardo, Franco insistió en que se diera a su esposa el trato aristocrático de «La Señora» y suscitó la enemistad de los monárquicos al decretar que la *Marcha Real* sonara siempre que su mujer llegara a una ceremonia oficial, como había sucedido con la reina antes de 1931. ¹⁹ Rodeados por una corte de aduladores, aislados del mundo real, el matrimonio Franco vivió cómodamente instalado en El Pardo durante treinta y cinco años, salvo breves visitas oficiales a las provincias, tres viajes relámpago al extranjero para encontrarse con Hitler, Mussolini y Salazar, y las largas vacaciones que Franco cumplía con entusiasmo.

En noviembre, las pasiones de la Guerra Civil y el sentido de solidaridad con el Eje se avivaron con otro espectáculo grandilocuente. El 20 de noviembre de 1939, en el tercer aniversario de la ejecución de José Antonio Primo de Rivera a manos de los republicanos, su cuerpo fue exhumado en Alicante y empezaron las primeras etapas del viaje para volverlo a inhumar con plenos honores militares en El Escorial, lugar de enterramiento de los reyes y reinas de España. Durante diez días y diez noches, en una gigantesca operación coreografiada a escala nacional, una procesión de antorchas escoltó los restos mortales de José Antonio durante un viaje de 500 kilómetros. Como otras exhumaciones ceremoniales, todo esto servía para mantener vivos los odios de la Guerra Civil. ^{*}

Participaron en la procesión el Frente de Juventudes, la Sección Femenina, los sindicatos e incluso unidades del ejército regular. Grandes hogueras y servicios religiosos jalonaron el viaje. Falangistas de todas las provincias se turnaban para llevar el féretro. Cada relevo era saludado por salvas de artillería y tañidos de campana en todas las ciudades y pueblos de España. Las clases en escuelas y universidades eran interrumpidas para que maestros y profesores alzaran el brazo en el saludo fascista y gritaran: «José Antonio ¡Presente!». Cuando el cortejo llegó a Madrid, fue recibido por altos mandos de los tres ejércitos y representantes de la Alemania nazi y la Italia fascista. En el monasterio de San Lorenzo de El Escorial sobresalían las monumentales coronas ofrendadas por Hitler y Mussolini. ²⁰ Algunos miembros del alto mando estaban indignados porque Franco rindiera honores más altos al jefe de la Falange que los deparados a Sanjurjo y Mola, por no hablar de los grandes monarcas del pasado. ²¹ Estas manifestaciones de los odios de la Guerra Civil engendraron considerable violencia, como por ejemplo los apaleamientos y asesinatos de presos republicanos cuando la cárcel de Alicante fue asaltada por falangistas furiosos, lo cual produjo serias disensiones dentro de la jerarquía del régimen.

Quizá era inevitable que, en una atmósfera tan exaltada, las simpatías de Franco por el Eje se tornaran aún más ardientes. A mediados de noviembre recibió a lord Lloyd al cual comunicó que estaba convencido de que los mejores barcos de la Royal Navy habían sido hundidos, que Inglaterra estaba al borde del hambre y la India a un paso de la revolución. ²² El 31 de diciembre de 1939, en un discurso radiofónico de Año Nuevo antisemita e imperialista, Franco atacó a Gran Bretaña y Francia: «Ahora comprenderéis —declaró— los motivos que han llevado a distintas naciones a combatir y alejar de sus actividades a aquellas razas en que la codicia y el interés es el estigma que les caracteriza». En un asombroso acto de deferencia hacia el pacto nazisoviético, el Caudillo criticó a las democracias: «No es la España calumniada la que limita y vigila los abusos de la libertad en la cátedra; no son las naciones llamadas totalitarias las que coartan las libertades políticas en holocausto del bien patrio; es la propia cuna del liberalismo y las naciones paladines de las libertades las que niegan la libertad de

pensamiento y su libre expresión al perseguir y exterminar a cuantos militan en el credo comunista». ²³ Goebbels, muy satisfecho, anotó en su diario: «Al menos algo a cambio de nuestro dinero, nuestra aviación y nuestra sangre». ²⁴

Buena parte del discurso estuvo dedicado a justificar las dificultades económicas del país, lo que traslucía el aumento del malestar popular por el racionamiento, la escasez de combustible y el régimen en general. Éste ya se había reflejado en una campaña de prensa que denunciaba los chistes sobre Franco como delito contra el régimen. ²⁵ Circulaba el rumor de que la policía había apresado al hombre que ideaba aquellos chistes subversivos. Después de ser torturado, admitió que él los había inventado todos excepto uno en el que Franco prometía «ni un hogar sin luz, ni un español sin pan». A la sombra de las dificultades del régimen, Franco había tomado decisiones curiosas. Su adopción de la política de autarquía estaba respaldada por una fe ingenua en soluciones milagrosas a problemas económicos extraordinariamente complejos. A finales de 1939, geólogos deseosos de complacerle le convencieron fácilmente de que España poseía enormes yacimientos de oro. En consecuencia, autorizó e incluso acudió en persona a dirigir operaciones de extracción de oro en Extremadura. Por ello, el 31 de diciembre de 1939, en su discurso radiofónico de Nochevieja, precisamente cuando el país se sumía en un período de atroces privaciones, no pudo resistirse a anunciar: «Tengo la satisfacción de anunciaros que España posee en sus yacimientos oro en cantidades enormes... lo que nos presenta un porvenir lleno de agradables presagios». ²⁶ El oro nunca se encontró.

El carácter desesperado de las dificultades económicas de España parece haber fomentado la credulidad de un hombre con escasa formación económica y pocos conocimientos científicos. A principios de 1940, poco después del anuncio de los ficticios descubrimientos de oro, Franco declaró que España pronto sería autosuficiente en energía, y un país rico exportador de petróleo. La razón de esta afirmación era un falso petróleo sintético supuestamente inventado por un austriaco, Albert Elder von Filek, que se había ganado la confianza de Franco, y le había persuadido de que mezclando agua con extractos de plantas y otros ingredientes secretos, el producto obtenido por destilación sería un combustible superior a la gasolina. Von Filek se había presentado como un partidario convencido de la causa nacional que había sido encarcelado por los republicanos en Madrid durante la Guerra Civil. Afirmaba tener espectaculares ofertas de las grandes compañías petroleras del mundo para comprar su invento, pero como Franco explicaba a Lequerica con gran alegría, la admiración de Von Filek por el Caudillo era tal que le cedía gratuitamente su invento. Se concedió a Von Filek el uso de las aguas del río Jarama y la tierra de sus riberas para construir una fábrica. A Franco le aseguraron que los camiones que transportaban el pescado a Madrid desde los puertos marítimos del norte habían utilizado este combustible. El chófer del Caudillo formaba parte del engaño y le convenció de que su propio coche había funcionado con el combustible. Se construyeron grandes tanques subterráneos para contener el petróleo que ahorraría a España ciento cincuenta millones de pesetas anuales en divisas. Al final, el fraude salió a la luz y Von Filek y el chófer fueron encarcelados. ²⁷

Ufano de su oro y su petróleo, Franco desairó al embajador británico en la cena de Año Nuevo ofrecida al gobierno y al cuerpo diplomático. ²⁸ La satisfacción de Hitler se reflejó en los diversos regalos de Año Nuevo que envió al Caudillo, entre los que se incluía un Mercedes de seis ruedas idéntico al suyo. Tenía motivos para estar agradecido. Las bases de apoyo submarino estaban ya en funcionamiento. A principios de 1940, los submarinos alemanes utilizaban las aguas territoriales españolas para recargar baterías, para el descanso de las tripulaciones y para reabastecerse de suministros. ²⁹ El Ministerio de Asuntos Exteriores español proporcionaba regularmente a la embajada alemana la información recibida de las misiones diplomáticas españolas en el extranjero. Esto proporcionaba a los alemanes una fuente de información valiosísima de países con los que no tenían relaciones diplomáticas. Los informes llegados de Francia fueron especialmente valiosos durante las hostilidades francoalemanas de junio de 1940. El Ministerio español de Asuntos Exteriores también transmitía a los alemanes con regularidad informes sobre el efecto que causaban en Gran Bretaña los bombardeos de la Luftwaffe. ³⁰ A finales de 1940, por orden del general Vigón, el coronel Ansaldo, que acababa de regresar de una misión española en Gran Bretaña, fue interrogado en el Ministerio del Aire por Canaris y un grupo de oficiales alemanes. ³¹

El 23 de abril de 1940, Franco reveló al embajador portugués su convicción de que la Luftwaffe estaba a punto de destruir a la Marina británica. ³² En las más altas jerarquías del ejército español, Yagüe y Vigón compartían de forma inequívoca el entusiasmo de Franco por la causa del Eje, pero otros tenían sus dudas. Y no era ése el único motivo de graves tensiones entre el ejército y los elementos de la Falange favorables al Eje. El asalto a la prisión de Alicante, junto a las «sacas» realizadas por falangistas en Valencia habían llevado al capitán general de la región valenciana, Antonio Aranda, a ordenar la ejecución sumaria de los responsables. Eso provocó un estallido de hostilidad intestina dentro del régimen.

Muchos altos personajes militares, incluido Kindelán, temían que las ambiciones imperialistas de la Falange arrastraran a España a la guerra como aliada del Eje. A principios de año, el ministro del Ejército, general Varela, que compartía los temores de Kindelán, empezó a recopilar información de las Capitanías Generales sobre la capacidad real del ejército español. En marzo, Kindelán envió a Varela un informe concluyente que demostraba que España no estaba en absoluto preparada si estallaba la guerra y que «siguen indefensas nuestras fronteras». Varela leyó el informe en una reunión del Alto Mando, congregado en calidad de Consejo Superior del Ejército, un cuerpo cuyas opiniones colectivas tenían considerable peso en Franco. El informe de Kindelán fue aprobado y remitido al Caudillo. En mayo de 1940, éste recibió del jefe de su Estado Mayor, general Carlos Martínez Campos, un informe igualmente desolador sobre la falta de preparación de las fuerzas armadas españolas, en que subrayaba la carencia de aviones y unidades mecanizadas. ³³

Como impotentes, aunque anhelantes, espectadores de la guerra falsa, Franco y Mussolini se fueron acercando cada vez más. Durante el

verano de 1939 y la primavera de 1940 la cordialidad de sus relaciones se vio reforzada por la liquidación de las deudas contraídas por España en la Guerra Civil después de una dilatada negociación. El acuerdo se vinculó a la posibilidad de que el rearme español se basara en armamento italiano.³⁴ Franco aseguró a Gambara que pretendía mantener un contacto estrecho con Italia en lo que a política exterior se refería.³⁵ Con el tiempo, el Duce, siempre impetuoso y reticente a observar tras la barrera mientras se escribía la historia (sus propias palabras), decidió entrar en la guerra a pesar de que Italia apenas estaba en mejor forma que España para una aventura militar después del agotador esfuerzo que le habían supuesto sus operaciones en Abisinia, España y Albania. El 8 de abril de 1940 Mussolini había informado a Franco de sus planes con dos meses de antelación.³⁶ El Caudillo apreció mucho el gesto. El 13 de abril le dijo a Gambara que, a pesar de la acuciante escasez de cereales, petróleo, armas y munición que había en España, si se veía arrastrada a la guerra cumpliría con su deber. Ese mismo día el Caudillo había enviado refuerzos a los Pirineos, Gibraltar, las Baleares y el Marruecos español.³⁷

La rapidez de los éxitos alemanes en Noruega y Dinamarca avivó el entusiasmo de Franco y Serrano Súñer.³⁸ En la primera mitad de abril Serrano Súñer ya le había dicho a Stohrer que España estaba del lado de Alemania y que la inminente entrada de Italia en la guerra precipitaría la de España. Sin embargo, incluso Serrano Súñer era pesimista sobre las posibilidades españolas de librar una guerra, dado el pésimo estado de sus reservas de combustible y grano. La ración de pan de quinientos gramos cada dos días se redujo a la mitad a principios de mayo.³⁹ Pese a todo ello, a Franco y Serrano Súñer los tentaba enormemente la perspectiva de que la beligerancia de España les permitiera apropiarse de Gibraltar y Tánger.⁴⁰ A ambos, como a todos los partidarios del Eje en España, debieron de impresionarles los rumores que circulaban sobre el apoyo alemán e italiano a las aspiraciones españolas.⁴¹ La prensa empezó a hablar de que se abrían nuevos horizontes imperiales para España.⁴²

En medio de tanta adulación, no es de extrañar que molestara a Franco profundamente cualquier signo de independencia y cuando éste procedía de un cardenal, aún enfurecía más al Caudillo, pues revelaba la fragilidad de su aparentemente sólido entendimiento con la Iglesia católica. Franco había planeado un viaje a Andalucía a mediados de marzo de 1940 que concluiría en Sevilla a finales de Semana Santa. En el curso de una procesión religiosa en la que fue aclamado por la Falange y los militares locales, el cardenal arzobispo, Pedro Segura, no se dejó ver a su lado. Segura protestaba así por la actitud pro nazi del régimen y por los intentos falangistas de pintar su símbolo del yugo y las flechas en la fachada de la catedral de Sevilla. Furioso por esta descortesía, Franco envió una escolta de falangistas a buscar al cardenal Segura para hacerle venir a rendirle pleitesía. Cuando se negó, Franco dio permiso a la Falange de la localidad para empezar una campaña de acoso al cardenal. Por ello, se planeó un desfile falangista para el «día de la Victoria» (1 de abril) que finalizara en la catedral, para humillación pública de Segura. El irascible cardenal amenazó con excomulgar a quienes participaran en este acto. Su catedral fue la única de España que no fue decorada con los nombres de los nacionales muertos en la Guerra Civil y el símbolo falangista. En su siguiente pastoral, el cardenal Segura denunció el silenciamiento de la primera llamada de Gomá a la reconciliación y la proximidad del régimen al Tercer Reich. Y envió copia a Franco. A partir de entonces fue descaradamente seguido por falangistas armados. A través de su embajador ante la Santa Sede, José Yanguas y Messía, Franco intentó sin éxito la destitución de Segura. Durante su estancia en Sevilla, Franco pasó dos horas en el Archivo General de Indias, una experiencia que le pareció tremendamente aburrida. Resulta indicativo de hasta qué punto sintonizaba con el espíritu beligerante falangista que, cuando le invitaron a firmar en el libro de oro Franco escribió sin la menor vacilación: «Ante las reliquias de un imperio, con la promesa de otro».⁴³

La hostilidad entre la Iglesia y la Falange era similar a la existente entre el ejército y la Falange. A pesar de estas tensiones internas había pocos indicios de que el Caudillo tuviera motivos reales para preocuparse por el futuro. El día del desfile de la Victoria para celebrar el primer aniversario de su triunfo sobre la República, Franco anunció su decisión de erigir un monumento a los que habían caído por su causa durante la Guerra Civil. El hecho de que, como los faraones, pensara en un monumento a gran escala que desafiara al tiempo daba la medida de su soberbia. Después de un almuerzo de la victoria ofrecido en la Capitanía General de Madrid, en el que doña Carmen se sentó entre los embajadores alemán e italiano, el Caudillo encabezó una comitiva de coches hasta Cuelgamuros, en el valle del Guadarrama, cerca de El Escorial. Cuando los miembros del ejecutivo, los jefes falangistas, los generales de más antigüedad y los miembros del cuerpo diplomático estuvieron reunidos, el coronel Valentín Galarza, subsecretario de la Presidencia del Gobierno, leyó un decreto que anunciaba la construcción del monumento, que se conocería como Valle de los Caídos. Después de explotar la primera carga de dinamita, Franco informó a sus acompañantes de la magnitud de su proyecto.

El decreto que anunciaba la erección del monumento, con fecha del 1 de abril de 1940, revelaba vivamente las ideas megalómanas de Franco sobre su lugar en la historia: «La dimensión de nuestra *Cruzada*, los heroicos sacrificios que la victoria encierra y la trascendencia que ha tenido para el futuro de España esta epopeya, no pueden quedar perpetuados por los sencillos monumentos con los que suelen conmemorarse en villas y ciudades los hechos sobresalientes de nuestra historia y los episodios gloriosos de sus hijos. Es necesario que las piedras que se levanten tengan la grandeza de los monumentos antiguos, que desafíen al tiempo y al olvido...». Franco encontró este imponente valle de la sierra de Guadarrama, al noreste de Madrid, con sus gigantescas afloraciones graníticas, después de emprender una minuciosa búsqueda para encontrar la grandiosidad natural que buscaba.⁴⁴

La idea arquitectónica básica fue de Franco, y en el curso de la construcción del monumento apuntaría ideas al arquitecto, Pedro Muguruza. Millán Astray decía que la arquitectura era la vocación secreta de Franco, el cual había diseñado varios edificios para la Legión.⁴⁵ La tarea de Muguruza era construir un monumento que ligara la época de Franco a la de los Reyes Católicos, de Carlos V y de

Felipe II. En un principio se previó que la obra se hiciera en doce meses. Finalmente se prolongó dos décadas y se convertiría en la mayor obsesión privada de Franco después de la caza. Se dice que el Valle de los Caídos llegó a ser lo más parecido a «otra mujer» en la vida del Generalísimo. El ciclópeo trabajo fue realizado por prisioneros republicanos que habían escapado al verdugo.

La creencia de Franco de que los «crímenes» de los republicanos podían ser «redimidos por el trabajo» llevó a la creación en los años cuarenta de «brigadas penales» y «batallones de castigo» de presos republicanos utilizados en trabajos forzados para la construcción de diques, puentes y canales. En la construcción del monumento se emplearon veinte mil reclusos, de los que murieron catorce y otros muchos quedaron tullidos en accidentes o padecieron silicosis. Se tardó casi veinte años en excavar la basílica de doscientos cincuenta y nueve metros de longitud, construir el monasterio, esculpido en la ladera del valle de Cuelgamuros, y erigir la colosal cruz que se elevaba a ciento cincuenta y dos metros de altura. La longitud de los brazos de la cruz era como la de dos vagones de tren. A España le costó casi tanto como le había costado El Escorial a Felipe II en una época más próspera.⁴⁶

Resulta una sorprendente muestra de la seguridad de Franco en sí mismo, por no decir de su complacencia, que a principios de 1940 hallase tiempo para hacer excursiones al campo en busca de un emplazamiento para su monumento. También en ese tiempo empezó a interesarse por la pintura. Sometido a frecuentes sesiones en las que posaba para retratos, se entretenía colocando un espejo detrás de los pintores para poder observar lo que estaban haciendo. Un día, cuando uno de ellos, Enrique Segura y Sotomayor, olvidó llevarse sus pinturas consigo, el Caudillo probó suerte.⁴⁷ Sin duda, la pintura y el Valle de los Caídos resultaban aficiones tanto más atractivas debido a las conocidas pretensiones artísticas de Hitler. Con España al borde del colapso económico, miles de personas muriendo de inanición y Europa asolada por la guerra, su aparente falta de preocupaciones es llamativa. Aún es más sorprendente que a finales de año encontrara tiempo para escribir un guión de cine, habida cuenta de que posteriormente declararía haber estado por entonces enfermo de preocupación por las presiones del Tercer Reich.

Durante abril y mayo de 1940, la serenidad de Franco también se vio alterada por las irritantes críticas del cardenal Segura. El gobernador civil de Sevilla envió al Generalísimo las notas tomadas en la catedral durante uno de los sermones del arzobispo. En el sermón proclamaba que, en la literatura clásica, los caudillos eran los «jefes de una banda de forajidos», y que, en los escritos de san Ignacio de Loyola, «caudillo» era sinónimo de «diablo». La ira de Franco fue tal que ordenó que el cardenal fuera expulsado de España. Segura, un hombre que no temía hablar claro, había sido expulsado por la República en 1931 y el hecho de que Franco hiciera lo mismo habría sido muy perjudicial para la imagen del régimen tanto dentro como fuera de España. El hecho de que a Franco se le ocurriera un acto de semejante trascendencia era síntoma de cuánto había minado su cautela instintiva la victoria en la Guerra Civil, la proximidad a los dictadores del Eje y la adulación constante. Indicaba también la superficialidad de la muy cacareada devoción de Franco hacia la Iglesia. Sólo la intervención de Serrano Súñer evitó que cometiera un grave error político que podría haber provocado la ruptura de relaciones con el Vaticano. Franco tuvo que contentarse con hacer esfuerzos diplomáticos para persuadir al Vaticano de que sustituyera a Segura.⁴⁸

A pesar de esto, Franco aún conservaba, como siempre, cierta tendencia a la cautela en cuestión de asuntos exteriores. El 30 de abril de 1940 envió lo que Ciano llamó un «mensaje insulso» a Mussolini que en Roma se consideró la confirmación de «la absoluta e inevitable neutralidad de una España que se dispone a curarse las heridas». La carta del Caudillo —en esa época aún admirador del ejército francés— permitía entrever su creencia en que la guerra sería larga y difícil y, por ello, alababa el buen juicio de Mussolini por haber retrasado su intervención en las hostilidades. En referencia a la postración económica de España, escribió: «Comprenderéis lo angustioso que es para mí y mi pueblo que lo inoportuno de esta contienda nos sorprenda tan rezagados».⁴⁹ Debía de tener presentes los recientes informes de su Alto Mando. Por un lado, sabía que una España económica y militarmente exhausta no podía sostener un esfuerzo bélico dilatado, pero, por otro, no podía soportar la idea de que Francia y Gran Bretaña pudieran ser aplastadas por la Wehrmacht de Hitler y España no consiguiera parte del botín. Esperaba, por tanto, entrar a última hora en la guerra para ganarse un sitio en la mesa del reparto.

Ya el 23 de abril, con el fin de hacer un servicio al Eje y confundir a los británicos, Franco había contado al embajador portugués Pereira la manifiesta mentira de que estaba absolutamente convencido de que Italia no entraría en la guerra.⁵⁰ El 4 de mayo Beigbeder le siguió el juego cuando recibió al embajador americano, el elegante virginiano Alexander Wilbourne Weddell.⁵¹ Beigbeder le dijo que España mantendría su neutralidad por la fuerza de las armas. El 14 de mayo, en una conversación con el presidente de ITT, Sosthenes Behn, Serrano Súñer repitió que España estaba dispuesta a defender su neutralidad, pero dio a entender que lo haría contra Gran Bretaña o Francia.⁵² Todo eso apuntaba a la proximidad de Franco con Mussolini. Sin embargo, uno de los factores que diferenciaban al Duce del Caudillo en esa época, aparte de que por temperamento Franco raras veces cedía a una impulsividad irresponsable, era la existencia de un Estado Mayor español curtido en la batalla, más pesimista y menos adulator que su equivalente italiano. Además, como soldado muy experimentado, Franco tenía una noción realista de la capacidad de su país, aunque eso no significaba que fuera inmune a las tentaciones imperialistas. Por otra parte, el factor que más le inclinaba a la prudencia, su admiración hacia el ejército francés, estaba por desaparecer. Franco estaba a punto de llevar a España al borde del abismo.

El 10 de mayo, cuando los alemanes invadieron Bélgica y Holanda, la prensa franquista aplaudió su «acción defensiva» y lo merecido de su éxito. El Caudillo reaccionó con admirado entusiasmo, comentando a Beigbeder: «Los alemanes tienen buen ojo. Siempre eligen el lugar y el momento adecuados».⁵³ El 16 de mayo, el embajador francés, mariscal Pétain, fue requerido por el primer ministro Paul Reynard para ocupar la vicepresidencia de su gobierno. Antes de salir de Madrid, le ordenaron visitar a Franco para asegurarle que se estaban controlando

las actividades de los republicanos españoles exiliados. Era un débil artificio para arrancar una promesa de neutralidad al Caudillo, que empezaba a perder el respeto hacia la potencia militar francesa.⁵⁴ Cuando acudió a su última audiencia con Franco, Pétain dijo: «Mi patria ha sido derrotada, y me llaman para hacer la paz y firmar el armisticio». La respuesta de Franco revelaba su visión implacablemente egoísta de la política. «Usted es el vencedor de Verdún —le dijo—, la máxima gloria viva de Francia. Usted es el símbolo de la Francia victoriosa y poderosa. No vaya, mariscal. No una su nombre a lo que otros perdieron.»⁵⁵ También se ha sugerido que Franco temía que el regreso de Pétain reavivara los éxitos militares franceses, dado que el cumplimiento de sus sueños imperiales dependía de la derrota de Francia.⁵⁶

Significativamente, diez días más tarde, en un París presa del pánico, cuando Pétain fue preguntado sobre la probabilidad de una intervención española en la guerra declaró estar seguro de la neutralidad de Franco, creyendo que la debilidad militar de España no le dejaba otra alternativa.⁵⁷ El juicio de Pétain sobre los recursos españoles era acertado, pero su confianza en Franco, basada en una cortina de humo deliberadamente creada por el Caudillo, era un craso error. Además de las industrias de guerra de Toulouse, Angulema y Bergerac, muchas factorías de la Francia septentrional y oriental que habían sido evacuadas hacia el sur cuando estalló la guerra eran vulnerables a ataques españoles. A finales de mayo, Franco escribió a su agregado militar en París, coronel Barroso, autorizándole a garantizar al Estado Mayor francés que la frontera del sur podía quedar desprotegida.⁵⁸ Resulta difícil evitar la sospecha de que intentaba apartar obstáculos a una operación militar española contra Francia sólo tres días antes de ofrecer sus servicios a Adolf Hitler.

Tras sus anteriores dudas, Franco estaba ahora convencido de una pronta victoria alemana.⁵⁹ En Washington eran conscientes de la posición del Caudillo, pero conocían también los terribles problemas económicos de España. Franco tenía pocas simpatías en el Departamento de Estado y menos aún en la prensa liberal de Estados Unidos, no obstante lo cual, el Departamento de Estado estaba dispuesto a escuchar con atención las peticiones de ayuda españolas, antes de permitir que Franco se arrojase en brazos del Eje.⁶⁰ Los británicos estaban lo bastante preocupados por las intenciones de Franco para relevar a su embajador en Madrid, sir Maurice Peterson, por sir Samuel Hoare el 24 de mayo de 1940. En parte era cuestión de encontrar un cargo adecuado para Hoare, que acababa de perder el Ministerio del Aire en la remodelación del gobierno que había traído la sustitución de Chamberlain por Churchill como primer ministro. Sobre todo, que un personaje tan importante como Hoare —considerado un apaciguador—, fuera elegido para esta «misión especial» era sintomático de los temores de Londres sobre las intenciones de Franco. Con Francia a punto de caer, era esencial evitar que Franco sumara sus fuerzas a las de Hitler y Mussolini. Si lo hacía, la pérdida de Gibraltar y del uso de los puertos españoles del Atlántico por parte del Eje habrían constituido un golpe devastador para Gran Bretaña. Como dijo Hoare trece meses más tarde: «Yo vine en lo que era realmente una misión mercantil con el propósito de comprar tiempo, tiempo en lo local para la fortificación de Gibraltar y tiempo en lo internacional para la recuperación británica tras la caída de Francia».⁶¹

La excusa ofrecida para la sustitución del embajador en España era que había habido quejas sobre Peterson, un hombre inteligente pero extremadamente susceptible. Aunque favorable a la política de Franco, Peterson sentía un profundo desdén hacia el Caudillo en el aspecto personal y pretendía darle órdenes más o menos a voluntad. Los comentarios cáusticos de Peterson sobre Franco en particular y los españoles en general hicieron que un colega lo comparase al director de una galería de arte que reúne todos los méritos para el puesto pero odia los cuadros.⁶² Con lo que en aquel momento parecía una seguridad un tanto arrogante, Peterson confiaba en que Franco no iría a la guerra contra los aliados occidentales. A sir Robert Bruce Lockhart le dijo que España no podía permitirse entrar en guerra con una población hambrienta y que: «Franco es un hombre pequeño y asustado» que se negaba a recibir a Pétain y a él mismo. En realidad, Franco rara vez recibía a otro diplomático extranjero que no fuera el embajador alemán.⁶³

El nombramiento de Hoare no fue bien recibido en el cuerpo diplomático. Sir Alexander Cadogan, alto funcionario del Foreign Office, dijo a lady Halifax: «Hay un aspecto positivo; Madrid está lleno de alemanes e italianos y por tanto hay posibilidades de que Samuel Hoare sea asesinado». Con los alemanes ya en Ostende y la retirada de Dunkerque en marcha, el 29 de mayo Hoare voló a Lisboa y el 1 de junio a Madrid, donde halló precios altos, escasez de comida, las comunicaciones, la prensa y la aviación dominadas por los alemanes, y su propia embajada prácticamente sitiada.⁶⁴ La tarea que aguardaba al pulcro y preciso Hoare era mantener a Franco apartado de la guerra convencién­dole de que la derrota del Eje era, a la larga, inevitable. A pesar de temer por su vida, desempeñó su tarea con enorme habilidad y coraje.* Ya fuera en encuentros oficiales con Franco y sus ministros de Exteriores, con indirectas corrosivas que socavaban la posición favorable al Eje de Serrano Súñer en el gabinete, o reuniéndose clandestinamente con los enemigos militares y monárquicos de Franco, su tacto, su destreza y energía fueron incansables y muy a menudo eficaces.⁶⁵

La percepción de Franco de su propia fuerza se vio fuertemente incrementada por la caída de Francia, cuyo ejército había temido. El derrumbamiento de Francia y Gran Bretaña abría perspectivas imperialistas que también podían simplificar sus problemas internos, en especial la rivalidad entre la Falange y los militares. Los momentos más bajos de Gran Bretaña y Francia parecían ser la oportunidad que España estaba esperando y Franco decidió arriesgarse un poco. Mientras una muchedumbre de falangistas coreaban: «¡Gibraltar español!» ante la embajada británica, y la fuerza expedicionaria británica se retiraba de Dunkerque, Franco observaba entusiasmado. Junto con el jefe del Estado Mayor, general Juan Vigón, y la mayoría de sus generales, el Caudillo tenía una fe inquebrantable en la Wehrmacht, y ansiaban aprovechar la oportunidad que les brindaban los triunfos alemanes para apoderarse de Gibraltar y del Marruecos francés.⁶⁶

Así pues, Franco remitió a Hitler una efusiva carta de felicitación que fue llevada a Alemania personalmente por Vigón:

Querido Führer: En el momento en que los ejércitos alemanes bajo su dirección están conduciendo la mayor batalla de la historia a un final victorioso, me gustaría expresar mi admiración y entusiasmo y el de mi pueblo, que observa con profunda emoción el glorioso curso de una lucha que ellos consideran propia.

A continuación, se extendía en la explicación de cómo las dificultades económicas fruto de la Guerra Civil y los temores a la fuerza naval británica en el Mediterráneo le obligaban a ocultar su apoyo a Alemania tras una neutralidad oficial:

No necesito asegurarle lo grande que es mi deseo de no permanecer al margen de sus cuitas y lo grande que es mi satisfacción al prestarle en toda ocasión servicios que usted estima como valiosos.

La carta tenía fecha del 3 de junio, aunque Vigón no partió hasta el 10 de junio.⁶⁷ El propósito de la visita de Vigón y de la carta era asegurar la mínima participación española en la guerra necesaria para conseguir un lugar en la mesa de la conferencia de paz.⁶⁸ No tendría efecto alguno, pues Hitler no tenía intención de pagar un alto precio por unos servicios que no creía necesitar dado que esperaba la rendición inglesa en cualquier momento.

No era realmente de extrañar que Franco, tras una retórica farisaica de compromiso con la paz y la mediación, estuviera decidido a aprovecharse de la humillación de los franceses y dispuesto a complacer a sus poderosos amigos del Eje. Más aún, de un modo furtivo y sinuoso contribuyó a la caída de Francia. A mediados de mayo, por ejemplo, cuando el gobierno francés deseaba enviar al diputado vasco y futuro ministro de Juventudes de Vichy Ybarnegaray a Madrid para pedir la mediación española ante los italianos con el fin de frenar su temida declaración de guerra, Franco en persona se negó, alegando el engañoso motivo de que podía perjudicar la condición neutral de España. Después envió un informe completo de sus acciones a Mussolini y pidió el consejo del Duce sobre si debía informar también a Hitler. A Mussolini le encantó semejante deferencia.⁶⁹ Franco también trabajó subrepticamente en detrimento de los franceses en relación a Alemania. Al fin y al cabo, en marzo de 1939 había firmado un tratado con el Tercer Reich que le comprometía a consultar con Berlín en caso de crisis internacional. Por ello, a lo largo de junio de 1940, siguiendo instrucciones de Madrid, el embajador español en Francia trabajó en favor de la causa alemana. Lequerica cultivó la amistad de Pétain y la de otros personajes de la derecha francesa, en particular Laval. Los informes remitidos a Madrid sobre sus conversaciones y sobre el pesimismo de Pétain se entregaban de inmediato a los alemanes. Éstos constituían una valiosa fuente de información sobre las intenciones francesas al más alto nivel.⁷⁰

Inevitablemente, en 1940 la importancia estratégica de España para la causa del Eje hizo que Franco fuera cortejado por ambos bandos: los alemanes para empujarlo a la guerra y los británicos para mantenerlo al margen. A pesar de cierta polémica interna sobre la validez de semejante política, los segundos optaron por utilizar la estrategia del palo y la zanahoria a la cual podían recurrir gracias a su capacidad tanto para bloquear el comercio español como para conceder a España los créditos que necesitaba desesperadamente. Desde noviembre de 1939, una delegación inglesa en Madrid libraba una carrera contra el tiempo para negociar un acuerdo comercial con España para la duración de la guerra, con el fin de ofrecer a Franco una razón para permanecer neutral que tuviera buena acogida.⁷¹ Por el contrario, los alemanes, que en un principio no estaban interesados en la participación española, demostraron poco interés en cortejar a Franco.

La difícil tarea a la que se enfrentaban Hoare y su agregado comercial, David Eccles, quedó de manifiesto a principios de junio de 1940 cuando las embajadas británica y francesa en Madrid y los consulados de Barcelona y Málaga fueron atacados por falangistas, al tiempo que la prensa franquista informaba con alegría que alemanes e italianos veían con buenos ojos la devolución de Gibraltar.⁷² El 9 de junio, Mussolini escribió a Franco: «Cuando lea esta carta, Italia habrá entrado en guerra del lado de Alemania. Solicito de usted, dentro de las amplias líneas de su política, la solidaridad moral y económica con Italia. En la nueva reorganización del Mediterráneo que resultará de la guerra, Gibraltar será devuelto a España». ⁷³ Yagüe instó al Caudillo a que se uniera al Duce. Con la aprobación de Franco y a petición de Ciano, Yagüe ya había accedido a que los bombarderos italianos repostaran secretamente en los aeropuertos españoles.⁷⁴ La fiebre de guerra que generaba la prensa falangista provocó varias cartas de protesta de algunos oficiales de alta graduación, entre ellos Kindelán, Ponte y Orgaz, dirigidas al ministro del Ejército general Varela. Esta presión contribuyó a templar un tanto el entusiasmo de Franco sobre el destino de su vecino del norte.⁷⁵

Se mantuvo cierta precaución, procurando ocultar el creciente compromiso de España con el Eje. Beigbeder le dijo al embajador norteamericano, Weddell, que la acción italiana era una «locura».⁷⁶ Por el contrario, Franco escribió una respuesta muy vehemente a la carta de Mussolini del 9 de junio, prometiéndole su solidaridad moral y toda la ayuda económica que España pudiera permitirse. Sin embargo, antes de remitirla, recibió una carta de Ciano instándole a seguir el ejemplo de Mussolini y convertir la neutralidad de España en no beligerancia. Franco atendió el consejo y modificó en consecuencia su carta antes de enviarla al Duce el 10 de junio. En una reunión del 12 de junio, Franco obtuvo la conformidad del gobierno con su decisión.⁷⁷ Mussolini le envió un efusivo mensaje de gratitud;⁷⁸ el Caudillo dijo al encargado de negocios italiano en tono contrariado «*che stato attuale forze armate spagnole gli impedisce adottare atteggiamento più risoluto, che tuttavia provvede accelerare al massimo preparazione dell'esercito in vista di ogni possibile eventualità*». Franco también habló de su resentimiento hacia Estados Unidos.⁷⁹ Estas noticias fueron transmitidas sin dilación a los alemanes.⁸⁰ Al día siguiente se hizo público el anuncio de la no beligerancia. La prensa falangista declaró que España debía apoyar a los países que la habían ayudado en la Guerra Civil.⁸¹

En Gran Bretaña y Portugal se suponía que la no beligerancia significaba, como para Mussolini, el preludio de una declaración de

guerra.⁸² Franco intentó utilizar constantemente a los portugueses para engañar a los británicos. Durante meses, había asegurado al embajador portugués, Pereira, su voluntad de neutralidad y su falta de ambiciones en el conflicto, cosa que reiteró el 10 de junio, al mismo tiempo que escribía a Mussolini para comunicarle la no beligerancia.⁸³ El día en que ésta se anunció, Franco envió a su hermano Nicolás para asegurar al ministro de Asuntos Exteriores portugués de que no constituía ninguna desviación de la postura neutral que España seguía hasta la fecha.⁸⁴ El Caudillo veía en Lisboa una vía de contacto conveniente con el Foreign Office que podía emplear para enmascarar su posición mientras el Eje lograba sus victorias. En 1943, cuando el resultado de la guerra parecía más dudoso, utilizaría a Lisboa para ratificar sus credenciales neutrales a ojos de los aliados. Pese a ello, en el verano de 1940, Franco abrigaba pensamientos predatorios hacia Portugal.

Hubo muchos, tanto en la Falange como en el cuerpo de oficiales, a quienes tentaron los informes que hablaban de un Gibraltar pobremente defendido y un desmoralizado ejército francés en Marruecos. Beigbeder era contrario a cualquier declaración de guerra, aunque le dijo al encargado de negocios italiano que Gibraltar «*cadrà a momento venuto come un frutto maturo*».⁸⁵ Franco estaba seriamente tentado pero era reacio a hacer nada sin el explícito apoyo alemán.⁸⁶ El hecho de que concediera prácticamente libre acceso al embajador alemán, es indicativo de la deferencia de Franco para con el Tercer Reich. En abierto contraste, rehusaba ir más allá de banalidades y entrar en conversaciones serias con Hoare, al igual que antes había hecho con Peterson. Cuando a mediados de junio Hoare presentó sus credenciales, la persona de Franco produjo en él escasa impresión. El Caudillo, «de corta estatura, bastante grueso y aspecto aburguesado, parecía insignificante. Su voz era muy distinta de los incontrolados alaridos de Hitler o de los tonos graves teatralmente modulados de Mussolini. En realidad era la voz de un médico de trato afable, un médico de cabecera con muchos pacientes e ingresos asegurados».⁸⁷ Sin duda Franco creía, como afirmaban los rumores que circulaban por Madrid, que los aliados estaban ya derrotados y que Hoare simplemente había acudido a ofrecer Gibraltar. Con la misma descortesía hacia el embajador de Washington, el Caudillo mantuvo a Weddell a una distancia prudencial, anulando constantemente citas previas.

Oficialmente, Franco no trataba asuntos específicamente ministeriales y ésa solía ser la excusa para negarse a recibir embajadores que no fueran, claro está, Von Stohrer. Vivía aislado y férreamente custodiado en el palacio de El Pardo, donde la atmósfera de sombría reclusión le pareció a Hoare más propia de un déspota oriental. El Caudillo mantenía allí las reuniones del gabinete y recibía a sus ministros. Sólo abandonaba El Pardo por motivos de Estado y para salir de cacería. En realidad, la inaccesibilidad de Franco se intensificó en virtud de su creciente pasión por la caza. Como decía Hoare, cuando concedía audiencias era «difícil atravesar la alambrada blanda de su pasmosa autocomplacencia». Franco se sentaba ante un escritorio decorado con las fotografías dedicadas de Hitler y Mussolini y evitaba constantemente cualquier discusión seria. Hoare le creía alegremente ignorante de la potencia económica y naval del Imperio británico y de su aliado, Estados Unidos.⁸⁸

No obstante, está claro que Franco se tomaba un interés particular en la gestión de la política exterior. Beigbeder, Jordana y Lequerica, todos ellos ministros de Asuntos Exteriores en diferentes momentos de la Segunda Guerra Mundial, coincidían en que el Caudillo decidía la política mientras ellos simplemente trataban las cuestiones de detalle y ponían en práctica sus instrucciones.⁸⁹ Desde 1945 en adelante, los propagandistas de Franco trabajaron con tesón para presentar a Serrano Súñer como arquitecto exclusivo de la política germanófila, lo cual es un absurdo pues resulta inconcebible que Franco permitiera pasivamente a su cuñado diseñar la política exterior. Serrano Súñer compartía el entusiasmo de Franco por los triunfos alemanes y tenía más ganas que nunca de tomar las riendas de la política exterior española. En una recepción en la embajada brasileña, Serrano Súñer invitó a los presentes a una fiesta en un Londres derrotado dos semanas más tarde.⁹⁰ Serrano había empezado a intrigar contra el ministro de Exteriores, Beigbeder, y a establecer una estrecha relación con Von Stohrer. Serrano Súñer dijo al embajador alemán que, a pesar de que no había necesidad de que España siguiese automáticamente a Italia a la guerra, «no obstante, España debería seguir atentamente los acontecimientos para intervenir en el momento oportuno».⁹¹ Pero, reconocer las ambiciones de Serrano Súñer no significa restar importancia al fervor del Caudillo por el Eje.

De hecho, la ayuda española más valiosa para el Eje no pudo haberse prestado sin el conocimiento y el consentimiento explícito de Franco: los submarinos alemanes estaban siendo abastecidos y reparados en puertos españoles y se permitía a sus tripulaciones de relevo viajar a través de España. De este modo, los submarinos podían permanecer más tiempo lejos de sus bases. Hacia junio de 1940, gracias a las facilidades españolas, sumergibles alemanes pudieron alcanzar la costa norte de Brasil y extender su radio de operaciones hacia el sur, amenazando las líneas británicas de abastecimiento, atacando convoyes en el Atlántico central, sabiendo que podían disponer de combustible para el viaje de regreso. En caso de sufrir desperfectos por una acción enemiga, los comandantes de submarino confiaban en realizar las reparaciones en los puertos españoles y disponer de atención médica para los heridos. El sistema de suministros establecido entre finales de 1939 y la primera mitad de 1940 requería una planificación minuciosa y una infraestructura compleja, organizadas con la aprobación de Franco tras cierta vacilación inicial nacida de un temor transitorio al poderío naval británico. Luego el Caudillo cedió la responsabilidad operativa a Beigbeder. Franco también permitió que aviones de reconocimiento alemanes volaran con distintivos españoles y en La Coruña se puso una emisora de radio al servicio de la Luftwaffe. En otoño de 1940 se solicitó permiso para que los destructores alemanes repostaran en secreto durante la noche en las bahías de la costa norte de España.⁹²

Según una investigación de posguerra del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, durante la Segunda Guerra Mundial aviones alemanes operaban desde aeródromos españoles contra los navíos aliados. Los aparatos alemanes que se veían obligados a aterrizar en

territorio español eran reparados por españoles y a los alemanes se les permitía realizar detalladas inspecciones de los aviones británicos y norteamericanos obligados a aterrizar por averías. El espionaje y el sabotaje alemán contra objetivos aliados en España se vio facilitado por las autoridades españolas. Asimismo, los puestos de observación alemanes en la costa mediterránea permitieron que el Alto Mando alemán dispusiera de información exacta sobre el número, tipo y ruta de los barcos británicos y norteamericanos que entraban en el Mediterráneo y atacarlos en consecuencia.⁹³

Los apologistas del Caudillo han afirmado con insistencia que, con la poderosa Wehrmacht en sus fronteras, Franco tuvo que tratar al Tercer Reich con cautela e incluso con complaciente neutralidad.⁹⁴ Ése es un argumento totalmente espurio. No había motivo alguno para una acción hostil alemana contra España. En una reunión con sus jefes militares celebrada el 31 de julio, Hitler dejó claro que su obsesión central era la destrucción de la Unión Soviética. Hitler creía que era una mejor estrategia para derrotar a Gran Bretaña que cualquier otra acción en el Mediterráneo. En cualquier caso, en el verano de 1940, cuando ya estaba en estudio la ofensiva contra Rusia, la Wehrmacht no podía disponer de fuerzas para atacar España. Y, dado el grado de valiosa cooperación prestada por Franco, Hitler no tenía razón para plantearse semejante ataque.⁹⁵

A pesar de la tan aireada amistad de Franco con Pétain, el 14 de junio de 1940, mientras los alemanes entraban en París, España ocupó Tánger. Lequerica se limitó a informar a los franceses de que la acción era necesaria para garantizar la seguridad de la ciudad internacional.⁹⁶ Beigbeder se jactó ante el encargado de negocios italiano, Zoppi, que la acción se había perpetrado «cuando el Quai d'Orsay tenía que preocuparse de cosas bastante más graves que oponerse a las intenciones españolas»,⁹⁷ una afirmación que desmiente la posterior pretensión de Franco de haber actuado por consideraciones de altruista protección hacia Francia, vencida en 1940. En realidad, en el momento de la catastrófica derrota a manos del Tercer Reich, a los franceses les preocupaba lo que creyeron clara evidencia de una amenaza adicional por parte de una España hostil.

Franco y Serrano Súñer consideraron la ocupación de Tánger como el primer paso efectivo hacia una expansión africana a gran escala. Únicamente ellos dos tomaron la decisión, sin discutirla con otros ministros ni con el Estado Mayor.⁹⁸ Con calurosos telegramas, las organizaciones falangistas daban las gracias al Caudillo por haber devuelto África a España.⁹⁹ Desde el balcón de su embajada, Stohrer aseguró a los falangistas congregados en la calle que «los deseos de España se cumplirían». ¹⁰⁰ Al día siguiente, Vigón, después de entregar a Ribbentrop el Gran Collar del Yugo y las Flechas que Franco le había concedido, le comunicó el deseo de España de apoderarse de todo Marruecos.¹⁰¹ Un día después, el 16 de junio de 1940, Hitler recibió a Vigón en el *Château Acoz*, de Bélgica, al sur de Chatelet, y le dijo que estaba encantado de que Franco «hubiera pasado a la acción sin mediar palabra». ¹⁰² Sin embargo, no aceptó el ofrecimiento de pasar a una posición beligerante que contenía la carta de Franco y se limitó a reconocer las ambiciones marroquíes de España. Ello no obstante, Vigón regresó a Madrid completamente fascinado por lo que había visto en un recorrido organizado del frente occidental y confirmó la opinión de Franco sobre la invencibilidad de la Wehrmacht.¹⁰³

En cuestión de horas, el Caudillo tuvo ocasión de contribuir al derrumbamiento de Francia. El gobierno francés, entonces encabezado por Pétain, había huido a Burdeos. A las doce y media de la mañana del 17 de junio, Paul Baudouin, ministro de Exteriores, llamó a consulta al embajador español, Lequerica, y a sus agregados militares, Ansaldo y Barroso, a quienes solicitó que España actuara como intermediaria ante los alemanes para solicitar un cese de las hostilidades y negociar las condiciones de paz. Tras vencer enormes dificultades, Lequerica hizo llegar el mensaje a Madrid. Franco y Jordana lo discutieron y lo transmitieron al embajador alemán a las 3 de la madrugada.¹⁰⁴

El motivo oficial de la elección de Franco como mediador era la alta estima en la que Pétain supuestamente tenía al Caudillo.¹⁰⁵ En realidad, la inverosímil apelación a «la espada más limpia de Europa» ¹⁰⁶ revelaba, tras la captura de Tánger, una fría apreciación de la vanidad de Franco, cuya finalidad era retrasar o distraer a un enemigo potencial que podía estar a punto de abrir un tercer frente contra Francia.¹⁰⁷ En la compleja decisión francesa de solicitar un armisticio habían influido los diversos gestos antifranceses que Franco hizo durante junio de 1940. En París, la declaración de no beligerancia, la ocupación de Tánger y el despliegue de tropas españolas en las intermediaciones de los Pirineos y en la frontera con el Marruecos francés, se consideraban prueba fehaciente de que Franco estaba a punto de declarar la guerra a Francia o, al menos, de facilitar un avance alemán sobre el Marruecos francés.¹⁰⁸

Durante los días de la caída de Francia, Lequerica, en colaboración con su amigo Pierre Laval, no dejó de presionar al gobierno de Pétain en favor del armisticio y para que abandonase la idea de continuar la guerra desde el norte de África, insinuando a Pétain que Hitler podría considerar una paz negociada. Lequerica albergaba esperanzas de que una Francia de derechas se uniera a España, Italia y Alemania en un orden nuevo que reemplazara al perverso imperio anglojudío.¹⁰⁹ Actuando como mediador entre la Francia vencida y la Alemania victoriosa, Franco esperaba poder obtener ricas ganancias coloniales. Ningún aspecto del armisticio sugiere que los franceses vieran en Franco otra cosa que un subordinado de Hitler.

Como siempre, Franco operaba a varios niveles, ofreciendo sus servicios tanto a alemanes como a franceses. Ya que Hitler no había demostrado interés en la beligerancia española, Franco esperaba beneficiarse de la catástrofe francesa. La misma mañana del día de la solicitud del armisticio, antes de que se llegara a ningún acuerdo concreto entre Francia y Alemania, Franco ordenó a Lequerica que reclamara los territorios de la cabila de los Beni-Zéroual al sur de Marruecos, cerca de Fez, y de los Beni-Snassen, en el Marruecos oriental francés. Al día siguiente, el 18 de junio, con aire de sentirse violento por lo que parecía una exigencia de compensación por entregar la solicitud de armisticio, Lequerica transmitió las reclamaciones. La pérdida de los mencionados territorios habría debilitado seriamente el

Marruecos francés. Además, Beni-Snassen habría brindado a España una cuña hacia la región argelina de Orán. Un día más tarde, Franco reveló el calibre de sus ambiciones a los italianos: la unión del Marruecos español y el Marruecos francés bajo su protectorado, una parte de Argelia, la ampliación del Sahara español y la expansión de los territorios españoles en el golfo de Guinea.¹¹⁰

Se emplearon dos argumentos para justificar estas demandas ante el conde Renom de la Baume, embajador francés en Madrid. El primero era el consabido razonamiento franquista de que, puesto que Francia estaba condenada a perder parte de su imperio, era mejor que España se beneficiara del hecho antes que Alemania. El segundo, a la luz de la lista de objetivos que Franco presentaba a Alemania e Italia, era por completo falaz: que España sólo deseaba controlar los posibles estallidos de agitación entre las cabilas locales. No obstante, y pese a la ambición mal disimulada de Franco, en medio de tantos desastres en el gobierno francés hubo quienes estuvieron dispuestos a ceder a sus exigencias. Pero el comandante militar francés en Argelia, general Noguès, era radicalmente hostil a cualquier concesión y finalmente impuso su criterio a Pétain. Estaba claro que Franco tenía intención de reforzar sus argumentos con la fuerza, pero Noguès convenció al general Asensio, Alto Comisario español en Marruecos, de que cualquier incursión en territorio francés sería enérgicamente repelida.¹¹¹

El mismo día en que presionaba a Pétain, Franco presentó a los alemanes la oferta formal de entrar en guerra a cambio de la satisfacción de sus aspiraciones coloniales. Parece probable que Franco se sintiera envalentonado a dar este paso, sólo tres días después de haber sido desoída su primera oferta hecha a través de Vigón, no sólo por los infortunios franceses, sino también por la fiebre de guerra que, al menos en Madrid, la Falange se ocupaba de generar. En caso de que Gran Bretaña prosiguiera las hostilidades tras la rendición de Francia, el Caudillo se ofreció a entrar en la guerra del lado del Eje a cambio de «material bélico, artillería pesada, aviones para atacar Gibraltar y quizá la cooperación de submarinos alemanes en la defensa de las islas Canarias. También suministros de algunos productos alimenticios, munición, combustible y equipo, lo cual ciertamente podía obtenerse de las existencias bélicas de Francia».¹¹²

La confianza de Franco en el triunfo alemán y en su propia posición como miembro del Eje se reflejaba en su trato con Weddell y Hoare, que pasó de indiferente frialdad a imprudente jactancia. El 22 de junio, cuando por fin se dignó a recibir a Weddell, le reveló con arrogancia cuánto disfrutaba del inminente desmembramiento de los imperios francés y británico, desdeñando una oferta estadounidense de cooperación económica condicionada a la neutralidad de España.¹¹³ Ese mismo día, algo más tarde, le dijo con firmeza al embajador británico que la victoria de los aliados era del todo imposible. Para consternación de Hoare preguntó: «¿Por qué no acaban la guerra ahora? Nunca vencerán. Todo lo que sucederá, si se permite que la guerra continúe, es la destrucción de la civilización europea». Visiblemente seguro del resultado de su propuesta a los alemanes, Franco también le dijo a Hoare que España no necesitaba nada del imperio británico.¹¹⁴ Por Madrid corrían rumores de que Hoare había ofrecido a Franco Gibraltar a cambio de que España se comprometiera a no entrar en la guerra al lado del Eje.¹¹⁵

El personal diplomático de la embajada norteamericana en Madrid consideró la indiferencia del Caudillo hacia las ofertas de ayuda económica como una prueba de su inamovible confianza en la victoria y subsiguiente generosidad alemana. También crecieron las sospechas británicas y norteamericanas de que el reciente aumento de importaciones españolas de petróleo significaba o bien preparativos bélicos o bien medidas encubiertas para ayudar a Italia.¹¹⁶ A las sospechas se sumaba el hecho de que los cargamentos estaban organizados por Thorkild Rieber, presidente de la Texas Oil Company, partidario del Eje que había cubierto las necesidades de petróleo de Franco durante la Guerra Civil. A petición británica se restringieron las exportaciones de petróleo de Estados Unidos a España para evitar el almacenamiento de reservas en beneficio del Eje. Fue ésta una política inteligente que restó confianza a Franco para entrar en guerra, sin dejarle por entero a merced del Tercer Reich.¹¹⁷

Tras hacer esperar a Franco casi una semana, los alemanes respondieron con frialdad a su segunda oferta de entrar en guerra junto al Eje. Convencido de la caída inminente de Gran Bretaña, Hitler estaba poco interesado en la participación española según las condiciones de Franco. Algunas de las aspiraciones de éste estaban en conflicto con los planes del propio Führer para crear un imperio alemán en África, y la beligerancia española requería suministros de grano y combustible a una escala que el Tercer Reich no podía permitirse. La respuesta oficial a la oferta española partió del secretario de Estado, barón Ernst von Weizsäcker: el gobierno alemán tomaba en consideración los deseos territoriales españoles en el norte de África, acogía cordialmente la oferta española de entrar en guerra y se comprometía a estudiar las peticiones de equipo militar «en el momento adecuado».¹¹⁸ Hitler no estaba dispuesto a perjudicar las negociaciones para el armisticio con Pétain a fin de satisfacer gratuitamente a Franco. La desilusión del Caudillo se reflejó en el hecho de que inmediatamente ordenó a Serrano Súñer que pidiera permiso para visitar el Reich con objeto de limar diferencias en torno a sus ambiciones territoriales y a los suministros alemanes.¹¹⁹

Precisamente en ese momento Franco destituyó al general Yagüe como ministro del Aire. Cansado de las dilaciones de Franco, Yagüe se había vuelto más explícito en sus críticas y, oponiéndose a la política revanchista de Franco, estaba rehabilitando a oficiales de aviación republicanos, algunos de los cuales habían sido masones. Aún más extremado en su falangismo radical, se había implicado, como hizo el general Agustín Muñoz Grandes con bastante más precaución, en una trama para derrocar a Franco. Descubierto por el servicio secreto, el 27 de junio de 1940 Yagüe mantuvo una reunión tensa y emotiva con Franco, después de la cual fue relevado de su ministerio y confinado en su pueblo natal, San Leonardo, en Soria. El poco convincente pretexto oficial fue el haber dicho a Hoare que Inglaterra estaba derrotada y que lo tenía merecido. Los comentarios de Yagüe fueron inoportunos, pero apenas diferían de aquellos con los que Franco había ofendido a Hoare el 22 de junio.¹²⁰

Al margen del incidente de Yagüe, Franco, Serrano Súñer y Beigbeder, cada uno a su modo, se mostraban obsequiosos con el Tercer Reich, y la prensa era virulentamente antibritánica.¹²¹ Existía una actitud permisiva hacia el paso de la frontera por parte de soldados alemanes uniformados en carros de combate y vehículos blindados, algunos de los cuales incluso participaron en pequeños desfiles semioficiales de la victoria. El general José López Pinto, capitán general de la VI Región Militar (Burgos), acompañado de su Estado Mayor, una banda militar, el embajador alemán y autoridades de la sección de San Sebastián del Partido Nazi,^{*} aclamaron al comandante de las tropas alemanas que el 27 de junio llegaron a la frontera española. López Pinto celebró una recepción oficial en su honor, brindando con el grito de «¡Viva Hitler!». Sólo después de las repetidas protestas de Hoare se tomaron medidas y se relevó a López Pinto de su cargo.¹²²

El turbio y misterioso Beigbeder fue más tarde considerado anglófilo, pero en el verano de 1940 era esencialmente la voz de su amo.¹²³ Alternativamente ascético y mujeriego, Beigbeder tenía fama de estar prendado de la escultural y joven baronesa Von Stohrer. Pero a medida que transcurría el verano de 1940, era cada vez más evidente que la política exterior era un asunto entre Franco y Serrano Súñer. Este último utilizó la cuestión de las relaciones sexuales de Beigbeder para sembrar dudas sobre su fiabilidad en la mente de Franco.¹²⁴ Como respuesta, Beigbeder reforzó su sentimiento germanófilo en un desesperado intento por aferrarse al cargo. Por ejemplo, el 23 de junio, Beigbeder se ofreció a retener al duque y la duquesa de Windsor —que se encontraban de paso por Madrid procedentes del sur de Francia y en dirección a Lisboa—, en caso de que los alemanes desearan establecer contacto con ellos.¹²⁵

Quizá porque no consideraba a Beigbeder lo suficientemente influyente, Stohrer trató la cuestión del duque de Windsor con Serrano Súñer, quien a su vez la consultó con el Caudillo. Un diplomático español, Javier *Tigre* Bermejillo, fue designado para acompañar al duque, y sus informes personales a Franco hicieron creer a éste que el abdicado rey estaba dispuesto a actuar como pacificador. Durante el verano de 1940, Serrano Súñer y Franco fueron solícitos colaboradores de las maquinaciones alemanas para evitar que el duque de Windsor tomara posesión del cargo de gobernador de las Bahamas, con el fin de que pudiera ser utilizado contra «el círculo de Churchill» en las negociaciones de paz con Gran Bretaña. Nicolás Franco, embajador en Lisboa, actuó en numerosas ocasiones y Miguel Primo de Rivera, jefe de la Falange de Madrid y amigo del duque, fue enviado a Portugal para convencerle de que no fuera a las Bahamas. Con la esperanza de persuadirle de que se convirtiera en una especie de Rudolf Hess inglés, otro emisario, Ángel Alcázar de Velasco, un estrecho colaborador de Serrano Súñer, le dijo al duque que el servicio secreto británico tenía planes para asesinarlo.¹²⁶ Sus esfuerzos fueron vanos.

El comportamiento jactancioso de Franco ante Hoare continuó en el verano. Sin duda le produjo una enorme satisfacción poder informarle de las condiciones de paz de Hitler a finales de junio.¹²⁷ El Caudillo también ordenó a Beigbeder que ofreciera a Hoare los buenos oficios de España para transmitir a Berlín una solicitud británica de armisticio.¹²⁸ Hoare creía que una política que despertara en España sentimientos contrarios a la guerra, y mostrara buena disposición para ayudar a mitigar la situación casi de hambre que afligía al país —y que los enemigos del embajador inglés consideraron apaciguamiento de Franco—, constituía el único modo de mantener a España al margen del conflicto. Los esfuerzos por derrocar a Franco eran, a su juicio, una absoluta temeridad, pues los alemanes podían emplear cualquier triunfo de la izquierda como excusa para una invasión. Por otro lado, con objeto de contener a Franco, Hoare era partidario de cultivar, e incluso sobornar a gran escala, a los altos oficiales del ejército español.¹²⁹

Hoare quedó lo bastante impresionado por las manifestaciones antibritánicas que había encontrado a su llegada para pedir instrucciones a Londres el 17 de junio sobre cuál debía ser su reacción en caso de que los españoles plantearan la cuestión de Gibraltar. Al día siguiente se reunió el gabinete de guerra británico y decidió que Hoare debía ganar tiempo diciendo que tendría que consultarlo con Londres. Si le presionaban, debía decir que, por razones obvias, la cuestión de Gibraltar no se podía discutir durante la guerra, pero que Londres estaría dispuesto a debatir con España «este o cualquier otro tema de interés común después del cese de las hostilidades [sin hacer referencia explícita a Gibraltar]». ¹³⁰ De hecho, el 8 de junio, R. A. Butler, subsecretario de Asuntos Exteriores en el Parlamento, había dicho al embajador de Franco, el duque de Alba: «Inglaterra está dispuesta a considerar más adelante todos los problemas y aspiraciones de España, incluido el de Gibraltar». ¹³¹ Tanto Hoare como Halifax continuaron insistiendo en los beneficios de apaciguar a Franco mediante el ofrecimiento de concesiones sobre la soberanía de Gibraltar. El 26 de junio, Churchill puso temporalmente fin a esto con un memorando dirigido a Halifax: «Estoy seguro de que no ganaremos nada ofreciendo “hablar” sobre Gibraltar al final de la guerra. Los españoles sabrán que si ganamos, las conversaciones no serán fructíferas y si perdemos no serán necesarias». Sin embargo, Halifax y Hoare siguieron insistiendo en que una negativa categórica a debatir la cuestión de Gibraltar favorecería al sector pro Eje de Madrid. Al fin Churchill cedió ante sus argumentos. En septiembre, Hoare comentó confidencialmente a Beigbeder que Gran Bretaña estaría dispuesta a hablar de Gibraltar después de la guerra.¹³²

Estas vagas ofertas de conversaciones futuras eran poco tentadoras en comparación con lo que Franco esperaba obtener de sus lazos con el Eje. No es de extrañar, pues, que Serrano Súñer continuara apremiando para conseguir una invitación oficial a Alemania.¹³³ En contraste con los esfuerzos españoles por congraciarse con los alemanes, éstos eran desdeñosos con los españoles. Hitler dijo a los italianos que no quería a los españoles en el Marruecos francés, por miedo a que ello provocara un desembarco británico. El Führer quería bases aéreas en Marruecos y ya empezaba a codiciar una de las islas Canarias; aspiraciones en ningún modo compatibles con la valoración que hacía Franco de su propia importancia en el nuevo orden mundial.¹³⁴ Berlín requirió a Von Stohrer que se asegurase de que España ya no exportaba material estratégico a Francia y Gran Bretaña. Se daba por sentado que las esenciales materias primas españolas se exportarían al Tercer Reich.¹³⁵

Sin desanimarse porque el Führer no tomara en cuenta sus ofertas, como demostraban los esfuerzos por acordar una visita de Serrano Súñer a Berlín, Franco seguía impaciente por negociar la entrada de España en la guerra. La llegada a España del almirante Canaris, jefe del servicio secreto militar alemán (el *Abwehr*), a fines de junio renovó sus ilusiones. Canaris era un especialista en España y, desde la Guerra Civil, mantenía buenas relaciones personales con Franco. De hecho, una gran fotografía del Caudillo con una larga dedicatoria era uno de los pocos accesorios que adornaban su austero despacho berlinés.¹³⁶ En esta ocasión habló con Beigbeder, Vigón y Franco. Canaris dejó bien claro que, por el momento, Alemania no tenía ningún interés en la entrada de España en el conflicto. Sin embargo, solicitó la cooperación española en un asunto concreto: apremió a Franco a autorizar el paso de tropas alemanas por suelo español en caso de una invasión británica de Portugal o de que Portugal entrara en la guerra del lado británico, e insinuó que dichas tropas podrían proceder a la recuperación de Gibraltar. Franco se mostró cauto. Era plenamente consciente de que permitir la entrada de tropas alemanas en la península consolidaría la condición de títeres tanto de Portugal como de España. Por otro lado, el Caudillo no era contrario a emplear tropas españolas para forzar a Portugal a depender de España. Por lo tanto, Franco respondió que las tropas españolas bastarían para una acción en Portugal o contra Gibraltar, siempre que las dotaran de artillería y aviación.¹³⁷

Reciente esta reunión, cuando el Generalísimo se entrevistó más tarde en el mismo día con el embajador de Portugal, su tono fue paternalista. Franco aconsejó que Portugal renunciara lo antes posible a la amistad con Gran Bretaña y habló de Hitler como «un hombre extraordinario, moderado, sensible, lleno de humanidad y con grandes ideas». La anterior admiración de Franco por el ejército francés estaba olvidada. Afirmó que desde el principio había visto venir su derrota porque los franceses eran un pueblo decadente y no querían luchar. Calificó lo sucedido en Dunkerque como simple desgracia y comentó: «Alemania tiene la guerra ganada. Lo máximo que Inglaterra puede hacer es durar un poco más con la esperanza de obtener mejores condiciones de paz que Francia».¹³⁸

Pereira temía que Franco utilizara su relación con el Tercer Reich para afirmar su dominio sobre Portugal del mismo modo que esperaba conseguir las colonias francesas a bajo coste. Durante la primera semana de julio se habían desplegado tropas españolas cerca de la frontera portuguesa.¹³⁹ Desde la Guerra Civil había habido llamamientos de falangistas de la línea dura para la anexión de Portugal y ahora volvían a oírse.¹⁴⁰ Antes de la solicitud de Canaris, Franco y Serrano Súñer ya habían usado la amenaza de una acción hostil de Alemania contra Portugal a través de España como instrumento para romper la alianza angloportuguesa y para forzar a Portugal a un estatus de aliado dependiente de España. El 26 de junio, Serrano Súñer había llevado a Pereira a El Escorial y pasado toda la tarde intentando convencerle de que Portugal debía liberarse del «peso muerto de la alianza inglesa».¹⁴¹

En su reunión con Franco del 6 de julio, Pereira le comunicó la propuesta de Salazar de que España y Portugal consolidaran su Tratado de Amistad de 1939. El Caudillo accedió a que las conversaciones se iniciaran sobre la base de una ampliación del tratado, pero le interesaba que cualquier nuevo acuerdo hispanoportugués permaneciera en secreto, presumiblemente para no dar a los alemanes la impresión de que su fidelidad al Eje estaba disminuyendo. La postura portuguesa sostenía que la única razón para fortalecer el frente ibérico era disuadir a los alemanes. Para Franco, era absolutamente lo contrario. El 13 de julio, su hermano Nicolás transmitió de su parte un mensaje urgente a Oliveira Salazar ofreciendo todas las fuerzas españolas para ayudar a Portugal a repeler «cualquier exigencia o abuso por parte de los ingleses».¹⁴²

La reacción portuguesa, confiando en que su neutralidad no sería violada por Gran Bretaña, fue intentar implicar a España en un compromiso para defender su mutua neutralidad. Por todo ello, Hoare consideró la enmienda firmada el 29 de julio de 1940 al Tratado Hispano-Portugués de Amistad y No Agresión de 1939, un triunfo de la política moderada de Beigbeder. Lo cierto es que, si algo hizo, fue despejar el camino para que tanto Franco como Salazar dispusieran de cierta protección, aunque débil, contra posibles incursiones británicas o alemanas en la península Ibérica. Salazar veía en Franco un vecino con deseos expansionistas que debía ser neutralizado y también un posible interlocutor con el Eje, si éste resultaba victorioso. Franco albergaba la ambición de adueñarse de Portugal con la ayuda del Eje, pero no tuvo inconveniente en adherirse al tratado, tanto para despejar sospechas sobre sus intenciones como para garantizarse un mediador ante los británicos en el improbable caso de que ganaran la guerra.¹⁴³

La confianza de Franco en el triunfo del Eje continuó intacta durante el verano. El 17 de julio de 1940, en el transcurso de las celebraciones del cuarto aniversario del alzamiento nacional, habló ante el Consejo Nacional de FET y de las JONS. Su tono fue una vez más antisemita y agresivamente imperialista. «Hemos derramado la sangre de nuestros muertos para hacer una Nación y para forjar un imperio... Y hasta en los últimos momentos cuando aquella santa Reina pone su firma en el testamento suscribe un testamento político para su pueblo: el mandato de Gibraltar, la visión africana, unidad política, expresión política, mandatos políticos que pasados cuatro siglos aún perduran en eterna lección». En un destello de existencialismo fascista, declaró: «No queremos la vida fácil y cómoda. Queremos la vida dura, la vida difícil, la vida de los pueblos viriles... Quinientos mil muertos por la salvación y por la unidad de España ofrecimos en la primera batalla europea del orden nuevo. No estamos ausentes de los problemas del mundo. No han prescrito nuestros derechos ni nuestras ambiciones; la España que tejió y dio su vida a un continente se encuentra ya con pulso y virilidad. Tiene dos millones de guerreros dispuestos a enfrentarse en defensa de sus derechos». Cantó las alabanzas de la disciplina y la unidad, según él esenciales para las ambiciones españolas, y secreto de las «fantásticas victorias» de Hitler «en los campos de batalla de Europa».¹⁴⁴

Durante el desfile de la Victoria del día siguiente, se produjeron manifestaciones perfectamente preparadas que reclamaban un Gibraltar español, lo que provocó que Hoare y su esposa abandonaran de manera muy perceptible la tribuna diplomática.¹⁴⁵ La victoria del Eje que

Franco suponía con tanto entusiasmo en 1940 no era, como más tarde pretendió, una victoria contra el comunismo, pues en esta etapa Alemania y Rusia eran aliados. Como atestiguan sus discursos de la época, la guerra del Eje estaba dirigida contra las democracias decadentes o «plutocracias». La prensa del Tercer Reich y de la Italia fascista informó sobre el discurso de Franco del 17 de julio en los términos más encomiásticos. El día después del discurso, se anunció que Hitler había concedido a Franco la condecoración más alta que el Tercer Reich podía conceder a un extranjero: la Gran Cruz de Oro de la Orden del Águila Alemana.¹⁴⁶

Irónicamente, este hito en su relación con el Führer ocultaba el hecho de que Franco no había percibido la importancia a largo plazo del armisticio de Hitler con Francia: no supo comprender que ello había cerrado las puertas a sus esperanzas de heredar partes sustanciales de los territorios franceses del norte de África. Por consiguiente, durante el verano sus codiciosos esfuerzos para hacerse con un imperio se tradujeron en intentos de provocar una rebelión tribal en territorio francés que justificara la intervención militar española.¹⁴⁷ Pero fue inútil. Sus relaciones con Londres eran aún más humillantes. A pesar de sus gestos y su retórica a favor del Eje, la política de Franco estaba aún sometida a limitaciones económicas. Los británicos habían estado frenando disimuladamente las reservas de combustible españolas, lo cual limitaba cualquier posible preparativo de guerra y dificultaba la distribución de los escasos abastecimientos alimentarios del país. Las restricciones de combustible afectaron gravemente a la industria, hicieron que las casas, los hospitales y las escuelas se enfrentaran a un duro invierno y en las carreteras españolas dio lugar a la aparición del gasógeno, un aparato acoplado a la parte trasera de los automóviles que quemaba madera o carbón para producir gases combustibles. Franco se vio obligado a su pesar a dejar varias opciones abiertas. Al fin y al cabo, la ayuda nazi apenas se materializaba. En consecuencia, el 24 de julio firmó un acuerdo con Gran Bretaña y Portugal para el intercambio de productos en el área de la libra esterlina.¹⁴⁸

La resistencia británica estaba obligando a Hitler a modificar sus planes en lo relativo a la entrada de España en la guerra. El fracaso de la Luftwaffe en eliminar a la RAF, en la batalla de Inglaterra, estaba socavando sus planes de invasión, la operación *León Marino*. Alemania consideró la idea de vencer a Gran Bretaña por medios que no fueran un ataque frontal. El 15 de agosto el general Jodl sugirió la intensificación de la guerra submarina y la captura de los centros vitales del imperio, Gibraltar y Suez, en un intento por dar al Eje el control del Mediterráneo y de Oriente Medio. Ya el 2 de agosto, Ribbentrop había informado a Stohrer que «lo que queremos conseguir ahora es la pronta entrada de España en la guerra».¹⁴⁹

En Alemania se estudiaban muy seriamente los pros y los contras de la participación española. Como resultado de sus conversaciones con Ribbentrop, el 8 de agosto Stohrer elaboró en Berlín un largo memorando sobre los costes y beneficios de una declaración de guerra de España a Gran Bretaña, recordando la afirmación de Beigbeder del 3 de agosto según la cual, sin la ayuda alemana, la escasez de combustible limitaría el esfuerzo bélico español a un mes y medio. Era una predicción increíblemente optimista. Los alemanes consideraban que las principales ventajas de la beligerancia española eran el duro golpe al prestigio británico, la interrupción de la exportación española de minerales y piritas a Inglaterra, la adquisición alemana de las minas de hierro y cobre propiedad de los británicos y, sobre todo, el control del Estrecho. Los principales inconvenientes eran la posible ocupación inglesa de las islas Canarias, Tánger y Baleares, y la ampliación de la zona de Gibraltar, un desembarco inglés en Portugal, el enlace de los británicos con las fuerzas francesas en Marruecos y el coste que supondría el desvío hacia España de provisiones alemanas e italianas de comida y combustible. Stohrer también llamó la atención sobre las enormes dificultades que entrañaba el transporte de material de guerra a España, dadas sus estrechas carreteras y el diferente ancho de sus vías férreas. Stohrer llegó a la conclusión de que era esencial evitar que España entrara demasiado pronto en la guerra por temor a que su esfuerzo fuera insostenible, con el consecuente peligro que eso representaba para Alemania.¹⁵⁰

El informe sobre el potencial militar español elaborado por el Alto Mando alemán llegó a conclusiones igualmente pesimistas. Se calculó que España no disponía de artillería suficiente para equipar un ejército en tiempo de guerra, que sólo contaba con munición para unos pocos días de hostilidades y que las fábricas de armamento tenían una capacidad muy inferior a lo requerido en una guerra. No existían fortificaciones en la frontera portuguesa y las de los Pirineos eran insuficientes en número y calidad. «Las instalaciones construidas alrededor de Gibraltar son de poco valor y fundamentalmente representan un desperdicio de material.» El Alto Mando español se creía «lento y doctrinario», estancado en una mentalidad de guerra colonial. El informe llegaba a la conclusión de que «sin ayuda extranjera, España sólo podía sufragar una guerra de corta duración».¹⁵¹

No obstante, los alemanes iniciaron el proceso de establecer cuáles eran exactamente las necesidades civiles y militares de España en cuestión de combustible, grano y otros productos de primera necesidad. Las cifras que los españoles habían presentado para cubrir las necesidades civiles eran elevadas pero realistas; es decir, no eran un invento para desalentar a los alemanes: cuatrocientas mil toneladas de gasolina, de seiscientas a setecientas mil toneladas de trigo, doscientas mil toneladas de carbón, cien mil toneladas de gasóleo, doscientas mil toneladas de fueloil, así como grandes cantidades de otras materias primas, como algodón, caucho, pasta de madera, cáñamo, yute, etc.¹⁵² La tercera semana de julio, el almirante Canaris regresó a España para reconocer el área contigua a Gibraltar y trazar planes para un ataque al Peñón. También tenía instrucciones de determinar todos los pormenores del equipo militar que España necesitaría antes de que entrara en vigor su beligerancia al lado de Alemania.

Acompañaba a Canaris el general de aviación Wolfram von Richthofen, ex comandante de la Legión Cóndor. Los recibieron el general Vigón, que el 27 de junio había sustituido a Yagüe como ministro del Aire, y el general Martínez Campos, jefe del Estado Mayor español. Canaris tenía una visión pesimista de la capacidad militar de España y le dijo al jefe del Estado Mayor alemán, general Franz Halder, que

«España no haría nada contra Gibraltar por cuenta propia».¹⁵³ En contraste con las preocupaciones alemanas, en Madrid se trataban superficialmente los graves problemas que representaba la creación de una máquina de guerra debido a la convicción, muy compartida en los círculos oficiales, de que la victoria sería rápida. Franco estaba tan seguro que trazó el mapa de su «imperio africano» que entregó al Führer el general Eugenio Espinosa de los Monteros, su nuevo embajador ante el Tercer Reich. Al mismo tiempo, como prueba de la utilidad de España para el Eje, Beigbeder y Franco decidieron informar a Berlín de que, gracias al reciente acuerdo con Lisboa, «se ha conseguido extraer en parte a Portugal de la órbita inglesa y atraerlo a la nuestra».¹⁵⁴

Franco hacía esta declaración de haber atraído a Portugal a la esfera de interés española en un comunicado elaborado con Beigbeder que finalmente remitió a la Wilhelmstrasse el 21 de agosto.¹⁵⁵ Temeroso de que el silencio de Berlín con respecto a sus propuestas pudiera significar que España no iba a ser invitada al reparto del botín, y alentado por la enorme escalada de ataques que la Luftwaffe había efectuado sobre Inglaterra, desde el 10 de agosto, Franco escribió una carta optimista a Mussolini desde Madrid el 15 de agosto. En su carta, el Caudillo recordaba al Duce las aspiraciones y pretensiones de España en el norte de África, y dejaba implícito que la declaración de guerra era inminente y dependía sólo del envío de suministros alemanes. Mussolini recibió la carta el 23 de agosto y respondió dos días más tarde en términos cordialmente efusivos, aunque sin comprometerse en cuestiones específicas, diciendo que si España no entraba en la guerra «*si estranierebbe dalla storia europea, soprattutto dalla storia di domani che sarà determinata dalle due potenze vittoriose della Asse*» y ofreció: «*Voi potete contare sulla piena solidarietà dell'Italia fascista*» a las aspiraciones de Franco. Sin embargo, el Duce dejó muy claro que si Franco esperaba hasta el final cuando Inglaterra estuviera irrevocablemente acabada, tendría que renunciar a los codiciados trofeos africanos.¹⁵⁶

La reacción de Franco ante la carta fue reveladora. En el momento de su recepción en la embajada italiana en Madrid, él se encontraba en su residencia veraniega, el Pazo de Meirás. El recién llegado embajador, Francesco Lequio, aún no había presentado sus credenciales. Por tanto, como no podía solicitar una audiencia con Franco para entregarle personalmente la carta sin quebrantar el protocolo, se limitó a informar a Beigbeder de su llegada. Beigbeder telefoneó a Franco, que sin atender al protocolo dictó de inmediato una invitación oficial para que Lequio acudiera a La Coruña como invitado del gobierno español. En el Pazo de Meirás, el jefe de la Casa Militar, general Moscardó, los condujo ante el Caudillo. La espontaneidad, ajena a las formalidades estipuladas, de la invitación de Franco y la solemnidad de la recepción eran consecuencia —dijo a Lequio un funcionario de la casa del Caudillo— de la «profunda y ferviente admiración de Franco por el Duce». Franco se mostró feliz de estar en igualdad de condiciones con los jefes del Eje que sugería la carta del Duce y exclamó con voz ahogada por la emoción: «Como siempre el Duce es claro como el agua. Como siempre, dice lo esencial. Si ellas [las potencias occidentales] le hubieran escuchado, no estarían en la caótica situación en la que se encuentran». Luego lanzó un virulento ataque contra Gran Bretaña y Estados Unidos, confiando a Lequio su total convicción de que Inglaterra sería derrotada y que su obstinada resistencia la convertiría, en el mejor de los casos, en una colonia norteamericana.¹⁵⁷

El precio del imperio: Franco y Hitler, septiembre-octubre de 1940

A comienzos del verano de 1940, la entrada de España en la guerra había suscitado más entusiasmo en Madrid que en Berlín. Era descaradamente obvio que Franco, Serrano Súñer e incluso Beigbeder aspiraban a participar después de lo más duro del combate pero antes del reparto del botín, aunque los alemanes habían desestimado displicentemente sus ofertas. En septiembre, seguro de una inminente victoria alemana sobre Inglaterra, Franco se apresuró a enviar a Serrano Súñer a Berlín para fijar las condiciones en las que España estaría representada en la mesa de conferencias final.

Los expertos militares y económicos alemanes no compartían el optimismo de Franco sobre la posible contribución de España al esfuerzo bélico del Eje. El 27 de agosto, el jefe del Estado Mayor, general Halder, habló de la beligerancia española como una fantasía de Hitler. El punto de vista de Halder fue confirmado esa misma mañana por el almirante Canaris, quien expuso la estremecedora carencia de alimentos y combustible de España, y la oposición a Franco de importantes generales y miembros del alto clero. El jefe del *Abwehr* recalcó que «desde el principio la política de Franco ha sido no entrar en la guerra hasta que Gran Bretaña esté derrotada, porque tiene miedo de su poder».¹ Göring declaró que la magnitud de la ayuda solicitada por Franco era totalmente inviable. Incluso a pequeña escala se consideraba impracticable.² La única ayuda que remitieron los alemanes fueron sesenta y dos toneladas de objetos religiosos, saqueados de Polonia, para reparar el daño que la Guerra Civil había causado a las iglesias españolas.³

En apariencia ignorante del profundo pesimismo alemán sobre la utilidad militar de España, el embajador Von Stohrer elaboró un borrador preliminar del protocolo de la entrada española en la guerra. Algo reelaborado, con la inclusión de opiniones del *Oberkommando der Wehrmacht* (Alto Mando Supremo de las Fuerzas Armadas), este documento formó la base de las instrucciones de Von Ribbentrop para tratar con Serrano Súñer, que debía llegar a Berlín a mediados de septiembre. Según los términos de la posición alemana, España determinaría el momento de su entrada en la guerra de acuerdo con las potencias del Eje; a cambio del equipo militar y las materias primas necesarias que le suministraría el Tercer Reich, España se comprometía a reconocer las deudas de la Guerra Civil con Alemania y las pagaría mediante futuros envíos de materias primas; España también accedía a la confiscación y cesión a Alemania de las propiedades mineras francesas y británicas en España y en el Marruecos español. El territorio español del golfo de Guinea pasaría a Alemania. La economía española se integraría en una economía europea dominada por Alemania en la que tendría solamente una función subordinada, limitando sus actividades a la agricultura, a la producción de materias primas y a las industrias «naturales de España».⁴

A principios de septiembre, Stohrer regresó a Madrid. El día 6, en una ceremonia que tuvo lugar en El Pardo, impuso a Franco la Gran Cruz de Oro de la Orden del Mérito del Águila. Era una señal de que Hitler apreciaba la acción decisiva de Franco en Tánger y sus ofertas de beligerancia. También era obvio, por el discurso de Stohrer, que el Führer estaba ahora dispuesto a reclamar el cumplimiento de esas promesas. El Caudillo, francamente emocionado, respondió hablando de su fe en «el triunfo de nuestros ideales comunes». Ese mismo día, el nuevo embajador italiano, Francesco Lequio, presentó sus credenciales y le dijo a Franco que podía confiar en el apoyo italiano a las legítimas aspiraciones de España.⁵

La cobertura deparada a ambas ceremonias fijó el tono de confraternidad de la futura misión de Serrano Súñer en Berlín. El hecho de que Serrano Súñer, que al fin y al cabo era ministro de la Gobernación, fuera el emisario enviado a Hitler reflejaba el deseo de Franco de utilizar a una persona que fuera del agrado de los alemanes. De modo característico, Franco intentó sacar un provecho adicional del viaje de Serrano Súñer. Las negociaciones con Vichy para la cesión de la zona próxima a Fez se retrasaban. Mientras la prensa italiana y española anunciaban a bombo y platillo que la visita de Serrano Súñer significaba la incorporación española al Eje y la inminente satisfacción de sus ambiciones coloniales en el norte de África, Franco ordenó a su embajador en Vichy, Lequerica, que reiterara las quejas españolas sobre la presunta agitación del Marruecos francés. Lequerica tenía instrucciones de transmitir a Pétain la amenaza inequívoca de una intervención española,⁶ con evidentes esperanzas de que la presencia de Serrano Súñer en Berlín, que sugería una estrecha amistad hispanoalemana, pudiera presionar a Vichy para hacer concesiones territoriales.

Los temores generados por el viaje de Serrano Súñer se reflejaron el 14 de septiembre en la acción del ministro británico para las Colonias, lord Lloyd, que informó extraoficialmente al embajador de España, duque de Alba, que había aconsejado a Churchill no oponerse a una ocupación española del Marruecos francés.⁷ Es posible que Churchill estuviera utilizando a Lloyd para tratar de contrarrestar las potenciales ofertas alemanas a Franco. Y no eran sólo los británicos y franceses quienes suponían que de la visita de Serrano Súñer resultaría la entrada de España en la guerra.⁸ Dos días antes de la llegada de éste, Hitler había expresado al general Halder su «intención de prometer a los españoles todo lo que quisieran, sin importar si la promesa se podía cumplir».⁹ De haber llevado adelante esta intención y perpetrado lo que más tarde llamaría su «grandioso embuste», Hitler hubiera podido arrastrar a Franco a la guerra. Pero de hecho, dado que estaba fallando su ataque a Gran Bretaña, al Führer le interesaba conservar la buena voluntad del régimen de Vichy. Por ello, no reaccionó

como Franco esperaba a los comentarios alarmantes que partían de Madrid sobre los desórdenes de Marruecos, facilitando la ocupación española del territorio francés. En cambio, para evidente irritación del Caudillo, autorizó el envío de tropas senegalesas, carros de combate y aviones con objeto de reforzar el ejército colonial francés. A través de Beigbeder, el Caudillo seguía intentando persuadir a alemanes e italianos de que no se podía confiar en Pétain como guardián del norte de África.¹⁰ Serrano Súñer alegó el mismo argumento en Berlín.

Del rapaz hostigamiento de Vichy y de la misión de Serrano Súñer se deducía claramente que Franco entraría en guerra si los alemanes desembarcaban en Inglaterra. Sin embargo, su deseo de subirse al carro de los vencedores se veía obstaculizado por la alarmante escasez de víveres dentro de España, agravada por la quiebra de las redes de distribución que dependían del combustible importado. * Sin que esto supusiera ninguna alteración de su lealtad política, el Caudillo se vio obligado a recurrir a Estados Unidos en busca de ayuda económica.

Olvidando que en junio había menospreciado con arrogancia las ofertas de ayuda de Weddell y Hoare, el 7 de septiembre de 1940 Franco envió a su ministro de Industria a pedir a Weddell un crédito de cien millones de dólares para comprar alimentos, combustible y materias primas. Weddell, como también Hoare, se inclinó a jugar la baza de la buena voluntad hacia España. Entonces se entabló un acalorado debate dentro del Departamento de Estado sobre si se debía conceder un crédito a Franco, debate alentado por los temores que provocó la visita de Serrano Súñer a Berlín.¹¹ Al final, Norman H. Davis, presidente de la Cruz Roja americana e íntimo amigo del secretario de Estado de Estados Unidos, Cordell Hull, propuso una solución al dilema. Davis sugirió que se concedieran a España fondos de un presupuesto especial de ayuda. Eso demostraría la buena voluntad de Estados Unidos hacia el pueblo español, pero sería insuficiente para alentar los planes de guerra de Franco. Hull aceptó la idea con la esperanza de exigir a cambio a Franco garantías de que España seguiría sin ser beligerante.¹²

El 16 de septiembre de 1940, Serrano Súñer llegó a Berlín acompañado de un nutrido grupo de falangistas, entre los que se encontraba Dionisio Ridruejo, director general de Propaganda, para debatir la contribución de España al golpe definitivo contra Gran Bretaña.

Impresionó sobremanera a Serrano el tren especial que los alemanes enviaron para recogerle en Hendaya, la disciplina de la guardia de honor y el aspecto derrotado de los franceses. A su vez, las autoridades de Vichy estaban indignadas porque Serrano Súñer se paseara por Francia como si fuera uno de los vencedores.¹³ Por muy encandilado que estuviera ante la visión de la victoriosa Wehrmacht, pronto aburrieron al cuñadísimo los esfuerzos por abrumarle con demostraciones del poderío alemán en forma de visitas a fábricas y unidades militares. No obstante, Ramón Garriga, representante en Berlín de la agencia de noticias EFE, recibió un claro mensaje de los miembros de la delegación española de que habían acudido a negociar la entrada en la guerra.¹⁴ Uno de ellos, Miguel Primo de Rivera, era partidario del envío de una división de voluntarios falangistas para colaborar en el ataque alemán a Gran Bretaña.¹⁵

La operación *León Marino (Seelowe)* para la invasión de Gran Bretaña se había pospuesto temporalmente el 14 de septiembre y tres días después sería indefinidamente pospuesta como resultado del éxito de la Royal Air Force en la batalla de Inglaterra. En ese punto, los alemanes fueron poco sinceros con sus huéspedes españoles. De hecho, en su primer encuentro de tres horas del 16 de septiembre, Ribbentrop explicó a Serrano Súñer que en Inglaterra la situación empeoraba y «en breve no quedaría de Londres más que escombros y cenizas». Serrano Súñer expuso que el propósito formal de su visita, como miembro del gobierno y «representante del pueblo español», era llevar las conversaciones sobre la entrada española en la guerra más allá de las anteriores «tentativas esporádicas». Expresó Serrano su sorpresa porque los materiales necesarios para el esfuerzo bélico de España aún no hubieran llegado de Alemania. Repitió la lista de artículos requeridos y alegó que el Marruecos francés pertenecía «al *Lebensraum* de España». En un posterior intento para afirmar los credenciales de España como implacable miembro del Eje, expresó sin ambages las ambiciones de España con respecto a Portugal: «Geográficamente hablando, Portugal en realidad no existe; su independencia sólo tiene una justificación moral y política... España lo reconoce, pero tiene que exigir que Portugal se alinee en el grupo español».¹⁶

La aspereza y afectación de Ribbentrop pronto provocaron una intensa antipatía en Serrano Súñer.¹⁷ En la reunión del 16 de septiembre, Ribbentrop se quejó de las cantidades de material que solicitaba España, pero al final se acordó que recibiría lo que fuera absolutamente necesario. A continuación, reveló el abismo que separaba los intereses de Franco y los de Hitler en lo relativo a la participación de España en la guerra. Consciente de que los británicos responderían a la captura de Gibraltar conquistando las islas Canarias, las Azores o las islas de Cabo Verde, el Führer quería una isla canaria como base alemana y más bases en Agadir y Mogador con el «*hinterland* necesario». También exigió sustanciales concesiones económicas en concepto de satisfacción de la deuda de la Guerra Civil y participación en los intereses mineros de Marruecos. La reunión concluyó después de que el altanero Ribbentrop preguntara a quemarropa cuándo podría España entrar en la guerra, a lo que Serrano Súñer respondió que España estaría preparada en cuanto se instalase la artillería pesada alemana en la zona costera cercana a Gibraltar. Serrano Súñer había ido esperando ser tratado como un valioso aliado y en cambio estaba siendo tratado como representante de un Estado satélite. Siempre susceptible y apasionadamente patriota, consideró las exigencias de Ribbentrop una impertinencia intolerable, y cuando comprendió plenamente las lecciones de este viaje, éstas alterarían significativamente su actitud hacia el Tercer Reich y la cuestión de la entrada de España en la guerra.¹⁸

Esa noche, un bombardeo de la RAF obligó a la delegación española a descender al refugio antiaéreo del hotel, algo maltrecha su admirativa idea sobre la invulnerabilidad alemana.¹⁹ Al día siguiente, Hitler recibió a Serrano Súñer y mantuvieron una conversación de una hora. Serrano Súñer empezó transmitiendo un mensaje especial de Franco de gratitud, simpatía y alta estima hacia el Führer y de «lealtad de ayer, hoy y siempre». También llevaba consigo una carta de Franco a Hitler, escrita el 11 de septiembre de 1940 en San Sebastián, donde manifestaba que la misión de Serrano Súñer era continuación de las anteriores ofertas de beligerancia española hechas por Vigón. Acababa

con una expresión de la «fe firme» del Caudillo «en su victoria inminente y definitiva, y con los mejores deseos para su salud personal y la felicidad y el bienestar del gran Reich alemán».²⁰

Una vez concluidos los cumplidos, Serrano Súñer afirmó inequívocamente que España estaba dispuesta a entrar en la guerra en cuanto recibiera los suministros de alimentos y material bélico, y reiteró la petición de baterías costeras en las inmediaciones de Gibraltar. Hitler aseguró que se tardaría meses en instalar la artillería pesada y que sería más efectivo destacar un grupo de Stukas en la zona. Declaró vehementemente que la rápida toma de Gibraltar era muy importante, y fácil, pues ya había sido objeto del minucioso estudio de los expertos alemanes. Hitler sólo aludió de pasada a Canarias y sugirió un encuentro con Franco en la frontera hispanofrancesa. Poco después, Serrano Súñer volvió a reunirse con Ribbentrop, quien le presionó para obtener la cesión de una de las islas Canarias y añadió que Alemania quería la Guinea española y las islas de Fernando Poo (hoy Bioko), Annobón (Pagalu) y otras menores, a cambio del Marruecos francés. Serrano Súñer reaccionó negativamente, afirmando que, aunque la juventud española clamaba por Gibraltar, sería «absolutamente imposible» consentir otras amputaciones o limitaciones del territorio español. Sugirió por el contrario que Alemania utilizara la isla portuguesa de Madeira.²¹

Como resultado de esta reunión con Serrano Súñer, Hitler escribió a Franco el 18 de septiembre. Los problemas de la operación *León Marino* podían leerse entre líneas, en particular cuando el Führer recalaba que el bloqueo británico de España sólo podía romperse expulsando a los ingleses del Mediterráneo, afirmando que esto «se conseguiría rápidamente y con seguridad gracias a la entrada de España en la guerra», que empezaría «con la expulsión de la flota inglesa de Gibraltar e inmediatamente después con la toma del fortificado peñón». A partir de entonces, añadía, la defensa de las costas españolas debía confiarse a unidades de bombardeo alemanas. Como la pérdida de Gibraltar empujaría a Gran Bretaña a intentar capturar alguna de las islas Canarias, Hitler instó a Franco a que permitiera emplazar allí unidades de Stukas o de cazas de largo alcance. Sin embargo, la importancia únicamente relativa que Hitler concedía a la entrada española se reflejó en sus palabras finales: «La entrada de España en el conflicto ayudará a demostrar a Inglaterra aún con más fuerza la inutilidad de continuar la guerra y le obligará a olvidar de una vez por todas sus injustificadas pretensiones».²²

A pesar de la indignación de Franco y Serrano Súñer a causa de determinadas exigencias alemanas, ambos (y sobre todo Franco) tardarían mucho tiempo en caer en la cuenta de que el lugar de España en el orden nuevo sería el de un satélite agrario menor. Las ambiciones coloniales de Hitler de un gran imperio centroeuropeo con bases en las islas Canarias y el Marruecos español como puestos de escala, eran más importantes para él que las buenas relaciones con Franco.²³ En cualquier caso, la beligerancia española sería solamente parte de una estrategia indirecta contra Gran Bretaña. Hitler no estaba lo bastante interesado en el flanco sur para querer cortejar a Franco. Esta «guerra en la periferia» era algo con lo que Hitler jugaba mientras preparaba sus grandiosos proyectos de aniquilar a Rusia y animar a Japón a declarar las hostilidades a Estados Unidos. Además, había que sopesar el coste de la cooperación española con respecto a las reivindicaciones de Italia y de la Francia de Vichy.²⁴

Mientras Franco aún estaba digiriendo la carta de Hitler, Serrano Súñer partió para hacer un recorrido por los campos de batalla del frente occidental. Entre el 19 y el 20 de septiembre, Ribbentrop visitó Roma para tratar con Mussolini la futura dirección de la guerra a raíz de la suspensión de la operación *León Marino*. En el coche que le transportaba del aeropuerto, Ribbentrop le dijo a Ciano que la intervención española «parece ahora segura e inminente». A Mussolini le dijo: «España está preparada para entrar en la guerra». El Duce coincidió en que era «un acontecimiento de gran importancia».²⁵ Mussolini sugirió que España se uniera a Italia y a Alemania en un Pacto Tripartito que se mantendría en secreto hasta la entrada española en la guerra, para no poner en peligro el ataque a Gibraltar. Sin embargo, con la vista puesta en sus propias ambiciones norteafricanas, el Duce intentó sembrar dudas en la mente de Ribbentrop sobre la eficacia militar española en Marruecos.²⁶

Antes de abandonar Berlín, Serrano Súñer había enviado a Franco por avión especial una relación de sus reuniones con Ribbentrop. A su regreso a Berlín procedente de Bruselas, donde había finalizado su recorrido por el campo de batalla, le esperaba una larga carta de su cuñado. El texto demostraba de manera indudable que en ese momento Franco creía ciegamente en la victoria del Eje y que estaba completamente decidido a entrar en la guerra. El tono del Caudillo resumaba arrobada adulación hacia Hitler: «Se aprecia como siempre la altura y el buen sentido del Führer». Las desagradables exigencias planteadas a Serrano Súñer se achacaron al «egoísmo y sentido desorbitado de los de abajo», subalternos que no comprendían que la Guerra Civil española había facilitado la victoria alemana sobre Francia. Franco instaba a Serrano Súñer a poner de manifiesto a los alemanes que el conflicto español había ayudado a Alemania a someter a prueba a hombres, tácticas y equipo que habían sido muy valiosos contra Francia. También hacía una referencia sesgada al modo en que él había contribuido a socavar la posición francesa en los quince meses anteriores a la guerra: «un constante trabajar en la sombra para el éxito más rápido de Alemania». Lo que ahora España ofrecía a Alemania era «una masa guerrera», su posición geoestratégica y la manera de separar las repúblicas sudamericanas del bloque americano.

Franco compartía la indignación de Serrano Súñer por la solicitud de una de las islas Canarias por parte de Ribbentrop, refiriéndose a «lo que justamente provocó tu indignación y que la pluma se resiste a escribir». A continuación exponía algunos medios con los que Serrano Súñer podría convencer a los alemanes para que redujeran sus exigencias. Sin embargo, seguía ansioso por asegurar la participación española en el reparto del botín. No hay ninguna razón para creer que Franco estuviera entonces manteniendo astutamente a raya a los alemanes. Por el contrario, estaba intentando convencerlos de que él era un aliado digno de confianza. Ceder una de las Canarias significaría

crear otro Gibraltar. En una alianza hispanoalemana de guerra, «las bases de uno se convierten en bases eventuales del otro». Si los alemanes querían Agadir, no podía ser a perpetuidad, sino sólo como un préstamo durante noventa y nueve años. Las exigencias alemanas de materias primas procedentes del Marruecos francés podían satisfacerse en la medida en que primero fueran satisfechas las necesidades españolas. Franco consideraba los requisitos alemanes de controlar las compañías inglesas y francesas domiciliadas en España como imperialismo económico, se negaba a aceptar que expresaran los verdaderos deseos del Führer y los atribuía a traducciones deficientes o a un exceso de celo por parte de funcionarios subalternos de Hitler.

En tono optimista, escribía: «Estas pretensiones son incompatibles con la existencia de un tratado siquiera de amistad entre dos naciones»; es decir, al margen de la alianza militar a gran escala de la que se estaba hablando; «todo incompatible con la grandeza e independencia de una nación». Con respecto a la cuestión del pago de la deuda, Franco sugirió que las exigencias alemanas al menos se redujeran al mismo nivel que había considerado aceptable Italia, «país mucho más pobre». «Tal reducción no significaría nada para los alemanes, y si la rechazaran, serían malinterpretados por el pueblo español.» Cuando Serrano Súñer planteó a Hitler ese punto en concreto, el Führer se sintió herido en lo más hondo por la insinuación de mezquindad, estuvo enojado durante semanas, y se lo comunicó a Ciano y a Mussolini. Franco seguía luego comentando su reacción ante la carta enviada por Hitler, «que, como siempre, despeja el horizonte», confirmando su opinión de que él y el Führer estaban completamente de acuerdo y que todos los problemas derivaban de sus subordinados alemanes. En ese punto, el Caudillo hacía una referencia específica a la posible prolongación de la guerra que, lejos de percibir como una razón para no entrar en ella, le parecía ofrecer posibilidades para conseguir un premio mejor. Sugería que la oferta española se pusiera en práctica lo antes posible, mientras los alemanes pensaran que todavía les era necesaria.

Dado su conocimiento de primera mano de la guerra de desgaste, indicó que el conflicto podía no durar tanto como los alemanes creían, «pues en la guerra sucede un fenómeno que es que el vencedor no se apercebe de que está venciendo y su desgaste no le deja ver el daño que hace y pudiera suceder que estemos más cerca del fin que los iniciados creen». La confianza de Franco en el fin relativamente próximo de la guerra, junto con las espantosas dificultades económicas de España, le llevaba a decir: «Nos conviene estar dentro [del Eje] pero no precipitar las cosas». Estaba seguro de que ello sería posible, aferrándose a la esperanza de que lo que Hitler le había dicho a Serrano Súñer sobre un inminente ataque a Gibraltar hubiera sido una exageración de los intérpretes. «Hay acuerdo completo entre el Führer y nosotros, sólo queda la apreciación técnica de algunos factores que no son lo concluyentes que él afirma.»²⁷

El hecho de que Berlín fuera bombardeado por la RAF durante su estancia y la visión del vertido de toneladas de cemento en las fortificaciones costeras alemanas, convencieron a Serrano Súñer de que la guerra sería larga. No obstante, a Ramón Garriga (de la agencia EFE), Serrano Súñer y sus seguidores le parecieron entusiasmados ante la demostración de poderío alemán que habían visto en su viaje. ²⁸

El 24 de septiembre, Ribbentrop y Serrano Súñer estaban de nuevo en Berlín para un encuentro extraordinariamente tenso en el que debatieron la propuesta de Mussolini de un pacto tripartito que había sido comunicada al ministro español durante su estancia en Bruselas. Para reforzar las pretensiones españolas en Marruecos, Serrano Súñer dijo que acababan de transmitirle de Madrid que el embajador británico había insinuado que después de la guerra su país no pondría objeción a que España se quedara con el Marruecos francés. (De hecho, Churchill había autorizado a Hoare para que informara a Beigbeder de que Gran Bretaña se alegraría de que las disputas hispano-francesas en Marruecos se resolvieran a satisfacción de España, lo cual comunicó Hoare diligentemente el 21 de septiembre.)²⁹

Al comentar a Hitler la carta de Franco, Serrano Súñer declaró que el Generalísimo «se había consternado de un modo amistoso» por la petición alemana de obtener bases en Marruecos. «Con gran pesar (Franco) creía reconocer ciertos signos de desconfianza hacia España y, por tanto, le gustaría una vez más insistir solemnemente en que su actitud hacia Alemania no era un oportunismo pasajero, sino una realidad eterna». En una alianza con Alemania, todas las bases españolas, puertos y aeropuertos estarían a su disposición. Con respecto a las exigencias económicas de Alemania, en Madrid se consideraba que perjudicaban sin necesidad los intereses de España. En tono condescendiente, Ribbentrop presionó con fuerza a Serrano Súñer, preguntándole a bocajarro si España aceptaba la sugerencia del Duce de que el Pacto Tripartito no se hiciera público hasta el día en que España declarara la guerra con un ataque a Gibraltar. Serrano Súñer respondió de acuerdo con lo expuesto por Franco en la carta del 21 de septiembre sobre la firma de un protocolo que contuviera tres puntos: la decisión de España de participar en la guerra, con fecha a determinar; la garantía de ayuda militar y civil alemana a España, y el reconocimiento de las exigencias territoriales y nacionales españolas. Esto es más o menos lo que Franco y Serrano Súñer firmarían en Hendaya en el encuentro del 23 de octubre de 1940.

Serrano Súñer continuaba dando largas a la cuestión de las bases alemanas, afirmando que España podía reforzar por sí sola su capacidad defensiva en el norte de África con la ayuda que había solicitado de Alemania. A continuación, Ribbentrop le exigió con firmeza saber cuál era la respuesta de Franco a la petición de Hitler de una de las islas Canarias, la cesión de la Guinea española, Fernando Poo y las bases en Marruecos. Tras algunas evasivas, el *cuñadísimo* respondió negativamente en todos los casos. * Entonces Ribbentrop planteó la cuestión de las deudas de la Guerra Civil española y exigió que los activos comerciales británicos y franceses en España pasaran a Alemania. Serrano Súñer desplegó una defensa firme de los intereses españoles y, al final, las bases y las deudas se dejaron pendientes hasta la llegada de la respuesta de Franco a la carta de Hitler del 18 de septiembre. ³⁰ Comentando la reunión, el embajador Von Stohrer expresó con precisión el problema de las relaciones entre Franco y Hitler: «España no puede esperar de nosotros que le brindemos un nuevo imperio colonial con nuestras victorias y no obtengamos nada a cambio».³¹

La respuesta de Franco a Hitler tenía fecha del 22 de septiembre de 1940, pero no partió de Madrid hasta el día siguiente debido a los retrasos en la traducción al alemán.³² Esta carta iba acompañada de otro largo mensaje a Serrano Súñer, con fecha del 23 de septiembre, que proporciona una visión valiosísima sobre cuál era el razonamiento de Franco en el momento de escribir al Führer. Es de suponer que Franco estaba influido por el informe de Serrano Súñer sobre la marcha de las conversaciones, informe que no se ha conservado. Las cartas de Serrano Súñer a Franco estaban escritas a mano, él no guardaba copia y han desaparecido junto con la mayoría de los documentos de Franco. Como antes, el Caudillo seguía convencido de la buena voluntad de Hitler hacia su persona y atribuía todas las dificultades de la negociación a Ribbentrop.

Franco seguía pensando que el final de la guerra estaba más cerca de lo que los propios alemanes creían. A este respecto, hacía referencia a un informe entregado por el capitán Álvaro Espinosa de los Monteros, hermano del embajador en Berlín y agregado naval en Roma, sobre su almuerzo reciente en París con Herman Göring, quien había admitido que los bombardeos sobre Inglaterra no eran un éxito. A Franco no le convenció lo que le dijo el capitán Espinosa: «Creo que los bombardeos son de una grandísima eficacia y llegarán a derrumbar la actitud inglesa». Luego relataba con evidente aprobación que su colaborador, el general Vigón, había dicho a sir Samuel Hoare hacía unos días: «Están ustedes vencidos, no sean tontos y traten antes de que estén peor». Estaba convencido de que lo único que impedía la rendición británica era la desconfianza de Londres en las condiciones alemanas, las cuales —comentó condescendentemente— el Caudillo en persona o Mussolini podían garantizar.³³

El 25 de septiembre, Serrano Súñer entregó la carta de Franco a Hitler. El texto combinaba un tono sinceramente elogioso con argumentos rebuscados para no satisfacer las peticiones de Hitler con respecto a Agadir, Mogador, las islas Canarias y las bases aéreas alemanas cerca de Gibraltar. Al fin y al cabo, semejantes exigencias eran incompatibles con la determinación de Franco de reconstruir la España imperial. No obstante, nada había en la carta que pudiera sugerir que Franco no seguía totalmente comprometido con la causa del Eje. Le parecía bien el encuentro propuesto en la frontera franco-española y dejaba claro que consideraba el pago de las deudas de la Guerra Civil («viejas cuestiones») y «el intercambio de productos después de la guerra» como asuntos técnicos menores de escasa importancia al lado de la gran empresa en la que estaban a punto de embarcarse.³⁴

Después de escribir a Serrano Súñer la carta del 23 de septiembre, Franco meditó toda la noche sobre las exigencias económicas que los alemanes habían transmitido a Demetrio Carceller, un empresario falangista, y a García Figueras, secretario general del Alto Comisariado de España en Marruecos, ambos pertenecientes al partido de Serrano Súñer. García Figueras había llevado a Madrid los detalles del documento viajando en avión especial.³⁵ El resultado de las reflexiones de Franco se tradujo en una nueva carta a Serrano Súñer. Empezaba ésta haciendo referencia al «nuevo punto que ha surgido inesperadamente», con lo que aludía a las exigencias transmitidas por García Figueras o a las opiniones del capitán Espinosa, quien se esforzaba por convencer a Franco de que la marina alemana era incapaz de derrotar a la Royal Navy.³⁶ Es posible también que hubiera recibido la noticia de la decisión alemana de posponer la invasión de Inglaterra. Ciertamente parece que, por fin, aceptaba que la guerra sería larga.

El tono de la carta de Franco, aunque en ningún modo sugiere una alteración del compromiso subyacente con el Eje, era sin duda menos optimista de lo que había sido los días precedentes. «*La alianza no tiene duda, está completamente*^{*} expresada en mi contestación al Führer y en la orientación de nuestra política exterior desde nuestra guerra.» Sin embargo, Franco mostraba ahora verdadera preocupación ante la perspectiva de una guerra prolongada. Además, se mostraba firme, como nunca antes, sobre la necesidad de una preparación económica y militar adecuada. El calibre de la ayuda requerida por España significaba que «hay que protocolizar el futuro y aunque no hay duda en nuestra decisión, tenemos que pensar las particularidades del acuerdo y las obligaciones de las partes». El pacto con el Eje se guardaría en secreto hasta que el país estuviera preparado para la guerra.³⁷

A la evidencia de las dificultades alemanas se sumaba una creciente oposición a la beligerancia de España en las altas esferas del ejército español. El Estado Mayor informó que la Marina no tenía combustible, no existía una aviación digna de tal nombre, ni unidades mecanizadas eficaces, y que después de la Guerra Civil la población no toleraría más sacrificios. Ante el hervidero de tensiones entre los monárquicos anglófilos y los falangistas germanófilos, Franco se aferró a la idea de un protocolo secreto de alianza con el Eje, el cual esperaba que garantizase sus ambiciones territoriales pero que dejase en sus manos la fecha precisa de la entrada de España en guerra. Sin embargo, la cuestión de la fecha nunca se resolvería porque Hitler no podía, ni quería, pagar al Caudillo un precio doble: la previa financiación alemana de la preparación militar y económica española y la cesión a España de la zona francesa del norte de África. Las severas exigencias planteadas por Hitler y Ribbentrop en sus reuniones con Serrano Súñer en Berlín los días 16, 17, 24 y 25 de septiembre fundamentaron la inclinación de Franco a entrar en la guerra sólo si obtenía beneficios por adelantado.

Tras leer la carta de Franco del 22 de septiembre, Hitler y Serrano Súñer acordaron confiados que los diversos puntos importantes de las negociaciones quedaran para el encuentro del Führer con el Caudillo. A las ya existentes pretensiones de España, Serrano Súñer volvió a añadir la necesidad de someter a Portugal a una alianza subordinada. A pesar del disparate geográfico que supone la existencia de Portugal —declaró con arrogancia—, España declinaba adueñarse de él y de los siete millones de «portugueses llorones». El supuesto de que España estaba virtualmente subida al carro del Eje se hallaba implícito en un comunicado presentado por Serrano Súñer al embajador Von Stohrer después de su última conversación con el Führer, en el que reiteraba la «disposición» de España «a resumir en la forma de un pacto tripartito una alianza militar de diez años con Alemania e Italia». «Este protocolo secreto entrará en vigor cuando, de acuerdo con las otras

dos potencias y con su ayuda, España haya completado sus preparativos militares y se haya abastecido de la materia prima, la gasolina y los alimentos necesarios.»³⁸

Ambos bandos consideraron la visita de Serrano Súñer algo decepcionante. Los alemanes creían que pedía demasiado; Serrano, que Hitler ofrecía demasiado poco. El 27 de septiembre de 1940, Ciano escribió en su diario: «En general, la misión de Serrano Súñer no ha sido un éxito y él personalmente no consiguió agradar a los alemanes».³⁹ Serrano Súñer regresó a España vía Italia. * Tanto él como el Caudillo veían en la conexión italiana un importante contrapeso a Alemania. Por tanto, antes de que Serrano Súñer partiera de Madrid con destino a Berlín, Franco había solicitado oficialmente una audiencia de su ministro con Mussolini y Ciano.⁴⁰ El 1 de octubre Serrano fue recibido con mucha cordialidad por el Duce y Ciano. Habló vehementemente de su antipatía hacia las bravuconadas carentes de tacto de Ribbentrop, que a ambos italianos se tomaron a broma. Dijo también que España se estaba preparando para tomar las armas y ajustar cuentas con Gran Bretaña, algo que esperaba uniese a las facciones enfrentadas que respaldaban a Franco. Mussolini respondió que siempre había creído que España no podía permanecer al margen de la contienda. Por eso creía que el Estado español debía acelerar los preparativos y, posteriormente, una decisión conjunta del Eje determinaría cuándo debía intervenir. El Duce sugirió conciliadoramente que la fecha adecuada debía ser el momento menos oneroso para España y el más útil para la causa común. Aclaró además que Italia no disponía de recursos sobrantes con los que ayudar a España. Serrano Súñer consideró esta frase como una insinuación de que Mussolini no tenía muchos deseos de que España se incorporara todavía a la guerra y le hizo sospechar que el Duce deseaba conservar su posición como único aliado mediterráneo de Hitler.⁴¹

El 28 de septiembre, Hitler se entrevistó con Ciano en Berlín y no ocultó su impaciencia con los españoles, nacida de su experiencia durante la Guerra Civil, declarando que: «No se puede avanzar con los españoles sin acuerdos muy concretos y detallados». Hitler subrayó la pasmosa desproporción del acuerdo propuesto por Franco y Serrano Súñer: Alemania aportaría grano, combustible, equipo militar, todas las tropas y el armamento necesario para la conquista de Gibraltar, todo Marruecos y Orán, a cambio de lo cual España le prometía sólo su amistad. Comprensiblemente, el Führer expresó sus dudas de que España tuviera «la misma fuerza de voluntad para dar que para recibir». De hecho, en los doce días que llevaba Serrano Súñer en Berlín, el tenor de las relaciones hispanoalemanas había cambiado drásticamente. En particular, dichas conversaciones habían hecho comprender a Serrano Súñer la severidad y firmeza de la posición alemana.

Además, el curso de otros acontecimientos había llevado al Führer a recapacitar sobre la conveniencia de que España fuera beligerante. La principal preocupación de Hitler era que cualquier acuerdo por su parte para satisfacer las aspiraciones marroquíes de Franco pudiera llegar a conocimiento de los franceses y provocar un entendimiento entre las autoridades de Vichy en el norte de África francés y el general De Gaulle, lo que permitiría establecerse allí a los británicos. Si se consentía a los españoles apoderarse de Marruecos, al primer signo de ataque británico probablemente pedirían la ayuda alemana e italiana para defenderlo. «Además —declaró el Führer, en un comentario que revelaba su desprecio por la dirección de Franco en la Guerra Civil—, dejarían que el ritmo de su Guerra Civil prevaleciera en sus procedimientos militares.» En contraste con sus agrios recuerdos de la guerra española, a Hitler le había impresionado mucho la actuación de la guarnición de Vichy en Dakar (África occidental) el 23 de septiembre, al rechazar un ataque naval de los británicos y la Francia Libre. Ésta fue la clave de su actitud hacia Franco. Hitler empezaba ahora a especular con la posibilidad de incorporar la Francia de Vichy a su sistema de alianzas como miembro incondicional.

Hitler seguía indignado por las deudas impagadas de Franco durante la Guerra Civil. Considerando que la causa nacional en la Guerra Civil había sido una santa cruzada, Serrano Súñer había expresado claramente que consideraba la exigencia de pago por parte de los alemanes una confusión poco delicada de factores económicos e idealistas. En consecuencia, Hitler declaró a Ciano: «Como alemán, uno se siente hacia los españoles casi como un judío que quiere hacer negocios con las posesiones más santas de la humanidad». No era de extrañar que Hitler confesara a Ciano que se oponía a la intervención española, «porque costaría más de lo que vale».⁴² Era una admisión crítica. Durante meses, los españoles iban a aplazar su declaración de guerra en tanto los alemanes no enviaran comida y armas. Si Hitler hubiera deseado realmente inclinar a Franco en su favor, le habría resultado muy fácil hacerlo enviando suministros o adoptando una actitud más generosa con respecto a las ambiciones imperiales de aquél.

Durante la visita de Ciano a Berlín se acordó que Mussolini y Hitler se entrevistaran el 4 de octubre de 1940 en el Brennero. En dicha entrevista, Hitler repitió al Duce los mismos comentarios que había expresado a Ciano. Desestimó la entrada de Franco en la guerra, dado que su única importancia estratégica era la relativa a la conquista de Gibraltar. Basándose en los informes del almirante Canaris, Hitler creía que la ayuda militar del Caudillo sería nula. En cualquier caso, sabía que la toma de Gibraltar estaba supeditada a la de Suez: si tenía lugar antes de que Suez estuviera en manos del Eje provocaría un ataque británico a las Canarias. Hitler le dijo a Mussolini que Franco había propuesto prestar sus puertos en dichas islas a los alemanes. El verdadero temor de Hitler era que, si los franceses descubrieran que estaba regateando con Franco sobre su imperio, simplemente abandonaran la defensa de éstas o las fuerzas francesas en África rompieran con Vichy. * En conclusión, Hitler dijo que pensaba escribir a Franco para decirle que no se podía ceder Orán a España.⁴³

Por el momento, el Caudillo estaba entusiasmado con la perspectiva de obtener el Marruecos francés para España. Años más tarde, Serrano Súñer describió la actitud de Franco como la de «un niño ilusionado, encariñado con lo que había sido su deseo de siempre: el mundo en el que se había formado como gran jefe militar».⁴⁴ Su optimismo era aún mayor por su convicción de que el punto de vista del Führer, su comprensión y generosidad estaban siendo socavadas por la mezquindad de sus subordinados. En el otoño y en el verano de

1940, lo más sorprendente de sus juicios sobre la guerra y su actitud hacia Hitler es la combinación de estrecha ingenuidad provinciana y una complacencia megalómana.

Mussolini no era el amigo desinteresado que el Caudillo y Serrano Súñer creían. El Duce, temeroso de que Franco pusiera sus manos en las zonas del norte de África que codiciaba Italia, alentó al Führer a posponer la entrada de España en el conflicto y sugirió que las demandas españolas se satisficieran después de la guerra. Hitler, por su parte, intentaba equilibrar las encontradas exigencias de Franco, Pétain y Mussolini, algo que sólo creía posible mediante un «grandioso embuste». * Cuando Ciano habló con Serrano Súñer, que se había quedado en Roma para saber las novedades de la reunión del Brennero, le sorprendió la inocencia del español. Para asombro de Ciano, el *cuñadísimo* parecía ciego al hecho de que los alemanes «llevaban mucho tiempo con el ojo puesto en Marruecos».⁴⁵

En un esfuerzo por sacar partido a la visita de Serrano Súñer a Berlín, el 21 de septiembre Beigbeder le dijo a Hoare que España había recibido la promesa de «estabilidad económica, Gibraltar y el Marruecos francés» si se incorporaba al Eje, e insinuó que Gran Bretaña podía intentar evitarlo incrementando la ayuda económica a España y haciéndola pública. Beigbeder y Hoare coincidieron en el valor que tendría alguna expresión de simpatía británica hacia las ambiciones españolas en Marruecos. ⁴⁶ El 29 de septiembre, Churchill escribió a Halifax: «Preferiría ver a los españoles en Marruecos antes que a los alemanes, y si los franceses tienen que pagar por su despreciable actitud, es mejor que paguen en África a los españoles que en Europa a cualquiera de las potencias culpables. En realidad, creo que deberíamos hacerles saber que no constituiremos un obstáculo a sus ambiciones marroquíes, siempre que mantengan la neutralidad en la guerra».⁴⁷ Ante la franca hostilidad de los alemanes hacia su persona, el voluble Beigbeder demostraba a Hoare una abierta anglofilia. En la breve coexistencia de la línea pro británica de Beigbeder con la postura pro Eje de Serrano Súñer quizá se encuentren las semillas de la táctica de jugar a ambos bandos que Franco emplearía más tarde en la guerra con mayor o menor grado de tosquedad.

Los británicos y la Francia de Vichy estaban, en efecto, considerando la posibilidad de hacer concesiones a España que pudieran contrarrestar las ofertas hechas por los alemanes a Serrano Súñer. El 30 de septiembre, con la esperanza de proporcionar a Franco un motivo para no unirse al Eje en pos de algún premio en el Marruecos francés, Vichy propuso la cesión del territorio reclamado por España a cambio de la renuncia a otras ambiciones. No es de extrañar que la oferta se declinara porque Franco era reacio a poner en peligro sus ambiciosos planes sobre el Marruecos francés, que esperaba cumplir gracias a Hitler. ⁴⁸ Asimismo, tras haber expresado a Alba y Beigbeder sus simpatías hacia un reajuste de las fronteras marroquíes en favor de España, los británicos buscaban otros medios para convencer a Franco de que no entrara en guerra. En un Consejo de Ministros del 2 de octubre de 1940, lord Halifax volvió a proponer la publicación de un comunicado oficial en el que Gran Bretaña se declarase dispuesta a tratar la cuestión de Gibraltar después de la guerra. Una vez más, Churchill señaló que si Gran Bretaña ganaba, la opinión pública no permitiría devolver Gibraltar y que, si perdía, no quedaría otro remedio. Tras posteriores presiones, se acordó hacer la declaración general de que «todas las cuestiones pendientes pueden resolverse amistosamente entre los dos países».⁴⁹

Mientras coaccionaba al gobierno de Vichy para que hiciera concesiones inmediatas en Marruecos, y a pesar de sus grandiosos sueños imperiales, el Caudillo aún tenía que vérselas con la acuciante crisis de alimentos en España. La distribución empezaba a desintegrarse y en algunas zonas existía una severa escasez de pan. Ante la amenaza de una hambruna, hubo que dejar entreabierta la puerta a la ayuda angloamericana. Ésta topaba con el obstáculo de la indignación estadounidense ante los esfuerzos propagandísticos españoles dirigidos a América Latina favorables al Eje y contrarias a Estados Unidos. La Falange Exterior, el equivalente español de la *Auslandorganisation* nazi, era el conducto para la agitación antiamericana en las repúblicas suramericanas. ⁵⁰ No obstante, en apoyo a la iniciativa británica de neutralizar a Franco mediante una ayuda cuidadosamente medida, Washington seguía estudiando la propuesta de Norman Davis de tramitar envíos de trigo a España a través de la Cruz Roja. El 30 de septiembre, Weddell le dijo a Beigbeder que la ayuda norteamericana dependía de que España permaneciera fuera de la guerra. A la luz del persistente entusiasmo de Serrano Súñer por la beligerancia, hay que entender la respuesta de Beigbeder como expresión de sus sentimientos personales o, lo que es más probable, un ejemplo de la incipiente doblez de Franco. Beigbeder le dijo al embajador estadounidense «oficialmente, en nombre de su gobierno, que España se quedaría al margen del conflicto europeo a menos que fuera atacada» y restó importancia al viaje de Serrano Súñer que calificó de mera visita de cortesía.⁵¹

Pensara lo que pensase el embajador de Estados Unidos sobre las aseveraciones de Beigbeder, debió de resultarle difícil no juzgar la postura de Franco desde el punto de vista de la retórica pro Eje y de los espectaculares desfiles militares que el martes 1 de octubre acompañaron la celebración del día del Caudillo. Las numerosas delegaciones de la Italia fascista y la Alemania nazi marcaron el tono. En Madrid, Franco fue objeto de una ostentosa ceremonia de adulación desplegada en el palacio de Oriente. ⁵² Poco quedaba de «hábil prudencia» en la afectada vanidad del aprendiz de emperador. Para mortificación del cuerpo diplomático, Franco los recibió en el salón del trono bajo palio. Los embajadores convocados tenían instrucciones de desfilar ante él y hacer una reverencia, proceder que nunca habían exigido ni siquiera los reyes de España.⁵³

El 2 de octubre, Beigbeder le dijo a Weddell en tono solemne: «Su presidente puede cambiar la política de España y de Europa mediante un telegrama que anuncie el suministro de trigo a España».⁵⁴ La clara implicación era que semejante gesto podría contrarrestar las gestiones belicistas de Serrano Súñer. Tras algunas consultas entre Washington y Londres, se decidió utilizar el mecanismo políticamente neutral de un envío de alimentos a través de la Cruz Roja. Los británicos consintieron «a condición de que los agentes norteamericanos en España distribuyeran el trigo, que no se reexportara ninguna cantidad, que se diera publicidad a todo el asunto, que los cargamentos de trigo se

enviaran de uno en uno y cesaran si algo iba mal». El 8 de octubre Franco aceptó estas condiciones.⁵⁵ Sin embargo, el Departamento de Estado era reacio a proseguir con esta política sin nuevas garantías de Franco de que España persistiría en la neutralidad. Con todo, ignorantes de lo cerca que éste estaba de entrar en guerra, Roosevelt y Hull decidieron hacer un gesto de generosidad.⁵⁶

Las sugerencias de Beigbeder a Hoare y Weddell, y el subsiguiente consejo de éstos, se vislumbraban en un significativo discurso que Churchill pronunció en la Cámara de los Comunes el 8 de octubre. Habló de la disposición de su gobierno a corregir el bloqueo para satisfacer las necesidades españolas y del deseo británico de ver a España ocupar su «merecido lugar como gran potencia mediterránea y como miembro importante e ilustre de la familia de Europa y de la cristiandad». Aunque la prensa controlada por Serrano Súñer informó del discurso, se omitieron las referencias a España,⁵⁷ lo cual indicaba que la iniciativa de Beigbeder, el trigo americano y las palabras amistosas de Churchill no bastarían para apagar el entusiasmo a favor del Eje que sentía el círculo inmediato de Franco. Dicho entusiasmo se hizo patente el 11 de octubre cuando Mussolini envió a Madrid al mariscal De Bono para imponer a Franco el collar de la Orden de la Annunziata. Visiblemente emocionado, el Caudillo dio las gracias efusivamente a De Bono, expresándose en términos no de prudente neutral sino de aliado comprometido.⁵⁸ Asimismo, al enviar un mensaje a Salazar en un esfuerzo por restar importancia a sus lazos cada vez más fuertes con Alemania, Franco no pudo evitar revelar su convencimiento de que el Imperio británico estaba acabado y a punto de ser absorbido por Estados Unidos.⁵⁹

El creciente fervor por el Tercer Reich se reveló del modo más esclarecedor en el cese de los dos ministros del gobierno de Franco más favorables a los aliados. El 16 de octubre de 1940, Luis Alarcón de la Lastra fue sustituido como ministro de Industria y Comercio por Demetrio Carceller Segura, empresario falangista, calculador y sin escrúpulos. Carceller era el arquitecto de la política económica por la que España exportaba alimentos y materias primas a Alemania con la esperanza de ganarse su favor a tiempo para el reparto de posguerra.⁶⁰ Beigbeder fue reemplazado como ministro de Asuntos Exteriores por Serrano Súñer, y se enteró de su cese por los periódicos.^{*} Nada se le había dicho durante la larga reunión que en la noche del 15 de octubre mantuvo con Franco después de cenar.⁶¹ Beigbeder creía que Stohrer había solicitado a Franco su sustitución debido a sus negociaciones con Weddell sobre el trigo.⁶² Serrano Súñer ya había regresado de Berlín con el mensaje de que Hitler consideraba a Beigbeder como un anglófilo inaceptable. Su cese causó honda impresión en la embajada británica en Madrid y despertó los temores de una inminente declaración de guerra por parte de España.⁶³ Una vez cesado, el vehemente Beigbeder se acercó aún más a Hoare. Fue irresponsablemente indiscreto sobre su hostilidad hacia los alemanes y se refería a Franco como «el enano de El Pardo».⁶⁴

El nombramiento de Serrano Súñer alimentó los extendidos rumores de que Franco podría abandonar la presidencia del gobierno y cederla a su cuñado.⁶⁵ Ciertamente, la acumulación de poder del *cuñadísimo* era ahora considerable. Como no se nombró nuevo ministro de la Gobernación, Serrano Súñer seguía controlando ese ministerio así como el de Asuntos Exteriores y, en la práctica, la Falange. Franco pidió a su cuñado que propusiera un nuevo ministro de la Gobernación; Serrano Súñer insinuó al Caudillo que él mismo asumiera el cargo. Al principio Franco dudó hasta que Serrano Súñer le recordó que Mussolini solía ocupar carteras ministeriales. El juego del *cuñadísimo* estaba claro. Franco no tendría tiempo de ocuparse en persona de la dirección diaria del ministerio, que por tanto recaería en el muy eficaz subsecretario, José Lorente Sanz, nombrado por Serrano Súñer. Cuando este último anunció a su leal grupo de confidentes que había sido nombrado ministro de Exteriores, dijo «en un momento delicado y serio, nos hacemos cargo de los Asuntos Exteriores y Lorente permanecerá aquí. De este modo evitaremos que entre un neutral».⁶⁶ Sus fieles amigos Ridruejo y Tovar aún conservaban puestos clave en la sección de prensa y propaganda del ministerio. Así, a través de estos partidarios, Serrano Súñer conservaba el control efectivo del Ministerio de la Gobernación.

El 19 de octubre de 1940, Mussolini escribió a Hitler diciéndole que la reestructuración ministerial de Franco «nos permite asegurarnos de que las tendencias hostiles al Eje se han eliminado o al menos neutralizado».⁶⁷ Como nueva muestra de la creciente proximidad entre la España de Franco y el Tercer Reich, el domingo 20 de octubre el *Reichsführer* de las SS, Heinrich Himmler, iniciaba una visita de tres días a España, respondiendo a la invitación de Serrano Súñer. Se le tributaron los honores más altos que se puedan imaginar. En la estación le recibieron el ministro de Asuntos Exteriores y máximas autoridades de la Falange, y entró en Madrid por calles engalanadas con banderas de la cruz gamada. Franco recibió a Himmler en El Pardo y éste asistió a una corrida de toros ofrecida en su honor.⁶⁸ En parte, el propósito de su viaje era preparar las medidas de seguridad para el inminente encuentro entre Hitler y Franco en Hendaya. Sin embargo, también se trató de la cooperación a largo plazo entre la Gestapo y la policía española. La función de enlace quedó a cargo del *Sturmabannführer* de las SS, Paul Winzer, agregado de seguridad de la embajada alemana en Madrid. Winzer había participado en el entrenamiento de la policía franquista al final de la Guerra Civil. Como resultado del acuerdo alcanzado, se concedieron mayores facilidades a la Gestapo para perseguir e interrogar a los enemigos del Tercer Reich que huían a España.⁶⁹ Sin embargo, el propio Himmler quedó sorprendido por la magnitud de la represión de posguerra, con las cárceles aún rebosantes de miles de presos y las silenciosas ejecuciones de anónimos prisioneros a la orden del día. Himmler creía que tenía más sentido incorporar a los obreros militantes al nuevo orden que aniquilarlos.⁷⁰

Durante el mes de octubre de 1940, el proceso de represalias políticas se hizo por breve tiempo más público. En 21 de octubre, se procedió a un juicio sumarísimo contra un grupo de distinguidos republicanos^{*} capturados en la Francia ocupada a petición de Lequerica y entregados a la España franquista por la Gestapo. Todos fueron sentenciados a muerte menos uno, Teodomiro Menéndez, gracias a la intervención de Serrano Súñer que compareció como testigo de la defensa. El 9 de noviembre, Julián Zugazagoitia, que como ministro de la

Gobernación de la República, había salvado a la vida del general Agustín Muñoz Grandes, monseñor Escrivá de Balaguer (el fundador del Opus Dei), Miguel Primo de Rivera y Raimundo Fernández Cuesta, fue ejecutado junto con el periodista Cruz Salido.⁷¹ Una extradición igualmente notoria, más tarde atribuida por Serrano Súñer a Lequerica, fue la del presidente catalán Lluís Companys.⁷² El 14 de octubre de 1940 se le juzgó sumariamente por «rebelión militar»; al día siguiente fue fusilado.⁷³ Sin inquietarse por duda alguna sobre la culpabilidad de sus enemigos, Franco no prestaba mucha atención a los legajos de sentencias de muerte que le presentaban para su firma.

Washington y Londres supusieron razonablemente que los cambios ministeriales del 18 de octubre y la inminente cumbre entre Franco y Hitler constituían pasos trascendentales del Generalísimo en dirección al Eje. Sin embargo, tanto Hoare como Weddell aconsejaron que se mantuvieran abiertas las conversaciones sobre la ayuda alimentaria a España. En consecuencia, Hull encargó a Weddell que dejara claro a Franco que la ayuda dependía de sus intenciones.⁷⁴ Dado que las negociaciones con Hitler eran inminentes, ni Franco ni su nuevo ministro de Exteriores estuvieron disponibles para tratar sobre la oferta americana de grano hasta que regresaron de Hendaya.

El miércoles 23 de octubre de 1940, Franco acudió al histórico encuentro con Hitler en Hendaya con la esperanza de obtener una recompensa adecuada a sus reiteradas ofertas de unirse al Eje. Posteriormente, sus propagandistas afirmarían que Franco contuvo a las hordas nazis en Hendaya manteniendo brillantemente a raya a un Hitler amenazador. De hecho, el examen del encuentro no indica una presión desmesurada por parte de Hitler en favor de la beligerancia española; tampoco contradice la conclusión de que en el otoño de 1940 Franco seguía tan ansioso de formar parte del nuevo orden mundial del Eje como lo había estado a principios del verano. Fue a Hendaya para sacar provecho de lo que consideraba la eliminación de la hegemonía anglofrancesa que había mantenido a España en una posición subordinada durante más de dos siglos. Hitler viajó al sur de Francia para sopesar los costes respectivos de asegurar la colaboración de la Francia de Vichy y la de la España de Franco. El martes 22 de octubre se entrevistó con Pierre Laval en Montoire-sur-Loire, una estación de ferrocarril de un remoto pueblecito cerca de Tours; al día siguiente, con Franco en Hendaya, y el jueves 24 con Pétain, otra vez en Montoire.

Hitler no tenía intención de exigir a Franco que España entrara en la guerra de inmediato, lo cual habría sido contrario a la naturaleza exploratoria de su viaje. Al Führer le preocupaba la impaciencia de Mussolini que estaba a punto de comprometerse en una guerra prolongada e inoportuna en los Balcanes a consecuencia de su ataque a Grecia. Estaba, por tanto, aún más convencido de que ceder el Marruecos francés a los españoles era hacerlos más vulnerables a un ataque británico. Como el 28 de octubre le diría a Mussolini en Florencia, después de Dakar creía que debía dejar a los franceses la defensa del Marruecos francés. Hendaya y Montoire fueron un viaje de reconocimiento para ver si existía un modo de hacer compatibles las aspiraciones de Franco y de Pétain, y para permitirle decidir su futura estrategia en el suroeste de Europa.⁷⁵ El Führer era consciente de que sus consejeros militares y diplomáticos creían que no debía incorporar a Franco a la guerra. Su comandante en jefe, Brauchitsch, y su jefe de Estado Mayor, Halder, creían que «la situación interior de España está tan deteriorada que resulta un socio político inservible. Tenemos que lograr los objetivos esenciales para nosotros (Gibraltar) sin su participación activa».⁷⁶ Weizsäcker, el secretario de Estado, escribió: «En mi opinión, debe dejarse a España fuera del juego. Gibraltar no vale la pena. Perdiera lo que perdiese allí Inglaterra, pronto lo compensaría con las islas Canarias. Hoy día España no tiene ni pan ni petróleo». Desde su punto de vista, la incorporación de España al Eje carecía de «valor práctico».⁷⁷

Incurriendo en el desdén de los alemanes allí reunidos, el tren de Franco, que sólo había tenido que recorrer unos pocos kilómetros, entró en la estación poco después de las tres de la tarde, con ocho minutos de retraso. Según Paul Schmidt, funcionario del ministerio alemán de Exteriores, el tren llegó una hora tarde, aunque nada respalda esa afirmación en los informes de la época ni en las diversas descripciones de los hechos de Serrano Súñer.⁷⁸ Posteriormente, los apologistas de Franco explicaron, sin más fundamento que una fanfarronada del Caudillo de la que hizo alarde en 1958, que la supuesta tardanza fue un hábil recurso para desorientar a Hitler.⁷⁹ Franco no tenía ningún motivo para desear hacer eso. En realidad, le mortificó el pequeño retraso que sufrió su tren.^{*} Al percibir que quedaría mal a los ojos de Hitler, amenazó con cesar al teniente coronel responsable de la organización del viaje.⁸⁰ Muchos testimonios fotográficos del encuentro inicial en el andén de la estación de Hendaya sugieren que Franco estaba feliz de reunirse con el Führer. Era sin duda comprensible que los ojos de Franco brillaran de emoción, pues, para él, el encuentro constituía un momento señaladamente histórico.

En la medida en que es posible reconstruir la reunión que siguió en el coche salón del tren especial de Hitler, el Erika, pocos datos avalan la hipótesis de que «la habilidad de un hombre contuvo al que no consiguieron contener todos los ejércitos de Europa, incluido el francés».⁸¹ Resulta imposible hacer una reconstrucción absolutamente precisa y minuciosamente detallada de la reunión, a pesar de la existencia de varias descripciones de testigos en teoría presenciales. Participaron en ella seis personas: Hitler, Franco, Ribbentrop, Serrano Súñer y los dos intérpretes, Gross y el barón de las Torres. Un séptimo, Paul Schmidt, secretario de prensa e intérprete de Ribbentrop, permaneció entre bastidores. Cuatro de los siete presentes, Serrano Súñer, el barón de las Torres, Ribbentrop y Schmidt, han dejado testimonios con diversos grados de detalle y fiabilidad.⁸² La versión más extensa es la contenida en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, elaborada por Schmidt. Pero este informe está incompleto, al igual que otros documentos concernientes a las relaciones entre Hitler y Franco, se ha perdido inexplicablemente.⁸³

El almirante Canaris había advertido previamente a Hitler que le desilusionaría conocer a Franco: «No es un héroe sino un pequeño mequetrefe» (*statt eines Helden, ein Würstchen*).⁸⁴ La reunión empezó con bastante cordialidad a las tres y media de la tarde. Al saludo de Franco: «Estoy encantado de verle, Führer», Hitler respondió: «Por fin cumplo un antiguo deseo, Caudillo». A partir de entonces, en lugar

de la conversación que Hitler acaso había esperado dominar, hubo monólogos indirectamente opuestos. Hitler dio la impresión de tener problemas más importantes en que pensar que convenir un trato con Franco. Ciertamente, su conducta no era la de alguien que está a punto de hacer amenazas. Divagó sin entrar en materia con una extensa justificación de las presentes dificultades de Alemania en la guerra, haciendo particular énfasis en el papel de la climatología en la batalla de Inglaterra. Hitler ofreció una visión general de su potencial militar disponible, pero no dijo, como se afirmó en la España de Franco: «Soy el amo de Europa y, como tengo doscientas divisiones a mis órdenes, no queda más alternativa que obedecer».*

Hitler sí explicó, laboriosamente y con palabras rebuscadas, el motivo por el cual el cumplimiento de las ambiciones españolas en Marruecos era problemático, dada la necesidad de cooperar con la Francia de Vichy. A este respecto, se refirió a su conversación del día anterior con Laval y a su próximo encuentro con Pétain, con el que trataría sobre la posibilidad de que, si Francia se unía a Alemania, sus pérdidas territoriales fueran compensadas con colonias británicas. El trago más amargo para Franco fue la siguiente declaración de Hitler: «Si la cooperación con Francia resulta posible, los resultados territoriales de la guerra tal vez no sean tan grandes; sin embargo, el riesgo sería menor y el éxito sería más rápido. Según su opinión, en tan dura contienda resultaría mejor aspirar a un pronto éxito en breve tiempo, aun cuando las ganancias fueran menores, que en las largas guerras de desgaste. Si con la ayuda de Francia, Alemania podía ganar más rápido, estaba dispuesta a ofrecer a cambio condiciones de paz menos gravosas para aquélla».

Es imposible que Franco no alcanzara a comprender que sus esperanzas de una gran adquisición territorial sin costes prácticamente se desvanecían ante sus ojos. Había acudido a la reunión ingenuamente convencido de que Hitler, su amigo, sería generoso. Por tanto, intentó agobiar al Führer con un recitado de los derechos históricos de España sobre Marruecos, la terrible situación económica de España, la lista de suministros requeridos para facilitar sus preparativos militares y la presuntuosa afirmación de que España podía conquistar Gibraltar sola. Según Schmidt, Franco irritó a Hitler con su imperturbable cachaza y su insistente cantinela «en voz baja y reposada, cuyo monótono soniquete recordaba al almuédano llamando a los fieles a la oración».⁸⁵ A Hitler le enfureció en especial que Franco repitiera una opinión que había tomado del capitán Espinosa de los Monteros en el sentido de que, aun cuando se conquistase Inglaterra, el gobierno y la flota británica continuarían haciendo la guerra desde Canadá con apoyo estadounidense.⁸⁶ El indignado Führer se puso nerviosamente en pie de un salto, exclamando que no tenía objeto seguir hablando. A Hitler le exasperaba lo que consideraba una incorregible estrechez de miras por parte de Franco al albergar dudas sobre la victoria alemana ante Inglaterra, y su mal gusto al expresarlas. Sin embargo, evidentemente lo pensó dos veces antes de interrumpir el encuentro y se volvió a sentar.⁸⁷

Según De las Torres, Hitler salió de la reunión murmurando «con estos tipos no hay nada que hacer» (*«mit diesem Kerl ist nichts zu machen»*).⁸⁸ Está claro que si Hitler hubiera amenazado con utilizar doscientas divisiones contra España no habría hecho un comentario que más bien revela impotencia.* La entrevista finalizó a las seis y cinco de la tarde y, tras un corto intervalo durante el que se entrevistaron Serrano Súñer y Ribbentrop, el grupo cenó en el vagón de Hitler. Según el mariscal Keitel, que habló brevemente con Hitler durante la pausa para cenar, éste «estaba muy descontento con la actitud de los españoles y era partidario de terminar las conversaciones allí mismo. Estaba muy irritado con Franco y particularmente molesto por la actuación que había tenido Serrano Súñer, su ministro de Exteriores; según Hitler, Serrano Súñer tenía a Franco en el bolsillo».⁸⁹

Los dos ministros de Exteriores procedieron después a esbozar un protocolo.⁹⁰ Es significativo que en la conversación entre Serrano Súñer y Ribbentrop que siguió a continuación, el *cuñadísimo* «observó al comienzo que el Caudillo no había entendido precisamente los asuntos concretos tratados en las conversaciones con el Führer». En particular, no podía aceptar que Hitler deseara colaborar con Pétain, a quien el Caudillo consideraba acabado.⁹¹ Serrano Súñer expresó a Ribbentrop su sorpresa ante la nueva línea que Hitler seguía con respecto al África francesa la cual lamentaba, porque «esto sería hacer caso omiso de las reivindicaciones máximas españolas». Con todo, coherente con las anteriores propuestas del propio Franco, accedió a la elaboración de un protocolo secreto. Otra aspiración española que no se satisfaría en el acuerdo escrito era la solicitud de una rectificación de la frontera pirenaica para entregar la Cataluña francesa a España.⁹²

Este documento aún no se había terminado cuando se interrumpieron las conversaciones. No se sabe de qué hablaron el Caudillo y el Führer mientras sus ministros de Exteriores estaban negociando. Parece ser que, en ausencia de Ribbentrop, Hitler consiguió devolver a Franco el entusiasmo por el Tercer Reich. Las palabras de despedida del Caudillo revelaban su compromiso emocional con el Eje: «A pesar de cuanto he dicho, si llegara un día en que Alemania de verdad me necesitara, me tendría incondicionalmente a su lado, y sin ninguna exigencia». Para alivio de Serrano Súñer, el intérprete alemán no tradujo lo que creyó una mera cortesía formal.⁹³

Con una sorprendente mezcla de ingenuidad y codicia, Franco dijo a Serrano Súñer después de la entrevista: «Es intolerable esta gente; quieren que entremos en la guerra a cambio de nada; no nos podemos fiar de ellos si no contraen, en lo que firmaremos, el compromiso formal, terminante, de cedernos desde ahora los territorios».⁹⁴ Lo sorprendente de los comentarios de Franco era su creencia implícita en que «un compromiso formal» de Hitler habría tenido algún valor real. Esta afirmación, y de hecho el tono general de la reunión, delatan lo absurdo de la pretensión posterior de Franco y de Serrano Súñer de que estaban conteniendo a Hitler hábilmente. Su determinación no era la de mantenerse en la neutralidad, sino poner las bases de un imperio colonial. Su buena suerte quiso que Hitler tuviera otros compromisos y no pudiera satisfacer sus ambiciones. En consecuencia, la neutralidad se convirtió en una suerte de premio de consolación.

Después de la reunión, cuando por fin arrancó el tren de Franco, lo hizo de forma tan violenta que sólo la intervención del general Moscardó evitó que el Caudillo cayera de cabeza sobre el andén. En el camino de regreso a San Sebastián llovió y en el viejo tren, antaño

empleado por Alfonso XIII y conocido como el «break de Obras Públicas», caló el agua cayendo sobre Franco y Serrano Súñer.⁹⁵ Al regresar al palacio de Ayete, Serrano Súñer y Franco trabajaron sobre un texto de protocolo entre las dos y las tres de la madrugada. El texto preparado de antemano por los alemanes llamaba a España a incorporarse a la guerra cuando el Reich lo considerara necesario. En su texto, el Generalísimo y su cuñado trataron de encontrar una fórmula menos rígida que dejara algún espacio para negociar dicha incorporación. Antes del alba apareció el general Eugenio Espinosa de los Monteros, embajador español en Alemania. En vista de la impaciencia alemana, que les comunicó, él mismo llevó el texto a Hendaya. Ribbentrop se negó a aceptar las pequeñas enmiendas al protocolo, aunque Serrano Súñer ocultó esa noticia a Franco.⁹⁶ A pesar de su vaguedad, el protocolo constituía un compromiso formal por parte de España para entrar en guerra al lado del Eje.⁹⁷

Sobre las conversaciones de Hendaya, Goebbels anotó en su diario: «El Führer ha mantenido su proyectada reunión con Franco. Me han informado por teléfono de que todo ha ido como una seda. Según la información, España es definitivamente nuestra. A Churchill le esperan malos tiempos».⁹⁸ Goebbels no fue el único en recibir esa llamada. Ribbentrop también telefoneó a Ciano y le expresó su satisfacción por el encuentro.⁹⁹ Ambos comentarios son absolutamente coherentes con el hecho de que Hitler había realizado una especie de viaje de reconocimiento para calibrar las posturas de Franco y de Pétain. Franco había manifestado una actitud de total lealtad hacia el Eje, aunque reservándose el derecho de decidir el momento de la participación española en la guerra. En Madrid se suponía que España entraría pronto en guerra. En el cuerpo diplomático cundió el pánico y la embajada portuguesa se inundó de peticiones de visados.¹⁰⁰ Sólo más tarde, cuando la beligerancia española se aplazó indefinidamente, empezó Hitler a considerar la reunión como un fracaso total.

Pero esto no significa que hubiera disfrutado con el encuentro. Tras pasar nueve horas no seguidas en compañía de Franco, Hitler le dijo a Mussolini más adelante que «antes de volver a pasar por eso, prefiero que me saquen tres o cuatro muelas».¹⁰¹ Tanto a Hitler como a Ribbentrop les irritaba el hecho de que, insensible a las necesidades de la política alemana hacia Vichy, Franco repitiera machaconamente lo que ellos consideraban unas exigencias imperiales ridículamente exageradas. Mientras se alejaba de Hendaya en su coche, Ribbentrop supuestamente tachó a Serrano Súñer de «jesuita» y a Franco de «cobarde desagradecido».¹⁰² A Ribbentrop le exasperaban las dificultades que había encontrado con Serrano Súñer, quien «con frecuencia revelaba una insuficiente comprensión del hecho de que la realización de las aspiraciones españolas dependía exclusivamente de los éxitos militares de las potencias del Eje y, por tanto, estas aspiraciones debían subordinarse a la política del Eje para conseguir la victoria final».¹⁰³ El coronel Gerhard Engel, consejero militar de Hitler, informó a Halder que el Führer estaba enfurecido por el encuentro de Hendaya, despotricando del «cerdo jesuita» y del «extemporáneo orgullo español».¹⁰⁴

Los propagandistas franquistas y el propio Serrano Súñer han citado estos comentarios insultantes como prueba de que Hitler y Ribbentrop estaban al borde de la apoplejía porque la hábil retórica de Franco y su cuñado estuviera conteniendo el poderío alemán. De hecho, semejantes comentarios invalidan por completo la hipótesis de que Franco frenó la amenaza alemana en Hendaya. Si Hitler hubiera tenido realmente doscientas divisiones en espera, nada de lo que dijera Franco o Serrano Súñer habría importado. Los insultos son más indicativos de un desdén teutónico por las egoístas pretensiones del Caudillo y su engreída presunción de estar en el mismo plano que el Führer. El orgullo y patriotismo manifiestos de Franco y Serrano Súñer debieron de parecer irritantemente injustificados en los representantes de una nación económica y militarmente tan débil como España.

De hecho, la exasperación de Hitler se debía también a su contrariedad por no haber podido engañar a los españoles sobre el Marruecos francés diciendo con aparente franqueza que no podía dar lo que aún no era suyo. Claro está que, en definitiva, confiaba en poder disponer del imperio colonial francés a su antojo, pero no tenía intención de cedérselo a Franco. Éste era su «grandioso embuste». El jefe del Ministerio de Asuntos Exteriores, Weizsäcker, concedía poca importancia al hecho de que «no se acordara nada en concreto con respecto a la entrada de España en la guerra» y creía que Hendaya era más bien un fracasado «truco de prestidigitación».¹⁰⁵ Años más tarde, Serrano Súñer sugirió que la mentira de Hitler no había dicho lo bastante grande. En su opinión, la obsesión africanista de Franco con Marruecos era tal que si Hitler se lo hubiera ofrecido, habría entrado en la guerra.¹⁰⁶ Se ha dicho que el propio Franco comentó al gobernador civil de León, Antonio Martínez Cattaneo, que «fue Hitler el que no aceptó mis condiciones».¹⁰⁷ Mientras aguardaba la llegada del tren de Franco, Hitler por su parte reveló los motivos por los cuales, siquiera una vez, no podía arriesgarse a una mentira a gran escala. Charlando con Ribbentrop en el andén de Hendaya, comentó que no se podían hacer promesas firmes sobre el territorio francés porque, «con estos charlatanes latinos, seguro que los franceses se enterarían tarde o temprano».¹⁰⁸

Fue una suerte para Franco que Hitler no pudiera ni quisiera pagar el precio requerido. Al fin y al cabo, una de sus razones para desear la participación española en la guerra era poder controlar el norte de África e impedir cualquier aumento de la resistencia francesa en la zona. El precio de Franco —la cesión de las colonias francesas— ciertamente habría precipitado un movimiento antialemán encabezado por De Gaulle que habría allanado el camino para los desembarcos aliados. El encuentro de Hendaya llegó a un punto muerto precisamente por ese problema. Se firmó el protocolo, comprometiendo a España a unirse a la causa del Eje en la fecha decidida por «común acuerdo de las tres potencias», pero una vez completados los preparativos militares. En la práctica, eso dejaba la decisión en manos de Franco. No obstante, el Führer podía haberle empujado a ello, iniciando el suministro de víveres y pertrechos militares. Hitler realizó promesas firmes sólo en lo concerniente a Gibraltar y fue impreciso sobre el futuro control español de las colonias francesas en África. Las vagas promesas que hizo no fueron suficientes para el Caudillo. Después de Hendaya, Franco se vio obligado a reconocer que nada importaban a Hitler sus pretensiones imperiales, y empezó a disminuir su apasionada admiración por el Führer.

Entre bastidores: Franco y el Eje, noviembre de 1940-febrero de 1941

Franco y Serrano Súñer regresaron del encuentro de Hendaya fortalecidos en su sentimiento de pertenencia al Eje. Su estado de ánimo se trasluce en una conversación que Serrano Súñer mantuvo el 26 de octubre de 1940 con el embajador de Vichy, conde Renom de La Baume. En tono altanero y seco, le comentó al conde: «La posesión de Marruecos es clave para la defensa de la península»; y añadió amenazadoramente que en el futuro las buenas relaciones franco-españolas dependían de la solución del «problema africano» y de que «Francia hiciera ciertas renunciaciones» («*des abandons à faire*»).¹

Semejantes actitudes no eran más que una fanfarronada vacua, como se deduce de lo que Hitler confió a Mussolini el 28 de octubre cuando se reunieron en Florencia. El Führer había viajado a Italia para explicarle sus entrevistas con Laval, Franco y Pétain, y para enterarse de todos los pormenores de la aventura de Mussolini en Grecia. Hitler reiteró su convencimiento de que tenía más sentido dejar que la Francia de Vichy defendiera Marruecos, que arriesgarse a las consecuencias de cedérselo a Franco. Las palabras de Hitler dejan bien claro que sus comentarios desdeñosos sobre Franco y Serrano Súñer a raíz de Hendaya nacían de la preocupación porque las aspiraciones imperiales de éstos entorpecieran su necesidad de atraer a Laval y Pétain hacia una especie de alianza secundaria. Hitler le dijo al Duce que Franco «realmente tenía un corazón firme, pero que había llegado a Generalísimo y jefe del Estado español sólo por accidente. No era un hombre que estuviera a la altura de los problemas de desarrollo político y material de su país». Sobre las exigencias de Franco, el Führer manifestó que España «no conseguiría otra cosa que un aumento sustancial del Marruecos español», y que el momento de la entrada de España en la guerra dependía de que completara sus preparativos militares. Cuando llegara esa coyuntura, acordaron que se reunirían con Franco en Florencia para anunciar públicamente el Pacto Tripartito. Pero antes de que esto se hiciera realidad, la mente del Führer ya miraba hacia Rusia.²

Goebbels anotó en su diario que «el Führer no tiene buena opinión de España y de Franco. Mucho ruido pero poca acción. Nada sólido. En cualquier caso, no están en absoluto preparados para la guerra. Son hidalgos de un imperio que ya no existe. Por otro lado, Francia es otra cuestión. Mientras que Franco se mostró muy inseguro de sí mismo, Pétain parecía confiado y sereno». También comentó los informes sobre España redactados por la *Auslandorganisation* que circulaban entre el alto mando nazi, los cuales subrayaban que Franco era débil y no tenía el control, que Serrano Súñer era muy impopular y que España se encontraba «en un estado de desorden desbordado, casi anárquico», y su economía en ruinas.³ El rápido deterioro de la situación económica de España sería el obstáculo decisivo para que Franco emprendiera una acción militar pues le hizo cada vez más vulnerable a las presiones y halagos angloamericanos. Como escribió David Eccles a su esposa el 1 de noviembre de 1940: «Los españoles están en venta y nuestra labor es pujar para adquirirlos».⁴

El poder económico de las potencias anglosajonas haría que durante los meses venideros Franco fluctuara entre los beligerantes, aunque su lealtad esencial estaba con el Eje. El 6 de noviembre de 1940, Serrano Súñer le dijo al embajador portugués Pedro Theotónio Pereira: «El Generalísimo es un hombre simple. Por eso es mejor que no hablara demasiado con Hitler».⁵ Esto lo corroboró el propio Hitler, quien tres meses después comentó a Mussolini que Franco «con frecuencia estaba de acuerdo con las propuestas alemanas y entonces Serrano Súñer le interrumpía y lo trastocaba todo otra vez».⁶ Las actividades diplomáticas de Franco a principios de noviembre también ratificaron el juicio de Serrano Súñer. El Generalísimo tomó varias iniciativas peligrosas e innecesarias, que sólo pueden interpretarse como indicio de su disposición a entrar en la guerra del lado del Eje. Si Franco sufrió alguna decepción en Hendaya, fue claramente superficial y pasajera.

El 30 de octubre Franco redactó una carta para Mussolini y otra para Hitler. Al Duce le escribió insistiendo con fuerza en las pretensiones españolas sobre el Marruecos francés y Orán, aunque reconocía a regañadientes que las necesidades de entendimiento entre el Eje y Vichy exigían que no se hicieran públicas,⁷ lo cual indica claramente que se había tragado el «grandioso embuste» de Hitler. De hecho, ambas cartas revelan la satisfacción de Franco por pertenecer al Eje. Su carta a Hitler fue la más osada de las dos. No obstante, la dirigida a Mussolini iba acompañada de una nota significativa de Serrano Súñer a Ciano. En ella, el *cuñadísimo* explicaba por qué, desde Hendaya, había intentado desesperadamente un encuentro secreto con el fin de conseguir el apoyo italiano para convencer a los alemanes de que no antepusieran los intereses de la Francia de Vichy a los de España.⁸ Declaraba que por lealtad al Eje y para colaborar en la rápida conclusión de la guerra, España estaba dispuesta a aceptar las concesiones de Hitler a Francia, «pero no a sacrificarse en aras de nuestros eternos enemigos».⁹

El embajador español, general Eugenio Espinosa de los Monteros, entregó la carta a Hitler el 3 de noviembre.¹⁰ Franco prometía fielmente al Führer que cumpliría sus promesas verbales de entrar en la guerra y proseguía, sinuosa y profusamente, reiterando sus reclamaciones territoriales sobre el norte de África francés.¹¹ Las cartas a ambos dictadores y la nota de Serrano Súñer a Ciano no permiten dudar de que la reacción española a Hendaya fue de desilusión por no haberse llegado a ningún acuerdo firme sobre recompensas territoriales a cambio de la beligerancia de España. En un esfuerzo por demostrar que España era un socio al que se debía tomar en serio, el 3 de noviembre Franco

desmanteló la administración internacional de Tánger y anexionó la ciudad al Marruecos español; y lo hizo sin informar ni a alemanes ni a italianos. Stohrer lo consideró un signo del descontento del Caudillo por Hendaya y de su deseo de asegurarse «al menos Tánger».¹² Sin embargo, es más probable que, al igual que con su primera acción sobre Tánger en junio, Franco pretendiera impresionar al Führer por su belicoidad. Junto con la carta, pareció surtir el efecto deseado.

Como es comprensible, Hitler se mostró entusiasmado con la carta e informó a los generales Brauchitsch, Halder, Keitel y Jodl de que deseaba acelerar la entrada de España en la guerra y proceder a la toma de Gibraltar.¹³ El 9 de noviembre de 1940 llegaron a Madrid tres copias del protocolo secreto germano-italo-español; Serrano Súñer las firmó diligentemente y devolvió las copias alemana e italiana a través de un correo especial.¹⁴ En aquel momento, los reveses italianos generaron una intensidad en las relaciones hispano-alemanas inexistente durante la visita de Serrano Súñer a Berlín en septiembre y durante el encuentro en Hendaya. A Hitler le afectó mucho la victoria naval británica sobre los italianos en Tarento y el giro que habían tomado los acontecimientos en Grecia, que despejaba el camino a una ofensiva británica en los Balcanes. Para contrarrestar la amenaza al suministro de petróleo rumano a Alemania, Hitler decidió que debía cerrar el Mediterráneo.¹⁵ Sólo entonces, por primera vez, estuvo lo bastante interesado en la entrada de España en la contienda para acelerar los acontecimientos y presionar a Franco. El 11 de septiembre, Ribbentrop invitó a Serrano Súñer a una reunión que tendría lugar en Berghof el 18 de noviembre. Serrano Súñer aceptó la invitación después de consultarlo con su cuñado.¹⁶

Sin embargo, desde su carta del 30 de octubre a Hitler, el Caudillo se había vuelto más precavido. La situación económica de España empeoraba día a día y la tenacidad de la resistencia británica había resucitado sus arraigados temores de posibles represalias contra España o sus territorios en el exterior. Dado que Hitler daba pocas muestras de avenirse a compromisos específicos sobre los beneficios imperiales que codiciaba, Franco estaba a punto de retroceder a una postura más cauta que hasta entonces: la de posponer la beligerancia española hasta que la derrota británica fuera inequívocamente inminente. Antes de que Serrano Súñer acudiera a Berchtesgaden, Franco mantuvo una reunión con los ministros militares del gobierno, el general Varela (Ejército), el general Vigón (Aire) y el almirante Salvador Moreno (Marina), en la que se trató sobre la total incapacidad de España para entrar en la guerra. Sobre la mesa se hallaba un documento extremadamente realista presentado por el almirante Moreno, elaborado por el Estado Mayor del personal de Marina, en el que se encontraba su jefe de operaciones y futura *éminence grise* de Franco, el severo y laborioso capitán de navío Luis Carrero Blanco. Aunque daba por sentado que España estaba del lado del Eje, el documento sopesaba certeramente la debilidad marítima española con respecto a la Royal Navy y los costes económicos de la beligerancia española. Su premisa fundamental era la misma que Hitler se había visto obligado a adoptar ante la catástrofe italiana: que el Eje necesitaba conquistar Gibraltar y Suez y que la captura de Gibraltar requería por fuerza la intervención española. Se creía que los costes económicos de entrar en guerra contra Gran Bretaña mientras ésta aún conservara Suez, con el inevitable bloqueo aliado que suponía, serían desastrosos y, a fin de cuentas, perjudicaría al Eje.¹⁷ Carrero Blanco afirmó años más tarde que su participación en la elaboración del documento le valdría en 1942 el cargo de subsecretario de la Presidencia, a partir del cual fue catapultado a una carrera de más de treinta años como principal colaborador político de Franco.¹⁸

Poco después de que el alto mando español llegara a la conclusión de que no se debía tomar ninguna iniciativa contra Gibraltar mientras Gran Bretaña conservara el canal de Suez, las propuestas del jefe del Estado Mayor de Hitler, general Halder, sobre un asalto al Peñón se convirtieron a mediados de noviembre en planes operativos detallados. Bajo el nombre de operación *Félix*, entrarían tropas alemanas en España el 10 de enero de 1941 para iniciar el ataque a Gibraltar el 4 de febrero.¹⁹ Estas tropas empezaron a entrenarse para el asalto cerca de Besançon. El problema, como Canaris había informado y como los jefes de planificación logística de Hitler rápidamente confirmaron, era que Franco no había exagerado al hablar de la deteriorada situación de la economía española. El diferente ancho de vía a cada lado de la frontera franco-española y el deplorable estado de la línea férrea y los trenes españoles dificultarían los movimientos de tropas. Además, la desastrosa cosecha significaba que España necesitaría una cantidad de cereal considerablemente superior a la especificada en las anteriores solicitudes hechas a los alemanes. Con una situación de hambruna en diversas partes del país, Franco no tuvo más remedio que intentar comprar víveres en América, y eso suponía necesariamente posponer la declaración de guerra.²⁰

En cualquier caso, el aplazamiento de la operación *León Marino* y una creciente conciencia del poderío naval británico habían diluido la eufórica confianza de Franco en la victoria alemana. Como Canaris comentó a Halder el 2 de noviembre, a Franco le preocupaba profundamente la posibilidad de un conflicto con Gran Bretaña y, en particular, un ataque británico a las islas Canarias. El análisis de Canaris sobre los problemas internos del Caudillo apuntaba a que éste estaba apático en lo que a la guerra se refería. «La maquinaria administrativa interna está completamente rota. Franco no puede permitirse correr riesgos. Serrano Súñer es seguramente el hombre más odiado de España.» El entendimiento germanoespañol estaba limitado por la «altanería injustificable» y la «susceptibilidad malsana» de Franco y de Serrano Súñer. «A esto debe añadirse la timidez de Franco.»²¹ Los estrategas alemanes eran perfectamente conscientes de la debilidad del ejército español. También eran reacios a una aventura española debido a la «operación en el este». No existía ni la más remota posibilidad de que los alemanes intentaran apropiarse de Gibraltar en contra de la voluntad de los españoles, pues no tenían ni la más mínima intención de embarcarse en una lucha difícil y retrasar aún más el ataque a la Unión Soviética.²²

Al mismo tiempo que los alemanes tramaban un ataque a Gibraltar, el gobierno británico, alentado por sir Samuel Hoare y Alexander Weddell, continuó abogando por la ayuda humanitaria norteamericana a España, precisamente con objeto de privar a Franco de un pretexto para abandonarse en brazos del Eje. Ésta resultó una ardua tarea debido a la insistencia del secretario de Estado, Cordell Hull, en que Franco

deklarara públicamente que no tenía intención de modificar la neutralidad de España ni tenía intención de ayudar a Alemania e Italia en la guerra contra Gran Bretaña. El 31 de octubre, cuando Serrano Súñer recibió a Weddell, el ministro de Exteriores había alardeado de la solidaridad política española con Alemania e Italia y, acto seguido, había comentado la sorpresa de Franco por no haber llegado el trigo de la Cruz Roja. Weddell le recordó que su envío dependía de la postura internacional de España. La reunión convenció a Weddell —que, por supuesto, ignoraba la carta que Franco había escrito a Hitler el día anterior— de que la ayuda humanitaria contribuiría a que España permaneciera al margen de la guerra.²³

Sólo dos días después de la violenta expulsión de los restos de la administración internacional de Tánger, el agravamiento de la crisis de cereales obligó al gobierno de Franco a hacer pública la oferta estadounidense el 5 de noviembre. Era demasiado tarde. Desde que se hiciera la oferta original, Hendaya y Tánger habían enfurecido a la opinión pública norteamericana, ya indignada por los informes sobre las simpatías de Franco hacia el Eje y la incesante serie de ejecuciones de prisioneros republicanos.²⁴ Por otro lado, Hoare y el gobierno británico estaban convencidos de que la mejor opción para evitar una declaración de guerra desesperada por parte de España era enviar ayuda alimentaria de forma inmediata.²⁵

Mientras Serrano Súñer se encontraba de nuevo en Alemania, el gabinete de Franco decidió, tras un amplio examen, que la declaración de neutralidad pública requerida por Washington era un impedimento insuperable. El 19 de noviembre, Weddell se reunió, a petición de ellos, con Carceller y el ministro sin cartera, Pedro Gamero del Castillo, que actuaba como secretario general de la Falange y era un estrecho colaborador de Serrano Súñer. Según ellos, Franco no podía declarar la neutralidad por temor a provocar la hostilidad de una «Alemania en la frontera, agazapada y presta para saltar». Este astuto cambio de táctica difícilmente concuerda con lo que hoy se sabe de las relaciones hispanoalemanas después de Hendaya, con el gesto de Tánger y con la carta de Franco a Hitler. Sin embargo, en aquel momento, ese razonamiento, junto al hecho de que Serrano Súñer estuviera por entonces en Alemania hablando con Hitler y a la oferta de garantías de Franco en privado, finalmente condujeron a una relajación en la postura del Departamento de Estado.²⁶

Mientras tanto, el 19 de noviembre de 1940 se celebró en Berchtesgaden la reunión entre Hitler y Serrano Súñer. Ahora era Hitler quien apremiaba con mayor urgencia y Serrano Súñer quien recurría a evasivas. Ésta sería la primera de las tres visitas a Alemania en las que Serrano Súñer sería sometido a verdaderas presiones. Aunque intentó restar importancia a las consecuencias del «error» de Mussolini en Grecia, Hitler declaró sin rodeos que «era imperativo actuar rápida y decisivamente». «En las presentes circunstancias era absolutamente necesario cerrar el Mediterráneo» en Gibraltar y en Suez. Serrano Súñer señaló que España necesitaba de la buena voluntad británica para importar las provisiones de alimentos necesarias y mencionó la consternación de Franco porque Hitler no enviaba ni víveres ni material bélico. Hitler respondió que si España pasaba a ser país beligerante, enviaría los suministros. Serrano Súñer dijo que como consecuencia de la mayor solidaridad española con el Eje fijada en Hendaya, Estados Unidos había bloqueado un cargamento de treinta mil toneladas de trigo, una referencia al grano de la Cruz Roja retenido. Las simpatías ideológicas esenciales de Serrano Súñer se revelaron cuando manifestó que «sin embargo, por encima de los problemas de abastecimiento, se erigía la historia, en la que España deseaba participar también en esta ocasión».

Hitler insistió en que España debía entrar en la guerra lo antes posible. Un mes o seis semanas de preparación coincidiría con el momento más adecuado para que las tropas alemanas lucharan en España. Serrano Súñer se apresuró a recordarle a Hitler lo contrariados que él y el Caudillo estaban por la vaguedad de las promesas hechas en el protocolo secreto de Hendaya sobre las aspiraciones imperiales de España. Si los detalles se hacían públicos, en España se creería que Alemania había abandonado a un «amigo de ayer, hoy y mañana» en aras de un acuerdo con Vichy. Serrano Súñer insistió en que las vagas promesas del protocolo carecían de valor, ante lo cual Hitler afirmó que España recibiría satisfacciones en Marruecos. El Führer siguió reiterando por qué era crucial una pronta participación de España en la guerra, y ofreció artillería, munición y bombarderos para ayudar a defender las islas Canarias de un ataque británico. Serrano Súñer respondió que España ya se había ocupado de la defensa de las islas. Después se despidió, diciendo que emplearía el restante período de neutralidad española mientras se hacían los preparativos militares, para que España importase tanto trigo canadiense, norteamericano y argentino como fuera posible. Hitler quizá advirtió, más que Ribbentrop, las dificultades que rodeaban la participación española y cuando se entrevistó con Ciano, inmediatamente después de hablar con Serrano Súñer, sugirió que Mussolini empleara su influencia con Franco para asegurar la intervención de España.²⁷

Ribbentrop dio por sentado que España estaba a punto de entrar en guerra y, cuando más tarde ese mismo día, se reunió con Serrano Súñer en su hotel, repitió lo que Hitler había dicho sobre la importancia de actuar con presteza. Suponiendo que Serrano Súñer hablaría con Franco en cuanto regresara a Madrid, le sugirió que los resultados de dicha conversación fuesen comunicados a Berlín a través del embajador Stohrer, con objeto de que los preparativos empezasen de inmediato. Ribbentrop pidió que un representante español acudiera a Berlín para disponer los pormenores de los envíos alemanes de alimentos y armas. Estaba tan impaciente por entrar en acción que pidió a Stohrer que telegrafiasa a Berlín una palabra en clave que significaría que Franco estaba dispuesto a entrar en la guerra. Ribbentrop hizo un repaso muy subjetivo de la situación bélica en el que subestimó la ayuda estadounidense a Gran Bretaña por ser vulnerable a los ataques de los submarinos alemanes y habló como si Stalin estuviera a punto de unirse a una coalición mundial contra los británicos dirigida por Alemania. Serrano Súñer le interrumpió y le dijo que había oído que los envíos de aviones estadounidenses a Gran Bretaña eran bastante importantes y, por tanto, se alegraba de oír que se intensificaban las operaciones de los submarinos alemanes. El encuentro no fue un éxito

y confirmó la antipatía que Serrano Súñer sentía por Ribbentrop.²⁸

La reunión de Hitler y Serrano Súñer se siguió en Londres con muchísima preocupación e intensificó el interés de los aliados por ayudar a resolver los problemas alimentarios en España. El 23 de noviembre, Churchill escribió a Roosevelt: «Nuestros informes demuestran que la situación en España se está deteriorando y que la península no está lejos de una verdadera hambruna. Una oferta por su parte de suministrar alimentos mes a mes, siempre y cuando se mantengan al margen de la guerra, podría ser decisiva. Las nimiedades no cuentan ahora y son momentos de hablarles muy claro. Si Alemania ocupara ambos lados del Estrecho sería una penosa sobrecarga para nuestro esfuerzo naval, que ya es arduo».²⁹ Y, en efecto, el día anterior Mussolini había escrito a Hitler que había llegado la hora de jugar «la baza española» y se ofreció a reunirse con Franco para presionarle a unirse al Eje.³⁰ A última hora de la tarde del 25 de noviembre, Stohrer envió un telegrama a Berlín para decir que inmediatamente después de su retorno de Berchtesgaden, Serrano Súñer había hablado a Franco sobre sus conversaciones con Hitler. Franco había respaldado la postura de su cuñado y enseguida había llamado a consulta a los ministros de las fuerzas armadas. Éstos habían planteado incómodas preguntas sobre lo que España esperaba obtener y habían recordado a Franco la tremenda debilidad militar del país. Serrano Súñer le dijo a Stohrer que la decisión de Franco, «que se daría inmediatamente después de concluidas las consultas militares, sería afirmativa como es natural y entonces podrían empezar nuestros preparativos», pero, a la luz de las preguntas formuladas por los ministros militares, «sería muy deseable que el Führer diera una pronta respuesta a la última carta del Caudillo».³¹ De haber recibido una respuesta satisfactoria a la carta y haber iniciado Hitler envíos sustanciales de alimentos y armas, es probable que Franco hubiera ordenado efectivamente preparativos militares. Pero Hitler no satisfizo las exigencias planteadas por el Caudillo en su carta del 30 de octubre y Franco no permaneció a la espera.

El 28 de noviembre, Stohrer envió un telegrama a Berlín para explicar que Serrano Súñer acababa de decirle que Franco había accedido a iniciar los preparativos para la guerra. De hecho, esto no era cierto y nada sucedió. Stohrer, al igual que Hitler y Ribbentrop días atrás, parecía propenso a ver compromisos definidos donde no había más que vagas evasivas. No es disparatado pensar que Serrano Súñer, con objeto de combatir la creciente oposición a su postura por parte del alto mando militar, estuviera intentando ganarse el favor de los alemanes.³² Durante su visita a Berchtesgaden había comentado que «la participación española en la guerra era el remedio para la agitación del interior».³³ El 29 de noviembre Serrano Súñer leyó a Stohrer unas notas sobre la postura de Franco significativamente menos concretas y alentadoras que lo indicado en el telegrama de Stohrer del día anterior. Las notas hablaban de que Franco coincidía en «que los preparativos para la entrada de España en la guerra se acelerasen todo lo posible»; pero proseguían diciendo: «no se puede determinar con certeza el tiempo requerido» debido a la necesidad de estar preparados para otras acciones militares como consecuencia del ataque a Gibraltar. Franco pedía el envío de expertos militares alemanes para servir de oficiales de enlace con los ministerios de las fuerzas armadas y, debido a sus temores de un contraataque británico en las costas atlánticas españolas, aconsejaba un ataque a Suez para mantener ocupada a la flota británica del Mediterráneo, propuesta que parece indicar que gracias a la reunión con sus ministros militares la habitual precaución de Franco finalmente había empezado a afirmarse.³⁴

Hitler respondió a las noticias del deseo mal disimulado de Franco de sacar a España de la línea de fuego enviando al almirante Canaris para tratar los detalles.³⁵ Como indicación del persistente apoyo de Franco al Eje, Serrano Súñer informó a Stohrer de que el gobierno español había acordado que se estacionaran buques nodriza en bahías recónditas de la costa septentrional para que repostaran los destructores alemanes.³⁶ Pero no obstante, las simpatías de Franco y Serrano Súñer por la causa del Eje, su libertad de acción estaba severamente constreñida por la situación cada vez más desesperada de la economía española. El «terrible panorama» del que hablaban los informes británicos sobre Barcelona y Madrid inclinó a los miembros del Foreign Office a creer que «incluso los alemanes dudarían antes de “apoderarse” de un país en semejante estado».³⁷ El 21 de noviembre de 1940, David Eccles escribía a su esposa: «Por la mañana, mientras caminamos a la embajada vemos un número cada vez mayor de hombres, mujeres y niños hurgando en los cubos de basura y los baldes de desperdicios que se encuentran en la acera. Cuando encuentran un trozo de piel de patata entre la suciedad se lo comen, y llenan sacos con basura demasiado horrible para describirla».³⁸ En este período de hambre y epidemias, las atroces privaciones de muchos contrastaban con la opulencia de los pocos que tenían acceso a los privilegios de un cargo y del mercado negro.³⁹ En respuesta a la terrible situación de hambre en España, los aliados hábilmente practicaron su política de ofrecer ayuda económica a España a cambio de que se mantuviera en paz.

Precisamente en el momento en que Serrano Súñer leía a Stohrer la confirmación de Franco sobre los preparativos militares españoles, el Caudillo en persona hablaba con el embajador estadounidense. Muy preocupado por la crisis económica, adoptó una actitud que, dada su conducta generalmente gélida, se acercaba a la simpatía y a la cordialidad. Weddell le dijo que, a la luz de las recientes visitas de Serrano Súñer a Alemania, a Estados Unidos le resultaba difícil proceder al envío de trigo de la Cruz Roja o extender los créditos para la adquisición de materias primas a menos que se produjera cierta clarificación de la postura de España con respecto al Eje. Franco mencionó sus recientes conversaciones y las de Serrano Súñer con Hitler sin concretar su contenido. Ante una pregunta directa de Weddell, negó que España hubiera firmado un pacto tripartito (lo cual acababa de hacer Serrano Súñer hacía tres semanas). Franco dijo que la política de Estados Unidos parecía basada en la creencia de que Gran Bretaña ganaría la guerra, mientras que su política se basaba en lo contrario. En un intento por ganar simpatías y comprensión, se refirió indirectamente a la amenaza de las divisiones alemanas que supuestamente aguardaban ociosas en la frontera franco-española.

Cuando Weddell insistió en que Franco le confirmara que España no contemplaba ninguna desviación de su presente política ni ayuda alguna al Eje, aseguró ladinamente lo primero y respecto a lo segundo declaró que España no podía ayudar al Eje aunque lo deseara y que nadie podía prever lo que depararía el futuro. En opinión de Weddell, esto último era lo más cerca que el Caudillo estaría nunca de la declaración de neutralidad exigida por Washington. Por eso, desconociendo las promesas ya hechas a Hitler, instó al Departamento de Estado a aceptar esas declaraciones como suficientes para el envío del trigo. Washington seguía sospechando de Franco en buena medida debido a las persistentes actividades antiestadounidenses de la Falange Exterior en Latinoamérica.⁴⁰

Serrano Súñer, mostrándose inusitadamente amistoso, hizo denodados esfuerzos para convencer a Weddell y a Hoare de que debían enviar el trigo. Esto guardaba, sin duda, relación con presuntos disturbios por motivo del pan y ataques violentos a panaderías. El 2 de diciembre de 1940, mediante un convenio que complementaba el acuerdo comercial anglo-español del 18 de marzo de 1940, los británicos habían accedido a transportar ciento cincuenta mil toneladas de maíz procedente de Suramérica y cien mil toneladas de cereal de Canadá. A cambio, España se comprometía a no reexportar ciertas materias primas a las potencias del Eje y a no permitir el tránsito de ciertos productos portugueses hacia Alemania e Italia. No obstante, el Departamento de Estado no permitió el envío del trigo de la Cruz Roja hasta el 7 de enero de 1941.⁴¹

La conciencia de la gravedad del problema del hambre marcó el inicio, a finales de 1940, de una de las amistades políticas más importantes de Franco. Empezó ésta en circunstancias poco propicias. Franco llamó a su presencia al gobernador civil de Málaga, el falangista José Luis Arrese, al que acusó de conspirar contra él. De una ambición desmedida, Arrese había sido condenado en 1937 como partidario de Hedilla y rehabilitado por Serrano Súñer. El untuoso Arrese no sólo se las arregló para convencer a Franco de que no estaba conspirando, sino que también se ganó su favor convenciéndole de que tenía ideas originales para afrontar la impopularidad de su régimen. Éstas iban desde planes de viviendas baratas a la extraordinaria pretensión de que podía mitigar el hambre alimentando a la gente con «bocadillos de carne de delfín» y pan hecho de «harina de pescado». Arrese demostró ser un virtuoso maestro de la adulación durante muchos años. Probablemente Franco disfrutara con su coba, pero también reconoció en Arrese a alguien a quien podía utilizar. Arrese era la viva imagen del falangista, con un fino bigotillo y el pelo engominado y peinado hacia atrás. Sus antecedentes hedillistas le hacían aceptable para el ala radical de la Falange, lo cual, junto con su admiración servil hacia el Caudillo, le convertía en el agente ideal para completar el proceso de domesticación de la Falange. Franco pronto haría a Arrese ministro secretario general de FET y de las JONS.⁴²

Mientras Franco se enfrentaba a las realidades económicas de su situación y al poder de los aliados, negociaba con Canaris un ataque a Gibraltar. Aunque él y Serrano Súñer habían restado importancia a su capitulación ante la presión aliada, los alemanes eran plenamente conscientes de sus concesiones. El 11 de diciembre, Serrano Súñer negó haber hecho promesas de neutralidad a los norteamericanos, pero admitió que «por desgracia, había tenido que demostrar cierta condescendencia con los ingleses acá y acullá», que se traducía en un compromiso (no reexportar grano, fosfatos y mineral de manganeso) al que restó importancia calificándolo de «impreciso y no vinculante». Negó que se hubiera llegado a ningún compromiso sobre los productos portugueses en tránsito y prometió continuar los envíos a Alemania después de que se hubieran satisfecho las necesidades urgentes de España. Stohrer estaba convencido de que Franco y su cuñado sólo habían prometido a los aliados lo suficiente para mantener su libertad de acción.⁴³

Las contradicciones de los intentos conciliatorios de Franco con los aliados y el Eje pronto quedaron claramente en evidencia. El 5 de diciembre Hitler se reunió con su Alto Mando y decidió pedir a Franco permiso para que las tropas alemanas cruzaran la frontera española el 10 de enero de 1941; una acción bastante insólita por parte de un hombre que supuestamente tenía doscientas divisiones apostadas y dispuestas a atacar España. El plan era que el general Jodl viajara a España e hiciera los arreglos pertinentes para el ataque a Gibraltar en cuanto Canaris llegara a un acuerdo con Franco sobre la fecha de la acción. El Führer escribió a Mussolini para decirle que, dado que tenía algunas dudas sobre la lealtad de las fuerzas de Vichy en África, consideraba «urgentemente necesaria» la decisión final de Franco sobre su entrada en la guerra y pidió al Duce que interviniera para fijar una fecha.⁴⁴ Dos días después, el 7 de diciembre, Mussolini le dijo al embajador alemán en Roma que aunque la participación activa de España en la guerra era fundamental en lo que hacía a Gibraltar, en otros aspectos «era sólo una ventaja limitada». Sus dudas se basaban en la desastrosa situación económica de España y en sus propios temores egoístas de que «los españoles pudieran posteriormente alegar deseos inconvenientes sobre el norte de África».⁴⁵

El 7 de diciembre de 1940, Canaris llegó a un Madrid cubierto por la nieve. A las siete y media de la tarde, pidió a Franco, en presencia del general Vigón, que entrara en guerra permitiendo que un cuerpo del ejército alemán equipado con artillería atravesara España para atacar Gibraltar. Sabiendo que los alemanes no habían logrado superioridad aérea sobre la RAF y que los reveses italianos en Albania eran aún más severos, Franco le dijo a Canaris que España era simplemente incapaz, sobre todo en cuestión de abastecimiento de víveres, de cumplir el plazo de Hitler. Franco calculaba que el déficit de productos alimenticios era ahora de un millón de toneladas, agravado además por las terribles dificultades de distribución tanto por carretera como por ferrocarril. Franco también repitió sus temores de que la captura de Gibraltar supusiera la pérdida de las islas Canarias y otras posesiones españolas en el exterior. Aunque arropada en una retórica de renuencia a ser una carga para su aliado alemán, ésta era su primera admisión de duda sobre la posibilidad de una rápida victoria del Eje. Quizá Franco estuviera respondiendo a alguna insinuación de Canaris de que Hitler podría no ganar la guerra. Weizsäcker escribió, después de la guerra, que Canaris afirmaba haberse negado a ser «un peón en el fraudulento juego que se practicaba con los españoles». El mariscal Keitel creía que Canaris «no hizo esfuerzos serios para lograr que España apoyara la operación, sino que de hecho aconsejó a su amigo español contra ella». Es sin duda posible que, creyendo que la entrada de España supondría una complicación más en una guerra que estaba ya perdida,

Canaris simplemente no hiciera nada para convencer a Franco de que permitiera el ataque a Gibraltar.⁴⁶

En cualquier caso, no era probable que atrajera a Franco lo que en efecto era una invitación a participar en la guerra, con un solo objetivo: Gibraltar. La lista de peticiones del Caudillo seguía siendo enorme, incluyendo vastos territorios coloniales franceses, y ahora Hitler no le ofrecía más que convertir Gibraltar en una base alemana y devolvérsela a España después de la guerra.⁴⁷ Con su arrogancia característica, Hitler consideró que ofrecía a Franco un buen trato: la devolución eventual de Gibraltar sin coste alguno. Franco, sin embargo, comprendiendo que iban a atraerle con vagas promesas a cambio del riesgo de una guerra contra los británicos, no tuvo necesidad de que Canaris le animara a rechazar la oferta.

Desde Wilhelmstrasse salió un desconcertado telegrama a Stohrer pidiendo explicaciones de la «flagrante contradicción» entre lo que Franco estaba diciendo ahora, por un lado, y las conversaciones de Hendaya y el encuentro entre Hitler y Serrano Súñer en Berchtesgaden, por el otro. El jefe del OKW telegrafió después a Canaris el 8 de diciembre para lograr que Franco fijara la fecha más próxima posible. Canaris respondió que ya había presionado a Franco sin éxito. «El general Franco contestó que no podía fijar dicha fecha, ya que ésta dependía de que la economía española siguiera recuperándose, de lo que había en este momento pocos indicios, y también del futuro progreso de la guerra contra Gran Bretaña. El general Franco explicó que España podía entrar en guerra solamente en el momento en que Inglaterra estuviera a punto de derrumbarse.»⁴⁸ Más tarde, Franco negaría esta interpretación de sus palabras. Weizsäcker anotó en su diario: «Resulta un triste consuelo haber predicho la postura de España. Sólo entrarán en guerra poco antes de la victoria del Eje, pero ¿qué ganaríamos nosotros con eso, salvo algunos parásitos?».⁴⁹

Hitler estaba ya muy irritado por la creciente evidencia de que Franco no estaba dispuesto a cumplir los acuerdos adoptados en Hendaya y en su carta posterior. Había decidido, no obstante, que si la misión de Canaris fracasaba se limitaría a hacer volver a aquellos de sus generales que se encontraban en España.⁵⁰ A lo largo del mes de noviembre, unidades especiales alemanas se habían entrenado para el ataque a Gibraltar, pero un asalto al Peñón sin el consentimiento de Franco no era posible. El ataque frontal por mar era impensable por el hecho de que la marina alemana estaba totalmente comprometida en la operación *León Marino* contra Inglaterra, suspendida pero aún pendiente, en la protección de las costas francesas y noruegas y, sobre todo, en la continuación de la guerra atlántica. Una operación por tierra implicaría a las tropas alemanas en una marcha de mil doscientos kilómetros, transportando toda su impedimenta por malas carreteras, a menudo sin asfaltar, a través de puertos de montaña estrechos y ventosos, muchas veces entre niebla y hielo, sin la esperanza de poder encontrar alimentos en las tierras que atravesaban ni comprar comida y combustible a su paso.*

Al recibir el deprimente informe de Canaris, Hitler, con sorprendente serenidad, ordenó de inmediato interrumpir la operación *Félix*. Estaba convencido de que si forzaba la entrada en la península, tentaría a los ingleses a enviar tropas a España para ayudar a la resistencia local y abriría con ello un nuevo e indeseado teatro de operaciones.⁵¹ El Führer decidió que los bombarderos que iban a emplearse contra Gibraltar se necesitaban ahora en el sur de Italia para atacar a los barcos británicos entre Sicilia y el norte de África, y a fin de estar disponibles en caso de una ofensiva en Grecia. A corto plazo, simplemente no había suficiente capacidad militar para un ataque a España una vez empezaron a reunirse tropas y equipo para el cuerpo expedicionario que iba a reforzar a los desfallecidos italianos en Libia. A largo plazo, la guerra contra Rusia era más importante para Hitler que una acción marginal. Por tanto, los preparativos para una ofensiva en el este al llegar la primavera arrinconaron los planes para la toma de Gibraltar.⁵²

Era enteramente congruente con la costumbre que Franco estaba desarrollando de jugar a dos bandas forzar al régimen de Vichy para que hiciera concesiones en el norte de África. El 7 de diciembre de 1940, considerándose parte del nuevo orden y por tanto con derecho a exigir ajustes territoriales, Franco recibió de manera amenazadora al nuevo embajador de Vichy, François Piétri, un hombre elegante, anglófono y de derechas.** En su ceremonia de presentación, Piétri pronunció un discurso especialmente amistoso ante Franco. Rodeado de sus ministros y principales dignatarios, el Caudillo, con su uniforme resplandeciente, respondió de un modo que, en el contexto diplomático, eran cortantes y ofensivas alusiones a las pretensiones españolas sobre el Marruecos francés. «No existe amistad sin justicia y hay demasiadas injusticias que reparar para que esta amistad sea auténtica.»⁵³

La tesis franquista de que a partir del invierno de 1940 el Caudillo resistió hábilmente los halagos y las presiones de Hitler, queda muy debilitada por el hecho de que desde aquel momento España era para Hitler una prioridad de tercer orden. Eso no quiere decir que el Führer no estuviera contrariado con el Caudillo. En una carta a Mussolini escrita a fin de año decía: «Me temo que Franco está cometiendo el error más grande de su vida». Goebbels anotó en su diario con igual desagrado: «Franco no está cumpliendo su parte. Probablemente es incapaz de hacerlo. No tiene carácter. Y la situación dentro de España no es precisamente feliz. El hecho de que no vayamos a tener Gibraltar es un duro golpe».⁵⁴

La hambruna y las dudas sobre la victoria alemana final llevaron tanto a Aranda como a Kindelán a confesar a Hoare su oposición a la germanofilia de Serrano Súñer.⁵⁵ Kindelán dijo que su visita contaba «con el conocimiento y aprobación plena del general Vigón»; lo cual sugiere que Franco lo sabía, dada su estrecha relación con éste. De ser así, bien podía estar asegurándose de que, en caso de solicitar mayor ayuda económica aliada, la culpa de las acciones en favor de los alemanes recayera sobre Serrano Súñer. Hitler y el Alto Mando apenas acababan de recibir la comunicación de Canaris cuando Stohrer informó a Berlín de que el agravamiento de la situación de hambre tenía ahora prioridad sobre cualquier otra cuestión, incluida la entrada en la guerra. Tras sucesivas reducciones de la ración de pan, decía Canaris, se veía a la gente pelearse en las calles por unos mendrugos. El 11 de diciembre, Stohrer escribió que los madrileños se

desmayaban por falta de comida y señaló que la oposición de los principales generales a Serrano Súñer estaba obligando a Franco a moderar su entusiasmo por la guerra. * Stohrer estaba convencido de que su cambio de opinión sobre la entrada en la guerra era enteramente resultado de la crisis alimentaria y su consecuente temor por la seguridad del régimen. Stohrer añadía que la solución de los problemas de Franco entrañaría una ayuda económica de «tremendas proporciones».⁵⁶ Durante este tiempo, sorprendentemente, se exportaban productos alimenticios españoles a Alemania.⁵⁷

España se veía ahora obligada a solicitar permiso británico y norteamericano para importar trigo argentino. El 8 de enero de 1941 Stohrer escribió a Wilhelmstrasse que Franco se había comportado correctamente, pues sólo después de que sus esfuerzos por conseguir ayuda alemana no hubieran dado resultado había aceptado las ofertas de Gran Bretaña y Estados Unidos.⁵⁸ La comprensión de Stohrer estaba bien fundada. Fue el hambre que sufría el país lo que obligó a Franco a echarse atrás en el momento decisivo. De hecho, el 8 de enero Serrano Súñer le dijo al embajador italiano, Francesco Lequio, que «si España hubiera obtenido de Alemania lo necesario, no para engrosar sus reservas, sino para la supervivencia cotidiana, España ya estaría en la guerra al lado del Eje. Por desgracia, eso no había ocurrido, y el gobierno español debió contentarse con el odioso chantaje de Inglaterra y Estados Unidos. Dígame [a Mussolini] que, a pesar de todos los obstáculos, España está preparándose seriamente en la esfera militar para estar a punto en futuras tentativas».⁵⁹

El 9 de enero de 1941, un Hitler impaciente decidió hacer otro esfuerzo para inducir a España a entrar en guerra. Stohrer fue llamado a Berlín para recibir instrucciones. En su ausencia, el falangista Gamero del Castillo, ministro sin cartera, habló con Josef Hans Lazar, el siniestro y poderoso agregado de prensa de la embajada alemana. Gamero le dijo que se estaba librando una lucha entre Franco y Serrano Súñer por el control del gobierno. Franco, enfrentado a la oposición de muchos generales y de la Iglesia, era reacio a formar un gabinete enteramente pro nazi. Gamero y Serrano Súñer creían que «debía formarse lo antes posible un gobierno Serrano Súñer, activista y homogéneo». Gamero quería que los alemanes intervinieran en el asunto haciendo saber que el Tercer Reich quería a Serrano Súñer al mando.⁶⁰

No cabe duda de que, por aquel entonces, Hitler estaba totalmente desencantado de Franco. El 19 de enero de 1941 recibió a Mussolini y a Ciano en el Berghof y criticó contundentemente al Caudillo por no comprender que el control de Gibraltar por parte del Eje y unas bases alemanas en el Marruecos español eliminarían por entero el problema de De Gaulle. Hitler tachó a Franco de «sólo un oficial corriente que, debido a las circunstancias, había sido aupado al puesto de jefe del Estado. No tenía temperamento de soberano, sino de subalterno». Ribbentrop dijo que Stohrer tenía instrucciones de llevar a cabo un último intento para hacer cambiar de opinión a Franco. Hitler no era optimista, pero pidió al Duce que intercediera ante Franco. Mussolini aceptó hacerlo sin convicción.⁶¹

Al regresar a Madrid procedente de Salzburgo, Stohrer mantuvo una larga entrevista con Franco el lunes 20 de enero en la que expuso «con implacable franqueza» las opiniones de Hitler y Ribbentrop. Hizo especial hincapié en la contrariedad del Führer ante la respuesta de Franco a Canarias del 7 de diciembre y le informó de que una entrada de España en la guerra después de la derrota de Gran Bretaña no tenía ninguna utilidad para Alemania. Stohrer dijo que la actitud de Franco indicaba que ya no estaba totalmente convencido de que el Reich ganaría la guerra. Estando la guerra prácticamente ganada «había sonado para España la hora histórica», a lo cual añadió que Ribbentrop quería darle sólo cuarenta y ocho horas para decidirse, pues la situación española se estaba deteriorando y tenían que hacerse otros planes para las tropas que se encontraban preparadas para entrar en España.

Franco expresó su sorpresa ante juicio tan pesimista y negó que el hambre pusiera en peligro su régimen. Declaró que su política no había variado y que «su fe en la victoria de Alemania aún era la misma». Franco atribuía su imposibilidad de participar en la guerra, como había prometido en Hendaya, al inesperado deterioro de la situación alimentaria, al recibirse cálculos precisos sobre la cosecha en noviembre. La magnitud del déficit era tal que empezar una guerra habría sido «criminal». La opinión de sus consejeros militares era que toda desviación de combustible y transporte para fines militares sólo incrementaría la crisis de subsistencias. Sin embargo, Franco insistió en que «la cuestión no era si España entraría o no en guerra; eso se había decidido en Hendaya. Era sólo cuestión de cuándo». Negó vehementemente haber dicho a Canarias que España entraría en guerra sólo cuando Inglaterra estuviera ya derrotada: «España tenía intención de participar plenamente en la guerra sin recibir nada a modo de regalo». Según él, lo que había dicho, por el contrario, era que España pensaba entrar sólo cuando no constituyera una carga para sus aliados. * Franco insistió otra vez en que la ayuda alemana resultaría inútil si llegaba cuando España ya hubiera entrado en guerra. El embajador alemán, autorizado previamente por Ribbentrop, dijo que la petición del Caudillo, que Stohrer calificaba de «pago por adelantado», se tendría en cuenta si Franco daba garantías de que España iba a entrar en guerra en el momento en que lo determinara el Reich. Franco pidió tiempo para considerar la oferta.⁶²

La versión presentada por Franco sobre la situación española reflejaba una confianza auténtica aunque injustificada, como demuestra el hecho increíble de que mientras Europa estaba siendo destruida por la guerra y España por el hambre, el Generalísimo escribiera una obra literaria. Con el título de *Raza*, era un relato teñido de romanticismo sobre una familia española casi idéntica a la del propio Franco, en forma de guión de cine, aunque publicado como novela. La trama contaba las experiencias de una familia gallega, del todo identificable con la del propio Franco, desde el desastre colonial de 1898 hasta la Guerra Civil. El personaje alrededor del cual gravita la obra es la madre, doña Isabel de Andrade. Sola, con tres hijos y una hija que sacar adelante, como le ocurrió a la madre de Franco, Pilar Bahamonde, la piadosa doña Isabel es una figura dulce pero enérgica. Pilar Bahamonde fue abandonada por el padre de Franco, hombre disoluto, jugador y mujeriego. Por contra, el padre del protagonista es un héroe de la marina y doña Isabel queda viuda cuando él muere en la guerra de Cuba.

Raza fue escrita entre los últimos meses de 1940 y los primeros de 1941. Franco la dictó primero, paseando de un lado a otro de su despacho, y después el texto pasó a manos de los periodistas Manuel Aznar y Manuel Halcón para la corrección de estilo. A la pregunta de cómo encontraba tiempo en momentos tan tensos para escribir una novela, Franco respondió que era sólo cuestión de organizarse bien el tiempo y que trabajar sujeto a un horario lo hacía todo posible. El hecho mismo de poder escribir, casi tanto como el estilo intensamente novelesco de la narración, indican hasta qué punto estaba aislado Franco de la situación real de España en aquellos momentos.

En la plenitud de su poder político, Franco escribió un libro en el que creó un pasado digno de un Caudillo providencial. Era como si el cumplimiento de muchas de sus ambiciones hubiera hecho su pasado más inaceptable. La novela cambiaba la modesta realidad de la familia de Franco por otra de ilustre hidalguía. Asimismo, la elección del seudónimo bajo el que se publicó, Jaime de Andrade, un antiguo y noble apellidado con el que estaba lejanamente emparentado por parte de ambos progenitores, deja pocas dudas sobre sus aspiraciones sociales. *Raza* constituye una visión reveladora de la egocéntrica voluntad de grandeza de Franco. No sólo idealiza su parentesco, su niñez y sus orígenes sociales a través del héroe, José Churrua, sino que también se las compone para incluir una alusión a sí mismo en toda su gloria de clarividente Caudillo.

La elección del título reflejaba la fascinación de Franco por el nazismo. La lógica interna del mismo era presentar al héroe y su familia como portadores de las esencias de la «raza» española, por lo cual consiguen salvar a España de los venenos extranjeros del liberalismo, la masonería, el socialismo y el comunismo. Eso es lo que Franco consideraba que había hecho gracias a la Guerra Civil y la consiguiente e implacable eliminación de izquierdistas. No es difícil ver un vínculo entre la invención que Franco hace de su propia vida y su remodelación dictatorial de la vida española entre 1936 y 1975. En su libro creó la familia ideal y el padre que no tuvo; en la vida política, gobernaría España como si fuera el padre autoritario de una familia estrechamente unida. Desde los primeros días de la Guerra Civil, Franco se había identificado totalmente con España, o al menos con su versión de España, lo cual dice más sobre su neurosis que sobre su patriotismo. Poco después de concluir el guión, se realizaron los preparativos para que fuera filmado, financiado por el recientemente creado Consejo de la Hispanidad y dirigido por José Luis Sáenz de Heredia. Con los recursos del Estado a su disposición, Sáenz de Heredia pudo contratar a uno de los principales actores del cine romántico de su tiempo, Alfredo Mayo, para representar el personaje basado en el propio Franco.⁶³ En el primer pase privado de la película Franco lloró profusamente.⁶⁴ Durante los restantes treinta años, vio *Raza* en muchas ocasiones.⁶⁵

El tono de imperialismo beligerante de *Raza* es lo bastante parecido al talante de las cosas que Franco decía en ese momento para pensar que era sincero en sus afirmaciones de que España pronto se uniría a Hitler en la guerra. Pero a Ribbentrop no le bastaban las promesas, y respondió al informe de Stohrer sobre la entrevista mantenida con Franco el 20 de enero con un contundente mensaje que debía transmitir de palabra al Caudillo. En él decía tajantemente: «Sin la ayuda del Führer y el Duce hoy no habría ni España nacional ni Caudillo». El ministro de Exteriores nazi desechaba la capacidad de Gran Bretaña para auxiliar a España y recalca que sólo Alemania podía suministrarle ayuda efectiva. Asegurando que la guerra estaba casi ganada, Ribbentrop declaraba con desgana: «El cierre del Mediterráneo tras la conquista de Gibraltar contribuiría a una pronta conclusión de la guerra y abriría a España el camino a África con todas sus posibilidades. Sin embargo, para el Eje esta acción sería de valor estratégico sólo si podía llevarse a cabo en las próximas semanas. De otro modo sería definitivamente demasiado tarde a causa de otras operaciones militares». Tras condenar «la equívoca y vacilante actitud» de España, Ribbentrop finalizó con un ultimátum: «A menos que el Caudillo decida de inmediato participar en la guerra junto a las potencias del Eje, el gobierno del Reich no puede sino vaticinar el fin de la España nacional». Stohrer solicitó una cita con Franco mientras intentaba en vano persuadir a Ribbentrop para que atenuase el tono amenazador del mensaje.⁶⁶

Este mensaje se transmitió el jueves 23 de enero de 1940. Franco «afirmó acaloradamente que nunca había vacilado y que estaba incondicionalmente del lado del Eje, por gratitud y por su condición de hombre de honor. Nunca había perdido de vista la entrada en la guerra». Pronunció también una extensa y en apariencia sincera justificación del aplazamiento como consecuencia de los problemas económicos de España y, profundamente afectado por la acusación de Ribbentrop, insistió en que no se había desviado «ni un milímetro de su rumbo germanófilo», ni había hecho ninguna concesión política a los aliados occidentales. Stohrer intentó con dificultad reconducir la conversación hacia el tema central y por fin se las arregló para decir que, siempre en función del consabido compromiso de entrar en guerra en la fecha que fijara Alemania, el material estaba preparado para su envío por adelantado. Franco dijo que había pedido a su «Consejo de Defensa» que estudiara la cuestión. Serrano Súñer insistió en que Alemania debía responsabilizarse de que España aún no estuviera preparada para luchar por no haberle enviado ayuda. Desesperado con sus «múltiples digresiones en detalles y nimiedades», a Stohrer el Caudillo le pareció indeciso frente al aparentemente más decidido Serrano Súñer, pero cuando insistió en una pronta decisión, Franco accedió.⁶⁷

Ribbentrop respondió a las explicaciones de Stohrer sobre la reunión del 23 de enero de 1941 instruyendo al embajador para que leyera a Franco un mensaje aún más duro que el anterior. Dado que Franco al parecer no estuvo localizable hasta el lunes 27 de enero, el mensaje se entregó a Serrano Súñer. Decía así: «Sólo la entrada inmediata de España en la guerra posee valor estratégico para el Eje y sólo con una rápida entrada puede aún el general Franco prestar a cambio un útil servicio al Eje». Ribbentrop insistió en que España confiara al Eje la determinación de la fecha de su beligerancia y exigió una «respuesta definitiva y clara».⁶⁸

El 25 de enero Serrano Súñer entregó a Stohrer la respuesta oficial española. Su texto, que dejaba entrever la mano de Franco en numerosos detalles, adoptaba un tono conciliador, asegurando que Alemania se equivocaba si creía que la política de España había

cambiado. Las negociaciones españolas con Gran Bretaña y Estados Unidos se presentaban como fruto de la necesidad y un medio para facilitar los planes de guerra de España. Parte de dicha necesidad era consecuencia de la lentitud con la que Alemania examinaba las dificultades económicas de España. La nota continuaba diciendo: «la fecha de nuestra entrada en la guerra está condicionada por requisitos muy inequívocos y concretos, que no son torpes pretextos para retrasar la entrada en la guerra hasta el momento en que puedan recogerse los frutos de una victoria lograda por otros... España desea contribuir materialmente a la victoria, entrar en la guerra y salir de ella con honores».⁶⁹

El lunes 27 de enero de 1941, cuando por fin consiguió ver al Caudillo, en presencia de Serrano Súñer, Stohrer dijo que el mensaje era «absolutamente insatisfactorio» pues no hacía referencia a una posible fecha para entrar en guerra. Franco respondió con una desmesurada descripción de la magnitud de las dificultades económicas de España. Según Stohrer, «el único punto reseñable de aquel recitado fue que el Generalísimo subrayara con más fuerza que hasta la fecha que España entraría sin duda en la guerra». También solicitó el envío de economistas alemanes para que se pronunciaran sobre las necesidades de España, y de un experto militar, quizá el mariscal Keitel, para que hicieran otro tanto. Stohrer estaba convencido de que la poca fe alemana en sus afirmaciones había herido auténticamente a Franco.⁷⁰ Ese mismo día, Serrano Súñer hizo idénticos comentarios al embajador italiano.⁷¹

Tanto el embajador alemán como el italiano habían visto lo suficiente de la mala situación de España para ser enormemente comprensivos con la delicada posición de Serrano Súñer y Franco. Sin embargo, Ribbentrop estaba furioso por la actitud comprensiva de Stohrer y le acusó de permitir que Franco le distrajera de su propósito, exigiendo a Stohrer que precisaran sin ambages si Franco había rechazado la petición de Alemania para que España entrase de inmediato en la guerra.⁷² Stohrer respondió que el que la actitud de Franco implicara una «negativa clara y definitiva» a la petición de Alemania dependía de cuál fuera la fecha última prevista por el Reich para la entrada de España.⁷³ Resulta irónico que justo cuando el Eje desesperaba de que Franco entrara en la guerra, preocupara cada vez más a los aliados que la crisis alimentaria le obligara a hacerlo. Apenas diez días después de la «exigencia final» de Ribbentrop, Weddell expresó el temor de que, sin la ayuda humanitaria aliada, «presionada por el hambre, España se comprometa en una descabellada aventura africana con la esperanza de obtener alimentos en el Marruecos francés y al mismo tiempo satisfacer sus ambiciones territoriales».⁷⁴

El 5 de febrero de 1941, Hitler escribió a Mussolini lamentándose de la pérdida de una gran oportunidad para sellar el extremo occidental del Mediterráneo debido a la falta de decisión de Franco. Ante las excusas del Caudillo, que significaban la demora de la beligerancia española hasta el otoño o el invierno, el Führer volvió a pedir al Duce que intentara convencer a Franco para que cambiara de opinión.⁷⁵ De hecho, deteriorándose día a día la situación económica española, existían pocas posibilidades de que eso ocurriera. Los cónsules alemanes informaban de que no había nada de pan en parte del país y que se daban casos de robos en las carreteras y de bandolerismo. El embajador hablaba de disensiones en los cuarteles y del malestar político creado por «la detención de uno a dos millones de rojos, que están mal alimentados y cuyas familias se mueren de hambre». El Caudillo recibía informes similares de la Dirección General de Seguridad pero, según Serrano Súñer, era indiferente a los sentimientos de la población. Los militares estaban intensificando su presión sobre Franco para que prescindiera de Serrano Súñer, perspectiva que complacía a Stohrer pues creía que las divisiones internas del gabinete motivaban la indecisión de Franco impidiendo con ello la entrada española en la guerra.⁷⁶

El propio Hitler hizo un nuevo esfuerzo en una carta a Franco con fecha del 6 de febrero de 1941. Después de reiterar las razones por las que España debía unir sus fuerzas a Alemania e Italia, el Führer refutaba cortésmente las excusas que Franco alegaba para el retraso. La carta no contenía amenazas, sino más bien una invitación general a incorporarse a una guerra ideológica y una oferta de suministros sólo después de que España hubiera declarado la guerra. A este respecto, comentó de un modo que difícilmente podía tentar a Franco: «Estamos librando una batalla a vida o muerte, y por el momento no podemos ofrecer regalos». El Führer también comparaba las «muy grandes pretensiones territoriales» de España en África con las «muy modestas» hechas por Alemania e Italia a pesar del «ingente sacrificio de sangre». Era como si Hitler ya hubiera decidido que el Caudillo era una causa perdida. Cuando Franco recibió la carta el 8 de febrero, le dijo a Stohrer que estaba de acuerdo con todo lo que el Führer había dicho y se comprometió a responderle a su regreso de una rápida visita a Italia. Esa misma mañana, Franco oyó las noticias sobre la derrota definitiva del ejército del mariscal Graziani en Bengasi a manos de los británicos.⁷⁷

Mientras tanto, el 7 de febrero de 1941 Stohrer finalmente recibió un memorando del Estado Mayor español sobre las necesidades que debía cubrir la ayuda alemana para remediar la deficiente situación militar de España. Los requisitos generales para el país en general incluían tabacos, gasolina, un millón de toneladas de cereales, algodón, caucho, yute y otras materias primas. El ejército solicitaba 3.750 toneladas de cobre, equipos de radio, teléfono y telégrafo, productos farmacéuticos y médicos, 90 baterías de cuatro cañones, 400 cañones antiaéreos, 8.000 camiones y una cantidad considerable de tractores. La aviación pedía materiales y recambios de Heinkel HE-111 y Messerschmitt Bf-109 para equipar tres escuadrones de hidroaviones, y la Marina, torpedos, minas, ametralladoras, cargas de profundidad y equipo óptico y técnico en grandes cantidades. Para las necesidades de transporte del país se enumeraban 180 locomotoras y 16.000 vagones de tren o 48.000 camiones. Aparte de las necesidades militares, se pedían de 13.000 a 15.000 camiones más. Cuando se examinó la lista en Berlín, el director del Departamento de Política Económica llegó a la conclusión de que las peticiones eran «tan obviamente irrealizables que sólo pueden considerarse expresión del esfuerzo para evitar entrar en la guerra con ese pretexto». En su opinión, la lista contenía lo necesario para dar a España pleno poder económico y militar para la guerra, algo que sólo podía hacerse a costa de un serio perjuicio para los

intereses alemanes.⁷⁸

Como Mussolini había aceptado interceder ante el Caudillo, el 12 y el 13 de febrero Ciano dispuso un encuentro entre los dos en Bordighera.⁷⁹ Franco aceptó a regañadientes la invitación y, entre expresiones de horror de los más aduladores de sus ministros porque su Caudillo viajara en un momento de tensión internacional, a la postre acudió convencido de que estaba haciendo un favor al Duce. Después de los reveses militares sufridos por Italia en los Balcanes y en el norte de África, Mussolini necesitaba un acontecimiento propagandístico y Franco consideró que Bordighera era eso.⁸⁰ Mussolini tenía una opinión muy diferente. Tres días antes de su reunión con el Caudillo escribió al rey italiano: «Considero mi viaje a Bordighera perfectamente inútil y con mucho gusto lo habría evitado. Franco no me dirá nada distinto de lo que ya le ha dicho al Führer».⁸¹ Para el momento en que Franco se reunió con Mussolini, la opinión pública española se oponía firmemente a cualquier intervención en la guerra. La derrota italiana en la Cirenaica a manos de una fuerza británica mucho menor y el bombardeo naval británico de Génova del 8 de febrero causaron en España cierta maliciosa euforia antiitaliana que influyó incluso en el Caudillo.⁸²

La tarde del 10 de febrero, Franco y Serrano Súñer partieron hacia Bordighera en un convoy de diecisiete coches.⁸³ Cuando se reunieron dos días más tarde, el funcionario superior de la delegación italiana, Luca Pietromarchi, Franco le pareció «parlanchín, desordenado en la exposición, perdiéndose en detalles de pequeña importancia y abandonándose a largas digresiones sobre materias militares», en contraste con la claridad de Serrano Súñer.⁸⁴ El Caudillo habló a Mussolini, deprimido y muy avejentado, de su fe en la victoria del Eje y admitió con franqueza: «España desea entrar en la guerra; su temor es entrar demasiado tarde», haciendo responsable del retraso a que Alemania no hubiera enviado suministros y a la propensión que Hitler ya había mostrado en Hendaya a cortejar a Vichy a expensas de sus ambiciones imperiales. Mussolini preguntó a Franco si declararía la guerra si recibía los pertrechos necesarios y le hicieran promesas vinculantes sobre sus ambiciones coloniales. Franco respondió que la falta de preparación militar de España y la situación de hambre significaba que pasarían varios meses antes de que pudiera incorporarse a la guerra, pero subrayó que «la entrada española en la guerra dependía de Alemania más que de España; cuanto antes enviara Alemania la ayuda, más pronto podría España hacer su contribución a la causa mundial fascista».⁸⁵

Mussolini era partidario de no seguir tratando de convencer a Franco para que se uniera al esfuerzo bélico del Eje a corto plazo. A sus propios colaboradores les dijo: «¿Cómo puedes empujar a una nación a la guerra con reservas de pan para un día?». Por tanto, comunicó a los alemanes que la mejor política con respecto al vacilante Caudillo sería simplemente tratar de mantenerlo dentro de la esfera política del Eje.⁸⁶ La reunión de cinco horas en Bordighera estuvo rodeada de secreto y la prensa española se limitó a aplaudir la consolidación de la fraternidad italoespañola.⁸⁷ Aún fascinado por su encuentro con el Duce, Franco declaró que era «la mayor figura política del mundo. Mientras que Hitler es un místico, un adivino, muy próximo a la mentalidad eslava, Mussolini es, por el contrario, humano, claro de ideas, nunca distante de la realidad, en una palabra “un verdadero genio latino”».⁸⁸ El Duce informó a Hitler de los deseos de Franco al mismo tiempo en que el departamento de Planificación Económica alemán informaba de que no se podían satisfacer las exigencias españolas sin poner en peligro la capacidad militar del Reich. Ribbentrop creyó que el encuentro de Bordighera significaba la negativa definitiva de Franco a unirse al esfuerzo bélico y por tanto dio instrucciones a Stohrer para que cesara en su intento de conseguir la beligerancia española.⁸⁹ Cuando al fin Hitler se planteó brevemente la posibilidad de forzar la beligerancia española, ya había comprometido su maquinaria bélica en rescatar a Italia de su desastrosa actuación en los Balcanes.⁹⁰

De regreso a España desde Bordighera, Franco y Serrano Súñer tuvieron una reunión infructuosa con Pétain y su nuevo jefe de Gobierno, el almirante François Darlan en Montpellier.^{*} Dada la determinación de Franco de apropiarse de todo lo que pudiera de las posesiones francesas del norte de África, había pocas bases para llegar a un acuerdo con Pétain. Los franceses recibieron a Franco con gran pompa y solemnidad y una generosa muestra de espléndidos vinos, todo lo cual reflejaba su esperanza de enterarse si la reunión de Bordighera ponía en peligro sus territorios norteafricanos. Por su parte, Franco y Serrano Súñer se cuidaron exquisitamente de no revelar nada sobre las conversaciones de Bordighera.⁹¹ Después de una cena oficial, Franco y Pétain se retiraron para una charla en privado. Algo más tarde, ambos aparecieron en el balcón de la prefectura de Montpellier, Franco saludando con el brazo en alto al estilo fascista y Pétain limitándose al saludo militar. Según José Antonio Girón de Velasco, que formaba parte de la delegación española, cuando Franco estaba cruzando la plaza mayor de la ciudad se detuvo de repente y, ante la absoluta estupefacción de Pétain, se puso a cantar. Con el brazo alzado en el saludo fascista cantó el himno falangista, el *Cara al Sol*. Si ello fuera cierto —y Franco no era dado a espontaneidades— se habría interpretado como un acto de arrogante vulgaridad y como un intento más por su parte de intimidar a Pétain para que cediera parte de su imperio norteafricano. Serrano Súñer afirmó que ambos habían hablado sobre «la conveniencia de no irritar a los alemanes». El jefe de gabinete de Pétain, Henri Du Moulin de Labarthète, relató que el mariscal le había dicho: «Quería que le apoyara ante Hitler para evitar el paso de tropas alemanas a través de España. Una petición que no deja de ser curiosa y algo a lo que por decencia no me podía comprometer. Pero es una pena. Convendría a nuestros intereses». Cuando le preguntaron si Franco había cambiado desde la última vez que lo había visto, Pétain respondió: «No, sigue siendo el mismo, tan orondo, tan pretencioso».⁹² (*Non, toujours le meme: aussi gonflé, aussi prétentieux.*)

El Caudillo sabía que la preferencia de Hitler por Vichy había acabado con sus propias ambiciones en el encuentro de Hendaya. Dado su irreductible deseo de controlar el Marruecos francés, es probable que si Franco pidió a Pétain ayuda contra los alemanes lo hiciera con vistas a calmar las sospechas de Vichy.⁹³ Franco practicaba un juego complejo con los franceses. Se había percatado de que no tendría posibilidad de conseguir el Marruecos francés de manos de los alemanes sin pagar un alto precio. En consecuencia, intentó otra vez

intimidar a los franceses para que hicieran concesiones haciendo alarde de su fuerza militar. Durante 1941 y 1942, las virulentas campañas de prensa y las pintadas falangistas en favor de los derechos de España en el norte de África francés estuvieron acompañadas por presiones sobre el embajador Piétri, que, por insistencia del general Noguès, fueron desoídas.⁹⁴

El 26 de febrero Franco respondió por fin a la carta de Hitler de hacía tres semanas. Con la caída de Yugoslavia y Grecia ante el general Rundstedt y con Rommel reforzando las fuerzas del Eje en el norte de África, Franco se sintió con ánimo para reiniciar sus peticiones, pero su precio se había elevado. Además del recién presentado informe sobre la ayuda material requerida de Alemania, Franco volvió a sus máximas exigencias territoriales y también dejó bien claro que la entrada de España en la guerra requería ahora el cierre previo del canal de Suez por parte de las fuerzas del Eje, una apreciación estratégica compartida de hecho por el almirante Raeder y el Estado Mayor naval de Hitler.⁹⁵ En realidad, la carta revela verdadero entusiasmo por la causa del Eje y auténtica preocupación porque España obtuviera algún provecho territorial de los éxitos de Hitler, por el cual, según la opinión del Caudillo, España había pagado por adelantado durante la Guerra Civil. La carta contenía un punto de reproche porque los suministros alemanes no se hubieran materializado mientras la gente se moría de hambre en España.⁹⁶

Antes incluso de recibir la carta, el 28 de febrero de 1941, Hitler escribió a Mussolini: «La esencia de los largos discursos y explicaciones escritas de los españoles es que España no quiere entrar en guerra y no lo hará. Es muy lamentable, pues elimina, por el momento, la posibilidad más simple, la de atacar a Inglaterra en sus posiciones mediterráneas». ⁹⁷ La carta implicaba una subida espectacular del precio de la beligerancia española y Hitler la describió a Ciano como «una renuncia a los acuerdos de Hendaya». ⁹⁸ Es curioso que Hitler aceptara el rechazo de Franco con tanta calma. * Churchill especuló que «Hitler estaba escandalizado, pero, dedicado ahora a la invasión de Rusia, quizá no le gustara la idea de intentar al mismo tiempo la otra empresa fracasada de Napoleón, la invasión de España». ⁹⁹

Franco actuaba confiando en que Hitler no invadiría España. A pesar de las posteriores fabulaciones sobre las amenazas alemanas, no hay pruebas de que en esa época Franco, obstinado y pagado de sí mismo, temiera que sus sinceras excusas pudieran inducir a su amigo Hitler, que tanto le debía, a considerar la invasión de España. Retrospectivamente, para Churchill «el exasperante retraso y las exorbitantes exigencias de Franco» fueron artimañas, «sutilezas y argucias» mediante las cuales mantuvo a España fuera de la guerra. ¹⁰⁰ En sus escritos de finales de los años cuarenta, Churchill tenía mejor opinión del Franco anticomunista que la que había tenido en 1941. Sin duda olvidaba el importantísimo papel desempeñado por el control británico sobre los suministros de alimentos y combustible para forzar la voluntad de Franco. En cualquier caso, a principios de 1941, a Hitler le urgía menos que antes conquistar Gibraltar. La aviación alemana, operando desde Libia, consiguió infligir serias bajas entre los buques británicos que cruzaban el estrecho de Mesina. El valor de Gibraltar había descendido considerablemente y se empleaba la larga ruta alrededor del cabo de Buena Esperanza para abastecer Egipto y la India. ¹⁰¹

Si la actitud de Franco hacia Hitler había cambiado, no se trataba de una conversión ideológica. No estaba conteniendo hábilmente a un enemigo. Su admiración por el Tercer Reich permanecía incólume, pero tenía que enfrentarse a dos hechos: si la guerra se prolongaba, la situación económica y militar de España no podría sostener un esfuerzo bélico largo y la parva recompensa ofrecida por Hitler no merecía correr los posibles riesgos. No obstante, el entusiasmo de Franco por la causa del Eje nunca se extinguió por completo y aún afloraría peligrosamente de vez en cuando.

Una nueva cruzada, febrero de 1941-enero de 1942

Franco continuaba creyendo confiadamente que seguía siendo un valioso amigo del Tercer Reich a pesar de las dificultades económicas que le impedían entrar en guerra, pero Berlín no compartía su ilusión. Goebbels escribió con encono en su diario que «Franco no es más que un sargento de brigada venido a más».¹ El distinto tono de las relaciones hispanoalemanas quedó marcado a finales de febrero por la insistencia alemana en el pago de las deudas de la Guerra Civil, que ascendían a trescientos setenta y dos millones de *Reichsmarks*.² En primavera, Hitler le dijo a Goebbels que, si hubieran tomado Gibraltar, Alemania controlaría Suez y Oriente Medio, y Gran Bretaña estaría acabada. El comentario reflejaba la irritación de Hitler ante la distancia que separaba la engreída convicción de Franco de su importancia para el Eje y su negativa a hacer la única cosa que se le pedía.³

La impotente frustración de Hitler ^{*} no sugiere que estuviera en situación de pensar en amenazas. En el transcurso de la primavera de 1941, los alemanes llegaron al convencimiento de que Gran Bretaña intentaría un desembarco en España. El 28 de abril, Hitler habló al general Espinosa de los Monteros, el embajador español, sobre sus temores al respecto. ⁴ El Alto Mando alemán incluso trazó planes de contingencia, con el nombre clave de operación *Isabella*, para ocupar España con el fin de repeler el asalto británico y atacar Gibraltar. ⁵ Después de la guerra, los propagandistas de Franco dieron mucha importancia a dichos planes para apoyar la imagen retrospectiva de su resistencia a la presión alemana, pero estos planes no estaban dirigidos contra Franco.

Los aliados no dudaban de cuáles eran las simpatías de Franco. En un esfuerzo por intensificar la presión para que Franco permaneciera neutral, el enviado especial de Roosevelt, el coronel William (*Wild Bill*) J. Donovan, visitó Madrid a finales de febrero. Sus esfuerzos para entrevistarse con el Caudillo fueron frustrados por Serrano Súñer con la connivencia de Franco.⁶ Sin embargo, cuando este último recibió a Donovan el 28 de febrero le dijo: «Tenemos esperanza y creemos en la victoria de Alemania en el presente conflicto»; pero declaró que España se quedaría al margen a menos que estuvieran en juego su «honor, sus intereses o su dignidad». ⁷ El 17 de marzo de 1941, España devolvió solemnemente al Tercer Reich el edificio del consulado alemán en Tánger. Siendo la única parte pendiente del tratado de Versalles no revocada hasta entonces, el gesto fue acogido con enorme satisfacción en Berlín y, en sentido más práctico, los alemanes rápidamente hicieron de su consulado en Tánger una importante base de espionaje y propaganda en el norte de África.⁸

La intensificación del fervor de Serrano Súñer por el Eje era reflejo de las crecientes tensiones internas entre el ejército y la Falange. Los generales de más antigüedad, con Kindelán al frente, estaban decididos a derrocar al *cuñadísimo*. Su convencimiento a mediados de febrero de que estaban a punto de lograrlo probablemente explique el recrudecimiento de la hostilidad de Serrano Súñer hacia Portugal. ⁹ En la segunda mitad de febrero se había rumoreado en Madrid que Franco proyectaba reunirse con Salazar. Serrano Súñer dijo al embajador italiano que el propósito era crear una cortina de humo para evitar que los británicos descubrieran lo que se había acordado en Bordighera, y se expresó en términos vehementes sobre la cobardía de los portugueses en general y de Salazar en particular. ¹⁰ El 26 de febrero, *Arriba* publicó un virulento ataque contra Portugal, que el embajador Pereira creyó obra de Serrano Súñer. La prensa portuguesa quedó prohibida en España. Salazar llegó a la conclusión de que Serrano Súñer estaba haciendo labor de agitación dentro de Falange para conseguir que el Eje apoyara su posición en el interior. ¹¹ Acaso estuviera en lo cierto, pero eso no implicaba la existencia de ninguna divergencia entre Franco y su cuñado en asuntos políticos. Nicolás Franco aseguró a Pereira que su hermano «conoce y aprueba todo lo que hace su ministro de Asuntos Exteriores. Es ocioso pensar que le oculta algo o procede sin su respaldo». ¹²

Serrano Súñer le dijo a Stohrer que deseaba retrasar la entrevista de Franco con Salazar por si acaso éste le disuadía de entrar en la guerra. ¹³ Los portugueses eran conscientes de la propaganda falangista dirigida contra ellos, pero tal vez no lo fueran de los imperialistas designios que Serrano Súñer, Franco y otros militares españoles abrigaban sobre Portugal. ¹⁴ La embajada alemana en Madrid informó de que algunos oficiales españoles hablaban cuánto podía mejorar la suerte del Eje «cuando nuestra frontera occidental llegue hasta el Atlántico» o «cuando los escuadrones alemanes puedan volar desde las bases portuguesas que estarán en manos españolas». La idea de anexionarse a su vecino fue siempre uno de los sueños imperiales de Franco. En mayo de 1941, uno de los ayudantes de campo del Generalísimo, el comandante Navarro, le dijo al agregado de aviación alemán, coronel Kramer, que una guerra contra Portugal sería una distracción útil para las tensiones políticas internas de España. El general Aranda también aseguró a Kramer y a Stohrer que tenía órdenes de elaborar planes preliminares para un ataque a Portugal. ¹⁵

El 7 de abril de 1941, con el beneplácito amistoso de Washington, Gran Bretaña concedió a España un crédito de dos millones y medio de libras esterlinas. ¹⁶ Sin embargo, los éxitos alemanes en la primavera de 1941 borraron el impacto del gesto. El 19 de abril, Alexander Weddell mantuvo una dura entrevista con Serrano Súñer cuya importancia fue deliberadamente exagerada en conflicto serio, con la consecuencia de que le fue sistemáticamente vedado el acceso a Franco durante los siguientes cinco meses. La congelación a todos los efectos de las relaciones con Estados Unidos convenía al Caudillo mientras la guerra aún se inclinaba del lado del Eje, pues le permitía hacer caso omiso de la presión americana para que mantuviera una estricta neutralidad. ¹⁷

Cuando tuvo lugar la tensa entrevista de Weddell y Serrano Súñer, el ministro de Exteriores venía de ver a Franco «y parecía consternado e irritable». Las fricciones entre el Caudillo y su cuñado, que en mayo de 1941 desembocarían en una importante crisis política, estaban llegando a un punto crítico. Corrían rumores de que el ejército estaba planeando un golpe contra Franco para eliminar a Serrano Súñer.¹⁸ El embajador Weddell se quejó de que los censores alemanes intervenían el correo español y de que la prensa controlada parecía estar preparando a la población para el acceso de España al pacto tripartito italo-germano-japonés. También hizo saber a Serrano Súñer que su ferviente discurso a favor del Eje en la reciente Exposición de Prensa Alemana no había pasado inadvertido.^{*} Weddell sugirió asimismo que algunos de los últimos textos antiamericanos parecían traducidos de un idioma extranjero, tal vez el alemán, y que Hans Lazar, el agregado de prensa nazi, enviaba a los periódicos esta clase de artículos ya confeccionados.¹⁹

La irritabilidad que Weddell observó en Serrano Súñer traslucía el hecho de que la hostilidad de los generales de máxima antigüedad volvía a alcanzar un punto febril. El embajador portugués describió a Serrano Súñer como «el hombre más odiado de España». Pereira creía que incluso la posición de Franco era desesperada, según él porque «todos los generales que lucharon en la guerra dicen abiertamente que ha fracasado y que carece de las cualidades necesarias para ser jefe de Estado».²⁰

Franco, por su parte, no se molestaba en informar al Consejo de Ministros de sus ideas sobre política exterior y no había permitido que se debatiera ni el encuentro de Hendaya ni el de Bordighera.²¹ Aranda, anglófilo hasta la médula, llegó incluso al extremo de pedir ayuda a la embajada alemana en la lucha de poder contra el ministro de Exteriores, intentando ganarse el favor de Berlín e insinuando que el Alto Mando deseaba ahora que la entrada de España en la guerra fuera a principios de julio.²² Las intervenciones de sus colegas más veteranos hicieron cierta mella en el Caudillo y sin duda se reflejaron en su reunión con Serrano Súñer que había precedido al último encuentro con Weddell.

Las victorias alemanas en el norte de África, Yugoslavia y Grecia convencieron a Franco de que su esencial fe en la victoria del Eje no era un error. Esto se vislumbra en un discurso que pronunció el 17 de abril de 1941 en la apertura de la Escuela Superior del Ejército. En un tono particularmente belicoso, declaró que la paz era una mera preparación para la guerra y que ésta era la condición normal de la humanidad.²³ Goebbels comentó con inquina en su diario: «Entonces que cree las condiciones normales y luche a nuestro lado. Es un bocazas totalmente engreído».²⁴ La reacción de Goebbels era una respuesta comprensible a la satisfecha convicción de Franco de que era un valorado y valioso amigo del Tercer Reich. Nada indica que Franco estuviera engañando hábilmente a los alemanes.

No obstante, durante la primavera de 1941, mientras se libraba la batalla del Atlántico, la posibilidad de una invasión alemana de la península Ibérica empezó a preocupar a Churchill. Su inquietud no se centraba sólo en los problemas que se derivarían de que las fuerzas navales y aéreas alemanas pudieran operar desde las costas españolas y portuguesas. Estaba igualmente preocupado por los potenciales efectos negativos que podían producirse si con ello los alemanes conseguían acceso a las islas de Cabo Verde, Canarias y Azores. El 24 de abril escribió a Roosevelt sobre sus temores de que España y Portugal tuvieran poca capacidad de resistencia ante las presiones alemanas. Para responder a cualquier acción alemana contra Gibraltar, Churchill tenía planes para tomar una de las islas Azores y otra de las de Cabo Verde.²⁵ Convencido de que se estaba intensificando la presión alemana para que España se uniera al esfuerzo bélico del Eje, también Weddell tenía interés en ofrecer a Franco ciertas garantías de que la ayuda económica llegaría pronto siempre que no adoptara una actitud hostil hacia los aliados.

De hecho, la principal evidencia de dicha presión alemana sobre Franco procedía de comentarios hechos a diplomáticos británicos y norteamericanos por el propio Caudillo y sus subordinados más directos como recurso para conseguir más ayuda de los aliados occidentales. Como parte de esta desvergonzada maniobra, Franco evitó, como era característico en él, el contacto con el embajador americano. En cualquier caso, estaba preocupado por resolver la creciente crisis política relacionada con Serrano Súñer. Además, en vista de los éxitos del Eje, el Caudillo era reacio a comprometerse demasiado con Estados Unidos. Por tanto, durante la primavera Franco no concedió ninguna audiencia.²⁶

En abril de 1941, los informes de la *Auslandorganisation* y la embajada alemana en Madrid subrayaron tanto el deterioro constante de la situación económica española como la extendida insatisfacción con el gobierno de Franco. El 22 de abril, Stohrer atribuyó el desastre económico en parte a las políticas desatinadas que practicaban los ministros de Comercio y Hacienda de Franco y también a la mala administración y corrupción de la Falange, de lo cual se hacía responsable a Serrano Súñer.

En opinión de Stohrer, Serrano Súñer era el ministro con mayor capacidad de decisión pero estaba constreñido por las maquinaciones de sus enemigos del gabinete y por la renuencia de Franco a darle carta blanca. Se decía que Franco estaba aislado e indeciso, absorbido por menudencias y tomando decisiones concretas que a menudo contradecían sus políticas generales.

Sobre ese aislamiento, Stohrer hizo un comentario que repetirían los observadores del Caudillo durante los siguientes treinta y cuatro años: «Crecen las críticas porque Franco ve cada vez a menos gente y no permite que le aconsejen ni siquiera sus viejos amigos». Más concretamente, Stohrer predijo la grave crisis que estaba a punto de ocurrir, comentando que la indecisión de Franco había provocado ciertos roces con Serrano Súñer; sin embargo, para indignación de los generales, dudaba en cesarlo porque confiaba en su «mente aguda».^{*} Stohrer también indicó a Berlín que la población creía que el hambre era consecuencia de la exportación española de alimentos a Alemania.^{*} No obstante, seguía convencido de que tanto los militares como Serrano Súñer estaban deseosos de que España entrase en la guerra. Es más probable que el entusiasmo por la beligerancia que algunos generales demostraban ante el embajador fuera una mera estratagema para

conseguir el apoyo alemán en la lucha de poder contra el *cuñadísimo*.²⁷ Lo mismo puede decirse de la postura de Serrano Súñer. Ése era el punto de vista del amargado Beigbeder.²⁸ Y también de Goebbels, que consideraba a Serrano Súñer «la verdadera pega». ²⁹

La importancia superlativa que Franco concedía a no provocar la oposición abierta de sus generales era la causa de sus esfuerzos por satisfacer algunas de sus exigencias en la lucha por el poder que estalló en mayo de 1941, de escala menor pero de decisiva importancia. Empezó a finales de abril cuando Vigón informó a Franco de que si no se recortaba el poder de Serrano Súñer los ministros militares dimitirían en bloque.³⁰ El resultado de la crisis fue uno de los primeros frutos indirectos de la política británica de sobornar a elementos importantes del Alto Mando Español iniciada hacía nueve meses y que supuso la distribución a través de Aranda de trece millones de dólares.³¹

La crisis se centraría en el vacante Ministerio de la Gobernación. Desde el 17 de octubre de 1940, cuando Serrano Súñer sustituyó a Beigbeder en el Ministerio de Asuntos Exteriores, el propio Franco había asumido formalmente aquella cartera, aunque en la práctica la pesada tarea cotidiana de dirigir su maquinaria había recaído en el subsecretario, José Lorente Sanz. Esto permitió a Serrano Súñer seguir teniendo una enorme influencia en muchas de las funciones de Gobernación, incluidas prensa y propaganda. Franco observaba a distancia lo que ocurría en el ministerio a través del coronel Valentín Galarza Morante, subsecretario de la Presidencia del Gobierno. Puesto que Franco concebía la autoridad política en los mismos términos que el mando militar, el subsecretario de la Presidencia equivalía a un jefe de Estado Mayor para asuntos políticos.³² Serrano Súñer también poseía una considerable autoridad dentro de la Falange, por su posición como presidente de la Junta Política y por su influencia sobre el secretario general en funciones, Pedro Gamero del Castillo. Mientras Franco creyó que Serrano Súñer estaba desinteresadamente a su servicio, no tuvo ninguna objeción a que acumulara cargos. Sin embargo, a principios de 1941 empezó a abrigar sospechas de que su cuñado podía estar edificando su propia base de poder.

En enero se publicó un libro donde se sugería que Serrano Súñer era el verdadero heredero de José Antonio Primo de Rivera.³³ Se dice también que las sospechas del Caudillo se acrecentaron por la solapada pregunta que su hija Carmen planteó en la mesa a los quince años: «¿Aquí quién manda? ¿Papá o tío Ramón?». ³⁴ El desconfiado Caudillo se puso asimismo en guardia por una operación que virtualmente crearía una prensa fascista independiente al servicio del *cuñadísimo*. Un decreto del 1 de mayo de 1941 excluía a la prensa falangista de otra censura que no fuera la ejercida por su propia Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de FET y de las JONS.³⁵ Al día siguiente, Serrano Súñer pronunció un violento discurso en Mota del Cuervo, atacando a Inglaterra y proponiendo que una Falange fuertemente unida ejerciera el monopolio del poder.³⁶ Mussolini y Ciano quedaron encantados con este discurso y su llamada a «todo el poder para el fascismo».³⁷ Entonces Serrano Súñer sugirió a Franco que se incrementara la representación falangista en el gobierno, creando un Ministerio del Trabajo para el fanático joven vallisoletano José Antonio Girón de Velasco. El 3 de mayo, Franco recibió una carta de Miguel Primo de Rivera dimitiendo de su cargo en la Falange como protesta por la debilidad de diversas organizaciones del partido.^{*} La acumulación de indicios de que Serrano Súñer pudiera estar intentando convertir la Falange en un partido plenamente nazi para sus propios propósitos, persuadió por fin a Franco de que las insinuaciones de los militares eran ciertas. Así, consintió en el nombramiento de Girón pero también tomó otras medidas para contrarrestar la escalada de poder falangista.³⁸

En el contexto de las crecientes críticas del Alto Mando contra Serrano Súñer y de las astutas insinuaciones de Vigón de que, conservando para sí el Ministerio de la Gobernación, estaba mermando su propio prestigio y permitiendo a Serrano Súñer utilizarle, Franco pasó a la acción. El 5 de mayo de 1941 nombró a Galarza ministro de la Gobernación. Dos días más tarde nombró para sustituirle en la subsecretaría de Presidencia al jefe de operaciones del Estado Mayor Naval, el capitán de navío Luis Carrero Blanco, de treinta y seis años.^{*} Su ascenso iba a ser el resultado más importante de la crisis. ^{**} No obstante, en ese momento pareció un aspecto menor en una serie de acontecimientos que constituían una batalla decisiva en la guerra que se libraba entre la Falange y el Alto Mando del ejército. La magnitud de los cambios que se avecinaban fue de gran alcance y puso de manifiesto que el Caudillo había decidido cortar las alas a Serrano Súñer.

Kindelán fue nombrado capitán general de Cataluña, y su predecesor, Orgaz, alto comisario de Marruecos. Lo que el feroz antifalangista Galarza hizo entonces no habría sido posible sin un pormenorizado acuerdo previo con Franco. Siendo así, no era de extrañar que la decisión del Caudillo de nombrar a Galarza se tomara sin el conocimiento de su cuñado. De hecho, a Serrano Súñer y a los demás miembros del gobierno no se les advirtió del nombramiento de Galarza hasta que el 5 de mayo lo vieron sentado en la mesa del Consejo de Ministros.³⁹

Las intenciones de Galarza podían deducirse de su discurso al hacerse cargo del ministerio, en el que se refirió a «ciertos defectos» en la gestión de Lorente Sanz y a la inmediata sustitución del hombre de Serrano Súñer por el abogado tradicionalista de Bilbao, Antonio Iturmendi. El nombramiento de Iturmendi era casi tan significativo como el de Carrero. Al igual que el propio Galarza, era una importante figura del campo monárquico, había sido alcalde de Bilbao durante la Guerra Civil y en años posteriores sería un decidido franquista. El demoledor envite contra Serrano Súñer fue coronado por la sustitución de su hombre de confianza José Finat, conde de Mayalde, como director general de Seguridad,⁴⁰ sustituido por el teniente coronel Gerardo Caballero Olébazar. Además, numerosos gobernadores civiles fueron cesados, incluido el de Madrid, Miguel Primo de Rivera, amigo de Serrano Súñer. Galarza también revocó el decreto que eximía a la prensa falangista de la censura.⁴¹

Un grupo de importantes falangistas, entre los que se encontraban Serrano Súñer, Dionisio Ridruejo, José Antonio Girón, José Luis Arrese, Antonio Tovar y Miguel Primo de Rivera, se reunió y decidió luchar contra este aparente triunfo del bando militar. Aunque la batalla parecía librarse entre la Falange y Galarza, en realidad era un pulso entre Franco y Serrano Súñer. Ridruejo escribió un artículo donde

ridiculizaba a Galarza titulado «Puntos sobre las íes: el hombre y el currinche».⁴² Galarza contraatacó en dos frentes. Encargó un artículo a Juan Pujol, publicado en el periódico *Madrid* el 12 de mayo, en el que se burlaba de la idea de que la Falange pudiera intervenir en política exterior y atacando de este modo a Serrano Súñer. Galarza también procedió al cese de los falangistas encargados de Prensa y Propaganda en su ministerio, incluidos Dionisio Ridruejo y Antonio Tovar. Los restantes miembros del grupo anti-Galarza decidieron dimitir de sus cargos: Girón, que acababa de ser nombrado ministro de Trabajo el 5 de mayo; Arrese de su cargo de gobernador civil de Málaga, y Serrano Súñer del suyo de ministro de Asuntos Exteriores.⁴³

Acontecimientos inmediatamente posteriores debilitaron la posición política de Serrano Súñer. Se produjeron choques entre policías y falangistas, y la hostilidad entre los militares y la Falange llegó a su punto más crítico. Hubo muertos después de una reyerta en León. Esto debilitó mucho la posición de Serrano Súñer a ojos de Franco. La prensa falangista respondió de modo poco convincente con denuncias de maquinaciones inglesas que habían urdido propaganda antimilitarista, presumiblemente en referencia al artículo de Ridruejo.⁴⁴ Se le oyó decir a un miembro de los colaboradores del *cuñadísimo*: «Tendrían que venir los alemanes y atajar esto».⁴⁵ Después de que interviniera Von Stohrer, Prensa y Propaganda se transfirió del Ministerio de la Gobernación a una nueva Vicesecretaría de Educación Popular dentro de la Falange. Franco estaba también molesto porque Galarza hubiera permitido a la prensa dispensar tanta atención a la aclamación popular de la que gozó Orgaz en su partida de Barcelona rumbo a Marruecos. Vigón afirmó que Serrano Súñer había dicho a Franco: «Aquí tienes los resultados de quitarme la prensa». El control de la prensa fue por tanto devuelto a Serrano Súñer.⁴⁶ Casi de inmediato hubo un brote de fervor pro germánico en los periódicos, lo cual reflejaba que Serrano Súñer era consciente de su necesidad de apoyo en la constante lucha por el poder.⁴⁷

Muchos de los militares monárquicos de mayor graduación estaban indignados ante lo que consideraban intolerables torpezas del círculo de Serrano Súñer. A mediados de mayo, para alarma de sus contactos británicos, Beigbeder hablaba impulsivamente de realizar un pronunciamiento en Marruecos a final de mes.⁴⁸ Con más astucia, el general Antonio Barroso sugirió a Franco que tratase por separado con Arrese, Girón y Miguel Primo de Rivera.⁴⁹ A la postre, la crisis se resolvió mediante una serie de cambios de gobierno que minaron irrevocablemente la posición de Serrano Súñer. El *cuñadísimo* había presentado su dimisión creyendo que actuaba al unísono con sus amigos de las más altas esferas de la Falange, y había citado el artículo del 12 de mayo como prueba de que Galarza estaba provocando una guerra contra él. El 13 de mayo, Franco respondió a la dimisión con una carta * tranquilizadora y amistosa en su estilo típicamente enrevesado.⁵⁰

La postura conciliadora de Franco derivaba de su temor a que, si cesaba definitivamente a Serrano Súñer, quedaría prisionero de los generales monárquicos. También es posible que influyera la relación entre Carmen y Zita Polo. Vigón creía que un Franco débil había sido manipulado por las hermanas. Es más probable que Franco actuara en función de sus propios cálculos, aunque evitar tensiones familiares pudiera haber sido un beneficio añadido.⁵¹

Lo que Serrano Súñer no descubrió hasta más tarde era que algunos de sus «amigos» se habían reunido en privado con Franco y aceptado ofertas de puestos importantes, pero lo descubrió a tiempo y retiró su dimisión. En la remodelación ministerial del 19 de mayo se nombraron dos ministros falangistas más, Miguel Primo de Rivera, como ministro de Agricultura, y José Luis de Arrese, como ministro-secretario de FET y de las JONS, mientras que Girón permaneció como ministro de Trabajo. Sólo los amigos fieles a Serrano Súñer perdieron sus puestos.^{**} En ese momento, el aumento de la representación falangista en el gabinete parecía indicar que Serrano Súñer había triunfado.⁵² Sin embargo, con mirada retrospectiva la crisis de mayo de 1941 se vería como el principio de su caída. Franco había abierto la crisis porque había descubierto que Serrano Súñer era más leal a sus propias ambiciones para la Falange que a la persona del Caudillo. En el transcurso de su resolución, el Generalísimo descubrió que la Falange se podía comprar a bajo precio.⁵³

Arrese fue uno de los primeros en beneficiarse de la susceptibilidad de Franco a los halagos. Tras abrirse camino hasta el afecto del Caudillo, Arrese se volvió más ambicioso y quiso suplantar a Serrano Súñer como mano derecha de Franco. En una ocasión dijo a Serrano Súñer que Franco sentía por él los celos de una novia fea, con lo que esperaba o bien congraciarse con Serrano o inducirle a hacer algún comentario aquiescente que pudiera hacer llegar a oídos del Caudillo. Franco sentía simpatía por Arrese por su servilismo y su utilidad en la domesticación de la Falange. Al transmitir al Generalísimo todo tipo de chismes sobre las ambiciones de Serrano Súñer, durante los siguientes dieciocho meses Arrese habría de contribuir al hundimiento del *cuñadísimo*.⁵⁴

Por eso, el ascenso de Arrese y de los demás falangistas no representaba, como muchos creyeron en aquel momento, una victoria para Serrano Súñer sino más bien la consolidación del propio poder de Franco sobre una dócil sección de la Falange. De hecho, Serrano Súñer no sólo había desafiado al Caudillo, sino que con el fracaso de su amenaza de dimisión generalizada también había revelado sin querer que no controlaba la Falange. Todo ese asunto enseñó a Franco que era fácil hacerse él mismo con ese control explotando simplemente las ambiciones de algunas de sus máximas autoridades.⁵⁵ En ese hecho, junto con la promoción de Carrero Blanco al cargo de subsecretario a la Presidencia del Gobierno, radicaba la verdadera significación de la crisis. A partir de entonces, Franco sería más receptivo a las críticas dirigidas contra su cuñado y tanto Carrero como Arrese estaban más que dispuestos a suministrarlas.*

Carrero Blanco sería fiel hasta la abnegación, aunque también una fuente de útiles consejos. Su atractivo para Franco consistía en que no poseía mayor ambición que la de servirle, y en que sus ideas básicas y la obsesión por los peligros que representaban la masonería, el comunismo y los judíos se hallaban mucho más próximas a las convicciones tácitas de Franco que las de Serrano Súñer. Como encargado

de la agenda de las reuniones del gabinete y principal canal de la información que Franco recibía, la influencia de Carrero fue inmensa y tendió a confirmar los prejuicios del Caudillo ya existentes.⁵⁶ Por el contrario, la debilidad fundamental de la posición de Serrano Súñer derivaba del hecho de que su inteligencia y su radicalismo político podían interpretarse como una ambición peligrosa. Ahora contaba con tres enemigos influyentes e implacables que trabajaban contra él: Varela y los militares, Arrese y los llamados francofalangistas y Carrero Blanco.⁵⁷ La crisis empeoró su salud y provocó un recrudecimiento de su dolorosa úlcera gástrica.⁵⁸

Con el declive de su estrella política, Serrano Súñer dio la impresión de estar auténticamente deseoso de ver a España entrar en guerra, pero Ribbentrop no otorgaba prácticamente ningún valor a su belicosidad.⁵⁹ Tanto él como Franco estaban completamente convencidos de que la rendición británica era inminente. A la vista de los éxitos del Eje, el Caudillo era reacio a comprometerse demasiado con Estados Unidos y por eso seguía sin conceder audiencias. Serrano Súñer también canceló tres citas consecutivas con sir Samuel Hoare, quien dijo a Weddell: «Serrano Súñer está haciendo lo posible para provocarnos». Weddell estaba convencido de que, tras la evacuación británica de Creta durante la última semana de mayo, Franco creía que el canal de Suez pronto estaría en poder del Eje.⁶⁰ Según Beigbeder, Franco esperaba que la guerra acabara antes de que se produjera ninguna intervención alemana en España, lo que le permitiría declarar su beligerancia precisamente cuando comenzaran las negociaciones de armisticio.⁶¹ Tras sus desaires a Weddell, se hizo saber de manera inequívoca a Serrano Súñer y el Caudillo que las solicitudes de ayuda económica y alimentaria a Estados Unidos tenían pocas posibilidades de éxito.⁶²

Las razones que pretextaba Franco para negarse a ver al embajador británico y al estadounidense obedecían a un cálculo. Su mensajero para estos cometidos era el afablemente cínico Demetrio Carceller, ministro de Industria y Comercio, encargado de las negociaciones económicas con Gran Bretaña y Estados Unidos, a quien Franco utilizó cada vez más para apaciguar a los aliados mientras reservaba a Serrano Súñer para los tratos con el Eje. Carceller ofreció a Hoare dos razones, ambas muy dudosas. La primera era que Franco no deseaba intervenir en una mera disputa personal entre su cuñado y Weddell. La segunda, que no deseaba que sus amigos del Eje creyeran que se acercaba demasiado a los aliados, cuando acababa de resistirse a las grandes presiones de Mussolini para que se uniera al Pacto Tripartito.⁶³ Esto era, de hecho, una mayúscula falta a la verdad considerando la actitud del Duce en Bordighera y la posterior correspondencia entre Ciano y Serrano Súñer, otro ejemplo de que Franco exageraba las presiones del Eje para engañar a los aliados y obtener, con ello, suministros.

El planteamiento italiano era en realidad más contemporizador que el alemán, aunque no más eficaz. El 11 de junio de 1941 Serrano Súñer informó formalmente al embajador alemán de que Ciano le había escrito a raíz de las prolongadas conversaciones del 2 de junio entre el Führer y el Duce en el Brennero, sugiriendo que España se sumara oficialmente al Pacto Tripartito. Como era característico en él, Franco había indicado a Serrano Súñer que respondiera con una enumeración de las ventajas e inconvenientes de hacerlo. Aunque, como también era característico, la respuesta no extraía conclusiones, era obvio que la posibilidad de acelerar la entrada de Estados Unidos en la guerra y la pérdida de los cargamentos de cereales y petróleo que en aquel momento se hallaban rumbo a España significaban que la adhesión española al pacto en esa ocasión no beneficiaría ni al Eje ni a España. El 15 de junio, Ciano mostró las cartas a Ribbentrop en Venecia. El ministro alemán comentó con resignación que los razonamientos del ministro español de Exteriores no habían cambiado en seis meses y que se debía dar libertad de acción a los españoles.⁶⁴

Limitado por sus dificultades económicas, la creencia de Franco en la victoria definitiva del Eje renació con fuerza con la invasión nazi de la Unión Soviética el domingo 22 de junio de 1941. Resulta irónico que el día antes de la invasión, en una larga carta a Mussolini, Hitler comentase: «España está vacilante y, me temo, que tomará partido sólo cuando el resultado de la guerra esté decidido».⁶⁵ Al ser oficialmente informado del ataque alemán a Rusia, Serrano Súñer expresó gran entusiasmo e informó a Stohrer de que Franco y él deseaban enviar unidades de voluntarios falangistas a combatir, * «independientemente de la entrada plena y total de España en la guerra del lado del Eje, lo cual ocurriría en el momento adecuado».⁶⁶

La prensa oficiosa lo celebró, siguiendo instrucciones concretas de Serrano Súñer. El 24 de junio la embajada británica fue asaltada por falangistas después de que Serrano Súñer los hubiera arengado en el cuartel general de la Falange de la calle Alcalá. Después que hubo proclamado que «Rusia es culpable de la Guerra Civil española» y «la historia y el futuro de España requieren el exterminio de Rusia», la muchedumbre se trasladó hasta la embajada, junto a la cual las autoridades habían convenientemente emplazado un camión cargado de piedras. Los esfuerzos por irrumpir en la embajada fueron repelidos por los guardias británicos, respaldados por dieciséis prisioneros de guerra huidos de la misma nacionalidad. Un equipo de cine alemán estaba a mano para registrar todo lo sucedido. Cuando Hoare protestó a Franco, el Caudillo restó importancia al incidente calificándolo de asunto trivial que sólo implicaba a «jóvenes exaltados». Se anunció que habían llegado miles de telegramas de falangistas suplicando que les permitieran ir y vengar la intervención rusa en la Guerra Civil, y Arrese inició una campaña de reclutamiento de voluntarios dentro de la Falange para combatir en Rusia. ** Se decía que estaban preocupados por no llegar a tiempo, tal era la confianza española en el poderío militar alemán.⁶⁷

Al día siguiente de los disturbios, Serrano Súñer eludió con cuidado la petición de Stohrer de que España declarase la guerra a la Unión Soviética afirmando que habría provocado un bloqueo aliado.⁶⁸ No obstante, el 28 de junio Stohrer escribió a Berlín: «Los movimientos de Serrano Súñer en los últimos días demuestran con mayor claridad que hasta la fecha tiene el firme propósito de preparar la entrada de España en la guerra». Serrano Súñer había dicho a Von Stohrer que el envío de la División Azul era una estratagema para comprometer a

Franco («el fácilmente influenciable jefe del Estado») con el Eje. Con vistas a su parte en la lucha interna por el poder, alegó que la oposición de los militares al envío de voluntarios falangistas era indicio de la general oposición de los generales a la beligerancia española.⁶⁹

Al cabo de tres días, España se aproximó más al Eje cuando Serrano Súñer anunció en una entrevista muy reproducida, publicada el 2 de julio por *Die Deutsche Allgemeine Zeitung*, que la no beligerancia sería sustituida por lo que describía como «beligerancia moral». Los preparativos para el envío de la División Azul de voluntarios falangistas se aceleraron, y Serrano Súñer declaró que «se había producido un estallido de simpatía y admiración irrefrenables hacia el gran pueblo alemán, hacia su invencible ejército y hacia su glorioso Führer». Serrano predijo además que tras la inevitable derrota de Rusia, Gran Bretaña se vería obligada a aceptar una paz impuesta.⁷⁰ En un estudio de desaire a Estados Unidos, que difícilmente pudo producirse sin el consentimiento de Franco, todas las autoridades españolas invitadas dejaron de acudir a la recepción estival del embajador Weddell.⁷¹ La estrella de Serrano Súñer volvía a brillar, como indicaba el hecho de que el embajador español, general Espinosa de los Monteros, fuera cesado a finales de julio y reemplazado por el conde de Mayalde, amigo del *cuñadísimo*. Existía una profunda antipatía entre Espinosa, un monárquico que compartía la hostilidad de los militares hacia el *cuñadísimo*, y Serrano Súñer, que deseaba situar en Berlín a alguien de confianza para defender su posición.⁷²

Además de los voluntarios de la División Azul, se formalizó un acuerdo el 21 de agosto de 1941 entre el *Deutsche Arbeitsfront* y su equivalente en España, la Delegación Nacional de Sindicatos, para que 100.000 obreros españoles fueran enviados a Alemania. Camiones adornados con carteles y equipados con altavoces recorrieron zonas de elevado desempleo alentando a los parados a alistarse. En teoría voluntarios, más frecuentemente eran seleccionados por la Falange para cubrir las necesidades concretas de las industrias alemanas. A la postre, el envío de la División Azul no fue un prelude para la declaración de guerra a Gran Bretaña. De hecho, cuando Ribbentrop agradeció el gesto a Franco y le invitó a hacer tal declaración, Franco se negó sobre la base totalmente verosímil de que su régimen no sobreviviría a un bloqueo aliado a gran escala. No obstante, mantenía encendida la llama, demostrando el suficiente compromiso con la causa del Eje para tener voz en el futuro reparto del botín. No puede haber dudas sobre la sinceridad y el entusiasmo con que Franco participó en la batalla contra el comunismo. La táctica de enviar voluntarios tenía dos ventajas. Por un lado, significaba que la alimentación y el armamento de la División Azul sería responsabilidad de los alemanes. Por otro, siempre se podía desligar formalmente de los voluntarios, aunque los aliados eran plenamente conscientes del patrocinio oficial de la expedición. Era una estrategia muy arriesgada, basada en la convicción de una victoria final de los nazis. Franco estaba jugando con fuego. A mediados de julio se reveló que los británicos sabían que los submarinos alemanes repostaban en las islas Canarias.⁷³

De sus frecuentes afirmaciones de que los aliados habían perdido la guerra puede deducirse que los riesgos le parecían insignificantes al Caudillo. Cuando Samuel Hoare le reprochó haber enviado a la División Azul, respondió que ahora había dos guerras y que España podía participar en una cruzada contra Rusia sin entrar en guerra contra los aliados occidentales.⁷⁴ El 17 de julio de 1941, en el quinto aniversario del estallido de la Guerra Civil, Franco habló ante el Consejo Nacional de Falange.⁷⁵ Con su flamante uniforme blanco de jefe nacional de Falange, el Caudillo se dejó llevar por el entusiasmo ante la aventura rusa de Hitler. Emulando la oratoria de éste, gritando y haciendo gestos agresivos, promovió un discurso deliberadamente ofensivo para las democracias,⁷⁶ declarando mendazmente que Estados Unidos retenían el trigo ya adquirido por España y afirmando con tono provocador que las ofertas estadounidenses de ayuda económica enmascaraban presiones políticas: «intento de mediatización política incompatible con nuestra soberanía y con nuestra dignidad de pueblo libre». Denunció después que Estados Unidos empezaba a respaldar con su poder económico el esfuerzo bélico británico. «A las naciones, como a los individuos, el oro acaba envileciéndolas. Elocuente es el cambio de cincuenta destructores viejos por diversos jirones de un imperio.»*

Ante un público cada vez más exaltado, Franco dio rienda suelta a su retórica pro hitleriana. Ligando el destino de España al desenlace de la guerra, declaró que no tenía dudas sobre el resultado del conflicto. «La suerte ya está echada. En nuestros campos se dieron y ganaron las primeras batallas.» Después resumió la guerra mundial como una ininterrumpida secuencia de triunfos del Eje. Su entusiasmo no habría sido más arrebatado si se hubiera tratado de sus propios éxitos. Después de referirse a «la victoriosa campaña en Grecia» prosiguió: «Las costas de Noruega, las aguas del Canal y los mares de Creta son escenarios en que la aviación arroja a las escuadras enemigas de las proximidades de las costas». Habló de su desprecio por las «democracias plutocráticas», de su convencimiento de que Alemania ya había ganado la guerra y que la intervención estadounidense «es criminal locura, es encender una guerra universal sin horizontes que puede durar años y que arruinará definitivamente a las naciones que tienen su vida económica basada en su legítimo comercio con los países de Europa». «Se ha planteado mal la guerra y los aliados la han perdido.» Después de una virulenta diatriba contra la Unión Soviética, habló en su fogosa perorata de «estos momentos en que las armas alemanas dirigen la batalla que Europa y el Cristianismo desde hace tantos años anhelaban, y en que la sangre de nuestra juventud va a unirse a la de nuestros camaradas del Eje, como expresión viva de solidaridad».

A Serrano Súñer le sorprendió el irrefrenable fervor de Franco y le alarmó el apasionamiento de la multitud. Franco se sintió mortificado cuando oyó a su cuñado murmurar: «¿Qué es esto, una corrida?». Para mayor irritación del Caudillo, que después reprochó a Serrano Súñer no haberse unido a la adulación general, el *cuñadísimo* le dijo que debería dejar semejantes declaraciones a subalternos, que siempre podrían ser desautorizados en caso de necesidad.⁷⁷ La sorpresa de Serrano Súñer ante la vehemencia de Franco acaso respondía a que Carrero Blanco hubiera sido el principal inspirador del discurso. No obstante, las advertencias del ministro de Exteriores parecieron surtir efecto. Al día siguiente, en una emisión radiofónica dirigida a los trabajadores, su lenguaje fue más prudente y centrado en temas laborales. Tanto los observadores británicos como los portugueses vieron en el segundo discurso una apelación al «apoyo rojo» previo a un esfuerzo de guerra a

gran escala. Ésta era una opinión compartida por el indignado Vigón.⁷⁸

Poco después, Serrano Súñer se quejó a Stohrer de que Franco había alertado a británicos y estadounidenses a la «verdadera postura de España». «Antes —dijo Serrano Súñer—, el gobierno británico en especial seguía creyendo que sólo él, el ministro de Exteriores, apremiaba a la guerra, mientras que el “sabio y prudente” Caudillo mantenía incondicionalmente la neutralidad. Ahora les había despertado de su ilusión.» El análisis de Serrano Súñer era del todo exacto. Oliveira Salazar, que había creído durante mucho tiempo en la neutralidad de Franco, se vio ahora forzado a considerar que pronto se incorporaría a la guerra. El 21 de julio, el gobierno británico tomó la decisión provisoria de lanzar un ataque contra las islas Canarias. Vigón y otros importantes generales estaban furiosos ante lo que consideraban una irresponsabilidad por parte de Franco. Serrano Súñer también se quejó al embajador alemán de que, tras el bombazo del discurso, desestimando alegremente sus repercusiones, Franco había salido de Madrid para ir a cazar rebecos a las montañas.⁷⁹

La tarea de minimizar el impacto de aquel discurso en los círculos aliados recayó en otros. La explicación oficiosa fue que el discurso no tenía implicaciones en política exterior. Carceller le dijo a Hoare que el discurso iba dirigido a la Falange, en un intento por parte de Franco de robar protagonismo a Serrano Súñer. Fuera cual fuese la verdad, Hoare escribió a Eden instándole a evitar la condena directa de Franco por temor a que ello favoreciera los planes de Serrano Súñer. Nicolás Franco le dijo a David Eccles en Lisboa que «creía que su hermano había ido demasiado lejos, que sus comentarios eran para el consumo interno».⁸⁰ De hecho, no hay motivos para creer que el discurso de Franco ante el Consejo Nacional fuera otra cosa que una sincera reflexión sobre su eterno anticomunismo y su latente entusiasmo por el Eje, encendido de nuevo por la creencia de que la invasión alemana de Rusia era preludio de una rápida victoria final.

En realidad, Franco tuvo la inmensa suerte de que Stalin no respondiera al envío de la División Azul declarando la guerra a España.⁸¹ Su discurso había provocado un cambio notable en las relaciones de España con los aliados. En respuesta a los comentarios del Caudillo, el subsecretario de Estado norteamericano, Sumner Welles, declaró: «La única alternativa digna para este país es retener todo nuevo envío de alimentos y productos médicos a España».⁸² A partir de entonces, se pusieron innumerables obstáculos a la exportación de esenciales productos estadounidenses a España y el suministro de petróleo se redujo a mínimos.⁸³ En Londres, Anthony Eden resolvió a partir de entonces mantenerse firme ante Franco, declarando a Oliver Harvey que «el argumento de que no podemos hacer nada para molestar o irritar a Franco porque si lo hacemos los alemanes invadirán España, ya no es válido, pues los alemanes están totalmente ocupados en el Este». Al igual que los estadounidenses, Eden se había opuesto desde hacía tiempo al apaciguamiento de Franco y por un breve tiempo sopesó la idea de apoyar a la izquierda española contra él. Eden estaba convencido de que Franco recibiría a los alemanes con los brazos abiertos si éstos decidían entrar en España.⁸⁴ El 24 de julio, en la Cámara de los Comunes, el ministro de Exteriores declaró que «para que tengan éxito los acuerdos económicos, debería existir buena voluntad por ambos lados y el discurso del general Franco da pocas muestras de semejante buena voluntad. Parece como si sus declaraciones dieran a entender que ya no desea más ayuda económica para su país. Si esto es así, el gobierno británico no tendrá posibilidad de seguir con sus planes y su política futura dependerá de las acciones y la actitud del gobierno español».⁸⁵ Sin embargo, Churchill rectificó su plan de llevar a cabo un golpe preventivo contra las islas Canarias tras aceptar la alegación de que el discurso de Franco era para consumo interno.⁸⁶ Después de que el 6 de agosto Eccles le dijera a Nicolás Franco que el discurso había inquietado seriamente a los aliados, éste se comprometió a acudir a Madrid para explicarle a su hermano el daño que habían causado sus palabras.⁸⁷

Los generales más importantes estaban seriamente preocupados por lo que consideraban la irresponsable temeridad que suponía la creación y el envío de la División Azul. Entre muchos oficiales subalternos despertaba cierto entusiasmo la posibilidad de vengar, en compañía de la Wehrmacht, la participación de la Unión Soviética en la Guerra Civil. En consecuencia, los militares de mayor antigüedad sólo podían observar con consternación la partida de voluntarios falangistas y militares al mando del delgado y adusto general pro nazi Agustín Muñoz Grandes. Cierta inquietud produjeron las noticias según las cuales los voluntarios eran obligados a jurar lealtad a Adolf Hitler.⁸⁸ El general Orgaz, entonces alto comisario de Marruecos, llegó incluso a discutir con monárquicos civiles la posibilidad de una acción militar contra Franco. Junto con otras cuatro figuras clave del Consejo Superior del Ejército, a toda costa quería garantizar que España permaneciera fuera de la guerra y ver disminuido el poder de Serrano Súñer.^{*} El 1 de agosto, en nombre de los cinco generales, Orgaz informó a Franco de que no debía hacer declaraciones extremistas sobre temas de política exterior, como su discurso del 17 de julio, sin consultarlos antes. Orgaz transmitió al Caudillo incisivas críticas a Serrano Súñer y le exigió su pronta destitución. En el estilo que le caracterizaba, Franco evitó la confrontación accediendo en principio a la petición solicitada. Luego se escabulló indicando que, dado el poder de la Falange, sustituir a Serrano Súñer era más complicado de lo que parecía y requería su tiempo.⁸⁹

Fue una respuesta hábil que en apariencia alineaba a Franco con los generales en sus vigilantes recelos de la Falange. También exageraba la fuerza y la unidad de la jefatura falangista, la cual, desde la crisis de mayo, Franco sabía que era maleable. Como era de esperar, no hizo nada. En respuesta a su falta de acción, el 12 de agosto los generales enviaron al general Aranda para reiterar el mensaje en términos más firmes. Franco respondió del mismo modo conciliador con el que había recibido a Orgaz. Los generales implicados habían cultivado el trato con Hoare con vistas a asegurarse el apoyo británico para un golpe contra Franco o para un gobierno con base en Marruecos o las islas Canarias en el caso de invasión alemana.⁹⁰

Durante el verano de 1941, el gobierno de Franco exhibió una actitud cada vez más germanófila, aunque el 25 de agosto Hitler habló con acritud a Mussolini de su decepción con Franco.⁹¹ La prensa española atacaba con frecuencia a Gran Bretaña y a Estados Unidos y

glorificaba los éxitos de los ejércitos alemanes. En una entrevista concedida a periodistas italianos, Serrano Súñer declaró que una vez Alemania hubiera derrotado a Rusia, la Europa del Eje se convertiría en un bloque económico que estrangularía a Estados Unidos.⁹² El personal acreditado de las embajadas británica y estadounidense era tratado con frialdad. Como era de esperar tras las declaraciones de Eden y Sumner Welles, las importaciones de productos básicos empezaron a decrecer mientras España encontraba cada vez más dificultades para obtener licencias de exportación estadounidenses y pasavantes (certificado de navegación) británicos (certificados que permitían que los productos con destino español atravesaran los controles navales británicos). El 6 de agosto, cuando Willard Beaulac, consejero de la Embajada de Estados Unidos, hizo una visita a Carceller, el ministro explicó el extremismo retórico del Caudillo como si se tratara de una mera estratagema para mantener alejados a los alemanes y sugirió que el antiamericanismo del gobierno se limitaba a Serrano Súñer, pues «Franco tenía fuertes inclinaciones democráticas». Carceller también hizo la asombrosa proposición de que Estados Unidos suministrara productos para «pasarlos de contrabando» a Alemania y dar así la impresión de cooperación.⁹³

Era tan manifiestamente obvio que Franco intentaba jugar a dos bandas que la doblez de Carceller, inspirada por Franco, no tuvo ningún efecto en el Departamento de Estado. El 13 de septiembre, el secretario Hull le dijo al elegante y anglófilo embajador español Juan Francisco de Cárdenas, que estaba a punto de embarcarse hacia Madrid, que «entre todas las relaciones de este Gobierno con los gobiernos más retrógrados e ignorantes del mundo, este Gobierno nunca ha experimentado semejante falta de la más mínima cortesía y consideración» y se refirió a «la conducta y métodos groseros y extremadamente ofensivos de Serrano Súñer en particular y, a veces, del general Franco». Hull dijo que dudaba que Cárdenas «causara ningún efecto en Franco y Serrano Súñer, puesto que eran capaces de adoptar una actitud tan indigna y despreciable hacia el gobierno de Estados Unidos sin causa alguna». Cárdenas informó a Franco de la indignación de Hull y se mejoró el trato deparado a Weddell, tanto por parte del ministro de Exteriores como del propio Caudillo.⁹⁴

La escasez de carbón, cobre, estaño, caucho y fibras textiles presagiaba la quiebra de la industria española en cuestión de meses. A principios de septiembre, Franco envió a Carceller a pedir ayuda a Berlín con instrucciones detalladas de lo que tenía que decir. En lugar de ayuda económica directa, el Caudillo buscaba fundamentalmente el consentimiento alemán para un deshielo de las relaciones con las potencias anglosajonas que facilitase las importaciones necesarias. Carceller también tuvo que explicar por adelantado que se iba a conceder al embajador de Estados Unidos la audiencia que Franco le había negado durante varios meses. Carceller reveló que su superior pretendía decir a Weddell que mantendría su actual política, insinuando que esto significaba una continuación de la neutralidad española, aunque en realidad tenía intención de seguir practicando su política de «apoyo ilimitado a Alemania». Carceller dejó a sus anfitriones con el mensaje de Franco de que «España está preparada para cualquier cosa, no importa cuál, planeada por parte alemana. España se acomodaría sin más en el marco de la política paneuropea diseñada por Alemania; pero entonces no debería ser tratada como la Cenicienta ni despreciada, sino que debería incluirse en la planificación económica general alemana».⁹⁵

Franco había llegado casi imperceptiblemente a la posición de pretender ser amigo de ambos bandos, aunque su corazón estaba con el Tercer Reich, como sus discursos más imprudentes revelarían bien entrados los años cincuenta. Pero las realidades militares y económicas le obligaban a mantener la puerta abierta a los aliados. Su inclinación natural en semejante dilema era no hacer nada y observar. La misión de Carceller no constituyó un engaño; Franco simplemente explicaba su estrategia a sus amigos. No sabía que, en la primera mitad de septiembre de 1941, los planes alemanes para la operación *Félix* contra Gibraltar volvían a considerarse. En mayo, el Alto Mando Supremo alemán (el OKW) había exigido la construcción de un puente ferroviario auxiliar en Hendaya y empezado a reparar el existente. Se hablaba de retirar una división del frente oriental y se estaban haciendo preparativos para ampliar la estación ferroviaria de Irún.⁹⁶ En otoño, cuando el 8 de septiembre de 1941 Hitler revisó la situación estratégica, exigió que la cooperación política y militar con España se intensificase una vez más. Sin embargo, la acción militar en España no se preveía hasta después de la derrota de Rusia, la cual se esperaba en la primavera de 1942 lo más pronto.⁹⁷

A principios de octubre de 1941, bajo presión británica, Franco hizo el pequeño gesto de ordenar que los dos barcos alemanes que reabastecían de combustible a los submarinos participantes en la batalla del Atlántico fueran trasladados desde el puerto exterior de Las Palmas al interior. Los alemanes protestaron porque Franco estaba rompiendo la promesa expresa hecha en noviembre de 1939 de facilitar que los submarinos repostaran; pero dada la magnitud de tales operaciones en otras partes del territorio español, Stohrer se inclinó por no forzar la cuestión en este caso.⁹⁸ De hecho, a principios de octubre comentó al recién llegado agregado militar alemán, general Günther Krappe, que Alemania no quería que España entrase en la guerra abiertamente, pues Alemania perdería la única salida del bloqueo que tenía. Ésta era una alusión a un complicado engaño comercial triangulado, por el que España, tras la máscara de la neutralidad, enviaba a Alemania materiales de los que a duras penas podía prescindir y lo sustituía por importaciones de Argentina.⁹⁹

El 6 de octubre, Weddell mantuvo su entrevista largamente aplazada con Franco en presencia del ministro de Exteriores. Comentando que la escasez generada por la guerra estaba dificultando aún más las exportaciones estadounidenses a España, Weddell subrayó la necesidad de sentar las relaciones hispanonorteamericanas sobre una base clara. Franco respondió con una lista de los problemas de España para obtener trigo, algodón y gasolina y dijo que deseaba una mejora de las relaciones económicas con Estados Unidos. Weddell le pidió una clarificación de la amenaza velada que Serrano Súñer le había hecho hacía una semana, diciéndole que las dificultades de los suministros de gasolina podían «estrangular» a España y poner en peligro su neutralidad. Antes de que Franco pudiera responder, intervino Serrano Súñer y dijo que no había sido «una amenaza sino una reflexión».¹⁰⁰ Resulta instructivo comparar esta versión, basada en el informe de Weddell, con la que

Serrano Súñer emitió a Stohrer cuatro días más tarde, la cual daba a entender que Weddell había buscado con afán la amistad española y había sido firmemente rechazado. Serrano Súñer afirmaba que Weddell había ofrecido préstamos y entregas de materias primas a cambio de la neutralidad, pero Franco había respondido que sólo deseaba el envío de gasolina y otros productos para los cuales Gran Bretaña había emitido pasavantes. El *cuñadísimo* relató con orgullo que, cuando Weddell preguntó a Franco si su declaración de que los «torniquetes económicos» del Reino Unido y Estados Unidos conducirían a España a la guerra debía ser tomado como una amenaza, él había intervenido para decir que se trataba simplemente de la constatación de un hecho, y Franco había estado de acuerdo.¹⁰¹

En el otoño de 1941 se produjo una intensificación de la crisis política interna, que culminó en una tensa reunión entre Franco y Serrano Súñer a principios de octubre. Serrano Súñer se quejó a Von Stohrer de que sus adversarios militares, en particular Aranda, le acusaban de provocar graves perjuicios a España con su política pro alemana. Ahora los militares creían que Gran Bretaña y Estados Unidos ganarían la guerra y que ya estaban tomando represalias económicas contra España. Afirmó también que Aranda, a instancias de Beigbeder, había mantenido contactos con el embajador británico e intentaba organizar una conjura militar para cambiar el rumbo de la política exterior española. Es de suponer que Serrano Súñer no conocía las dimensiones del compromiso de Aranda con los británicos ni la envergadura de los gastos de Londres en sobornarle a él y a otros importantes generales. Serrano Súñer afirmó apasionadamente su convicción de que tanto su supervivencia como la de Franco dependían de la victoria del Tercer Reich. Stohrer creía astutamente que Franco temía cesar a Serrano Súñer por miedo a fortalecer el campo monárquico.¹⁰²

En los asuntos internos, no obstante, el cariz de los acontecimientos era contrario a Serrano Súñer. En noviembre de 1941, el Caudillo intensificó el proceso de domesticación de la Falange que había iniciado seis meses atrás. Su instrumento sería el adulador y dócil Arrese, que se dedicó a comprar o quitar de en medio a los fanáticos «camisas viejas», amparado en una cortina de humo de radicalismo retórico. Esto sólo podía indicar el fin de la limitada y pragmática revolución falangista por la que abogaba Serrano Súñer. Aquellos de dudosa lealtad hacia Franco serían purgados de la Falange por rojos y radicales.¹⁰³ La prensa empezó a repetir dos ideas vinculadas: que el régimen de Franco sobreviviría fuera cual fuese el resultado de la guerra, y que si el Caudillo caía sería el fin de España.¹⁰⁴ Era un claro signo de que Franco estaba despertando de sus sueños imperiales y enfrentándose al problema práctico de asegurar su permanencia en el poder.

Franco empezaba a comprender, como otros, que Hitler se había metido en un serio problema en Rusia. Los generales monárquicos que reconocían la posibilidad de una victoria aliada definitiva empezaron a temer que las dificultades en el Este forzaran a Hitler a intentar resolver la cuestión mediterránea con un ataque a Gibraltar. Estos militares seguían en contacto con civiles monárquicos para considerar la posibilidad de derrocar a Franco e imponer una restauración monárquica.^{*} Convencidos de que era segura la invasión alemana, habían elaborado planes para su propia evacuación, el establecimiento de un mando militar en Marruecos y de un gobierno civil provisional en las Islas Canarias con apoyo británico. Pero hacia finales de noviembre de 1941, a medida que disminuía el peligro de una invasión alemana, varios de los implicados empezaron a echarse atrás. Estaban dispuestos a regañadientes a confabularse para mantener a España fuera de la guerra pero no para derrocar a Franco.¹⁰⁵

Durante la última semana de noviembre de 1941, tuvo lugar en Berlín una reunión de las potencias del Pacto Anti-Komintern que estimuló un renovado fervor pro Eje en la prensa española.¹⁰⁶ El 29 de noviembre, Serrano Súñer, Ciano, Ribbentrop, Stohrer y Hitler se reunieron para debatir la situación militar. Serrano Súñer se jactó de que España «realizaba para el Reich todos los servicios a su alcance, dentro de sus modestas posibilidades», pero también sugirió que la guerra sería larga y difícil, un cambio significativo con respecto a las anteriores declaraciones de fe en una rápida victoria. Mencionó los problemas de Franco con monárquicos, generales sediciosos y «rojos latentes», y afirmó que las noticias de su viaje a Berlín habían inducido a Estados Unidos a detener dos petroleros con destino a España. Pero no convenció a Hitler. En un informe al Duce, Ciano escribió «Serrano Súñer aún no ha descubierto el tono adecuado en que hablar a los alemanes y ni siquiera parece muy preocupado por encontrarlo. Dice las cosas con una brutalidad que te hace saltar en la silla».¹⁰⁷

A su regreso de Berlín, Serrano Súñer recibió la visita del embajador Weddell, que le interrogó sobre un discurso antirruso y antiamericano que había pronunciado el 25 de noviembre en la capital alemana. En él, además de relacionar el comunismo soviético y el estadounidense, había declarado que millones de españoles lucharían para salvar a Alemania de Rusia. Claramente rebosante de confianza por sus encuentros en Berlín, a pesar de las primeras pruebas de los reveses alemanes en Rusia, Serrano Súñer expresó gran confianza en una victoria del Eje.¹⁰⁸

En ese momento, Serrano Súñer aún no sabía que el 29 de noviembre Washington había presentado a Cárdenas una lista de condiciones para que Estados Unidos reanudara el comercio con España. Entre ellas figuraba la exigencia de que los suministros de petróleo «se sometieran a nuestra supervisión, para evitar que sean desviados hacia el Eje». Dado que España aún estaba abasteciendo a los submarinos alemanes, no era de extrañar que Franco dudase en cumplir esta condición hasta que las menguantes reservas de petróleo le obligaron a hacerlo. Mientras se torturaba sobre cómo responder, Franco recibió el aliento de un triunfo del Eje: el 7 de diciembre de 1941 tuvo la alegría de conocer el ataque japonés a Pearl Harbor. Desde Madrid se envió a Tokio un telegrama oficial de felicitación.¹⁰⁹ La prensa falangista celebró el golpe contra Estados Unidos y anunció con júbilo la inminente caída de Gran Bretaña. Serrano Súñer se mostró feliz tras la iniciativa japonesa. Sin embargo, hubo cierta preocupación cuando los japoneses invadieron Filipinas y la mayoría de las repúblicas latinoamericanas declararon la guerra a Japón.¹¹⁰

Mientras tanto, el 9 de diciembre Hitler recibió al general Moscardó, delegado nacional de Deportes, falangista y jefe de la Casa Militar de

Franco, en el transcurso de un viaje de inspección a la División Azul. Después de transmitir los buenos deseos y la entusiasta convicción del Caudillo en el triunfo final alemán, Moscardó habló de la impaciencia española por sacarse la espina que constituía Gibraltar. Hitler respondió que sentía no poder hacer nada al respecto en ese momento y lamentó que Franco no hubiera aprovechado la anterior oportunidad en ese mismo año de 1941. De hecho, hacía más de un mes, el OKW había decidido que no se daban las condiciones para la intensificación de la cooperación militar con España ordenada por Hitler para preparar un ataque a Gibraltar.¹¹¹

A medida que su renacido entusiasmo por el Eje decaía en el invierno de 1941, junto con la suerte de los ejércitos alemanes en Rusia, Franco volvía a recuperar la prudencia. Con los triunfos británicos en el norte de África, casi agotadas las reservas de petróleo españolas y bajo cierta presión de su propio Alto Mando, el Caudillo al parecer aceptó por fin que no habría verdaderas compensaciones territoriales que ganar a cambio de correr riesgos.*

En la segunda semana de diciembre de 1941 se reveló claramente la naturaleza de la presión que los más importantes generales ejercían sobre Franco y la sinuosa respuesta de éste. El Consejo Superior del Ejército se reunió para tratar la grave situación política interna y externa. Después de varias reuniones en las que participaron Kindelán, Varela, Orgaz, Ponte, Saliquet y Dávila, el 15 de diciembre de 1941 el propio Franco presidió una sesión final en su palacio de El Pardo. Los generales de más antigüedad no compartían la persistente confianza del Caudillo en la victoria del Eje, a pesar de la admiración que muchos de ellos sentían por la Wehrmacht. Al comenzar la reunión, Franco no aceptó la oferta del general Varela de que los generales expresasen a título individual su preocupación sobre la situación. Sin embargo, Kindelán tomó la iniciativa y presentó un panorama severamente crítico de la política española, denunciando la incompetencia y la inmoralidad del gobierno, y en particular la ineptitud y venalidad de la extensa burocracia falangista. Franco no reaccionó visiblemente. Kindelán comentó más tarde que no podía decir si Franco escuchaba con aburrida resignación o con interés. Permaneció impasible, asintiendo prudentemente como si estuviera totalmente de acuerdo con las valientes críticas de Kindelán, aunque su expresión se endureció notablemente cuando la exposición aludió al menoscabado prestigio del propio Franco y del ejército.

Kindelán afirmó que perjudicaba seriamente al prestigio del ejército la brutal represión que aún se practicaba, con las prisiones a rebosar, ejecuciones semanales y batallones de castigo que trabajaban en condiciones inhumanas. Al igual que los presuntos crímenes cometidos en la Guerra Civil se consideraban «rebelión militar» y eran juzgados por consejos de guerra, también cualquier oposición al régimen había pasado a ser competencia de los tribunales militares en virtud de la Ley de Seguridad del Estado, aprobada el 29 de marzo de 1941. Kindelán también era contrario al uso de personal militar en la administración local, en las comisiones de suministros, como fiscales y como recaudadores de impuestos. Instó además a Franco a que abandonara sus lazos con la Falange y separara los cargos de jefe del Estado y jefe del Gobierno. Franco debió de indignarse, aunque no lo demostró. Era demasiado astuto para enfrentarse a su Alto Mando en pleno por temor a provocarles a cometer una acción impulsiva. Al fin, el dominio de Franco de sí mismo y su capacidad para aguantar (si no perdonar) la audacia de Kindelán, le permitió capear un peligroso temporal. Logró conjurar el peligro de la situación amparándose en excusas sobre los peligros externos, las dificultades para cubrir cargos importantes tras la pérdida de tantos hombres buenos en la Guerra Civil y las dificultades materiales por las que España atravesaba. Kindelán no quedó satisfecho y, con la ayuda de la embajada británica, se distribuyeron copias de su discurso entre los monárquicos, para irritación de la embajada alemana.¹¹²

Poco después, Kindelán repitió estas opiniones en un discurso pronunciado el 26 de enero de 1942 en la Capitanía General de Barcelona, para conmemorar el tercer aniversario de la toma de la capital catalana por los nacionales. Llamando la atención sobre el desgaste del prestigio del régimen, lamentó la carencia de mecanismos constitucionales adecuados para la sucesión de Franco e instó a éste que restaurara la Monarquía como único medio para conseguir la «conciliación y la solidaridad» necesarias «entre los españoles». Decidido a permanecer en el poder, a perpetuar la ideología divisiva de los odios de la Guerra Civil, y con un sentido cada vez más grandilocuente de su propia misión, Franco estaba furioso.¹¹³ Sin embargo, como correspondía a su proverbial cautela, no reaccionó de inmediato. De haberlo hecho, podía haber activado una acción concertada por parte de los militares críticos.

Prefirió esperar. En el transcurso de 1941, Franco había aprendido mucho sobre política interna e internacional. Las desmedidas ambiciones imperiales de 1940 estaban dando paso a la determinación de permanecer en el poder. Hacerlo requería realizar hábiles equilibrios entre el ejército y la Falange y entre los aliados y el Eje. Durante los tres años y medio siguientes aprendería aún más, y consolidaría la habilidad para la doblez que había adquirido de sus experiencias entre las tribus belicosas de Marruecos.

Cambian las tornas, enero-diciembre de 1942

A principios de 1942, Franco, ufano y seducido por la ilusión de su propia grandeza imperial, comenzó a dar paso a una política más hábil y vigilante. La cruda realidad económica y militar le había obligado a moderar su ambición un año antes, y sólo cuando la invasión alemana de Rusia le hizo creer que la victoria del Eje era inminente había vuelto a prescindir de su cautela. Ahora, las dificultades de Hitler en el Este y las advertencias de Kindelán en el interior, le obligaron a bajar de nuevo a la tierra. Al cabo de tres años desde el fin de la Guerra Civil, se resquebrajaba la unidad entre sus partidarios existente en la inmediata posguerra y poco a poco aceptó que la supervivencia tenía prioridad sobre el imperio. Los sueños imperiales fueron archivados —si bien no olvidados— con renuencia y Franco recurrió a sus reservas naturales de astucia y cachazuda duplicidad, que tan bien le habían servido durante su ascenso al poder en el proceso de unificación de su coalición. A partir de entonces, en política interior y exterior, mostraría la habilidad instintiva del que camina por la cuerda floja, y algo de esa suerte, o *baraka*, que le había sonreído en África.

Durante 1942 iba a necesitarla. La política de Estados Unidos consistía en coaccionar a Franco mediante la limitación de las ventas de alimentos y combustible en proporción a la medida en que España redujera su exportación de suministros de guerra a Alemania. Esa política se había intensificado después del impulsivo discurso que el Caudillo pronunció el 17 de julio de 1941. Sin embargo, temiendo que pudiera arrojarse en brazos de Hitler, Churchill recomendó una táctica más cauta. El 5 de enero de 1942 escribió a Roosevelt: «¿Tendría la amabilidad de considerar la entrega a los señores españoles de algunos “caramelos”, sin excederse, para evitar problemas en Gibraltar? Cada día que podemos utilizar el puerto es un logro, sobre todo considerando algunas otras ideas que ya hemos tratado», una alusión a los preparativos para una invasión del norte de África (denominada *Torch* [Antorcha]).¹

Lo que Churchill no podía saber era que la situación de Serrano Súñer era ahora extraordinariamente frágil. Después de su reunión a mediados de diciembre de 1941, los generales que constituían el Consejo Superior del Ejército volvieron a reunirse el 9 de enero y lanzaron otro virulento ataque contra el *cuñadísimo*. En Madrid se rumoreaba que Franco le iba a cesar de su cargo y enviarlo a Roma como embajador.² De hecho, el 13 de enero, Serrano Súñer contraatacó con un agresivo editorial en *Arriba* dirigido a los generales.³ Sobrevivió a la crisis, sobre todo porque Franco no estaba dispuesto a que le forzara la mano ninguna de las facciones en que se dividían sus partidarios. Si los generales conseguían imponer la dimisión de Serrano Súñer, Franco volvería a ser un jefe designado sometido a la vigilancia de quienes lo habían elegido. Sin embargo, los días del *cuñadísimo* estaban contados. Lo mismo ocurría con el general Kindelán, que había dirigido el ataque. Franco nunca perdonaba ni olvidaba los intentos de socavar su poder u obligarlo a tomar decisiones no deseadas.

Las tensiones dentro del régimen se reflejaron en los discursos que Franco pronunció durante una visita a Cataluña para celebrar el tercer aniversario de la toma de Barcelona. Se orquestó un despliegue descomunal de fervor popular y toda la visita fue organizada como un gran desfile triunfante para presentar al Caudillo como el amado jefe del ejército y de la Falange. Fue una idea de Arrese, el servil ministro-secretario de Falange, afanoso por demostrar al Caudillo su habilidad para promover el entusiasmo popular. A su llegada a Barcelona el 26 de enero, Franco fue recibido por el ejército, la Iglesia y la Falange con el boato y la pompa ahora acostumbrados. Después de soltar tres mil palomas, de una demostración aérea, salvas de artillería y un desfile militar seguidos de una parada de veinticuatro mil falangistas, se le ofreció la medalla de oro de la ciudad. Durante los días siguientes hubo ceremonias parecidas en Sabadell, Gerona, Tarragona y, de regreso a la capital, en Zaragoza. A su vuelta a Madrid, cien mil falangistas formaron en la carretera, y entre la multitud se distribuyeron cincuenta mil copias de los discursos que había pronunciado Franco en Cataluña. Durante un mes, aparecieron largas exégesis de estos discursos en la prensa falangista con la conclusión general de que eran las palabras de un genio. Franco estaba encantado con los recortes de prensa que llegaban cada día a su despacho, mientras el prestigio de Arrese crecía aún más.⁴

A través de la nebulosa retórica de estos discursos brillaban dos mensajes relacionados entre sí. El primero era demostrar a España y al mundo, como dijo su bufón de corte, Ernesto Giménez Caballero, * que «tras haber ganado la guerra, ahora ha ganado la paz». ⁵ Dada la magnitud de la represión en marcha, pues seguían realizándose con regularidad ejecuciones políticas y los prisioneros de izquierdas se contaban por cientos de miles, los gestos retóricos ante la clase obrera de Barcelona parecían singularmente vanos. No obstante lo cual, Franco excusó la violencia anarquista del pasado como «una muestra de la viril expresión de nuestra raza: explosiones de rebeldía ante una Patria decadente», y habló de solidaridad social y de la revolución falangista. ⁶ Semejante radicalismo retórico iba dirigido no tanto a la auténtica izquierda, que sufría en la clandestinidad, como a la Falange a la que, con la entusiasta ayuda de Arrese, intentaba sustraer Franco de la influencia de Serrano Súñer. En segundo lugar, en palabras que poco debieron de significar para la mayoría de sus oyentes, recalcó la necesidad de unidad. En Zaragoza también se refirió indirectamente a la lucha por el poder que se libraba dentro de su régimen: «Ésta es la asistencia que quiero de vosotros: que dejemos las pequeñas rencillas, los egoísmos del amor propio, esa egolatría española y ese cáncer de envidia; que los desterremos y que pensemos que para una empresa tan grande cual es levantar a España y conducirla por el camino del

Imperio se necesitan tres cosas: un mando, una disciplina y una obediencia».⁷

Poca duda cabe de que las continuas querellas entre el ejército y la Falange, las noticias de las cuales se amontonaban sobre su mesa, pesaban gravemente en el Caudillo, sobre todo cuando la alianza anglosoviética aumentaba los problemas de Hitler en Rusia. A pesar de que Franco desoyó tranquilamente las demandas de Kindelán de una restauración monárquica, la presión militar y la evidencia irrefutable de que no habría una victoria rápida del Eje le obligaron a contemplar la postergación indefinida de la entrada española en la guerra. Deseoso de mantener la ayuda al Eje, en enero de 1942 el Caudillo acordó continuar las exportaciones españolas de volframio a Alemania. El volframio, mineral del que se obtiene el tungsteno, era un elemento clave en la producción de acero de alta calidad para armamento en general, y en particular para la fabricación de herramientas y bombas perforantes. Franco tomó esta decisión a pesar de que el Reich no podía enviar cantidades equivalentes de productos alemanes. Las remesas de maquinaria procedente de Alemania simplemente no se habían materializado y España soportaba un saldo anual acreedor cada vez mayor con el Reich.⁸ Franco también accedió a que España representara los intereses diplomáticos japoneses en Latinoamérica. A principios de 1942, la prensa mostraba un incontenible fervor pro japonés, inclinación que reflejaba tanto las opiniones del Caudillo como las de Serrano Súñer.⁹

Durante los siguientes tres años, las esperanzas de Franco seguirán puestas en la victoria del Eje, pero ahora tenía que hacer un esfuerzo mayor por mantener las puertas abiertas a los aliados. Esto se reflejó en los preparativos ^{*} para una reunión con el jefe del gobierno portugués y ministro de Exteriores, Antonio Oliveira Salazar.¹⁰ Incluso en su reunión del 13 de febrero de 1942 en Sevilla, era obvio de qué parte estaba Franco.¹¹ A pesar de la entrada de Estados Unidos en la guerra, le dijo a Salazar que era absolutamente imposible una victoria aliada y se jactó de que no había el más mínimo peligro de una invasión alemana de España mientras se mantuviera la amistad con el Reich. En un arrebatado fervor pro Eje, aseguró a Salazar que si hubiera peligro de que los bolcheviques invadieran Alemania, él haría todo lo posible para ayudar y enviaría un millón de soldados españoles. Detrás del tono cortés de la reunión se podía distinguir la ambición largamente alimentada de Franco de desligar a Salazar de la alianza angloportuguesa y atraerlo a una relación dependiente con España. Serrano Súñer informó a Salazar que los británicos intentaban derrocar su régimen y Franco añadió que un desembarco británico sobre territorio portugués sería considerado un acto de agresión contra España.¹²

El entusiasmo de Franco por el Eje persistió tras el regreso de Salazar a Lisboa. El 14 de febrero de 1942, el Generalísimo se dirigió a altos oficiales del ejército en el Alcázar de Sevilla. Feliz con el desastre británico en Singapur del día anterior, habló irresponsablemente con el tono exaltado de quien se cree amigo de un seguro vencedor. Parecía como si no hubiera leído los diversos informes de la embajada española en Berlín sobre la catastrófica situación de las fuerzas alemanas en Rusia.¹³ Expresó su sorpresa ante el hecho de que parte del mundo luchara contra Alemania «para destruir el baluarte que frena las hordas rusas y defendió la civilización occidental». Franco declaró tener la «certeza absoluta» de que Alemania no sería destruida. Inflamado por tal confianza –y sin duda con la esperanza de que su promesa nunca tuviera que ponerse a prueba– repitió públicamente lo que había dicho a Salazar: «Si el camino de Berlín fuese abierto, no sería una División de voluntarios españoles lo que allí fuese, sino que sería un millón de españoles los que se ofrecerían».¹⁴

Sus palabras no pasaron inadvertidas ni en Londres ni en Berlín.¹⁵ Asqueado, Goebbels escribió en su diario: «Sería mucho mejor si hubiera declarado la guerra al bolchevismo. Pero ¿qué se puede esperar de semejante general?». A principios de ese mes, cuando Franco afirmó la fidelidad de España a la Iglesia católica, Goebbels había escrito: «Sería mucho más apropiado para España que permaneciera fiel al Eje. Por lo que sabemos, Franco es un beato fanático. Permite que la España actual esté gobernada en la práctica no por él, sino por su esposa y su padre confesor. ¡Valiente revolucionario hemos aupado al trono!».¹⁶

Dividido entre su simpatía primordial por la causa del Eje y la creciente presión económica ejercida por los aliados, Franco se encontró con que las tensiones externas se proyectaban dentro de su régimen. Por un lado, las reservas de petróleo eran tan escasas que en febrero de 1942 la refinería de Tenerife se vio obligada a cerrar. Franco no tuvo más remedio que aceptar a regañadientes las exigencias de Washington de que los posteriores envíos de petróleo quedaran sujetos a inspecciones que supervisarían su uso.¹⁷ La calamitosa situación económica de España produjo frenéticas y falaces negaciones públicas de los acuerdos por los cuales España abastecía a los submarinos alemanes en las islas Canarias.¹⁸ Estas humillaciones suscitaron en la prensa injuriosos comentarios antinorteamericanos.¹⁹ De hecho, las sospechas estadounidenses de que los españoles estaban burlando clandestinamente el bloqueo eran fundadas. Los comentarios que Von Stohrer hizo en octubre de 1941 al general Krappe de que España tenía mayor valor para ellos como burlador del bloqueo que como beligerante, se repitieron en febrero de 1942. Ernst von Weizsäcker, secretario de Estado, recibió al nuevo agregado militar en Tánger, coronel Hans Renner, antes de que éste ocupara su cargo, y le dijo que los intereses de Alemania eran una España y un norte de África en calma. Weizsäcker subrayó que era totalmente necesario evitar que España hiciera manifiesta su posición, pues «estamos recibiendo de España importante apoyo para nuestra conducción de la guerra y no debemos perderlo bajo ningún motivo».²⁰

En ese momento, agobiado por complejos problemas externos e internos, el Caudillo se enteró de la muerte de su padre el 24 de febrero. Mussolini y el mariscal Pétain enviaron telegramas de pésame.²¹ Es de suponer que, teniendo que lidiar con las continuas disputas entre sus propios seguidores, dispusiera de poco tiempo o ánimo para entregarse al dolor, sobre todo dada su difícil relación con don Nicolás. Franco había pasado la vida cultivando la aversión hacia su progenitor por la aflicción que le había causado a su madre. Quizá porque lo sabía, don Nicolás rara vez perdía la oportunidad de expresar desdén hacia su segundo hijo. Ciertamente, Nicolás Franco Salgado-Araujo no manifestaba ni orgullo ni placer por la eminencia política de su hijo, a menudo le calificaba de «inepto» y ridiculizaba a los aduladores que le

codeaban. La obsesión de su hijo por la «conspiración judeo-masónica» le parecía especialmente risible, pues decía: «¿Qué sabrá mi hijo de la masonería? Es una asociación llena de hombres ilustres y honrados, desde luego muy superiores a él en conocimientos y apertura de espíritu».²² Cuando se emborrachaba en algún bar madrileño, no era infrecuente oírle insultar a su hijo hasta el punto de decir que era «un cabrón y un chulo». Como estos improperios le valían en ocasiones ser detenido hasta que se confirmaba su identidad, el Caudillo era plenamente consciente del desprecio de su padre.²³

Su reacción ante la muerte del anciano sugiere que el abandono de la familia y el posterior desprecio de sus logros habían corroído el alma de Franco. Durante la extremadamente larga agonía de don Nicolás, que a sus ochenta y cuatro años padecía las secuelas de una hemorragia cerebral, Nicolás, el hermano mayor de Franco, viajó casi todas las semanas desde Lisboa, donde era embajador, para verle. El Caudillo, por el contrario, no prestó la menor atención a su padre moribundo.²⁴ Con vengativa crueldad, ordenó que el cadáver saliera de la casa de la madrileña calle de Fuencarral donde Nicolás Franco Salgado-Araujo había cohabitado durante treinta y cinco años con Agustina Aldana. Ésta había vivido con él la mayor parte de su vida adulta y le había cuidado durante la enfermedad que le llevaría a la tumba. Para Franco, Agustina Aldana era sólo una prostituta indecente que había suplantado a su madre y llevado la vergüenza a su familia. Un pelotón de la Guardia Civil arrebató por la fuerza el cadáver a Agustina que, desolada, intentaba aferrarse a él. Nicolás Franco fue enterrado con el uniforme de gala de general de Intendencia y con los correspondientes honores militares, como si hubiera sido una persona digna de ser el padre del Caudillo. Franco se vengó además de Agustina negándole el permiso para asistir al funeral. Tampoco él se despidió de su padre, acompañando al cortejo fúnebre sólo hasta las puertas de El Pardo.²⁵

Si necesitaba excusar su ausencia, la situación política era más que suficiente para reclamar su tiempo. Las tensiones entre la derecha tradicional, representada por los generales, y la nueva derecha falangista impulsó al Caudillo a llevar a cabo una acción atípicamente resuelta. El resentimiento militar hacia Serrano Súñer crecía día a día.²⁶ El general Espinosa estaba adquiriendo un papel cada vez más importante en las maquinaciones contra el *cuñadísimo*. Espinosa, embajador ante el Tercer Reich en 1940, había sido cesado por Serrano Súñer para colocar en Berlín a un hombre de su confianza, el conde de Mayalde. Impulsado por su rencor hacia el *cuñadísimo*, en marzo de 1942 se rumoreaba que Espinosa estaba implicado junto con Kindelán y Orgaz en la preparación de un golpe contra Franco. Al tomar posesión del cargo de capitán general de la VI Región Militar (Burgos) a mediados de abril, pronunció un discurso atacando agriamente «la deslealtad y la ilimitada ambición» de Serrano Súñer, a quien previamente había acusado en privado de traición. La reacción de Franco no tardó en llegar y Espinosa fue cesado en cuestión de días. Sin embargo, su cese estuvo contrapesado por el del secretario político de Serrano Súñer, Felipe Ximénez de Sandoval, que había sido difamado por los seguidores de Arrese de presuntas actividades homosexuales.²⁷ Kindelán y otros importantes generales estaban indignados por lo sucedido a Espinosa y consideraban su castigo una imposición de Serrano Súñer al Generalísimo. De hecho, sobrestimaban el poder de Serrano Súñer, que estaba cada vez más aislado.²⁸

Tras su entusiasmo inicial por la agresión japonesa contra Estados Unidos, el realismo económico y político prevaleció en el *cuñadísimo* y las relaciones con Londres y Washington mejoraron notablemente. Seguía convencido, sin duda, de que Gran Bretaña y Estados Unidos eran semilleros de conspiradores comunistas y masones, y a finales de marzo aseguró al embajador portugués que los servicios secretos británicos y estadounidenses, en estrecha colaboración con el comunismo y la masonería, planeaban derrocar a Salazar.²⁹ No obstante, a pesar de sus prejuicios latentes, en la primavera de 1942 empezó a producirse un cambio gradual en la contribución económica de Estados Unidos y Gran Bretaña a España. Previamente, la política económica de los aliados había sido la de controlar el suministro de productos básicos a España con objeto de contener el entusiasmo de Franco por el Eje. Sin embargo, en noviembre de 1941 los británicos sugirieron a Washington un programa conjunto para comprar todo el volframio español y otros metales vitales para el esfuerzo bélico alemán. A mediados de marzo de 1942, las embajadas estadounidense y británica en Madrid empezaron a aplicar una política de compra preventiva (o «impeditiva» como se la denominó). Washington creó además la Corporación Comercial de Estados Unidos para supervisar la parte americana de una operación que pronto se convertiría en un instrumento indispensable de guerra económica contra Alemania.³⁰ A la postre, esto abriría a Franco nuevas posibilidades de mantener su doble juego con los aliados y el Eje en beneficio de su régimen.

La prensa empezó a publicar menos comentarios antiamericanos. En muy menor medida esto era consecuencia de que el astuto y elegante Weddell, objeto de intensa antipatía por parte de Serrano Súñer, había tenido que dimitir debido a su mala salud. Cuando Weddell abandonó Madrid en febrero de 1942, la Embajada de Estados Unidos quedó en manos de un encargado de negocios extraordinariamente competente, Willard L. Beaulac. Beaulac, un hombre afable y sensible con simpatías hacia España y los españoles, mantenía unas relaciones con el ministro de Exteriores menos conflictivas que el antiguo embajador. Eso a su vez era reflejo de que tanto Franco como su cuñado se estaban percatando de la importancia de la entrada de Estados Unidos en la guerra. El 4 de marzo de 1942, Serrano Súñer le dijo a Beaulac que la política española consistía en mantenerse al margen de la guerra y eso requería la amistad con el Eje, preguntando con afabilidad: «¿Haría algún bien a los aliados que España empezara a poner mala cara a Alemania en esta precisa etapa de la historia de la humanidad?». ³¹ En una reunión con el embajador de la Francia de Vichy el 13 de abril de 1942, Franco le dijo que en caso de una victoria aliada la causa del comunismo triunfaría, pero insinuó que ahora estaba decidido a permanecer neutral. ³² No obstante, una semana después Serrano Súñer pronunciaba un discurso afirmando que España estaba del lado de Alemania en la batalla contra el comunismo. ³³ Además, la interceptación de despachos confidenciales españoles por el servicio secreto americano convenció a su director general, William J. Donovan, de que la embajada española en Washington era «una misión enemiga».³⁴

A raíz del cese de Espinosa, el impulsivo general Varela, ministro del Ejército, había protestado ante Franco por los excesos de la Falange, insistiendo en el malestar de las altas esferas militares porque tanto bisoño falangista indocumentado, sin ningún respeto por el ejército, ganara sustanciosos salarios por trabajos ficticios. Con astucia desacostumbrada, Varela criticó a Serrano Súñer diciendo a Franco que aquél no había aplaudido tanto como solía durante el desfile de la Victoria el pasado 1 de abril.³⁵ Otra crítica más desinteresada aunque no menos indignada fue la del idealista poeta falangista Dionisio Ridruejo, herido en la División Azul a finales de abril. Al ser recibido por Franco a principios de mayo, le dijo que entre sus camaradas se criticaba mucho la corrupción que había en España. El Caudillo respondió displicente que en otras épocas los vencedores eran recompensados con títulos nobiliarios y tierras. Como eso era ahora difícil, le parecía necesario hacer oídos sordos a la venalidad, para evitar que cundiera el descontento entre sus partidarios.³⁶

En mayo de 1942, la constante agitación dentro de los círculos del régimen derivó en reyertas callejeras entre oficiales monárquicos y estudiantes falangistas en Pamplona, Burgos y Sevilla.^{*} Se produjeron también violentos altercados entre falangistas y estudiantes monárquicos en las universidades de Santiago y Madrid.³⁷ Por el momento, Franco observaba y aguardaba.

Fue una suerte para el Caudillo, cada vez más atribulado, que el nuevo embajador de Estados Unidos que llegó el 16 de mayo de 1942 fuera Carlton Joseph Huntley Hayes, profesor de historia de la Universidad de Columbia, que había sido un decidido apologista del bando nacional durante la Guerra Civil. Hombre de poco mundo, pagado de sí mismo e inexperto en política, Hayes no veía con buenos ojos el predominio que el más dinámico sir Samuel Hoare había establecido en el cuerpo diplomático de Madrid. Franco explotó la fricción resultante distinguiendo a Hayes con el doble de audiencias que a Hoare.^{**} Mientras Hoare seguía convencido de que Franco estaba a favor del Eje y no se incorporaba a la guerra por calculada conveniencia, Hayes creía al Caudillo pro Aliados. Hayes, con sus gafas y su aire profesoral, apreciaba a Franco y su seco sentido del humor, y era una de las pocas personas en considerarlo «más bien vivo y espontáneo». Su ignorancia sobre Franco le indujo a tachar de fabulación en sus memorias a las ofertas del Caudillo de unirse al Eje en 1940. Franco a su vez aceptó bien al pesado y engreído Hayes, mientras que Serrano Súñer le consideraba un pedante aburrido.³⁸

El 29 de mayo de 1942, Franco visitó Medina del Campo para inaugurar la escuela de instrucción de la Sección Femenina de la Falange en el castillo de la Mota, restaurado a tal objeto. Su afición a la solemnidad y el fausto regio se manifestó aquí al máximo. Fue presentado por el ex monárquico convertido en falangista José Pemartín, quien proclamó que unas virtudes militares y cívicas, muy superiores a los «derechos adquiridos en los dormitorios imperiales», constituían los títulos de soberanía del «salvador de España». Esta clase de afirmaciones dio pie a rumores de que el Caudillo planeaba proclamarse rey y la ceremonia toda provocó comentarios divertidos entre el cuerpo diplomático.³⁹ Como el castillo había pertenecido a Isabel la Católica, no era de extrañar que Franco aprovechara la oportunidad para comparar sus hazañas con las de ella, identificando a los errados críticos de la reina con aquellos que tan atolondradamente lo censuraban a él. Su interpretación de los triunfos de la reina implicaba una clara alineación con Hitler. Alabó su expulsión de los judíos, su «política totalitaria y racista» y su conciencia de la necesidad de un «espacio vital» español.⁴⁰

Es posible que su discurso tuviera un propósito interior más que internacional. Si Franco acariciaba la idea de prescindir de Serrano Súñer, bien pudo querer antes asegurarse el apoyo de la Falange. Pero es más probable que se dejara llevar por la atmósfera, el marco histórico y su proximidad de entonces con Arrese. Cualesquiera que fueran sus motivos, el deplorable estado del ejército, carente de equipamiento y combustible, hacía muy arriesgado hablar simplemente, y mucho más con un tono tan agresivamente temerario.⁴¹

Durante el verano de 1942, Franco empezó a distanciarse de Serrano Súñer. Al margen de las quejas sobre el *cuñadísimo* de Varela y Vigón, el Caudillo estaba sometido a constantes insinuaciones maliciosas sobre Serrano Súñer por parte del untuoso Arrese y el severo Carrero Blanco. Habiendo sido alejado de El Pardo, el propio *cuñadísimo* no guardaba en secreto su cansancio, desilusión e irritación por las continuas disputas dentro del régimen.⁴² El 5 de junio cenó con Pedro Theotonio Pereira y pasó toda la velada descalificando con desdén cualquier nombre que surgía en la conversación. Serrano Súñer dijo que «durante los últimos cuatro años he sido un idiota intentando resolver las cosas parcialmente. No se logra nada. Estoy esperando el momento adecuado para eliminarlos a todos». Este comentario reflejaba más su amargura y su desilusión que cualquier esperanza seria de reemplazar a Franco.⁴³

El 10 de junio, Carlton Hayes presentó sus credenciales y Franco le recibió en una entrevista singularmente larga y cordial de casi media hora, en la cual su cuñado fue un espectador taciturno. El Generalísimo expuso a Hayes una variante de su teoría de que se estaban librando dos guerras distintas. Mientras que normalmente afirmaba que había una guerra anglo-alemana sin sentido y una trascendental guerra anticomunista en la que admitía estar interesado, en esta ocasión habló de una guerra en Europa contra Rusia y una guerra en el Pacífico contra Japón. Hayes hizo lo que pudo para persuadir al Caudillo de que la abrumadora superioridad económica y militar de Estados Unidos aseguraría la victoria de las potencias anglosajonas. Franco seguía poco convencido de la capacidad norteamericana para transportar ejércitos y equipos a través del Atlántico. Con muy poco tacto, insistió en que la victoria de las democracias sería una victoria del comunismo, añadiendo que el Partido Laborista británico era ya casi comunista. A pesar de la patente torpeza de los argumentos de Franco, a Hayes le hizo impresión su deseo de mantener buenas relaciones con Estados Unidos y también que le asegurara «su sincero y ardiente deseo» de mantener la neutralidad española.⁴⁴

Los británicos no compartían la confianza de Hayes en las buenas intenciones de Franco, ni tampoco el mando militar supremo aliado. A principios de 1942, el servicio secreto británico había interceptado y descodificado mensajes de radio alemanes que hablaban de una ambiciosa operación del *Abwehr*, *Unternehmen Bodden*, para la cual Canaris había convencido a Franco que diese permiso.^{*} El *Abwehr*

estaba construyendo, con ayuda de la Armada española, un sistema de detección sónica en el lecho marino del estrecho de Gibraltar y una cadena de catorce estaciones de observación de barcos con rayos infrarrojos a lo largo de las rutas que seguirían los convoyes para los proyectados desembarcos aliados en el norte de África (operación *Torch*). Con nueve estaciones en la costa española y otras cinco en Marruecos, el sistema entró en pleno funcionamiento el 15 de abril de 1942. La información reunida sobre los barcos aliados se transmitiría a los submarinos alemanes del Mediterráneo y del Atlántico.

En un momento dado, los aliados pensaron en destruir el sistema mediante una acción submarina y ataques de comandos. Sin embargo, en concordancia con la política británica con Franco, se prefirió una solución diplomática. Informado de los detalles de la operación *Bodden* por Kim Philby, entonces jefe de la sección ibérica del servicio secreto británico, Hoare presionó fuertemente a Franco. El 27 de mayo de 1942, acompañado por los miembros más importantes de la embajada británica en uniforme de gala, mostró el dossier de Philby a Franco, a quien los alemanes habían asegurado que toda la operación sería secreta. Profundamente turbado, y ante la amenaza de una reducción de los suministros de petróleo aliado, prometió a su pesar que se procedería a una investigación. El 3 de junio, su Estado Mayor admitió que el equipo estaba siendo instalado por técnicos alemanes, pero afirmó que era para «la defensa de las costas de España». Como era característico en él, Franco intentó ganar tiempo durante meses antes de pedir al almirante Canaris que dismantelara su sistema de detección por sonar y rayos infrarrojos. En julio y en octubre hizo caso omiso de las nuevas presiones británicas y hasta después del éxito de la operación *Torch* no fue desactivado el sistema.⁴⁵

El general Eisenhower y el equipo que preparaba la mencionada operación estaban muy preocupados por las consecuencias que podría tener el que Franco atacara Gibraltar o permitiera a los alemanes que lo hicieran. El gobernador y comandante en jefe de Gibraltar, teniente general sir F. Mason-MacFarlane deseaba con afán que Franco fuera neutralizado mediante garantías diplomáticas de que los aliados no tenían intenciones hostiles hacia él.⁴⁶ En Inglaterra, los impacientes estrategas aliados no podían saber las preocupaciones que acuciaban a la jefatura española.

Extraordinariamente fatigado, alterado por el asunto de Ximénez de Sandoval, casi sin poder hacer nada y apartado del centro de decisiones políticas, el *cuñadísimo* se tomó diez días de vacaciones en Italia desde el 15 al 25 de junio.⁴⁷ Políticamente la visita no tenía mucho sentido, aunque Serrano Súñer quizá esperara mejorar su deteriorada posición.⁴⁸ De otro modo resulta difícil comprender por qué se ausentaba de Madrid precisamente cuando la hostilidad de sus enemigos, tanto del ejército como de la Falange, alcanzaba su grado máximo.⁴⁹ Arrese se estaba forjando un nombre con un recorrido triunfal por Andalucía.⁵⁰ Sombrío y pesimista, Serrano Súñer le dijo a Ciano que Franco no había querido ni crear una base popular sólida para la revolución falangista ni restaurar la Monarquía. Atribuyó la falta de osadía e imaginación de Franco a la influencia nefasta de su esposa y describió al Caudillo como un ser rodeado de nulidades que habían creado en El Pardo una atmósfera que era una parodia de la antigua corte española.⁵¹ El 16 de junio, Ciano lo llevó a cenar con el rey Víctor Manuel. Serrano Súñer habló de Franco «como quien habla de un criado idiota. Y lo hizo sin ninguna precaución, delante de todos».⁵² La posibilidad de que todo ello no llegara a oídos de Franco es en extremo remota.

Franco, por su parte, le dijo a Peña Boeuf, ministro de Obras Públicas, que a su cuñado «¡sólo le gusta hacer lo que le da la gana!», y se quejó a Carceller, ministro de Industria y Comercio, de que «tenemos un ministro de Asuntos Exteriores que no quiere saber nada de cuestiones económicas».⁵³ Serrano Súñer no era ni mucho menos la única preocupación interior de Franco. De la misma manera que el *cuñadísimo* jugaba la baza alemana en un esfuerzo por fortalecer su posición en el maremágnum político español, los generales monárquicos intentaban conseguir el apoyo alemán para la restauración. Algunos de sus compañeros habían encargado al general Muñoz Grandes, comandante de la División Azul, que utilizara su puesto para plantear el tema de la aquiescencia del Tercer Reich al regreso de la Monarquía.⁵⁴ En realidad, se equivocaron con él seriamente, pues en esa etapa de su carrera sus simpatías estaban con el falangismo radical.⁵⁵ Poco después, Vigón preparó un viaje a Alemania en busca de apoyo para la restauración monárquica con el subterfugio de requerir ayuda técnica para la aviación, pero se vio obligado a cancelar el viaje cuando Franco supo de sus verdaderas intenciones.⁵⁶ Franco no tardó en percatarse de que el independiente y voluble Muñoz Grandes, con su mando operativo y sus contactos alemanes, constituía una amenaza infinitamente más peligrosa que el fiel y conservador Vigón. Cuando llegaron a El Pardo rumores de que Muñoz Grandes hacía responsable a Franco de la caótica situación de España a finales de mayo de 1942, el Caudillo ordenó que fuera sustituido por el general Emilio Esteban Infantes, un amigo de sus tiempos marroquíes y en su día compañero en la Academia General Militar de Zaragoza.

Hitler, sin embargo, empezaba a pensar que apoyar la carrera política de Muñoz Grandes convenía más a los intereses alemanes. En similitud con la opinión de Franco de que la buena voluntad de Hitler hacia España se veía perjudicada por sus mediocres subordinados, el Führer creía que la voluntad pro Eje del Caudillo estaba siendo frustrada por Serrano Súñer. El 13 de julio, Hitler recibió a Muñoz Grandes en la «Guarida del Lobo» (Rastenburg, Prusia Oriental) y escuchó entusiasmado sus invectivas contra Serrano Súñer y su opinión sobre la necesidad de una profunda revolución fascista. Muñoz Grandes dijo que de ser él jefe de Gobierno estaría dispuesto a poner en marcha una política pro nazi, con Franco relegado a la condición de figura emblemática. En consecuencia, para preparar el regreso triunfante de Muñoz Grandes a España, iban a emprenderse esfuerzos para aumentar su popularidad e iba a ser condecorado por sus hazañas al mando de la División Azul. Hitler acarició incluso la idea de dar a Muñoz Grandes un papel preeminente en la ansiada conquista de Leningrado y luego enviarlo a casa con sus hombres perfectamente pertrechados con objeto de inclinar la balanza contra Franco. El Führer puso impedimentos al viaje de Esteban Infantes desde Berlín al frente oriental y envió a Canaris a pedir al receloso Franco que retrasara la incorporación de

Esteban Infantes a su puesto. Para alarma del Caudillo, el agregado militar alemán en España también se puso en contacto con el general Yagüe, presumiblemente para conseguir su apoyo en la operación de Muñoz Grandes contra Franco.⁵⁷

El 14 de julio de 1942, el Caudillo recibió a Stohrer en una larga entrevista. El embajador alemán estaba desconcertado por el creciente saldo positivo español en la balanza de pagos con el Tercer Reich. Protestó por las recientes exigencias españolas de pagos completos en productos y por los crecientes retrasos en los permisos de exportación para las materias primas que Alemania necesitaba. Por primera vez, Stohrer se creyó obligado a recordar a Franco que esta clase de sacrificios económicos era el incuestionable deber de un aliado del Reich si querían derrotar al bolchevismo. El Caudillo se indignó ante la sugerencia de que su anticomunismo pudiera estar flaqueando, y respondió con una descripción de las armas económicas que los aliados hacían pender sobre su cabeza, pero accedió pese a ello a conceder licencias de exportación para los productos que esperaban para ser transportados a Alemania.⁵⁸

Las opiniones de Franco en esta época se plasmaron en su discurso anual ante el Consejo Nacional de FET y de las JONS del 17 de julio de 1942. Empezó éste con una larga justificación de la lentitud de la recuperación económica española de posguerra. Había cierto tono de autocompasión en su pregunta retórica: «¿Qué saben los espíritus críticos de las tensas vigiliass en las que la responsabilidad aplastante pesa sobre los hombros solitarios?». Lo esencial fue, sin embargo, la insistencia en la unidad de la coalición franquista, lo cual indica que estaba verdaderamente preocupado por la pugna cada vez más intensa entre la Falange y el ejército. Franco se vanaglorió de ser capaz de movilizar tres millones de hombres completamente pertrechados en los que descansaba «nuestra seguridad y la preservación de nuestros derechos». Esta declaración gratuita, además de muy cuestionable dado el estado de las fuerzas armadas españolas en este momento, probablemente tenía como objeto ser un aviso para los aliados y un aliciente para el Eje. Sus opiniones sobre la situación de la guerra habían cambiado poco desde el encendido entusiasmo del discurso del año anterior. Declaró que «poco se salvará del sistema democrático liberal» y que «en materia de esfuerzo bélico, el régimen totalitario ha demostrado plenamente su superioridad; en materia económica es el único capaz de salvar a una nación de la ruina».

Quizá para cubrirse las espaldas, prosiguió anunciando la creación de unas Cortes no representativas que permitieran «contrastar opiniones, dentro de la unidad del régimen, airear aspiraciones». Esto se ha interpretado como un gesto hacia los aliados, lo cual es poco probable, aunque sólo sea porque su inspirador fue Arrese, secretario general de la Falange y partidario del Eje, que a su vez estaba plagiando las ideas de Serrano Súñer. Las Cortes se consideraban, en cualquier caso, como lo que iban a ser: un parlamento de personas nombradas a dedo. Franco aceptó el proyecto porque veía en ellas otra institución en la que diluir el poder de la Falange, aunque Arriba comentó con satisfacción su parecido con la Cámara de las Corporaciones de la Italia fascista. Aquello formaba parte también del proceso por el cual el Caudillo se rodeó del aparato institucional de las Monarquías medievales españolas.⁵⁹

Los elementos del discurso de Franco que se referían al estado de la guerra causaron considerable inquietud en el bando aliado, inquietud que pareció confirmarse cuando agentes americanos capturaron en Lisboa las órdenes de guerra selladas transmitidas a la flota mercante española. En julio, agosto, septiembre y octubre de 1942, una posterior serie de sustracciones realizadas en la embajada española en Washington por los servicios secretos demostró que Franco seguía indeciso sobre su unión al Eje.⁶⁰ Hasta noviembre, después del éxito de los desembarcos de la operación *Torch* en el norte de África, no disminuiría la preocupación aliada por las intenciones del Caudillo.*

En Madrid se pensaba que el viaje de Serrano Súñer a Italia podía haber apuntalado su posición como amigo de Mussolini pero había puesto a Franco en guardia contra él.⁶¹ Entonces, el 15 de agosto, la prensa publicó un artículo apasionadamente germanófilo escrito por Serrano Súñer para *Wille und Macht*, el periódico de las Juventudes Hitlerianas. En él argumentaba que España respaldaba sólidamente a Alemania en la batalla por establecer un orden nuevo. En muchos aspectos era un artículo hábil que no se comprometía a nada, y pedía al Tercer Reich que reconociera los servicios hacía tiempo prestados. Afirmaba explícitamente que si no hubiera sido por la Guerra Civil española, Alemania ahora se estaría enfrentando a dificultades mucho mayores en su campaña contra Rusia, pues una España soviética formaría parte del escenario.⁶² Por la época en que se produjo esta afirmación sin duda sincera a favor del Eje, es difícil no llegar a la conclusión de que, buscando apoyo en la lucha por el poder que se libraba dentro de España, Serrano Súñer intentaba demostrar a Berlín que él era un germanófilo tan digno de confianza como la figura ascendente de Arrese.

Ya desde la llegada de Serrano Súñer a Salamanca a principios de 1937, Franco había estado aprendiendo el arte de la política, en particular de la política internacional. El Caudillo, ya con cincuenta años, empezaba a mostrar su fuerza con mayor independencia. Hacía tiempo que consideraba a Serrano Súñer un útil pararrayos contra las quejas sobre el régimen de sus generales más importantes, y habría estado dispuesto a dejar que siguiera cumpliendo esa función de no ser por una serie de factores. Primero, por su resentimiento porque Serrano Súñer acaparara la atención; un sentimiento asiduamente fomentado por el servil Arrese y por Carrero Blanco.⁶³ Franco era muy sensible a los comentarios de que su cuñado le estaba robando el papel. Lo mismo le ocurría a doña Carmen, pero aún más acentuado. En ambos debió de suscitar hondo resquemor una historia que circulaba por aquel entonces. Se decía que una amiga de colegio de las hermanas Polo que había estado en Latinoamérica, se encontró con Zita, la esposa de Serrano Súñer, y exclamó: «¡Qué maravilla! Me he enterado de que te has casado con el hombre más importante de España. Por cierto, ¿qué es de tu hermana Carmina?». «Pobrecita —respondió supuestamente Zita—, acabó casándose con un militar.»⁶⁴ Esto reforzaba la ira de la señora Franco por el hecho de que la buena sociedad madrileña supiera que Serrano Súñer mantenía relaciones con la esposa de un destacado militar perteneciente a la nobleza. «Su conducta personal había llegado a mancillar el hogar de Franco», según la elegante frase de Feis.⁶⁵ A Serrano Súñer se le agotaba el tiempo.

El desencadenante del descalabro fue el llamado incidente de Begoña, ocurrido a mediados de agosto de 1942 cuando la hostilidad de los tradicionalistas (o carlistas) y de los partidarios militares de don Juan de Borbón hacia la Falange llegó a su punto culminante. El revuelo político que armó esta crisis dio credibilidad a las insinuaciones que Arrese hizo a Franco durante el verano en el Pazo de Meirás, de que era necesario un cambio y ahora era posible. A través de sus contactos con elementos del Partido Nazi de la embajada alemana, Arrese había podido asegurar al Caudillo que Berlín no se molestaría lo más mínimo por el cese de Serrano Súñer.⁶⁶ Ésta sería la crisis interna más seria a la que Franco se enfrentaría cuando comenzaba la década de los años cuarenta, y posiblemente en el transcurso de la dictadura.

Cuando a principios de agosto el ministro de Justicia, el tradicionalista Esteban Bilbao, presentó su carta de dimisión, Franco comprendió la gravedad del descontento entre monárquicos y falangistas. Franco le envió en seguida una halagadora carta en la que prometía investigar sus quejas sobre la Falange.⁶⁷ El 16 de agosto de 1942, el día en que Esteban Bilbao recibió esta carta, la tensión explotó durante la ceremonia anual celebrada en el santuario de la Virgen de Begoña, cerca de Bilbao, para rezar por las almas de los requetés carlistas del Tercio de Nuestra Señora de Begoña caídos en la Guerra Civil. Don Juan de Borbón estaba informado de que los falangistas intentarían crear alborotos durante esta celebración.⁶⁸

Presidía la ceremonia el anglófilo general Varela, famoso por sus simpatías carlistas y por su abierta hostilidad hacia la Falange, a la que hacía responsable de la corrupción y el mercado negro que florecía en España.^{*} Después de la misa, mientras los carlistas se reunían fuera de la iglesia gritando lemas monárquicos y entonando consignas antifalangistas, un grupo de falangistas provocó un incidente sangriento cuando uno de ellos arrojó dos bombas a la muchedumbre. La primera no explotó, pero la otra hirió a casi un centenar de asistentes. El culpable era Juan Domínguez, inspector nacional del sindicato de estudiantes, el Sindicato Español Universitario. El hecho de que los falangistas se hubieran desplazado desde Valladolid a Begoña y portaran armas que incluían granadas, indicaba cierto grado de premeditación.⁶⁹ Animado por su esposa, la aristócrata carlista Casilda Ampuero, Varela fue más allá de su indignación inmediata y aprovechó la oportunidad que le brindaba el incidente para atacar a la Falange en general y a Serrano Súñer en particular.⁷⁰ Interpretando públicamente la atrocidad como un ataque falangista al ejército, envió un comunicado a tal efecto a las Capitanías Generales y organizó el consejo de guerra de Domínguez. El ministro de la Gobernación, coronel Valentín Galarza, le secundó, enviando telegramas a todos los gobernadores civiles en los que sostenía que «agentes al servicio de una potencia extranjera»^{**} habían intentado asesinar al ministro del Ejército.⁷¹

La prensa mantuvo un silencio sepulcral sobre Begoña, pero la preocupación de Franco por las divisiones entre el Ejército y la Falange se manifestó en una serie de discursos que pronunció durante sus vacaciones anuales en Galicia. Significativamente, durante este viaje José Luis de Arrese estuvo siempre a su lado. El más revelador de dichos discursos con diferencia fue el pronunciado el 24 de agosto en La Coruña en una concentración definida por la prensa como «un acto de confraternidad entre el Ejército y la Falange». Franco elogió el espíritu militar de la Falange y las virtudes falangistas del Ejército. El intento de reconciliar a las dos fuerzas enfrentadas con este discurso sólo habría sido captado por los comprometidos en la lucha por el poder. Franco también mencionó al «oro extranjero [que rueda] por España comprando conciencias y sobornando voluntades para crear afrancesados». Con el fin de subrayar aún más su proximidad a los alemanes, el Caudillo repitió los alardes, oídos por última vez en su discurso del 17 de julio, de que España sería capaz de reclutar «tres millones de hombres que valen como seis, que valorizan a una raza y a un pueblo que pide su puesto en el mundo».⁷²

El Generalísimo se había percatado rápidamente de que la indignación de Varela ocultaba un intento de sacar partido del incidente, y a Franco le mortificaba profundamente cualquier intento de este tipo de usurpar su autoridad como árbitro político supremo. Ese mismo día, el 24 de agosto, en una larga y tensa conversación telefónica, Franco defendió a los falangistas implicados mientras Varela permanecía inamovible en su opinión y los denunciaba como asesinos.⁷³ Varela hizo además una apuesta peligrosa: escribió una carta de dimisión al Generalísimo en la que se quejaba del tono falangista de sus discursos en Galicia, añadiendo que continuaría en su cargo sólo si se cumplían ciertas condiciones. Además del castigo de los responsables, exigió la expulsión del partido único de los instigadores del incidente y la formación de un gobierno «de autoridad para rectificar los errores del pasado». Esto significaba claramente un gabinete en el que dominaran los monárquicos y que, presumiblemente, iniciara el proceso de transición hacia la restauración de la Monarquía. Como a Varela le respaldaban Galarza, Vigón, el almirante Salvador Moreno y Esteban Bilbao, Franco reaccionó con cautela. En parte para evitar enemistarse con los militares monárquicos innecesariamente, y sin duda en parte porque no disentía del veredicto que inculpaba a Domínguez, Franco consintió en que fuera ejecutado. Después intentó neutralizar a Varela y, con lágrimas en los ojos, le aduló y le suplicó que se quedara. Como Varela siguiera en sus trece, Franco, irritado por la amenaza a su propio puesto que implicaba la insubordinación de Varela y Galarza, aceptó la dimisión de Varela y cesó a Galarza.⁷⁴ Al hacerlo se arriesgaba a una reacción por parte de influyentes generales pero contaba con el temor de éstos a perder cómodos puestos.

La crisis distaba mucho de haberse acabado. Quedaba por ver si la amenaza implícita en la dimisión de Varela se materializaría. Franco inició una frenética ronda de malabarismos. A Bilbao, Vigón y al almirante Moreno les parecía que Varela había obtenido de Franco un compromiso suficiente y no se sentían obligados a emular su intransigencia. El secretario de la Presidencia del Gobierno, Carrero Blanco, susurró al oído del Caudillo que después de la crisis tenía que haber «vencedores y vencidos». Carrero encontró un ánimo receptivo a su sugerencia de que el cese de los dos generales se interpretaría como si en verdad Serrano Súñer estuviera al mando. Pero suponer que Carrero Blanco por sí solo consiguió de este modo convencer a Franco de que debía aplicar a la Falange un castigo equivalente, sería

sobrevvalorar en mucho su papel. Era inconcebible que, tras el enfrentamiento con Varela, Franco no supiera que para sobrevivir a las presentes dificultades debía tomar medidas contra Serrano Súñer, que como presidente de la Junta Política de la Falange era su figura más destacada y con mayor autoridad. Suponía un sacrificio menor de lo que podría haber sido anteriormente. Franco ya se había vuelto en contra de su cuñado lo bastante para permitir que, durante el viaje a Galicia, Arrese le convenciera de que el incidente de Begoña era una confabulación tramada por Serrano Súñer para derrocarlo.⁷⁵

En mayo de 1941, Franco no había cedido a las presiones militares para cesar a Serrano Súñer en buena medida porque de haberlo hecho se hubiera convertido en prisionero de sus propios generales. Ahora era un recurso para equilibrar el golpe que para sus generales significaba la salida de Varela.⁷⁶ A principios de septiembre, un nervioso Franco destituyó a su cuñado como ministro de Asuntos Exteriores. Con expresión de enorme disimulo, le dijo: «Mira, Ramón, quiero hablarte de un asunto serio, sobre una decisión importante que he tomado. Después de lo sucedido, voy a sustituirte». Serrano Súñer reaccionó con considerable aplomo y expresó su alivio, porque podría tomarse un descanso. Cuando le presentó algunos documentos para su firma, Franco dijo fríamente: «Prefiero que me los presente el nuevo ministro».⁷⁷ Éste sería el general de sesenta y seis años, Francisco Gómez Jordana, conde de Jordana. El propio Franco asumió la presidencia de la Junta Política y a partir de entonces el control de la Falange.

Jordana había sido miembro del directorio militar del general Primo de Rivera en los años veinte y ministro de Asuntos Exteriores de Franco desde 1938 hasta agosto de 1939.⁷⁸ Era leal a Franco, pero lo bastante monárquico para que su nombramiento aplacase al Alto Mando y pareciera como si la acción de Varela hubiera surtido efecto.⁷⁹ Más tarde, los propagandistas de Franco proclamaron que la elección de Jordana como sustituto de Serrano Súñer revelaba un cambio prudente y profético en su política exterior. Sin embargo, en ese momento la prensa controlada insistió en que «la sustitución de ciertas personas en posiciones de gobierno no producen ni pueden producir la más ligera variación en la política interna o internacional». Era una mera cuestión de «cambio de guardia». Además, los otros cambios importantes en el gabinete fueron la sustitución del anglófilo Varela como ministro del Ejército por el general Carlos Asensio Cabanillas, notorio partidario del Eje, y del monárquico Galarza por el abogado falangista, Blas Pérez González, hasta entonces fiscal del Tribunal Supremo. Por tanto, existen pocos motivos para creer que Franco hiciera estos cambios de gobierno con vistas a la política exterior. La idea es aún menos creíble por el modo precipitado en que se cesó al ministro de Exteriores y la manera en que se eligió a su sucesor.

Franco vio a Jordana el jueves 3 de septiembre. Después de darle un informe sobre la crisis, el Caudillo le reveló que no había sido su primera elección como ministro de Asuntos Exteriores, sino que en un principio estaba destinado a reemplazar a Varela como ministro del Ejército. Franco recurrió a Jordana después de que la primera persona en que había pensado para el cargo, un almirante no mencionado, resultase estar emparentado con el antaño presidente de la Segunda República, Niceto Alcalá Zamora, y de que su segunda opción, el general Juan Vigón, se hubiera negado respetuosamente en solidaridad con Varela.⁸⁰ Este mero detalle sugiere que Jordana no fue elegido por su anglofilia. Algunos años después, Serrano Súñer afirmó convincentemente que la mayor ventaja de Jordana para Franco consistía en que se trataba de un general acostumbrado a la disciplina militar, que nunca le discutiría nada, ni intentaría darle lecciones, ni le haría sombra.⁸¹

Con Jordana elegido para el palacio de Santa Cruz, Franco tuvo grandes dificultades para encontrar un candidato a ministro del Ejército. Varela consiguió convencer a los demás tenientes generales de que no le sustituyeran. Esta confianza en que ellos le respaldarían se apoyaba en su carta de dimisión. Franco se vio obligado a bajar al nivel de general de división para encontrar a un nuevo ministro en la persona del general Carlos Asensio Cabanillas, un fiel franquista con simpatías falangistas y héroe de la campaña contra Madrid del ejército de África en 1936. Al principio Asensio también se negó para evitar problemas con sus superiores inmediatos, pero Franco venció su renuencia simplemente ordenando a Asensio que aceptara el nombramiento, dejando muy claro que se resistiría hasta la muerte a cualquier desafío a su autoridad diciéndole a Asensio: «Ya sé que algún día saldré de aquí con los pies por delante».⁸²

Se había resuelto una crisis muy peligrosa y Franco había sido el vencedor indiscutible. Cuando poco después Juan Vigón se quejó de que no había habido ni una sola satisfacción, en el sentido de que no se habían producido progresos encaminados a la restauración de la Monarquía como él, Varela y otros generales esperaban, Franco respondió: «Yo creía que con la salida de Serrano te ibas a poner tan contento».⁸³ El ejército había salido reforzado, ganando considerable terreno ante la Falange, aunque en la solución definitiva y en el ascenso de Asensio los generales disidentes, encabezados por Varela, Kindelán y Aranda, habían perdido terreno frente a Franco. No obstante, la satisfacción de los generales por la caída del *cuñadísimo* se percibió en el hecho de que, al margen de Kindelán, los militares disidentes permanecieron tranquilos durante casi un año. La Falange estaba ahora en manos de los elementos más cobistas, interesados primordialmente en su propio ascenso dentro del régimen. Con el servil Arrese escalando posiciones, aquella era, más que nunca, la Falange de Franco.

Se dieron interesantes similitudes entre la crisis de Begoña y la lucha de poder que había estallado en mayo de 1941. La adquisición de Franco en la primera de estas crisis de un servidor astuto pero totalmente leal y obediente en la persona de Carrero Blanco, era equiparable al nombramiento del anodino abogado de cuarenta y cuatro años, el «camarada» Blas Pérez González, como ministro de la Gobernación. Blas Pérez, comandante del cuerpo jurídico del Ejército y protegido de Lorenzo Martínez Fuset, se convertiría en uno de los servidores más incondicionales de Franco.⁸⁴ Las dos crisis revelaban el notable y creciente talento del Caudillo para manipular a las élites que formaban la coalición franquista. Quizá más importante a este respecto fue que lo que Franco pudo aprender sobre el ejército en el incidente de Begoña era comparable a grandes rasgos con lo que había aprendido sobre la Falange durante mayo de 1941, haciéndose gratamente evidente que la

respetuosa contención, por no decir pusilanimidad, de la mayor parte de los generales antifalangistas sería un gran obstáculo para cualquier intento serio de derrocarlo. Para Franco, Begoña fue el paso a la mayoría de edad política. Nunca más sería tan dependiente de un hombre como lo había sido de Serrano Súñer. Ahora Franco sabía que su gran talento político, del que, en realidad, dependía su supervivencia personal, era su habilidad para equilibrar las fuerzas internas de la coalición nacional. Sabría utilizarla bien.

Ni alemanes ni italianos expresaron demasiado pesar por la marcha de Serrano Súñer, sobre todo porque cada vez lo consideraban más «difícil». *The Times* comentó sabiamente: «Considerar el cese del señor Súñer como un revés político para las potencias del Eje, es un ejercicio de imaginación tentador pero injustificable». Berlín y Roma tenían pocos motivos para preocuparse, pues no se alteró la dirección de la política española. Además, los alemanes estaban encantados con la sustitución de Varela, a quien consideraban un anglófilo peligroso, y no menos con la victoria de Arrese sobre Serrano Súñer.⁸⁵ Más aún, la caída de Serrano Súñer y el ascenso del general pro Eje, Asensio, junto a la disminución de los triunfos alemanes en Rusia, habían amortiguado mucho los designios de Hitler de utilizar a Muñoz Grandes para imponer una política más favorable a Alemania.⁸⁶ El Führer se había vuelto escéptico sobre los planes de Muñoz Grandes para derrocar a Franco, los cuales, tras haber quedado el ejército otra vez bajo el total dominio del Caudillo, calificaba de «fantasías». La destreza con que Franco había solucionado la crisis de Begoña impresionó a Hitler, y Ribbentrop se mostró encantado, como también Göring y Himmler, de que el cese de Serrano Súñer «pusiera fin a su juego de hacerse pasar por amigo del Eje mientras evitaba que España se uniera a la coalición».⁸⁷ Al cabo de sólo dos días del cese de Serrano Súñer, Hitler comentó admirativamente: «De entre todas, la prensa española es la mejor del mundo».⁸⁸

Volvió a rumorearse que Serrano Súñer sería enviado a Roma como embajador, pero ni Jordana ni Franco, cada uno por razones diferentes, tenían ningún deseo de darle la oportunidad. Ciano afirmó sentirse aliviado cuando Franco eligió en su lugar a Raimundo Fernández Cuesta.⁸⁹ A partir de entonces, Serrano Súñer prácticamente desapareció de la política, retomando una fructífera carrera como abogado.* La relación entre las dos familias se volvió fríamente cortés, y los afectos de doña Carmen se desplazaron de Zita Polo a su amiga Pura Huétor.⁹⁰

A raíz de la salida de Serrano Súñer, la política española empezó inevitablemente a cambiar, a pesar de las diversas declaraciones públicas en sentido contrario. El 9 de septiembre, Jordana le dijo al embajador del gobierno de Vichy que el verdadero autor de la política exterior era Franco y que él no era más que el «dócil ejecutor» de las órdenes del Caudillo.⁹¹ Sin embargo, las inclinaciones de Jordana a favor de los aliados tuvieron gradualmente su efecto, a pesar de las persistentes esperanzas del Generalísimo en el triunfo del Eje. La prensa oficial anunció que la continuidad no se interrumpiría.⁹² El mismo mensaje se expresó claramente en una efusiva carta que el 18 de septiembre de 1942 envió Franco a Mussolini, declarando que «los cambios habidos en el Gobierno español no afectan en lo más mínimo a nuestra posición en el exterior sino [que tienden] a reforzar la política interior».⁹³ En ese momento particular, Franco no tenía ninguna necesidad apremiante para escribir una carta tan efusiva, más bien al contrario. En una reunión del gabinete de cuatro días, mantenida el 17, 18, 19 y 21 de septiembre, se libró una batalla por la dirección de la política exterior. El comunicado final reflejaba el conflicto entre Jordana y Arrese.⁹⁴ En él se vinculaba la política española «con los imperativos del nuevo orden europeo», aunque hacía referencias amistosas a Portugal y Latinoamérica, lo cual indicaba el deseo de Jordana de mejorar las relaciones con Gran Bretaña y Estados Unidos, lo cual era de simple sentido común a la luz de la magnitud de los preparativos militares para la operación *Torch* que tenían lugar en Gibraltar. Sin embargo, en general la declaración sugería la persistente fuerza del sentimiento pro Eje en el círculo más íntimo de Franco.⁹⁵

Franco empezaba a ser el árbitro silencioso de los Consejos de Ministros, guardándose sus opiniones para sí y dejando que otros asumieran los compromisos. En vísperas de la operación *Torch*, la remodelación provocada por el incidente de Begoña ciertamente favoreció a la causa aliada aun cuando no era ésa la intención de Franco. Serrano Súñer había dicho a Ciano en junio que, a pesar de que España no estuviera preparada para la guerra, ciertamente «deberá desnudar la espada» si los aliados desembarcaban en el norte de África.⁹⁶ El diminuto Jordana* tenía fama de ser cortés, honrado, directo, y poseedor de un cauto sentido común, y aportó un elemento de prudencia a la política exterior española de la que había carecido en los tres años anteriores. Su oficina de prensa hablaba de potencia militar española en términos de resistir una invasión y no de conquistas imperiales. En Lisboa produjo satisfacción su nombramiento.⁹⁷ Hayes rápidamente percibió en las atenciones de Jordana un importante cambio con respecto a los aliados. Su elección del monárquico José Pan de Soraluce como subsecretario de Asuntos Exteriores, se interpretó en general como un gesto pro aliado.⁹⁸ Pese a ello, el nombramiento de Jordana no se consideró en Berlín un gesto antialemán.

A pesar de su admiración por el modo de resolver la crisis de Begoña, el resentimiento de Hitler hacia el Caudillo había crecido hasta el extremo de que a mediados de 1942 prohibió que se mencionara el nombre de Franco en su presencia. El 31 de mayo de 1942, el Caudillo había otorgado todos los honores de capitán general a la Virgen de la Fuencisla, patrona de Segovia, en reconocimiento a la milagrosa defensa de la ciudad que dirigió el general Varela.⁹⁹ Cuando Hitler recibió la información, comentó: «Tengo dudas muy serias de que pueda salir algo bueno de esta clase de tonterías. Estoy siguiendo el desarrollo de España con gran escepticismo, y he decidido que, aunque en el futuro visite todos los demás países de Europa, nunca iré a España».¹⁰⁰ El Führer había empezado a expresar su arrepentimiento por apoyar la causa de Franco en la Guerra Civil española: «La verdadera tragedia para España fue la muerte de Mola; él era el auténtico cerebro, el auténtico jefe. Franco llegó a la cima como Poncio Pilatos al Credo». En el verano de 1942, había dicho: «Es obvio que es incapaz de liberarse de la influencia de Serrano Súñer, a pesar de que este último es la personificación del jesuita en política y está jugando

manifiestamente un juego desleal con las potencias del Eje». Hitler se alegró de la caída de Serrano Súñer, lo cual contradice la opinión de que el cese del *cuñadísimo* estuvo inspirado por el deseo de Franco de distanciarse del Tercer Reich.¹⁰¹

Muy al contrario, la admiración de Franco por Hitler seguía inquebrantable. El 30 de septiembre de 1942, en una versión absurdamente ingenua de su teoría de las dos guerras, el Caudillo aseguró a Myron Taylor, representante personal del presidente Roosevelt ante el Vaticano, que Hitler era un caballero honorable que no tenía ninguna animadversión contra Gran Bretaña ni tenía la menor intención de menoscabar su independencia.¹⁰² Sin embargo, en octubre, cuando los preparativos aliados para la operación *Torch* demostraron que Gran Bretaña distaba mucho de estar vencida, Franco se comportó de modo circunspecto. Esto se ha interpretado como una intuición profética de la victoria aliada, pero no era más que una razonable precaución a corto plazo. Ante el despliegue de fuerzas en sus fronteras, no era el mejor momento para medirse con los aliados, sobre todo a raíz del fracaso del mariscal Rommel en la conquista de Egipto. No obstante, los estrategas militares de la operación *Torch* eran muy conscientes del daño que podía causar la hostilidad de España o su aquiescencia a un ataque alemán a Gibraltar. Por tanto, a mediados de septiembre el Foreign Office estableció unas directrices por las cuales los embajadores británico y estadounidense asegurarían explícitamente a Franco que la operación no amenazaba ningún territorio español. El general Eisenhower se sintió algo inquieto con esto y comentó a su ayudante de campo que, a pesar de que las necesidades militares hacían necesario este trato con Franco, le desagradaban profundamente su despotismo y sus contactos con Hitler y Mussolini.¹⁰³

No cabe duda de que en noviembre de 1942 la actitud de España ante la operación *Torch* iba a tener una repercusión importante sobre el resto de la guerra. Antes de la operación, se concentraron en Gibraltar miles de soldados aliados y toneladas de equipo, que posteriormente cruzarían el Estrecho bajo la mira de los cañones españoles en ambas orillas del Mediterráneo. La versión posterior a 1945 sobre el papel de Franco en la guerra, fuertemente adulterada y elaborada por su aparato de propaganda, presenta al Caudillo resistiendo los apremios alemanes para que cortase las comunicaciones aliadas y de ese modo entorpecer la operación *Torch*. Para sus admiradores, esto da prueba de su desinteresado servicio a los aliados.¹⁰⁴ De hecho, aparte de tener noticia de una próxima intervención aliada en algún lugar del norte de África, ni Franco ni ninguno de sus ministros tenían la menor idea de lo que se estaba preparando de manera específica.¹⁰⁵ La presión alemana sobre Franco para que obstaculizara la operación aliada fue curiosamente débil. Sin embargo, no es extraño que en octubre de 1944, al rechazar una oferta de Franco para unirse a una alianza anticomunista en la posguerra, Churchill recordara no obstante «los distinguidos servicios» que Franco había prestado a la causa aliada «al no intervenir en 1940 ni interferir en el uso del aeródromo de la bahía de Algeciras en los meses previos a la operación *Torch*». De este testimonio de Churchill (en modo alguno desinteresado) se extrajo esa visión tan repetida de un Franco astuto que, habiendo previsto el resultado de la guerra, había evitado con una farsa de retórica pro Eje, que Hitler invadiera para conquistar Gibraltar.

Sin embargo, la precaución de Franco no nacía de una perspicacia excepcional sino de una clara conciencia del poder de represalia de los aliados. Le preocupaba en especial un posible ataque a las islas Canarias. Había personas en el Ministerio de Exteriores, incluido el director general de Política Exterior José María Doussinague, que recibieron la operación *Torch* como una oportunidad para que España se acercara al Eje, considerando que ahora era el momento de conseguir alimentos y armas a cambio de defender las islas Canarias y de dejar franco a los alemanes el paso hacia el norte de África a través de España. Sin embargo, con sectores de la prensa estadounidense exigiendo la ruptura de relaciones diplomáticas con España, Franco y Jordana estaban muy intranquilos ante un posible ataque aliado a territorio español. Así pues, el 26 de octubre de 1942, se publicó otra mendaz negación de las facilidades de aprovisionamiento ofrecidas a los submarinos alemanes.¹⁰⁶ En cualquier caso, influyeron en Franco y Jordana los informes del embajador en Londres, duque de Alba —confirmados más tarde tanto por el embajador británico como por el estadounidense—, de que los aliados no planeaban ningún acto hostil contra España. Hayes recibió instrucciones de que, llegado el momento, «diera las más sólidas garantías de que Estados Unidos no emprendería ninguna acción que de algún modo pudiera afectar a España o a los territorios españoles». A finales de octubre Hoare ofreció garantías solemnes de ello a Jordana y a Franco, como hizo Hayes el 3 de noviembre.¹⁰⁷

El esfuerzo de los diplomáticos aliados en España era crucial. Antes de ofrecer estas garantías concretas de la buena voluntad aliada, sir Samuel Hoare se había afanado en convencer a Franco de su dependencia de los recursos económicos británicos y estadounidenses. El 19 de octubre había hablado con el Caudillo y pensó que su «mente parecía más alerta de lo habitual». Hoare le aseguró que no se produciría una intervención británica en los asuntos internos de España ni durante ni después de la guerra, ni ninguna invasión británica u ocupación de territorio español, peninsular o de ultramar. Garantizó al Caudillo que el Reino Unido no estaba apoyando a sus enemigos republicanos y le recordó la facilidad con la que España estaba obteniendo pasavantes para trigo. Por si Franco se inclinara a sentirse en exceso satisfecho por la actitud conciliatoria de Hoare, éste también enumeró las actividades antialiadas que tenían lugar en España con la connivencia oficial, en particular el aprovisionamiento de submarinos alemanes en Vigo, y le pidió que explicara las cinco visitas del almirante Canaris en los seis meses anteriores. Franco contestó que no veía motivo para que España, que había estado al margen de la guerra durante tres años, no pudiera estarlo hasta el final, restó importancia al asunto de los submarinos por ser resultado de un «descuido o de la corrupción» y se limitó a reírse cuando Hoare insistió acerca de la visita de Canaris, lo cual hizo a éste comentar que «durante la entrevista, Franco estuvo más cordial y comunicativo de lo que yo le había visto anteriormente». Pese a esto, en el Foreign Office advirtió enseguida que Franco «se cuidaba mucho de comprometerse a dar satisfacción respecto a nuestras diversas quejas. De hecho, aún no está seguro de que Alemania no ganará la guerra, y hasta que no lo esté pocos cambios podemos esperar en su presente política».¹⁰⁸

Por entonces, había indicado la embajada alemana a Jordana que España informara a Londres y a Washington de que un desembarco aliado en el Marruecos francés se consideraría *casus belli*. El 27 de octubre, Stohrer sugirió que ahora era el momento para que España se hiciera con el Marruecos francés. A Doussinague y a otros extremistas del Ministerio de Asuntos Exteriores les atraía la idea de que España pudiera así interrumpir cualquier avance aliado en el norte de África, en beneficio de Rommel.¹⁰⁹ Sin embargo, ni a Franco ni a Jordana les tentó seriamente. Por el contrario, llegaron a la conclusión de que la sugerencia de Stohrer implicaba que los alemanes solos no estaban en condiciones de emprender una acción más contundente. En la tensa reunión del Consejo de Ministros celebrada el 4 de noviembre de 1942 para tratar de la situación internacional, las garantías aliadas resultaron, por todo ello, decisivas.¹¹⁰ Incluso en plena sesión del consejo, Hull telegrafió a Hayes porque Roosevelt quería ir más allá de su declaración del día anterior e informar a Franco de que podía esperar mayor ayuda económica de Estados Unidos «siempre que España permanezca al margen del conflicto y no permita que su territorio sea penetrado por las potencias del Eje».¹¹¹

El nerviosismo de Roosevelt se debía a la información proporcionada al agregado militar norteamericano por un oficial del ejército español a principios de noviembre de 1942, según la cual Hitler había pedido a Franco que permitiera el paso de tropas alemanas a través de España en caso de operaciones militares aliadas en el noroeste de África.¹¹² Este rumor nunca fue confirmado y parece más probable que la presión alemana no fuera más allá de las insinuaciones de Stohrer del 27 de octubre. De hecho, en octubre de 1945 Serrano Súñer afirmó que no había existido presión alguna.¹¹³ No obstante, Roosevelt autorizó a Hayes a comunicar a Franco que Estados Unidos le apoyaría para resistir una agresión por parte del Eje. Hayes transmitió el mensaje a Jordana en la mañana del viernes 6 de noviembre, sugiriendo que para permanecer al margen de la guerra, España debía hacer declaraciones inequívocas de su voluntad de defender su neutralidad frente a ambos bandos. Hayes creía que el hecho de que se desplegara al ejército español para resistir un ataque procedente del sur y no del norte implicaba una actitud de hostilidad hacia la causa aliada. El sostenido entusiasmo por el Eje llevó a Hayes a describir la prensa española como «un instrumento de la guerra política del Eje». Sin embargo, no existen motivos para dudar de la categórica afirmación de Jordana, hombre generalmente fiable, de que Alemania no había pedido el consentimiento de Franco para el paso de tropas a través de España.

Con todo, la mano de Franco pudo percibirse en el claro intento de Jordana de favorecer al Eje intimidando a los aliados, como había hecho a Hoare el día antes, cuando insinuó a Hayes inequívocamente que si los aliados invadían el norte de África francés, España se vería obligada a entrar en la guerra al lado de Alemania. Eso era exactamente lo que Stohrer había solicitado hacía una semana. Hayes respondió a la amenaza de Jordana asegurándole que si se permitía a los alemanes pasar a través de España se produciría una intervención aliada en la península, una amenaza bastante más directa de lo que hubieran preferido los británicos. Hayes comentó: «A raíz de mi anterior conversación con el ministro, en la que expresé su gratitud por las garantías que le ofrecí en nombre de nuestro gobierno, Jordana se pasó todo el día del martes [3 de noviembre] con el general Franco y me imagino que hoy estaba interpretando la actitud de Franco».¹¹⁴

El domingo 8 de noviembre de 1942 empezó la operación *Torch*. Hayes y Hoare vieron a Jordana durante la mañana para asegurarle que se respetarían plenamente los intereses de España. Hayes había hecho cundir el miedo en los círculos oficiales españoles exigiendo ver a Jordana a las dos de la madrugada e insistiendo en que el ministro de Exteriores le preparase una audiencia inmediata con Franco. Jordana, muy nervioso, recibió a Hayes y a Beaulac en batín y pijama, temiendo que fueran a informarle de un ataque aliado contra territorio español. A Hayes se le dijo que Franco estaba ausente en una cacería, como tantas otras veces. Se ha dado a entender que Jordana dijo esto sólo para ganar tiempo y que Franco en realidad estaba con sus ministros militares estudiando la situación, y luego pasó la noche en vela rezando.¹¹⁵ Si esperaba que los aliados le declarasen la guerra, es perfectamente posible que Franco fingiera estar ausente para ganar tiempo. Por razones de seguridad, Hayes se negó a calmar los temores de Jordana comunicándole el propósito de su petición. Por fin, cuando había pasado ya la hora de los desembarcos de la operación *Torch*, acabó con el sufrimiento de Jordana revelándole el contenido de la carta de Roosevelt a Franco de la que era portador. El tono de ésta era cordial, tranquilizador, y concluía con las palabras: «España no tiene nada que temer de Estados Unidos». Por fin, a las nueve de la mañana, Hayes fue recibido por Franco. El Caudillo parecía tranquilo, le recibió con amabilidad y expresó su aprecio por las garantías aliadas. Cuando fue transmitida a los jefes militares aliados, las garantías de la neutralidad de Franco causaron considerable alivio. El 10 de noviembre, el Caudillo respondió formalmente a Roosevelt aceptando sus garantías y expresando su «intención de evitar cualquier cosa que pudiera enturbiar nuestras relaciones en cualquiera de sus aspectos». La carta de Roosevelt apareció en la prensa española junto con la aceptación de sus contenidos por parte de Franco.¹¹⁶

Asensio, ministro del Ejército y partidario del Eje, junto con los dos ministros falangistas, Girón y Arrese, creían que era el momento ideal para que España entrase en la guerra del lado alemán. Se produjeron encendidas discusiones en el gabinete entre ellos por un lado y Jordana, Vigón y Moreno por el otro.¹¹⁷ Franco, habiendo retrasado la discusión de la cuestión durante algunos días, se mantuvo como árbitro silencioso. Mientras tanto, el 11 de noviembre de 1942, apenas tres días después de los desembarcos aliados, el Caudillo recibió una visita inquietante. El general Kindelán, el de mayor graduación en activo y capitán general de Barcelona, se desplazó a Madrid para hablar del significado de los desembarcos con el resto del Alto Mando y con el propio Franco. Kindelán informó al Caudillo en términos inequívocos que si había comprometido formalmente a España con el Eje tendría que ser sustituido como jefe de Estado. En cualquier caso, aconsejó a Franco que proclamase la Monarquía en España y se declarase regente. Franco apretó los dientes y respondió en tono conciliador, y engañoso. Negó cualquier compromiso formal con el Eje, afirmó que no deseaba permanecer más de lo necesario en un cargo que cada día encontraba más desagradable y le confió que quería que don Juan fuera su sucesor.

Kindelán argumentó con vigor que a la postre la superior potencia económica e industrial de los aliados anglosajones garantizaría su victoria, y que por tanto España debía permanecer neutral. Dijo también que el ejército no podía aceptar que su jefe fuera también el líder de un partido, en particular uno tan ignominioso como la Falange. Como Kindelán podía afirmar que hablaba también en nombre de los generales Jordana, Dávila, Aranda, Orgaz, Juan Vigón y Varela, a quienes había visto en esta visita a Madrid, Franco simuló aceptar cordialmente lo que le decía, pero su paciencia se estaba agotando. A su regreso a Barcelona, Kindelán reunió en su casa a los generales y otros altos oficiales de la región militar catalana, les dijo que «marcha a la deriva la nave del Estado en completo desgobierno» y habló de la incompetencia y la corrupción de la burocracia falangista. Afirmando que no se podía esperar ninguna solución del presente régimen, pidió un cambio radical de personas, métodos y régimen de gobierno. Franco había soportado demasiado tiempo las críticas de Kindelán y su convicción de que las acciones del Caudillo estaban sujetas a la aprobación de los generales que lo habían votado en septiembre de 1936. Después de un prudente intervalo de dos meses, Franco sustituyó a Kindelán ^{*} como capitán general de Cataluña por Moscardó, de tendencias falangistas.¹¹⁸

No es de extrañar que, con los militares monárquicos envalentonados por los desembarcos aliados, el Caudillo eligiera este momento para rehabilitar a Yagüe, nombrándolo comandante de las fuerzas españolas en Melilla el 12 de noviembre de 1942.¹¹⁹ Yagüe aún estaba totalmente convencido de la inminente victoria del Eje a pesar de la operación *Torch*.¹²⁰ Fue un nombramiento muy inteligente, pues Franco sabía que los alemanes buscaban el trato de Yagüe como su posible suplente para apoyar la sustitución del Caudillo por Muñoz Grandes. Teniendo que seguir de cerca el avance de los aliados, era poco probable que Yagüe se comprometiera en conspiraciones contra Franco, aunque, en todo caso, era demasiado idealista y, en realidad, leal, para prestarse al juego de los nazis.¹²¹ Y lo que es aún más importante, en Melilla, Yagüe sería un valioso contrapeso a Orgaz, el Alto Comisario de Marruecos, monárquico, partidario de los aliados y compinche de Kindelán. Con toda probabilidad los dos potenciales rivales se neutralizarían entre sí.

En el momento en que la propuesta de Asensio, Girón y Arrese sobre una rápida declaración de guerra del lado del Eje estaba entre los planes del gobierno, los éxitos aliados eran tan espectaculares que no permitían pensar en ninguna acción hostil española independiente. El 11 de noviembre las tropas alemanas habían ocupado Vichy, reflejo del temor a que los acontecimientos en el norte de África inspirasen un cambio de lealtades francesas o incluso preludiaran un desembarco aliado en la Francia mediterránea. Al día siguiente, Franco ordenó una movilización general con el fin de que España pudiera hacer frente a cualquier amenaza a sus fronteras de los dos bandos beligerantes. Hayes y Washington interpretaron esto como un gesto favorable a los aliados, tras analizar el servicio secreto el intercambio de telegramas entre Madrid y la Embajada de España en Washington.¹²² A mediados de noviembre, en los círculos militares y diplomáticos circularon rumores no confirmados de que Hitler había exigido a Franco paso libre para sus tropas a través de España.¹²³ A finales de mes, Jordana comunicó a Alba, y también a Hayes, que España había solicitado garantías alemanas de que su territorio no sería vulnerado. A pesar de las insinuaciones que se hicieron a Hayes de que Alemania demandaba que se permitiera el paso de tropas a través de España, es evidente por la carta de Jordana a Alba que no existían tales presiones. Berlín ofreció garantías verbales de que no invadiría España y declaró explícitamente que el Tercer Reich no tenía intención de enviar tropas a territorio español. El despliegue de sólo un número reducido de tropas alemanas en el sur de Francia corroboró esas garantías.¹²⁴ Jordana afirmaba también de forma categórica que la movilización no era un alejamiento de la no beligerancia pro Eje ni una modificación de la estricta neutralidad, lo cual contradecía los mensajes que el gobierno español proporcionaba a Washington.¹²⁵

Franco exageró las amenazas imaginarias del Eje para congraciarse con los aliados y viceversa.¹²⁶ El hecho de que las fuerzas angloamericanas hubieran penetrado precisamente en aquellos territorios del Marruecos francés y de Argelia que Franco codiciaba, difícilmente pudo agradarle. Sin embargo, el resentimiento no le cegó a la necesidad de cubrirse las espaldas. Ello no significa que hubiera perdido la fe en una victoria final del Eje.¹²⁷ Esto se percibe claramente en una carta que Jordana escribió a mediados de noviembre al nuevo embajador español en Berlín, Ginés Vidal. Jordana sometía sistemáticamente los más mínimos detalles de su trabajo a la aprobación de Franco,¹²⁸ y la intervención de su jefe es visible en la instrucción de buscar para «España (la única nación en el mundo que profesa abierta y sinceramente su amistad por él [Tercer Reich])» material de guerra gratuito para resistir a los aliados y aliviar así a Alemania de la necesidad de defender un flanco suplementario.¹²⁹ Puesto que Franco había aceptado las garantías de Roosevelt, tanto en privado como en público, era evidente la duplicidad que implicaba el comunicado a Berlín.

La vacuidad de la amistad de Franco se reveló en menos de una semana. El 14 de noviembre, Stohrer solicitó permiso para que la aviación alemana utilizara Baleares como base desde la cual rescatar a los aviadores derribados en el Mediterráneo. Cuando el 19 de noviembre Jordana trató la cuestión con Franco en su reunión regular de los jueves, el Caudillo se negó basándose en que acceder a la petición alemana provocaría la hostilidad de los aliados.¹³⁰ Esta negativa tal vez formaba parte de la estrategia de Franco para convencer a los alemanes de que le debían conceder ayuda militar que le permitiera hacer frente a los aliados. El 24 de noviembre de 1942, el Ministerio de Asuntos Exteriores español redactó un documento titulado «Bases para las negociaciones políticas con Alemania», en el que quedaba claro que Franco esperaba armamento alemán sin condiciones, sin compensación económica y sin oficiales ni técnicos que lo supervisarán.¹³¹ Era ésta una iniciativa característica, vaga, ambigua y abierta a todo tipo de posibilidades. En apariencia se trataba de una auténtica petición de ayuda al Eje para reforzar a un país amigo en cuyas fronteras había concentraciones de tropas aliadas. A pesar de toda su simpatía por el Tercer Reich, Franco estaba intentando sacar provecho de las dificultades del Eje, del mismo modo que exageraba la

amenaza alemana para obtener beneficios de Gran Bretaña y Norteamérica.

Pronto se hizo patente que Franco se sentía cada vez más seguro de sí, dispuesto a utilizar su connatural astucia tanto frente al Eje como frente a los aliados. El lunes 23 de noviembre, en un Consejo de Ministros, ordenó a Jordana que apremiara a los americanos a cumplir sus promesas de aumentar la ayuda económica a España. Hayes interpretó con optimismo la subsiguiente solicitud de combustible y productos alimenticios como un signo de que «Jordana y Franco probablemente piensen ahora en una victoria de las Naciones Unidas y en consecuencia podamos contar con ellos como amigos potenciales y no como enemigos». ¹³² Hayes estaba en lo cierto por motivos equivocados: un indicio del ánimo de Franco en este momento se manifestó en las celebraciones de su cincuenta cumpleaños. Franco declaró ante Arrese y una delegación de la Falange: «A vuestra fe y a vuestro fanatismo correspondo con el mío. Creo en España porque creo en la Falange». ¹³³ Dando las gracias a Hitler, que había enviado un telegrama de felicitación, al igual que Víctor Manuel III y Mussolini, Franco agradeció «vuestros votos para nuestro porvenir, y los hago, a mi vez, para que el triunfo acompañe a vuestras armas en la gloriosa empresa de liberar a Europa del terror bolchevique». ¹³⁴

Tres días después, al dirigirse al Consejo Nacional de Falange el 7 de diciembre, el Caudillo manifestó su fe intacta en el Eje. Sería uno de sus discursos más importantes y reveladores. Pero también pudieron distinguirse, en lo que por lo demás fue una notable muestra de autocomplacencia y miopía, los borrosos perfiles de una fórmula para su propia supervivencia en el caso de una derrota del Eje. En una demostración de la falsedad de su pensamiento político, Franco optó por pintar los momentos dramáticos por los que el mundo pasaría cuando la guerra llegara a su fin. Seguía convencido de que las democracias liberales estaban condenadas: «Sucumbe el mundo liberal, víctima del cáncer de sus propios errores, y con él se derrumba el imperialismo comercial, los capitalismo financieros y sus millones de parados». El cataclismo que Franco preveía para Gran Bretaña y Norteamérica ya había ocurrido, dijo, después de la Primera Guerra Mundial en Italia, a la que «el genio de Mussolini da cauce y solución fascistas a cuanto de justo y humano existía en la rebeldía del pueblo italiano». También hubo halagos similares para el nazismo.

Con orgullo manifiesto, el Caudillo identificó inequívocamente su régimen con «una conciencia nueva juvenil y operante ante la hipocresía e ineficacia de los viejos sistemas liberales». En una exhibición cercana a la megalomanía, Franco predijo que, ganaran o perdieran las democracias liberales, tendrían que enfrentarse a un torrente revolucionario que no podría ser contenido dentro de la democracia burguesa y entonces tendrían que volver la vista hacia el ejemplo español. «Por saber que estamos en posesión de la verdad y llevar seis años labrando este propósito miramos con serenidad los acontecimientos.» Este discurso fue tan nebuloso como la mayoría de sus alocuciones públicas. Pero, tras las confusiones y las contradicciones, se distinguían los gérmenes de lo que con el tiempo se convertiría en toda una tesis según la cual el franquismo era una vía realmente original, distinta del fascismo. En el caso improbable de una victoria aliada, decía el Caudillo, sería un valioso aliado. Manteniendo, como siempre, abiertas todas las opciones, Franco sugirió que, cuando los intereses lo exigiesen, consideraría la «instalación» de una nueva Monarquía falangista, no la restauración de la vieja Monarquía constitucional. ¹³⁵ En aquel momento, después de la operación *Torch*, Franco empezaba a buscar en serio formas de asegurarse.

El héroe camaleónico: entre el Eje y los aliados, enero de 1943-enero de 1944

A pesar de su sostenida simpatía hacia el Eje, Franco se esforzaba ahora por mantener buenas relaciones con ambos bandos. El jueves 26 de noviembre de 1942, le dijo a Jordana que sería un buen momento para devolver la visita que nueve meses atrás había realizado Oliveira Salazar a Sevilla. La delegación española partió el 18 de diciembre. Tras ser recibidos por el presidente portugués el 20 de diciembre de 1942, el general Carmona, Jordana y Salazar firmaron el tratado conocido como Bloque Ibérico, que fue aclamado en ambos países como un futuro baluarte de la paz.¹ En Berlín, la noticia de la visita se recibió con cierta hostilidad.² Pero si bien Franco había arrinconado sus designios imperiales sobre Portugal, en modo alguno cerraba la puerta al Tercer Reich. Al destinar a Marruecos al general Yagüe, partidario del Eje, había obligado a los norteamericanos a asignar grandes contingentes de tropas para prevenir posibles incursiones españolas contra el Marruecos francés.³

Yagüe no era el único germanófilo del ejército. Al abandonar el frente ruso el 13 de diciembre de 1942, Muñoz Grandes volvió a ser recibido por Hitler que en reconocimiento a sus servicios al frente de la División Azul le condecoró con la codiciada Cruz de Hierro con hojas de roble. Hitler aún esperaba utilizarlo de un modo u otro, como mínimo para influir en Franco. El austero Muñoz Grandes había visto lo bastante de la Alemania nazi como para volverse muy crítico con respecto a la falta de justicia social y de una administración eficiente en el régimen de Franco. Sin embargo, el principal interés de Hitler era asegurar que España resistiría cualquier invasión de los aliados, y para ese propósito hizo ofrecimientos de envíos de armas alemanas a España. En modo alguno se trataba de amenazas alemanas contra España.⁴ Cuando por fin Muñoz Grandes regresó a España en febrero de 1943, Franco lo ascendió a teniente general, lo recompensó con el más alto honor de la Falange, la Palma de Plata, y lo nombró jefe de su Casa Militar, sucediendo a Moscardó. Eran jugadas calculadas con su típica astucia. Con el ascenso, la graduación de Muñoz Grandes era demasiado alta para mandar una simple división, y así evitaba su regreso a Alemania. El destino en El Pardo también negaba a Muñoz Grandes cualquier mando operativo de tropas, lo mantenía cerca y lo hacía aparecer como afecto a su persona. A Muñoz Grandes le satisfacía estar cerca del Caudillo y confiaba en poder inclinarlo hacia una actitud germanófila sin reservas.⁵

El embajador Hayes tenía una fe en las buenas intenciones de Franco que no era compartida por el Departamento de Guerra de Estados Unidos, que observaba que todos los preparativos militares españoles estaban dirigidos contra los aliados. Los informes de los servicios secretos destacaban que del lado español de la frontera con Francia no había tropas, sino simplemente los guardias fronterizos habituales. Por el contrario, se había reforzado sustancialmente Marruecos, y los oficiales españoles partidarios de los aliados estaban siendo sustituidos por conocidos simpatizantes del Eje, de los cuales Yagüe era el caso más notable.⁶ En esta etapa de la guerra tal vez Hitler habría recibido con agrado la ayuda española, aunque por aquel entonces no podía permitirse el lujo de pagarla. En cualquier caso, las evasivas españolas en el transcurso del mes anterior no contribuyeron a fortalecer su debilitada confianza en Franco. No obstante, a principios de diciembre, cuando el embajador español Ginés Vidal presentó sus credenciales, Franco volvió a solicitar ayuda. El Führer pidió una lista de las necesidades españolas y afirmó sin demasiada convicción que haría lo posible para satisfacerlas.⁷

En las insinuaciones del Caudillo a Alemania de que ahora estaba en la obligación de suministrar comida y armas había elementos de astucia rastrera y codicia descarada y un deseo sincero de que la guerra mundial no se inclinara demasiado en contra del Eje. Franco no había demostrado antes ninguna preocupación por el enorme saldo favorable entre las exportaciones españolas al Tercer Reich, en particular de alimentos, y los envíos de productos alemanes a España.⁸ España aún no había satisfecho las deudas de la Guerra Civil, pero en 1941 Alemania importaba de España más del doble de lo que exportaba a este país, 167 millones frente a 82 millones de marcos. En julio de 1942, Franco le dijo a Stohrer que aceptaba que este desequilibrio tuviera que supeditarse a las necesidades de la economía de guerra alemana, y al cabo de unas semanas se llegó a un acuerdo para un enorme incremento del comercio hispanoalemán en 1943: los alimentos y materias primas procedentes de España alcanzarían un valor de 388 millones de marcos y los productos manufacturados y maquinaria procedentes de Alemania de 230 millones de marcos, de los cuales 130 millones serían de armamento.⁹ Después de los desembarcos angloamericanos se imprimió nueva urgencia a las solicitudes españolas de armamento alemán. Asensio, ministro del Ejército, le dijo a Stohrer que era crucial reforzar el potencial militar de España antes de que las tropas angloamericanas del norte de África reunieran fuerzas suficientes para atacar el Marruecos español. El general Orgaz hizo el mismo comentario al cónsul general alemán en Tánger.¹⁰

Hitler estaba lo bastante intrigado por los mensajes que recibía a través de Ginés Vidal y Muñoz Grandes como para enviar a Canaris a investigar a Madrid.¹¹ El 29 de diciembre de 1942, Jordana recibió al jefe del *Abwehr* y le aseguró que la orden de movilización española del 12 de noviembre la habían provocado los desembarcos aliados en el norte de África. En un reconocimiento casi explícito del doble juego de Franco, el ministro le indicó a Canaris que si Alemania no podía prestar ayuda, España la buscaría en otra parte.¹² Asensio, Yagüe y Muñoz Grandes seguían aún expresando entusiasmo por la beligerancia española al lado del Eje. Cenando con ellos en Nochevieja, Franco dio rienda

uelta a sus antiguas fantasías y pareció estar de acuerdo. ¹³ El nuevo rumbo de su política se aclararía una semana más tarde. Al mismo tiempo que hacía proposiciones a Berlín a través de Vidal, Franco trataba de que sus relaciones con los aliados fueran más cordiales. El 6 de enero de 1943, en el banquete anual ofrecido el día de Reyes al cuerpo diplomático, estuvo especialmente amable con sir Samuel Hoare, llevándose aparte y dedicándole un resumen personal de su teoría de las dos guerras y la necesidad de un rápido tratado de paz. ¹⁴ Franco estaba a punto de enviar una comisión militar a Berlín para tratar de los envíos de armas que serían esenciales si España entraba en la guerra del lado del Eje y el germanófilo Arrese se disponía a llevar un mensaje del Caudillo a Hitler. Su acercamiento a Hoare era, pues, el modo con que Franco envolvía sus planes en una cortina de humo, y también una forma de cubrirse por si la relación con el Eje no fuera finalmente provechosa.

En 1943, el panorama internacional en el que Franco operaba había cambiado radicalmente. La operación *Torch* no sólo había modificado el equilibrio estratégico, sino que también estaban cambiando muchos de los protagonistas con los que Franco tenía que negociar. Serrano Súñer ya había desaparecido. El 27 de diciembre de 1942, Stohrer fue llamado a Berlín. Su sustitución se debió en parte a que no había previsto los desembarcos de la operación *Torch* y en parte a que Ribbentrop no lo creía suficientemente entusiasta de la causa nazi. ¹⁵ En grado menor, aquello había sido obra de Hoare, que maquiavélicamente sostenía haber mantenido contactos clandestinos con él (vivían en casas vecinas) y elogió sus sentimientos antinazis. En Madrid se reían con un chiste según el cual, cuando Hoare regresara a Londres, Stohrer le sucedería como embajador británico. ¹⁶

Stohrer fue sustituido por un descendiente de una de las grandes familias prusianas, Hans Adolf von Moltke, que llegó a Madrid el 11 de enero de 1943. Al igual que Von Stohrer, era un diplomático de la vieja escuela, pero mucho más entusiasta del nacionalsocialismo. Con fama de ser brutalmente arrogante, había sido embajador alemán en Polonia hasta la invasión nazi. Desde entonces, se había dedicado a la clasificación de los archivos polacos incautados. En los círculos diplomáticos madrileños se suponía que el nombramiento presagiaba el fin de la actitud acomodaticia que había practicado Stohrer. ¹⁷ A diferencia de su predecesor, Moltke ni hablaba español ni sabía demasiado sobre la situación interna de España. Por ello, tuvo que confiar, durante su breve ocupación del cargo, ^{*} en el secretario de prensa nazi, Hans Lazar. Al finales de 1943, la ignorancia de Moltke de la situación española estuvo a punto de provocar una seria ruptura de las relaciones germanoespañolas cuando se dejó convencer por agentes provocadores nazis de su embajada de que Franco había viajado a Lisboa para reunirse con Churchill y preparar la entrada española en la guerra junto al bando aliado. ¹⁸

Al margen de este patinazo, Moltke hizo una contribución significativa a las relaciones hispanoalemanas: un protocolo secreto entre los gobiernos alemán y español firmado en Madrid el 19 de febrero de 1943. Tenía sus orígenes en el documento español elaborado en noviembre de 1942, donde se habían recogido las bases de la solicitud de ayuda militar alemana por parte de Madrid, y en las posteriores conversaciones de Vidal y Muñoz Grandes con Hitler. El 13 de enero de 1943, al cabo de sólo dos días de su llegada a Madrid, Moltke vio a Jordana y pidió garantías de que todas las armas enviadas se emplearían contra los enemigos del Reich. Moltke recibió las garantías pero notó que a Jordana le incomodaba la negociación sobre las armas, lo cual sugería que la iniciativa era del propio Caudillo. ¹⁹

El 24 de enero, cuando el nuevo embajador alemán presentó sus credenciales, se puso de manifiesto que Franco era quien fijaba la tónica. A Moltke le sorprendió la cordialidad de la recepción de Franco. El Caudillo departió con él durante una hora, en lugar de los quince minutos escasos que exigía el protocolo. Franco declaró inequívocamente que Alemania era amiga y Gran Bretaña, Estados Unidos y los «bolcheviques», enemigos. Juró que, en la medida de lo posible, estaba «dispuesto a apoyar a Alemania en la lucha que el destino le había impuesto». ^{*} En un comentario claramente revelador de su teoría de las dos guerras, Franco insinuó que un servicio que él podía hacer para el Reich era «ahondar las contradicciones entre Gran Bretaña y la Unión Soviética». ²⁰

Cinco días después, Moltke le comunicó al Caudillo las condiciones en las que Alemania concedería a España las armas que había solicitado. En el gobierno español había personas, entre ellas Doussinague, a quienes entusiasmaba la perspectiva de una fuerza de un millón de españoles armados por Alemania y luchando al lado del Tercer Reich. Sin embargo, a pesar de las vehementes declaraciones de Franco sobre la voluntad española de rechazar el ataque, poco equipo militar —no más de ocho aviones— fue entregado en los meses siguientes. ²¹ El protocolo secreto, ^{**} fechado el 10 de febrero de 1943, se firmó dos días después. ²² Finalmente, este protocolo nunca entró en vigor pero constituyó un irresponsable abandono por parte de Franco de la libertad de acción de España. ²³ Con mezquina astucia, Franco supuso que, al abrigo de las garantías de buena voluntad hacia España que tanto Roosevelt como Churchill le habían ofrecido antes de la operación *Torch*, podía sacar algún provecho de Hitler con poco riesgo.

Mientras tanto, las *dramatis personae* continuaban cambiando a un ritmo vertiginoso. El 5 de febrero de 1943, Mussolini cesó a Ciano y se encargó en persona del Ministerio de Asuntos Exteriores, trabajando mediante el subsecretario, Giuseppe Bastianini. Lequio había muerto en Roma a mediados de enero y el 20 de abril presentó las credenciales su sustituto, Giacomo Paulucci di Calboli Barone. ²⁴ Mussolini había ordenado a Paulucci que propusiera a Franco la celebración de una entrevista entre ambos, confiando en poder forzarle a que se comprometiera a combatir un posible desembarco aliado en España. Después de recibir a Paulucci con gran cordialidad, Franco entendió que la posibilidad de una reunión con Mussolini era simplemente una iniciativa personal del embajador y no le dio importancia, añadiendo sus buenos deseos de una victoria del Eje y algunas referencias a sus dificultades con los monárquicos y su vulnerabilidad ante la presión aliada. ²⁵

El protocolo de febrero era sólo uno de los diversos indicios de que la fe de Franco en el Eje había disminuido pero seguía en pie.

Inmediatamente después, Jordana transmitió a los americanos la mentira descarada de que «Franco había dicho a los alemanes que no sólo resistiría las agresiones de cualquier bando, sino que España ni siquiera aceptaría hablar sobre posibles concesiones militares al Eje». ²⁶ El mensaje del Caudillo para el Año Nuevo de 1943 había sido pro hitleriano en extremo. Los informes que recibía de su ministro del Ejército, general Asensio, y del de Aviación, general Vigón, germanófilos entusiastas, y de los agregados militares en Berlín eran ciegamente optimistas. Además, el mejor informado y más desapasionadamente realista de los agregados, el teniente coronel Roca de Togores, desagradaba a Asensio y fue sustituido con el pretexto técnico de haber permanecido demasiado tiempo en Berlín. ²⁷ La prensa falangista también conservaba su entusiasmo por el Tercer Reich y denunciaba a Roosevelt como «culpable de provocar la Segunda Guerra Mundial». ²⁸ Al principio, la derrota alemana en Stalingrado sólo suscitó llamadas a los aliados para que reconsideraran sus errores antes de que fuera demasiado tarde. Luego se le restó importancia por tratarse de una ligera interrupción en el camino hacia la inevitable victoria alemana. ²⁹ La proporción de publicaciones del Eje entre las lecturas a las que tenía acceso el público español era grande y los noticiarios de No-Do estaban en buena medida inspirados también por el Eje. Hayes se vio finalmente obligado a plantearse si la libertad para la guerra psicológica que se concedía al Eje era compatible con las garantías de imparcialidad española dadas por Franco en su carta a Roosevelt. ³⁰ A mediados de enero, el ministro secretario del Movimiento, Arrese, junto con un nutrido grupo de falangistas, realizó una visita oficial a Berlín como huésped del partido nazi. Arrese esperaba obtener el apoyo alemán para su carrera política y, en particular, triunfar allí donde Serrano Súñer había fracasado: lograr que el Tercer Reich concediera a España un imperio norteafricano. Franco esperaba que la misión contrarrestase cualquier posible malestar alemán por la visita de Jordana a Lisboa, y confió a Arrese una carta para Hitler solicitándole las armas que Muñoz Grandes había negociado con él. El Caudillo insinuaba que Arrese representaba sus verdaderos sentimientos germanófilos más que el moderado Jordana. Esto era en apariencia una repetición de la artimaña por la cual Serrano Súñer había pasado por encima de Beigbeder en septiembre de 1941. Arrese cumplió su cometido plenamente, a pesar de fallarle en ocasiones su propia falta de *savoir faire*. Decidido a que se le rindiera la misma acogida que a Serrano Súñer, insistió en ser recibido con plenos honores militares, aun cuando no era invitado del gobierno. Las autoridades alemanas, por tanto, dispusieron que en Hendaya y Berlín fuera recibido por un destacamento de las SS. Viajó a Prusia Oriental donde almorzó con Ribbentrop y el 19 de enero tomó el té con Hitler, y también se reunió con Goebbels y Bormann. ³¹

Las declaraciones de Arrese en Alemania fueron tan pro Eje y tan contrarias a la decisión de Jordana de que España permaneciera neutral, que el ministro de Asuntos Exteriores presentó a Franco su dimisión. ³² Franco no la aceptó, pero tampoco reprendió a Arrese. A su regreso, éste dio rienda suelta a sus sentimientos germanófilos en un discurso apasionado y beligerante que pronunció el 9 de febrero de 1943 ante la Falange de Sevilla. Olvidando aparentemente la derrota de Stalingrado de tres días antes, proclamó que la División Azul significaba un compromiso para luchar contra el comunismo hasta el fin. ³³

Franco practicaba ahora una diplomacia dual, si no activa al menos pasivamente, dejando que Jordana fuera su portavoz ante los aliados y Arrese ante el Eje. Cualquiera que fuera el rumbo de la guerra, siempre podría desautorizar a uno u otro. Esta dualidad se repetía en los acontecimientos internos. Para equilibrar la aparente primacía del locuaz Arrese, Franco decretó que se dijera una misa de réquiem anual por todos los reyes de España, que se celebraría en El Escorial cada 28 de febrero, aniversario de la muerte de Alfonso XIII. En suma, tanto la Monarquía como la Falange representaban la encarnación del destino permanente de la Patria, ³⁴ con la clara implicación de que el jefe nacional de la Falange era el equivalente moderno de los grandes reyes y emperadores del pasado. ³⁵

Durante la mayor parte de 1943, hasta la caída de Mussolini en el verano, Franco seguía convencido de que los aliados no podían ganar y que sus éxitos en África tenían una importancia marginal. Con espíritu que a Hoare le pareció de «inmutable confianza en sí mismo y sus creencias», el Caudillo estaba convencido de que tras una larga guerra, él podría intervenir como mediador entre ambos bandos. Por esa razón lanzó su teoría de las dos guerras, una contra el comunismo en la que era beligerante, y otra en Occidente en la que permanecía neutral. Hoare desconocía lo que Franco había dicho a Moltke el 24 de enero sobre su decisión de abrir una brecha entre Gran Bretaña y la URSS. Ya el 6 de enero, Franco había mencionado a Hoare el «grave error» de los aliados al continuar luchando al lado de la Rusia soviética. ³⁶ El punto de vista del Caudillo sobre la legitimidad de la lucha alemana contra el comunismo constituyó la base de un largo intercambio de memorandos entre Hoare y Jordana a finales de febrero de 1943. Franco aseguró a la embajada alemana que estas iniciativas ayudaban al Tercer Reich, alentando la creación de un amplio frente antibolchevique. ³⁷

El 12 de febrero de 1943, el embajador Hayes dispuso un pase de *Lo que el viento se llevó* en la embajada estadounidense. Fue un gran golpe propagandístico y Franco, que era un apasionado del cine, pidió que se realizase un pase en El Pardo. Sus sesiones de cine en privado eran para él una muy placentera distracción. Con el abandono momentáneo de sus actividades pictóricas y narrativas, el cine constituía su principal diversión, además de la caza y la pesca, que le absorbían cada vez más. Después de la Guerra Civil había reanudado la pesca de agua dulce con su amigo de La Coruña, Max Borrell. Empezaron a pescar también en las vías que ofrecía la región en un pequeño barco propiedad de Borrell. Muy entusiasmado con esto, Franco compró un barco más grande al marqués de Cubas, llamado *Azorín*. Era esencialmente un barco de río, que al parecer había pertenecido al alcalde de Londres, y su impracticabilidad para salir a aguas profundas indujo a Franco a encargar —a costa del Estado— un yate más grande, el *Azor*, que se convertiría en una de las pasiones de su vida. ³⁸

También a mediados de febrero, el capellán del Ejército de Estados Unidos, el arzobispo de Nueva York, Francis J. Spellman, se detuvo en Madrid en ruta hacia el Vaticano. Spellman se entrevistó con Franco, que no perdió la oportunidad para verter en los dispuestos oídos del

arzobispo su idea de que la guerra entre Occidente y Alemania era un lamentable error y que el verdadero peligro era el comunismo.³⁹

En marzo, una comisión de armamento española visitó Berlín para ultimar los detalles de los suministros acordados en el protocolo secreto hispanoalemán. Estaba encabezada por el general Carlos Martínez Campos, a quien Franco había encargado también la tarea de calibrar la capacidad militar del Tercer Reich a raíz de la derrota de Stalingrado. Provisto de una lista de las necesidades españolas en materia de aviones y baterías de defensa costera, el 16 de marzo Martínez Campos fue recibido por el mariscal Keitel, quien a duras penas ocultó el hecho de que Alemania no podía conceder las armas en cuestión. Dos días más tarde, en la «Guarida del Lobo», Hitler intentó convencerle de que sería mejor empezar con pequeñas entregas de armas menos sofisticadas. En un recorrido de diez días por las industrias de guerra nazis, Martínez Campos se dejó seducir por historias de nuevas y maravillosas armas con las que el Tercer Reich destruiría ciudades y ejércitos aliados y ganaría la guerra con facilidad. A su regreso a Madrid, informó al Caudillo que la maquinaria de guerra alemana seguía siendo invencible.⁴⁰

El 17 de marzo de 1943, Franco pronunció su alocución inaugural de las Cortes, el seudoparlamento recientemente pergeñado. Un tercio de los miembros estaban nombrados directamente por el Generalísimo. Otro tercio eran miembros de oficio (ministros del gobierno, miembros del Consejo Nacional, el presidente del Tribunal Supremo, los alcaldes de cincuenta capitales de provincia, rectores universitarios, etcétera), todos ellos también nombrados para sus cargos por Franco o sus ministros. Por último, el tercio restante era «elegido» por los sindicatos falangistas a partir de listas de candidatos minuciosamente preparadas. Esto era lo que Franco denominaba democracia «orgánica». Aunque los elementos «representativos» se ampliarían en el transcurso de los años, las Cortes se reunían en contadas ocasiones y siempre aprobaban la legislación que se les sometía. * Los ministros eran responsables ante el Caudillo, no ante las Cortes. ⁴¹ Su discurso inaugural repetía su constante argumento del parecido entre su gobierno y el de los grandes reyes medievales de España. El acento en el precedente histórico y los elementos católicos de su política social indicaban que estaba dando los primeros pasos hacia la elaboración de una vía política española única, autoritaria y jerárquica, similar a la de los regímenes del Eje, pero lo bastante distinta para permitirle negar esa similitud en caso de necesidad.⁴²

La persistente esperanza de Franco en el triunfo del Eje podía observarse en su consentimiento tácito a las actividades germanófilas de Arrese y su entorno, cuya propaganda antinorteamericana frustraba constantemente los esfuerzos de Jordana por mantener una neutralidad estricta.⁴³ No obstante, mientras aún se aguardaban los cargamentos de armas del Tercer Reich, Jordana propuso una iniciativa de paz en el mes de abril, durante las celebraciones que tuvieron lugar en Barcelona para conmemorar la vuelta a España de Cristóbal Colón tras el descubrimiento de América. La motivación era compleja. Franco se había percatado lo suficiente del significado de las derrotas nazis en Stalingrado y El Alamein para percibir la alteración del equilibrio del poder militar. Ahora esperaba contribuir a retrasar las cosas hasta que estuvieran disponibles las maravillosas armas alemanas. Aun si no podía hacer otra cosa que fomentar negociaciones que permitieran la supervivencia del Tercer Reich, esto al menos aseguraría su propio futuro. ⁴⁴ Con voz unánime, la prensa se hizo eco de la iniciativa de Franco y Jordana para una «paz justa y fraterna», mientras rendía tributo a la justa lucha por la independencia de ese «amante de la paz», Hitler.⁴⁵

La iniciativa de Barcelona fue seguida por el propio Franco a principios de mayo de 1943 durante una gira propagandística por Andalucía. El 4 de mayo, en Huelva, tras recibir una «espada de la victoria», dijo que lo único que inspiraba la política exterior española era el espíritu cristiano. También desarrolló el tema de que el falangismo era superior al liberalismo democrático, «creador de la esclavitud moderna», y el marxismo, «la anulación del individuo». En Jerez fue nombrado alcalde honorario. El 7 de mayo, en Sevilla, tras recibir la medalla de oro de la ciudad, expresó sus temores ante la magnitud del avance de las hordas motorizadas de Moscú a través de Europa, y también su confianza en la capacidad de las tropas españolas para detenerlas. El 8 de mayo, en Málaga, relacionó la lucha de Alemania en el Este con la causa nacional en la Guerra Civil española, calificando ambas de conflictos entre el cristianismo y la barbarie. Por último, el 9 de mayo de 1943, en un discurso dirigido a la Falange de Almería, Franco dijo: «Hemos llegado a lo que suele llamarse un punto muerto en la lucha: ninguno de los beligerantes tiene fuerza para destruir al otro». En una mezcla característica de ingenuidad y cara dura, reclamó negociaciones de paz para conseguir un frente unido contra el comunismo y exigió una distribución más justa del mundo que garantizase a España el lugar que merecía.⁴⁶

El Caudillo concedía a este discurso importancia suficiente para hacerlo traducir al inglés e imprimirlo en forma de folleto junto con las declaraciones anteriores de Jordana en Barcelona. ⁴⁷ En Berlín produjo indignación, pues el discurso de Franco fue considerado por los aliados como prueba de que el Eje admitía su derrota. Tras las protestas de Weizsäcker a Vidal, Franco se apresuró a informar a los norteamericanos que sus tentativas de paz no estaban inspiradas por el Eje. ⁴⁸ Cuando el 11 de mayo se reunió con Hayes para aclarar este punto, Jordana señaló que España podía haber perjudicado a los aliados durante la operación *Torch* y no lo hizo a pesar de lo que llamaba, con impúdica exageración, la «tremenda presión alemana».

Desde la primavera de 1943, Hayes había advertido que era objeto del favor de Jordana, lo cual era reflejo de que los oficiales de mayor rango de Franco volvían a impacientarse y de que su embajador ante la Santa Sede, Domingo de las Bárcenas, había empezado a transmitir alarmantes informes desde Roma sobre la posición cada vez más precaria de Mussolini, algo que parecía ignorar el embajador en Italia, Fernández Cuesta.⁴⁹ Que Franco era consciente del poderío norteamericano se hizo evidente cuando habló el 15 de junio con el nuevo embajador alemán, Hans Heinrich Dieckhoff, que había llegado a finales de abril después de la súbita muerte de Moltke en marzo. La llegada

del cosmopolita y católico Dieckhoff constituyó un retorno a las actitudes más contemporizadoras de Stohrer.⁵⁰ El Caudillo le dijo que, como el Tercer Reich no podría derrotar a Estados Unidos y al Imperio británico, sus tentativas de paz favorecerían los intereses alemanes.⁵¹

Durante la campaña norteafricana, la política aliada respecto a España seguía siendo cauta debido al riesgo de que Franco permitiera el paso de tropas alemanas hasta Gibraltar. Sin embargo, en torno a junio de 1943, tras la expulsión del Eje del norte de África, la situación cambió. En una conferencia que Carrero Blanco pronunció ante la Real Sociedad Geográfica de Madrid sobre la importancia del poder marítimo en el presente conflicto, podía percibirse un nuevo sentido de la realidad. Sus comentarios acerca de la superioridad de la Royal Navy sobre la Marina del Eje sugerían que, en los ámbitos más íntimos de El Pardo, al menos él había empezado a dudar de la victoria final del Eje.⁵² Franco también buscaba activamente congraciarse con los norteamericanos, aunque existen razones para creer que su motivación se debía a la inquietud ante la creciente agitación monárquica dentro de los círculos franquistas y no a un cambio de posición hacia el Eje.

Franco estaba poniendo mucho empeño en consolidar la lealtad de los militares. El 5 de junio, en una ceremonia de elaborada coreografía celebrada en el Alcázar de Toledo, los 119 compañeros de promoción de la Academia Militar de Toledo que quedaban vivos rindieron homenaje a su encumbramiento. El maestro de ceremonias era Yagüe, al mando de las dos compañías en las cuales los oficiales que fueron en su día cadetes, formaban a las órdenes de los generales Camilo Alonso Vega y Eduardo Sáenz de Buruaga. No existía espíritu de camaradería en la reunión, sino sólo de solemne boato y adoración al Caudillo. Toda aquella ceremonia se había ideado para recordar las glorias del esfuerzo bélico franquista y fortalecer la unidad militar. Haciendo una entrada teatral a través de la puerta principal del Alcázar, Franco pasó revista a las dos compañías, oyó misa y luego recibió de manos de Yagüe una medalla especialmente acuñada para la ocasión.⁵³

Enseguida se reveló la necesidad de demostrar públicamente la inquebrantable lealtad de los militares a su persona. Diez días después del acto, un grupo de veintisiete procuradores de las Cortes franquistas, incluido el duque de Alba, Antonio Goicoechea, los ex ministros Alarcón de Lastra y Valentín Galarza y el general Ponte, escribieron una petición a Franco expresada en términos respetuosos pero que contenía un bombazo. Este manifiesto era un llamamiento al Caudillo para que resolviera la cuestión constitucional restableciendo la Monarquía católica tradicional antes de que la guerra concluyera con una victoria aliada, con la clara implicación de que sólo la Monarquía podía evitar las represalias aliadas por la postura de Franco esencialmente pro Eje durante la guerra. Los firmantes pertenecían a todo el espectro político franquista, con representantes de la banca, las fuerzas armadas, incluso falangistas y, como es lógico, monárquicos. El Caudillo reaccionó rápidamente ante aquel desafío. Aun antes de que se publicara el manifiesto, había ordenado la detención del marqués de la Eliseda que estaba reuniendo las firmas. En cuanto se publicó, demostrando su escaso interés en su cacareado «contraste de pareceres», cesó de inmediato a todos los firmantes de sus escaños en las Cortes y destituyó a los cinco que eran además miembros del Consejo Nacional de FET y de las JONS.⁵⁴ Al mismo tiempo, incrementó sus esfuerzos para ganarse a sus oficiales de más graduación, dedicándoles su atención individualmente. En particular, puso gran empeño en ganarse al general Orgaz, Alto Comisario de Marruecos. Jordana escribió: «Ha sido un gran éxito del Generalísimo amansarlo [a Orgaz]».⁵⁵

Antes del manifiesto de los procuradores se había atemperado notablemente el trato con los aliados. Desconocedor del protocolo secreto hispanoalemán de febrero de 1943 para el envío de equipo militar de Alemania, el embajador estadounidense quedó complacido cuando el gobierno de Franco solicitó armamento aliado alegando el motivo totalmente espurio de que era necesario a fin de permitir a España combatir la presión alemana para que aceptase armas en pago de su adquisición de materias primas españolas. No existía presión alguna alemana sobre España y menos aún para que aceptara armas no deseadas.⁵⁶

En la segunda mitad de junio, convencido Franco de que los aliados estaban detrás del manifiesto monárquico, Arrese arremetió con una feroz embestida pro Eje de la prensa falangista. Hayes se vio obligado a protestar ante Jordana.⁵⁷ Menos convencido de la sinceridad de Franco, en julio Hoare presentó a Jordana una larga lista de actos no neutrales cometidos por España, entre ellos el abastecimiento y reparación de submarinos del Eje, la rápida repatriación de las tripulaciones aéreas del Eje que se habían visto obligadas a aterrizar en España, el sabotaje contra embarcaciones aliadas desde la costa sur, la existencia de redes de observación y espionaje, la intervención de la correspondencia de la embajada británica y las actividades de una prensa exclusivamente partidaria del Eje.⁵⁸

Franco desoyó todas estas quejas. Influido por los germanófilos Arrese, Girón y Blas Pérez, así como por Asensio y los generales más jóvenes, aún creía que Alemania derrotaría a los soviéticos. De hecho, los agregados españoles en Berlín aún estaban enviando informes que daban por sentada la derrota aliada en Italia.⁵⁹ En ese espíritu favorable al Eje, Franco hizo esfuerzos públicos y privados para reagrupar sus fuerzas. El sábado 17 de julio, en el discurso anual del aniversario de la Guerra Civil ante el Consejo Nacional de FET y de las JONS, Franco adoptó una postura de duro encastillamiento: apenas diez días después de los desembarcos aliados en Sicilia, afirmó con vehemencia la hegemonía de la Falange. Franco llegó con Arrese, ambos con el uniforme blanco de la Falange, y saludó a la multitud congregada con el saludo fascista. Después que los monárquicos se hubieran revelado como personas poco fiables, Franco cifraba su supervivencia en aquellos que más dependían de él: los falangistas. El discurso del Caudillo daba portazo al cambio político interno y denunciaba a los pusilánimes burgueses y conservadores que no comprendían «nuestra revolución». La eterna amenaza del bolchevismo era motivo para cerrar filas dentro del bastión del falangismo y no arriesgarse al caos que acarrearían las instituciones democráticas.⁶⁰

Algo después de aquel discurso, se celebró la recepción anual al cuerpo diplomático en La Granja. Una lluvia torrencial obligó a los allí reunidos a guarecerse en el interior, con lo cual el desaire deliberado de Franco hacia Hoare y Hayes quedó aún más evidente. El indignado

Hayes protestó ante Jordana por el discurso de Franco y solicitó una audiencia con el Caudillo.⁶¹ De hecho, el propio Jordana estaba desconcertado por el tono inoportuno de las declaraciones de Franco.⁶² La víspera de su discurso, con ayuda de su fiel mano derecha, Carrero Blanco, Franco había redactado una instrucción dirigida a las ocho Capitanías Generales que se emitió el 17 de julio de 1943. Igual que el discurso había sido un intento de apelar a las bases falangistas, este documento estaba destinado a suscitar la reacción de los oficiales de mayor graduación e incitarlos a unirse en apoyo del régimen. Declaraba que se había descubierto una maquinación masónica internacional para crear disensiones entre el Ejército y el Caudillo. Dados los prejuicios intensamente antimasónicos de Carrero Blanco y del Generalísimo, es más que probable que creyeran lo que decía este documento. Para contrarrestar esta conspiración inexistente, la circular de Franco y Carrero Blanco denunciaba los peligros implícitos en el intento de restablecer una Monarquía liberal, aduciendo que sería sólo el primer paso para regresar a la anarquía anterior a la Guerra Civil y al dominio comunista.⁶³

El domingo 25 de julio de 1943 llegaron importantes noticias procedentes de Italia. A primera hora de la mañana, el Gran Consejo Fascista había aprobado una moción de censura contra Mussolini y el rey había aprovechado la ocasión para arrestarlo y sustituirlo por el mariscal Badoglio. En la Falange cundió el pánico. Aunque durante dos días la prensa no hizo ninguna referencia directa a las noticias, la consternación en las altas esferas del régimen podía adivinarse, dados los improbables esfuerzos de *Arriba* por disociar el falangismo del fascismo. Se hicieron valientes afirmaciones de que la Falange no era derrotista ante la catástrofe italiana,⁶⁴ pero Franco sentía una descomunal preocupación porque si el Duce podía caer, también podía caer el Caudillo. Franco lloró al comunicar al gabinete los acontecimientos de Roma.⁶⁵ A pesar del bloqueo informativo, circularon copias de una carta del secretario del embajador español en Roma que describía gráficamente escenas de desórdenes y ataques a los cuarteles generales fascistas y especulaba sobre los peligros de que en Madrid se produjeran hechos parecidos. El embajador, el falangista Fernández Cuesta, fue severamente reprendido por Franco por permitir tan peligroso acto de derrotismo. En público, el Caudillo afirmó enérgicamente que no existía ninguna analogía entre lo que estaba sucediendo en Italia y la situación española.⁶⁶

En el momento en que concedió la audiencia solicitada por Hayes el 29 de julio, la preocupación de Franco estaba totalmente bajo control. El embajador americano le dijo al Caudillo que era difícil evitar la impresión de que su gobierno era partidario del Eje y no neutral. Hayes también señaló que la caída de Mussolini presagiaba una victoria aliada y por tanto dificultades para el propio Franco. El Caudillo le respondió falsamente que él esperaba tanto los triunfos aliados en el norte de África como la derrota italiana, produciendo la total impresión de que consideraba su régimen invulnerable. También manifestó su creencia en la entereza, la moral y la capacidad de los alemanes para seguir luchando. A continuación, Hayes presentó una serie de quejas específicas respecto a la condición no beligerante de España, las actividades antialias de la Falange y la existencia de la División Azul, a lo cual fue respondido con un virtuosista recitado de distorsiones y embustes. Franco descalificó la primera queja afirmando que la no beligerancia era sólo su modo de demostrar que no era indiferente en la lucha contra el comunismo; fingió sorpresa ante las objeciones de Hayes sobre la Falange y sus diversas agencias de prensa y propaganda, y luego culpó a sus subordinados de no cumplir sus órdenes.

La verdad hizo una breve aparición cuando Franco dijo que «la propaganda democrática a veces es censurable porque critica el sistema interno de España», algo que sin lugar a dudas no era problema cuando se trataba de declaraciones propagandísticas del Eje. Franco justificó la existencia de la División Azul en función de la intervención soviética en la Guerra Civil española. Hayes señaló que el comunismo ruso no había sido problema para Franco cuando Alemania y la URSS habían sido aliadas. El Caudillo también pulió su teoría de las dos guerras para convertirla en una fantasiosa teoría de las tres guerras: la guerra de las potencias anglosajonas contra Alemania, en la que España era neutral; la guerra de las naciones civilizadas contra la barbarie japonesa, en la que Franco gustosamente tomaría parte del lado estadounidense, y la guerra contra el comunismo, en la que España era beligerante. Cuando Hayes puso de manifiesto lo absurdo de sus argumentos, Franco guardó silencio.⁶⁷

Cinco días más tarde, el agregado de prensa de Estados Unidos informaba de que Franco había ordenado a la prensa, la radio y los noticieros cinematográficos que adoptaran una postura imparcial.⁶⁸ No obstante, la importancia de la lucha de Alemania contra la URSS constituía un tema cotidiano, aunque algunos sectores de la prensa empezaran en efecto a mostrar ligeramente mayor simpatía hacia los aliados.⁶⁹ El 7 de agosto, Jordana informó a Hayes de que, después de consultarlo con sus ministros de Ejército, Marina y Aire, Franco había decidido buscar el modo de retirar la División Azul y que haría una declaración de neutralidad a la primera oportunidad. De haber sido tomada, semejante decisión se ajustaba mal a las fantásticas teorías sobre las relaciones internacionales que Franco había expuesto a Hayes el 29 de julio. A finales de agosto aún se estaba reclutando voluntarios para la División Azul.⁷⁰ Además, durante el verano y el otoño de 1943, los alemanes intentaron contrarrestar el inevitable impacto de la caída de la Italia fascista en España, aumentando la propaganda e intensificando las acciones de sabotaje antialiado en los puertos españoles.⁷¹

Los cambios en la situación internacional estaban exacerbando los problemas internos de Franco. Sin embargo, como otras veces, entre la espada y la pared, se creció serenamente ante el combate. El 2 de agosto de 1943, una semana después de la caída de Mussolini, don Juan de Borbón envió un telegrama a Franco recordándole el destino del Duce y afirmando que el único modo de evitar la catástrofe en España era la inmediata restauración de la Monarquía. Lo que aquello implicaba claramente era que si los aliados ganaban la guerra y Franco aún estaba en el poder, España sería castigada como si se tratase de una de las potencias derrotadas del Eje. El 8 de agosto de 1943, Franco respondió con un telegrama, mezcla de autocomplacencia y astucia a partes iguales. Tras afirmar rotundamente que España no podía sufrir

el destino de Italia gracias a que el régimen había logrado mantenerla fuera de la guerra, proseguía suplicando a don Juan que no hiciera pública ninguna declaración que pudiera debilitar la posición del régimen, interior o internacional.⁷² Fue en esos momentos cuando uno de los amigos más íntimos de Franco le preguntó cómo sobreviviría en caso de un triunfo aliado, a lo que respondió con pasmosa serenidad: «Que les pasen a ellos mi cuenta».⁷³

Bravuconadas aparte, la creciente ansiedad entre sus otrora incondicionales partidarios no pudo menos que preocupar a Franco. El general Orgaz, sin duda estimulado por los recientes sucesos militares en el norte de África y quizá imaginándose como el Badoglio español, se arriesgó de forma atípica en él. Informó al ex ministro e inveterado conspirador monárquico Pedro Sáinz Rodríguez, de que, tras previo acuerdo con Aranda y otros generales, estaba dispuesto a levantarse con cien mil hombres para restaurar la Monarquía, siempre que los partidarios de don Juan consiguieran el inmediato reconocimiento aliado.⁷⁴ La preocupación del Caudillo debió intensificarse cuando le comunicaron durante sus vacaciones estivales en el Pazo de Meirás, que sus tenientes generales se habían reunido en Sevilla para debatir la situación y habían redactado un documento donde le pedían que pasara a la acción.⁷⁵

El 20 de agosto de 1943, entre todas estas preocupaciones, Hoare mantuvo una larga entrevista con Franco en el Pazo de Meirás. La reunión, que había sido acordada hacía casi un mes, estuvo extraordinariamente bien organizada por los españoles, porque Franco tenía intención de utilizarla para indicar al mundo que sus relaciones con los británicos eran excelentes. El ministro español del Aire, general Vigón, puso un avión Douglas de pasajeros a disposición del embajador para el viaje desde Madrid, donde hacía un calor abrasador, al refugio veraniego del Caudillo, un pequeño palacio fortificado convertido en pabellón de caza sobre una agradable colina boscosa a unos kilómetros de La Coruña. Hoare esperaba socavar la «increíble autocomplacencia» del Caudillo con una descripción de la invencibilidad de los aliados y una serie de protestas por el «obvio deseo» español «de una victoria del Eje». Pero Franco desplegó una defensa soporífera.

Seguro de sí mismo, tranquilo y confiado en su propia posición, insistió en los peligros que encerraba para Europa una Rusia victoriosa y mostró una total indiferencia por la caída de Mussolini, a no ser una callada satisfacción porque el hecho revelaba su propia superioridad. En sus memorias, Hoare recordaba que los proyectiles que esperaba disparar sobre Franco «se ahogaron entre algodones». En ese momento, tanto Hoare como altos funcionarios del Foreign Office estaban encantados de haber podido presionar al Caudillo para que hiciera la notable declaración de que España había satisfecho su deuda de la Guerra Civil con el Eje y hubiera dado órdenes a las autoridades falangistas para que en la prensa no hubiera más discriminación contra Gran Bretaña. Ambas afirmaciones pronto se revelaron falsas. Franco también se mostró aparentemente desconcertado por la pregunta de Hoare de qué sucedería si bombarderos angloamericanos atacaban la División Azul. Cuando Hoare se marchaba, el jefe de protocolo e intérprete español, barón de las Torres, le susurró al oído: «El Generalísimo se va a desembarazar de la División Azul». Apesar del ocasional desconcierto, Franco esperaba explotar al máximo el valor publicitario de la reunión, y su embajada en Washington anunció que la charla había sido «amistosa y satisfactoria». Esto obligó al secretario de Exteriores británico a declarar explícitamente en la Cámara de los Comunes que Gran Bretaña seguía seriamente disgustada ante la continua violación de la neutralidad por parte de España.⁷⁶

A medida que la situación empeoraba para Franco, éste se defendía con una impresionante muestra de imperturbabilidad. Enorme publicidad acompañó la celebración del milenario de la fundación de Castilla para la que Franco había donado quinientas mil pesetas en primavera.^{*77} Los actos se habían planeado desde hacía tiempo como una más de aquellas ceremonias tan gratas a Franco, en las que su valía, su nobleza y sus proezas se comparaban con las de los grandes reyes guerreros del pasado glorioso de España. Frente a la caída del fascismo italiano y el resurgir de la oposición monárquica, se aprovechó la oportunidad para reafirmar la grandeza de Franco, sus vínculos con el pasado monárquico y la españolidad quintaesencial de su régimen. El domingo 5 de septiembre asistió a una misa pontifical en la catedral de Burgos oficiada por el nuncio. A continuación, le fue entregada la Cruz de Silos de Alfonso VIII y un relicario que se decía había llevado en batalla Fernán González, el noble guerrero y fundador de Castilla. Una cabalgata medieval desfiló ante Franco, seguida por un torneo. Después, bailarines «que simulaban pertenecer al villanaje» ejecutaron danzas de época en honor de la reina de las fiestas, Carmen, la hija de Franco. Al día siguiente, el ministro de Educación, José Ibáñez Martín, comparó en un exceso efusivo las hazañas del Caudillo al crear la «Nueva España» con las de Fernán González al fundar Castilla. El 8 de septiembre, Arrese llegó a Burgos e intentó superar la adulación de Ibáñez Martín refiriéndose a Fernán González como el «caudillo rebelde», una inequívoca comparación con Franco.⁷⁸

A raíz de la rendición incondicional de Italia, Franco tuvo que hacer frente a cierto malestar dentro de su propia cúpula militar.⁷⁹ A diferencia de Aranda y Kindelán, partidarios de los aliados, la mayoría de los generales defendían la causa del Eje, aunque siempre quisieron que España permaneciera neutral y estuvieron dispuestos a que se aplazara la cuestión de la sucesión monárquica hasta que el resultado de la guerra estuviera claro. Pero al concluir el verano de 1943, el fracaso del Afrika Korps, la invasión aliada de Sicilia y la caída del fascismo italiano habían convencido a muchos de que había llegado el momento de pensar con urgencia en el futuro. Al igual que Kindelán, éstos creían que se debían tomar medidas drásticas para que los aliados no barrieran los frutos de la victoria en la Guerra Civil cuando actuaran contra el Franco partidario del Eje. Apesar de tener vientos favorables, las reacciones de los generales fueron tímidas en extremo. Orgaz se había negado al final a encabezar un golpe militar contra Franco, en parte porque no estaba seguro de contar con apoyo suficiente. Él y otros importantes generales monárquicos optaron por la medida menos arriesgada de elevar una petición al Caudillo. Franco estaba perfectamente informado de todo ello por sus servicios secretos. Con fecha del 8 de septiembre de 1943, ocho tenientes generales, Kindelán, Varela, Orgaz, Ponte, Dávila, Solchaga, Saliquet y Monasterio, firmaron una carta que fue entregada por el general Varela al

Caudillo el 15 de septiembre.⁸⁰

Las implicaciones de esta carta eran preocupantes para Franco. Sin embargo, antes incluso de aceptarla, confundió a Varela con una severa reprimenda por llevar bastón de mando en su presencia. Después, simplemente la aceptó sin ninguna reacción inmediata. Varios factores le ayudaron a esperar con calma su oportunidad. Había tenido oportunidades sobradas para observar el desarrollo del «complot» y considerar la debilidad del mismo. Aparte de una sugerencia velada de que Franco había permanecido en el poder «más allá del plazo para el que fue previsto», el tono respetuoso de la carta demostraba que el Alto Mando del ejército era más franquista que monárquico, limitándose a preguntar «con lealtad, respeto y afecto a nuestro Generalísimo si no estaba de acuerdo con ellos en que había llegado el momento de dotar a España de un régimen estatal... [bajo] la forma monárquica». Gil Robles (ahora hombre fuerte de la oposición monárquica) comentó en su diario la «vil adulación» de la carta y su convencimiento de que Franco no le prestaría la menor atención.⁸¹ A éste le tranquilizó el hecho de que no hubieran firmado otros generales destacados, incluidos Juan Vigón, García Valiño, Jordana, Muñoz Grandes, Yagüe, Serrador y Moscardó. Además, tenía motivos para confiar en la lealtad incondicional de sus oficiales de grado medio, que no le consideraban sólo como el «primero entre iguales».⁸² Por todo ello, Franco se enfrentó a esta crisis, como a otras, con una mezcla extraordinaria de paciencia, seguridad en sí mismo y calma exterior.

La actitud del grueso de la oficialidad inferior al grado de teniente general explica el hecho de que Orgaz cambiara tan rápidamente de idea sobre la posibilidad de una acción militar en favor de la Monarquía. Además, desde principios de septiembre de 1943, Franco tenía sobre su escritorio un informe que acusaba a Orgaz de estar implicado en negocios corruptos en el norte de África.⁸³ Su existencia puede explicar la menor disposición de Orgaz a conspirar en favor de la Monarquía. Cualesquiera que fueran sus razones, a finales de septiembre Orgaz informó a Gil Robles de que un levantamiento era muy improbable, ya que los generales más jóvenes y la oficialidad entera de coronel para abajo eran leales a Franco. De hecho, Gil Robles, que estaba extraordinariamente bien informado, llegó a creer que la carta había tenido el efecto de persuadir a los demás generales para cerrar filas en torno a Franco.⁸⁴ Además, Franco era plenamente consciente de que los aliados no deseaban precipitar un cambio de gobierno en España ni intervenir en sus asuntos internos. Tenía motivos para creer que seguían vigentes las garantías de que no se produciría una invasión de la península Ibérica que Churchill y Roosevelt le habían dado en el momento de la operación *Torch*.⁸⁵ Quizá también compartiera el entusiasmo de la prensa falangista a raíz de la intervención alemana en Italia y del audaz rescate de Mussolini efectuado el 12 de septiembre por comandos de las SS al mando del coronel Otto Skorzeny.⁸⁶

No obstante, para sofocar la tímida rebelión de sus altos generales, Franco hizo un pequeño gesto pro aliado. El 26 de septiembre de 1943, en una reunión ministerial se decidió la retirada de la División Azul pero no se hizo pública. La propuesta de Arrese de permitir que los voluntarios se quedaran en unidades alemanas atenuaba el valor que esta decisión tenía para los aliados. Vidal emprendió, en secreto y con cierto éxito, la tarea de negociar la retirada. Para mortificación de Vidal y de Jordana, muchos de los voluntarios españoles se unieron a las SS en concordancia con la estratagema de Arrese. El hecho de que se diera carta blanca a Arrese de este modo revelaba la inveterada inclinación de Franco a la duplicidad y las dificultades con las que tenía que lidiar Jordana.⁸⁷

También ponía de relieve que Franco no había seguido el ejemplo de Salazar de aproximarse abiertamente a los aliados tras la caída de Mussolini. El silencio casi total con que se recibió la decisión portuguesa de ceder bases a los aliados en las Azores demuestra que la reacción alemana habría sido necesariamente débil.⁸⁸ En lugar de buscar un acercamiento con los aliados, Franco se concentró en consolidar sus apoyos dentro de España. Se hicieron complicados esfuerzos para fortalecer su posición intensificando la adulación de la prensa. Aunque gozaba del patrocinio oficial, había también un algo de desesperación espontánea entre los falangistas que veían su futuro vinculado por completo a la supervivencia de Franco.*

Franco celebró su fiesta del 1 de octubre, día del Caudillo, dirigiéndose al Consejo Nacional de la Falange en el palacio de Oriente. Empezó su discurso de cuarenta y siete minutos diciendo que el papel de España en la guerra había sido ofrecer al mundo el más grande ejemplo de sabiduría y serenidad, evitando a su pueblo los horrores de la guerra mediante una «neutralidad vigilante». Prosiguió denunciando a los republicanos exiliados que alentaban a los aliados a dismantelar su dictadura en cuanto derrotaran a Hitler. Por miedo de que tan «viles maniobras» dieran fruto, se disponía a disociar su régimen de aquellos de sus antiguos compañeros del Eje. El leitmotiv de su alocución fue su teoría de las dos guerras. Ésta era la premisa tácita en la que basaba su convicción de que «nuestra verdad» y un programa social supuestamente avanzado daban superioridad a su régimen sobre el comunismo y la democracia liberal de las «plutocracias».⁸⁹ Más tarde ese mismo día, en una recepción para el cuerpo diplomático, Franco apareció espectacularmente vestido, no con el uniforme de jefe nacional de la Falange que había llevado antes, sino con el de almirante de la flota. La cordialidad de su recepción a los diplomáticos aliados y, contrariamente a años anteriores, un saludo casi protocolario al embajador alemán, eran reflejo de la derrota de Italia. Por primera vez, Franco también empleó la palabra «neutralidad» para describir la posición española.⁹⁰

El cambio hacia los aliados como recurso para consolidar su posición se contrapesó con el anuncio, hecho público ese mismo día, de la concesión de treinta y cinco cruces al mérito militar, y del ascenso de Yagüe a teniente general. A Yagüe se le concedió el mando de la VI Región Militar (Burgos) para contrarrestar el creciente número de generales pro aliados y pro monárquicos dentro de la cúpula militar.⁹¹ Franco también empezó a intentar ganarse a oficiales más jóvenes de tendencia falangista. Consideraba la carta de los generales de más antigüedad como un acto de indisciplina intolerable, pero dado que los aliados observaban de cerca la situación tuvo que contener su inclinación a imponer un castigo. También había tomado nota del error de Mussolini al enfrentarse a todos sus enemigos a la vez. En

consecuencia, adoptó la táctica del «divide y vencerás» recibiendo a cada uno de los firmantes de la carta por separado y asegurándose que tomaría nota de su petición. Se las arregló incluso para convencer a algunos de ellos de que las armas secretas de Hitler, de las que le había informado Martínez Campos, aún podían ganar la guerra para el Eje. Kindelán, Orgaz y Ponte insistieron en lo escrito. Otros vacilaron y presuntamente el general Saliquet le dijo a Franco que le habían intimidado para que firmase.⁹²

A Gil Robles le asombraba que estos generales hubieran creído que Franco fuera a tomar la iniciativa de restaurar la Monarquía. En la intimidad de su diario escribió que «estos “fervorosos monárquicos”, cuya lealtad [a don Juan] no les impide aprovecharse del tinglado franquista, son el mayor enemigo que tiene la Monarquía». A finales de septiembre, escribió una dura carta al ministro del Ejército, general Carlos Asensio, indicando que una restauración monárquica otorgada por Franco carecía de valor, a la que sólo recibió un educado acuse de recibo. Huelga decir que Franco estaba perfectamente informado de esta correspondencia que circuló entre los Altos Mandos del Ejército y el cuerpo diplomático.⁹³ Hacia mediados de octubre de 1943 la tormenta había pasado y Franco pudo iniciar una ofensiva antimonárquica sin preocuparse por la oposición de sus generales más antiguos.

La inconstancia de los gestos de Franco en dirección a los aliados obligó a Hayes a enviar a Jordana una severa carta el 21 de octubre de 1943 protestando por la postura pro alemana y antirrusa del gobierno español. La carta contenía la afirmación de que «por su propio interés, España debe anunciar sin más demora la retirada de la División Azul». Jordana le dijo inmediatamente a Hayes que, como resultado de las medidas entonces en preparación, después del 25 de octubre no habría españoles en el frente oriental. Eso, claro está, simplemente no era cierto, como Washington bien sabía, aunque no Hayes. Más tarde, tras una larga conversación entre Jordana y Franco, se redactó una réplica formal a la carta de Hayes. Aunque la firmó Jordana, llevaba la impronta del pensamiento de Franco. Era en esencia una defensa abstracta de la política española, vaga y rimbombante, en términos de lucha contra el comunismo.⁹⁴

La modificación gradual de la postura de Franco no bastaba para complacer a los aliados. Como dijo Hoare, «las evidentes simpatías de Franco por el Eje y la impasible autocomplacencia con la que se comportaba hacia los aliados era cada día más difícil de tolerar». No obstante, la política británica continuaba siendo paciente y tolerante con la postura de Franco para no provocar una reacción negativa de gran alcance, a pesar de incidentes como los ataques falangistas al viceconsulado británico en Zaragoza y al consulado norteamericano en Valencia.⁹⁵ Pero desde el verano las cosas estaban cambiando. Los jefes del Estado Mayor británico protestaron porque hubiera tropas españolas desplegadas contra los aliados pero no contra los alemanes y porque «nos vemos obligados por esta medida a mantener gran número de fuerzas preparadas para proteger nuestra línea vital a través del estrecho de Gibraltar y a planear constantemente el inmediato envío de refuerzos para defender Gibraltar, en caso de que España permita una ofensiva alemana a través de su territorio». La opinión era que había llegado el momento de insistir en que Franco desplazara el grueso de sus tropas desde Marruecos y el sur de España hacia el norte y de que cesara la ayuda militar y económica a Alemania.⁹⁶

Estados Unidos, que tendía a ser bastante más duro con Franco que Gran Bretaña, se contuvo mientras el resultado en África estuviera indeciso y siguiera siendo importante limitar las ventas de volframio español a Alemania.⁹⁷ Pero hacia mediados de 1943 los alemanes hacían aún intentos de resolver el problema del volframio adquiriendo las minas españolas.⁹⁸ Otro motivo de irritación en las relaciones entre los aliados y Franco era la incautación de buques de guerra y mercantes italianos en España. Semejantes actos ahora se consideraban gestos hostiles contra los aliados, puesto que impedían el uso de estos barcos italianos en el Mediterráneo con el fin de liberar buques norteamericanos para servicio en el Pacífico.⁹⁹

Mientras tenía lugar la modificación de las relaciones hispanoaliadas sobre el tema del volframio, la actitud de Franco hacia los norteamericanos en particular se trastocó considerablemente en octubre de 1943, debido al llamado incidente *Laurel*. El 18 de octubre, Jordana envió un telegrama de felicitación a José P. Laurel a quien los japoneses habían colocado como gobernador títere de Filipinas. Dadas las consultas casi diarias de Jordana con Franco y su decisión de someter a éste el más mínimo detalle de la política exterior, es de suponer que el telegrama se envió con el conocimiento y consentimiento del Caudillo. Radio Tokio dio mucho relieve a este mensaje y a otro similar procedente de Berlín. Los aliados se indignaron considerando dicho telegrama un reconocimiento *de facto* del régimen de Laurel. Es posible que Jordana fuera inducido a cometer esta grave torpeza por los funcionarios pro Eje del Ministerio de Asuntos Exteriores, incluido Doussinague, o quizá Franco y él creyeran que era un modo inteligente de apaciguar al Eje, sin pensar en sus implicaciones ofensivas para los aliados. Cualquiera que fuera la intención, la enérgica reacción norteamericana asustó seriamente al gobierno español. Jordana le dijo a Hayes el 5 de noviembre que iba a dimitir debido a este asunto. Esta declaración, como sin duda pretendía, preocupó a Hayes, pues Jordana podía ser reemplazado por alguien con menos simpatías hacia los aliados.¹⁰⁰

Algunos sectores influyentes de la prensa americana como *The New York Times*, *The Nation*, *The New Republic*, columnistas como Walter Winchell y Walter Lippman, y ciertas voces prestigiosas del Congreso eran favorables a seguir una línea más dura con Franco a raíz del asunto Laurel. Así, el Ejército y el Departamento de Estado empezaron a estudiar la posibilidad de un embargo de los cargamentos de petróleo. El 6 de noviembre de 1943, el nuevo subsecretario del Departamento de Estado, Edward R. Stettinius Jr., encomendó a Hayes que pidiera un embargo completo e inmediato de las exportaciones de volframio y la expulsión de los agentes alemanes de Tánger.¹⁰¹

Convencido de que podía sacar provecho de la tensión entre las exigencias de los aliados y el Eje, Franco respondió a las demandas de Hayes virando otra vez en apariencia hacia el Tercer Reich. El 3 de diciembre habló con el embajador alemán Dieckhoff. Cuando éste se quejó de que España estaba cediendo ante la presión aliada, en particular con la retirada de Rusia de la División Azul, Franco dijo que su

propia supervivencia dependía de una victoria del Eje y que un triunfo de los aliados «significaría su propia eliminación». Por tanto, esperaba con toda su alma una victoria alemana lo antes posible. Es significativo que el Caudillo nunca hiciera una declaración semejante de compromiso con el bando aliado a ningún diplomático británico o estadounidense. En cuanto a la División Azul, alegó que la había retirado antes de que los aliados se lo hubieran pedido debido a las crecientes dificultades para reclutar voluntarios, y para evitar la humillación de aceptar un ultimátum aliado. Asimismo, señaló que la incautación de las tripulaciones de submarinos alemanes era un subterfugio enteramente simbólico para engañar a los aliados y que se confiaran. Todas éstas eran, a juicio de Franco, concesiones triviales. Lo principal era que «una España neutral que estaba abasteciendo a Alemania de volframio y otros productos es en este momento de mayor valor para Alemania que una España inmersa en la guerra». En ese punto los alemanes tenían motivos para sentir cierta satisfacción ante su política española, porque Franco estaba pagando sus deudas de la Guerra Civil con elpreciado metal.¹⁰²

El 11 de diciembre, Hoare escribió al Foreign Office: «resulta preocupante, aunque tal vez sea inevitable, que Franco se aproveche ahora de la paciencia aliada y de la ausencia de una oposición española eficaz como pruebas de la estabilidad de su régimen y de sus excelentes relaciones con Gran Bretaña y Estados Unidos. A mí, que estoy en Madrid, esta autocomplacencia me resulta particularmente irritante... aunque quizá logremos contener o frenar muchos actos no neutrales, el presente gobierno español, con Franco a la cabeza, es fundamentalmente hostil a los aliados y a los propósitos por los que luchamos». Aunque Hoare se inclinaba por recurrir a un embargo total de las exportaciones de petróleo y caucho a España, aún creía necesario tratar a Franco con guante de seda por temor a perder el control del mercado de volframio.¹⁰³ No obstante, la presión de Hoare sobre el ministro español de Exteriores estaba empezando a crispar los nervios de su titular, Jordana.¹⁰⁴

Franco, por el contrario, seguía tan imperturbable como siempre. A finales de 1943, sus servicios secretos interceptaron una carta de don Juan a uno de sus partidarios en la que hablaba de una ruptura pública con el régimen. Franco escribió a don Juan en un esfuerzo por evitar que diera un paso tan drástico. La carta estaba escrita en esa curiosa mezcla habitual en él de astucia e ingenuidad. Negando que hubiera nada ilegítimo en su presente situación, afirmaba con arrogante seguridad en sí mismo que «entre los títulos que dan origen a una autoridad soberana sabéis se encuentran: la ocupación y la conquista; no digamos el que engendra salvar una sociedad». En tono autocompasivo, apuntaba que el ejercicio del poder era para él sólo un deber más.

Para minimizar los derechos de don Juan, Franco hacía mucho hincapié en que el alzamiento de 1936 no había sido específicamente monárquico, sino «español y católico» en general y citaba como prueba que Mola había expulsado al propio don Juan en agosto de 1936. Por consiguiente, su régimen no tenía obligación de restaurar la Monarquía. Esto contradecía las razones públicamente expresadas por Franco, para impedir que don Juan sirviera a la causa nacional. Era obvio que Franco estaba resuelto a no ceder el poder, como el general Cabanellas había vaticinado en 1936. Para justificar su legitimidad, citó los méritos acumulados durante una vida de abnegado servicio, su prestigio entre todos los sectores de la sociedad y la aceptación pública de su autoridad. Continuaba declarando que lo que hacía don Juan era lo verdaderamente ilegítimo, y afirmaba que su régimen aspiraba a una restauración monárquica y que las actividades de don Juan obstaculizaban su realización. La mejor política era dejar a Franco la tarea que él mismo se había adjudicado de preparar el terreno para la posterior restauración monárquica.

La réplica de don Juan era en comparación una obra maestra de claridad y no carecía de matices irónicos. En respuesta a la insinuación de Franco de que no estaba al corriente de la verdadera situación de España, don Juan afirmaba que en trece años de exilio había aprendido más que si hubiera vivido en un palacio, donde la atmósfera de adulación empañaba tantas veces la visión de los poderosos. Con respecto a sus distintas interpretaciones de la situación internacional, don Juan señalaba que Franco era una de las contadas personas que creían en la estabilidad a largo plazo del Estado nacional-sindicalista, y manifestaba claramente su convicción de que Franco y su régimen no sobrevivirían al final de la guerra. Para evitar una brusca elección entre el totalitarismo de Franco y un regreso a la República, don Juan apelaba al patriotismo del Caudillo para restaurar la Monarquía, explicando que veía la Monarquía como un régimen para todos los españoles y que, por esa razón, siempre había rechazado las invitaciones que Franco le hacía para que declarase su solidaridad con la Falange.¹⁰⁵

La cristalina carta de don Juan exudaba la lógica, el sentido común y el patriotismo de los que carecían los enrevesados argumentos de Franco. Sin embargo el Caudillo demostraría estar en lo cierto. Con la «fe ciega» de su inquebrantable optimismo, decidió mantenerse firme en El Pardo, en la confianza de que los aliados tendrían muchas otras cosas de las que preocuparse.

La «victoria de Franco», enero de 1944-mayo de 1945

A principios de 1944, cuando la suerte de la guerra estaba cambiando claramente, conquistado el norte de África e Italia fuera de combate, Estados Unidos era cada vez menos proclive a ser paciente con Franco. El Estado Mayor norteamericano estaba furioso por las continuas exportaciones de volframio español a Alemania. Desde el incidente *Laurel*, el embajador español en Washington, Juan Francisco de Cárdenas, no había podido conseguir audiencia con Roosevelt y las felicitaciones de Año Nuevo de Franco al presidente no fueron correspondidas.¹ El viernes 31 de diciembre de 1943, Beaulac transmitió la postura norteamericana al subsecretario del Ministerio español de Exteriores, José Pan de Soraluce, pues Jordana estaba pasando la tarde con Franco. El lunes siguiente, 3 de enero de 1944, Jordana, perfectamente aleccionado por el Caudillo, contraatacó protestando ante Hayes de lo que calificó de tráfico en un solo sentido de favores españoles a los aliados. Afirmó también que las exigencias de Washington sobre el volframio tendrían efectos económicos en España mucho mayores que su impacto sobre la producción de armas alemana. En una osada e imaginativa reinterpretación de la realidad, lamentó que Washington olvidase que «España había estado cooperando activa y eficazmente con los aliados» y «jugado un papel importante como barrera invulnerable entre los alemanes en los Pirineos, Gibraltar y el norte de África».

Hayes consideró esta cínica postura como la confirmación de los diversos informes que le llegaban de que Franco estaba tan impresionado por las acciones alemanas de resistencia en Italia y recuperación de las islas del Dodecaneso para llegar a la conclusión de que la guerra continuaría algún tiempo y acabaría en tablas en 1946. Hayes respondió con acritud a Jordana que la política española se guiaba por intereses españoles y no aliados. Bajo presión, Jordana admitió que Franco había reconocido al agente en Málaga del régimen títere de los alemanes en el norte de Italia, la República de Saló. Por tanto, Hayes se inclinaba a creer que era necesario un embargo de petróleo para frenar el juego de equívocos de Franco con el Eje.² La actitud hasta ahora benévola de Hayes hacia Franco se agrió el 6 de enero de 1944 en la recepción del Día de Reyes que el Caudillo ofrecía al cuerpo diplomático. Después de hacer esperar a sus invitados durante más de una hora, Franco hizo una entrada regia y luego desdeñó ostentosamente a los embajadores británico y estadounidense. Muy indignado y convencido de que Franco aún estaba en manos de los alemanes, Hayes comentó: «este idiota se está cavando su propia tumba».³

Tanto Hayes como Hoare se enfurecieron al descubrir que Demetrio Carceller había concedido un crédito de 425 millones de pesetas a Alemania para la compra de volframio y que se estaba a punto de cerrar un trato por el cual la mayor mina de dicho metal en España vendería toda su producción, de 120 toneladas mensuales, al Tercer Reich. * En consecuencia, ambos acordaron recomendar la suspensión de las exportaciones de petróleo a España.⁴ A la luz del internamiento español de buques de guerra italianos, de las actividades de los agentes alemanes en suelo español y de la continua presencia de secciones de la División Azul en Rusia, Washington decidió acabar con los envíos de petróleo desde mediados de febrero.⁵

Los únicos esfuerzos del régimen de Franco para responder a las pruebas del apoyo continuado al Eje consistían en una campaña de prensa cuyo objeto era diferenciar el franquismo del fascismo. Su base era el discurso de Franco del 1 de octubre de 1943 en que elogiaba la originalidad de su sistema político.⁶ Este tipo de declaraciones darían finalmente fruto en la atmósfera de la Guerra Fría. Pero en aquel momento eran irrelevantes. Una prueba de la disposición de Franco a dar crédito a la información sumamente alarmista que la embajada alemana le transmitía, fue que el 22 de enero dijera a su gobierno que los británicos habían iniciado la invasión de Portugal, afirmación que repetiría a mediados de marzo y de nuevo a finales de abril.⁷

Londres coincidía con el renuente consejo de Hoare de que se debía incrementar la presión sobre Franco. El 27 de enero de 1944 el embajador británico visitó al Caudillo en El Pardo dispuesto a plantearle una ruptura total de relaciones entre Gran Bretaña y España.⁸ Una vez más, Franco respondió a las enojadas quejas de Hoare con una calma enervante, hablando «con la queda vocecilla de un médico de cabecera que quisiera tranquilizar a un paciente inquieto». Verbalmente al menos, Franco aceptó las acusaciones de Hoare y prometió tomar medidas enérgicas contra los agentes alemanes y prohibir nuevas exportaciones de volframio a Alemania. Al día siguiente, después de haber sido informado de que se habían suspendido los envíos de petróleo a España correspondientes a febrero de 1944, Jordana hizo a Hayes comentarios igualmente conciliadores. En cuestión de horas, la satisfacción de los embajadores británico y estadounidense se había desvanecido ante la amplia publicidad que la BBC y la radio de la Oficina de Información de Guerra americana dieron al comunicado del Departamento de Estado de que Estados Unidos había impuesto un embargo de petróleo a España en respuesta a sus diversas actividades pro Eje. Ambos embajadores temían que ahora Franco se encastillara con resentimiento.⁹

La reducción de las exportaciones de petróleo aliadas originaron una frenética actividad diplomática española, lo mismo en Madrid que en Washington. Cárdenas hablaba de que tanto Jordana como él tendrían que dimitir. Jordana explicó a Hayes que las noticias sobre el embargo le habían producido «un terrible malestar, a él y al gobierno español».¹⁰ En una reunión ministerial del 2 de febrero, Franco y Jordana se mostraron confiados en que una política de evasivas les permitiría explotar las diferencias angloamericanas sobre el tema del volframio. Los

españoles habían notado la mutua antipatía entre el pedante Hayes y el mudable Hoare.¹¹ Las tácticas de Franco tenían sentido sólo en función de su inquebrantable esperanza en que el Tercer Reich diera la vuelta a los acontecimientos, esperanza alentada por los informes de un optimismo miope que redactaban sus agregados militares en Berlín.¹² Entre la creciente consternación de la población ante el espectro de la hostilidad económica aliada, el 3 de febrero de 1944 Jordana prometió la supresión inmediata del consulado alemán en Tánger, la expulsión de los agentes alemanes del Marruecos español y posteriormente «la supresión enérgica de todo el espionaje y sabotaje alemán en cualquier parte del territorio español». También ofreció la retirada total de la Legión Española, el escuadrón aéreo y demás fuerzas que aún quedaban en el frente ruso. Con respecto a las quejas aliadas sobre el internamiento de los barcos de guerra italianos solicitó, no obstante, una compensación en forma de armamentos y gasolina para aviones. También sugirió que la petición de un embargo de volframio podía resolverse mediante negociación.¹³

A pesar de las frenéticas y emotivas apelaciones de Cárdenas, Washington insistió en que sólo sería satisfactorio «un embargo completo de volframio».¹⁴ Con aprobación de Hoare, el 4 de febrero Hayes sugirió un plan para una solución de compromiso. Sin embargo, después de que el Departamento de Estado y la embajada británica en Washington examinaran la cuestión con detalle, Hull adoptó la posición de que, España, habiendo dado tantas largas al asunto, había provocado la retención del petróleo y correspondía a Franco, y no a Washington, idear algún medio para cubrir las apariencias.¹⁵ El 11 de febrero Hayes recibió instrucciones de exigir un embargo total de los envíos de volframio al Tercer Reich. Cárdenas suplicó al subsecretario de Estado de Estados Unidos, Edward R. Stettinius Jr., que reanudara el suministro de petróleo a cambio del compromiso de España de reducir los envíos de volframio a Alemania. Roosevelt era un decidido partidario de seguir la línea dura y Churchill se inclinaba, en contra del consejo del Foreign Office, por respaldarlo. Tanto Hoare como Hayes estaban más dispuestos a un compromiso. Confiando en que los británicos no se decidirían finalmente por la intransigencia, juzgando por los informes de Alba, Franco afrontó la crisis con más sangre fría que la habitual. Ése era el trasfondo de la política de evasivas practicada por Jordana.¹⁶

Franco exageró y explotó con astuta hipocresía un elemento de la crisis para sus estrechos fines en el interior. La prensa española no reveló los motivos del embargo de petróleo y, por tanto, pudo pintar la crisis como una consecuencia de la presión externa para quebrar la neutralidad que el Caudillo se esforzaba tan valerosamente en mantener. Las declaraciones oficiales simplemente reiteraban la determinación de España de mantener su neutralidad a cualquier precio. También existía la tendencia a descalificar cualquier queja aliada como fruto de las maquinaciones de los republicanos exiliados.¹⁷ En perspectiva, la crisis del volframio de 1944 puede considerarse como un simulacro para el modo en que Franco conservaría el apoyo interior y sobreviviría al ostracismo internacional desde 1945 hasta 1949. En otras palabras, inventó un asedio internacional y se presentó a sí mismo como el heroico jefe de la nación que defendía la independencia de España contra ingentes adversidades.¹⁸

Por temor a que Franco pudiera recurrir a Alemania en busca de petróleo, los británicos propusieron que España cesara las exportaciones sólo durante seis meses, pero el Departamento de Estado se mantuvo inflexible. La opinión pública estadounidense era hostil a que se suministrase petróleo a Franco y se acercaban unas elecciones presidenciales.¹⁹ Roosevelt y Cordell Hull perseveraron y Hoare recibió instrucciones de actuar en la misma línea que Hayes.²⁰

La creencia de Franco, alentada por Carceller, de que jugar a dos bandas le beneficiaría, motivó que esta situación se prolongase tanto tiempo. Así, se incrementó la propaganda a favor del Eje en la prensa y los medios de radiodifusión.²¹ El lunes 14 de febrero de 1944, el Caudillo le dijo al duque de Alba que la guerra duraría otros seis años y acabaría con el agotamiento completo de ambos bandos. En ese momento, el Caudillo confiaba en que España quedara en una posición estratégica importante, necesitada por las democracias. «Mientras tanto, España necesita un hombre como Franco para guiarla.»²² Sin duda, por esta razón ordenó a Jordana que se mantuviera firme, cosa que hizo, no obstante lo cual, el 17 de febrero ofreció a Hoare reducir las exportaciones hasta «una cantidad insignificante, sin verdadero valor militar para Alemania». Tanto Hayes como Hoare consideraron esto como base de un compromiso. Jordana también se hizo eco de la opinión de Franco de que «España había hecho un gran servicio a los aliados al no entrar en la guerra». Hull envió un telegrama a Hayes afirmando sarcásticamente que «no es corriente en la comunidad de naciones que un país suponga que está prestando un gran servicio a sus vecinos al no atacarlos». Y añadía con meridiana claridad: «no podemos justificar que se hagan sacrificios para apoyar la economía de España si no hay voluntad en el gobierno español de corresponder a nuestra actitud cooperante; es decir, de dar el paso, totalmente compatible con la neutralidad española, de declarar un embargo permanente sobre las exportaciones de volframio».²³

El 21 de febrero Hayes comunicó estas consideraciones a Jordana. El ministro español de Exteriores hizo algunas otras concesiones pormenorizadas. Un conjunto de propuestas parecidas hechas por Jordana a Hoare encontraron la aprobación de Londres.²⁴ Hubo ciertas vacilaciones por parte de Jordana, cada vez más aislado dentro del gabinete de Franco. La mayoría de los ministros, con Carceller a la cabeza, consideraban sus esfuerzos en favor del compromiso como una traición a la dignidad nacional. El embajador portugués estaba convencido de que Franco prestaba considerable atención a Carceller porque el ministro de Industria le había ayudado a evadir capital a Suiza.²⁵

Aunque la buena voluntad aliada se estaba dilapidando gratuitamente, dentro de España Franco conservaba la imagen de hombre que no vacilaba en la defensa de los intereses nacionales, gracias a la deformación que la prensa daba de los hechos. Sin embargo, ello también reflejaba su irreductible seguridad en sí mismo y su capacidad para mover a quienes le rodeaban a compartirla. La magnitud, e irrealidad, de la fatuidad de Franco se reveló el 6 de marzo de 1944, cuando recibió la visita del profesor João Pinto da Costa Leite, ministro de Hacienda

portugués desde 1940. Con el mismo tono conciliatorio que había empleado para hablar con Calvo Sotelo en 1929, obsequió al economista portugués con noventa minutos de grandilocuentes vaciedades sobre economía. Más revelador fue que, evocando su fe en el proyecto que le propuso Albert von Filek en 1940, aclaró que no le preocupaba el embargo de petróleo de Estados Unidos porque creía que había resuelto el problema con una gasolina sintética, exponiendo dos planes para producir combustible: a partir de esquistos bituminosos, con un coste de 2.000 millones de pesetas, y a partir de carbón hidrogenado a un coste de 1.200 millones de pesetas, lo cual creía que convertiría a España en un país autosuficiente en materia de energía. Al parecer, ignoraba que, aun cuando los proyectos fueran tecnológicamente factibles, el precio era descomunally prohibitivo. El embajador portugués comentó a Salazar: «Una tristeza. Prefiro o D. Quixote na versao original».²⁶

La realidad de la situación era que el embargo de petróleo estaba retrotrayendo a la economía española a una Edad Media asolada por la pobreza. El desfile de la Victoria del 1 de abril de 1944 se tuvo que celebrar sin carros de combate ni vehículos acorazados.²⁷ El tono pro Eje de la prensa se mantuvo durante toda la crisis.²⁸ Pero a mediados de abril las consecuencias económicas del embargo de petróleo habían forzado a Franco a rechazar la petición de Dieckhoff de una reanudación de los envíos de volframio a Alemania. Tras unas negociaciones sumamente tediosas, prolongadas por la testarudez del Caudillo, los españoles ofrecieron a los aliados una drástica restricción de las exportaciones mensuales de volframio hasta una cantidad casi simbólica.²⁹ Con los alemanes ofreciendo petróleo, maquinaria pesada y productos alimenticios a cambio de volframio, Churchill convenció a Roosevelt, contra el consejo de Hull, para que aceptara ese compromiso sobre el principio de que no hacerlo retardaría el desmantelamiento de las redes de espionaje alemán en España, y también amenazaría las compras británicas de mineral de hierro y potasas españolas. Hayes estaba furioso, creyendo que la firmeza de Franco se había reforzado con las garantías de Hoare a Jordana del 27 de abril de que podían suministrar petróleo de procedencia británica. Hull también creía que «la falta de verdadero respaldo británico» había negado a Washington una victoria definitiva sobre Franco.³⁰

El acuerdo final con los estadounidenses y los británicos firmado el 2 de mayo de 1944 incluía la reanudación de las exportaciones de petróleo a España a cambio de la reducción de las exportaciones españolas de volframio a Alemania a 20 toneladas en mayo, 20 en junio y 40 toneladas mensuales en adelante; la clausura del consulado alemán en Tánger; la retirada de las unidades españolas que quedaban en Rusia, y la expulsión de los espías y saboteadores alemanes de España.³¹ A causa de las obstinadas esperanzas de Franco en que la suerte del Eje mejoraría, España había sufrido un severo agravamiento de la crisis de distribución de alimentos, una penalidad evitable ocasionada por el embargo de petróleo. Sin embargo, Franco, con inefable autocomplacencia interpretó su capitulación final como un signo de la capacidad de su régimen para defender el prestigio y la libertad de España contra el mundo. Evitando cualquier referencia a los agentes alemanes, a Tánger o siquiera al volframio, la claudicación de España se presentó como un beneficioso acuerdo comercial que demostraba que Franco disfrutaba de unas relaciones cordiales con los aliados que no enturbiaría «ninguna contingencia», un eufemismo para aludir a la derrota de Hitler.³²

Ribbentrop estaba furioso y amonestó a Ginés Vidal en Berlín. En Madrid, Dieckhoff protestó enérgicamente ante Franco y ante Jordana. El Caudillo se apresuró a decirle que Alemania había tenido ocasión para almacenar volframio y que España no podía ya correr más riesgos.³³ Al mismo tiempo, Jordana aseguró a Hayes que había dado instrucciones para el prometido cierre del consulado alemán en Tánger. Sin embargo, durante lo que quedaba de 1944, Hoare tuvo motivos casi diarios para protestar por la tardanza de España en la expulsión de agentes alemanes y por los envíos de volframio a Alemania, que continuaron a pequeña escala hasta el verano.³⁴ A finales de mayo, los aliados también protestaron por los ataques contra aviones estadounidenses de baterías antiaéreas en el Marruecos español. Hasta mediados de junio el gobierno español no accedió a prohibir los actos de su artillería.³⁵

A pesar de que el acuerdo sobre el volframio constituía en rigor una derrota para Franco y algo que había acarreado considerables penalidades al pueblo español, él y Carrero Blanco habían aprendido dos valiosas lecciones. En primer lugar, habían demostrado la eficacia, en términos de propaganda interior, de presentar a Franco como el heroico defensor de la independencia nacional contra los ofuscados y arrogantes aliados. Eso se reflejó en la recepción desusadamente cálida que Franco recibió unas semanas más tarde al visitar Bilbao.³⁶ En segundo lugar, en un momento en que estaban reuniendo fuerzas para la invasión de Francia y los soviéticos avanzaban rápidamente hacia el oeste, Gran Bretaña y Estados Unidos no habían mostrado ningún interés por aplastar a Franco, sino que habían preferido negociar sobre el volframio. En ese momento, Franco estaba especialmente preocupado por la creciente concentración de exiliados republicanos armados en el sur de Francia.³⁷ Pero las negociaciones del volframio le proporcionaron, a él y a Carrero Blanco, motivo para esperar que los aliados no se opusieran a la supervivencia de su régimen si Hitler era derrotado,³⁸ cosa que pareció confirmarse inequívocamente en cuestión de pocas semanas.

El 24 de mayo de 1944, en un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes, Churchill defendió implícitamente las negociaciones mantenidas con España mediante lo que parecía ser un elogio del general Franco. Al referirse a los peligros que representaba España en 1940, rindió homenaje a los esfuerzos de Hoare y Arthur Yencken, su capaz consejero de embajada, pero señaló: «El mérito principal se debe sin duda a la resolución española de mantenerse fuera de la guerra». Con respecto a la operación *Torch*, su gratitud hacia el gobierno español fue aún más efusiva. Churchill consideraba que, durante la operación *Torch*, España enmendó con creces sus anteriores actos de ayuda a Alemania, y concluyó diciendo: «igual que hoy estoy aquí hablando con benevolencia de España, déjeme añadir que espero que constituya una fuerte influencia para la paz en el Mediterráneo después de la guerra. Los problemas políticos internos de España son asuntos

de los españoles. No nos corresponde a nosotros, es decir, al gobierno, inmiscuirnos en ellos».³⁹

Las palabras de Churchill ciertamente nacían de motivos muy distintos de una admiración desinteresada por Franco. A corto plazo, intentaba neutralizarle durante el proyectado desembarco aliado en Normandía. También tenía el propósito, a largo plazo, de rehabilitar a Franco para poder usarlo como futuro bastión de la política occidental para el Mediterráneo. Pero en aquellos momentos causó considerable revuelo en los círculos políticos británicos y estadounidenses, y consternación en la oposición antifranquista. El aparato de propaganda de Madrid exageró el impacto del discurso, que fue presentado como una cabal ratificación tanto de la política exterior de Franco como de su régimen. Los periódicos españoles se mostraron cruelmente satisfechos por el disgusto de los exiliados republicanos que creían que los aliados eliminarían a Franco después de derrotar a Hitler y Mussolini.⁴⁰ En su siguiente visita al Caudillo, Hoare intentó en vano desengañarlo de la idea de que Churchill había pronunciado una declaración de apoyo incondicional a su régimen.⁴¹

El discurso de Churchill fue una apuesta arriesgada de la que Franco extrajo hasta el último ápice de beneficio, tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Hugh Dalton lo interpretó como un gesto temerario y romántico: «era del todo innecesario, pero lo ideó a las dos y media de la madrugada del mismo día de su discurso y el Foreign Office no vio el borrador hasta una hora antes de que fuera pronunciado. Hicieron lo posible para moderarlo, pero con escaso éxito». ⁴² Churchill escribió como justificación a Roosevelt: «veo que algunos de sus periódicos están contrariados por mis referencias a España en la Cámara de los Comunes, lo cual es muy injusto, pues no he hecho más que repetir mi declaración de octubre de 1940. Sólo menciono el nombre de Franco para demostrar lo estúpido que era identificar España con él, o a él con España utilizando caricaturas. No me importa Franco, pero no quiero tener una península Ibérica hostil a los británicos después de la guerra».⁴³

De hecho, los puestos de observación, estaciones de interceptación radiofónica e instalaciones de radar montados por Alemania en España se mantuvieron hasta el final de la guerra. Influido por informes partidistas de la situación bélica, que le decían lo que deseaba oír, Franco siguió dando largas. Desde Vichy, Lequerica enviaba informes de que Alemania pronto podría bombardear Nueva York. El agregado militar español en Berlín cifraba sus esperanzas en que los alemanes emplearan la bomba atómica, y en julio de 1944 llegó incluso a informar a Madrid de que Manchester había sido totalmente destruida por este medio. Franco creía a pies juntillas las optimistas predicciones de que los alemanes estaban simplemente tendiendo una celada a los invasores aliados que los llevaría a su destrucción y le irritaban los informes sombríamente realistas que Vidal enviaba desde Berlín. ⁴⁴ En el transcurso de la campaña italiana e incluso después del desembarco en Normandía, la prensa falangista se aferraba con obstinación a su creencia en la invencibilidad del Tercer Reich. Mientras la marea aliada subía inexorablemente, la prensa española se deleitaba con la idea de futuras represalias alemanas con sus armas secretas. Se publicaron artículos que decían que las bombas volantes habían reducido a cenizas la mayor parte del sur de Inglaterra y que Londres estaba despoblado por una evacuación a gran escala.⁴⁵

A medida que los aliados avanzaban hacia Alemania desde el este y el oeste, las dificultades alemanas eran reinterpretadas con ingenio, en particular por el columnista favorito de Franco, Manuel Aznar, en el sentido de que, así, Hitler acertaba hábilmente las líneas de suministros, aumentaba el armamento nuevo y tentaba a sus enemigos a batallas de carros de combate que no podrían ganar. ⁴⁶ Este tipo de comentarios de prensa y los informes de sus agentes parecieron causar efecto en el propio Caudillo. Durante el verano de 1944 e incluso en el otoño, cuando estaba próxima la derrota del Eje, Franco puso su fe en la posibilidad de que las terribles armas de las que alardeaba Hitler pudieran dar la vuelta a la situación. Al duque de Alba le dijo que armas como el rayo cósmico serían decisivas para invertir el signo de la guerra y que, al desembarcar en Normandía, los aliados habían caído en la trampa alemana: «Conozco los efectivos del Eje —sigo muy de cerca las operaciones— y me faltan alrededor de 80 divisiones que creo veremos aparecer por algún sitio en cualquier momento».⁴⁷

Cualesquiera que fueran sus más íntimas esperanzas, el instinto de Franco para aferrarse al poder se percibía en una mayor inclinación a navegar con el viento aliado. Ése fue el sello inequívoco de su discurso anual ante el Consejo Nacional de Falange del lunes 17 de julio de 1944, con motivo del octavo aniversario del alzamiento militar. Aunque lucía el uniforme blanco de jefe nacional, evitó mencionar la Falange hasta el final de un discurso inconexo pero revelador. La primera mitad consistía en un catálogo de autoalabanzas por los logros de su régimen en materia de sanidad, educación y defensa, a los cuales, con mucha modestia, llamó «la paz española». Demostró su magnanimidad con el anuncio de la reducción de sentencias a presos políticos y añadió que la justicia de la política del régimen se hacía patente en las grandes manifestaciones populares de apoyo. Estas manifestaciones, que según él eran totalmente espontáneas, ofendían la modestia natural de su gobierno, pero constituían la respuesta española a las calumnias propaladas en el extranjero por republicanos exiliados. Sus llamamientos a la paz, que tenían como objeto prevenir la derrota total del Tercer Reich y su propio engrandecimiento, se presentaban como un servicio a Europa y a la humanidad. Habiendo mermado la amenaza del comunismo, Franco declaró que España estaba dispuesta a colaborar en el mundo de posguerra siempre que se otorgara el debido respeto a la singularidad de su sistema político. Rechazó las críticas extranjeras de que su régimen no era democrático, aduciendo que la democracia más elevada residía en practicar las enseñanzas de los Evangelios. Y declaró que eso era precisamente lo que los falangistas, «mitad monjes, mitad soldados», estaban haciendo.⁴⁸

Las alabanzas de la prensa española fueron delirantes. * Franco era un ejemplo para el mundo al crear en su Falange una síntesis que trascendía el fascismo y el antifascismo.⁴⁹ La desmesurada adulación a la pródiga generosidad del Caudillo al deparar a España los dones de la paz y la prosperidad, surgía de la afirmación de que, desde el principio de la guerra, había trabajado incansablemente en aras de la paz.

También se presentaron elaboradas explicaciones de la teoría de Franco de las dos guerras, y de la originalidad y singularidad del falangismo.⁵⁰ Si las aceptaba el mundo exterior, la conjunción de estas dos ideas absolvería a Franco del estigma del Eje.^{*}

El 3 de agosto de 1944, con sincero pesar de Hoare, Hayes y Pereira, Jordana murió de una angina de pecho.^{**} El fallecido ministro de Asuntos Exteriores había sabido ver que la balanza de la guerra se inclinaba inexorablemente del lado de los aliados mucho antes que Franco. Jordana había sometido respetuosamente cada iniciativa a la aprobación de Franco pero, dentro de sus límites, era más partidario de los aliados que del Eje. Franco se mostró absolutamente impasible ante la muerte de su leal y eficaz servidor, no expresó su condolencia a la familia de Jordana y ni siquiera asistió a su funeral.⁵¹ Franco también perdió por completo una excelente oportunidad para reducir la hostilidad hacia él de los círculos aliados, rompiendo limpiamente con su pasado pro Eje. Por el contrario, mandó llamar de inmediato a José Félix Lequerica, embajador en Vichy, activamente colaboracionista con el Tercer Reich.⁵² Aunque no se anunció hasta después de algunos días, la decisión fue casi instantánea y corroboraba un comentario de Carceller según el cual Franco planeaba sustituir a Jordana de cualquier modo, presumiblemente para eliminar un recordatorio incómodo de la verdad de lo sucedido durante las negociaciones del volframio.⁵³

Hayes calificó el nombramiento de Lequerica de «un terrible golpe».⁵⁴ Años más tarde, Serrano Súñer aún expresaba su sorpresa porque Franco hubiera nombrado a Lequerica, «el hombre de la Gestapo» que había participado en tantos hechos estremecedores durante la guerra.⁵⁵ Al oír las noticias de la muerte de Jordana, el propio Lequerica dijo al corresponsal de *La Vanguardia* en Vichy que «[ministro de Exteriores] lo puede ser cualquiera menos yo, pues después de mi actuación germanófila en Vichy estoy condenado a desaparecer del mundo internacional con la derrota de Hitler».⁵⁶ Además de nombrar a Lequerica, Franco también sustituyó a Pan de Soraluce, subsecretario de Jordana y partidario de los aliados.

Como era habitual en Franco, la elección de Lequerica y el mantenimiento en sus cargos de otros ministros partidarios del Eje como Asensio, Arrese, Girón y Blas Pérez, se debía a motivos un tanto tortuosos. En general, se había creído que Jordana sería sustituido por Alba o por Sangróniz pero, si Franco hubiera virado a favor del viento buscando ministros más favorables a los aliados, siempre habría desconfiado de ellos precisamente a causa de esa inclinación. Por el contrario, Lequerica y los retrógrados falangistas dependían de él para su supervivencia y había algo de desesperación en su lealtad incondicional.

Con las fuerzas aliadas acercándose a París, Franco resolvió el problema ya crítico de sus relaciones con Vichy no enviando ningún nuevo embajador en sustitución de Lequerica. El 19 de agosto de 1944, París había empezado a luchar contra los alemanes. La ciudad fue liberada el 24 de agosto por fuerzas de la Francia libre entre las cuales los exiliados antifranquistas tuvieron un papel prominente. Se desconoce cómo reaccionó Franco ante las noticias de que carros blindados, portando banderas españolas republicanas y con nombres como *Guadalajara* y *Teruel*, se encontraban entre los primeros que entraron en París. Pero es imaginable su disgusto. De hecho, el Caudillo rompió las relaciones con Vichy hasta después de que Pétain fuera evacuado por los alemanes a Belfort y de la dimisión de François Piétri, embajador de Vichy en España. El 25 de agosto, Franco reconoció a Jacques Truelle, jefe de la misión de enlace de la Francia libre en Madrid, como encargado de negocios para todos los intereses franceses.⁵⁷

En agosto, Berlín llamó al embajador Dieckhoff y no le sustituyó. Ante la práctica derrota alemana en Francia, Franco tendría que enfrentarse a una nueva amenaza. Grandes cantidades de republicanos españoles armados que habían luchado con la resistencia francesa empezaban a trasladarse hacia el sur en dirección a la frontera española. Madrid hervía con rumores de que Franco estaba a punto de ser derrotado y la Falange disuelta, y fueron suficientemente generalizados para que se emitieran frenéticas negativas oficiales.⁵⁸

Hacia el otoño de 1944, la necesidad de las especiales misiones encomendadas a sir Samuel Hoare y Carlton Hayes en Madrid había disminuido considerablemente. El 11 de septiembre de 1944, Hayes tuvo su última audiencia importante con Franco. Era obvio que ahora Franco intentaba, a su pesar, ganarse el favor de los aliados. Con absoluta falta de sinceridad, el Caudillo expresó al embajador de Estados Unidos su «alivio» por los éxitos militares aliados en Francia. Esto ofrecía un marcado contraste con la desesperación reflejada por su prensa. *Arriba* llegó a censurar a los alemanes por la traición a sus amigos implícita en las derrotas sufridas por la Wehrmacht. De hecho, las esperanzas de Franco en la victoria alemana se mantuvieron hasta casi el final. Durante la contraofensiva de las Ardenas, dijo: «Ya verán [los aliados] cómo ahora los envuelven». Hayes creyó sinceras las simpatías de Franco por los aliados y le pidió que anunciara que España no acogería a los líderes nazis que buscaran asilo. Franco, de modo característico, evitó el tema diciendo que, por lo que él sabía, ningún dirigente del Eje pensaba buscar refugio en España y, aun si así fuera, morirían por suicidio o asesinato, o serían capturados por los aliados antes de que pudieran llegar a sus fronteras.⁵⁹

Hoare iba a regresar a Gran Bretaña para ocupar un escaño en la Cámara de los Lores por su título de lord Templewood. Había dejado bien claro a Lequerica que la postura de Franco favorable al Eje había mermado las posibilidades de ser bien recibido en la comunidad de naciones de posguerra.⁶⁰ En su despedida de Franco, Hoare tenía el propósito de entregarle una dura reiteración de ese mensaje, que anticipaba la política aliada de posguerra hacia España.⁶¹ Lo cierto es que, desde octubre de 1944, Franco emprendió una serie frenética de iniciativas, tanto privadas como públicas, para convencer a los aliados de que nunca pretendió causarles daño y que su colaboración con el Eje iba dirigida sólo contra la Unión Soviética. Antes, durante y después de las celebraciones del 1 de octubre de 1944 con motivo del octavo aniversario del ascenso de Franco al poder, la prensa insistió en sus infatigables esfuerzos de pacificación desde 1939. Cualquier sugerencia de que España había favorecido al Eje era obra malintencionada de la «escoria roja» exiliada. Con una escandalosa distorsión de

los hechos, Franco era elogiado por no explotar la debilidad francesa en el verano de 1940.⁶²

A mediados de septiembre de 1944, Carrero Blanco había elaborado un memorando para Franco sobre el mundo de posguerra. Su tesis era que Gran Bretaña, al combatir a Alemania, había elegido el enemigo equivocado y contribuido a la aparición como gran potencia de la Rusia atea. Puesto que las armas milagrosas de Alemania probablemente sólo le valdrían a Hitler una paz negociada, España debía mediar ahora con Gran Bretaña para evitar la total destrucción del Tercer Reich.⁶³ En consecuencia, el 18 de octubre de 1944, el Caudillo escribió una carta al duque de Alba pidiendo al embajador que transmitiera su contenido a Churchill. El texto demostraba que había tomado en consideración el memorando de Carrero Blanco, pues proponía una futura alianza antibolchevique hispanobritánica. Según el análisis de corte hitleriano que hacía Franco, «después de la terrible prueba que Europa ha afrontado, entre las naciones grandes en población y recursos que se han mostrado fuertes y viriles están Gran Bretaña, España y Alemania». Pero Alemania, junto con Francia e Italia, era ahora incapaz de frenar a Rusia. Además, la dominación estadounidense de Europa sería desastrosa. En consecuencia, Gran Bretaña y España debían trabajar juntas para destruir el comunismo. Restaba importancia a sus propias actividades en favor del Eje como «una serie de pequeños incidentes». El único obstáculo —afirmaba con sorprendente miopía— para mejorar las relaciones angloespañolas durante los años anteriores había sido la injerencia británica en los asuntos internos españoles, en particular las actividades del servicio secreto británico. Con típica astucia sugería que cualquier ayuda prestada a los exiliados antifranquistas sólo favorecería a Rusia.^{*} La carta no se entregaría al secretario de Exteriores británico hasta el 21 de noviembre de 1944.⁶⁴

Hablar de lucha contra el comunismo no era simple retórica en lo que a Franco se refería. En octubre de 1944, cualquier tentación de rebeldía de los militares monárquicos de alta graduación desapareció tras la invasión del valle pirenaico de Arán por republicanos españoles que habían luchado en la resistencia francesa. De hecho, la mayoría de éstos eran comunistas, aunque la dirección del PCE, con base en Moscú, intentaba desesperadamente frenar el intento de invasión. El rechazo de las incursiones y la consiguiente guerra de guerrillas fue para Franco como un regalo del cielo. Hoare escribió a Londres: «El insensato movimiento de unos pocos cientos de aventureros españoles en la frontera le ha dado la posibilidad de aparecer como el paladín de España ante la invasión roja. También le ha brindado el pretexto para arrestar y ejecutar a un formidable número de adversarios políticos».⁶⁵ Todo ello hizo posible el resurgir de la mentalidad de Guerra Civil, dio al Ejército algo que hacer y, en general, cohesionó el cuerpo de oficiales en torno a Franco.⁶⁶ Como capitán general de Burgos, Yagüe tuvo un papel decisivo en el rechazo de la incursión guerrillera.

Esta pequeña operación militar contra los comunistas pudo, en efecto, haber estimulado la simpatía de Churchill hacia las ideas expresadas en la carta del Caudillo. En cualquier caso, el 23 de abril de 1944 Churchill ya había enviado un telegrama al embajador británico en Moscú en relación con las acusaciones soviéticas de que España había sido una base de abastecimiento nazi desde 1939: «fue buena cosa que Franco no permitiera pasar a los alemanes para atacar Gibraltar y cruzar al norte de África. Esto también ha de ser tenido en cuenta y debe recordar a nuestros amigos, cuando se presente la oportunidad, que en aquel momento estábamos absolutamente solos en el mundo (y los soviéticos estaban entregando a Alemania vitales municiones de guerra). De modo que no seamos tan rencorosos sobre el pasado».⁶⁷

El crudo realismo de Churchill en defensa de los intereses británicos fue una poderosa influencia en favor de Franco. Otros ministros tenían opiniones diferentes. El 4 de noviembre de 1944, a raíz de un memorando muy crítico de Hoare, el viceprimer ministro, Clement Attlee, redactó una nota para el gabinete de guerra. En ella, descartaba una intervención directa en España pero sugería acciones para minar la dictadura: «Deberíamos emplear todos los métodos disponibles para ayudar a provocar su caída. Deberíamos trabajar, en especial el terreno económico, con Estados Unidos y Francia para negar facilidades al presente régimen». Attlee creía que Gran Bretaña estaba «corriendo el peligro de ser considerada el único apoyo externo de Franco».⁶⁸ La hostilidad de Attlee hacia Franco era compartida por el ministro de Exteriores, Eden.

Es muy posible que Franco supiera lo que ocurría en Whitehall. Hacía tiempo que Churchill había hecho públicas sus opiniones y el duque de Alba estaba extraordinariamente bien informado sobre lo que sucedía en las altas esferas de Londres. Por tanto, mientras su prensa continuaba dando rienda suelta a sus entusiasmos nazis, Franco se presentaba como amigo de los aliados con una virtuosa exhibición de cinismo descarado. Así, concedió una entrevista al director de la United Press Foreign Service, A. L. Bradford, que se publicó el 7 de noviembre de 1944 y tuvo mucha difusión. La entrevista adoptaba la forma de respuestas escritas a un cuestionario que previamente le habían presentado para el que había contado con la ayuda de Doussinague.⁶⁹ La versión publicada presentaba una descripción engañosa, por no decir impudicamente falsa, de su política durante los cinco años anteriores. Olvidando sus peticiones a Hitler para el desmembramiento del Marruecos francés en el momento de la derrota francesa en 1940, calificó su actitud hacia Francia como una actitud de amistad e hidalguía. Su declaración más disparatada era que «la presencia de los voluntarios de la División Azul no implicó ninguna idea de conquista ni pasión contra ningún país» y que «cuando el Gobierno español conoció que la presencia de estos voluntarios podía afectar a sus relaciones con aquellos países aliados con quienes sostenía relaciones amistosas, tomó las medidas precisas para obligar a aquellos voluntarios a reintegrarse a la Patria».

Franco justificaba la naturaleza dictatorial de su régimen con la afirmación paternalista de que «ciertas particularidades del temperamento español» imposibilitaban el funcionamiento de instituciones democráticas. Presentándose como un padre firme que guiaba a una familia recalcitrante, declaró que la democracia acababa de modo invariable por desatar la violencia entre los españoles. Franco se enorgullecía de los principios católicos de su régimen, su «democracia orgánica» y su «espíritu de justicia». Entre una serie de comentarios destinados a

ganarse el favor del pueblo estadounidense, afirmó que el descubrimiento de América había dado a España «un carácter americano». Afirmando que el régimen interno de España no era un obstáculo, tuvo el atrevimiento de exigir un puesto en la conferencia de paz de posguerra basándose en su «serena y desapasionada comprensión de lo que es y no es justo». Con la mirada puesta en la opinión pública anglosajona, Franco hizo vagas promesas de próximas elecciones e insinuaciones extraordinariamente confusas sobre la instauración de una nueva Monarquía. La delirante prensa española respondió con noticias sobre la «expectación universal» y admiración reverente con la que el mundo había percibido la «importancia trascendental» de los comentarios de Franco.⁷⁰ Se desconoce la reacción del Caudillo a los informes de sus embajadores en todo el mundo, que indicaban que sus declaraciones se habían recibido con una hostilidad casi universal.⁷¹

Estos intentos de acercamiento tan flagrantemente insinceros tuvieron efectos contraproducentes en las capitales de las grandes potencias. En Londres, el ministro de Exteriores estaba indignado.⁷² Un portavoz del gobierno británico dijo a la Cámara de los Comunes que «no existía ningún motivo por el que un país que no había hecho ninguna contribución positiva al esfuerzo de guerra de las Naciones Unidas debiera estar representado en la conferencia de paz». La prensa británica recordó algunos de los discursos más apasionadamente germanófilos de Franco.⁷³ En Washington, Roosevelt y Cordell Hull eran también firmemente contrarios a la incorporación de Franco a las Naciones Unidas.⁷⁴ Tal vez afortunadamente para Franco, Hull estaba a punto de retirarse por motivos de salud y le sustituiría su subsecretario, Edward Stettinius.

Eden propuso que el embajador en Washington, lord Halifax, solicitara al gobierno de Estados Unidos su apoyo a un plan británico para advertir solemnemente a Franco que no podía esperar que España participara plenamente en el mundo de la posguerra. Esta política se apoyaría en un embargo de petróleo. El telegrama preliminar de Eden se escribió en los términos más duros. Calificaba la actitud de Franco de «satisfecha autocomplacencia» basada en la errónea creencia de que su régimen disfrutaba de la aprobación de los gobiernos británico y estadounidense. «En consecuencia, cree que será capaz de mantener una doble política de totalitarismo en España y de relaciones amistosas con los aliados victoriosos.» Eden estaba especialmente indignado ante la «insolente sugerencia» de Franco de que «la España falangista tenía derecho a un puesto en la conferencia de paz».⁷⁵ En respuesta a la propuesta de Eden, Churchill escribió: «No estoy más de acuerdo con el gobierno de Rusia de lo que lo estoy con el de España, pero ciertamente preferiría vivir en España antes que en Rusia». Convencido, con razón, de que Franco lucharía hasta la muerte antes que ceder el poder, el primer ministro escribió: «Lo que propone es poco menos que incitar una revolución en España. Usted empieza con el petróleo, pero pronto acabará en sangre. Si los comunistas se adueñan de España debemos esperar que la infección se propague rápidamente por Italia y Francia».⁷⁶ El telegrama de Eden no se envió.

La tensión entre estas dos actitudes continuaría marcando la política británica hacia Franco hasta finales de los años cuarenta. De la tensión nacía la inactividad, lo cual le venía muy bien al Caudillo. El 27 de noviembre de 1944, el gabinete de guerra trató varios documentos relativos a España, incluido el memorando fuertemente crítico de Hoare del 15 de octubre, y la carta recientemente enviada por Franco. Churchill admitió que era probable que Franco se hubiera animado a escribir la carta debido a una interpretación errónea de su discurso del 24 de mayo en la Cámara de los Comunes. Anthony Eden logró que Churchill accediera a responder en términos que no dejaran al Caudillo lugar a dudas de que la futura organización del mundo no alinearía a España y Gran Bretaña contra Rusia.⁷⁷

El 2 de diciembre de 1944 Churchill escribió a Eden: «Haré lo que pueda por escribir su insultante carta a Franco durante el fin de semana, pero no le garantizo nada. Las relaciones entre Gran Bretaña y España han sufrido muchas vicisitudes y variaciones desde la destrucción de la Armada Invencible y no creo que unas horas más de consideración a la carta de la que yo seré el responsable modifiquen notablemente el curso de la historia».⁷⁸ El 13 de noviembre, Hoare ya había escrito un duro borrador de lo que esperaba decir en su despedida a Franco. Le dijo a Churchill: «Nada que no sea un explosivo de gran potencia tendrá ningún efecto sobre la fatuidad del general Franco».

Sin embargo, Churchill estaba demasiado ocupado para dedicar mucho tiempo a Franco y el 12 de diciembre de 1944, cuando Hoare mantuvo su última entrevista con el Caudillo, el primer ministro aún no había escrito la carta. Sir Samuel le dijo a Franco que sus recientes tentativas con Churchill seguramente serían inútiles, lo que no hizo mella alguna en la autosatisfacción del Caudillo. Franco, «autocomplacido e inalterable», escuchó casi en silencio las críticas de Hoare, aunque negó que la Falange fuera en ningún modo parecida al partido nazi o al fascista. Cuando el embajador británico se refirió a las numerosas ejecuciones que aún tenían lugar en España, Franco dijo que planeaba introducir reformas. Para exasperación de Hoare, «no dio muestras de estar preocupado por el futuro de España». Sólo al marcharse Hoare notó «un indicio de que el viento había empezado a soplar en su hermético santuario de autocomplacencia. Las fotografías del Papa y del presidente Carmona [de Portugal] habían ocupado en su escritorio el lugar de honor que antes disfrutaban las de Hitler y Mussolini». Hayes ya había notado el cambio en julio de 1944.⁷⁹

Las cambiantes inclinaciones ideológicas de Franco sin duda estaban influidas por los rumores que circularon en diciembre en el sentido de que los aliados planeaban sustituirle por un gobierno encabezado por el republicano conservador Miguel Maura.⁸⁰ Había algo de fingido optimismo en la espectacular fiesta organizada el 23 de diciembre de 1944 en El Pardo para celebrar la presentación en sociedad de su hija de dieciocho años, Carmen. El acontecimiento también reflejaba el afecto embelesado que el Caudillo sentía por Nenuca, como llamaba a su única hija, así como su afición, y en particular la de su esposa, al boato regio. El suntuoso banquete fue para dos mil invitados. Se había decidido no invitar a nadie del cuerpo diplomático; sin embargo, como parte de sus esfuerzos por ganarse el favor de los estadounidenses, a última hora invitaron a Hayes, a su mujer y a su hija. Por lo demás, abundaban los amigos militares del Generalísimo y los cortesanos

franquistas. La vieja aristocracia se mantuvo visiblemente al margen. Después se celebró un baile en los salones de este palacio del siglo XVIII y hubo actuaciones de los artistas del espectáculo más destacados de España. A la mañana siguiente, con un aparato digno de la realeza y acompañada por el obispo de Madrid, Carmen visitó una residencia de ancianos.⁸¹

Este acontecimiento tenía, sin duda, el objeto de anunciar a quienes vaticinaban una pronta transición a la Monarquía, que Franco seguía en sus trece, sereno como siempre y con «fe ciega» en su buena suerte. Pero, mientras los invitados a la fiesta bailaban toda la noche, policías secretos armados arrestaban a un buen número de conocidos personajes del *establishment*. Figuras por encima de toda sospecha de subversión, como el distinguido intelectual conservador Gregorio Marañón y el ex ministro de Justicia de la CEDA, Cándido Casanueva, recibieron siniestras visitas en las primeras horas de la madrugada. Posteriormente, Lequerica intentó explicarlo de manera grotesca diciendo que estos embarazosos incidentes eran obra de «elementos comunistas» de la policía que intentaban dañar la reputación del régimen. El verdadero delito de los arrestados había sido mantener contactos con Gil Robles o Miguel Maura.⁸² Franco reaccionaba implacablemente cuando se sentía amenazado.

Con todo, la pública exhibición de confianza desplegada en la puesta de largo de Nenuca no era del todo infundada. El 11 de diciembre, Churchill había vuelto a escribir a Eden sobre el borrador de la respuesta a Franco que preparaba el Foreign Office: «No creo que el balance de ayudas y trabas que hemos recibido de España en la guerra haya quedado reflejado con ecuanimidad... Por tanto me gustaría que se redujeran un tanto los pasajes en los que se enumeran nuestras múltiples quejas...».⁸³ Churchill finalmente aprobó una versión algo atenuada que se envió el 20 de diciembre de 1944 y no se entregó hasta principios de enero de 1945. Se remitió una copia a Stalin.

Aunque reconocía que España había permanecido fuera de la guerra en junio de 1940 y durante la operación *Torch* en 1942, la carta de Churchill recordaba a Franco el grado de influencia alemana en España y sus muchas declaraciones que hablaban de una «deseable e inevitable» derrota de los aliados. El primer ministro escribió inequívocamente que «el gobierno de Su Majestad en modo alguno puede respaldar las aspiraciones españolas a participar en los futuros acuerdos de paz. Tampoco creo probable que se invite a España a incorporarse a la futura organización mundial». Con respecto a las declaraciones de Franco hostiles a Rusia, Churchill escribió: «Estaría permitiendo que Su Excelencia cayera en un grave error si no disipara del todo la idea de que el gobierno de Su Majestad estaría dispuesto a considerar un bloque de potencias basado en la hostilidad a nuestros aliados soviéticos o en una supuesta necesidad de defendernos de ellos».⁸⁴

Al Departamento de Estado norteamericano se le remitió una copia de la carta de Churchill a Franco, acompañada por una nota que definía la política británica hacia el Caudillo. El texto aclaraba que, fundamentalmente, Londres vería con satisfacción que él y la Falange fueran expulsados por ser «una desafortunada anomalía», pero consideraban inapropiado cualquier intento de desalojarle por la fuerza, pues conduciría a otra guerra civil.⁸⁵ Esta política permanecería inalterable durante muchos años, y Franco se beneficiaría mucho de su contradicción esencial. En particular, lograría fomentar en España un sentimiento popular contra la retórica hostilidad británica, tras la cual había una inocua política de no intervención. Se trataba de una variante de la política británica durante la Guerra Civil y tendría el mismo efecto de favorecer los intereses de Franco al tiempo que intensificaba su resentimiento contra la «pérfida Albión».

Tras recibir la carta de Churchill, Franco no se dejó intimidar y porfió en su empeño de reescribir la historia de un modo que se estaba volviendo familiar. La respuesta a la carta de Churchill simplemente pasaba por alto su contenido, prefiriendo interpretarla como una propuesta amistosa para que se establecieran relaciones cordiales y estrechas entre Gran Bretaña y España.⁸⁶ Como llevaba haciendo desde el otoño de 1944, el Caudillo persistió en su pretensión de haber sido amigo secreto de los aliados durante la guerra. A este respecto, el cínico Lequerica era el hombre ideal para decir mentiras sin inmutarse. A principios de octubre había asegurado a Hoare que Franco estaba deseoso de apartarse de la influencia nazi y fascista, y seguir la línea de Gran Bretaña en política exterior.⁸⁷ Repitió esta misma retahíla con progresiva frecuencia, pero nunca de forma más descarada que cuando aseguró al corresponsal de la Associated Press, Charles Foltz, al igual que Franco había hecho ya ante la United Press, el destino americanista de España.⁸⁸

A partir de diciembre de 1944, en la prensa española se intensificó la retórica anticomunista para dar crédito a la pretensión de Franco de haber sido hostil sólo al comunismo y no a las democracias.⁸⁹ Goebbels comentó: «No hay una maniobra política seria detrás de esto. Franco es un asno engreído».⁹⁰ La tendencia de la política de Franco en la primera mitad de 1945 sería la de podar con vistas al futuro. Sabía que si los aliados deseaban derrocarlo no les resultaría muy difícil, pues la mayoría de sus antiguos colaboradores desertarían en bloque. En un esfuerzo por disuadirlos, los conspiradores monárquicos fueron despachados expeditivamente. Algunas figuras muy conocidas de la extrema derecha anterior a la guerra^{*} fueron arrestadas o forzadas al exilio.⁹¹ Pero su suerte fue benévola en comparación con la reservada a los enemigos izquierdistas del Caudillo. Todavía estaban llevándose a cabo frecuentes ejecuciones de «comunistas».⁹²

Franco sabía, no obstante, que no sobreviviría sólo con represión si la situación internacional le era adversa, y depositó sus esperanzas en que los estadounidenses le consideraran una apuesta mejor que la oposición republicana o que don Juan de Borbón para mantener la estabilidad anticomunista en España. Su confianza en ese cálculo se reforzó con las indiscretas garantías que Carlton Hayes le dio de que Roosevelt nunca, bajo ninguna circunstancia, consideraría la intervención en España.⁹³ Franco demostró su gratitud a Hayes cuando éste partió de Madrid para regresar a Estados Unidos a mediados de enero de 1945. Contra todo precedente, la señora Hayes y su hija tomaron el té con la esposa de Franco, doña Carmen, y su hija Nenuca, mientras Hayes se entrevistaba por última vez con el Caudillo. Franco regaló al embajador un retrato cuyo obra del artista de moda, Zuloaga, cuya factura pagó el gobierno español.⁹⁴

El encargado de negocios británico, James Bowker, habló de que Franco «estaba haciendo su agosto con Hayes». La exageración de la amistad norteamericana tenía el evidente objeto interior de aumentar el relieve internacional de Franco para inyectar moral a sus partidarios y minar la de sus enemigos. Las comparaciones disparatadamente desfavorables entre Hayes y Hoare que aparecieron en la prensa también tenían la finalidad de crear divisiones entre las embajadas británica y estadounidense en Madrid. ⁹⁵ Los porteros falangistas de las casas de vecinos tenían órdenes de izar banderas estadounidenses y españolas para decorar el edificio cuando el sucesor de Hayes, Norman Armour, llegara para presentar sus credenciales. Franco consideraba que Estados Unidos era un semillero de peligrosos masones y le confesó a un amigo su inquietud por jugar la baza norteamericana y depender del «histerismo político de América». ⁹⁶

Franco se guardó sus prejuicios e hizo un gran esfuerzo para halagar a Armour. El esfuerzo fue vano por lo que hace a lo personal, pero lo exprimió al máximo en cuestión de propaganda. Cuando Franco invitó a Armour a cenar en El Pardo, la prensa reprodujo fotografías del embajador norteamericano en la misma mesa que el ministro secretario de la Falange. La clara implicación de que Franco había conseguido el apoyo estadounidense le fue de inmensa ayuda para mantener la lealtad de sus generales. ⁹⁷ De hecho, la política estadounidense era bastante más hostil a Franco que la británica, aunque en Washington inquietaba a los círculos bien informados la posibilidad de sanciones económicas o de intervención para eliminar a Franco a falta de un régimen sucesor bien definido. Al igual que los británicos, los estadounidenses temían provocar otra guerra civil. ⁹⁸ Por tanto, en la primavera de 1945, el Foreign Office y el Departamento de Estado llegaron a un amplio acuerdo sobre la política a seguir con Franco. ⁹⁹

La conferencia de Yalta, celebrada entre el 4 y el 11 de febrero de 1945, había hecho un llamamiento a las elecciones libres en los países liberados. Franco era lo bastante sagaz para suponer que era improbable que Stalin permitiera elecciones en Polonia o Hungría y que él también podría mantenerse sin cambios políticos radicales. El 11 de febrero, tropas japonesas perpetraron una matanza en Manila en el curso de la cual mucha gente se refugió en el Consulado General de España, donde fueron asesinados. A lo largo del mes de marzo, la exaltada prensa especuló con indignación sobre una inminente declaración española de guerra a Japón. ¹⁰⁰ Sólo tras dos meses de deliberaciones suspendió Franco las relaciones diplomáticas con Japón. ¹⁰¹ De haberlo hecho un año antes a raíz del incidente *Laurel*, la decisión habría tenido más sentido. Ahora, el lejano Japón permitió a Franco hacer un gesto indoloro, y vacuo, en contra del Eje. *

Hitler estaba asqueado por el deseo apenas disimulado de Franco de «conseguir una buena nota de Estados Unidos». El Führer comentó perspicazmente: «En el fondo, Franco comprende que ahora de nada sirve jugar la baza británica y confía más en Norteamérica». Hitler repitió la misma idea en más de una ocasión, declarando que «los norteamericanos trabajan activamente en la oscuridad para eliminar del juego internacional no sólo a los rusos sino también a los británicos. Franco parece haberlo notado». El Führer estaba convencido de que «Franco intenta por todos los medios imaginables meter baza en el gran juego y al haber fallado con Gran Bretaña —y teniendo ésta poco poder en el presente para brindarle la protección necesaria— está haciendo un nuevo intento con Estados Unidos». ¹⁰²

Las dificultades a las que el Caudillo tuvo que enfrentarse para disimular sus inclinaciones recientes se aprecian en una carta que Roosevelt escribió a su nuevo embajador en Madrid, Norman Armour, el 10 de marzo de 1945. El texto era fruto de la recién acordada política angloamericana hacia España. En un lenguaje inequívoco, dejaba clara la opinión del presidente de que ni el recuerdo de la conducta de España en la guerra ni las actividades de la Falange podían borrarse con cambios de última hora en la política española. Aunque reiteraba que «no es nuestra costumbre en circunstancias normales interferir en los asuntos internos de otros países a menos que exista una amenaza internacional a la paz», Roosevelt manifestaba: «No veo lugar en la comunidad de naciones para gobiernos basados en principios fascistas». ¹⁰³ Aunque la carta de Roosevelt no fue entregada a la prensa hasta el 26 de septiembre de 1945, Armour reveló su contenido a Lequerica a la primera oportunidad. Estados Unidos y Gran Bretaña compartían en esta etapa la esperanza de que Franco fuera sustituido en breve por un régimen «basado en los principios democráticos, de tendencia moderada, estable y que no deba su existencia a ninguna influencia externa». ¹⁰⁴

La inminente caída del Eje causaba a Franco honda preocupación. El 24 de marzo de 1945, cuando Armour le presentó sus credenciales, el Caudillo aún sostenía su teoría de las dos guerras. Aunque reconoció con renuencia que el nazismo estaba acabado, aprovechó la oportunidad para señalar lo que eso significaba en cuanto al peligro del comunismo. Armour habló con rotundidad insistiendo en los argumentos de la carta de Roosevelt, diciendo a Franco que, para el pueblo estadounidense, la Falange era un símbolo de su colaboración con el Eje. El Caudillo afirmó con falsedad que la Falange no era un partido político, «sino más bien una agrupación de todos aquellos que tienen un interés común, un objetivo: el bienestar de España, el mantenimiento del orden, el desarrollo del país en función de sólidos principios religiosos, culturales y económicos. Estaba abierta a cualquiera e incluía a representantes de todas las condiciones». Aún más sorprendentes fueron sus escandalosos alardes sobre los logros del régimen «en la reconstrucción de la ruina causada por la Guerra Civil y en la curación de las heridas nacidas de la amargura que el conflicto engendró». Cuando Armour objetó los miles de prisioneros que habían en las cárceles españolas y las continuas ejecuciones, Franco expresó su desolación ante tales infamias. Había sólo veintiséis mil presos políticos, dijo con satisfacción. * La tremenda cifra de Franco casi con certeza era inferior a la realidad, dado que no incluía a los condenados a batallones disciplinarios y otras categorías. ¹⁰⁵

La presión de los aliados victoriosos inevitablemente alentó la confianza de los enemigos de Franco en el exilio. Sin embargo, el Caudillo confiaba en las enconadas divisiones entre los exiliados republicanos y en las crecientes tensiones entre los aliados. No obstante, los rumores entre sus altos mandos militares aumentaban en intensidad; los más brillantes y ambiciosos, Rafael García Valiño y Antonio Aranda,

ya empezaban a enseñar sus cartas. Plenamente al tanto de lo que sucedía, el 4 de marzo Franco había anunciado numerosos destinos importantes para tomar la iniciativa. Varela pasó al cargo de Alto Comisario de Marruecos, para mortificación de su predecesor Orgaz, que fue nombrado jefe del Estado Mayor. El destino que revestía mayor importancia era el de Muñoz Grandes, pronazi, sombrío y fumador empedernido, como capitán general de Madrid, puesto crítico en materia de seguridad política para el Caudillo. Era una jugada astuta, pues Muñoz Grandes no sólo era uno de los mejores generales de Franco, sino que, habiendo quemado políticamente sus naves, ahora no tenía más alternativa que apoyar al régimen hasta el final. Su cargo como jefe de la Casa Militar del Caudillo fue ocupado una vez más por el mediocre y fiel general Moscardó, que fue sustituido como capitán general de Barcelona por el general José Solchaga, de una lealtad intachable. Estos hábiles ascensos garantizaban que ningún grupo del ejército contase con suficientes puestos clave como para representar un peligro para Franco.¹⁰⁶

Franco se sintió seriamente amenazado cuando don Juan, alentado por sus consejeros y el general Kindelán, hizo público el llamado Manifiesto de Lausana el 19 de marzo de 1945. En el mismo, el pretendiente al trono denunciaba la naturaleza totalitaria y los contactos con el Eje del régimen franquista y pedía a Franco que diera paso a una Monarquía moderada, democrática y constitucional.¹⁰⁷ Aunque no se reprodujo en la prensa española, el manifiesto fue radiado por la BBC. Se formó un grupo de importantes monárquicos, el duque de Alba y los generales Aranda, Alfonso de Orleans y Kindelán, para supervisar la transición. El grupo llegó incluso a esbozar el texto de un decreto-ley en que se restablecía la Monarquía y se constituía un gobierno provisional.^{*108}

El Manifiesto de Lausana se acompañaba de un mandato dirigido a eminentes monárquicos para que dimitieran de sus cargos en el régimen. El primero en hacerlo fue Alba, que abandonó la embajada de Londres.¹⁰⁹ Pronto le siguió el general Alfonso de Orleans, jefe efectivo de las Fuerzas Aéreas. Nadie más siguió su ejemplo. Como rebelión fue un fiasco. Franco reaccionó confinando al general de Orleans en su finca próxima a Cádiz.¹¹⁰ Dos eminentes católicos, Alberto Martín Artajo, presidente de Acción Católica, y Joaquín Ruiz Giménez, fueron enviados para comunicar a don Juan que la Iglesia, el Ejército y el grueso de los monárquicos seguían leales a Franco. No hacía falta decirle que la Falange se oponía radicalmente a la restauración.¹¹¹ Sin el apoyo militar de los aliados ni el beneplácito previo del Ejército y la Iglesia española, don Juan confiaba ingenuamente en que Franco se retirara por decencia y buen juicio. Alba, amargamente desilusionado con Franco, le dijo a Martín Artajo: «No quiere sino sostenerse a perpetuidad; es infatuado y soberbio. Todo lo sabe y confía en el juego internacional temerariamente».¹¹² El propio Franco comentó a Kindelán: «Mientras yo viva, nunca seré una reina madre».¹¹³

El hecho de que dispusiera de inmediato una operación para neutralizar cualquier resurgir de sentimientos monárquicos en el Alto Mando da idea de la seriedad con que Franco se tomó el Manifiesto de Lausana. El 20 de marzo convocó una reunión del Consejo Superior del Ejército que permaneció en sesión tres días, hasta el 22 de marzo y (lo que era poco frecuente) el propio Franco lo presidió. En ella, desestimó una petición de Kindelán en favor de la restauración e hizo un esfuerzo enorme para justificarse. El calibre de las falsedades que dijo en la reunión sugiere que su tendencia natural a razonamientos ilusorios se había agudizado por la desesperación. Informó a sus generales de que era tal el estado de orden y satisfacción en España que otros países, entre los que se incluía Estados Unidos, pronto la imitarían y adoptarían los principios falangistas. Afirmando que Gran Bretaña estaba acabada, apoyó este juicio con la disparatada afirmación de que Churchill le había confesado que era prisionero de los masones, e intentó cercenar cualquier conspiración monárquica entre sus generales blandiendo el peligro del comunismo del que culpaba a Gran Bretaña, la defensora más activa de los monárquicos. Franco manifestó que mantenía relaciones muy cordiales con Estados Unidos y citó una fantástica garantía personal del presidente hacia su gobierno, olvidando convenientemente la carta de Roosevelt al embajador Armour, que ya conocía. Haciendo referencia al republicanismo del general Mola, sostuvo con insolente descaro que había sido necesario su propia intervención para incluir la restauración monárquica en el programa. Sólo Kindelán cuestionó el absurdo de algunas de estas afirmaciones, por lo que fue recompensado con una amable burla por parte de Franco. Muchos otros generales, sin embargo, parecían satisfechos con lo que acababan de oír.¹¹⁴

Las celebraciones anuales de la victoria en la Guerra Civil se coreografiaron con ambos ojos puestos en la creciente oposición. La prensa elogió a Franco porque había salvado a los españoles del «martirio y la persecución», el destino al que, implícitamente, los fracasos de la Monarquía los había expuesto.¹¹⁵ El desfile del 1 de abril para celebrar el sexto aniversario de la victoria en la Guerra Civil fue presenciado por el Caudillo a caballo. La prensa dedicó al hecho más espacio incluso del habitual con el fin de rendir tributo a la victoria de Franco sobre los «ladrones», «asesinos» y comunistas de la Segunda República. El mensaje apenas velado era que esos mismos criminales tramaban regresar con ayuda de los aliados. Después se reprochó a los republicanos exiliados que emplearan el argumento de que la Guerra Civil había sido la primera batalla de la presente guerra mundial,¹¹⁶ olvidando convenientemente que Franco había empleado exactamente el mismo argumento como justificación para recibir las migajas imperiales de la mesa de Hitler.

Fue en esta etapa cuando Franco ideó uno de los artificios menos disimulados para borrar el pasado. Durante la primera mitad de abril de 1945, en una reunión ministerial que se prolongó varios días, trató la idea de adoptar una «forma monárquica de gobierno». Esto era un ejercicio de relaciones públicas destinado a contrarrestar las actividades de don Juan y a desvirtuar la hostilidad de los aliados hacia un régimen organizado según el modelo fascista. Se crearía un Consejo del Reino para determinar la sucesión; gesto algo diluido por el anuncio de que Franco continuaría como jefe del Estado y que el rey designado por el Consejo no asumiría el trono hasta que Franco muriera o abandonara el poder. También se anunció la futura pseudoconstitución conocida como el Fuero de los Españoles.^{*} Los corresponsales de la prensa extranjera quedarían exentos de censura. La pena de muerte por los delitos cometidos durante la Guerra Civil sería supuestamente

abolid, aunque de hecho todavía en 1963 hubo una ejecución por tales motivos.¹¹⁷

Nuevas energías se invirtieron en ahondar la brecha entre Estados Unidos y Gran Bretaña.¹¹⁸ Así, se hicieron claras diferencias en la recepción concedida a los nuevos embajadores, recibiendo el nombramiento de sir Victor Mallet como embajador británico el 22 de abril de 1945, una cobertura de prensa muchos menos efusiva que la dedicada a Norman Armour cinco semanas atrás.¹¹⁹ La muerte del presidente Roosevelt el 12 de abril y su sustitución por Harry S. Truman poco ayudaron a las esperanzas de Franco en este sentido. El sincero Truman detestaba la marrullería de Franco, su régimen represivo, su intolerancia religiosa y sus denuncias de la masonería, el liberalismo y la democracia. No obstante, en España se organizó una campaña para dar la impresión de contar con el firme apoyo estadounidense, que adoptó la forma de rumores enteramente falsos según los cuales Washington le había suplicado que conservara la Falange para ayudar a combatir la amenaza rusa.¹²⁰

No cabía duda de que los cambios contemplados por el Caudillo tenían el fin de persuadir a los aliados occidentales de que se habían emprendido reformas suficientes para contrarrestar las peticiones soviéticas de que se actuara contra Franco. La debilidad de las reformas se justificó falazmente como necesaria para mantener la estabilidad y evitar una guerra civil en España. Tanto Asensio como Lequerica insinuaron a Armour que «en su plan por dominar Europa, los rusos intentarían utilizar aquellos elementos en suelo español, nada desdeñables, que les eran afectos, para provocar una violenta revuelta».¹²¹

Por entonces, era tanto por miedo al futuro como por solidaridad ideológica, que el régimen de Franco en su conjunto seguía confiando contra toda esperanza en que pudiera evitarse la derrota de Hitler. Las últimas guarniciones alemanas en el sur de Francia se abastecieron con alimentos y munición suministrados desde los puertos españoles del golfo de Vizcaya, algo que requería la connivencia oficial al más alto nivel.¹²² Mientras las fuerzas aliadas se encontraban con las horrendas visiones de los campos de exterminio, los británicos en Belsen, los estadounidenses en Buchenwald y los soviéticos en Auschwitz, había funcionarios nazis recibiendo certificados de nacionalidad españoles.¹²³ La prensa franquista restó importancia a los horrores del Holocausto achacándolos a la inevitable desorganización de los años de guerra.¹²⁴ Cuando Berlín cayó, la prensa española publicó homenajes a la alentadora presencia de Hitler en la defensa de la ciudad y a las inigualables cualidades combativas de la Wehrmacht. *Informaciones* declaró que Hitler había preferido sacrificarse por Europa antes que poner en acción sus armas secretas. La victoria aliada se consideró un triunfo del materialismo sobre el heroísmo. Un estallido de apologías del régimen de Franco como pacífico baluarte contra la anarquía fue un anuncio velado de que no habría cambio político brusco en España. El Caudillo aparecía con regularidad vestido con el uniforme falangista y muchos personajes importantes del régimen visitaron la embajada alemana para expresar su pésame por la muerte del Führer.¹²⁵ Franco no rompió las relaciones diplomáticas con el Tercer Reich hasta el 8 de mayo, día de la victoria aliada en Europa.¹²⁶

El fin de la guerra en Europa fue recibido con los más exaltados panegíricos al «Caudillo de la Paz», por la sabiduría y firmeza que le había permitido ofrecer a España el don de la paz. Según *Arriba*, el fin de la guerra era la «victoria de Franco». En *ABC* aparecía una foto del Caudillo en primera plana con un pie que entre otras cosas decía que «parece elegido por la benevolencia de Dios. Cuando todo eran turbiedades, él vio claro... y sostuvo y defendió la neutralidad de España».¹²⁷ Franco podía ahora dedicar todas sus energías a normalizar su posición ante los victoriosos aliados. Estaba practicando un peligroso doble juego, sólo posible gracias a su total control de los medios de difusión españoles. Parte del juego consistía en aglutinar apoyos con el pretexto de que España era objeto de un implacable asedio internacional. Esa línea de propaganda tendría un cometido crucial después de acabada la guerra, pero se había configurado durante la crisis del volframio de 1944. Ahora se presentaba la Guerra Civil como un ejemplo de la victoriosa unidad de España contra la injerencia extranjera y a la Falange, o Movimiento como se denominaba cada vez más, como su garantía institucional.¹²⁸

La neutralidad española en la Segunda Guerra Mundial sería ensalzada durante los siguientes treinta años como el máximo logro de Franco. Pero, en última instancia, Franco evitó la guerra no por una gran habilidad o intuición sino por una fortuita combinación de circunstancias, de las cuales fue en buena parte espectador pasivo: el desastre de la entrada de Mussolini en la guerra, que hizo al Führer reacio a otro aliado insolvente; luego la negativa de Hitler a pagar el alto precio que el Caudillo solicitaba por su beligerancia; y, en definitiva, el hábil uso que los diplomáticos aliados hicieron de los recursos alimentarios y de combustible británicos y norteamericanos en una España económicamente devastada. En tales circunstancias, no era de extrañar, como Von Stohrer comentó al general Krappe en octubre de 1941, que el Führer llegara a la conclusión de que España era más útil a Alemania bajo la máscara de la neutralidad, como única vía de sortear el bloqueo británico. El 10 de febrero de 1945 Hitler le confió a su secretario, Martin Bormann: «España ardía en deseos de seguir el ejemplo de Italia y formar parte del club de los vencedores. Franco, por supuesto, tenía ideas muy exageradas sobre el valor de la intervención española. Sin embargo creo que, a pesar del sabotaje sistemático perpetrado por su jesuítico cuñado, accedería a hacer causa común con nosotros bajo condiciones razonables: la promesa de un pequeño pedazo de Francia para compensar su orgullo y una parte sustancial de Argelia como ganancia material real. Pero como España no tenía nada tangible con que contribuir, llegué a la conclusión de que no era deseable su intervención directa. Es cierto que nos hubiera permitido ocupar Gibraltar. Por otra parte, la entrada de España en la guerra habría añadido muchos kilómetros que habríamos tenido que defender en la costa atlántica, de San Sebastián a Cádiz... Al asegurarnos que la península ibérica permanecía neutral España ya nos había proporcionado el único servicio que podía ofrecernos. Ya es suficiente con tener que cargar con Italia en nuestras espaldas y cualquiera que sean las cualidades de los soldados españoles, un país como España en su estado de pobreza y poca preparación, habría sido más un riesgo que una ventaja».¹²⁹ Por encima de todo, la neutralidad de Franco se debió

a la calamitosa situación económica y militar de una España hecha añicos por la Guerra Civil, desastre del que el Caudillo obtuvo enorme provecho.

El héroe cercado, 1945-1946

Al final de la guerra, apoyándose en los elogios de Churchill de 1944 en la Cámara de los Comunes, la maquinaria propagandística de Franco se lanzó a la tarea de reescribir la historia de su papel en la Segunda Guerra Mundial. Durante el resto de su vida, afirmaría que jamás había considerado siquiera la idea de entrar en dicha guerra.¹ Sin embargo, en la primavera de 1945 Franco se dio cuenta de que tendría que navegar por algunos mares tormentosos en los meses venideros. Su prioridad principal era reunir una tripulación abnegada. A este fin, durante los últimos meses de la guerra, además de redistribuir a los capitanes generales en interés de la seguridad, ascendió al grado oficial del Ejército a una serie de militantes del falangista Sindicato Español Universitario y creó la Guardia de Franco, una organización paramilitar integrada por fanáticos falangistas. También se aseguró de que los más influyentes monárquicos juanistas fueran apartados de cualquier cargo desde el que pudieran poner en peligro su posición y fortalecer la de don Juan.

Después de 1936, Franco había visto abrirse ante él un horizonte de oportunidades aparentemente ilimitado. La caída del Eje significó el final de lo que había parecido un continuo e imparable ascenso, de rebelde a Generalísimo, a jefe del Estado y finalmente a futuro emperador. Con esa optimista serenidad que siempre enardecía a sus seguidores, ya fuera en las escaramuzas de Marruecos o en las batallas de la Guerra Civil, Franco no manifestó señal alguna de desaliento ante el derrumbamiento de sus sueños. Tal vez porque siempre había cierto elemento fantasioso en todo lo que hacía, fue capaz, sin mirar atrás siquiera una vez, de crearse una nueva meta, la de su propia supervivencia política, la cual, públicamente, interpretaba y manifestaba como una lucha a vida o muerte por el alma misma de España. El enorme egocentrismo que abrigaba su corazón le permitió encogerse de hombros ante la desaparición de sus hasta entonces benefactores Hitler y Mussolini, como asunto de poca importancia en lo que hacía a su propia misión providencial.

La estrategia de supervivencia del Caudillo era simple en teoría, si bien de compleja ejecución. Con vistas a su posición interior, trabajó con ahínco para consolidar la lealtad de los tres pilares del régimen: la Iglesia, el Ejército y la Falange. Al mismo tiempo, de cara al extranjero, realzó los elementos católicos y monárquicos, y minimizó los fascistas, presentando su régimen como un sistema político exclusivamente español. El objetivo central era mantenerse en el poder. Después de casi una década de exposición diaria a la adulación, era ya lo bastante mesiánico en su modo de autopercepción para no ver contradicción entre sus necesidades políticas y las de España. Es evidente que, de la misma forma que al principio de su carrera militar no tuvo dificultad para crearse el personaje de intrépido héroe del desierto y actuar de acuerdo con él, cuando se hizo con el poder adoptó, proclamó y representó plenamente el papel del providencial timonel que gobernaba la nave de una España a merced de los temporales. Esta imagen competía con la del comandante inspirado por la divinidad a cargo de una fortaleza asediada. Como tantas veces anteriormente, la irrealidad e ingenuidad de estas exageradas creencias, iban acompañadas de un sentido político cínico y despiadado.

Su forma de pensar durante los difíciles meses de la caída del Tercer Reich y subsiguiente reconstrucción del orden internacional fue revelada en abril de 1945 al grueso abogado católico de cuarenta años, Alberto Martín Artajo, presidente de Acción Católica y miembro prominente de un poderoso grupo de presión, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. En nombre de un grupo de influyentes católicos preocupados ante la reprobación internacional de España, Martín Artajo le sugirió que eliminara «los signos externos» que lo relacionaban con el Eje y considerara la autorización de una prensa independiente. Franco no estaba dispuesto a aceptar un consejo semejante. Desestimó las críticas internacionales alegando que eran obra de una conspiración masónica, en la cual absurdamente veía la mano del monárquico Sáinz Rodríguez y del disidente falangista Santiago Montero Díaz. Su respuesta a la idea de cambiar personas o instituciones fue más realista y astuta: «Hay que cuidar de que la gente no se desilusione; han servido con fe. No conviene ceder para que no se tome por debilidad».²

Con su extraordinario olfato para detectar a colaboradores valiosos, Franco vio en el ambicioso Martín Artajo a alguien a quien podía utilizar. En primer lugar, lo envió a Lausana como emisario ante don Juan. A su regreso, el 1 de mayo de 1945, Franco habló con él durante dos horas y media. Martín Artajo le ofreció la colaboración de los católicos a los que representaba y de la poderosa red de prensa católica que podría defender la causa del régimen en el extranjero. A cambio, le pedían que el régimen adoptara un semblante más católico y menos falangista y que, cuanto antes, evolucionara hacia la restauración de la Monarquía. Aún resentido por el Manifiesto de Lausana, Franco no se mostró dispuesto a hablar de compromisos con don Juan, a quien rechazó como un mero «pretendiente», ni de cambios en la Falange, a la que elogiosamente calificaba como «un instrumento eficaz». Describió a la Falange como «un baluarte contra la subversión», una válvula de seguridad a la que se «inculpa por errores del Gobierno» y una maquinaria para educar y movilizar a esas masas que lo saludaban durante sus viajes por España.³ No obstante, insinuándole que era posible alguna evolución política, Franco convirtió a Martín Artajo en un convincente abogado de su causa ante el resto del mundo.

Mientras en los círculos de Falange cundía el pánico por las consecuencias de la caída del Eje, Franco conservó la serenidad; había perfilado un plan claro y seguro para sobrevivir. Crearía una ley para que España fuera un reino pero que no necesariamente implicaría el

regreso de los Borbones. Con un lenguaje que debió de escandalizar al remilgado Martín Artajo, resumió su idea de la decadencia de la Monarquía constitucional refiriéndose a las conocidas aventuras amorosas de Isabel II. Dijo cosas como que «no podía ser padre de un rey “el último con quien se acostaba doña Isabel”» o «ver si es apto lo que salga del vientre de la reina». Estaba claro que Franco no consideraba que don Juan de Borbón fuera adecuado para reinar: «carece de voluntad y de carácter». Habría restauración de la Monarquía, declaró, cuando lo decidiera él y cuando el pretendiente hubiera jurado defender las leyes fundamentales del régimen.⁴

Franco todavía andaba con pies de plomo en aquella difícil situación, pero tenía el propósito de admitir sólo los cambios necesarios para neutralizar a la oposición monárquica y ganar tiempo ante sus enemigos exteriores. Sus expectativas de supervivencia en el poder surgían de su convicción de que una alianza entre las democracias y la Unión Soviética era una monstruosa aberración.⁵ La única táctica posible para él era la de aguantar el ostracismo internacional hasta que cristalizara el antagonismo natural entre los bloques comunista y capitalista. Entonces, las ventajas geopolíticas de España le comprarían el perdón de su pecado original y permitirían su entrada en el bloque occidental. Resultaría una tarea mucho más fácil de lo que Franco y sus compinches imaginaban en aquel momento y de lo que más tarde proclamarían.

No existían razones de peso para creer que los aliados tuvieran intención de «acabar el trabajo» y derrocar a Franco. Era cierto que en Yalta, el 12 de febrero de 1945, las grandes potencias habían prometido elecciones libres a todos los pueblos de los antiguos satélites del Eje, una decisión que podía afectar a España. Y por ello, sin pesar alguno aparente, Franco había comenzado a reescribir la historia de sus relaciones con el Eje. El 2 de abril de 1945 manifestó en Madrid que mientras que los republicanos habían recibido gran cantidad de ayuda de la Unión Soviética y de la internacional comunista, a los nacionales los habían ayudado tan sólo «unos cuantos irlandeses católicos y varios miles de extranjeros venidos para demostrar simbólicamente que España no estaba aislada». También hizo, para el consumo nacional, la ridícula afirmación de que la hostilidad extranjera de entonces hacia España era fruto de los celos por la recientemente recobrada fuerza del país.⁶

Durante el período comprendido entre 1945 y 1950, Franco se convenció a sí mismo de que él y España sufrían un asedio mortal. Como habían profetizado tanto Cabanellas como Casado, había llegado a considerar España en términos militares, como una posición que tenía el deber de defender hasta la muerte. Con la oposición recuperándose y puestas sus esperanzas en el respaldo de los aliados, fueron muchos los partidarios del Caudillo que titubearon durante lo que se ha llamado «la noche negra del franquismo».⁷ Franco no perdió el sueño. Interpretó la situación como un asedio y le aplicó sus experiencias en la Legión. Numerosas declaraciones de los años siguientes pondrían de manifiesto su tenaz determinación de luchar hasta el fin, pero ninguna de forma más clara que la observación que le hizo a su hermano Nicolás en agosto de 1945. Nicolás era uno de sus visitantes habituales en El Pardo. Franco le enseñó dos fotografías, una de los cadáveres de Mussolini y Clara Petacci y la otra de Alfonso XIII desembarcando en Marsella en la primera etapa de su exilio. Entonces le dijo a su hermano: «Mira, Nicolás, si las cosas andan mal, yo terminaré como Mussolini, porque resistiré hasta derramar mi última gota de sangre. Yo no me fugaré como hizo Alfonso XIII».⁸ Franco se sintió íntimamente afectado por el final del Duce, que en apariencia despertó sus recuerdos del desastre de Annual, cuando los oficiales españoles que se rindieron a los cabileños fueron muertos y sus cadáveres mutilados.⁹ Su respuesta fue, para utilizar la gráfica metáfora de Garriga, «actuar como un capitán de barco que, para asegurarse la fidelidad y la disciplina de la tripulación, inutilizaba los botes y salvavidas para demostrar que, o se salvaban todos, o se hundían juntos con la nave».¹⁰ En otras palabras, en lugar de disolver la Falange como había dado a entender a Martín Artajo, se rodearía de ella como si fuera una guardia pretoriana.

La nave de Franco no tuvo que esperar demasiado para hallarse en aguas tormentosas. La conferencia fundacional de la Organización de las Naciones Unidas se celebró en San Francisco entre el 25 de abril y el 26 de junio de 1945. El 19 de junio, la delegación mexicana propuso la exclusión de cualquier país cuyo régimen se hubiera formado con ayuda de los ejércitos de los Estados que habían luchado contra las Naciones Unidas. La resolución mexicana, redactada con la colaboración de los republicanos españoles exiliados, sólo podía aplicarse a la España de Franco. Fue aprobada por aclamación.¹¹ Los exiliados antifranquistas dieron por sentado entonces que el Caudillo tenía los días contados. Incluso su antiguo admirador y partidario, el cardenal arzobispo de Toledo, Pla y Deniel, suponiendo que se producirían negociaciones para la restauración de la Monarquía, se ofreció a actuar como intermediario.¹² No obstante, se percibían destellos de luz detrás de las negras nubes. En Washington había cierta preocupación de que una línea demasiado dura con Franco pudiera ralentizar el comunismo en España. De hecho, Franco veía la participación de sus enemigos exiliados a la hora de generar el aislamiento internacional simplemente como una prueba de lo acertado de su postura.¹³ No obstante, al día siguiente de la resolución mexicana, Franco emitió un mensaje radiofónico para América Latina en el que por primera vez denunciaba «las campañas de difamación» contra una España que era «santa, guerrera, artística, generosa, honrada y maravillosa».¹⁴ El 22 de junio Lequerica negó que la resolución de San Francisco afectara en modo alguno a España, basándose en la falsa afirmación de que el régimen de Franco había sido creado sin ayuda del Eje.¹⁵

Como parte del prolongado y arduo esfuerzo por desligar su persona y su régimen del Eje, Franco hizo dos importantes declaraciones, tanto para el exterior como para la propia España, en el verano de 1945. Concedió una entrevista a un representante de la British United Press en la que mezcló verdades evidentes y mentiras descaradas. Sin embargo, como tantas veces en el pasado, dio toda la impresión de creer cada una de las palabras que pronunciaba, y confió al entrevistador lo siguiente: «puede decir al mundo que la Falange carece de poder político en España y sólo le corresponden decisiones no políticas, porque todo el poder y decisiones políticas dependen completamente del

Gobierno y de ninguna otra institución. Algunos miembros de mi Gobierno pueden eventualmente ser miembros de la Falange, como podrían ser cualquier otra cosa, pero finalmente, ellos son miembros de mi gabinete». En un sentido, era una afirmación falaz, porque todos los miembros del gobierno eran técnicamente miembros de Falange Española Tradicionalista y de las JONS y en España no existía ningún otro partido político legal. A la par, Franco estaba aceptando una distinción vaga y equívoca que siempre había estado implícita en la naturaleza heterogénea de FET y de las JONS y que se generalizó progresivamente dentro del régimen. Tal distinción separaba a FET y de las JONS, como la casa común de los franquistas, tanto monárquicos, católicos, carlistas, soldados o militantes falangistas, de la Falange en sí, que reunía a los más radicales de ellos.

Franco negó después que España hubiera sido aliada en ningún sentido de Alemania o Italia. «Es cierto —dijo— que cuando pareció que Alemania estaba ganando la guerra, algunos miembros de la Falange trataron de identificar a España con Alemania e Italia, pero cesé inmediatamente a todas las personas de esta tendencia. Nunca tuve la más mínima intención de involucrar a España en la guerra.» Es indicativo de la dificultad para interpretar a Franco que este virtuoso despliegue de amnesia reflejara, al mismo tiempo, tanto un cinismo frío y descarado como el hecho de que por entonces Franco creía sinceramente en su halagadora versión del pasado reciente. En otra de sus declaraciones de prestidigitador había un atisbo de cambio político: «Con la excepción de ciertos períodos relativamente cortos de nuestra historia, España y el Gobierno han sido tradicionalmente monárquicos. Por lo tanto, preveyendo [sic] cualquier eventualidad, hemos decidido crear ya el Consejo del Reino, el cual, cuando quiera surja la necesidad, podría decidir sobre el problema de la sucesión al trono... y de los necesarios requisitos y cualidades para alcanzar el trono».¹⁶

Un mes más tarde, cuando comenzaba la conferencia de Potsdam, en su discurso anual ante el Consejo Nacional de Falange, el Generalísimo comenzó públicamente el proceso de levantar una fachada nueva e internacionalmente aceptable para el régimen. La concesión necesaria ante el cambio de situación fue una pseudoconstitución: el Fuero de los Españoles. En apariencia, esta ley garantizaba las libertades civiles. En la letra pequeña, la libertad de expresión, por ejemplo, no se hacía extensiva a aquellos que se opusieran a los «principios fundamentales del Estado». De igual forma, la libertad de asociación no era aplicable a las agrupaciones que se consideraran perjudiciales para la «unidad espiritual, nacional o social de la patria». En otras palabras, partidos políticos o sindicatos.

El discurso, escrito por el propio Franco con ayuda de Carrero Blanco, comenzaba felicitándose por haber conseguido mantenerse neutral durante la guerra. Después, presentaba a España una opción deprimente: «este orden, esta paz y esta alegría, que hace que en esta Europa atormentada seamos uno de los poquísimos pueblos que aún puede sonreír», o el comunismo con sus sangrientas consecuencias. Decepcionando a quienes esperaban cambios políticos afirmó: «Yerran los que creen que España necesita importar nada del extranjero». El mensaje claro, tanto para los oyentes nacionales como extranjeros, era que el régimen de Franco era único, no comparable a los regímenes del Eje que en realidad había sido su modelo y, si bien era diferente de la democracia, podía coexistir con las potencias occidentales. La idea de que el derrocamiento o incluso la modificación del franquismo abriría las puertas al comunismo fue la excusa constante de este período para evitar los cambios de cualquier tipo excepto los más superficiales. Lo único que Franco afirmaba acerca del futuro era que su régimen sólo podría ser sucedido por la Monarquía tradicional. No habló en ningún momento de un cambio inmediato ni de la implantación de un gobierno constitucional moderno. Sus últimas palabras dejaron perfectamente claro que tenía intención de capear la tormenta de la derrota del Eje y la reprobación de los aliados: «como el buen capitán, hemos de mantener firme la ruta de la nave, ajustando la maniobra a los temporales que puedan azotarla».¹⁷

Profundamente consciente de la amenaza de Potsdam, el buen capitán se apresuró a renovar su tripulación. La bandera del Eje, si bien no la de Falange, fue arriada y reemplazada por una variante ideológica de la democracia cristiana extremadamente conservadora. El 18 de julio de 1945, los ministros más claramente desprestigiados por ser afectos al Eje fueron depuestos sin un solo signo de remordimiento. Lequerica fue reemplazado, a instancias de Carrero Blanco, por Martín Artajo; Asensio, por el anodino general Fidel Dávila; Arrese fue destituido y no reemplazado por nadie en el cargo de ministro secretario general del Movimiento. De hecho, Franco no había pensado eliminar este ministerio hasta que Martín Artajo le dijo a Carrero Blanco que de lo contrario no entraría en el gabinete. Franco no solía permitir ninguna presión para tomar decisiones, pero él y Carrero Blanco estaban convencidos de que el inteligente pero dócil Martín Artajo era un elemento decisivo para su estrategia de supervivencia. A pesar de que católicos prominentes como José María Gil Robles y Manuel Giménez Fernández se oponían a la colaboración con el régimen, la presencia de Martín Artajo y otros, como el ex cedista José María Fernández Ladreda en el Ministerio de Obras Públicas, conferían credibilidad a la nueva imagen de Franco como gobernante católico autoritario.¹⁸

Los falangistas continuaron presentes en el gabinete, pero de forma menos prominente. * Poco después, el control de la prensa pasaría de manos de la Falange a las de un hombre gris y convencido franquista, José Ibáñez Martín, que permaneció en el cargo de ministro de Educación. Blas Pérez Infante igualmente leal y políticamente anodino conservó la cartera de Gobernación. El amigo de siempre de Franco, Juan Antonio Suanzes, fue nombrado ministro de Industria y Comercio. Dado que la práctica de Franco era la de trazar él mismo la política de Estado y dejar a los ministros libertad sólo para asuntos estrictamente departamentales, los cambios ministeriales eran por fuerza cosméticos. Habida cuenta del contexto internacional y de la preocupación primordial de Franco por la política exterior, el cambio clave fue la introducción de Martín Artajo en el gobierno. Pese a ello, el Generalísimo había reunido cuidadosamente un gabinete de franquistas ferozmente leales, una tripulación que podía dejar a un lado las lealtades partidistas en aras del común interés de mantener la nave a flote.¹⁹

Martín Artajo, en su día miembro de la CEDA y protegido de Ángel Herrera (cerebro gris de la democracia cristiana española), había conocido a Carrero Blanco en 1936 cuando ambos se habían refugiado en la embajada mexicana de Madrid.²⁰ Aceptó el cargo tras consultar con el primado, cardenal Pla y Deniel, ambos ingenuamente convencidos de que podría contribuir a facilitar la transición del régimen franquista a la Monarquía.²¹ Franco no tenía inconveniente en que así lo creyeran, mientras aseguraba a los falangistas que nada cambiaría. Habiendo ya anunciado que pronto se iniciaría el proceso para que España volviera a ser una Monarquía, una legislación vacía, como el Fuero de los Españoles, daría la impresión de que el Caudillo presidía una democracia *sui generis* y no era un dictador. Su estrategia general estaba muy clara. Serían los católicos, más que los falangistas, los que cargarían con la tarea, con el apoyo del Vaticano, de atemperar la enemistad de las democracias victoriosas.

Franco ladinamente dejó que Martín Artajo creyera que podía presionarle para liberalizar el régimen, porque sabía que sus afirmaciones ante los gobiernos extranjeros serían así más convincentes. En todo momento supo cómo respiraba Martín Artajo sin descubrirle nunca su juego. El Caudillo mantuvo un férreo control sobre la política exterior, pero lo utilizó hasta el final como el rostro aceptable de su régimen ante la comunidad internacional. Artajo le dijo a José María Pemán que cada día hablaba al menos una hora por teléfono con Franco, y que utilizaba unos auriculares especiales con el fin de tener las manos libres para tomar notas. Pemán escribió cruelmente en su diario: «Franco lleva la política internacional y Artajo es el ministro taquígrafo». En la primera reunión del nuevo gabinete, Franco dijo a sus ministros que se harían concesiones al mundo exterior sólo si no eran esenciales y por conveniencia.²²

Franco también trazó planes a largo plazo para neutralizar a don Juan y sus simpatizantes durante las tempestades futuras. Por consejo de Carrero Blanco, en quien confiaba cada vez más, adoptó una doble estrategia para reducir la amenaza de una Monarquía democrática. Primero se realizaría un intento de apartar a don Juan de sus consejeros más radicales como Gil Robles, Sáinz Rodríguez y Eugenio Vegas Latapié, y luego se presionaría para que Franco tuviera voz en la educación del hijo de ocho años de don Juan, Juan Carlos. En consecuencia, aunque después del Manifiesto de Lausana ya había decidido que don Juan nunca sería rey, Franco optó por la política de reducir tensiones con él, al tiempo que alentaba a los franquistas monárquicos a que se acercaran al entorno del rey. Las visitas a don Juan de oportunistas como José María de Areilza^{*} eran comunicadas sin falta a la embajada británica para dar la impresión de que Franco estaba negociando los términos de la restauración y de esa forma ganar tiempo.²³

Poco después de los cambios ministeriales, el destino de Franco se incluyó en la agenda internacional de la conferencia de Potsdam. Stalin intentó conseguir el respaldo de británicos y estadounidenses para romper toda relación con España y dar apoyo a «las fuerzas democráticas». Esa iniciativa fue cautelosamente acogida por Truman, a quien contenía el temor a encender la chispa de otra guerra civil. Stalin sugirió entonces que si la ruptura de relaciones se consideraba «una demostración demasiado severa», los tres grandes podían adoptar medidas más flexibles para demostrar su simpatía por el pueblo español. A esa propuesta de Stalin se opuso Churchill, que señaló que los británicos no querían poner en peligro la valiosa relación comercial que tenían con España y que además la injerencia en los asuntos internos de otros Estados era contraria a la Carta de las Naciones Unidas.²⁴ Argumentando que por muy odioso que pudiera ser Franco, no correspondía a las Tres Potencias dictar a «los países enemigos menores el tipo de gobierno que deben tener», la delegación británica buscaba «alguna forma relativamente anodina de resolución antifranquista».²⁵ Cuando Churchill fue sustituido en Potsdam el 28 de julio tras la derrota de los conservadores en las elecciones generales dos días antes, la propuesta soviética de total ruptura de relaciones con Franco fue rechazada por su sucesor, Clement Attlee, y su ministro de Asuntos Exteriores, Ernest Bevin. La resolución mexicana adoptada en San Francisco fue ratificada por las tres grandes potencias en su comunicado final del 2 de agosto de 1945, que reiteraba la exclusión de España de las Naciones Unidas sobre la base de los orígenes, naturaleza y estrecha relación con el Eje del régimen de Franco.²⁶ No obstante, el Caudillo cobró ánimos ante la ausencia de cualquier indicio de intervención en su contra.

Poco antes de la declaración de Potsdam, Franco recibió por primera vez al embajador británico, sir Victor Mallet. Cuando Mallet le dijo que su régimen estaba asociado, en el pensar británico, «a la amistad con los fascistas y los nazis y [que] tanto los hechos como los discursos de los años de la guerra no serán olvidados», Franco realizó una virtuosa actuación de obsequiosa afabilidad. Sonrió con suficiencia mientras Mallet intentaba hacerle comprender la medida de su aislamiento y «en tono optimista insistió en que las relaciones mejorarían». El Caudillo rechazó las referencias del embajador al apoyo que había proporcionado al Eje durante la guerra con constantes interrupciones cuyo fin era demostrar que su germanofilia había sido muy exagerada, y quitó importancia al envío de la División Azul como una «mera gota de agua». Con las elecciones británicas en mente, continuó con toda frialdad diciendo a Mallet que su programa de reforma social estaba más próximo a los ideales del Partido Laborista que a los del Conservador.²⁷

Franco se irritó mucho con la declaración de Potsdam, pero rápidamente percibió que era menos hostil de lo que él y Martín Artajo habían temido.²⁸ La cínica respuesta española al comunicado revelaba la mano del propio Franco. Hecha pública el 5 de agosto de 1945, declaraba que España no estaba mendigando un lugar dentro de organización internacional alguna y que ciertamente sólo aceptaría una posición acorde con su importancia histórica, volumen de población y contribuciones a la paz y la cultura. La nota continuaba diciendo: «Razones semejantes le hicieron abandonar un día, bajo el régimen monárquico, la vieja Sociedad de Naciones».^{*} Inevitablemente, la neutralidad de España durante la guerra recibió el elogioso calificativo de «destacada ejecutoria», una de las expresiones favoritas de Franco.²⁹

A pesar de las divisiones que existían entre ellos, los dirigentes exiliados de la izquierda estaban optimistamente convencidos de que las

declaraciones de San Francisco y Potsdam sobre España, junto con la llegada al poder del Partido Laborista británico, significaban la caída inminente de Franco. Anticipándose a dicha caída, a finales de agosto de 1945 se formó un gobierno en el exilio con la presidencia de José Giral.³⁰ La convicción de los exiliados de que Franco estaba acabado, era compartida en algunos círculos del régimen en Madrid. Agustín de Foxá, hombre de gran ingenio, observó: «¡Qué patada le van a dar a Franco en nuestro trasero!». ³¹ El Caudillo, por el contrario, daba muestras de una alegre despreocupación. Su postura se resumía en el anticomunismo y en la confianza en que las circunstancias cambiarían. En numerosos discursos y declaraciones se atribuyó el mérito de haber evitado que España se viera envuelta en la Segunda Guerra Mundial y describió España como un feliz oasis de paz en un mundo turbulento en el que las hordas comunistas estaban constantemente al acecho.³²

Pronto se hizo evidente que estaba sembrando en terreno fértil. Ernest Bevin, en su primer discurso ante la Cámara de los Comunes como secretario del Foreign Office el 20 de agosto de 1945, dio a entender claramente que las potencias occidentales no emprenderían acción alguna contra Franco cuando dijo: «la cuestión del régimen de España es algo que le corresponde decidir al pueblo español». De esa forma confirmó que la política del nuevo gobierno laborista británico respecto a España sería tan inocua como la de su predecesor conservador. Bevin tuvo que proporcionar a Franco una enorme tranquilidad cuando declaró que el gobierno británico vería «con buenos ojos que el pueblo español tomara medidas para cambiar el régimen, pero el gobierno de Su Majestad no está dispuesto a dar paso alguno que promueva o aliente una guerra civil en dicho país».³³

El embajador soviético en Londres, Feodor Tarasovitch Gousev, quedó escandalizado por lo que percibió como una renuncia a los acuerdos de Potsdam. Cuatro días más tarde le dijo a Bevin que ese discurso «sería interpretado por Franco como indicativo de que no se iba a hacer nada contra él; evidentemente estaba intentando consolidar su posición y levantar una cortina de humo ante los ojos de los aliados al anunciar su intención de celebrar elecciones». ³⁴ Gousev estaba en lo cierto. Franco había estado examinando informes de la policía secreta sobre el miedo suscitado entre las fuerzas del régimen por la declaración de Potsdam. No sólo la izquierda había cobrado ánimos, sino que los círculos católicos y militares habían expresado sentimientos antifalangistas. Los monárquicos daban por sentado que la restauración de don Juan era inminente.³⁵ El pesimismo que se había cernido sobre los círculos del régimen después de Potsdam disminuyó de manera apreciable a consecuencia del discurso de Bevin. Martín Artajo expresó abiertamente su alivio a Mallet: ³⁶ «No tiene España sino esperar a su puerta a que pase el cadáver de sus enemigos derrotados en 1939».³⁷

Fue precisamente en esta época cuando el futuro almirante Carrero Blanco, ayudante cada vez más influyente de Franco, redactó un largo informe sobre la supervivencia del régimen. Se trataba de un documento profundamente cínico que combinaba un estrecho provincianismo con una brillante perspicacia. En términos que eran reflejo de las actitudes del Caudillo, y que hábilmente halagaban la opinión de éste sobre sus logros, el ostracismo angloamericano era tachado simplemente de celos «porque España es ahora independiente, políticamente libre, vigorosa y en ascenso, y dado que es una España desconocida desde el expolio de Utrecht [una referencia a la pérdida de Gibraltar] y ello enoja y duele a los ingleses». Al mismo tiempo, la astuta conclusión de Carrero Blanco era que, después de Potsdam, Gran Bretaña y Francia no se arriesgarían jamás a abrirle las puertas al comunismo en España mediante el apoyo a los republicanos exiliados. Por lo tanto, «la única fórmula para nosotros no puede ser otra que: *orden, unidad y aguantar*. Buena acción policial para prevenir cualquier subversión; enérgica represión si se produce, sin temor a las críticas de fuera, pues más vale castigar duramente una vez que no dejar de corregir el mal».³⁸

Franco se refería constantemente a las presiones extranjeras en pro del cambio democrático como «la ofensiva masónica». El 8 de septiembre de 1945 afirmó durante una reunión del gabinete que en el Reino Unido había 15 millones de masones y que todos ellos habían votado al Partido Laborista. ³⁹ El Caudillo ganó tiempo dejando que Martín Artajo garantizara a los diplomáticos extranjeros que él renunciaría al poder en favor de don Juan «dentro de los próximos dos años», ⁴⁰ pero los límites del «nuevo» Franco de posguerra y la primacía de su papel personal en la política exterior quedaron claros cuando rechazó la propuesta de Martín Artajo de nombrar embajador en Londres al doctor Gregorio Marañón, de tendencia liberal. Desconfiaba de Marañón, igual que desconfiaba del duque de Alba, porque era ideal a ideales más trascendentes que la mera supervivencia en el poder de Franco. Designó por el contrario para dicha embajada al franquista Domingo de las Bárcenas, que había sido su embajador de confianza en el Vaticano durante la Segunda Guerra Mundial. Martín Artajo quería también enviar a un demócrata cristiano —José Larraz o Luis García Guijarro— a Washington, pero Franco insistió en Lequerica. Londres dudó antes de conceder el *placet* a la designación de De las Bárcenas; Washington se negó de plano a aceptar a un hombre considerado fascista.⁴¹

Incluso dentro de un contexto nacional e internacional tan sombrío, la estrategia propuesta por el memorando de Carrero Blanco era absolutamente razonable. Churchill y Bevin habían dejado claro que los británicos nunca intervendrían en España. Lo más cerca que estuvo Londres de la acción fue una serie de sutiles desaires que apenas notó Franco, de quien un funcionario del Foreign Office británico dijo que tenía «la piel de un rinoceronte». ⁴² Francia, dada la intensa hostilidad pública hacia Franco, era potencialmente la más antifranquista de las tres potencias occidentales. Sin embargo, tanto el católico y moderado ministro de Asuntos Exteriores, Georges Bidault, como el presidente del Consejo de Ministros, general De Gaulle, eran contrarios a actuar contra Franco. Mientras Bidault contemporizaba, De Gaulle envió un mensaje secreto a Franco para comunicarle que resistiría las presiones de la izquierda y mantendría relaciones diplomáticas con él.⁴³

En el verano de 1945, la oposición interior al régimen se agrupó en torno a los generales Aranda y Kindelán. Éstos intentaron presionar al

nuevo ministro de la Guerra, Fidel Dávila, para que diera a Franco un ultimátum de retirada. Dada la incuestionable lealtad de Dávila hacia Franco, esos esfuerzos fueron en vano. De hecho, Aranda y Kindelán actuaban cada vez más en solitario, y hablaban con miembros de la oposición de izquierda y con cualquier diplomático extranjero dispuesto a escucharlos.⁴⁴ El efecto de sus actividades era insignificante comparado con el masivo bombardeo propagandístico del Caudillo para crear la imagen de permanencia del régimen. El 25 de agosto de 1945 Franco destituyó a Kindelán de su cargo de director de la Escuela Superior del Ejército por un discurso fervientemente monárquico en el que predecía que don Juan estaría pronto en el trono con el total apoyo del Ejército. Irónicamente, Kindelán, uno de los pocos generales españoles que previeron la victoria aliada, fue reemplazado por Juan Vigón quien, al igual que el Caudillo, mantuvo la fe en el triunfo del Tercer Reich hasta el último día.⁴⁵

El hecho de que tratara a Kindelán con tanta indulgencia era indicio de la determinación de Franco de no ofender al ejército. Los republicanos exiliados estaban profundamente divididos y contaban con muy poco apoyo dentro de una España traumatizada por la Guerra Civil y forzada a la apatía política por la represión. Eran las grandes potencias y los personajes influyentes de las familias del régimen los que para Franco constituían motivo de preocupación. Para consolidar la fidelidad del ejército, no desperdició ninguna oportunidad de apelar a su actitud vigilante para defender la unidad de la patria, lo que de hecho significaba defender su propia posición. La destitución de Kindelán fue seguida de una vehemente llamada a la lealtad en la Escuela Superior del Ejército, el 15 de octubre.⁴⁶

La actitud de Franco hacia la Falange era más complicada y tortuosa, como habían revelado sus primeras conversaciones con Martín Artajo. El 3 de septiembre de 1945, Serrano Súñer escribió una carta a Franco en la que le proponía que aprovechara el respiro proporcionado por el discurso de Bevin para proceder a la desmovilización («licenciamiento») de la Falange y a la renovación del personal político, con un gobierno nacional que incluyera a figuras como Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset y Francesc Cambó. En el margen de la carta, Franco escribió «No» junto a las sugerencias, y «Je, je, je» al costado de los nombres.⁴⁷ Sólo realizó cambios sumamente superficiales. En la reunión del gabinete del 7 de septiembre, en respuesta a las exigencias británicas, se decidió la retirada de las fuerzas españolas de Tánger. Franco comentó, de manera realista: «No es mucho perder cuando no se puede defender la carta en la jugada». Así desapareció la única conquista imperial de España durante la Segunda Guerra Mundial. En esa misma reunión, se abolió el saludo fascista, con gran disgusto de los ministros falangistas.⁴⁸

Este tipo de medidas cosméticas no cambiaron en nada las relaciones de Franco con la Falange, cuyo valor en términos políticos se hizo patente durante la espectacular conmemoración del día del Caudillo el 1 de octubre de 1945, noveno aniversario de su ascenso al poder supremo. Las ceremonias se concibieron como una desafiante demostración ante el mundo de la fuerza del apoyo popular e institucional con que contaba Franco. La Iglesia participó plenamente. Franco, acompañado de sus ministros, los dirigentes de la Falange y los altos mandos de las tres armas del Ejército, asistió a una misa cantada y con orquesta celebrada por el arzobispo de Madrid-Alcalá, el franquista Leopoldo Eijo y Garay, en la iglesia de San Francisco el Grande, entonces lo más parecido a una catedral en Madrid. La misa fue seguida por un solemne tedeum oficiado por el nuncio, monseñor Cicognani. Luego se ofreció a los dignatarios allí reunidos una suntuosa recepción en la Sala del Trono del Palacio Real. Fuera, por las calles profusamente adornadas con banderas españolas, desfilaba el Frente de Juventudes. En toda España tuvieron lugar celebraciones similares.⁴⁹

Las celebraciones y la reacción ante la carta de Serrano Súñer meramente confirmaban lo que Franco le había revelado a Martín Artajo en la primavera anterior. Había realizado un sagaz análisis de costes y beneficios sobre la utilidad de mantener o disolver la Falange, y comprendió que los cambios en la Falange, o en el Movimiento como se la llamaba cada vez con mayor frecuencia, apenas conseguirían alterar las actitudes de las democracias occidentales hacia su persona. En cualquier caso, la Falange era su movimiento y a toda costa deseaba preservar una maquinaria que le proporcionaba constante adulación. Desmantelar la Falange le crearía dos problemas importantes: el primero sería qué hacer con los cientos de miles de parásitos que vivían del Movimiento y de su extensa burocracia. El segundo era en qué medida la disolución de la Falange daría paso a una amplia gama de grupos de oposición. Por el contrario, conservar el Movimiento significaba retener un gigantesco aparato de personas que sabían que su existencia estaba amenazada, que no tenían otro sitio al que ir y que, por lo tanto, prestaban una lealtad incondicional al Caudillo. Al no hacer nada, Franco consolidó el ferviente apoyo de cientos de miles de falangistas.

En realidad, mientras parecía limitarse a aguantar el tipo, Franco trabajaba con ahínco para defender su posición. Mantuvo al gabinete reunido durante cuatro días enteros entre el 3 y el 11 de octubre de 1945. Detrás de la retórica pantalla de humo sobre el incremento de la «participación popular en las tareas del Estado», que iba a ponerse en práctica mediante referendos periódicos, Franco hizo saber con claridad a sus ministros que su intención era permitir pocos cambios. Un regreso de los partidos políticos era impensable, dado que en el Reino Unido eso había llevado el país al socialismo e, insinuó, al borde del comunismo. Puesto que Occidente no quería ver en España ni revolución ni comunismo, practicaría la estrategia de aplacar las críticas internacionales mediante cambios superficiales a la espera de una reevaluación del régimen cuando finalmente Occidente se enfrentara a la Unión Soviética. Franco propuso que se diera relieve propagandístico al Fuero de los Españoles y una futura Ley de Sucesión. Cuando Artajo sugirió una amnistía parcial para los presos políticos, Franco replicó: «Nosotros no borramos». Cuando se propusieron elecciones municipales para crear impresión de democracia, Franco recomendó que se anunciaran las elecciones y luego se retrasaran indefinidamente. Accedió a un referéndum, habló de «vestir traje democrático asegurándonos los riesgos» y declaró con optimismo: «Estamos rozando el milagro».⁵⁰

Las observaciones hechas durante la reunión del gabinete revelan que había un mundo de experiencia entre el Franco cauteloso y astuto de 1945 y el vehemente imperialista de 1940. Eso quedó claro también por la forma en que supo sacar partido al temor angloamericano a provocar otra guerra civil. El 26 de octubre demostró públicamente que derrocarlo significaría tener que luchar y vencer al Ejército. La ocasión fue otro encuentro con sus antiguos compañeros de la Academia de Infantería de Toledo. Se organizó un homenaje montado a escala monumental, con participación de los dirigentes de la coalición que había ganado la Guerra Civil: el Ejército, la Iglesia y la Falange. Escoltado por generales, entró en la catedral bajo palio y recibió la bendición del cardenal primado Pla y Deniel. Tras haber sido nombrado «protector de la ciudad» y obsequiado con una vara con taracea de oro y plata, se dirigió al Alcázar. En el marco del simbólico baluarte de la resistencia nacional durante el asedio, declaró desafiante que el ejército bloquearía los diabólicos designios de los partidos políticos y los masones.⁵¹ La profusa cobertura periodística del acto constituyó una especie de chantaje en masa. Franco sabía por los informes de su propio servicio secreto que los españoles estaban desesperadamente decididos a no volver a pasar por los horrores de una guerra civil.⁵² También la embajada estadounidense consideraba que «es voluntad de casi todas las categorías de españoles evitar más derramamientos de sangre; y ningún hecho resulta de mayor utilidad para el general Franco que el argumento de que un cambio precipitado significa otro 1936».⁵³

Desde El Pardo se filtraban informes contradictorios sobre el ánimo de Franco a las embajadas occidentales. Solícitos informadores contaban un día a Mallet y Armour que el Caudillo había decidido dar la partida por terminada, y al siguiente que resistiría hasta el final entre las ruinas de El Pardo.⁵⁴ La situación era tensa, pero su «fe ciega» y su optimismo inagotable no le abandonaron. Puso de manifiesto su mentalidad de búnker cuando le dijo al general Martínez Campos que «Yo no haré la tontería que hizo Primo de Rivera. Yo no dimito; de aquí al cementerio».⁵⁵ La creciente seguridad de Franco en sí mismo exasperaba a Norman Armour.⁵⁶ Pero el embajador estadounidense tuvo una pequeña satisfacción a principios de octubre cuando el boletín de la Embajada de Estados Unidos publicó la carta que Roosevelt había enviado a Franco en el mes de marzo. Se distribuyeron rápidamente 90.000 ejemplares y ante la embajada se formaron colas de personas deseosas de conseguir uno. El enojo de Franco se reflejó en la protesta del gobierno español ante Armour.⁵⁷

Armour, en estado de profundo desaliento, abandonó Madrid en diciembre de 1945. La retirada de Armour tras treinta y tres años en el servicio diplomático de Estados Unidos era reglamentaria, pero fue interpretada por la prensa estadounidense como una censura oficial a Franco, impresión confirmada al no ser sustituido por otro embajador.⁵⁸ Cuando Armour fue a despedirse el 29 de noviembre, le habló a Franco de su decepción por la lentitud de los cambios políticos. Con «mucho aplomo y presuntuosidad», Franco se limitó a aconsejarle paciencia.⁵⁹ Durante dos horas se explayó sobre los peligros de obrar los cambios demasiado rápidamente y le aseguró a Armour que todas las críticas que se hacían de su régimen en el extranjero eran de inspiración comunista.⁶⁰ A partir de ese momento, la Embajada de Estados Unidos estaría en manos de un encargado de negocios hasta 1951. Franco sabía que gestos tan humillantes como aquél no iban más allá de la retórica, y pronto se percató de que, en realidad, podría utilizarlos en su propio provecho para crear una mentalidad de asedio en España. Además, como advirtió Mallet, las posibilidades de que fuera derrocado dependían del ejército y Franco sabía aglutinar su apoyo mediante insinuaciones de que si él desaparecía, se acabarían «los días de vacas gordas».⁶¹

Un día después de despedirse de Franco, Armour visitó a Martín Artajo, quien le aseguró con aparente convicción que el Caudillo finalmente dejaría paso a una Monarquía constitucional. Repitió también las débiles excusas dadas por Franco para retrasar su renuncia al poder. Una era su duda de que si devolvía el poder a los generales, de quienes él lo había recibido en 1936, éstos lo entregaron a un gobierno civil. Otra era que, a diferencia de Alfonso XIII, que había abandonado el trono en 1931 bajo la «errónea» impresión de que el país estaba contra él, Franco no se marcharía con la equivocada idea de que su pueblo no le quería. Martín Artajo señaló con acierto que Franco no era un hombre que reaccionara bien ante un trato duro o a presiones directas. No obstante, su desaliento por la lenta evolución política del Caudillo era perceptible en la curiosa solicitud que le hizo a Armour para que el nuevo secretario de Estado, James F. Byrnes, o Ernest Bevin, o ambos, enviaran un mensaje a Franco instándolo a acelerar el cambio político.⁶²

Hasta qué punto era inofensiva la retórica británica antifranquista se hizo patente a principios de diciembre de 1945. La llegada a Londres del nuevo embajador de Franco, Domingo de las Bárcenas, provocó un debate en la Cámara de los Comunes el 5 de diciembre. El diputado de la izquierda laborista, Ian Mikardo, preguntó a Bevin si estaba enterado de que el juicio contra 22 españoles antifascistas, suspendido en octubre tras las protestas británicas, estaba a punto de reanudarse y si tenían intención de dirigirse al gobierno español al respecto. A la banal respuesta de Bevin de que el embajador británico se encargaría del asunto, Mikardo replicó con una pregunta maliciosamente perspicaz: «¿Puede su señoría explicar a esta Cámara cómo es posible que el general Franco, tan preocupado por su posición a finales de julio, esté ahora tan confiado que es capaz de hacer semejante burla al gobierno de Su Majestad?». Lo único que pudo replicar Bevin fue: «Los veleidosos hábitos de ese dignatario son muy difíciles de explicar». El antifranquista capitán Noel-Baker preguntó entonces si Bevin estaba enterado de que la reciente llegada del nuevo embajador estaba siendo interpretada en España y el resto del mundo como un implícito apoyo del gobierno de Su Majestad al régimen de Franco. Refiriéndose a su discurso del 20 de agosto, Bevin declaró que: «Nuestra actitud hacia Franco quedó bastante clara..., no ha cambiado; nosotros detestamos ese régimen».⁶³ De hecho, aquel mismo día Bevin había transmitido a De las Bárcenas «lo mucho que lamento que el régimen de Franco siga aún vigente» y le había pedido que informara a Franco de que la paciencia británica «se está agotando».⁶⁴

Franco era indiferente a estas muestras de antipatía verbal. A mediados de diciembre, Martín Artajo le dijo a José María Pemán que

Franco creía realmente en la Falange y que trataba a los ministros falangistas como si fueran sus preferidos, como a miembros de la familia. Pemán escribió en su diario: «Si me hubieran dicho que Franco tenía una amiga mal me hubiera parecido y mucho me hubiera extrañado. Pero esto es peor: tiene una convicción, lo que yo creía que no tenía; lo que era mejor que no tuviera para poderse manejar hasta el final con esa desenvoltura y agilidad fría que le ha valido sus mejores éxitos».⁶⁵ De hecho, Pemán, habitualmente sagaz, estaba equivocado. Puede que Franco tuviera un compromiso sentimental con la Falange, pero éste no minaba su capacidad para el cálculo frío. En realidad, se había dado cuenta de que era más rentable conservar a la Falange. No sólo era un sólido pilar de apoyo, sino que las críticas internacionales dirigidas contra la Falange le permitían capitalizar el sentimiento de ofensa, el resentimiento de la ciudadanía por la «injerencia» extranjera.

Dejando a un lado la hostilidad internacional, a finales de 1945 Franco se hallaba amenazado en el interior en dos frentes. Por un lado, la represión de los monárquicos de la coalición franquista para que aplacara a las potencias occidentales cediendo paso a don Juan. Sustraerse a las presiones de los monárquicos requeriría toda su astucia. Franco empleó el mismo recurso para hacer frente tanto al ostracismo internacional como a los sentimientos monárquicos: cambiar el nombre de su régimen por el de «reino» sin alterar la sustancia del mismo y constituirse en regente vitalicio. Por otro lado, se enfrentaba con la oposición de los republicanos derrotados. Mientras que trató a la oposición monárquica con sutileza y duplicidad, a la izquierda le aplicó la represión más implacable y brutal. El encarcelamiento, la tortura y el exilio se cobraron un monstruoso número de víctimas e hicieron del miedo la forma de vida de los que se oponían al dictador. El hambre y las dificultades para conseguir trabajo sin salvoconductos para viajar y certificados de lealtad política, disminuyeron la capacidad combativa de la izquierda. No obstante, la derrota del Eje permitió regresar a España a muchos *maquisards* españoles que habían tenido un papel clave en la resistencia francesa.

A finales de 1945 estaba comenzando a organizarse una guerra de guerrillas a gran escala contra el régimen en el norte y el este. Dominado por los comunistas, pero incluyendo también a socialistas y anarquistas, el llamado *maquis* español amenazaría al régimen hasta 1947. Franco reaccionó manteniendo al régimen en pie de guerra y no vaciló en evacuar áreas enteras para llevar a cabo tácticas de tierra quemada. La oposición guerrillera no sería enteramente erradicada hasta 1951.⁶⁶ Apenas puede sorprender, por tanto, que el 45% del presupuesto del Estado de 1946 estuviera dedicado al aparato de represión: policía, Guardia Civil y Ejército.⁶⁷ En las reuniones del gabinete, el tema de la represión frustró todo esfuerzo de Martín Artajo por abrir el debate sobre la evolución política. Las reuniones continuaban hasta altas horas de la noche, prolongadas por laberínticos discursos de Franco sobre las conspiraciones masónicas o la posibilidad de reactivar la industria cinematográfica española con superproducciones de sus zarzuelas preferidas. Cuando se hablaba del lamentable estado de la economía nacional, calificaba la inflación que la paralizaba como simple invento de banqueros, «propio de los papanatas en lo económico».⁶⁸

A principios de 1946, en una entrevista ampliamente difundida, Franco negó una vez más haber apoyado alguna vez al Eje. Sin embargo, desde la etapa final de la guerra su régimen había estado prestando auxilio a muchos prófugos nazis, fascistas y colaboracionistas de Vichy. Las propiedades que el gobierno alemán y el Partido Nazi tenían en España, que supuestamente habían sido embargadas, desaparecieron misteriosamente con la connivencia oficial. Mediante el recurso de conceder nacionalidad española a los criminales de guerra, era posible negar que se les hubiera dado asilo. El Caudillo contribuyó personalmente a la huida de Léon Degrelle, el general belga de las SS. El general italiano Gambaro y otros miembros del antiguo Corpo di Truppe Volontarie hallaron una cordial acogida en España, al igual que el experto nazi en operaciones especiales, Otto Skorzeny.⁶⁹ Ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se presentó un informe según el cual habían huido a España entre dos mil y tres mil funcionarios, agentes y criminales de guerra nazis, además de decenas de miles de ex miembros de la milicia de Vichy. El gobierno de Estados Unidos calculó que las propiedades de los ex nazis en España ascendían a 95 millones de dólares. El gobierno polaco afirmó que los ex agentes de la Gestapo ocupaban cargos en la policía secreta y el servicio de inteligencia militar españoles, aunque ni los británicos ni los estadounidenses tenían noticia de ningún caso. Sí se creía, no obstante, que los españoles anteriormente empleados por la Gestapo habían sido incorporados a los servicios de seguridad de Franco.⁷⁰

A principios de 1946 se produjo una discusión entre Londres y Washington a propósito de los posibles efectos sobre la posición de Franco de la publicación de documentos nazis incautados que revelaban el grado de su colaboración con el Eje.^{*} La opinión general en el Foreign Office era que le causaría muy poco daño porque la propaganda de su «hábil prudencia» ya había surtido efecto en España. Según Mallet, «hay muchos aquí que consideran la política exterior de Franco de mantener a España fuera de la guerra como su único logro sólido».⁷¹ Pese a ello, Washington publicó algunas de las pruebas de contenido más inculpatario en un folleto titulado *The Spanish Government and the Axis* a principios de 1946, el cual provocó un desmentido inmediato por parte de Martín Artajo.⁷²

Franco volvió las críticas internacionales a su favor presentándolas como obra de la conspiración masónico-comunista empeñada en destruir España. Sus argumentos eran grotescos y débiles, y pese a ello, paradójicamente eficaces. En septiembre de 1945 se dirigió a los asesores religiosos de la Sección Femenina de Falange, diciendo que la Guerra Civil había sido emprendida para combatir las «maquinaciones satánicas» de los perversos masones, y que en ese momento España sufría el ataque de «el super Estado masónico» que controlaba la prensa y las estaciones de radio de todo el mundo, así como a muchos políticos clave de las democracias occidentales. Utilizando la retórica de cruzada de la Guerra Civil, declaró que España estaba en ese trance porque había llevado el Evangelio al mundo y sus hombres eran los soldados de Dios.⁷³ Franco había encontrado un nuevo personaje para interpretar: el capitán de una asediada fortaleza numantina. España tenía una larga tradición de recuperación de la unidad nacional mediante la invención de siniestros enemigos extranjeros.

Franco llevó este mensaje a los españoles en agotadores viajes por todo el país en los que sus discursos eran aclamados por multitudes movilizadas por la Falange.⁷⁴

Franco estaba furioso porque sus esfuerzos para vencer la hostilidad internacional se veían entorpecidos por don Juan de Borbón. Desde el final de la guerra, como parte de su estrategia para presentar a su régimen ante el exterior como una Monarquía, Franco había sugerido que el pretendiente al trono debía establecer su residencia en España.⁷⁵ El monárquico José María de Oriol había convencido al Caudillo de que don Juan lamentaba ahora el Manifiesto de Lausana. En realidad, don Juan estaba decidido a no regresar al país hasta que no se marchara Franco, y a principios de febrero de 1946 estableció su residencia en el elegante centro turístico portugués de Estoril, cerca de Lisboa. Las esperanzas del Caudillo de controlarlo a través de su hermano Nicolás, su embajador en Portugal, quedaron en nada. La presencia de don Juan en la península Ibérica levantó una ola de entusiasmo monárquico que se manifestó de diversas formas. La más inquietante desde el punto de vista de Franco fue una carta colectiva de bienvenida conocida como «*El saludo*», firmada por 458 de los más importantes nombres de las fuerzas vivas de España, entre los que se encontraban veinte ex ministros, los presidentes de los cinco bancos más importantes del país, muchos aristócratas y prominentes profesores universitarios. Dicho texto expresaba el deseo de los firmantes de ver restaurada la Monarquía, «encarnada por Vuestra Majestad».⁷⁶

Cuando se publicó el 13 de febrero, Franco se quedó helado y reaccionó, como tantas veces, como si se enfrentara con un motín de subordinados. En la reunión del gabinete del 15 de febrero de 1946, dijo: «Ésta es una declaración de guerra» y en consecuencia «hay que aplastarlos como gusarapos». Creyendo verse otra vez ante una conspiración masónica, anunció que encarcelaría a todos los firmantes sin juicio previo. Se retractó sólo cuando el general Dávila y otros le señalaron las perjudiciales repercusiones internacionales de un acto semejante. Entonces recorrió detenidamente la lista de los firmantes, enumerando las formas apropiadas de castigarlos mediante la retirada de sus pasaportes, inspecciones de Hacienda o destitución de sus cargos. Sin embargo, no contento con esto, el Caudillo dijo que estaba decidido a convertir a alguien en chivo expiatorio de aquel asunto, señaló a Kindelán como inspirador y ordenó su encarcelamiento inmediato. Sólo después de un ruego de Dávila alegando la edad y mala salud de Kindelán, accedió Franco a exiliarlo en Canarias. A sabiendas de que en el ejército había muchos que compartían las ideas de Kindelán, aun si no tenían su valentía para expresarlo de manera abierta, Franco había reaccionado desde hacía tiempo con mucha cautela a los informes de la policía secreta sobre las actividades del general. Pero en aquella ocasión, la magnitud del apoyo con que contaba la restauración implícita por *El saludo*, le impulsó a aplicar a Kindelán un castigo ejemplar. Resultó una medida eficaz que no provocó más que algún comentario soterrado entre unos pocos generales monárquicos.⁷⁷ Nadie deseaba compartir aquel castigo penoso y humillante.⁷⁸

Una propuesta del Caudillo para que don Juan viajara a España con el fin de mantener una reunión privada, fue rechazada. El pretendiente al trono le dio largas a Nicolás Franco con la excusa de que necesitaba tiempo para prepararse. Los consejeros de don Juan comprendieron que Franco quería utilizar dicha reunión para colocar al pretendiente en una situación subordinada al Caudillo.⁷⁹ El desaire volvió a enfurecer a Franco. Ordenó a afiliados al falangista Sindicato Español Universitario que crearan desórdenes en las clases de los profesores que habían firmado *El saludo* y envió a don Juan una nota en la que le anunciaba que las relaciones entre ellos quedaban rotas porque desde Estoril se estaba fomentando una conspiración monárquica en su contra. Franco actuó por despecho, pero en su reacción había un fuerte componente de cálculo. Los monárquicos más osados comenzaron a buscar contactos con la izquierda, pero muchos de los conservadores más oportunistas que habían firmado *El saludo* regresaron al abrigo de Franco.⁸⁰

Por muy amenazado que Franco pudiera sentirse por las actividades de los monárquicos juanistas, por el maquis o incluso por el gobierno republicano en el exilio, la campaña propagandística que lo presentaba como campeón de una España sitiada estaba dando resultados. Durante los primeros meses de 1946, en todo el territorio español se llevaron a cabo manifestaciones a favor de Franco organizadas por el Movimiento.⁸¹ Entre tanto, el aparato represor mantenía acorralada a la oposición de masas de la izquierda. Por otra parte, la hostilidad internacional estaba mitigándose en parte.

A mediados de enero, el subsecretario de Estado de Estados Unidos, Dean Acheson, dijo al embajador británico en Washington, John Balfour, que la política angloamericana hacia Franco tendría que ir más allá de meras declaraciones de disgusto y propuso una declaración conjunta de Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña en la que se manifestara que para que España fuera aceptada dentro de la comunidad internacional, los españoles debían destituir a Franco y formar un gobierno provisional que convocara elecciones.⁸² La idea fue discutida por Byrnes, Bevin y Bidault. Pero en Washington se estaba extendiendo la idea de que la Unión Soviética quería fomentar una Guerra Civil en España para asegurar la victoria del comunismo para cubrir su flanco suroccidental respecto a Italia y Francia, y lograr una cabeza de puente hacia Latinoamérica.⁸³ Después de que el embajador británico en Washington, lord Halifax, expresara opiniones similares ante Acheson, la presión estadounidense disminuyó.⁸⁴

Irónicamente, a pesar de que en realidad la política británica pretendía evitar que franceses y norteamericanos emprendieran una acción precipitada contra Franco, la retórica del ministro británico de Exteriores transmitió al Caudillo un mensaje muy diferente. Con el fin de vencer la repugnancia del Partido Laborista hacia Franco, Bevin continuaba expresando aborrecimiento hacia su régimen mientras insistía en que había que derrocar su dictadura «mediante la acción del propio pueblo español».⁸⁵ El 9 de febrero de 1946, la Asamblea General de las Naciones Unidas recordó a sus miembros las resoluciones adoptadas en las conferencias de San Francisco y Potsdam y les recomendó que adecuaran sus relaciones con España a la línea marcada por el texto y el espíritu de dichas resoluciones.⁸⁶

Esta declaración fue considerada totalmente insuficiente por muchos franceses. Desde que el general De Gaulle había dimitido como presidente del gobierno provisional de Francia el 20 de enero de 1946, las presiones de la izquierda para que se emprendieran acciones contra Franco habían sido más fuertes. El 21 de febrero, uno de los dirigentes de la guerrilla antifranquista y héroe de la resistencia francesa, Cristino García, fue ejecutado en España junto con otros nueve miembros del maquis tras un juicio sumamente apresurado.⁸⁷ Al desoír ostentosamente las peticiones de clemencia del gobierno francés y autorizar las ejecuciones, Franco estaba dirigiendo un gesto deliberado de desafío a sus enemigos extranjeros. El momento escogido no era ajeno al hecho de que se hallaba recorriendo España para hablar ante mítines falangistas de su determinación de luchar contra el comunismo. Más importante aún, las ejecuciones fueron una advertencia a aquellos que en España abrigaban esperanzas de que dejara el poder sin derramamiento de sangre. Pocos días después, 37 miembros del Partido Socialista Obrero Español fueron sentenciados a largas condenas por intentar reorganizar el partido.⁸⁸

El 26 de febrero de 1946, en respuesta a una ola de indignación pública provocada por la ejecución de los militantes antifranquistas, el gobierno francés decidió cerrar la frontera con España y romper las relaciones económicas con la misma. También propuso que el caso de España fuera tratado por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Bidault solicitó apoyo británico y estadounidense para estas medidas, lo que habría significado un bloqueo económico contra España.⁸⁹ No obstante, tanto Londres como Washington eran reacios a presentar la cuestión española ante el Consejo de Seguridad, donde la URSS tendría oportunidad de influir sobre el curso de los acontecimientos. Tanto los jefes del Estado Mayor británicos como las autoridades del Foreign Office se inclinaban ya hacia la opinión norteamericana de que los soviéticos deseaban que se provocara una guerra civil en España. Esta impresión se vio confirmada por el influyente diplomático y escritor Salvador de Madariaga. Resulta irónico que Madariaga, aborrecido por Franco precisamente por las duras críticas que le hacía a su régimen, hiciera un favor al Caudillo al ratificar la inclinación a la prudencia del Foreign Office.⁹⁰

Con considerables reservas por parte de británicos y estadounidenses y a fin de orillar el deseo francés de llevar el tema español ante el Consejo de Seguridad, el 4 de marzo de 1946 Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia publicaron una declaración anunciando que: «Mientras el general Franco siga gobernando España, el pueblo español no puede esperar una plena y cordial asociación con las naciones del mundo que, en un esfuerzo común, consiguieron la derrota del nazismo alemán y del fascismo italiano, los cuales ayudaron al actual gobierno español en su ascenso al poder y fueron modelo del régimen». Pero los límites de esa declaración de principios residían en la afirmación de que: «No tenemos intención alguna de intervenir en los asuntos internos de España. El mismo pueblo español es quien, a la larga, debe forjar su propio destino». Se expresaba también la piadosa esperanza de que, sin Guerra Civil, «los dirigentes españoles patriotas y de espíritu liberal encontrarán pronto los medios de conseguir una pacífica retirada de Franco, la disolución de la Falange y el establecimiento de un gobierno interino o provisional». Así pues, la nota tripartita era más moderada que la declaración de Potsdam, y la exclusión de la Unión Soviética de dicha declaración realizaba este hecho.⁹¹ En las reuniones del gabinete, Franco echó chispas por «los bandidos estos», afirmó que Francia era «la quinta columna de Rusia» y que el presidente Truman era «un masón encanallado del sur».⁹² Como era de esperar, él y los beneficiarios de su régimen hicieron caso omiso de la invitación a abandonar el poder y enfrentarse a la perspectiva de un juicio como criminales de guerra.

Franco se percató de que los aliados no pensaban intervenir en España para que se cumplieran sus sugerencias. Los gobiernos británico y estadounidense se sentían más incómodos por la declaración tripartita de lo que lo estaba el propio Franco. La política angloamericana de no intervención tenía por finalidad congelar la cuestión española. Reconocía la imposibilidad de hacer que España entrara en ese momento en la comunidad de naciones, pero también se basaba en la determinación de que la península Ibérica no cayera bajo influencia soviética. En la práctica, eso significaba el abandono de la causa de los demócratas antifranquistas y contribuir a la supervivencia política del Caudillo bloqueando los llamamientos a la acción contra el régimen. Los republicanos, que ya eran considerados de izquierdas y pro comunistas, fueron tachados de títeres soviéticos cuando no se les dejó otra opción que la de aceptar el respaldo de la URSS y sus satélites de la Europa del Este. Así pues, la no intervención en España de la posguerra benefició a Franco tanto como durante la Guerra Civil.⁹³

El inocuo ostracismo internacional tuvo dentro de España el efecto de confirmar la imagen que el régimen proyectaba de sí mismo como inevitable e inamovible. Los falangistas y otras personas ligadas a Franco por redes de corrupción y complicidad en la maquinaria represora, quedaron aún más convencidos de que su futuro estaba a salvo con el Generalísimo. El Caudillo ya había previsto esta situación cuando habló con Martín Artajo al final de la Segunda Guerra Mundial.

Si Franco se intranquilizó por la declaración tripartita, debió de ser fugazmente. Al día siguiente, 5 de mayo, Churchill acudió una vez más en su ayuda con el famoso discurso sobre «el telón de acero» que pronunció en Fulton (Missouri). Franco interpretó el discurso como demostración de que sólo era cuestión de tiempo que se llegara a reconocer su valor para Occidente, captó de inmediato su sentido indirecto y proclamó en voz cada vez más alta que la amenaza bolchevique estaba a las puertas de España. Mientras la oposición del exilio continuara dividida, sólo la presión militar y las sanciones económicas exteriores podrían haber preocupado a Franco; y la nota tripartita le había tranquilizado a ese respecto.⁹⁴

Tres días después de conocerse dicha nota, Franco presidió la apertura de las nuevas salas de exposición del Museo del Ejército. Todo el acto fue una glorificación de la causa nacional en la Guerra Civil, un recordatorio a los partidarios de Franco de que la mejor defensa contra el regreso de una izquierda revanchista era la unidad. Al referirse a la hostilidad internacional, aseguró: «Nosotros somos a los que menos puede sorprender, pues jamás se nos habló de otra cosa que de sacrificios e incomodidades, de austeridad y largas vigias, de servicios y de

centinelas. Pero en este servicio, a vosotros os corresponde alguna vez el descanso, y a mí no; yo soy el centinela que nunca es relevado, el que recibe los telegramas ingratos y dicta las soluciones; el que vigila mientras los demás duermen». Con una hábil retórica que justificaba la represión existente, afirmó que él había aceptado los cargos de Generalísimo y jefe del Estado sólo con la condición de que se le permitiera, después de la victoria, emprender la larga tarea de «eliminar las causas de tanta desdicha».

Por si alguien pudiera pensar que le había tomado afecto al poder, se esforzó mucho en resaltar el coste personal de su abnegada dedicación. Olvidando sus excursiones de caza y pesca, sus partidas de golf y sus largas vacaciones, le dijo al auditorio de altos militares que, a diferencia de él, ellos podían olvidar sus cuidados y preocupaciones. «Yo, como jefe del Estado, veo limitadas mis intimidades y mis recreos: toda mi vida es trabajo y meditación.» La glorificación de sí mismo con un toque autocompasivo era típica de él. Igualmente ilustrativa fue la anécdota que relató a continuación: tentado, al parecer, por su auditorio de compañeros de armas, se permitió una insólita frivolidad. «Corrían los primeros tiempos de la Cruzada; las noticias malas eran más que las buenas, y un jefe de Estado Mayor, con cara larga, me traía a cada momento las terribles nuevas. Tenía que sonreír y animarlo. Un día enfermó y le sustituyó otro oficial, el capitán Medrano, que fue portador de una de las peores noticias de la guerra; venía sonriente y optimista, y yo le pregunté: “¿Qué hay, Medrano?”». Y con la sonrisa en los labios me contestó: “Nada, mi general; aquí le traigo un *partecillo*”. Lo leí y comenté: “Pues muy bien. Desde hoy me va a traer usted siempre los partes”. Y es que hay que poner la cara alegre en el paso malo; cuanto más malo sea el parte, mejor la cara.» En este inesperado arrebató de franqueza, el Generalísimo había expuesto su receta para la supervivencia.⁹⁵

Era una receta que habría de servirle todavía algún tiempo. Los franceses continuaban decididos a incrementar la presión sobre él. El 12 de marzo, Bidault propuso a británicos y estadounidenses que se impusieran a España sanciones económicas conjuntas. Tanto el secretario de Estado Byrnes como el embajador británico reiteraron a Bidault el compromiso de no intervención de sus respectivos gobiernos. Gran Bretaña alegó que las sanciones económicas resultarían fútiles si no se contaba con la cooperación de muchos otros países incluyendo Argentina, la más leal aliada de Franco.⁹⁶ El Foreign Office comunicó al Departamento de Estado su absoluta seguridad de que los franceses tenían «una fe errónea en las posibilidades de una acción exterior eficaz para acelerar la caída del general Franco» y que el cierre de la frontera había sido visto por los españoles como «un acto de inspiración comunista y un intento injustificado de interferir en los asuntos internos de España mediante la presión exterior. En consecuencia, sólo ha servido para fortalecer la posición del general Franco». El Departamento de Estado estaba sustancialmente de acuerdo con aquella afirmación.⁹⁷

La declaración tripartita tuvo, no obstante, algunos efectos menores en el ejército. El 12 de marzo de 1946, el general Ponte, capitán general de Sevilla, escribió al general Varela, entonces Alto Comisario de Marruecos, para decirle que la cúpula militar debía coordinar su posición. Ponte sugirió que, dado que había sido el ejército quien había puesto a Franco en el poder, no debería vacilar en deponerlo. Varela contestó el 23 de marzo que no debía hacerse nada que pudiera crear divisiones en el ejército o dar la más ligera impresión de división militar ante el exterior.⁹⁸ La carta de Ponte fue el último brote de actividad antifranquista seria de un general con mando hasta mediados de la década de 1950. La respuesta de Varela demostraba que Franco había sido hábil en lo que a los ascensos se refería y podía sentirse seguro de la lealtad del ejército.

Más confiado aún podía sentirse con respecto al Movimiento. El 1 de abril de 1946, el desfile anual que conmemoraba la victoria de los nacionales en la Guerra Civil se convirtió en una masiva manifestación de apoyo a Franco, que culminó con su aparición en los balcones del Palacio Real para recibir los vítores de la multitud.⁹⁹ Cinco días después, el ministro falangista de Trabajo, José Antonio Girón de Velasco, presidió una delegación de excombatientes de la Guerra Civil que le entregó a Franco cincuenta volúmenes conteniendo 300.000 firmas que afirmaban su lealtad al Caudillo en un momento en que sufría el ataque de «una banda de sicarios de las fuerzas del mal». Muy complacido, Franco les dijo que las conjuras masónicas y comunistas maquinadas por la escoria de los republicanos exiliados significaba simplemente que «nosotros existimos, que no estamos muertos y que nuestra bandera está a los vientos».¹⁰⁰

Pronto se vio confirmado el abandono por parte de los aliados de la oposición democrática española. En 17 de abril de 1946, el delegado polaco ante el Consejo de Seguridad, Oskar Lange, propuso la inmediata suspensión de relaciones diplomáticas con España alegando que ésta ponía en peligro la paz mundial, una afirmación que se quiso avalar con la absurda acusación de que había nazis evadidos fabricando bombas atómicas. Como intelectual no comunista que había estado exiliado en Estados Unidos, Lange era un excelente portavoz para dar la impresión de que Polonia actuaba independientemente de la Unión Soviética. Entre bastidores, los representantes británico y estadounidense en las Naciones Unidas, sir Alexander Cadogan y Edward R. Stettinius, aunaron esfuerzos para desviar la maniobra polacosoviética y la «cuestión española» fue encargada el 29 de abril a un subcomité de cinco miembros que presidiría el representante de Australia, Herbert V. Evatt y que debía estudiar la propuesta e informar a la Asamblea General un mes más tarde.¹⁰¹

La publicidad dada a las acusaciones polacas llevaron a Franco a hacer declaraciones donde se unían mentiras patentes con creencias sinceras, astucia con candidez. El 14 de mayo de 1946 habló ante las Cortes durante más de dos horas. Allí dijo a los preocupados procuradores: «Se habla fuera de nuestras fronteras del problema político español. Yo niego que en España haya ningún problema político que resolver. Nuestros problemas políticos los hemos resuelto con nuestra sangre y con nuestro esfuerzo». Frecuentemente interrumpido por las aclamaciones de sus oyentes, continuó para afirmar que la acusación de que él era un dictador era estúpida y maliciosa. Negó haber subido al poder con ayuda del Eje y calificó la asistencia recibida de Italia y Alemania durante la Guerra Civil de «una gota en medio de un océano». Inadvertidamente reveló su propia duplicidad cuando intentó explicar su antigua simpatía por el Eje. «Otros intentan presentarnos

ante el mundo como nazifascistas y antidemócratas. Si un día no pudo importarnos la confusión por el prestigio de que gozaban las naciones de esta clase de régimen ante el mundo, hoy, cuando se han arrojado sobre los vencidos tantos baldones de crueldad y de ignominia, es de justicia el destacar las muy distintas características de nuestro Estado».

Éste fue el preludio de una defensa de su forma particular de gobierno, diferente del fascismo pero con la autoridad suficiente para mantener bajo control la tendencia española «al egoísmo y la anarquía». Este sistema de gobierno casi perfecto era entonces objeto de ataques sólo porque España había suprimido la masonería y derrotado al comunismo. Luego insinuó claramente que sólo él se alzaba entre España y la anarquía que buscaban sus detractores extranjeros, y apeló a los católicos de todo el mundo para que se esforzaran para acabar con la persecución de España. Al pretender que el aislamiento internacional estaba dirigido contra España y no contra su persona, Franco dejaba de ser la causa de los males del país para convertirse en el campeón que la defendía de sus enemigos ancestrales. Al referirse a la guerra, aseguró con increíble descaro que España había salvado de la derrota a Gran Bretaña en 1940 y, olvidando la cuestión del volframio, afirmó que sólo había demostrado buena voluntad hacia Estados Unidos.¹⁰²

El subcomité formado después de las denuncias polacas contra España había concluido sus investigaciones y en su informe del 31 de mayo de 1946 confirmó sin lugar a dudas la contribución del Eje en los orígenes del régimen franquista y su carácter fascista, su postura a favor del Eje durante la Segunda Guerra Mundial, su vigente apoyo a criminales de guerra nazis y organizaciones fascistas extranjeras, la desproporcionada dimensión de las fuerzas armadas españolas; la producción de uranio y armamento; la ejecución, encarcelamiento y persecución de adversarios políticos, y las actividades pro fascistas de la Falange. Sin embargo, se declaraba incapacitada para recomendar la intervención del Consejo de Seguridad en España porque Franco no había cometido acto alguno de agresión ni amenazaba la paz internacional. No obstante, a pesar de las serias dudas británicas, el subcomité sí concluía que la España de Franco, si bien no constituía un riesgo inmediato, representaba «una amenaza potencial para la paz y la seguridad internacionales». La recomendación final era que el Consejo de Seguridad apoyara la declaración tripartita del mes de marzo, recomendando a la Asamblea General que hiciera un llamamiento a sus miembros para que rompieran sus relaciones con España.¹⁰³

El 5 de junio de 1946, el gobierno español hizo pública una larga e indignada respuesta al informe de la subcomisión, en la que era clara la impronta de Franco. En todo el documento, se daba por sentado que el pueblo español y Franco eran una y la misma cosa. A pesar de que subrayaba la «suprema indiferencia» con que «el pueblo español» contemplaba la opinión de quienes no tenían derecho alguno a juzgar su conducta, el documento continuaba con una protesta por la implícita injerencia del subcomité en los asuntos internos de España. Con fingida magnanimidad, la declaración manifestaba que esa protesta se hacía en nombre de todas las potencias medianas, naciones neutrales y países pequeños que se veían igualmente amenazados por la arrogancia de las grandes potencias.¹⁰⁴

Más eficaz para los propósitos de Franco que la respuesta oficial española fue el discurso pronunciado por Winston Churchill ese mismo día. Durante un irónico comentario sobre la ineficacia de la política de las Naciones Unidas hacia España, felicitó al gobierno de Attlee por su «sabia contención o, al menos, marcada falta de entusiasmo, respecto a la intervención en los asuntos internos de España. A ninguno de nosotros nos gusta el régimen de Franco y, personalmente, me gusta tan poco como la presente administración británica, pero entre sentir antipatía por un gobierno e intentar encender una guerra civil en un país, hay una gran distancia». El líder conservador afirmó que las presiones económicas francesas «sólo han servido para darle a Franco una nueva prórroga de vida» y declaró que «es difícil imaginar algo más absurdo que decir a los españoles que deberían derrocar a Franco, mientras, al mismo tiempo, se les asegura que no habrá intervención militar alguna de los aliados». Denunciando la intervención polaca ante las Naciones Unidas, declaró que «actualmente hay tanta libertad en España bajo el régimen reaccionario del general Franco como en Polonia, y considerablemente más seguridad y felicidad para el común de los ciudadanos».^{*105}

A pesar de las simpatías con que contaba el régimen entre los conservadores y católicos tanto de Europa como de América, la maquinaria propagandística de Franco trabajaba frenéticamente para convencer al pueblo español de que España era víctima de un «bloqueo internacional»,¹⁰⁶ y las desastrosas consecuencias económicas de la autarquía se achacaban a dicho bloqueo. ** En realidad, para compartir los beneficios de la recuperación económica de la posguerra, Franco habría tenido que pagar el precio de la reforma política y no estaba dispuesto a hacer nada semejante. La idea del «bloqueo» fue una excusa conveniente para casi la totalidad de los fallos del régimen. Martín Artajo, con la vista puesta en la liberalización y la restauración de la Monarquía, se convirtió en una especie de exiliado en un gabinete dominado por los falangistas.¹⁰⁷

El informe sobre España del subcomité fue discutido en varias sesiones del Consejo de Seguridad celebradas en Nueva York los días 6, 13, 17 y 26 de junio de 1946. Sus recomendaciones quedaron algo atemperadas por los representantes británico y estadounidense pero se decidió con cierta falta de convicción que dado que el subcomité había demostrado que el régimen de Franco constituía una amenaza para la paz mundial, la cuestión española debía quedar sometida a la constante vigilancia del Consejo de Seguridad. En la práctica, esto significaba un reconocimiento de que no se tomaría medida alguna contra Franco. Los esfuerzos de la delegación soviética presidida por Andrei Gromyko para que se endureciera la declaración contra Franco fueron infructuosos y en definitiva fortalecieron la posición del Caudillo al dar apariencia de credibilidad a su afirmación de que constituía un baluarte de la defensa de Occidente.¹⁰⁸

En este contexto de desacuerdo internacional sobre España, Franco, cada vez más confiado, estaba comenzando a relajarse. Tras un «verano tranquilo», expresó ante Artajo su satisfacción por que «el mundo se pelea y nos deja en paz».¹⁰⁹ En una entrevista publicada en el

periódico *Arriba*, anunció que los españoles «saben lo que pueden esperar del exterior y lo que les enseña la Historia es que el odio contra España no es nada nuevo. España vive en la verdad y en la sinceridad y el resto del mundo en perpetua hipocresía». ¹¹⁰ En el décimo

aniversario de su subida oficial al poder como jefe del Estado, el 1 de octubre, Día del Caudillo, fue ocasión de celebraciones aún más espectaculares que las de años anteriores. Franco estaba en Burgos, donde asistió a un tedeum en la catedral y luego recibió un escudo de oro y platino incrustado de rubíes, diamantes y esmeraldas, regalo de las autoridades de las cincuenta provincias españolas. ¹¹¹

A comienzos de noviembre de 1946, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas trasladó la cuestión española a la Asamblea General. Esto significaba más publicidad del rechazo internacional contra Franco, pero menos probabilidades de una acción concertada concreta. Los representantes de trece países europeos y americanos enviaron propuestas de acción contra Franco al presidente de la Asamblea General. Entre ellas figuraban llamamientos de Estados Unidos para que Franco cediera el poder a un gobierno representativo provisional, y de la República Socialista Soviética de Bielorrusia para que se rompieran relaciones económicas con España. ¹¹² Por lo que hacía a Franco las críticas de las Naciones Unidas eran «arbitrarias e injustas» y una clara prueba de que existía un complot de inspiración soviética para aislar a España. ¹¹³ Por ello, se inició una campaña propagandística para dar impresión de total unidad nacional en torno a Franco, lo que incluyó una concentración obligatoria de trabajadores que lo aclamó como «primer trabajador de España» en la plaza de Oriente. ¹¹⁴

La cuestión española fue tratada por el Primer Comité de la Asamblea General (Asuntos Políticos y de Seguridad), entre el 2 y el 4 de diciembre de 1946 en Lake Success (estado de Nueva York). Numerosos representantes condenaron el régimen de Franco como fascista, mientras que sólo unas pocas voces, entre ellas Paraguay y El Salvador, se manifestaron contrarias a una ruptura general de relaciones diplomáticas con España. Los representantes estadounidense y británico, Warren Austin y sir Hartley Shawcross respectivamente, a pesar de reconocer la naturaleza repugnante del régimen de Franco, presentaron argumentos contrarios a la intervención exterior por miedo a provocar una guerra civil en España. Finalmente, se nombró un subcomité para redactar un proyecto de resolución para presentar ante la Asamblea General. Como texto base se adoptó la resolución propuesta por Estados Unidos, presentada por el senador Tom Connally. ¹¹⁵

Léon Jouhaux, en representación de Francia, había ridiculizado la idea de que otra condena contra Franco pudiera alentar de alguna manera al pueblo español a tomar su destino en sus propias manos. Pero la llamada «resolución Connally» era una denuncia más de la vinculación de Franco con el Eje, seguida de una apelación a los españoles para que «dieran al mundo prueba de que tenían un gobierno cuya autoridad derivaba del consentimiento de los gobernados» y una invitación a Franco para que «entregara los poderes de gobierno». ¹¹⁶

Previendo alguna acción internacional contra España, el gabinete de Franco debatió sobre posibles «manifestaciones de indignación nacional». Los ministros falangistas Girón y Fernández Cuesta quedaron encargados de organizar la campaña. ¹¹⁷ El fruto de sus esfuerzos fue una masiva manifestación en la Plaza de Oriente ante el Palacio Real el 9 de diciembre de 1946. Se ordenó que los comercios cerraran durante todo el día. La policía aseguró que la plaza, atestada por los sindicatos falangistas, el Frente de Juventudes y las organizaciones de veteranos de la Guerra Civil, había dado cabida a 700.000 personas. Las fotografías de la época muestran la plaza y calles adyacentes abarrotadas de gente. Sin embargo, la cifra de personas presentes en la plaza —46.600 metros cuadrados y bien poblada de arbustos y estatuas— y las calles adyacentes probablemente fuera inferior. No obstante, la asistencia fue impresionante. Cientos de pancartas mostraban consignas contra soviéticos, franceses y extranjeros en general. Se oían insistentes y ensordecedores gritos de «¡Franco sí, comunismo no!».

Franco, comprensiblemente emocionado, apareció en el balcón de Palacio a las 12.30 del mediodía. Recurriendo inmediatamente a la retórica de la Guerra Civil, se dirigió a los «Combatientes, excautivos y españoles todos». Constantemente interrumpido por frenéticos aplausos, denunció a «aquellos del exterior... que especulan con la lealtad y la paz interna de los españoles». Declaró que «lo que ocurre en la ONU no puede extrañarnos a los españoles. Cuando una ola de terror comunista asola a Europa y las violaciones, los crímenes y las persecuciones del mismo orden de muchas de las que vosotros presenciasteis o sufristeis presiden la vida de las naciones ayer independientes, en la mayor de las impunidades, no debe extrañarnos que los hijos de Giral y de la Pasionaria encuentren tolerancias en el ambiente y apoyo en los representantes oficiales de aquellos desgraciados pueblos». Cuando afirmó que «nadie tiene derecho a mezclarse en lo que es privativo de cada nación», los vítores y aplausos ahogaron sus palabras. Después, invitó a sus partidarios a unir «a la gran fuerza de nuestra razón la fortaleza de nuestra unidad» y acabó jactándose de que «la prueba de nuestro resurgimiento es llevar al mundo colgado de los pies». Durante más de una hora después del discurso, él y doña Carmen permanecieron de pie en el balcón escuchando los gritos de «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!». ¹¹⁸

La resolución final sobre España fue adoptada en una sesión plenaria de la Asamblea General el 12 de diciembre de 1946. En ella, se excluía a España de todos sus organismos y se pedía al Consejo de Seguridad que estudiara las medidas que se debían adoptar en caso de que, dentro de un plazo razonable, España continuara teniendo un gobierno que carecía del refrendo popular; y pedía también a todas las naciones miembro de la ONU que retiraran a sus embajadores de Madrid. La resolución fue aprobada por 34 votos, entre ellos los de Francia, Gran Bretaña, la Unión Soviética y Estados Unidos, contra 6, todos países latinoamericanos, y 13 abstenciones. ¹¹⁹ En la reunión del gabinete del 13 de diciembre, Franco se ufano de que las Naciones Unidas estaban «heridas de muerte». ¹²⁰ Cuatro días más tarde, viajó a Zaragoza para tomar parte en una ceremonia que celebraba la resistencia española contra la invasión napoleónica. Evocando el espíritu de aquellos hechos, Franco afirmó la superioridad de su sistema y declaró que, en lo tocante a altura moral y evolución social, España estaba diez años por delante del resto de las naciones. También autorizó la acuñación de unas nuevas monedas en las que aparecería su busto y las

palabras «Caudillo de España por la gracia de Dios». ¹²¹

Una baza ganadora, 1947-1950

A pesar de la campaña franquista destinada a dar a entender que España era víctima de la agresión internacional, las Naciones Unidas habían avalado en efecto la política angloamericana de no intervención: las medidas aprobadas el 12 de diciembre de 1946 eran exclusivamente diplomáticas y no incluían sanciones económicas o militares.^{*} En realidad, Estados Unidos había aceptado con reticencias la inclusión de la frase «dentro de un plazo razonable».¹ Franco era probablemente sincero cuando más tarde declaró que la adopción de tácticas de aislamiento por parte de las Naciones Unidas le había tranquilizado, porque le había permitido atizar la larga tradición histórica española de lucha heroica contra enemigos abrumadoramente superiores, desde los romanos y los árabes hasta la invasión napoleónica. Le habían dado una baza ganadora. La gran manifestación de la plaza de Oriente le emocionó porque, según él creía y su prensa afirmaba de manera insistente, abarcaba tanto a sus amigos como a sus enemigos, espontáneamente unidos en la eterna respuesta española a los extranjeros que intentaban coartar su independencia.²

La réplica personal, aunque encubierta, de Franco a la resolución de las Naciones Unidas fue comenzar a escribir para *Arriba* una serie de artículos que denunciaban a la masonería en general y al secretario general de las Naciones Unidas, el noruego Trygve Lie, y al presidente de la Asamblea General, el belga Paul-Henri Spaak, en particular. Lie y Spaak eran, en opinión de Franco, masones a las órdenes de Moscú. Los artículos, publicados bajo el seudónimo de Jakim Boor (los dos pilares del templo masónico), continuaron apareciendo hasta mayo de 1951. Su tesis central era que la masonería, que Franco no diferenciaba de la democracia liberal, estaba aliada con el comunismo en una conspiración para destruir España. La masonería, «uno de los más repugnantes misterios de la era moderna», era el instrumento mediante el cual los británicos habían destruido el imperio español. En la actualidad, la masonería era a los partidos democráticos lo que el marxismo a los partidos comunistas. Estos juicios eran vehementemente compartidos por Carrero Blanco. Los artículos estaban redactados en un estilo más desenvuelto que otros escritos y discursos contemporáneos del Caudillo. Se ha sugerido que el amigo de Franco y escritor Joaquín Arrarás le ayudó a elaborarlos, aunque el estilo podría reflejar la falta de inhibiciones que prestaba a Franco el uso del seudónimo,³ pero desde luego permitió a Franco mimar su vanidad hasta el punto de escribir sobre sí mismo en tercera persona subrayando el mundial odio masónico hacia «nuestro Caudillo» y el hecho de que los españoles estaban «con Franco hasta la muerte».⁴ Para reforzar el incógnito, se anunció en la prensa que Franco había recibido a Jakim Boor en audiencia.⁵ Los artículos fueron recopilados en un libro que se publicó en 1952 y hasta el final de sus días Franco estuvo convencido de que todos los ejemplares habían sido comprados por los masones para evitar que fueran leídos por el público.⁶

Al mismo tiempo, Franco y Carrero Blanco dedicaban considerables esfuerzos a hacer el régimen aceptable a las mismas democracias occidentales atacadas en dichos artículos. El 31 de diciembre de 1946, Carrero redactó un memorando en el que instaba a Franco a sacar provecho del apoyo popular manifestado en la plaza de Oriente mediante la institucionalización de su régimen en una Monarquía, aplicándole después un barniz de legitimidad «democrática» con la celebración de un referéndum. La idea central era que las «insuficiencias biológicas» de cualquier monarca hereditario podrían ser neutralizadas si Franco permanecía como jefe del Estado y el rey quedaba sujeto al asesoramiento de un Consejo del Reino compuesto por figuras leales del Movimiento y controlado por Franco. El Caudillo sabía que era incluso más sencillo no restaurar la Monarquía mientras él viviera. Así pues, el memorando de Carrero Blanco fue pulido y convertido en un nuevo documento que se presentó el 22 de mayo de 1947, donde se sugería que Franco nombrara a su propio sucesor regio.⁷ Estas ideas de «Monarquía» franquista se habían hecho más urgentes porque don Juan se estaba atrayendo el apoyo de los carlistas por la extrema derecha y el de los socialistas por la izquierda democrática.⁸

Un indicio del constante optimismo de Franco fue el ofrecido a principios de enero de 1947, cuando recibió a una delegación de generales veteranos. Su viejo amigo, el venerable Andrés Saliquet, se tomó la libertad de decir: «Paco, estamos preocupados por la situación creada por la decisión de las Naciones Unidas». El Caudillo respondió cínicamente: «No hay que preocuparse. Además, ¿no marcha bien tu fábrica de jabón?», un recordatorio hábil, aunque cruel, a todos ellos de que Franco sabía perfectamente que muchos generales veteranos ocupaban cargos directivos en compañías dispuestas a pagar su influencia para la adquisición de materias primas escasas o energía eléctrica. En el incómodo silencio que siguió, Franco les habló de su convencimiento de que el creciente antagonismo entre soviéticos y estadounidenses garantizaba que muy pronto él sería cortejado por Washington.⁹ Franco había apreciado mejor que cualquiera de ellos que la decisión de las Naciones Unidas significaba el fin para el gobierno republicano en el exilio. Las grandes potencias no iban a restaurar la República, y el desacreditado y desilusionado Giral dimitió. Como pensaba el pragmático dirigente socialista Indalecio Prieto, la única alternativa que le quedaba a la izquierda española era formar un frente común con la oposición monárquica al gobierno de Franco. Con este fin se formó un gobierno en el exilio de carácter más moderado con la jefatura del socialista Rodolfo Llopis.¹⁰

Las perspectivas para la estrategia de Prieto no eran buenas: algunos informes diplomáticos que llegaron a Franco le tranquilizaron en el sentido de que los conservadores británicos e importantes figuras del Pentágono consideraban que tenía utilidad como baluarte contra los

oviéticos.¹¹ Ni británicos ni estadounidenses dieron ayuda concreta a las conspiraciones tramadas por Aranda y Beigbeder para sustituir a Franco por un gobierno provisional que representara a diversas fuerzas monárquicas y de la izquierda moderada.¹² Franco fue plenamente informado de dichas conspiraciones por la policía secreta, y sobre su escritorio tenía expedientes incriminatorios sobre ambos hombres.¹³ No obstante, la retirada de los embajadores provocó un esfuerzo frenético por parte del Ministerio de Asuntos Exteriores para establecer contactos con cualquiera que quisiera mantenerlos. Después de que el antifranquista Paul T. Culbertson fuera enviado a Madrid como encargado de negocios estadounidense en junio de 1947, se realizaron torpes gestos contrarios a todo protocolo para ganarse la simpatía de él y su familia.¹⁴ Cualquier clase de visita, de cualquier obispo o jeque de paso, era magnificada con la esperanza de reducir el impacto del aislamiento. A este respecto, Martín Artajo era muy diestro en la utilización de su red de contactos con el Vaticano. El socarrón Agustín de Foxá llamaba al ministerio el *Monasterio de Asuntos Exteriores* y a Martín Artajo *El padre prior*.¹⁵

A mediados de febrero de 1947, Franco concedió una larga entrevista a Constantine Brown del periódico de Washington *The Evening Star*. Fundamentalmente una defensa del papel de España en la Segunda Guerra Mundial, daba una reveladora imagen de la percepción que el Caudillo tenía de sí mismo en aquella época. La creencia en su propia propaganda de que él era instrumento involuntario de una misión divina se ve claramente en la mezcla de megalomanía y falsa humildad de sus primeras palabras. «Soy hombre que jamás he abrigado ambiciones de mando ni de poder. Desde mi juventud la vida me sometió a dura prueba, desempeñando cargos de mando y de responsabilidad muy superiores a mi edad y a mi empleo; pero tengo un concepto de la responsabilidad y del cumplimiento de mis deberes, y el deber es un hecho consustancial con la conciencia de cada persona. Si yo creyese que el interés de mi Patria estaba en que yo resignase mi mando, no dude usted que lo haría sin vacilación y con alegría, pues para mí el mando constituye un deber y un sacrificio.»¹⁶

Franco tenía motivos fundados para sentir tal confianza. Incluso si las sanciones económicas deseadas por los franceses y otros hubieran sido aplicadas de manera rigurosa, es muy probable que el régimen hubiera sobrevivido. A pesar de que había una considerable escasez de comida e insuficiente potencia eléctrica para las necesidades industriales básicas, los británicos estimaban que las reservas alimentarias podían durar entre cuatro meses e indefinidamente, y las reservas de petróleo, al menos seis meses.¹⁷ Franco se había procurado una tabla salvavidas mediante el estrechamiento de relaciones amistosas con determinados países, entre ellos el Portugal de Salazar y, sobre todo, con el régimen de Juan Domingo Perón en Argentina, afín al suyo y partidario del Eje.¹⁸ Con evidente alivio, Martín Artajo hablaba del «espacio para respirar» suministrado por la ayuda argentina.¹⁹ El optimismo de Franco se vio también reforzado por la formalización de la oposición occidental a la expansión del comunismo. El 12 de marzo de 1947, en respuesta a la incapacidad británica para mantener la ayuda militar en Grecia y Turquía, se anunció en Washington la «doctrina Truman» de apoyo a «los pueblos libres para que decidan sus destinos por sus propios medios».²⁰

A medida que cambiaba el contexto internacional, Franco aceleraba el proceso de camuflaje de su régimen bajo los adornos de la aceptabilidad. Las ideas de Carrero Blanco plasmadas en el texto preliminar de la Ley de Sucesión fueron debatidas en la reunión del gabinete del 28 de marzo de 1947, y hechas públicas tres días más tarde. El primer artículo declaraba que «España, como unidad política, es un Estado católico, social y representativo que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino». En el segundo artículo se decía que «la jefatura del Estado corresponde al Caudillo de España y de la Cruzada, Generalísimo de los Ejércitos, don Francisco Franco Bahamonde». La docilidad de la Falange ante el hecho de que su querida «revolución» fuera arrinconada para siempre revela el temor que atenazaba a los partidarios más cercanos a Franco. La infortunada compañera del régimen entre 1936 y 1945 debía ser olvidada y las tendencias fascistas demostradas durante ese mismo período serían sencillamente sustituidas por una fachada monárquica. En cualquier otro contexto que no fuera el de la Guerra Fría, aquel engaño patente habría resultado risible. La solemne declaración de que Franco gobernaría hasta que se lo impidieran la muerte o la incapacidad, el derecho del Caudillo a nombrar a su propio sucesor para rey, la falta de indicación de que la familia real tuviera derecho alguno de sucesión dinástica, la declaración de que el futuro rey tenía que defender las leyes fundamentales del régimen y que podría ser depuesto si se apartaba de las mismas, todo ello demostraba que nada había cambiado excepto la fachada. No obstante, cuando estalló la guerra de Corea tres años más tarde, el cambio de envoltura sería virtualmente lo único que haría falta para acabar con el aislamiento internacional y abrir el camino para la incorporación de España al bloque occidental.

La nueva ley era parte de un elaborado espectáculo ideado para convencer a las potencias occidentales y los monárquicos españoles de que el régimen estaba evolucionando hacia la restauración. La dirección escénica de dicha producción teatral requería que don Juan dijera las frases correctas y no denunciara el ardid. Esa parte del espectáculo fue dirigida con notable torpeza. Un día antes de que se promulgara la Ley de Sucesión, Carrero Blanco llegó a Estoril. Llevaba a don Juan un mensaje que ya le había sido transmitido de diversas formas por Nicolás Franco y Alberto Martín Artajo, y cuyo sentido era, más o menos, que se identificara con el régimen, confiara en Franco, fuera paciente y se reconciliase con la idea de ser el heredero de Franco. El propósito específico de la misión de Carrero era el de informar al pretendiente del proyecto que se convertiría en ley el 31 de marzo de 1947. Franco le había ordenado que pidiera audiencia precisamente para el 31 de marzo, con el fin de privar a don Juan de cualquier posibilidad de hacer nada para entorpecer los planes.

Cuando se encontraron a últimas horas de la mañana, Carrero le presentó un largo y florido catálogo de los logros de Franco, y habló de la nueva ley en unos términos que dieron a don Juan la impresión de que estaba siendo consultado acerca del anteproyecto. Para incomodidad de Carrero, don Juan señaló que Franco no podía presentarse como restaurador de la Monarquía cuando prohibía las actividades monárquicas. El deseo del pretendiente de ser rey de todos los españoles incitó a Carrero Blanco a hacer una explícita exposición

de la visión franquista de la política. «En España se abrió el año 1936 una trinchera y hay que estar de este lado de la trinchera o enfrente. S. A. debe pensar en que puede ser Rey de España, pero de la España del Movimiento Nacional, católica, anticomunista, antiliberal y rabiosamente libre de toda influencia extranjera en orden a su política.» Antes de marcharse, y siguiendo instrucciones de Franco, Carrero le entregó a don Juan unos expedientes cargados de denuncias contra sus seguidores. Don Juan prometió leer el texto de la Ley de Sucesión y reunirse al día siguiente con Carrero Blanco para darle su opinión.

Terminada la audiencia, Carrero se despidió y don Juan se retiró a sus habitaciones. Entonces Carrero volvió a entrar discretamente en Villa Giralda y dejó a un funcionario de la Casa Real un mensaje anunciando que Franco hablaría aquella noche por Radio Nacional para anunciar el texto definitivo de la nueva ley. Carrero se marchó apresuradamente antes de que le fuera transmitido el mensaje a don Juan y éste comprendiera que no habían estado hablando de un mero proyecto. El engaño inclinó a don Juan y sus consejeros a reforzar sus lazos con la oposición antifranquista de izquierdas. El 7 de abril de 1947, don Juan hizo público el Manifiesto de Estoril en el que denunciaba la ilegalidad de la Ley de Sucesión, que se proponía alterar la naturaleza de la Monarquía sin consultar ni con el heredero del trono ni con el pueblo. Franco, Artajo y Carrero estuvieron de acuerdo en que con aquello don Juan se había eliminado a sí mismo como posible sucesor del Caudillo. El 13 de abril, *The Observer*, la BBC y *The New York Times* publicaron declaraciones de don Juan en las que decía que estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con Franco siempre y cuando dicho acuerdo se limitara a los detalles de un pacífico e incondicional traspaso de poderes. El manifiesto y las entrevistas publicadas en la prensa desataron una furiosa campaña de prensa contra don Juan tachándolo de instrumento de la masonería y el comunismo internacionales.²¹

Las grandes potencias no se dejaron engañar por la Ley de Sucesión. El secretario de Estado interino de Estados Unidos, Dean Acheson, le escribió al embajador norteamericano en Londres, Lewis Douglas: «Mientras Franco o un sucesor designado de acuerdo con el nuevo decreto permanezca en el poder, no podrá haber una mejoría real del estancamiento económico de España, pues nos impedirá proporcionar la ayuda eficaz que haga posible la recuperación económica de ese país y construir así una barrera efectiva contra los conflictos civiles y la dominación comunista». Acheson expresaba también la creciente sospecha, tanto de Londres como de Washington, de que «Moscú no sólo está interesado en mantener a Franco en el poder hasta que la tensión política y económica de España alcancen el punto de la revolución, sino que también obtiene una considerable propaganda de la situación actual colocando a las potencias occidentales a la defensiva acusándolas de protectoras del fascismo y la reacción». Acheson continuaba estando convencido de que «Franco y cualquier régimen que perpetúe los principios de su gobierno, deben desaparecer», pero no apuntaba medidas concretas para que eso sucediera. Descartada la fuerza, sugirió ofrecer a Franco un salvoconducto para salir de España y se le prometiera ayuda económica que no le sería entregada hasta después de su partida.²²

Los británicos permanecieron en una postura contradictoria. Para aplacar al Partido Laborista, Bevin mantuvo la hostilidad pública contra Franco.²³ Al mismo tiempo, estaba de acuerdo con el Foreign Office en que las medidas activas contra el dictador, del tipo de las sanciones económicas, tenían probabilidades de resultar ineficaces y ser desproporcionadamente costosas para Gran Bretaña, que tendría que organizar un bloqueo a riesgo de un deterioro de sus relaciones con Portugal y Argentina, de perder importaciones supuestamente irremplazables* y de sufrir represalias contra las empresas inglesas en territorio español.²⁴ El encargado de negocios británico en Madrid, Douglas Howard, apagó cualquier optimismo respecto a la propuesta de Acheson de invitar a Franco a salir del país, con un convincente informe que decía que la cúpula militar se mantendría leal al dictador tanto en aras de la defensa del país contra el comunismo como para proteger sus propios intereses materiales.²⁵ Al llegar el 25 de abril, Bevin, que se encontraba en Moscú en una conferencia de ministros de Exteriores, ya estaba convencido de que el plan para un acercamiento conjunto a Franco estaba «mal concebido y se basaba en espejismos», además de ser demasiado peligroso porque sentaría un precedente de injerencia en los asuntos internos de España que podría ser utilizado por la Unión Soviética en otros lugares. Bevin sugirió que no se hiciera nada más en las Naciones Unidas y que comenzase una «campaña de presión defensiva» de dicha falta de acción.²⁶ Afortunadamente para Franco, el Departamento de Estado no tenía intención real de llevar a cabo una intervención del tipo implícito en la propuesta de Acheson.²⁷

Como respuesta a las deplorables condiciones de vida de la clase trabajadora,* y a pesar de la intensa represión policial, el malestar obrero estalló finalmente a principios de mayo de 1947. La serie de huelgas ocurridas en toda España se concentraron en buena medida en el País Vasco, aunque también se hicieron en Cataluña, Madrid y los astilleros de El Ferrol. El hecho de que las huelgas fueran tan generalizadas, a pesar de una década de brutal represión, era indicio del bajísimo nivel de vida que aquejaba a la clase trabajadora española.²⁸ La respuesta del régimen fue expeditiva. Se enviaron a Bilbao unidades de la Legión y la Guardia Civil, así como un refuerzo de 2.500 policías. Se ordenó a los patronos que despidieran a los huelguistas «sin pensarlo dos veces». Los que no lo hicieron fueron encarcelados. El gobierno vasco en el exilio había esperado que las huelgas ayudaran a convencer a las grandes potencias de que Franco presidía un régimen fascista profundamente odiado y represivo.²⁹ El presidente vasco, José Antonio Aguirre, vio en la huelga precisamente el tipo de acción popular contra el régimen que la condena de las Naciones Unidas de diciembre de 1946 había previsto,³⁰ y las calificó de «la más grande victoria obtenida por las fuerzas populares contra el régimen de Franco», lo cual, dada la escala de la maquinaria represiva desplegada, era una extrema exageración.³¹ La afirmación de Aguirre fue repetida por los partidos comunistas francés y español.³² Sin embargo, con la característica buena suerte de Franco, la ola de huelgas no hizo sino convencer a Londres y Washington de la necesidad de apuntalar su posición como baluarte contra lo que se consideró una agitación de inspiración comunista.

El general George C. Marshall había sustituido a James F. Byrnes como secretario de Estado de Estados Unidos, el 21 de enero de 1947.^{**} El *Plan Marshall* para la reconstrucción económica de Europa occidental fue anunciado en un discurso pronunciado en Harvard el 5 de junio de 1947. Poco después, a propuesta del ministro de Asuntos Exteriores francés, Georges Bidault, España fue excluida de la conferencia de París convocada para el 12 de julio para examinar las necesidades económicas de Europa. La exclusión se calificó de provisional y sería levantada si España cambiaba de régimen. El gobierno español respondió mediante la publicación en Washington de una serie de folletos cuyo fin era demostrar que, sin España, el Plan Marshall estaba condenado al fracaso.³³ En un aspecto, el Programa de Recuperación Europea, nombre oficial del Plan Marshall, favorecía la supervivencia de Franco a pesar de la exclusión de España. La negativa de Moscú a permitir que las naciones de Europa oriental dependientes de la Unión Soviética aceptaran dicha ayuda fue un paso decisivo hacia la división de Europa en dos bloques, división que implícitamente aumentaba el valor estratégico de España para Occidente.

La ayuda del dictador populista argentino Juan Domingo Perón fue decisiva para cubrir el intervalo entre la exclusión de España del Plan Marshall y el cambio de actitud de Estados Unidos. Comenzó aquella con un acuerdo adoptado el 30 de octubre de 1946 para la venta de trigo a crédito.³⁴ Argentina había defendido a España en la Asamblea General de las Naciones Unidas en diciembre de 1946 y, desoyendo la resolución de la ONU para la retirada de embajadores, había enviado un nuevo representante, Pedro Radío, en enero de 1947. Su llegada fue recibida con manifestaciones organizadas y una eufórica cobertura de prensa.³⁵ Una propaganda aún más espectacular se obtuvo de la visita a España de la fascinante María Eva Duarte de Perón (Evita), en el verano de 1947.³⁶ La visita coincidió con el referéndum que estaba organizando Blas Pérez, ministro de la Gobernación, para ratificar la Ley de Sucesión. Franco habría preferido recibir a Perón en persona. Pero, o bien Perón era demasiado astuto para asociar más su persona a la de Franco, que era odiado en gran parte de América Latina, o bien demasiado cauteloso para arriesgarse a una ausencia prolongada de Buenos Aires. De todos modos, Evita insistió en ser tratada como jefe de Estado y Franco deseaba lo bastante la visita y la publicidad subsiguiente para acceder a aquella pantomima.³⁷

Un avión especial de Iberia fue enviado para recogerla. Durante la última parte del vuelo, el avión fue escoltado por cazas de las fuerzas aéreas españolas. En Barajas, la enjoyada Evita era aguardada por Franco y doña Carmen, los ministros en pleno y figuras destacadas de la Falange, el Ejército y la jerarquía eclesiástica. Franco se inclinó mucho al besarle la mano. Enormes multitudes saludaron el desfile de coches cuando atravesaba Madrid de camino hacia El Pardo. En un caluroso 9 de junio, se cerraron las escuelas, a los funcionarios gubernamentales se les dio día libre y la maquinaria de los sindicatos oficiales se puso en acción para garantizar una concentración masiva a favor de Franco cuando el Caudillo le impuso a Evita la Gran Cruz de Isabel la Católica. Tanto el Generalísimo, con uniforme militar, como su huésped, con un tanto discordante abrigo de visón, hicieron el saludo fascista a los falangistas que los vitoreaban en la plaza de Oriente. Durante toda la visita se libró un duelo de modas entre Evita y doña Carmen, en el que el arma blandida con mayor frecuencia eran los extravagantes sombreros. La victoria fue de la argentina.³⁸

Desde la visita de Heinrich Himmler en octubre de 1940 no se había desplegado la alfombra de bienvenida para un dignatario extranjero. La visita de Evita le hizo un bien mayor al régimen, al menos en el interior. En la víspera del referéndum, las apariciones junto a la hermosa Evita, las manifestaciones y la publicidad tuvieron enorme utilidad para Franco. Los llamamientos a votar «sí» aparecían en las páginas opuestas a las que cubrían el viaje de la señora de Perón, en cuyos discursos hubo profusos halagos al Caudillo.³⁹ En el frenesí de esta visita, la prensa española omitió mencionar que Evita también visitaría Portugal, Italia, el Vaticano, Suiza y Francia.^{*} En respuesta a la exclusión de España del Plan Marshall se firmó el protocolo Franco-Perón, por el cual se concedían nuevos créditos a España y se garantizaban los envíos de trigo hasta 1951.⁴⁰

Al acercarse el día del referéndum, la propaganda pro franquista se tornó desaforada. Se dijo a los españoles que votaran afirmativamente si eran católicos y no querían ver a su patria en manos de los comunistas, y que votaran «no» si querían renunciar al catolicismo, traicionar a los que habían muerto luchando en el bando nacional durante la Guerra Civil y ayudar al marxismo internacional a destruir la prosperidad de España.⁴¹ Todo el poder de la Iglesia se movilizó también. En algunos lugares, los funcionarios falangistas insistieron en que las cartillas de racionamiento no serían válidas a menos que fueran selladas en los centros de votación. Era inevitable que el número de votantes fuera relativamente alto. En muchas zonas del país, la gente simplemente no creía que el sufragio fuese secreto. La fuerte presencia policial en todas partes confirmaba esa opinión. Según cifras oficiales, no contrastadas por un escrutinio independiente, en el referéndum celebrado el lunes 6 de julio de 1947 votó el 89% de un electorado de 17.178.812, un total de 15.219.565 votantes. Se hizo un recuento de 14.145.163 votos (el 93%), en favor del «sí»; el restante 7% estaba formado por un 4,7% (722.656) de votos en favor del «no», y un 2,3% (351.746) de papeletas en blanco o nulas. En las grandes ciudades hubo una abstención lo suficientemente amplia para sembrar la duda sobre las cifras publicadas. Con todo, a pesar de las presiones, la intimidación y la falsificación, los resultados demostraban que entonces Franco contaba con un apoyo popular considerable.⁴²

La reacción personal de Franco ante los resultados del referéndum fue descrita por el general Kindelán en una carta que le envió a don Juan de Borbón. «Franco se encuentra estos días, según me dicen, en plena euforia. Es hombre que tiene la envidiable condición de dar crédito a cuanto le agrada y olvidar o negar lo desagradable. Está, además, ensoberbecido o intoxicado por la adulación y emborrachado por los aplausos. Está atacado por el mal de altura; es un enfermo del poder, decidido a conservar éste mientras pueda, sacrificando cuanto sea posible y defendiéndolo con garras y pico. Muchos le tienen por hombre perverso y malvado; no lo creo yo así. Es taimado y cuco... pero yo creo que obra convencido de que su destino y el de España son consustanciales y de que Dios le ha colocado en el puesto que ocupa,

para grandes designios.»⁴³

A mediados de julio de 1947, a pesar de su total escepticismo respecto a la validez democrática del referéndum, las políticas oficiales de Gran Bretaña y Estados Unidos comenzaban a reflejar una creciente aceptación de que Franco continuaría en el poder aún durante algún tiempo. Los británicos habían reforzado su convicción de que sería contraproducente ejercer presiones sobre Franco para que se marchara de manera voluntaria.⁴⁴ El Caudillo, sin embargo, guiado por su eterna desconfianza hacia los británicos y creyendo erróneamente que el Foreign Office estaba más decidido a deponerlo que el Departamento de Estado, continuó intentando introducir una cuña entre los dos aliados, al igual que lo había hecho tanto en los tiempos de Hayes y Hoare como en los de Armour y Mallet. El 27 de julio de 1947, Franco tomó la medida excepcional de preparar una reunión secreta con el encargado de negocios de Estados Unidos, Paul Culbertson. Aparte de dolidas quejas sobre la doblez británica, su tema central fue que los aliados debían estar profundamente agradecidos por su neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial y por su anticomunismo. Hizo caso omiso de los intentos de Culbertson para hablar de la falta de libertades en España. Culbertson salió de aquella reunión convencido de que Franco creía sinceramente que sus actividades iban en interés de España y estaban elevando los niveles económico y social del país.⁴⁵

El 18 de julio de 1947, Franco demostró que, aprobada la Ley de Sucesión, iba a actuar como soberano del recientemente proclamado reino de España. El trono estaba vacante, pero él asumió las prerrogativas reales hasta el punto de crear títulos nobiliarios. El general Mola, José Calvo Sotelo y José Antonio Primo de Rivera recibieron todos ducados póstumos. El general Moscardó se convirtió en conde del Alcázar de Toledo. A lo largo de los veinticinco años siguientes, el Caudillo crearía treinta y nueve títulos.⁴⁶ Como ocurría siempre con Franco, para cada acción había siempre varios motivos. Esta usurpación del privilegio real era una advertencia lanzada al pretendiente al trono. Recordaba a sus partidarios su ilimitada autoridad para conceder ascensos, y planteaba un cruel dilema a los monárquicos que había entre ellos. Si rechazaban el título, estaban declarándole abiertamente su enemistad; si lo aceptaban, estaban traicionando a su monarca. Al mismo tiempo, el ennoblecimiento de muchas figuras destacadas de la guerra como Saliquet, Dávila, Queipo de Llano, Yagüe y Varela a principios de los años cincuenta sirvió de recordatorio de la Guerra Civil y anunció que la reconciliación nacional estaba aún muy lejos de los pensamientos del Generalísimo. En el caso del general Alfredo Kindelán, a quien nombró marqués en 1961, Franco demostró un cruel sarcasmo al conferirle un título de nobleza a quien había desempeñado un papel activo pero finalmente infructuoso en la campaña de restauración de la Monarquía en la persona de don Juan.

Franco continuó haciendo todo lo posible para ganarse a la opinión norteamericana más influyente, ya fuera mediante la concesión de entrevistas de prensa o la recepción de visitantes. En octubre de 1947, un grupo de tres senadores y ocho congresistas de la comisión SmithMundt que hicieron escala en España procedentes de Roma, fueron recogidos en Barajas y llevados apresuradamente primero al Ministerio de Asuntos Exteriores y luego a El Pardo para reunirse con Franco. El hecho de que el Caudillo estuviera disponible con sólo una hora de aviso previo indica la importancia que daba al encuentro. Cuando recibió la llamada del ministerio para explicar la urgencia de que se reuniera con ellos, Franco llevaba puesto el uniforme militar, y pidió a su ayudante «que me preparen un traje gris de paisano. A estos americanos no hay que darles la sensación de régimen militar». Luego cambió de idea comentando: «No, eso es demasiada concesión. De almirante de diario, es mucho mejor; al fin y al cabo es un traje azul. Y a ellos les gusta mucho todo lo de la Marina». Cuando llegaron los estadounidenses, él les habló del peligro comunista y de la amenaza que representaba la Unión Soviética. Se marcharon todos encantados con el Caudillo y su uniforme.⁴⁷

Las señales de cambio en la actitud estadounidense eran inconfundibles. Los indicios que llegaban de Londres indicaban lo contrario. En octubre de 1947, Gil Robles se puso en contacto con Indalecio Prieto con los auspicios del secretario de Exteriores británico, Ernest Bevin.⁴⁸ Los alarmados informes de su embajada en Londres llevaron al indignado Franco a entrar en acción. Se envió una carta de protesta al gobierno británico por lo que se consideró una injerencia en los asuntos internos de España.⁴⁹ En realidad, Bevin había patrocinado aquellas conversaciones con el solo fin de aplacar a los antifranquistas del Partido Laborista. Su opinión, y la postura oficial del Foreign Office, era que no podía hacerse nada para derrocar a Franco y que el mal menor era evitar que la cuestión española se planteara ante el Consejo de Seguridad de una forma que pudiera beneficiar a la Unión Soviética.⁵⁰ El 23 de octubre, Culbertson habló con José Erice, director general de Política Extranjera del Ministerio español de Asuntos Exteriores. Del informe de aquella conversación, Franco concluyó con regocijo que el Departamento de Estado no aprobaba las acciones de Bevin y, al contrario que los británicos, había decidido eliminar la cuestión española de las Naciones Unidas.⁵¹ Franco, complacido, vio en ello la aprobación de su persona y política, exagerando mucho en su ilusoria percepción las diferencias entre la política británica y la estadounidense. Ahora bien, en términos prácticos tenía razón.

Después de la reunión del 23 de octubre, aunque era personalmente crítico con Franco, Culbertson aconsejó a Washington en contra de «volcar el carro de las manzanas * aquí, independientemente de [la] cantidad de manzanas podridas que haya en el carro».⁵² Tanto Gran Bretaña como Estados Unidos estaban atrapados entre su antipatía hacia la dictadura española y la valoración realista de su importancia en la Guerra Fría. De hecho, Washington estaba a punto de abandonar toda idea de apartar a Franco del poder. El 24 de octubre de 1947, la oficina de Planificación Política de Estados Unidos, con la dirección de George F. Kennan, había enviado al general Marshall y a Dean Acheson un informe que recomendaba la rápida normalización de las relaciones políticas y económicas norteamericanas con España. Marshall y el secretario de Defensa, James Forrestal, aprobaron de inmediato la recomendación de Kennan. El consecuente cambio en la política norteamericana se puso de manifiesto cuando la posición de Franco volvió a plantearse ante las Naciones Unidas.⁵³

Entre el 10 y el 12 de noviembre de 1947, la cuestión española fue debatida una vez más por el primer comité de la Asamblea General (Temas Políticos y de Seguridad), en Lake Success. Estas sesiones marcaron un punto de inflexión para la posición internacional de Franco. El delegado polaco, Oskar Lange, demolió de forma convincente los débiles elementos democráticos de la reciente Ley de Sucesión de Franco y presentó pruebas de que el Generalísimo continuaba concediendo asilo a un gran número de criminales de guerra nazis. El representante checoslovaco, Jan Masaryk, presentó una protesta porque Franco continuaba manteniendo a miles de personas de la oposición en condiciones de encarcelamiento inhumanas. No obstante, las propuestas de aplicación de sanciones económicas a gran escala recibieron poco apoyo. Tanto británicos como norteamericanos suavizaron sus antiguas condenas al régimen franquista y se mostraron más hostiles que nunca a la injerencia en los asuntos internos de España. Consecuentemente, cuando la Asamblea General reunida en Flushing Meadow votó el 17 de noviembre la moderada resolución del Primer Comité, Estados Unidos votó en contra del párrafo que reafirmaba la resolución del 12 de diciembre de 1946, que no consiguió la mayoría de dos tercios requerida. El mensaje estaba claro.

El 18 de diciembre de 1947, Culbertson recibió instrucciones de adoptar una actitud cordial hacia España. Con el paulatino regreso de los embajadores a Madrid, no es de extrañar que Franco proclamara su victoria.⁵⁴ A comienzos de enero de 1948, la tendencia se vio confirmada cuando Franco recibió un telegrama de su representante en Washington informándole de que el Departamento de Estado había expresado su deseo de tener un embajador en Madrid.⁵⁵ Efectivamente, el Caudillo había sobrevivido a lo peor. La resolución de las Naciones Unidas de diciembre de 1946, el momento de máximo aislamiento internacional, había fracasado. La subida al poder de los comunistas en Checoslovaquia en febrero de 1948 y el bloqueo de Berlín desde el 24 de junio de 1948 hasta el 4 de mayo de 1949, se encargarían de hacer el resto. Que lo ocurrido no era un brillante logro personal de Franco no podría haberse deducido del autosatisfecho triunfalismo del mensaje radiofónico que dirigió a la nación el 31 de diciembre, el cual rezumaba una santurróna alegría por el giro de los acontecimientos.⁵⁶

A pesar de que Estados Unidos no tenía intención de enviar un embajador a Madrid en un futuro inmediato, el Departamento de Estado aventajaba en ese momento a su equivalente británico en su inclinación a «normalizar» las relaciones con el Caudillo. Eso indicaba hasta qué punto el Pentágono había aceptado las recomendaciones del informe de George F. Kennan de octubre de 1947. Theodore C. Achilles, jefe de la sección de Asuntos de Europa occidental del Departamento de Estado, resumió la nueva postura de Washington cuando le escribió a Culbertson: «la presión internacional para echar a Franco ha fracasado y servido sólo para: 1) fortalecer su resistencia a cualquier tipo de liberalización bajo presión extranjera; 2) incrementar el apoyo a su persona entre los españoles que quieren un gobierno democrático pero objetan las presiones extranjeras o temen nuevos conflictos, y 3) dar a los comunistas de todo el mundo una oportunidad más para provocar problemas y dificultades». Los británicos consideraban el cambio de la actitud estadounidense desastroso y probable causa de malestar para sus restantes aliados europeos.⁵⁷

Ahora Franco podía esperar confiado sabiendo que el curso de los acontecimientos se inclinaba rápidamente a su favor. Ello se reflejó en la cantidad de tiempo que consideró oportuno dedicar a sus placeres. Las vacaciones de pesca en Asturias durante la Semana Santa se estaba convirtiendo en una fecha fija de su calendario de actividades, y desde la adquisición de su yate *Azor* había desarrollado una auténtica pasión por la pesca en alta mar con Max Borrell, la cual le ocupaba cada vez más tiempo durante el verano.⁵⁸ Había mejorado en el juego del golf desde los primeros intentos en Canarias y en algún momento de aquel período tuvo la audacia de explicarle al atónito duque de Alba (Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, también duque de Berwick), cómo hacer un campo de golf.⁵⁹ También encontraba siempre tiempo para dedicarse a la caza. En el mar pasaba una considerable cantidad de tiempo jugando a las cartas (mus y tresillo) y al dominó con su círculo íntimo de amigos militares: el general Camilo Alonso Vega, el almirante Pedro Nieto Antúñez y el general Pablo Martín Alonso.

En el plano político, su creciente seguridad permitía a Franco bloquear con deliberada insensibilidad los esfuerzos de Culbertson para obtener al menos gestos simbólicos de liberalización, tanto en la gestión económica como en la represión política.⁶⁰ Cuando el encargado de negocios británico, Douglas Howard, protestó por la presencia de criminales de guerra nazis en España, el hostigamiento de los protestantes y los juicios a personas de izquierdas, sus quejas fueron desoídas con actitud confiada por Martín Artajo, quien seguidamente sometió a Howard a una agresiva reprimenda, cosa que no podría haber hecho sin la aquiescencia de Franco.⁶¹ En realidad, lejos de mostrar la más leve inclinación a llegar a una solución de compromiso con los americanos, Franco encomendó a Martín Artajo que presionara para que Washington adoptara una actitud más contrita. El 9 de marzo de 1948, Martín Artajo le dijo a Culbertson que a pesar de la postura de Estados Unidos ante la ONU el pasado noviembre, España no estaba segura de que su buen nombre hubiera sido vindicado, y por lo tanto esperaba que Estados Unidos tomaran la iniciativa de reparar aquella injusticia.⁶² Franco sabía que el cambio de actitud del Departamento de Estado respondía a la modificación de los intereses militares y económicos norteamericanos.⁶³ A finales de marzo de 1948, la Junta de Jefes de Estado Mayor de Estados Unidos había expresado su deseo de contar con tres aeródromos en España equipados para alojar a los bombarderos más pesados de su fuerza aérea.⁶⁴

La inclusión de España en el Plan Marshall fue aprobada por el Congreso como parte de la Ley de Ayuda Exterior el 30 de marzo de 1948. Ello se produjo como respuesta a una enmienda propuesta por el congresista Alvin O’Konski, que argumentó que «la exclusión de España significa un vergonzoso y estúpido apaciguamiento de los rojos de Moscú y los rojos de nuestro propio Departamento de Estado y Departamento de Comercio». El éxito de O’Konski reflejó el hecho de que poco antes de realizarse la votación hubiera comenzado a difundirse por la Cámara de Representantes la noticia de que los rusos exigían el control del tráfico de entrada y salida de Berlín. No

obstante, Truman vetó la inclusión de España señalando que incumbía a los miembros del Plan de Recuperación Europea decidir la admisión de nuevos miembros. Truman estaba motivado tanto por la aversión que le producía la falta de libertad religiosa de España, como por su voluntad de concordancia con la opinión popular de Gran Bretaña y Francia.⁶⁵

La percepción de Franco de que las potencias occidentales ya no estaban seriamente interesadas en desplazarlo se vio intensificada tras el bloqueo de Berlín. La crisis alemana también consolidó el apoyo al Generalísimo entre españoles moderados que no sentían afecto alguno por él pero creían que no era el momento de iniciar un cambio de régimen y desestabilizar España.⁶⁶ El consecuente reforzamiento de su confianza dejó a Franco en libertad para dedicar más tiempo a mejorar su posición internacional y a la batalla interna contra don Juan y sus partidarios. A principios de agosto de 1948 envió a su viejo amigo, el general africanista Eduardo Sáenz de Buruaga, a ver al gobernador de Gibraltar, sir Kenneth Anderson, en un intento vano por deshacer el punto muerto al que habían llegado las relaciones hispanobritánicas. Anderson pidió consejo a la embajada británica en Madrid, donde se le dijo que informara a Sáenz de Buruaga que no podría haber relaciones normales con Gran Bretaña mientras la «detestada y reprobable Falange» mantuviera su dominio en España.⁶⁷ Este rechazo contribuiría a impulsar al Caudillo a concentrar en Estados Unidos todos sus esfuerzos para seducir a una potencia occidental.

La iniciativa de Franco dirigida a don Juan fue en general más satisfactoria. La tensión entre éste y el Caudillo no interesaba a ninguno de los dos. Franco, en cualquier caso, tenía las mejores cartas. A principios de enero de 1948, Culbertson había dicho a dos de los consejeros de don Juan, uno de los cuales, José María de Oriol, era también visita habitual de El Pardo, que Estados Unidos no veía sentido a provocar la caída de Franco mediante un bloqueo económico, ya que éste no beneficiaría a los monárquicos sino a la izquierda. Culbertson les recomendó que dijeran a don Juan que buscara algún tipo de acuerdo con Franco.⁶⁸ El Caudillo se había sentido preocupado por los informes de sus servicios secretos sobre los crecientes vínculos entre los monárquicos y la izquierda pero, cumplidamente informado por Oriol de las observaciones de Culbertson, reaccionó al hecho con serenidad.⁶⁹

Franco se tomó muchas molestias para concertar un encuentro con don Juan en su yate, el *Azor*. Tras haber rechazado discretas invitaciones de algunos de sus cortesanos que también estaban en contacto con Franco, el pretendiente accedió a encontrarse con el Caudillo en el golfo de Vizcaya el 25 de agosto de 1948.⁷⁰ Don Juan tomó la decisión sin informar a sus consejeros políticos más cercanos, entre ellos Gil Robles y Pedro Sáinz Rodríguez, e insistió en que Franco se reuniera primero con él en el yate *Saltillo*, perteneciente a su amigo Pedro Galíndez. Ya fuese por un deseo de que se viera que don Juan venía a su «territorio», o porque temía parecer ridículo entrando y saliendo de un bote en un mar picado, Franco se negó. Cuando don Juan subió a bordo del *Azor*, Franco lo recibió de manera efusiva y, casi como siguiendo un guión, lloró profusamente. Luego ambos hablaron a solas en el camarote principal durante tres horas. Aparte del corto resumen oficial ofrecido a la prensa española, la única información detallada de que se dispone procede de los diversos relatos de don Juan.

El pretendiente había llegado, por lo que parece, emocionado y nervioso, pero se dio cuenta rápidamente de que el Caudillo le creía un idiota, enteramente dominado por consejeros amargados y totalmente ignorante de la realidad de España. Un Franco locuaz, que apenas dejó meter baza, aconsejó paciencia a don Juan y aseguró que él gozaba de una salud espléndida y esperaba gobernar España durante al menos otros veinte años. Se jactó de que, con su dirección, España sería muy pronto uno de los países más ricos del mundo; habló de su devoción hacia Alfonso XIII y volvió a llorar. Franco declaró que en España no había entusiasmo ni por la Monarquía ni por la república, aunque afirmó que él podía, si así lo deseaba, hacer popular a don Juan en quince días. Se quedó completamente desconcertado cuando don Juan le preguntó por qué, si era tan fácil fabricar la popularidad, él citaba constantemente la hostilidad popular como motivo para no restaurar la Monarquía. La única razón que el Caudillo fue capaz de invocar fue su temor a que la Monarquía no tuviera la firmeza de «mando» necesaria. En contraste con lo que suponía que sería la costumbre de don Juan, afirmó: «Yo no permito que los ministros me discutan. Los mando y obedecen». En el curso de la entrevista, Franco se burló con ironía de no haber informado a sus ministros acerca de aquel encuentro. Haciendo un repaso de sus generales de forma cruelmente despectiva, dijo que Solchaga era «un tonto y Yagüe un loco rematado». También aseguró a don Juan que «a cualquiera se le puede comprar».

El verdadero propósito de Franco en la entrevista se hizo al fin evidente cuando manifestó su inmenso interés en que Juan Carlos, el hijo de diez años del pretendiente, completara su educación en España. La presencia de Juan Carlos en España sería el pretexto para justificar que Franco asumiera indefinidamente el cargo de regente, así como un instrumento para controlar la dirección política de cualquier futura restauración de la Monarquía. Franco habló con una mezcla de astucia y prejuicio sobre los peligros que corrían los príncipes extranjerizados. Don Juan señaló que sería imposible que su hijo fuera a España mientras continuara siendo una ofensa gritar «¡Viva el rey!» y las actividades monárquicas estuvieran sometidas a multas y vigilancia policial. Franco se ofreció a que todo eso cambiara. No se llegó a acuerdos definitivos acerca de Juan Carlos. Durante el almuerzo, Franco comenzó a hablar de sus hazañas de cacería y con falta de tacto mencionó una reciente partida de caza en el coto real de Gredos. Don Juan le preguntó si era cierto que habían matado cabras con ametralladora. El sonrojado Caudillo admitió que así era, aunque se excusó asegurando que sólo las cabras heridas recibían ese trato. Don Juan lo reconvino por su falta de deportividad, ante lo cual Franco cambió de tema para hablar de la pesca del salmón. Al separarse, Franco sugirió que se mantuvieran en contacto a través del duque de Sotomayor, haciendo la asombrosa observación de que «yo no tengo de quién fiarme, ya que todos mis colaboradores son muy indiscretos».⁷¹

Por muy superior que don Juan pudiera sentirse respecto a Franco en términos de buen gusto, *savoir faire* o capacidad intelectual, había

accedido al encuentro porque ya había llegado a la conclusión de que el Caudillo sobreviviría y que la futura restauración de la Monarquía sería factible sólo con su aprobación. Don Juan le dijo a un funcionario de la embajada estadounidense que antes del encuentro no estaba haciendo progreso alguno en sus relaciones con Franco y que ahora había metido «un pie en la puerta». Gil Robles, por el contrario, estaba convencido de que aquel encuentro había retrasado la causa de la Monarquía en muchos años, por haber demostrado a Franco que don Juan no era el vividor maleable que él había creído anteriormente. El duque de Sotomayor, representante de don Juan en España, y Julián Dávila, actuando como intermediarios con Franco, presionaron a don Juan para que tomara una decisión respecto a la educación de Juan Carlos. Don Juan les respondió que era plenamente consciente de que cualquier declaración sería utilizada por Franco para insinuar que él había abdicado. Como se mantuvo firme, Sotomayor renunció a su cargo de representante. En el fondo, sin embargo, don Juan estaba convencido de que no habría restauración contra la voluntad de Franco.⁷²

Las ventajas del encuentro entre el dictador y el pretendiente fueron unilaterales. Una de las amenazas que había movido a Franco a iniciar este contacto había desaparecido por entonces. Las negociaciones entre monárquicos y socialistas desembocaron en el llamado «Pacto de San Juan de Luz» de octubre de 1948, pero gran parte de su eficacia se había evaporado. Para consternación de republicanos y socialistas moderados, la entrevista entre Franco y don Juan desacreditó por completo la opción democrática monárquica que los había impulsado a romper con el partido comunista y la izquierda socialista.⁷³

Sintiéndose lo bastante seguro para entregarse a su vena sentimental, Franco trataba a don Juan con un respeto superficial. Con ocasión del vigésimo quinto aniversario de bodas de Franco, y recordando que Alfonso XIII había sido su padrino de bodas, aunque *in absentia*, don Juan le envió un mensaje de felicitación. El Caudillo le respondió con una carta de agradecimiento manuscrita que comenzaba «Mi príncipe» y manifestaba el gran honor que había sido para él y su esposa recibir su felicitación, y que él debía su felicidad al padre de don Juan. La carta terminaba «con lealtad y afecto». ⁷⁴ El auténtico significado del encuentro del *Azor*, sin embargo, se puso de manifiesto cuando Franco dejó filtrar la noticia de que Juan Carlos se educaría en España. Sin más concesiones por parte de Franco que la promesa de que el periódico monárquico *ABC* podría informar libremente y que se levantarían las restricciones sobre las actividades monárquicas, don Juan capituló y accedió a enviar a Juan Carlos a España, donde llegó el 9 de noviembre de 1948. Con su cautela habitual, Franco se negó a permitir que el joven príncipe utilizara el título de príncipe de Asturias, tradicionalmente vinculado a los herederos del trono. Un grupo de profesores de firme lealtad hacia Franco fue seleccionado para instruir al joven príncipe. A su llegada, Juan Carlos fue inmediatamente recibido por Franco en El Pardo. La publicidad dada a la visita fue manejada de forma que diera la impresión de que la Monarquía estaba subordinada al dictador. Eso, junto con el torpedeo de las negociaciones entre monárquicos y socialistas, había sido uno de los objetivos principales que había tras la operación *Azor*.⁷⁵

Sin que le costara prácticamente nada, Franco había sumido a la oposición moderada en un amargo desconcierto y metido una cuña entre don Juan y sus más incondicionales partidarios. ⁷⁶ Había creado así una situación en la que muchos miembros influyentes de las esferas conservadoras que habían vacilado desde 1945, volvieron a inclinarse a favor de su causa. Se ordenó a la prensa controlada por el gobierno que se refiriera a la Monarquía lo menos posible. En el plano internacional, el Caudillo había ganado inteligentemente más tiempo para su régimen. En una divulgada entrevista que mantuvo con el diputado británico por Loughborough, el doctor M. Follick, Franco aseguró que tenía intención de restaurar la Monarquía, aunque esquivó la pregunta de cuándo. ⁷⁷ En el contexto de las cada vez mayores tensiones internacionales, cualquier aparente «normalización» de la política española era recibida con entusiasmo por las potencias occidentales. Al cabo de menos de un año, don Juan, profundamente desilusionado, ordenaba el fin de la política de conciliación. ⁷⁸ Pero entonces era ya demasiado tarde, porque Franco había exprimido hasta la última gota de provecho de la aparente buena relación entre él y don Juan.

En marzo de 1948, Franco había enviado a Washington a José Félix de Lequerica —un cínico consumado que había sido rechazado por Estados Unidos como embajador en 1945— con el engañoso título de «inspector de Embajadas y Legaciones», para crear allí un *lobby* español. Grandes sumas de dinero fueron empleadas a este fin. Influyentes abogados contratados a precios astronómicos concentraron sus esfuerzos en figuras políticas, militares, religiosas y financieras. Lequerica ya podía contar con el apoyo del senador Pat McCarran y el congresista republicano Alvin E. O’Konski. McCarran era senador demócrata por Nevada y presidente del Comité de Gastos del Senado, cargo que le otorgaba una influencia inmensa en Washington y que utilizó de manera eficaz. En palabras de Dean Acheson, «el senador no era el tipo de persona que en el siglo XVIII habría sido definida como un hombre de sensibilidad». ⁷⁹ Lequerica, por su parte, se dedicó a dar comidas y discursos y formar una camarilla entusiásticamente pro franquista compuesta por influyentes norteamericanos católicos, anticomunistas, estrategias militares, republicanos contrarios a Truman y hombres de negocios con intereses en España.⁸⁰

Tras establecer relaciones cordiales con el cardenal Spellman, Lequerica, con inaudita desfachatez, dijo a sus interlocutores que apoyar al *lobby* español significaría ganar los votos de treinta millones de católicos estadounidenses. Alentó al Caudillo a hacer declaraciones ante la prensa norteamericana, cosa que comenzó a practicar de forma regular. ⁸¹ La creciente cordialidad de las relaciones con determinados sectores del *establishment* se reflejó en las visitas hechas a España por James Farlay, un prominente católico estadounidense, presidente de la Coca Cola Corporation. El 24 de septiembre de 1948, Artajo fue informado por Culbertson de que la delegación estadounidense en las Naciones Unidas podía ya contar con la mayoría de dos tercios necesaria para la revocación de la resolución de diciembre de 1946.

El 30 de septiembre de 1948, una delegación militar de Estados Unidos encabezada por el senador Chan Gurney visitó El Pardo. Gurney era senador republicano por Dakota del Sur y presidente del Comité de las Fuerzas Armadas del Senado. Se rumoreaba que esta delegación

había venido para hablar sobre bases militares en España. Después de que Culbertson hubiera presentado el grupo al Caudillo, se produjo una pausa larga y embarazosa. Finalmente, Franco, que permaneció de pie durante los cuarenta minutos de la entrevista, se lanzó a una denuncia de Francia a la que tachó de eslabón débil de la defensa occidental. Aseguró saber por sus contactos militares franceses que, en caso de ataque soviético, los franceses serían incapaces de defender su territorio y se verían obligados a retroceder hasta los Pirineos.⁸² La coincidencia del viaje de Gurney con el día del Caudillo permitió a la prensa presentar la visita como un refrendo americano del gobierno de Franco. Al regresar a Washington, el senador Gurney hizo declaraciones favorables a la inclusión de España en el Plan Marshall y en las Naciones Unidas. También recomendó ayuda militar para España. La prensa franquista alegó que esto había causado sensación en los periódicos de todo el mundo. Lequerica telegrafió inmediatamente a Franco para decirle que debía hacer una declaración al prominente columnista estadounidense Cyrus L. Sulzberger del periódico *The New York Times* y Franco accedió.⁸³

Entretanto, en su incesante esfuerzo por conservar el apoyo popular en el interior, Franco continuaba viajando por España. En el otoño de 1948 visitó Andalucía. Todas sus apariciones públicas tenían tanto una dimensión nacional como internacional. Las entusiastas manifestaciones y las multitudes que lo aclamaban eran actos organizados para mostrar al mundo exterior que era inútil intentar separar al pueblo español de su amado Caudillo. La aparente unidad manifiesta en esas ocasiones tenía también la finalidad, al igual que los discursos ferozmente anticomunistas, de realzar la utilidad de la España franquista en la Guerra Fría. El 11 de octubre, Franco dirigió una alocución a las autoridades militares de Sevilla en la Capitanía General. En el curso de un hiperbólico discurso sobre las proezas militares españolas, hizo la asombrosa afirmación de que la bomba atómica nunca superaría la capacidad de los españoles para resistir mediante tácticas de guerrilla. También citó con orgullo el famoso discurso que el 14 de febrero de 1942 había dirigido a los oficiales del ejército en Sevilla cuando había declarado su «absoluta certeza» de que Alemania no sería destruida e impulsivamente había ofrecido «un millón de españoles» para defender Berlín. Con aquella característica combinación de candidez e hipocresía que le permitía proferir las más atroces falsedades con genuina convicción, resucitó entonces aquella afirmación como una valiente y profética anticipación de la Guerra Fría.⁸⁴

Como parte del esfuerzo de Franco para crear una cabeza de puente que le permitiera entrar en la comunidad occidental a través de América Latina, el día de la Raza, como se conocía el día del descubrimiento de América en el calendario falangista, fue dedicado a una espectacular ceremonia de solidaridad panhispánica. Ese mismo año 1948 era también el séptimo centenario de la fundación de la armada de Castilla. El 12 de octubre, veintiocho buques de guerra echaron anclas en el estuario del río Odiel (Huelva). Una cañonera española disparó una salva y el Caudillo, acompañado por doña Carmen y su hija Nenuca, pasó revista a los navíos reunidos. Había buques de la Marina de Argentina, Brasil, Colombia, República Dominicana, Perú y España. Después, en el monasterio de La Rábida donde Colón guardó vigilia la noche anterior a su partida del puerto de Palos de Moguer hacia su histórico viaje, Franco fue investido con el título de Gran Almirante de Castilla. Se trataba de una ambición de toda la vida hecha realidad, y su gozo pudo percibirse tanto en el discurso desenfadadamente entusiasta que pronunció acerca de la tradición naval española como en su rostro sonriente.⁸⁵ Hacía mucho tiempo que la maquinaria propagandística de su régimen lo había presentado como el Cid del siglo xx; en aquel momento le había arrebatado a su hermano Ramón el título de Cristóbal Colón del siglo xx.

En el curso de su viaje por Andalucía tuvo lugar un incidente que puso de relieve que la percepción que Franco tenía de sí mismo como personaje casi regio era totalmente sincera y no sólo parte del repertorio propagandístico, además de ser un detalle revelador sobre la sinceridad de sus conversaciones con don Juan acerca del futuro retorno de la Monarquía. Como parte de la celebración del séptimo centenario de la reconquista de Sevilla, se estaba erigiendo un monumento al Sagrado Corazón de Jesús a cierta distancia de la capital. Franco debía asistir a la ceremonia inaugural y después a un banquete oficial. Un funcionario de la Casa de Franco fue al palacio arzobispal sevillano para hablar del protocolo y propuso que una de las mesas fuera presidida por el Caudillo con el cardenal Segura a su derecha y la otra fuera presidida por doña Carmen. Segura se negó argumentando que debía ser él quien presidiera la segunda mesa, y señalando que, según los estatutos del Sacro Colegio Cardenalicio, los cardenales sólo podían ceder su lugar a un rey, una reina, un jefe de Estado o un príncipe heredero. Entre los funcionarios cundió la confusión, porque Franco insistía en que se le diera a su esposa igual trato que a él. Aunque Franco se mostró intransigente, Segura ofreció tres soluciones: que doña Carmen no asistiera; que él mismo, el arzobispo, no asistiera, o que no hubiera banquete. Se adoptó la tercera. Franco y doña Carmen estaban furiosos y comenzaron las maquinaciones que culminaron cinco años después con la pérdida de poder de Segura en su propia diócesis.⁸⁶

Dejando de lado semejantes incomodidades menores, y encendido con el placer que siempre le proporcionaba la total inmersión en adulación popular, Franco quedó convencido de que había pasado lo peor. Don Juan estaba domesticado. Los representantes del ejército de Estados Unidos comenzaban a llegarse a su puerta. El 4 de octubre de 1948, el general Marshall, que se hallaba en París para asistir a la Tercera Sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, les dijo a Bevin y a Robert Schuman, ministro de Asuntos Exteriores francés, que el reconocimiento de Franco no planteaba ningún problema a Estados Unidos. Ellos le dejaron bien claro que la opinión pública de sus países no estaba aún dispuesta a tolerar relaciones normales con el Caudillo.⁸⁷ Una propuesta para respaldar la entrada de España en las Naciones Unidas fue discutida por el gabinete francés el 10 de noviembre. Tras un áspero debate, se adoptó la decisión de no hacerlo pero no oponerse a la entrada de España en organismos técnicos de la ONU. El 18 de noviembre de 1948, España fue invitada a participar en la Comisión Internacional de Estadística. Entre los votos favorables se hallaban los de Gran Bretaña y Estados Unidos.⁸⁸

La confianza del Caudillo se reflejó en las declaraciones hechas al periódico *The New York Times* y a la revista *Newsweek* y en su mensaje

radiofónico de fin de año. Olvidando convenientemente años de despreciativos insultos al «super-Estado masónico» y el estúpido materialismo de los estadounidenses, el Caudillo ofreció al corresponsal del diario de Nueva York un virtuoso despliegue de servil pro americanismo, e hizo ofertas de alianza con Estados Unidos que no fueron publicadas en la prensa española.⁸⁹

Cinco días después de la publicación de esa entrevista en *The New York Times*, llevado por el afán de consolidar una posición favorable, el Caudillo cometió un insólito acto de precipitación. A través de uno de sus funcionarios ofreció al encargado de negocios estadounidense en Madrid un acuerdo económico bilateral con Estados Unidos, al margen del Plan Marshall. Para cerrar dicho acuerdo, España aceptaría cualquier «condición razonable» que pudieran sugerir los estadounidenses, y además permitiría que se instalaran bases en las islas Canarias y las Baleares, así como en el territorio peninsular español. Culbertson no respondió a la oferta.⁹⁰ No obstante, en un intento de ganarse a la opinión pública norteamericana, Franco realizó un descarado esfuerzo para introducir una cuña entre Washington y Londres. En una entrevista publicada por *Newsweek* el 22 de noviembre de 1948, aseguró a los norteamericanos que el egoísmo británico los estaba privando de la tranquilidad que podía traer consigo una alianza con España, refiriéndose claramente al rechazo británico del intento de acercamiento hecho en agosto a través del general Sáenz de Buruaga.⁹¹

Cuando Franco dijo «los británicos», sólo podía estar refiriéndose al gobierno laborista. Su disposición natural a pensar mal de la pérdida de Albión le llevó a generalizar. De hecho, había voces en el Partido Conservador, incluyendo la de Churchill, que se hacían eco de los llamamientos de algunos senadores y congresistas de Estados Unidos para que se reanudaran plenas relaciones diplomáticas con España. La acción de Churchill a favor de la incorporación de Franco a la defensa de Occidente alcanzó su punto culminante el 10 de diciembre de 1948 en la Cámara de los Comunes, donde exageró la benevolencia de Franco durante la Segunda Guerra Mundial, declarando que «los españoles no mataron a ningún británico ni norteamericano y el auxilio indirecto que recibimos de España durante la guerra fue de inmensa ayuda». Churchill no sólo olvidaba la guerra del volframio y los innumerables actos de ayuda a las fuerzas del Eje aprobados por Franco sino que, como le recordó el capitán Noel-Baker, parecía olvidar que Gran Bretaña era, en aquella época, aliada de la Unión Soviética.

Recogiendo la cínica omisión de la División Azul por parte de Churchill, el subsecretario de Estado para Asuntos Exteriores en el Parlamento, el laborista Christopher Mayhew, dijo: «El historial de la España de Franco durante la guerra es una razón seria por la que no podemos considerar dar acogida a la España de Franco en la comunidad de Europa occidental».⁹²

Con el Partido Laborista en el poder, Franco pensaba que había poco que hacer en favor de su causa en Gran Bretaña. Consecuentemente, concentró sus esfuerzos diplomáticos en Estados Unidos y el Vaticano. El devoto católico Joaquín Ruiz Giménez fue enviado como embajador a la Santa Sede a finales de noviembre de 1948. Su misión era preparar el terreno para un Concordato con el que Franco deseaba sellar públicamente la aprobación divina de su régimen. En privado, él ya daba por supuesto que contaba con dicha aprobación. En su mensaje radiofónico del 31 de diciembre, dio gracias a Dios por haberle enviado «feliz viento y buena mar a la nave de la Patria». En esencia, sin embargo, el discurso era una satisfecha antología de autofelicitaciones. Declaró que «hemos superado los años más difíciles», y luego continuó con un himno de alabanzas a sí mismo con una descripción totalmente surrealista de los grandes progresos económicos de España bajo su presciente guía.⁹³

La autocomplacencia de Franco una vez que hubo superado lo peor de la tormenta generó una atmósfera política apática y gris. Serrano Súñer se sintió obligado a salir de su vida retirada para hacer un osado llamamiento para abrir una nueva etapa en la vida política española. Quejándose del «perezoso aburrimiento» que afligía a España, criticó a «las gentes sin visión» que no se daban cuenta de que España no podía permitirse el lujo de vivir aislada del mundo.⁹⁴ Franco se enfureció. «Se aburrirá él. Suspenderé el diario *ABC* por tres meses y a este presumido de Serrano lo desterraré a Canarias.» Por aquel entonces, hablando con el poeta colombiano Eduardo Carranza, Franco le explicó por qué no era posible la apertura. Cuando Carranza citó la actitud de Serrano Súñer como indicio de que podría ser necesaria la evolución, el Caudillo replicó: «Pues a Ramón, si hay que fusilarlo, se le fusila también».⁹⁵

El tono autocongratulatorio de Franco sugería que se olvidaba de que en los barrios obreros de las principales ciudades se veían personas harapientas rebuscando entre las basuras. En las afueras de Barcelona y Málaga mucha gente vivía en cuevas. La mayoría de las grandes ciudades tenían en sus periferias poblaciones de chabolas hechas con cartones y chapa de hierro en las que la gente vivía en condiciones espantosamente primitivas. Las calles estaban plagadas de mendigos. La medicina estatal y los servicios sociales eran prácticamente inexistentes, aparte de los comedores gratuitos de Auxilio Social. Las privaciones, la desnutrición, el aumento de la prostitución, el mercado negro y la corrupción eran consecuencias de la política de su régimen que inevitablemente no figuraban en los optimistas informes del Caudillo. A él sólo le preocupaba «su» España, no la de los trabajadores de izquierdas que pertenecían a la «otra» anti-España.⁹⁶

En cualquier caso, Franco tenía la mente en otras cosas. Se había anunciado que el 7 de enero de 1949 el sagaz Dean Acheson retomaría su puesto de secretario de Estado para reemplazar al general Marshall, que se retiraba a causa de su mala salud.⁹⁷ Carrero Blanco redactó un documento sobre cómo sacar provecho de la creación de la OTAN y cuál era la mejor forma de reaccionar ante el regreso de Acheson. En sus febriles elucubraciones, sin duda compartidas por Franco, aquel cambio «marcaba un nuevo intento de Truman para llegar a un entendimiento con la URSS», lo que significaba que Acheson otorgaba a las buenas relaciones con Gran Bretaña y Francia mayor prioridad que a la normalización de relaciones con Franco. Pero según Carrero Blanco, a pesar de la desgracia del nombramiento de Acheson, Franco podía confiar en que el Pentágono y los altos mandos militares de Estados Unidos no permitirían a Truman continuar apaciguando a Stalin. El ejército norteamericano percibía plenamente el valor estratégico e ideológico de la España de Franco para la defensa de Occidente. En una

identificación total con la forma de pensar de Franco, Carrero Blanco proponía que, dado que «ellos nos necesitan y nos llamarán», se ocultara cuidadosamente el interés de España por unirse al nuevo sistema de defensa. Había que fortalecer los lazos con Portugal con el fin de que España fuese considerada parte indispensable del bloque ibérico. Cuando los aliados vinieran a cortejar a España, el precio por la participación del país en la Organización del Tratado del Atlántico Norte debía ser la devolución de Gibraltar.⁹⁸

Franco estaba deseoso de entrar en la OTAN,⁹⁹ pero en concordancia con el documento de Carrero Blanco, mantuvo una posición de aparente dureza. Entrevistado por el periódico *The Daily Telegraph*, se mostró distante respecto a que España pudiera incorporarse a las Naciones Unidas y a la «Unión occidental» [es decir la OTAN]. En sus palabras había tanto cinismo como sinceridad, interés por aumentar el precio de la cooperación militar y resquemor por la situación económica española (de la cual era él responsable, algo que tenía a bien olvidar): «Si hubiera ocho hombres hambrientos en una isla desierta y llegara un barco con comida para sólo siete de ellos, imagínese cuáles serían los sentimientos del octavo». Ese reconocimiento de la desesperada situación económica de España no fue publicado dentro del país, pero sí lo fue su digno rechazo de las Naciones Unidas. Citando las «muchas injusticias cometidas» con España, descalificó a la OTAN como algo carente de interés sin una declaración completa y específica de las «ventajas, garantías, derechos y obligaciones» que comprendía.¹⁰⁰

El día en que se publicó aquella entrevista se produjo un áspero debate en la Cámara de los Comunes, en que los conservadores criticaron con dureza el sostenido compromiso del gobierno laborista para excluir a Franco de la comunidad occidental. El capitán Noel-Baker citó el rechazo de Franco a ingresar en las Naciones Unidas y la OTAN en la entrevista concedida a *The Daily Telegraph* y comentó que «en lo relativo a unas relaciones más estrechas con las democracias occidentales, el dictador español ha dado su propia respuesta, un contundente, malhumorado y grosero “NO” a propuestas que nunca se le hicieron, y ha hecho una estupenda exhibición al negarse de malas maneras a asistir a una fiesta a la que jamás fue invitado». Pero la indignación laborista contra Franco se veía cada vez más contrarrestada por los acontecimientos mundiales y el valor de España en la defensa de Occidente. Interrogado al respecto, el subsecretario de Estado para Asuntos Exteriores reconoció que el gobierno británico no se opondría necesariamente a las iniciativas para que los embajadores regresaran a España.¹⁰¹

Inducido por muestras tan inconfundibles, Franco abrigaba la esperanza de vender cara su colaboración a los aliados. La situación económica española era tan desesperada que el ministro de Industria y Comercio, Juan Antonio Suanzes, había predicho que si no se obtenía ayuda financiera estadounidense, podía preverse un colapso en un plazo de seis meses. La pertinaz sequía estaba provocando graves restricciones eléctricas que afectaban a la producción industrial. Las previsiones de la cosecha de trigo iban reduciéndose aceleradamente. La ración de pan descendió a 150 gramos por día después de que Perón se negó a enviar un solo barco más de trigo a España sin que ésta cumpliera sus compromisos con Argentina.¹⁰²

El optimismo inquebrantable de Franco en medio de una situación tan espantosa se fortaleció con el éxito del lobby español entre la élite militar estadounidense. Entre la creciente preocupación por la instalación de bases en España, uno de los primeros triunfos del lobby fue el anuncio, el 8 de febrero de 1949, de que los bancos Chase Manhattan y National City de Nueva York habían concedido al gobierno español un préstamo de 25 millones de dólares. Como garantía, España había entregado 26 toneladas de oro depositadas en Londres. Dado que el préstamo había requerido la aprobación del Departamento de Estado, aquello era un indicio del cambio de imagen de Franco en Estados Unidos.¹⁰³

El 31 de marzo de 1949, el Generalísimo habló por radio a la nación en vísperas de las espectaculares celebraciones del décimo aniversario de su victoria en la Guerra Civil. Sabiendo que cuatro días más tarde se firmaría el Pacto del Atlántico y se crearía la OTAN sin participación española, su discurso estuvo dirigido a las potencias occidentales en un tono de ultrajado resentimiento por no haberle incluido y, por ello, no haber sabido reconocer su enorme contribución a la defensa de la civilización occidental: «La propia situación del mundo abre luz a nuestra razón». Su revanchista política interior fue alegremente descrita como «la generosidad con que hemos administrado nuestra victoria». Atribuyendo la neutralidad española durante la Segunda Guerra Mundial a su vigilancia como capitán mientras su pueblo agotado por la guerra descansaba, calificó su ejercicio en el poder de esforzado sacrificio en beneficio de España: «La ejecutoria de mi vida se puede concretar en una palabra: deber...». ¹⁰⁴ No hay ninguna razón para sospechar que Franco, aunque a finales de los años cuarenta se estaba aficionando cada vez más a los placeres de la caza, el tiro y la pesca, no creyera todas y cada una de las palabras de su discurso.

Dicha retórica, sin embargo, no consiguió evitar que España fuera excluida del Tratado del Atlántico Norte, mientras que no lo fue el Portugal de Salazar. Eso reflejaba el imprescindible valor estratégico de las Azores, la persistencia de la hostilidad hacia Franco por parte de la opinión pública de la mayoría de los países de Europa, y el hecho de que Salazar había manejado su neutralidad durante la guerra con una sutileza infinitamente mayor que Franco.¹⁰⁵ Con todo, había indicios de esperanza para el Caudillo. Cuando el Primer Comité (Cuestiones Políticas y de Seguridad) de la Asamblea General de las Naciones Unidas se reunió en Nueva York a principios de mayo de 1949, se presentaron dos proyectos de resolución sobre España: uno de Polonia para reforzar la resolución de diciembre de 1946 y prohibir los acuerdos comerciales con España; el otro de Brasil y otros tres países de América Latina, cuya intención era restablecer las relaciones diplomáticas. La propuesta polaca, que acusaba a España de ser títere de Estados Unidos, fue rotundamente rechazada. La propuesta latinoamericana fue aprobada para ser posteriormente elevada a la Asamblea General. Dado que Washington quería el regreso de los embajadores a Madrid pero no deseaba causar dificultades insolubles a Gran Bretaña y Francia, Estados Unidos se abstuvo de votar sobre

España cuando se celebró la reunión de la Asamblea General de las Naciones Unidas. ¹⁰⁶ Tras las agrias discusiones del 11 y el 16 de mayo de 1949, la resolución latinoamericana quedó a cuatro votos de obtener la mayoría de dos tercios requerida para su aprobación. Gran Bretaña y Francia se unieron a Estados Unidos en la abstención. ¹⁰⁷

Dos días más tarde, Franco pronunció ante las Cortes un discurso destinado principalmente al consumo internacional. Todavía estaba molesto por la afirmación hecha el 16 de mayo de 1949 en las Naciones Unidas por el ministro de Estado en el Foreign Office, Hector McNeil, que había declarado que proporcionar armas a Franco era «como poner una pistola en las manos de un asesino convicto». ¹⁰⁸ El discurso del Caudillo tenía doble sentido, siendo a un tiempo suplicante y jactancioso, salpicado de veneno antibritánico. En su interminable justificación del pasado, demostró que Franco continuaba buscando asegurarse un lugar de primera clase en la comunidad internacional. Al mismo tiempo, en su autoalabanza, el discurso ponía de manifiesto que Franco estaba mostrando el género ante los que en teoría tendrían que pagar por su participación en la defensa de Occidente. Uno de los temas era que su España era tan democrática como los países de aquellos gobernantes que esperaban que él liberalizase el sistema. También alardeó de que su régimen estaba a la vanguardia de los avances mundiales, y que sus logros sociales lo distinguían tanto del capitalismo liberal como del materialismo marxista. El discurso contenía, inevitablemente, una relación de los supuestos logros económicos alcanzados en años recientes.

Dirigiéndose claramente a Washington, Franco quiso demostrar a Estados Unidos que él constituía un aliado mucho más digno de confianza que la pérfida Albión, alegando que el socialismo era en todos los sentidos tan perjudicial como el comunismo, lo cual era una indirecta contra el gobierno laborista británico. En contraste, subrayó «nuestra ejecutoria de nobleza, nuestra bien demostrada hidalguía y nuestra desinteresada generosidad». Luego entró en una larga y enrevesada defensa de su «noble» y «elegante» comportamiento durante la Segunda Guerra Mundial, en la que se delató al decir: «Teníamos todo el derecho de ser lo que nos hubiera dado la gana [presumiblemente beligerantes del lado del Eje] dado que no teníamos ninguna razón para sentir gratitud hacia uno de los lados [los aliados], y sin embargo fuimos neutrales». Afirmó también con mendacidad que como pago por no permitir que las tropas alemanas entraran en la península Ibérica, Gran Bretaña se había ofrecido a contribuir a que España fuera la nación más poderosa del Mediterráneo. ¹⁰⁹ Franco era completamente inconsciente de que su resentimiento por lo que él percibía como un soborno impagado más bien debilitaba su imagen de idealista neutral y desenmascaraba su auténtico papel durante la guerra: el de un oportunista rapaz dispuesto a vender su neutralidad por un imperio de baratillo. Olvidando que incluso si Churchill le hubiera engañado como afirmaba, lo habría hecho con el fin de minar la relación entre Hitler y uno de sus satélites, Franco hizo patente que en ningún momento había alterado su valoración del papel del Eje en la Segunda Guerra Mundial. Al rencor por su interpretación de incumplimiento de las ofertas británicas, agregó una dosis de bilis por la forma en que lo habían tratado tras el incidente *Laurel* y durante la «crisis del volframio» de 1944. Lo más irritante para él era que Churchill hubiera decidido no aceptar su previsora oferta de cooperación antisoviética.

Esta larga serie de injurias sufridas y benevolentes ofertas groseramente rechazadas tenía por finalidad insinuarle que quizá no fuera lo mejor para él unirse a la alianza occidental en aquel momento. «Encontramos a los Estados de Europa tan torpes, tan viejos y tan divididos, y sus políticas tan llenas de marxismos, pasiones y rencores, que sin querer nos empujan a donde nuestro corazón nos llama, a la aproximación y al entendimiento con los pueblos de nuestra estirpe. El destino histórico de España pasa otra vez por América.» No se refería sólo a Latinoamérica. Su «política de amistad y entendimiento con los pueblos de origen hispano conduce obligatoriamente a España hacia un mayor entendimiento con todo el continente americano, en el cual Norteamérica, por su riqueza y poder, ha venido a ocupar el primer puesto». Las dificultades que aún subsistían entre España y Estados Unidos era culpa de otros, preocupados por sus esferas de influencia, una inconfundible referencia a Gran Bretaña y Francia. ¹¹⁰ Resultaba irónico que Franco atacara a Gran Bretaña en un momento en que la presión para que se adoptara una política más amistosa hacia España estaba aumentando en Londres, en la prensa, el Parlamento y la City. ¹¹¹

El 20 de julio de 1949 tuvo lugar en Madrid una solemne ceremonia de investidura en la que se le otorgó a Franco el título de Primer Periodista de España, y una comisión de periodistas le entregó el carnet de prensa número 1. ¹¹² Apenas tres semanas después, Lequerica tuvo que idear una forma de decirle al Primer Periodista que sus artículos sobre la masonería tenían probabilidades de perjudicar las relaciones entre España y Estados Unidos. Franco tenía empeño en que se hiciera una traducción al inglés de su serie de artículos y Lequerica tuvo que advertirle que «en algunos países, existe muy poco gusto por las verdades auténticas y profundas». ¹¹³

Las cosas marchaban bien para Franco en todos los frentes. Cuando don Juan insinuó que no permitiría que su hijo regresara a España para continuar sus estudios, Franco pidió a su hermano Nicolás que le comunicara que las Cortes iban a aprobar una ley que lo excluía específicamente del trono. Don Juan, influido por el incondicional colaboracionista Danvila, respondió ante la amenaza como el Caudillo había esperado. ¹¹⁴ La guerrilla que había actuado esporádicamente desde 1945 en las remotas sierras del sur y las inhóspitas montañas de Asturias estaba desapareciendo. El anuncio de Truman, el 23 de septiembre de 1949, del éxito soviético al hacer explotar una bomba atómica el anterior mes de agosto, intensificó las presiones dentro de Estados Unidos para un acercamiento a España con el fin de asegurar bases aéreas y navales. ¹¹⁵ Un poderoso partidario de la alianza militar con Franco era el almirante Forrest Sherman, convencido de la importancia geoestratégica de España para Estados Unidos. Como comandante en jefe de la Sexta Flota estadounidense, Sherman visitó muchos puertos españoles. Por casualidad, su yerno, el capitán de corbeta John Fitzpatrick, había sido destinado en 1947 como ayudante del agregado naval en Madrid. Cuando Sherman y su esposa fueron a visitar a su hija a la capital española, las autoridades cultivaron su

amistad.¹¹⁶

El almirante Richard L. Conolly, comandante de las fuerzas navales estadounidenses en el Atlántico oriental y el Mediterráneo, también era partidario de instalar bases en España. En septiembre de 1949, un escuadrón de la flota norteamericana del Atlántico oriental atracó en El Ferrol y permaneció allí durante cinco días. Conolly y algunos altos oficiales visitaron a Franco en el Pazo de Meirás, y los marineros recibieron permiso para visitar Madrid. Aquello fue un claro indicio de próximos acontecimientos y reflejo de los intereses de un poderoso grupo dentro del *establishment* defensivo de Estados Unidos, encabezado por Louis A. Johnson, secretario de Defensa. Habiéndose iniciado un programa económico que reducía los planes de expansión de la flota de portaaviones, Johnson tenía especial interés en bases terrestres para los bombarderos de Estados Unidos. No era el único. El grupo de presión de Lequerica en Washington podía contar con apoyo de varias figuras políticas y militares influyentes, entre ellas Joseph McCarthy, senador republicano por Wisconsin. El senador católico por Nevada, Pat McCarran, como presidente de la comisión de Consignaciones del Senado patrocinó tres intentos para facilitar un préstamo a España a través del United States Import-Export Bank. Gracias al «plan de otoño» (una costosa iniciativa diplomática de Lequerica autorizada personalmente por Franco), un creciente número de senadores y congresistas desfilaron por Madrid a costa de España. Uno de los invitados, James J. Murphy, congresista demócrata por Nueva York, definió a Franco como «un personaje muy, muy encantador y adorable».¹¹⁷

Al subvencionar esas visitas durante el «plan de otoño», Franco creía al parecer que no hacía sino facilitar que «la verdad de España llegara al mundo». Ciertamente, los visitantes convencieron al Caudillo de que siempre había tenido razón y no necesitaba hacer cambio alguno en su sistema político, para gran disgusto de Culbertson que intentaba inducirle a la liberalización económica y política.¹¹⁸ A principios de octubre de 1949, Mao Zedong había instaurado la República Popular China. A pesar de que él no era un hombre de paja de Moscú, desde Occidente pareció que otra gran área del mundo había caído en la órbita de la Unión Soviética. La temperatura de la Guerra Fría descendió varios grados en beneficio de Franco.

Entretanto, el 22 de octubre de 1949, en un intento de aproximarse al Tratado del Atlántico Norte a través de Salazar, Franco visitó Portugal y quedó encantado del trato que recibió con gran solemnidad y boato. Su actitud contrastó con la austeridad manifestada por Salazar en su visita a España de 1942. El Caudillo viajó a Vigo por carretera, donde subió a bordo del crucero *Miguel de Cervantes*, que se hizo a la mar a la cabeza de una flotilla de once buques de guerra. En la desembocadura del Tago fue recibido por cuatro destructores portugueses y escoltado hasta Lisboa. Allí fue recibido por el presidente de Portugal, mariscal Carmona, y por Salazar. Siguió una demostración aérea de aviones Hurricane y Spitfire, y un desfile de 15.000 soldados portugueses. Una vez instalado en el palacio de Queluz, se le unió doña Carmen, que había realizado el viaje desde Madrid por tren. Durante su visita a Portugal, Franco había esperado demostrar al mundo que él dominaba a don Juan. A través de su hermano Nicolás exigió la presencia de don Juan en Queluz el 22 de octubre en visita de cortesía. Don Juan se negó. Fue la única mácula en un, por lo demás, brillante triunfo propagandístico del Caudillo. La totalidad de la operación fue una afirmación hábilmente montada de la utilidad de la península Ibérica para la Alianza occidental y, con el fin de asegurar en el plano nacional el máximo de eficacia del viaje a las tierras lusitanas, se dispuso un gigantesco clímax propagandístico. El 27 de octubre fue declarado fiesta nacional en España, y un inmenso número de falangistas y campesinos traídos en autobús del interior de las provincias castellanas flanquearon las calles para saludar la vuelta del Caudillo.¹¹⁹

Tales *divertimentos* apenas podían distraer la atención de la grave crisis alimentaria que sufría España. Varela, muy preocupado, visitó a Franco poco después de la Navidad de 1949. Cuando mencionó la desesperada escasez de trigo, Franco dijo muy ufano que él podía obtener fácilmente todos los créditos extranjeros necesarios para solucionar el problema, pero que no estaba dispuesto a pagar el precio político de los cambios que le exigían las potencias occidentales. Prefería esperar con la seguridad de que «ya bajarán la cabeza, pues el mundo nos necesita más de lo que España necesita al mundo». Varela también se quejó de que la ausencia de libertad de prensa y el hecho de que las Cortes no tuvieran poder real alguno facilitaban la corrupción del régimen. Franco reconoció que otorgar mayor poder a las Cortes y una prensa libre podrían ayudar a acabar con la corrupción, pero afirmó que las consecuencias negativas de ambas cosas serían mucho peores. La corrupción le importaba muy poco cuando estaba en juego su propia permanencia en el poder. La entrevista concluyó con Franco diciéndole a Varela: «No daré a España ninguna libertad en los próximos diez años. Pasado ese plazo, abriré un poco la mano».¹²⁰

Que Franco pudiera expresarse con tal confianza reflejaba su conocimiento de lo que estaba sucediendo en el ámbito anglosajón. Churchill había ridiculizado al gobierno laborista el 17 de noviembre de 1949 diciendo: «Mira por dónde tenemos un embajador en Moscú pero no en Madrid. El ciudadano español tiene una vida más feliz y libre que el ruso, el polaco o el checoslovaco».¹²¹ También en Washington hubo peticiones para el regreso de embajadores a Madrid del senador Arthur H. Vandenburg, líder republicano; del senador demócrata por Texas, Tom Connally, presidente del Comité del Senado para Relaciones Exteriores, y del juez John Kee, presidente del Comité del Congreso para Asuntos Exteriores.¹²² El presidente Truman, que aborrecía a Franco, estaba a punto de verse obligado a capitular ante la creciente demanda del Congreso de acercamiento a España. McCarran había amenazado a Acheson con que, mientras no cambiara la política con respecto a España, las asignaciones del Departamento de Estado serían examinadas con sumo cuidado.¹²³ Admitiendo que la resolución de 1946 había fracasado, el 18 de enero de 1950 Acheson afirmó en una carta a Connally ampliamente difundida que Estados Unidos estaba dispuesto a votar a favor de una resolución que autorizara a los países miembros a enviar embajadores a Madrid, y que España fuera

admitida en las agencias técnicas internacionales. Refiriéndose a los orígenes políticos del régimen, Acheson señaló que la plena integración en Europa occidental, incluyendo presumiblemente la OTAN, requeriría la liberalización política de España.¹²⁴ Con todo, y a pesar de estas limitaciones, las cosas estaban claras. La carta de Acheson provocó una enorme satisfacción en Madrid.¹²⁵

Cuando se publicó en España, la carta de Acheson se consideró una prueba de que Estados Unidos reconocía que el Caudillo había tenido razón desde el principio. Al mismo tiempo, los comentarios de Acheson sobre sus conexiones fascistas fueron denunciados como una impertinente injerencia en los asuntos internos de España.¹²⁶ El hecho de que la prensa oficial desairara lo que para Acheson fue un gesto doloroso indicaba la esperanza de Franco de aumentar su precio como aliado militar.¹²⁷ Su confianza pudo apreciarse en el brutal ataque dirigido contra Gran Bretaña publicado en el periódico *Arriba* con el seudónimo «Macaulay», tras el cual se ocultaba el mismísimo Primer Periodista. El uso de un seudónimo era una cobertura muy débil. El embajador británico conocía perfectamente la identidad del escritor.^{*128} Cabe dudar de que a Franco le importara. Demostró su confianza aún más el 22 de febrero de 1950 cuando una serie de prominentes monárquicos fueron arrestados en una redada nocturna de la policía secreta y encarcelados por «conspirar para la restauración de la Monarquía». Ya no podía haber duda alguna de que él sabía que iba a prevalecer.¹²⁹

El centinela de Occidente, 1950-1953

La atmósfera política de España durante los años de aislamiento internacional era asfixiante. La prensa oficial denigraba a los extranjeros y españoles que pedían un cambio político, tachándolos de agentes del comunismo y la masonería. La brutal represión de los enemigos del régimen era presentada en términos heroicos y moralizantes. Detrás de la pantalla de humo de adulación al ecuaníme patriotismo del Caudillo, las espantosas condiciones de vida de la clase trabajadora derrotada coexistían con la buena vida y la corrupción reinante entre la élite de los vencedores. El cinismo se extendió por esa casta franquista a medida que iban borrándose los recuerdos de los sacrificios de la Guerra Civil. Varela, Yagüe, Muñoz Grandes y algunos otros de los generales más austeros, protestaban. Sin embargo, como había indicado la observación que Franco le hizo a Saliquet, la austeridad en los altos niveles era la excepción y contrastaba con la conducta del Caudillo y su familia.¹

Franco se consideraba un ejemplo de austeridad. Y ciertamente no era mujeriego, no fumaba, bebía vino con moderación a la hora de las comidas y no jugaba más allá de apuestas pequeñas en la lotería nacional o cuando jugaba a las cartas con sus amigos (y, más tarde, a las quinielas). Sin embargo, todos los recursos, palacios y cotos del antiguo patrimonio real estaban a disposición exclusiva de su familia, privilegio que él aprovechaba plenamente, en especial para cazar. Los gastos de sus partidas de caza y pesca eran enormes. La pesca en alta mar requería el mantenimiento del yate *Azor* durante todo el año y una escolta naval cuando perseguía atunes y ballenas por el Atlántico. Tanto la caza como la pesca de río implicaban el traslado de enormes séquitos por toda España. Además, junto con los costes ocultos del descuido de los asuntos gubernamentales, puesto que no sólo iba de caza Franco, sino varios de sus ministros, estaba el esfuerzo para asegurar que la excursión del Caudillo fuera fructífera, lo cual significaba repoblar amplias zonas marinas durante períodos prolongados y alimentar ciervos y otras especies de caza en puntos estratégicos de los cotos. Tanto la «dirección de escena» de los triunfos cinegéticos de Franco como su serenidad quedaron patentes durante un incidente que tuvo lugar en febrero de 1950. Franco estaba cazando en las montañas y tenía empeño en matar un venado particularmente hermoso que habían perdido de vista y que fue localizado en un lugar de difícil acceso. Franco fue llevado hasta allí y «empujado, impulsado y elevado con gran dificultad». Toda la partida tenía mucha prisa, por temor a que el venado pudiera moverse de allí. Cuando llegaron al sitio, vieron al ciervo a no mucha distancia. Para sorpresa del séquito, Franco declaró que el ejercicio le había cansado y tranquilamente se sentó a reposar. Cuando hubo pasado un rato, cogió su escopeta y mató al animal.²

Aparte de la gran carga del gobierno y de sus pasatiempos, la mayor preocupación de Franco era su única hija Nenuca (Carmen). Era la niña de sus ojos y frecuente acompañante en sus partidas de caza. El 10 de abril de 1950, Nenuca se casó con un señorito de segunda de la buena sociedad de Jaén, el doctor Cristóbal Martínez Bordiú, que poco después sería marqués de Villaverde. Una letrilla satírica cantada en Madrid resumía el sentir popular. Decía así: «La niña quería un marido, la mamá quería un marqués, el marqués quería dinero ¡ya están contentos los tres!». ³ Los preparativos y la acumulación de regalos fueron tales que se ordenó a la prensa no decir nada, por miedo a provocar un contraste indeseado con el hambre y la miseria que afligían a la mayor parte del país. ⁴ Los que querían congraciarse con doña Carmen, pidieron consejo a su compañera inseparable, la marquesa de Huétor, * sobre los presentes más apropiados. La boda se celebró con un derroche que habría puesto a prueba a cualquier familia real europea. Guardias de honor, bandas militares, cientos de invitados, incluidos todos los miembros del gabinete, el cuerpo diplomático y una rutilante sarta de aristócratas, participaron en una auténtica ceremonia de Estado. Se publicaron reportajes de la boda que se celebró en la capilla de El Pardo, pero la prensa olvidó mencionar los regalos. Los comentarios editoriales sobre la austeridad de la ceremonia contrastaban ridículamente con la cobertura, en otras páginas, del banquete ofrecido en El Pardo para 800 personas.

La atención popular se vio atraída por las hermosas joyas que lucía la novia y el novelesco uniforme recientemente adquirido por el novio, de Caballero del Santo Sepulcro, con espada y casco empenachado. La misa nupcial fue oficiada por el obispo de Madrid-Alcalá, monseñor Leopoldo Eijo y Garay. El sermón lo pronunció el cardenal Pla y Deniel que en esa ocasión coronó años de desmesurada adulación cuando sugirió que los recién casados tomaran como ejemplo para su vida familiar el de «la familia de Nazaret» o el de «el hogar ejemplarmente cristiano del jefe del Estado». El Caudillo, vestido con el uniforme de gran gala de Capitán General de las Fuerzas Armadas, fue el padrino, demostrando una intensidad de sentimientos muy apropiada para la boda de su amada hija. Su emoción, sin embargo, no le impidió abandonar el reclinatorio que se le había adjudicado como padrino de la novia para ocupar el que estaba a un lado del altar, reservado para el jefe del Estado. Aquel gesto fue interpretado por una prensa servilmente adulatora como prueba de su sacrificio personal, que no le permitía abandonar los asuntos de Estado ni en un momento como aquél.⁵

El casamiento de Nenuca supuso un cambio en la vida de Franco. Entre 1951 y 1964, le daría siete nietos a los que él colmaría de un afecto indulgente hasta entonces ausente en su vida. * Martínez Bordiú abandonó la vieja moto en la que solía ir a visitar a su prometida por una colección de Chrysler y Packard descapotables, y muy pronto fue conocido por los zumbones de Madrid como El marqués de

Vayavida. Tampoco tardó mucho en aprovechar sus vínculos con la familia del dictador para favorecer sus intereses financieros. Junto con el marqués de Huétor de Santillán, jefe de la Casa Civil de Franco, Martínez Bordiú hizo una fortuna por varias vías. Una fue la obtención de la licencia exclusiva para importar motos Vespa de Italia, en una época en la que España tenía muy pocas divisas para la importación. Las motos eran todas de color verde, y en Madrid le pusieron otro sobrenombre: el de Marqués de Vespaverde. ^{**} Apareció un llamado clan Villaverde encabezado por el tío y padrino de Martínez Bordiú, José María Sanchiz, que muy pronto controló considerables intereses bancarios. Sanchiz amasó una fortuna para el clan Villaverde con la especulación inmobiliaria y las licencias de importación-exportación, y ayudó a Franco a comprar una finca grande, de la que luego fue administrador, en Valdefuentes, cerca de Móstoles junto a la carretera de Extremadura. El marqués de Huétor también supo aprovechar sus relaciones con Franco. Con el tiempo, el numeroso clan Villaverde llegó a desplazar en El Pardo a las familias de los hermanos de Franco, Nicolás y Pilar. ⁶

Sólo después de relacionarse con los Villaverde dio rienda suelta doña Carmen a su pasión por las antigüedades y las joyas, alentada por la marquesa de Huétor de Santillán, según la cual todos los que en España tenían un nivel de vida alto se lo debían enteramente al Caudillo. ⁷ La codicia de «La Señora» se hizo legendaria. Se decía que los joyeros de Madrid y Barcelona habían formado sindicatos oficiosos de seguros para indemnizarse después de cada visita de doña Carmen, que era igualmente amante de las antigüedades. En La Coruña y Oviedo, los joyeros y anticuarios cerraban frecuentemente sus tiendas cuando se enteraban de su presencia en la ciudad. ⁸ El contacto diario con aduladores en busca del favor oficial le proporcionaba amplias posibilidades para conseguir las piezas deseadas. Los regalos que no le agradaban eran intercambiados por otros más apropiados. Las cortesanas de doña Carmen, encabezadas por la marquesa de Huétor, aconsejaban acerca de los objetos aceptables a los futuros donantes. ⁹ Nunca se supo lo que Franco pensaba de Martínez Bordiú, pero nunca le excusó de la obligación de llamarlo Excelencia ni de dirigirse a él utilizando el pronombre usted. Lo que principalmente le importaba era que su hija fuese feliz. En general, hacía la vista gorda ante la corrupción porque ésta mantenía la lealtad de la élite. En cualquier caso, en 1950 todavía tenía que pensar en cosas más importantes.

A principios de 1950, la cúpula militar estadounidense estaba intensificando sus esfuerzos para incorporar al fervientemente anticomunista Franco en su órbita defensiva. Portugal estaba presionando para que se incluyera a España en el Tratado del Atlántico Norte, pero la política norteamericana estaba inhibida por el miedo a enemistarse con Gran Bretaña y Francia. ¹⁰ En la Cámara de los Comunes, los conservadores apremiaban para que se reanudaran las relaciones diplomáticas con España, pero Ernest Davies, subsecretario de Estado para Asuntos Exteriores en el Parlamento, declaró que Gran Bretaña respetaría la resolución de las Naciones Unidas de 1946 porque el régimen de Franco continuaba siendo «tan repugnante para nosotros en la actualidad» como lo era entonces. ¹¹ La actitud de Truman hacia Franco tampoco había cambiado. A finales de marzo de 1950 declaró que no veía diferencia alguna entre la URSS, la Alemania de Hitler y la España de Franco porque eran todos Estados policiales. ¹² Pero los sentimientos antifranquistas empezaban a retroceder ante acontecimientos de dimensiones mayores.

Franco, muy indignado, atribuyó la hostilidad de Gran Bretaña y Estados Unidos a complots masónicos. Continuaba escribiendo regularmente diatribas contra la masonería, frecuentemente acompañadas de resonancias antisemíticas. ¹³ Sus prejuicios se vieron confirmados por los despachos de Lequerica que, diciéndole a su jefe lo que éste deseaba oír, explicó que la actitud de Truman venía impuesta por su necesidad de aplacar a los masones estadounidenses. ¹⁴ El Caudillo pensaba inocentemente que el seudónimo de Jakim Boor le permitía dar rienda suelta a su opinión de que la masonería era una conspiración diabólica con el comunismo, mientras que públicamente expresaba admiración por todo lo norteamericano. El hecho de que semejantes artículos sobre los crímenes de la masonería fueran publicados en el periódico *Arriba* fue interpretado por el diario *The New York Times* como sanción oficial al más alto nivel de las opiniones expresadas en los mismos. La Casa Blanca recibió miles de telegramas de protesta. Washington tenía pleno conocimiento de que esos artículos eran obra de Franco. ¹⁵

Culbertson estaba agriamente desilusionado. Cansado de la santurrona autosatisfacción de Franco, le escribió a Acheson una carta que reflejaba su desagrado por que Franco no hubiera «evolucionado en dirección a alguna concepción democrática y hacia un gobierno que no descansase solamente en el poder y la esperanza de vida de un hombre». Sobre el Caudillo, Culbertson comentó: «Cree saber mejor que nadie lo que más conviene a España y a los españoles en la actualidad. Escucha lo que quiere oír, y cierra oídos y mente a todo lo demás». Refiriéndose a la total negativa de Franco a considerar una reforma política, escribió: «Franco es el tipo de español que quiere entrar a ver la película sin comprar la entrada». No obstante, puesto que la eliminación de Franco no era una política realista y dado el valor que concedía a España el sistema defensivo, Culbertson concluyó resignadamente que Estados Unidos debía comenzar a gestionar el regreso del embajador a Madrid. ¹⁶

El anuncio de la bomba atómica soviética y el triunfo de Mao Zedong en China fueron seguidos por varios escándalos de espionaje, entre ellos el caso del alto funcionario del Departamento de Estado, Alger Hiss, y el de Ethel y Julius Rosenberg, acusados de pertenecer a la red de espionaje asociada con el científico atómico británico Klaus Fuchs, nacido en Alemania. Empezó, por ello, a cundir la paranoica convicción de que Estados Unidos, tan recientemente triunfador, se veía amenazado porque los secretos de su máxima arma habían sido entregados al enemigo. ¹⁷ La caza de brujas del senador Joseph McCarthy fomentó la impresión de que los comunistas eran la causa de todos los problemas del país. Con crecientes dudas acerca de la capacidad defensiva de Occidente, la Junta de Jefes de Estado Mayor presionó para que se estableciera una alianza con España con el fin de poder utilizar la península Ibérica como «último punto de apoyo en

Europa continental», sin el cual acaso no sería posible el rescate de una Europa bajo poder soviético. En principio, Truman consideró las exigencias del general Omar Bradley, jefe de la Junta de Estado Mayor, políticamente poco realistas.¹⁸ Al cabo de algo más de una semana sus opiniones cambiarían de manera tajante como resultado de un acontecimiento que acabó con las dudas de muchos de los críticos liberales de Franco en Estados Unidos.

Corea del Sur, bajo control estadounidense desde el final de la Segunda Guerra Mundial, fue invadida por tropas de Corea del Norte el 24 de junio de 1950. Desatadas toda clase de especulaciones sobre las intenciones imperialistas soviéticas, la administración Truman pasó de la estrategia de contención a una respuesta más agresiva ante el expansionismo soviético. El Caudillo se ofreció a enviar tropas. No era sorprendente que la cotización de Franco estuviera subiendo rápidamente, a pesar de la debilidad militar de España. Todo el mundo daba por supuesto que la tercera guerra mundial era ya inminente. Desde luego, ya ni se consideraba acción alguna que pudiera provocar inestabilidad en España. En Londres todavía quedaban algunos que creían que sería mejor buscar ayuda contra el comunismo en la «Alemania ex nazi que en la España aún fascista», pero la opinión del Foreign Office era que había que reconocer el fracaso del aislamiento y reinsertar a España en la comunidad internacional, «a pesar de Franco». Sin embargo, tras largas consideraciones, Bevin decidió que no habría ningún cambio.¹⁹

Franco trabajaba para sacar ventaja de la situación internacional. A un corresponsal del diario de Washington *Evening Star* le dijo que tenía pruebas de que la Unión Soviética estaba a punto de invadir Europa con doce divisiones de paracaidistas. Francia no ofrecería ninguna resistencia, añadió, y los soviéticos atravesarían España rápidamente en dirección a Gibraltar y el norte de África. Frente a esto, España tenía 500.000 hombres que resistirían si dispusieran de las armas necesarias.²⁰ Es improbable que Franco creyera de verdad esas historias alarmistas, pero utilizadas en el contexto del bien pagado *lobby* español de Lequerica surtieron efecto. El 26 de septiembre de 1950, con tropas estadounidenses actuando en Corea, la Comisión de Iniciativas de las Naciones Unidas votó a favor de reconsiderar las relaciones diplomáticas con España. Mientras Lequerica repartía sobornos entre periodistas y políticos influyentes de Washington, el Generalísimo explotaba la cambiante situación para obtener todas las ventajas políticas posibles. Además, no todos los amigos de Franco estaban en nómina. El delegado portugués en las Naciones Unidas hizo una apasionada defensa de la inclusión de España en la OTAN.²¹ Entre el 25 y el 27 de septiembre de 1950, el doctor Antonio Oliveira Salazar devolvió la visita que Franco había hecho a Portugal un año antes.²²

Para consumo interno, Franco subrayó la fuerza de su propósito intensificando las medidas antibritánicas. Se pusieron trabas a los súbditos británicos que entraban y salían de Gibraltar y con el fin de meter una cuña entre Gran Bretaña y Estados Unidos, el Generalísimo dijo al periódico italiano *Roma* que no había diferencia alguna entre «el imperialismo socialista de Londres» y «el imperialismo comunista de Moscú».²³ Sus opiniones sobre Gran Bretaña quedaron bien claras el 11 de octubre durante una audiencia con el conde de Bessborough, presidente de la Compañía Río Tinto. Tras ser introducido a presencia del dictador, lord Bessborough se quedó sorprendido al encontrarse con que Franco lo miraba en completo silencio. Bessborough fue informado por el intérprete de que era él quien debía iniciar la conversación. Cuando dijo que no todos los británicos compartían las opiniones antifranquistas del gobierno laborista, el Caudillo se lanzó a una disquisición sobre los defectos del Partido Conservador y los nexos entre socialismo y comunismo. Con una asombrosa mezcla de complacencia paternalista y total ignorancia de las realidades tanto de la Gran Bretaña de posguerra como de la España posterior a la Guerra Civil, dijo que los ricos de Inglaterra debían hacer sacrificios en beneficio de la clase obrera, como hacían los ricos de España. Franco también recalcó que España y Gran Bretaña debían unirse en la defensa de su común civilización occidental. Cuando Bessborough le dijo que contribuiría a un acercamiento el que la prensa española moderara sus ataques contra Gran Bretaña, el Caudillo replicó con falsedad que la prensa española era libre de decir lo que le placiera y que él no tenía poder para intervenir a menos que se insultara al jefe de Estado de un país amigo. Bessborough, que era admirador de Franco, se marchó de El Pardo atónito por la total falta de conocimiento que tenía el Caudillo del mundo exterior.²⁴

El 31 de octubre de 1950, un Comité Político Especial de la ONU reunido en Lake Success (Nueva York), votó a favor de derogar la resolución de diciembre de 1946 sobre la retirada de embajadores.²⁵ El 2 de noviembre, Truman anunció que pasaría «mucho, mucho tiempo» antes de que Estados Unidos nombrara un embajador ante la España franquista; lo cierto es que ocurrió en cuestión de semanas. Esta afirmación no fue publicada en España, pero la transmitió el servicio en español de la BBC. Paradójicamente, fue motivo de alegría para los falangistas más intransigentes que temían que Franco se deshiciera de ellos cuando acabara el aislamiento.²⁶ El 4 de noviembre de 1950, la Asamblea General de Naciones Unidas, reunida en Flushing Meadow, votó la autorización del regreso de los embajadores a Madrid por 38 votos a favor, 10 en contra y 12 abstenciones. Más aún, con el argumento de que el reconocimiento de un régimen no implicaba juzgar su política interna, España fue admitida en la Organización de Alimentación y Agricultura (FAO) de la ONU. Gran Bretaña y Francia se abstuvieron mientras que Estados Unidos votó a favor.²⁷ A pesar de que se mantuvo el preámbulo condenatorio original de la resolución, el ánimo en Madrid era eufórico, la decisión fue calificada de «victoria española» y el propio Franco la definió como un reconocimiento internacional a gran escala.²⁸

Lequerica telegrafió a Martín Artajo una relación de los gastos en los que había incurrido para pagar honorarios y sobornos, pidiendo urgentemente 237.000 dólares para retribución de políticos y periodistas. Para preparar el terreno de la votación del 4 de noviembre, había distribuido 44.350 dólares y había pedido prestados otros 57.500 dólares, todo lo cual consideraba bien gastado.²⁹ Algunos meses antes, Theodore Achilles, director de la Oficina de Asuntos de Europa Occidental del Departamento de Estado, había predicho a un alto

funcionario español que «Lequerica reclamará sin duda y probablemente recibirá el mérito del regreso de los embajadores, pero considero justo que su gobierno sepa que este y cualquier otro paso para mejorar las relaciones se habría dado a pesar de los esfuerzos de Lequerica, más que gracias a ellos». ³⁰ Lequerica se atribuyó efectivamente un mérito que se debía menos a los banquetes que daba que al valor estratégico de España y al tenaz anticomunismo de Franco. En el improbable caso de que el funcionario español transmitiera la predicción de Aquiles, no habría tenido efecto alguno en Franco. Al gastar todo aquel dinero, Lequerica, cuyo descarado servilismo solía tener mucho éxito con el Caudillo, no hacía más que confirmar la creencia de su jefe de que «podía comprarse a cualquiera». ³¹

Franco no estaba satisfecho con la victoria y presionó incesantemente para obtener más. Consciente del valor político en el interior de interpretar la hostilidad contra Franco como una persecución internacional de España, presentó la resolución de noviembre de 1950 como una mera rectificación con retraso de una injusticia, y esperaba una compensación sustancial por las penurias económicas de los últimos años, de las cuales culpaba al aislamiento internacional. ³² De hecho, las dificultades económicas se debían más a la negativa de Franco a emprender una reforma política que a la ausencia de embajadores. Ésta había excluido a España de la ayuda internacional, mientras que la política autárquica de Suanzes y los altos tipos de cambio habían hecho más difícil reparar la devastación causada por la Guerra Civil.

Como parte de sus interminables maniobras en pos de una indemnización por las injusticias que había sufrido, Franco comenzó a presionar para conseguir la devolución de Gibraltar. Era una forma característica de dar a entender que su readmisión en la sociedad internacional no era simplemente tolerada debido a las circunstancias sino que representaba un acto de condescendencia por su parte. Envalentonado por las exigencias egipcias de que se retiraran las tropas británicas del canal de Suez, albergaba la esperanza de contar con el apoyo de la opinión anticolonialista de Estados Unidos. La recuperación de Gibraltar, última porción de España en manos extranjeras, era una ambición comprensiblemente acariciada por el Caudillo, siempre deseoso de emular a los grandes jefes guerreros de la historia española. De la misma forma en que los Reyes Católicos habían expulsado a los moros, él aspiraba a expulsar a los infieles masones hijos de la pérdida de Albión. La campaña de 1950, montada por iniciativa de Franco, de acuerdo con el dirigente falangista Raimundo Fernández Cuesta y en contra de la opinión de Martín Artajo, ³³ cobró ímpetu durante el mes de diciembre y adoptó la forma de artículos publicados en la prensa oficialista, entre ellos uno escrito por Carrero Blanco con el seudónimo de «Juan de la Cosa», otro del mismo Caudillo, una entrevista con Franco, virulentos artículos de escritorzuelos del régimen, y la organización de manifestaciones estudiantiles contra Gran Bretaña. ³⁴

Franco quería recuperar Gibraltar, pero sabía que no lo obtendría con agitaciones estudiantiles. Las manifestaciones fueron un gesto belicoso para apartar la atención falangista de su obsequiosidad con Estados Unidos. Obtendría su recompensa económica, aunque no le sería otorgada para corregir injusticia alguna. El convencimiento que reinaba en Washington de que el ejército de Franco necesitaba rearmarse trajo consigo la autorización de la administración Truman, el 16 de noviembre de 1950, para un préstamo de 62 millones y medio de dólares a España. ³⁵ Al día siguiente, Truman dio su consentimiento secreto para que se designara un embajador para España. ³⁶ A finales de aquel mismo mes, 200.000 soldados chinos se incorporaron a la guerra de Corea e hicieron retroceder a las tropas estadounidenses hacia el sur. Para comenzar el proceso de incluir formalmente a España en el bloque antisoviético, el 27 de diciembre se hizo público el nombramiento de Stanton Griffis como nuevo embajador de Estados Unidos en Madrid. ³⁷

La decisión fue coreada en España como una nueva victoria de Franco. De hecho, nunca había habido nada parecido a un «cerco internacional» a gran escala, y cuando Franco fue recibido en el seno de los aliados occidentales fue porque quisieron hacerlo y no porque los hubiera manipulado. No obstante, su euforia brilló en todo el discurso de fin de año emitido el 31 de diciembre de 1950. El mensaje fue un virtuosista conjunto de variaciones sobre el tema de «ya os lo decía yo» en las cuales «Franco» y «España» eran indistinguibles. Pasando por alto el catastrófico estado de la economía, afirmó que se habían conseguido grandes avances sociales y económicos frente a una conspiración internacional para mantener a España débil. Con notable exageración, hizo una lista de los logros de la autarquía y, como tantas otras veces, del providencial descubrimiento de minerales que no especificaba y que pronto transformarían la economía española. Seguidamente planteó una pregunta retórica en la que la ignorancia histórica se mezclaba con la megalomanía: «¿Qué régimen español, en todos los tiempos, ha sido más fecundo en sus tareas y creado a la Nación, en ningún orden, una riqueza comparable a la hasta ahora creada?».

Comentando irónicamente la revaloración de las derrotadas potencias del Eje en la Guerra Fría, reveló inadvertidamente que sus simpatías por la Italia fascista, la Alemania nazi y el Japón imperial no habían disminuido. «¿Quién podía calcular que aquellos ejércitos alemanes que, victoriosos, irrumpieron en Europa con ímpetu incontenible habían pronto de desandar lo andado y verse cautivos y a merced de sus enemigos? ¿Cómo se podía prever que la Italia imperial, forjada en el norte africano, había de sucumbir tan pronto bajo la crisis de la última contienda? ¿Quién podría predecir que los poderosos vencedores de ayer en el Pacífico habrían de verse inmediatamente combatidos y comprometidos por los mismos pueblos a los que habían liberado?» ³⁸

Franco había superado los años de aislamiento con sus poderes en el interior indisputados. Explotando la reprobación moral internacional como si se tratara de un despiadado cerco puesto a España que buscaba desencadenar los horrores de una guerra civil, había consolidado considerablemente el favor popular; había domado a la oposición monárquica, aplastado la resistencia de las guerrillas, y conseguido que la Iglesia y el Ejército se volvieran más franquistas en sus lealtades. El terrorífico aparato de represión continuaba en pie. Hacía menos de doce meses que le había dicho a Varela que no tenía ninguna intención de liberalizar su régimen. La confianza que sentía quedó demostrada cuando dio a su ministro de Asuntos Exteriores una pequeña lección sobre el ejercicio del poder arbitrario. Martín Artajo tenía la esperanza

de ver a un católico moderado como embajador de España en Estados Unidos. Previéndolo, el rastro Lequerica escribió una retorcida carta al Generalísimo en la que insinuaba que los planes de Martín Artajo no eran muy leales para el Caudillo, argumentando que, si no se le permitía a él mismo presentar sus credenciales como embajador, se diría que «aquí las gentes se gastan al servir a Vuestra Excelencia y al Régimen. Los franquistas, parecía decirse, están bien para los momentos malos y de apuro; en cuanto la situación mejora, ¡a sus casas!, por ser franquistas. Y vuelvan los fríos, neutros u hostiles, a abandonar o traicionar al Régimen frente a Estados Unidos».³⁹

El Caudillo nombró embajador a Lequerica. La elección no reflejaba gratitud alguna por los servicios prestados, sino deseo de desquitarse por el rencor que guardaba Franco desde que Truman había rechazado a Lequerica como embajador en 1945. Franco estaba demostrando a Truman y Acheson que eran ellos, y no él, quienes habían cambiado. Al mismo tiempo, como en tantas otras elecciones de personas clave, Franco veía en Lequerica a alguien que no tenía ningún otro sitio al que ir y en cuya lealtad, ya fuera sincera o cínica, se podía confiar por ese motivo. Cuando Lequerica presentó sus credenciales el 17 de enero de 1951, el presidente Truman manifestó su desagrado por el representante del Caudillo estrechándole apenas la mano y despachándolo en un tiempo récord.

El nuevo embajador estadounidense, Stanton Griffis, de sesenta y cuatro años de edad, llegó a España el 19 de enero de 1951. No era diplomático profesional sino un banquero con intereses en el mundo del espectáculo, entre ellos la Paramount Pictures y el local de boxeo del Madison Square Garden. Había pasado algún tiempo en España a principios de 1943 como emisario del coronel William Donovan, de la Oficina de Servicios Estratégicos, y había aspirado a ser embajador de Estados Unidos en España desde principios de 1948.⁴⁰ Anteriormente destinado en Polonia y Argentina, había sido criticado por la prensa estadounidense por elogiar a Perón.⁴¹ Pronto haría observaciones igualmente lisonjeras sobre Franco. El intercambio de embajadores fue el comienzo de un proceso que produjo la admisión de España en la UNESCO el 17 de noviembre de 1952; la firma de un Concordato con el Vaticano el 27 de agosto de 1953; la firma del Pacto de Madrid con Estados Unidos el 26 de agosto de 1953, y la admisión en las Naciones Unidas en diciembre de 1955.

Deseoso de hacer hincapié en que los británicos, igual que los norteamericanos, habían cambiado mientras que él permanecía inmutable, hizo una provocadora elección de embajador para Londres, como había hecho para Washington. Fácilmente podría haber ascendido al hasta entonces encargado de negocios, el duque de Sanlúcar la Mayor, un diplomático competente, monárquico y bien acogido en las altas esferas de Londres. Esas últimas razones, si no la primera, fueron las que impulsaron a Franco a sustituirle. En aquellos momentos, Franco estaba descargando su rencor contra Gran Bretaña a través de las emisiones de radio de Carrero Blanco quien, como «Juan de la Cosa», despotricaba contra la infiltración en el *establishment* británico de marxistas y masones. En el Ministerio de Asuntos Exteriores se daba por supuesto que o Sanlúcar o bien Sangróniz, entonces embajador en Italia, serían nombrados para la embajada de Londres.⁴² Cuando Franco propuso enviar a Fernando María Castiella, su embajador en Perú, se le negó el *placet*. Como voluntario de la División Azul, Castiella había jurado lealtad a Hitler y había recibido la Cruz de Hierro, y era coautor, con José María de Areilza, de *Reivindicaciones de España*, una vehemente declaración de las aspiraciones imperialistas de España durante la Segunda Guerra Mundial.

Cuando fue rechazado, Franco propuso inmediatamente al hermano de José Antonio Primo de Rivera, Miguel, un *playboy* en otra época ministro de Agricultura falangista y entonces alcalde de Jerez. Franco contaba acertadamente con que Londres no negaría dos veces el *placet*, y que por tanto obligaría a Gran Bretaña a aceptar un símbolo de la Falange más pura a la que habían condenado al aislamiento durante cinco años.⁴³ Por el contrario, el nuevo representante británico, sir John Balfour, era un diplomático de carrera. Lingüista brillante, conocedor del mundo hispánico, había servido en la embajada de Madrid al principio de su carrera y venía de Argentina, donde había ocupado el cargo de embajador.⁴⁴

A pesar de que las esferas militares británicas, como sus equivalentes estadounidenses, habían concluido que existían significativas ventajas en la incorporación de España al Tratado del Atlántico Norte, la mayor parte de la opinión política europea continuaba siendo totalmente hostil a Franco, y no permitió que España entrara jamás en la OTAN mientras siguió en el poder. Por todo ello, alentado por un informe de Carrero Blanco, Franco se inclinó aún más a cultivar la relación bilateral con Estados Unidos.⁴⁵ Con esa baza en la mano, el desdén europeo contaría muy poco. El 13 de febrero de 1951 hizo una declaración a la cadena de prensa Hearst, con objeto de demostrar a Estados Unidos la superioridad de España como aliada en comparación con Gran Bretaña o Francia, en la que brillaban sus prejuicios fundamentales a través de la niebla de obsequiosidad. Se jactaba Franco de que, a diferencia de los demás gobiernos europeos, él había eliminado a los comunistas de su país y alegaba que por ese motivo Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos habían condenado a España al aislamiento, cosa que sólo habría tenido sentido en caso de que los tres países, como él pensaba secretamente, estuvieran infiltrados por comunistas y masones. Pero, a pesar de los errores estadounidenses, admitió generosamente sentir admiración por la grandeza, el poder, el talento para la organización, el progreso y la superioridad industrial de Estados Unidos. Haciendo virtud de la necesidad se mostró indiferente con respecto a la OTAN, pues sabía que no había muchas probabilidades de que fuera a recibir una invitación. Declaró que «mucho menos complicado, mucho mejor y satisfactorio sería un arreglo directo de colaboración con Norteamérica».⁴⁶

Esos halagos sólo convencieron en Estados Unidos a los que deseaban ser convencidos. Franco explotó su exclusión de la OTAN con finalidades nacionales, recurriendo otra vez a la propaganda del «cerco internacional», del que excluía a los americanos. Los españoles podían, por tanto, sentir satisfacción por los vínculos con Estados Unidos y rencor hacia Gran Bretaña y Francia que, según les decían, se negaban mezquinamente a compartir la ayuda estadounidense. Franco tomó represalias por la oposición de Gran Bretaña a su inclusión en la OTAN organizando manifestaciones en Barcelona el 19 de febrero a favor de la devolución de Gibraltar, y decretando que el 4 de agosto de

todos los años sería el Día de Gibraltar, a celebrar con concentraciones del Frente de Juventudes para demostrar «el dolor que sufre España por la ocupación extranjera del Peñón».⁴⁷

Cuando Stanton Griffis presentó sus credenciales el 1 de marzo de 1951, se organizó una espectacular ceremonia para impresionar al embajador y a la prensa estadounidense con la categoría del Caudillo y su cordialidad hacia Estados Unidos. Tres carrozas rojo y gualda del siglo XVIII, cada una tirada por seis caballos, llevaron al embajador y personal de la embajada al palacio de Oriente, escoltados por doscientos lanceros de la Guardia Mora de Franco con uniforme rojo, capa blanca y montados en caballos negros; un pelotón de cornetas con uniforme naranja y capa blanca que montaban caballos blancos, y un escuadrón de la Policía Armada. Un encantado Griffis recibió las aclamaciones de la multitud que flanqueaba las calles. En el palacio de Oriente la comitiva fue acogida por una banda militar completa y un amplio comité de recepción militar y diplomático. Griffis fue después recibido en una audiencia privada por el Generalísimo y Martín Artajo.⁴⁸ El impacto de la espléndida recepción dispensada a Griffis quedó demostrado al día siguiente, cuando el emocionado embajador rindió tributo público al Caudillo, para preocupación de Balfour. Dado que lo conocía desde Buenos Aires, Balfour temía que el embajador se dejara enredar por Franco en su juego de enfrentar a británicos y norteamericanos por España.⁴⁹ De modo significativo, cuando Balfour presentó sus credenciales dos semanas después, el acontecimiento fue mucho más discreto. Balfour se autocalificó alegremente ante Griffis como «un embajador en estado de desgracia».⁵⁰

Confundiendo en que tenía segura la conexión estadounidense, Franco se aplicó entonces a intentar ganarse la voluntad de los británicos. El cándido Miguel Primo de Rivera le había hecho creer que una pregunta parlamentaria preconcebida de un diputado conservador en la Cámara de los Comunes induciría al nuevo subsecretario de Exteriores, Ernest Davies, a hacer una declaración pro española en el sentido de consolidar primero la mutua amistad para poder hablar después de alianzas militares.⁵¹ El Caudillo estaba convencido de que el gobierno británico estaría deseando aplacarle después de que recientemente demostrara su capacidad para organizar manifestaciones «populares» a voluntad por la devolución de Gibraltar. De hecho, la elección de un embajador falangista y el que jugara la carta de Gibraltar tuvo exactamente el efecto contrario. El incidente, previamente organizado, tuvo lugar después de la medianoche del 20 de febrero de 1951. Peter Smithers, diputado conservador por Winchester, pronunció un largo discurso sobre los intereses estratégicos de Gran Bretaña, cuyo tema central era «sea cual sea el tipo de gobierno que haya en España, lo importante es que esté de nuestro lado», y terminó preguntando: «¿Qué se propone hacer el gobierno para permitirle a los españoles desempeñar el papel que les corresponde en el gran esfuerzo que está realizando Europa occidental para defenderse?».

Davies le respondió que la inclusión de España en la OTAN no beneficiaría a la defensa de Occidente porque equipar a España lastraría el rearme de los vigentes firmantes del Tratado. Políticamente, «las bases morales de la OTAN podrían verse más debilitadas que fortalecidas por la inclusión de fuerzas tan opuestas a la forma de vida democrática como el propio comunismo». Franco se puso furioso por la cita «injuriosa» que hizo Davies del preámbulo del Tratado del Atlántico Norte referente a «“salvaguardar la libertad, la herencia común y la civilización de sus pueblos, fundamentados en los principios de la democracia, la libertad individual y el imperio de la ley”». Esas cosas están ausentes de la España de Franco en el momento presente». El Caudillo juzgaba la inclusión de Portugal, mientras él era excluido, como prueba evidente de la hipocresía de las democracias y una humillación para España.⁵²

Por muchos reveses que sufriera su política respecto a Gran Bretaña, Franco podía consolarse con el fortalecimiento de los lazos con Estados Unidos. En abril de 1951, el comandante en jefe de las fuerzas navales norteamericanas en el Atlántico oriental y el Mediterráneo había recibido instrucciones de la Junta de Jefes de Estado Mayor de establecer contacto con las autoridades militares españolas pertinentes para poner los cimientos de una futura cooperación y para el establecimiento de bases aéreas y navales en territorio español. A la vista de la combinación de debilidad militar e importancia estratégica de España, y dadas las objeciones políticas para su inclusión en la OTAN, los jefes de Estado Mayor británicos acordaron que la única solución posible era un acuerdo bilateral entre Estados Unidos y España. El persistente rechazo que Franco provocaba tanto en el Partido Laborista como en muchos países de Europa imposibilitaba ratificar abiertamente la política estadounidense.⁵³

En fuerte contraste con las satisfechas declaraciones de Franco acerca de sus logros exteriores y nacionales, a finales de los años cuarenta las deficiencias de su gobierno eran claramente patentes. España pagó el precio económico de la supervivencia de Franco. El aislamiento respecto a la economía internacional y la exclusión del Plan Marshall hicieron menos daño a la economía española que un tipo de cambio artificialmente alto para la peseta mantenido por razones de prestigio. Una sucesión de ministros mediocres para economía y agricultura habían avanzado poco en recuperar el país de la devastación de la Guerra Civil. A este respecto, el encargado de negocios británico había escrito a Londres que «Franco necesita desesperadamente un ministro de Hacienda capaz de trabajar y que no sea sordo como una tapia».⁵⁴ A pesar de estar orgulloso de su pericia en economía, el Caudillo tenía muy poco interés real en el tema, y nada que ofrecer en cuanto a políticas específicas. Sin embargo, la escasez de alimentos, la inflación, las crecientes presiones internas a favor del desarrollo industrial y los inquietantes signos de un renacer del activismo obrero, empezaban a inclinarle con renuencia a tomar en consideración la modificación de la política de autarquía.

El consumo de carne per cápita en España en 1950 era la mitad de lo que había sido en 1926, y el consumo de pan en el mismo año sólo la mitad que en 1936. Incluso según las manipuladas estadísticas oficiales, los precios habían aumentado dos veces más que los salarios de la clase trabajadora desde la Guerra Civil. En cualquier caso, las familias obreras tenían que comprar algunos alimentos en el mercado negro,

onde eran dos veces más caros que la tasa oficial. ⁵⁵ La ineficacia de las políticas agrícolas suponía que España tuviera que importar alimentos con sus menguadas reservas de divisas. También había escasez en el suministro de materias primas y energía. La lógica de la situación exigía la integración de España en la economía internacional y más créditos estadounidenses. No obstante, la liberalización en la que insistían los norteamericanos y el aumento mundial del precio de materias primas estimulado por la guerra de Corea produjeron inflación en el coste de los artículos de primera necesidad. El precio del pan, las patatas y el arroz se disparó. Las restricciones energéticas estaban dejando inactivas las fábricas y reduciendo drásticamente los sueldos de los trabajadores.

Para Franco, el malestar obrero era simplemente un problema de ley y orden provocado por agitadores comunistas, no obstante lo cual se vio obligado a reaccionar ante el aumento de la tensión en los barrios obreros a consecuencia del empeoramiento de las condiciones de vida. Así pues, pronunció un discurso sorprendentemente realista ante el Congreso Nacional de los Trabajadores el 11 de marzo de 1951. Las sombrías palabras del Caudillo vaciaron de sentido la mayor parte de sus pronunciamientos anteriores sobre la economía. Resulta significativo que un realismo tan crudo fuese empleado cuando el público era la clase obrera. «La economía nacional tiene sus limitaciones y exigencias. Sólo se puede repartir justamente lo que se produce; no se puede repartir lo que no existe, y cuando la producción es la misma o los bienes que se producen son los mismos y se pretende rebajar el nivel ordinario de vida no se puede hacer más que hipotecar lo que habría de repartirse en los años sucesivos. Para mejorar la vida de los trabajadores, para mejorar la vida de todas las clases españolas, es necesario aumentar la producción española, multiplicar los bienes producidos y crear nuevas fuentes de producción y de trabajo, lo que sólo puede lograrse por el trabajo y la buena voluntad de los españoles, unidos en un mismo espíritu de justicia.»⁵⁶

Al día siguiente, el deterioro del nivel de vida de los trabajadores planteó un grave reto para el régimen en Barcelona. A pesar de que la tensión social en la ciudad había estado a punto de ebullición durante algún tiempo, la atención del odiado gobernador civil de Barcelona, el falangista Eduardo Baeza Alegría, se vio distraída por sus relaciones con una artista de cabaret de la localidad. Baeza Alegría había sido nombrado para el cargo por el Caudillo en persona, como recompensa por el entusiasta recibimiento que le había organizado en 1946 cuando visitó Zaragoza. Confiado en el favor del Caudillo, y sin considerar las repercusiones que tendría en el coste de la vida, Baeza había autorizado un aumento de las tarifas de los tranvías en el mes de febrero. Esto había provocado un boicot de los transportes públicos y el apedreamiento de los tranvías a principios de marzo. Baeza culpó de la crisis a «agitadores profesionales al servicio de ideologías políticas de triste memoria».⁵⁷

Pese a ello, el 12 de marzo de 1951 el boicot había aumentado hasta una huelga general en la que participaban 300.000 trabajadores. Las simplistas teorías del gobernador civil se vieron minadas por la participación de falangistas locales junto con activistas de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), y miembros de la clase media. La embajada británica llegó a afirmar que tenía «pruebas irrefutables» de que la huelga había sido inicialmente planeada por radicales del grupo de veteranos falangistas conocidos desde 1949 como la «Vieja Guardia». Baeza Alegría pidió presencia militar cuando algunos coches y autobuses fueron volcados. Esa firmeza y la explicación de que aquellas acciones eran obra de agitadores, apelaban a los prejuicios esenciales de Franco. No obstante, cuando Luis Galinsoga, director de *La Vanguardia Española* y uno de los más encomiásticos admiradores de Franco, telefoneó a Pacón para informar alarmado de que la situación empezaba a desmandarse, el Caudillo reaccionó rápidamente. Llamó por teléfono al ministro del Interior, Blas Pérez, y dijo que «el orden público debe ser mantenido sin que la fuerza pública pierda la serenidad. Si el gobernador civil se considera impotente para mantener la tranquilidad que delegue el mando en el capitán general». Franco ordenó el envío de tres destructores y un dragaminas al puerto de Barcelona y dispuso que la infantería de Marina hiciera acto de presencia en las calles. Sin embargo, el austero general monárquico Juan Bautista Sánchez, capitán general de Barcelona desde 1949, creía que era un error que el ejército reprimiera un desorden provocado por la incompetencia del gobernador civil. Bautista Sánchez, uno de los pocos generales a los que Franco no podía manipular con facilidad, evitó un derramamiento de sangre acuartelando con calma a la guarnición.⁵⁸

Por haber perdido el control de la situación, Baeza fue destituido el 17 de marzo. La primera opción para sustituirle era el conde de Mayalde, en otra época embajador en Berlín. Cuando Mayalde preguntó si se le permitiría liberar los suministros de pan y aceite de oliva, Blas Pérez le dijo que olvidara esa forma de abordar las cosas y utilizara a la Guardia Civil. Mayalde sugirió entonces que la opción más apropiada sería un militar. ⁵⁹ Baeza fue reemplazado por el general Felipe Acedo Colunga, un fiscal militar famoso por su actuación en el juicio del líder socialista Julián Besteiro en 1939.⁶⁰

Franco tuvo suerte de que, en la atmósfera cada vez más tensa de la Guerra Fría, sus políticas represivas fueran interpretadas como prueba de su enérgico anticomunismo. También afortunadamente para él, su represiva legislación laboral, que fomentaba altos márgenes de beneficios, hacía a España atractiva para los inversores extranjeros. Evidentemente, la oposición obrera y su represión no eran temas de prioridad para Stanton Griffis. El 14 de marzo de 1951, en medio de la crisis de Barcelona, Franco recibió al embajador estadounidense, que había solicitado una audiencia para tratar de «un problema específico» que el presidente Truman le había pedido que intentara resolver. El «problema», que según Griffis podía minar las relaciones entre España y Estados Unidos, era el de la intolerancia religiosa que el indignado Truman veía en la discriminación española contra las confesiones religiosas no católicas. Los funerales protestantes, por ejemplo, eran regularmente prohibidos por oficiosos gobernadores civiles. ⁶¹ Las reuniones de oración de los protestantes eran frecuentemente disueltas por la policía. Griffis señaló que Truman estaba a punto de fijar el presupuesto para el año siguiente, en el que se incluirían créditos para ayuda económica y militar a España, y le rogó a Franco que hiciera algún gesto, como instruir a sus gobernadores civiles para que

respetaran los derechos teóricamente consagrados por el Fuero de los Españoles. Franco culpó de los hechos al clero más intransigente y se comprometió a plantear el tema en la siguiente reunión del Consejo de Ministros, insinuando que él estaba tan sujeto a las decisiones del gabinete como cualquier jefe de Gobierno democrático. Cuando Griffis se marchó de España diez meses más tarde, el grado de intolerancia religiosa oficial no había cambiado en lo más mínimo.

Tras haber mencionado el tema religioso, Griffis preguntó directamente a Franco si estaba dispuesto a entrar en la OTAN. El Caudillo le respondió que creía que un pacto bilateral con Estados Unidos sería más apropiado. Griffis, que conocía la opinión de los demás aliados de Estados Unidos, replicó que sería difícil negociar con España por separado. Luego le preguntó a Franco si estaría dispuesto a enviar tropas para luchar junto a las fuerzas estadounidenses y de otras potencias de la OTAN más allá de los Pirineos. Después de algunas evasivas y algo de apremio por parte de Griffis, Franco dijo que colaboraría en un esfuerzo defensivo general. Entonces, Griffis lo urgió más aún, preguntándole directamente si en el caso de que se celebraran conversaciones entre los estados mayores español y estadounidense, España podría poner bases aéreas, terrestres y navales a disposición de Estados Unidos. Franco respondió que las dos guerras mundiales habían demostrado que todas las naciones pertenecían a grandes coaliciones y, siendo ése el caso, las bases militares se pondrían al servicio de los aliados occidentales, aunque continuarían siendo españolas.⁶²

El 23 de abril de 1951, 250.000 trabajadores comenzaron una huelga de 48 horas en los astilleros, fábricas de acero y minas del País Vasco. Los falangistas y los militantes de la HOAC se unieron con los izquierdistas y los nacionalistas vascos. El régimen denunció la huelga tachándola de obra de agitadores extranjeros. Los patronos, conscientes del problema del coste de la vida, se negaron a ejecutar las órdenes oficiales de despidos en masa. A pesar de los brutales apaleamientos policiales de los dirigentes de la huelga, muchos de los cuales fueron detenidos y enviados a un campo de concentración cerca de Vitoria, las acciones obreras continuaron de manera esporádica hasta el mes de mayo.⁶³ El alto coste de la vida había sido tratado en la reunión del gabinete del 5 de abril. Franco culpaba de la situación económica de España a sus enemigos extranjeros y tachó de motín el descontento obrero provocado por la misma.⁶⁴ El 12 de mayo, en un discurso dirigido a la Hermandad de Labradores y Ganaderos, el sindicato rural falangista, declaró que «la huelga es un delito» y relacionó el malestar interior con el cerco organizado por el comunismo y la masonería internacionales.

Para contrarrestar el golpe que había sufrido su prestigio, Franco intentó desviar la atención de las huelgas con una martingala de política exterior. A comienzos de mayo afirmó tener documentos que demostraban que la BBC emitía noticias falsas según dictados masónicos.⁶⁵ A la par, una campaña de prensa, que incluía contribuciones de Carrero Blanco bajo el seudónimo de «Ginés de Buitrago», denunciaba que las huelgas eran obra de los masones franceses y británicos.⁶⁶ El Caudillo mantuvo la propaganda antibritánica por el tema de Gibraltar, claramente para desviar la atención de las tensiones internas del país.⁶⁷

Un indicio de la creciente fuerza de la posición de Franco fue la carta que don Juan le escribió el 10 de julio de 1951, en la que malogró muchos años de oposición al régimen. Conocedor de la creciente cordialidad de las relaciones entre el Caudillo y Washington, es evidente que don Juan sintió necesidad de apuntalar su situación. Sugería primero que el régimen había sufrido una erosión considerable como resultado de las huelgas recientes, las cuales atribuía correctamente a la situación económica y a la corrupción del gobierno. Después, aconsejaba una transición negociada a la Monarquía, ofreciéndole a Franco una forma de consolidar los principios que él defendía dentro de la estabilidad de una Monarquía que unificara a todos los españoles. A pesar de que no renunciaba a ninguno de sus derechos, don Juan abandonaba su pasada condición de campeón de una Monarquía democrática y aceptaba el Movimiento. La respuesta de Franco, que retrasó desdeñosamente durante dos meses, hacía caso omiso de la oferta y negaba que hubiera corrupción administrativa en España o que la situación económica fuera otra cosa que enteramente favorable.⁶⁸

A la postre, los esfuerzos de Franco por meter una cuña entre Estados Unidos y sus aliados británico y francés tuvieron menos impacto que las simples realidades geopolíticas. El 14 de junio de 1951, el embajador William D. Pawley, consejero político del general Omar Bradley, visitó Madrid y fue recibido por Martín Artajo y el director de Política Americana del Ministerio de Asuntos Exteriores español, marqués de Prat de Nantouillet. Justo antes de partir hacia Madrid, Pawley había pasado algunas horas en París con el general Eisenhower, comandante en jefe de la OTAN, hablando sobre la posible ayuda militar a España y la participación española en la defensa de Occidente. En Madrid, Pawley declaró abiertamente que el Pentágono y el Estado Mayor Conjunto favorecían el rearme de España y culpó del retraso a obstáculos políticos. Martín Artajo respondió indicando que Franco permitiría que el ejército español, armado y equipado por Estados Unidos, luchara más allá de los Pirineos. Pawley preguntó entonces, en nombre de Eisenhower, sobre la postura de España en caso de que Estados Unidos lograra vencer la oposición británica y francesa para que España entrara en la OTAN. Artajo respondió, según la línea oficial, que un tratado bilateral entre España y Estados Unidos sería mejor.⁶⁹

Once días más tarde, Griffis informó a Artajo que podría ser enviada en breve una misión militar de Estados Unidos para negociar un pacto bilateral. A las cuarenta y ocho horas Franco replicó accediendo en principio.⁷⁰ En realidad, el gobierno británico, al igual que los gobiernos francés, escandinavos, holandés, belga e italiano, continuaban oponiéndose a la inclusión de España en la defensa de Occidente. Acheson, Marshall, el general Omar Bradley y el almirante Sherman debatieron sobre la postura de los europeos el 10 de julio de 1951 y concluyeron que la necesidad militar pesaba más que los sentimientos políticos.⁷¹

Truman se mantuvo hostil a Franco y dijo al almirante Sherman, entonces jefe de Operaciones Navales: «A mí Franco no me gusta y nunca me gustará, pero no permitiré que mis sentimientos personales invaliden las convicciones de ustedes, los militares». Así pues, con

Sherman argumentando vigorosamente a favor de una alianza militar con España, Truman accedió de mala gana.⁷² El 13 de julio, Franco recibió a un grupo de senadores del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. Su estilo reposado y su falta de ampulosidad los impresionó enormemente y los convenció de que no era como los «típicos dictadores europeos y latinoamericanos», y les alegró oír decir a Franco que permitiría que las tropas españolas lucharan más allá de los Pirineos. Se marcharon convencidos de la opinión de Griffis de que el Caudillo no debía ser sustituido por don Juan.⁷³

El 16 de julio de 1951, Sherman y oficiales de su Estado Mayor visitaron inesperadamente al Caudillo en lo que resultó ser una conversación preliminar sobre la cesión de bases en España.⁷⁴

Sherman fue directamente al grano, exponiendo las necesidades estadounidenses en términos de bases aéreas e instalaciones de amarre para los portaaviones americanos. Los aeródromos españoles serían reformados para poder recibir bombarderos pesados de gran potencia y largo alcance. Estados Unidos correría con los gastos. Sherman quería el acuerdo de Franco en principio, al cual seguiría la llegada de misiones militares y económicas para determinar los detalles. Franco debió de sentirse encantado. La larga espera había concluido. En aquel momento la nación más poderosa del mundo buscaba su colaboración y le costó muy poco convencerse de que sería un diálogo entre iguales. Su obsequiosa respuesta a Sherman insinuaba astutamente que cualquier demora podría disminuir la eficacia de la cooperación que se proponían. La implicación era que la ayuda estadounidense debía ser abundante y rápida.

Franco manifestó a Sherman que la cesión de bases a Estados Unidos provocaría un ataque aéreo inmediato de las fuerzas aéreas soviéticas y afirmó que las fuerzas españolas debían renovarse para estar en condiciones de poder hacer frente a los rusos. Dando a entender que su precio sería elevado, dijo que una cosa era colaborar en épocas de paz y otra buscar alianzas en tiempos de guerra. La cuantía de dicho precio se pudo apreciar cuando Franco reveló que las fuerzas armadas españolas no tenían radar y estaban escasas de aviones, carros pesados y equipos antiaéreos y antitanques. Mientras que Sherman estaba principalmente interesado en adaptar aeropuertos españoles para bombarderos pesados y puertos para recibir a los portaaviones estadounidenses, Franco buscaba ampliar los términos de la ayuda norteamericana. Así, le dijo a Sherman que carecía de sentido que Estados Unidos buscara la colaboración militar de España si los españoles no tenían para comer. En términos que recordaban las ofertas de beligerancia que había hecho a Hitler, Franco señaló que las reservas españolas de combustible, trigo y otras necesidades eran insuficientes para entrar en guerra. Sherman prometió que cuando regresara a Washington, el Estado Mayor y el Departamento de Defensa solicitarían créditos del Congreso.

El deseo de Franco de conseguir el precio más alto posible se vio superado por su nerviosismo para cerrar el trato. Cuando Sherman le preguntó en qué fecha podía ir a España la comisión militar para comenzar a trabajar, él replicó: «Inmediatamente. Desde el día 20 de este mes, pues mañana es preparación de fiesta. El 18 es la Fiesta nacional, el 19 voy a cambiar mi Gobierno, pero desde el día 20 en adelante puede venir». Cuando Sherman le preguntó si los funcionarios españoles no se marchaban de Madrid en verano, Franco replicó: «Cuando hay asuntos urgentes, para los españoles no existe ni el verano ni las vacaciones». En un evidente intento de aumentar su valor a los ojos de los norteamericanos, Franco expresó cierta preocupación por los franceses.⁷⁵ La prensa aclamaba al Caudillo como al valioso aliado de Estados Unidos mientras informaba de la hostilidad del Partido Laborista británico.⁷⁶ Estaba abierto el camino para negociaciones pormenorizadas y Franco había dejado claro que todo era negociable. Dependía de Washington decidir qué era lo que quería y cuánto estaba dispuesto a pagar. Al cabo de un mes, había en España grupos de estudio militares y económicos norteamericanos con plenos poderes.

Dos días después de la visita de Sherman, Franco remodeló su gabinete. El 18 de julio de 1951, los ministros asistieron a la recepción anual para el cuerpo diplomático en el refinado palacio real de La Granja, cerca de Segovia. Al regresar a sus casas, algunos de ellos encontraron cartas que les informaban de que habían sido sustituidos en la reestructuración que se anunciaría a la mañana siguiente.^{*} Al igual que su predecesor, el nuevo equipo respondía al cambio de circunstancias internacionales. Desde el mes de mayo, Artajo había estado presionando a Franco para que incluyera en el gabinete un mayor número de católicos moderados, pero Franco le hizo poco caso. El único católico nuevo que Franco quería ver era a Fernando María de Castiella en el Ministerio de Educación. Sin embargo, para asombro de Artajo y del Caudillo, Castiella rechazó la oferta y Franco optó entonces por el profundamente católico Joaquín Ruiz Giménez. Castiella fue enviado a Roma como embajador ante la Santa Sede para negociar el Concordato, tarea difícil dado el deseo del Vaticano de que Franco fuera sustituido por una Monarquía moderada con don Juan.⁷⁷

Políticamente, sólo en el nombramiento de Ruiz Giménez como ministro de Educación era el nuevo gobierno más liberal de lo esperado por Estados Unidos. Por lo demás, en el contexto de la guerra de Corea, el Caudillo se sintió lo suficientemente confiado para reafirmar el tono falangista de su régimen. Para el Ministerio del Ejército se nombró al general Agustín Muñoz Grandes, que había mandado la División Azul y a quien Hitler había condecorado con la Cruz de Hierro. Ahora sería el responsable de negociar el acuerdo militar con los norteamericanos. Así también, el recientemente creado Ministerio de Información y Turismo, que sería responsable de vender el acuerdo a la nación, le fue entregado a Gabriel Arias Salgado, quien durante la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial había dirigido la prensa oficial en favor del Tercer Reich. Ninguno de ellos había sido escogido por sus impecables credenciales anticomunistas, dado que todos los ministros de Franco eran anticomunistas, sino como nuevo recordatorio a Estados Unidos de que habían sido ellos quienes habían cambiado, no el Caudillo.

A principios de año se rumoreaba que el nuevo gabinete sería el que le entregaría el poder a don Juan.⁷⁸ Al reforzar la presencia falangista, Franco ponía fin a esa posibilidad. Además, el anacronismo político de la Falange significaba que Franco podía contar plenamente con la lealtad de los que no tenían otro sitio adonde ir. Sabía que al convertir a los falangistas en cómplices de la cesión parcial de soberanía

El ministro secretario general del Movimiento y el irascible José Antonio Girón permaneció al frente del Ministerio de Trabajo. Con el mismo descaro con que había vendido su teoría sobre dos y tres guerras mundiales, en aquel momento Franco se lanzaba a la búsqueda de una alianza con la democracia más poderosa del mundo presentando un gabinete dominado por virulentos enemigos del liberalismo.⁷⁹

En cierto sentido, era sorprendente que Carrero Blanco continuara y que incluso fuera ascendido a rango ministerial, porque así, dijo Franco, «me ahorro tenerle que contar cada viernes cómo se han desarrollado los Consejos de Ministros». ⁸⁰ A finales del otoño de 1950 se había rumoreado que problemas matrimoniales habían provocado la pérdida de favor de Carrero Blanco en El Pardo. Doña Carmen era intransigente en ese tipo de asuntos. Una reunión con Lorenzo Martínez Fuset y su esposa durante la visita de Franco y doña Carmen a las Islas Canarias a finales de octubre de 1950, provocó especulaciones en los círculos informados sobre el posible retorno del ex consejero jurídico para desplazar a Carrero. Pero Martínez Fuset se negó a retractarse de su decisión de no volver a la política. ⁸¹ Y Carrero consiguió arreglar sus problemas matrimoniales. Se dijo que lo había ayudado un joven católico, profesor de Derecho, Laureano López Rodó. En el nuevo gabinete, compuesto como en 1945 por hombres de incuestionable lealtad a Franco, Carrero Blanco, el más fiel de todos y ya libre de mancha moral, se convirtió en jefe del estado mayor político.

Si bien el gabinete era retrógrado en términos políticos, en la esfera económica marcó uno de los principales puntos de inflexión del régimen. Presionando Estados Unidos a favor de la liberalización económica, Juan Antonio Suanzes, amigo de toda la vida de Franco y arquitecto de la autarquía, salió del Ministerio de Industria y Comercio sustituido por dos ministros: en Comercio, por el perspicaz economista Manuel Arburúa, y en Industria por Joaquín Planell, un general de artillería que había luchado en Alhucemas en 1925, agregado militar en Washington en la década de 1930 y vicepresidente del INI hasta 1951. Franco demostró su persistente preferencia por la autarquía al situar a Suanzes en la presidencia del INI, donde conservaba alguna influencia en la política económica. Joaquín Benjumea, de quien se decía que estaba «cansado, sordo y enfermo, y durante los dos últimos años ha rogado que le permitan dimitir», fue finalmente liberado a los setenta y tres años del Ministerio de Hacienda, * que ocupaba desde 1939. ⁸² Le sustituyó Francisco Gómez y Llano, un funcionario gris.

El nuevo gabinete debía dar los primeros pasos hacia la apertura de la economía al mercado exterior. Franco tenía que volverse más aceptable para las Naciones Unidas pero no podía dismantelar su dictadura sin cometer un suicidio político. El precio que debía pagar por el apoyo estadounidense era el sacrificio de la autarquía. Los beneficios últimos serían enormes: a corto plazo, la amistad norteamericana; a largo plazo, el crecimiento económico. ⁸³ En ese sentido, el nuevo gobierno señalaría el comienzo de un creciente distanciamiento entre Franco y su régimen. Estaba acercándose rápidamente el momento en el que harían falta tecnócratas altamente cualificados y no viejos colegas militares para dirigir la economía. Todo ello empezaba a superar la comprensión de Franco. Su desconcierto coincidió, especialmente después de 1953 y de la alianza con Estados Unidos, con la sensación de que se merecía un período de descanso y podía arriesgarse a tomarlo.

En Londres y París se creía que al negociar con Franco, Estados Unidos minaba la superioridad moral del bloque occidental. Los franceses, en particular, temían que una alianza con España significara, en caso de ataque soviético, que los norteamericanos abandonaran a Francia y se parapetaran detrás de los Pirineos. Franco, por su parte, se apresuró a aprovechar la oportunidad de enfrentar a los aliados occidentales entre sí. En agosto de 1951 concedió una descaradamente entrevista cínica a la revista *Newsweek*. Sus observaciones, hábilmente expresadas en términos anticolonialistas con esperanza de atraerse a los lectores estadounidenses, implicaban que los reaccionarios prejuicios imperialistas de la derecha británica y las peligrosas pasiones de los socialistas británicos se interponían en el camino de una crucial alianza anticomunista entre España y Estados Unidos. Sus lectores norteamericanos probablemente se sintieran perplejos ante la afirmación de que «porque llevamos quince años de ventaja en abordar los problemas políticos, sociales y económicos de nuestro tiempo, estamos más cerca de solucionarlos que otros países europeos». ⁸⁴

Con el Partido Laborista en el poder en Gran Bretaña, Franco podía alegar ante los norteamericanos que los gobernantes británicos estaban a un paso del comunismo, no obstante lo cual, se alegró cuando los conservadores subieron al poder en Gran Bretaña en octubre de 1951. Estando ambas potencias atlánticas interesadas en la contribución estratégica española, su posición era inmensamente más segura. La hipocresía del pro americanismo que había expresado a la revista *Newsweek* quedó al descubierto el 7 de noviembre de 1951, cuando recibió en audiencia al conde de Bessborough, que le traía un mensaje oficioso de sir Anthony Eden, otra vez secretario de Exteriores, en el que le transmitía su esperanza de mantener relaciones correctas y cordiales con España. El Caudillo sonrió complacido y dijo que España y Gran Bretaña eran viejas amigas. * En tono de complicidad comentó que era una lástima que Estados Unidos no tuviera ninguna política estable. Cuando Bessborough le preguntó si pensaba que Truman y Acheson estaban haciendo ahora una fructífera contribución a los asuntos mundiales, rió burlonamente y respondió que debían de estar cansándose de ser el hazmerreír de todos. ⁸⁵

Si bien su profundo desprecio por Estados Unidos afloraba regularmente a la superficie, también había graves impedimentos para cualquier deseo que Franco pudiera sentir de arreglar las cosas con Londres. Seguro ya con los norteamericanos, su principal prioridad con los británicos era el tema de Gibraltar. A finales de noviembre de 1951, el Caudillo concedió una entrevista al diario *The Sunday Times*. En unos términos de aparente sentido común, declaró que ya había pasado la época en que Gran Bretaña necesitaba Gibraltar como refugio invulnerable para su flota. Gran Bretaña ya no podía actuar en solitario, sino que formaba parte de asociaciones defensivas más amplias. Él

ofrecía por tanto un plan de arrendamiento en virtud del cual, después de que fuera devuelto a la soberanía española, Gibraltar podría continuar como puerto libre y como base naval británica.⁸⁶ Los británicos no se mostraron interesados, menos aún a la luz de la suerte corrida por las disposiciones contractuales que avalaban su presencia en Suez.⁸⁷ El ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, le dijo al embajador británico que la agitación en torno a Gibraltar era una especie de concesión a la opinión «neutralista» de España que se mostraba hostil a las negociaciones con Estados Unidos. También circulaban por Madrid panfletos que acusaban a Franco de utilizar el Peñón para distraer la atención de la escasez de alimentos.⁸⁸

En enero de 1952, Stanton Griffis fue sustituido como embajador de Estados Unidos en España por el diplomático de carrera Lincoln McVeagh.⁸⁹ Lequerica y Franco habían estado encantados con el acrítico Griffis considerándolo un colaborador bien dispuesto, «el mejor embajador imaginable».⁹⁰ Truman, sin embargo, se mostraba menos entusiasta que su embajador. En una conferencia de prensa celebrada el 7 de febrero de 1952, cuando comenzaban las negociaciones con España, el presidente causó incomodidad en el Departamento de Estado y en los emisarios ante Franco al comentar que seguía «sin sentir simpatía» hacia el Caudillo. Estaba indignado porque el grado de intolerancia religiosa no hubiera mermado en España y lo atribuía, con algo de injusticia, personalmente a Franco. No cabe duda de que el Caudillo podría haber hecho algo para mitigar la discriminación, pero incidentes como la quema de los libros de una iglesia protestante de Badajoz y el posterior incendio de una iglesia protestante británica en Sevilla tenían unos orígenes más profundos que los prejuicios de Franco.⁹¹

Al regresar a Estados Unidos, Griffis abogó por una ayuda económica y militar a gran escala para España.⁹² Dado que la Marina y las Fuerzas Aéreas norteamericanas continuaban entusiasmadas con las bases españolas, las posteriores negociaciones pasaron a manos militares.⁹³ Ahora bien, los equipos estadounidenses enviados para investigar la economía y preparación militar de España habían presentado informes profundamente pesimistas sobre las espantosas condiciones de ambas. Las exageradas expectativas de Franco de que el dinero norteamericano lo enmendara todo alargaron mucho las negociaciones. En cualquier caso, la urgencia del asunto había disminuido un poco para Estados Unidos con el establecimiento de bases en el norte de África. Franco había puesto muy alto su precio porque Lequerica había afirmado que podía «arreglarlo todo en Washington», cosa que Franco hallaba probable dados los considerables gastos de Lequerica en el «lobby español».⁹⁴

Finalmente, la lentitud con que se avanzaba preocupó a Franco que, por sugerencia de Lequerica, escribió una conciliadora carta a Truman a finales de febrero de 1952. Antes de que fuera enviada, una virulenta pastoral antiprotestante del cardenal Segura, arzobispo de Sevilla, acusó a Franco de malbaratar el catolicismo español a cambio de dólares estadounidenses, y hubo un intento de quemar la iglesia evangélica de Sevilla. Fechada a posteriori el 17 de marzo, la carta expresaba el agradecimiento de Franco por la ayuda económica estadounidense, y el deseo de que las negociaciones prosperasen. Entre diversos tópicos, había una explicación de las fricciones políticas que achacaba a las maliciosas exageraciones de «enemigos de nuestro entendimiento» y una orgullosa afirmación de que la práctica privada de otras religiones estaba garantizada por su legislación.⁹⁵ No se le ocurrió que para Harry Truman, el hecho de que la práctica pública de otras religiones no estuviera protegida por la ley significaba discriminación. La carta permaneció sin respuesta durante más de cuatro meses porque los consejeros de Truman consideraron que, dijera lo que dijese, sería deformado por Franco en beneficio propio. Tras una frenética intervención por parte de Lequerica, el presidente se limitó a enviar un mero acuse de recibo.⁹⁶

En su discurso de apertura de las Cortes del 17 de mayo de 1952, el Caudillo anunció que las negociaciones traerían consigo ayuda económica y militar «sin la más ligera disminución de nuestra soberanía». Para realzar su condición de guardián de los derechos tradicionales de España, y hacer hincapié en la permanencia de su mando, el ceremonial para la ocasión fue organizado con pompa y solemnidad más regios que nunca. Fue escoltado por dos regimientos de infantería, un escuadrón de caballería y una batería de carros de combate. A la manera de Alfonso XIII, el Generalísimo avanzó hasta la entrada posterior de la tribuna entre una fila de alabarderos acompañado por maceros con uniforme de época.⁹⁷

En el discurso dirigido a las Cortes, Franco elogió efusivamente lo que él consideraba su sistema democrático único. Sus palabras fueron una cruel apostilla a la brutal represión que estaba teniendo lugar a consecuencia de las huelgas del año anterior. El dirigente del Partido Socialista Unificado de Cataluña, Gregorio López Raimundo, chivo expiatorio de las huelgas de Barcelona, fue sometido a consejo de guerra. La enorme atención internacional hizo que los veinte años de condena que exigía el fiscal fueran reducidos a cuatro. Catorce hombres acusados de responsabilidad en las huelgas del País Vasco fueron también condenados a veinte años de cárcel, otros cuarenta fueron condenados a quince años de prisión por colaborar con el Partido Comunista en Galicia. Los esfuerzos para aplastar al clandestino sindicato anarcosindicalista, la Confederación Nacional del Trabajo, incluyeron los juicios de muchos de sus militantes en Barcelona y Sevilla y la aprobación de dos sentencias de muerte. Apenas pasaba un día sin que se llevaran a cabo detenciones, batidas policiales y posteriores consejos de guerra en los que se adjudicaban severas condenas. Se disparaba contra los hombres por «intentar huir» y muchos prisioneros murieron por las lesiones sufridas mientras estaban detenidos.⁹⁸

En esta época de intensa represión, Franco estaba más preocupado que nunca por su imagen, que cuidaba con esmero. En particular, su papel de defensor de la fe había sido puesto en tela de juicio por Segura y por los rumores dentro de la jerarquía eclesiástica de que un acuerdo con Estados Unidos abriría la católica España a las perniciosas doctrinas del protestantismo. Franco veía la Iglesia como un rey medieval, considerándola el agente legitimador de su propia misión divina. En consecuencia, había cultivado cuidadosamente una imagen

pública de total identificación entre él y la jerarquía eclesiástica. El 28 de mayo de 1952 llegó a Barcelona para asistir al Congreso Eucarístico Internacional. Vestido con uniforme de capitán general de la Armada, él y doña Carmen entraron en el puerto a bordo del crucero *Miguel de Cervantes*, escoltados por otros buques de guerra de la flota del Mediterráneo y un escuadrón de aviones en formación.⁹⁹

En una ceremonia religiosa de elaborada escenografía celebrada el domingo 1 de junio y presidida por el nuncio papal, cardenal Tedeschini, Franco, al estilo de un rey medieval, consagró España a la Eucaristía. En su discurso declaró que «la historia de nuestra nación está inseparablemente unida a la historia de la Iglesia católica. Sus glorias son nuestras glorias; y sus enemigos nuestros enemigos». El padre José María Bulart, capellán personal de Franco, cantó las alabanzas de «la devoción eucarística del Caudillo» y habló del «rosario rezado en familia a altas horas de la noche».¹⁰⁰ Franco asumió con deleite el papel de campeón de la Iglesia, seducido con la histérica adulación de los 300.000 fieles presentes. Aparecer unido en espíritu con su católico pueblo no le haría daño alguno a ojos de los católicos estadounidenses y europeos y lo acercaría al codiciado Concordato con el Vaticano.¹⁰¹ No podía haber máscara más eficaz para un régimen tan cruelmente represivo.

Franco había recorrido un largo camino desde la inseguridad de 1945 y 1946. La eficacia de su aparato represor significaba que no tenía por qué preocuparse de las amenazas de la izquierda. No obstante, todavía necesitaba la aprobación moral del Vaticano y de Estados Unidos para minar las esperanzas de los monárquicos. Y, por encima de todo, necesitaba la ayuda económica estadounidense y por ello siguió con ávido interés la campaña de las elecciones presidenciales de 1952 en Estados Unidos. Sus esperanzas estaban puestas en el Partido Republicano, porque daba por sentado que el favorito, Eisenhower, le vería con mucha más simpatía que Truman. El 7 de septiembre de 1952, el Caudillo concedió una entrevista al periódico *The Washington Post*, a cuyo corresponsal recibió en el palacio de Ayete, de San Sebastián, vestido de civil. En ella se mostró sumamente razonable y cordial para demostrar que él no era un dictador militar de una república bananera. Atribuyó la lentitud de las negociaciones a la meticulosidad de los expertos económicos y militares responsables de los detalles y, con la mirada puesta en la opinión pública española, hizo hincapié en que había sido Estados Unidos quien le había buscado y no lo contrario. De cara al Pentágono, sugirió que en el caso de una guerra con el bloque soviético, Occidente tendría que cavar sus últimas trincheras en la península Ibérica, lo cual requeriría el rearme completo de España y Portugal.¹⁰²

Tras la victoria de Eisenhower, Franco abundó en este mensaje mediante una entrevista reproducida por gran número de periódicos y emisoras de radio de Estados Unidos y muchos otros países. Nuevamente sereno y cordial, en esa ocasión volvió al uniforme de general, realizando así lo que tenía en común con Eisenhower y también que era un aliado dispuesto para la lucha. Dejando a un lado sus opiniones íntimas sobre los norteamericanos, lanzó un torrente de pro americanismo criticando al resto del mundo por no ser capaz de reconocer «el espléndido sacrificio que Estados Unidos está haciendo en Corea». Tan profundo era el deseo de Franco de congraciarse con los norteamericanos que, como un eco de su gesto con Hitler en 1941, se ofreció a enviar una división de voluntarios a luchar en Corea bajo las órdenes de oficiales regulares españoles, «a pesar de que técnicamente ésta es una guerra de las Naciones Unidas y las Naciones Unidas han excluido a España». Su efusiva retórica dejaba entrever que le preocupaban los retrasos en las negociaciones de las bases y en los consecuentes créditos financieros.¹⁰³

Tras acceder a la presidencia en enero de 1953, Eisenhower indicó la importancia que concedía a un entendimiento con España cuando cambió al embajador McVeach por James C. Dunn, entonces embajador en París, el cual tenía empeño en concluir los acuerdos con España. El 9 de abril de 1953, Dunn tuvo una larga reunión con Franco y Martín Artajo. Posteriormente, el embajador hizo una declaración que no pudo por menos que complacer al Caudillo. Manifestó escuetamente que «queremos las bases» y afirmó que Estados Unidos tenía intención de «reforzar las cordiales relaciones existentes entre nuestros países».¹⁰⁴ Las negociaciones tendrían que haberse acelerado a partir de ese momento, pero no sucedió así porque Lequerica había inducido a Franco a creer que Estados Unidos estaba más deseoso de negociar con él de lo que realmente estaba.¹⁰⁵ Martín Artajo fue marginado de las negociaciones y el tono de las mismas fue impuesto por el mismo Franco y su jefe de Estado Mayor, el teniente general Juan Vigón, que recibía instrucciones directamente del Caudillo.¹⁰⁶

En el último momento, sin embargo, cuando los norteamericanos presionaron para que se concluyera el acuerdo, Franco se vio forzado, para no perderlo, a abandonar sus disparatadas exigencias y aceptar lo que era prácticamente el texto americano. La perspectiva de que su régimen ultranacionalista tuviera que ceder bases a una potencia extranjera y disminuir así su soberanía nacional era algo que preocupaba a Franco. Fue un golpe de suerte que entonces Gran Bretaña anunciara que la recientemente coronada Isabel II visitaría Gibraltar en 1954. Las noticias de los preparativos de la coronación y los anuncios de viajes a Londres de las agencias de turismo habían sido prohibidos en la prensa española. Los súbditos británicos residentes en España que celebraron la coronación fueron sometidos a hostigamiento.¹⁰⁷ Franco aprovechó la oportunidad que le proporcionaba el anuncio de la visita real al Peñón para conceder una belicosa entrevista al diario *Arriba*.

En ella declaró que: «No porque no se hable de ello deja de existir esa vergüenza». Su explicación de cómo esa «ignominia» había durado tanto tiempo era generosa en su despliegue de prejuicios. Era el resultado de «la política extranjera de debilitamiento de nuestra Patria, echando problemas sobre nuestra Nación, minando e influyendo a sus clases directoras, fomentando desde las logias y desde las internacionales la insurrección en las colonias, movimientos revolucionarios y, en general, la táctica de enfrentar a españoles con españoles».¹⁰⁸ Reactivar el tema de Gibraltar fue una forma barata y eficaz de avivar el apoyo nacionalista haciendo hincapié en las siniestras intenciones del imperialismo británico, manteniendo así en un tono menor el espíritu de 1945-1950 y desviando la atención de los

costes del acuerdo con Estados Unidos.¹⁰⁹ Pero en modo alguno consiguió apresurar la devolución de Gibraltar ni inclinar a Londres a contemplar al régimen con ojos más favorables. Finalmente, las pruebas de que el gobierno norteamericano no tenía ninguna intención de apoyar sus reclamaciones, llevarían a Franco a suavizar de forma realista su propia actitud, aunque mantuvo siempre la agitación pública como medio útil para distraer la atención de otros problemas.¹¹⁰

A finales de agosto de 1953, la prolongada negociación del Concordato con el Vaticano concluyó con éxito. La demora había reflejado las dudas del Vaticano respecto a la estabilidad y respetabilidad internacional de la dictadura franquista.¹¹¹ Aunque era significativamente menos importante de lo que sugirió el régimen, el Concordato sería un importante paso hacia el reconocimiento internacional del Caudillo.¹¹² A cambio, él concedió a la Iglesia un puesto preeminente en la enseñanza y en la moral social, así como el derecho exclusivo de hacer proselitismo como religión oficial del Estado.¹¹³ Franco quería el sello papal de legitimidad para su régimen semimonárquico, con el fin de justificar las monedas que había hecho acuñar con la leyenda «Caudillo de España por la gracia de Dios» y haberse arrogado privilegios reales en cuestiones eclesiásticas.* Con el Concordato, el Caudillo obtuvo lo que deseaba, aunque eso no significara que no habría conflictos en las relaciones con la Iglesia. En particular, el derecho real a la «presentación de obispos», por el cual Franco podía escoger entre una terna presentada por el nuncio, tendría una creciente significación política, especialmente en áreas de fuerte nacionalismo como Cataluña y el País Vasco.¹¹⁴

La relación de Franco con el catolicismo nunca fue sencilla. De joven había practicado una religiosidad convencional cuando vivía con su madre en El Ferrol y manifestado un campechano rechazo hacia la religión de corte cuartelario cuando estuvo en África. En 1936 había percibido rápidamente el valor político de que la Iglesia le diera su beneplácito y se había aficionado al papel de «defensor de la cristiandad». En las décadas siguientes, con los años y la influencia de su esposa, la piedad retornó y rezaba diariamente el rosario. Eso era en privado. En público, aunque encantado de contar con la aprobación eclesiástica, se comportaba como cualquier rey medieval, dispuesto a imponer su voluntad a la Iglesia. El 21 de diciembre de 1953, Pío XII le concedió a Franco, «nuestro amado hijo», la más alta condecoración del Vaticano, la Suprema Orden de Cristo. El Concordato y la designación de un nuncio papal aquiescente, monseñor Ildebrando Antoniutti, permitieron a Franco cortar las alas a su «Gran Inquisidor», el cardenal Segura. El obispo José María Bueno Monreal fue enviado a Sevilla como administrador apostólico con derecho a suceder a Segura. El cardenal continuó siendo arzobispo, pero con poderes cada vez menores y con la policía secreta siguiéndole dondequiera que fuese.¹¹⁵

El Concordato no podía tener la importancia política práctica del tratado con Estados Unidos, en el que se concentraban mucho más las esperanzas del Caudillo. A principios de septiembre de 1953, Dunn llevó el documento a Washington para que lo autorizara el presidente Eisenhower.¹¹⁶ Muchos detalles quedaban por solucionar cuando la integración de España en el campo occidental fue formalizada mediante la firma de los Pactos de Defensa con Estados Unidos el 26 de septiembre de 1953. Los detalles sin resolver eran los referentes a la utilización de las bases por parte de los norteamericanos en época de guerra y el mando último de los españoles sobre ellas.¹¹⁷ Las ambigüedades y áreas grises del acuerdo final favorecían a Estados Unidos, a pesar de que Franco afirmaba que no había cedido ni un ápice de soberanía nacional en aquellas negociaciones.

En la práctica, el defensor de la independencia nacional había renunciado a una buena parte de soberanía nacional. Un estado de alerta, por el que sólo se dispondría de minutos para hacer despegar los aviones, no permitiría más negociaciones. Esto fue efectivamente reconocido en cláusulas secretas del tratado por las cuales, en caso de agresión soviética, Estados Unidos tendría que hacer poco más que «comunicar la información que tuviesen disponible y sus intenciones» al gobierno de Madrid. Ni siquiera se estipuló si dicha comunicación debía hacerse por escrito. Hubo muy poca reciprocidad. Cualquier compromiso de Estados Unidos quedaba subordinado a sus previos compromisos con la OTAN, de la que España continuaría excluida. En caso de que España fuera atacada por un agresor no comunista, Estados Unidos no tenía ninguna obligación de socorrerla. En realidad, amplias áreas de España quedaron sin la adecuada cobertura defensiva. De la misma forma, la prioridad que se daba a la acción estadounidense dentro de la OTAN significó que España tuviera que aceptar excedentes y equipos de segunda categoría. En ese sentido, Franco había traicionado a su causa.¹¹⁸

Al subordinar a España a las necesidades defensivas generales de Estados Unidos, aunque sin aceptar totalmente la condición de satélite, Franco demostró lo alto que era el precio que estaba dispuesto a pagar para mantenerse en el poder.¹¹⁹ En las últimas etapas del regateo, les había dicho a sus negociadores: «y en último término, si no consiguen ustedes lo que quieren, firmen lo que les pongan delante. El acuerdo lo necesitamos».¹²⁰ El abandono de la tradicional política española de neutralidad era, en efecto, un precio muy alto, aunque Franco había estado ya dispuesto a pagárselo al Tercer Reich en 1940, cuando también había considerado las recompensas suficientemente tentadoras. Sin embargo, la forma en que los acuerdos le fueron presentados al pueblo español permitieron a Franco solazarse con la gloria inventada por sí mismo de ser el igual del presidente de la potencia militar más poderosa del mundo. Los fotomontajes de Franco y Eisenhower fueron acompañados por artículos a decir de los cuales las naciones del mundo comentaban con asombro y satisfacción este último triunfo del Caudillo.¹²¹

El pacto de mutua defensa trajo consigo 226 millones de dólares en ayuda militar y tecnológica de Estados Unidos. La asistencia económica general se limitó a proyectos de tipo infraestructural con finalidades militares, como la construcción de carreteras, puertos e industrias defensivas. Otros compromisos estadounidenses significaban que la aportación de material militar se limitaría a los equipos excedentes del rearme general de la OTAN y a las armas, aviones y vehículos ya utilizados en la Segunda Guerra Mundial y/o en la guerra

de Corea. A cambio, Franco autorizó el establecimiento de bases aéreas en Torrejón de Ardoz, Sevilla, Zaragoza y Morón de la Frontera; la creación de una base naval en Rota, junto con una enorme cantidad de menores instalaciones aéreas y de reabastecimiento de combustible naval en puertos españoles. Se ofreció más de lo que los estadounidenses pudieron utilizar nunca. Asimismo, el personal militar norteamericano destinado en España quedaba exento de las leyes y el sistema tributario español. El Caudillo había malbaratado la neutralidad y la soberanía sin distinguir entre lo que era bueno para España y lo que era bueno para Francisco Franco. En particular, el emplazamiento de las bases cerca de las principales ciudades constituía un acto de consumada irresponsabilidad.¹²²

Franco había obtenido lo que deseaba: el fin del aislamiento internacional, la consolidación de su régimen y el derecho a presentarse públicamente como valioso aliado de Estados Unidos. El precio fue la disminución de soberanía y el peligro de una guerra en la era atómica. Los beneficios inmediatos para el régimen fueron la inmediata integración de España en el sistema occidental, el traspaso de gastos militares, que quedaron así fuera del presupuesto general y la neutralización del descontento militar por los escasos recursos disponibles. La esperanza de Franco de participar en la ayuda económica general no se materializó porque la gran afluencia de fondos para Europa del Plan Marshall empezaba a disminuir. La ayuda económica llegaba con condiciones que significaban que, a plazo medio o largo, Franco debía admitir cambios en la naturaleza misma de su régimen.¹²³ Detrás de la retórica altisonante, había condiciones de orden práctico como la de establecer un tipo de cambio realista para la peseta, equilibrar el presupuesto del Estado y restablecer la confianza en el sistema financiero, medidas todas que socavaban la existencia misma de su querida autarquía. Anteriores esfuerzos internos para introducir mayor flexibilidad en la maquinaria financiera gubernamental habían fracasado.¹²⁴

Inicialmente, Franco no prestó atención a estas condiciones detalladas, quizá suponiendo que Estados Unidos otorgaba un valor demasiado alto a sus servicios estratégicos para invocar el cumplimiento de la letra pequeña del acuerdo. Los cambios deseados no se pondrían en práctica hasta el final de la década. Llegado el momento, no sería la presión estadounidense sino el fracaso de la economía española lo que forzaría la liberalización económica. Franco continuó aferrándose a la autarquía durante otros seis años, y finalmente la abandonó de mala gana y sin entender las razones. Paradójicamente, los acuerdos proporcionaron el estímulo que haría patente la rigidez estructural de la autarquía franquista. En ese sentido, constituyeron otro paso en el proceso de desarrollo económico y social que finalmente relegaría al Caudillo a una irrelevancia anacrónica.

Años de triunfo y crisis, 1953-1956

El 1 de octubre de 1953, Franco presentó los textos del acuerdo de las bases ante las Cortes como la lógica culminación de la altruista política seguida desde 1936 en defensa de la civilización occidental. Negó que se tratara en modo alguno de la venta de territorio a cambio de ayuda económica y militar: había iniciado las negociaciones puramente por su interés en la defensa de Occidente y, ahora, la colaboración con Estados Unidos simplemente facilitaba el rearme de España. Alabando su propia perspicacia, criticó a Churchill por su miopía al rechazar su oferta de alianza de octubre de 1944, un error que atribuyó con condescendencia a la natural reticencia de una potencia imperial derrotada a compartir sus privilegios. Declaró también que la falta de una política exterior fuerte y decidida como la suya había provocado la decadencia de España en los doscientos años anteriores, olvidando por una vez su convicción de que la culpa era de las conspiraciones masónicas.¹

En aquel momento, a raíz del Concordato recientemente concluido, los acuerdos fueron alabados como monumental logro del Caudillo. El embajador estadounidense, James Dunn, apareció con él en una fotografía en que el ángulo de la cámara sugería que era un suplicante graciosamente recibido. La Falange y sus organizaciones dependientes, la sindical y la de estudiantes, el Frente de Juventudes y la Sección Femenina, trabajaron febrilmente para montar ese mismo día, el Día del Caudillo, otra gran concentración en la plaza de Oriente. Se cerraron los comercios y se trajo en autobús a obreros y campesinos de toda España, con un día de paga y una bolsa con la comida. Franco, visiblemente feliz, recibió el homenaje popular desde el balcón del Palacio Real. A pesar de que los acuerdos de las bases provocaron escasos comentarios en la prensa internacional y algunas acerbias críticas en Estados Unidos, el periódico *Arriba* aseguró que el resto del mundo estaba mudo de admiración.²

Franco afirmó, equivocándose totalmente, que los pactos constituían una alianza en regla cuando, en realidad, no eran más que unos acuerdos sobre un tema específico. Ante las Cortes había declarado, y la prensa se había hecho eco de ese punto, que con los pactos había devuelto a España un prestigio internacional que no había tenido desde los tiempos de Felipe II. * Dado que no habían leído las cláusulas secretas de los pactos, los redactores de prensa franquistas declararon que España era otra vez dueña de su destino. Ni ellos ni Franco mencionaron el hecho de que España fuera entonces enormemente más vulnerable a la agresión soviética de lo que era antes.³ Habiendo sobrevivido a los oscuros años del aislamiento internacional, es probable que Franco hubiera podido permanecer en el poder sin el respaldo estadounidense.⁴ Aplastada la oposición interior, el régimen había adquirido cierto aire de permanencia. Con todo, al convertirse en aliado de Estados Unidos, no importa cuán subordinado, Franco se había facilitado inmensamente las cosas, pues abrió el camino para su entrada en las Naciones Unidas y para obtener el pleno reconocimiento internacional, un golpe profundamente desmoralizador para la ya dividida oposición en el exilio.

Franco consolidó el triunfo propagandístico de su relación estadounidense cuando presentó el Concordato ante las Cortes el 26 de octubre de 1953. Incluso por criterios propios, el discurso que pronunció fue arrogantemente jactancioso: «Se adueña de mi espíritu la íntima satisfacción, que espero compartáis, de haber podido prestar a la nación, de nuestra Santa Madre la Iglesia, el servicio más importante de nuestros tiempos». El Caudillo no hizo referencia alguna al hecho de que las demoras en concluir el Concordato habían reflejado los recelos del Vaticano respecto a determinados aspectos de su régimen, y se explayó explicando que su mandato estaba enteramente en concordancia con los deseos de la Iglesia. Realmente, era tal la identificación entre la Iglesia y el Estado que él describió, que muchos procuradores debieron de preguntarse para qué necesitaba el Concordato.⁵

La posibilidad de que la creación de «nuevos Gibraltares» en forma de bases estadounidenses y el ferviente abrazo con la Iglesia católica pudiera ofender la sensibilidad falangista, indujo a Franco a hacer una demostración pública de su compromiso con el Movimiento. El 29 de octubre de 1953, vigésimo aniversario de la fundación de Falange Española por José Antonio Primo de Rivera, Franco se dirigió a unos 125.000 «camisas azules» falangistas en el estadio del Real Madrid en Chamartín. Según el corresponsal del periódico francés *Le Monde*, Jean Créac'h, el 80% de los asistentes eran campesinos o jornaleros desempleados traídos de provincias en autobús con un día de paga.⁶ Franco se presentó con el uniforme negro de jefe nacional del Movimiento. Para adelantarse a las críticas falangistas por su amistad con la potencia que se había apoderado de los restos del imperio español y había sido recientemente vilipendiada por su participación en el «cerco» de España, Franco presentó triunfalmente los acuerdos como parte del gran servicio que España prestaba a Occidente: «La batalla que nosotros hemos ganado en estos años de difícil paz es la segunda que ganamos contra el comunismo».⁷

A los pocos años, sin embargo, Franco llegaría a darse cuenta de algunas desventajas del acuerdo de las bases. Se quejó, por ejemplo, del peligro que entrañaban las instalaciones estadounidenses para las ciudades próximas a ellas y del decepcionante nivel de la ayuda económica americana, significativamente inferior a la recibida por Yugoslavia, Turquía, Grecia y Brasil.⁸ Su resquemor por no haber salido mejor parado en la negociación afloraría años más tarde cuando dijo en privado que «según lo que don Camilo [Alonso Vêga] me ha dicho, la mejor aportación que nos han hecho los americanos es limpiarnos de “curritas” [putas] los bares y los cabarets de Madrid...», a lo cual

añadió que «me produce cierto miedo que el mundo esté en manos de los norteamericanos...».⁹ Dichas cavilaciones, sin embargo, no deben oscurecer el hecho de que el acuerdo de las bases y el Concordato hicieron de 1953 el momento cumbre de la vida de Franco.

El establecimiento de vínculos con Estados Unidos redujo la presión sobre Franco desde fuera y dentro del régimen, tanto al frenar un mayor declive del nivel de vida como al permitir una reanimación de la propaganda de la cruzada anticomunista que contribuyó a mantener vivo el espíritu de la Guerra Civil. No puede caber duda alguna de que después de firmar el Pacto de Madrid, Franco sintió que había consolidado definitivamente su régimen. La guerrilla había terminado, excepto por los esporádicos brotes de resistencia urbana, principalmente obra de anarquistas aislados de Barcelona.¹⁰ La enorme inversión en terrorismo de Estado entre 1939 y 1945 estaba dando beneficios en la apatía política del grueso de la población. La oposición a Franco había aprendido la lección, y la tortura, el encarcelamiento y las ocasionales ejecuciones servían de recordatorio para aquellos que la habían olvidado. La Guardia Civil, la Policía Armada y la Social cumplían su temible labor, desmantelando incansablemente cualquier esfuerzo clandestino para reconstruir los partidos y sindicatos.

La confianza del Caudillo en que ahora podía dormirse en los laureles se reflejaba en la creciente cantidad de tiempo que dedicaba a sus pasatiempos: la caza, la pesca de río y en mar abierto con Max Borrell, el golf, ver interminables películas del Oeste en el cine privado de El Pardo, pintar, y el desarrollo de su gran propiedad de Valdefuentes, donde cultivaba trigo, patatas e incluso tabaco. Teniendo a su disposición los servicios, la mano de obra y la maquinaria del Ministerio de Agricultura, la finca llegó a ser inmensamente lucrativa. Cuando estaba en El Pardo, Franco solía acudir a Valdefuentes la mayoría de las tardes para tomar el aire después del almuerzo.¹¹

En 1954, Lequerica le dijo a Pacón que «ser ministro de Franco es ser un reyezuelo que hace lo que le parece sin que S.E. los frene en su política personalista» y que «los que le ponen dificultades son los que no saben regentar sus departamentos».¹² Franco siempre había dejado que sus ministros se ocuparan de la parte técnica de sus ministerios, que amasaran fortunas si lo deseaban, o que fueran meramente eficientes e incluso incompetentes, mientras que él dictaba las líneas políticas generales, especialmente en asuntos exteriores. Pero, después de 1953, se hizo evidente una proclividad a dejar los pesados asuntos del gobierno cotidianos en manos de otros. Hizo la vista gorda ante la corrupción, tanto si la cometían sus subordinados políticos como los miembros de su clan familiar, siempre y cuando le profesaran una lealtad absoluta y acrítica.*

Pacón reflexionó que «el Caudillo es efusivo con aquellos que lo dominan y con los pelotillas que lo cubren de regalos y pródiga hospitalidad, pero frío como el hielo con aquellos que no somos aduladores, que tenemos una conducta seria y le hablamos lealmente tanto si le gusta como si no». Puede que el Caudillo recompensara a los aduladores o hiciera la vista gorda ante su corrupción, pero éstos no tuvieron mejor suerte que el fiel Pacón cuando se trataba de calor humano. ** José Antonio Girón, el ministro de Trabajo falangista que le sirvió durante largos años, se quejaba de que «es frío con esa frialdad que a veces congela el alma».¹³ Franco se sentía incómodo con los que le servían. Incluso en las cacerías podía mostrarse frío y distante. Ni un auténtico amigo de cuarenta años consecutivos como Max Borrell, ni su subsecretario de la Presidencia durante treinta y cinco años, Carrero Blanco, fueron jamás liberados de la obligación de dirigirse a Franco con el tratamiento de «Excelencia».¹⁴

El tono del régimen de Franco después del cierre de los acuerdos norteamericanos fue significativamente más relajado que antes. La frenética propaganda xenófoba de los primeros períodos dio paso a una más rutinaria glorificación del Caudillo y sus obras. Esto se hizo evidente en el caso de Gibraltar. En enero de 1954 se autorizó una manifestación estudiantil del Sindicato Español Universitario ante la embajada británica en Madrid, en protesta por la visita de la reina Isabel II al Peñón. Franco y la dirección de Falange habían dirigido a las juventudes falangistas insistentes llamamientos de tipo ultranacionalista, xenófobo e imperialista para que adoptaran una actitud viril y patriótica por el insulto que constituía la visita regia a Gibraltar. El apoyo oficial a la manifestación incluyó la aportación de un camión de piedras de tamaño conveniente para ser arrojadas. Sin embargo, en mitad de la protesta, temerosa de que la cuestión se le escapara de las manos, la policía cargó contra los estudiantes y éstos emplearon las piedras contra las autoridades. La indignación de los estudiantes por el tratamiento recibido produjo una serie de disturbios universitarios menores.¹⁵ Franco, profundamente irritado por la visita de la reina Isabel II a Gibraltar, escribió varios artículos virulentos en el periódico *Arriba* bajo el seudónimo de «Macaulay». No obstante, silenció las protestas públicas más fuertes, en parte para disminuir la agitación en las universidades y también a causa de la clara declaración del embajador estadounidense de que la posición de Gran Bretaña y Gibraltar dentro de la OTAN aseguraba el apoyo de Estados Unidos a Londres en el tema del Peñón.¹⁶

A partir de ese momento se produjo un notable enfriamiento del ardor público de Franco por la cuestión de Gibraltar. A pesar de que algunos de sus ministros se mostraron en este tema ferozmente militantes de vez en cuando, él por su parte adoptó siempre una serena perspectiva a muy largo plazo. Lo cual no quiere decir que no le preocupase. El 22 de agosto de 1954, habló en el Palacio de Ayete sobre Gibraltar con el ministro de Estado en el Foreign Office y futuro secretario de Exteriores, Selwyn Lloyd. El encuentro, que fue por lo demás afable, se enfrió cuando Selwyn Lloyd le dijo al Caudillo que «ningún gobierno británico podía tratar en torno a la soberanía sobre Gibraltar». El ministro británico encontró al Caudillo a sus sesenta y dos años, «mucho más atildado, delgado, en forma y joven de lo que había esperado... Tuve la impresión de que nada de lo que yo decía le causaba impresión alguna, pero me aseguran que eso es lo corriente. Cuando él no estaba hablando, su boca adquiría una expresión más bien obstinada y descontenta. Pero me causó la impresión de un hombre competente, de mente alerta, dueño de sí mismo y de aquellos que lo rodean, pero firme en sus opiniones hasta el punto de la obstinación».¹⁷

Habiendo sellado las relaciones con Estados Unidos, disminuyó la urgencia con que Franco había tenido que atender los asuntos exteriores desde 1936. Hubo grandes momentos ocasionales, como la visita en junio de 1954 de Rafael Leónidas Trujillo, el corrupto dictador de la República Dominicana, que fue recibido por un Franco evidentemente encantado.¹⁸ No obstante, las visitas de esos potentados menores perdieron su valor para Franco después de que Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña decidieran apoyar la entrada de España en las Naciones Unidas.¹⁹ Esto no satisfizo su deseo de integrar a España en la OTAN, y la disminución de la hostilidad británica y francesa no bastaba para abrirle las puertas por lo cual buscó la llave en Estados Unidos.²⁰ Franco se sintió suficientemente atraído por las implicaciones de que un general fuera presidente de Estados Unidos para plantearse un esfuerzo propagandístico a largo plazo emulando a Eisenhower, cuyo primer fruto fue la publicación de fotografías en las que aparecía él jugando al golf y pintando. Había manifestado por primera vez su interés en la pintura en la década de 1920, interés renovado en la de 1940 a causa de las pretensiones artísticas de Hitler. En aquel momento, en virtud de la destreza de Churchill y el interés de Eisenhower volvía a ser un pasatiempo respetable, y se fotografió ante el caballete, vestido de modo un poco inverosímil con traje de raya diplomática y un gran sombrero.²¹

Sólo se conoce un reducido número de los cuadros de Franco, ya que la mayoría fueron destruidos en un incendio en 1978. Dando por supuesto que sean verdaderamente suyos, muestran a un aficionado muy capacitado, cuya obra es en última instancia más interesante para el psiquiatra que para el crítico. Sus temas sugieren un gusto conservador pequeñoburgués. Las influencias son inconfundiblemente la de los cartones para tapices de Goya y la gran pintura española del siglo XVII: paisajes, naturalezas muertas con animales y armas, y una sangüinaria representación de un oso atacado por una jauría de perros.^{*} Una interesante excepción es el retrato de su hija Carmen, de estilo similar al de Modigliani.

Tras el acuerdo con Estados Unidos, llegaron otros placeres y honores. El 8 de mayo de 1954, séptimo centenario de la fundación de la Universidad de Salamanca, dicha institución otorgó a Franco un doctorado *honoris causa* en Derecho. Irónicamente, para ser un hombre que solía manifestar desdén hacia los intelectuales, su discurso sugirió que se sentía conmovido por el honor. No obstante, aparte de algunas palabras de modestia, el discurso fue por lo demás una glorificación de sí mismo. Refiriéndose a «los que por la responsabilidad en que la vida nos colocó, venimos haciendo historia», comparó sus propios logros con los de «aquellos caudillos reales que en nuestro siglo XIII, en los descansos de su victoriosa reconquista, sentaron los pilares sobre los que había de levantarse la gloriosa universidad salmantina».²² Franco se mostró inexpresivo durante toda la ceremonia, mirando solamente a doña Carmen que no le quitaba los ojos de encima. A pesar de mostrarse pétreamente impasible, estaba claramente inseguro fuera de su elemento normal, y daba la impresión de estar aterrorizado ante la posibilidad de cometer un error ante la asamblea de los que él tenía por hombres de sabiduría. Las medidas de seguridad que rodearon al Caudillo fueron notables. Cuando uno de los profesores fue a meterse la mano en el bolsillo para sacar su petaca, se vio rodeado de policías a pesar de que a la ceremonia se había invitado sólo a personas de máxima lealtad y eminencia, y ninguno de ellos habría podido atentar contra la vida de Franco sin sacrificar su propia vida. En la cena que siguió, Franco apenas habló y cuando decidió marcharse, simplemente se levantó bruscamente y se fue sin pronunciar palabra.²³

El año 1954 vio también la terminación de la cripta del Valle de los Caídos. Había sido una obsesión, «la otra mujer», desde la inauguración de las obras en 1940. Más que cualquier otro legado de su régimen esta obra reflejaba el concepto que Franco tenía de sí mismo como figura histórica a la altura de Felipe II. Después que hubo hecho duplicar las dimensiones del proyeco original, la cripta quedó terminada el 31 de agosto. Había sido una empresa colosal, excavada en la roca viva, de 262 metros de largo y 41 de altura hasta la base de la cruz. Muchas de las grandes compañías constructoras de la época de auge franquista comenzaron allí: Banús, Agromán, y particularmente Huarte, que obtuvo el contrato de construcción de la cruz no terminada hasta septiembre de 1956. Con un peso de 181.620 toneladas métricas, esta cruz tiene 150 metros de alto, con brazos de 46 metros de longitud suficientemente anchos para albergar dos coches.²⁴

La única espina que Franco continuaba teniendo clavada era don Juan y la débil oposición monárquica. Franco no quería que le recordaran su incumplida promesa de restaurar la Monarquía. En 1954, por influencia de Gil Robles, don Juan había comenzado a hacer frente a Franco una vez más. Juan Carlos había terminado la enseñanza media con profesores particulares y, el 16 de julio de 1954, don Juan envió al Caudillo una nota verbal para decir que era hora de que su hijo comenzara su educación universitaria en Lovaina. Este mensaje llegó en el momento en que Franco daba los últimos toques a sus propios planes para que Juan Carlos entrara en la Academia Militar de Zaragoza por un determinado período, al que seguirían su paso por las academias naval y aérea, las facultades de ciencias sociales e ingeniería de la Universidad de Madrid y unas prácticas en el arte de gobernar «al lado del Caudillo». Franco le escribió una fría réplica a don Juan en la que declaraba que aquellos que esperaban gobernar España debían ser educados en España. La despectiva implicación era que don Juan no figuraba en sus planes de restauración monárquica futura. La carta de Franco también amenazaba con que si don Juan no aceptaba sus planes para Juan Carlos, estaría cerrando «la vía natural y transitable que puede ofrecerse para la instalación de la Monarquía en nuestra patria». La palabra «instalación» significaba, en la jerga de Franco, que no habría restauración alguna de la línea borbónica legítima, sino la imposición de una Monarquía franquista cuyo beneficiario tenía que ser elegido y entrenado para continuar la tradición del régimen. Don Juan comprendía los peligros de unir la Monarquía a un sistema político que distaba de gozar de aceptación universal, pero temía demasiado a la perspectiva de romper completamente con Franco para no ceder. Para alegría de Franco, ello provocó la dimisión de Gil Robles.²⁵

Quizá de forma inevitable, la complacencia misma que Franco y sus seguidores sintieron a causa del Concordato y el Pacto de Madrid tuvo el efecto de relajar la firme unidad que había experimentado el régimen durante el período 1945-1953. Franco, claro está, siempre había tenido que hacer frente a los grupos de presión política, económica y religiosa y había manipulado con una habilidad que lindaba en la maestría la competencia por los ascensos y por los puestos importantes. Había utilizado las rivalidades dentro del ejército entre falangistas y monárquicos hasta 1945 y entre falangistas y católicos monárquicos en el período de posguerra. Pero estaban llegando a la madurez unas generaciones que no habían luchado en la Guerra Civil. Sus integrantes, a pesar o a causa de haberse formado en el sistema educativo franquista, eran bastante displicentes respecto a los logros del Caudillo como «salvador» de España. Empezó a producirse una pugna declarada por los cargos entre grupos que él no controlaba totalmente y entre hombres algo menos hechizados por la magia del Caudillo.

La aparente tranquilidad del sistema precariamente equilibrado de Franco se vio alterada por una curiosa amalgama de seguidores de don Juan colaboracionistas y miembros del Opus Dei. * El grupo fue proclamado Tercera Fuerza por su teórico autodesignado, Rafael Calvo Serer, un intelectual del régimen vinculado al Opus Dei. Para Franco, la visión de Calvo Serer tenía un peligroso sabor a partido político. La Tercera Fuerza consideraba que estaba abriendo una vía intermedia dentro del régimen entre la «izquierda» constituida por la Falange y la derecha formada por los católicos conservadores de Martín Artajo, que se autoproclamaban demócratacristianos. Consistía en unos treinta banqueros, abogados y profesores universitarios prominentes, algunas de sus figuras señeras estaban vinculadas al Opus Dei y otras, como el abogado Joaquín Satrústegui y el general Jorge Vigón, eran simplemente partidarios de don Juan. Todos ellos aspiraban a una futura restauración de la Monarquía tradicional con el reinado de don Juan, aunque dentro del contexto del Movimiento. En un artículo publicado en París en septiembre de 1953 y que circuló ampliamente dentro de las esferas franquistas, Calvo Serer afirmaba que los falangistas y los católicos del régimen habían perdido el norte. Por sugerir que sólo los nuevos grupos podían modernizar el régimen, liberalizar la administración y modernizar la economía, Calvo Serer fue cesado de sus cargos en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.²⁶

La aparición de la Tercera Fuerza era indicio de la preocupación por el futuro que existía entre los partidarios de Franco. En febrero de 1954, éste había recibido la visita de varios generales entre los que se encontraba Juan Bautista Sánchez. Para alarma del Caudillo, abordaron francamente el tema de qué sucedería después de su muerte, y le instaron a tomar las medidas necesarias para la sucesión monárquica. ²⁷ Franco veía peligro en cualquier atisbo de apoyo al pretendiente. En el otoño de 1954, la puesta de largo de la hija de don Juan, la infanta María Pilar, motivó 15.000 solicitudes de pasaporte por parte de monárquicos españoles que deseaban ir a Portugal para rendir homenaje a la familia real. Al final, sólo 3.000 realizaron el viaje para la ocasión, que se celebró el 14 y 15 de octubre de 1954. Los autocares y coches no llevaron sólo a ricos y oficiales del Ejército, sino a un número significativo de familias de clase media modesta. Nicolás Franco estuvo presente en el espectacular baile dado en el Hotel Parque de Estoril e informó a su hermano del calor y el entusiasmo con que se había acogido la aparición de don Juan. ²⁸ Franco estaba profundamente disgustado por el acontecimiento social de Estoril y habló de retirar el privilegio de pasaporte diplomático del que disfrutaban los grandes de España, «pues se valen de él para conspirar contra el régimen». Carrero Blanco le consoló con la idea de que la popularidad de la Monarquía era obra de los masones.²⁹

Con este trasfondo de desafío potencial a Franco, se puso a prueba la Tercera Fuerza. La ocasión fue la celebración de elecciones municipales restringidas en Madrid el 21 de noviembre de 1954, las primeras desde la Guerra Civil, presentadas por el régimen como verdaderas elecciones porque un tercio de los concejales serían elegidos por un electorado de «padres de familia» y mujeres casadas de más de treinta años. Patrocinados por el periódico *ABC*, los cuatro candidatos monárquicos fueron sometidos a intimidaciones de los matones falangistas y de la policía. Se trataba de Joaquín Satrústegui; Joaquín Calvo Sotelo, prominente dramaturgo y hermano del asesinado José; Juan Manuel Fanjul, hijo del general, y Torcuato Luca de Tena, de la familia propietaria del *ABC* y en otro tiempo director del periódico. Considerando esas elecciones como una especie de referéndum, la prensa del régimen montó una enorme campaña propagandística a favor de los cuatro candidatos del Movimiento designados por el ministro de la Gobernación, Blas Pérez, y por el ministro secretario general del Movimiento, Raimundo Fernández Cuesta. Fue un craso error por parte de Blas Pérez y Fernández Cuesta el etiquetar a sus candidatos de aquella manera, pues delataba el absurdo de la afirmación de Franco de que todos los españoles eran parte del Movimiento. Junto con Carrero Blanco y Gabriel Arias Salgado, ministro de Información, Blas Pérez y Fernández Cuesta habían acordado días antes que recurrirían al «pucherazo» antes que arriesgarse a una derrota. El material publicitario monárquico fue destruido y las urnas, arrebatadas apresuradamente para evitar el escrutinio monárquico durante el recuento. Inevitablemente, los resultados oficiales dieron una victoria sustancial a los candidatos falangistas. Pese a ello, los monárquicos afirmaban haber recibido más del 60% de los votos.³⁰

Al principio, Franco estuvo dispuesto a aceptar la versión del ministro de la Gobernación de que las elecciones municipales constituían una manifestación de aclamación popular a su persona. Sin embargo, al cabo de una semana, influyentes monárquicos estaban pidiendo que los periódicos rectificaran sus erróneas reseñas de las elecciones, respaldando sus exigencias con amenazas de recurrir a los tribunales. Franco recibió entonces solicitudes de audiencia de dos importantes personajes. El primero era Joaquín Calvo Sotelo, que le escribió y se quejó de que durante la campaña electoral habían sido detenidos 282 monárquicos. Calvo Sotelo tuvo que esperar hasta mediados de enero, pero su solicitud tuvo el efecto de convencer a Franco de que la Falange le había mentido. El segundo fue el ministro de Justicia, el tradicionalista Antonio Iturmendi, que le presentó su dimisión. A Franco no le costó mucho esfuerzo convencerlo de que no lo hiciera, pero el impacto del gesto no dejó indiferente al Caudillo.

Las quejas de Iturmendi no eran nada comparadas con lo que comunicó al Caudillo el general Juan Vigón, jefe del Estado Mayor. Los

servicios de Inteligencia Militar habían reunido información que demostraba que el grueso de la guarnición de Madrid había votado por la Monarquía. Vigón le dijo a Franco que «el régimen perdió las elecciones del 24 de noviembre». Aquello constituía una amenaza lo suficientemente grave para impulsar a Franco a emprender acciones para neutralizar el resurgir del monarquismo militar. Tras una severa reprimenda a Blas Pérez y al director general de Seguridad, a quienes acusó de haberle engañado, instruyó inmediatamente a su hermano Nicolás para que hiciera saber en Estoril que le complacería reunirse con don Juan.³¹

Dado que ya no estaba preocupado por su posición internacional y se sentía a salvo sabiendo que su aparato represor mantenía a raya a la clase obrera y a la oposición de izquierdas, Franco tenía pocos problemas políticos. A partir de entonces, sus preocupaciones más sustanciales serían la neutralización de los monárquicos y la consolidación de sus propios planes de sucesión. Su inclinación había sido siempre contener la independencia monárquica alentando sucesivas renovaciones de Falange. Más aún, Franco estaba decidido a que si volvía la Monarquía, tendría que ser una Monarquía falangista. Sin embargo, la dificultad que entonces planteaba una estrategia que le había sido muy útil durante la década de 1940 era que la Falange era cada vez más anacrónica, mientras que la opción monárquica parecía más a tono con el mundo exterior. Sobre todo, se hacía evidente que la política autárquica que habían favorecido tanto Franco como la Falange no tenía capacidad para solucionar los problemas económicos de España. Retrospectivamente, 1953 podría considerarse la cima de la carrera política de Franco, un momento de triunfo con las fuerzas de la coalición nacionalista unidas a su alrededor. Antes del final de la década, a pesar de que su continuidad no estaba amenazada, se encontraría con que ya no tenía el control total, se vería obligado a abandonar a la Falange y a dejar la gestión de la economía y, por extensión, de la política en manos de tecnócratas especializados.

Los objetivos de Franco al concertar una reunión con don Juan en diciembre de 1954 eran, como en el caso del encuentro del Azor en 1948, convencer a los partidarios del rey en España de su buena fe monárquica. Pero cualquier impresión de que pudieran estar tratando sobre el modo de apresurar la restauración era completamente errónea. Franco había dejado muy claro que sólo entregaría el poder en caso de muerte o total incapacidad y entonces sólo a un rey comprometido con el mantenimiento incondicional de la dictadura. Franco le había escrito a don Juan una carta fechada el 2 de diciembre de 1954, en la que demostraba que él veía la educación de Juan Carlos en esos términos. Diciendo de sí mismo que estaba «identificado con el sentir de grandes sectores de la nación», escribía: «estimo indispensable que la formación del Príncipe discurra no sobre una parcela física de nuestro territorio, sino dentro de los principios en que el Movimiento Nacional se inspira, sin mixtificaciones, y que quien puede un día regir la Nación piense al unísono con las generaciones que se forjaron al calor de nuestra Cruzada». Franco acababa la carta reprochándole a don Juan el comportamiento de sus partidarios en Madrid, al presentar candidatos a las elecciones municipales contra el Movimiento.³²

Es posible que al escribir esa carta Franco estuviera ligeramente influido por un acontecimiento inminente en su propia familia: la llegada de su primer nieto, el 9 de diciembre de 1954, cinco días después del sesenta y dos cumpleaños del Caudillo. El día del nacimiento, Cristóbal Martínez Bordiú habló de cambiar el nombre del bebé mediante la inversión del orden de los apellidos materno y paterno. Como Francisco Franco Martínez Bordiú, el niño sería el heredero potencial de su abuelo. El consentimiento formal fue otorgado por unas Cortes serviles el 15 de diciembre, lo cual dio lugar a rumores de que Franco estaba pensando en instaurar su propia dinastía.³³ Es imposible decir si la perspectiva de tener su propio heredero contribuyó o no a endurecer su actitud hacia don Juan. En cualquier caso, para cuando el pretendiente recibió la carta del 2 de diciembre, Franco había recibido las comunicaciones de Joaquín Calvo Sotelo, Antonio Iturmendi y Juan Vigón, que le demostraron que el reto monárquico era más fuerte de lo que sus lacayos del Movimiento le habían hecho creer. Consecuentemente, hubo duras negociaciones con el representante de don Juan, el conde de los Andes, sobre los puntos que serían tratados en la futura reunión.³⁴

Franco salió secretamente de Madrid a las 8 de la mañana del 29 de diciembre de 1954 acompañado por el almirante Pedro Nieto Antúnez. Su Cadillac y el convoy de su guardia se dirigieron a Navalmoral de la Mata, en la provincia extremeña de Cáceres. La reunión, que tuvo lugar en «Las Cabezas», una finca del conde de Ruiseñada, Juan Claudio Güell, representante del pretendiente en España, duró desde las 11.20 hasta las 19.30, con un descanso para almorzar. Don Juan, afable como siempre, creó una atmósfera cordial. Se sentía confiado porque, como dijo a Franco, había recibido millares de mensajes de apoyo desde España, incluyendo telegramas de cuatro tenientes generales.

Estas indirectas insinuaciones sobre el debate acerca de la sucesión monárquica sólo le importaban a Franco en cuanto referencias a un lejano e hipotético futuro. Eso quedó de manifiesto cuando comenzó a hablar de la posibilidad de separar las funciones de jefe de Estado y jefe de Gobierno. Franco declaró que haría esto únicamente «por limitaciones más de salud, o por mi desaparición o porque el Régimen, con la evolución del tiempo, así lo aconseje; pero, mientras yo tenga buena salud, no veo las ventajas de un cambio». En una exhibición de estrechez mental, increíblemente franca, dijo: «En confianza, le diré a Vuestra Alteza que más bien veo inconvenientes, porque con un jefe de Gobierno, mientras yo sea Jefe del Estado, ante la opinión de España, seré siempre responsable de todo lo malo que suceda. En cambio, lo bueno, habrá tendencia a atribuírselo al jefe del Gobierno y a su equipo».

Claramente cómodo, hablando sin pausa o ni siquiera un sorbo de agua, procedió a darle a don Juan una interminable lección de historia. Los esfuerzos realizados por don Juan para meter baza y dirigir la conversación hacia el momento oportuno para la transición a la Monarquía y los términos del futuro posfranquista hallaron una respuesta glacial. Franco aprovechó la ocasión para criticar a muchos monárquicos prominentes y acusar a Pedro Sáinz Rodríguez de ser masón. Cuando don Juan alabó a Sáinz Rodríguez como fiel consejero

en quien tenía absoluta confianza, Franco replicó «Yo nunca he puesto mi confianza en nadie». Desenterrando una admiración por José Antonio Primo de Rivera hasta entonces muy disimulada, los elogios de Franco sobre los logros del sindicalismo vertical falangista fueron una advertencia de que llamaría a la Falange si don Juan intentaba movilizar a sus monárquicos dentro de España.

Las sugerencias de don Juan en pro de la libertad de prensa, una judicatura independiente, justicia social, libertad sindical y representación política, convencieron a Franco de que el pretendiente era marioneta de peligrosos aristócratas entrometidos que probablemente eran masones. A través de lo que parecía una palabrería impenetrable se traslucía el mensaje del Caudillo: si don Juan no aceptaba que su hijo Juan Carlos fuera educado con la tutela de Franco, éste lo consideraría como una renuncia al trono. Así pues, don Juan consintió en que Juan Carlos fuera educado en las tres academias militares, en la universidad y al lado de Franco. Sin embargo, el pretendiente dejó claro que nada de eso constituía una renuncia a sus derechos dinásticos. Con enormes reticencias, Franco aceptó un comunicado conjunto cuyos términos reconocían implícitamente, si bien no de forma explícita, los derechos hereditarios al trono de la dinastía Borbón.³⁵

Con una divertida falta de conciencia sobre su propia experiencia, Franco advirtió a don Juan con tono paternalista contra los aduladores. Terminó diciendo, con cierta malicia, «nos quedan muchos años para discutir estos asuntos». Al despedirse, don Juan sugirió que cada uno de ellos nombrara a dos personas de lealtad incuestionable para que se mantuvieran en constante contacto sobre los temas hablados. Franco expresó sorpresa por el hecho de que don Juan tuviera a dos personas en las que podía confiar. Don Juan dijo que podía enumerar más de cien nombres. «Bueno, pues yo no», replicó el Caudillo. El intercambio reveló tanto acerca del confiado don Juan como acerca de Franco. No obstante su desconfianza acerca de sus colaboradores, el Caudillo alegó jactancioso que «no encuentro que el gobierno sea una tarea onerosa» y «España es fácil de gobernar». Pero a don Juan le pareció desilusionado, quejándose con resentimiento de que todo lo que había hecho por España era escasamente apreciado, aunque afirmaba que era «querido por su pueblo».³⁶

Aparte del comunicado conjunto, Franco no había hecho ninguna concesión real sobre una futura restauración, o más bien instalación, como la llamaba él. Aun así, el gesto teatral de reunirse con don Juan había arrancado de momento el aguijón de los monárquicos y dado la impresión de que se estaban haciendo progresos. El 30 de diciembre, Franco le dijo a Pacón que no abandonaría el gobierno activo ni se retiraría a la jefatura del Estado, puesto que «mi papel sería decorativo y no sería tan fácil dirigir la política y ostentarla en la forma que quiera y considere beneficiosa para la nación».³⁷ En su mensaje de fin de año del 31 de diciembre de 1954, dejó claro que no le había hecho ninguna concesión a don Juan. Utilizando el plural mayestático, declaró que, «si... hemos tomado de nuestras tradiciones la forma de un reino, que dio unidad y autoridad a nuestro Siglo de Oro, ello en modo alguno significa resucitar los vicios y defectos que fueron su ruina en los siglos pasados». En clave franquista, esto significaba que no habría restauración de la dinastía borbónica. A continuación de la reunión de «Las Cabezas», el Caudillo estaba afirmando públicamente que no había renunciado a los derechos concedidos por la Ley de Sucesión para escoger a un sucesor que garantizara la continuidad de su régimen autoritario. Censuró todo movimiento hacia la liberalización política y atribuyó los llamamientos a la reforma a malos españoles al servicio de siniestros enemigos extranjeros.³⁸

El comunicado hecho público después de la reunión de «Las Cabezas» dio lugar a rumores inspirados por los monárquicos de que el Caudillo estaba preparando activamente una pronta transición a la Monarquía. Poco después se oyeron murmullos de protesta entre falangistas de la línea dura por dicha posibilidad. Franco respondió con una entrevista profusamente reproducida que disipó las esperanzas de una retirada en plazo breve. «A pesar de que mi magistratura es de por vida —declaró pomposamente—, es de esperar que me queden muchos años por delante...» Franco dejó claro que la Monarquía sería falangista y en nada parecida a la que había caído en 1931.³⁹ Ya sólo le quedaba calmar la oposición falangista ante lo que parecía ser un giro hacia la Monarquía. Contando con que la jerarquía falangista estaba dispuesta a tragar todo lo que él les sirviera, Franco les pidió que pospusieran la «revolución pendiente» un poco más a cambio de un futuro franquista bajo un rey franquista.⁴⁰

No obstante, en febrero de 1955 autorizó a Raimundo Fernández Cuesta para que redactara leyes que cerraran los resquicios que pudiera haber en la Ley de Sucesión e irrevocablemente ataran al sucesor real al Movimiento.⁴¹ Para hacer aquello más aceptable a sus partidarios monárquicos, se limaron los bordes falangistas del Movimiento. El 19 de junio de 1955, Fernández Cuesta declaró en Bilbao que para asegurar la supervivencia del régimen tras la muerte de Franco hacían falta garantías jurídicas, políticas e institucionales. La función del Movimiento consistiría en sustentar la Monarquía que sucediera a Franco y mantenerla dentro de la recta y estrecha senda del franquismo. Aquello fue el reconocimiento formal por parte de la Falange de la inevitabilidad de una sucesión monárquica y de una redefinición del Movimiento en términos que sobrepasaban el ámbito de FET y de las JONS. No puede caber duda alguna de que el discurso fue pronunciado a instancias de Franco. A cambio de aceptar la sucesión monárquica y su propia y definitiva domesticación, a los funcionarios de la Falange se les garantizó un papel institucional importante, puestos bien pagados y sinecuras, y el compromiso del régimen presente y futuro con el partido único del Estado y los sindicatos verticales.⁴²

Los monárquicos, por su parte, tuvieron que aceptar que la Monarquía sería restaurada sólo dentro del Movimiento. Julio Danvila, amigo tanto de don Juan como de Franco, deseoso de un mutuo acercamiento y de promover la creación de una Monarquía franquista, había pergeñado el texto de una «entrevista» en la que don Juan daba real aprobación al discurso de Fernández Cuesta. Franco dio su acuerdo al texto, que Danvila llevó seguidamente a Estoril donde, según los rumores, don Juan manifestó las más profundas reservas sobre su publicación. Danvila le dijo luego al Caudillo que el pretendiente había aceptado la «entrevista», después de lo cual, Franco enmendó el texto para llevarlo más a la línea de sus propias ideas y obligó al ABC y al Ya a publicarlo el 24 de junio de 1955. Aunque muy indignado, don

Juan no protestó porque una ruptura pública de sus relaciones con Franco fomentaría las maquinaciones antimonárquicas de los elementos extremistas de la Falange.⁴³

La observación que Franco le hizo a don Juan acerca de lo fácil que era gobernar España era absolutamente sincera. La falta de dificultad para hacer semejante chapuza con la entrevista de don Juan lo demostraba. Y aún más importante, por lo que respecta a la aceptación general del régimen, la apatía política generada por años de cuidadosa aplicación del terror de Estado hacían a España «fácil de gobernar». El Caudillo comenzaba a delegar cada vez más y se sentía libre para dedicar mayor cantidad de tiempo a la caza y la pesca. La persecución de grandes atunes empezaba a ser una pasión. Al crecer la familia de Nenuca, Franco disfrutaba aún más con sus nietos. Gradualmente, sus íntimos comenzaron a detectar cierta renuencia a prestar atención a la actividad política cotidiana.⁴⁴ Todavía se presentarían crisis que superar pero, hasta cierto punto, llegaron a ser crisis precisamente porque él permitió que la política ocupara una parte menor de su tiempo. Una gran proporción de su actividad oficial consistía en recibir delegaciones de una u otra clase en El Pardo, a lo que dedicaba la totalidad de los martes y los miércoles. Éstas eran ocasiones frías y áridas. Los jueves los dedicaba a recibir credenciales de los embajadores, los viernes a las reuniones del Consejo de Ministros. Apenas consagraba tiempo a meditar sobre la evolución general de los problemas de Estado, de los cuales el más agudo continuaba siendo la economía paralizada por la constante inflación y el continuo estancamiento.⁴⁵

La razón central para descuidar la política era que Franco rara vez rechazaba una invitación para cazar. A finales de 1954, pasaba los sábados, domingos y lunes cazando durante la temporada y en ocasiones semanas enteras. Su puntería estaba mejorando significativamente. Las cacerías se organizaban en torno a su presencia y se convirtieron en ocasión para muchos negocios y tratos. Los ministros empezaron a interesarse en la caza porque no podían permitirse estar ausentes de lo que se consideraba el círculo íntimo del Caudillo. La consecuente negligencia de los asuntos de Estado no les preocupaba. Mientras cazaba, el Caudillo era objeto de adulación y escuchaba maliciosas habladurías sobre los que no estaban presentes, así como a la constante solicitud de favores de un tipo u otro. Los hombres de negocios financiaban costosas partidas de caza con el fin de poder acercarse a los ministros. La corrupción que rodeaba aquellas cacerías era notoria, pero Franco no dejaba de asistir porque extraía un placer obsesivo de su destreza con la escopeta. Incluso en los más difíciles momentos de la Segunda Guerra Mundial, con frecuencia había abandonado sus tareas diarias para entregarse al deporte real de la caza. Su principal objetivo parecía ser matar todo lo posible, lo que sugiere que la caza, como la vida militar, era la válvula de escape de la sublimada agresividad de Franco, exteriormente tímido. Muchas de las cacerías eran agotadoras y su médico se quejaba de que con frecuencia disparaba hasta 6.000 cartuchos en un solo día. Para él era una cuestión de orgullo no admitir jamás que se había cansado por un día de caza o pesca. Para halagar su pericia cinegética, le facilitaban las presas poniendo alimento para los ciervos todos los días en determinados lugares donde él pudiera encontrarlas «por casualidad».⁴⁶

Un indicio de la idea que Franco tenía de sí mismo a mediados de la década de 1950 fue el discurso que pronunció en Burgos el 24 de julio de 1955. El acto era la inauguración de una estatua del Cid, y Franco se mofó de la célebre frase de Joaquín Costa «echad siete llaves a la tumba del Cid», que había sido un llamamiento para que se abandonaran las tradiciones violentas e imperiales de España y se reconociera su humilde posición económica y el estrechamiento de su horizonte a principios del siglo XX. Hacía mucho que Franco se veía como un héroe guerrero análogo al Cid, como el hombre que había despertado a la bella durmiente de España de sus largos siglos de sueño en la mediocridad. En la «normalidad» de los años recientes, había tenido menos oportunidades de hinchar su ego con semejantes metáforas, y aprovechó aquella oportunidad sin ironía ni embarazo aparentes. Refiriéndose «al gran miedo [de los cobardes liberales] a que el Cid saliera de su tumba y encarnase en las nuevas generaciones», afirmó que «el gran servicio de nuestra cruzada, la virtud de nuestro Movimiento: el haber despertado en las nuevas generaciones conciencia de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que podemos ser». En una implícita comparación entre el gran héroe del pasado y el gran héroe del presente, Franco citó al Cid como símbolo de la nueva España: «En él se encierra todo el misterio de las grandes epopeyas españolas:...». Estaba hablando de sí mismo.⁴⁷ Cuando Franco comenzó a verse como un Cid de la era moderna, fue en parte debido a la adulación de ansiosos cobistas, pero también le dio pábulo su historial de brioso héroe de la guerra del desierto en África y enérgico y decidido Generalísimo en las batallas de la Guerra Civil. Pero, aislado en El Pardo, rodeado de obsequiosos oportunistas, el autosatisfecho Caudillo, con ideas cada vez más estrechas, conservaba muy poco que fuera heroico.

A pesar de su muy cacareado vigor físico, no caben muchas dudas de que el Generalísimo quería dedicar menos tiempo a la política y más a su familia y a sus aficiones. Sin embargo, a pesar de su miope suposición de que todos los males eran obra de minorías satánicas controladas a distancia por las logias masónicas y las internacionales de izquierdas, las elecciones municipales de noviembre de 1954 y la reunión en «Las Cabezas» habían puesto de forma definitiva la sucesión posfranquista en la agenda. Tras el pacto con Estados Unidos y el Concordato, Franco podría haberse retirado con considerable prestigio y haberle entregado el poder a don Juan, pero no estaba ni remotamente dispuesto a considerar semejante idea.

Con el joven Juan Carlos educándose en España, el problema de la oposición monárquica parecía estar bajo control. La salud de Franco era buena y le permitía duros días de caza, o jornadas de trabajo en las que a menudo permanecía en pie desde las siete de la mañana hasta la medianoche sin necesitar descanso. Presidía las reuniones del gabinete durante nueve horas seguidas, sin tomar alimento ni bebida alguna, ni hacer una pausa para ir al lavabo.⁴⁸ No sentía ninguna inclinación a renunciar al poder. Podía llevar los asuntos de rutina y todavía era capaz de manipular a sus subordinados y utilizar unos contra otros. Pero no tenía contacto con la realidad general de cambio social y las aspiraciones de sustanciales sectores de la población española. La visión de los buenos y los malos españoles, los vencedores y los

vencidos, los franquistas y los antifranquistas, que le había rendido buenos beneficios desde 1939, empezaban a ser irrelevante a causa del cambio generacional. A Franco seguía convenciéndole la visión del mundo que le proporcionaban Carrero Blanco y otros, un mundo en que él era el padre amado de su pueblo, al que protegía de los masones y los comunistas. Inevitablemente, su agudeza se había embotado a causa de la constante inmersión en un ambiente de halago. Más aún, su apetito de mantener un control minucioso de las corrientes políticas en el seno del régimen tuvo que haberse saciado con sus veinte años de permanencia en el ojo del huracán.

Cuando Franco dio señales de querer retirarse de los asuntos diarios de la política, él y su esposa empezaban a adoptar un aire distante de personajes regios, excepto cuando se encontraban con sus familiares y amigos más inmediatos. La fiesta anual que se daba en verano en el elegante palacio real de La Granja tenía todo el aspecto de un acontecimiento de la realeza. Rodeados del cuerpo diplomático, las autoridades militares y religiosas, los miembros del gobierno, altos funcionarios y jefes falangistas, Franco y doña Carmen eran objeto de homenaje. El viaje anual al palacio de Ayete de San Sebastián con el gobierno, recordaba la tradicional costumbre de Alfonso XIII y su corte en el verano. Frecuentemente taciturno, podía animarse cuando hablaba de sus triunfos de caza o de pesca en alta mar. Durante unas vacaciones a bordo del *Azor*, cerca de San Sebastián, y mientras gastaba grandes cantidades de dinero público en largas expediciones marinas en persecución de atunes, Franco reveló su aislamiento de la realidad cotidiana de la España de mediados de la década de 1950 cuando comentó sin dejo alguno de ironía que «desde luego, se es más feliz siendo austero».⁴⁹ Doña Carmen no quería que molestaran a su esposo con noticias desagradables, pero en 1955 vio los comienzos de una intensa crisis en dos frentes y en 1956 se vio obligado, con evidentes muestras de mala gana, a entrar en la refriega.

El primer problema concernía a la colonia marroquí por la cual había luchado en su juventud. En aquella época, Marruecos era todavía de primordial importancia para el honor militar en general y para Franco en particular. Franco le había confiado el cargo decisivo de Alto Comisario al general Rafael García Valiño, uno de los más jóvenes y brillantes estrategas entre los generales nacionales durante la Guerra Civil. García Valiño era considerado en algunos círculos del régimen como un rival potencial del Caudillo. En una ocasión había declarado que el día en que Franco muriera, él se presentaría en El Pardo para tomar el poder. El general Camilo Alonso Vega, confidente íntimo de Franco, en particular, lo consideraba «ambicioso y peligroso».⁵⁰

En una época en la que su equivalente francés, el general Guillaume, estaba intensificando la represión de los nacionalistas marroquíes, García Valiño, con la secreta complicidad de Franco, se dedicaba a una política activamente antifrancesa. Autorizó los partidos políticos locales, confirió a la zona española un cierto grado de autonomía, y ayudó secretamente a los rebeldes de la zona francesa con armas y dinero. Franco permitía las irresponsabilidades de García Valiño por varias razones. Hasta cierto punto, había pocas alternativas. Las lamentables condiciones del ejército español difícilmente podían permitir que se librara una importante guerra colonial con esperanza alguna de éxito. El imperio francés estaba desmoronándose tanto en el mundo árabe como en el Extremo Oriente, así que España no podía esperar mejor suerte. Además, la subida de Nasser había fomentado el nacionalismo árabe militante. Consecuentemente, Franco esperaba sacar provecho de la inquietud francesa y arreglarse como pudiera con la debilidad española. El deseo de agrandar el imperio español en Marruecos a costa de los franceses había sido un aspecto constante de su política africana desde 1939. En aquel momento, al permitir que García Valiño alentara las aspiraciones locales, buscaba congraciarse con el mundo árabe y asegurarse tal vez los votos árabes para la integración de España en la ONU.⁵¹

Posteriormente, Franco sostendría que García Valiño estaba fuera de control y actuaba por propia iniciativa. Eso, sencillamente no era verdad. En efecto, Franco escribió un artículo de prensa bajo el seudónimo de «Hispanicus» a favor de la política de García Valiño. Lo que sí irritaba al Caudillo era la forma arbitraria en que su Alto Comisario manejaba los asuntos internos de Marruecos. En particular, estaba predispuesto contra García Valiño por los chismorreos de la amiga de su esposa, la marquesa de Huétor de Santillán, acerca del desdén con que trataba a los miembros de la familia Franco cuando visitaban la zona.⁵² Aparte de eso, apoyaba plenamente la postura de su Alto Comisario.

En agosto de 1953, los franceses habían depuesto al sultán Mohammed V. El 21 de enero de 1954, García Valiño, dirigiéndose a una gran multitud, declaró su solidaridad con las víctimas de la represión francesa. Cinco días más tarde, Franco concedió una amnistía a todos los presos políticos marroquíes. A principios de febrero recibió a una delegación de nacionalistas marroquíes y censuró a los franceses. A lo largo de 1954, la represión francesa se intensificó y García Valiño declaró que España apoyaba «la evolución del pueblo marroquí» y continuó instigando el movimiento de liberación antifrancés. Finalmente, en agosto de 1955, bajo la presión tanto del Vaticano como de Argelia, los franceses decidieron reducir sus bajas en Marruecos y levantaron la ley marcial. En noviembre de 1955 el sultán fue repuesto. García Valiño felicitó a una encantada multitud en Tetuán. Tanto él como el Caudillo parecían creer que el deterioro de la posición francesa no tenía relevancia alguna para la zona española. Con un racismo ciego y paternalista, estaban seguros, como lo estaban la mayoría de los españoles africanistas, de que los marroquíes adoraban a sus gobernantes españoles.⁵³

El Caudillo hizo referencias simbólicas a una futura independencia, pero en noviembre de 1955 predijo con mucha seguridad que Marruecos no estaría preparado para ella hasta dentro de veinticinco años. Cuando los franceses comenzaron a hablar seriamente con los marroquíes, a principios de 1956 García Valiño envió a Franco un telegrama frenético en el que le decía que a menos que se hicieran promesas concretas de independencia y se pusiera en funcionamiento un importante programa de obras públicas para absorber el desempleo local, el movimiento nacionalista se volvería muy pronto contra España. Franco telefoneó a García Valiño el 9 de enero de 1956 y le

propuso que hiciera vagas declaraciones de futura independencia. Los nacionalistas locales reaccionaron a las largas españolas utilizando los mismos métodos violentos que habían resultado eficaces contra los franceses. Entonces, García Valiño denunció a sus hasta entonces amigos nacionalistas tachándolos de comunistas subversivos, cerró sus periódicos y arrestó a militantes prominentes. Cuando el 2 de marzo de 1956, los franceses anunciaron la independencia de Marruecos, el Caudillo se quedó acorralado. El 6 de marzo estallaron en la zona española violentos tumultos nacionalistas.

El 15 de marzo de 1956, Franco se vio obligado a dejar en libertad a los nacionalistas recientemente encarcelados y a anunciar que España abandonaría su protectorado. El 5 de abril, Franco recibió a Mohammed V en Madrid y fue tratado con el mismo glacial desdén con el que el Caudillo trataba normalmente a los demás. En las desagradables negociaciones que se llevaron a cabo el 4 de abril demostró finalmente cierto sentido de realidad. Después de años de confiadas afirmaciones sobre la especial amistad con Marruecos, su política no había demostrado ninguna perspicacia. La caza y la pesca habían ocupado buena parte de su tiempo durante la última crisis colonial y había entendido a dejar las cosas en manos de García Valiño. Sin embargo, en último extremo, sabía que no era posible luchar para conservar el protectorado. La declaración de independencia fue firmada el 7 de abril de 1956. ⁵⁴ Para suavizar el golpe, intensificó las presiones sobre Gran Bretaña por la cuestión de Gibraltar.

Mientras Franco estaba ocupado con la crisis marroquí, surgieron problemas políticos internos que lo convencieron del peligro que implicaba permitir cualquier tipo de interacción política que pudiera parecerse a la acción de los partidos. Desde el día en que se reunió con don Juan en «Las Cabezas» a finales de 1954, había procurado hacer caso omiso de las esporádicas muestras de descontento dentro de la Falange. En realidad, el descontento venía de antes. Con el liderazgo colaboracionista de Arrese y Fernández Cuesta, la Falange había aceptado el aplazamiento de su «revolución pendiente». Pero las nuevas generaciones que no habían luchado en la Guerra Civil empezaban a impacientarse con las interminables componendas y la situación de Falange como *claque* del Caudillo. Su malestar quedó brutalmente realzado en enero de 1954 cuando la policía reprimió la manifestación del SEU por Gibraltar. En febrero de 1955, falangistas extremistas, la Guardia de Franco, vocearon consignas insultantes contra el príncipe Juan Carlos y se dijo que habían llamado traidor a Franco por sus coqueteos con don Juan. ⁵⁵ Lo que resultaba inquietante desde el punto de vista de Franco era que estos incidentes revelaban la erosión de la ciega lealtad a su persona que anteriormente había sido un aspecto central del Movimiento.

Varias iniciativas liberalizadoras para la universidad del ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, habían exacerbado las tensiones internas del Movimiento. Uno de los primeros indicios fue la publicidad que rodeó la muerte y entierro del filósofo José Ortega y Gasset en octubre de 1955, denunciado por muchas personas del régimen, pero honrado por otros como librepensador y utilizado como símbolo para expresar su descontento hacia la asfixiante mediocridad de la cultura del régimen. Una reunión muy concurrida en recuerdo de Ortega, celebrada en la facultad de Filosofía y Letras de Madrid, causó considerable preocupación a Ruiz Giménez. ⁵⁶ Los estudiantes sabían muy poco de Ortega, pero simbolizaba el pensamiento crítico y el libre juego de las ideas, cosas implacablemente suprimidas bajo el gobierno de Franco.

De hecho, la agitación de las universidades no era el único síntoma de que las cosas estaban moviéndose tras la represiva fachada de la uniformidad del régimen. Franco podía desestimar la oposición obrera y de izquierda como una realidad molesta que él calificaba de obra de siniestros elementos comunistas y masónicos extranjeros, a la que había que enfrentarse con una represión severa. La rivalidad entre militares monárquicos y veteranos falangistas había sido también fácilmente encajada en su visión del mundo. Dado que pensaba que todo el mundo podía comprarse, se había dedicado a comprarlos, lisonjearlos o engañarlos. Las agitaciones de mediados de 1955 eran algo completamente diferente y mucho más insolubles para Franco. Los estudiantes españoles de este período, incluso los de izquierda y liberales, pertenecían casi exclusivamente a familias acomodadas de clase media. Al igual que los jóvenes falangistas que expresaban un tipo diferente de insatisfacción respecto al régimen, no podía aplicársele el mismo tipo de brutal represión que se utilizaba sin reservas contra las huelgas de clase obrera. Más aún, Franco no tenía ni el tiempo ni la flexibilidad necesarios para informarse bien sobre aquellas nuevas fuerzas. Deseaba gozar de los frutos del poder de forma ininterrumpida y cosechar las recompensas de «salvar a toda una sociedad», como él decía. La crisis de Marruecos había entorpecido esta ambición, pero no dedicó excesivo tiempo a solucionarla. Si en aquel momento tenía alguna preocupación política nacional, cuando ya su supervivencia estaba cómodamente a salvo, era la de asegurarse de que el franquismo perviviera de alguna forma después que su «magistratura de por vida» llegara a su fin.

Consecuentemente, no se tomó en serio ni la inquietud estudiantil ni el malestar falangista por el deslizamiento hacia una Monarquía conservadora. En el mitin de noviembre de 1955 en El Escorial para conmemorar el aniversario de la muerte del fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera, Franco confirmó los temores provocados entre las filas falangistas por el aparente acercamiento con don Juan en «Las Cabezas». Prescindiendo del habitual uniforme negro y la camisa azul de jefe nacional, se distanció de la Falange apareciendo en la ceremonia con uniforme de capitán general. Desde las filas de la guardia de honor una voz gritó «no queremos a un rey idiota». También se ha dicho que se oyó un grito de «Franco traidor». Otros incidentes menores reflejaron el descontento falangista con la actitud acomodaticia del régimen, pero Franco les concedió escasa importancia. ⁵⁷ Como valoración del peso político de aquellos hechos, era una reacción realista. Sin embargo, Franco malinterpretó gravemente los síntomas de inquietud estudiantil, verdadero aviso de que la sociedad española empezaba a avanzar en una dirección diferente de la del régimen. Más que nunca, la reconfortante convicción de que cualquier oposición era de inspiración comunista o masónica resultó inadecuada.

Un importante indicio de los cambios que se estaban operando dentro de la clase media española de los que Franco no tenía prácticamente la menor sospecha, lo proporcionó el rector de la Universidad Complutense de Madrid, el liberal Pedro Laín Entralgo, falangista arrepentido nombrado por Ruiz Giménez. Después de los disturbios estudiantiles de enero de 1954, Laín Entralgo había comenzado a estudiar las actitudes de la juventud española. Su informe indicaba que existía una insatisfacción generalizada por la atmósfera anquilosada de la universidad franquista. También daba a entender que los estudiantes tenían graves dudas sobre la moralidad del régimen y sus servidores. Laín afirmaba que lo que los estudiantes expresaban hoy, el resto de la sociedad lo sentiría mañana. Su informe era una petición de que se abrieran las ventanas del régimen antes de que el marxismo comenzara a crecer en su fétida atmósfera. Laín solicitó una audiencia con Franco a finales de diciembre de 1955, con el fin de entregarle el primer ejemplar encuadernado del informe. Franco parecía sentirse inseguro cuando hablaba de temas sobre los que no tenía conocimiento de primera mano y dejó que Laín llevara el peso de la conversación. La reunión acabó sin que se llegara a ninguna conclusión, pero Laín Entralgo creía que el Caudillo había leído más tarde el informe. Poco después, el sociólogo José Luis Pinillos llevó a cabo un estudio de las ideas estudiantiles y concluyó que una amplia mayoría consideraba incompetentes y profundamente inmorales a las autoridades políticas y militares.⁵⁸

Franco hizo referencia a las tensiones universitarias en su mensaje radiofónico del 31 de diciembre de 1955. Su discurso era la réplica al informe de Laín Entralgo y también a la encuesta realizada por Pinillos en la medida en que ésta indicaba oposición a su dictadura entre los hijos de los más influyentes partidarios de Franco.⁵⁹ Franco parecía comprender finalmente que, casi dos décadas después de su ascenso a la jefatura del Estado, la atmósfera política de España estaba cambiando. Tras el triunfo diplomático de 1953, el mantenimiento artificial de la unidad como respuesta al cerco internacional ya no era realista. Así pues, en lugar del habitual resumen de sus grandes logros nacionales e internacionales, Franco dedicó su mensaje anual a los peligros de la subversión. Lo que estaba implícito era que, como resultado de su fructífero mando, los españoles se habían vuelto demasiado acomodaticios y eran, por tanto, presa fácil de los extranjeros que querían dividirlos. Habló también de libertinaje en la radio, y reveló su enconado desprecio hacia Ortega y la intelectualidad liberal cuando se refirió a «los resabios liberales que en la vida de relación de vez en cuando se acusan, que, cual sepulcros blanqueados, no les falta brillantez y encanto, pero que al acercarse a ellos se aprecia aquel tufillo o hedor masónico que caracterizó a nuestros años tristes». Finalmente, apeló a la intelectualidad leal para que combatiera la subversión.⁶⁰

El tono defensivo del mensaje de Franco decepcionó a muchos de sus partidarios,⁶¹ y halló eco sólo en los sectores más reaccionarios de la Falange. Los intransigentes de varias organizaciones y grupos de presión falangistas —la Vieja Guardia, la Asociación de excautivos, la Guardia de Franco, el Frente de Juventudes y los excombatientes— comenzaron a movilizarse. Sin la falacia de la amenaza exterior y del «cerco internacional» para apretar las filas falangistas en torno al Caudillo, no era ya posible pasar por alto la mediocridad conservadora del régimen. No se había realizado la gran revolución falangista, y la visión del Caudillo confraternizando con el anglófilo don Juan era un desagradable recordatorio de que, a pesar de los símbolos y la retórica, el régimen no era realmente falangista. En 1956 se producirían cada vez más indicios de indisciplina falangista, aunque al amparo de la bandera de un franquismo extremo. El que Franco permitiera dichas actividades reflejaba tanto su esencial coincidencia con los elementos negativos, antiliberales, antimasónicos y anticomunistas de la retórica falangista como su necesidad de usar un espantajo en el continuo tira y afloja con los monárquicos. La aquiescencia a las bufonadas de los falangistas exaltados indicaba también que Franco, a sus sesenta y cuatro años y dada su afición a la caza y la pesca, no quería que lo molestaran con las pendencias internas del régimen.

De hecho, los problemas que surgieron en 1956 eran algo más que simples pataletas de los falangistas más jóvenes. El descontento tenía muchas facetas, que iban desde las enemistades internas entre las fuerzas del régimen hasta el descontento de la clase obrera por las espantosas condiciones de vivienda y de vida. A principios de 1956, el nuevo embajador británico, sir Ivo Mallet, comentó que a raíz del mensaje radiofónico de fin de año, empezaba a cundir la opinión de que Franco era «un completo cínico interesado sólo en conservar el poder mientras viva, e indiferente hacia lo que pueda ocurrir cuando él muera. Se dice que tiene dos carpetas sobre su escritorio, una rotulada “problemas que el tiempo resolverá” y la otra “problemas que el tiempo ha resuelto”; y se dice que su tarea favorita es la de transferir papeles de una carpeta a la otra». El Caudillo, sin duda, debió de comprender que cualquier inclinación hacia los monárquicos debilitaría su propia posición, porque sus lealtades no le pertenecían. Consecuentemente, a medida que los monárquicos ganaban confianza, su reacción natural fue siempre la de inclinarse nuevamente hacia la Falange, cuya misma existencia dependía de él.⁶²

La autocomplacencia de Franco no le permitió prepararse para la crisis que era inminente. A principios de 1956, la inquietud de los partidarios de Franco más moderados y pasivos adoptó la forma de rumores alarmistas, que incluían especulaciones sobre el deterioro físico del Caudillo. Los rumores de que Franco necesitaba una operación de próstata habían estado circulando durante algunos meses. Tras algunas investigaciones, Mallet concluyó que «la verdad probable es que puede tener un tumor en la vejiga que requiera tratamiento ahora y quizá una operación más adelante. Exteriormente parece estar en perfecto estado de salud y continuamente recibe delegaciones, hace visitas y va de caza». Mallet estaba convencido de que Franco reaccionaría ante aquella crisis potencial de la misma forma que ante las anteriores, no haciendo nada y esperando a ver qué ocurría.⁶³

Franco tuvo suerte de que el resurgir del descontento en varios frentes inclinara, paradójicamente, a oficiales del ejército, falangistas y monárquicos a unirse en favor de su causa. En 1956, las tensiones universitarias que habían surgido en enero de 1954 y nuevamente tras la muerte de Ortega y Gasset, estallaron abiertamente. Los izquierdistas y los liberales estaban presionando por una apertura del sistema. Hubo

choques en la vieja facultad de Derecho de San Bernardo, en el centro de Madrid, entre progresistas y militantes falangistas, decididos a actuar al ver su «revolución pendiente» pospuesta indefinidamente. El 8 de febrero de 1956 cayeron sobre la universidad bandas organizadas de falangistas que golpearon a los estudiantes y destruyeron oficinas y aulas. El conflicto se intensificó al día siguiente. Un grupo de matones armados de la extremista Guardia de Franco que regresaba de un acto en memoria de Matías Montero, un falangista al que habían matado durante la Segunda República, se enzarzó en una pelea con algunos estudiantes progresistas. Uno de los falangistas, Miguel Álvarez Pérez, fue gravemente herido por un disparo de la policía o por la descarga accidental de una de las pistolas que llevaban sus propios compañeros. La similitud simbólica entre Miguel Álvarez y Matías Montero permitió a los intransigentes invocar el espíritu de la Falange anterior a la Guerra Civil.

Al caer la noche del 9 de febrero circulaban alarmantes rumores de que la Falange estaba planeando una sangrienta venganza y en buena medida para reafirmar su posición política. Se decía que Tomás Romojaró, subsecretario del Movimiento afín a Fernández Cuesta, había autorizado la entrega de armas a las escuadras falangistas. Se confeccionaron listas negras de «traidores». Ruiz Giménez fue advertido tanto por el ministro de Trabajo, José Antonio Girón, como por el de Gobernación, Blas Pérez, de que su vida estaba en peligro.⁶⁴ De hecho, el capitán general de Madrid, Miguel Rodrigo Martínez, había dejado inequívocamente claro a los falangistas que no toleraría ninguna violencia. El capitán general, junto al ministro del Ejército, general Muñoz Grandes, y al general Carlos Martínez Campos, tutor del príncipe Juan Carlos, visitaron al Caudillo en la mañana del 10 de febrero y expresaron su malestar por las actividades de la Guardia de Franco.⁶⁵

Franco se había mantenido plenamente informado por la policía de los hechos ocurridos en la noche del 9 de febrero. Su reacción inicial fue la de no tomarse las cosas demasiado en serio, en parte por su visceral simpatía hacia los falangistas y en parte por un hábito instintivo de infravalorar las crisis. La prensa franquista culpó de los incidentes a agitadores comunistas.⁶⁶ Cuando Muñoz Grandes, Rodrigo Martínez y Martínez Campos se presentaron en El Pardo antes del desayuno, para preguntar a Franco en nombre del Ejército qué pensaba hacer para controlar a la Falange, él replicó con su acostumbrada despreocupación que creía que las amenazas quedarían en nada. Pero cuando Muñoz Grandes le dijo que si se hacía daño a alguna persona incluida en la «lista negra» el ejército tomaría Madrid, Franco, al parecer, prometió ordenar el arresto de los conspiradores falangistas.⁶⁷

En el Consejo de Ministros que se celebró aquel mismo día, quedaron suspendidos por primera vez los derechos «consagrados» en la pseudoconstitución del Fuero de los Españoles. No obstante, Franco se mostró suficientemente tranquilo ante los acontecimientos para salir inmediatamente hacia una gran cacería en compañía de Muñoz Grandes, Arburúa y un grupo de aristócratas y empresarios. Regresó a tiempo para asistir a otra reunión del gabinete, el 13 de febrero de 1956. Los intentos de Martín Artajo de apuntar razonablemente que la bala que había alcanzado a Miguel Álvarez podría haber procedido de los falangistas o de la policía, fueron bruscamente interrumpidos por el Caudillo, que lo acusó de tragarse información procedente «del enemigo», referencia a la BBC, a la que seguía considerando portavoz de la masonería internacional.⁶⁸

Franco creía que las tendencias liberalizadoras de Ruiz Giménez habían permitido que afloraran los elementos de izquierda de las universidades. De la misma forma, se creía en El Pardo que Fernández Cuesta no había sabido contener la aparición de tendencias antifranguistas dentro del Movimiento.⁶⁹ En realidad, los estudiantes, que consideraban a Franco un fósil político, alborotaron contra su régimen con creciente frecuencia e intensidad a lo largo de toda la década de 1960. A pesar de su habitual inclinación a no dejarse arrastrar hacia ninguna acción precipitada y su renuencia a sustituir ministros una vez se había acostumbrado a ellos, el resurgir de las hostilidades entre falangistas y altos mandos militares impulsó al Caudillo a buscar chivos expiatorios en las personas de dos ministros. Ruiz Giménez fue convocado a una audiencia con Franco el 14 de febrero y presentó la dimisión. Franco no contestó directamente pero, en su estilo indirecto, declaró que a consecuencia de la crisis, el ministro de Educación y el ministro secretario general del Movimiento «iban a marcharse». También dijo que no tenía tiempo para realizar una remodelación completa del gabinete.⁷⁰

Si algo sugería esa observación era más la preocupación por sus compromisos de caza que la percepción de la profundidad real de las dificultades políticas a las que se enfrentaba. El hecho de que las dos víctimas de la crisis provinieran de dos de los principales grupos del régimen representados en el gabinete no significa que Franco estuviera realizando un sutil acto de equilibrio. Las destituciones fueron una reacción instintiva ante problemas inesperados. En el momento de los disturbios, Fernández Cuesta estaba en el extranjero en visita oficial a Brasil, representando a Franco en la toma de posesión de Juscelino Kubitschek, y a la República Dominicana, para devolver la visita que Trujillo había hecho a España en 1954. En Washington, donde Fernández Cuesta se había detenido de regreso de América Latina, se le comunicó que debía regresar a España de inmediato. Poco después de llegar a Madrid el 14 de febrero, fue recibido en El Pardo por Franco, a quien regaló un estuche de gafas que le había comprado en Nueva York; Franco no le agradeció el regalo y escuchó impasible el relato de su viaje. Cuando comenzó a comentar la reciente crisis en su calidad de ministro secretario general del Movimiento, Franco dijo fríamente al perplejo Fernández Cuesta que no tenía necesidad de preocuparse porque ya no era ministro secretario.⁷¹

Aquella misma mañana, Franco mandó llamar a Arrese, retirado de la política desde 1945. Cuando llegó a El Pardo a las seis y media de la tarde del 14 de febrero, Franco le pintó un drástico cuadro de amenazas liberales e indisciplina falangista, dejando claro que estaba buscando a alguien que pudiera restaurar la disciplina sin que pareciera que estaba aplastando a la Falange. Arrese había realizado esa misma labor después de la crisis de 1942 y era bastante lógico que volviera a llamarle requiriendo sus buenos oficios. Arrese, convencido de que buena parte de aquella crisis derivaba de la inexistencia de un gobierno exclusivamente falangista —pues consideraba el gobierno vigente una

coalición— insinuó hábilmente que Fernández Cuesta había sido víctima de su propia benevolencia. Franco le indicó que él podía hacerse cargo del programa de proyectos constitucionales para el futuro posfranquista que se le había confiado a Fernández Cuesta un año antes. Tras una resistencia simbólica, Arrese aceptó el puesto.⁷² Tanto Fernández Cuesta como Ruiz Giménez fueron oficialmente sustituidos el 16 de febrero.

Franco hizo volver a Arrese para dar a la Falange cierto barniz de aquiescencia, aunque sus ambiciosos planes provocaron rápidamente una alarmante polarización de la coalición franquista. Ruiz Giménez fue reemplazado por otro falangista, Jesús Rubio García-Mina, un catedrático conservador cuya reacción ante los recientes disturbios había sido «estudiantes, a estudiar».⁷³ Estos cambios de gabinete, a diferencia de los de 1945 y 1951, no eran cambios de dirección deliberados y premeditados sino reparaciones chapuceras de emergencia. Ninguno de los dos nombramientos era el indicado para la situación: Arrese porque era peligrosamente ambicioso; Rubio porque carecía completamente de imaginación. A Franco le quedaban pocas alternativas que no fueran aferrarse a la Falange. Esto, en 1945 y 1951 había parecido osado, cuando se consideraba inevitable hacer concesiones a los monárquicos. Pero no había nada de osado en la parcial remodelación de 1956. Franco no podía abandonar a la Falange sin poner su suerte en manos de los altos oficiales del Ejército que querían una restauración de la Monarquía cuanto antes. Pero Arrese no era una opción para largo. La violencia falangista de febrero de 1956 era un síntoma de agonía más que de vitalidad juvenil. La reacción refleja de Franco ante la crisis de 1956 fue el primer signo de que su figura empezaba a ser menos dominante. Preocupado por el problema de Marruecos y subestimando la gravedad de la crisis, ya no controlaba los acontecimientos sino que era arrastrado por ellos.⁷⁴

La instintiva reacción de reafirmar la preeminencia falangista era comprensible dada la mutua dependencia de Franco y la Falange. Franco no sólo respondía ante la inmediata crisis de 1956, sino ante las evidencias del descontento de los falangistas de la línea dura que habían estado aumentando desde su acercamiento a don Juan un año antes. A finales de 1955, algunos dirigentes de la Falange de Madrid le habían presentado un documento que exigía una rápida puesta en práctica de la «revolución pendiente» con el control exclusivo de la Falange. Aquello era, en realidad, un anteproyecto para una estructuración más totalitaria del Estado de partido único.⁷⁵ La designación de Arrese respondía en gran medida a este sentimiento. Como ministro secretario, Arrese intentaría ejecutar muchas de las recomendaciones de dicho documento con aquiescencia de Franco. Sin embargo, en la España de la década de 1950, que se integraba lentamente en el capitalismo occidental, el falangismo totalitario no era una opción seria a largo plazo.

La débil respuesta del Caudillo a la crisis de 1956 se debía a que, en un momento en que lo que quería era dormir sobre sus laureles y disfrutar de su preeminencia, tuvo que enfrentarse simultáneamente con demasiadas presiones. El primo de Franco relató varias reuniones de esta época en El Pardo, con un Caudillo silencioso y taciturno a la hora del almuerzo que no respondía a los conatos de conversación y mordía palillos de dientes que luego dejaba apilados encima de la mesa.⁷⁶ No había ninguna indicación pública del horror que sentía el Franco africanista ante la perspectiva de perder Marruecos, pero la pérdida de su serenidad habitual en privado era comprensible en un hombre que una vez había dicho: «Sin África, difícilmente podría explicarme a mí mismo».⁷⁷

Franco estaba demasiado preocupado en marzo de 1956 para pensar detenidamente en todas las implicaciones del plan de Arrese de elaborar un conjunto de «Leyes Fundamentales», una especie de reforma constitucional franquista. Las ideas de Arrese de «refalangización» o «totalitarización» del régimen tenían mucho que ver con el Tercer Reich e implicaban un enorme aumento de poder para el partido único. En abril, después de la pérdida de Marruecos, Franco se aferró a los planes de Arrese como forma de revitalizar su mando. En lugar de calmar los ánimos dentro del régimen tras la crisis de febrero, los planes de Arrese provocaron una intensa polarización. Los monárquicos, los tradicionalistas y los católicos interpretaron los planes como un proyecto neonazi para bloquear cualquier futura liberalización en una Monarquía restaurada y perpetuar la hegemonía falangista en el régimen.

Da medida de la preocupación de Franco el que no llegara a recelar del grado de ambición de Arrese, aparte de que él mismo se viera seducido por un plan que le fue presentado en el más adulator de los envoltorios. Arrese había hablado con Girón y otros mandos falangistas sobre la conveniencia de intentar convencer a Franco de que abandonara la jefatura del gobierno, lo cual quedó como meta a medio plazo. Entretanto, la prioridad de Arrese era estrechar el marco legislativo para la sucesión de Franco. Con su inimitable estilo obsequioso, le dijo a Pacón, presumiblemente con la esperanza de que éste lo repitiera al Caudillo, que nadie podría reemplazar o suceder a Franco.⁷⁸ Después, el 27 de febrero de 1956, Arrese había dicho a Franco en persona que todos sus poderes no podían ser transmitidos a un sucesor real porque el Caudillo era «irrepetible». Puesto que la decadencia de la Monarquía liberal era uno de los temas preferidos de Franco, a Arrese le resultó fácil convencerlo de que se necesitaban salvaguardias para evitar el riesgo de una reforma democrática bajo el mando de un rey débil. Así se le concedió a Arrese luz verde para eliminar cualquier agujero de las leyes que conformaban la «constitución» franquista que pudiera permitir a un futuro rey desvincularse del Movimiento. El plan de Arrese se hizo público en Valladolid el 4 de marzo de 1956 en la ceremonia del vigésimo segundo aniversario de la unión de Falange Española y las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. En un discurso retóricamente violento, Arrese habló de aplastar el comunismo y el liberalismo con «puños y pistolas» y declaró que el primer objetivo era «tomar la calle».⁷⁹

Al principio, los planes de Arrese fueron elaborados mientras Franco se hallaba distraído a lo largo de marzo, no sólo por la inminente descolonización de Marruecos sino también por los indicios de descontento económico y social. El índice del coste de la vida había aumentado un 50% en el curso de los doce meses precedentes. Con los salarios congelados, la clase obrera cargaba con todo el peso de la

crisis económica. Enfrentado con la amenaza de una repetición de la huelga de Barcelona de 1951, el gabinete de Franco se reunió el 3 de marzo para tratar el tema de la creciente agitación obrera. El consejo urgente de José Antonio Girón, ministro falangista de Trabajo, secundado por Arrese, fue que el gobierno decretara una subida salarial general del 23%. Se produjo una agria discusión entre Girón y el ministro de Comercio, Manuel Arburúa, quien señaló las consecuencias inflacionistas de dicha estrategia. A corto plazo, Girón ganó la batalla. Se anunció alegremente que el incremento salarial no tendría repercusión alguna sobre los precios.⁸⁰ La subida de los sueldos no llegó a tiempo de retrasar una serie de huelgas que comenzó en abril la industria zapatera de Pamplona y que se extendió a la industria siderúrgica del País Vasco y las minas de carbón de Asturias.⁸¹ Incluso después de que la oleada huelguística se calmara temporalmente, los conflictos personales entre Girón y Arburúa y entre sus diferentes conceptos de la función del Estado en la economía continuaron siendo un problema para Franco.*

La máxima habilidad del Caudillo fue siempre dejar que todas y cada una de las facciones de la coalición franquista creyeran que, sólo con ser leales, podían obtener lo que quisieran. Sólo la absoluta dedicación a otros problemas puede explicar por qué, por primera vez, Franco permitió a Arrese cerrar todas las opciones de sucesión que no fueran la falangista. Aunque no lo demostró en público, Franco estaba deshecho por la pérdida de la colonia por la que había luchado en su juventud. Era también el final del sueño imperial africano por el que había estado tan cerca de entrar en guerra al lado de Hitler en 1940.⁸² Por primera vez desde que llegó al poder, Franco había sufrido una humillación que no podía volver a su favor ni reescribir en términos lisonjeros. La descolonización de Marruecos significó también que tendría que disolver su Guardia Mora, uno de los símbolos más característicos no sólo de su categoría casi regia e imperial, sino también del terror sobre el que se alzaba su poder.

La Guardia Mora había servido como recordatorio del terror causado por su ejército de África en la Guerra Civil. Su desaparición no significó el final de la división de España entre vencedores y vencidos, pero constituía un paso más hacia la gris normalidad del régimen de Franco. Los desafíos de 1946 parecían tan lejanos como las ambiciones imperiales de 1939. El Caudillo mismo buscaba disfrutar del presente y asegurar el futuro. Los días de luchas gloriosas y comparaciones con el Cid habían pasado. Como respuesta a su deslizamiento hacia una cómoda rutina, las fuerzas del régimen tomarían sus propias medidas para el futuro. Paradójicamente, a medida que el mando de Franco perdía dinamismo y energía y las familias franquistas competían por el poder, éstas le necesitaban cada vez más como árbitro que mantenía unido el sistema. Franco, claro está, no tenía inconveniente alguno en seguir siendo indispensable.

Aprendiendo a delegar: *Homo Ludens*, 1956-1960

El discurso de Arrese del 4 de marzo de 1956 había alertado a otras fuerzas del régimen sobre el peligro de un férreo monopolio falangista del futuro franquista. El ministro secretario estaba actuando con un dinamismo que sugería que contaba con el apoyo del Caudillo. Su confianza lo cegó al poder real de las fuerzas que rápidamente se alinearon contra él. Los primeros en movilizarse fueron los partidarios de don Juan, aunque los tradicionalistas y los católicos de la élite franquista no les iban muy a la zaga. En la primavera de 1956, el representante de don Juan, el conde de Ruiseñada, le entregó al capitán general de Barcelona, Juan Bautista Sánchez, un plan para contrarrestar las maquinaciones de Arrese mediante una restauración anticipada de la Monarquía. El plan de Ruiseñada proponía que se obligara a Franco a retirarse de la política activa al puesto de regente. La gestión política sería asumida por Juan Bautista Sánchez hasta que el rey fuera restaurado. La participación del general Bautista Sánchez, el profesional más respetado del ejército, contribuyó a asegurar el apoyo de otros generales monárquicos contra Arrese.¹

Que Franco no era neutral en la competencia por el futuro que se estaba librando entre falangistas y monárquicos, quedó absolutamente claro en la primavera de 1956. En el transcurso de un recorrido propagandístico por Andalucía en compañía de Arrese, sus puntos de vista fueron públicamente proclamados. Tras el abatimiento de los meses recientes, Franco se mostró en este viaje lleno de energía y entusiasmo. Su humor sugería que, con Marruecos irrevocablemente perdido, se había quitado un peso de encima. Como en muchas otras ocasiones de su vida, demostró su notable capacidad para encogerse de hombros ante los desastres y continuar adelante. Con el falangismo militante que iba a exhibir en Andalucía, buscaba un terreno en dar testimonio de su poder y desquitarse de la humillación sufrida a manos del sultán. Los excesos retóricos también sirvieron para demostrar a la Falange que, a pesar del revés imperial, el fervor de su jefe nacional estaba intacto. En la inauguración de los astilleros de Sevilla el 24 de abril, declaró que su régimen «admite la comparación franca y ventajosa con los mejores regímenes que se conozcan o puedan plantearse».² A medida que el viaje progresaba, Arrese fue reavivando el espíritu de lucha de épocas más difíciles. Poca duda cabe de que Franco sentía simpatía por el siempre sonriente Arrese y que respondía bien a su tipo particular de adulación. Arrese se jactaba: «Estoy seguro de que he sido el ministro de más intimidad con el jefe del Estado español».³ Cuando salían de viaje juntos, como hicieron en Cataluña en enero de 1942 y en Galicia en agosto de 1942, Arrese parecía inspirar en Franco un entusiasmo por su papel de jefe nacional del Movimiento.

Aparte de preparar hábilmente la apoteósica recepción que le dispensaron a Franco las multitudes de falangistas delirantes, Arrese influyó sobre él durante los largos traslados en coche para persuadirlo de que dichas demostraciones reflejaban un general entusiasmo por una línea más fuertemente falangista, y le produjo gran satisfacción que Franco diera a sus discursos un «giro total de superfalangismo y de acometividad». En Huelva, el 25 de abril, el Caudillo deleitó a su auditorio con una inconfundible e insultante referencia a los monárquicos y a Juan Carlos, cuando declaró que «no hacemos caso de las torpes intrigas de unas docenas de politicastos, ni de sus retoños. Porque si en algo estorbasen a la realización de nuestro destino histórico, si algo se interpusiese en nuestro camino, lo mismo que en nuestra Cruzada, daríamos suelta a la riada de camisas azules y de boinas rojas, que los arrollarían».⁴ Al dirigirse con palpable emoción a 25.000 falangistas en Sevilla el 1 de mayo de 1956, Franco denunció apasionadamente a los enemigos de la revolución falangista, los liberales y los astutos manipuladores políticos que trabajaban en interés de las logias masónicas y el comunismo internacional. Refiriéndose a su estatus casi regio, afirmó que España era constitucionalmente «una Monarquía sin realeza» y fue exaltándose hasta declarar que «la Falange puede vivir sin la Monarquía; ¡ah!, la que no podría vivir sería ninguna Monarquía sin la Falange».⁵ La beligerancia de Franco sugería que tenía conocimiento del plan que estaban elaborando Ruiseñada y el general Juan Bautista Sánchez.

Es sorprendente que Franco, cuyo mayor talento era su habilidad para mantener el equilibrio político y envolver sus intenciones en nebulosas vaguedades, hubiera llegado tan lejos. Queriendo compensar la humillación de Marruecos, durante los largos viajes entre las capitales provinciales de Andalucía, Franco se había dejado entusiasmar por las palabras de Arrese sobre un glorioso futuro falangista hasta el punto de hacer declaraciones explícitas que eran inquietantes para muchos monárquicos dispuestos a seguir la corriente al régimen siempre y cuando no se definiera ideológicamente.⁶ Además de la intranquilidad provocada por los discursos de Franco, causó bastante alarma la arrogante presunción con que Arrese se dirigía a la élite franquista con consultas sobre posibles cambios de gabinete y enmiendas constitucionales. Se habló incluso de la rehabilitación de Hedilla y, dando por supuesto que el predominio de la Falange estaba asegurado, muchas figuras prominentes comenzaron a cultivar las relaciones con Arrese como hombre del momento.⁷ Fernández Cuesta le dijo a sir Ivo Mallet que la finalidad de la nueva constitución era dar a la Falange una posición comparable a la del Partido Comunista en la URSS.⁸

Al menos dos de los miembros del comité que estaban colaborando en la redacción de los proyectos legislativos de Arrese se sintieron molestos por el hecho de que no se hiciera mención alguna de la Monarquía en sus previsiones para la sucesión de Franco. Carrero Blanco redactó unas notas para Franco en las que sugería que lo que España necesitaba era «una Monarquía tradicional para el momento presente».

El ministro de Justicia, el tradicionalista Antonio Iturmendi, también estaba siguiendo las actividades preliminares de Arrese con cierta hostilidad. Había designado a uno de sus más brillantes colaboradores para que revisara el proyecto de Arrese con ojo crítico. El hombre encargado de esa tarea era el monárquico catalán y profesor de derecho administrativo, Laureano López Rodó.⁹ Hombre profundamente religioso miembro del Opus Dei, el austero López Rodó, que pronto protagonizaría una vertiginosa carrera política, era el modelo mismo de opusdeísta: tranquilamente confiado, gran trabajador y eficaz.

A pesar de la inicial desconfianza de Carrero Blanco e Iturmendi, el 20 de junio, cuando Arrese discutió sus planes con el Caudillo, salió de la entrevista con la impresión de que aún podía contar con su apoyo pleno.¹⁰ Sin embargo, otras influencias estaban adquiriendo fuerza en torno a Franco. El general Antonio Barroso, su jefe de operaciones durante la guerra y entonces director de la Escuela Superior del Ejército, estaba profundamente alarmado por el discurso que había pronunciado Arrese el 1 de mayo. En vísperas de ocupar la jefatura de la Casa Militar del Caudillo, el 1 de julio de 1956 protestó ante Franco por los planes de aquél. Junto con otros dos generales monárquicos, uno de los cuales pudo haber sido Juan Bautista Sánchez, se dice que abordó el plan de Ruiseñada con el Caudillo, proponiendo que un directorio militar se hiciera cargo del poder y celebrara un plebiscito sobre la alternativa de Monarquía o república, en la confianza de que dicho plebiscito resultaría a favor de la Monarquía.¹¹ Ante un plan destinado a eliminarle políticamente, Franco se mostró superficialmente evasivo, pero su preocupación por la lealtad del Ejército se reflejó en el hecho de que un mes antes hubiera decretado grandes aumentos de sueldo para los oficiales.¹² Su reacción ante la visita de Barroso puede deducirse del repentino y perceptible cambio de actitud hacia Arrese. Dos días después de la misma, Franco recibió a Arrese en El Pardo al cual alarmó cuando expresó un entusiasmo considerablemente menor hacia sus proyectos sin un atisbo del porqué de dicho cambio.¹³

Hasta aquel momento, Arrese había sentido que era «el niño mimado de El Pardo» y soñaba con un gobierno totalmente falangista. Arrese era amigo de doña Carmen y dedicaba un tiempo considerable a cubrirla de atenciones con el fin de convertirla a su visión de un futuro falangista.¹⁴ Su éxito podría medirse por el hecho de que, a lo largo de junio de 1956, Franco, normalmente reservado, había hablado con él de una posible reestructuración ministerial que sería anunciada el 18 de julio, quinto aniversario del último cambio de gabinete. El ministro secretario había provocado entonces la hostilidad de la élite franquista al especular abiertamente sobre la destitución de Martín Artajo y la creación de un gabinete exclusivamente falangista que él dominaría como secretario de la Presidencia, el puesto clave para influir en Franco. Las murmuraciones en El Pardo sobre la excesiva ambición de Arrese y la inquietud política provocada por sus planes constitucionales pronto hicieron que Franco lo viera como «un caballo desbocado al que era preciso sujetar la brida». El Caudillo abandonó su plan de reestructuración del gabinete.¹⁵

Una de las consecuencias inmediatas de la llegada de Arrese al gobierno fue la reducción a la mitad del número de reuniones del gabinete. Señalando que aquellas interminables sesiones no eran eficaces y que frecuentemente duraban hasta primeras horas de la madrugada sin conseguir nada útil, Arrese logró convencer a Franco de que las redujera de semanales a quincenales. Según Arrese, su interés era conservar las energías de Franco para España, pero formaba también parte de su plan para fortalecer la participación de la Falange, con la vana esperanza de que el comité ejecutivo de la Falange, la Junta Política, pudiera hacerse cargo de algunas funciones del gabinete.¹⁶

Las críticas de Barroso, Iturmendi y Carrero Blanco a los planes de Arrese, provocaron un enfriamiento del apoyo de Franco a su proyecto. No obstante, cuando el Caudillo pronunció su discurso ante el Consejo Nacional de FET y de las JONS el 17 de junio de 1956, vigésimo aniversario del levantamiento militar, dio pocas muestras de estar a punto de abandonar a Arrese, a sugerencia del cual se había organizado el acto. El que Franco aceptara esta iniciativa era un significativo gesto a favor de Falange. El Consejo Nacional no se había reunido desde que Arrese había abandonado el gobierno en 1945, y constituía un elemento crucial de sus planes para el futuro como guardián de la ortodoxia del sucesor de Franco. Arrese ayudó a Franco a trazar las líneas de su discurso y le entregó algunas notas sobre el proyecto de las «leyes fundamentales» según sus propias palabras, «para evitar que, por influencia de otros sectores o por calmar alguna de las muchas inquietudes que se iban levantando entre los grupos monárquicos o liberales, dijera algo que nos colocara después en una situación embarazosa».¹⁷

El Caudillo, guiado por las notas de Arrese, confirmó el papel central del Movimiento en los planes de sucesión.^{*} El discurso, una larga letanía de alabanzas a sus logros en el poder, calmó los temores falangistas de que un futuro sucesor monárquico pudiera utilizar su poder absoluto para llevar a cabo una transición a la democracia. Franco declaró, utilizando las notas de Arrese, que «la concurrencia en mi magistratura de una serie de circunstancias providenciales, de casi imposible repetición» y que los poderes de cualquier futuro jefe del Estado serían cuidadosamente definidos por el Movimiento, que tendría «una misión permanente, un quehacer constante: asegurar al país la permanencia de los principios por los que se luchaba y moría».¹⁸

Suponiendo que Franco fuera consciente de las implicaciones de lo que estaba anunciando, parecía estar declarando su apoyo al proyecto de Arrese de un marco «constitucional» que garantizara el monopolio político del Movimiento. Profundamente agradecido, Arrese interpretó las palabras de Franco como un espaldarazo a su postura, pero otros falangistas más militantes se sintieron decepcionados por lo que percibieron como una limitación de sus ambiciones. Como autojustificación ante los que pensaban que su régimen estaba volviéndose demasiado conservador, Franco intentó demostrar que éste había cumplido plenamente las aspiraciones de José Antonio Primo de Rivera. Sus palabras fueron interpretadas como una afirmación de que no había «revolución pendiente», que el régimen había hecho toda revolución que tenía intención de hacer. Girón le comentó a Arrese que la decepción de los consejeros podía oírse en el tono triste con el que se

nieron a Franco para cantar el *Cara al Sol* al final de la sesión.¹⁹

Martín Artajo estaba tremendamente alarmado por el discurso del jefe nacional. Al alabar al sistema falangista, Franco había elogiado a la Italia fascista y la Alemania nazi, y había hecho burlonas referencias al sistema democrático de posguerra «impuesto» a las potencias derrotadas del Eje por los asustados y envidiosos aliados occidentales. Las palabras de Franco reflejaban su profunda convicción de que la prosperidad era imposible dentro de la democracia. Hacía poco había confiado a su primo Pacón su creencia de que los aliados habían obligado a Alemania, Italia y Japón a adoptar el sistema democrático con el fin de garantizar su postración económica.²⁰ Respondiendo a un ruego de Martín Artajo, las observaciones antidemocráticas fueron omitidas de la versión publicada del discurso.²¹

Durante su estancia en San Sebastián el mes de agosto de 1956, Franco fue informado de que las tensiones provocadas por los planes para el futuro apenas importaban en comparación con el conflicto que existía entre sus ministros respecto a cómo solucionar la inflación desatada y los crecientes problemas sociales. La polémica afectaba a varios de ellos, pero los campeones de los puntos de vista opuestos eran Girón, que defendía un mayor gasto, y Arburúa, que aconsejaba austeridad, particularmente en lo que hacía al INI.²² Franco parecía indiferente. Tras haber abandonado la idea de una importante reestructuración para el 18 de julio, no sentía ningún deseo de enfrentarse con aquel problema durante sus vacaciones veraniegas. Los conflictos resurgieron en septiembre, época para la cual había mudado toda la corte a Galicia. En la reunión del gabinete celebrada en el Pazo de Meirás el 14 de septiembre, se produjo un debate muy acalorado sobre la postura de España en la crisis del canal de Suez. Arrese era partidario de asociar a la España falangista con el nacionalismo egipcio de Nasser como gesto de viril solidaridad y golpe contra la pérdida Albión. Las simpatías de Franco estaban de parte de Arrese y había autorizado la venta de armas al coronel Nasser, decisión que torpedearía sus esfuerzos para lograr el ingreso en la OTAN. Sin embargo, dado que Martín Artajo argumentaba la necesidad de que España se mantuviera en armonía con su aliado estadounidense, Franco contuvo a Arrese.²³

Durante las vacaciones, el general Barroso había reemplazado a Franco Salgado-Araujo como jefe de la Casa Militar del Caudillo. Pacón había servido a su primo en diversos puestos durante más de cuarenta años y continuó haciéndolo como su secretario militar. No obstante, se sintió profundamente herido por el hecho de que, habiendo alcanzado la edad de jubilación obligatoria, Franco, con fría indiferencia, no había hecho nada para señalar la ocasión, ni agradeciéndole sus años de servicio ni mencionándolo siquiera. Al asumir su nuevo puesto, Barroso confió una serie de preocupaciones a Pacón. Siempre leal al Caudillo a pesar de sus simpatías monárquicas, a Barroso le inquietaban las quejas de que Franco estaba comenzando a descuidar asuntos de importancia. El tema que más le importaba era el de la sucesión porque creía que, si Franco moría pronto, ésta sería simplemente resuelta con una acción decisiva de los generales más osados, probablemente García Valiño o Muñoz Grandes.

Barroso creía que Franco estaba perdiendo contacto con la jerarquía militar y se sentía particularmente intranquilo —al igual que Pacón y el ministro del Ejército, Muñoz Grandes— por la creciente ostentación de la familia de Franco, que estaba causando inquietud entre los altos mandos militares generalmente austeros. Desde que Nenuca se había casado con el *playboy* Cristóbal Martínez Bordiú en 1950, la esposa del dictador se había entregado a la vida de la alta sociedad y dado rienda suelta a su predilección por las joyas y las antigüedades, lo cual le había granjeado el mote de «Doña Collares».²⁴ Pacón estaba furioso por el intento de Carmen de falsificar el pasado de su esposo en el verano de 1956. A principios de agosto, el alcalde de El Ferrol había pedido que la casa familiar de Franco en la calle María fuera convertida en museo. Franco accedió pero, antes de que la casa fuera entregada a las autoridades municipales, su esposa la hizo reformar y reamueblar. La casa y su modesto mobiliario reflejaban la vida de un oficial naval de clase media con cuatro hijos. Al llenarla con antigüedades y porcelanas costosas, siempre del período adecuado y de un gusto exquisito, Carmen Franco tenía intención de crear un pasado de clase media alta o semiaristocrático para su marido.²⁵

El fervor que el Caudillo sintió en primavera por la reanimada Falange se marchitó a fines del otoño. Su entusiasmo se vio seriamente vapuleado en la tormenta desatada cuando Arrese dio a conocer públicamente sus planes. El 29 de septiembre, coincidiendo con el vigésimo aniversario de la subida de Franco a la jefatura del Estado, Arrese organizó una enorme concentración falangista en Salamanca para celebrar la reunión de generales que veinte años antes habían elegido a Franco jefe de Gobierno del Estado Español. El barracón donde se reunieron los generales había desaparecido, pero Arrese hizo construir una réplica. Martín Artajo no pudo asistir a causa de compromisos ministeriales previos, lo que llevó a Franco a comentar con indignación: «¿Qué asunto tan importante tiene Artajo que no puede dejarlo por mí?». Tras pasar revista a veinte mil falangistas en el famoso campo de aviación de la época de la guerra, el Caudillo pronunció un discurso que presentaba un panorama descaradamente egocéntrico de los veinte años anteriores.

Franco aseguró que su subida al poder el 29 de septiembre de 1936 le había sido impuesta. Esta tarea, que los generales habían considerado entonces provisional para la duración de la guerra, consistía, según él, en supervisar «la lucha larga y penosa y, tras ella, la indispensable transformación total de nuestra Patria, que hiciera fecunda la sangre derramada, el sacrificio sin descanso de toda mi vida al servicio de la Nación». El sacrificio personal no había sido en vano: «Si la política es el arte de servir al bien común, yo dudo de que pueda haber una política que mejor haya servido al interés colectivo de los españoles. Desde luego que en la Historia de Nuestra Nación no podremos encontrarla». Los ministros falangistas presentes estaban encantados, pero Franco no hizo referencia alguna a las «leyes fundamentales» en preparación. El mensaje que podía leerse entre líneas era que estaba abandonando a Arrese para que éste se enfrentara solo con el furor que se avecinaba.²⁶

Antes de que Franco hablara, y para irritación de Carrero Blanco e Iturmendi, Arrese había anunciado que el borrador de las Leyes Fundamentales había sido entregado a los miembros del Consejo Nacional para que realizaran la última revisión. A pesar de que el texto reconocía el poder absoluto y vitalicio de Franco, dejaba a su sucesor a merced del Consejo Nacional y del secretario general de la Falange, cargo que Arrese preveía para sí mismo. Cuando este texto fue distribuido, se produjo un alboroto dentro de las cúpulas franquistas. Los monárquicos, católicos, arzobispos y generales se unieron para oponerse a un texto que proponía darle al Movimiento un control totalitario de todos los aspectos de la vida española. Esteban Bilbao, presidente de las Cortes, y el conde de Vellallano, ministro de Obras Públicas, compararon dicho proyecto con el totalitarismo soviético.²⁷ Dentro del ejército hubo indignación por lo que parecía un intento de evitar el regreso de la Monarquía. El 12 de diciembre de 1956, tres de los cuatro cardenales españoles, el primado, Enrique Pla y Deniel (arzobispo de Toledo), Benjamín Arriba y Castro (arzobispo de Tarragona) y Fernando Quiroga Palacios (arzobispo de Santiago de Compostela) enviaron una carta a Franco en la que censuraban el texto de Arrese por desacatar abiertamente encíclicas papales como *Non abbiamo bisogno* y *Mit brennender Sorge* en sus similitudes con el nazismo, el fascismo y el peronismo.²⁸

La repercusión de la protesta de los cardenales se hizo patente cuando Franco se entrevistó con Arrese el 18 de diciembre. Con el documento de los cardenales en la mano, el Caudillo le dijo a Arrese: «Tengo aquí una cosa muy desagradable y muy grave»; y le dejó muy claro que no iba a enfrentarse a la jerarquía eclesíastica. Arrese se ofreció presentar la dimisión. Franco dijo que la mejor solución sería que cambiara el texto.²⁹ Franco continuaba siendo favorable al plan de Arrese y a su persona, pero pidió a Carrero Blanco que le persuadiera de que cambiara el proyecto de forma que resultara aceptable para sus detractores. Arrese consideró aquello como una «castración» de sus planes. Sin embargo, accedió después de tres largas reuniones con Franco celebradas el 7, 8 y 9 de enero de 1957, en el curso de las cuales el Caudillo le dijo que los ministros dimitían sólo cuando él quería. Franco dio a Arrese la impresión de que aún apoyaba sus ideas, pero tenía las manos atadas por la oposición militar y clerical. Finalmente quedó ultimado un texto extremadamente diluido.³⁰ Siempre flexible cuando se trataba de sus propios intereses, Franco había cedido ante la presión de las fuerzas hostiles a Arrese. No obstante, estaba reaccionando ante los acontecimientos, no controlándolos.

Entre los dos extremos —la transición negociada a una Monarquía juanista que proponía Ruiseñada y un repliegue al falangismo cerrado de Arrese— surgió una opción intermedia propugnada por Carrero Blanco y adoptada finalmente por Franco. Ésta consistía en un intento de crear un marco legislativo para que una Monarquía autoritaria garantizara la continuidad del franquismo tras la muerte del Caudillo. El técnico encargado de redactar el anteproyecto era Laureano López Rodó. Carrero Blanco estaba muy impresionado por la crítica al texto de Arrese que López Rodó había redactado para Iturmendi. Reconociendo su talento y enorme capacidad de trabajo, a finales de 1956 Carrero Blanco le pidió que organizara un secretariado técnico de la Presidencia para preparar los planes de una importante reforma administrativa.³¹ Como subsecretario de la Presidencia, el siempre leal Carrero Blanco era el principal consejero político de Franco. A medida que el Caudillo iba relajando su atención a la política del día a día, Carrero Blanco, que compartía todos los prejuicios políticos de Franco y parte de su astucia, fue asumiendo gradualmente algunas competencias de primer ministro. López Rodó, a su vez consejero político de Carrero Blanco, consolidaría esa tendencia mediante la creación de una maquinaria administrativa para afrontar los complejos problemas técnicos de una economía moderna. Esto, como era inevitable, marginó a Franco.

López Rodó tenía un plan a largo plazo para una evolución gradual hacia la Monarquía, y constituyó lo que, en términos franquistas, en una versión aséptica y menos peligrosa de la Tercera Fuerza de Rafael Calvo Serer, a medio camino entre una izquierda falangista y una derecha demócrata cristiana.³² A diferencia de Calvo Serer, que era juanista, López Rodó trabajó a favor de una restauración en la persona del príncipe Juan Carlos. Los partidarios de don Juan eran menos pacientes. Juan Bautista Sánchez estaba intentando reunir respaldo para el plan de Ruiseñada de marginar a Franco y poner a don Juan en el trono. Dado que el Caudillo sospechaba que el ferviente católico y monárquico Juan Bautista Sánchez era masón, lo mantenía bajo constante vigilancia de los servicios de inteligencia.³³ En diciembre de 1956 iba a celebrarse una reunión entre los militares y civiles implicados en el plan de Ruiseñada bajo la tapadera de una cacería en una finca de Ruiseñada, «El Alamín», cerca de Toledo. Juan Bautista Sánchez decidió no asistir después de que Muñoz Grandes le recordara que, como procurador en Cortes, tenía obligación de estar presente en la reunión de éstas. No asistir a causa de deberes militares en Cataluña era una cosa, pero no hacerlo para participar en un encuentro conspiratorio cerca de Madrid, era algo muchísimo más peligroso.³⁴

Las cosas llegaron a un punto crítico a mediados de enero de 1957 cuando estalló en Barcelona otra huelga de usuarios de los transportes públicos. A pesar de que no fue tan tensa ni tan violenta como la de 1951, guardaba relación con las manifestaciones universitarias contra el régimen organizadas so pretexto de solidaridad con el alzamiento de Hungría.³⁵ El gobernador civil, general Felipe Acedo Colunga, empleó una violencia considerable para desalojar la universidad y disolver las manifestaciones a favor de los huelguistas. Juan Bautista Sánchez se mostró crítico con los brutales métodos de Acedo Colunga, aconsejó precaución y por ello se consideró en algunos círculos que había dado apoyo moral a los huelguistas.³⁶ A Franco le disgustó que el capitán general no hubiera proporcionado ayuda al gobernador. Al mismo tiempo, estaba lo bastante preocupado por las manifestaciones falangistas a favor de Arrese para autorizar a Blas Pérez, ministro de la Gobernación, a vigilar la residencia de Arrese e intervenir su teléfono.³⁷

Por Madrid circulaban rumores de que Juan Bautista Sánchez estaba planeando un golpe de Estado. El mismo Franco parece haber considerado la absurda idea de que el capitán general estaba fomentando la huelga con el fin de proporcionar la excusa para un golpe a favor de la Monarquía. El plan que estaba madurando con Ruiseñada era más que suficiente para despertar la ira y las sospechas del Caudillo. Sin

embargo, por lo que a acciones militares se refiere, es probable que los rumores se basaran en las ilusiones de algunos prominentes monárquicos. Las conversaciones que los conspiradores partidarios de la Monarquía mantenían con la casa del pretendiente en Portugal eran intervenidas por los servicios de seguridad. El Caudillo, siempre cauto, reaccionó como si sus optimistas especulaciones merecieran alguna preocupación.³⁸

Franco, por si acaso, envió dos regimientos de la Legión para que se unieran a las maniobras que estaba supervisando Bautista Sánchez en Cataluña. El teniente coronel que mandaba los regimientos informó al capitán general que sólo podía recibir órdenes directamente de Franco.³⁹ Muñoz Grandes también hizo acto de presencia en el curso de las maniobras y mantuvo una tensa entrevista con Bautista Sánchez en la que aparentemente le informó que iban a relevarlo del mando de la Capitanía General de Barcelona. Al día siguiente, 29 de enero de 1957, Bautista Sánchez fue hallado muerto en su habitación de un hotel de Puigcerdá. Los más espectaculares y absurdos rumores sobre un supuesto asesinato recorrieron toda España.⁴⁰ Lo que parece más probable es que, habiendo padecido mala salud desde hacía mucho tiempo, Bautista Sánchez hubiera muerto de un ataque cardíaco tras la impresión de su dolorosa entrevista con Muñoz Grandes.⁴¹ El gran número de asistentes a su funeral testimoniaba las esperanzas que se habían depositado en él. Franco comentó a Julio Danvila: «La muerte ha sido piadosa con él. Ya no tendrá que luchar con las tentaciones que tanto le atormentaban en los últimos tiempos. Tuvimos mucha paciencia, ayudándole a evitar el escándalo de la deslealtad que estuvo a punto de cometer».⁴² A su primo le dijo que se sentía aliviado por no haber tenido que cesar a Bautista Sánchez como capitán general de Barcelona.⁴³

Tras la agitación generada en la oposición interna del régimen por el proyecto de Arrese, la oposición monárquica encabezada por Bautista Sánchez, la huelga de Barcelona y los graves problemas económicos, Franco concluyó que era inevitable una remodelación general del gobierno. Desde principios de octubre de 1956, cuando Arburúa había pintado un sombrío cuadro ante el gabinete, el Caudillo conocía la deteriorada situación económica, con una inflación astronómica acompañada de un desastroso estado en la balanza de pagos. La mayoría de los problemas eran consecuencia de la ineptitud de los gobiernos, por lo cual no se puede eximir de responsabilidad al Caudillo. Muchas dificultades eran consecuencia del apego de Franco a la autarquía y del papel central del Instituto Nacional de Industria dirigido por su amigo Suanzes. Los principales proyectos del INI eran demasiado costosos para los escasos recursos de capital y materiales. El poco, por no decir nulo, control que Franco tenía sobre sus ministros alentaba los gastos excesivos. La consecuente escasez de fondos estatales fue contrarrestada mediante el recurso a la impresión de papel moneda. Al mismo tiempo, apenas se aplicaban políticas monetarias y fiscales para regular la demanda. Además de la presión inflacionista, el aumento salarial del año anterior había incrementado los costes industriales y agrícolas en más de un 40%.⁴⁴

La resistencia de Franco a abordar los cambios en el gobierno era síntoma de que su perpetua cautela estaba convirtiéndose en notable desagrado a la hora de abordar problemas nuevos. Le gustaba la rutina y la vida familiar y, como había quedado demostrado en febrero de 1956, era menos ágil en los momentos de crisis de lo que lo había sido en otras épocas. En particular, era reacio a iniciar la reestructuración porque temía que no hubiese sustituto adecuado para su ministro de Comercio, Arburúa. Su preocupación estaba basada en la creencia de que había tan pocos hombres versados en los arcanos del comercio y las finanzas internacionales que las artes de brujería de Arburúa eran prácticamente únicas.⁴⁵ Al confiarle estas inquietudes a su primo, delataba inadvertidamente su propia condición anacrónica. La dañina rigidez de la autarquía burocrática y la necesidad que tenía España de técnicas económicas complejas, eran cosas que Franco percibía muy vagamente.⁴⁶ Con gran reticencia pediría consejo al respecto y se avendría a la integración española en la Organización Europea para la Cooperación Económica y en el Fondo Monetario Internacional. Sin embargo, al hacerlo, y con los cambios de gabinete que estaban a punto de ser anunciados, estaría cediendo aún más su estrecho control sobre los acontecimientos.

La remodelación del gabinete de febrero de 1957 iba a ser una de las grandes líneas divisorias en la carrera política de Franco, pues marcó el comienzo de su transición de político activo a figura simbólica. Los detalles fueron decididos en estrecha colaboración con Carrero Blanco, cuya influencia aumentaba cada día más. Lequerica llamaba a Carrero Blanco el «conde-duque de Olivares», referencia al omnipotente valido de Felipe IV. Once años más joven que el Caudillo, a quien veneraba, el incansable Carrero era tan economista como su jefe. Pero él, a su vez, confiaba cada vez más en Laureano López Rodó, hombre muy capacitado que a los treinta y siete años era ya secretario general técnico de la Presidencia.⁴⁷ Su relación con Carrero Blanco era una réplica de la de Carrero con Franco. Las implicaciones a largo plazo de los cambios de gobierno aconsejados por Carrero y López Rodó iban mucho más allá de lo previsto en aquellos momentos por Franco.

Aunque está claro que el Caudillo se encargó deliberadamente de la parte de la reestructuración que implicaba el desarme político de la Falange, no previó otras consecuencias de los cambios. A lo largo de los dos años siguientes se haría evidente que los nuevos nombramientos significaban el abandono de las ideas económicas más estimadas por el Caudillo y un abrazo desinhibido al capitalismo moderno. Esto, a su vez, traería consigo enorme inversión extranjera, industrialización masiva, migración interior, urbanización y expansión educativa, con la consecuencia social de convertir a Franco y el falangismo en anacronismos históricos. Posteriormente, se atribuiría todo el mérito del desarrollo económico, como había hecho con la neutralidad durante la guerra mundial y la supervivencia durante la Guerra Fría. En aquel momento, sin embargo, su control sobre los acontecimientos se reducía al acto de equilibrio político inmediato. Si alguien había concebido un gran proyecto en estos cambios de gabinete de 1957 no era Franco, sino López Rodó.

Franco anunció los cambios casi como si fueran una ocurrencia de última hora, cerca de la medianoche del 22 de febrero, en el momento

de concluir la reunión del gabinete de aquel día. Las razones que dio fueron el desgaste que sufrían los ministros, que algunos habían solicitado su relevo y que «la gente se cansa de ver las mismas caras en los periódicos».⁴⁸ En realidad, tras haber aceptado la oposición católica y monárquica al proyecto de Arrese, Franco utilizó los cambios de gabinete para comenzar un largo proceso destinado a anular completamente a la Falange. Siempre la conservaría como instrumento útil para sus propios intereses, pero estaba decidido a que nunca volviera a desmandarse como había hecho durante 1956. Arrese fue destituido del cargo de ministro secretario y sustituido por un falangista todavía más colaboracionista, el ambicioso y flexible José Solís Ruiz, jefe de la Organización Sindical. Franco había pensado originalmente en un partidario de la línea dura, José Antonio Elola, pero Carrero Blanco le disuadió después de que López Rodó señalara que Elola era un virulento antimonárquico. López Rodó recomendó a Carrero Blanco la opción de Solís. Carente de los grandilocuentes planes de Arrese, el afable y locuaz Solís no tenía mayor preocupación que la de conservar el favor de Franco. Solís quería a toda costa conservar su sueldo de delegado nacional de Sindicatos, añadido al de secretario general del Movimiento, cosa que Franco le permitió hacer. Esto garantizaba que estaría demasiado ocupado para intentar seguir el afán reformador de Arrese. También daba a entender que el terreno aceptable para la Falange era la seguridad social y la legislación laboral.⁴⁹ Girón, un hombre de fuerte personalidad, entonces completamente desacreditado por las consecuencias económicas de su subida salarial de 1956, fue sustituido en el cargo por un falangista mucho más manipulable, el insulso Fermín Sanz Orrio. Jesús Rubio, igualmente gris, permaneció en el cargo de ministro de Educación.

Arrese continuó pensando equivocadamente, durante algún tiempo, después de que Franco decidiera apartarlo, que todavía era parte importante del círculo franquista más íntimo. Expresando su propio interés en términos de aduladora lealtad, Arrese le había dicho a Franco que haría el sacrificio de continuar en el gabinete para evitar que se creyera que su marcha implicaba una declaración de hostilidades entre la Falange y el Caudillo. De hecho, se le mantuvo en el gabinete como concesión a la Falange, en el inocuo puesto de ministro de la Vivienda, donde podía dar salida social a su celo ideológico. En los días precedentes al anuncio, mientras Franco trabajaba sobre su nuevo gabinete, Arrese había realizado desesperados esfuerzos para persuadirle de que incluyera mayor presencia falangista. Franco jugó con él durante más de una semana. Cuando Arrese pronunciaba nombres de posibles ministros, Franco se echaba a reír y le respondía: «frío, frío» o: «caliente, caliente», antes de acabar por desechar sus consejos como había pensado hacer desde el principio. La ambición de Arrese de permanecer en el gobierno convenía perfectamente a Franco, porque le proporcionaba un pararrayos frente a la ira falangista por la derrota sufrida en el proyecto constitucional. Como lo expresó ante Carrero Blanco, «no conviene que salga ahora con la bandera de sus Leyes Fundamentales. Necesito que se enfríe antes en el Ministerio de la Vivienda».⁵⁰

Para garantizar el orden público tras los disturbios estudiantiles, la indisciplina falangista y la inquietud obrera que se habían producido el año anterior, el Caudillo designó a un hombre del que una vez había dicho que era demasiado duro e inflexible para ser ministro de la Gobernación.⁵¹ Su amigo de toda la vida y estrecho colaborador, el general Camilo Alonso Vega, que entonces tenía sesenta y ocho años, reemplazó a Blas Pérez, víctima de una campaña de rumores obra del celoso Carrero Blanco.⁵² El férreo control de la ley y el orden de Alonso Vega sería crucial en el período de traumático cambio económico que seguiría a la decisión de poner la economía española a flote en aguas internacionales. Franco le ofreció a Blas Pérez el recientemente creado Ministerio de Sanidad y, para pasmo y recelo del Caudillo, lo rechazó. Uno de los pocos ministros de Franco que no se había llenado los bolsillos mientras desempeñaba su cargo, Blas Pérez quería regresar a la práctica privada de la abogacía. Incapaz de creer una explicación tan simple, Franco supuso algún motivo siniestro e hizo vigilar por la policía secreta al que había sido su colaborador durante quince años consecutivos.⁵³

Muñoz Grandes, en parte por su relación con Juan Bautista Sánchez y en parte porque era profundamente impopular entre los militares, salió del Ministerio del Ejército. Franco lo compensó con la promoción simbólica al rango de capitán general, grado que, a diferencia del título de capitán general que ostentaban los jefes de regiones militares, sólo habían tenido previamente Franco y el general Moscardó. El Caudillo veía en Muñoz Grandes al hombre que, en caso de emergencia, debía hacerse cargo del poder en su lugar. El general Barroso, a quien Franco conocía como leal colaborador desde 1936 a pesar de su reputación de monárquico liberal, fue nombrado ministro del Ejército. Ése fue un intento de neutralizar la opinión monárquica entre los altos mandos. Cargado con la difícil e impopular tarea de reducir el Ejército a consecuencia de los acuerdos con Estados Unidos y la pérdida de Marruecos, Barroso no podría convertir su cargo en base de poder para la conspiración monárquica.⁵⁴

Martín Artajo, tras doce años como ministro de Asuntos Exteriores, fue reemplazado por Fernando María de Castiella. Habiéndose reunido con Franco a últimas horas de la tarde del 21 de febrero de 1957, Martín Artajo se sintió profundamente herido por el hecho de que el Caudillo no le hubiera advertido del escueto anuncio que hizo en la sesión del gabinete del día siguiente. Franco tenía muchos motivos para estar agradecido a Martín Artajo por los servicios prestados en la palestra internacional desde 1945, pero le destituyó sin pensarlo dos veces. Castiella, en otro tiempo falangista y entonces demócrata cristiano, era ideológicamente indistinguible de Martín Artajo, pero constituía una elección sagaz. Franco creía que el líder de la facción demócrata cristiana tendría que salir del gabinete con el fin de suavizar el golpe que recibiría la Falange por la humillación de Arrese. Los antecedentes de Castiella, autor de la biblia del imperialismo falangista, *Reivindicaciones de España*, y combatiente de la División Azul, eran credenciales ideales a ojos incluso de los falangistas más militantes.⁵⁵

Aún más importante que la neutralización política de la Falange fue la inclusión en el nuevo gobierno de los «tecnócratas» que pronto emprenderían la modernización de la economía española. La elección de hombres interesados en la integración de España en la economía mundial significó el fin de la política económica falangista. El nuevo ministro de Hacienda, Mariano Navarro Rubio, era un abogado católico

y miembro del Opus Dei. Era la quintaesencia del funcionario franquista, oficial del cuerpo jurídico militar que había tenido altos cargos en los sindicatos falangistas y había sido subsecretario del Ministerio de Obras Públicas. Competente y trabajador incansable, era también miembro de la junta directiva del Banco Popular, controlado por el Opus Dei.⁵⁶ El nuevo ministro de Comercio, Alberto Ullastres Calvo, era catedrático de historia económica y miembro también del Opus. El hecho de que López Rodó también perteneciera a esta institución generó especulaciones de que los tres constituían un bloque siniestro a las órdenes de una sociedad secreta. La enorme influencia que ejercerían a lo largo de los años siguientes, sentando las bases de la supervivencia del régimen a través de la transformación económica y política, alimentaría la creencia dentro de la desplazada Falange de que habían secuestrado al Caudillo y al Movimiento. El resentimiento falangista, unido a su disposición a creer en siniestras conspiraciones masónicas, dio nacimiento a la idea de que el Opus era algo así como una masonería o mafia católica. Otras críticas provinieron de la Asociación Nacional Católica de Propagandistas, grupo de presión que no era en sí muy diferente del Opus Dei.⁵⁷

La llegada de los tecnócratas ha sido interpretada alternativamente como un plan del Opus Dei para hacerse con el poder, y como un movimiento inteligente de Franco para «rellenar los huecos vacíos».⁵⁸ En realidad, la llegada de los tecnócratas no fue ni siniestra ni astuta, sino más bien una respuesta pragmática y parcial a un conjunto de problemas específicos. Hacia principios de 1957, el régimen se enfrentaba a la quiebra política y económica. Franco y Carrero Blanco estaban buscando sangre nueva e ideas frescas. Para que resultaran aceptables, los nuevos hombres tenían que proceder del Movimiento, ser católicos, aceptar la idea de un posterior retorno a la Monarquía y ser, en términos franquistas, apolíticos. López Rodó, Navarro Rubio y Ullastres eran el ideal. López Rodó era candidato de Carrero Blanco;⁵⁹ el dinámico Navarro Rubio fue elección del Caudillo. Franco le conocía desde 1949. Era procurador en Cortes por los Sindicatos y estaba muy recomendado por el ministro de Agricultura saliente, Rafael Cavestany.⁶⁰ Tanto López Rodó como Navarro Rubio propusieron a Ullastres.⁶¹ Sin ser una unidad monolítica, López Rodó, Navarro Rubio y Ullastres trabajaron como un equipo, a pesar de las fricciones ocasionales, para acelerar la modernización administrativa y económica del régimen.⁶²

Aunque no tenía rango ministerial, la influencia de López Rodó sería inmensa y tendría sustanciales repercusiones en la vida política de Franco. Y, pese a que en aquel momento distaba de ser evidente, un decreto hecho público el mismo día en que se anunció la constitución del nuevo gobierno iba a apresurar la transformación del papel de Franco de activo presidente del Consejo de Ministros a algo parecido a una figura decorativa. Todavía sería mucho más que un jefe de Estado simbólico, pero el Caudillo tendría menos participación en la maquinaria de gobierno. El Decreto-Ley de Régimen Jurídico de la Administración del Estado del 25 de febrero de 1957, obra de López Rodó, sentó las bases de una reorganización del gobierno. Constituyó un salto tan grande hacia la «normalización» del procedimiento administrativo como había sido el cambio realizado por Serrano Súñer en 1937 para transformar la improvisada Junta de Burgos en un gabinete formal.

El decreto, ratificado por las Cortes a mediados de julio de 1957, creaba un departamento ministerial conocido como Presidencia del Gobierno, un auténtico negociado de jefatura de gobierno que iniciaría, redactaría y programaría la legislación, indicio de la creciente complejidad de la administración pública. En 1956, las laberínticas reuniones de gabinete, con interminables conflictos entre los ministros «económicos» y «sociales» (falangistas) habían movido a Arrese a intentar persuadir a Franco de que redujera su frecuencia. Franco, presidiendo apático las querellas entre las diferentes facciones de su gobierno, frecuentemente perdía el control de la discusión.⁶³ En adelante, dichos conflictos serían resueltos por comisiones interministeriales. Éstas serían presididas bien por el Caudillo, bien por el ministro de la Presidencia y se creó una Oficina de Coordinación y Planificación Económica para proporcionar asistencia técnica a las comisiones. Además de su puesto clave como secretario técnico de la Presidencia, López Rodó fue nombrado director de esta nueva oficina. La autonomía de la Falange quedó decisivamente recortada porque el presupuesto anteriormente independiente del ministro secretario pasó a Presidencia. Los asuntos gubernamentales se volvieron menos «políticos» y más austeramente «administrativos». En términos prácticos, dada la pasión de Franco por la caza y la pesca, eso significaba que lo más probable sería que a partir de entonces quienes harían la política estratégica serían Carrero Blanco y López Rodó más que el Caudillo.⁶⁴

Tras la llegada de los tecnócratas al nuevo gobierno, se produjo un inevitable período de lo que se ha llamado «desorientación», durante el cual continuaron los problemas de deuda pública, inflación y balanza de pagos.⁶⁵ Esto era en gran parte legado de la autarquía. Creyendo que era posible imponer la estabilidad de precios por decreto, en 1956 Franco había aceptado la tesis de Girón de que las huelgas podían evitarse mediante un enorme aumento salarial sin que ello repercutiese en los precios. De hecho, la estrategia de Girón había provocado una importante espiral inflacionista. Hacia la primavera de 1957, la presión sobre el nivel de vida dio lugar a una nueva y más combativa oleada de huelgas. Es revelador de lo poco que Franco comprendía lo que estaba sucediendo en la economía que entendiera el malestar obrero como obstinación o como obra de agitadores del exterior manipulados por comunistas y masones. Él creía que lo que se decía sobre los salarios insuficientes y el hambre respondía exclusivamente a la propaganda extranjera: «Halagan al pueblo diciéndole que hay que trabajar menos y que deben subir los salarios; pero no le dicen que con ello sube la vida y se derrumba la economía de una nación».⁶⁶

Que la marginación de Franco estaba implícita en las actividades de los tecnócratas puede deducirse de las observaciones increíblemente francas de López Rodó al conde de Ruiseñada poco después del cambio de gabinete, a quien dijo que los planes de la Tercera Fuerza elaborados por miembros del Opus Dei como Rafael Calvo Serer y Florentino Pérez Embid estaban condenados al fracaso porque «a Franco no se le puede hablar de política, porque eso le da la impresión de que le están moviendo de su sillón o preparándole el reemplazo. El único truco a intentar es hacerle admitir un plan desconcentrador administrativo. Eso le parecerá que no va contra él. Dejará vía libre y, una vez

dentro de la Administración, ya veremos hasta dónde se pueden lograr los objetivos políticos, que conviene disimular lo más posible».⁶⁷ En mayo de 1967, López Rodó comunicó a Dionisio Ridruejo, el poeta falangista que había roto con el régimen, un esquema de sus planes políticos de largo alcance. Preocupado por la fragilidad de un sistema dependiente de la vida de Franco, López Rodó quería reemplazarlo por una estructura más sólida de instituciones y leyes constitucionales. Sobre la premisa de que «el poder personal del general Franco ha concluido», López Rodó tenía la esperanza de lograr que Juan Carlos fuera oficialmente proclamado sucesor a título de rey. Hasta 1968, cuando el príncipe alcanzara los treinta años, edad a la que la Ley de Sucesión le permitía asumir el trono, Franco permanecería como jefe del Estado. Para impedir que el Caudillo sufriera un desgaste político innecesario, se crearía el cargo de presidente del gobierno.⁶⁸

En su esperanza de poder avanzar hacia una pronta transición a la Monarquía, el optimismo de López Rodó era análogo al de Martín Artajo doce años antes. En noviembre de 1957 se vio obligado a aminorar la marcha cuando Franco se ofendió porque los decretos que salían de la Secretaría General Técnica de la Presidencia del Gobierno tendían a limitar su poder.⁶⁹ Dada la delicadeza con que tenía que presentar al Caudillo su agenda oculta de cambios políticos y la existencia de antimonarquismo dentro del Movimiento, la realización de su programa tardaría doce años.

De hecho, había muchos dentro del régimen que percibían con recelo los planes de transformación política tras los objetivos aparentes de liberalización económica. Después de modificar el tipo de cambio del dólar de 5 pesetas a una cifra más realista de 42 pesetas, y tras el anuncio de Ullastres en agosto de 1957 de su decisión de liberalizar el control de los precios, se produjo una alarma considerable.⁷⁰ Franco, no obstante, conservó la calma a pesar de sus dudas sobre la devaluación. A juicio de Navarro Rubio era deferente y respetuoso, como un lego humilde en presencia del experto en arcanos.⁷¹ Si poco participaba en los radicales cambios económicos que se estaban operando, menos aún se afanaba con el problema de la sucesión. Carrero Blanco le había encargado a López Rodó la elaboración de un conjunto de textos constitucionales que permitiesen una posterior instalación de la Monarquía que fuera no obstante aceptable para los que deseaban la supervivencia del Movimiento después del «hecho biológico», como empezaba a aludirse a la muerte de Franco. El tema en general, y los textos de López Rodó en particular, fueron interminablemente debatidos por el gobierno, pero Franco no parecía estar especialmente interesado en un proceso que consideraba un simple reajuste de la Ley de Sucesión.

Ruiseñada y López Rodó intentaron durante el verano de 1957 concertar una entrevista entre Franco y don Juan. El pretendiente se negó porque no veía ninguna señal de progreso o reforma del régimen. El mismo López Rodó le explicó a don Juan el 17 de septiembre su plan para conseguir una evolución gradual. Estaba en Lisboa formando parte de una delegación económica y aprovechó la oportunidad para asegurar a don Juan que las cosas estaban avanzando, aunque lentamente. En una conversación que duró más de tres horas, López Rodó afirmó que Franco quería acabar con la incertidumbre que rodeaba a su sucesión, pero estaba obsesionado por el temor a que cuando él muriera el trabajo de su vida pudiera ser destruido por su sucesor. Así pues, según la Ley de Sucesión, la persona elegida tendría que aceptar los principios fundamentales del Estado franquista. Don Juan dejó bien claro que para él dar el primer paso sería «algo parecido a tomar un purgante a la fuerza».⁷²

En noviembre de 1957, Franco tuvo que enfrentarse a otra etapa de la prolongada crisis de descolonización española, y su forma de hacerlo confirmó que estaba perdiendo gradualmente la capacidad de reaccionar con flexibilidad ante los problemas. Uno de los pocos territorios coloniales que le quedaban a España, Ifni, emplazado en la costa atlántica del norte de África, fue reclamado por Marruecos en agosto de 1957 y poco después invadido por fuerzas irregulares marroquíes. De hecho, hacía varios meses que Franco estaba recibiendo informes sobre actividades antiespañolas en Marruecos e infiltraciones hostiles en Ifni.⁷³ El gobernador general del África occidental española, general Mariano Gómez Zamalloa, recomendó un ataque preventivo desde Villa Cisneros, base española en el Sahara, para dispersar a los invasores que estaban agrupándose. Franco, en quien las dilaciones se habían convertido en costumbre inveterada más que en signo de astucia, no reaccionó pese a su convicción de que la Unión Soviética estaba detrás de aquella operación. En modo alguno quería perjudicar su política proárabe, que le había dado dividendos al aumentar los votos a su favor dentro de las Naciones Unidas, y sabía que Estados Unidos apoyaba a Mohammed V, rey de Marruecos. Mientras Franco vacilaba, las incursiones de la guerrilla se intensificaron a lo largo de todo el verano y principios del otoño. El 23 de noviembre de 1957, los guerrilleros marroquíes atacaron Sidi Ifni, la principal ciudad de la colonia.⁷⁴

Franco se hallaba en el norte de España pero se apresuró a regresar a Madrid. Las armas norteamericanas recibidas como parte del acuerdo de las bases no podían ser utilizadas contra otro aliado de Estados Unidos. En una irónica inversión de la historia, las tropas españolas de refuerzo tuvieron que cruzar el estrecho de Gibraltar en bombarderos Junker y Heinkel, clásicos de la Segunda Guerra Mundial, similares a los que habían tomado parte en el transporte a España de mercenarios marroquíes que había realizado Franco en 1936. Barroso y otros generales estaban furiosos con Franco por la negligencia y la despreocupación que habían provocado aquella situación. Estaban convencidos de que un ataque preventivo habría enfriado el ardor marroquí. Bajo el fuego de los Messerschmidt 109 españoles, el avance marroquí desfalleció. Pero antes de que los generales de Madrid pudieran relajarse, tuvo lugar otro ataque cerca de El Aaiun, principal ciudad del Sahara español. Franco decidió finalmente abandonar su política proárabe y accedió a unas operaciones conjuntas con los franceses contra las fuerzas de liberación marroquíes. En el último momento, sin embargo, los temores estadounidenses de que Marruecos fuera empujado a la órbita soviética llevaron a Washington a presionar a favor de un acuerdo de paz. Franco aceptó y se alcanzó un precario acuerdo en junio de 1958.⁷⁵

La crisis marroquí coincidió con una nueva ola de huelgas en las minas de carbón asturianas y en Cataluña durante la primavera de 1958. Cada vez más distanciado de la actividad política, Franco mostró poco interés aparte de denunciar las huelgas como obra de agitadores extranjeros y acusar a los obreros de vagos.⁷⁶ Sin Arrese para alentarle a mantenerse en contacto con las bases falangistas, los viajes y apariciones públicas de Franco se hicieron menos frecuentes. El nuevo gabinete era mucho menos propenso a los conflictos que su predecesor, y Franco dejaba que sus ministros se ocuparan de los asuntos de Estado y así tenía más tiempo para la caza y la pesca. Más aún, desde la constitución del gobierno tecnocrático y la subsecuente creación de la Presidencia, la vida política de Franco consistía más en audiencias rutinarias que en un astuto arbitraje de las fracciones en disputa.

El primer fruto del trabajo de López Rodó como jefe de la Secretaría de Carrero Blanco fue la «Declaración de Principios Fundamentales del Movimiento Nacional», dada a conocer en las Cortes el 17 de mayo de 1958 por el mismo Franco, que hizo sentenciosas referencias a «mi responsabilidad ante Dios y ante la historia». La gradual reforma de la que López Rodó había hablado a Ruiseñada y don Juan podía percibirse en la desvinculación formal del régimen y la Falange. Los doce principios eran una declaración inocuamente vaga y altruista del catolicismo del régimen y su compromiso con la justicia social. El séptimo principio declaraba que la forma política del Estado español... «proclamada por la Ley de Sucesión y refrendada unánimemente por todos los españoles, es la Monarquía tradicional, católica, social y representativa».⁷⁷ Nada había sobre el Movimiento Nacional entendido como Falange Española Tradicionalista y de las JONS.

Parecía como si Franco estuviera avanzando de forma sinuosa hacia la restauración, y muchos monárquicos interpretaron el discurso en ese sentido. Franco había pedido a Carrero Blanco que preparara el discurso y éste a su vez había pasado la tarea a López Rodó. El Caudillo no trató sobre su texto con el gabinete antes del acto y varios ministros expresaron su consternación por este alejamiento del falangismo negándose ostentosamente a aplaudir.⁷⁸ A los sesenta y cinco años, Franco empezaba a preocuparse cada vez más por el futuro y la continuidad de su régimen después de su muerte. A menudo preguntaba a los amigos mayores que él cómo era llegar a los setenta años. El almirante Salvador Moreno le dijo que no se sentía diferencia alguna excepto que se cometían más errores que antes, frase que Franco comenzó a repetir con frecuencia.⁷⁹ Dos días antes de la reunión de las Cortes, habló de nombrar a Agustín Muñoz Grandes jefe del Estado Mayor para asegurarse de que sus deseos serían cumplidos en caso de que muriera antes de que el proceso constitucional hubiera acabado. Así lo hizo el 6 de junio de 1958. El ascenso de Muñoz Grandes y las observaciones de que sería un buen regente dejaron irrevocablemente claro que Franco no tenía ninguna intención de ceder el poder a un sucesor antes de morir.⁸⁰

El 10 de junio de 1958, en medio de un fuerte descenso de las reservas de divisas españolas, Navarro Rubio presentó al gobierno un informe que fue la base del duro programa de estabilización económica que sentaría los cimientos del futuro desarrollo económico de España. Éste constituía, como López Rodó le había dado a entender a Ruiseñada doce meses antes, una revocación de los veinte años de franquismo. Franco parecía inconsciente, o despreocupado, del gran alcance de esos cambios. Se sorprendió de que las cosas estuvieran tan mal como las pintaba Navarro Rubio, pero «no veía inconveniente en que se emplease a poner más orden». Sin embargo, era lo bastante consciente de las implicaciones políticas para insistir en que, aunque se pusiera en práctica el programa de Navarro Rubio, su informe permaneciera en secreto.⁸¹ Tres semanas más tarde, Franco le comentó a Pacón que Navarro Rubio «es bastante teórico y un hombre extremadamente frío».⁸²

Durante el verano de 1958, Franco pasó pescando todo el tiempo que pudo. Inmediatamente después del discurso ante las Cortes había desaparecido durante dos semanas de pesca en Asturias. Regresó encantado de haber cogido cerca de sesenta salmones, algunos de más de quince kilos. En septiembre, durante su estancia en Galicia, se emocionó por haber capturado una ballena de veinte toneladas, diciendo a Pacón: «Me costó veinte horas de lucha hasta que al fin se rindió. Espero coger un ejemplar mayor. Disfruto mucho con este deporte y constituye un descanso grande de mi trabajo y preocupaciones». Lo que sorprende es la pasión de Franco por batir marcas y matar cada vez más animales. En 1959 se jactó ante su primo de que en una expedición de caza de unos días antes había matado casi 5.000 perdices.⁸³

El 9 de octubre de 1958, el papa Pío XII murió y tres semanas después ocupó su lugar el cardenal Angelo Roncalli. Como papa Juan XXIII, Roncalli inició una liberalización de la Iglesia católica que causaría graves problemas a Franco. Era un cambio que realizaba la naturaleza anacrónica de su supervivencia política. Las reformas en la dirección estratégica de la política vaticana coincidieron con una mayor implicación de los sacerdotes españoles en el movimiento obrero. Tanto como resultado del éxito de las Hermandades Obreras de Acción Católica (HOAC) como de la creciente participación de religiosos en el movimiento de curas obreros, el pro franquismo de la Iglesia comenzó a desmoronarse.

Las disputas con la Iglesia no estaban todavía en el programa inmediato del Caudillo. El problema más agudo de finales de 1958 fue la crisis de la economía española en medio de una inflación astronómica y el creciente descontento de la clase obrera, situación que no pudo percibirse en el mensaje de Franco radiado el día de fin de año de 1958. Éste fue en su mayor parte un refrito de párrafos proporcionados por sus diversos ministros, en que una revisión estadística de los triunfos del régimen intentó ocultar las dificultades económicas. Al mismo tiempo, el objetivo primordial del discurso era realzar que cualquier futura sucesión tendría que insertarse dentro de los confines del Movimiento. Tras censurar la «frivolidad, la imprevisión, el abandono, la torpeza y la ceguera» de la Monarquía borbónica, Franco afirmó que los que no reconocían la legitimidad de su régimen sufrían de «egoísmos personales y debilidad mental».⁸⁴

El discurso sugería que Franco comenzaba a tener dudas acerca de la prudencia de haber autorizado una reunión monárquica que tendría lugar una semana después. El 29 de enero de 1959, los juanistas liberales iban a reunirse en una cena que se celebraría en el hotel Menfis de

Madrid para fundar una asociación conocida como Unión Española, creación del abogado e industrial monárquico-liberal Joaquín Satrústegui. A pesar de que Gil Robles estaba presente, no pronunció ningún discurso. Los que sí hablaron, dejaron claro que para sobrevivir la Monarquía no podía ser instalada por un dictador, sino que debía ser restaurada con el apoyo popular de una mayoría de españoles. Satrústegui negó la afirmación del Caudillo en el mensaje de fin de año de que la Cruzada era la fuente de la legitimidad del régimen, señalando que la Monarquía no podía cimentarse sobre la victoria de uno de los lados de una Guerra Civil. Franco se puso furioso cuando se enteró de los detalles de los discursos de sobremesa y multó a Satrústegui con la considerable suma de 50.000 pesetas. El hecho de que las penas no fuesen más severas, comparables por ejemplo a las que se aplicaban a la oposición de izquierda, se debía a que Franco no quería que pudiera parecer que perseguía a los partidarios de don Juan. ⁸⁵ Poco después, refiriéndose a don Juan, le dijo a su primo

Pacón: «Está entregado a los enemigos del régimen que sugieren hacer tabla rasa con la Cruzada y con la rotunda victoria alcanzada». ⁸⁶

La aparición de Unión Española fue sólo uno de los síntomas de inquietud dentro de la coalición franquista. La oposición de izquierdas y regionalista dentro de las universidades y el movimiento obrero eran de esperar, pero había ya varios focos de oposición dentro de la derecha. Gil Robles estaba organizando un grupo llamado Democracia Social Cristiana, y el que fue su compañero ministerial durante la Segunda República, Manuel Giménez Fernández, estaba creando una agrupación de oposición demócratacristiana más liberal, Izquierda Demócrata Cristiana. Los monárquicos carlistas y juanistas estaban organizándose abiertamente. Los falangistas contrarios a la tendencia adoptada por el régimen se asociaron para defender la esencia de la «revolución pendiente» dentro de la Vieja Guardia y los Círculos Doctrinales José Antonio. ⁸⁷ El surgimiento de estos grupos explica en cierta medida por qué Franco estaba dispuesto a depositar su fe en López Rodó, Navarro Rubio y Ullastres, considerándolos portadores de sangre e ideas nuevas que podían dar un nuevo plazo de vida a un sistema exhausto sin cambiarlo. A largo plazo, era una esperanza vana, pero a medio plazo contribuyó a garantizar otros quince años de régimen.

El grado en que Franco, distanciado de los asuntos de Estado, estaba dispuesto a dejarlos en manos de los tecnócratas se puso de manifiesto a principios de 1959 cuando una comisión del Fondo Monetario Internacional empezó a investigar las dificultades de la economía española. Navarro Rubio insistió en la libre convertibilidad de la peseta como un paso más hacia la necesaria integración de la economía en el sistema internacional. Dada la posibilidad de oposición por parte de varios ministros, Franco simplemente optó por no presentar la medida ante el gabinete para su debate. ⁸⁸ No obstante, en febrero se opuso a una nueva devaluación de la peseta como aconsejaba el Fondo Monetario Internacional. La confusión del Caudillo sobre lo que estaba ocurriendo se hizo evidente cuando le dijo a Navarro Rubio que no entendía por qué había que alterar el tipo de cambio permitiendo con ello que los norteamericanos pudieran comprar más con sus dólares en España que los españoles en Estados Unidos. El 18 de febrero, Franco negó a Ullastres autorización para aceptar una oferta del Fondo Monetario Internacional de elaborar un plan de estabilización para la economía española. Navarro Rubio se quedó horrorizado y solicitó una audiencia inmediata. Pese a estar España casi en quiebra, Franco dijo a Navarro Rubio que rechazaba las ofertas del FMI porque desconfiaba de las buenas intenciones de los extranjeros y creía que España podía resolver sus problemas sola. Con poco resultado, Navarro Rubio bombardeó a Franco con pruebas del lamentable estado financiero de España. Finalmente, presa de la desesperación, le preguntó: «Mi General, ¿qué pasará si después de volver a establecer la cartilla de racionamiento se nos huela la naranja?». El Caudillo le miró alarmado, incapaz de responder mientras le repetía la pregunta. Al fin, ante el espectro de la vuelta a los coches a gas, Franco se puso de pie, se encogió de hombros y autorizó la apertura de conversaciones formales con el FMI. ⁸⁹

Franco no estaba en absoluto convencido de que fuera eso lo indicado. Algunos días más tarde, Carrero Blanco le dijo a López Rodó que «no está contento; tiene profundas sospechas». ⁹⁰ Era como si se hubiera encerrado en la idea del «cerco internacional» de 1945-1950, temiendo que una vez fuera económicamente dependiente de la buena voluntad internacional, pudieran presionarle para realizar reformas políticas o incluso para dimitir. ⁹¹ No podía ver el plan de estabilización como un recurso a corto plazo para obtener los dólares suficientes para sobrevivir. ⁹² Además, una vez establecidas las conexiones con el FMI, se hicieron irresistibles las presiones para una nueva devaluación de 42 a 60 pesetas por dólar. Hubo considerable oposición dentro del gabinete y todos los ojos se volvieron hacia Franco.

Navarro Rubio creía que, habiendo accedido a que el FMI participara en el programa de estabilización, Franco tendría que aceptar las consecuencias financieras. Cuando el asunto fue expuesto ante el gabinete, el Caudillo se mostró instintivamente hostil hasta que Ullastres reveló lo cerca que estaba España de la quiebra. ⁹³ El plan de estabilización adoptado por el gobierno el 6 de marzo de 1959, la nueva devaluación de la peseta y la reducción del gasto público tuvieron consecuencias sociales. Muchas empresas se vieron obligadas a cerrar y el desempleo comenzó a aumentar, lo que provocó protestas en el seno del gabinete. El aumento de la militancia obrera provocó diatribas especialmente vehementes por parte de Alonso Vega, mientras que las limitaciones del gasto público ocasionaron la dimisión de Arrese del Ministerio de la Vivienda en 1960. Las reuniones del gabinete se convirtieron para Navarro Rubio en «Viernes de Dolor», porque tenía que enfrentarse a las quejas de sus colegas ministeriales cada vez que les reducían sus presupuestos. Franco dejaba que las discusiones siguieran su curso; cuando intervenía era para dar su apoyo a la nueva política. ⁹⁴

Tras haber tomado la decisión de dejar la dirección de la economía a Navarro Rubio y Ullastres, Franco, de forma característica en él, se mantuvo firme al respecto. Fuera del gabinete no puso a ninguno de los dos más que tímidas objeciones y siempre cedía si se mostraban firmes. ⁹⁵ Era fácil convencerlo con argumentos técnicos, en gran parte porque los problemas comenzaban a ser de una complejidad que sobrepasaban con mucho sus ideas económicas de andar por casa. En una ocasión, cuando Arrese le explicó las ramificaciones de un plan

de alquileres subvencionados, le dijo: «Bueno, no le entiendo, pero le creo». ⁹⁶ En julio de 1958, Franco protegió a Navarro Rubio cuando el ministro del Ejército, Barroso, quiso formar un tribunal de honor para juzgarlo después de que dijera ante las Cortes que el presupuesto del Ejército era una sangría improductiva para la economía. No obstante, el Generalísimo no llegó hasta el punto de apoyar los planes de Navarro Rubio de reducción drástica del presupuesto militar mediante la transición a un pequeño ejército profesional. ⁹⁷ Franco abrigaba algunas esperanzas de que, cuando el plan de estabilización hubiera cumplido sus objetivos, sería posible volver al tipo de autarquía propugnada por Arrese y Suanzes, aunque tuvo que aceptar la dimisión de ambos. ⁹⁸

Para acabar con las especulaciones sobre su futuro, que habían estimulado la formación de la oposición conservadora, Franco permitió a los monárquicos del gobierno que elaboraran su propio plan constitucional para la sucesión. El primer borrador le fue entregado a Franco por Carrero Blanco el 7 de marzo de 1959, junto a una aduladora nota en que pedía la terminación del «proceso constitucional»: «Si el rey recoge los poderes que tiene S.E. es para sentirse alarmados, porque lo cambiará todo. Hay que ratificar al mismo tiempo el carácter vitalicio de la magistratura de S.E., que es Caudillo más que rey, porque funda Monarquía». ⁹⁹ Franco estaba dubitativo y una semana después le confió a Pacón que don Juan y el príncipe Juan Carlos tendrían que aceptar que la Monarquía sólo podría restablecerse dentro del Movimiento, porque una Monarquía constitucional liberal «no duraría un año y causaría el caos en España, haciendo inútil la Cruzada». ¹⁰⁰ Reacio a cualquier cosa que pudiera apresurar su propia partida, no hizo nada con el borrador durante otros ocho años. Para aumentar su libertad de acción y presionar a don Juan, Franco empezó a relacionarse con Alfonso de Borbón-Dampierre, hijo de don Jaime, hermano de don Juan. Solís y otros falangistas vieron la oportunidad de promover la causa de un posible «príncipe azul» (es decir, falangista). ¹⁰¹

La mortalidad del Caudillo estaba implícita en un acontecimiento que le proporcionó una intensa satisfacción. La inauguración oficial del Valle de los Caídos, el 1 de abril de 1959 (vigésimo aniversario del final de la Guerra Civil), fue una ocasión cuyas celebraciones rivalizaron con las de la victoria de 1939. El gobierno en pleno, los procuradores en Cortes, toda la plana del Consejo Nacional, representantes de todas las instituciones del régimen, las autoridades civiles y militares de todas las provincias, dos cardenales y un gran número de arzobispos y obispos, así como el cuerpo diplomático, llenaron la enorme basílica. El Generalísimo con uniforme de capitán general, y doña Carmen vestida de negro con mantilla y peineta, avanzaron por la nave central bajo palio hasta los tronos colocados cerca del altar mayor. Miles de trabajadores recibieron un día libre con paga y un paquete con el almuerzo y fueron gratuitamente trasladados en autocar hasta Cuelgamuros. ¹⁰²

La construcción había costado unos 20.000 millones de pesetas. Franco equiparó el Valle de los Caídos con El Escorial: éste, símbolo de la pasada grandeza de la era de Felipe II; aquél, símbolo de la grandeza de su propia era. ¹⁰³ Su discurso, sobre el heroísmo de «nuestros Caídos» en la defensa de «nuestras líneas», fue triunfal y vengativo, recreándose en hablar del enemigo obligado a «morder el polvo de la derrota» y no mostró el más remoto deseo de ver la reconciliación de los españoles. La prensa oficialista describió la inauguración como la culminación de su victoria de 1939. ¹⁰⁴ En el momento de la inauguración, si no antes, Franco estaba hablando de que lo enterraran en la basílica. Diego Méndez, el arquitecto que sustituyó a Muguruza cuando éste murió, suponiendo que ése era su deseo, estaba proyectando situar una tumba frente al altar mayor, en el lado opuesto al que ocupaba la de José Antonio, de tal forma que el fallecido Caudillo sería «el amo de la casa... la persona que recibe a otros en su casa». No se equivocaba. En el día de la inauguración, Franco estaba recorriendo la basílica con Méndez y, señalando precisamente el lugar escogido por éste, le dijo: «Bueno, Méndez, y en su día, yo aquí, ¿eh?» ¹⁰⁵

Aquel tipo de ceremonias eran nostálgicos retrocesos a una España que estaba a punto de desaparecer. El plan de estabilización puesto en marcha bajo la supervisión del FMI y la OCDE tenía por finalidad reducir el consumo interior mediante una fuerte devaluación de la peseta, tajantes restricciones crediticias y recortes del gasto público. Los excedentes de producción debían ser exportados para proporcionar divisas que a su vez sirvieran para la importación de bienes de capital. El plan sería un importante paso para la modernización económica de España. Los costes sociales, inevitablemente altos, iban a castigar a la clase obrera en términos de congelación salarial, aumento del desempleo y escasez de artículos de primera necesidad. Esto fue parte de la transición de una economía paternalista centralizada a una de libre mercado, proceso que no se completaría bajo el mandato de Franco. El desempleo mantuvo bajo el número de huelgas, pese a lo cual el final de la década de 1950 vio el comienzo de una considerable reanimación de la actividad sindical clandestina, organizada tanto por los grupos católicos como por el Partido Comunista y otras organizaciones de izquierda. ¹⁰⁶ El Caudillo prefirió creer, como en tantas otras ocasiones, que los problemas sociales respondían a que España era víctima de un nuevo cerco del comunismo y la masonería internacional. ¹⁰⁷

Si la inauguración del Valle de los Caídos fue la apoteosis de la carrera de Franco en lo nacional, seis meses después sería seguida por la culminación de su carrera internacional. Mientras el presidente Eisenhower estaba en Londres en el mes de agosto de 1959, Castiella le transmitió una invitación de Franco para que visitara Madrid. ¹⁰⁸ Eisenhower había estado interesado en un encuentro desde el establecimiento de las bases norteamericanas en España. Como comandante en jefe de las fuerzas de la OTAN no había podido hacerlo a causa de la hostilidad a Franco de otros miembros de esta organización. Pero en aquel momento consideró apropiado detenerse en Madrid durante el viaje por varios países del mundo que iba a comenzar en noviembre de 1959, a fin de mantener una breve conversación sobre cooperación en la gestión de las bases. El 21 de diciembre, Eisenhower aterrizó en la base militar de Torrejón de Ardoz. Al descender del avión estrechó la mano de Franco con bastante rigidez e hizo una breve declaración. Franco, por su parte, pronunció un obsequioso

discurso de bienvenida: «Permítame expresar, en nombre del pueblo español y en el mío propio —dijo con efusividad— nuestra humilde admiración por la tarea a la que se ha entregado con gran coraje personal, nuestra gratitud por haber venido a visitarnos, y por informarnos sobre vuestro trascendental viaje y, finalmente, nuestra firme esperanza de que vuestro inmenso esfuerzo y la histórica misión de vuestro gran país será coronada con el galardón de un justo y estable orden internacional». El humor de Eisenhower cambió cuando entró en Madrid con Franco. La comitiva fue recibida por una masiva acogida popular, en parte espontánea, pero fundamentalmente organizada por la Falange, que había traído en camiones a miles de sus seguidores.

Franco estaba embargado de emoción por la visita de Eisenhower. De la misma forma en que sus ojos se habían empañado cuando se encontró de igual a igual con el Führer, también lloró ahora en el banquete oficial que se dio en el palacio de Oriente, en el que pronunció otro lisonjero discurso y se conmovió visiblemente por estar en términos de familiaridad con el presidente de Estados Unidos. A la mañana siguiente, hubo una reunión de desayuno cuya atmósfera fue fríamente incómoda hasta que Franco comenzó a hablar de la caza de la perdiz y Eisenhower se mostró encantado de que compartiera su afición a cazar aves. En el curso de la conversación, el Generalísimo intentó asegurarse el apoyo de Eisenhower para su posición en Marruecos, atribuyendo el movimiento antiespañol de la zona a agitadores soviéticos.¹⁰⁹ Irónicamente, la incomodidad de Franco impresionó favorablemente a Eisenhower. Como a muchos anteriores visitantes estadounidenses, a Eisenhower le agradó la tranquilidad, la modestia y la falta de ampulosidad de Franco. El presidente escribió más tarde: «Me impresionó la ausencia de cualquier peculiaridad o rasgo perceptible que pudiera llevar a un visitante que no lo conozca a concluir que se hallaba en presencia de un dictador». El presidente especuló ingenuamente más adelante sobre la posibilidad de que Franco ganara unas elecciones libres en el improbable caso de que las celebrara alguna vez.¹¹⁰

Tras la reunión del desayuno, los helicópteros del Ejército del Aire de Estados Unidos llevaron a Eisenhower y a Franco de vuelta a Torrejón. Al partir, Eisenhower abrazó efusivamente a Franco. El Caudillo, por su parte, quedó completamente cautivado y no habló de otra cosa durante muchas semanas, hasta el punto de que su hermana, ante esta nueva admiración por Estados Unidos, comentó: «¡Si Hitler y Mussolini pudieran oírle!». ¹¹¹

A pesar del deleite de Franco por el honor de haber sido visitado por Eisenhower, el 31 de diciembre de 1959 utilizó su mensaje de fin de año para afirmar la individualidad de su régimen, quizá como concesión a los elementos nacionalistas de Falange. Denunció la masonería y la «formalista democracia inorgánica», refiriéndose al tipo de democracia vigente en Estados Unidos y el norte de Europa y elogió, por el contrario, la democracia orgánica del Movimiento Nacional proclamando que su régimen no era una dictadura, porque no había nada de provisional en él. Al leer secciones del discurso que le habían proporcionado sus ministros de economía, afirmó que había sido su política autárquica la que había sentado las bases para los logros conseguidos por Navarro Rubio y Ullastres. ¹¹² Tanto en los aspectos políticos como económicos, fue el discurso de un personaje regio meramente figurativo.

De hecho, había muchas razones para el éxito económico que comenzó a hacerse visible después de 1960. Franco, y sus partidarios, lo atribuían a un «milagro económico» fruto de su genio y previsión. Sin embargo, a pesar de su pretendido gran interés en la economía, la mayoría de las declaraciones conocidas de Franco sobre economía revelan, más que genio, un sencillo sentido común en el mejor de los casos; en el peor, una ingenua credulidad. Lejos de ser consecuencia de su visión a largo plazo, el crecimiento no comenzó hasta que Franco pasara la responsabilidad de formular la política económica a Navarro Rubio y Ullastres, cuyas medidas respondían a la economía liberal y la integración en el sistema capitalista internacional. Tanto el liberalismo económico como el capitalismo internacional habían sido denigrados por Franco desde 1939. Mucho después de los cambios de gabinete de febrero de 1957, e incluso después que los «tecnócratas» introdujeron medidas de liberalización e integración en las organizaciones económicas internacionales, tanto Franco como Carrero Blanco continuaban creyendo en la autarquía. ¹¹³

El desarrollo se produjo, pues, mediante unos objetivos de política económica y unos instrumentos muy diferentes de aquellos en los que Franco había depositado su fe entre 1939 y 1959. Más aún, los franquistas olvidan convenientemente que el auge español tuvo lugar cuando el mundo entero experimentaba un crecimiento continuo. Ese contexto explica en gran medida que España pudiera exportar su mano de obra excedente principalmente al norte de Europa. Los trabajadores emigrantes enviaban a España sus ahorros en moneda extranjera. Al dinero disponible de los trabajadores alemanes, franceses y británicos hay que atribuir la valiosa corriente de moneda extranjera que entró en el país con el boom turístico. No obstante, no es posible argumentar simplemente que España saltó a la prosperidad gracias a sus vecinos del norte. España experimentó índices de crecimiento comparables a los de Japón, aunque partiendo de una base estadística significativamente menor. Si Franco tiene algún mérito personal en ello, éste reside no en su política económica consciente ni en su gran visión, sino en la involuntaria contribución de otras decisiones suyas: el hecho de que su anticomunismo le procuró al fin la ayuda estadounidense a mediados de la década de 1950, y la atracción para los inversores extranjeros de un régimen autoritario con una legislación laboral represiva. Al igual que Japón, Italia y Alemania, España había pasado por una experiencia fascista que había destruido el movimiento obrero organizado y traumatizado a los trabajadores. En ese sentido, la contribución del régimen de Franco al crecimiento económico radicó en las décadas de privaciones, a causa de las cuales los trabajadores españoles estuvieron dispuestos a trabajar largas jornadas laborales con salarios bajos. Todo ello, unido a la represión de las huelgas y los buenos mecanismos para la repatriación de beneficios, convirtió a España en un objetivo obvio para el capital extranjero a principios de la década de 1960.

Franco abrigaba la esperanza de que el plan de estabilización no anunciara el fin de la economía falangista y del mantenimiento por parte

del Estado de trescientos mil de sus más fervientes partidarios. Sin embargo, su instintiva percepción de que el futuro pertenecía a los tecnócratas quedó demostrado por la forma en que Arrese abandonó el gabinete. El 27 de febrero de 1960, al inaugurar el Consejo Nacional de Vivienda, Arquitectura y Urbanismo, Arrese pronunció un discurso en el que criticó abiertamente el plan de estabilización. Ante un grupo de ministros entre los que se hallaba Navarro Rubio, Arrese desveló una propuesta para construir un millón de viviendas. Denunció también la «mezquindad» de una política por la cual el gasto en proyectos sociales, anteriormente basado en grandes préstamos, tenía que limitarse ahora a lo que los tecnócratas juzgaban fríamente que el Estado podía permitirse. A medida que el discurso progresaba, el barómetro de las opiniones del régimen, el sibilino jefe del Movimiento, José Solís, manifestó síntomas de gran inquietud. Convencido de que había hecho todo lo posible para facilitar los planes de gasto de Arrese, Navarro Rubio se enfureció por lo que consideró una maniobra propagandística destinada a tachar a los tecnócratas de principal obstáculo para la justicia social.

Franco no estaba presente en la ceremonia, pero pronto se hizo evidente su postura. Tras una batalla de notas de prensa de los ministerios de Vivienda y Hacienda, la prueba de fuerza pasó al gabinete donde Arrese distribuyó copias de una carta que había escrito a Navarro Rubio. Con beatas palabras de abyecta lealtad al Caudillo, Arrese expresaba su pesar porque «la más profunda depresión económica experimentada por el régimen» estaba impidiendo el cumplimiento de las esperanzas de millones de familias españolas. En respuesta, Navarro Rubio proporcionó al gabinete cifras que demostraban que Arrese tenía los fondos necesarios para realizar gran parte de lo que proponía. El ministro de la Vivienda se mantuvo firme. No pudiendo conseguir un compromiso durante la sesión del gabinete, Franco convocó a Arrese y a Navarro Rubio a su despacho el 17 de marzo de 1960. Desafiante, Arrese amenazó con dimitir si no obtenía una disculpa pública de Navarro Rubio quien, naturalmente, se negó. Tras escuchar en silencio la arenga de Arrese, el Caudillo se encogió de hombros y aceptó su dimisión. Arrese fue sustituido por un anodino falangista amigo de Solís, José María Martínez y Sánchez Arjona. López Rodó halló en él un compañero cooperativo y Navarro Rubio, igualmente empeñado en «despolitizar» la política y convertirla en pura administración técnica, lo vio como «un ministro normal que hablaba de números».¹¹⁴

La totalidad del episodio no sólo marcó un significativo triunfo para los tecnócratas sino que también reveló mucho sobre Franco. Demostró una vez más que nunca permitía que la lealtad personal entorpeciera los juicios políticos realistas. Sentía simpatía por Arrese, probablemente mucha más que por el laborioso y eficaz Navarro Rubio. Y, desde luego, sentía más afinidad con la filosofía política del ministro saliente. Al dar su apoyo a los tecnócratas estaba rompiendo con el pasado. Las consecuencias fueron un paso más en el gradual proceso mediante el cual Franco estaba siendo reducido a una mera figura representativa, dispuesto a atribuirse los méritos de lo que estaba ocurriendo en la política económica pero cada vez más apartado de la puesta en práctica de políticas que ya no comprendía totalmente.

Presintiendo la muerte, 1960-1963

El estímulo para que los franquistas pensarán en el futuro lo proporcionaron los rumores sobre la debilitada salud del Caudillo cuando se acercaba al final de su séptima década de vida. En la primavera de 1960, tanto se habló en Madrid de que había sufrido un ataque cardíaco que los funcionarios de su Casa Civil emitieron un desmentido oficial. También se filtró la noticia, con cierto retraso, de que al regresar en coche de una partida de caza en Jaén a principios de febrero, un fallo del sistema de calefacción había provocado que el interior se llenara de monóxido de carbono del tubo de escape. Al advertir la somnolencia que invadía a Franco, doña Carmen ordenó que el coche se detuviera antes de que su marido sufriera algún perjuicio grave y sólo padeció una fuerte jaqueca. Hubo rumores de que el coche había sido saboteado.¹

Con noticias como estas que recordaban el carácter mortal de Franco, se otorgó especial significado a la tercera reunión que mantuvo con don Juan, la segunda celebrada en «Las Cabezas», el 29 de marzo de 1960.² A la muerte del conde de Ruiseñada, «Las Cabezas» había sido heredada por su hijo, el marqués de Comillas. Inicialmente se había pensado que el encuentro se celebrara en el parador de Ciudad Rodrigo, cerca de la frontera portuguesa. Pero, cuando se filtraron a la prensa las noticias de la reunión y se propagó el rumor de que Franco planeaba entregar el poder a don Juan, el Caudillo la canceló. Después de la reunión de Unión Española en el hotel Menfis, Franco no estaba muy bien dispuesto hacia el pretendiente. A Pacón le dijo que «don Juan no tiene remedio y cada vez se puede confiar menos en él», y que se sentía particularmente irritado por la aspiración del pretendiente de ser rey de todos los españoles, de los de izquierdas y de los de derechas; con conmovedora franqueza, comentó: «Don Juan debería comprender que para eso no hubiese sido necesaria la sangrienta Guerra Civil». Su desprecio por el liberalismo de don Juan era equivalente a su fe en la mayor idoneidad de Juan Carlos, por haber sido educado en la España franquista. Estaba comenzando a desear que don Juan abdicara a favor de su hijo aunque, como le dijo a Pacón, «mientras tenga salud y facultades físicas y mentales, no dejaré la jefatura del Estado».³

Cuando el encuentro acordado por segunda vez tuvo lugar, Franco, vestido con traje gris, se presentó acompañado por el jefe de su Casa Civil, el marqués de Casa Loja, y su segundo, Fernando Fuertes de Villavicencio. Fue una reunión significativamente más corta que la de seis años antes. En general, Franco demostró aún menos interés en convencer a don Juan de sus puntos de vista, dado que ya lo había eliminado como posible sucesor.⁴ Con astucia, se abstuvo de hacer pública esa decisión, convencido de que si lo hacía, Juan Carlos se pondría del lado de su padre. Si eso ocurría, Franco perdería el apoyo de grandes sectores monárquicos.*

Las observaciones, muchas veces mendaces, que Franco le hizo a don Juan en «Las Cabezas» revelaban su permanente obsesión con la masonería y su resentimiento por la postura independiente del pretendiente. Don Juan protestó por un libro, *Anti-España 1959*, publicado por un celoso propagandista del régimen, Mauricio Carlvilla, que era también policía secreto. El libro denunciaba la causa monárquica tachándola de títere de la masonería y cortina de humo para la infiltración comunista, además de insinuar que el mismo don Juan era masón.⁵ Franco, a quien cabía haber fingido ignorancia, justificó el libro como merecida réplica a la memoria del aviador monárquico Juan Antonio Ansaldo, dejando claro que, aunque no había inspirado el libro de Carlvilla, estaba, no obstante, satisfecho por su publicación. El libro de Ansaldo, *¿Para qué...?*, calificaba de traición a la guerra contra la República el que Franco no hubiera restaurado la monarquía. Don Juan señaló que, dado que el libro de Ansaldo estaba prohibido en España, no había necesidad de réplica. Protestó a continuación por los ataques de la prensa contra la Monarquía, que Franco atribuyó taimadamente a la indignación de los periodistas por el Manifiesto de Lausana de 1945, asunto por el que aún guardaba inquina. Franco dejó al descubierto su identificación con la línea de argumentación de Carlvilla cuando criticó la confianza de don Juan en Pedro Sáinz Rodríguez, a quien una vez más acusó de ser masón. Tras soportar una diatriba de veinte minutos sobre ese punto, don Juan replicó que nada de lo que había oído alteraba la alta opinión que tenía de Sáinz Rodríguez. Muy agitado, Franco respondió con rencor que había otros masones en el círculo de don Juan, entre ellos su tío, el general Alfonso de Orleans, y el duque de Alba.⁶

Don Juan entregó a Franco el texto de una propuesta de comunicado que declaraba que las conversaciones habían transcurrido en una atmósfera de cordialidad y que la educación en España de Juan Carlos no prejuzgaba la cuestión sucesoria ni incidía en «la normal transmisión de las obligaciones y las responsabilidades dinásticas». Terminaba con la declaración de que «la cordialidad y el buen entendimiento entre ambas personalidades es precisa para el porvenir de España y para la consolidación y continuidad de los bienes de la paz y de la obra realizada». Franco leyó el texto y lo discutió largamente con don Juan punto por punto, protestando por una referencia a Juan Carlos como príncipe de Asturias, título del heredero del trono. Don Juan cedió en esta cuestión. Sin embargo, Franco aceptó el texto con presteza cuando don Juan dijo que, si quería tomarse más tiempo, estaba dispuesto a que Juan Carlos permaneciera con él durante el curso académico. Al día siguiente, los colaboradores de don Juan emitieron el texto acordado de buena fe. Pero, para su asombro, la versión publicada en Madrid contenía significativas variantes respecto al texto de don Juan. Al llegar a El Pardo, a altas horas del 29 de marzo, Franco había enmendado unilateralmente el comunicado conjunto.⁷

Había agregado una referencia hecha a su persona como el Caudillo, algo que don Juan nunca había reconocido. A la frase sobre la transmisión de las responsabilidades dinásticas, él añadió «de acuerdo con la Ley de Sucesión», una ley aún repudiada por don Juan. En la última frase quitó la alusión a «ambas personalidades» y se aseguró de que él y don Juan no aparecieran como personas de igual condición. Finalmente, agregó a la frase una referencia al Movimiento Nacional, dando a entender que las futuras relaciones entre él y don Juan tendrían lugar dentro de ese contexto.⁸ Franco le dijo a su primo que no había sentido ninguna necesidad de consultar a don Juan, dado que dichas adiciones reflejaban meramente la situación legal de España y «no era cosa de consultarle, pues sabía que había de estar conforme».⁹ La maquinaria de la censura española no sólo bloqueó los intentos de Estoril para que se publicaran rectificaciones, sino que permitió a la prensa española imprimir acusaciones de que don Juan había omitido las referencias que Franco había agregado. Don Juan estaba comprensiblemente irritado por la turbia maniobra de Franco.¹⁰ Inmediatamente después de que éste se marchara, los consejeros de don Juan tuvieron la viva impresión de que Franco no volvería a reunirse nunca con el pretendiente para hablar de política.

Se estaba produciendo un proceso dual que desplazaba imperceptiblemente a Franco del centro de la vida política. Por un lado, a consecuencia de la modernización económica, estaba surgiendo una sociedad con problemas y preocupaciones que no significaban nada para Franco, encerrado en el esquema mental de la Guerra Civil y la década de 1940. Por el otro, en parte por su tendencia a dedicarse a sus aficiones y en parte debido a la creciente complejidad de los asuntos gubernamentales, Franco era cada vez más el presidente silencioso del gabinete, que dejaba los detalles de gobierno a Carrero Blanco y los tecnócratas.

Esto se hizo evidente durante un largo recorrido por Cataluña en mayo de 1960. Como hacía con gran frecuencia en esos casos, llegó por mar en el crucero *Galicia*.¹¹ Durante su estancia, se celebró en Barcelona el desfile anual de la Victoria.¹² El 20 de mayo presidió una reunión del gabinete en la que Navarro Rubio presentó proyectos legislativos decisivos. En respuesta a las protestas tanto de la Iglesia como de la Organización Sindical por las consecuencias sociales del plan de estabilización, Navarro Rubio había elaborado una ley de Previsión Social con dotaciones para cuatro proyectos específicos que implicaban a los ministerios de Trabajo, Educación, Interior y Secretaría General del Movimiento. Aunque la Presidencia del Gobierno había sido debidamente informada de que iba a presentar el proyecto, ni Franco ni varios de los ministros estaban enterados. Implícitamente, el proyecto de Navarro Rubio retiraba a Falange su decisivo poder de patronazgo social en el seno del Movimiento. Cuando Franco vio individualmente a los ministros afectados antes de la apertura de la sesión, tanto el ministro secretario del Movimiento, Solís, como el ministro de Educación, Jesús Rubio, le dijeron que la nueva ley era un golpe contra Falange. Fermín Sanz Orrio, ministro de Trabajo, y Camilo Alonso Vega, ministro de la Gobernación, expresaron su satisfacción por recibir mayores fondos. Paralizado por la indecisión, Franco pospuso la cuestión durante un mes; la ley fue finalmente aceptada en el Consejo de Ministros del 10 de junio de 1960, pero cuando pasó a las Cortes en julio, los procuradores falangistas la neutralizaron de forma efectiva con enmiendas.¹³

La Ley de Previsión Social, y la forma en que fue elaborada e introducida, hicieron patente el grado en que Franco presidía una maquinaria cuyo funcionamiento interno se estaba convirtiendo en un misterio para él. Un rasgo sintomático fue que durante su larga visita a Cataluña y Baleares a principios de mayo, sus discursos de inauguración de obras públicas eran soporíferamente anodinos.¹⁴ Los españoles estaban preocupados por el nivel de vida y deseando olvidar la Guerra Civil y la Guerra Fría, y Franco pronunciaba discursos que hablaban del compromiso del régimen con el desarrollo económico, pero los estribillos sobre los pasados triunfos hacían que resultara difícil evitar la impresión de que la totalidad del proceso estaba comenzando a superarlo. La élite política aún necesitaba a Franco como árbitro definitivo, pero cada vez menos como gobernante activo.

La distancia que separaba a Franco, que entonces tenía sesenta y ocho años, de la mayor parte de la sociedad española quedó ilustrada por un curioso incidente ocurrido a finales de mayo de 1960 cuando intervino personalmente para cancelar los dos partidos de la eliminatoria entre España y la Unión Soviética en los cuartos de final de la primera Copa de Europa de fútbol. Franco había insistido en que ambos partidos se jugaran en suelo neutral, en parte por las protestas de Camilo Alonso Vega y Carrero Blanco porque todavía había combatientes de la División Azul en los campos de concentración de la URSS. También tenía sobre su escritorio unos informes de la policía que predecían manifestaciones a favor del equipo soviético. Cuando los rusos se negaron a aceptar, los partidos fueron cancelados. En una época en la que tanto el Real Madrid como la selección española estaban en la cumbre de su gloria, esta decisión sólo provocó ridículo internacional e impopularidad en el interior. Para empeorar las cosas, la noticia de la retirada de la selección nacional de la competición no se publicó en la prensa española. Simplemente se anunció que la Unión Soviética se había calificado para las semifinales. Luego se afirmó que el motivo de la eliminación de España había sido la negativa de los soviéticos a jugar en terreno neutral.¹⁵ Franco le dijo a Pacón que también había sido una reacción suya contra las emisiones de radio comunistas que afirmaban que el equipo soviético tendría una colosal recepción popular en Madrid como expresión de hostilidad contra él. Esto, unido a la solicitud por parte de los soviéticos de que se tocara su himno nacional y se izara su bandera, era demasiado. Cuando Pacón le preguntó por qué no se habían publicado las razones de la retirada de España, Franco respondió perplejo: «Ya lo saben los federativos».¹⁶

La posición de los tecnócratas quedó considerablemente consolidada como resultado del relativo éxito del plan de estabilización. Los cambios políticos y económicos implícitos en sus medidas provocaron un sentimiento de desesperación en la Falange, que hacía erupción de vez en cuando. El 20 de noviembre de 1960, vigésimo cuarto aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera, Franco asistió a una ceremonia en el Valle de los Caídos. Entró en la basílica bajo palio y, al bajar las luces y levantar el sacerdote la hostia, se elevó una voz

que gritó «Franco, eres un traidor». Franco la oyó pero no dio muestras de ello. Inmediatamente, los guardias comenzaron a recorrer las filas en busca del culpable. No era la primera vez que el descontento falangista se expresaba de aquella forma. Un año antes, cuando la ceremonia había sido presidida por Carrero Blanco porque Franco tenía gripe, una voz había gritado «¡Fuera Carrero!». En otra ocasión, cuando Franco abandonaba la basílica rodeado de ministros, se oyó decir en voz baja: «Esos que tienes a tu lado... échalos, échalos, que no te ayudan nada, que más bien te perjudican». Entonces no se había tomado ninguna medida activa, pero ahora, en el momento en que estaba siendo glorificado en su propia basílica, no estaba dispuesto a pasar por alto un insulto directo. El falangista responsable era Román Alonso Urdiales, un joven radical indignado por la corrupción del régimen. En aquel momento estaba haciendo el servicio militar. Fue arrestado y juzgado por un consejo de guerra el 20 de diciembre de 1960. Se rumoreó que Franco quería hacerlo fusilar, pero en el último momento se contuvo para no crear un mártir. Urdiales fue condenado a veinte años de cárcel y enviado a un batallón de castigo en el Sahara.¹⁷

El 19 de diciembre de 1960, Navarro Rubio anunció el primer Plan de Desarrollo, elaborado en colaboración con el Banco Mundial. La liberalización gradual de la economía española con la dirección de los tecnócratas tuvo muy poco efecto en las opiniones de Franco. En una reunión del gabinete celebrada el 19 de enero de 1961, cuando Ullastres se quejó de los ataques falangistas contra sus medidas económicas, Franco le respondió con una larga defensa de la autarquía. Más adelante, en aquella misma reunión, Franco manifestó su inquietud respecto a la delegación del Banco Mundial encargada de aconsejar sobre el Plan de Desarrollo. Estaba convencido de que su jefe, sir Hugh Ellis Rees, un católico irlandés, era masón. También expresó su creencia de que el principal objetivo de dicho plan debía ser crear empleo. A Navarro Rubio le llevó algún tiempo convencerlo de que el nivel de empleo no era gestionable de forma aislada porque dependía de muchos otros factores. Sólo con grandes reservas se avino Franco a la venida de la delegación del Banco Mundial y el Plan de Desarrollo.¹⁸

Mientras seguía aferrado a las ideas de la Guerra Civil, el Caudillo fue encontrándose cada vez más aislado de algunos de sus ministros, muchos de los cuales eran veinte o treinta años más jóvenes que él. Franco continuaba obsesionado con la masonería.¹⁹ Y continuaba admirando a Hitler y Mussolini por la «energía, autoridad y patriotismo» con que aplastaron al comunismo y revitalizaron sus naciones. Su actitud hacia Estados Unidos era una curiosa mezcla de reverencia y desprecio. Creía que el gobierno norteamericano estaba totalmente en manos de masones, los cuales abrirían las puertas al comunismo, y no confiaba en el presidente recientemente elegido, John F. Kennedy, porque estaba «rodeado de bastantes izquierdistas y enemigos del régimen español».²⁰

A comienzos de 1961, Franco había encargado a Carrero Blanco que hiciera un informe sobre las probables consecuencias para su régimen de la llegada de Kennedy a la Casa Blanca. Presentado el 23 de febrero, el documento afirmaba que el mundo estaba dominado por las tres internacionales, la comunista, la socialista y la masónica, que compartían la determinación de destruir el régimen de Franco. Advertía también contra los que abogaban por la legalización de los partidos políticos porque estaban motivados sólo por el deseo de debilitar a España. «Tenemos que estar preparados para defender nuestra unidad dentro de la más cerrada intransigencia.» Además de manifestar que se debía resistir cualquier presión norteamericana para llevar a cabo una liberalización política, Carrero Blanco era partidario de una línea más dura cuando llegara el momento de renovar el acuerdo de las bases. Los informes de que el presidente norteamericano estaba estableciendo contactos con exiliados republicanos españoles y era contrario a las bases instaladas en España, inclinaron a Franco a aceptar la totalidad de aquel informe.²¹

Desde el 20 de abril hasta 6 de mayo de 1961, Franco realizó un viaje triunfal por Andalucía. En medio de grandes aclamaciones, algunas genuinamente populares y otras artificialmente montadas por el Movimiento, de la pura adulación de las autoridades locales y las visitas a nuevos edificios y proyectos de obras públicas que generalmente componían este tipo de viajes, Franco tuvo una experiencia nueva. El gobernador civil y jefe provincial del Movimiento de Sevilla, el monárquico liberal Hermenegildo Altozano Moraleda, dejó pasmado al Caudillo al llevarlo a ver los espantosos poblados de chabolas de las afueras de la ciudad. Franco se sintió realmente atónito por las condiciones inhumanas en las que vivía aquella gente. Al final del viaje, el impacto que le causó lo que había visto se reflejó en el discurso que pronunció en Córdoba. «En este viaje —dijo—, como en otros, me he apercibido de la persistencia de muchas injusticias sociales, de grandes diferencias irritantes. Y por eso invoco al señorío de Andalucía, a la generosidad de los hombres de esta tierra, a los que les hemos salvado sus posesiones y sus bienes, a los empresarios a que con espíritu cristiano colaboren a la justicia social y recuerden de buena fe nuestra legislación sobre la materia y que, en correspondencia, los obreros y trabajadores correspondan con su celo y entusiasmo en el trabajo.»²²

Durante el viaje de regreso, se mostró notablemente desconcertado cuando Alonso Vega comentó que los falangistas que le habían vitoreado al pasar probablemente habían sido pagados para hacerlo. Don Camilo señaló que las camisas azules que llevaban puestas eran completamente nuevas porque todavía tenían los dobleces del empaquetado.²³ Una vez de regreso a El Pardo, Franco no hizo nada respecto a la miseria que había presenciado excepto preguntarse retóricamente por qué las autoridades sevillanas no apelaban al Estado para obtener los fondos con que remediar el problema. Semejante posibilidad revelaba por sí misma su limitada comprensión de la austeridad impuesta al gasto público por el plan de estabilización. Más significativo aún fue que Franco no impidiera que Solís, ministro secretario general del Movimiento, intentara echar a Altozano de su puesto por el doble crimen de ser monárquico y su gesto de alterar al Caudillo con la dura realidad de la sociedad andaluza. Franco se quedó atónito al enterarse por Pacón de que había similares poblados de chabolas alrededor de Madrid y Barcelona y declaró: «Estoy dispuesto a meterme con este asunto para intentar resolverlo».²⁴ Fue una buena resolución, pronto olvidada.

El año 1961 fue el vigésimo quinto aniversario del levantamiento militar de 1936. Fue también el año en que los sacrificios del plan de estabilización comenzaron a dar frutos. El contraste entre el pasado violento y el presente próspero era cada vez más perceptible en el tono dual de los discursos de Franco. Las partes escritas por sus ministros estaban llenas de estadísticas y eran políticamente anodinas. Las partes escritas por el Caudillo mismo eran nostálgicas, beligerantes, muy apartadas de la realidad nacional e internacional de la década de 1960. Hablaba como si sus enemigos fueran los de 1936, pero muchos de ellos estaban muertos. Sus verdaderos enemigos eran jóvenes obreros dispuestos a ir a la huelga por las condiciones laborales de las fábricas, en las que las jornadas eran largas y las normas de seguridad, totalmente descuidadas; los estudiantes que protestaban contra la rígida atmósfera de las universidades franquistas; jóvenes sacerdotes vascos y catalanes que denunciaban la represión del sentimiento nacionalista. Con Eisenhower como presidente de Estados Unidos comprometido en un anticomunismo defensivo, Franco no había parecido tan fuera de lugar. En el mundo de Kennedy, decidido a vencer el comunismo mediante una proyección más agresiva de los beneficios del capitalismo, el Caudillo parecía un superviviente fosilizado.

El 3 de junio de 1961, al inaugurar la nueva legislatura de las Cortes, Franco pronunció un discurso de casi dos horas. El tono fue enteramente triunfalista, un presuntuoso repaso de los logros de los pasados veinticinco años frente a las lamentables calamidades de los siglos anteriores. Hizo alguna referencia a una posible Ley Orgánica del Estado destinada a completar la constitución franquista y garantizar la futura sucesión. Incluso mencionó la forma en que la formación del Mercado Común Europeo empezaba a determinar la dirección y alcance del comercio español. Sin embargo, estas dos alusiones a una posible preparación para el futuro llegaron sólo después de una justificación del presente, un himno de alabanza al Caudillaje, y una denuncia de los partidos políticos y la libertad que divide o simplemente produce componendas.

Tampoco en esta ocasión se habló de perdón: la Guerra Civil continuaba siendo la Cruzada librada por los buenos españoles contra los malos. Negó que su régimen fuera una dictadura al tiempo que despotricaba contra la democracia. Las felicitaciones a sí mismo no se limitaron a sus logros dentro de España, sino que también se extendieron al escenario mundial al afirmar que: «Sin nuestra victoria, España entera sería comunista y la península Ibérica hubiera constituido en los últimos cinco lustros el factor más eficaz y estimulante para la proyección del comunismo sobre Hispanoamérica y la base de lanzamiento del marxismo internacional sobre el continente africano», y que los aliados tenían una enorme deuda con él por su actuación durante la Segunda Guerra Mundial.²⁵

El año 1961 se celebró como otro punto culminante en la carrera de Franco. Una semana antes del aniversario de la rebelión militar, don Juan le escribió para felicitarle por los veinticinco años en el poder y proclamar los lazos entre la Monarquía y el levantamiento de 1936. Franco replicó con una carta en la que su deleite estaba intercalado con astutas referencias a su triunfal viaje por Andalucía y su popularidad en general. La alusión era inconfundible: no tenía ninguna necesidad de considerar la posibilidad de abandonar el poder.²⁶ El 17 de julio de 1961, el desfile anual de la Victoria fue encabezado por un contingente de 50.000 excombatientes de la Guerra Civil. Las principales celebraciones del año, sin embargo, no se centraron en el aniversario del levantamiento sino, como era de esperar, en el de la subida de Franco al poder supremo.

El 1 de octubre comenzaron en Burgos una serie de ceremonias cuidadosamente organizadas. Hablando desde el balcón del Ayuntamiento, como lo había hecho veinticinco años antes al recibir el poder de manos del general Cabanellas, Franco manifestó un orgullo y emoción comprensibles. Con su característica arrogancia de vía estrecha, sustituyó la realidad de su perseverante escalada al poder por una fábula de heroísmo, abnegación y gran visión. Sugirió que incluso entonces, en 1936, había planeado el futuro como se desarrolló posteriormente: «Desde el primer momento, me apercibí de la carga que se arrojaba sobre mis hombros». Olvidando el esfuerzo que él y su hermano Nicolás habían dedicado a asegurar su triunfo en la lucha por el poder, declaró: «En semejantes condiciones, el mando no podía ser apetitoso. Sólo un alto concepto del deber y la confianza en Dios y en la razón de nuestra causa hacía más grato el cumplimiento de mi deber». Franco omitió toda referencia a la contribución política de Serrano Súñer en la construcción de su aparato de Estado y mencionó sólo con vengativa satisfacción los cientos de miles de vidas destrozadas sobre las que se había levantado el régimen.²⁷

Entre el nostálgico discurso de autobombo pronunciado en el Ayuntamiento y otro de similares características del día siguiente ante el Consejo Nacional, hubo un interludio mucho más práctico. Poco después el mismo 1 de octubre, Franco pronunció un discurso ante los representantes de las tres armas en el que comentó que la fabricación de armas nucleares había devaluado las armas convencionales adquiridas en 1953 como parte del pacto con Estados Unidos. «Por ello —declaró—, transcurridas las cuatro quintas partes del tiempo por el que se concertaron, nuestros acuerdos necesitan ser nuevamente estudiados y renovados para que respondan a la nueva situación.»²⁸ Era el disparo de salida de las negociaciones de renovación del acuerdo y de las bases que comenzarían un año más tarde. En realidad, la época de sustancial ayuda económica y militar a cambio de bases habían pasado, pero las palabras de Franco tuvieron repercusión suficiente en Washington para que el secretario de Estado, Dean Rusk, visitara El Pardo antes de acabar el año.²⁹

Como parte de las celebraciones del aniversario, se celebró un Consejo de Ministros en el palacio de la Isla, base de operaciones de Franco en Burgos durante la Guerra Civil. López Rodó y Carrero Blanco habían abrigado la esperanza de ver algún progreso simbólico destinado a resolver la sucesión. López Rodó había persuadido a Carrero Blanco y a Alonso Vega de que presionaran a Franco para que anunciara que la ley constitucional que él había redactado en 1957, la Ley Orgánica del Estado, sería sometida a las Cortes. Pero Franco no se atrevió a comprometerse de forma irrevocable con una opción particular para la sucesión e hizo caso omiso de las sugerencias de

Carrero Blanco y don Camilo durante la corta sesión.³⁰

Que el Caudillo no quería que su momento de gloria se agudara con la mención de un futuro distante quedó patente el 2 de octubre de 1961 cuando se dirigió al Consejo Nacional de FET y de las JONS en el Monasterio de las Huelgas, donde había tenido lugar el primer consejo de todos en 1937. El acto —organizado por la nueva promesa del Movimiento, su vicesecretario general, Fernando Herrero Tejedor— se ideó para ensalzar los pasados triunfos de Franco.³¹ Para dar relieve a la abyecta subordinación de la Falange al Caudillo, José Solís, ministro secretario general del Movimiento, abrió la ceremonia dirigiéndose a Franco con un simple «Señor», tratamiento reservado a los reyes.

El tono del discurso de Franco fue, como siempre, de arrogante autosatisfacción y reafirmación de los valores del bando nacional en la Guerra Civil. Comenzó ponderando su preclara visión hacía veinticinco años y continuó, sacando frases de contexto de otros discursos pronunciados desde 1939, pretendiendo demostrar que la creciente mejora económica había sido diestramente planeada desde el principio. A pesar de utilizar algunas de las frases más conocidas de José Antonio Primo de Rivera, Franco evitó de forma ostentosa mencionar la Falange y habló durante todo el tiempo del Movimiento Nacional. Fue un ejercicio de prestidigitación ideológica destinado a reconciliar la Falange de la autarquía y «la revolución pendiente» con la economía capitalista convencional que estaba surgiendo con la dirección de los tecnócratas.³² Al final, el *Cara al sol* fue cantado por los consejeros, la mayoría de los cuales levantaron el brazo al estilo del saludo fascista. Por primera vez, Franco no se unió a ellos sino que permaneció en posición firme con los brazos caídos, al igual que Carrero Blanco y López Rodó. Solís, profundamente incómodo, se vio obligado a hacer lo mismo. Es significativo que el príncipe Juan Carlos no estuviera presente.³³

La distancia existente entre la Falange y los tecnócratas sería la mayor fuente de tensiones dentro del régimen durante los últimos años de la vida de Franco. Se había entablado una batalla y, según una frase atribuida a López Rodó, «a Franco había que amueblarle de ideas el cerebro».³⁴ Sin embargo, no debe exagerarse el grado en que Franco percibía este conflicto como problema. Los militantes falangistas comprometidos con la «revolución pendiente» eran cada vez menos. El Movimiento había sido minuciosamente domesticado con Arrese, Fernández Cuesta y Solís. Cuando Franco hablaba del Movimiento más que de Falange, puede que molestara a los militantes de la línea dura, pero para muchos reflejaba una cierta verdad. Estaban surgiendo funcionarios brillantes y trabajadores más interesados en obtener altos cargos dentro del aparato estatal que en llevar a la práctica la ideología de Falange. Esto era enteramente aplicable a hombres como López Rodó y Navarro Rubio, considerados principalmente del Opus Dei pero que eran más exactamente parte de lo que se dio en llamar «la burocracia de los número uno»: los que habían ganado oposiciones a cargos superiores de la función pública o a cátedras universitarias cuando eran muy jóvenes. Otros funcionarios prominentes del franquismo en la década de 1960, como Manuel Fraga y Torcuato Fernández Miranda, eran habitualmente descritos como falangistas. De forma similar, entre los mejores cerebros de la generación siguiente, Rodolfo Martín Villa era considerado primordialmente falangista; a José María López de Letona y Fernando Herrero Tejedor se los asociaba al Opus Dei, aunque hubiera sido más apropiado ver en todos ellos a funcionarios meritocráticos. Esto no quiere decir que ya no hubiera rivalidades entre las facciones de la coalición franquista, sino que durante una década estuvieron considerablemente amortiguadas. No deja de ser irónico que a principios de la década de 1960 hubiera más tensión entre López Rodó y Navarro Rubio que entre López Rodó y Fraga.³⁵

Tras el fracaso de los planes de Arrese de 1956 para un resurgir falangista, cambió el carácter de la competencia política bajo el mandato de Franco. Entre 1957 y 1973, dominaron los nuevos funcionarios técnicamente competentes, los cuales se consideraban «apolíticos», con lo que querían decir que su interés central era la tarea técnica de la administración del Estado y que pertenecían en términos generales al Movimiento más que a una facción en particular. Su capacidad profesional en un mundo complejo marginó a Franco de la dirección diaria del gobierno y, sin embargo, paradójicamente fortaleció su posición en dos sentidos. En primer lugar, porque se llevó el mérito de los progresos económicos que tuvieron lugar durante la administración de los tecnócratas. Ellos no tenían inconveniente en que Franco se llevara los honores porque, en el ambiente de cotilleo de El Pardo, quedarse cortos en las adulaciones hubiera significado arriesgar sus cargos. En segundo lugar porque, a diferencia de las facciones del pasado, los tecnócratas no tenían clientela política alguna, le debían a Franco su bien remunerada prominencia y nunca pensaron en desafiarlo. Hacerlo habría resultado peligroso y simplemente habría impulsado a sus rivales a cerrar filas en torno al Caudillo.

Al disminuir la actividad de Franco en la década de 1960, también se volvió más inexpugnable. Su fuerza residía en su posición como piedra angular del arco franquista. Durante el período comprendido entre 1938 y 1953, la hostilidad internacional había alentado las facciones rivales y él había utilizado unas contra otras con gran habilidad y astucia. Después de 1953, se sintió mucho más seguro, e incluso excesivamente confiado. A consecuencia de ello, había tenido que enfrentarse a la crisis de 1956, a la indignación provocada por los planes constitucionales de Arrese y al colapso engendrado por sus políticas económicas autárquicas. En 1957, había tenido la fortuna de encontrar a los tecnócratas para que lo sacaran del atolladero. Dado que la política económica de éstos funcionaba, ninguna facción franquista se habría arriesgado a desestabilizar una situación en la que todos obtenían beneficios. Cada uno abrigaba la esperanza de obtener el apoyo del Caudillo en contra de los demás.

Así pues, mientras Carrero Blanco y López Rodó ofrecían a Franco eficacia y alivio de sus preocupaciones gubernamentales, Solís buscaba ofrecerle gratificaciones más espectaculares aunque menos sustanciales. El 13 de octubre de 1961, él y Herrero Tejedor organizaron en el Valle de los Caídos una concentración masiva, convocada como Asamblea Europea de Excombatientes. La extrema derecha de toda Europa, los derrotados de 1945, se congregaron para rendir homenaje al único general victorioso de la derecha anterior a la

guerra. Junto con los fascistas italianos y los nazis, desfilaron generales fascistas de Europa oriental junto a las apretadas filas de veteranos de la Guerra Civil. Franco tuvo buen cuidado de no asistir, pero envió un mensaje de bienvenida y felicitación a través del general Pablo Martín Alonso.³⁶

La concentración reflejaba los temores falangistas sobre su propia condición anacrónica. Dado que vivían de la burocracia del Estado, no podían dejar de sentir una gran inquietud ante un futuro sin Franco. Los militares tenían más razones para estar tranquilos, pero también veían a Franco como clave de un régimen políticamente aceptable. Incluso don Juan y los monárquicos tenían la sensación de que oponiéndose abiertamente a Franco podrían hacer muy poco para acelerar el restablecimiento de la corona. Más aún, la mayoría de las facciones en el núcleo de la coalición franquista tendieron a agruparse cuando las tensiones sociales desencadenadas por los cambios económicos provocaron una ola de oposición en las fábricas, las universidades y las diferentes regiones. Pero los que se encontraban en los extremos políticos de la coalición se separaron: por la izquierda, los democristianos liberales para crear su propio grupo de oposición; y por la derecha, la vieja guardia falangista para coaligarse en torno al grupo de presión conocido como Guardia de Franco, liderado por el general Tomás García Rebull. En realidad, ninguno de estos grupos iba a constituir una amenaza seria para Franco, cuya posición durante la prosperidad de la década de 1960 llegó a parecer intocable excepto para la muerte.

Los inquietantes rumores sobre la vida del Caudillo que circularon en la primavera de 1960, se vieron eclipsados por el pánico que cundió a finales de 1961. En una Nochebuena fría y húmeda, Franco, por sugerencia de José Sanchiz, administrador de su hacienda de Valdefuentes, se fue a cazar palomas a los montes de El Pardo. A las cinco y cuarto de la tarde resultó herido en un grave accidente cuando explotó su escopeta Purdey, hiriéndole la mano izquierda.³⁷ La prensa minimizó el alcance de las heridas: fracturas en el dedo índice y el segundo metacarpiano. Gran parte del tejido muscular y nervioso de la mano quedó destruido.³⁸ Trasladado al hospital de las Fuerzas Aéreas de la madrileña calle de Isaac Peral, el radiólogo que le atendió, sin conocer la identidad del paciente, comentó a una enfermera lo mucho que se parecía al Caudillo, a lo que Franco respondió «eso dicen algunos».³⁹ El hecho de que Franco tuviera que recibir anestesia general era asunto de cierta trascendencia; sin embargo, no se utilizó ninguno de los complejos mecanismos establecidos por la Ley de Sucesión. Por el contrario, Franco telefoneó a Carrero Blanco y le dijo que informara sólo a los ministros militares y al Estado Mayor. Luego, envió a buscar a su amigo de toda la vida, Camilo Alonso Vega. No adoptó ninguna disposición para el caso de que resultara mermada su capacidad para gobernar aparte de pedirle a don Camilo, de forma un poco críptica: «Ten cuidado con lo que ocurra». Franco estaba justificadamente seguro de que entre Alonso Vega, su director general de Seguridad; Carlos Arias Navarro, y el director general de la Guardia Civil, podrían mantener el orden público.

Franco quedó considerablemente incapacitado por el consiguiente dolor y no podía dormir por la noche durante los primeros meses de 1962 a pesar de que tomaba analgésicos.⁴⁰ Incluso después de que le quitaran la escayola en el mes de abril, se sujetaba delicadamente la mano izquierda contra el pecho. Sólo gracias a la intensa fisioterapia que recibió durante los tres meses siguientes recuperó una movilidad casi normal.⁴¹

Las exhaustivas pruebas de los armeros militares y del fabricante británico demostraron que el accidente no pudo deberse a un defecto de la escopeta. Eso llevó a que se especulara que Franco había sido víctima de un intento de asesinato, y Alonso Vega estaba particularmente convencido de que alguien había manipulado las municiones,⁴² lo cual era improbable porque Franco cogía sus municiones al azar de cajas selladas preparadas especialmente para El Pardo y no se encontró ningún otro cartucho defectuoso. Puesto que se cargaron muchas escopetas con la misma munición, el asesino habría tenido gran dificultad para que Franco cogiera el único cartucho defectuoso. Finalmente se llegó a la conclusión de que un cartucho de un calibre más pequeño perteneciente a su hija había ido a parar al bolsillo de Franco, que lo había cargado dentro de la escopeta, no había detonado, había quedado dentro del cañón y había estallado al siguiente disparo.⁴³ No obstante, el incidente impulsó a muchos franquistas a dirigir su atención hacia la sucesión.⁴⁴ Su inquietud por el futuro se intensificó cuando una gran oleada huelguística asoló el norte industrial en la primavera de 1962.

Cuando ocurrió el accidente, Franco no dio señal pública alguna de preocupación. En su mensaje radiado de fin de año se había descrito a sí mismo como capitán de la nave española y al pueblo como la «tripulación y los beneficiarios» de su rectitud, virtudes y destreza de navegante.⁴⁵ Pero hacia dónde dirigía el navegante a España, era lo que no estaba claro. Lo único que podía percibirse de sus intenciones era un compromiso con una eventual pero muy distante sucesión real. La confianza que había depositado en Alonso Vega tras el accidente de caza planteó la posibilidad de una regencia franquista. Según dicha opción, algún representante de la línea dura garantizaría que el posterior monarca no se apartara del camino autoritario. El papel de perro guardián de los ideales franquistas le sería primero confiado a Muñoz Grandes y luego a Luis Carrero Blanco, aunque de hecho Franco sobreviviría a ambos. Entretanto, a pesar de la estrecha relación que Franco tenía con Carrero Blanco, firme partidario de la Monarquía de Juan Carlos, quedaba considerable espacio para la especulación y las maniobras respecto a la selección del candidato real.

Mientras aún sufría los efectos del accidente, el 25 de enero de 1962 Franco accedió a la propuesta de Carrero Blanco de que López Rodó fuera nombrado jefe de la nueva Comisaría del Plan de Desarrollo, un organismo central de planificación recomendado por los asesores del Banco Mundial. Siguiendo el modelo del plan de desarrollo francés, el comisario sería el delegado de Presidencia del Gobierno en cada uno de los ministerios económicos, con poder para crear comisiones interministeriales.⁴⁶ Aquello implicaba un enorme aumento de poder y responsabilidad para López Rodó y Navarro Rubio se sintió comprensiblemente irritado porque la Comisaría no se hubiera creado en

el Ministerio de Hacienda, convencido de que el Plan de Desarrollo debía plasmarse dentro de unos límites presupuestarios que sólo su ministerio podía establecer. Considerando además su sueldo ministerial insuficiente, tras algunas vacilaciones Navarro Rubio presentó su dimisión. Franco la aceptó, pero le pidió que retrasara el anuncio de la misma. En el ínterin, dispuso que se ofreciera a Navarro Rubio el cargo ampliamente remunerado de gobernador del Banco de España.⁴⁷ El Caudillo continuaba inamovible en su creencia de que todos los hombres tenían su precio. De hecho, Navarro Rubio no estaría en situación de asumir su nuevo cargo durante otros tres años.

Navarro Rubio no era el único que se oponía al ascenso de López Rodó. En el Consejo de Ministros del 26 de enero de 1962, Solís intentó conseguir que la Comisaría del Plan quedara dentro de la Organización Sindical. Franco cortó el debate afirmando rotundamente que López Rodó era el mejor candidato. Solís continuó susurrando al oído del Caudillo que el nombramiento de López Rodó constituía el triunfo de un complot del Opus Dei para apoderarse de la economía. En realidad, Solís estaba librando una acción de retaguardia. Con el nombramiento de López Rodó como comisario, la Falange había perdido una batalla decisiva en la guerra por el futuro pos-Franco. Sin embargo, López Rodó aceptó el cargo por la razón obvia de la ambición personal y porque creía que la reforma administrativa y económica era mejor garantía para la supervivencia del régimen que el inmovilismo manifiesto en la resistencia de Franco a resolver el tema de la sucesión. López Rodó consideraba que la integración de España en la dinámica economía europea tendría necesariamente consecuencias políticas dentro del país. Sus puntos de vista quedaron resumidos en la frase, erróneamente atribuida a él, de que no podría haber democratización hasta que la renta per cápita alcanzara en España los 1.000 dólares anuales.⁴⁸

Ya en la séptima década de su vida, a Franco no le había costado mucho decidirse por este nombramiento. Veía a López Rodó simplemente como uno de sus funcionarios más brillantes y mejores. Cada vez menos activo en las tareas gubernamentales, Franco se distanciaba aún del centro de gravedad con el ascenso de López Rodó. Éste informaba directamente a Carrero Blanco o a Franco. Dado que ni Carrero ni el Caudillo comprendían el alcance real de lo que estaba haciendo, el comisario tenía una autonomía considerable. Aún más, a lo largo de los años siguientes, el trabajador incansable que era López Rodó llegó a dominar a la Comisión Delegada de Asuntos Económicos del gobierno, oficialmente presidida por Franco. Muy pronto la Comisión se convirtió en un miniconsejo de ministros. Al principio asistían a ella varios ministros con responsabilidades en temas económicos. Sin embargo, a medida que se constituía en el auténtico centro del poder, empezó a tratar sobre otros temas aparte de los económicos, y otros ministros buscaron pretextos para asistir a las reuniones. Igual que anteriormente, como secretario de la Presidencia, López Rodó había tenido un papel primordial en la preparación y elaboración de prioridades de los asuntos del gabinete, a partir de aquel momento tuvo un papel similar, e incluso más poderoso, en la iniciación y coordinación de la política económica. Franco se enteraba de los asuntos cuando llegaban, convenientemente empaquetados, a la comisión.⁴⁹ Dado que no tenía ninguna razón para cuestionar la lealtad del protegido de Carrero Blanco, estaba encantado de que le ahorraran los fastidiosos detalles económicos.

A pesar del accidente, el interés de Franco por la caza continuó ocupando la mayor parte de su tiempo. En cuanto pudo volver a disparar, pasaba todos los fines de semana cazando en el sur.⁵⁰ Aparte de eso, mostraba síntomas de cansancio, y alrededor de esa época comenzó por primera vez en su vida a practicar la costumbre de la siesta diaria. Encantado con la introducción de la televisión en España, pasaba cada vez más tiempo ante los muchos televisores que habían sido instalados en El Pardo.⁵¹ Sus programas favoritos eran las películas y los deportes, especialmente el fútbol. El resurgir del fútbol español desde la llegada de refugiados húngaros como Ladislao Kubala, Ferenc Puskas y Sandor Kocsis había entusiasmado a Franco, que consideraba en cierta medida propios los triunfos del Real Madrid y de la selección nacional española.⁵² Comenzó a hacer quinielas cada semana y durante algún tiempo firmó su boleto como Francisco Cofran. Ganó dos veces. Resulta un poco difícil imaginarse a Hitler o Mussolini haciendo una quiniela.⁵³

Para mantener el impulso de la reforma económica iniciada por los tecnócratas, Castiella y los ministros económicos sugirieron que España solicitara el ingreso en la Comunidad Económica Europea. El Caudillo se avino con grandes reticencias. El 9 de febrero de 1962, el embajador de España en París, José María de Areilza, presentó la solicitud oficial para la apertura de las negociaciones a Maurice Couve de Murville, a la sazón presidente de la CEE. En las capitales de los países miembros se desplegó una importante campaña diplomática. La solicitud estaba condenada a naufragar por la actitud de Franco ferozmente contraria a la democracia. Ya había demostrado, a propósito de la delegación del FMI, que desconfiaba de los economistas de las democracias y estaba todavía más receloso de que una aproximación a la CEE permitiría a sus enemigos hacer chantaje a España para forzar una liberalización política. Tanto él como Carrero Blanco consideraban la Comunidad Económica Europea como «un feudo de masones, liberales y democratacristianos». Categóricamente decidido a no aceptar ninguna clase de condición política, Franco comenzó a hablar de desligar la economía española de la Europa del norte y orientar su comercio hacia el bloque comunista. Aparte de dejar una vez más en evidencia su ignorancia de las realidades económicas, aquella idea demostró que su obsesión con los masones era más virulenta incluso que su anticomunismo. Llegado el momento, la CEE aceptó comenzar las negociaciones para algún tipo de acuerdo económico, pero dejó claro que serían necesarios importantes cambios constitucionales antes de que pudiera considerarse cualquier forma de vinculación política.⁵⁴

Las opiniones políticas de Franco no habían evolucionado al compás de los cambios sociales y políticos que se estaban produciendo. Su reacción ante cualquier cosa que le desagradaba era replegarse hacia la retórica de la Guerra Civil. A comienzos de 1962 todavía estaba indignado por el deseo proclamado por don Juan de ser el rey de todos los españoles, lo cual, declaraba Franco con desprecio, incluía a «todos los vencidos, separatistas vascos, separatistas catalanes, comunistas, anarquistas, socialistas, de la CNT, republicanos de varios

matrices y terroristas también, ¿por qué no? Todos son españoles».⁵⁵

El 14 de mayo de 1962, cuando Juan Carlos se casó en Atenas con la princesa Sofía de Grecia en una ceremonia donde abundaron los monárquicos españoles, Franco ordenó que se diera a la ocasión la mínima publicidad en España y que no apareciera ninguna fotografía de don Juan. Como representante oficial envió al ministro de Marina, el almirante Felipe Abárzuza, en el crucero *Canarias*, un símbolo inequívoco de su victoria en la Guerra Civil. Cuando Juan Carlos y Sofía hicieron una escala especial en Madrid al principio de su luna de miel para presentar sus respetos a Franco, éste se encargó de conceder también una larga audiencia al presidente de la Comunidad Tradicionalista, José María Valiente, defensor de la sucesión del pretendiente carlista, Carlos Hugo.⁵⁶

La negativa de la Comunidad Económica Europea a la apertura de negociaciones políticas no hizo más que convencer a Franco de que España continuaba estando rodeada por fuerzas hostiles resueltas a derrocarlo. Dicha creencia se vio reforzada poco después por una ola de conflictos en el sector industrial. Durante los meses de abril y mayo de 1962, se produjeron huelgas en las minas de Asturias y la industria siderúrgica del País Vasco. A pesar del masivo y brutal despliegue de la Guardia Civil y la policía armada, las huelgas se propagaron a Cataluña y Madrid. Detenidas no por la represión sino por un aumento salarial, dichas huelgas marcaron el final de los sindicatos verticales falangistas y el nacimiento de un nuevo movimiento obrero clandestino.⁵⁷

Las huelgas tuvieron una motivación más económica que política. En el contexto de expansión económica que siguió a la dura austeridad del plan de estabilización impuesto entre 1959 y 1961, los trabajadores estaban decididos a conseguir mejoras salariales. Su victoria demostró que las empresas del Estado y los industriales del sector privado estaban dispuestos a pagar un precio si ello evitaba la interrupción de la lucrativa producción. Franco no veía las cosas de esa forma, sino que sencillamente atribuía la inquietud laboral a agitadores del exterior. Las muchas declaraciones de solidaridad que los huelguistas recibieron de Francia, Italia, Alemania y Gran Bretaña enfurecieron al Caudillo, y se sintió perplejo porque muchos sacerdotes expresaran su apoyo a los trabajadores, especialmente en el País Vasco. La actividad de la JOC (Juventud Obrera Católica) y la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica), era, en su opinión, «no apostólica» sino más bien «temporal y política». «El pretender atraer a los obreros con proclamas demagógicas es hacer socialismo y deriva al comunismo.»⁵⁸ Tanto en privado como en público, volvió a las explicaciones en términos de la Guerra Civil, hablando del «enemigo» y los agitadores extranjeros comunistas y masones.⁵⁹

Ofreció su análisis público de las huelgas el 27 de mayo de 1962 en el cerro de Garabitas, un campo de batalla del asedio a Madrid durante la Guerra Civil, cuya elección estaba cargada de agresivo simbolismo. Ante el público de la falangista Hermandad de Alféreces Provisionales, alegó que las huelgas carecían de importancia y sólo las tomaban en serio en el extranjero debido a las disparatadas declaraciones de «algún clérigo vasco separatista, o los errores clericalistas de algún otro sacerdote exaltado». Tras declarar que aún se estaba librando la Guerra Civil, atacó a un anónimo «enemigo» que intentaba sacar provecho de los «pequeños fallos de nuestras relaciones laborales», añadiendo que los trabajadores españoles tenían que saber que «nadie puede ir más lejos de lo que el Estado español en la obra de justicia social». De modo significativo, acabó su discurso ante aquel público de incondicionales del régimen con comentarios destinados a calmar cualquier inquietud que pudieran tener respecto al futuro como resultado de su accidente con la escopeta de caza. «Hay también quienes torpemente especulan con mis años. Yo sólo puedo decirles que me siento joven, como vosotros, que detrás de mí todo quedará bien atado y garantizado por la voluntad de la gran mayoría de los españoles, de los que, con el Movimiento, constituís nervio y esencia, y por la guardia fiel e insuperable de nuestros ejércitos. Nuestro mandato es el de los muertos.»⁶⁰

El fracasado intento de acercamiento del régimen a la CEE y las huelgas de 1962 estimularon en Europa el resurgir de simpatías hacia la oposición antifranquista. Para capitalizar el hecho, los monárquicos, católicos y falangistas arrepentidos del interior se reunieron en Múnic con socialistas y nacionalistas vascos y catalanes en el IV Congreso del Movimiento Europeo, entre los días 5 y 8 de junio de 1962. La participación de delegados del interior había sido anunciada abiertamente con antelación. El comunicado final del Congreso fue un moderado y pacífico llamamiento a la evolución en España. En vísperas del Congreso, el grupo falangista de extrema derecha, la Vieja Guardia, había advertido a Franco de una conspiración para minar el régimen de masones, judíos y católicos. Tal aviso, como era de esperar, le tocó la fibra sensible.⁶¹ Al finalizar el Congreso de Múnic, el gobierno permaneció en sesión hasta las 3 de la madrugada del 9 de junio discutiendo las implicaciones del mismo, y decidió suspender las simbólicas garantías constitucionales del Fuero de los Españoles. El Caudillo estaba furioso por lo que consideraba un complot para torpedear los esfuerzos de su régimen para asegurarse la asociación con la Comunidad Europea.⁶² Muchos delegados españoles, incluidos Dionisio Ridruejo y José María Gil Robles, fueron detenidos y enviados al exilio por haber tomado parte en lo que fue denominado el «contubernio de Múnic». La reacción de Franco perjudicó gravemente la causa de la entrada de España en Europa.⁶³

Franco instó a Arias Salgado, ministro de Información, a que desencadenara una violenta respuesta a través de la prensa. La andanada de histeria llegó incluso a responsabilizar a don Juan por lo ocurrido,⁶⁴ lo cual reflejaba tanto la indignación personal de Franco como el temor generalizado sobre el futuro que había dentro del Movimiento. No sólo el accidente de caza del Caudillo había despertado el espectro de su muerte, sino que la oleada de huelgas había socavado el mito de la invulnerabilidad del régimen. Las afirmaciones comunistas de que su política de «reconciliación nacional», adoptada en 1956, estaba a punto de generar un amplio frente de fuerzas antifranquistas empezaban a tener un inquietante aire de posibilidad real.⁶⁵ Más aún, se habían producido algunos amagos de conflicto con la Iglesia católica desde que el papa Juan XXIII había convocado el concilio Vaticano II en 1959. Tras comenzar sus sesiones en octubre de 1962, las grietas se abrían

cada vez más.⁶⁶ La encíclica papal de 1961, *Mater et Magistra*, había alarmado a los franquistas intransigentes del gabinete con sus referencias a salarios justos y vida digna para los trabajadores de la industria y la agricultura, a la función redistributiva de los impuestos y a los derechos sindicales. En Múnich, católicos y monárquicos habían confraternizado con los demócratas exiliados, y grupos patrocinados por la Iglesia estaban en el núcleo del resurgir de la oposición interna.

La opinión de Franco sobre la postura cada vez más liberal de la Iglesia se había puesto de manifiesto en Garabitas. Ahora, desahogó sus sentimientos sobre el Congreso de Múnich en una serie de discursos que pronunció poco después en Valencia. El 16 de junio censuró las críticas extranjeras a su régimen y, señalando a los seguidores que lo vitoreaban (muchos de los cuales, como de costumbre, habían sido traídos de las zonas rurales circundantes con un día de paga por la asistencia) declaró: «He aquí mis poderes; la unión más estrecha con mi pueblo». Tras acusar a Europa de que sólo quería ver el fracaso de España, repasó orgullosamente su propia «ejecutoria ejemplar». Cuando denunció a la prensa europea tachándola de lacayo del comunismo mundial, Franco destruyó buena parte de la paciente labor de sus tecnócratas y diplomáticos y además provocó el ridículo a su propia costa.⁶⁷ Al día siguiente, se burló del liberalismo por ser débil, inútil y putrefacto. Un día después atacó a los que habían asistido al Congreso de Múnich como «esos desdichados que se conjuran con los rojos para llevar a las asambleas extranjeras sus miserables querellas».⁶⁸

Para protestar por el castigo aplicado a los españoles que habían asistido al Congreso de Múnich, una delegación de la Comisión Ejecutiva Internacional del Movimiento Europeo visitó Madrid. Hablaron con Franco el 6 de julio de 1962 durante una hora y diez minutos, señalando que los españoles que habían ido a Múnich no habían hecho sino pedir una moderada declaración a favor de la evolución política no violenta. Cuando le dijeron que su reacción ante el Congreso era una condena implícita de la CEE y que perjudicaba a la solicitud de entrada que había presentado su propio gobierno, Franco permaneció imperturbable. Con su habitual descaro, negó desabridamente las críticas, asegurándoles que él aceptaba el derecho de los españoles a participar en el Movimiento Europeo y sólo ponía objeciones a que las invitaciones se limitaran únicamente a los que se oponían a su régimen y a que los delegados del interior pudieran reunirse con sus enemigos exiliados. Eso era verdad: sólo habían sido invitados aquellos que estaban de alguna forma comprometidos con la democracia.⁶⁹

A pesar de su aire provocador en el acto de Valencia, Franco se dio cuenta de que su reacción ante el Congreso de Múnich había sido un grave error. Además de las observaciones de la delegación europea, fue ampliamente informado por Castiella y Areilza de los perjuicios causados en las capitales de Europa. El embajador en Washington, Antonio Garrigues, envió informes de críticas generalizadas a su régimen en Estados Unidos.⁷⁰ Puede que no entendiera los detalles de la teoría económica, pero su sensibilidad a las amenazas a su propia supervivencia se mantenía incólume. Consecuentemente, se sobrepuso a la inercia creada por su reticencia a cambiar los equipos ministeriales y llevó a cabo una importante remodelación del gabinete el 10 de julio.⁷¹ La nueva línea económica fue consolidada. Ullastres y Navarro Rubio permanecieron en sus puestos y a ellos se unió como ministro de Industria el dinámico ingeniero naval de treinta y ocho años Gregorio López Bravo, otro miembro del Opus Dei. El apuesto López Bravo no había entrado en el gobierno como parte de un complot del Opus Dei sino porque había sido recomendado a Franco por su amigo de El Ferrol, el almirante falangista Pedro Nieto Antúnez, nombrado ministro de Marina. Otros elementos tecnocráticos «progresistas» introducidos a expensas de los falangistas fueron el profesor de química del Opus Dei, Manuel Lora Tamayo, como ministro de Educación, y Jesús Romeo Gorría como ministro de Trabajo, ambos por recomendación de López Rodó. El predecesor de Romeo Gorría, Fermín Sanz Orrio, fue sustituido en castigo a no haber impedido las huelgas de abril y mayo. Solís, por su parte, permaneció en el gabinete tanto como concesión a Falange como en recompensa por la energía que había desplegado durante las huelgas.

El autoritario ministro de Información, Gabriel Arias Salgado, a pesar de gozar del especial favor de Franco, cargó con la culpa de la reacción de prensa grotescamente mal calculada ante el Congreso de Múnich y fue sustituido por Manuel Fraga Iribarne. Generalmente calificado de falangista, Fraga había adquirido nombre como persona próxima al católico Joaquín Ruiz Giménez. De hecho, Fraga era más un *apparatchik* versátil y flexible del Movimiento que un falangista militante, a pesar de que había sido recomendado tanto por Solís como por Nieto Antúnez. Poseedor de una energía y una ambición inagotables, Fraga, con cuarenta años entonces, había sido el primero en todas las oposiciones a las que se había presentado, había obtenido una cátedra de Derecho Político antes de cumplir los treinta años, escrito numerosos libros y ocupado una amplia gama de cargos. Con su cabello corto y elegantes trajes, su estilo de persona capaz y su aspecto de activo empresario norteamericano, Fraga era considerado como la persona que podía resolver el insoluble problema que suponía mantener la censura de prensa en una sociedad que cambiaba a una velocidad vertiginosa. En cierto sentido, su liberalización parcial de la prensa lo convertiría en uno de los que cavaron la fosa al régimen.

Dando reconocimiento oficial al hecho de que tenía casi setenta años, Franco nombró por primera vez un vicepresidente del Consejo de Ministros en la persona del general Agustín Muñoz Grandes, de setenta y seis años, que era y continuó siendo jefe del Estado Mayor. El nombramiento era una precaución tardía tras el aviso del accidente de caza y tranquilizó a los falangistas recelosos de los tecnócratas occidentalizantes del Opus Dei. Muñoz Grandes pertenecía a la extrema derecha que compartía y alentaba la reacción dura de Franco ante la creciente oposición. Al final, el rígido y austero Muñoz Grandes nunca actuó como suplente de Franco. Era, además, un político muy mediocre y dejó que Carrero Blanco desempeñara la mayoría de las funciones de vicepresidente y acumulara así más poder aún. La necesidad que Franco tenía de rodearse de rostros familiares tanto como de hombres jóvenes y dinámicos se reflejó también en que mantuvo a Alonso Vega, de setenta y tres años, en su cargo de ministro de la Gobernación, y en la incorporación al gabinete del almirante

Nieto Antúñez como ministro de Marina.⁷²

La entrada en el gobierno de Fraga y López Bravo sería un gran triunfo para las relaciones públicas. Ambos contribuyeron con su juventud y energía a la renovación de la imagen del régimen. La aparente liberalización implícita en los cambios del gabinete estuvo, no obstante, acompañada de un endurecimiento de las medidas policiales contra la oposición de izquierdas. Las detenciones, las torturas y los juicios contra izquierdistas continuaron siendo frecuentes.⁷³ Una nueva ola de huelgas en Asturias y Cataluña durante los meses de agosto y septiembre fue contrarrestada con feroces medidas policiales.⁷⁴

Para asegurar su propia permanencia en el poder, Franco estaba poniendo sus esperanzas en una doble política de brutal represión combinada con un mayor esfuerzo de desarrollo. Con Fraga como ministro de Información, la censura se suavizó y la imagen de Franco y de su gobierno fue manipulada con muchísima más destreza. Los primeros frutos del cambio pudieron percibirse en el discurso de fin de año del 30 de diciembre de 1962. El tono era mucho menos anacrónico, más suave incluso, que antes. Las habituales diatribas contra masones y otros enemigos de la verdadera España estuvieron, por primera vez, ausentes del mensaje, mientras que se hizo hincapié en los logros económicos. La mayor parte del discurso había sido escrita por Fraga y López Rodó.⁷⁵ Las referencias al «milagro español» y las extensas comparaciones estadísticas entre 1936 y 1962 en todos los ámbitos, desde la producción de fertilizantes hasta los planes de regadío, eran tendenciosas, pero una forma más moderna y eficaz de exponer cuestiones que antes se expresaban con una retórica anacrónica de triunfalismo.

La afirmación de que el crecimiento económico de esa época había sido planeado desde el principio no era nada nuevo. Lo que sí era completamente nuevo era el barniz de reconocimiento de tensiones sociales. El impacto de las huelgas de 1962 y la operación de maquillaje aplicada por Fraga pudieron advertirse en la asombrosa declaración de que el gobierno tenía intención de resolver los problemas que atribuyó al «enorme esfuerzo de crecimiento que está realizando el país». Si aquella retórica humildad estaba lejos del triunfalismo del pasado, todavía más notable fue el efímero abandono del lenguaje de vencedores y vencidos. Los efectos del malestar obrero eran también visibles en el anuncio de la introducción, por primera vez, de un salario mínimo. A pesar de que la esperanzas que despertó todo aquello se truncarían pronto —entre otras cosas por el salario mínimo lamentablemente bajo introducido el 1 de enero de 1963—, el discurso sugirió que los cambios del gabinete de 1962 habían marcado una divisoria aún más importante que los de 1957.⁷⁶

Habiendo sobrevivido a la crisis de 1962, Franco comenzó a disfrutar aún más de una vida política propia de un personaje regio. Sus actividades diarias consistían cada vez más en recibir delegaciones de admiradores, representantes de determinadas industrias o actividades culturales, entregar premios y medallas, inaugurar pantanos y otras obras públicas y recibir las credenciales de los embajadores. Las actividades de ocio le ocupaban un tiempo notablemente superior; cazaba y pescaba como siempre, pero ahora jugaba más al golf, dedicaba más tiempo a las películas y deportes emitidos por televisión, pintaba un poco, hacía quinielas, dividía sus larguísimas vacaciones de verano entre el Pazo de Meirás y el palacio de Ayete de San Sebastián, y pasaba las de Semana Santa en La Piniella (Asturias). Aumentó la duración y cantidad de sus excursiones de caza y pesca. Todos los años a principios de octubre, emprendía una larga cacería en la sierra de Cazorla, en la provincia de Jaén.⁷⁷

Mientras Franco dejaba la administración de la política diaria y la economía en manos de sus ministros, varios de ellos se dedicaban a hacer algo más que lidiar con el presente. El nuevo gabinete contenía dos grupos con planes diferentes para el futuro. Carrero Blanco y los tecnócratas, apoyados por monárquicos conservadores como Camilo Alonso Vega y el ministro de Obras Públicas, Jorge Vigón, estaban unidos en su deseo de restaurar la Monarquía. Los tecnócratas consideraban la modernización de la economía como condición previa y consideraban la estabilización política como contexto necesario. Los miembros más conservadores de este grupo no sentían deseo alguno de cambio político y confiaban en utilizar la prosperidad económica como medio para acallar la disidencia política.⁷⁸ Castiella, Fraga, Solís y Nieto Antúñez, por otra parte, eran más partidarios de la modernización política y estaban menos dispuestos a conceder primacía a la economía. Fraga tenía empeño en conseguir la apertura del régimen por medio de una política informativa más liberal.⁷⁹ Solís estaba patrocinando una especie de pluralismo limitado dentro del Movimiento mediante la introducción de «asociaciones políticas». El principal foco de tensión estaba entre Solís y Carrero Blanco. No habiendo logrado que la Comisaría del Plan de Desarrollo quedara dentro de la Organización Sindical, Solís puso en marcha una campaña de ataques contra dicha Comisaría. La defensa fue asumida por Carrero Blanco, con López Rodó entre bastidores. Franco dejó que la batalla continuara y sólo en raras ocasiones se puso en movimiento para restablecer la paz.⁸⁰

Mientras los ministros dinámicos como Fraga y López Bravo trabajaban incansablemente para darle al gobierno una imagen moderna, Franco se volcaba hacia el pasado. El concilio Vaticano II le convenció de que la Curia estaba infiltrada por los masones y los comunistas. A principios de 1963 confió a Pacón que continuaba reuniendo información de sus servicios secretos sobre lo que ocurría en las logias masónicas y las reuniones socialistas y comunistas de todo el mundo. «Nada me cogerá por sorpresa; hay que estar preparados para la lucha.» Escribía largas notas sobre los vínculos entre el peligro masónico y la liberalización católica. Estaba tan preocupado por la posibilidad de que el rey que le sucediera pudiese abrir la puerta a la masonería y al comunismo que consideró la idea de nombrar un regente que garantizara la continuidad del régimen. Todavía se indignaba ante la determinación de don Juan de ser rey de todos los españoles. «Es inimaginable —decía— que los vencedores de una guerra cedan el poder a los vencidos.»⁸¹

En marzo de 1963, Franco convocó a los ciento sesenta miembros del Consejo Nacional. El Caudillo había mutilado políticamente a la

Falange en 1957 privándola de acceso a las esferas de la economía y relegándola a las relaciones laborales. Las huelgas de 1962 habían puesto de manifiesto la incapacidad de la Organización Sindical falangista. Hasta qué punto se había convertido en algo inútil y gastado para Franco pudo apreciarse en el hecho de que el discurso que pronunció sobre la legislación laboral, en su mayor parte escrito por Fraga, omitió una vez más mencionar a la Falange, hablando sólo del Movimiento Nacional, al que describió como «una empresa común de todos los españoles», e hizo un llamamiento a los consejeros para que contribuyeran a perfeccionar los instrumentos del Estado. Mediante la apertura de un debate, Franco esperaba dar a Europa la impresión de que estaba considerando liberalizar su régimen. Dentro de España fomentó especulaciones de que dicha preocupación por el futuro podía significar que veía 1964, vigésimo quinto aniversario de la Guerra Civil, como un momento adecuado para retirarse del poder.⁸²

La intensificación de las especulaciones políticas y los trastornos sociales que acompañaron al progreso económico generaron huelgas y descontento ante los cuales la inevitable reacción franquista fue la represión. Sin embargo, Franco estaba auténticamente convencido de que presidía un paraíso de libertad individual. «En España —le dijo a Pacón— nunca hubo las libertades de ahora; cada español hace lo que le parece y piensa lo que le da la gana, teniendo participación en la vida pública a través de las elecciones sindicales, las de concejales, las de la parte electiva de las Cortes. La prensa tiene hoy libertad de expresión y a ningún español se le castiga por tener ideas distintas de las del régimen, ni por defenderlas con sus amistades.» Negando que su mandato fuese dictatorial, aseguró que «hoy se gobierna en España a través de la voluntad popular».⁸³

La naturaleza represiva del régimen en general y de Franco en particular quedó en evidencia por el juicio y ejecución del comunista Julián Grimau García en 1963. Grimau, un alto dirigente del Partido Comunista, fue detenido en Madrid el 7 de noviembre de 1962. Tras ser horriblemente golpeado y torturado, fue arrojado por la ventana de la Dirección General de Seguridad por los policías que le interrogaban para ocultar así lo que habían hecho. A pesar de sus espantosas heridas, fue juzgado por un consejo de guerra el 18 de abril de 1963 y condenado a muerte por «rebelión militar», una acusación que aludía a crímenes supuestamente cometidos durante la Guerra Civil. Grimau fue sólo uno de los más de cien miembros de la oposición juzgados por consejo de guerra durante los primeros meses de 1963.⁸⁴ Antes del juicio, Fraga declaró en conferencia de prensa que Grimau era un asesino repugnante. Además de ese desatino del ministro, el juicio mismo estuvo caracterizado por un rosario de graves defectos legales.⁸⁵

Una ola de manifestaciones contra Franco se extendió por las principales capitales de Europa y el continente americano. La celebración del juicio de Grimau, coincidiendo con uno de los más importantes pasos del proceso de reforma de la Iglesia católica iniciado por el papa Juan XXIII, delataba la considerable ineptitud política por parte de los subordinados de Franco y creciente desatención del Caudillo a los detalles de la política diaria. La encíclica liberal del Papa, *Pacem in Terris* (continuación de *Mater et Magistra*), había sido publicada el 11 de abril. La oposición la acogió como un ataque al régimen. Puesto que abogaba por unos derechos humanos más amplios, como la libertad de asociación, de participación política y de expresión para las minorías étnicas, en El Pardo se consideró una puñalada por la espalda de un antaño leal aliado. Franco simplemente atribuyó los cambios introducidos por Juan XXIII a una lograda infiltración de masones y comunistas en el Vaticano.⁸⁶ Publicada mientras se estaba celebrando el juicio de Grimau, la encíclica adquirió un significado político aún mayor.

Se recibieron peticiones de clemencia para Grimau de dignatarios eclesiásticos de todo el mundo y de diversos líderes políticos, entre los que se encontraban Nikita Jruschev, Willy Brandt, Harold Wilson y la reina Isabel II de Inglaterra. Franco se mantuvo impertérrito. Su creciente desconfianza hacia la Iglesia se puso de manifiesto cuando rechazó una apelación en favor de Grimau del cardenal Giovanni Battista Montini, arzobispo de Milán.^{*} El gabinete se reunió el viernes, 19 de abril de 1963, para tratar sobre la encíclica y la sentencia de Grimau, ocupando ésta la mayor parte de la sesión. Consciente de la repercusión internacional que tendría la condena, Castiella abogó firmemente por la clemencia, pero Franco se mostró inflexible y la mayoría de los ministros se manifestaron de acuerdo con él.⁸⁷ Grimau fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento el 20 de abril.⁸⁸

El embajador en París, José María de Areilza, de visita en Madrid, suplicó a Castiella que intentara detener la ejecución. Castiella le respondió que ya lo había hecho pero que sólo había conseguido enfrentarse a Franco y al gabinete unido. La consecuente ola de repulsa internacional retrasó gravemente los esfuerzos del régimen para mejorar su imagen. En particular, la indignación popular en Francia sabotó los planes del general De Gaulle para acelerar una mayor asociación de España con la Comunidad Económica Europea. Valéry Giscard d'Estaing, ministro de Hacienda francés, canceló una audiencia concertada con el Caudillo.⁸⁹ Como respuesta parcial, y extremadamente torpe, en el Consejo de Ministros del 31 de mayo de 1963 se decidió crear el Tribunal de Orden Público, para juzgar los delitos políticos por lo civil y no como rebelión militar.⁹⁰ Cuatro meses más tarde, tras un juicio indecorosamente precipitado, dos anarquistas, Francisco Granados Gata y Joaquín Delgado Martínez, fueron ejecutados mediante el bárbaro método del garrote vil por presunta implicación en un atentado con bomba contra una comisaría de policía de Madrid. Aunque más débil que en el caso Grimau, el clamor internacional fue considerable.⁹¹

La reacción mundial al caso Grimau, después de la protesta que siguió al Congreso de Múnich, reavivó en Franco la memoria del aislamiento internacional de 1945 y 1946. No obstante, existían diferencias esenciales. Con España cada vez más integrada en la economía mundial y los españoles habituándose a la consecuente prosperidad, no era posible un repliegue a las trincheras franquistas. En cualquier caso, las fuerzas que habían rodeado al Caudillo durante la Guerra Fría habían evolucionado. El Ejército continuaba siéndole fiel pero el resto

de la coalición era cada vez menos firme. Incluso Falange era ya menos fiable: los militantes veteranos eran ancianos y corruptos; los jóvenes cínicos funcionarios simplemente interesados en aprovechar la oportunidad. Franco sospechaba que los monárquicos querían abrir las puertas a la democracia y al comunismo. Por encima de todo, la postura de la Iglesia estaba cambiando a ritmo alarmante.

Franco tenía sobre su escritorio preocupantes informes de su embajador en Italia, Alfredo Sánchez Bella, y del embajador ante la Santa Sede, Jose María Doussinague. Éstos sugerían que había altos dignatarios de la Curia hostiles a Franco y que el Vaticano estaba deseoso de que se legalizara el Partido Demócrata Cristiano en España bajo el liderazgo de Joaquín Ruiz Giménez, que estaba a punto de lanzar la que sería una revista católica liberal inmensamente influyente: *Cuadernos para el Diálogo*. Al igual que muchos otros católicos que anteriormente habían apoyado al régimen, Ruiz Giménez estaba aproximándose a la oposición al hilo de la liberalización de la Iglesia que estaba produciendo el Concilio Vaticano. ⁹² La noticia de que el cardenal Montini había sido elegido papa (Pablo VI), le llegó a Franco durante la reunión del gabinete celebrada en Barcelona el 21 de junio de 1963, ante lo cual exclamó amargamente: «Es un jarro de agua fría». ⁹³ Eso no impidió que inmediatamente enviara un telegrama filial de buenos deseos al Papa recién electo. ⁹⁴

Ocho días después, el 29 de junio, pronunció en Tarragona un discurso de catolicismo militante que podría considerarse una réplica a *Paxem in Terris*, un comentario a los recientes esfuerzos del Vaticano para restablecer relaciones con los regímenes comunistas del Este y un desafío al nuevo Papa. En términos beligerantes, alardeó de sus credenciales como Defensor de la Fe, y contra «el materialismo más grosero que viene invadiendo los países del mundo», declaró que «todavía está España en pie para defender la espiritualidad» y que «no en vano combatimos en el campo de Dios». ⁹⁵

Constituye un irónico giro del destino el que exactamente diez años después del doble triunfo del acuerdo de las bases y el Concordato, surgieran a la par fricciones en las relaciones de Franco con Washington y el Vaticano. Hasta qué punto se tomaba en serio lo de combatir en el campo de Dios se vería durante las negociaciones para la renovación del acuerdo de las bases. A principios de 1963, Franco se inclinaba por adoptar una línea dura en las próximas negociaciones. Consciente de que las bases convertían a España en blanco de la hostilidad soviética y de que el ejército español sólo tenía armas obsoletas, la postura de Franco era que toda renovación del acuerdo tendría que conllevar una compensación aceptable a la opinión pública española. ⁹⁶ Consecuentemente, y siguiendo las instrucciones del Caudillo, Castiella presionó para que se concediera a España un lugar bajo el paraguas nuclear estadounidense, así como equipamiento militar por valor de 300 millones de dólares. Pero, mientras Franco sobrevaloraba la importancia de España para Estados Unidos, la administración Kennedy, por su parte, estaba seriamente preocupada por el coste de la ayuda militar extranjera. Las demandas españolas resultaron, por tanto, desorbitadas. Además, la construcción de submarinos Polaris y misiles intercontinentales estaba reduciendo el valor de las bases terrestres españolas para el Pentágono.

De hecho, Washington estaba intentando cubrir los costes de la defensa mundial convenciendo a sus aliados para que compraran más equipamiento estadounidense a través de un programa conocido como *Off-Set*. La primera delegación del programa *Off-Set* para España, encabezada por William Bundy, había llegado a Madrid a mediados de enero de 1963. Contrariamente a la petición de Castiella, Bundy ofreció 75 millones de dólares de ayuda si España adquiría armas norteamericanas por valor de 175 millones de dólares. La propuesta de Bundy fue rechazada y en la reunión del gabinete del 25 de enero de 1963 se decidió que el acuerdo de las bases sólo se renovararía si las condiciones mejoraban significativamente. En Madrid se hizo pública una declaración en el sentido de que el acuerdo no sería renovado. Una segunda delegación, dirigida por el subsecretario de Defensa, Roswell Gilpatric, se puso en camino para visitar Tokio, Bonn y Madrid a comienzos de febrero. Cuando Gilpatric llegó a Japón, le aguardaba un telegrama de Madrid notificándole que los ministros competentes, Muñoz Grandes, Castiella y Navarro Rubio, no podrían entrevistarse con él porque estaban cazando con Franco. No está del todo claro que el Caudillo comprendiera la categoría relativamente elevada de Gilpatric. En Washington, el telegrama fue interpretado como un ofensivo rechazo. En esto, como en muchas otras cosas, Franco estaba demostrando o bien una peligrosa autocomplacencia o falta de atención a los detalles.

El tiempo no jugaba a favor de Franco. El 20 de marzo de 1963, el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes hizo público un informe sobre la ayuda extranjera que criticaba la prestada a España como «excesiva». No obstante, el 5 de abril, el gobierno español decidió una vez más mantenerse firme en las negociaciones. Llegado este punto, el embajador en Washington, Antonio Garrigues, amigo personal de John Kennedy, intervino enviando un largo documento a Franco en el que le pedía carta blanca para conseguir el mejor tratado posible. Puede que el deterioro de las relaciones con el Vaticano hicieran a Franco reflexionar dos veces antes de poner también en peligro su amistad con Estados Unidos, pues rectificó y puso las negociaciones en manos de Garrigues. Con su ministro consejero, Nuño Aguirre de Cárcer, Garrigues elaboró una fórmula de acuerdo. Sin embargo, a principios de junio las conversaciones llegaron a un punto de ruptura cuando Garrigues abandonó el Pentágono declarando que los términos propuestos por Estados Unidos serían aceptados sólo por otro embajador. Seguidamente, se trasladó a Madrid para informar.

Al llegar, presentó su dimisión a Castiella, que estaba profundamente alarmado por las implicaciones de una ruptura con Estados Unidos. No obstante, cuando Franco recibió a Garrigues, no aceptó la dimisión y dijo que no estaba preocupado, que el embajador había hecho lo que debía y que, si se producía la ruptura, se produciría y punto final. Esto, más parece una irresponsable falta de preocupación que una manifestación de la legendaria serenidad del Caudillo. A finales de agosto de 1963, Garrigues se desplazó al Pazo de Meirás en compañía de Castiella, Nieto Antúnez y Muñoz Grandes para informar a Franco de la fórmula preliminar que había elaborado. Para asombro de

Garrigues, Franco apenas le prestó atención, regalándole con una larga y divagante disertación sobre la rotación de cultivos en Galicia. El 19 de septiembre, cuando Garrigues explicó la fórmula propuesta para la renovación de los acuerdos ante una reunión extraordinaria del gabinete, la oferta estadounidense fue considerada ridícula. Sin embargo, cuando argumentó que si la oferta era rechazada España se enfrentaba al aislamiento internacional, Franco, consciente del deterioro de sus relaciones con el Vaticano, le respaldó y anuló la oposición del gabinete. Los acuerdos fueron renovados por otros cinco años.

En términos prácticos, Estados Unidos se había asegurado un acuerdo mejor, aunque sin Garrigues puede que no hubiera habido acuerdo alguno. Estados Unidos obtuvo permiso para alojar un escuadrón de submarinos Polaris en Rota; Garrigues consiguió mejorar los términos económicos: España recibiría 100 millones de dólares en ayuda militar y adquiriría equipo militar norteamericano por valor de 50 millones de dólares mediante el programa *Off-Set*. No habría otra ayuda económica para España aparte de la oferta de 100 millones de dólares en préstamos del Import-Export Bank. La ventaja más significativa para España fue la inclusión por primera vez de una declaración conjunta que estipulaba que «una amenaza contra cualquiera de los dos países y a las instalaciones conjuntas que cada uno de ellos proporciona para la defensa común afectaría conjuntamente a ambos países». Éste seguía siendo un compromiso menos amplio que el contraído por Estados Unidos con sus socios de la OTAN, aunque eso no impidió que la prensa franquista aplaudiera el tratado como si fuera una alianza en regla.⁹⁷

Gracias a Garrigues, uno de los pilares del prestigio internacional de Franco continuó en pie. De haberse roto las negociaciones, se habrían ensombrecido las celebraciones del aniversario del fin de la Guerra Civil en 1964. Bajo el lema inventado por Manuel Fraga, «Veinticinco años de paz», 1964 sería transformado en apogeo del mandato de Franco. Hubiera sido un momento apropiado para anunciar la elección de su sucesor, pero Franco pasó por alto la ocasión. Durante los cinco años siguientes, seguro de que podía dejar en manos de los tecnócratas la tarea de proporcionar al país una prosperidad creciente y una administración eficaz, la principal preocupación de Franco, aparte de sus aficiones, sería el futuro. La administración «despolitizada» que estaba estructurando López Rodó constituía una base sólida para la continuidad del régimen después de la muerte del Caudillo, o como solía expresarlo él, «cuando yo falte». Franco se tomaría un tiempo desmesuradamente largo para tomar una decisión relativamente simple. Ello se debió en parte a que estaba perdiendo reflejos y capacidad de concentración. Pero las vacilaciones se originaban también en su repugnancia a considerar cualquier posibilidad de muerte o abandono del poder. También reflejaban un temor instintivo a que el resolver su sucesión en una dirección determinada provocara resentimiento y oposición en los que se vieran decepcionados. No obstante, el que Franco pudiera pasar media década meditando sobre este tema, da medida del grado en que tenía asegurada su posición en el poder. En cinco años, esa situación cambiaría drásticamente.

Preparándose para la inmortalidad, 1964-1969

El 23 de enero de 1964, Fraga le entregó a Franco dos documentos: un amplio examen de la situación política que concluía con un llamamiento a la reforma y un proyecto de ley de prensa. Cuando se reunieron cinco días después para comentarlos, Franco expresó dudas sobre la liberalización de la política de información. Le preocupaba la opinión de una prensa más libre sobre incidentes como el ocurrido hacía poco, en el que el obispo de Calahorra había sido sorprendido en una habitación de hotel con una mujer. Cuando sucedió, Franco simplemente había impuesto el silencio. En aquel momento, a pesar de sus escrúpulos, pensaba que Fraga se había apuntado suficientes éxitos para merecer que se le escuchara y, por tanto, le autorizó a presentar el proyecto al Consejo de Ministros.¹

Franco estaba especialmente complacido con la campaña que Fraga había organizado para conmemorar el aniversario del final de la Guerra Civil. Todas las ciudades y pueblos de España estaban engalanados con carteles conmemorativos. Por el contrario, Franco se sintió profundamente irritado cuando la revista oficial de la jerarquía eclesiástica, *Ecclesia*, publicó un editorial sobre el aniversario en el que argumentaba que la paz y el orden estaban muy bien, pero no eran suficiente. El 30 de marzo, Franco le comentó a Fraga que «debían ustedes empapelarle con esos carteles su palacio al Primado», a lo que Fraga respondió que no estaría bien que el ministro de Turismo fuera sorprendido haciendo el gamberro en Toledo.² Las celebraciones de los «Veinticinco años de Paz» comenzaron oficialmente con un solemne teideum en la basílica del Valle de los Caídos. Dicha ceremonia, junto con la entrevista concedida por Franco al diario *ABC*, dejaron bien claro que para el Caudillo lo que estaba celebrando eran «veinticinco años de victoria» más que de paz.³

Las fiestas del aniversario confirmaron la creencia de Franco en su inmensa popularidad. Entre las actividades organizadas por el ministro de Información había exposiciones itinerantes sobre el tema de los logros del Caudillo, premios literarios para las obras que mejor reflejaran el espíritu de la era franquista, así como innumerables artículos de prensa y programas de televisión. También hubo una limitada amnistía para algunos de los varios miles de presos políticos de España. Las celebraciones acabarían al finalizar el año con la presentación de la película hagiográfica titulada *Franco, ese hombre*, escrita por José María Sánchez Silva y dirigida por José Luis Sáenz de Heredia. Se trataba de un trabajo hábil, una especie de reverencial promoción corporativa del Caudillo: «Franco, ese hombre que forjó veinticinco años de paz con su espíritu de acero sobre el yunque de su vida». El cuadro que presentaba era el de un héroe que había salvado un país en caos de las hordas comunistas, lo había salvado de las hordas del nazismo, y posteriormente se había convertido también en padre benévolo de su pueblo. Fue un éxito taquillero bastante considerable, pero a Franco personalmente no le gustó la película y sólo comentó: «Demasiados desfiles».⁴

Antes del estreno de la película, culminación de las festividades oficiales, tuvieron lugar muchos otros actos en los que Franco participó directamente. El 9 de abril de 1964 dio al Consejo Nacional su interpretación autocongratulatoria de la paz, atribuyendo el desarrollo económico de los últimos años a su propia previsión. Alegó también que los logros sociales de su régimen se habían adelantado mucho a las recientes encíclicas papales. Mirando después hacia Europa, advirtió al público de complots y sectarismos, «las maquinaciones secretas, la acción subversiva y el poder de las fuerzas ocultas». Esto último reflejaba su resquemor por la oposición a la entrada de España en la CEE que promovían Holanda y Bélgica, y por el tema de Gibraltar, que mantenía vivo su resentimiento contra Gran Bretaña. En su discurso habló poco de los aspirantes a reformadores de su gabinete. Y, aunque subrayó mucho sus esfuerzos para asegurar la continuidad del régimen tras su desaparición, no realizó ningún anuncio específico sobre el futuro. Tras declarar que «muchos de los poderes que confluyen en mi persona son por su propia naturaleza intransferibles», habló una vez más de la necesidad de regular las funciones de la jefatura del Estado, del Gobierno y del Movimiento.⁵

Para los elementos reformistas del gabinete que abrigaban la esperanza de que la euforia de los veinticinco años de paz pudiera proporcionar un contexto idóneo para que Franco promulgara la Ley Orgánica del Estado y nombrara sucesor, fue una desilusión. Al observarlo leyendo el discurso, Fraga se percató de cuánto había envejecido el Caudillo. Una semana después, cara a cara en una audiencia privada con él, la impresión de que Franco decaía rápidamente le resultó abrumadora.⁶ (Probablemente comenzaba a manifestar los primeros síntomas de la enfermedad de Parkinson, que padecería de forma intermitente durante los últimos años de su vida.) El 30 de abril de 1964 le entregaron a Franco una medalla conmemorativa de los veinticinco años de paz. En su discurso de agradecimiento, dijo que esperaba otra ceremonia similar al cabo de otros veinticinco años.⁷

En la primavera de 1964, el espíritu de celebración se agrió por el resurgir de las tensiones en las minas de Asturias. La causa inmediata de las huelgas, que comenzaron en abril, fue una nueva ley laboral que los mineros rechazaron porque no trataba adecuadamente el terrible problema de la silicosis. Al propagarse la huelga, el gobierno respondió con una brutal represión. Hubo despidos y detenciones de los huelguistas, muchos de los cuales no salieron de la cárcel hasta 1970.⁸ El 8 de mayo, en una reunión de la Comisión Delegada de Asuntos Económicos, se produjo una violenta discusión sobre política industrial entre el ministro de Industria, Gregorio López Bravo, y el ministro de Trabajo, Jesús Romeo Gorría. Romeo acusó a López Bravo de estar demasiado dispuesto a comprar a los huelguistas. Franco intervino

poniéndose de parte de López Bravo, comentando con acritud que el Ministerio de Trabajo y la Organización Sindical estaban infiltrados por los comunistas.⁹ Con una mezcla de paternalismo y paranoia, comentó a Pacón que «muchos trabajadores mineros obedecen a poderes ocultos que amenazan con sanciones si no se cumplen con rigor las consignas que se elaboran en el extranjero».¹⁰

Alonso VEGA quería intensificar la represión, pero Fraga, Castiella y los reformistas del gabinete consiguieron persuadir a Franco de que una mayor violencia resultaría contraproducente.¹¹ El grado de oposición y la artificialidad de la división que el régimen hacía entre españoles vencedores y vencidos se hicieron patentes el 26 de abril de 1964 con el arresto de un militante comunista que resultó ser hijo del general José Lacalle Larraga, ministro del Aire. Por una vez, Franco se mostró notablemente comprensivo al comentar a Pacón que esas cosas pasaban en las mejores familias, citando el caso de su propio hermano Ramón. Corrieron rumores de que aquel caso podía motivar cambios en el gobierno. Pero Franco, siempre reactivo a los cambios ministeriales, aún regocijado por las celebraciones de los «Veinticinco años de Paz», rechazó las sugerencias de que Lacalle dimitiera.¹²

En privado, Franco expresaba su esperanza de que el príncipe Juan Carlos aceptara oficialmente la Ley de Sucesión y jurara defender como rey los principios del Movimiento.¹³ Resultó significativo que el 24 de mayo de 1964, con ocasión de la celebración anual de la Victoria, el príncipe Juan Carlos presidiera el desfile junto al Caudillo. Sin embargo, Franco no daba más indicios de sus planes para la sucesión aparte de esos atisbos. El placer que le proporcionaron las celebraciones de 1964 aumentó su reticencia a hacer planes para el futuro y su convicción de ser indispensable. Durante el verano, citaba los aplausos que había recibido durante sus viajes a Sevilla y Bilbao como argumento principal cada vez que sus ministros le sugerían cambios. De forma similar le afectaron las frenéticas escenas (planificadas por Solís) que saludaron su llegada el 21 de junio al estadio de fútbol Santiago Bernabeu con ocasión de la final de la Copa de Europa.

Después del gran paso en falso de la prohibición por parte de Franco del partido contra la Unión Soviética en 1960, la sección deportiva del Movimiento, la Delegación Nacional de Deportes, había realizado enormes esfuerzos para reparar el daño ante la FIFA y conseguido el privilegio de que la final se jugara en España. El partido se celebró el 21 de junio entre los equipos de España y la Unión Soviética. Escasos días antes todavía se dudaba si Franco haría acto de presencia, dado que era posible que tuviera que entregar el trofeo al capitán del equipo soviético. Un alto funcionario falangista de la Federación Española de Fútbol llegó a proponer, sin éxito, que se drogara al equipo soviético para proteger al Caudillo frente a tal contrariedad. Al entrar en el estadio con doña Carmen, el general Muñoz Grandes y otros ministros, el Caudillo fue recibido con bien orquestados gritos de «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!» por parte de los falangistas, a los que gradualmente se unió la mayoría del resto de los 120.000 aficionados. Franco se mostró encantado con la multitud del estadio, con la victoria de España por 2 a 1, y con las palabras del capitán del equipo, Olivella, que después del partido dijo: «Esta victoria se la ofrecemos en primer lugar al Generalísimo Franco, que ha venido esta tarde a honrarnos con su presencia y animar a los jugadores, quienes han hecho lo imposible por ofrecer al Caudillo y a España este sensacional triunfo». Dado que el partido y la recepción popular fueron transmitidos a quince países de Europa, su placer era comprensible. La prensa ensalzó la victoria como culminación lógica de la victoria de Franco en la Guerra Civil. Reactivo a volver la espalda a semejante adulación, Franco se mostró notablemente frío ante cualquier idea de reforma.¹⁴

El calor de la acogida popular hizo a Franco tanto más sensible a las críticas extranjeras. La creciente ola de huelgas, las manifestaciones estudiantiles y la agitación nacionalista en varias regiones hallaban fácilmente eco en la prensa europea y, lo que al Caudillo más hería, en algunas publicaciones católicas. El contraste entre la popularidad que percibía dentro del país y las críticas exteriores confirmaron a Franco su opinión de que la subversión interior era obra de siniestras fuerzas extranjeras. Sin embargo, no le resultaba igualmente fácil desestimar sin más las críticas implícitas a su mandato que emanaban del Concilio Vaticano II. En general, sencillamente no las comprendía como tampoco muchos ancianos obispos de España. Su creencia en su propia misión divina permaneció inamovible, confirmada frecuentemente por el derroche de elogios de algunos sectores de la jerarquía eclesiástica española.¹⁵ Franco seguía aferrado a una idea de catolicismo profundamente tradicionalista y reaccionaria (nacionalcatolicismo, en la jerga del régimen), para el cual la Guerra Civil era una cruzada religiosa. Hasta qué punto le resultaba amenazador el cambiante rostro de la Iglesia pudo percibirse en el discurso que el 8 de julio de 1964 pronunció ante las Cortes. Junto con sus palabras ante el Consejo Nacional de tres meses antes, éste constituyó un desafiante intento de demostrar que su versión del catolicismo era el colmo de la religiosidad y la justicia social. Con su tono pedagógico, el discurso era un intento paternalista de guiar al nuevo Papa, ofreciéndole generosamente el ejemplo de catolicismo franquista mientras recogía el testigo de la renovación de la Iglesia universal.

El Caudillo recalcó la deuda que la Iglesia tenía con él contrastando el regreso de España «a la senda de la fe religiosa» con los países ateos del este de Europa, donde la Iglesia sufría bajo el yugo del comunismo, y con los occidentales, plagados de crimen y suicidios. En un momento en que el Concilio Vaticano estaba intentando desvincular la Iglesia de la política, Franco alabó la armonía y paz social supuestamente alcanzadas bajo su católico mandato. La creciente incomodidad de la Iglesia ante el hecho de que aquella paz hubiera sido construida sobre el encarcelamiento, la tortura, el exilio e incluso la ejecución de los enemigos del régimen, junto con el crecimiento de la organización obrera católica HOAC, constituían para el Caudillo la prueba de la «filtración progresiva [de la actividad comunista] en algunos órganos católicos». Los reformistas del régimen se vieron una vez más decepcionados cuando Franco denunció la democracia liberal como un sistema gastado y repudiado por las masas.¹⁶

El grado en que Franco era cada vez más ajeno al catolicismo contemporáneo quedó crudamente en evidencia en el otoño. El 10 de

septiembre de 1964, en Consejo de Ministros celebrado en el Pazo de Meirás, Castiella, secundado por Fraga, presentó el borrador de un proyecto de libertad religiosa para los no católicos. Antes de presentarlo, Castiella había obtenido la aprobación de la jerarquía eclesiástica. Carrero Blanco se puso furioso y presentó a Franco un documento acusando a Castiella y Fraga de estar «izquierdizándose». El triunfalismo religioso y la mentalidad de asedio de Carrero Blanco y Franco corrían por una senda totalmente opuesta a la renovación humanista y pluralista del catolicismo que estaba siendo elaborada por la asamblea de obispos en Roma. El choque entre Carrero Blanco y Castiella expuso a la luz del día la tensión subyacente entre los llamados inmovilistas (conservadores intransigentes) y los aperturistas (que estaban dispuestos a considerar una cierta apertura). Fraga quedó sorprendido ante la reacción de Franco, que se limitó sencillamente a no hacer nada. Aunque cabría suponer que sus simpatías estaban del lado de Carrero, prefirió esperar a ver qué ocurría en Roma y dejó que las dos fuerzas opuestas se neutralizaran entre sí. Mientras entre los ministros estallaba una feroz batalla, el Caudillo se mostraba completamente tranquilo. Es imposible saber hasta qué punto se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo.¹⁷

El tema de la libertad de culto fue tan sólo uno de los diversos motivos de fricción con el Vaticano. En general, la nueva orientación de la Iglesia conciliar fue un golpe decisivo al integrismo católico de Franco, y anunció el fin de la legitimación clerical del régimen con la que Franco había podido contar desde 1936. También dio nuevo impulso a la oposición al régimen en Cataluña y el País Vasco, donde los nacionalistas católicos pudieron muy pronto argüir que el gobierno dictatorial de Franco violaba las enseñanzas de la Iglesia. El Concilio Vaticano II vinculó la libertad de culto con el tema de la independencia de la Iglesia respecto a las estructuras políticas.¹⁸ El 18 de septiembre de 1964, el Concilio aprobó una resolución en la que solicitaba que los Estados renunciaran a su privilegio de intervenir en el nombramiento de los obispos. Franco se negó categóricamente a negociar, empleando el argumento descaradamente deshonesto de que, dado que se trataba de un privilegio tradicional de los reyes de España, sólo el rey tenía derecho a renunciar al mismo. El Caudillo se resistía a perder lo que consideraba la única cláusula del Concordato de 1953 que era favorable para el Estado español. Más aún, le horrorizaba la idea de que el nuncio papal pudiera nombrar obispos atendiendo más a los intereses de las comunidades en las que desempeñarían sus cargos que a su utilidad como instrumentos de unidad nacional.

A pesar de estas tensiones, Franco dedicaba cada vez más tiempo a la caza. Las perdices y los venados eran sus presas favoritas.^{*} Cuando la prensa hablaba de Franco, solía ser para comentar sus pasmosas hazañas de cazador o su capacidad para resistir interminables horas de trabajo. Pero los que estaban cerca de él veían un cuadro diferente. A finales de octubre de 1964, Fraga se alarmó cuando advirtió, al reunirse con él en una sesión de trabajo, que el Caudillo era incapaz de mantener abiertos los ojos. Pocos días después, Franco regresó de una cacería con un fuerte resfriado y un aspecto más envejecido que nunca. Podría conjeturarse que todos estos eran síntomas del desarrollo de la enfermedad de Parkinson, lo cual concordaría con el hecho de que el declinar de su salud era intermitente; a medida que avanzaba el año pareció reponerse. La enfermedad de Parkinson aislaba a Franco de su entorno. Otro factor que contribuyó al aislamiento fue el maniático entusiasmo tanto de Franco como de su esposa por la televisión.¹⁹ En los actos públicos hablaba con menor frecuencia y durante menos tiempo. Aparte de las grandes ocasiones tradicionales, como la sesión de apertura de las Cortes o la del mensaje de fin de año, sus largas arengas eran cosa del pasado. De hecho, las apariciones públicas disminuirían a medida que se hacía más difícil ocultar los síntomas de la enfermedad: la rigidez del cuerpo, el andar inseguro y la expresión del rostro vacía y boquiabierta.

El 30 de diciembre de 1964, en su mensaje de fin de año, lo más destacado fueron las preocupaciones de Franco respecto a la obra del Concilio Vaticano. Continuaba sin comprender su propósito, lo cual no es de extrañar dado que muchos de los obispos españoles con los que ocasionalmente hablaba eran tanto o más ancianos que él.²⁰ Admitiendo que se le escapaban completamente las razones para convocar el Concilio, su interpretación de lo que estaba sucediendo era que se trataba de una especie de retiro del que los obispos saldrían inflamados de fervor evangélico. Con su característica autosatisfacción, calificó las recomendaciones sociales emanadas del Concilio de especialmente satisfactorias porque no hacían más que confirmar lo que él había estado haciendo desde hacía mucho tiempo.²¹

Durante los años 1963 y 1964, Franco se había visto bombardeado desde todos los flancos del régimen con propuestas para la Ley Orgánica. Tanto Fraga como Solís redactaron proyectos de constitución. Solís insistía en su idea de «evolución política» a través de corrientes de opinión organizadas dentro del Movimiento, a las que se conocería como «asociaciones».²² La urgencia del asunto quedó de relieve el 14 de enero de 1965, cuando Camilo Alonso Vega aprovechó su larga amistad con Franco para mencionar por primera vez el tema de la sucesión. «El país te sigue y te quiere —dijo—, dirá que sí a lo que hagas. Has de nombrar presidente del Gobierno y definir un sistema político que garantice el futuro. Los demás ministros piensan igual que yo, pero no te hablo en nombre de ellos. Si ellos no te lo dicen es porque no tienen la confianza que yo tengo contigo: te he visto de pantalón corto y hemos jugado juntos. Si yo no te hablo así, ¿quién podrá hacerlo? o ¿es que no te pueden decir estas cosas?... La gente está intranquila por el futuro.» Franco lo escuchó con una sonrisa, hizo una broma referente a la edad de ambos, y dijo que estaba trabajando en la Ley Orgánica del Estado, la cual sería presentada «antes de lo que tú piensas».²³

Como siempre, el reloj de Franco estaba dividido en meses y años más que en minutos y horas. En la primavera de 1965 se produjeron graves disturbios universitarios en Madrid y Barcelona. Los estudiantes, al igual que sus compañeros del resto de Europa, estaban inspirados por las nuevas corrientes del pensamiento de izquierdas. En la reunión del gabinete del 5 de marzo de 1965, y por primera vez, se habló abiertamente de las dificultades políticas a las que se enfrentaba el régimen. Igual que la Iglesia comenzaba a apartarse del régimen, muchos intelectuales que habían sido franquistas estaban siguiendo a Dionisio Ridruejo y Joaquín Ruiz Giménez a la oposición. Cuando varios

profesores universitarios, entre los que se encontraban Enrique Tierno Galván, Agustín García Calvo y José Luis López Aranguren, fueron apartados de sus cátedras por complicidad con los desórdenes estudiantiles, el antiguo falangista Pedro Laín Entralgo escribió a Franco comunicándole su repulsa del régimen. En el Consejo de Ministros del 5 de marzo, Carrero Blanco hizo la afirmación poco verosímil de que los desórdenes no eran más que consecuencia de la incertidumbre sobre el futuro posterior a Franco y propuso que la Ley Orgánica del Estado fuese presentada lo antes posible. La totalidad del gabinete se sumó a la propuesta, expresándose a favor de Carrero. Franco se quejó de lo difícil que resultaría hallar una solución que complaciera a todo el mundo, con lo cual estaba aludiendo a su propia resistencia a renunciar a otras posibles opciones. Sin embargo, cerró el debate diciendo: «Me he comprometido a hacerlo y lo haré».²⁴

Una semana más tarde, al entrar en el despacho del Caudillo, Carrero Blanco lo encontró trabajando en la Ley Orgánica. Franco le comentó que no creía que fuera necesario mantener la Secretaría General del Movimiento; en realidad, no sería desmantelada hasta un año después de su muerte. Ese mismo día, Navarro Rubio habló con Franco sobre la nueva constitución. En el curso de aquella conversación, el Caudillo, que entonces tenía setenta y dos años, reveló que aún esperaba gobernar durante varios años más. Dijo que hubiera preferido con mucho dejar la Ley Orgánica para más adelante, porque cuando más esperara más acorde sería con el futuro. No obstante, reconoció de mala gana que no tenía otra elección que comenzar el proceso ya.²⁵ Destacadas figuras del régimen desfilaron ante Franco para inducirle a tomar las disposiciones necesarias. El 25 de marzo de 1965, el ministro de Educación, Lora Tamayo, también atribuyó los disturbios universitarios a la incertidumbre respecto al futuro. «¿Cree usted que el futuro no me preocupa?», preguntó Franco. Lora Tamayo respondió que cuanto más lo postergara más difícil sería, y manifestó que si moría sin resolver el problema, se produciría el caos. Franco le contradijo afirmando: «No, porque la buena gente se echaría a la calle». Cuando su alarmado ministro farfulló «eso sería otra guerra civil», Franco no se inmutó, añadiendo el pasmoso comentario de que el coste de la Guerra Civil había sido bajo.²⁶

El 1 de abril de 1965, Franco leyó a Carrero Blanco un borrador casi definitivo de la Ley Orgánica. El mismo día se le diagnosticó a Muñoz Grandes un cáncer renal. Tras una operación en la que le extrajeron un riñón, su vitalidad física lo mantuvo con vida hasta 1970, pero ya no podía cumplir el cometido de garante de la sucesión de Franco. En el Consejo de Ministros celebrado el 2 de abril, bajo la sombra de la enfermedad del vicepresidente, Navarro Rubio volvió a plantear abiertamente el tema del futuro, secundado por Castiella y Fraga. Cuando el debate se hizo más acalorado a consecuencia de las presiones de Fraga, Franco abandonó su habitual pasividad distante y comenzó a dar explicaciones sobre lo difícil que resultaba tomar una decisión, asegurando que necesitaba más tiempo. Fraga insistió, diciendo: «El tiempo ya no puede sobrar y, dramáticamente, mi general, le pido que lo aprovechemos». Franco estalló, exclamando: «¿Cree que no me doy cuenta, cree que soy un payaso de circo?», irritado por sentirse forzado a adoptar un ritmo más rápido que su instintivo paso de tortuga, pero la tormenta pasó. Durante el resto de la reunión miró a sus ministros con sonrisa ladina, lo que hizo que su paisano Camilo Alonso Vega pensara que el Caudillo ya tenía el proyecto de ley.²⁷ No obstante, a pesar de la aparente promesa hecha ante el gabinete, a las tres semanas Franco había recaído en la apatía. En la reunión de la Comisión Delegada del 23 de abril de 1965 evitó todos los intentos de plantear la cuestión. Cada día más indeciso, no estaba de humor para sacar adelante el asunto de la constitución y se tomaba a mal cualquier presión.²⁸

En julio de 1965, tras interminables dudas y vacilaciones, Franco hizo una remodelación ministerial. Cuando Carrero Blanco señaló que esta medida era bastante urgente, el Generalísimo había contestado que lo dejaría hasta octubre. Sólo cuando aquél le recordó que había estado retrasando los cambios desde 1964, comenzó a examinar la lista de nuevos ministros elaborada por Carrero. Ese gabinete ha sido descrito como «el último de los clásicos actos de equilibrio que hacía Franco con su gabinete».²⁹ De hecho, más que un equilibrio diestramente urdido por Franco, el gabinete se lo proporcionó Carrero Blanco prácticamente preparado. En el mejor de los casos, la lista sugería que Franco estaba lo bastante satisfecho del trabajo realizado por los tecnócratas como para confirmar su predominio. En el peor, demostraba que estaba dejando en manos de Carrero asuntos de gran importancia. En teoría, Muñoz Grandes continuaba siendo vicepresidente, pero el deterioro de su salud situó a Carrero más cerca de la primera fila.

La dimisión de Navarro Rubio fue finalmente aceptada; le sustituyó su funcionario más antiguo, Juan José Espinosa San Martín.³⁰ Alberto Ullastres fue nombrado embajador de España ante la CEE y sustituido por Faustino García Moncó como ministro de Comercio. Al igual que Espinosa, García Moncó era miembro del Opus Dei. López Rodó continuó como comisario del Plan de Desarrollo y pasó a ser ministro sin cartera. A partir de aquel momento, la batalla de Carrero Blanco con Solís sería asumida directamente por López Rodó. Jorge Vigón, ministro de Obras Públicas de setenta y dos años, fue sustituido por Federico Silva Muñoz a instancias de López Rodó. Silva Muñoz, un tecnócrata gris, demostraría ser un eficaz reformador del sistema de transportes de España. Cirilo Cánovas fue reemplazado como ministro de Agricultura por Adolfo Díaz Ambrona, otra recomendación de López Rodó. Dentro de los estrechos límites del sistema franquista, aquél era un gobierno casi apolítico. Como comentó Nieto Antúnez: «El nuevo gobierno tiene un buen estado mayor, pero no tiene al pueblo».³¹ De hecho, la composición del gabinete sugería la consolidación de los tecnócratas, pero los falangistas estaban lejos de aceptar la derrota. Sorprendido de que Franco no hubiera comentado los inminentes cambios con él, Nieto Antúnez le dijo a Fraga: «Creí que el Caudillo tenía en mí más confianza».³²

Durante un verano en el que Franco dedicó mucho tiempo a cazar y pescar, el Consejo de Ministros del 13 de agosto de 1965 vio la apertura del debate sobre la Ley de Prensa de Fraga. Fraga le había presentado previamente al Caudillo varios proyectos que éste había sometido a una crítica minuciosa. Franco estaba decidido a que la libertad no se convirtiera en el libertinaje que veía en los países

democráticos. Insistía en que se hiciera a los directores responsables de lo que publicaran a riesgo de que sus periódicos fueran clausurados o confiscados. Además, enumeró las áreas que serían intocables, entre las que se hallaban la Iglesia y el Movimiento. Carrero Blanco y Alonso Vega expresaron serias reservas, contra las cuales Fraga defendió enérgicamente su propuesta. Franco cerró el debate, diciendo: «Yo no creo en esta libertad [de prensa], pero es un paso al que nos obligan muchas razones importantes». El texto fue debatido en los meses siguientes, con feroz oposición por parte de Alonso Vega y otros elementos reaccionarios, que intentaron persuadir a Franco de que aquello amenazaba los cimientos mismos del régimen. No obstante, en febrero de 1966 la ley estaba lista para someterla al referendo de las Cortes. Franco le comentó cínicamente a Fraga: «No seamos demasiado buenas personas... Utilicemos, como todos, los medios indirectos de control».³³

Desde mediados de la década de 1960, se hicieron esfuerzos poco convincentes para presentar la imagen de un Caudillo de salud sobrehumana. Aquella operación propagandística fue motivo de gran satisfacción para el Caudillo y en una ocasión pasó dos semanas cebando una zona de la costa española para atraer atunes. Cuando creyó suficientes los preparativos, salió en el *Azor* con Nieto Antúnez y Solís y pescó un atún de 375 kilos, un récord europeo. En otra época, había sido capaz de perseguir durante días a un cachalote. Max Borrell comentó que «una vez que uno le conoce y le ha visto perseguir cachalotes, llega a comprender todos los éxitos de su carrera política... es admirable por la constancia y la perseverancia con que sigue al cachalote... Estoy seguro que aunque ese cachalote le llevara a Rusia, Franco no dejaría de perseguirle hasta matarlo».³⁴ El 20 de agosto de 1966 se anunció que había cazado una ballena de veinticinco toneladas en el Atlántico, cerca de Vigo, y el 7 de septiembre que había llegado a arponear a 36 ballenas. En el verano de 1968, a los setenta y seis años, se dijo que había cazado una ballena de veintidós toneladas.³⁵ Puede suponerse que la tripulación del *Azor* debió de tener alguna parte en estos logros.

Pese al tiempo que pasaba persiguiendo ballenas y cazando rebecos y venados, Franco continuaba tomándose en serio la tarea de presidir los Consejos de Ministros a pesar de que hacía muy poco para imponer una determinada dirección a la política gubernamental. Comenzaba por recibir individualmente a los ministros y éstos le explicaban lo que querían hacer. Después de que hubieran entrado todos ceremoniosamente, él hacía un resumen de los principales acontecimientos políticos nacionales e internacionales ocurridos desde la reunión anterior. A medida que la década se acercaba a su fin y la salud de Franco se deterioraba, estos repasos fueron haciéndose cada vez más cortos hasta ser totalmente omitidos. En realidad fueron haciéndose cada vez más raras sus intervenciones de todo tipo. Su control sobre los debates del gabinete continuó siendo relajado. El Consejo de Ministros era un miniparlamento en el cual, dentro de ciertas reglas de deferencia hacia él y civilidad para con los demás, los ministros tenían una libertad considerable para decir lo que quisieran. Raras veces interrumpía las laberínticas intervenciones de los ministros, especialmente las de Alonso Vega o Castiella. A veces hacía observaciones ligeramente sarcásticas sobre Alonso Vega a quien le gustaba tomar el pelo, * diciéndole: «Vamos a tener que traerte un reloj de arena», y en una ocasión, cuando acabó rápidamente una de sus intervenciones, comentó que «numerosas comisiones pasan a felicitarte».³⁶

Franco actuaba como presidente pasivo que no tomaba iniciativas. No parecía molestarle que durante 1965 y 1966 hubiera ásperos conflictos entre Solís y Romeo Gorría por un lado y López Bravo y López Rodó por otro. Abiertamente contrario a la candidatura de Juan Carlos, defendida por López Rodó, Solís favorecía las pretensiones al trono de Alfonso de Borbón-Dampierre, hijo de Jaime, hermano de don Juan. ** Franco se abstenía de actuar por una combinación de apatía, profunda renuencia a molestar a los ministros una vez se habían instalado en sus puestos, y un apego sentimental a la Falange. A López Rodó le dijo que él necesitaba a la Falange como el Papa necesitaba al clero.³⁷ El 24 de febrero de 1966, le hizo Carrero Blanco una observación que demostró que su habitual indecisión y tendencia a la evasión se habían transformado en impotencia: «Yo estaba dispuesto a aceptar la dimisión del ministro de Trabajo y le provoqué para que la presentara, pero no lo hizo. No me gusta su política». En mayo de 1966, López Rodó se quejó ante Franco de que la política económica del gobierno estaba siendo atacada por la prensa del Movimiento controlada por Solís. El Caudillo hizo un débil intento de defender a Solís, luego manifestó su acuerdo con López Rodó respecto a que la situación era intolerable, y finalmente no hizo nada.³⁸ Un informe sobre la situación política, elaborado por Girón a finales de septiembre y entregado a Carrero para que éste lo transmitiera a Franco, lamentaba la pérdida de control del Caudillo: «la dictadura de uno solo ha degenerado hoy en la de dieciocho ministros». A principios de la década de 1960, los Consejos de Ministros aún eran interminables y frecuentemente se prolongaban desde las diez de la mañana hasta altas horas de la noche. Pero a mediados de la misma década, las sesiones nocturnas se hicieron infrecuentes y en los últimos años incluso las de la tarde eran raras.³⁹

Una de las muchas figuras del régimen franquista que propusieron ideas para la Ley Orgánica fue el abogado católico liberal Antonio Garrigues, que en febrero de 1964 había sido destinado como embajador en la Santa Sede con la esperanza de que repitiera en el Vaticano sus éxitos de Washington. A principios de septiembre de 1965, Garrigues habló con Franco en el Palacio de Ayete de San Sebastián acerca de sus ideas para el futuro. Tras escucharlo en silencio, el Caudillo le preguntó si sabía lo que el Movimiento significaba para él. Cuando Garrigues admitió su ignorancia al respecto, Franco, con una amplia sonrisa, le explicó: «Pues verá usted, para mí el Movimiento es como la *claque*. ¿Usted no ha observado que cuando hay un grupo grande de gente hace falta que unos pocos rompan a aplaudir para que los demás se unan a ellos y les sigan? Pues más o menos es así como yo entiendo la finalidad del Movimiento».⁴⁰ Franco había recorrido un camino muy largo en la década transcurrida desde los días en que Arrese le había entusiasmado con sus planes, finalmente abortados, para asegurar el eterno dominio de Falange sobre la política española.

En una reunión del gabinete celebrada el 19 de noviembre de 1965, el nuevo ministro de Justicia, Antonio Oriol, habló de la reciente condena de las dictaduras emitida por el Concilio Vaticano II, cuyas deliberaciones estaban llegando a su fin. Franco comentó autosatisfecho: «En lo de dictador, no me doy por aludido; aunque eso puede crear algunos problemas en Hispanoamérica, donde en algunos países la dictadura es inevitable».⁴¹ El 25 de noviembre de 1965, Manuel Fraga concedió una entrevista al periódico *The Times* en la que manifestó que los españoles estaban ya convencidos de que el sucesor de Franco sería Juan Carlos. Difícilmente podría haber hecho tal declaración sin la autorización de Franco. Los falangistas reaccionaron intensificando su patrocinio de la candidatura rival de Alfonso de Borbón-Dampierre.⁴²

El problema del futuro continuaba siendo el que más divisiones creaba dentro del Consejo de Ministros. El 20 de enero de 1966, Carrero Blanco sugirió a Franco que, por motivos de edad, reemplazara a Muñoz Grandes en la jefatura del Estado Mayor. Carrero Blanco, comprometido con la estrategia de los tecnócratas de un régimen autoritario sostenido por la prosperidad económica y coronado por Juan Carlos, temía que Muñoz Grandes favoreciera una opción falangista más radical. Franco retrasó la decisión creyendo que si prescindía de Muñoz Grandes, éste podía convertirse en polo de atracción para los falangistas descontentos, pero le aseguró a Carrero: «Está enfermo, no durará».⁴³ El 9 de febrero de 1966, López Rodó abundó en esta iniciativa en una larga conversación que mantuvo con Franco, en la que le presionó para que resolviera la sucesión. Utilizando los mismos argumentos empleados por Lora Tamayo anteriormente en aquel mismo año, señaló que sin unos planes claros de futuro, el Caudillo sería sucedido por el caos. Los ojos de Franco se llenaron de lágrimas y dijo: «Sí, sería el caos, sería el caos». Pero luego se quejó de las dificultades que suponía la existencia de muchos candidatos rivales. Aparte de don Juan y Juan Carlos, estaban Alfonso de Borbón-Dampierre, y el carlista Carlos Hugo de Borbón-Parma, en quien había abdicado su padre, don Javier de Borbón-Parma.⁴⁴ Franco alentaba la proliferación de candidatos como excusa conveniente para mantener abiertas sus opciones. De hecho, Franco había eliminado las posibilidades de don Juan por ser demasiado liberal, y de Javier y Carlos Hugo por ser extranjeros no elegibles para el trono de España.⁴⁵

Las continuas dilaciones de Franco en el nombramiento de sucesor se debían en parte a su resistencia a admitir que su jefatura pudiera terminar en efecto. Sabía que una vez nombrado su sucesor, un alud de oportunistas buscarían la forma de ganarse el favor del elegido, lo cual mermaría inevitablemente su propio poder. Además, tenía en su escritorio informes de la policía secreta sobre los contactos de Juan Carlos con ciertos elementos progresistas que sugerían que, como rey, no se opondría a la restauración de un sistema multipartidista.⁴⁶ Franco no quería seguir adelante sin la seguridad de que Juan Carlos iba a jurar los principios del Movimiento. Esto era irónico, dada la opinión generalizada en la izquierda y en la Falange de que el alto y apuesto príncipe de veintiocho años era una mediocridad sin cabeza cómodamente instalado en el papel de títere de Franco. Su timidez y reserva no contribuían a desvanecer esa imagen.

Una de las cosas de las que Franco seguía seguro, como le dijo a Fraga a principios de junio, era que don Juan era impensable porque dividiría a las fuerzas franquistas.⁴⁷ Franco estaba furioso porque don Juan, tras haber perdido toda esperanza de que Franco le nombrara sucesor, había creado un secretariado, prácticamente un gabinete de oposición, presidido por José María de Areilza, conde de Motrico. En octubre de 1964, Areilza había dimitido como embajador de Franco en París, convencido de que el régimen se hallaba en un callejón sin salida por las tormentas internacionales suscitadas por el Congreso de Múnich y la condena a muerte de Grimau, así como por una fría entrevista que había mantenido con el Caudillo. A principios de 1964 había hablado a Franco de la necesidad de reforma y había sido escuchado en un silencio glacial. Puesto que se suponía desde hacía tiempo que Areilza era el sucesor natural de Castiella, su decisión de pasarse a la oposición monárquica fue un golpe considerable para el Caudillo. Dado su grado de ambición, el ex embajador era un barómetro sensible del clima político.⁴⁸

Alonso Vega encabezaba la creciente oposición a la nueva Ley de Prensa dentro del gabinete, pero Franco continuaba respaldando a Fraga. La censura no sería ya previa sino posterior a la publicación, dejando en manos de los directores y periodistas el cálculo de qué era lo que podían publicar sin meterse en líos. Franco, la Falange, el Ejército y los principios fundamentales del régimen no podían ser criticados pero, a pesar de todas sus limitaciones, la ley constituía un auténtico cambio y la mayoría de los elementos reaccionarios del régimen estaban furiosos por sus implicaciones. Fraga se vio sometido a las presiones de Raimundo Fernández Cuesta y del yerno de Franco, el marqués de Villaverde, que le dijo con acritud que «ni vosotros [los reformistas] ni ese señor [Franco] estáis gobernando con energía».⁴⁹

En la primavera de 1966, Muñoz Grandes comentó al gobernador civil de Ávila: «El Generalísimo, de llamarme nada; eso ya se le ha olvidado. Está muy bajo de forma y deja hacer demasiado, de lo que se aprovechan algunos listos que le rodean».⁵⁰ De vez en cuando, sin embargo, Franco podía mostrarse tan lúcido y decidido como siempre. El 9 de marzo de 1966 se fundó un sindicato democrático estudiantil en el convento de capuchinos de Sarrià, en Barcelona. En el Consejo de Ministros del día siguiente, Alonso Vega dio una versión aguada del suceso. Franco, que parecía completamente distraído, le interrumpió de pronto y pintó un cuadro más detallado y negro. Después ordenó a Alonso Vega que abandonara la reunión y diera órdenes para que desalojaran del convento a los ocupantes. Don Camilo se puso firme y solicitó permiso para salir. A los veinte minutos volvió, solicitó permiso para hablar e informó: «Mi general, las órdenes han sido cumplidas sin bajas en ambas partes».⁵¹

Por entonces, Franco participaba en el gobierno cotidiano lo bastante poco para que corrieran rumores de que estaba enfermo. Cuando Pacón se lo dijo, respondió: «La única enfermedad que tengo son mis setenta y tres años, y desde luego es bastante para no hacerme ilusiones de que voy a vivir muchos años más». Distanciado de las responsabilidades del día a día y de las luchas de poder, parecía estar

más relajado. El deterioro de su salud era confundible, a pesar de que los indicios de senilidad se alternaban con largos períodos de buena forma física.⁵² Tras las largas vacaciones anuales de primavera que pasó pescando en Asturias, regresó bronceado y haciendo alarde de las largas horas pasadas en los ríos helados de la región.⁵³ Pocos días después presidió el desfile anual de la Victoria, manteniéndose erguido bajo una lluvia torrencial durante una hora y media, saludando con rigidez.⁵⁴

Pero tenía presente su edad y el tema de la sucesión. El 13 de junio de 1966, le entregó a Carrero Blanco el proyecto definitivo de Ley Orgánica del Estado. Luego emprendió un viaje por Cataluña, con el fin de contrarrestar los desórdenes estudiantiles y regionalistas, del que regresó a mediados de julio completamente agotado. No sentía ningún interés por los problemas de gobierno y estaba deseando que llegaran las vacaciones de verano para tomarse un largo descanso. Se había acordado que el texto de la Ley Orgánica se presentara ante las Cortes a principios de octubre. De hecho, incluso después de las vacaciones, Franco mostró poco interés en hablar de ella. Eso, junto a las vacilaciones sobre si permitir el debate del texto en las Cortes, provocó que el proyecto no fuera presentado hasta el 22 de noviembre.⁵⁵ Se decidió que no hubiera debate sobre la compleja ley. Sería sometida primero a las Cortes y luego al pueblo español sin examen público de sus ventajas y desventajas ni demasiadas explicaciones. Franco no estaba de humor para concesiones, irritado por entonces por las desagradables consecuencias de la Ley de Prensa de Fraga. El 4 de noviembre, comentó: «Yo ya estoy harto de que la prensa despierte cada día preguntándose, ¿qué criticamos hoy?». ⁵⁶

En el discurso que pronunció el 22 de noviembre de 1966 con ocasión de la presentación de la Ley Orgánica del Estado ante las Cortes, Franco leyó con gafas un discurso que combinaba el tono de despedida con el anuncio de que no tenía intención de retirarse del poder. El texto cubría mucho terreno ya conocido: su visión de la historia española, la creencia en su misión providencial, la aceptación de la deificación que había creado su propia maquinaria propagandística. Atribuyó la neutralidad de España durante la Segunda Guerra Mundial al hecho de que «Dios quiso darnos la fuerza necesaria, la clarividencia precisa». Al repasar los treinta años de su mandato, declaró con orgullo y autocompasión que «durante estos treinta años he consagrado mi voluntad, todo mi quehacer y todas mis energías a la causa de España. Y era tan grande la distancia que separaba el punto de partida de las metas impuestas que sólo la fe y la ayuda de Dios me dieron fuerzas para aceptar la alta y grave responsabilidad de gobernar al pueblo español. Convencido de que quien adquiere esta responsabilidad en ningún momento puede acogerse al relevo ni al descanso; antes al contrario, ha de consumirse en la conclusión de la empresa comenzada».

Para poner sus logros en perspectiva, exortó así a sus oyentes: «Tened presente la Patria que he recibido, y que de aquella España anárquica y empobrecida ha surgido un orden social y político mediante el cual hemos logrado transformar nuestras estructuras, alcanzando un ritmo de perfeccionamiento y progreso nunca igualados... Noche tras noche me correspondió velar junto a aquel enfermo que se moría, que se llevaban la guerra, la ruina y el hambre, al que rodeaban como aves de presa los grandes de este mundo». Justificó también la supervivencia del franquismo más allá de su tumba y, tras denunciar los partidos políticos como una amenaza para la unidad nacional, ofreció en su lugar lo que llamó «el legítimo contraste de pareceres». La nueva Ley Orgánica del Estado fue presentada como coronación del proceso constitucional comenzado con el Fuero del Trabajo, «verdadera Carta Magna de la justicia social en España». El largo y complejo texto fue seguidamente leído en voz alta por el presidente de las Cortes, Antonio Iturmendi. Sin debate alguno sobre sus diez secciones, sesenta y seis artículos y muchas cláusulas adicionales, el Caudillo pidió luego a los procuradores que dieran su aprobación a la nueva ley, cosa que hicieron por aclamación.⁵⁷

Los reportajes del NO-DO y los relatos de testigos oculares de la escena de aquel día en las Cortes, dan testimonio del claro contraste entre la rimbombante retórica triunfalista del discurso y la frágil voz con la que lo leyó un Franco envejecido y debilitado. Tras el prolongado aplauso que saludó su aparición, el Caudillo miró en torno de sí con expresión desorientada. Al principio, empleó ambas manos para enfatizar sus palabras, pero pasado un rato se limitó a usar la derecha. Tras caer en una especie de rápida farfulla monocorde, su cabeza se inclinó hacia delante y no volvió a levantarla del texto que leía. Durante la última media hora aproximadamente, a pesar de que las palabras eran individualmente leídas de forma inteligible, el ritmo y la entonación generales desaparecieron.⁵⁸ Eran todos síntomas de la inexorable enfermedad de Parkinson. Los efectos se hacían cada vez más evidentes, pero dentro de la élite del régimen y en los medios de comunicación españoles había una conspiración tácita para no advertirlos.⁵⁹

Tres semanas más tarde habló a la nación a través de la televisión y la radio para pedir el voto afirmativo en el referéndum que se avecinaba. De acuerdo con la línea del lema oficial, «¡Franco sí!», el Caudillo convirtió el referéndum en un voto de confianza en su persona. Expresó su pesar porque hubiera quienes soñaran con vestir a la moda extranjera, olvidando que la democracia era una ficción. A beneficio de esas personas, citó la hostilidad extranjera como prueba de la admiración internacional hacia su régimen. Con el «sí», los españoles podrían compensarle el sacrificio de su vida por el bienestar de todos ellos. Apeló a todas las generaciones: «Todos me conocéis: los más viejos, desde los tiempos de África, cuando luchábamos por la pacificación de Marruecos; los ya maduros, cuando, en medio de los desastres en la segunda República, pusisteis en mi persona la esperanza de mi Capitanía para la defensa de la paz civil amenazada; los combatientes de la Cruzada porque no podrán olvidar las horas emocionadas de esfuerzos comunes para la victoria sobre el comunismo; los que sufrieron bajo el yugo de la dominación roja, porque siempre evocarán la alegría infinita de la liberación; los que desde entonces seguís fieles a mi Capitanía, porque sois parte de aquella victoria sobre todas las conjuras y cercos que a España se tendieron; los que habéis vivido la paz incomparable de estos veintisiete años, animando a nuestro pueblo con vuestros cantos de fe y de esperanza, porque todos sabéis de sobra cómo he venido cumpliendo siempre mi palabra».

En ese discurso había pocas esperanzas para el futuro; era simplemente una sentida solicitud de pago por el pasado. «Nunca estuve motivado por la ambición de poder. Desde muy joven, han puesto sobre mis hombros responsabilidades que eran más grandes que mi edad o mi rango. Me hubiera gustado disfrutar de la vida como el común de los españoles, pero el servicio de la Patria embargó mis horas y ocupó mi vida. Llevo treinta años gobernando la nave del Estado, librando a la Nación de los temporales del mundo actual; pero pese a todo, aquí permanezco, al pie del cañón, con el mismo espíritu de servicio de mis años mozos, empleando todo lo que me quede de vida útil en vuestro servicio. ¿Es mucho exigir el que yo os pida, a mi vez, vuestro respaldo a las leyes que en vuestro exclusivo beneficio y en el de la Nación van a someterse a referéndum?»⁶⁰

El discurso de Franco no fue más que una parte de la masiva campaña montada por Fraga con todo el poder de los medios de comunicación dirigidos a garantizar el voto afirmativo. Calles y carreteras se empapelaron con gigantescas pancartas de un sonriente y benévolo patriarca. Se calificó el voto negativo de voto a favor de Moscú. El 14 de diciembre de 1966, el 88% del electorado votó en el referéndum de la Ley Orgánica, del cual sólo un 1,81% votó «no». La validez de la votación era cuestionable. No había habido debate alguno sobre la casi incomprensible nueva ley: la oposición había sido intimidada y silenciada. Ante policías que vigilaban, las personas depositaban una papeleta abierta en las urnas de cristal: no había ni sobres ni cubículos. Se dieron casos de votación múltiple por parte de una misma persona y, en algunos lugares, la eficacia y entusiasmo de los funcionarios hicieron que Franco obtuviera el voto del 120% del electorado local, un fenómeno que fue explicado sin más por la presencia de «votantes transeúntes». Parecía como si grandes grupos de población se hubieran hecho repentinamente nómadas, a pesar de que ningún municipio registrara caídas en el número de votantes suficientes para explicar el gran número de votos añadido a otros lugares por estos presuntos transeúntes.⁶¹

El referéndum fue, no obstante y en términos generales, una victoria para Franco. Muchos habían votado «sí» por gratitud al pasado y a la creciente prosperidad, pero otros lo hicieron con la esperanza de acelerar la transición de la dictadura de Franco a la Monarquía. Franco estaba encantado y especialmente complacido con el incansable e inventivo Fraga.

Una vez determinadas las disposiciones para la sucesión, poco le quedaba a Franco por hacer a principios de 1967. A los setenta y cuatro años, a veces no parecía más que una sombra de lo que había sido. En los noticiarios se detectaba cada vez más la rigidez de sus movimientos y la falta de energía de sus discursos. Las dificultades que planteaba grabar sus alocuciones significaba que muchos técnicos de televisión conocían su estado de salud. Sus ministros estaban al tanto de su deterioro, pero preferían no reconocerlo. Después de todo, incluso con la Ley Orgánica, existía gran incertidumbre respecto a lo que ocurriría tras su desaparición. Antes que arriesgarse a perderlo todo, muchos miembros de la élite del régimen acordaron tácitamente comportarse como si Franco aún tuviera el control total. Y, en efecto, el Caudillo funcionaba normalmente durante la mayor parte del tiempo, aunque también se abstraía durante largos períodos.

La maquinaria del gobierno estaba en manos de Carrero Blanco y López Rodó. Los años invertidos en terrorismo de Estado entre 1936 y 1944 habían dado abundantes dividendos en forma de apatía política generalizada. El tema central de la política diaria era entonces el futuro y ello dio lugar a una serie de maniobras en busca de buenas posiciones, en las que Franco necesariamente tuvo un papel extremadamente marginal. Ya no era el principal actor en el juego de la política española, lo cual se reflejaba en que era fotografiado con mayor frecuencia jugando con sus nietos, cazando o pescando. Con su sonrisa trémula, Franco era ya un patriarca distante. Ahora disponía de tiempo sobrado, y ello se advirtió en el hecho de que, en mayo de 1967, Franco ganara la sustancial suma de un millón de pesetas en las quinielas, con un boleto firmado «Francisco Franco» en el que la dirección era: «El Pardo, Madrid».⁶² Su buena suerte sin duda lo convenció de la naturaleza esencialmente democrática de su régimen.

También en su política exterior Franco dio algunos indicios de haberse suavizado o, al menos, de haberse vuelto aún más cauto. Tanto en los Consejos de Ministros como en numerosas conversaciones con su primo Pacón, mostraba una tranquila racionalidad respecto a Gibraltar y a las relaciones con Estados Unidos, lo que contrastaba con la obsesiva agresividad de Castiella y otros ministros. En febrero de 1966 había dicho: «Los ingleses no cederán con facilidad, la fruta no está madura y tal vez nosotros no lleguemos a verla caer; pero estoy completamente seguro de que el Peñón volverá a ser de España». Ocho meses después, con el caso presentado ante Naciones Unidas y las propuestas españolas desestimadas de plano en Londres, Franco dijo en el gabinete que la propaganda agresiva era un error y que no servía de nada intentar humillar a los británicos, y descartó firmemente una propuesta de Castiella para que se colocaran globos de barrera alrededor de Gibraltar para obstruir el acceso aéreo británico al Peñón. A pesar de las resoluciones de las Naciones Unidas que exigían el fin de la situación colonial de Gibraltar, Franco declaró que nada podría hacerse sin convencer antes a la opinión pública británica de que el Peñón pertenecía a España.

Incluso después del plebiscito organizado por los británicos en septiembre de 1967, en el que los gibraltareños votaron casi por unanimidad continuar siendo británicos, el Caudillo siguió insistiendo en su opinión de que una postura agresiva por parte de España resultaría completamente contraproducente. Dos meses más tarde declaraba con absoluta calma que «no debe creerse que con la violencia vamos a adelantar más».⁶³ En un Consejo de Ministros de 1967, declaró: «Yo no veo bien ponerle el pie a los fuertes».⁶⁴ A finales de noviembre de 1968, dijo a López Rodó que la defensa por parte de la Unión Soviética de la causa española sobre Gibraltar no haría más que consolidar el apoyo norteamericano a los británicos. Consecuentemente, ordenó que se interrumpiera la campaña propagandística de Castiella.⁶⁵ Sin embargo, el 7 de junio de 1969, se cerró finalmente la frontera con Gibraltar, con aprobación de Franco, el cual declaró que permanecería cerrada hasta que las negociaciones para la devolución del Peñón hubieran concluido satisfactoriamente.⁶⁶

En marzo de 1967, Solís entregó a Franco el texto de una propuesta de Ley Orgánica del Movimiento que autorizaba las «asociaciones políticas» dentro de los límites estrictos del partido único. Durante los meses de abril y mayo de 1967, Franco recibió comentarios hostiles a dicho proyecto de varios ministros. Alonso Vega, Carrero Blanco, López Rodó, Silva Muñoz y otros, preferían el impreciso Movimiento vigente como paraguas que cubría a todos los españoles. Encajaba bien con el concepto de apoliticismo de los tecnócratas: una economía próspera regida por una administración eficiente. El plan de Solís era una versión aguada de los proyectos de Arrese en 1956. Franco, convencido de que el referéndum había confirmado su poder personal, favorecía la idea de poner obstáculos constitucionales para los partidos políticos y se negó a rechazar el proyecto de Solís.⁶⁷

Mientras Solís y López Rodó contendían por el futuro, la relación de Franco con la Iglesia se deterioraba rápidamente. Los sucesivos Nuncios papales, Antonio Riberi y Luigi Dadaglio, eligieron a los candidatos más progresistas para los obispados vacantes. Franco se negó a renunciar a su derecho de presentación, pero en la práctica, nunca contradijo las recomendaciones de los Nuncios. Por tanto, la obstinación del Caudillo nacía de su concepción cuasi real de su propio rango y también en una cauta reticencia innata a renunciar a un arma defensiva en caso de que el Vaticano sucumbiera totalmente a las influencias masónica y comunista que él adivinaba detrás del liberalismo posconciliar. El año 1967 sería de crucial importancia porque quedaron doce vacantes episcopales debidas a la edad. Era la oportunidad que el papa Pablo VI había estado esperando para lograr que la profundamente conservadora jerarquía eclesiástica española fuera más afín al clero ordinario, de carácter más progresista.

Antonio Garrigues apeló al Caudillo para que hiciera el gesto de renunciar unilateralmente a los derechos otorgados por el Concordato. Franco se negó. Basándose en informes de los servicios secretos que obraban en su poder, Franco se inclinaba a atribuir el progresismo de la Iglesia a la degradación sexual de los curas.⁶⁸ De hecho, Franco estaba más dispuesto que nunca a aceptar las más siniestras teorías acerca de sus enemigos. Un informe de su embajador en Roma, Alfredo Sánchez Bella, sobre la financiación norteamericana de los partidos socialistas fue responsable de un curioso resurgir de aquel prejuicio del Caudillo que culpaba de todo a la masonería internacional. El 13 de marzo de 1967, Franco dijo a Pacón: «Opino que todas las actividades que se han llevado a cabo contra nosotros han sido llevadas a cabo por organismos que recibían fondos de la CIA, pero más que nada, con el propósito de implantar en España un sistema político a estilo americano el día en que yo falte».⁶⁹

En febrero de 1967, Muñoz Grandes había comentado a Fraga que él y Franco se habían distanciado aún más: «los dos estamos ya hartos de discutir». El 21 de julio, Franco le dijo: «Ya sé que estás descontento... no te obligo más». Sin embargo, tras haber tomado la decisión, ordenó a Carrero Blanco que retrasara la publicación de la noticia en el Boletín Oficial del Estado hasta que la élite política se hubiera ido de Madrid por las vacaciones. Muñoz Grandes había sido la gran esperanza de los falangistas que se oponían a una transición a la Monarquía y Franco, al parecer, temía su reacción hostil. Los tecnócratas habían abrigado la esperanza de que, dentro de los términos de la Ley Orgánica, el Caudillo nombrara presidente del Consejo de Ministros a Carrero Blanco. Sin embargo, el tenazmente fiel Carrero no quería el cargo porque creía que nadie podía realizar ese trabajo mejor que Franco. El Caudillo no hizo nada durante dos meses, con objeto de que la situación se enfriara. El ambicioso Fraga aspiraba al cargo pero, puesto que Franco no se fiaba de él y Carrero Blanco aún menos, no tenía la más mínima posibilidad de conseguirlo. Finalmente, tras una reunión del gabinete celebrada en San Sebastián, y mientras ambos se dirigían en coche a un acto oficial, Franco le dijo en tono distraído a Carrero Blanco que sería el vicepresidente del gobierno. El 21 de septiembre de 1967 fue anunciada dicha decisión.⁷⁰ Era un proceder lógico. Carrero había servido lealmente al Caudillo desde 1941 y sus respectivas opiniones eran prácticamente indistinguibles.

Para la mayoría de los franquistas, Carrero Blanco era una garantía de franquismo sin reservas. No obstante, en las más altas esferas del régimen, su compromiso con la causa de Juan Carlos le convertía en objeto de suspicacias. Se rumoreó que en septiembre de 1967 Franco había tenido una hemorragia cerebral y por esa causa había entregado el poder a Carrero Blanco.⁷¹ No hay ninguna constancia de esto en las memorias de los que trataban diariamente con él. De todas formas, la ansiedad generada por la posibilidad de que Franco, ya incapacitado, estuviera totalmente en manos de López Rodó y el Opus Dei, impulsó a los franquistas recalcitrantes a adoptar sus propias medidas. Su temor era que al respaldar a Juan Carlos, Franco pudiera abrir paso a una Monarquía liberal que acabara con el monopolio de privilegios detentado hasta entonces por la Falange-Movimiento. La guerra pública contra el Opus se libró a mediados de la década de 1960 a través de la red de prensa del Movimiento. Franco comentó que «los únicos periódicos que no dicen lo que quiere el dueño, son los del Movimiento».⁷²

Hubo una lucha privada más insidiosa llevada a cabo por un círculo de derechistas que se reunían en El Pardo con intención de movilizar a Franco, cada vez más decrepito, para la causa del inmovilismo. Formado por Cristóbal Martínez Bordiú, doña Carmen y falangistas intransigentes como Girón, mantenía estrechos contactos con militares duros que consideraban al Ejército como la guardia pretoriana del régimen. Éstos podían sentirse satisfechos por el hecho de que, a finales de la década de 1960, los más prominentes de los llamados generales azules, falangistas como Alfonso Pérez Viñeta, Tomás García Rebull, Carlos Iniesta Cano y Ángel Campano López, comenzaran a alcanzar puestos operativos clave. En sus últimos años, principalmente a causa de su enfermedad y de los medicamentos que tomaba para mitigar los síntomas, Franco se convirtió en un ser pasivo, que oscilaba entre ambos grupos. Estaba fundamentalmente comprometido con la idea de Carrero Blanco y López Rodó de transición a una Monarquía autoritaria. Sin embargo, a medida que envejecía, era más propenso a escuchar las versiones alarmistas de lo que estaba ocurriendo que le presentaba la camarilla de El Pardo. Mostraba menos energía política

y daba menos indicios de leer la prensa o saber siquiera lo que habían hecho sus ministros. Hasta qué punto estaba fuera de contacto con la realidad se puso de manifiesto cuando pidió a Fraga, Solís y otros ministros algunos nombres para ayudarle a designar unos altos cargos: «Llevo tantos años aquí, entre estos muros, que ya no conozco a nadie... Ayúdenme ustedes a hacer las ternas para los nuevos cargos». ⁷³ Cuando no estaba de caza, veía la televisión o películas. Estaba cautivado por la llegada de la televisión en color. ⁷⁴

En las nuevas Cortes reunidas el 17 de noviembre de 1967 había un tercio de procuradores elegidos por cabezas de familia. No se trataba de una liberalización significativa: todos los procuradores eran miembros del Movimiento y cerca de la mitad eran funcionarios del Estado. En cualquier caso, como Franco no dejó de señalar a uno de sus ministros, las Cortes no eran soberanas. Sólo el Caudillo podía sancionar las leyes. ⁷⁵ Un día antes de la sesión de apertura, le dijo a Pacón que no tenía intención de utilizar la ocasión para anunciar cambios de gobierno. Minimizando la importancia del nombramiento de Carrero Blanco como vicepresidente, reconoció que la «constitución» preveía el nombramiento de un primer ministro en el caso de que su salud lo hiciera necesario, pero presumió de que afortunadamente no había necesidad de ello. ⁷⁶ En su discurso de inauguración se burló de quienes querían una vuelta de la democracia liberal. Hizo algunas insinuaciones de que iba a producirse algo de apertura, aunque se esforzó en hacer hincapié en los estrechos límites dentro de los cuales podría suceder eso. ⁷⁷

En su septuagésimo quinto aniversario, Franco le dijo a su primo que se sentía fuerte pero que no se hacía ilusiones de vivir hasta los noventa. ⁷⁸ Sus reflejos políticos comenzaban a volverse escleróticos. Enfurecido por los disturbios universitarios de principios de 1968, Franco fue inamovible en su convicción de que los desórdenes eran obra de agitadores extranjeros y que los sacerdotes radicales no eran más que comunistas disfrazados, ⁷⁹ y quedó muy satisfecho con la represión enérgicamente violenta de la izquierda, los sacerdotes liberales y los estudiantes universitarios llevada a cabo por el general Pérez Viñeta, capitán general de Cataluña. ⁸⁰

Hablaba del periódico monárquico *ABC* como de un «enemigo». Su determinación de evitar que don Juan subiera al trono se debía menos a la hostilidad hacia sus opiniones presentes que a un rencoroso resentimiento por el manifiesto de Lausana de 1945. Su actitud hacia don Juan y sus dudas respecto a la sucesión monárquica afloraron en el curso de las celebraciones que siguieron al nacimiento del hijo de Juan Carlos, Felipe, el 30 de enero de 1968. Franco se negó a ir al aeropuerto de Barajas para recibir a la reina Victoria Eugenia, viuda de Alfonso XIII, madre de don Juan y abuela de Juan Carlos, que viajó a España desde Niza el 7 de febrero para asistir al bautizo. «Dese cuenta, alteza —le dijo a Juan Carlos— que yo no puedo comprometer al Estado con mi presencia.» Juan Carlos le recordó fríamente que ya había comprometido al Estado con la Monarquía en la Ley Orgánica del Estado. Franco se negó a recibir a don Juan, se puso furioso porque varios ministros —Castiella, Espinosa San Martín y Lora Tamayo— fueron al aeropuerto sin pedirle permiso, y prohibió expresamente a Alonso Vega que fuera. Sólo Antonio María de Oriol, ministro de Justicia, oficialmente responsable de las relaciones con la familia real, estaba allí con el beneplácito de Franco. En la ceremonia del bautizo, con don Juan, el príncipe Juan Carlos y el pequeño Felipe juntos, Victoria Eugenia acorraló a Franco diciendo: «Bueno, Franco, tiene a los tres ante usted. Decida». No obtuvo respuesta. ⁸¹

Con la edad, Franco no mostró inclinación a reconciliarse con sus enemigos. Aunque le gustaba que le dijeran que era el Caudillo de todos los españoles, deseaba ser sólo el jefe de los «buenos» españoles. Cuando se enteró de una propuesta para pagar pensiones a los mutilados de guerra del bando republicano, se puso furioso ante la idea de colocar a las «heces de la sociedad española» al mismo nivel que los caballeros y héroes. ⁸² Los prejuicios de Franco salieron una vez más a relucir cuando López Rodó le comentó el asesinato de Robert Kennedy el 4 de junio de 1968, aprovechando la oportunidad para instar al Caudillo a restaurar la Monarquía con el argumento de que si cosas semejantes ocurrían en el curso de unas elecciones presidenciales en Estados Unidos, siempre cabía la posibilidad de que en unas elecciones para presidente de una república española pudiera surgir un asesino demente. Franco rechazó la idea con frialdad, declarando categóricamente que «hay más locos en Estados Unidos». ⁸³

El 29 de abril de 1968, el papa Pablo VI escribió a Franco para pedirle que renunciara a su privilegio de elección de obispos a partir de una terna presentada por el Nuncio papal. El Papa se comprometía a darle los nombres de los obispos con antelación para que pudiera hacer saber cualquier objeción. Abandonando su anterior afirmación de que no podía renunciar a un privilegio real cuya cesión no le correspondía, Franco replicó entonces con una carta de bizantino cinismo, negándose sobre la base igualmente espuria de que sólo las Cortes podían modificar la presente situación y que la opinión pública española no aceptaría una cesión unilateral. Al hacer esto, Franco no consiguió más que reforzar la hostilidad del Vaticano hacia el régimen. ⁸⁴ En la década de 1970, Roma emplearía dos recursos para afirmar su posición. Uno sería presentar un solo nombre para cada obispado vacante, y no los tres entre los que Franco habitualmente escogía. El otro, obviar la cuestión y limitarse a nombrar obispos auxiliares. Dado que técnicamente eran provisionales, sus nombramientos no requerían la aprobación del Caudillo.

Franco estaba desconcertado por el creciente liberalismo de la Iglesia y por las actividades de algunos obispos, como el de Santander, José María Cirarda, que denunciaba la acción represiva de la policía. Él estaba convencido de que había salvado a la Iglesia y que, si el comunismo triunfaba algún día en España, las iglesias serían quemadas y los obispos, asesinados. ⁸⁵ Cada vez eran más los sacerdotes que participaban activamente en la oposición obrera y regionalista al régimen. En el verano de 1968, Franco autorizó a su ministro de Justicia, Oriol, a instalar una prisión especial para sacerdotes en Zamora. Para enorme mortificación de la jerarquía eclesiástica y de Franco, fueron encarcelados más de cincuenta sacerdotes. ⁸⁶ La consecuencia del desplazamiento hacia la izquierda de parte de la Iglesia fue el nacimiento dentro de la coalición franquista de un anticlericalismo de ultraderecha, muy intenso en la organización política neonazi de Blas Piñar, Fuerza

Nueva, y en sus grupos terroristas, los Guerrilleros de Cristo Rey.

Al parecer, Franco sólo se daba cuenta de forma esporádica de que su gabinete había estado prácticamente paralizado durante todo un año a causa de la hostilidad entre falangistas y tecnócratas. A lo largo de todo el verano y el otoño de 1968, Carrero Blanco, Fraga y otros habían estado instándole a que renovara el gobierno, pero él se había limitado a hacer oídos sordos. El 11 de julio, Carrero Blanco escribió una larga carta a Franco en que resumía los desacuerdos entre los ministros. También denunciaba la política de Fraga en el Ministerio de Información por destruir la moral pública porque «todos los escaparates de las librerías están... abarrotadas de obras marxistas y de las novelas de erotismo más desenfrenado». Presumiblemente ignorante del verdadero contenido de las librerías españolas de la época, Franco creía aquellas historias de horror pero no reaccionaba. Pasaría más de un año antes de que emprendiera la deseada remodelación, lo que llevó a Carrero Blanco a comentar «qué lento en parir es este hombre».⁸⁷

Era ya imposible no reconocer los síntomas de la deteriorada energía de Franco y del general sentimiento de urgencia. En los círculos políticos se dio gran importancia a un incidente que supuestamente tuvo lugar durante el verano de 1968 en Santander. Tras una reunión para informar sobre asuntos ministeriales, un miembro de su propio gobierno le pidió a Franco que le firmara una fotografía en la que aparecían ambos con otros ministros. Franco accedió, se puso las gafas, cogió un bolígrafo y luego vaciló, miró al ministro con mirada perdida y le preguntó quién era. ⁸⁸ Durante el otoño, Franco recibió informes de Oriol, López Bravo y Silva Muñoz que le instaban a nombrar un presidente del Consejo de Ministros. ⁸⁹ Pasarían otros cinco años antes de que lo hiciera. Por otra parte, intervino para bloquear un intento de Solís de atacar el Segundo Plan de Desarrollo de López Rodó tachándolo de instrumento de colonización norteamericana.⁹⁰

El «antiamericanismo» era parte del arsenal retórico de la Falange. En septiembre de 1968, volvió a prescribir el acuerdo de las bases que había sido renovado en 1963. La elección estaba entre aceptar su prórroga automática o darlo por terminado y de ese modo abrir un período de consultas de seis meses durante el cual los acuerdos podrían ser renegociados. En julio de 1968, Castiella hizo una primera tentativa que no prosperó: exigir mil millones de dólares en ayuda a cambio de mantener las bases en suelo español. Carrero Blanco y los ministros militares, respaldados por los informes del Estado Mayor, valoraban demasiado la relación con Estados Unidos para ponerla en peligro y querían la renovación automática. Castiella, Fraga, Solís y la mayor parte de los restantes ministros eran partidarios de cancelar el acuerdo con la esperanza de negociar términos más ventajosos para España. Franco respaldó la segunda postura, pues su avidez afloraba con facilidad. Tras un largo y áspero debate que tuvo lugar el 24 de septiembre de 1968, el gobierno acordó poner en práctica el procedimiento de finalización del acuerdo de 1953 y emitió una declaración pidiendo que se retirara la base aérea de Torrejón, emplazada en las afueras de Madrid.

Franco redactó un documento sobre el cual debía negociarse la renovación.⁹¹ Excederse en el precio, una táctica típica de Franco, fue un grave error de cálculo. A los pocos días, tras recibir otra protesta de Muñoz Grandes que todavía era el jefe del Estado Mayor, comenzó a preocuparle seriamente el hecho de que sin la amistad norteamericana las fuerzas armadas españolas se verían condenadas a la impotencia y las posibilidades de recuperación de Gibraltar se verían drásticamente disminuidas. Cuando recibió a Dean Rusk en una larga y difícil entrevista que tuvo lugar el 18 de noviembre de 1968, tres días después de que Richard Nixon fuera elegido presidente, Franco, apenas lúcido, no hizo más que emitir monosílabos. En ese mismo mes, con el apoyo entusiasta de la prensa del Movimiento, Castiella propuso la retirada del Mediterráneo de la VI Flota norteamericana. Franco estaba profundamente irritado porque no se le había consultado y porque la acción de Castiella era absurdamente inapropiada en aquel momento, después de la invasión soviética de Checoslovaquia, en que el anticomunismo había vuelto a convertirse en un valor negociable. Castiella, de quien ya se sospechaba que era excesivamente vaticanista, acabó así de forma definitiva con su carrera ministerial aunque, como era característico en él, Franco tardó casi un año en actuar al respecto.⁹²

Después de la guerra de Vietnam, en el Senado había creciente oposición a los compromisos norteamericanos con España, no digamos ya a incrementarlos a gran escala. Consecuentemente, cuando Richard Nixon asumió la presidencia a principios de 1969, Franco obligó a Castiella a acceder en principio a una renovación del acuerdo de las bases por otros cinco años y rebajar el precio de España a 300 millones de dólares. No obstante, con el liderazgo de los senadores Fulbright y Symington, la oposición del Senado a cualquier tipo de acuerdo con Franco iba en aumento. Para evitar presentar a los estadounidenses una notificación de desalojo, el 26 de marzo Castiella tuvo que anunciar «un acuerdo de principio» ampliando con ello el plazo de las negociaciones. En mayo, con la oposición del Senado dirigida por el senador Fulbright, Castiella presentó una oferta revisada de un aplazamiento de un año a cambio de 50 millones de dólares en ayuda militar y 25 millones de dólares de crédito para la adquisición de armamento. Esto acabó con la amenaza de la ruptura total de relaciones entre España y Estados Unidos.⁹³

Hubo pocas alusiones a este problema en la anodina alocución de Franco del 30 de diciembre de 1968. Aunque condenó la continua violencia en las universidades, su tono fue de tranquila satisfacción. ⁹⁴ Pero si bien Franco daba toda la impresión de que pensaba permanecer en el poder, el desgaste de los años pasados en éste comenzaba a ejercer sus efectos. Los Consejos de Ministros se celebraban entonces cada quince días, alternándose con las sesiones de la Comisión Delegada de Asuntos Económicos. Los ministros abandonaban habitualmente las reuniones del gabinete para fumar un cigarrillo o ir al lavabo, pero Franco jamás lo había hecho. * Cuando lo hizo por vez primera el 6 de diciembre de 1968, fue interpretado como un grave signo del deterioro de su salud. Carrero Blanco ocupó su lugar entretanto. El 5 de enero de 1969, el Caudillo tuvo que abandonar nuevamente una reunión. ⁹⁵ Aquello fue una anticipación simbólica de sus

frecuentes ausencias durante los últimos seis años de su mandato.

Las vacilaciones privadas del Caudillo con respecto a la sucesión quedaron resueltas en gran medida en el otoño de 1968.⁹⁶ El 20 de diciembre de ese año, fue expulsado de España el pretendiente carlista, Carlos Hugo de Borbón-Parma, a consecuencia de sus actividades políticas. Poco después, Juan Carlos recalcó cuál era su posición. El 8 de enero de 1969, el príncipe fue entrevistado por la agencia oficial de noticias EFE y declaró su compromiso sin reservas con la idea de instauración monárquica más que de una restauración. Dicha declaración había sido redactada por Fraga. El énfasis en la lealtad del príncipe a Franco y el Movimiento complació al Caudillo, como se hizo evidente aquel mismo día por sus comentarios a Fraga y López Rodó. Cuando Fraga salió del despacho de Franco, López Rodó sólo le dijo: «Crimen perfecto». Al entrar, López Rodó declaró ante Franco: «El príncipe ha quemado las naves. Ahora lo único que falta es la decisión de Su Excelencia». El 15 de enero de 1969, Franco le dijo más o menos a Juan Carlos que lo nombraría su sucesor antes de que terminara el año afirmando: «Tenga mucha tranquilidad, Alteza. No se deje atraer ahora por nada. Todo está hecho». Juan Carlos replicó: «No se preocupe, mi general, yo he aprendido mucho de su galleguismo». Ambos se echaron a reír y Franco le hizo un cumplido: «Su Alteza lo hace muy bien».⁹⁷

Sin embargo, con la agitación universitaria alcanzando mayores niveles de intensidad, Alonso Vega, respaldado por Carrero Blanco, Nieto Antúñez y Solís, propuso que se declarara el estado de excepción en el Consejo de Ministros celebrado el 24 de enero de 1969. Aquello suponía una desmesurada exageración, típica del autoritario de casi ochenta años que los estudiantes apodaban «Don Camulo». Cuando Franco indicó su aprobación a dicha medida, fue síntoma de la quiebra política del gobierno que los restantes ministros se apresuraran a manifestar su acuerdo. En privado, López Rodó, Silva Muñoz y otros tecnócratas desaprobaban la medida a la que no se habían opuesto en el consejo. Cinco días después de adoptada la decisión, Silva escribió a López Rodó una nota en la que le decía: «El fracaso de la “represión” no hace falta ser un augur para verlo». Otros hablaban de «matar moscas a cañonazos».⁹⁸ No obstante, la principal preocupación de López Rodó no era el absurdo de que los dinosaurios del régimen intentaran aplastar las consecuencias del cambio social, sino que con la imposición del estado de excepción, Franco retrasaría una vez más el nombramiento de Juan Carlos como sucesor.

En la reunión del gabinete del 21 de marzo de 1969, Alonso Vega, previamente instruido por López Rodó, pidió que se levantara el estado de excepción. Solís se opuso, precisamente porque impedía que se nombrara sucesor mientras permaneciera en vigor. Los tecnócratas emplearon el argumento de que el régimen no debía llegar a su trigésimo aniversario en semejantes condiciones. Fraga sostuvo que esas medidas dañarían seriamente al turismo. Finalmente, Franco cerró el debate diciendo que «puesto que el ministro de la Gobernación lo pide, que se levante el estado de excepción». Habiendo visto cómo el colapso sufrido por Oliveira Salazar había encontrado desprevenidos a los gobernantes portugueses en agosto de 1968, los tecnócratas presionaron al Caudillo para que decidiera el tema de la sucesión mientras aún era capaz de ello. El 7 de mayo, Fraga habló a Franco de su edad y del creciente vacío político. El Generalísimo lo escuchó cortésmente, no dijo nada y se marchó a una excursión de diez días para pescar salmones en Asturias.⁹⁹

Antes de marcharse de pesca, Franco recibió de Carrero Blanco un largo informe sobre la situación política, que trataba sobre varios problemas. El primero era los esfuerzos de Solís y otros miembros del Movimiento para crear una base de poder independiente mediante una nueva Ley Sindical que Carrero Blanco comparaba con la propuesta de Arrese de 1956. Recomendaba que se diera carpetazo al proyecto. En relación con la Iglesia, denunciaba a Castiella como defensor de los intereses del Vaticano sobre los de España y también le acusaba de haber llevado mal las negociaciones con Washington. Después abordaba la incipiente amenaza de Euskadi ta Askatasuna (ETA). Carrero Blanco señalaba que la erradicación de ETA requería una enorme delicadeza si no se deseaba que la operación deteriorara las relaciones con el País Vasco y la Iglesia. Finalmente, le pedía respetuosamente al Caudillo que pusiera fin a la inquietud del pueblo español respecto al futuro nombrando un sucesor.¹⁰⁰ Los meses siguientes demostraron hasta qué punto dependía Franco por entonces de Carrero Blanco. La Ley Sindical fue bloqueada; se llegó a un acuerdo con Estados Unidos y Castiella fue destituido. En gran parte debido a que Franco no controlaba del todo la situación, la lucha contra ETA quedó en manos de militares de línea dura y las pesimistas predicciones de Carrero se hicieron realidad.

El 28 de mayo de 1969, víspera de su ochenta cumpleaños, Camilo Alonso Vega mantuvo una larga conversación con Franco. Pidió ser sustituido en el Ministerio de la Gobernación, recordó al Caudillo la necesidad de decidir la sucesión en favor de Juan Carlos, y le sugirió que había llegado el momento de que se tomara un merecido descanso nombrando a Carrero Blanco presidente del gobierno. Franco no habló pero al día siguiente notificó a Carrero Blanco que nombraría sucesor a Juan Carlos antes del verano.¹⁰¹ Luego, presionado por los falangistas para que no lo hiciera, volvió a vacilar, temeroso, como le dijo a Carrero Blanco, de abandonar a sus leales partidarios. Con los ministros tecnócratas cada vez más impacientes, Franco aseguró a Carrero Blanco que lo anunciaría antes del 18 de julio de 1969. No obstante, cuando el 30 de junio le preguntó Antonio Iturmendi, presidente de las Cortes, qué día tendría lugar la ceremonia, él respondió con indecisión que «podría ser antes o después del verano», no obstante lo cual, escogió el 17 de julio para la proclamación.

No dijo nada a Juan Carlos, que estaba a punto de irse a Portugal a visitar a su padre. A su regreso el 12 de julio, el Caudillo le dio la noticia. Cuando Juan Carlos le preguntó por qué no le había dicho nada antes, Franco replicó taimadamente: «Porque le hubiera pedido palabra de honor de guardarla en secreto. Y si su padre le hubiera preguntado algo le hubiera tenido que mentir. Y preferí que no mintiera a su padre». De hecho, lo que consiguió con su duplicidad pretendidamente altruista fue la ruptura entre padre e hijo, algo que, al menos en términos políticos, Franco había deseado desde la primera vez en que se había acordado a bordo del *Azor* que el príncipe sería educado en

España. Puesto que no le había dicho a su padre que estaba a punto de ser proclamado príncipe de España, don Juan supuso que Juan Carlos le había traicionado. Las relaciones entre ellos fueron tirantes durante bastante tiempo después.¹⁰² Franco escribió a don Juan para pedirle que aceptara la designación de su hijo como «la coronación del proceso político del régimen». Don Juan se disoció dignamente de lo que había ocurrido. Al insistir en su convicción de que el monarca debía ser rey de todos los españoles, por encima de grupos y partidos, basándose en el apoyo popular y el compromiso con las libertades individuales y colectivas, estaba denunciando implícitamente a una Monarquía irrevocablemente ligada a la dictadura.¹⁰³

Un Franco sonriente anunció su decisión ante el Consejo de Ministros el 21 de julio de 1969. Dijo: «Los años pasan. Tengo ya 76, voy a cumplir 77. Mi vida está en manos de Dios. He querido enfrentarme a esta realidad». Comentó la reacción de don Juan como prueba de que no servía para monarca franquista. Los falangistas intransigentes contrarios a Juan Carlos se apresuraron a quemar los últimos cartuchos contra su nombramiento. El método propuesto por Solís en el gabinete fue una votación secreta en las Cortes. Solís esperaba utilizar su control sobre las clientelas del Movimiento para conseguir un voto desfavorable que podría ser lisonjeramente interpretado por Franco como reconocimiento de la incapacidad de Juan Carlos para suceder a una figura tan providencial como la suya. Pero Franco, respaldado por Carrero Blanco, Alonso Vega y los tecnócratas, se negó en redondo. Quería ver el voto de cada uno de los procuradores.¹⁰⁴

La designación de Juan Carlos como príncipe de España y no como príncipe de Asturias, título tradicional de los herederos del trono, fue la forma utilizada por Franco para romper con la continuidad y con la legitimidad de la línea dinástica de los Borbón. La nueva Monarquía sería suya y sólo suya. Esto fue reconocido por don Juan, que obligó a su hijo a devolverle la placa de príncipe de Asturias.¹⁰⁵ En su discurso ante las Cortes del día siguiente, Franco se burló de los que «especulan con la crisis del mañana en que pueda faltar mi capitania», y se mostró orgulloso de la precisión de los instrumentos creados para la sucesión.¹⁰⁶ Los procuradores, sin duda aliviados por ver su incertidumbre finalmente aclarada, interrumpieron constantemente el discurso con aplausos y, terminaron poniéndose en pie para corear «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!». El príncipe juró fidelidad a los principios del Movimiento, después de que en privado su consejero, Torcuato Fernández Miranda, le hubiera garantizado que ese voto no impedía un futuro proceso de reforma democrática.¹⁰⁷

Es evidente que Franco tenía gran fe en Juan Carlos y que a lo largo de los años había llegado a apreciarle y respetarle. Era una fe que no compartían ni la oposición de izquierdas ni muchos de los miembros del ala falangista del régimen; y ni siquiera el propio Juan Carlos a finales de la década de 1960. A pesar del apoyo de López Rodó y Carrero Blanco, su comportamiento reservado y melancólico daba la impresión de que era «un invitado al que no se había aclarado si se iba a quedar a comer o no». Lo cierto es que, pese a que por sus conversaciones privadas y por sus discursos públicos resultaba obvio que Franco esperaba que su sucesor continuase su obra, jamás le dio a Juan Carlos instrucciones explícitas. Había obligado al príncipe a pasar períodos en las tres armas del Ejército, en la universidad y en los ministerios económicos, pero no le había adoctrinado políticamente. Siempre que Juan Carlos le pedía consejo, le replicaba: «¿Para qué quiere que le diga algo? ¡Si Vd. no va a poder gobernar como yo!». Consciente de que Juan Carlos se enfrentaría con problemas que no podía prever, Franco confiaba en él lo bastante como para dejarle las manos libres.¹⁰⁸ Es difícil evitar la conclusión de que, habiendo aprendido de su mentor a mantener ocultas las cartas, el príncipe tenía desde el principio intención de engañarlo promoviendo la transición a la democracia después de su muerte.

El largo adiós, 1969-1975

La convicción de Franco de que, con la sucesión resuelta, podía ya disfrutar de un futuro libre de problemas iba a hacerse añicos durante la segunda mitad de 1969. ETA era un amenazante nubarrón que se cernía sobre el horizonte. De forma más inmediata, sin embargo, a mediados de agosto hizo erupción el volcán político conocido como escándalo Matesa. Matesa (Maquinaria Textil del Norte de España, Sociedad Anónima) era una compañía de maquinaria textil de Pamplona. Con la dirección de Juan Vilá Reyes, Matesa había fabricado un telar sin lanzadera que exportaba a toda Europa, América Latina y Estados Unidos. La aparente prosperidad de Vilá Reyes le hizo objeto de la admiración de los tecnócratas. Con el fin de cumplir los requisitos para conseguir créditos a la exportación, Matesa creó filiales en América Latina que hacían grandes pedidos de telares. A finales de 1968 se detectaron irregularidades financieras y se dijo que las filiales y sus pedidos eran un plan fraudulento para conseguir los créditos.¹ El director general de Aduanas había enviado un detallado informe al ministro de Economía, Espinosa San Martín, y a Franco. Pero Franco no se mostró preocupado porque en enero de 1969 Vilá Reyes le había convencido de que su compañía sólo estaba saltándose algunas regulaciones arcaicas para aumentar unas exportaciones muy necesarias.²

Vilá Reyes alegó que eran las propias acusaciones las que habían causado la cancelación de unos pedidos auténticos de sus filiales. Fuera cual fuese la verdad de todo aquel asunto, los problemas de la compañía se agravaron hasta el punto de ser tratados por el Consejo de Ministros del 14 de agosto en el Pazo de Meirás. La prensa del Movimiento dio rienda suelta a un torrente de ataques a los tecnócratas, en que el periódico *Arriba* denunció lo que calificó de «el desastre nacional».³ Con Juan Carlos ya nombrado sucesor, Solís se aferraba frenéticamente a su última oportunidad para romper la hegemonía del Opus Dei antes de que comenzara el futuro sin Franco. En parte, la denuncia del escándalo en la prensa del Movimiento fue también un esfuerzo para recuperarse del descenso del lectores con invectivas sensacionalistas. Fuera cuales fuesen sus motivos, Fraga, ministro de Información, dejó que todo aquello siguiera adelante, pero las tácticas anti-Opus Dei de Solís se volvieron en su contra. Franco no creía que los ministros del Opus Dei actuaran como un siniestro bloque independiente y se sentía muy satisfecho de su absoluta lealtad personal, comentando: «Son unos perfectos caballeros».⁴ Habían solucionado muchos problemas y no le habían causado ninguna contrariedad. * Cuando el escándalo Matesa estaba al rojo vivo, Franco no permitió que se mencionara en su presencia.⁵ Según su hermana, no consideraba los delitos de gravedad significativa.⁶

El 11 de septiembre, en San Sebastián, Silva Muñoz entregó al Caudillo una abultada carpeta de recortes de prensa y un informe sobre la campaña de los medios de comunicación contra los tecnócratas. El informe alegaba que la prensa del Movimiento, sirviéndose de las agencias de prensa del Ministerio de Información, estaban realizando un intento concertado de provocar un importante escándalo político. Franco se enfureció, especialmente por la publicidad dada al asunto en el extranjero.⁷ Ante la situación, los dos ministros que tenían jurisdicción sobre el asunto, Espinosa San Martín en Hacienda y García Moncó en Comercio, decidieron dimitir a pesar de que Franco aseguró a Espinosa que no tenía ninguna duda sobre su honradez.⁸ Es poco probable que Franco, que estaba por entonces muchas veces bajo el efecto de la fuerte medicación para el Parkinson, siguiera las ramificaciones del caso Matesa. Dada su creencia de que el mando, en este caso el del gobierno, no debía ser debilitado, fue bastante fácil convencerle de que el «delito de escándalo» imputable a los falangistas que dieron publicidad al problema era más grave que el fraude original.

Carrero Blanco tomó la determinación de que los dos ministros implicados en generar el escándalo, Fraga en Información y Solís como ministro secretario general del Movimiento, también abandonaran el gobierno. Para asegurarse de que así fuera, el 16 de octubre de 1969 leyó a Franco un informe acusando a Solís de intentar establecer una base independiente de poder en los Sindicatos, y a Fraga de hacer el caso Matesa objeto de una «politización escandalosa». Lo que había aquí era una denuncia reaccionaria de la Ley de Prensa por permitir los ataques «a la forma de ser española y a la moralidad pública». El delito de Fraga, a ojos de Carrero Blanco, era haber permitido que la prensa reflejara la realidad de España en la década de 1960: alegó que la prensa era tan negativa que los lectores podían recibir la impresión de que España era un país «políticamente inmovilista, económicamente monopolista y socialmente injusto. La Prensa explota en buena parte la pornografía como instrumento comercial. En la vertiente de la literatura, el teatro y el cine, la situación es igualmente grave en el orden político y en el moral. Las librerías están plagadas de propaganda comunista y atea; los teatros representan obras que impiden la asistencia de las familias decentes, los cines están plagados de pornografía. En aras de un turismo de alpargata, se protege en los clubs *play-voy* [sic] el *streaptesse* [sic]». Esta clase de bobadas surrealistas llegaban directamente al corazón del Caudillo. El informe también repetía con más detalles la anterior condena de Carrero a las políticas erróneas de Castiella con Estados Unidos, el tema de Gibraltar y el Vaticano.⁹

La menguante energía de Franco y su acrítica aceptación del informe de Carrero se reflejaron en los cambios de gobierno llevados a cabo el 29 de octubre de 1969, que en modo alguno tuvieron un efecto equilibrador: el gabinete fue de nuevo más de Carrero Blanco que del Caudillo. La lista de Carrero fue en buena medida confeccionada por López Rodó y Silva Muñoz.¹⁰ El Caudillo sugirió a Carrero Blanco que ya era hora de que asumiera el cargo de jefe del Gobierno, pero el vicepresidente se negó pues se creía incapaz de controlar a los ministros.¹¹ Castiella fue destituido tras doce años en el cargo. Al dinámico Gregorio López Bravo, hacia quien Franco había desarrollado un

afecto paternal, se le dio a escoger ministerio. Para disgusto de Silva Muñoz, que había codiciado el puesto para sí, eligió el Ministerio de Asuntos Exteriores.¹²

El nuevo ministro secretario general del Movimiento, el menudo, pulcro y sinuosamente inteligente Torcuato Fernández Miranda, era próximo a Juan Carlos y cabía esperar que continuara la labor de «desfalangización» del Movimiento. Tanto el nuevo ministro de Industria, José María López de Letona, como el de Economía, Alberto Monreal Luque, eran protegidos de López Rodó y provenían de la Comisaría del Plan de Desarrollo. También pertenecían al círculo de los tecnócratas los ministros de Comercio, Enrique Fontana Codina; de Vivienda, Vicente Mortes Alfonso, y de Agricultura, Tomás Allende y García Baxter. Finalmente se permitió a Camilo Alonso Vega que se retirara y fue sustituido por un abogado militar, Tomás Garicano Goñi, también a instancias de López Rodó.

Dado que todos sus miembros pertenecían a dos grupos de presión católico conservadores —el Opus Dei y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas— y que todos eran partidarios de Juan Carlos, el nuevo gabinete fue conocido como el «gobierno monocolor». Incluso el ministro del Ejército, el general Juan Castañón de Mena, amigo tanto del Caudillo como del príncipe, era también simpatizante del Opus Dei y partidario de los planes de Carrero Blanco de una Monarquía franquista modificada.¹³ Franco entregó el Ministerio de Información* a Alfredo Sánchez Bella, embajador en Roma, católico y profundamente conservador, como recompensa por una serie de asiduos informes sobre las relaciones de Castiella con el Vaticano.¹⁴ El carácter monocromático del gabinete de Carrero Blanco reflejaba su simplicidad política. No tuvo inconveniente en trabajar con un equipo de tecnócratas suministrados por López Rodó. Pero en cuanto este gabinete tropezó con problemas, sus instintos esencialmente reaccionarios volverían a entrar en juego.

Resulta irónico que justo cuando Franco pensaba que el futuro estaba resuelto, sus sueños se vieran destrozados por las pataletas de los falangistas. Las peleas intestinas sobre el asunto Matesa iban mucho más allá del problema inmediato. En parte, era una competencia por las prebendas del poder. Pero indicaba también una creciente inquietud por la agitación obrera, estudiantil y nacionalista. Los partidarios de Franco comenzaban a separarse en facciones que ya no reflejaban la tradicional división entre falangistas, monárquicos, católicos y demás, sino más bien percepciones diferentes y caleidoscópicamente cambiantes sobre cómo sobrevivir a la inminente desaparición de Franco. Los tecnócratas abrigaban la esperanza de que la prosperidad y la administración eficiente permitieran una transición indolora a una Monarquía franquista bajo el reinado de Juan Carlos. Otros, como Fraga y Solís, consideraban que el grado de oposición requería una reforma del sistema político. Otros llegaron incluso a creer que había sido la modernización la que, como el aprendiz de brujo, había abierto las compuertas a la oposición y querían el regreso al franquismo duro. A pesar de haber favorecido el dominio de los tecnócratas, cuando Franco y Carrero se enfrentaron a la crisis de principios de la década de 1970 también regresaron instintivamente a la mentalidad de cerco de los años 1940.

La indignación de Franco ante el comportamiento de figuras clave del Movimiento explica su aceptación de un gobierno formado exclusivamente por tecnócratas. El 28 de octubre de 1969, un lloroso Solís se había precipitado a El Pardo para intentar persuadir al Caudillo de que rectificara los cambios del gobierno. Incluso rogó a Juan Carlos que interviniera ante Franco con el fin de detener lo que él llamó «un golpe de Estado». Fraga lloró al traspasar su cargo a Sánchez Bella y hubo comentarios furiosos cuando Fernández Miranda apareció con camisa blanca en la ceremonia de relevo del cargo con Solís. Al desdeñar la camisa azul falangista, estaba declarando que el Movimiento era más grande que la Falange.¹⁵

El que Franco aprobara la creación de un gobierno que excluía a las demás facciones del régimen era sintomático de su pérdida de noción de la realidad política y social de España. Sin comprender que los instrumentos políticos de su dictadura no servían para hacer frente a una España totalmente diferente, Franco creyó que su gobierno sería capaz de resolver los graves problemas que ya estaban sobre el tapete. La estrategia de López Rodó de eficacia administrativa despolitizada y prosperidad económica estaba ya operando, pero se enfrentaba con una oposición insuperable, tanto dentro como fuera del régimen. Inevitablemente, y pronto, la incapacidad del equipo monocolor para solucionar la agitación de la sociedad española cedería paso, con la aprobación de Franco, al regreso de la brutalidad represiva del período de posguerra.

En diciembre de 1969, en una cena a la que asistieron Fraga, Nieto Antúnez, Solís y el ex ministro de Agricultura, Adolfo Díaz Ambrona, se acuñó un comentario irónico sobre el limitado papel de Franco en la crisis que hizo fortuna: «Con Franco esto no pasaba». Al cabo de un mes, un Franco lacrimoso le insinuó a Fraga que la reestructuración del gabinete se había hecho contra su voluntad.¹⁶ Sin embargo, en su mensaje de fin de año del 30 de diciembre de 1969 había afirmado confiadamente, utilizando una frase náutica que se convertiría en el latiguillo de sus años de ocaso, que «todo ha quedado atado y bien atado». Acabó con la promesa de que «mientras Dios me dé vida, estaré con vosotros, trabajando por la patria».¹⁷

De hecho, no todo estaba tan bien atado. La oposición abierta de las universidades, de las fábricas y de los nacionalismos periféricos, continuaba intensificándose. Veinte mil mineros estaban en huelga en Asturias. A medida que avanzaba el año, hubo importantes conflictos laborales en los astilleros, las industrias de la construcción de Granada y Madrid y el metro de la capital, todos los cuales tuvieron por respuesta la violencia policial. Dado que los huelguistas tenían muchas veces el apoyo del clero, grupos terroristas parapoliciales comenzaron a llevar a cabo la labor de represión que el gobierno no deseaba que se le viera realizar. Dichas bandas, que operaban bajo el nombre de Guerrilleros de Cristo Rey, estaban formadas tanto por matones a sueldo como por jóvenes militantes falangistas, y estaban organizadas por el servicio de inteligencia más o menos privado de Carrero Blanco, el Servicio de Documentación de la Presidencia del

Gobierno.¹⁸ Los Guerrilleros estaban relacionados con la asociación política neonazi Fuerza Nueva, dirigida por Blas Piñar, miembro del Consejo Nacional y amigo de Carrero Blanco. El gabinete condescendía con esta violencia porque la existencia de una extrema derecha desaforada permitía al gobierno presentarse como una especie de centro.¹⁹

Los franquistas más aperturistas, como Fraga, empezaron a trabajar en pro de la reforma dentro del sistema. Los leales al régimen estaban divididos entre los grises tecnócratas, conocidos como «continuistas», y los «ultras» intransigentes o «inmovilistas», cuya voluntad de luchar contra el progreso hasta el fin provocó que se les aplicara el término hitleriano de «el búnker». El «búnker» contaba con las simpatías de los falangistas duros de la vieja guardia, las jóvenes promesas que componían las bandas terroristas y muchos oficiales de extrema derecha de las fuerzas armadas, con los generales azules a la cabeza.

A finales de la década, el «búnker» organizó un asalto doble en El Pardo contra la proyectada Monarquía franquista de Juan Carlos. Primero, a través de los simpatizantes que tenía en el círculo familiar de Franco, con una campaña de murmuraciones contra el Opus Dei y el gobierno. Después, presionando a favor de la causa de don Alfonso de Borbón-Dampierre, prometido de la nieta mayor de Franco, María del Carmen Martínez Bordiú, la favorita de doña Carmen. Recurriendo a la frase de la Ley de Sucesión sobre «el príncipe con más derechos», el «búnker» señalaba hacia el entusiasta franquismo de Alfonso de Borbón-Dampierre y su amistad con Cristóbal Martínez-Bordiú.²⁰

Es improbable que el propio Franco pensara demasiado en la posibilidad de establecer una dinastía real. Sin embargo, la causa de Alfonso, el «príncipe azul», contaba con el favor de la extrema derecha y especialmente de la esposa y el yerno de Franco. Los ultras de los niveles más altos de la Secretaría General del Movimiento ejercieron presión sobre los gobernadores provinciales para que restaran importancia a las visitas de Juan Carlos e hincharan las de Alfonso de Borbón. En términos generales, la cuestión dinástica se convirtió en foco de las intrigas que ocupaban y dividían cada vez más a las «familias» franquistas. Situando a Juan Carlos a su lado en el desfile anual de la Victoria, Franco hacía un gesto de cara a los monárquicos; por lo demás, con el fin de no perder el apoyo de los falangistas que favorecían a Alfonso, se mantuvo deliberadamente distante.²¹

La decadencia de Franco se percibía claramente en que cada vez se mantenía más apartado de las tareas políticas. El 2 de junio de 1969, había alarmado a Silva Muñoz, ministro de Obras Públicas, en un viaje de Madrid a Córdoba para inaugurar unos nuevos proyectos. Durante el largo recorrido en coche, Franco cayó aparentemente inconsciente sobre el hombro de Silva. Aunque no era más que el efecto de los medicamentos que tomaba el Caudillo (probablemente dopamina), Silva temió que el fin fuera inminente.²² Cuando se hallaba en El Pardo, su rutina diaria seguía siendo levantarse a las ocho de la mañana y someterse a una sesión de masaje y fisioterapia con el doctor Vicente Gil. Luego desayunaba con la familia y ojeaba superficialmente el periódico. Hasta casi los setenta años había jugado unas cuantas partidas de tenis, frecuentemente con Vicente Gil, o paseaba a caballo por los bosques cercanos al palacio. Pero este tipo de actividad ya no era factible. Los viernes continuaban celebrándose las reuniones, ya fuera del Consejo de Ministros o de la comisión delegada. A finales de la década de 1960 éstas fueron drásticamente reducidas a sesiones matinales exclusivamente y sólo cada quince días. Ya no comenzaba las reuniones con largos repasos de los acontecimientos nacionales e internacionales, y raramente rompía su silencio a lo largo de las sesiones.²³

Los jueves concedía audiencias militares y los miércoles audiencias civiles. Recibía de pie a los visitantes. Una vez sentado con la luz a sus espaldas, a aquéllos les resultaba difícil saber hacia dónde estaba mirando. Utilizaba un truco para juzgar la importancia de lo que tenían que decirle: interrumpía con una pregunta clara pero irrelevante. Si su interlocutor se dejaba desviar por la pregunta y no volvía al tema que supuestamente le había llevado allí, Franco concluía que no había sido más que un pretexto para conseguir audiencia y halagar su propia vanidad.²⁴ En los días de audiencia almorzaba muy tarde, muchas veces incluso a las cinco o las seis de la tarde. En días normales almorzaba a las dos en punto. Los domingos, si no estaba en una de sus aún frecuentes cacerías, comenzaba el día con una misa y luego se marchaba a pescar a La Granja o a cazar en los cotos de El Pardo.

Franco era considerado por su familia como «un gran hambrón», en palabras de su nieto Francisco. Durante esos últimos años, siempre que su peso sobrepasaba los 90 kilos, Vicente Gil le hacía seguir un estricto régimen y le regañaba constantemente. Franco reaccionaba llamándole «gruñón» y comiendo tentempiés a escondidas.^{*} Después de almorzar daba un paseo, pintaba, jugaba una partida de golf o se marchaba a inspeccionar su granja de Valdefuentes. A veces regresaba luego a su despacho, donde permanecía tres o cuatro horas. Al caer la tarde, miraba la televisión o jugaba a las cartas (mus o tresillo) con sus amigos militares. Tras una cena ligera, rezaba el rosario con doña Carmen y luego se quedaba dormido leyendo, habitualmente biografías de grandes hombres o revistas.²⁵

Hacía tiempo que Franco dedicaba a sus actividades deportivas la tenaz determinación que había caracterizado sus triunfos políticos. La prensa seguía utilizando sus hazañas de caza y pesca como señal de su inagotable vitalidad, pero el temblor de sus manos tendría que haber afectado a su puntería y la tendencia a dormirse disminuiría su concentración durante las largas excursiones marinas. Fueran cuales fuesen sus proezas, continuaba siendo un cazador y un pescador asiduo. Ciertamente pasaba más tiempo pescando, especialmente durante Semana Santa en los ríos asturianos del Narcea, Sella y Cares, donde utilizaba La Pinilla o el hotel Pelayo de Covadonga como base de operaciones. En el verano de 1971, cuando estaba pescando en Puente deume, entre La Coruña y El Ferrol, se dijo que había pescado 196 reos, un pequeño salmón de río. Era capaz de pescar con el tiempo más inclemente, y si alguien de su séquito se quejaba, se limitaba a decir: «Bueno, yo no tengo frío». También seguía saliendo en largas expediciones de caza y se le fotografiaba jugando al golf durante el verano en el club La Zapateira de La Coruña, permaneciendo, al parecer, en el campo durante largas horas sin tomarse un descanso independientemente del

tiempo que hiciera.²⁶

Semejante dedicación a los placeres sugiere que el Caudillo era del todo ajeno al hecho de que, dentro del régimen, se tomaban posiciones para el momento posterior a su fallecimiento. Dentro del Movimiento aparecieron varios grupos que iban desde la extrema derecha fascista de Blas Piñar, Fuerza Nueva, hasta aperturistas progresistas como Fraga. En julio de 1970, una llorosa doña Carmen rogó a *Pedrolo* Nieto Antúñez que hablara con Franco sobre el giro de los acontecimientos. Nieto le dijo a Fraga que había encontrado a Franco más solitario y preocupado que nunca. Castiella siempre se refería a él como «el cansado». ²⁷ Sus partidarios estaban profundamente preocupados por la intensificada agitación en las universidades y el movimiento obrero, y todavía más por ETA, cuyas actividades terroristas en los últimos años de la década de 1960 habían destrozado el mito de la invulnerabilidad del régimen. Los militares extremistas, los llamados generales azules, convencieron a Franco de que respondiera con un juicio ejemplar contra dieciséis prisioneros vascos, entre ellos dos sacerdotes. El hecho de que pudieran imponer su parecer, intolerante y vengativo, era síntoma de la decadencia del régimen, del mermado discernimiento de Franco y de la falta de sensibilidad política de Carrero Blanco.

Las repercusiones surgieron antes incluso de que comenzara el juicio y afectaron directamente a Franco. El 18 de septiembre de 1970, cuando el Caudillo estaba presidiendo el campeonato mundial de pelota en el frontón de San Sebastián, Joseba Elósegui, miembro del Partido Nacionalista Vasco, se prendió fuego y saltó desde lo alto del muro del frontón delante de Franco, gritando: «*Gora Euzkadi askatuta*» («Viva Euzkadi libre»). ²⁸ Se lo llevaron con graves quemaduras mientras Franco seguía mirando el partido sin inmutarse. Elósegui había estado al mando de la única unidad militar que estaba en Guernica cuando fue bombardeada el 26 de abril de 1937. De aquella forma atrajo la atención internacional hacia la causa vasca y la continua persecución de que era objeto por la dictadura de Franco. El 28 de agosto escribió en su diario: «No pretendo eliminar a Franco. Sólo quiero que sienta a poder ser en su propia carne aquel fuego que destruyó Guernika». ²⁹ El incidente de Elósegui minó seriamente los esfuerzos del nuevo ministro de Asuntos Exteriores, el incansable viajero López Bravo, para modernizar la imagen del régimen.

Uno de los problemas que heredó López Bravo fue el daño causado a las relaciones con Estados Unidos por el infructuoso intento de Castiella de coaccionar a Washington en el asunto de la renovación de los acuerdos de las bases. Todavía no había resolución sobre la oferta que había presentado finalmente Castiella de ampliar el acuerdo por un año a cambio de cincuenta millones de dólares en ayuda militar y veinticinco en créditos para la adquisición de armamento. A finales de septiembre de 1970, Richard Nixon aterrizó en Madrid durante el regreso de su visita a otro anciano autócrata, el mariscal Tito. Le acompañaba Henry Kissinger, jefe del Consejo Nacional de Seguridad, quien encontró que la España de Franco estaba «como en suspenso, esperando que una vida tocara a su fin para poder unirse otra vez a la historia de Europa». Estados Unidos seguía interesado en España desde el punto de vista estratégico y deseaba que hubiera una evolución moderada tras la muerte de Franco. La política estadounidense era mantener buenas relaciones con el régimen del Caudillo mientras ampliaba sus contactos con la oposición moderada. Estados Unidos también presionó discretamente para persuadirle de que entregara el poder a Juan Carlos antes de que la incapacidad le privara de todo control sobre la transición. Afortunadamente para Franco, con Oriente Medio en caos y otras bases estadounidenses del Mediterráneo en peligro, Washington consideraba la permanencia de las bases en España como la principal prioridad de su política española.

En términos personales, Nixon anhelaba que la multitud que lo recibiera igualara y a ser posible excediera la que había saludado la llegada de Eisenhower once años antes. La recepción popular fue calurosa cuando Franco y Nixon llegaron en coche a Madrid procedentes de Barajas, flanqueados por lanceros a caballo. Franco halagó con habilidad a Nixon explicándole que la prensa no aceptaba fácilmente que una cifra fuera verosímil cuando la multitud sobrepasaba varios cientos de miles de personas. Cuando Nixon y Kissinger se reunieron con Franco para lo que debían ser unas «conversaciones sustantivas», sabían que cualquier alusión a la transición tras su desaparición sería desastrosa. No obstante, los desconcertó comprobar que el dictador de setenta y ocho años estaba agotado por el desfile en automóvil y se quedaba dormido incluso cuando el presidente empezó a hablar. Pronto el Caudillo y Kissinger dormitaban ligeramente mientras Nixon hablaba con López Bravo.³⁰

Entre el encuentro con Nixon de septiembre de 1970 y los juicios de Burgos dos meses después, Franco había retrocedido treinta años. Los juicios comenzaron el mes de diciembre en Burgos, cuartel general de la región militar a la que pertenecía el País Vasco. Antes incluso de que comenzaran los procesos, Nicolás Franco había escrito a su hermano el 6 de diciembre sobre las sentencias de muerte que pedían los fiscales: «Querido Paco, no firmes esas sentencias. No te conviene. Te lo digo porque te quiero. Tú eres un buen cristiano, después te arrepentirás. Ya estamos viejos. Escucha mi consejo, ya sabes lo mucho que te quiero». ³¹ Tras los violentos enfrentamientos entre policía y manifestantes en Madrid, Barcelona, Bilbao, Oviedo, Sevilla y Pamplona, en la mañana del 14 de diciembre cuatro capitanes generales visitaron a Franco para decirle que el Ejército quería un gobierno más enérgico. ^{*} El Caudillo convocó aquella misma tarde una reunión de emergencia del gabinete en la que el ministro de la Gobernación, general Garicano Goñi, y los tres ministros militares, solicitaron medidas de excepción. Franco estuvo de acuerdo.³²

En la mañana del 17 de diciembre, la prensa y la radio convocaron a una concentración en la plaza de Oriente de Madrid. Desde las dos Castillas se trajeron autobuses llenos de trabajadores del campo. Una enorme multitud se reunió ante el palacio de Oriente aclamando a Franco. *Pedrolo*, Pacón y Vicente Gil, entre otros, llamaron a El Pardo e instaron al Caudillo a que acudiera. El que Franco pudiera ser manipulado por los elementos ultras que deseaban la vuelta del régimen a sus orígenes duros revelaba que la energía de Franco iba

debilitándose. Dado que no tenía previsto asistir, Franco, desconcertado y vestido de civil, partió inmediatamente hacia Madrid acompañado por doña Carmen. Mientras doña Carmen hacía el saludo fascista, él recibía los gritos de la multitud levantando ambos brazos. Muchas de las pancartas atacaban la «debilidad» del gabinete monocolor. El doctor Gil, médico personal de Franco obsesivamente entregado a él, ultra y apasionado del boxeo, amonestó violentamente al ministro de Información, Alfredo Sánchez Bella, por no hacer el saludo fascista. Aquello provocó tan sólo una suave reprimenda por parte del Caudillo.³³

Los juicios concluyeron con tres de los militantes de ETA declarados culpables y condenados a dos penas de muerte cada uno. En la tarde anterior a la reunión del gabinete del 30 de diciembre de 1970, en la que iban a revisarse las sentencias, López Bravo visitó a Franco e intentó hacerle ver la repercusión negativa que tendría sobre la imagen internacional de España que dichas sentencias fueran confirmadas. El Caudillo lo escuchó durante una hora y después dijo: «López Bravo, no me ha convencido usted». López Rodó y Carrero Blanco estaban de acuerdo en que sería políticamente desastroso para Franco aprobar las sentencias. Al día siguiente en la reunión, López Bravo habló en primer lugar y extensamente en favor de la conmutación de las penas. Después intervinieron otros ministros, no todos favorables al perdón. Franco había llegado a la reunión convencido de que las sentencias debían confirmarse, pero finalmente se dejó persuadir. Tras escuchar a los ministros no dijo nada y sólo después de la reunión del Consejo del Reino, * que también recomendó clemencia, anunció su decisión de conmutar las penas de muerte por años de cárcel.³⁴

En su mensaje de fin de año transmitido por televisión el 30 de diciembre de 1970, Franco explicó las protestas internacionales contra los juicios de Burgos en los términos de siempre: «La paz y el orden de que hemos disfrutado durante más de treinta años han despertado el odio de las potencias que siempre han sido el enemigo de la prosperidad de nuestro pueblo». El perdón concedido era para él señal de la fortaleza del régimen. Terminó con una declaración confiada: «La firmeza y la fortaleza de mi ánimo no os faltarán mientras Dios me dé vida para seguir rigiendo los destinos de nuestra Patria».³⁵

Los juicios de Burgos fueron desastrosos para el régimen porque alteraron radicalmente el equilibrio de fuerzas en España. La torpeza del régimen unió a las fuerzas de oposición como nunca antes, la Iglesia se mostraba profundamente crítica y los franquistas más aperturistas comenzaban a abandonar lo que veían como un barco que se estaba hundiendo. Bajo estas presiones, Franco y Carrero Blanco se inclinaron hacia la causa inmovilista, un mal augurio para los tecnócratas. La conmutación de las penas quizá fuera una manifestación de fuerza, pero haber celebrado los juicios era un síntoma de la pérdida de control de Franco.

A principios de enero de 1971, la agencia estatal de noticias EFE anunció que Franco, algunos de sus ministros y miembros de su familia habían tomado parte en una cacería de fin de semana en Ciudad Real, durante el cual se habían cobrado casi 3.000 perdices.³⁶ Este acontecimiento, después de los juicios de Burgos, estuvo casi con seguridad montado para dar impresión de serenidad y optimismo ante el reprobo internacional. En esta como en otras cacerías, así como en El Pardo, Franco no dejaba de oír las habituales críticas contra los tecnócratas de la camarilla familiar.³⁷ El interés de Franco por la caza no había disminuido junto con su fortaleza física. En realidad, la persistente publicidad dada a sus excursiones hace difícil identificar los hitos que jalonaron el deterioro de su salud. No obstante, a principios de la década de 1970, los síntomas de la enfermedad de Parkinson, manos temblorosas, movimientos rígidos, expresión vacía, estaban haciéndose inconfundibles. En febrero de 1971, el general Vernon A. Walters, segundo jefe de la CIA, visitó Madrid en nombre del presidente Nixon. Su delicada misión era preguntar al Caudillo qué ocurriría en España tras su muerte. Antes de la entrevista Carrero Blanco le advirtió de que «Franco estaba bastante mayor y a veces parecía débil». Cuando Walters le ofreció al Caudillo una carta del presidente Nixon, «su mano comenzó a temblar violentamente y con un gesto indicó que la recogiera el ministro de Asuntos Exteriores». Como dudaba cómo sacar el tema de su muerte, Walters se sorprendió cuando el propio Franco mencionó la cuestión. Más asombro le produjo el modo calmado y sin emoción en que contemplaba su propia desaparición. Franco le aseguró a Walters que la sucesión de Juan Carlos tendría lugar sin conflictos y que «el Ejército nunca permitiría que las cosas se escaparan de las manos». También «expresó su confianza en la habilidad del Príncipe para manejar la situación tras su muerte. Dijo que había creado una serie de instituciones para asegurar una sucesión ordenada. Sonrió y dijo que mucha gente dudaba que dichas instituciones funcionaran. Se equivocaban, la transición sería pacífica».

Walters se sorprendió de oír hablar al Caudillo con tanta franqueza sobre su propia muerte pero regresó convencido de que no tardaría mucho en llegar. El norteamericano encontró a Franco «viejo y débil. Su mano izquierda temblaba a veces tan violentamente que se la cubría con la otra. A ratos parecía muy distante y en otros momentos iba directamente al grano».³⁸

En la última semana de 1971, los príncipes visitaron Washington. El príncipe dio algunas entrevistas de prensa sobre el futuro que inclinaron a los mandatarios norteamericanos a darle su apoyo. Entre otras, se citaron estas palabras: «Yo creo que el pueblo quiere más libertad. Todo es cuestión de saber a qué velocidad». Al regresar a España, Juan Carlos, suponiendo que Franco estaría furioso, se apresuró a ir a El Pardo. La certeza de Franco de que Juan Carlos compartía su pensamiento se puso de manifiesto por su inesperada reacción. Para sorpresa del príncipe, Franco habló en términos que recordaban su doble juego con las potencias occidentales durante los años de aislamiento internacional: «Hay cosas que usted puede y debe decir fuera de España, y cosas que no debe decir dentro de España».³⁹

En la medida en que Franco vivía todavía en el mundo político de su propio régimen, se vio cada vez más atrapado en el estrecho espacio entre los grises tecnócratas y la ultraderecha del «búnker», la cual, con creciente frecuencia, denunciaba abiertamente la «debilidad» de los tecnócratas. El aislamiento de Franco quedó simbolizado por la declaración de la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes del 13 de septiembre de 1971. Presidida por el primado, cardenal Vicente Enrique y Tarancón, la asamblea rechazó la triunfalista división que Franco

hacia de España en vencedores y vencidos. La declaración pedía perdón a los españoles porque el clero no hubiera sabido ser «auténticos ministros de la reconciliación».⁴⁰ Difícilmente puede extrañar que Franco se sintiera sitiado. Su reacción fue volver nostálgicamente sobre los triunfos de 1930 y 1940. Se hizo más sensible a las murmuraciones de la camarilla de El Pardo y de los falangistas duros, entre los cuales Girón tenía fácil acceso al Caudillo.

Las dos influencias dominantes en el Caudillo, la tecnócrata y el «búnker», estuvieron muy activas el 1 de octubre de 1971. Ese día, trigésimo quinto aniversario de su ascenso al poder, Franco anunció una amnistía que incluía a la mayoría de los encausados por el asunto Matesa, diciendo: «Si, por razones políticas, he tenido que indultar a los asesinos de ETA, ¿por qué no hacerlo con buenos colaboradores que simplemente se han equivocado o pecado de negligencia?».⁴¹ También se dirigió a una multitud de sus fieles desde el balcón del palacio de Oriente. El acto había sido preparado con bastante antelación mediante grandes pancartas que instaban al pueblo a asistir al «homenaje a los 35 años de Franco... esta vez porque sí», o «un día por toda una vida». Apareció rodeado de un gobierno que había perdido el rumbo pero, con los fanáticos de camisa azul venidos de toda España y coreando «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!», fue como en los viejos tiempos. Miles de soldados asistieron vestidos de paisano. Se rumoreaba que el Movimiento había repartido sotanas entre los falangistas para que pareciese que muchos sacerdotes apoyaban al Caudillo en contra del Vaticano. Ignorando que era el Movimiento el que había fabricado la manifestación, Franco se sintió profundamente conmovido y su alegría se percibió en un discurso en que los viejos tópicos se mezclaron con la convicción de que el futuro estaba asegurado. Aquella frenética recepción le revitalizó y reafirmó su decisión de permanecer en el poder. El periódico *Arriba* comentó sin ironía aparente: «Los vivos, y también los muertos, gritan y saludan con nosotros».⁴²

Con ocasión de la apertura de las Cortes el 19 de noviembre de 1971, Franco hizo referencia a la manifestación de apoyo de la Plaza de Oriente: interpretó la «clamorosa confirmación del pueblo» como un refrendo absoluto a sus treinta y cinco años en el poder. El tono complaciente de su discurso sugería que no había empezado a preguntarse por qué su régimen necesitaba bandas terroristas de ultraderecha para contener la creciente marea de agitación obrera y oposición clerical.⁴³ Aunque admitía la posibilidad del «contraste de pareceres» mediante unas asociaciones y «hermandades» mantenidas estrictamente dentro del Movimiento, cerraba firmemente la puerta a cualquier cosa que pudiera generar partidos políticos. Para explicar las recientes huelgas de la fábrica de automóviles SEAT recurrió al invariable cerco internacional.⁴⁴

El hedor a decadencia de la corte de Franco se intensificó en 1972. Su hermano Nicolás se vio implicado en uno de los mayores escándalos financieros de la dictadura, el llamado asunto del «aceite de Redondela». Se descubrió que habían desaparecido cuatro millones de kilos de aceite de oliva almacenados como reserva estatal en tanques pertenecientes a la firma REACE (Refinerías del Noroeste de Aceites y Grasas, S.A.). La compañía, sin prever que dichas reservas pudieran ser solicitadas, había estado especulando con el aceite. Nicolás Franco era uno de los principales accionistas de la empresa. En el curso de las investigaciones judiciales del asunto, seis personas murieron de forma violenta. Se dispuso una importante operación de encubrimiento para silenciar las relaciones de Nicolás Franco con los acusados del fraude. El Caudillo se mostró profundamente preocupado por el asunto, primero con un malhumor poco característico en él y luego hundiéndose en un depresivo silencio.⁴⁵

La decadencia se manifestó de otra forma cuando el 18 de marzo de 1972 su nieta mayor, María del Carmen Martínez Bordiú y Franco se casó con Alfonso de Borbón-Dampierre, primogénito de don Jaime y primo carnal de Juan Carlos. La vinculación con un descendiente directo de Alfonso XIII encendió la ambición del marqués de Villaverde y de doña Carmen, que enviaron invitaciones de boda con el nombre de «Su Alteza Real el Príncipe Alfonso», título al que no tenía ningún derecho. La boda fue aún más espectacularmente suntuosa que la de los padres de la novia en 1952. Dos mil invitados se dieron cita en El Pardo y vieron a Cristóbal Martínez Bordiú exhibir una vez más su gusto por los uniformes románticos. Imelda Marcos, amiga de los padres de la novia, fue una de las pocas invitadas extranjeras que quiso asistir. A petición de su familia, el Caudillo ocupó el lugar de padrino de boda para realzar la ocasión. Ofreció una imagen patética, con ojos llorosos, la boca abierta y manos temblorosas. Una vez que los novios volvieron de su luna de miel, doña Carmen insistió en que su nieta fuera tratada como una princesa, con reverencias cuando entrara en una habitación y dando instrucciones a sirvientes e invitados para que la trataran de «Alteza».^{*46}

Con el apoyo de la camarilla de El Pardo, Alfonso había intentado que Franco le diera un título equiparable al de Juan Carlos. La idea era ser príncipe de Borbón y tener derecho a ser tratado de Alteza Real. Don Juan de Borbón, como jefe de la familia real, se opuso a ello y sólo accedió a que se le diera a Alfonso el título de duque de Cádiz. A la camarilla de El Pardo le resultó fácil convencer a Franco de que las objeciones de don Juan estaban dirigidas contra su familia; al ministro de Justicia, Oriol, le comentó: «Don Alfonso tenía el título de príncipe y ahora, porque se casa con mi nieta, se lo quieren quitar». Al final, Franco aceptó los informes legales preparados por el Ministerio de Justicia sobre este asunto. Como era inevitable, las relaciones entre la familia Villaverde y Estoril se agriaron de una forma que tuvo repercusiones negativas en la actitud de Franco hacia Juan Carlos. En aquel momento, lo que movía a Franco era simplemente el deseo de ver a su nieta convertida en princesa. Pero la presencia de Alfonso de Borbón-Dampierre en El Pardo desbordó las ambiciones del clan Villaverde, de la misma forma en que sus opiniones ultraderechistas reforzaron la influencia reaccionaria de la camarilla.⁴⁷

Las interminables horas de trabajo de Franco cuando no estaba de vacaciones, cazando o pescando, habían dejado paso a horas ante el televisor. El Caudillo necesitaba largas siestas. En los Consejos de Ministros y en las audiencias importantes no decía prácticamente nada y frecuentemente se quedaba dormido. Cuando estaba en las habitaciones familiares de El Pardo se mostraba taciturno y no

manifestaba interés por nada que no fuera la televisión. Vicente Gil se lo encontró un día totalmente ausente, leyendo en voz alta la etiqueta de un frasco de loción para después del afeitado. Cuando estaba despierto en las audiencias, era evidente que las manos le temblaban de forma incontrolable y que su vista se deterioraba. Para el Desfile de la Victoria de 1972, celebrado el 20 de mayo, se instaló un alto taburete escondido para que pudiera permanecer sentado. Su propia salud le preocupaba menos que la de su esposa y le dijo a Juan Carlos que a doña Carmen le habían diagnosticado una enfermedad cardíaca incurable.

El Caudillo por su parte padecía infecciones de hongos en la boca y dolores en una pierna que le impidieron ir a su cacería de todos los años en el sur, en el otoño de 1972. Poco después, la recepción anual del 1 de octubre fue acortada porque era incapaz de mantenerse en pie durante largos períodos. La medicación que tomaba para la enfermedad de Parkinson le volvía cada vez más indeciso. Vicente Gil quería que redujera las cacerías, especialmente las que se hacían en terrenos abruptos. Pero era imposible resistir la presión política para que aceptara las invitaciones.⁴⁸

Por entonces, las reuniones familiares que excedían al propio Franco, doña Carmen y los Villaverde adoptaron un aire protocolario y resultaban incómodas en ocasiones. Incluso dentro de los círculos familiares más íntimos, los temas delicados, los errores políticos o la corrupción de los subordinados inmediatos de Franco eran tabú y, si surgían, tachados con irritación de invenciones. Siempre que la locuaz hermana de Franco mencionaba casos de corrupción, era reprendida por prestar oídos a los rumores. La conversación sólo se animaba cuando trataba de «traidores» o de «ingratos» que por lo general significaba los tecnócratas.⁴⁹ La camarilla familiar, cada vez más hostil hacia la opción Carrero Blanco-López Rodó-Juan Carlos, presionaba al Caudillo «para que aclarara las cosas». Muy preocupada, doña Carmen se quejó a Vicente Gil de que sus amigos le preguntaban constantemente qué sería de ellos. «Y Paco no quiere hacer nada. Todos piensan que yo tengo influencia sobre él y yo no la tengo.» A medida que la salud de Franco empeoraba, doña Carmen iba abandonando toda reserva. Consideraba al ministro del Interior, Garicano Goñi, y al de Asuntos Exteriores, López Bravo, débiles y desleales, y en febrero de 1973 le dijo a Carrero Blanco que debería hacerse algo respecto a ellos.⁵⁰

El 4 de diciembre de 1972, Franco cumplió ochenta años. Su asistente reveló que tenía las piernas hinchadas y que cada vez se hacía más difícil apartarlo del televisor para que jugara una partida de golf o simplemente saliera a tomar el aire.⁵¹ La grabación de su mensaje de fin de año tuvo que ser interrumpida varias veces para que descansara. Incluso así, cuando se emitió el 30 de diciembre de 1972, Franco apareció con aspecto decrepito y notablemente más envejecido que un año antes. Con una voz que se quebraba y frecuentemente se desvanecía hasta resultar inaudible, aseguró a los televidentes que continuaría indefinidamente en el poder: «Aquí me tendréis, con la misma firmeza de años atrás, el tiempo que Dios quiera pueda seguir sirviendo los destinos de la patria».⁵²

Semejante declaración tenía pocos visos de realidad dados los síntomas de Parkinson que ya no podían ocultarse a los visitantes.⁵³ Los temores provocados por la salud de Franco dentro de los círculos internos del régimen se vieron exacerbados por una atmósfera de tensiones sociales y políticas cada vez más acentuadas. En abril de 1973, un huelguista fue asesinado por la policía cerca de Barcelona. Carrero Blanco había perdido la confianza en los tecnócratas y secretamente estaba fomentando las actividades de las bandas ultraderechistas de Fuerza Nueva. Franco, por su parte, tenía la incómoda impresión de que el gobierno no estaba haciendo lo suficiente para combatir a ETA.⁵⁴ La creencia que reinaba en El Pardo de que la situación empezaba a desmandarse llegó a su punto culminante el 1 de mayo de 1973, cuando un policía murió apuñalado durante una manifestación del Día del Trabajo. En el funeral del oficial asesinado, policías «ultras» y excombatientes falangistas clamaron por medidas represivas. Hubo detenciones masivas de izquierdistas. Garicano Goñi, decepcionado por la falta de voluntad de reforma y alarmado ante la creciente influencia de la extrema derecha, dimitió el 2 de mayo. La camarilla de El Pardo finalmente convenció a Franco de que el gobierno había fracasado en la tarea primordial de mantener el orden público. El 3 de mayo, el Caudillo volvió a decirle a un reacio Carrero Blanco que iba a ser nombrado presidente del Consejo de Ministros y que debía comenzar a formar su gabinete.

A principios de junio de 1973 la decisión fue oficial, y se aprobó la lista del gobierno de Carrero. Éste en cierta medida contrarrestaba el predominio tecnocrático del gabinete de 1969. El favorito del Caudillo, López Bravo, fue destituido, presumiblemente para complacer a doña Carmen. López Rodó perdió su influencia en política interior y fue exiliado al Ministerio de Asuntos Exteriores, donde se le utilizó para dar cierto barniz moderado a un gabinete esencialmente reaccionario. Para vicepresidente y ministro secretario general del Movimiento, Carrero Blanco escogió a Torcuato Fernández Miranda. Dos falangistas de la línea dura asociada con Girón, José Utrera Molina en Vivienda y Francisco Ruiz-Jarabo en Justicia, así como el nuevo ministro de Educación, Julio Rodríguez, delataban la influencia de la camarilla de El Pardo.*

El hecho de que el Caudillo aceptara la lista con un solo cambio, era indicio tanto de la fe que tenía en los instintos reaccionarios de Carrero Blanco como de su creciente debilidad. Carrero había querido que Fernando de Liñán fuera nombrado ministro del Interior. Convencido por la camarilla de El Pardo de que el gobierno era demasiado blando, Franco insistió en el nombramiento del que en otra época había sido director general de Seguridad de don Camilo, Carlos Arias Navarro, un hombre duro de ley y orden que había iniciado su carrera como fiscal durante la represión de 1937 en Málaga. Era alcalde de Madrid y un favorito de doña Carmen.^{*} Carrero Blanco nombró entonces a Liñán ministro de Información, un puesto que originalmente había destinado para el hombre del futuro, Adolfo Suárez.

Aquél fue un momento descorazonador para todos los que dentro y fuera del régimen abrigaban la esperanza de que se produjeran cambios aperturistas. Con todo, el nuevo gabinete también reflejó el rechazo de Franco a las ambiciosas aspiraciones del grupo de

ultrafalangistas que rondaban en torno a El Pardo. Franco permitió además a Fernández Miranda a explorar las posibilidades de las «asociaciones políticas» para dar cauce a diferentes corrientes de opinión dentro del Movimiento, aunque siguió negándose a los partidos políticos. Le había entregado a Carrero Blanco el poder por cinco años. Carrero tenía setenta años y no contaba con el apoyo popular ni el militar. Su autoridad dependía totalmente de la supervivencia de su jefe. Los chistosos de Madrid lo llamaban «el gabinete funerario».⁵⁵

Fraga, a punto de partir hacia Londres como embajador, fue a despedirse de Franco y tuvo la abrumadora impresión de que estaba «cada vez más fuera de las posibilidades vitales que requería su gran responsabilidad».⁵⁶ De haber muerto Franco primero, resulta difícil creer que Carrero hubiera sido capaz de gobernar durante mucho tiempo después, pues le faltaban la voluntad, la autoridad y las ideas. Ya hacia finales de año el gabinete navegaba a la deriva en la tormenta de agitación obrera que tuvo lugar en Cataluña, Asturias y el País Vasco, provocada por las medidas de austeridad adoptadas para contener la inflación. Con la primera crisis energética en el horizonte y siendo España fuertemente dependiente de las importaciones de combustible, estaba condenada la estrategia de los tecnócratas de paliar el descontento político con una creciente prosperidad. La única respuesta de Carrero Blanco fue intensificar la represión.

El jueves 20 de diciembre de 1973 debía comenzar el «proceso 1001», un juicio ejemplar contra diez dirigentes de Comisiones Obreras. Iba a ser una demostración pública de la determinación del régimen de aplastar a los sindicatos clandestinos. Poco antes, a las nueve y media de la mañana, un comando de activistas de ETA asesinó a Carrero Blanco detonando una carga explosiva colocada debajo de la calle por donde pasaba su coche de regreso de su misa diaria.⁵⁷ Durante las dos horas posteriores a la primera noticia, se hizo creer a Franco que Carrero había muerto en una explosión de gas. El vicepresidente, Torcuato Fernández Miranda, telefoneó a El Pardo a mediodía e informó a Franco de que se trataba de un atentado político. Franco se resistió a creer que la explosión no hubiera sido una coincidencia. Fernández Miranda se trasladó entonces a El Pardo y fue recibido en bata por Franco, enfermo de gripe. Su primera reacción fue dar varios pasos tambaleantes murmurando una y otra vez «estas cosas ocurren». Sus únicas instrucciones fueron que el gobierno mantuviera la serenidad. No acudió a presentar sus respetos al cadáver en la capilla ardiente instalada en la Presidencia del Gobierno. Parecía completamente abrumado.⁵⁸ No pudo comer y se encerró en su despacho.⁵⁹

Las relaciones entre Franco y Carrero Blanco habían sido extraordinariamente estrechas y sin embargo, de alguna forma, muy distantes. Carrero, profundamente respetuoso, siempre había llamado a Franco «mi general» y le había tratado de usted. Hablaba de él en tercera persona, empleando «el Caudillo» o «el Generalísimo». Franco, por su parte, siempre le había llamado Carrero.⁶⁰ Pese a todo, el almirante se había convertido en su *alter ego* e incluso con su carácter frío y reservado, la pérdida caló hondo en Franco. Sus planes de retirarse de las responsabilidades políticas se hicieron pedazos. Enfermo como estaba, resultaba más vulnerable a la camarilla de El Pardo en aquel momento que seis meses antes.

Fernández Miranda asumió automáticamente el cargo de presidente del gobierno interino. Sin embargo, el director general de la Guardia Civil, Carlos Iniesta, dio a sus hombres la orden de que reprimieran enérgicamente a subversivos y manifestantes «sin restringir en lo más mínimo el uso de las armas de fuego», ordenando de forma explícita que sobrepasaran su jurisdicción rural y mantuvieran el orden en los centros urbanos. Aquello era un enorme abuso de autoridad. Prevalcieron otras mentes más serenas. Tras pedir consejo al jefe del Estado Mayor, Manuel Díez Alegría, un triunvirato formado por Fernández Miranda; el ministro del Interior, Arias Navarro, y el ministro militar más antiguo, el almirante Gabriel Pita da Veiga, actuaron para evitar un baño de sangre. Al cabo de menos de una hora, Iniesta fue obligado a retirar la orden.⁶¹

Al día siguiente de la muerte de Carrero, los ánimos estaban exaltados: el cardenal arzobispo de Madrid, Vicente Enrique y Tarancón, de tendencia liberal, fue empujado e insultado por extremistas de derechas. Franco recibió visitas breves de Gerald Ford y Marcelo Caetano. Luego presidió un Consejo de Ministros. Tras estrecharle la mano a cada uno de ellos, comenzó a hablar «del horrendo crimen que ha costado la vida a nuestro presidente», tras lo cual estalló en lágrimas mirando hacia el asiento vacío de Carrero. Rápidamente recobró la compostura y abrió la reunión. El único asunto que se trató fue el ennoblecimiento póstumo del fallecido, con el título de duque de Carrero Blanco.

A las ocho de la mañana del día siguiente, 22 de diciembre de 1973, Franco, con los ojos enrojecidos, dijo a uno de sus edecanes, el capitán de navío Antonio Urcelay, que no había podido dormir en toda la noche. Y comentó desoladamente: «Urcelay, me han cortado el último lazo que me unía al mundo». Franco asistió después a otra misa fúnebre en la iglesia de San Francisco el Grande. Durante toda la ceremonia, lloró y gimió quedamente. Al final se acercó a Carmen Pichot, esposa de Carrero Blanco, y le cogió una mano llorando profusamente. Se esperaba que apareciera en televisión, pero se decidió que sería contraproducente que lo vieran tan deprimido. Durante la misa, el descompuesto ministro de Educación de Carrero, Julio Rodríguez, le volvió ostentosamente la espalda al cardenal Tarancón e, inmediatamente después, se desplazó en coche hasta la Dirección General de Seguridad para ofrecerse a encabezar un comando para entrar en Francia con el fin de dar caza y matar a los asesinos del almirante.⁶²

Cuando pasó la primera conmoción, se hizo evidente a muchos integrantes del régimen que la muerte de Carrero reabría numerosas opciones, tanto reaccionarias como aperturistas. ETA lo había escogido a él precisamente por su papel fundamental en los planes del Caudillo para la continuidad del régimen. Franco se vio una vez más sometido a las presiones de su círculo inmediato de cortesanos. El hecho de que el resultado final fuera más obra de ellos que de él, revela la medida de su creciente decadencia física y mental. Cuando

comenzó la búsqueda de un sucesor para Carrero Blanco, las opiniones de doña Carmen y del marqués de Villaverde fueron decisivas para impedir el ascenso de Fernández Miranda debido a su conocido compromiso con la causa de Juan Carlos. Y consiguieron persuadir a Franco de que la cesión del poder a Carrero Blanco había sido un error porque había abierto el camino a Juan Carlos, que abrigaba secretos planes liberales.⁶³ Es probable que durante esta crisis la enfermedad de Parkinson estuviera tan avanzada que Franco se mantuvo algo ausente de los acontecimientos.*

La inclinación de Franco, una vez descartada la sustitución automática de Carrero por Fernández Miranda, fue nombrar a su viejo amigo, el almirante Pedro Nieto Antúnez. En teoría, no podía simplemente designar a alguien, sino que tenía que escoger al presidente del gobierno de una terna que le presentaba el Consejo del Reino. Pero no había ninguna posibilidad de que el Consejo no incluyera en la terna el nombre que él tenía intención de escoger. *Pedrolo* era una opción aparentemente segura: era un amigo personal y compañero de pesca y partidas de cartas, alto militar franquista, no tan abnegado como Carrero Blanco pero sí el sustituto más parecido que tenía a mano. El 22 de diciembre, Franco le notificó que sería el presidente y él aceptó de mala gana el nombramiento, como una orden, poniéndose inmediatamente en contacto con sus posibles colaboradores, entre ellos Fraga, a quien invitó a ser vicepresidente, y López Bravo, a quien le ofreció el ministerio de Asuntos Exteriores. Ignorante de todo esto y de que Franco lo consideraba un liberal traicionero, Fernández Miranda estaba casi convencido de que sería el nuevo presidente. Sin embargo, cuando mencionó el tema el 24 de diciembre, el Caudillo, lúcido una vez más, le preguntó brutalmente: «¿Es que me está insinuando que le incluya en la terna del Consejo del Reino?».

El 26 de diciembre, Franco preguntó formulariamente a Juan Carlos su opinión sobre el nombramiento del próximo primer ministro y el príncipe le sugirió a Fraga o Fernández Miranda, pero el Caudillo no tenía ninguna intención de tener en cuenta sus opiniones. Posteriormente, aquel mismo día, mantuvo una larga reunión con el presidente del Consejo del Reino y de las Cortes, el falangista Alejandro Rodríguez de Válcárcel, y cumplió la farsa de comentar con él una lista de veinte nombres. Entre ambos la redujeron a doce, que iban desde Arrese y Girón en la extrema derecha falangista, hasta López Rodó. En la mañana del 27 de diciembre, Franco dijo a Rodríguez de Válcárcel que durante la noche había reducido la lista a cinco nombres: Fernández Miranda, Fraga, Nieto Antúnez, Arias Navarro y Antonio Barrera de Irimo, el relativamente liberal ministro de Economía. Al caer la tarde le notificó a Rodríguez de Válcárcel que Nieto Antúnez era su elegido. Para los «ultras» del régimen y la camarilla de El Pardo, no era una noticia absolutamente buena. Nacido en 1898, *Pedrolo* era sólo seis años menor que el Caudillo y cinco mayor que Carrero Blanco, por ello no ofrecía garantías de que el problema de la sustitución no volviera a surgir en un futuro cercano. Más aún, a pesar de sus credenciales suficientemente franquistas, era probable que confiara en Fraga, por entonces ya abiertamente reformista, de la misma forma que Carrero Blanco había confiado en López Rodó. Habida cuenta de todo ello, la camarilla de El Pardo decidió impedir su nombramiento.

Consecuentemente, la noche del 27 de diciembre de 1973, Franco se vio sometido a intensas presiones para que cambiara de parecer en favor del duro Arias Navarro. Amigo de la familia Franco, especialmente de doña Carmen, Arias era uno de los asiduos a las partidas de cartas de Franco y también amigo de Vicente Gil. Conocido por su dureza en los temas de orden público, era considerado como el heredero natural de Alonso Vega, que había sido su protector.⁶⁴ Doña Carmen y el doctor Gil presionaron directamente, respaldados por el general José Ramón Gavilán, segundo de la Casa Militar de Franco, y su adjunto, el capitán Urcelay. La influencia de Girón pudo percibirse en los argumentos que le presentaron a Franco. Al parecer, doña Carmen inició la operación diciéndole a su marido: «Nos van a matar a todos como a Carrero. Hace falta un presidente duro. Tiene que ser Arias. No hay otro». Tras las presiones de aquella noche, en la mañana del 28 de diciembre Franco notificó a Rodríguez de Válcárcel que Arias Navarro sería su primer ministro añadiendo: «*Pedrolo* es casi tan viejo como yo y tiene los mismos problemas de memoria». Más tarde aquel mismo día, el Consejo del Reino «eligió» la terna que incluía debidamente a Arias, así como a José Solís y José García Hernández, un fiel y gris funcionario del Movimiento.⁶⁵

En su mensaje de fin de año del 30 de diciembre de 1973, Franco rindió tributo a Carrero Blanco un poco a la ligera. Tras restar importancia al atentado como obra de una pequeña minoría controlada por extranjeros, se mostró orgulloso del funcionamiento de las instituciones franquistas durante la crisis. Haciendo un llamamiento a la unidad, se ofreció a continuar indefinidamente en el poder. «Después de treinta y seis años al frente del Estado, aquí me tenéis con vosotros, con la misma vocación de servicio a la Patria que siempre tuve, consciente de que la autoridad no puede ser nunca un privilegio, sino un deber que exige fidelidad y sacrificio.» Las palabras «no hay mal que por bien no venga» estaban añadidas de su propio puño y letra al texto mecanografiado del mensaje. En los círculos interiores del régimen se dio por supuesto que era un reconocimiento de que Franco veía entonces el período de Carrero Blanco como un error.⁶⁶ La elección del sustituto de Carrero Blanco, realizada bajo presión, fue la última decisión política importante de Franco. A partir de entonces comenzó la transición hacia la democracia y él sería un espectador de las luchas políticas que siguieron. Según López Rodó, «Franco, sin Carrero, era otro Franco».⁶⁷

El gobierno Arias fue un curioso cajón de sastre de inmovilistas y aperturistas. El ala liberal incluía a Antonio Barrera de Irimo, considerado el representante de los elementos más dinámicos del empresariado español, y a los seguidores de Fraga, Antonio Carro (en el cargo de ministro de la Presidencia) y Pío Cabanillas (al frente del Ministerio de Información). Los miembros más reaccionarios eran dos falangistas fanáticos, supervivientes del gabinete de Carrero y partidarios de Girón: José Utrera Molina, en el cargo de ministro secretario general del Movimiento, y Francisco Ruiz Jarabo, como ministro de Justicia. José García Hernández, ministro del Interior y vicepresidente para la seguridad, había sido, igual que el propio Arias, ayudante de Alonso Vega.⁶⁸ Cuando Arias propuso a Fraga para el Ministerio de

Asuntos Exteriores, fue vetado por Franco, que quería que continuase en el cargo López Rodó. En que éste saliera y llegaran al compromiso de nombrar al diplomático Pedro Cortina Mauri, otro favorito de El Pardo.⁶⁹

Arias hubiera querido a Fernando Herrero Tejedor al frente del Movimiento, pero tal era la influencia de Girón en El Pardo que fue obligado por Franco a designar a Utrera Molina. Utrera, un falangista doctrinario, le dijo a Arias que no tenía ninguna intención de permitir que el Movimiento fuera un rebaño de ovejas políticas. En la ceremonia de investidura, estuvo rodeado por una galaxia de celebridades del «búnker»: Arrese, Fernández Cuesta, Solís y Girón, de Falange, y generales azules como Iniesta Cano y García Rebull.⁷⁰ Arias no tuvo la delicadeza de consultar con Juan Carlos su propuesta para la composición del nuevo gabinete. La camarilla de El Pardo aprobó la marginación del príncipe, pero Arias Navarro no sería lo que ellos esperaban. Los problemas estructurales del régimen obligarían al confuso Arias a avanzar mucho más que Carrero Blanco en dirección al cambio. Franco no entendía a Arias y echaba de menos la relación simbiótica que tenía con Carrero.

Los instintos de Arias eran autoritarios y represores, pero tenía la vanidad suficiente para preocuparse por su imagen pública. Los miembros más aperturistas de su equipo, especialmente Pío Cabanillas, ministro de Información, le persuadieron de que para defender las esencias franquistas era necesario al menos cambiar de imagen. Consecuentemente, el 12 de febrero de 1974 Arias se prestó a leer públicamente una declaración de intenciones aperturistas que incluía la afirmación de que la responsabilidad de la innovación política ya no podía descansar solamente sobre los hombros del Caudillo. * Arias pareció no apreciar ni la totalidad de las implicaciones de aquel discurso, ni los problemas que le crearía con el «búnker», lo que pronto se dio en llamar el «espíritu del 12 de febrero».⁷¹ Sólo gradualmente se hizo evidente que el «búnker» iba a servirse del Caudillo en un intento de bloquear cualquier iniciativa aperturista. El proceso se vio facilitado por el hecho de que Franco, a medida que envejecía y perdía facultades, se volvió muy receptivo a las acusaciones de que algunos de los ministros de Arias eran masones.

El otro ministro con el que Franco mantenía estrecho contacto, además de Arias, era Utrera, con quien pronto estableció una relación paternal. ** En enero de 1974, cuando Utrera le dijo al satisfecho Caudillo que tenía intención de emprender el rearme ideológico del Movimiento, éste le respondió: «En muchas ocasiones hemos incurrido en el error de haber bajado la guardia». Pero aseguró al ministro que había tiempo para corregir el error. En cuanto a Arias, Franco no le hacía indicación alguna de lo que quería, pero intervenía violentamente contra lo que no quería. Después del discurso de Arias, el Caudillo le pidió a Utrera que le explicase «el espíritu del 12 de febrero». Franco, profundamente alarmado por la explicación que le dio, dijo que «si el régimen permite que se ataque a su sustancial doctrina y sus servidores no aciertan a defender lo fundamental, habrá que pensar en una cobarde voluntad de suicidio».⁷²

Con un ascenso astronómico de los precios a consecuencia de la crisis energética, la agitación obrera se intensificó a principios de 1974. Arias oscilaba entre una cierta tolerancia con la oposición moderada y la dura represión de los disturbios obreros y estudiantiles. Sus posibilidades de poder adaptar las crujientes estructuras del régimen a los cambios que se operaban en la sociedad española se veían disminuidas por la intimidatoria presencia del Caudillo. Paradójicamente, la primera intervención de Franco fue para contener los instintos reaccionarios de Arias. El presidente del gobierno estaba a punto de expulsar de España al obispo de Bilbao, monseñor Antonio Añoveros. El delito de Añoveros había sido permitir la publicación de homilías en defensa de las minorías nacionales el 24 de febrero. Franco, que no deseaba arriesgarse a que excomulgaran a su presidente del gobierno, obligó a Arias a retractarse.⁷³ No obstante, se negó a conmutar las penas de muerte dictadas contra el anarquista catalán Salvador Puig Antich y contra un delincuente común, Heinz Chez. A pesar de la ruidosa protesta internacional que recordó a las motivadas por los juicios de Burgos y el proceso de Grimau, ambos fueron ejecutados mediante garrote vil el 2 de marzo de 1974.

Los instintos reaccionarios de la camarilla de El Pardo se reavivaron con la caída de la dictadura en Portugal. El 28 de abril de 1974, apenas tres días después del cataclismo de Portugal, Girón lanzó una andanada contra Arias en el periódico *Arriba*. Franco le hizo saber claramente a Utrera que en modo alguno estaba descontento con el llamado «gironazo».⁷⁴ Como parte de la misma operación, el «búnker» militar se dispuso a asegurarse el control de los sectores clave del Ejército. Mientras Girón y otros «ultras» civiles atacaban a Arias y su gobierno, el general retirado García Rebull tachaba a los partidos políticos de «opio del pueblo» y a los políticos de «vampiros». El plan de los militares era que Iniesta rehusara su inminente jubilación como director general de la Guardia Civil y reemplazara al liberal Manuel Díez Alegría como jefe de Estado Mayor. El general Ángel Campano lo relevaría al frente de la Guardia Civil y purgaría a los oficiales sospechosos de liberalismo. El plan contaba con el apoyo de la camarilla de El Pardo, aunque el debilitado Caudillo no fue informado sobre él. Enterado del complot por el ministro del Ejército, general Francisco Coloma Gallegos, Arias se apresuró a ir a ver al Caudillo y le alarmó con una amenaza de dimisión. Franco, que consideraba sacrosantos el reglamento militar y las prioridades de antigüedad, respaldó a Arias e Iniesta fue obligado a jubilarse en el momento correspondiente, el 12 de mayo.⁷⁵

Cuando Fraga visitó a Franco el 26 de junio, lo encontró cansado y distante: «Escucha, pero no oye».⁷⁶ El 9 de julio el Caudillo ingresó en el Hospital Francisco Franco por consejo de Vicente Gil, para tratar una flebitis en la pierna derecha. Gil atribuyó el problema a la repetida presión ejercida por la caña de pescar que apoyaba en su pierna y a que durante la Copa Mundial de fútbol de 1974 hubiera permanecido sentado ante el televisor mirando todos y cada uno de los partidos que se habían transmitido. Vestido con traje de calle y en zapatillas, inconsciente de la presencia de quienes le saludaban, un Franco titubeante parecía cualquier cosa menos un despiadado dictador. La enfermedad le impidió asistir al Consejo de Ministros del 11 de julio de 1974, la segunda vez que esto ocurría en toda su vida. * La decisión

de Gil de hospitalizarlo molestó al marqués de Villaverde, que se hallaba en las Filipinas asistiendo a certamen de Miss Universo como invitado de Ferdinand e Imelda Marcos. Al regresar, Villaverde criticó la forma en que el doctor Gil había hecho frente a la crisis, sin duda para distraer la atención de su propia ausencia y las festivas razones de la misma.

El tratamiento de la flebitis se complicó con el hecho de que la medicación que tomaba para mitigar los síntomas del Parkinson le estaban provocando úlceras gástricas. Los anticoagulantes para tratar el coágulo de sangre asociado a la flebitis eran incompatibles con el tratamiento de los problemas de estómago. El 18 de julio, alterado por una película de televisión sobre su propia vida y por no poder asistir a la tradicional recepción del cuerpo diplomático y la élite política en La Granja, el estado general de Franco empeoró. Un día después, Arias y el presidente de las Cortes se presentaron con los documentos necesarios para que Franco firmara la aplicación del artículo 11 de la Ley Orgánica del Estado, por el cual Juan Carlos asumiría el cargo de jefe del Estado interino. Arias y Gil le instaron a firmar, lo cual hizo. Doña Carmen y Villaverde se enfurecieron. Al parecer, el marqués le dijo a Gil: «¡Qué flaco servicio que has hecho a mi suegro! ¡Vaya buen servicio que has hecho a ese niño de Juanito!». Era el reconocimiento por parte del marqués de que las pretensiones de Alfonso de Borbón estaban acabadas.

Juan Carlos, que no sentía ningún deseo de desprestigiarse por las acciones de un gobierno que no había elegido, se mostró extremadamente reacio a aceptar. Pensaba reformar el régimen, pero no podía hacerlo si era jefe del Estado sólo de forma interina. Había abrigado la vana esperanza de que Franco le cediera el cargo de forma permanente. Villaverde quería a toda costa que Franco permaneciera al mando e incluso le dijo al capellán, el padre José María Bulart, que se marchara, porque «la presencia de un sacerdote le pone nervioso». De hecho, para posterior furia de Villaverde, Bulart le dio secretamente a Franco la extremaunción. Durante toda su estancia en el hospital, Franco se comportó con total docilidad y nunca se quejó.⁷⁷

Las tensiones entre el vehemente Gil y el fatuo Villaverde empeoraban de día en día y llegaron a su punto culminante el 21 de julio de 1974 con una indecorosa pelea en el pasillo del hospital ante la habitación del Caudillo. Que estallara una pelea entre los dos ultraderechistas supuestamente a cargo de la salud de Franco reflejaba el grado de descomposición del régimen. Hacia el 24 de julio el Caudillo había mejorado y el doctor Manuel Hidalgo Huerta, director del Hospital Provincial de Madrid, dio una conferencia de prensa en la que declaró que el paciente estaba mejor y podía irse de vacaciones cuando quisiera. A finales de julio, la enemistad entre Gil y Villaverde produjo la sustitución de Gil como médico personal de Franco por el doctor Vicente Pozuelo Escudero. Gil quedó destrozado cuando doña Carmen le dijo con brusquedad: «Médicos hay muchos, Vicente, y yernos sólo hay uno». Más pasmado se quedó aún cuando, en reconocimiento a los cuarenta años dedicados a Franco, ella le envió un televisor, que no estaba mal si se comparaba con el paquete de cigarrillos que había dado al doctor que había atendido a su marido en 1916, y las dos cajas de vino que regalaría al doctor Hidalgo Huerta después de operar a Franco durante su última enfermedad.⁷⁸

Cuando asumió sus responsabilidades el 31 de julio, el doctor Pozuelo fue recibido por Franco en bata, pijama y zapatillas. Su voz era tan débil que Pozuelo, a quien no se le había permitido consultar con Gil, dedujo de inmediato que tenía Parkinson. A las cinco de aquella misma tarde, nueve de los doctores del gran equipo de médicos responsable de la salud del Caudillo celebraron consulta. Por primera vez, se anunció oficialmente que Franco sufría de enfermedad de Parkinson a consecuencia de la esclerosis de los vasos sanguíneos. Por ello, iba a seguir un plan de gimnasia terapéutica y rehabilitación con la atención general del doctor Pozuelo. Una de las cosas que Pozuelo advirtió fue que Franco se iba a ver la televisión en cuanto tenía ocasión y sin falta cuando transmitían un partido de fútbol. Continuaba siendo ferviente aficionado del Real Madrid y nunca se perdía un partido.

La principal preocupación del doctor era cómo levantar la moral a su paciente de ochenta y dos años, y se le ocurrió ponerle al Caudillo grabaciones de las marchas militares de la Legión Española. La primera vez que escuchó *Soy valiente y leal legionario*, los ojos de Franco brillaron, apretó los labios, echó los hombros hacia atrás y comenzó a sonreír, sintiéndose una vez más un «novio de la muerte». A partir de entonces, uno de los ejercicios a los que se sometía era de marchar al son de la música militar de su juventud. Otro era intentar relatar sus memorias en una grabadora. Franco se aplicaba a los ejercicios físicos con disciplina militar y a Pozuelo le impresionaron también los esfuerzos que hacía para ocultar su sufrimiento a los demás. Para mejorar su imagen, Pozuelo comenzó a ensayar con él apariciones públicas, tanto movimientos físicos como subir las escaleras de un avión y demás, como discursos y conversaciones en audiencias.⁷⁹ Tras un programa de ejercicio y una dieta más variada, la salud del Caudillo mejoró y el 16 de agosto pudo volar a Galicia para pasar sus vacaciones anuales en el Pazo de Meirás. Paseaba sin cesar por la finca y fue filmado aparentemente jugando nueve hoyos de golf.

Como resultado de la campaña de murmuraciones de la camarilla de El Pardo, Franco había comenzado a desconfiar de Juan Carlos, temiendo que pudiera reponer a su padre en el trono como rey de España. Por tanto, el Caudillo había tenido tan pocas ganas de que Juan Carlos asumiera el poder como el príncipe de hacerlo. La razón era simple. Mientras Franco estuviera vivo, no podía hacer nada de lo que el Caudillo no fuera informado inmediatamente de forma negativa. En efecto, al asumir la jefatura del Estado, Juan Carlos había telefoneado a su padre, que había regresado inmediatamente a Estoril desde la costa sur donde estaba navegando. Los informes del servicio secreto sobre la conversación produjeron en Franco el temor, sin duda alimentado por la familia, de que Juan Carlos estuviera confabulado con don Juan. El 9 de agosto de 1974, como jefe del Estado interino, Juan Carlos presidió un Consejo de Ministros en El Pardo. Cuando hubo acabado, uno de los asistentes de Franco le dijo a Utrera: «Como sé que eres fiel, quiero advertirte de que algo se prepara. Ten cuidado». Utrera interpretó que se estaba urdiendo un plan para declarar a Franco incapaz para reasumir la jefatura del Estado. Cuando los ministros se

encaminaron hacia los jardines para saludar al convaleciente Caudillo, el marqués de Villaverde se comportó como si hubiera asumido el papel de cabeza de familia con todas sus consecuencias. Se mostró grosero con Juan Carlos y trató a su propio yerno, Alfonso, como si fuera el principal personaje real. Se decía que Villaverde había viajado a Marbella para consultar con Girón sobre la mejor forma de impedir el giro de Arias hacia la apertura.⁸⁰

Franco se mantenía informado a través de Utrera Molina y la camarilla de El Pardo. Recibió al ministro secretario el 28 de agosto y ambos se fueron a dar un paseo por los campos del Pazo de Meirás. Utrera le pintó a Franco un vívido y alarmante cuadro de las frenéticas maniobras políticas que estaban teniendo lugar en previsión de su muerte. También le puso en guardia contra el caballo de Troya de quienes —como Antonio Carro, Pío Cabanillas y los directores generales pertenecientes al grupo liberal «Tácito»— esperaban utilizar la idea de «asociaciones políticas» como puente para llegar a los partidos y la disolución del Movimiento. Utrera le instó a elegir nuevo gobierno y le repitió la advertencia que había recibido antes sobre los supuestos planes para declararle incapacitado. Esto inspiró en Franco una indisposición sobre el resentimiento y la ingratitud. Luego le dijo a Utrera que estaba pensando en reasumir el poder: «Yo no soy un dictador que se aferra a no perder prerrogativas —declaró— pero no es la primera vez que España me pide mi sacrificio. Pasado un tiempo prudencial, y hechas las rectificaciones que creo inaplazables, reconsideraré mi decisión». Continuaron hablando de la amenaza liberal y Franco empleó el lenguaje del «búnker», declarando: «No olvide que, en último término, el Ejército defenderá su victoria».⁸¹

Juan Carlos presidió otra reunión del gabinete el 30 de agosto. Para subrayar la interinidad de su jefatura, la sesión se celebró en el Pazo de Meirás; una vez más, Franco recibió a los ministros en el jardín. El ministro de la Gobernación, José García Hernández, le dijo: «Mi general, es hora de que aligere sus responsabilidades y deje el timón en otras manos». Franco lo miró fijamente y le respondió: «Usted sabe que eso no es posible».⁸² El 31 de agosto, el equipo médico dictaminó que Franco había recobrado completamente la salud. Éste tomó la iniciativa de pedir a su médico que redactara un parte médico para anunciar que su período de convalecencia había terminado. Cuando Juan Carlos le preguntó a la hija de Franco, Nenuca, si su padre tenía alguna intención de reincorporarse a la jefatura del Estado, ella respondió que la salud del Caudillo lo hacía completamente imposible. Franco no le dijo nada al príncipe sobre el parte médico pero, en cuanto estuvo preparado, tomó la decisión de reasumir el poder. De forma muy precipitada, Villaverde telefonó encantado a Arias Navarro, que estaba de vacaciones en su casa de Salinas (Asturias), y al príncipe, que se hallaba en Mallorca. La decisión se hizo pública el 2 de septiembre de 1974. Una decisión tan imprudente como aquella, puesto que Franco era claramente incapaz de asumir importantes responsabilidades ejecutivas, ha provocado especulaciones verosímiles sobre posibles maniobras de Villaverde y doña Carmen, ambos muy preocupados por el futuro.⁸³

Cuando Franco regresó a Madrid, tuvo lugar un incidente revelador. Durante una revisión rutinaria, Pozuelo advirtió que Franco tenía un callo grande en el dedo meñique del pie derecho. Al quitárselo, Pozuelo halló restos de un absceso al que le atribuyó la tromboflebitis que Franco había sufrido durante el verano. El callo había sido provocado por los zapatos baratos y pesados que Franco utilizaba habitualmente. Cuando Pozuelo le explicó que la mayor sensibilidad de su piel, a causa de la edad, requería que utilizara zapatos más ligeros, Franco protestó porque tenía muchos pares de los que solía llevar, que el fabricante le regalaba y que, según explicó, le hacían daño sólo hasta que se acostumbraba a ellos. * Pozuelo señaló que los médicos creían que el zapato debía ajustarse al pie y no al revés. «Ustedes son unos comodones», replicó Franco.⁸⁴

La victoria de la camarilla de El Pardo implícita en el regreso de Franco al poder era una victoria para el «búnker», pronto seguida por un asalto contra el ministro más liberal del gabinete de Arias, Pío Cabanillas. Se le entregó a Franco un dossier de páginas de revistas españolas que contenían anuncios de bañadores y equipos para campistas en los que aparecían modelos vestidas con bikini, entre las que habían intercalado hábilmente páginas de semipornografía extranjera para dar la impresión de que aquello se publicaba en España. Si seis años antes Franco había creído a Carrero Blanco cuando le dijo que Fraga estaba abriendo las puertas al marxismo y la subversión erótica, en aquel momento resultó aún más fácil convencerle de que Pío Cabanillas debía abandonar el gobierno. Le irritó en especial comprobar en aquel dossier que, igual que había hecho Fraga con el escándalo Matesa, Pío Cabanillas había permitido que la prensa aireara el caso del aceite de Redondela, que finalmente había llegado a los tribunales. Se dice que estalló, diciendo: «¿De qué sirve que todos digan que Cabanillas es muy listo si no ha podido evitar que el nombre de mi hermano aparezca en la prensa? A Cabanillas no quiero verlo más en un Consejo de Ministros».

El 24 de octubre, Arias celebró su reunión semanal con Franco quien le ordenó que destituyera a Cabanillas. Por solidaridad, Antonio Barrera de Irimo presentó su dimisión. Para que la victoria del «búnker» no resultara demasiado evidente, Arias y el vicepresidente Antonio Carro sugirieron a Franco que el equilibrio que él siempre había tenido como ideal se vería mejor cumplido con la destitución de Utrera y Francisco Ruiz Jarabo. Franco rechazó categóricamente la propuesta sobre la base de que ambos eran «muy leales».⁸⁵

A finales de 1974, Franco comenzaba a manifestar claros síntomas de senilidad. Tenía la boca abierta en un constante bostezo. Unas gafas oscuras le ocultaban los ojos permanentemente llorosos. Sus gestos eran espasmódicos y vacilantes y parecía no darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Los que hablaban con él advirtieron que había perdido la capacidad de pensar lógicamente. De vez en cuando recuperaba la normalidad pero producía la impresión general de estar totalmente ausente.⁸⁶ Aun así, durante ese último año de su vida, Franco siguió, o fue obligado a hacerlo por motivos políticos, un programa diario que era la desesperación de sus médicos. Su constante obsesión con la caza y la pesca, o bien el desesperado empeño de la camarilla de El Pardo y otros franquistas conocidos de que lo vieran

activo, le indujeron a participar en agotadoras excursiones con tiempo muy malo. Durante el invierno de 1974-1975, asistió a varias cacerías en campo abierto, con tiempo húmedo y borrascoso y temperaturas de cero grados o inferiores. Durante la primera excursión de 1975, emprendida a comienzos de enero en Sierra Morena, la necesidad de permanecer inmóvil durante muchas horas para no espantar a la presa hizo temer al doctor Pozuelo que Franco acabase con nefritis o prostatitis, especialmente cuando se quejó de que no podía hacer blanco porque tenía las manos frías. A la noche siguiente, el 4 de enero, se vio aquejado de unos temblores incontrolables que llevaron al doctor Pozuelo a darle antibióticos. Cuando analizaron su orina, aparecieron señales de albuminuria y hematuria, ambas cosas síntoma de infección renal.⁸⁷

Desde diciembre de 1974, la salud de Franco había comenzado a deteriorarse velozmente, pero lo que mayor sufrimiento le causaba eran los problemas dentales.⁸⁸ En su discurso de fin de año retransmitido el 30 de diciembre de 1974, había dado gracias por su «completa recuperación» de la enfermedad del verano anterior, mostrándose muy orgulloso de la solidez de las instituciones y la forma en que habían funcionado durante su indisposición.⁸⁹ Parecía ignorar la desintegración de la coalición franquista. La primera escaramuza del año tuvo lugar en febrero. Arias se enfureció cuando la prensa del Movimiento no mencionó el aniversario de su discurso del 12 de febrero y ordenó a Utrera que despidiera al director del diario *Arriba*. Cuando Utrera puso reparos, Arias le gritó por teléfono que pronto iba a enterarse de quién mandaba en España. Utrera corrió precipitadamente a informar a Franco pero se encontró con un Caudillo débil y temeroso que le dijo que hiciera lo que ordenaba el presidente con el fin de evitar problemas.⁹⁰ Utrera llevó a Franco documentos que revelaban los planes de Arias para disolver el Movimiento y grabaciones de Arias diciendo «Franco es un viejo» y «aquí no hay más cojones que los míos». Cuando Utrera le dijo: «Arias es un traidor», Franco se echó a llorar y sólo replicó: «Sí, sí, Arias es el traidor, pero que no se entere nadie. Hay que obrar con cautela».⁹¹ La medicación para el Parkinson le había convertido en un hombre medroso.

El ministro de Trabajo del gobierno Arias, Licinio de la Fuente, dimitió el 24 de febrero de 1975 en protesta por los obstáculos puestos a sus planes de reconocer el derecho de huelga. Al fin, Arias se sintió obligado a luchar contra el «búnker». Visitó a Franco el 26 de febrero y le dijo que no sólo le gustaría cambiar al ministro de Trabajo sino también a otros. Volvieron a reunirse el 3 de marzo y Franco se opuso a cualquier cambio. Pero Arias, alegando que Utrera había fabricado pruebas contra él y amenazando con dimitir, intimidó al anciano, débil y nervioso. Franco se vio así obligado a permitir una remodelación en la que tanto Ruiz Jarabo como Utrera fueron destituidos. Fernando Herrero Tejedor, fiscal jefe del Tribunal Supremo, llegó como la nueva gran promesa liberal al puesto de ministro secretario general del Movimiento. La esperanza de Arias era que Herrero fuera capaz de hacer algo con el proyecto de asociaciones políticas. Franco lo aceptó por su altamente profesional informe sobre la muerte de Carrero Blanco.⁹²

Había una buena dosis de anhelo, así como de nostalgia, en la declaración de Arias en televisión el 27 de febrero de 1975, de que cualquiera que abrigase dudas, desaliento o escaso entusiasmo debería seguir su consejo: «Que se acerquen al palacio de El Pardo, que, aunque sea desde la lejanía, contemplen esa luz permanentemente encendida en el despacho del Caudillo, donde el hombre que ha consagrado toda su vida al servicio de España sigue, sin misericordia para consigo mismo, firme al pie del timón, marcando el rumbo de la vida para que los españoles lleguen al puerto seguro que él desea».⁹³ Cuando Utrera fue a El Pardo para despedirse del Caudillo, tuvo lugar una escena que simbolizaba el final de una era. Franco alabó la lealtad de Utrera y, cuando la audiencia tocaba a su fin, le pidió que nunca cambiara añadiendo que «una lealtad como la suya no es frecuente». Embargado por la emoción, Utrera le prometió permanecer en su puesto hasta el último aliento. Al oír aquello, Franco se vino abajo, lo abrazó y lloró copiosamente. Cuando le soltó, Utrera dio un paso atrás, se puso firme y pidió permiso para darle el último adiós a la manera de un jefe de centuria del Frente de Juventudes. Con el brazo en alto, gritó: «Caudillo, a tus órdenes. ¡Arriba España!». Franco se puso patéticamente de pie con su propio brazo tembloroso en alto a modo de respuesta.⁹⁴

Franco estaba profundamente inquieto por los acontecimientos de Portugal, que veía como una destrucción inútil de los logros de Salazar. En esta misma época, Fraga dio a Nieto Antúnez el borrador del programa de una asociación política que quería registrar. La opinión de Arias y otros ministros fue que necesitaba moderarlo. El mismo Franco, después de leerlo, le preguntó sarcásticamente a Nieto: «¿Para qué país está escribiendo Fraga esos papeles?».⁹⁵ La constante tendencia hacia la izquierda en los acontecimientos del país vecino tendría menos repercusiones sobre la salud de Franco que la determinación de Hassan II de extirpar los últimos vestigios de la presencia española en Marruecos. Los incidentes ocurridos en el Sahara español fueron particularmente penosos para Franco.⁹⁶

El 31 de mayo de 1975, el presidente Gerald Ford llegó a España para una visita de dos días. Se le dispensó una acogida significativamente menos aparatosa que a Nixon o Eisenhower, lo cual reflejaba tanto la propia incapacidad de Franco como el hecho de que la política del Departamento de Estado estaba inclinándose contra el Caudillo y a favor del futuro en la persona de Juan Carlos. El presidente Ford pasó bastante más tiempo con el príncipe que con Franco.⁹⁷

El 23 de junio, el nuevo secretario general del Movimiento, Fernando Herrero Tejedor, falleció en accidente de tráfico en Villacastín (Segovia). Franco supo la noticia mientras asistía a una corrida de toros, y quedó muy afectado porque la interpretó como una señal providencial de que el experimento de las asociaciones no gozaba de aprobación divina.⁹⁸ El sucesor lógico hubiera sido el segundo de Herrero, el ambicioso Adolfo Suárez. Pero Suárez estaba demasiado comprometido con el aperturismo. Franco, por el contrario, insistió ante el anonadado Arias que el sucesor tenía que ser Solís. Al hacerlo, el Caudillo actuaba siguiendo la idea de los círculos del régimen de que, debía rodearse de leales de la vieja guardia en vista del agrupamiento de sus enemigos para el asalto. La camarilla de El Pardo, en

contacto estrecho con Girón y Alejandro Rodríguez de Válcárcel, presidente de las Cortes, persuadió a Franco de que prorrogase la vida de las vigentes Cortes por otros seis meses. Confiaban ganar así el tiempo necesario para echar a Arias y lograr el ascenso de Solís, Rodríguez de Válcárcel o Girón a la presidencia. La camarilla encabezada por Martínez Bordiú era la correa de transmisión hasta Franco de las opiniones de los atribulados franquistas.⁹⁹

Franco continuaba creyendo en su misión divina, sin advertir que sus partidarios ultras estaban cada vez más preocupados por su propio futuro.¹⁰⁰ Para hacer lo que planeaban, necesitaban al Caudillo vivo. Franco estaba agotado, ansiaba descansar e incluso hablaba de retirarse a un monasterio para morir, emulando los últimos días de Carlos I. Hasta el fin continuó comparándose con los grandes monarcas españoles del pasado. Se ha dicho que su aterrada esposa le persuadió para que no abandonara la política, igual que su yerno le mantuvo después vivo mediante aparatos.¹⁰¹ Franco vivo era el último recurso del «búnker». Durante los últimos meses, el «búnker» alimentó sus temores y prejuicios, facilitados sus esfuerzos por la inamovible convicción de Franco de la siniestra amenaza de la masonería.¹⁰² El 15 de julio, Franco recibió en El Pardo a una delegación de la Hermandad Nacional de Alféreces Provisionales, un baluarte del «búnker» liderado por el reaccionario marqués de La Florida. El día anterior, un policía había sido asesinado por terroristas del FRAP.^{*} Franco desestimó las vehementes denuncias de la delegación contra la izquierda: «Creo que dais demasiada importancia a los perros que ladran. En realidad, son minorías exiguas que demuestran precisamente nuestra vitalidad y ponen a prueba la fortaleza y la capacidad de resistencia de nuestra patria». Aun así, en el beligerante lenguaje de la década de 1940, instó a Florida y a su Hermandad a defender hasta la muerte la victoria de la Guerra Civil.¹⁰³

En el verano de 1975, la sensación de desmoronamiento del régimen era omnipresente. Mientras Franco estaba pasando sus vacaciones anuales en Galicia se propagó el rumor de que a su regreso iba a sustituir a Arias por Solís. Un Consejo de Ministros celebrado el 22 de agosto en el Pazo de Meirás aprobó una nueva y feroz ley antiterrorista, cuyas disposiciones cubrían todos los aspectos de oposición al régimen.¹⁰⁴ Los primeros frutos de esa ley fueron una serie de juicios que desembocarían en el último episodio negro de la vida de Franco. El 28 de agosto, en Burgos, un consejo de guerra sentenció a muerte a dos miembros de ETA. El 19 de septiembre, otro consejo de guerra dictaminó una tercera pena de muerte en Barcelona. En el ínterin, otros dos consejos celebrados en una base militar cercana a Madrid los días 11 y 17 de septiembre condenaron a muerte a ocho miembros del FRAP. La oleada mundial de protestas, mayor aún que la ocasionada por el juicio de Grimau, provocó la indignación de Franco. Quince países europeos retiraron a sus embajadores. Hubo manifestaciones y ataques contra las embajadas de España en la mayoría de los países de Europa. En las Naciones Unidas, el presidente de México, Luis Echeverría, exigió la expulsión de España de la organización. El papa Pablo VI pidió clemencia, al igual que todos los obispos de España. Don Juan hizo llegar un ruego de perdón a través de su hijo. Solicitudes similares llegaron de muchos gobiernos del mundo entero.¹⁰⁵ Franco hizo caso omiso de todo ello.

El 26 de septiembre de 1975, el Consejo de Ministros se reunió durante tres horas y media presidido por un Franco muy débil y dio su conformidad a cinco de las sentencias de muerte. Al amanecer del día siguiente fueron ejecutadas. Las protestas internacionales se intensificaron con el Papa a su frente. La embajada española en Lisboa fue asaltada.¹⁰⁶ Si, como el Caudillo había dicho, el perdón posterior a los juicios de Burgos de 1970 había sido una muestra de la fortaleza del régimen, las ejecuciones del 27 de septiembre de 1975 fueron señal de su decadencia final. ETA era mucho más amenazante entonces que cinco años antes; la diferencia entre 1970 y 1975 radicaba en la influencia que la ultraderecha ejercía ahora sobre Franco.^{*}

Por entonces, Franco estaba perdiendo peso y tenía problemas para dormir. El 1 de octubre de 1975 (trigésimo noveno aniversario de su subida a la jefatura del Estado), Franco apareció ante una enorme multitud concentrada ante el palacio de Oriente. Los autobuses habían llevado a Madrid a representantes del Movimiento de toda España. Los días previos, la televisión había instado a los espectadores a acudir y las oficinas, fábricas y comercios fueron oficialmente cerrados para facilitar la asistencia. En su última aparición en público, el Caudillo, disminuido y encorvado, tenía evidentes dificultades para respirar mientras emitía con voz apagada los paranoicos tópicos de siempre. El problema de España se debía, dijo: «a una conspiración masónico-izquierdista de la clase política, en contubernio con la subversión terrorista-comunista en lo social». Se despidió de la multitud llorando y con ambos brazos alzados.¹⁰⁷

La exposición a los cortantes vientos otoñales de Madrid el 1 de octubre provocó una sucesión de crisis en la salud de Franco que concluyó con su muerte. El 14 de octubre, tras un día de constante mucosidad y otros síntomas gripales, comenzó la primera crisis. En la mañana del 15 de octubre, Franco se despertó con dolores en el pecho y los hombros; había sufrido un ataque cardíaco. Apesar de ello, se negó a suspender su programa de trabajo y el día 16 recibió once audiencias oficiales y vio varias películas por la tarde.¹⁰⁸ Desesperados por mantener una imagen de normalidad, los marqueses de Villaverde pasaron los primeros días de enfermedad de Franco en una cacería en Ciudad Real, en el transcurso de la cual Cristóbal Martínez Bordiú dio expresión al pánico de los círculos franquistas. Durante un descanso, se hizo con la pistola de uno de los guardias civiles que escoltaban al grupo «disparando con rabia el cargador contra un blanco de piedra caliza, al tiempo que decía, para que todos pudiéramos oírle: “¡Hay que estar preparados! Van a venir a por nosotros, pero lo que es a mí...”». ¹⁰⁹

En contra del consejo de sus médicos, Franco insistió en presidir la reunión del consejo del viernes 17 de octubre, negándose a que los ministros se reunieran en su dormitorio o a asistir a la sesión en una silla de ruedas. Sus médicos, alarmados, cedieron sólo si se avenía a llevar unos electrodos conectados a un monitor cardíaco. En el curso de la reunión, uno de los ministros contó una visita del príncipe Juan

Carlos a La Mancha. Cuando mencionó que la multitud había coreado «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!», el corazón del Caudillo comenzó a latir con tal fuerza que los médicos que se hallaban en la habitación adyacente quedaron convencidos de que había llegado su fin. Durante esa misma reunión llegó la noticia de la «marcha verde» marroquí sobre el Sahara español, lo que le provocó una recaída.¹¹⁰

El sábado 18 de octubre, Franco se levantó y trabajó en su despacho por última vez, probablemente redactando su última voluntad y su testamento. Al día siguiente oyó misa y comulgó. A las once de la noche del 20 de octubre sufrió otro leve ataque cardíaco. A pesar de que fue capaz de ver una película el miércoles 22 de octubre, su estado comenzó a deteriorarse gravemente al caer la noche. No podía dormir y se quejaba de fuertes dolores en los hombros y la zona lumbar. Había tenido un tercer ataque cardíaco. No obstante, fue capaz de susurrarle a Arias que enviara a Solís a Marruecos a «gitanear» con Hassan II y ganar tiempo. La muerte de Franco fue erróneamente anunciada en el noticiario de la cadena ABC en Washington.¹¹¹

Franco sufrió otro ataque de insuficiencia cardíaca el 24 de octubre. Sus problemas dentales volvieron a agravarse y empezó también a padecer distensión abdominal a consecuencia de una hemorragia de estómago. El sábado 25 de octubre se le administró la extremaunción. Al día siguiente, tras una segunda hemorragia interna, se dio por supuesto que el fin estaba próximo y varias emisoras de radio emitieron música fúnebre. El 29 de octubre estaba ya recibiendo constantes transfusiones de sangre. Durante todo este tiempo sufrió agudos dolores. El 30 de octubre se produjeron síntomas de peritonitis. Cuando le hablaron de los ataques cardíacos y de las graves complicaciones intestinales, Franco dijo: «Artículo 11, ejecutad el artículo 11». Al activar el artículo 11 de la Ley Orgánica del Estado, Franco estaba renunciando a su condición de jefe del Estado. Martínez Bordiú y Arias, sin otro remedio que aliarse, esperaban conseguir que Juan Carlos aceptara un nombramiento interino, pero éste se negó. Franco ya no era jefe del Estado. Los artículos de la prensa comenzaron a promover la imagen de Juan Carlos y hablar de Franco en pasado.¹¹²

Durante la noche del 2 al 3 de noviembre, la hemorragia intestinal de Franco se intensificó. La cama, la alfombra y la pared más cercana estaban empapadas de sangre. Para detenerla, los veintitrés especialistas que entonces lo asistían decidieron realizar una operación de urgencia. Sin tiempo para trasladarlo a un hospital adecuadamente equipado, llevaron a Franco hasta un quirófano improvisado en el puesto de primeros auxilios de la guardia de El Pardo. En el curso de una operación de tres horas, supervisada por el doctor Hidalgo Huerta, descubrieron una úlcera que había abierto una arteria. Franco sobrevivió a la operación pero comprobaron que tenía uremia (patología de la sangre debida a la retención de la urea normalmente eliminada por los riñones).¹¹³ Tendrían que someterle a diálisis, y decidieron llevarle a un hospital debidamente equipado, la Ciudad Sanitaria de La Paz, adonde fue trasladado en una ambulancia militar.

Tres días después, mientras la uremia continuaba agravándose, a las cuatro de la tarde del 5 de noviembre comenzó otra operación de cuatro horas y media en la que le extirparon dos tercios del estómago.¹¹⁴ A partir de entonces, lo mantuvieron con vida conectado a una increíble variedad de aparatos para conservar las constantes vitales. Ocasionalmente recobraba el conocimiento y murmuraba «qué duro es morir». El hospital estaba asediado por periodistas. Se ofrecían enormes sumas de dinero a quien consiguiera fotografiar al agonizante dictador. El doctor Pozuelo rechazó con indignación fabulosas ofertas, para descubrir después que el marqués de Villaverde ya había hecho pleno uso de su propia cámara fotográfica.¹¹⁵ El 15 de noviembre comenzó otra masiva hemorragia. Franco tenía el vientre hinchado a consecuencia de la peritonitis. Una tercera operación se inició a primeras horas de la mañana, después de la cual el equipo de Hidalgo Huerta continuó siendo muy pesimista.¹¹⁶ La determinación del entorno de El Pardo de mantener a Franco con vida a pesar de sus intensos sufrimientos no era ajena al hecho de que el mandato de Alejandro Rodríguez Valcárcel como presidente del Consejo del Reino y de las Cortes concluiría el 26 de noviembre. Si Franco podía recuperarse lo suficiente para renovar el nombramiento de Rodríguez Valcárcel, la camarilla contaría con un hombre clave con capacidad para asegurar que el presidente del Consejo de Ministros elegido por Juan Carlos fuera «fiable».¹¹⁷

Franco estaba apenas vivo, prácticamente inconsciente y totalmente dependiente de los aparatos. Finalmente, su hija Nenuca insistió en que debía dejársele morir en paz. A las once y cuarto de la noche del 19 de noviembre, los varios tubos que le conectaban a las máquinas fueron retirados por orden de Martínez Bordiú. Probablemente murió poco después. La hora oficial de la muerte fue las cinco y veinticinco de la madrugada del 20 de noviembre de 1975; la causa oficial fue shock endotóxico provocado por una aguda peritonitis bacteriana, disfunción renal, bronconeumonía, paro cardíaco, úlcera de estómago, tromboflebitis y enfermedad de Parkinson.¹¹⁸

Epílogo

«Sin otros enemigos que los que lo fueron de España»

En cuanto tuvo conciencia de que se estaba muriendo, Franco redactó su testamento político al pueblo español, leído en la televisión por un lloroso Carlos Arias Navarro a las diez de la mañana del 20 de noviembre de 1975. Diciendo de sí mismo que era un «hijo fiel de la Iglesia» que había querido «vivir y morir como católico», el Caudillo escribió: «Pido perdón a todos, como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo los tuviera como a tales. Creo y deseo no haber tenido otros que aquellos que lo fueron de España». Y advertía: «no olvidéis que los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta».¹

A medida que la noticia de su muerte se transmitía hasta el último rincón de España, muchos lloraron y otros muchos se alegraron. En las camiserías y mercerías se agotaron las corbatas negras y los brazaletes negros. También se dijo que en algunas ciudades vascas la gente bailó por las calles. El novelista Manuel Vázquez Montalbán captó la atmósfera del momento en Barcelona:

Durante todo el día 20 de noviembre de 1975 la ciudad se llenó de transeúntes con silenciador, en los ojos un mensaje de murallas derribadas, en la garganta la sequedad del silencio prudente. Ramblas arriba, Ramblas abajo. Como siempre, vigilantes, policías y parapolicias contemplaban la manifestación muda, aunque escucharan con el sexto sentido del recelo el *Himno a la alegría* entonado por el alma secreta de la *Rosa de Fuego*, por el alma prudente de la *ciudad viuda*, por el alma sabia de la *ciudad ocupada*. Sobre el *skyline* de la sierra de Collserola se veían ascender hacia el rápido crepúsculo del otoño los tapones de champán, mas no se oía el ruido. Educada ciudad en las alegrías y las tristezas silenciadas.²

El cadáver de Franco permaneció en la capilla ardiente instalada en la sala de Columnas del palacio de Oriente. Durante las cincuenta horas que la sala estuvo abierta al público, hubo colas de espera de varios kilómetros. Entre 300.000 y 500.000 personas pasaron ante el cadáver y no sólo para asegurarse de que estaba muerto.³ Días antes de su muerte, los funcionarios del Valle de los Caídos habían buscado una lápida monumental que estuviera a la altura de la que cubría la tumba de José Antonio Primo de Rivera. Una vez localizada, hicieron falta varios días de ensayos para mover su enorme peso con la destreza que exigía la ceremonia fúnebre. El 23 de noviembre, mientras el cortejo fúnebre viajaba de Madrid a Cuelgamuros, uno de los que aguardaba su llegada cayó a la tumba y quedó inconsciente y fue muy difícil sacarlo y llevarlo al hospital. A la una de la tarde, el cortejo fúnebre llegó a la basílica; el féretro fue transportado por el marqués de Villaverde, su hijo Francisco Franco Martínez Bordiú, Alfonso de Borbón y representantes de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire.⁴ Ningún jefe de Estado importante acudió al funeral, aparte del general Augusto Pinochet, el dictador chileno admirador del Caudillo.

Juan Carlos no hizo ninguna presión para que doña Carmen abandonara El Pardo, y permaneció allí otros dos meses y medio. Cada mañana, se izaba el guión de Franco y se arriaba al atardecer. Una compañía de soldados siguió actuando como guardia de honor. Cajas con joyas, antigüedades, cuadros y tapices fueron embaladas y cargadas en camiones, junto a los documentos del Caudillo, y repartidas por las distintas propiedades de la familia en España o sacadas del país y depositadas en lugares seguros.⁵ A las seis y diez de una fría tarde del 31 de enero de 1976, doña Carmen abandonó El Pardo entre lágrimas. Tras pasar revista a una guardia de honor con banda militar, se marchó escoltada por los marqueses de Villaverde y varios ex ministros ultras como Girón y Utrera Molina. Grupos ultras se alinearon a lo largo de la carretera gritando «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!» y cantando el *Cara al sol*.

Doña Carmen se trasladó a Madrid a vivir en el piso ocupado por el matrimonio Villaverde en el edificio de su propiedad de la calle Hermanos Bécquer número 8 hasta que su piso en el mismo edificio estuvo habilitado en 1978. Pese a la pérdida de Franco, la familia siguió siendo inmensamente rica.⁶ Además de la fortuna acumulada, doña Carmen recibió sustanciosas pensiones del Estado.⁷ Al principio, asistió a algunas ceremonias ultras en recuerdo de su marido, pero pronto se retiró de la vida pública.⁸ Por contra, Nenuca y su marido continuaron uniéndose a Girón y Blas Piñar en nostálgicas manifestaciones en la Plaza de Oriente.⁹

Despojada de las protectoras capas de privilegio, la familia fue objeto de ataques y se vio implicada en una serie de accidentes no aclarados. En los medios de comunicación surgió un debate sobre si los documentos de Franco pertenecían a la familia o al Estado. Antes de que se hubiera resuelto, una colección enorme de documentos de Estado, notas privadas e informes secretos del Caudillo, junto a sus propios cuadros, desaparecieron en un misterioso incendio en el Pazo de Meirás el 18 de febrero de 1978. Una gran cantidad de valiosas antigüedades y objetos de arte fueron rescatados por los bomberos, lo que provocó especulaciones sobre cuántos de aquellos bienes pertenecían al Patrimonio Nacional. Apenas dos meses después, el 25 de abril de 1978, otras pertenencias de Franco fueron robadas de Valdefuentes.¹⁰ Luego, el 12 de julio de 1979, doña Carmen y el marqués de Villaverde estuvieron a punto de morir en el incendio del hotel Corona de Aragón de Zaragoza, donde se alojaban junto a muchos otros veteranos franquistas con el fin de asistir a la entrega de destinos a los cadetes de la academia militar, entre los que se hallaba Cristóbal Martínez Bordiú Franco. Las esperanzas familiares de que éste siguiera los pasos de su abuelo se desvanecieron poco después cuando abandonó el ejército declarando que no le gustaba la vida militar.

La familia Martínez Bordiú también se vio implicada en una serie de escándalos. En 1979, María del Carmen Martínez Bordiú, duquesa de

Cádiz, abandonó a su marido, Alfonso de Borbón, y a sus dos hijos para trasladarse a París a vivir con un anticuario, Jean Marie Rossi. Su hijo mayor, Francisco, falleció en accidente de tráfico en 1984, tras lo cual su padre fue juzgado y condenado a una corta estancia en la cárcel por conducción temeraria. Tras varios esfuerzos para reivindicar sus derechos al trono de Francia, Alfonso murió en un trágico accidente mientras esquiba en 1989.¹¹ A los cinco años de la muerte de Franco, la finca de Valdefuentes estaba en estado de abandono. Con la administración del nieto de Franco, Francisco Franco Martínez-Bordiú, su prosperidad desapareció y se convirtió en escenario para películas de terror y pornografía. Francisco Franco (nieto) fue acusado de caza furtiva en España y de fraude en Chile.¹² El 7 de abril de 1978, su madre fue detenida en la frontera cuando intentaba sacar monedas de oro del país, según ella para que le hicieran un reloj especial en Suiza.¹³

Si bien el eclipse de la familia Franco era previsible, mucho más sorprendente fue el relativo silencio sobre la dictadura que siguió a la muerte de Franco. Por tácito acuerdo nacional, el régimen fue relegado al olvido. Los planes para la perpetuación del franquismo después de su muerte, que tanto tiempo habían ocupado al Caudillo durante los quince años anteriores, quedaron en nada. Rechazando colectivamente dichos planes, un amplio espectro de españoles se unió a lo que se llamaría «el pacto del olvido». Y, para permitir una transición incruenta a la democracia, las víctimas de la represión renunciaron a sus deseos de venganza, sin exigir ajustes de cuentas. No hubo purgas de verdugos, torturadores, carceleros, informadores, ni de personas próximas a Franco que se habían enriquecido durante los años de la dictadura. Gran número de sus partidarios más moderados y previsores, por su parte, olvidaron su propio pasado, algunos colaborando sinceramente en la construcción del consenso democrático y otros fabricándose simplemente nuevas autobiografías como «demócratas de toda la vida».

El hecho de que el deseo de venganza fuera contenido no significaba que Franco hubiera sido olvidado. Los años que siguieron presenciaron un boom editorial alimentado por el insaciable apetito nacional de cotilleos sobre la vida de un hombre anteriormente oculto bajo una densa capa de adulación. Para mortificación de los franquistas irredentos, las memorias de quienes le conocieron presentaban un cuadro muy poco edificante. Su hermana Pilar, su primo Pacón, su sobrina Pilar Jaraiz, su nieto Cristóbal, la viuda de su hermano Ramón, su cuñado Ramón Serrano Súñer, sus consejeros médicos, los doctores Ramón Soriano, Vicente Gil y Vicente Pozuelo, al igual que numerosos ex ministros como Pedro Sáinz Rodríguez, Manuel Fraga, Laureano López Rodó, José María de Areilza, Utrera Molina y muchos otros, escribieron libros de gran éxito. El cuadro que pintaron, voluntaria o involuntariamente, fue la pasmosa mediocridad personal de «una esfinge sin secreto».¹⁴

Sin embargo, más que esas revelaciones, el comentario más significativo sobre el lugar de Franco en la historia es la sorprendente facilidad con que los españoles optaron por la democracia y arrinconaron los planes del Caudillo para el futuro de España. Ello no quiere decir que Franco no hubiera logrado nada, pero sí subraya el grado en que sus triunfos eran sectarios y personales. Para él y sus partidarios, no había contradicción alguna entre el bien de España y el bien de Franco. Nunca tuvo inconveniente en admitir que identificaba su persona con España ni su concepción estrechamente partidista de la nación. Durante décadas, ridiculizó a don Juan de Borbón por su patriótico deseo de ser rey de todos los españoles y hasta su muerte trató de mantener la vengativa división entre vencedores y vencidos de la Guerra Civil. España, en la definición de Franco, la España que había ganado la Guerra Civil y la España de posguerra que se mantuvo mediante un aparato represivo, prácticamente había desaparecido en 1975. Una formidable revolución económica y social se había producido desde los últimos años cincuenta, durante el período en que Franco había sido un líder simbólico, más que figura activa, cada vez más aislado de la realidad. Para la mayoría de la población nacida después de la guerra, la España de Franco no fue difícil de olvidar.

Franco será recordado ante todo por su implacable dirección del esfuerzo de guerra nacional entre 1936 y 1939, por la determinación con que buscó la aniquilación sistemática de sus enemigos de izquierda y, posteriormente, por su férrea voluntad de supervivencia. Sus rasgos distintivos fueron una astucia instintiva y la sangre fría imperturbable y desabrida con que manipuló las rivalidades entre las fuerzas del régimen y derrotó sin dificultad los desafíos de quienes, desde Serrano Súñer hasta don Juan, eran superiores a él en inteligencia e integridad. Los logros de Franco no fueron los de un gran benefactor nacional sino los de un hábil manipulador del poder que siempre atendió a sus propios intereses. Como escribió Salvador de Madariaga: «El más alto interés de Franco es Franco. El más alto interés de De Gaulle es Francia».¹⁵

Las clases dirigentes españolas cedieron el poder a Franco y los generales en 1936 —como habían hecho sus homólogas italianas con Mussolini en 1922 y las alemanas con Hitler en 1933— en la creencia de que una vez suprimido el peligro de la clase obrera, podrían recuperar el poder. Franco, por su respeto a la burguesía, la aristocracia y la corona, parecía una buena elección, una garantía de restauración monárquica en cuanto fuera posible. El hecho de que después de su elevación a la jefatura provisional del Estado durante la guerra, impidiera el regreso del heredero legítimo al trono y consiguiera mantenerse en el poder treinta y nueve años, da idea de su notable habilidad política.

Esa habilidad la ejerció también con los miembros de su propia coalición. Contra sus enemigos, fue implacable en el uso del terror de Estado, cuyos efectos reverberaron durante décadas después que se hubiera reducido considerablemente su intensidad. Fue una especie de inversión política, un terror productivo que aceleró el proceso de despolitización llevando a la mayoría de los españoles a la apatía política. Franco presidió a distancia la totalidad del proceso. Se cuenta que cuando su amigo el general Camilo Alonso Vega le preguntó por la suerte de un antiguo camarada de la guerra de Marruecos, Franco replicó: «Lo fusilaron los nacionales», como si el asunto no tuviera nada que ver

con él.¹⁶ Sin embargo, en sus discursos nunca ocultó su creencia en la necesidad de sacrificios de sangre y, puesto que era la suprema autoridad en el sistema de justicia militar, es incuestionable su pleno conocimiento y aprobación de las ejecuciones.

Franco consideraba que era meramente un impartidor de justicia salomónico dado que en numerosas ocasiones, con su característica capacidad para el autoengaño, negó que fuese un dictador. En marzo de 1946 dijo a Edward Knoiblaugh, de la agencia International News Service, que en España no había dictadura: «Yo no soy dueño, como fuera se cree, de hacer lo que quiero. Necesito como todos los gobiernos del mundo la asistencia y acuerdo de mi gobierno». Y en junio de 1958 declaró a un periodista francés que «para todos los españoles y para mí mismo, calificarme como dictador es una puerilidad». ¹⁷ Creyéndose un salvador de España adorado por todos excepto los siniestros agentes de poderes ocultos, Franco no tenía dificultad para pensar en sí mismo en términos tan benevolentes con absoluta sinceridad. Estaba convencido de que el Estado de partido único, la censura, los campos de concentración y el aparato de terror estaban bien compensados por su voluntad de dejar hablar a sus ministros interminablemente durante los consejos, lo cual era más bien indicio de su mala gestión como presidente de los mismos. De hecho, el truco de dejar a sus subordinados un gran margen de actuación le hacía parecer menos despótico pero era un efectivo medio de control. Los que quedaban involucrados en la corrupción o la represión se hacían cada vez más dependientes de su buena voluntad.

La convicción de Franco de que no era un dictador reflejaba su nula capacidad para la autopercepción crítica. La serie de máscaras públicas tras las cuales ocultaba su personalidad —valiente héroe del desierto en África; un Cid del siglo xx en la Guerra Civil, emperador en ciernes en 1940, comandante de la España asediada a fines de los cuarenta— eran muy gratificantes y le dotaron de una fe inasequible al desaliento. Después de los grandes triunfos diplomáticos de 1953, la máscara que utilizó para el resto de su vida fue la de un patriarca benévolo y adorado por los españoles. Como las anteriores, era un papel en el que llegó a creer por completo y que se basaba parcialmente en el hecho innegable de que respondía a una necesidad de sus admiradores y partidarios. Después de todo, Franco no gobernó únicamente por medio de la represión: tuvo considerable apoyo popular. Estaban los que por razones de riqueza, creencias religiosas o convicción ideológica, eran activamente favorables a los valores de los nacionales durante la Guerra Civil de 1936-1939. Y estaba también el apoyo pasivo de quienes habían sido inducidos a la apatía política por la represión, los medios de comunicación controlados y las flagrantes deficiencias del sistema educativo. Por último, desde el final de los años cincuenta, Franco tuvo apoyo de quienes simplemente estaban agradecidos por la creciente mejora del nivel de vida.

Sin embargo, el auge económico —tan asiduamente calificado por sus propagandistas como su mejor obra— tuvo poco que ver con Franco, igual que la neutralidad de España en la Segunda Guerra Mundial. Su jefatura en la esfera económica, incluso si se juzga sólo por sus propios criterios y objetivos, fue lamentable. Durante la Guerra Civil y hasta el final de los años cincuenta, con ilimitada confianza en su capacidad económica, se aferró a la tesis fascista de control central autárquico, sin duda porque la idea de economía dirigida se adaptaba bien a su mentalidad militar. En octubre de 1939, su plan de reconstrucción nacional, rígidamente autárquico, junto a su rechazo de las ofertas británicas y norteamericanas de créditos, tuvieron efectos catastróficos en una España paralizada por la escasez de alimentos y materias primas. Sus políticas produjeron una penuria incalculable. El mercado negro y la corrupción fueron característicos de la economía española hasta bien avanzada la década de 1950. Si Franco hubiera tenido la magnanimidad y el patriotismo de dejar paso a don Juan en 1945, España se habría convertido en una Monarquía constitucional a tiempo de compartir los beneficios del Plan Marshall y de una pronta incorporación a la OTAN y a la CEE. Pero no fue así: se aferró al poder y culpó de las desastrosas consecuencias económicas de la autarquía a la malevolencia internacional, con lo que la renta per cápita no recuperó en España los niveles de 1936 hasta mediados de la década de 1950.¹⁸

Después de 1959 la economía española experimentó una profunda transformación porque se abandonaron las políticas económicas patrocinadas por Franco. A principios de los cincuenta, con el estancamiento económico amenazando la estabilidad de su dictadura, Franco se vio obligado a recurrir a los tecnócratas para buscar la salvación en el sistema capitalista internacional que había denunciado públicamente desde 1936. Los planes de estabilización y desarrollo elaborados en concordancia con las recomendaciones de organismos financieros internacionales y con los modelos de planificación franceses, delataron el absurdo de los anteriores veinte años de autarquía y constituyeron un giro económico comparable al abandono político del fascismo. Lejos de haber tutelado esos procesos, Franco se había avenido renuementemente a ellos sin entenderlos con objeto de permanecer en el poder.

El desarrollo fue en última instancia fruto de la combinación de la acumulación de capital interior producida por la represiva legislación laboral de los años cuarenta, las divisas aportadas por los emigrantes y el turismo, y la inversión extranjera atraída por un régimen anticomunista y antisindicalista. Franco contribuyó al crecimiento económico sólo en la medida en que su represivo régimen creó estabilidad y una fuerza de trabajo dócil que hicieron a España atractiva para los inversores extranjeros; pero, como demuestra su apego a la autarquía, la forma en que se llegó a ese crecimiento no respondía a sus objetivos.

Franco aprovechó la creciente prosperidad material como fuente de legitimación política, pero ese mismo ritmo de cambio económico y social fue haciendo anacrónico su propio régimen político. A fines de los años sesenta, muchos en los círculos industriales, de la banca y financieros se vieron negativamente afectados por la paternalista regulación del mercado laboral impuesta por los sindicatos falangistas y por el ostracismo político que impedía el ingreso de España en la CEE. Al mismo tiempo, sobre todo tras la primera crisis energética de 1974, ya no era posible comprar la apatía de una clase obrera sin derechos políticos con constantes subidas del nivel de vida. Un amplio consenso

entre los progresistas de derechas e izquierdas latía en el fondo del rechazo del país a los planes de Franco para el posfranquismo y garantizó el proceso de transición a la democracia.

Tras la muerte de Franco, los mecanismos sucesorios funcionaron y Juan Carlos se convirtió en rey según los términos de la legislación franquista, hecho que neutralizó a quienes en el Movimiento habían sospechado que pudiera compartir las tendencias liberales de su padre. Al mismo tiempo, las prolongadas vacilaciones de Franco sobre la sucesión y su coqueteo con Alfonso de Borbón habían distanciado suficientemente a Juan Carlos del régimen para disfrutar de cierta tolerancia de la oposición democrática. Desde mediados de 1976, el nuevo rey desempeñó un papel central en el complejo proceso de desmantelamiento del régimen franquista y en la creación de una legalidad democrática. La intención de Franco había sido instalar una Monarquía totalmente franquista para perpetuar su régimen. Pero incluso este aspecto de sus planes se desmoronó cuando el 14 de mayo de 1977, un mes antes de las primeras elecciones democráticas en España desde 1936, don Juan de Borbón renunció a sus derechos al trono otorgando así a su hijo plena legitimidad dinástica.

Si se juzgan en términos de su habilidad para permanecer en el poder, los logros de Franco son muy notables. Sin embargo, el coste humano en ejecuciones, encarcelamientos, torturas, ruptura de vidas por exilio o migración forzosa, dan constancia del exorbitante precio que pagó España por los «triumfos» de Franco. Escarmentados por los horrores de la Guerra Civil y la represión de posguerra, los españoles rechazaron tanto la violencia política como la idea de Franco de que el derecho de conquista permitía que media España gobernase a la otra mitad.

Durante la transición a la democracia, los españoles demostraron colectivamente una madurez política que contradecía la convicción de Franco de que eran incapaces de vivir en democracia.

A mediados de 1977, las más caras ambiciones de Franco para el futuro yacían en ruinas. El Movimiento había sido desmantelado, los sindicatos legalizados y los partidos políticos, incluyendo el odiado Partido Comunista de España, autorizados. Habiéndose propuesto la erradicación del comunismo en España, Franco había dejado un PCE con mucha más fuerza de la que había tenido en la Guerra Civil. Al año de su muerte, el PCE tenía 200.000 afiliados; su secretario general, Santiago Carrillo, participaba de forma decisiva en la transición y el partido obtuvo el 10% de los votos en las elecciones de 1977.¹⁹ También la determinación de Franco de extirpar el separatismo había dejado un movimiento nacionalista en el País Vasco y Cataluña mucho más fuerte que el que había existido antes de 1936, y nuevos movimientos regionalistas en Andalucía, Galicia, la región valenciana e incluso en zonas como La Rioja y Castilla-León. La constitución democrática de 1978 recogió en su articulado unos derechos a la autonomía regional que acabarían con el férreo centralismo por los que habían combatido en parte los franquistas en la Guerra Civil.

Inevitablemente, las dificultades más graves con las que la naciente democracia española tuvo que enfrentarse eran legado directo de la dictadura de Franco. Su intransigente centralismo y la brutal aplicación de éste al País Vasco darían como fruto el terrorismo de ETA y el apoyo popular del que ésta gozó hasta finales de los años setenta. De igual modo, su vengativa política de posguerra había sido vehemente fomentada en las academias militares, donde los jóvenes cadetes fueron adoctrinados para equiparar democracia con caos y separatismo. A medida que se desmantelaba rápidamente la dictadura, no es de extrañar que algunos de sus defensores militares se encontraran aislados del masivo consenso político en favor de la democratización. Lo cual, claro está, no les impidió intentar en varias ocasiones a finales de los años setenta, y sobre todo en el fracasado golpe del teniente coronel Tejero el 23 de febrero de 1981, imponer por la fuerza de las ideas del «búnker» sobre lo que debía ser el destino político de España.²⁰ La respuesta popular a la tentativa de Tejero de retroceder a tiempos franquistas, se expresó en las masivas y valerosas manifestaciones que movilizaron a millones de personas.

En las múltiples elecciones municipales, regionales y nacionales celebradas en España desde 1977, los partidos que abiertamente defienden valores franquistas nunca han cosechado más del 2% de los votos. Los españoles han abrazado el régimen democrático y han rechazado los proyectos de Franco para su futuro. El 20 de noviembre de todos los años, un grupo de sus más fervientes partidarios se concentra y grita «Franco resucita, el pueblo te necesita». Pero, cada año son menos los envejecidos franquistas irreductibles. Muy pronto ya no quedará ninguno.

Bibliografía

I. FUENTES PRIMARIAS

(i) Fuentes inéditas

1. Archivos oficiales

A. Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid)

Archivo General: Serie de Archivo Renovado (MAE/R fichas)

Archivo Azaña

B. Public Record Office (Londres)

(i) Cabinet Office

CAB 65 War Cabinet Minutes

CAB 66 War Cabinet Memoranda

CAB 128 Cabinet Conclusions, 1945-1950

CAB 129 Cabinet Papers, 1945-1950

PREM 8 Correspondance and Papers of Prime Minister's Office 1944-1945

(ii) Foreign Office

FO371 General Correspondance

FO425 Confidential Prints

C. Roma

(i) Archivio Storico e Diplomatico del Ministero degli Affari Esteri

Politica Spagna

Spagna Fondo di Guerra

(ii) Archivio Centrale dello Stato

Segreteria Particolare del Duce.

2. Colecciones privadas

Archivo de Serrano Súñer, Madrid

Templewood Papers, University Library, Cambridge.

(ii) Fuentes publicadas

1. Debates parlamentarios

Diario de las sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, comenzaron el 8 de diciembre de 1933, 17 vols., Madrid, 1933-1936.

Diario de las sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, comenzaron el 16 de marzo de 1936, 3 vols., Madrid, 1936.

Diario de las sesiones de las Cortes Constituyentes de la República española, comenzaron el 14 de julio de 1931, 25 vols., Madrid, 1931-1933.

Hansard, *House of Commons Debates*, Serie Quinta.

2. Documentos oficiales y correspondencia

Actas del último Consejo Nacional de Falange Española de las JONS, Salamanca, 18-19.IV.1937, y algunas noticias referentes a la Jefatura nacional de prensa y propaganda, editado por Vicente de Cadenas y Vicent, Madrid, 1975.

Actas de las sesiones de la Junta de Defensa de Madrid, editado por Julio Aróstegui y Jesús A. Martínez, Madrid, 1984.

[Aguirre y Lecube, José Antonio], *El informe del Presidente Aguirre al Gobierno de la República sobre los hechos que determinaron el derrumbamiento del frente del norte* (1937), Bilbao, 1978.

Akten zur deutschen auswärtigen Politik 1941-1945, Serie E, vol. III, Gotinga, 1969.

Arxiu Vidal i Barraquer, *Església i Estat durant la Segona República espanyola 1931-1936*, 8 vols., Montserrat, 1971-1990.

Cartas cruzadas entre D. Manuel Hedilla Larrey y D. Ramón Serrano Súñer, Madrid, 1947.

Catalunya sota el règim franquista: Informe sobre la persecució de la llengua i la cultura de Catalunya pel règim del general Franco, París, 1973.

Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondance, editado por class="frenchindent"Warren F. Kimball, 3 vols., Princeton, 1984.

Correspondência de Pedro Teotónio Pereira para Oliveira Salazar , I (1931-1939), Lisboa, 1987; *II (1940-1941)*, Lisboa, 1989; *III (1942)*, Lisboa, 1990; *IV (1943-1944)*, Lisboa, 1991.

Dez anos de política externa (1936-1947) a nação portuguesa e a segunda guerra mundial, vol. I, Lisboa, 1961, Lisboa, 1985; vol. II, Lisboa, 1978; vol. III, Lisboa, 1964; vol. IV, Lisboa, 1965; vol. V, Lisboa, 1967; vol. VI, Lisboa, 1970; vol. VII, Lisboa, 1971; vol. VIII, Lisboa, 1973; vol. IX, Lisboa, 1974; vol. X, Lisboa, 1974; vol. XII, Lisboa, 1985; vol. XIII, Lisboa, 1986; vol. XIV, Lisboa, 1991.

Dictamen de la Minoría Socialista, *El desastre de Melilla: dictamen formulado por Indalecio Prieto como miembro de la Comisión designada por el Congreso de los Diputados para entender en el expediente Picasso*, Madrid, 1922.

I Documenti Diplomatici Italiani , 8.ª serie, vol. XII, Roma, 1952; vol. XIII, Roma, 1953; 9.ª serie, vol. I, Roma, 1954; vol. II, Roma, 1957; vol. III, Roma, 1959; vol. IV, Roma, 1960; vol. V, Roma, 1965; vol. VI, Roma, 1986; vol. VIII, Roma, 1988, vol. IX, Roma, 1989; vol. X, Roma, 1990.

Documents Diplomatiques Français 1932-1939 , 2.ª serie (1936-1939), Tomo XV, París, 1981; Tomo XVI, París, 1983; Tomo XVII, París, 1984; Tomo XVIII, París, 1985; Tomo XIX, París, 1986.

Documentos del movimiento universitario bajo el franquismo, número especial de *Materiales*, Barcelona, 1977.

Documentos ocupados a las unidades italianas en la acción de Guadalajara, Ministerio de Estado, Valencia, 1937.

Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco, vols. 1, 2-I, 2-II, III, IV, Fundación Francisco Franco, Madrid, 1992-1994.

Documents on British Foreign Policy, Serie Segunda, vol. XVII, Londres, 1979.

Documents on German Foreign Policy , Serie C, vol. I, Washington, 1957; Serie C, vol. II, Washington, 1959; Serie C, vol. III, Londres, 1959; Serie C, vol. IV, Londres, 1964; Serie D, vol. I, Londres, 1949; Serie D, vol. II, Londres, 1950; Serie D, vol. III, Londres, 1951; Serie D, vol. IV, HM SO, Londres, 1951; Serie D, vol.V, United States Government Printing Office, Washington, 1953; vol. VI, HM SO, Londres, 1956; vol. VII, Londres, 1956; vol. VIII, Londres, 1954; vol. IX, Londres, 1956; vol. X, Londres, 1957; vol. XI, Londres, 1961; vol. XII, Londres, 1964; vol. XIII, Londres, 1964.

Documents on the Italian Intervention in Spain, sin lugar de impresión, [Londres], 1937.

Documents secrets du Ministère des Affaires Étrangères d’Allemagne: Espagne, París, 1946.

Estado Español, Ministerio de la Gobernación, *Dictamen de la comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936*, Barcelona, 1939.

Foreign Relations of the United States 1936, vol. II, Washington, 1954.

Foreign Relations of the United States 1937, vol. I, Washington, 1954.

Foreign Relations of the United States 1938, vol. I, Washington, 1955.

Foreign Relations of the United States 1939, vol. II, Washington, 1956.

Foreign Relations of the United States 1940, vol. II, Washington, 1957.

Foreign Relations of the United States 1941, vol. II, Washington, 1959.

Foreign Relations of the United States 1942, vol. III, Washington, 1961.

Foreign Relations of the United States 1943, vol. II, Washington, 1964.

Foreign Relations of the United States 1944, vol. IV, Washington, 1966.

Foreign Relations of the United States 1945, vol. V, Washington, 1967.

Foreign Relations of the United States 1946, vol. V, Washington, 1969.

Foreign Relations of the United States 1947, vol. III, Washington, 1972.

Foreign Relations of the United States 1948, vol. III, Washington, 1974.

Foreign Relations of the United States 1949, vol. IV, Washington, 1975.

Foreign Relations of the United States 1950, vol. III, Washington, 1977.

«Hispanicus», *Foreign Intervention in Spain*, Londres, 1937.

[Hitler Adolf]. *Hitler’s War Directives 1939-1945* , editado por H. R. Trevor-Roper, Londres, 1966.

How Mussolini Provoked the Spanish Civil War: Documentary Evidence, Londres, 1938.

Lleonart y Anselem, Alberto J. y Castiella y Maiz, Fernando María. *España y ONU I (1945-1946)*, Madrid, 1978.

Lleonart y Anselem, A. J. *España y ONU II (1947)*, Madrid, 1983.

Lleonart y Anselem, A. J. *España y ONU III (1948-1949): La «cuestión española»*, Madrid, 1985.

Lleonart y Anselem, A. J. *España y ONU IV (1950) : La «cuestión española»*, Madrid, 1991.

Mesa, Roberto, editor. *Jaraneros y alborotadores: documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid* , Madrid, 1982.

Ministerio de Justicia, *Causa general. La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el ministerio público*, Madrid, 1944.

Ministerio de la Guerra, Estado Mayor Central, *Anuario Militar de España año 1936*, Madrid, 1936.

[Missione Militare Italiana in Spagna]. *Fascistas en España: la intervención italiana en la Guerra Civil a través de los telegramas de la Missione Militare Italiana in Spagna (15 de diciembre de 1936-31 de marzo de 1937)*, editado por Ismael Saz y Javier Tusell, Madrid/Roma, 1981.

Nuremberg, Tribunal Militar Internacional, *Trial of Major War Criminals* , Nuremberg, 1947.

Partido Comunista de España, *Declaración por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español*, París, 1956.

Consejo de Seguridad, Naciones Unidas, Documentos Oficiales, Primer Año: Serie segunda, Suplemento especial, *Report of the Sub-Committee on the Spanish Question*, Nueva York, junio de 1946.

USA Departament of State, *The Spanish Government and the Axis*, Washington, 1946.

[Weizsäcker, Ernst von], *Die Weizsäcker-Papiere 1933-1950*, Propyläen, Frankfurt, 1974.

3. Periódicos y revistas

ABC

ABC (Sevilla)
Acción Española
El Alcázar
Arriba
Asturias
Boletín Oficial del Estado
Bulletin of Spanish Studies
Cambio 16
El Carbayón (Oviedo)
CEDA
El Compostelano (Santiago de Compostela)
El Correo Gallego
La Correspondencia Militar
Cuadernos de Ruedo Ibérico
The Daily Express
The Daily Mail
The Daily Telegraph
The Daily Telegraph and Morning Post
El Debate
Diário de Lisboa
El Diario Vasco
El Eco de Santiago (Santiago de Compostela)
The Economist
La Época
Estampa
El Faro de Vigo
Fotos
La Gaceta Regional
El Heraldo de Madrid
Hola!
L'Humanité
Informaciones
Interviú
Israel's Messenger
Manchester Guardian
Le Monde
The Morning Post
Mundo
Mundo Gráfico
Mundo Obrero
The News Chronicle
Newsweek
The New York Times
Nuestra Bandera
Nuevo Mundo
The Observer
Opinión
La Prensa (Gijón)
Región
El Socialista
The Sunday Express
The Sunday Times
Tiempo
The Times
La Vanguardia Española
La Voz de Asturias
La Voz de Galicia
The Universe
Ya

4. Escritos y discursos de Francisco Franco

Andrade, Jaime de [seudónimo de Francisco Franco Bahamonde], *Raza, anecdotario para el guión de una película*, Numancia, Madrid, 1942.

Boor, Jakim [seudónimo de Francisco Franco Bahamonde], *Masonería*, Gráficas Valera, Madrid, 1952.

Franco, Comandante, *Diario de una bandera*, Pueyo, Madrid, 1922.

Franco Bahamonde, Francisco, «*Apuntes*» *personales sobre la República y la Guerra Civil*, Fundación Francisco Franco, Madrid, 1987.

[Franco Bahamonde, Francisco], *El Caudillo en Cataluña*, Madrid, 1942.

Franco, Francisco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1951-1954*, Madrid, 1955.

Franco, Francisco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1955-1959*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1960.

Franco, Francisco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1960-1963*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1964.

Franco, Francisco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1964-1967*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1968.

Franco, Francisco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1968-1970*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1971.

[Franco Bahamonde, Francisco], *España y Francisco Franco, XXV aniversario de la exaltación a la Jefatura del Estado*, Madrid, 1961. [Franco Bahamonde, Francisco], *Francisco Franco, escritor militar*, Número especial, *Revista de Historia Militar*, Año XX, n.º 40, 1976.

[Franco Bahamonde, Francisco], *Franco ha dicho... recopilación de las más importantes declaraciones del Caudillo desde la iniciación del Alzamiento Nacional hasta el 31 de diciembre de 1946*, Ed. Carlos Jaime, Madrid, 1947.

[Franco Bahamonde, Francisco], *Franco ha dicho. Primer apéndice (contiene del 1 de enero de 1947 al 1 de abril de 1949)*, Voz, Madrid, 1949.

Franco Bahamonde, Francisco, «Fundamentos y directrices de un Plan de saneamiento de nuestra economía, armónico con nuestra reconstrucción nacional», *Historia* 16, n.º 115, noviembre de 1985.

Franco, facsímil mecanografiado y notas manuscritas, Fundación Francisco Franco, *Manuscritos de Franco*, Madrid, 1986.

Franco Bahamonde, Francisco, *Hoja de servicios del Caudillo de España, Excmo. Sr. Don Francisco Franco Bahamonde y su genealogía*, edición de Esteban Carvallo de Cora, Editora Nacional, Madrid, 1967.

Franco Bahamonde, Francisco, *Las cartas de amor de Franco*, edición de Vicente Gracia y Enrique Salgado, Ediciones Actuales, Barcelona, 1978.

Franco Bahamonde, Francisco, *Mensaje del Caudillo a los españoles*, discurso pronunciado por S.E. el Jefe del Estado la noche del 31 de diciembre de 1939, Madrid, 1939.

Franco Bahamonde, Francisco, *Papeles de la guerra de Marruecos*, Fundación Francisco Franco, Madrid, 1986.

[Franco Bahamonde, Francisco], *Statements made by H.E. General Franco and Count Jordana on the International Policy of Spain*, Madrid, 1943.

Franco Bahamonde, Francisco, *Textos de doctrina política: palabras y escritos de 1945 a 1950*, Madrid, 1951.

[Franco Bahamonde, Francisco], *Mensaje del Caudillo a los españoles, discurso pronunciado por S.E. el Jefe del Estado la noche del 31 de diciembre de 1939*, Madrid, 1939.

[Franco Bahamonde, Francisco], *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1938*, Eds. Fe, Barcelona, 1939.

[Franco Bahamonde, Francisco], *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-19 de abril de 1938*, Eds. Fe, Barcelona, 1938.

[Franco Bahamonde, Francisco], *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-7 de diciembre de 1942*, Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1943.

[Franco Bahamonde, Francisco], *Palabras de Franco: I año triunfal*, Editoria Nacional, Bilbao, 1937.

[Franco Bahamonde, Francisco], *Pensamiento político de Franco, editado por Agustín del Río Cisneros*, 2 vols., Eds. del Movimiento, Madrid, 1975.

Franco Bahamonde, Francisco, *Statements made by H.E. General Franco and Count Jordana on the International Policy of Spain*, Madrid, 1943.

Franco Bahamonde, Francisco, *Textos de doctrina política: palabras y escritos de 1945 a 1950*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1951.

5. Diarios, memorias, cartas y discursos de otros protagonistas

Acheson, Dean, *Present at the Creation: My Years in the State Department*, Nueva York, 1969.

Aguirre, Julen (seudónimo de Eva Forest), *Operación Ogro: cómo y por qué ejecutamos a Carrero Blanco*, Hendaya/París, 1974.

Aguirre y Lecube, José Antonio de, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, 3.ª edición, Buenos Aires, 1944.

Alcalá Zamora, Niceto, *Memorias*, Barcelona, 1977.

Alcázar de Velasco, Ángel, *Serrano Súñer en la Falange*, Madrid/Barcelona, 1941.

Alcázar de Velasco, Ángel, *Siete días de Salamanca*, Madrid, 1976.

Alderete, Ramón de, ... *Y estos borbones nos quieren gobernar*, París, 1974.

Ávarez, Basilio, *España en crisol*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1937.

Álvarez del Vayo, Julio, *Freedom's Battle*, Londres, 1940.

Ansaldo, Juan Antonio, *¿Para qué...? (de Alfonso XIII a Juan III)*, Buenos Aires, 1951.

Areilza, José María de, *A lo largo del siglo*, Planeta, Barcelona, 1992.

Areilza, José María de, *Así los he visto*, Planeta, Barcelona, 1974.

Areilza, José María de, *Crónica de libertad*, Barcelona, 1985.

Areilza, José María de, *Diario de un ministro de la Monarquía*, Barcelona, 1977.

Areilza, José María de, *Embajadores sobre España*, Madrid, 1947.

Areilza, José María de, *Memorias exteriores 1947-1964*, Barcelona, 1984.

Areilza, José María de y Castiella, Fernando María, *Reivindicaciones de España*, Madrid, 1941.

Arenillas de Chaves, Ignacio, *El proceso de Besteiro*, Madrid, 1976.

Arias Navarro, Carlos, *Discurso del Presidente del Gobierno a las Cortes Españolas 12.II.1974*, Madrid, 1974.

Armada, Alfonso, *Al servicio de la Corona*, Planeta, Barcelona, 1983.

Arrese, José Luis de, *Escritos y discursos*, Madrid, 1943.

Arrese, José Luis de, *La revolución social del nacional-sindicalismo*, Madrid, 1959.

Arrese, José Luis de, *Treinta años de política*, Madrid, 1966.

Arrese, José Luis de, *Una etapa constituyente*, Planeta, Barcelona, 1982.

Attard, Emilio, *La Constitución por dentro*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.

[Azaña Manuel], *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, 1939.

Azaña, Manuel, *Mi rebelión en Barcelona*, Madrid, 1935.

Azaña, Manuel, *Obras completas*, 4 vols., Oasis, México D.F., 1966-1968.

Azcárate, Pablo de, *Mi embajada en Londres durante la Guerra Civil española*, Ariel, Barcelona, 1976.

Bahamonde y Sánchez de Castro, Antonio, *Un año con Queipo: memorias de un nacionalista*, Barcelona, 1938.

Balfour John, *Not Too Correct an Aureole. The Recollections of a Diplomat*, Michael Russell, Salisbury, 1983.

Barba Hernández, Bartolomé, *Dos años al frente del Gobierno Civil de Barcelona y varios ensayos*, Madrid, 1948.

Baudouin, Paul, *The Private Diaries of Paul Baudouin (march 1940-january 1941)*, Eyre & Spittswode, Londres, 1948.

Bayod, Ángel, *Franco visto por sus ministros*, Planeta, Barcelona, 1981.

Beaulac, Willard L., *Career Ambassador*, MacMillan, Nueva York, 1951.

Beaulac, Willard L., *Franco: Silent Ally in World War II*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1986.

Berenguer, Dámaso, *De la Dictadura a la República*, Plus Ultra, Madrid, 1946.

Bonaventura, Armando, *Madrid-Moscovo da ditadura à República e à Guerra Civil de Espanha*, Parceria A. M. Perecva, Lisboa, 1937.

Bolín, Luis, *Spain: the Vital Years*, Lippincott, Filadelfia, 1967.

Bowers, Claude G., *My Mission to Spain*, Victor Gollancz, Londres, 1954.

[Bruce Lockhart, sir Robert], *The Diaries of Sir Robert Bruce Lockhart*, vol. 2, 1939-1965, editado por Kenneth Young, MacMillan, Londres, 1980.

Bureau Permanent de l'Entente Internationale Anticomuniste, *Dix-sept ans de lutte contre le bolchévisme 1924-1940*, Ginebra, 1940.

Burgo, Jaime del, *Conspiración y Guerra Civil*, Madrid, 1970.

Butcher, capitán Harry C., *My Three Years with Eisenhower*, Nueva York, 1946.

[Cadogan, sir Alexander], *The Diaries of Sir Alexander Cadogan, 1938-1945*, editado por David Dilkes, Cassell, Londres, 1971.

Calvo Serer, Rafael, *Franco frente al Rey: el proceso del régimen*, Autor/Ruedo Ibérico, París, 1972.

Calvo Serer, Rafael, *La dictadura de los franquistas: el «affaire» del «Madrid» y el futuro político*, Autor/Ruedo Ibérico, París, 1973.

Calvo Serer, Rafael, *La solución presidencialista*, Barcelona, 1979.

Calvo Sotelo, José, *Mis servicios al Estado. Seis años de gestión: apuntes para la Historia*, Imprenta Clásica Española, Madrid, 1931.

Cambó, Francesc, *Meditacions: dietari (1936-1940)*, Alpha, Barcelona, 1982.

Cambó, Francesc, *Meditacions: dietari (1941-1946)*, Alpha, Barcelona, 1982.

Cantalupo, Roberto, *Fu la Spagna. Ambasciata presso Franco. Febbraio-Aprile 1937*, Arnoldo Mondadori, Milán, 1948.

Carrero Blanco, almirante, *Discursos y escritos 1943-1973*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1974.

Castro Delgado, Enrique, *Hombres made in Moscú*, Caralt, Barcelona, 1965.

Chalmers Mitchell, sir Peter, *My House in Málaga*, Londres, 1938.

Chapaprieta Torregrosa, Joaquín, *La paz fue posible: memorias de un político*, Ariel, Barcelona, 1971.

Charles-Roux, François, *Cinq mois tragiques aux affaires étrangères 21 Mai-1er Novembre 1940*, París, 1949.

Churchill, Winston S., *The Second World War*, 6 vols., Londres, 1948-1954. [Trad. cast., *La Segunda Guerra Mundial*, Orbis, Barcelona, 1985.]

[Ciano, Galeazzo], *Ciano's Diary 1937-1938*, Methuen, Londres, 1952.

[Ciano, Galeazzo], *Ciano's Diary 1939-1943*, Meinemann, Londres, 1947.

[Ciano, Galeazzo], *Ciano's Diplomatic Papers*, editado por Malcolm Muggeridge, Odhams, Londres, 1948.

Cordón, Antonio, *Trayectoria (recuerdos de un artillero)*, París, 1971.

Cowles, Virginia, *Looking for Trouble*, Hamish Hamilton, Londres, 1941.

[Dalton, Hugh], *The Second World War Diary of Hugh Dalton 1940-1945*, editado por Ben Pimlott, Jonathan Cape, Londres, 1986.

Díaz, Carmen (viuda de Franco), *Mi vida con Ramón Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.

Doussinague, José M., *España tenía razón (1939-1945)*, Espasa Calpe, Madrid, 1949.

Downes, Donald, *The Scarlet Thread: Adventures in Wartime Espionage*, The British Book Centre, Nueva York, 1953.

Eccles, David, editor, *By Safe Hand: Letters of Sybil and David Eccles 1939-1942*, Bodley Head, Londres, 1983.

Eisenhower, Dwight D., *The White House Years: Waging Peace 1956-1961*, Heinemann, Londres, 1965.

Elósegui, Joseba, *Quiero morir por algo*, Burdeos, 1971.

Engel, Gerhard, *Heeresadjutant bei Hitler 1938-1943: Aufzeichnungen des Majors Engel*, editado por Hildegard von Kotze, Stuttgart, 1974.

Enrique y Tarancón, Vicente, *Confesiones*, PPC, Madrid, 1996.

Escobar, Adrián C., *Diálogo íntimo con España: memorias de un embajador durante la tempestad europea*, Club de Lectores, Buenos Aires, 1950.

Escofet, Frederic, *Al servei de Catalunya i de la República*, 2 vols., vol. 1, *La desfeta 6 d'octubre 1934*, vol. II, *La victòria 19 de juliol 1936*, París, 1973.

Esteban Infantes, Emilio, *La sublevación del general Sanjurjo*, Imprenta de J. Sánchez Ocaña, Madrid, 1933.

Faldella, Emilio, *Venti mesi di guerra in Spagna*, Le Monnier, Florencia, 1939.

Feis, Herbert, *The Spanish Story: Franco and the Nations at War*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1948.

Fernández Cuesta, Raimundo, *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Dyrsa, Madrid, 1985.

Fischer, Louis, *Men and Politics: An Autobiography*, Londres, 1941.

Fontana, José María, *Los catalanes en la guerra de España*, 2.ª edición, Barcelona, 1977.

[Forrestal, James], *The Forrestal Diaries*, editado por Walter Millis, Viking, Nueva York, Viking Press, 1951.

Fraga Iribarne, Manuel, *Memoria breve de una vida pública*, Planeta, Barcelona, 1980.

Franco, comandante [Ramón], *Águilas y garras: historia sincera de una empresa discutida*, Madrid, sin fecha, [1929].

Franco, comandante [Ramón], *Madrid bajo las bombas*, Madrid, 1931.

Franco, Ramón y Ruiz de Alda, Julio, *De Palos al Plata*, Madrid, 1926.

Franco Bahamonde, Pilar, *Nosotros los Franco*, Planeta, Barcelona, 1977.

Franco Salgado-Araujo, Francisco, *Mi vida junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1977.

Franco Salgado-Araujo, Francisco, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976.

Fuente, Licinio de la, «Valió la pena». *Memorias*, EDAF, Madrid, 1998.

García Lacalle, Andrés, *Mitos y verdades: la aviación de caza en la guerra española*, México D.F., 1973.

García-Valiño Marcén, teniente-general Rafael, *Guerra de liberación española (1938-1939). Campañas de Aragón y Maestrazgo, Batalla de Teruel, Batalla del Ebro*, Imprenta Biosca, Madrid, 1949.

Garrigues y Díaz Cañabate, Antonio, *Diálogos conmigo mismo*, Planeta, Barcelona, 1978.

Gil, Vicente, *Cuarenta años junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.

Gil Robles, José María, *La Monarquía por la que yo luché: páginas de un diario 1941-1954*, Madrid, 1976.

Gil Robles, José María, *No fue posible la paz*, Ariel, Barcelona, 1968.

Giménez Arnau, Joaquín, *Yo, Jimmy: mi vida entre los Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.

Giménez Arnau, J. A., *Memorias de memoria. Descifre vucencia personalmente*, Destino, Barcelona, 1978.

Giménez Caballero, Ernesto, *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona, 1979.

Giménez Caballero, Ernesto, *España y Franco*, Cegama, 1938.

[Goebbels, Joseph], *Final Entries 1945. The Diaries of Joseph Goebbels*, edición, introducción y notas de Hugh Trevor-Roper, Putnam's, Nueva York, 1978.

[Goebbels, Joseph], *The Goebbels Diaries 1939-41*, editado por Fred Taylor, Hamish Hamilton, Londres, 1982.

[Goebbels, Joseph], *The Goebbels Diaries [enero 1942-diciembre 1943]*, editado por Louis P. Lochner, Hamish Hamilton, Londres, 1948.

Gomá, Cardenal, *Por Dios y por España 1936-1939*, Barcelona, 1940.

Griffis, Stanton, *Lying in State*, Doubleday, Nueva York, 1952.

Guarner, Vicente, *Cataluña en la guerra de España*, Madrid, 1975.

Gutiérrez Mellado, Manuel, *Un soldado para España*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.

[Halder Franz], *The Halder War Diary 1939-1942*, editado por Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen, Londres, 1988.

[Harvey, Oliver], *The War Diaries of Oliver Harvey*, editado por John Harvey, Williams Collins, Londres, 1978.

Hassell, Ulrich von, *The Von Hassell Diaries 1938-1944*, Londres, 1948.

Hayes, Carlton J. H., *Wartime Mission in Spain*, Macmillan, Nueva York, 1945.

Hidalgo Durán, Diego, *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra? Diez meses de actuación ministerial*, Madrid, 1934.

Hidalgo Durán, Diego, *Un notario español en Rusia*, Madrid, 1929.

[Hitler, Adolf], *Hitler's Table Talk 1941-1944*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1953.

Hoare, sir Samuel, *Ambassador on Special Mission*, William Collins, Londres, 1946.

Hodgson, sir Robert, *Spain Resurgent*, Hutchinson, Londres, 1953.

Hoyos, marqués de, *Mi testimonio*, Madrid, 1962.

Hull, Cordell, *Memoirs*, 2 vols., Londres, 1949.

Ibárruri, Dolores, *El único camino*, París, 1964.

Iniesta Cano, Carlos, *Memorias y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1984.

Iribarren, José María, *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la Guerra Civil*, Librería General, Zaragoza, 1937.

Iribarren, José María, *Mola, datos para una biografía y para la historia del alzamiento nacional*, Librería General, Zaragoza, 1938.

Jalón, César, *Memorias políticas: periodista, ministro, presidiario*, Madrid, 1973.

Jaraiz Franco, Pilar, *Historia de una disidencia*, Planeta, Barcelona, 1981.

Jerrold, Douglas, *Georgian Adventure*, The Right Bork Club, Londres, 1937.

Jiménez de Asúa, Luis, Vidarte, Juan-Simeón, y vv.aa., *Castilblanco*, Madrid, 1933.

[Keitel, Wilhelm], *The Memoirs of Field-Marshal Keitel*, William Kimber, Londres, 1965.

Kemp, Peter, *Mine Were of Trouble*, Londres, 1957.

Kindelán Duany, Alfredo, *La verdad de mis relaciones con Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.

Kindelán Duany, Alfredo, *Mis cuadernos de guerra*, 2.ª edición, Planeta, Barcelona, 1982.

Kirkpatrick, Ivone, *The Inner Circle: Memoirs*, Londres, 1959.

Kissinger, Henry, *The White House Years*, Weidenfeld & Nicolson y Michael Joseph, Londres, 1979.

Koestler, Arthur, *Spanish Testament*, Londres, 1937.

Koltsov, Mijaíl, *Diario de la guerra de España*, París, 1963.

Laín Entralgo, Pedro, *Descargo de conciencia*, Barcelona, 1976.

Largo Caballero, Francisco, *Mis recuerdos*, México D.F., 1954.

Lerroux, Alejandro, *La pequeña historia: apuntes para la historia grande vividos y redactados por el autor*, Buenos Aires, 1945.

Liddell Hart, capitán, *Britain and Spain*, Londres, 1938.

Lizarza Iribarren, Antonio, *Memorias de la conspiración*, Pamplona, 1953.

Llaneza, Manuel, *Escritos y discursos*, Fundación José Barreiros, Oviedo, 1985.

Lomax, sir John, *The Diplomatic Smuggler*, Londres, 1965.

Longo, Luigi, *Le brigate internazionali in Spagna*, Editori Riuniti, Roma, 1956.

López Fernández, Antonio, *Defensa de Madrid*, A. P. Márquez, México D.F., 1945.

López Ochoa, general E., *Campaña militar de Asturias en octubre de 1934 (narración táctico-episódica)*, Yurique, Madrid, 1936.

López Ochoa, general E., *De la Dictadura a la República*, Zeus, Madrid, 1930.

López Rodó, Laureano, *La larga marcha hacia la Monarquía*, Noguer, Barcelona, 1977.

López Rodó, Laureano, *Memorias*, Plaza y Janés, Barcelona, 1990.

López Rodó, Laureano, *Memorias: Años decisivos*, Plaza y Janés, Barcelona, 1991.

López Rodó, Laureano, *El principio del fin: Memorias*, Barcelona, 1992.

López Rodó, Laureano, *Testimonio de una política de Estado*, Planeta, Barcelona, 1987.

Luca de Tena, José Ignacio, *Mis amigos muertos*, Planeta, Barcelona, 1971.

Luca de Tena, Torcuato, *Papeles para la pequeña y la gran historia: memorias de mi padre y mías*, Planeta, Barcelona, 1991.

Madariaga, Salvador de, *Memorias (1921-1936) amanecer sin mediodía*, Madrid, 1974.

Madariaga, Salvador de, *General, márchese usted*, Nueva York, 1959.

Maíz, B. Félix, *Alzamiento en España: de un diario de la conspiración*, 2.ª edición, Pamplona, 1952.

Maíz, B. Félix, *Mola, aquel hombre*, Planeta, Barcelona, 1976.

Marco Miranda, Vicente, *Las conspiraciones contra la Dictadura (1923-1930) relato de un testigo*, 2.ª edición, Tebas, Madrid, 1975.

Marsá, Graco, *La sublevación de Jaca: relato de un rebelde*, París, 1931.

Martín Blázquez, José, *I Helped to Build an Army: Civil War Memoirs of a Spanish Staff Officer*, Secker & Warburg, Londres, 1939.

Martínez Barrio, Diego, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1983.

Martínez Bedoya, *Cartas desde mi aldea*, Ámbito, Valladolid, 1996.

Maura, Gabriel, *Bosquejo histórico de la Dictadura*, 2 vols., Madrid, 1930.

Maura, Miguel, *Así cayó Alfonso XIII*, México D.F., 1962.

Mérida, María, *Testigos de Franco: retablo íntimo de una dictadura*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.

Millán Astray, general José, *Franco, el Caudillo*, Salamanca, 1939.

Modesto, Juan, *Soy del quinto regimiento (notas de la guerra española)*, Ebro, París, 1969.

Mola Vidal, Emilio, *Obras completas*, Santarén, Valladolid, 1940.

Moscardó, general, *Diario del Alcázar*, Atlas, Madrid, 1943.

Moulin de Labarthète, H. Du, *Le temps des illusions: souvenirs, juillet 1940-avril 1942*, Ginebra, 1946.

Moure Mariño, Luis, *La generación del 36: memorias de Salamanca y Burgos*, do Castro, La Coruña, 1989.

Navarro Rubio, Mariano, *Mis memorias: Testimonio de una vida política truncada por el Caso MATESA*, Plaza y Janés, Barcelona, 1991.

Neves, Mario, *La matanza de Badajoz*, Badajoz, 1986.

Onaindía, Alberto, *El «Pacto» de Santoña, antecedentes y desenlace*, Bilbao, 1983.

Onaindía, Alberto, *Hombre de paz en la guerra*, Buenos Aires, 1973.

Ossorio y Gallardo, Ángel, *Mis memorias*, Losada, Buenos Aires, 1946.

Pagés Guix, Luis [seudónimo], *La traición de los Franco ¡Arriba España!*, Madrid, sin fecha, [1937].

Pemán, José María, *Mis almuerzos con gente importante*, Dopesa, Barcelona, 1970.

Pemán, José María, *Mis encuentros con Franco*, Dopesa, Barcelona, 1976.

Pereira, Pedro Theotónio, *Memórias postos em que servi e algumas recordações pessoais*, 2 vols., Verbo, Lisboa, 1973.

Peterson, Maurice, *Both Sides of the Curtain*, Constable, Londres, 1950.

Pérez Salas, coronel Jesús, *Guerra en España (1936-1939)*, México D.F., 1947.

Pérez Solís, Óscar, *Sitio y defensa de Oviedo*, 2.ª edición, Afrodisio Aguado, Valladolid, 1938.

Philby, Kim, *My Silent War*, Londres, 1968.

Piétri, François, *Mes années d’Espagne 1940-1948*, Plon, París, 1954.

Portela Valladares, Manuel, *Memorias: dentro del drama español*, Alianza, Madrid, 1988.

Pozuelo, Vicente, *Los últimos 476 días de Franco*, Planeta, Barcelona, 1980.

Pradera, Víctor, *El Estado nuevo*, 3.ª edición, Madrid, 1941.

Prieto, Indalecio, *Convulsiones de España*, 3 vols., Oasis, México D.F., 1967-1969.

Prieto, Indalecio, *Palabras al viento*, 2.ª edición, Oasis, México D.F., 1969.

Primo de Rivera, José Antonio, *Textos de doctrina política*, 4.ª edición, Madrid, 1966.

Prüfer, Curt, *Rewriting History: The Original and Revised World War II Diaries of Curt Prüfer, Nazi Diplomat*, Kent State University Press, Kent, Ohio, 1988.

Queipo de Llano, Gonzalo, *El general Queipo de Llano perseguido por la dictadura*, Javier Morato, Madrid, 1930.

Reynaud, Paul, *Au coeur de la Melée 1930-1945*, París, 1951.

Ribbentrop, Joaquim von, *The Ribbentrop Memoirs*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1954.

Richthofen, Wolfram von, «Spanien-Tagebuch» en Maier, Klaus A., *Guernica 26.4.1937. Die deutsche Intervention in Spanien und der «Fall Guernica»*, Rombach, Friburgo, 1975.

Ridruejo, Dionisio, *Casi unas memorias*, Planeta, Barcelona, 1976.

Rodríguez Martínez, Julio, *Impresiones de un ministro de Carrero Blanco*, Planeta, Barcelona, 1974.

Rojo, General Vicente, *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*, 2.ª edición, Ariel, Barcelona, 1974.

Rojo, General Vicente, *Así fue la defensa de Madrid*, Era, México D.F., 1967.

Rojo, General Vicente, *España heroica: diez bocetos de la guerra española*, 3.ª edición, Ariel, Barcelona, 1975.

Romanones, Aline Griffith, condesa de, *The Spy Wore Red*, Londres, 1987. [Trad. cast., *La espía vestida de rojo*, Ediciones B, Barcelona, 1987.]

Romero, Emilio, *Los papeles reservados*, 2 vols., Plaza y Janés, Barcelona, 1985.

Ruiz Vilaplana, Antonio, *Doy fe... un año de actuación en la España nacionalista*, París, sin fecha, [1938].

Sáinz Rodríguez, Pedro, *Un reinado en la sombra*, Planeta, Barcelona, 1981.

Sáinz Rodríguez, Pedro, *Testimonio y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1978.

Salazar Alonso, Rafael, *Bajo el signo de la revolución*, Madrid, 1935.

San Martín, José Ignacio, *Servicio especial: a las órdenes de Carrero Blanco*, Planeta, Barcelona, 1983.

Saña, Heleno, *El franquismo sin mitos: conversaciones con Serrano Súñer*, Grijalbo, Barcelona, 1982.

Schellenberg, Walter, *The Schellenberg Memoirs: A Record of the Nazi Secret Service*, André Deutsch, Londres, 1956.

Schmidt, Paul, *Hitler’s Interpreter: The Secret History of German Diplomacy 1935-1945*, Heinemann, Londres, 1951.

Serrano Súñer, Ramón, *De anteayer y de hoy*, Plaza y Janés, Barcelona, 1981.

Serrano Súñer, Ramón, *Ensayos al viento*, Cultura Hispánica, Madrid, 1969.

Serrano Súñer, Ramón, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977.

Serrano Súñer, Ramón, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Eds. y Publicaciones Españolas, Madrid, 1947.

Serrano Súñer, Ramón, *Semblanza de José Antonio, joven*, Pareja y Borrás, Barcelona, 1958.

Serrano Súñer, Ramón, *Siete discursos*, Fe, Bilbao, 1938.

Sopeña, Federico, *Escrito de noche*, Espasa Calpe, Madrid, 1985.

Soriano, Ramón, *La mano izquierda de Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.

Spellman, Francis J., *Action This Day: Letters From The Fighting Fronts*, Londres, 1944.

[Stettinius, Edward R. Jr.], *The Diaries of Edward R. Stettinius, Jr., 1943-1946*, editado por Thomas M. Campbell y George C. Herring, Nueva York, 1975.

Tagüeña Lacorte, Manuel, *Testimonio de dos guerras*, Oasis, México D.F., 1973.

Tierno Galván, Enrique, *Cabos sueltos*, Bruguera, Barcelona, 1981.

Truman, Harry S., *Memoirs. Year of Decisions 1945*, Hodder & Stoughton, Londres, 1955.

Tusquets, P. Juan, *Orígenes de la revolución española*, Barcelona, 1932.

Tusquets, P. Juan, *La Francmasonería, crimen de lesa patria*, Burgos, sin fecha, [1937].

Tusquets, P. Juan, *Masonería y separatismo*, Burgos, 1937.

Utrera Molina, José, *Sin cambiar de bandera*, Planeta, Barcelona, 1989.

Vaca de Osma, José Antonio, *La larga guerra de Francisco Franco*, Rialp, Madrid, 1991.

Vaca de Osma, José Antonio, *Paisajes con Franco al fondo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1987.

Valdés Larrañaga, Manuel, *De la Falange al Movimiento (1936-1952)*, Fundación Francisco Franco, Madrid, 1994.

Vegas Latapié, Eugenio, *Caminos del engaño: memorias políticas II 1936-1938*, Madrid, 1987.

Vegas Latapié, Eugenio, *Memorias políticas: el suicidio de la Monarquía y la segunda República*, Planeta, Barcelona, 1983.

Vegas Latapié, Eugenio, *La frustración en la victoria. Memorias políticas: 1938-1942*, Actas, Madrid, 1995.

Vidarte, Juan-Simeón, *El bienio negro y la insurrección de Asturias*, Grijalbo, Barcelona, 1978.

Vidarte, Juan-Simeón, *Todos fuimos culpables: testimonio de un socialista español*, México D.F., 1973.

Walters, Vernon A., *Silent Missions*, Doubleday, Nueva York, 1978.

Weizsäcker, Ernst von, *Memoirs of Ernst von Weizsäcker*, Londres, 1951.

Worsley, T. C., *Behind the Battle*, Londres, 1939.

Zugazagoitia, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2.ª edición, 2 vols., Librería Española, París, 1968.

II. FUENTES SECUNDARIAS

(i) Libros y tesis inéditas

ABC, *La II guerra mundial*, Madrid, 1989.

Abella, Rafael, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil 1) La España Nacional*, Barcelona, 1978.

Abella, Rafael, *La vida cotidiana en España bajo el régimen de Franco*, Barcelona, 1985.

Abella, Rafael, *Por el Imperio hacia Dios: crónica de una posguerra (1939-1950)*, Planeta, Barcelona, 1978.

Abellán, José Luis, *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, Espasa Calpe, Madrid, 2000.

Abshagen, Karl Heinz, *Canaris*, Londres, 1956. [Trad. cast., *El Almirante Canaris*, Espasa-Calpe, Madrid, s.f.]

Aguado Sánchez, Francisco, *El Maquis en España: su historia*, Madrid, 1975.

Aguado Sánchez, Francisco, *El Maquis en España: sus documentos*, Madrid, 1976.

Aguado Sánchez, Francisco, *La revolución de octubre de 1934*, Madrid, 1972.

Águila, Juan José del, *El TOP. La represión de la libertad*, Planeta, Barcelona, 2001.

Aguilar Olivencia, Mariano, *El Ejército español durante el franquismo*, Akal, Madrid, 1986.

Aguilar Olivencia, Mariano, *El Ejército español durante la segunda república*, Madrid, 1986.

Aguirre, Jesús, ed., *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*, Taurus, Madrid, 1976.

Alarcón Benito, Juan, *Francisco Franco y su tiempo*, Madrid, 1983.

Alberola, Octavio y Gransac, Ariane, *El anarquismo español y la acción revolucionaria 1961-1974*, París, 1975.

Alcofar Nassaes, José Luis; C.T.V. *Los legionarios italianos en la Guerra Civil española 1936-1939*, Barcelona, 1972.

Alfarache, Guzmán de, *¡18 de julio! Historia del alzamiento glorioso de Sevilla*, Sevilla, 1937.

Alpert, Michael, *El ejército republicano en la Guerra Civil*, 2.ª edición, Madrid, 1989.

Alpert, Michael, *La Guerra Civil española en el mar*, Madrid, 1987.

Alpert, Michael, *La reforma militar de Azaña (1931-1933)*, Madrid, 1982.

Alpuente, Moncho, *Hablando francamente*, Barcelona, 1990.

Álvarez Junco, José, *El emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia popular*, Madrid, 1990.

Amover, Francesc, *Il carcere vaticano: Chiesa e fascismo in Spagna*, Gabriele Mazotta, Milán, 1975.

Anson, Luis María, *Don Juan*, Plaza y Janés, Barcelona, 1994.

Arasa, Daniel, *Años 40: los maquis y el PCE*, Argos Vergara, Barcelona, 1984.

Arce, Carlos de, *Los generales de Franco*, Barcelona, 1984.

Arrarás, Joaquín, *Franco*, 7.ª edición, Valladolid, 1939.

Arrarás, Joaquín, *Historia de la Cruzada española*, 8 vols., 36 tomos, Madrid, 1939-1943.

Arrarás, Joaquín, *La segunda República española*, 4 vols., Editora Nacional, Madrid, 1956-1968.

Artigues, Daniel, *El Opus Dei en España 1928-1962: su evolución ideológica y política de los orígenes al intento de dominio*, Ruedo Ibérico, París, 1971.

Ashford Hodges, Gabrielle, *Franco. Retrato psicológico de un dictador*, Taurus, Madrid, 2001.

Avni, Haim, *Spain, The Jews and Franco*, The Jewish Society of America, Filadelfia, 1982. [Trad. cast., España, *Franco y los judíos*, Madrid, 1982.]

Aznar, Manuel, *Franco*, Prensa Española, Madrid, 1975.

Aznar, Manuel, *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)*, Idea, Madrid, 1940.

Azpíroz Pascual, José María y Elboj Broto, Fernando, *La sublevación de Jaca*, Zaragoza, 1984.

Bachoud, Andrée, *Franco*, Crítica, Barcelona, 2000.

Balfour, Sebastian, *Dictatorship, Workers and the City: Labour in Greater Barcelona since 1939*, Clarendon, Oxford, 1989.

Ballbé, Manuel, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Alianza, Madrid, 1983.

Baón, Rogelio, *La cara humana de un Caudillo*, San Martín, Madrid, 1975.

Bardavío, Joaquín, *La crisis: historia de quince días*, Sedmay, Madrid, 1974.

Bardavío, Joaquín, *La rama trágica de los borbones*, Plaza y Janés, Barcelona, 1989.

Bardavío, Joaquín, *Los silencios del Rey*, Strips, Madrid, 1979.

Barea, Arturo, *La forja de un rebelde*, Buenos Aires, 1951.

Barea, Arturo, *The Struggle for the Spanish Soul*, Londres, 1941.

Barull Pelegrí, J., y Mir Curco, Conxita, *Violència popular i ruptura social a Espanya, 1936-1945*, Universitat de Lleida, 1995.

Barreiro Fernández, Xosé Ramón, *Historia contemporánea de Galicia*, 4 vols., La Coruña, 1982.

Bayo, Eliseo, *Los atentados contra Franco*, Barcelona, 1977.

Belforte, Francesco (seudónimo del general Francesco Biondi Morra), *La guerre civile in Spagna*, 4 vols., ISPI, Milán, 1938-1939.

Bennassar, Bartolomé, *Franco*, EDAF, Madrid, 1996.

Benavides, Manuel D., *La revolución fue así (octubre rojo y negro) reportaje*, Barcelona, 1935.

Ben-Ami, Shlomo, *Fascism from Above: The Dictatorship of Primo de Rivera in Spain 1923-1930*, Oxford University Press, Oxford, 1983.

Ben-Ami, Shlomo, *The Origins of the Second Republic in Spain*, Oxford, 1978. [Trad. cast., *Los orígenes de la Segunda República*, Alianza, Madrid, 1990.]

Bernecker, Walter L. ed., *España y Alemania en la Edad Contemporánea*, Vervuert, Frankfurt, 1992.

Bertrán Güell, Felipe, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional*, Santarén, Valladolid, 1939.

Blanco Escolá, Carlos, *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)*, Barcelona, 1989.

Blanco Escolá, Carlos, *Franco y Rojo. Dos generales para dos Españas*, Labor, Barcelona, 1993.

Blanco Escolá, Carlos, *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000.

Blasco Ibáñez, Vicente, *Alfonso XIII Unmasked*, Londres, 1925.

Blaye, Edouard de, *Franco and the Politics of Spain*, Pelican, Harmondsworth, 1976.

Blázquez, Feliciano, *La traición de los clérigos en la España de Franco: crónica de una intolerancia (1936-1975)*, Madrid, 1991.

Blinkhorn, Martin, *Carlism and Crisis in Spain 1931-1939*, Cambridge, 1975. [Trad. cast., *Carlismo y contrarrevolución en España*, Crítica, Barcelona, 1979.]

Blinkhorn, Martin, ed., *Spain in Conflict 1931-1939: Democracy and its Enemies*, Sage, Londres, 1986.

Bloch, Michael, *Operation Willi: The Plot to Kidnap the Duke of Windsor July 1940*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1984.

Bolloten, Burnett, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, Chapel Hill, 1991.

Bonmatí de Codecido, Francisco, *El Príncipe Don Juan de España*, Santarén, Valladolid, 1938.

Borkenau, Franz, *The Spanish Cockpit*, 2.ª edición, Ann Arbor, 1963.

Borràs Betriu, Rafael, *El rey de los rojos. Don Juan, una figura tergiversada*, Los Libros de Abril, Barcelona, 1996.

Borràs Betriu, Rafael, *El Rey perjuro. Alfonso XIII y la caída de la Monarquía*, Los Libros de Abril, Barcelona, 1997.

Borràs Betriu, Rafael, *Los últimos borbones. De Alfonso XIII al Príncipe Felipe*, Flor del Viento, Barcelona, 1999.

Borràs Betriu, Rafael y vv.aa., *El día en que mataron a Carrero Blanco*, Barcelona, 1974.

Bowen, Wayne, H., *Spaniards and Nazi Germany. Collaboration in the New Order*, University of Missouri Press, Columbia, 2000.

Boyd, Carolyn P., *Praetorian Politics in Liberal Spain*, Chapel Hill, 1979. [Trad. cast., *Política pretoriana de Alfonso XIII*, Alianza, Madrid, 1990.]

Bravo Morata, Federico, *Franco y los muertos providenciales*, Madrid, 1979.

Brenan, Gerald, *The Spanish Labyrinth*, Cambridge, 1943. [Trad. cast., *El laberinto español*, Plaza y Janés, Barcelona, 1985.]

Brissaud, André, *Canaris*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1973.

Broué, Pierre y Témime, Emile, *The Revolution and the Civil War in Spain*, Londres, 1972. [Trad. cast., *La revolución y la guerra de España*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1977.]

Buckley, Henry, *Life and Death of the Spanish Republic*, Hamish Hamilton, Londres, 1940.

Bullock, Alan, *Ernest Bevin: Foreign Secretary 1945-1951*, Oxford University Press, Londres, 1983.

Burdick, Charles B., *Germany's Military Strategy and Spain in World War II*, Syracuse, 1968.

Busquets, Julio, *El militar de carrera en España*, 3.ª edición, Ariel, Barcelona, 1984.

Cabanellas, Guillermo, *La guerra de los mil días*, 2 vols., Grijalbo, Buenos Aires, 1973.

Cabanellas, Guillermo, *Cuatro generales 1) preludio a la Guerra Civil*, Planeta, Barcelona, 1977.

Cacho Zabalza, Antonio, *La Unión Militar Española*, Alicante, 1940.

Cagigao, José L., Crispin, John y Pupo-Walker, Enrique, editores, *Spain 1975-1980: The Conflicts and Achievements of Democracy*, Madrid, 1982.

Calleja, Juan José, *Un corazón al rojo*, Juventud, Barcelona, 1963.

Cameron Watt, Donald, *How War Came: The Immediate Origins of the Second World War 1938-1939*, Londres, 1989.

Cardona, Gabriel, *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*, Siglo XXI, Madrid, 1983.

Cardona, Gabriel, *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*, Temas de Hoy, Madrid, 1983.

Cardona, Gabriel, *El problema militar en España*, Historia 16, Madrid, 1990.

Cardozo, Harold G., *March of a Nation: My Year of Spain's Civil War* , Londres, 1937.

Carlavilla, Mauricio, *Anti-España 1959: autores, cómplices y encubridores del comunismo*, Nos, Madrid, 1959.

Carr, Raymond, *Spain 1808-1975*, Oxford, 1982. [Trad. cast., *España 1808-1975*, Ariel, Barcelona, 1982.]

Carr, Raymond, *The Spanish Tragedy: The Civil War in Perspective* , Londres, 1977. [Trad. cast., *La tragedia española*, Alianza, Madrid, 1986.]

Carr, Raymond y Fusi, Juan Pablo, *Spain: Dictatorship to Democracy*, George Allen & Unwin, Londres, 1979.

Carral, Ignacio, *Por qué mataron a Luis de Sirval*, Madrid, 1935.

Carrascal, José María, *Franco, veinticinco años después*, Espasa Calpe, Madrid, 2000.

Casanova, Julián, *La Iglesia de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.

Casanova, Julián; Cenarro, Ángea; Cifuentes, Julita; Maluenda, María Pilar y Salomón, María Pilar, *El pasado oculto: fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, 2.ª edición, Mira Editores, Zaragoza, 1999.

Casas de la Vega, Rafael, *Franco, militar*, Editorial Fénix, Madrid, 1995.

Casas de la Vega, *Las milicias nacionales*, 2 vols., Editora Nacional, Madrid, 1977.

Casas de la Vega, Rafael, *Seis generales de la Guerra Civil. Vidas paralelas y desconocidas*, Editorial Fénix, Madrid, 1998.

Casas de la Vega, Rafael, *La última guerra de África (campaña de Ifni-Sáhara)*, Estado Mayor del Ejército, Madrid, 1985.

Catala, Michel, *Les relations franco-espagnoles pendant la deuxième guerre mondiale. Rapprochement nécessaire, réconciliation impossible 1939-1944* , L'Harmattan, París, 1997.

Catalan, Jordi, *La economía española y la segunda guerra mundial*, Ariel, Barcelona, 1995.

Caute, David, *The Great Fear: The Anti-Communist Purge under Truman and Eisenhower* , Londres, 1978.

Cava Mesa, María Jesús, *Los diplomáticos de Franco: J. F. de Lequerica, temple y tenacidad (1890-1963)* , Universidad de Deusto, Bilbao, 1989.

Cave Brown, Anthony, *The Last Hero: Wild Bill Donovan*, Londres, 1982.

Cave Brown, Anthony, *The Secret Servant: The Life of Sir Stewart Menzies, Churchill's Spymaster* , Londres, 1988.

Cazorla Sánchez, Antonio, *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Marcial Pons, Madrid, 2000.

Chamorro, Eduardo, *Francisco Franco. Anatomía de un mito*, Plaza y Janés, Barcelona, 1998.

Chao Rego, José, *La Iglesia en el franquismo*, Felmar, Madrid, 1976.

Chase, Allan, *Falange: The Axis Secret Army in the Americas*, Putman's, Nueva York, 1943.

Chase, Gilbert, *The Music of Spain*, 2.ª edición, Dover, Nueva York, 1959.

Chávez Camacho, Armando, *Misión de prensa en España*, México D.F., 1948.

Chavkin, Samuel; Sangster, Jack; Susman, William, eds., *Spain. Implications for United State, Foreign Policy*, Greylock, Stanford, 1976.

Cierva, Ricardo de la, *Francisco Franco: biografía histórica*, 6 vols., Planeta, Barcelona, 1982.

Cierva, Ricardo de la, *Francisco Franco: un siglo de España*, 2 vols., Editora Nacional, Madrid, 1973.

Cierva, Ricardo de la, *Hendaya. Punto final*, Planeta, Barcelona, 1981.

Cierva, Ricardo de la, *Historia del franquismo: I orígenes y configuración (1939-1945)*, Planeta, Barcelona, 1975.

Cierva, Ricardo de la, *Historia del franquismo: II, aislamiento, transformación, agonía (1945-1975)*, Planeta, Barcelona, 1978.

Cierva, Ricardo de la, *Historia de la Guerra Civil española*, San Martín, Madrid, 1969.

Cierva, Ricardo de la, *La derecha sin remedio (1801-1987)*, Plaza y Janés, Barcelona, 1987.

Cierva, Ricardo de la, *No nos robarán nuestra historia. Nuevas mentiras, falsificaciones y revelaciones*, Fénix, Madrid, 1995.

Clark, Alan, *Barbarossa: The Russian-German Conflict 1941-1945*, Londres, 1965.

Clavera, Joan; Esteban, Joan M; Monés, María Antonia; Montserrat, Antoni y Ros Hombravella, Jacint, *Capitalismo español: de la autarquía a la estabilización* , 2 vols., Edicusa, Madrid, 1973.

Colectivo Democracia, *Los Ejércitos... más allá del golpe*, Planeta, Barcelona, 1981.

Coles, S. F. A., *Franco of Spain*, Neville Spearman, Londres, 1955.

Colodny, Robert G., *The Struggle for Madrid: The Central Epic of the Spanish Conflict 1936-1937*, Paine Whitman, Nueva York, 1958.

Conforti, Olao, *Guadalajara: la prima sconfitta del fascismo*, Murgia, Milán, 1967.

Cooper, Norman B., *Catholicism and the Franco Regime*, Sage, Beverly Hills, 1975.

Cortada, James W., *Relaciones España-USA 1941-45*, Dopesa, Barcelona, 1973.

Cortés Cavanillas, Julián, *La caída de Alfonso XIII*, 7.ª edición, San Martín, Madrid, 1933.

Cossías, Tomás, *La lucha contra el «maquis» en España*, Editora Nacional, Madrid, 1956.

Costa i Deu, J. y Sabaté, Modest, *La veritat del 6 d'octubre*, Barcelona, 1936.

Coverdale, John F., *Italian Intervention in the Spanish Civil War*, Princeton, 1975. [Trad. cast., *Intervención fascista en la Guerra Civil española*, Alianza, Madrid, 1979.]

Cox, Geoffrey, *Defence of Madrid*, Left Book Club, Londres, 1937.

Créac'h, Jean, *Le coeur et l'épée: chroniques espagnoles*, Plon, París, 1958.

Cross, J.A., *Sir Samuel Hoare: A Political Biography*, Jonathan Cape, Londres, 1977.

Crozier, Brian, *Franco: A Biographical History*, Londres, 1967. [Trad. cast., *Franco*, Magisterio Español, Madrid, 1984.]

Cuadrat, Xavier, *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911): los orígenes de la CNT*, Madrid, 1976.

Cueto Alas, Juan, *Guía secreta de Asturias*, editorial Al-berak, Madrid, 1975.

Culla i Clarà, Joan B., *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Barcelona, 1986.

Delgado, Iva, *Portugal e a Guerra Civil de Espanha*, Europa-América, Lisboa, sin fecha.

Diario 16, Historia de la transición, editado por Justino Sinova, 2 vols., Madrid, 1984.

Diario 16, Historia del Franquismo, editado por Justino Sinova, 2 vols., Madrid, 1985.

Díaz Nosty, Bernardo, *La comuna asturiana: revolución de octubre de 1934*, Bilbao, 1974.

Díaz Nosty, Bernardo, *Las Cortes de Franco*, Barcelona, 1972.

Domínguez, Javier, *Organizaciones obreras cristianas en la oposición al franquismo (1951-1975)*, Bilbao, 1985.

Dzepeli, E. N., *Franco, Hitler y los Estados Unidos*, Era, México, 1963.

Eby, Cecil, *The Siege of the Alcázar*, Bodley Head, Londres, 1966.

Equipos de Estudio, *Noticia, rumor, bulo: la muerte de Franco: ensayo sobre algunos aspectos del control de la información*, Madrid, 1976.

Equipo Mundo, *Los 90 ministros de Franco*, Dopesa, Barcelona, 1970.

Ellwood, Sheelagh, *Franco*, Logman, Londres, 1944.

Ellwood, Sheelagh M., *Spanish Fascism in the Franco Era*, Macmillan, Londres, 1987.

Eslava Galán, Juan, *El sexo de nuestros padres*, Planeta, Barcelona, 1993.

Espadas Burgos, Manuel, *Franquismo y política exterior*, Madrid, 1988.

Espín, Eduardo, *Azaña en el poder: el partido de Acción Republicana*, Madrid, 1980.

Espinar Gallego, Ramón et. al., *El impacto de la II guerra mundial en Europa y en España*, Madrid, 1986.

Espinosa de los Monteros y Bermejillo, Ignacio, *Hendaya y la segunda guerra mundial (vivencias y paz)*, inédito, Madrid, sin fecha.

Espinosa de los Monteros y Bermejillo, Hernando, Juan, Gonzalo e Ignacio, *España en Hendaya. Desmitificada la famosa entrevista Franco/Hitler 23 de octubre de 1940*, CIRSA, Madrid, 1981.

Etapé, Fabián, *Sin acuse de recibo*, Plaza y Janés, Barcelona, 2000.

Estévez, Carlos, y Mármol, Francisco, *Carrero. Las razones ocultas de un asesinato*, Temas de Hoy, Madrid, 1998.

Fabre, Jaume; Huertas, Josep M. y Ribas, Antoni, *Vint anys de resistència catalana (1939-1959)*, Barcelona, 1978.

Fanés, Fèlix, *La vaga de tramvies del 1951*, Laia, Barcelona, 1977.

Febo, Giuliana di, *La santa de la raza: un culto barroco en la España franquista (1937-1962)*, Barcelona, 1988.

Feis, Herbert, *From Trust to Terror: The Onset of the Cold War 1945-1950*, Londres, 1970.

Felice, Renzo de, *Mussolini il duce: lo stato totalitario 1936-1940*, Turín, 1981.

Fernández Julio, *Los enigmas del Caudillo: perfiles desconocidos de un dictador temeroso e implacable*, Madrid, 1992.

Fernández Areal, Manuel, *La libertad de prensa en España 1938-1971*, Madrid, 1971.

Fernández de Castro, Ignacio y Martínez, José, *España hoy*, París, 1963.

Fernández Clemente, Eloy, *El coronel Rey d'Harcourt y la rendición de Teruel: historia y fin de una leyenda negra*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1992.

Fernández Santander, Carlos, *Antología de 40 años (1936-1975)*, do Castro, La Coruña, 1983.

Fernández Santander, Carlos, *El almirante Carrero*, Plaza y Janés, Barcelona, 1985.

Fernández Santander, Carlos, *El fútbol durante la Guerra Civil y el franquismo*, San Martín, Madrid, 1990.

Fernández Santander, Carlos, *El general Franco*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.

Fernández Santander, Carlos, *Paracuellos de Jarama: ¿Carrillo culpable?*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.

Fernández Santander, Carlos, *Tensiones militares durante el franquismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1985.

Ferrer Benimeli, José Antonio, *Masonería española contemporánea*, 2 vols., Siglo XXI, Madrid, 1980.

Ferri, Llibert; Muixí, Jordi y Sanjuan, Eduardo, *Las huelgas contra Franco (1939-1956)*, Barcelona, 1978.

Ferro, Marc, *Pétain*, París, 1987.

Figuro, Javier y Herrero, Luis, *La muerte de Franco jamás contada*, Planeta, Barcelona, 1985.

Foltz, Charles Jr., *The Masquerade in Spain*, Houghton Mifflin, Boston, 1948.

Fontana, José María, *Franco: radiografía del personaje para sus contemporáneos*, Barcelona, 1979.

Fortes, José y Valero, Restituto, *Qué son las Fuerzas Armadas*, Barcelona, 1977.

Foss, William y Gerahty, Cecil, *The Spanish Arena*, The Right Book Club, Londres, 1938.

Fraser, Ronald, *Blood of Spain: The Experience of Civil War 1936-1939*, Allen Lanes, Londres, 1979.

Fuente, Ismael; García, Javier y Prieto, Joaquín, *Golpe mortal: asesinato de Carrero y agonía del franquismo*, El País, Madrid, 1983.

Fusi, Juan Pablo, *Franco: autoritarismo y poder personal*, El País, Madrid, 1985.

Galindo Herrero, Santiago, *Los partidos monárquicos bajo la segunda República*, 2.ª edición, Madrid, 1956.

Galinsoga, Luis y Franco Salgado-Araujo, *Centinela de Occidente (Semblanza biográfica de Francisco Franco)*, AHR, Barcelona, 1956.

Gallagher, Tom, *Portugal: A Twentieth Century Interpretation*, Manchester, University Press, 1983.

Gallego, Gregorio, *Madrid, corazón que se desangra*, G. del Toro, Madrid, 1976.

Gallo, Max, *Spain Under Franco: A History*, George Allen & Unwin, Londres, 1973.

García, P., *Los chistes de Franco*, Madrid, 1977.

García de Cortázar, Fernando, *Fotobiografía de Franco. Una vida en imágenes*, Planeta, Barcelona, 2000.

García de la Escalera, Inés, *El general Varela*, Madrid, 1959.

García Lahiguera, Fernando, *Ramón Serrano Súñer: un documento para la historia*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.

García-Villoslada, Ricardo, editor, *Historia de la Iglesia en España*, vol. V, Madrid, 1979.

García Venero, Maximiano, *El general Fanjul: Madrid en el alzamiento nacional*, Madrid, 1967.

García Venero, Maximiano, *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, Ruedo Ibérico, París, 1967.

García Venero, Maximiano, *Historia de la Unificación (Falange y Requeté en 1937)*, Madrid, 1970.

Garriga, Ramón, *El Cardenal Segura y el Nacional-Catolicismo*, Planeta, Barcelona, 1977.

Garriga, Ramón, *El general Yagüe*, Planeta, Barcelona, 1985.

Garriga, Ramón, *Franco-Serrano Súñer: un drama político*, Planeta, Barcelona, 1986.

Garriga, Ramón, *Guadalajara y sus consecuencias*, G. del Toro, Madrid, 1974.

Garriga, Ramón, *La España de Franco: de la División Azul al pacto con los Estados Unidos (1943 a 1951)*, Cagica, Puebla, México, 1971.

Garriga, Ramón, *La España de Franco: las relaciones con Hitler*, 2.ª edición, Cagica, Puebla, México, 1970.

Garriga, Ramón, *La Señora de El Pardo*, Planeta, Barcelona, 1979.

Garriga, Ramón, *Los validos de Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.

Garriga, Ramón, *Nicolás Franco, el hermano brujo*, Planeta, Barcelona, 1980.

Garriga, Ramón, *Ramón Franco, el hermano maldito*, Planeta, Barcelona, 1978.

Garriga Ramón, *Los validos de Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.

Garriga, Ramón, *El ocaso de los dioses nazis*, Atlas, Madrid, 1945.

Garitaonandía, Carmelo y Granja, José Luis de la, editores, *La Guerra Civil en el país vasco*, Bilbao, 1987.

Georgel, Jacques, *El franquismo: historia y balance 1939-1969*, París, 1970.

Gibson, Ian, *En busca de José Antonio*, Planeta, Barcelona, 1980.

Gibson, Ian, *Federico García Lorca*, Londres, 1989. [Trad. cast., *Federico García Lorca*, Crítica, Barcelona, 1997.]

Gibson, Ian, *Paracuellos: cómo fue*, Barcelona, 1983.

Gibson, Ian, *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*, Argos Vergara, Barcelona, 1986.

Gibson, Ian, *The Assassination of Federico García Lorca*, Londres, 1979. [Trad. cast., *El asesinato de García Lorca*, Plaza y Janés, Barcelona, 1987.]

Gilbert, Martin, *Finest Hour: Winston S. Churchill 1939-1941*, Heinemann, Londres, 1983.

Gilbert, Martin, *Road to Victory: Winston S. Churchill 1941-1945*, Heinemann, Londres, 1986.

Gironella, José María y Borràs Betriu, Rafael, *Cien españoles y Franco*, Planeta, Barcelona, 1979.

Goda, Norman, J. W., *Tomorrow The World: Hitler, Northwest Africa, and the Path toward America*, Texas A & M University Press, College Station, 1998.

Goded, Manuel, *Un «faccioso» cien por cien*, Zaragoza, 1939.

Gomá, Coronel José, *La guerra en el aire*, AHR, Barcelona, 1958.

Gómez, Navarro, José Luis, *El régimen de Primo de Rivera: reyes, dictaduras y dictadores*, Madrid, 1991.

Gómez Oliveros, comandante Benito, *General Moscardó (sin novedad en el Alcázar)*, AHR, Barcelona, 1956.

Gómez Pérez, Rafael, *El franquismo y la Iglesia*, Madrid, 1986.

Gondi, Ovidio, *La hispanidad franquista al servicio de Hitler*, México, D.F., 1979.

González, Fernando, *Liturgias para un Caudillo: manual de dictadores*, Madrid, 1977.

González, Manuel Jesús, *La economía política del franquismo (1940-1970): Dirigismo, mercado y planificación*, Tecnos, Madrid, 1979.

González Betes, Antonio, *Franco y el Dragon Rapide*, Madrid, 1987.

González Calbet, María Teresa, *La dictadura de Primo de Rivera: el Directorio militar*, Madrid, 1987.

González Calleja, Eduardo y Limón Nevado, Fredes, *La Hispanidad como instrumento de combate: raza e imperio en la prensa franquista durante la Guerra Civil española*, Madrid, 1988.

González Duro, Enrique, *Franco: una biografía psicológica*, Madrid, 1992.

González Egido, Luciano, *Agonizar en Salamanca: Unamuno juliodiciembre 1936*, Madrid, 1986.

González Portilla, Manuel y Garmendia, José María, *La Guerra Civil en el País Vasco*, Madrid, 1988.

González Portilla, Manuel y Garmendia, José María, *La posguerra en el País Vasco: política, acumulación, miseria*, San Sebastián, 1988.

Gracia García, Jordi, y Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Síntesis, Madrid, 2001.

Graham, Helen y Labanyi, Jo, eds., *Spanish Cultural Studies. An Introduction*, Oxford University Press, 1995.

Graham, Helen y Preston, Paul, editores, *The Popular Front in Europe*, Londres, 1987.

Granados, Anastasio, *El Cardenal Gomá: Primado de España*, Madrid, 1969.

Grenville, J. A. S., *Lord Salisbury and Foreign Policy: The Close of the Nineteenth Century*, Londres, 1964.

Griffiths, Richard, *Fellow Travellers of the Right: British Enthusiasts for Nazi Germany 1933-39*, Londres, 1980.

[Grimau García, Julián], *¿Crimen o castigo? Documentos inéditos sobre Julián Grimau García*, Madrid, 1963.

[Grimau García, Julián], *Julián Grimau: crimen y castigo del general Franco*, Buenos Aires, 1963.

Gubern, Román, «Raza» (*un ensueño del General Franco*), Eds. 99, Madrid, 1977.

Gutiérrez, Fernando, *Curas represaliados en el franquismo*, Akal, Madrid, 1977.

Gutiérrez-Ravé, José, *Antonio Goicoechea*, Madrid, 1965.

Halstead, Charles R., *Spain, the Powers and the Second World War*, tesis doctoral inédita, Universidad de Virginia, 1962.

Hamilton, Thomas J., *Appeasement's Child: The Franco Regime in Spain*, Gollancz, Londres, 1943.

Harrison, Joseph, *The Spanish Economy in the Twentieth Century*, Croom Helm, Beckenham, 1985.

Haxey, Simon, *Tory M.P.*, The Left Book Club, Londres, 1939.

Heaton, P. M., *Welsh Blockade Runners in the Spanish Civil War*, Newport, 1985.

Heine, Hartmut, *A guerrilla antifranquista en Galicia*, Vigo, 1980.

Heine, Harmut, *La oposición política al franquismo*, Crítica, Barcelona, 1983.

Hermet, Guy, *Les Catholiques dans l'Espagne Franquiste*, 2 vols., Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1980-1981.

Hermet, Guy, *L'Espagne de Franco*, París, 1974.

Hernández Mir, Francisco, *La Dictadura ante la Historia: un crimen de lesa patria*, Madrid, 1930.

Herreros, Isabelo, *Mitología de la cruzada de Franco: El Alcázar de Toledo*, Vösa, Madrid, 1995.

Hidalgo Salazar, Ramón, *La ayuda alemana a España 1936-1939*, San Martín, Madrid, 1975.

Hills, George, *Franco: The Man and His Nation*, Nueva York, 1967.

Hills, George, *Rock of Contention: A History of Gibraltar*, Londres, 1974. [Trad. cast., *El peñón de la discordia: Historia de Gibraltar*, San Martín, Madrid, 1975.]

Hinsley, F. H., et al., *British Intelligence in the Second World War*, 4 vols., en cinco entregas, HMSO, Londres, 1979-1990.

Höhne, Heinz, *Canaris*, Londres, 1979.

Howard, Michael, *British Intelligence in the Second World War V: Strategic Deception*, HMSO, Londres, 1990.

Howard, Michael, *Grand Strategy IV: August 1942-September 1943*, HMSO, Londres, 1970.

Howson, Gerald, *Aircraft of the Spanish Civil War 1936-1939*, Putnam, Londres, 1990.

Hughes, Emmet John, *Report from Spain*, Latimer House, Londres, 1947.

Iturralde, Juan de, *La guerra de Franco: los vascos y la Iglesia*, 2 vols., San Sebastián, 1978.

Jackson, Gabriel, *The Spanish Republic and the Civil War*, Princeton, 1965. [Trad. cast., *La República española y la Guerra Civil*, Crítica, Barcelona, 1990.]

Jargue Íñiguez, Arturo, «Queremos esas bases». *El acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco*, Universidad de Alcalá, 1998.

Jato, David, *Gibraltar decidió la guerra*, Barcelona, 1971.

Jellinek, Frank, *The Civil War in Spain*, Londres, 1938. [Trad. cast., *La Guerra Civil en España*, Júcar, Gijón, 1978.]

Jiménez de Aberasturi, Juan Carlos y San Sebastián, Koldo, *La huelga general del 1.º de mayo de 1947 (artículos y documentos)*, San Sebastián, 1991.

Jones, Randolph Bernard, *The Spanish Question and the Cold War 1944-1953*, tesis doctoral inédita, Universidad de Londres, 1987.

Juliá, Santos, *Manuel Azaña: una biografía política, del Ateneo al Palacio Nacional*, Madrid, 1990.

Kaiser, Carlos J., *La guerrilla antifranquista: historia del maquis*, Madrid, 1976.

Kay, Hugh, *Salazar and Modern Portugal*, Londres, 1970.

Kinder, Marsha, *Blood Linema. The Reconstruction of National Identity in Spain*, University of California Press, Berkeley, 1993.

Kleinfeld, Gerald R. y Tams, Lewis A., *Hitler's Spanish Legion: The Blue Division in Russia*, Carbondale, 1979.

Knickerbocker, H. R., *The Siege of the Alcazar: A War-Log of the Spanish Revolution*, Londres, sin fecha, [1936].

Knoblauch, H. Edward, *Correspondent in Spain*, Nueva York, 1937.

Knox, Macgregor, *Mussolini Unleashed 1939-1941: Politics and Strategy in Fascist Italy's Last War*, Cambridge, 1982.

Lacomba Avellán, Juan Antonio, *La crisis española de 1917*, Madrid, 1970.

Lacruz, Francisco, *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*, Barcelona, 1943.

LaFeber, Walter, *America, Russia and the Cold War 1945-1975*, 3.ª edición, Nueva York, 1976.

Lago, Julián, *Las contramemorias de Franco*, Barcelona, 1976.

Lannon, Frances, *Privilege, Persecution, and Prophecy: The Catholic Church in Spain 1875-1975*, Oxford, 1987. [Trad. cast., *Privilegio, persecución y profecía*, Alianza, Madrid, 1990.]

Lannon, Frances y Preston, Paul, editores, *Elites and Power in Twentieth-Century Spain: Essays in Honour of Sir Raymond Carr*, Oxford, 1990.

Last, Jef, *The Spanish Tragedy*, Londres, 1939.

Lavardín, Javier, *Historia del último pretendiente a la corona de España*, París, 1976.

Lazo, Alfonso, *La Iglesia, la Falange y el fascismo. (Un estudio sobre la prensa española de posguerra)*, Universidad de Sevilla, 1998.

Leitz, Christian, *Economic Relations Between Nazi Germany and Franco's Spain 1936-1945*, Oxford University Press, Oxford, 1996.

Leitz, Christian y Dunthorn, David, J., eds., *Spain in an International Context, 1936-1959*, Berghahn Books, Nueva York, 1999.

Lieberman, Sima, *The Contemporary Spanish Economy: A Historical Perspective*, George Allen & Unwin, Londres, 1982.

Liedtke, Bovis N., *Embracing a Dictatorship. US Relations with Spain*, Macmillan, Londres, 1998.

Little, Douglas, *Malevolent Neutrality: The United States, Great Britain and the Origins of the Spanish Civil War*, Ithaca, 1985.

Lizarza, A. de (seudónimo de Andrés María de Irujo), *Los vascos y la República española*, Buenos Aires, 1944.

Lizcano, Pablo, *La generación del 56: La Universidad contra Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1981.

Llarch, Juan, *Franco: biografía*, ATE, Barcelona, 1983.

Lojendio, Luis María de, *Operaciones militares de la guerra de España*, Montaner y Simon, Barcelona, 1940.

López, Elsa, Álvarez Junco, José, Espadas Burgos, Manuel y Muñoz Tinoco, Concha, *Diego Hidalgo en un tiempo difícil*, Madrid, 1986.

Lorenzo Espinosa, José María, *Rebelión en la Ría. Vizcaya 1947: obreros, empresarios y falangistas*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1988.

Losada Malvárez, Juan Carlos, *Ideología del Ejército franquista, 1939-1959*, Istmo, Madrid, 1990.

Loveday, Arthur F., *Spain 1923-1948: Civil War and World War*, Bridgewater, 1949.

Lukacs, John, *The Last European War: September 1939-December 1941*, Routledge, Londres, 1976.

McNeill-Moss, comandante Geoffrey, *The Epic of the Alcázar*, Londres, 1937.

Maier, Klaus A., *Guernica 26.4.1937: Die deutsche intervention in Spanien und der «Fall Guernica»*, Rombach, Friburgo, 1975.

Maravall, José, *El desarrollo económico y la clase obrera*, Ariel, Barcelona, 1970.

Mariñas, General Francisco Javier, *General Varela (de soldado a general)*, AHR, Barcelona, 1956.

Marquina Barrio, Antonio, *España en la política de seguridad occidental 1939-1986*, Eds. Ejército, Madrid, 1986.

Marquina Barrio, Antonio, *La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1945)*, CSIC, Madrid, 1983.

Marquina Barrio, Antonio y Ospina, Gloria Inés, *España y los judíos en el siglo XX*, Espasa Calpe, Madrid, 1987.

Martin, Claude, *Franco, soldado y estadista*, Fermín Uriarte, Madrid, 1965.

Martín, Miguel, *El colonialismo español en Marruecos (1860-1956)*, París, 1973.

Martínez Leal, comandante Alfredo, *El asedio del Alcázar de Toledo: memorias de un testigo*, Toledo, sin fecha.

Martínez Nadal, Rafael, *Antonio Torres y la política española del Foreign Office (1940-1944)*, Madrid, 1989.

Martínez Parrilla, Jaime, *Las fuerzas armadas francesas ante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Eds. Ejército, Madrid, 1987.

Matthews, Herbert L., *The Yoke and the Arrows: A Report on Spain*, Heinemann, Londres, 1958.

Maura, duque de, y Fernández Almagro, Melchor, *Por qué cayó Alfonso XIII*, Madrid, 1948.

Mesa, Roberto, *Jaraneros y alborotadores: Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Universidad Complutense, Madrid, 1982.

Miguel, Amando de, *Franco, Franco, Franco*, Eds. 99, Madrid, 1976.

Miguel, Amando de, *Sociología del Franquismo*, Euros, Barcelona, 1975.

Miguélez, Faustino, *La lucha de los mineros asturianos bajo el franquismo*, Laia, Barcelona, 1976.

Mir, Conxita, *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Milenio, Lleida, 2000.

Mirandet, François, *L'Espagne de Franco*, París, 1948.

Molas, Isidre, *Lliga Catalana: un estudi d'Estasiologia*, 2 vols., Barcelona, 1972.

Molinero, Carme y Ysàs, Pere, *Catalunya durant el franquisme*, Empúries, Barcelona, 1999.

Montañés, Enrique, *Anarcosindicalismo y cambio político: Zaragoza, 1930-1936*, Zaragoza, 1989.

Montero Moreno, Antonio, *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*, BAC, Madrid, 1961.

Montoro Romero, Ricardo, *La Universidad en la España de Franco (1939/1970) (Un análisis sociológico)*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1981.

Moradiellos, Enrique, *El Sindicato de los Obreros Mineros Asturianos 1910-1930*, Oviedo, 1986.

Moradiellos, Enrique, *La España de Franco (1939-1975) Política y sociedad*, Síntesis, Barcelona, 2000.

Moradiellos, Enrique, *Neutralidad benévola; el Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*, Oviedo, 1990.

Moradiellos, Enrique, *La perfidia de Albión: el Gobierno británico y la Guerra Civil española*, Siglo XXI, Madrid, 1996.

Moradiellos, Enrique, *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la Guerra Civil española*, Península, Barcelona, 2001.

Moradiellos, Enrique, *Sin ira et studio. Ejercicios de crítica historiográfica*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 2000.

Morales Lezcano, Víctor, *Historia de la no-beligerancia española durante la segunda guerra mundial*, Las Palmas, 1980.

Morán, Gregorio, *Adolfo Suárez: historia de una ambición*, Planeta, Barcelona, 1979.

Morán, Gregorio, *Los españoles que dejaron de serlo: Euskadi, 1937-1981*, Planeta, Barcelona, 1982.

Morán, Gregorio, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*, Planeta, Barcelona, 1986.

Moreno de Alborán y de Reyna, Fernando y Salvador, *La guerra silenciosa y silenciada. Historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-1939* , vol. I, Gráficas Lormo, Madrid, 1998.

Moreno de Alborán y de Reyna, Fernando y Salvador, *La guerra silenciosa y silenciada. Historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-1939* , vol. II, Gráficas Lormo, Madrid, 1998.

Moreno de Alborán y de Reyna, Fernando y Salvador, *La guerra silenciosa y silenciada. Historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-1939* , vol. III, Gráficas Lormo, Madrid, 1998.

Moreno de Alborán y de Reyna, Fernando y Salvador, *La guerra silenciosa y silenciada. Historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-1939* , vol. IV (primera parte), Gráficas Lormo, Madrid, 1998.

Moreno de Alborán y de Reyna, Fernando y Salvador, *La guerra silenciosa y silenciada. Historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-1939* , vol. IV (segunda parte), Gráficas Lormo, Madrid, 1998.

Moreno Gómez, Francisco, *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla*, Crítica, Barcelona, 2001.

Moreno Fonseret, Roque, y Sevillano, Calero, Francisco, eds., *El franquismo. Visiones y balances*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1999.

Moreno Villalba, Faustino, *Franco, héroe cristiano en la guerra*, Madrid, 1985.

Morgan, Kenneth O., *Labour in Power 1945-1951*, Oxford, 1984.

Muñoz, Juan; Roldán, Santiago, y Serrano, Ángel, *La internacionalización del capital en España 1959-1977*, Madrid, 1978.

Muñoz Tinoco, Concha, *Diego Hidalgo, un notario republicano*, Badajoz, 1986.

Muro Zegri, D., *La epopeya del Alcázar*, Valladolid, 1937.

Murray Williamson, *The Change in the European Balance of Power, 1938-1939*, Princeton University Press, 1984.

Murray Williamson, *German Military Effectiveness*, Baltimore, 1992.

Nourry, Philippe, *Francisco Franco: la conquete du Pouvoir*, París, 1975. [Trad. cast., *Francisco Franco: la conquista del poder*, Júcar, Gijón, 1976.]

Oliveros, Antonio L., *Asturias en el resurgimiento español (apuntes históricos y biográficos)*, Madrid, 1935.

Oneto, José, *Arias entre dos crisis 1973-1975*, Madrid, 1975.

Oneto, José, *100 días en la muerte de Francisco Franco*, Felmar, Madrid, 1975.

Ossorio y Gallardo, Ángel, *Vida y sacrificio de Companys*, 2.ª edición, Barcelona, 1976.

Otero, Luis, *Al paso alegre de la paz*, Plaza y Janés, Barcelona, 1996.

Otero, Luis, *La española cuando besa*, Plaza y Janés, Barcelona, 1999.

Otero, Luis, *Flechas y Pelayos*, EDAF, Madrid, 2000.

Otero, Luis, *Mi mamá me mima*, Plaza y Janés, Barcelona, 1998.

Otero, Luis, *La Sección Femenina*, EDAF, Madrid, 1999.

Oven, W. von, *Hitler und der Spanische Bürgerkrieg. Mission und Schicksal der Legion Condor*, Tubinga, 1978.

Pablo VI y España, Pubblicazioni dell’Istituto Paolo VI, Brescia, 1996.

Palacios, Jesús, *La España totalitaria. Las raíces del Franquismo: 1934-1946*, Planeta, Barcelona.

Palacios, Jesús, *Los papeles secretos de Franco. De las relaciones con Juan Carlos y Don Juan al protagonismo del Opus*, Temas de Hoy, Madrid, 1996.

Palomino, Ángel, *Caudillo*, Planeta, Barcelona, 1992.

Papeleux, Léon, *El almirante Canaris. Entre Franco y Hitler*, Juventud, Barcelona, 1977.

Pardo, Jesús, *Las damas del franquismo*, Temas de Hoy, Madrid, 2000.

Pasamar Alzuria, Gonzalo, *Historiografía e ideología en la posguerra española: La ruptura de la tradición liberal*, Universidad de Zaragoza, 1991.

Payne, Stanley G., *Falange: A History of Spanish Fascism*, Stanford, 1961.

Payne, Stanley G., *Franco: el perfil de la historia*, Espasa Calpe, Madrid, 1992.

Payne, Stanley, *Franco y José Antonio: el extraño caso del fascismo español*, Planeta, Barcelona, 1997.

Payne, Stanley G., *Franco’s Spain* , Routledge, Londres, 1968.

Payne, Stanley G., *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford, 1967.

Payne, Stanley G., *The Franco Regime 1936-1975*, Madison, 1987. [Trad. cast., *El régimen de Franco 1936-1975*, Alianza, Madrid, 1987.]

Paxton, Robert O., *Vichy France: Old Guard and New Order 1940-1944*, Londres, 1972.

Pedriali, Ferdinando, *Guerra di Spagna e aviazione italiana*, Aeronautica Militare Italiana, Ufficio Storico, Roma, 1992.

Peers, E. Allison, *Spain in Eclipse 1937-1943*, Londres, 1943.

Peñafiel, Jaime, *El General y su tropa. Mis recuerdos de la familia Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 1992.

Pike, David Wingeate, *Jours de gloire, jours de honte: le Parti Communiste d’Espagne en France depuis son arrivée en 1939 jusque’à son départ en 1950* , París,

1984.

Pike, David Wingeate, *Les français et la guerre d'Espagne 1936-1939*, PUF, París, 1975.

Plenn, Abel, *Wind in the Olive Trees: Spain from the Inside*, Boni & Gaer, Nueva York, 1946.

Pons Prades, Eduardo, *Guerrillas españolas 1936-1960*, Planeta, Barcelona, 1977.

Portero, Florentino, *Franco aislado: la cuestión española (1945-1950)*, Aguilar, Madrid, 1989.

Preston, Paul, *Las derechas españolas en el siglo veinte: autoritarismo, fascismo, golpismo*, Sistema, Madrid, 1986.

Preston, Paul, *Comrades! Portraits from the Spanish Civil War*, Harper Collins, Londres, 1999. [Trad. cast., *Las tres Españas del 36*, Plaza y Janés, Barcelona, 1998.]

Preston, Paul, *Salvador de Madariaga and the Quest for Liberty in Spain*, Clarendon Press, Oxford, 1987.

Preston, Paul, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Republic 1931-1936*, Londres, 1978. [Trad. cast., *La destrucción de la democracia en España. Reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Grijalbo, Barcelona, 2001.]

Preston, Paul, *Palomas de guerra. Cinco mujeres marcadas por el enfrentamiento bélico*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.

Preston, Paul, *The Politics of Revenge: Fascism and the Military in the 20th Century Spain*, Londres, 1990. [Trad. cast., *La política de la venganza: el fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Península, Barcelona, 1997.]

Preston, Paul, ed., *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil*, Península, Barcelona, 1999.

Preston, Paul, editor, *Revolution and War in Spain 1931-1939*, Londres, 1984. [Trad. cast., *Revolución y guerra en España*, Alianza, Madrid, 1986.]

Preston, Paul, editor, *Spain in Crisis: Evolution and Decline of the Franco Regime*, Hassocks, 1976. [Trad. cast., *España en crisis: evolución y decadencia del régimen de Franco*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1978.]

Preston, Paul, *The Spanish Civil War*, Londres, 1986. [Trad. cast., *La Guerra Civil española*, Plaza y Janés, Barcelona, 1987.]

Preston, Paul, *The Triumph of Democracy in Spain*, Londres, 1986. [Trad. cast., *El Triunfo de la democracia en España, 1969-1982*, Plaza y Janés, 1986.]

Proctor, Raymond, *Agonía de un neutral (Las relaciones hispanoalemanas durante la segunda guerra mundial y la División Azul)*, Editora Nacional, Madrid, 1972.

Puzzo, Dante A., *Spain and the Great Powers, 1936-1941*, Nueva York, 1962.

Qasim Bin Ahmad, *Britain, Franco Spain, and the Cold War, 1945-1950*, Garland, Nueva York, 1992.

Quintanilla, Luis, *Los rehenes del Alcázar de Toledo*, Ruedo Ibérico, París, 1967.

Raguer, Hilari, *El general Batet. Franco contra Batet: Crónica de una venganza*, Península, Barcelona, 1996.

Raguer, Hilari, *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española*, Península, Barcelona, 2001.

Raguer, Hilari, *Salvador Rial, Vicari del Cardenal de la pau*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1993.

Ramírez, Luis [seudónimo de Luciano Rincón], *Franco: la obsesión de ser, la obsesión de poder*, Ruedo Ibérico, París, 1976.

Ramírez, Luis [seudónimo de Luciano Rincón], *Nuestros primeros veinticinco años*, Ruedo Ibérico, París, 1964.

Ramírez, Pedro J., *El año que murió Franco*, Plaza y Janés, Barcelona, 1985.

Ramón-Laca, Julio de, *Bajo la férula de Queipo: cómo fue gobernada Andalucía*, Sevilla, 1939.

Reig Tapia, Alberto, *Franco «Caudillo»: Mito y realidad*, Tecnos, Madrid, 1995.

Reig Tapia, Alberto, *Ideología e historia: sobre la represión franquista y la Guerra Civil*, Akal, Madrid, 1984.

Reig Tapia, Alberto, *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*, Alianza, Madrid, 1999.

Reig Tapia, Alberto, *Violencia y terror. Estudios sobre la Guerra Civil española*, Akal, Madrid, 1990.

Rich, Norman, *Hitler's War Aims: Ideology, the Nazi State, and the Course of Expansion*, 2 vols., André Deutsch, Londres, 1973-1974.

Richards, Michael, *Un tiempo de silencio: la Guerra Civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1935-1945*, Crítica, Barcelona, 1999.

Riera, Ignasi, *Los catalanes de Franco*, Plaza y Janés, Barcelona, 1998.

Río Cisneros, Agustín del, *Política internacional de España: El caso español en la ONU y en el mundo*, Madrid, 1946.

Río Cisneros, Agustín del, *Viraje político español durante la II Guerra Mundial, 1942-1945*, Eds. del Movimiento, Madrid, 1965.

Risco, Alberto S.J., *La epopeya del Alcázar de Toledo*, San Sebastián, 1941.

Rivas Cherif, Cipriano, *Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña*, Grijalbo, Barcelona, 1980.

Rodríguez Aisa, María Luisa, *El Cardenal Gomá y la guerra de España: aspectos de la gestión pública del Primado 1936-1939*, CSIS, Madrid, 1981.

Rodríguez Armada, Armandino y Novais, José Antonio, ¿Quién mató a Julián Grimau?, Eds. 99, Madrid, 1976.

Rodríguez Moñino Soriano, Rafael, *La misión diplomática del XVII Duque de Alba en la Embajada de España en Londres (1937-1945)*, Castalia, Valencia, 1971.

Romero, Luis, *Tres días de julio (18, 19 y 20 de 1936)*, 2.ª edición, Ariel, Barcelona, 1968.

Romero Maura, Joaquín, *The Spanish Army in Catalonia: The «CuCut! Incident» and the Law of Jurisdictions 1905-1906*, Sage, Londres, 1976.

Romero Maura, Joaquín, «La rosa de fuego». *El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Grijalbo, Barcelona, 1975.

Ros, Samuel y Bouthelier, Antonio, *A hombros de la Falange: Historia del traslado de los restos de José Antonio*, Patria, Barcelona, 1940.

Rotvand, Georges, *Franco Means Business*, Londres, sin fecha, [1937].

Roura, Assumpta, *El misterio de la mujer de El Pardo*, MartínezRoca, Barcelona, 2000.

Roura, Assumpta, *Mujeres para después de una guerra*, Flor del Viento, Barcelona, 1998.

Rovighi, Alberto y Stefani, Filippo, *La partecipazione italiana alla Guerra Civile Spagnola*, 2 vols. Ufficio Storico dello Stato Maggiore dell'Esercito, Roma, 1992-1993.

Rubottom, R. Richard y Murphy, J. Carter, *Spain and the United States Since World War II*, Nueva York, 1984.

Ruhl, Klaus-Jörg, *Franco, Falange y III Reich*, Akal, Madrid, 1986.

Ruiz Ocaña, Carlos, *Los ejércitos españoles: las fuerzas armadas en la defensa nacional*, San Martín, Madrid, 1980.

Saborit, Andrés, *Julián Besteiro*, Buenos Aires, 1967.

Sáez Alba, A. (seudónimo de Alfonso Colodrón), *La otra «cosa nostra»: la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y el caso de El Correo de Andalucía*, París, 1974.

Salas Larrazábal, Jesús, *La guerra de España desde el aire*, 2.ª edición, Ariel, Barcelona, 1972.

Salas Larrazábal, Ramón, *Historia del Ejército popular de la República*, 4 vols., Editora Nacional, Madrid, 1973.

Salgado, Enrique, *Radiografía de Franco*, Barcelona, 1985.

Salinas, David, *España, los sefarditas y el Tercer Reich (1939-1945): La labor de diplomáticos españoles contra el genocidio nazi* , Universidad de Valladolid y Ministerio de Asuntos Exteriores, 1997.

Salmerón, Víctor, *Don Juan de Borbón. Grandeza y servidumbre del deber*, Planeta, Barcelona, 1976.

Salom, Jaime, *El corto vuelo del gallo. La controvertida historia del padre de los Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1981.

Salva Miquel, Francisco y Vicente, Juan, *Francisco Franco (historia de un español)*, Eds. Generales, Barcelona, 1959.

Sánchez, José M., *The Spanish Civil War as Religious Tragedy*, Notre Dame, Indiana, 1987.

Sánchez del Arco, Manuel, *El sur de España en la reconquista de Madrid*, Ed. Sevillana, Sevilla, 1937.

Sánchez Blanco, Jaime, *La importancia de llamarse Franco: el negocio inmobiliario de doña Pilar*, Edicusa, Madrid, 1978.

Sánchez Silva, José María y Sáenz de Heredia, José Luis, *Franco... ese hombre*, Difusión Librera, Madrid, 1975.

Sánchez Soler, Mariano, *Villaverde: fortuna y caída de la casa Franco*, Barcelona, 1990.

Sánchez y García Saucó, Juan Antonio, *La revolución de 1934 en Asturias*, Madrid, 1974.

Sangróniz, José Antonio, *Marruecos. Sus condiciones físicas, sus habitantes y las instituciones indígenas*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1921.

Sartorius, Nicolás, y Alfaya, Javier, *La memoria insumida. Sobre la dictadura de Franco*, Espasa Calpe, Madrid, 1999.

Saz Campos, Ismael, *Mussolini contra la II República: hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936)*, Alfonso el Magnánim, Valencia, 1986.

Seco Serrano, Carlos, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, 1984.

Séguéla, Matthieu, *Pétain-Franco: les secrets d’une alliance*, Albin Michel, París, 1992.

Semprún, José, *El genio militar de Franco*, Actas, Madrid, 2000.

Senra, Alfonso, *Del 10 de agosto a la sala sexta del Supremo*, Madrid, 1933.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *El final del frente norte*, San Martín, Madrid, 1972.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La batalla de Pozoblanco y el cierre de la bolsa de Mérida*, San Martín, Madrid, 1981.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La batalla del Ebro*, 2.ª edición, San Martín, Madrid, 1988.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *El final de la Guerra Civil*, San Martín, Madrid, 1985.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La batalla de Teruel*, 2.ª edición, San Martín, Madrid, 1990.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La campaña de Andalucía*, 2.ª edición, San Martín, Madrid, 1986.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La campaña de Cataluña*, San Martín, Madrid, 1979.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La gran ofensiva sobre Zaragoza*, San Martín, Madrid, 1973.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*, San Martín, Madrid, 1989.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La llegada al mar*, San Martín, Madrid, 1975.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La lucha en torno a Madrid*, San Martín, Madrid, 1968.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La marcha sobre Madrid*, San Martín, Madrid, 1968.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La ofensiva sobre Valencia*, San Martín, Madrid, 1977.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *Nueve meses de guerra en el norte*, San Martín, Madrid, 1980.

Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *Vizcaya*, San Martín, Madrid, 1971.

Servicio Histórico Militar, *Historia de la guerra de liberación*, San Martín, Madrid, 1945.

Sevillano Calero, Francisco, *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

Shanon, Richard, *The Crisis of Imperialism 1865-1915*, Londres, 1974.

Shaw, Duncan, *Fútbol y franquismo*, Madrid, 1987.

Shirer, William L., *The Rise and Fall of the Third Reich*, Londres, 1959.

Shubert, Adrian, *The Road to Revolution in Spain: The Coal Miners of Asturias 1860-1934*, Urbana, 1987.

Silva, Carlos de, *General Millán Astray, el legionario*, Barcelona, 1956.

Silva, José Antonio, *Cómo asesinar con un avión*, Barcelona, 1981.

Simonnot, Philippe, *Le secret de l’armistice*, Plon, París, 1990.

Sinova, Justino, editor, *Historia de la transición. 10 años que cambiaron España 1973-1983*, 2 vols., Información y Prensa, Madrid, 1983-1984.

Sinova, Justino, ed., *Historia del Franquismo. Franco, su régimen y la oposición*, 2 vols., Información y Prensa, Madrid, 1985.

Smyth, Denis, *Diplomacy and Strategy of Survival: British Policy and Franco’s Spain, 1940-41* , Cambridge, 1986.

Somoza Silva, Lázaro, *El general Miaja: biografía de un héroe*, México D.F., 1944.

Sorel, Andrés, *Búsqueda, reconstrucción e historia de la guerrilla española del siglo XX, a través de sus documentos, relatos y protagonistas*, París, 1970.

Southworth, Herbert Rutledge, *Antifalange; estudio crítico de «Falange en la guerra de España» de Maximiano García Venero*, Ruedo Ibérico, París, 1963.

Southworth, Herbert Rutledge, *El mito de la cruzada de Franco*, Ruedo Ibérico, París, 1963.

Southworth, Herbert Rutledge, *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History*, University of California Press, Berkeley, 1977.

Steer, G. L., *The Tree of Gernika: A Field Study of Modern War* , Hodder & Stoughton, Londres, 1938.

Suárez Fernández, Luis, *Francisco Franco y su tiempo*, 8 vols., Fundación Francisco Franco, Madrid, 1984.

Suárez Fernández, Luis, *Franco: la historia y sus documentos*, 20 vols., Urbión, Madrid, 1986.

Sueiro, Daniel, *El Valle de los Caídos: los secretos de la cripta franquista*, 2.ª edición, Argos Vergara, Barcelona, 1983.

Sueiro, Daniel y Díaz Nosty, Bernardo, *Historia del franquismo*, 2 vols., 2.ª edición, Argos Vergara, Barcelona, 1985.

Taibo, Paco Ignacio II, *Octubre 1934: el ascenso*, vol. 7 de *Historia general de Asturias*, Silverio Cañada, Gijón, 1978.

Taibo, Paco Ignacio II, *Octubre 1934: la caída*, vol. 8 de *Historia general de Asturias*, Silverio Cañada, Gijón, 1978.

Talón, Vicente, *Arde Guernica*, Madrid, 1970.

Tamames, Ramón, *La República, la era de Franco*, Alianza, Madrid, 1973.

Téllez, Antonio, *La guerrilla urbana. 1: Facerías*, París, 1973.

Téllez, Antonio, *La guerrilla urbana en España: Sabaté*, París, 1973.

Tello, José Ángel, *Ideología y política: la Iglesia católica española (1936-1959)*, Zaragoza, 1984.

Terrón Montero, Javier, *La prensa de España durante el régimen de Franco*, Madrid, 1981.

Thomas, Hugh, *The Spanish Civil War*, 3.ª edición, Londres, 1977. [Trad. cast., *La Guerra Civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1980.]

Thomàs, Joan Maria, *Falange, Guerra Civil, franquisme. F.E.T. y de las J.O.N.S. de Barcelona en els primers anys de règim franquista*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1992.

Thomàs, Joan María, *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.

Thomàs, Joan Maria, *José M. Fontana Tarrats. Biografía política d'un franquista català*, Edicions del Centre de Lectura, Reus, 1997.

Tiempos de Silencio. Actas del IV Encuentro de Investigadores del Franquismo, Universitat de València, Valencia, 1999.

Thomàs, Joan María, *Lo que fue la Falange*, Plaza y Janés, Barcelona, 1999.

Toquero, José María, *Don Juan de Borbón, el Rey padre*, Plaza y Janés/Cambio 16, Barcelona, 1992.

Toquero, José María, *Franco y Don Juan: La oposición monárquica al franquismo*, Plaza y Janés-Cambio 16, Barcelona, 1989.

Torres, Francisco, *Franco o La venganza de la historia*, Criterio, Madrid, 2000.

Townson, Nigel, «The Collapse of the Centre: The Radical Republican Party during the Second Spanish Republic», Tesis doctoral inédita, Universidad de Londres, 1991.

Trevor-Roper, Hugh, *The Philby Affair*, Londres, 1968.

Trythall, J. W. D., *Franco*, Hart-Davis, Londres, 1970.

Tusell, Javier, *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 1993.

Tusell, Javier, *Franco, España y la II guerra mundial. Entre el Eje y la neutralidad*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.

Tusell, Javier, *Franco y los católicos: la política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, 1984.

Tusell, Javier, *Franco en la Guerra Civil. Una biografía política*, Tusquets, Barcelona, 1992.

Tusell, Javier, *La oposición democrática al franquismo 1939-1962*, Barcelona, 1977.

Tusell, Javier, *Las elecciones del Frente Popular*, 2 vols., Madrid, 1971.

Tusell, Javier, *Radiografías de un golpe de Estado: el ascenso al poder del general Primo de Rivera*, Alianza, Madrid, 1987.

Tusell, Javier, y Calvo, José, *Giménez Fernández: precursor de la democracia española*, Madrid, 1990.

Tusell, Javier, y García Queipo de Llano, Genoveva, *Franco y Mussolini: la política española durante la segunda guerra mundial*, Planeta, Barcelona, 1985.

Ucelay da Cal, Enric, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en la etapa republicana (1931-1939)*, Barcelona, 1982.

Ullman, Joan Connelly, *The Tragic Week: A Study of Anti-Clericalism in Spain 1875-1912*, Harvard, 1968. [Trad. cast., *La Semana Trágica*, Ariel, Barcelona, 1972.]

Umbral, Francisco, *Leyenda del César visionario*, Barcelona, 1991.

Valle, José María del, *Las instituciones de la República en exilio*, París, 1976.

Valls, Fernando, *La enseñanza de la literatura en el franquismo 1936-1951*, Barcelona, 1983.

Valls Montes, Rafael, *La interpretación de la Historia de España y sus orígenes ideológicos en el bachillerato franquista (1938-1953)*, Universidad de Valencia, 1984.

Vázquez Montalbán, Manuel, *Autobiografía del general Franco*, Planeta, Barcelona, 1992.

Vázquez Montalbán, Manuel, *Barcelonas*, Empúries, Barcelona, 1987.

Vázquez Montalbán, Manuel, *Los demonios familiares de Franco*, Dopesa, Barcelona, 1978.

[Vázquez Montalbán, Manuel], *El pequeño libro pardo del general*, Ruedo Ibérico, París, 1972.

Venegas, José, *Las elecciones del Frente Popular*, Buenos Aires, 1942.

Vigón, General Jorge, *General Mola (el conspirador)*, AHR, Barcelona, 1957.

Vilallonga, José Luis de, *El sable del Caudillo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1997.

Vilanova, Antonio, *La defensa del Alcázar de Toledo (epopeya o mito)*, Eds. Unidas, México, 1963.

Vilar, Sergio, *La naturaleza del franquismo*, Barcelona, 1977.

Viñas, Ángel, *Guerra, dinero, dictadura: ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Crítica, Barcelona, 1984.

Viñas, Ángel, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, 2.ª edición, Alianza, Madrid, 1977.

Viñas, Ángel, *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos: bases, ayuda económica, recortes de soberanía*, Grijalbo, Barcelona, 1981.

Viñas, Ángel, Viñuela, Julio, Eguidazu, Fernando, Fernández Pulgar, Carlos y Florensa, Senen, *Política comercial exterior en España (1931-1975)*, 2 vols., Madrid, 1979.

Watson, Bert Allan, *United States-Spanish Relations, 1939-1946*, tesis doctoral inédita, Universidad George Washington, 1971.

Weinberg, Gerhard L., *The Foreign Policy of Hitler's Germany: Diplomatic Revolution in Europe, 1933-1936*, Chicago, 1970.

Weinberg, Gerhard L., *World in the Balance: Behind the Scenes of World War II*, Hanover, New Hampshire, 1981.

Welles, Benjamin, *Spain: The Gentle Anarchy*, Londres, 1965.

Whealey, Robert H., *Hitler and Spain: the Nazi Role in the Spanish Civil War*, Lexington, Kentucky, 1989.

Whitaker, Arthur P., *Spain and the Defence of the West: Ally and Liability*, Nueva York, 1961.

Woodward, sir Llewellyn, *British Foreign Policy in the Second World War*, 5 vols., Londres, 1970-1976.

Woolman, David S., *Rebels in the Rif: Abd el Krim and the Rif Rebellion*, Stanford, 1969.

Wyden, Peter, *The Passionate War: The Narrative History of the Spanish Civil War, 1936-1939*, Nueva York, 1983.

Yale, *Los últimos cien días: Crónica de una agonía*, Madrid, 1975.

Ynfante, Jesús, *La prodigiosa aventura del Opus Dei: Génesis y desarrollo de la Santa Mafia*, Ruedo Ibérico, París, 1970.

Ysart, Federico, *España y los judíos en la Segunda Guerra Mundial*, Dopesa, Barcelona, 1973.

Allen, Jay, «Blood flows in Badajoz» en Acier, Marcel, editor, *From Spanish Trenches: Recent Letters from Spain*, Londres, 1937.

Anon, «Almogávares en el aire», *Revista de Aeronáutica*, agosto 1942.

Asensio Cabanillas, Carlos, «El avance sobre Madrid y operaciones en el frente del centro», *La guerra de liberación nacional*, Zaragoza, 1961.

Avilés Farré, Juan, «L’ambassade de Lequerica et les relations hispano-françaises 1939-1944», *Guerres Mondiales et Conflits Contemporains*, n.º 158, abril de 1990.

Avilés Farré, Juan, «Lequerica, embajador franquista en París», *Historia 16*, n.º 160, agosto de 1989.

Avilés Farré, Juan, «Vichy y Madrid. Las relaciones hispano-francesas de junio de 1940 a noviembre de 1942», *Espacio, Tiempo y Forma: Revista de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Nacional de Educación a distancia*, Serie V, tomo 2, 1989.

Ben Jellon, Abd el Hajid, «La participación de los mercenarios marroquíes en la Guerra Civil española (1936-1939)», *Revista Internacional de Sociología*, vol. 46, n.º 4, octubre-diciembre 1988.

Boyd, Carolyn P., «Responsabilities» and the Second Republic, 1931-1936, en Blinkhorn, Martin, editor, *Spain in Conflict 1931-1939: Democracy and its Enemies*, Londres, 1986.

Burdick, Charles B., «“Moro”: The Resupply of German Submarines in Spain, 1939-1942», *Central European History*, vol. 3, n.º 3, 1970.

Busquets, Julio, «La Unión Militar Española, 1933-1936», *Historia 16, La Guerra Civil*, 24 vols., Madrid, 1986, III, pp. 86-99.

Detwiler, Donald S., «Spain and the Axis during World War II», *Review of Politics*, vol. 33, n.º 1, enero, 1971.

Díaz, Elías, «Miguel de Unamuno y la Guerra Civil» en *La voluntad del humanismo: homenaje a Juan Marichal*, ed. de Ciplijauskaitė, B. y Maurer, C., Barcelona, 1990.

Duff, Katherine, «Spain between the Allies and the Axis» en Arnold y Veronica Toynbee, editores, *Survey of International Affairs 1939-1946; The War and the Neutrals*, Londres, 1956.

Egido León, Ángeles, «Franco y las potencias del Eje. La tentación intervencionista de España en la segunda guerra mundial», *Espacio, Tiempo y Forma: Revista de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Nacional de Educación a distancia*, Serie V, tomo 2, 1989.

Egudazu Palacios, Fernando, «Factores monetarios y de balanza de pagos en la neutralidad española», *Revista de Estudios Internacionales*, n.º 2, abril-junio 1984.

Ellwood, Sheelagh, «La crisis de Salamanca: la Unificación», *Historia 16*, n.º 132, abril, 1987.

Ferrer Benimeli, José Antonio, «Franco contra la masonería», *Historia 16*, año II, n.º 15, julio de 1977.

Gárate Córdoba, José María, «Raza un guión de cine», *Revista de Historia Militar*, n.º 40, 1976.

Garmendia, José María, «El pacto de Santoña» en Garitaonandía, Carmelo y Granja, José Luis de la, editores, *La Guerra Civil en el país vasco*, Bilbao, 1987.

González-Arnao Conde-Luque, Mariano, «¡Capturad al duque de Windsor!», *Historia 16*, n.º 161, septiembre de 1989.

Grau, Federico, «Psicopatología de un dictador: entrevista a Carlos Castilla del Pino», *El Viejo Topo*, Extra n.º 1, 1977.

Halstead, Charles R., «A Somewhat Machiavellian» Face: Colonel Juan Beigbeder As High Commissioner in Spanish Morocco, 1937-1939», *The Historian*, vol. 37, 1974.

Halstead, Charles R., «Consistent and total peril from every side: Portugal and its 1940 Protocol with Spain», *Iberian Studies*, vol. III, n.º 1, primavera de 1974.

Halstead, Charles R., «Diligent Diplomat: Alexander W. Weddell as American Ambassador to Spain, 1939-1942», *The Virginia Magazine of History and Biography*, vol. 82, n.º 1, enero de 1974.

Halstead, Charles R., «Peninsular Purpose: Portugal and its 1939 Treaty of Friendship and Non-Aggression with Spain», *Il Politico: Rivista Italiana di Scienze Politiche*, Pavía, XLV, n.º 2, 1980.

Halstead, Charles R., «The dispute between Ramón Serrano Súñer and Alexander Weddell», *Rivista di Studi Politici Internazionali*, n.º 3, 1974.

Halstead, Charles R., «Un “Africain” méconnu: le colonel Juan Beigbeder», *Revue d’Histoire de la deuxième guerre mondiale*, vol. 21, n.º 83, 1971.

Halstead, Charles R. y Halstead, Carolyn J., «Aborted Imperialism: Spain’s Occupation of Tangier 1940-1945», *Iberian Studies*, vol. VII, n.º 2, otoño de 1978.

Harrison, Joseph, «Towards the liberalization of the Spanish economy, 1951-1959» en Holmes, Colin y Booth, Alan, editores, *Economy and Society: European Industrialization and Its Social Consequences*, Leicester, 1990.

Juliá, Santos, «Fracaso de una insurrección y derrota de una huelga: los hechos de octubre en Madrid», *Estudios de Historia social*, n.º 31, octubre-diciembre de 1984, pp. 37-47.

Kindelán, Alfredo, «La aviación en nuestra guerra» en *La guerra de liberación nacional*, Zaragoza, 1961.

Lowi, Theodore J., «Bases in Spain» en Stein, Harold, editor, *American Civil-Military Decisions: A Book of Case Studies*, Birmingham, Alabama, 1963.

Madariaga, María Rosa de, «Imagen del moro en la memoria colectiva del pueblo español y retorno del moro en la Guerra Civil de 1936», *Revista Internacional de Sociología*, vol. 46, n.º 4, octubrediciembre de 1988, pp. 590-596.

Marquina Barrio, Antonio, «El atentado de Begoña», *Historia 16*, n.º 76, agosto de 1982.

Marquina Barrio, Antonio, «Conspiración contra Franco: el ejército y la injerencia extranjera en España: el papel de Aranda, 1939-1945», *Historia 16*, n.º 72, abril de 1982.

Marquina Barrio, Antonio, «La etapa de Ramón Serrano Súñer en el Ministerio de Asuntos Exteriores», *Espacio, Tiempo y Forma: Revista de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Nacional de Educación a distancia*, Serie V, tomo 2, 1989.

Marquina Barrio, Antonio, «La Península ibérica y la planificación militar aliada», *Revista de Occidente*, n.º 41, octubre de 1984.

Marquina Barrio, Antonio, «Operación Torch: España al borde de la II guerra mundial», *Historia 16*, n.º 79, noviembre de 1982.

Martínez Bande, José Manuel, «Del alzamiento a la Guerra Civil verano de 1936: correspondencia Franco/Mola», *Historia y Vida*, n.º 93, 1975.

Monteath, Peter, «Guernica Reconsidered: Fifty Years of Evidence», *War & Society*, vol. 5, n.º 1, mayo de 1987.

Morales, Lezcano, Víctor, «Las causas de la no beligerancia española reconsideradas», *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 5, n.º 3, julio-septiembre de 1984.

Navarro Rubio, Mariano, «La batalla de la estabilización» en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, n.º 53, 1976.

Navarro Rubio, Mariano, «La batalla del desarrollo» en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, n.º 54, 1977.

Paz, Manuel de, «Masonería y militarismo en el norte de África», Universidad Complutense, Cursos de Verano, El Escorial, 1988, *La masonería y su impacto internacional*, Madrid, 1989.

Pike, David Wingeate, «Franco and the Axis Stigma», *Journal of Contemporary History*, vol. 17, n.º 3, 1982.

Pike, David Wingeate, «Franco et l’admission aux Nations Unies», *Guerres mondiales et conflits contemporains*, n.º 162, abril de 1991.

Preston, Paul, «El discreto encanto del general Franco» en *Journal of the Association of Contemporary Iberian Studies*, vol. 4, n.º 1, primavera de 1991.

Preston, Paul, «Franco and Hitler: The Myth of Hendaye 1940» en *Contemporary European History*, vol. 1, 1.ª parte, marzo de 1992.

Preston, Paul, «Franco and the Hand of Providence» en *For Want of a Horse: Choice and Chance in History*, editado por John M. Merriman, Lexington, Massachusetts, Stephen Greene Press, 1985.

Preston, Paul, «Franco et ses généraux (1939-1945)», *Guerres mondiales et conflits contemporains*, n.º 162, abril de 1991.

Preston, Paul, «From Counter Revolution to Historical Accomodation: The Spanish Civil War and Historical Memory» en *Harvard University Center for European Studies Working Papers Series*, n.º 13, 1989.

Preston, Paul, «General Franco Reassessed: Inertia and Risk, World War and Cold War, 1939-1953» en *Journal of the Association for Contemporary Iberian Studies*, vol. 1, n.º 1, primavera de 1988.

Preston, Paul, «Guerrilleros contra Franco» en *Historia del Franquismo*; editado por Justino Sinova, 2 vols., Madrid, Información y Prensa, 1985, vol. 1.

Preston, Paul, «Spain» en Andrew Graham y Anthony Seldon, editores, *Government and economies in the postwar world: Economic policies and comparative performance, 1945-85*, Londres, Routledge, 1990.

Preston, Paul, «The PCE’s Long Road to Democracy 1954-1977» en Kindersley, Richard, editor, *In Search of Eurocommunism*, Londres, 1981.

Preston, Paul, «Spain» en Andrew Graham y Anthony Seldon, editores, *Government and economies in the postwar world: Economic policies and comparative performance, 1945-85*, Londres, 1990.

Raguer, Hilari, «Franco alargó deliberadamente la guerra», *Historia* 16, n.º 170, junio de 1990.

Raguer, Hilari, «Magaz y los nacionalistas vascos (1936-1937)», *Letras de Deusto*, vol. 16, n.º 5, mayo-agosto de 1986.

Ramírez, Luis [seudónimo de Luciano Rincón], «Morir en el búnker» en *Horizonte español* 1972, 3 vols., París, 1972, I.

Reig Tapia, Alberto, «El Caudillismo franquista», Casas Sánchez, José Luis, editor, *La posguerra española y la segunda guerra mundial*, Córdoba, 1990.

Reig Tapia, Alberto, «Guernica como símbolo» en Garitaonandía, Carmelo y Granja, José Luis de la, *Guerra Civil en el país vasco*, Bilbao, 1987.

Ruhl, K. J., «L’alliance à distance: les relations économiques germano-espagnoles de 1939 à 1945», *Revue d’histoire de la deuxième guerre mondiale*, n.º 118, abril de 1980.

Salas Larrazábal, Jesús, «El puente aéreo del Estrecho», *Revista de Aeronáutica y Astronáutica*, septiembre de 1961, pp. 747-50.

Sevilla Guzmán, Eduardo y Giner, Salvador, «Absolutismo despótico y dominación de clase: el caso de España» en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, París, n.os 43-45, enero-junio de 1975.

Smyth, Denis, «Les Chevaliers de Saint-George: la Grande-Bretagne et la corruption des généraux espagnols (1940-1942)», *Guerres mondiales et conflits contemporains*, n.º 162, abril de 1991.

Smyth, Denis, «Screening “Torch”: Allied Counter-Intelligence and the Spanish Threat to the Secrecy of the Allied Invasion of French North Africa in November 1942» en *Intelligence and National Security* vol. 4, n.º 2, abril de 1989.

Smyth, Denis, «The Moor and the Money-lender: Politics and Profits in Anglo-German Relations with Francoist Spain 1936-1940» en Recker, Marie Luise, editora, *Von der Konkurrenz zur Rivalitat: Das britische-deutsche Verhältnis in den Landern der europäischen Peripherie 1919-1939*, Stuttgart, 1986.

Tusell, Javier, «Franco no fue neutral», *Historia* 16, n.º 141, 1988.

Tusell, Javier, «La etapa Jordana (1942-1944)», *Espacio, Tiempo y Forma: Revista de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Nacional de Educación a distancia*, Serie V, tomo 2, 1989.

Tusell, Javier, «Un giro fundamental en la política española durante la segunda guerra mundial: la llegada de Jordana al Ministerio de Asuntos Exteriores», García Delgado, José Luis, editor, *El primer franquismo: España durante la segunda guerra mundial*, Madrid, 1989.

Viñas, Ángel, «Factores económicos externos en la neutralidad española», *Revista de Occidente*, n.º 41, octubre de 1984.

Viñas, Ángel, «Las relaciones hispano-francesas, el Gobierno Daladier y la crisis de Múnich», en *Espanoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, 1986.

Wight, Martin, «Spain and Portugal» en Toynbee, Arnold y AshtonGwatkin, Frank T., *Survey of Inter Affairs 1939-1946: The World in March 1939*, Londres, 1952.

Whitaker, John, «Prelude to World War: A Witness from Spain», *Foreign Affairs*, vol. 21, n.º 1, octubre de 1942.

Breve cronología

	<i>Francisco Franco</i>	<i>España</i>	<i>Internacional</i>
1892	Nace en El Ferrol.	—	—
1907	Ingresa en la Academia de Infantería de Toledo.	Antonio Maura encargado de formar nuevo gobierno.	
1912	Solicita ser destinado a Marruecos.	Canalejas, presidente del Consejo, es asesinado por un anarquista.	La Asamblea Nacional Francesa declara el protectorado francés sobre Marruecos.
1914	—	—	Se inicia la Primera Guerra Mundial.
1916	Obtiene el grado de comandante después de varios ascensos por antigüedad y méritos de guerra.	—	Batalla de Jutlandia.
1917	Es destinado al regimiento del Príncipe, en Oviedo, con el cual interviene destacadamente en la represión de la huelga revolucionaria de Asturias.	Primera gran huelga general revolucionaria en toda España. Se decreta el estado de guerra.	Kerenski proclama la república en Rusia. Declaración Balfour sobre Palestina.
1918	—	Maura es nuevo presidente del Consejo de Ministros.	Paz de Brest-Litovsk. Guerra Civil en Rusia. Derrumbe del imperio austrohúngaro.
1919	—	Huelga de <i>La Canadiense</i> .	Firma del tratado de paz de Versalles.

1920	Obtiene el mando de la primera bandera del Tercio de Extranjeros.	La CNT es declarada ilegal. Martínez Anido es nombrado gobernador civil de Barcelona.	Se proclama la república en Turquía.
1921	—	Desastre de Annual.	Fundación del Partido Fascista/italiano.
1922	Publica <i>Marruecos, Diario de una bandera</i> .	Presentación del informe Picasso. Dimisión de Martínez Anido.	Fin de la guerra greco-turca. Mussolini, primer ministro italiano.
1923	Es nombrado gentil-hombre de cámara de Alfonso XIII, que apadrinó su boda con Carmen Polo. Ascendido a teniente coronel, regresa a Marruecos para hacerse cargo del mando del Tercio.	Golpe de Estado de Primo de Rivera.	Múnich: primer congreso del Partido nacionalsocialista. Lenin, presidente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.
1925		Desembarco de Alhucemas.	Se publica <i>Mein Kampf</i> .
1926	Obtiene el empleo de general. Nacimiento de Carmen Franco Polo, hija de Francisco Franco.	Rendición de Abd el-Krim. Sublevación de la «Sanjuanada».	Putsch militar en Portugal. Golpe de Estado en Polonia. Hiro-Hito, emperador del Japón.
1927		Fin oficial de la guerra de Marruecos.	Ejecución de Sacco y Vanzetti.
1928	Es nombrado director de la Academia General Militar de Zaragoza.	—	Jiang Jieshi ocupa Pekín.
1930	—	Dimite Primo de Rivera. Pacto de San Sebastián.	Nueva Guerra Civil en China. Uriburu derroca a Yrigoyen en Argentina.
1931	—	Se proclama la República. Sucesos de Castilblanco.	Japón ocupa Manchuria.
1932	Es destinado a La Coruña.	Alzamiento de Sanjurjo en Sevilla. Aprobado el Estatuto de autonomía catalán.	Victoria electoral del partido nacionalsocialista. Estalla la guerra del Chaco.

	<i>Francisco Franco</i>	<i>España</i>	<i>Internacional</i>
1933	Desempeña la comandancia militar de las Baleares.	Macià, presidente de la Generalitat de Cataluña. Sucesos de Casas Viejas. Lerroix forma gobierno.	Hitler, canceller del Reich. Incendio del Reichstag.
1934	Activo en la represión de la revolución de Asturias. Muere la madre de Franco, Pilar Bahamonde.	Revolución de octubre en Asturias. Fusión de la Falange y las JONS de Onésimo Redondo. Ocupación de Ifni.	Insurrección socialista en Austria. Lázaro Cárdenas, presidente de México. Asesinato de Dollfuss.
1935	Gil Robles nombra a Franco jefe del Estado Mayor central.	Estalla el escándalo del estraperlo.	Concluye «La larga marcha» en China. Los italianos invaden Abisinia.
1936	Franco es destinado a las Canarias. En julio, se suma a la sublevación militar contra el régimen republicano. En septiembre es proclamado en Burgos Generalísimo de los Ejércitos. En octubre, jefe del Estado.	Victoria del Frente Popular. Azaña, presidente de la República. Asesinato del teniente de la guardia de asalto José Castillo. Asesinato de Calvo Sotelo. Alzamiento militar contra la República.	Hitler ocupa Renania. Triunfa en Francia el Frente Popular. Dictadura militar en Grecia. Creación del eje Berlín-Roma. Roosevelt reelegido. Alemania e Italia reconocen al gobierno de Franco.
1937	Es nombrado jefe nacional de FET y de las JONS.	Los italianos toman Málaga y son derrotados en Guadalajara. Guernica es bombardeado. Bilbao es ocupado por las fuerzas nacionales. Batalla de Brunete. Fracasa la ofensiva de Belchite.	Cárdenas declara que continúa ayudando a la República española. Coronación del rey Jorge VI de Inglaterra. Exposición internacional de París. Exposición de <i>Arte degenerado</i> en Múnich.
1938	Es nombrado capitán general.	Ofensiva del Ebro. Las Brigadas Internacionales abandonan España.	Alemania se anexiona Austria. Pacto de Múnich.
1939	—	Los nacionales entran en Barcelona. Dimite Azaña. Se promulga la Ley de Responsabilidades Políticas. Fin de la Guerra Civil.	Las tropas alemanas invaden Polonia; se inicia la Segunda Guerra Mundial.

1940	Se entrevista con Hitler en Hendaya.	Se inician las obras del Valle de los Caídos. Tropas españolas ocupan Tánger. Se crea el Frente de Juventudes. Abdicación de Alfonso XIII en don Juan de Borbón.	Alemania ocupa Dinamarca y Noruega. Pétain firma el armisticio con Alemania. Se inicia la batalla de Inglaterra. Italia invade Grecia.
1941	Franco se entrevista con Mussolini en Bordighera.	Muere Alfonso XIII. Ley de Seguridad del Estado. Parte de España la División Azul.	Yugoslavia se rinde a la Wehrmacht. El Tercer Reich invade la Unión Soviética. Japón ataca Pearl Harbor.
1942	Publica con el seudónimo de «Jaime de Andrade», <i>Raza</i> .	Serrano Súñer es destituido. Se crea el No-Do. Estreno de <i>Raza</i> . Firma del Pacto Ibérico. Incidente de Begoña.	Singapur capitula ante los japoneses. MacArthur abandona las Filipinas. Batalla de Midway. Batalla de El Alamein.
1943	—	El gobierno español decide abandonar la «no beligerancia» y se declara neutral. Repatriación de la División Azul.	Rendición de los alemanes en Stalingrado. Desembarco aliado en Sicilia. Mussolini es derrocado. Badoglio firma el armisticio con los aliados.
1944	—	Los maquis inician incursiones a través del Valle de Arán. Don Juan de Borbón envía una carta a Franco pidiendo el traspaso de poderes.	Ejecutado el conde Galeazzo Ciano. Desembarco aliado en Normandía. Cuarto mandato para Roosevelt. Ofensiva de las Ardenas.
1945	—	España entrega a Laval. Huelga del textil en Manresa. España cierra la frontera con Francia.	Conferencia de Yalta. Rendición de Alemania y Japón. Fundación de las Naciones Unidas.
1946	—	Rechazo de la ONU al régimen franquista. El general Kindelán es desterrado a Canarias. Multitudinaria manifestación de adhesión al régimen en la plaza de Oriente.	Perón triunfa en las elecciones legislativas argentinas. Proclamación de la república de Italia. Guerra Civil en Grecia.

1947		Franco anuncia la Ley de Sucesión. Eva Perón visita España.	Se inicia el Plan Marshall. India y Pakistán, independientes.
1948		Se constituye el Consejo del Reino. Entrevista don Juan de Borbón-Franco en el Azor. Pacto de San Juan de Luz entre monárquicos y el PSOE. Llega a Madrid don Juan Carlos de Borbón.	Asesinato de Gandhi. Golpe comunista en Checoslovaquia. Nace el Estado de Israel. Bloqueo de Berlín. Guerra Civil en Grecia. La ONU aprueba la Declaración de los Derechos Humanos.
1949		Se sanciona a 21 altos cargos militares por firmar un manifiesto monárquico.	Se funda el Comecon. El Ejército Popular Chino entra en Pekín. Se funda la OTAN.
1950	Boda de Carmen Franco Polo.	Se crea la empresa automovilística SEAT.	Guerra de Corea.
1953	Su régimen se ve fortalecido por la firma de los acuerdos con EE.UU.	España ingresa en la UNESCO. Firma del Concordato con la Santa Sede. Vuelven a territorio español los embajadores retirados.	Armisticio de Panmunjon en Corea.
1955	—	Muere Ortega y Gasset.	Se establece el pacto de Varsovia. Derrocamiento de Perón.
1956	—	España ingresa en la ONU. Estado de excepción. Huelga general en Navarra, Guipúzcoa y Cataluña. Se reconoce la independencia de Marruecos.	XX Congreso del PCUS. Independencia de Marruecos y Túnez. Comienza la batalla de Argel. Alzamiento popular en Hungría. Crisis de Suez.
1957	—	Entran los llamados «tecnócratas» en el gobierno.	Nace la CEE. Reapertura del canal de Suez. Lanzamiento del <i>Sputnik</i> .
1958	—	Promulgada por las Cortes la ley de Principios Fundamentales del Movimiento.	Se funda la República Árabe Unida. De Gaulle forma nuevo gobierno.

1961	Accidente de caza.	ETA realiza un sabotaje en la línea férrea Madrid-Barcelona.	Hassan II, nuevo rey de Marruecos. Se levanta el muro de Berlín.
1962	—	Huelga minera en Asturias. «Contubernio de Múnich.»	Argelia alcanza la independencia. Crisis de los misiles en Cuba. Se inaugura el Concilio Vaticano II.
1963	—	Julián Grimau, ejecutado en Madrid. Se crea el Tribunal de Orden Público. Nace <i>Cuadernos para el diálogo</i> .	Ben Bella, presidente de Argelia. Asesinato de John F. Kennedy.
1964	—	Entra en vigor el I Plan de Desarrollo. Se celebra el XXV aniversario de la Victoria. Se estrena <i>Franco, ese hombre</i> .	Se inaugura la presa de Asuán. François Duvalier es proclamado presidente vitalicio de Haití. Creación de la OLP.
1966	—	Creación de Comisiones Obreras. Se aprueba la Ley de Prensa. Se aprueba la Ley Orgánica del Estado en las Cortes; posteriormente ratificada en referéndum.	Francia anuncia su intención de abandonar la OTAN. Leónidas Brejnev es elegido secretario general del PCUS. Revolución Cultural en China.
1968	—	El guardia civil José Pardines Azcay es muerto por miembros de ETA.	Martin Luther King es asesinado. Primavera de Praga. Mayo del 68. Matanza de Tlatelolco.
1969	Nombra sucesor a don Juan Carlos de Borbón.	Mayoría de miembros del Opus Dei en el gobierno. Escándalo Matesa.	Firma del Pacto Andino. Armstrong pisa la Luna. Comienza la retirada de EE.UU. de Vietnam.
1970	Conmuta las nueve penas de muerte impuestas y decreta un nuevo estado de excepción <i>de facto</i> .	Más de 30.000 mineros asturianos en huelga. Nixon visita España. Juicio de Burgos.	EE.UU. interviene en Camboya. Allende es elegido presidente de Chile.

1971	—	Se abre expediente de sanción a la revista <i>Triunfo</i> . Cierre del diario <i>Madrid</i> .	Independencia de Bangla-Desh.
1972	—	ETA secuestra al industrial vasco Lorenzo Zabala. Escándalo REACE. Vicente Enrique y Tarancón es elegido presidente de la Confederación Episcopal Española.	Guerra indo-paquistaní. Visita de Nixon a China y la URSS. Asalto a la Villa Olímpica de Múnich. Segundo mandato de Nixon. Alto el fuego en Vietnam.
1973	—	Designa presidente de gobierno a Carrero Blanco.	Dictadura en Uruguay. Breznev visita EE.UU. Golpe militar en Chile. Guerra del Yom-Kipur. Perón vuelve al poder en Argentina.
1974	Grave enfermedad. Traspasa temporalmente sus poderes a don Juan Carlos de Borbón. Sanciona la ejecución de Salvador Puig Antich.	Asesinato de Carrero Blanco. Carlos Arias Navarro es elegido presidente de gobierno. Ley de Asociaciones Políticas. Estalla el escándalo Sofico.	Acuerdo de paz entre Israel y Egipto. Revolución de los claveles en Portugal. Dimite Willy Brandt. Turquía invade Chipre.
1975	En septiembre, sanciona la ejecución de cinco militantes de la oposición armada. Última aparición pública en la plaza de Oriente. Fallece el 20 de noviembre.	Muere monseñor Escrivá de Balaguer. Fallece Dionisio Ridruejo. Oleada internacional de rechazo al régimen franquista. «Marcha Verde» en el Sahara.	Las fuerzas de Vietnam del Sur se rinden sin condiciones. Los jemes rojos entran en Pnom Penh. Firma del Acta de Helsinki. Guerra Civil en el Líbano.

DERECHA: Nicolás Franco Salgado-Araujo y María del Pilar Bahamonde y Pardo de Andrade, sosteniendo a Francisco el día de su bautismo, el 17 de diciembre de 1892.



ABAJO: Ramón, Pilar y Francisco, El Ferrol, hacia 1906.





Franco con uniforme de oficial del Ejército (*en pie*) con su hermano Nicolás (*sentado*) vistiendo el de cadete de la Armada.



Franco con uniforme de alférez poco después de incorporarse a su regimiento en El Ferrol, septiembre de 1910.

Franco en su empleo
de comandante del
recientemente creado *Tercio
de Extranjeros*, Marruecos,
1920.



Franco con el general Sanjurjo
(*izquierda*) en Marruecos, en 1921.



ARRIBA: Franco en un almuerzo ofrecido por sus admiradores en el Automóvil Club, Oviedo, 10 de junio de 1922.



IZQUIERDA: Doña Carmen y Franco en el día de su boda, Oviedo, 22 de octubre de 1923.

DERECHA: Franco con su hermano Ramón en Marruecos, 1925.



ABAJO: El coronel Franco, el general Miguel Primo de Rivera y el general Sanjurjo en las cercanías de Alhucemas, 1925.





ARRIBA: Ramón Franco es aclamado por sus admiradores después de volver de su exilio, Madrid, abril de 1931.



IZQUIERDA: El general Franco, en su época de comandante militar de las islas Baleares, conversa con el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, durante unas maniobras navales, 10 de junio de 1934.



ARRIBA: Franco con Cavalcanti (*izquierda*) y Mola (*derecha*), en Burgos, agosto de 1936.



DERECHA: Franco arenga a los supervivientes del sitio del Alcázar de Toledo, 29 de septiembre de 1936.



ARRIBA: Una escena de Madrid tras un ataque de los nacionales, noviembre de 1936.



IZQUIERDA: Una fotografía propagandística de Franco durante la Guerra Civil, 1937, que acaso muestre por qué los corresponsales extranjeros se sentían tan frecuentemente impresionados por su mirada y quizá también el envejecimiento que experimentó durante la guerra.



"It is not the army alone that is fighting, with the rest of the population holding steel or throwing bombs. The whole of the nation is in arms; the whole of the civil population has mobilized spontaneously, without distinction of class, sex or age" - General Franco.

Postal de propaganda impresa a instancias de los partidarios de Franco en Gran Bretaña, hacia 1937.



Franco, Serrano Suñer y Mola en Burgos, mayo de 1937. Sería su último encuentro antes de la muerte de Mola.



ARRIBA: La victoria de Santander de la que se jactaba Mussolini; telegramas de Franco a Mussolini alabando el entusiasmo y la capacidad de las tropas italianas, 28 de agosto de 1937.

DERECHA: Franco condecorando a soldados italianos después de la caída de Santander, agosto de 1937.





ARRIBA: Franco y Dávila
cerca del frente de Teruel,
enero de 1938.



IZQUIERDA: Franco en su
cuartel general de campaña,
verano de 1938 (*de izquierda
a derecha*): Juan Vigón,
Franco, Dávila y (*de
espaldas*) Kindelán.



General García Valiño (*izquierda*) y Yagüe (*derecha*), diciembre de 1938.



Cartel oficial celebrando la victoria nacional en 1939. En el margen inferior a la izquierda aparece el último parte de guerra, emitido el 1 de abril de 1939.



Franco preside con el general Queipo de Llano y el almirante Cervera el desfile de la Victoria en Sevilla, mayo de 1939. A la derecha de Franco puede verse al general Dávila y a Serrano Súñer. El general Kindelán, tras el almirante Cervera, apenas se distingue.

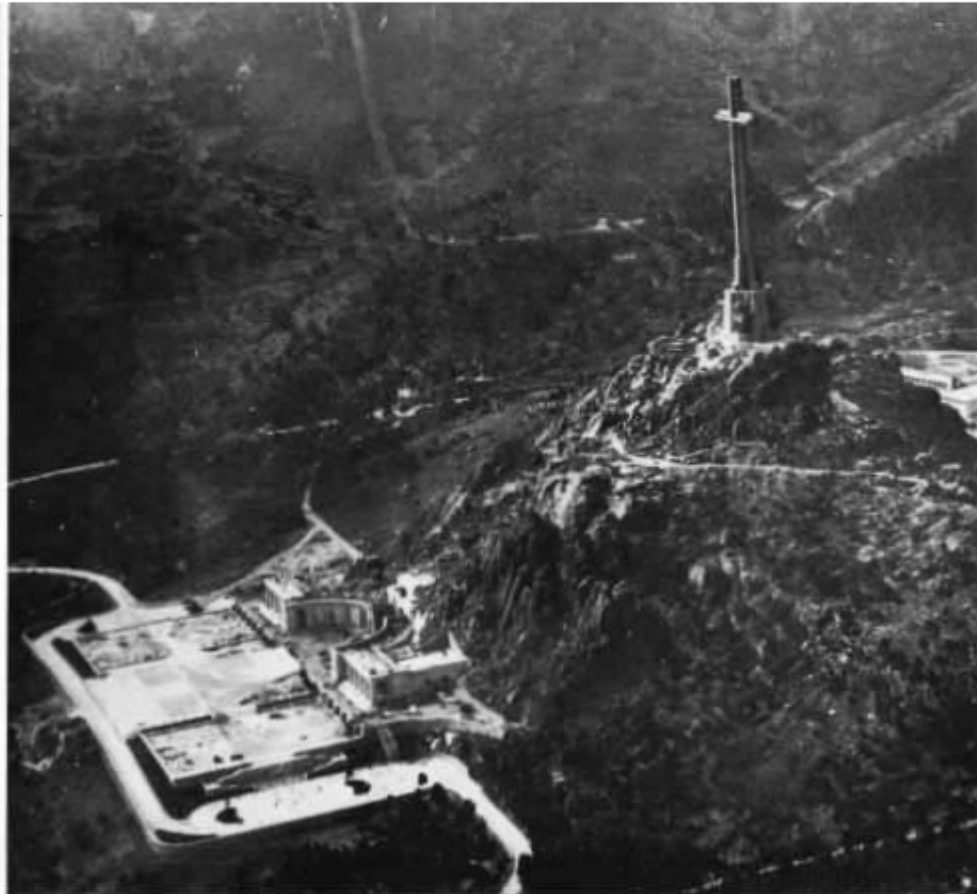


Franco con el cardenal Segura, Sevilla, 1939.



IZQUIERDA: Franco con destacados dirigentes fascistas examinando cuadros que representaban monumentos a la Victoria, a mediados de 1939. *De izquierda a derecha:* Antonio Barroso, el propio Franco, Serrano Suñer, Pedro Muguruza (el arquitecto del Valle de los Caídos) y Francisco Gómez-Jordana.

ABAJO: El Valle de los Caídos.





ARRIBA: Franco preside su primer consejo de ministros, Burgos, 12 de agosto de 1939. *Sentados, de izquierda a derecha:* Yagüe, Varela, Beigbeder, Franco, Serrano Suñer, almirante Moreno, y Muñoz Grandes. *En pie:* Alarcón de la Lastra, Gamero del Castillo, Larraz, Esteban Bilbao, Sánchez Mazas, Peña Boeuf, Benjumea e Ibáñez Martín.



ABAJO: El Consejo Nacional de la Falange en El Escorial en el entierro de José Antonio Primo de Rivera, 20 de noviembre de 1939. *De izquierda a derecha:* Raimundo Fernández Cuesta, Miguel Primo de Rivera, Pilar Primo de Rivera, Agustín Muñoz-Grandes, Rafael Sánchez Mazas, Pedro Gamero del Castillo y Ramón Serrano Suñer.



Hitler saluda a Franco a la llegada
de éste a Hendaya, 23 de octubre de
1940



Serrano Suñer, Franco y
Mussolini en Bordighera,
12 de febrero de 1941.



ARRIBA: Franco y Pétain en Montpellier, 13 de febrero de 1941. Detrás de Franco puede verse al general Moscardó, con gafas oscuras, almirante Darlan, Serrano Súñer y un sonriente Pacón.



DERECHA: Serrano Súñer y Hitler se saludan, observados por Ciano, 29 de noviembre de 1941.



IZQUIERDA: Franco saluda a *Evita* Perón bajo la atenta mirada de doña Carmen, junio de 1947.

ABAJO: Los esfuerzos de Franco para reescribir su papel en la Segunda Guerra Mundial vistos desde Londres.



«¿Oiga, Hollywood? Querría una película de la victoria española para mostrar cómo los españoles ganaron la guerra para los aliados.»



ARRIBA: Franco recibe de manos del almirante Bastarreche el simbólico anillo de Gran Almirante de Castilla, Huelva, 12 de octubre de 1948.



DERECHA: Franco y doña Carmen presiden en Semana Santa una corrida de toros en Sevilla, hacia 1948.



Franco a bordo de su yate *Azor* con un pez espada, 1949.

ABAJO: Franco conversa con un grupo de senadores norteamericanos encabezados por Owen Brewster, 30 de septiembre de 1949.





ARRIJA: Francisco Franco y doña Carmen, lujosamente vestida, durante una visita de Estado a Portugal, Palacio de Ajuda, Lisboa, 26 de octubre de 1949.



DERECHA: Franco, observado por doña Carmen, ofrece un discurso a los jóvenes de las Hermandades del Campo, El Pardo, hacia 1950.



PÁGINA ANTERIOR ARIIHA: Franco en una alocución a cincuenta mil veteranos nacionales, animándoles a mantener vivos los valores de la Guerra Civil, en el Alto de los Leones de Castilla, destacada posición, al norte de Madrid, durante la Guerra Civil, 19 de octubre de 1952.

PÁGINA ANTERIOR ABAJO: Franco coloca la birreta a tres nuevos cardenales españoles. En la fotografía, el nuncio apostólico monseñor Cicognani observado por doña Carmen y el barón de las Torres, Madrid, 19 de enero de 1953.

DERECHA: Carmen Franco con sus hijas, María del Carmen (*en pie*) y María de la O (*en su regazo*), 1953.

ABAJO: Franco y el embajador norteamericano, James C. Dunn, el día en que éste presentaba sus credenciales, El Pardo, 9 de abril de 1953. También están presentes en la fotografía Alberto Martín Artajo y el barón de las Torres.





IZQUIERDA: Franco acompañado por su ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, en el claustro de la Universidad de Salamanca para recibir el doctorado *honoris causa* en derecho, 8 de mayo de 1954.

ABAJO: Carrero Blanco, Rafael Trujillo, acompañado de su esposa y Franco visitan el recientemente construido monasterio del Valle de los Caídos, 9 de junio de 1954.





ARRIBA: Franco y doña Carmen rodeados por las cantantes y bailarinas participantes en la fiesta anual para conmemorar el alzamiento militar del 18 de julio de 1936, Palacio de la Granja, 18 de julio de 1956.



DERECHA: Doña Carmen y Franco en el Pazo de Meirás, verano de 1955.



Franco en su estudio en el Pazo de Meirás hacia 1955, rodeado por los libros de la novelista Emilia Pardo Bazán, antigua propietaria de la finca.



Franco con un ciervo
cobrado en la sierra de
Cazorla, Jaén, hacia 1959.

DERECHA: Franco abraza al presidente Eisenhower en Barajas, diciembre de 1959.



ABAJO: Franco es recibido por doña Carmen, su hija y sus nietos a su vuelta del hospital, donde fue ingresado por un accidente de caza, 28 de diciembre de 1960.





ARRIBA: Franco pescando en Asturias, 20 de abril de 1968.



IZQUIERDA: Franco y su caballo *Zegrí* en los montes de Toledo, hacia 1968.

ABAJO: Franco jugando al golf, 1972.





ARRIBA: Franco y doña Carmen asistiendo a una regata en La Coruña, hacia 1969.



DERECHA: Un distraído Franco saluda a Fraga, La Coruña, hacia 1969.



ARRIBA: Franco con Juan Carlos en las Cortes, cuando éste aceptó su nombramiento como sucesor, 23 de julio de 1969.



IZQUIERDA: Richard Nixon con Franco y sus nietos, Madrid, 2 de octubre de 1970.



ARRIBA: Franco y Juan Carlos, hacia 1971.



DERECHA: Laureano López Rodó presenta a Fabián Estapé, entonces presidente de una comisión, a Franco en El Pardo, 3 de noviembre de 1971.



ARRIBA: Carlos Arias Navarro, entonces presidente del Gobierno, visita a Franco en la Ciudad Sanitaria Francisco Franco, julio de 1974.

IZQUIERDA: Franco abandona el hospital, julio de 1974.

Notas

Introducción. *El enigma del general Franco*

1. Carlos Fernández, *El general Franco*, Barcelona, 1983, pp. 311-320.
2. Rogelio Baón, *La cara humana de un Caudillo*, Madrid, 1975, p. 91.
3. Amando de Miguel, *Franco, Franco, Franco*, Madrid, 1976, p. 117.
4. Almirante Carrero Blanco, *Discursos y escritos 1943-1973*, Madrid, 1974, p. 32.
5. Enrique González Duro, *Franco: una biografía psicológica*, Madrid, 1992, pp. 265-266.
6. Testimonio del padre Bulart, María Mérida, *Testigos de Franco: retablo íntimo de una dictadura*, Barcelona, 1977, p. 36.
7. Jaime de Andrade, *Raza, anecdotario para el guión de una película*, Madrid, 1942. Para un comentario crítico véase Román Gubern, *Raza (un ensueño del general Franco)*, Madrid, 1977.
8. José María Pemán, *Mis encuentros con Franco*, Barcelona, 1976, p. 53; testimonio de Pilar Franco Bahamonde, Mérida, *Testigos*, p. 92.
9. Juan Antonio Ansaldo, *¿Para qué...? (de Alfonso XIII a Juan III)*, Buenos Aires, 1951, p. 51.
10. John Whitaker, «Prelude to World War: A Witness from Spain», *Foreign Affairs*, vol. 21, n.º 1, octubre 1942, p. 116.
11. Cantalupo a Ciano, 24 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 657/320.
12. Pemán, *Mis encuentros*, p. 20.
13. Pemán, *Mis encuentros*, p. 9.

1. La forja de un héroe

1. Joseph M. Levinson, «Is General Franco a Jew?», *Israel's Messenger* , 3 de abril de 1939; Ramón Garriga, *Ramón Franco, el hermano maldito*, Barcelona, 1978, pp. 20-23; S. F. A. Coles, *Franco of Spain* , Londres, pp. 103-106; José María Fontana, *Franco: radiografía del personaje para sus contemporáneos* , Barcelona, 1979, pp. 37-40; sir Robert Hodgson, *Spain Resurgent*, Londres, 1953, p. 109.
2. Pilar Franco Bahamonde, *Nosotros los Franco*, Barcelona, 1980, p. 15; Ramón Garriga, *Nicolás Franco, el hermano brujo* , Barcelona, 1980, p. 13; Luis Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo*, 8 vols., Madrid, 1984, I, pp. 57-60.
3. Pilar Jaraiz Franco, *Historia de una disidencia*, Barcelona, 1981, pp. 17-20; Franco, *Nosotros*, p. 80; George Hills, *Franco: The Man and his Nation* , Londres, 1967, p. 19.
4. Franco, *Nosotros*, p. 76; Joaquín Arrarás, *Franco*, 7.ª ed., Valladolid, 1937, p. 14; Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 66.
5. Pedro Teotonio Pereira, *Memórias*, 2 vols., Lisboa, 1973, II, p. 63.
6. Franco, *Nosotros*, pp. 21, 24.
7. Carmen Díaz, viuda de Franco, *Mi vida con Ramón Franco* , Barcelona, 1981, p. 22; Franco, *Nosotros*, pp. 26-27, 70; Garriga, *Ramón Franco*, pp. 14-15; Garriga, *Nicolás Franco*, pp. 14-17.
8. Francisco Salva Miquel y Juan Vicente, *Francisco Franco, historia de un español*, Barcelona, 1959, p. 33.
9. ABC, 5 de febrero de 1926.
10. Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 25-32; Franco, *Nosotros*, pp. 20, 25; Díaz, *Mi vida*, pp. 22, 60, 94; Guillermo Cabanellas, *Cuatro Generales*, Barcelona, 1977, 2 vols., I, p. 59. Para una nueva interpretación de la figura de Pilar Bahamonde, véase Gabrielle Ashford Hodges, *Franco. Retrato psicológico de un dictador* , Madrid, Taurus, 2001, pp. 19-21.
11. Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 47, 86; Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida junto a Franco*, Barcelona, 1977, p. 14.
12. Federico Grau, «Psicopatología de un dictador: entrevista a Carlos Castilla del Pino», *El Viejo Topo* , Extra n.º 1, 1977, pp. 18-22.
13. Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 37, 59-60; Franco, *Nosotros*, pp. 27, 72, 74, 233; Vicente Pozuelo, *Los 476 últimos días de Franco*, Barcelona, 1980, pp. 87-88; Garriga, *Ramón Franco*, pp. 17-20.
14. Pozuelo, *Los 476 últimos días*, p. 204.
15. Ricardo de la Cierva, *Francisco Franco; biografía histórica*, 6 vols., Barcelona, 1982, I, p. 25.
16. Comandante Franco, *Diario de una bandera*, Madrid, 1922, p. 21.
17. *La Vanguardia Española*, 18 de julio de 1941.
18. Jaraiz Franco, *Historia*, p. 37; Hills, *Franco*, pp. 24-25.
19. Hills, *Franco*, p. 29.
20. Franco, *Nosotros*, pp. 18, 24, 70-76; Hills, *Franco*, p. 29.
21. Franco, *Nosotros*, pp. 73, 77.
22. Isidre Molas, *Lliga Catalana: un estudi d'estasiologia*, 2 vols., Barcelona, 1972, I, pp. 42-45.
23. José Álvarez Junco, *El emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia popular*, Madrid, 1990, pp. 347-348.
24. Joaquín Romero Maura, *The Spanish Army and Catalonia: The «Cu-Cut! Incident» and the Law of Jurisdictions, 1905-1906* , Londres, 1976, pp. 13-29; Álvarez Junco, *Lerroux*, pp. 317-18.
25. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 16-17; Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 76-77; Hills, *Franco*, pp. 29-30.
26. Baón, *La cara humana* , p. 188, dice que Nicolás Franco Salgado-Araujo solicitó el traslado a Madrid. Sin embargo, en opinión de vecinos y parientes fue destinado primero a Cádiz. Véanse las fascinantes entrevistas reproducidas por Francisco Martínez López en «Testimonios sobre Franco y su familia», *Ferrolanalysis*, n.º 14, 1999, pp. 70-75.
27. Para una semblanza benevolente de Nicolás Franco Salgado-Araujo, véase Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 53-61, y Franco, *Nosotros*, pp. 16, 72. Ambos niegan que jugara o bebiera seriamente.
28. Franco, «Transcripción de las memorias grabadas», Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 89-90.
29. Andrade, *Raza*, p. 66.
30. Grau, «Psicopatología», pp. 18-22.
31. Vicente Guarner, en José María Gironella y Rafael Borràs Betriu, *Cien españoles y Franco* , Barcelona, Planeta, 1979, p. 261; Franco, «Transcripción de las memorias grabadas», Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 93, 97.
32. De la Cierva, *Franco*, I, p. 53; Hills, *Franco*, p. 62.
33. Hills, *Franco*, p. 62.
34. Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 97-99; Hills, *Franco*, p. 63.
35. Franco, «Transcripción de las memorias grabadas», Pozuelo, *Los últimos 476 días*, p. 100.
36. Ángel Ossorio, *Mis memorias*, Buenos Aires, 1946, pp. 92-96; Joaquín Romero Maura, *«La rosa de fuego». El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909* , Barcelona, 1975, pp. 501-542; Álvarez Junco, *Lerroux*, pp. 374-379; Joan B. Culla i Clarà, *El republicanisme Lerrouxista a Catalunya (1901-1923)* , Barcelona, 1986, pp. 205-214; Xavier Cuadrat, *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911): los orígenes de la CNT* , Madrid, 1976, pp. 368-401; Joan Connelly Ullman, *The Tragic Week: A Study of Anti-Clericalism in Spain 1875-1912* , Harvard, 1968, pp. 129-297.
37. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 20; Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 92; Franco, «Transcripción de las memorias grabadas», Pozuelo, *Los últimos 476 días* , p. 102.
38. Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 97; De la Cierva, *Franco*, I, p. 55; Hills, *Franco*, p. 77.
39. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 23.
40. Faustino Moreno Villalba, *Franco, héroe cristiano en la guerra*, Madrid, 1985, p. 27.
41. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 26.

42. Arrarás, *Franco*, p. 21.

43. Fernando Reinlein García-Miranda, «Del siglo XIX a la Guerra Civil», en Colectivo Democracia, *Los Ejércitos... más allá del golpe*, Barcelona, 1981, pp. 13-33; Stanley G. Payne, *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford, 1967, pp. 87-89.

44. David S. Woolman, *Rebels in the Rif: Abd el Krim and the Rif Rebellion*, Stanford, 1969, pp. 4-5; J. A. S. Grenville, *Lord Salisbury and Foreign Policy: The Close of the Nineteenth Century*, Londres, 1964, pp. 431-433; Richard Shannon, *The Crisis of Imperialism 1865-1915*, Londres, 1974, pp. 342-344.

45. Woolman, *Rebels*, pp. 8-14.

46. Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 105.

47. «Declaraciones de S. E. a Manuel Aznar», 31 de diciembre de 1938, *Palabras del Caudillo 19 abril 1937-31 diciembre 1938*, Barcelona, 1939, p. 314.

48. Vicente García y Enrique Salgado, *Las cartas de amor de Franco*, Barcelona, 1978, pp. 28-97.

49. Arturo Barea, *La forja de un rebelde*, Buenos Aires, 1951, pp. 295-296, 320-321.

50. Georges Rotvan, *Franco means Business*, Londres, s.f., pp. 8-9.

51. Coles, *Franco*, pp. 26, 123.

52. Arrarás, *Franco*, p. 135.

53. Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 111-114; Hills, *Franco*, pp. 95-96; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 30.

54. Arrarás, *Franco*, pp. 131-133.

55. Fontana, *Franco*, pp. 32-33; Ramón Garriga, *La Señora de El Pardo*, Barcelona, 1979, pp. 58-59.

56. Pedro Sáinz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, 1978, pp. 334-335.

57. Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 115, sugiere solapadamente que no le hizo ningún bien a su causa la carencia de celo durante la represión de la huelga general de Asturias, en el verano de 1917. Véanse también pp. 137-138.

58. Arrarás, *Franco*, p. 33.

59. Arrarás, *Franco*, p. 34.

60. Arturo Barea, *The Struggle of Spanish Soul*, Londres, 1941, p. 23.

61. Entrevista con Carmen Polo, *Estampa*, 29 de mayo de 1928; Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 37-40; Franco, *Nosotros*, p. 81.

62. Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 119, afirma que Franco se sentía atraído no por el dinero sino por «una atracción hacia ese sector de la sociedad que había heredado el cultivo de la dignidad que deriva de la nobleza menor».

63. Sáinz Rodríguez, *Testimonio*, p. 323.

64. Garriga, *La Señora*, pp. 37-38.

65. «50 años de matrimonio», *La Voz de Asturias*, 21 de octubre de 1973; Juan Cueto Alas, *Guía secreta de Asturias*, Madrid, Editorial Al-berak, 1975, pp. 139-140.

66. Adrian Shubert, *The Road to Revolution in Spain: The Coal Miners of Asturias 1860-1934*, Urbana, 1987, pp. 46-118; Antonio L. Oliveros, *Asturias en el resurgimiento español (apuntes históricos y biográficos)*, Madrid, 1935, pp. 113-177.

67. Carolyn P. Boyd, *Praetorian Politics in Liberal Spain*, Chapel Hill, 1979, pp. 84-85, 286; Enrique Moradiellos, *El Sindicato de los Obreros Mineros Asturianos 1910-1930*, Oviedo, 1986, pp. 58-59; Juan Antonio Lacomba Avellán, *La crisis española de 1917*, Madrid, 1970, pp. 269-274. Burguete intentó entrar en el Partido Socialista en 1931 y su solicitud fue rechazada, Oliveros, *Asturias*, p. 120. Ingresó en el Partido Comunista durante la Guerra Civil, Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 131.

68. Francisco Aguado Sánchez, *La revolución de octubre de 1934*, Madrid, 1972, p. 193; Luis Galinsoga y Francisco Franco-Salgado, *Centinela de Occidente (Semblanza biográfica de Francisco Franco)*, Barcelona, 1956, pp. 35-36; Brian Crozier, *Franco: A Biographical History*, Londres, 1967, p. 50.

69. Discurso ante los mineros en Oviedo, 19 de mayo de 1946, Francisco Franco, *Textos 1945-1950*, Madrid, 1951, pp. 417-425.

70. Hills, *Franco*, pp. 104-105. Cf. Galinsoga y Franco Salgado, *Centinela*, p. 36; Crozier, *Franco*, p. 51.

71. Llana, cartas desde la cárcel, publicadas en *El Minero de la Hulla*, agosto y septiembre de 1917, reeditado en Manuel Llana, *Escritos y discursos*, Oviedo, 1985, pp. 206-214.

72. Boyd, *Praetorian Politics*, p. 160.

73. Gabriel Cardona, *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*, Madrid, 1983, pp. 70-71; Boyd, *Praetorian Politics*, p. 286; Woolman, *Rebels*, p. 64.

74. Woolman, *Rebels*, pp. 64-65.

75. José Millán Astray, «Prólogo», Comandante Franco, Marruecos: *Diario de una bandera*, Madrid, 1922, p. 7; General Millán Astray, *Franco, el Caudillo*, Salamanca, 1939, pp. 9-12.

76. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 42.

77. *Estampa*, 29 de mayo de 1928.

78. Barea, *La forja*, pp. 315-316; Franco, *Diario*, pp. 18-19.

79. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 50-52.

80. Millán Astray, *Franco*, p. 16.

81. Barea, *Spanish Soul*, pp. 29-31.

82. Sobre Castro Girona y Xauen véase Barea, *La forja*, pp. 305, 323-325; Franco, *Diario*, pp. 51-62.

83. Millán Astray, *Franco*, pp. 11-12; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 46; Hills, *Franco*, pp. 111-115; Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 145-149.

84. Garriga, *La Señora*, p. 40.

85. José Martín Blázquez, *I Helped to Build an Army: Civil War Memoirs of a Spanish Staff Officer*, Londres, 1939, p. 302; Herbert R. Southworth, *Antifalange: estudio crítico de «Falange en la guerra de España: la unificación y Hedilla» de Maximiano García Venero*, París, 1967, pp. xxi-xxii; Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días*, 2 vols., Buenos Aires, 1973, II, p. 792.

86. Franco, *Diario*, p. 177.

87. Francisco Franco Bahamonde, «Apuntes» personales sobre la República y la guerra civil, Madrid, 1987, p. 5. Véase también Carlos Blanco Escolá, *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, 2000, p. 122. Acerca de Queipo de Llano véase Pedro Sáinz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, 1978, p. 272.

88. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, pp. 184-185.
89. Garriga, *La Señora*, p. 33; Joan Llach, *Franco: biografía*, Barcelona, 1983, pp. 158-159.
90. Barea, *La forja*, pp. 408-409.
91. Woolman, *Rebels*, pp. 83-88.
92. Franco, *Diario*, pp. 99-103.
93. Woolman, *Rebels*, pp. 90-95.
94. Franco, *Diario*, pp. 109-113.
95. Franco, *Diario*, pp. 118-121.
96. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 49.
97. «El “As” de la Legión», *ABC*, 22 de febrero de 1922; Franco, *Diario*, pp. 145-151.
98. Franco, *Diario*, pp. 280-285.
99. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 52-53; Franco, *Diario*, pp. 155-159.
100. Compárense los sentimientos contradictorios expresados en Franco, *Diario*, pp. 177 y 199-200.
101. Franco, *Diario*, p. 228.
102. Franco, *Diario*, pp. 243-250.
103. *El Correo Gallego*, 20 de abril de 1922.
104. Sáinz Rodríguez, *Testimonio*, p. 323.
105. *El Correo Gallego*, 19 de octubre de 1921.
106. *El Carbayón*, 23 de febrero de 1922.

2. La forja de un general

1. El retrato halagador se publicó con el título «El “As” de la Legión», *ABC*, 22 de febrero de 1921. Sobre su visita a la redacción del periódico véase Ricardo de la Cierva, *Francisco Franco. Un siglo de España*, 2 vols., Madrid, 1973, I, p. 190. Sobre la manipulación de la prensa por parte de Franco y de otros africanistas, véase Carlos Blanco Escolá, *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, 2000, pp. 131-140.
2. Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 162-163; Hills, *Franco*, p. 130.
3. La acusación contra el rey que tuvo más divulgación fue la de Vicente Blasco Ibáñez, *Alfonso XIII Unmasked*, Londres, 1925, pp. 78-83.
4. Dictamen de la minoría socialista, *El desastre de Melilla: dictamen formulado por Indalecio Prieto como miembro de la Comisión designada por el Congreso de los Diputados para entender en el expediente Picasso*, Madrid, 1922, p. 31.
5. Woolman, *Rebels*, pp. 106-108; Barea, *La forja*, pp. 413-421.
6. Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 161-63.
7. *Nuevo Mundo*, 26 de enero de 1923. Los artículos de Fernández Piñero fueron recogidos en Julián Fernández Piñero, *Memorias del legionario Juan Ferragut (novela)*, Madrid, Mundo Latino, 1923, que incluye una explicación de cómo se inventó el seudónimo de «Juan Ferragut». Sobre el rumor de un «negro» que escribiera para Franco, véase Stanley G. Payne *The Franco Regime 1936-1975*, Madison, 1987, p. 72.
8. Woolman, *Rebels*, pp. 113-114.
9. Garriga, *La Señora*, p. 44.
10. *La Voz de Asturias*, 10 de junio de 1923.
11. *La Voz de Asturias*, 10 de junio de 1923.
12. Niceto Alcalá Zamora, *Memorias*, Barcelona, 1977, p. 116.
13. De la Cierva, *Franco*, I, pp. 214-215.
14. María Teresa González Calbet, *La dictadura de Primo de Rivera: el Directorio militar*, Madrid, 1987, pp. 55-63.
15. Javier Tusell, *Radiografía de un golpe de Estado: el ascenso al Poder del General Primo de Rivera*, Madrid, 1987, pp. 110-112.
16. José Luis Gómez Navarro, *El régimen de Primo de Rivera: reyes, dictaduras y dictadores*, Madrid, 1991, pp. 126-129; González Calbet, *La Dictadura*, pp. 81-94.
17. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 66; Barea, *La forja*, pp. 449, 459-461.
18. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 64-66; De la Cierva, *Franco*, I, pp. 207-209, 223; Hills, *Franco*, p. 132.
19. *El Carbayón*, 23 de octubre; *ABC*, 23, 25 de octubre; *Región*, 23 de octubre de 1923; *La Voz de Asturias*, 24 de octubre de 1923, 21 de octubre de 1973.
20. Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 40-42.
21. *Estampa*, 29 de mayo de 1928; Franco, *Nosotros*, p. 81.
22. *El Carbayón*, 23 de octubre de 1923.
23. *El Carbayón*, 23 de octubre de 1923.
24. *Asturias*, 15 de noviembre de 1923.
25. *Mundo Gráfico*, 31 de octubre de 1923.
26. Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 170.
27. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 62-63, 377-378; Hills, *Franco*, pp. 133-135. El relato que Franco narró a Hills, comprensiblemente, al cabo de cuarenta años confunde la cronología de su encuentro con Primo de Rivera.
28. Stanley G. Payne, *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford, 1967, p. 209.
29. Franco, *Diario*, p. 278.
30. Es posible trazar la magnificación del papel de Franco a través de sus biógrafos, Arrarás, 1937, *Franco*, pp. 113-114; Galinsoga y Franco Salgado, 1956, *Centinela*, pp. 89-91; Crozier, 1967, *Franco*, p. 83; Hills, 1967, *Franco*, p. 135. Cf. Woolman, *Rebels*, p. 187.
31. Teniente coronel Franco, «Pasividad e inacción», *Revista de Tropas Coloniales*, abril de 1924, reeditado en *Revista de Historia Militar*, Año XX, n.º 40, 1976, pp. 166-167.
32. Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 171.
33. Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 172.
34. Franco a Pareja, 5 de julio de 1924, reproducido en De la Cierva, *Franco*, I, pp. 236-237.
35. Barea, *La forja*, pp. 472-473; Payne, *Politics and the Military*, p. 211.
36. José Calvo Sotelo, *Mis servicios al Estado*, Madrid, 1931, pp. 238-239; Arrarás, *Franco*, pp. 100-101; Galinsoga, *Centinela*, pp. 89-91; General Francisco Javier Mariñas, *General Varela (de soldado a general)*, Barcelona, 1956, pp. 35-36; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 137-138.
37. De la Cierva, *Franco*, I, pp. 235, 238-239.
38. Franco a Pareja, sin fecha (finales de julio de 1924), reproducido en De la Cierva, *Franco*, I, pp. 240-241.
39. Gonzalo Queipo de Llano, *El general Queipo de Llano perseguido por la dictadura*, Madrid, Javier Morato, 1930, p. 105. Cf. De la Cierva, *Franco*, I, pp. 245-246.
40. Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 175-180; Galinsoga y Franco Salgado, *Centinela*, pp. 93-100; Payne, *Politics and the Military*, pp. 214-217. Millán Astray, *Franco*, p. 14, pretendía, aunque es bastante increíble, que toda la operación había sido fruto de la mente de Franco.
41. Coronel Franco, «Xauen la triste» en *Revista de Tropas Coloniales*, julio de 1926, reeditado en *Revista de Historia Militar*, Año XX, n.º 40, 1976, pp. 174-178.
42. Carlos Fernández, *El almirante Carrero*, Barcelona, 1985, pp. 23-26.
43. La carta, con fecha del 1 de marzo de 1925, se reprodujo en *Estampa*, 29 de mayo de 1928.
44. *ABC*, 9 de septiembre de 1925; Francisco Franco, apunte en el diario el 8 de septiembre de 1925 «Diario de Alhucemas», *Revista de Historia Militar*, n.º 40, 1976, p. 229; testimonio de Franco a Vicente Pozuelo, Pozuelo *Los últimos 476 días*, p. 41.
45. *ABC*, 27 de mayo de 1926; Woolman, *Rebels*, pp. 191-193.

46. La versión censurada en *Revista de Historia Militar* , n.º 40, 1976, pp. 227-247 y el original en Francisco Franco Bahamonde, *Papeles de la guerra de Marruecos*, Madrid, 1986, pp. 203-227.
47. Franco, apunte en el diario el 22 de septiembre de 1925, *Revista de Historia Militar*, n.º 40, 1976, pp. 232-233.
48. Ramón Soriano, *La mano izquierda de Franco*, Barcelona, 1981, p. 144.
49. *El eco de Santiago*, 4 de febrero de 1926.
50. Cabanellas, *Cuatro generales*, I, p. 131; Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 187, 191. Cada región militar de España se dividía en dos, cada una formada por dos brigadas. Sin embargo, dada la escasez de reclutas, en la práctica sólo la primera brigada de cada Capitanía General constituía una fuerza operativa.
51. Barea, *The Struggle*, p. 32.
52. J. W. D. Trythall, *Franco*, Londres, 1970, p. 31.
53. *La Voz de Galicia* , 29, 31 de enero, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 9, 10, 11 de febrero; *ABC*, 11 de febrero de 1926; Ramón Franco y Julio Ruiz de Alda, *De Palos al Plata* , Madrid, 1926, *passim*; Díaz, *Mi vida*, pp. 28-51.
54. *El Compostelano*, 2 de febrero; *La Voz de Galicia*, 6, 7 de febrero de 1926.
55. Sáinz Rodríguez, *Testimonio*, p. 333.
56. Arrarás, *Franco*, pp. 139-140.
57. *La Voz de Galicia*, 9, 10, 11, 12, 13 de febrero; *El Compostelano*, 12 de febrero de 1926.
58. Eugenio Vegas Latapié, *Memorias políticas: el suicidio de la Monarquía y la segunda República*, Barcelona, 1938, p. 38.
59. Hills, *Franco*, pp. 154-155.
60. *El Carbayón*, 17 de septiembre de 1926. Su certificado de nacimiento se reproduce en Soriano, *La mano*, p. 104.
61. Soriano, *La mano*, p. 103.
62. Díaz, *Mi vida*, pp. 21, 157.
63. Franco, *Nosotros*, pp. 84-85. Curiosamente, dos de los biógrafos de Franco también fechan el nacimiento de Nenuca en 1928, Hills, *Franco*, p. 157; Crozier, *Franco*, p. 92.
64. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 71.
65. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 74; Jaraiz Franco, *Historia*, p. 79; Fontana, *Franco*, p. 80. Sobre las numerosas conversaciones de Franco con Natalio Rivas véase Archivo Natalio Rivas, Real Academia de la Historia, Madrid, legajos 11-8916, 8917, 8918, 8920.
66. José María Gárate Córdoba, «Raza, un guión de cine», *Revista de Historia Militar*, n.º 40, 1976, p. 59.
67. Natalio Rivas, entrada en el diario fechada el 12 de diciembre de 1925, Archivo Natalio Rivas, Real Academia de la Historia, legajo 11-8916. Sobre los ratos de ocio, Soriano, *La mano*, p. 61; sobre la lectura, Francisco Franco *Apuntes personales sobre la República y la guerra civil*, Madrid, 1987, p. 6.
68. Franco, *Apuntes personales*, p. 6; Soriano, *La mano*, p. 61.
69. Franco, *Apuntes personales*, p. 6; Soriano, *La mano*, pp. 61-62, 154-155.
70. Michael Alpert, *La reforma militar de Azaña (1931-1933)* , Madrid, 1982, pp. 106-109, 120; Shlomo Ben-Ami, *Fascism from Above: The Dictatorship of Primo de Rivera in Spain 1923-1930*, Oxford, 1938, pp. 356-358; Payne, *Politics and the Military*, pp. 240-242.
71. Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, Valladolid, 1940, p. 1.024.
72. Natalio Rivas, entrada del diario correspondiente al 12 de junio de 1926, ANR, RAH, legajo 11-8917; General E. López Ochoa, *De la Dictadura a la República*, Madrid, 1930, pp. 78-116; Francisco Hernández Mir, *La Dictadura ante la Historia: un crimen de lesa patria*, Madrid, 1930, pp. 259-272; Vicente Marco Miranda, *Las conspiraciones contra la Dictadura (1923-1930) relato de un testigo*, 2.ª ed., Madrid, 1975, pp. 53-68.
73. Natalio Rivas, entrada del diario correspondiente al 30 de septiembre y al 7 y 8 de octubre de 1926, ANR, RAH, legajo 11-891; López Ochoa, *De la Dictadura*, pp. 109-124; Gabriel Maura, *Bosquejo histórico de la Dictadura* , 2 vols., Madrid, 1930, I, pp. 317-322, 325-337, 360-377; Payne, *Politics and the Military*, pp. 236-240.
74. Ben-Ami, *Fascism from Above*, pp. 361-363; Duque de Maura y Melchor Fernández Almagro, *Por qué cayó Alfonso XIII*, Madrid, 1948, p. 395.
75. La diferencia entre la actitud juntera y la africanista de la política militar de Primo de Rivera queda clara en los respectivos relatos de López Ochoa, *De la Dictadura*, pp. 78-124 y Mola, *Obras*, Valladolid, 1940, pp. 1.023-1.031.
76. Mola, *Obras*, p. 1.026; Julio Busquets, *El militar de carrera en España*, 3.ª ed., Barcelona, 1984, pp. 78-80.
77. Calvo Sotelo, *Mis servicios*, p. 239.
78. Carlos Blanco Escolá, *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)*, Barcelona, 1989, pp. 45-52, 59-66.
79. Barea, *La forja*, p. 409.
80. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 71, 82-85, 108, 113, 122, 142.
81. Jaraiz Franco, *Historia*, p. 78.
82. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 153.
83. *Estampa*, 29 de mayo de 1928.
84. Discurso de apertura de la Academia General Militar, *Revista de Historia militar*, año XX, n.º 40, 1976, pp. 333-334.
85. Arrarás, *Franco*, pp. 150-151; Carlos de Silva, *General Millán Astray, el legionario* , Barcelona, 1956, pp. 143-147; Blanco Escolá, *Academia*, pp. 102-106, 111-117.
86. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 78, 82.
87. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 81-84; Hills, *Franco*, pp. 155-157; Mariano Aguilar Olivencia, *El ejército español durante la segunda república* , Madrid, 1986, pp. 119-129.
88. Peter Kemp, *Mine Were of Trouble* , Londres, 1957, p. 115.
89. «Discurso de despedida en el cierre de la Academia General Militar», *Revista de Historia Militar*, año XX, n.º 40, 1976, pp. 335-337.
90. *The Morning Post*, 20 de julio de 1937.
91. Mola, *Obras*, p. 1027; Cabanellas, *Cuatro generales*, pp. 140, 142; Coronel Jesús Pérez Salas, *Guerra en España (1936-1939)* , México D. F., 1947, pp. 85-87, Antonio Cordon, *Trayectoria (recuerdos de un artillero)*, París, 1971, pp. 192-194.
92. Blanco Escolá, *Academia*, pp. 127-148.

93. Arrarás, *Franco*, pp. 145-146; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 77-78; Busquets, *El militar*, pp. 117-139; Blanco Escolá, *Academia*, pp. 69-72, 149-198; Garriga, *La Señora*, p. 57.
94. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 106; De la Cierva, *Franco*, II, pp. 18-19.
95. Sobre este tema le estoy inmensamente agradecido a Herbert R. Southworth, que fue muy amable al permitirme consultar su obra en preparación sobre la Entente.
96. Crozier, *Franco*, p. 92. El libro de Crozier se publicó en España en vida de Franco y su relato de lo que éste le había contado no lo alteró la maquinaria de la censura ni, por lo tanto, fue revocado. Cf. Hills, *Franco*, p. 157; Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 197-198.
97. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 82.
98. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 84.
99. Garriga, *La Señora*, p. 62.
100. Vegas Latapié, *Memorias*, p. 101; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 89.
101. Díaz, *Mi vida*, p. 24.
102. Narrado por Ramón en comandante Franco, *Águilas y garras: historia sincera de una empresa discutida*, Madrid, s. f., 1929.
103. Calvo Sotelo, *Mis servicios*, p. 245.
104. *ABC*, 2 de julio de 1929.
105. Díaz, *Mi vida*, pp. 64-91; Garriga, *Ramón Franco*, pp. 127-154.
106. Reeditado en Garriga, *Ramón Franco*, pp. 173-174.
107. Reeditado en Garriga, *Ramón Franco*, pp. 175-178.
108. Shlomo Ben-Ami, *The Origins of the Second Republic in Spain*, Oxford, 1978, pp. 76-94.
109. Sobre las actividades revolucionarias de Ramón, véase comandante Franco [Ramón], *Madrid bajo las bombas*, Madrid, 1931, pp. 83-114; Díaz, *Mi vida*, pp. 94-153.
110. Mola, *Obras*, pp. 389-395, 408-412, 454-455; Franco, *Madrid bajo las bombas*, pp. 117-146; Garriga, *Ramón Franco*, pp. 186-194.
111. Arrarás, *Franco*, pp. 155-157; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 90.
112. Alejandro Lerroux, *La pequeña historia: apuntes para la historia grande vividos y redactados por el autor*, Buenos Aires, 1945, pp. 568-569.
113. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 91-92.
114. Graco Marsá, *La sublevación de Jaca; relato de un rebelde*, París, 1931, *passim*; José María Azpíroz Pascual y Fernando Elboj Broto, *La sublevación de Jaca*, Zaragoza, 1984, pp. 27-36.
115. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 92; Azpíroz Pascual y Elboj Broto, *Jaca*, pp. 81-93.
116. Azpíroz Pascual y Elboj Broto, *Jaca*, pp. 109-117.
117. Franco, *Madrid bajo las bombas*, pp. 171-175.
118. Garriga, *Ramón Franco*, p. 204.
119. Díaz, *Mi vida*, p. 138; Garriga, *Ramón Franco*, pp. 209-211.
120. Azpíroz Pascual y Elboj Broto, *Jaca*, p. 66.
121. *ABC*, 14, 15 de febrero de 1931.
122. *ABC*, 18, 19 de febrero de 1931; Dámaso Berenguer, *De la Dictadura a la República*, Madrid, 1946, pp. 320-333.
123. Azpíroz Pascual y Elboj Broto, *Jaca*, pp. 144-149; Berenguer, *De la Dictadura*, p. 344; Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 206.
124. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 93.
125. Pemán, *Mis encuentros*, pp. 14-16; Saña, *El franquismo*, p. 42; Garriga, *La Señora*, pp. 57-59.
126. Fernando García Lahiguera, *Ramón Serrano Súñer: un documento para la historia*, Barcelona, 1938, p. 41; Ramón Serrano Súñer, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias*, Barcelona, 1977, pp. 54-56.

3. Relegado: Franco y la Segunda República

1. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 96-97.
2. Berenguer, *De la Dictadura*, pp. 355-356.
3. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 88, 498.
4. Lerroux, *La pequeña historia*, pp. 83-84; Marqués de Hoyos, *Mi testimonio*, Madrid, 1962, p. 59; Mola, *Obras*, p. 631.
5. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 20; Garriga, *Franco-Serrano*, p. 16.
6. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 96-97; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 450-452.
7. Berenguer, *De la Dictadura*, pp. 357-358; Julián Cortés Cavanillas, *La caída de Alfonso XIII*, 7.ª ed., Madrid, sin fecha pero 1933, pp. 217-218.
8. Berenguer, *De la Dictadura*, pp. 349-351, 394-397.
9. Mola, *Obras*, p. 867.
10. Arrarás, *Franco*, pp. 159-160. Sobre la aversión de Franco por la República véase Franco, *Nosotros*, p. 90.
11. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 98-100; Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 211, confunde al general Gómez Morato con el que fue as de la aviación durante la guerra Joaquín García Morato.
12. Franco, *Apuntes personales*, pp. 7-9.
13. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 88.
14. Alfredo Kindelán Núñez del Pino, «Semblanza político-militar del general Kindelán», prólogo a Alfredo Kindelán Duany, *Mis cuadernos de guerra*, 2.ª ed., Barcelona, 1982, p. 40.
15. ABC, 18, 21 de abril de 1931; apunte en el diario de Azaña del 27 de enero de 1932, *Obras*, IV, p. 315.
16. Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército popular de la República*, 4 vols., Madrid, 1973, I, pp. 7, 14, 22-23; Santos Juliá, *Manuel Azaña: una biografía política, del Ateneo al Palacio Nacional*, Madrid, 1990, pp. 98-106.
17. Antonio Cordon, *Trayectoria (recuerdos de un artillero)*, París, 1971, p. 196; Salas Larrazábal, *Ejército popular*, I, pp. 5-6; Juliá, *Azaña*, p. 106.
18. Alpert, *La reforma militar*, pp. 125-131; ABC, 24 de abril; *La Época*, 24 de abril de 1931.
19. Maximiano García Venero, *El general Fanjul: Madrid en el alzamiento nacional*, Madrid, 1967, pp. 189-193.
20. José Antonio Vaca de Osma, *Paisajes con Franco al fondo*, Barcelona, 1987, pp. 18-21.
21. Mola, *Obras*, pp. 1.056-1.058; Alpert, *La reforma militar*, pp. 133-150; Aguilar Olivencia, *El Ejército*, pp. 65-75.
22. Alpert, *La reforma militar*, pp. 150-174. Existe mucha polémica sobre los personajes, véase Salas Larrazábal, *Ejército popular*, I, pp. 8-13.
23. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 101-102.
24. Berenguer, *De la Dictadura*, p. 407.
25. Mola, *Obras*, pp. 879-880; José María Iribarren, *Mola, datos para una biografía y para la historia del alzamiento nacional*, Zaragoza, 1938, pp. 39-40.
26. Carolyn P. Boyd, «“Responsabilities” and the Second Republic, 1931-1936» en Martin Blinkhorn, ed., *Spain in Conflict 1931-1939: Democracy and its Enemies*, Londres, 1986, pp. 14-39.
27. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 464.
28. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 100-102.
29. Franco Salgado-Araujo, apunte en el diario del 28 de febrero de 1955, *Mis conversaciones*, pp. 88-89.
30. Mola, *Obras*, pp. 1.062-1.063; Aguilar Olivencia, *El Ejército*, pp. 147-157.
31. Alpert, *La reforma militar*, pp. 216-228; Azaña, apunte en el diario del 20 de julio de 1931, *Obras*, IV, p. 35.
32. *La Correspondencia Militar*, 18 de junio, 17, 31 de julio de 1931; Mola, *Obras*, pp. 1.0451.065. Cf. Cordon, *Trayectoria*, p. 194.
33. El discurso se reproduce entero en Eduardo Espín, *Azaña en el poder: el partido de Acción Republicana*, Madrid, 1980, pp. 323-334. Sobre la injusticia de la acusación, véase Alpert, *La reforma militar*, pp. 293-297, cuyo relato está ligeramente desfigurado por su aceptación de la versión mal citada del discurso que se da en Miguel Maura *Así cayó Alfonso XIII*, México D. F., 1962, p. 227. Payne, *Politics and the Military*, p. 275, acepta que Azaña dijera la frase ofensiva. Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, 3.ª ed., Londres, 1977, p. 92, acepta la versión de Maura.
34. Salas Larrazábal, *Ejército popular*, I, pp. 14, 78; Aguilar Olivencia, *El Ejército*, pp. 77-83.
35. Cordon, *Trayectoria*, pp. 192-193, 197; Juliá, *Azaña*, pp. 101-102.
36. Crozier, *Franco*, p. 92.
37. Díaz, *Mi vida*, p. 159; Arxiu Vidal i Barraquer, *Església i Estat durant la segona República espanyola 1931-1936*, 8 vols., Montserrat, 1971-1990, I, p. 85; Garriga, *Ramón Franco*, p. 232.
38. Franco, *Apuntes personales*, p. 4.
39. Salas Larrazábal, *Ejército popular*, I, p. 19; Cordon, *Trayectoria*, pp. 192-193; Arrarás, *Franco*, pp. 166-167; Mola, *Obras*, p. 1.027; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 104-106; Franco, *Nosotros*, 90-92.
40. Azaña, apunte en el diario del 20 de julio de 1931, *Obras*, IV, p. 35.
41. «Discurso de despedida en el cierre de la Academia Militar», *Revista de Historia Militar*, Año XX, n.º 40, 1976, pp. 335-337.
42. Franco Salgado-Araujo, 25 de mayo de 1964, *Mis conversaciones*, p. 425; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 122.
43. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 11, 104.
44. Azaña, 16, 22 de julio de 1931, *Obras*, IV, pp. 33, 39. Véase también 9 de diciembre de 1932, *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, 1939, pp. 307-308. La hoja de servicios de Franco véase en Suárez Fernández, *Franco*, II, pp. 228-229.
45. Franco al general Gómez Morato, V División, 24 de julio, Gómez Morato al ministro de la Guerra, 28 de julio, Archivo Azaña, Ministerio de Asuntos Exteriores, RE. 131-132.
46. Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor; Garriga, *La Señora*, p. 70.
47. Azaña, 22 de julio de 1931, *Obras*, IV, pp. 40-42; Arrarás, *Historia de la segunda República*, 4 vols., Madrid, 1956-1968, I, pp. 153-158.

de septiembre de 1931, *Obras*, IV, pp. 46, 129, 131; Joaquín Arrarás, *Historia de la segunda República española*, 4 vols., Madrid, 1956-1968, I, p. 470.

49. Azaña, 12, 13, 14 de agosto de 1931, *Obras*, IV, pp. 79-80, 83.

50. Azaña, 21 de agosto de 1931, *Obras*, IV, pp. 95-96.

51. Arrarás, *Franco*, p. 166.

52. Boyd, «“Responsabilities”», pp. 22-23.

53. Apunte en el diario de Azaña del 2 de septiembre de 1931, *Obras*, IV, pp. 115-116.

54. *El Debate*, 16, 18, 20, 23 de octubre, 1, 3, 10, 12 de noviembre; *ABC*, 11, 14, 16 de octubre de 1931.

55. Azaña, 5 de julio, 2 de septiembre de 1931, *Obras*, pp. 12, 115; Franco, *Madrid bajo las bombas*, p. v.; Díaz, *Mi vida*, pp. 154-155; Garriga, *Ramón Franco*, 234-244; Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 201.

56. Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 232-237.

57. Boyd, «“Responsabilities”», pp. 32-33.

58. *La Voz de Galicia*, 5, 28 de febrero de 1932. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 107.

59. Juliá, *Azaña*, p. 176.

60. Véanse las presentaciones de los abogados defensores en el juicio de los aldeanos, Luis Jiménez de Azúa, Juan-Simeón Vidarte y otros, *Castilblanco*, Madrid, 1933.

61. *ABC*, 1, 2, 3 de enero de 1932; Azaña, 5 de enero de 1932, *Obras*, IV, pp. 293-296.

62. Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Republic 1931-1936*, Londres, 1978, pp. 67-69.

63. *El Socialista*, 2, 5 de enero; *El Heraldo de Madrid*, 5, 6, 9 de enero de 1932; *Diario de Sesiones de Cortes*, 5, 6 de enero de 1932.

64. Azaña, 1, 3, 4 de febrero de 1932, *Obras*, IV, pp. 322-324; *La Voz de Galicia*, 5 de febrero de 1932.

65. Ismael Saz Campos, *Mussolini contra la II República: hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936)*, Valencia, 1986, p. 39.

66. Azaña, 8, 11, 12, 17 de enero de 1932, pp. 299-301, 306-310; Lerroux, *La pequeña historia*, pp. 143-146; Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, 1938, pp. 105-106.

67. Estoy en deuda con James Buchanan, que trabajó en el Banco de Londres y América del Sur en La Coruña desde 1924 a 1942. James Buchanan fue amigo de Max Borrell y me escribió extensamente sobre él (Buchanan al autor, 27 de febrero de 1994). Véase también Jaraiz Franco, *Historia*, p. 79; Borrell en Mérida, *Testigos*, pp. 218-217; Gil, *Cuarenta años junto a Franco*, p. 68.

68. Franco, *Apuntes personales*, Barcelona, 1981, p. 9; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 108; Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 246-247.

69. Sáinz Rodríguez, *Testimonio*, pp. 325-356; Julián Lago, *Las contramemorias de Franco*, pp. 137-138.

70. Ansaldo, ¿*Para qué...*?, p. 51.

71. José María Gil Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, 1968, p. 235.

72. Franco Salgado-Araujo, 29 de junio de 1965, *Mis conversaciones*, p. 452.

73. Azaña, 11 de julio de 1932, *Obras*, IV, pp. 433-434; *El Sol*, 12 de julio de 1932. Sobre Lerroux y los prejuicios militares, véase Álvarez Junco, *El emperador del Paralelo*, pp. 320-323. Sobre su implicación en Sanjurjo, Nigel Townson, «The Collapse of the Centre: The Radical Republican Party during the Second Spanish Republic». Tesis doctoral no publicada, Universidad de Londres, 1991, capítulo 4.

74. Galinsoga y Franco Salgado, *Centinela*, p. 157.

75. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 498-499.

76. Vegas Latapié, *Memorias*, p. 184.

77. Ciento diez periódicos de derechas fueron clausurados durante cuatro meses. *ABC*, 30 de noviembre de 1932; Alfonso Senra, *Del 10 de agosto a la sala sexta del Supremo*, Madrid, 1933, pp. 32-35. Sobre el golpe véase Ansaldo, ¿*Para qué...*?, pp. 32-45; Arrarás, *Cruzada*, I, pp. 435-529; Santiago Galindo Herrero, *Los partidos monárquicos bajo la Segunda República*, 2.ª ed., Madrid, 1956, pp. 156-166; Emilio Esteban Infantes, *La sublevación del general Sanjurjo*, Madrid, 1933, *passim*.

78. Azaña, apunte en el diario del 12 de agosto de 1932, *Memorias íntimas*, pp. 204-205.

79. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 108-109; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 452.

80. *Acción Española*, tomo XVIII, Burgos, marzo de 1937, pp. 17-19; Vegas Latapié, *Caminos*, p. 79. La suscripción fue un regalo del marqués de la Vega de Anzo.

81. Ansaldo, ¿*Para qué...*?, pp. 47-50.

82. Azaña, apunte en el diario del 29 de agosto de 1933, citado por el general Jorge Vigón, *General Mola (el conspirador)*, Barcelona, 1957, p. 79, presumiblemente de la porción sustraída de su diario a la que en apariencia tuvieron acceso importantes franquistas.

83. Ansaldo, ¿*Para qué...*?, p. 50.

84. *La Voz de Galicia*, 18, 20 de septiembre; *El Eco de Santiago*, 19, 20, 21, 22 de septiembre; *El Compostelano*, 19, 20 de septiembre de 1932; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 109; Galinsoga y Salgado-Araujo, *Centinela*, pp. 158-159; Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 249.

85. Ferrer Benimelli, «Franco contra la masonería», pp. 43-44.

86. Baón, *La cara humana*, p. 110.

87. Ansaldo, ¿*Para qué...*?, p. 51; Antonio Cacho Zabalza, *La Unión Militar Española*, Alicante, 1940, p. 14; Vicente Guarner, *Cataluña en la guerra de España*, Madrid, 1975, pp. 64-66; Julio Busquets, «La Unión Militar Española, 1933-1936», *Historia* 16, *La Guerra Civil*, 24 vols., Madrid, 1986, III, p. 86-99.

88. Azaña, 8 de febrero de 1933, *Memorias íntimas*, p. 310; Alpert, *La reforma militar*, pp. 223-228.

89. Franco, *Apuntes personales*, p. 9.

90. Azaña, 8 de febrero de 1933, *Memorias íntimas*, p. 310.

91. Franco, *Apuntes personales*, p. 9.

92. Azaña, 24 de febrero de 1933, *Memorias íntimas*, p. 310.

93. Azaña, 1 de marzo de 1933, *Obras*, IV, p. 447.

94. *ABC*, 12 de septiembre de 1933.

95. Arrarás, *Franco*, pp. 168-171. Es curioso que Gil Robles, que no pierde oportunidad para estrechar sus lazos con Franco, no lo mencione en sus memorias.

96. Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 262.

4. Al mando: Franco y la Segunda República

1. Enrique Montañés, *Anarcosindicalismo y cambio político: Zaragoza, 1930-1936*, Zaragoza, 1989, pp. 98-100; Arrarás, *Historia de la Segunda República*, II, pp. 249-256.
2. Aguilar Olivencia, *El Ejército*, pp. 371-372.
3. Diego Hidalgo Durán, *Un notario español en Rusia*, Madrid, 1929; Diego Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra? Diez meses de actuación ministerial*, Madrid, 1934, pp. 38, 103-104; Concha Muñoz Tinoco, *Diego Hidalgo, un notario republicano*, Badajoz, 1986, pp. 19, 87-89.
4. Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado?*, pp. 105-112; Muñoz Tinoco, *Hidalgo*, pp. 89-92; Elsa López, José Álvarez Junco, Manuel Espadas Burgos y Concha Muñoz Tinoco, *Diego Hidalgo: memoria de un tiempo difícil*, Madrid, 1986, pp. 153-162; Cardona, *El poder militar*, pp. 197-198; Carlos Seco Serrano, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, 1984, p. 408.
5. ABC, 28, 30 de marzo de 1934; Franco Salgado, *Mi vida*, p. 114.
6. Entrevista con Diego Hidalgo en *The Sunday Express*, 15 de mayo de 1938.
7. Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado?*, pp. 77-79; *The Sunday Express*, 15 de mayo de 1938; Franco Salgado, *Mi vida*, p. 114.
8. Antonio Lizarza Iribarren, *Memorias de la conspiración*, Pamplona, 1953, pp. 22-26; *How Mussolini Provoked the Spanish Civil War: Documentary Evidence*, Londres, 1938, *passim*; Saz, *Mussolini contra la II República*, pp. 66-82; John F. Coverdale, *Italian Intervention in the Spanish Civil War*, Princeton, 1975, pp. 50-54.
9. Franco al secretario de la Entente, 16 de mayo de 1934, Bureau Permanent de l'Entente Internationale Anticomuniste, *Dix-sept ans de lutte contre le bolchévisme 1924-1940*, Ginebra, 1940, p. 35.
10. Southworth, manuscrito sobre la Entente; Suárez Fernández, *Franco*, I, pp. 268-269; Hills, *Franco*, p. 207.
11. Franco Salgado, *Mi vida*, pp. 112-114; Jaraiz Franco, *Historia*, p. 94; Franco, *Nosotros*, pp. 18-19.
12. Rafael Abella, «Nicolás Franco Salgado-Araujo y su tiempo. Esbozo biográfico», en Jaime Salom, *El corto vuelo del gallo*, Barcelona, Grijalbo, 1981, p. 67; Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 82, 95.
13. Rafael Salazar Alonso, *Bajo el signo de la revolución*, Madrid, 1935, pp. 50-73; Preston, *CSCW*, pp. 108-112.
14. Salazar Alonso, *Bajo el signo*, pp. 141 y ss.; Preston, *CSCW*, pp. 112-117.
15. *El Debate*, 11 de septiembre; CEDA, 15 de septiembre de 1934; Gil Robles, *No fue posible*, pp. 127-130.
16. Gil Robles, *No fue posible*, p. 131; Salazar Alonso, *Bajo el signo*, pp. 319-320.
17. CEDA, n.º 36-37, diciembre de 1934.
18. *El Carbayón*, 18, 23, 29 de septiembre de 1934.
19. Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado?*, pp. 79-81; Arrarás, *República*, II, pp. 440-441; Manuel Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid, 1983, p. 374.
20. García Venero, *Fanjul*, p. 196.
21. *Diario de las sesiones de Cortes*, 4, 7 de noviembre de 1934.
22. Salazar Alonso, *Bajo el signo*; Ricardo de la Cierva, *Historia de la Guerra Civil española*, Madrid, 1969, pp. 302-303.
23. Primo de Rivera a Franco, 24 de septiembre de 1934, José Antonio Primo de Rivera, *Textos de doctrina política*, 4.ª ed., Madrid, 1966, pp. 297-300; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 54-56; Franco, *Apuntes*, p. 9.
24. Santos Juliá, «Fracaso de una insurrección y derrota de una huelga: los hechos de octubre en Madrid», *Estudios de Historia social*, n.º 31, octubre-diciembre de 1984, pp. 37-47; Francisco Aguado Sánchez, *La revolución de octubre de 1934*, Madrid, 1972, pp. 351-456.
25. Frederic Escofet, *Al servei de Catalunya i de la República*, 2 vols., París, 1973, vol. 1, *La desfeta del 6 d'octubre de 1934*, pp. 109-144; J. Costa i Deu y Modest Sabaté, *La veritat del 6 d'octubre*, Barcelona, 1936, *passim*; Enric Ucelay da Cal, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, Barcelona, 1982, pp. 208-220.
26. La reconstrucción más detallada de los acontecimientos de Asturias se encuentra en Paco Ignacio Taibo II, *Octubre 1934: el ascenso y Octubre 1934: la caída*, vols. 7 y 8 de *Historia general de Asturias*, Gijón, 1978.
27. Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado?*, pp. 79-81; Muñoz Tinoco, *Hidalgo*, p. 93; López y otros, *Hidalgo*, pp. 171-172.
28. General López Ochoa, *Campaña militar de Asturias en octubre de 1934 (narración táctico-episódica)*, Madrid, 1936, pp. 11-12, 26-29; Gil Robles, *No fue posible*, pp. 140-141; César Jalón, *Memorias políticas: periodista, ministro, presidiario*, Madrid, 1973, pp. 128-131; Juan-Simeón Vidarte, *El bienio negro y la insurrección de Asturias*, Barcelona, 1978, pp. 358-359; Aguado Sánchez, *La revolución*, pp. 188-193; Cardona, *El poder militar*, pp. 203-205.
29. Alcalá Zamora, *Memorias*, p. 296; Vidarte, *El bienio negro*, pp. 290-291.
30. Ballbé, *Orden público*, pp. 371-372.
31. Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado?*, pp. 79-81; Franco Salgado, *Mi vida*, p. 115.
32. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 52; Aguado Sánchez, *La revolución*, p. 192.
33. Franco, *Apuntes personales*, pp. 11-12.
34. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 114-116; Arrarás, *Franco*, p. 189.
35. Claude Martin, *Franco, soldado y estadista*, Madrid, 1965, pp. 129-130.
36. Jalón, *Memorias*, pp. 139-140; Franco Salgado, *Mi vida*, pp. 116-121; Aguado Sánchez, *La revolución*, pp. 193-196, 257-258; Manuel D. Benavides, *La revolución fue así (octubre rojo y negro) reportaje*, Barcelona, 1935, p. 330; Bernardo Díaz Nosty, *La comuna asturiana: revolución de octubre de 1934*, Bilbao, 1974, pp. 164, 240-244, 314. Sobre las relaciones con Ricardo de la Puente y su ejecución, véase Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 73-85.
37. Arrarás, *Historia de la Segunda República española*, II, pp. 614, 637-638; Joaquín Arrarás, *Historia de la cruzada española*, 8 vols., Madrid, 1939-1943, II, t. 7.º, p. 259; Franco, *Apuntes personales*, p. 12.
38. Sobre la represión, véase ABC, 13 de octubre de 1934; Ignacio Carral, *Por qué mataron a Luis de Sirval*, Madrid, 1935, pp. 37-60; Díaz Nosty, *La comuna*, pp. 355-372; José Martín Blázquez, *I Helped to Build an Army: Civil War Memoirs of a Spanish Staff Officer*, Londres, 1939, pp. 12-33.

39. Suárez Fernández, *Franco* I, p. 285, niega que Franco tuviera nada que ver con el nombramiento de Doval. Cf. Hidalgo, ¿ *Por qué fui lanzado*?, pp. 91-93; Ballbé, *Orden público*, pp. 372-373; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 52; Aguado Sánchez, *La revolución*, pp. 308-309; La Cierva, *Historia*, p. 448.
40. *Diario de las sesiones de Cortes*, 6 de noviembre de 1934; ABC, 6, 7, 10, 12, 13, 16 de octubre de 1934.
41. Para el relato de López Ochoa de las atrocidades cometidas por la Legión y por los hombres de Doval, véase Vidarte, *El bienio negro*, pp. 359-362.
42. Escofet, *La desfeta*, pp. 147-193; Juan Antonio Sánchez y García Sauco, *La revolución de 1934 en Asturias*, Madrid, 1974, pp. 146-148.
43. Celesia a Mussolini, 17 de octubre de 1934, Archivio Storico e Diplomatico del Ministero degli Affari Esteri, Roma (citado a partir de aquí como ASDMAE) Política Spagna, p. 9, R.3316/1717; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 123.
44. Arrarás, *Cruzada*, II, p. 277; Gil Robles, *No fue posible*, pp. 141-148.
45. Ansaldo, ¿*Para qué...*?, pp. 92-93.
46. *Diario de las sesiones de Cortes*, 6, 7, 14, 15 de noviembre de 1934.
47. Lerroux, *La pequeña historia*, pp. 344-347, 354.
48. Franco, *Apuntes personales*, p. 13.
49. Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 269.
50. Franco, *Apuntes personales*, p. 13.
51. Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 287.
52. Manuel Azaña, *Mi rebelión en Barcelona*, Madrid, 1935, *passim*, pero esencialmente pp. 11-22; Paul Preston, «The Creation of the Popular Front in Spain», en Helen Graham y Paul Preston, editores, *The Popular Front in Europe*, Londres, 1987, pp. 84-105.
53. Gil Robles, *No fue posible*, p. 235.
54. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 50, 52.
55. Franco, *Apuntes personales*, pp. 13-14; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 122-124. En Sevilla durante las primeras semanas de la Guerra Civil, Franco aún hablaba de la chapucera preparación de la Sanjurjada, Pemán, *Mis encuentros*, p. 56.
56. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 122; Garriga, *La Señora*, p. 83.
57. Gil Robles, *No fue posible*, pp. 234-243; Antonio López Fernández, *Defensa de Madrid*, México D. F., 1945, pp. 40-43.
58. Iribarren, *Mola*, p. 44; De la Cierva, *Franco*, II, p. 162.
59. Gil Robles, *No fue posible*, pp. 243-264; Arrarás, *Franco*, pp. 193-194; Alcalá Zamora, *Memorias*, pp. 334-335.
60. *Documents on German Foreign Policy*, series C, vol. IV, Londres, 1964, pp. 641-650; Gerhard L. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany: Diplomatic Revolution in Europe, 1933-1936*, Chicago, 1970, p. 285; Ángel Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, 2.ª ed., Madrid, 1977, pp. 104-113.
61. Franco, *Apuntes personales*, pp. 14-15.
62. Franco, *Apuntes personales*, pp. 18-19.
63. Vegas Latapié, *Memorias*, p. 248.
64. H. R. Southworth, «Entente», ms, pp. 69-75, 82-91; *Documentos inéditos*, I, pp. 13-23.
65. Gil Robles entrevistado por Armando Boaventura, *Madrid-Moscovo da ditadura à República e à Guerra Civil de Espanha*, Lisboa, 1937, p. 191; Joaquín Chapaprieta Torregrosa, *La paz fue posible: memorias de un político*, Barcelona, 1971, pp. 292-332.
66. Gil Robles, *No fue posible*, pp. 358-367; Boaventura, *Madrid-Moscovo*, p. 192.
67. Franco a Gil Robles, abril 1937, citado en Jaime del Burgo, *Conspiración y Guerra Civil*, Madrid, 1970, pp. 228-229.
68. Ansaldo, ¿*Para qué?*, pp. 110-111.
69. *El Debate*, 15 de diciembre de 1935; Gil Robles, *No fue posible*, pp. 375-376; Arrarás, *Franco*, p. 198.
70. Para los relatos de Moscardó, véase Maximiano García Venero, *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, París, 1967, p. 66 y Benito Gómez Oliveros, *General Moscardó*, Barcelona, 1956, p. 104. La versión de Fernández Cuesta aparece en una carta a Felipe Ximénez de Sandoval, 9 de febrero de 1942, reproducida en Gil Robles, *No fue posible*, p. 367, y Raimundo Fernández Cuesta, *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Madrid, 1985, pp. 52-53. Para un comentario, Herbert R. Southworth, *Antifalange: estudio crítico de «Falange en la guerra de España» de Maximiano García Venero*, París, 1967, pp. 91-94.
71. Franco, *Apuntes personales*, pp. 21-22.
72. Franco, *Apuntes personales*, pp. 23-24; Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 301.
73. Manuel Portela Valladares, *Memorias: dentro del drama español*, Madrid, 1988, pp. 168-169.
74. Franco, *Apuntes personales*, pp. 24-25; 35-36.
75. *The Daily Mail*, 29 de enero de 1936.
76. Hills, *Franco*, pp. 209-210; Arrarás, *Franco*, pp. 206-207; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 126-127.
77. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 56. Como parte de la operación emprendida en 1937 para enlazar los nombres de Franco y José Antonio, Arrarás sitúa esta entrevista a principios de marzo y retrata a los dos protagonistas como colaboradores decisivos en la preparación del alzamiento, Arrarás, *Franco*, p. 228.
78. Javier Tusell, *Las elecciones del Frente Popular*, 2 vols., Madrid, 1971, I, p. 13. Cf. José Venegas, *Las elecciones del Frente Popular*, Buenos Aires, 1942, p. 65.
79. Portela, *Memorias*, pp. 175-178; Gil Robles, *No fue posible*, pp. 492-493; Alcalá Zamora, *Memorias*, p. 347.
80. Gil Robles, *No fue posible*, pp. 492-493; Franco, *Apuntes personales*, pp. 25-28. Arrarás, *Cruzada*, II, p. 439, da una cronología diferente en la que Franco habla con Pozas y Molero antes de que Gil Robles viera a Portela. La versión de Gil Robles es más verosímil y la confirma el propio relato incompleto de Franco. El hecho de que Arrarás diera la vuelta a los acontecimientos se explica por el resentimiento franquista hacia Gil Robles.
81. Portela, *Memorias*, pp. 183-184; Alcalá Zamora, *Memorias*, p. 347; Franco, *Apuntes personales*, pp. 28-30.
82. Franco, *Apuntes personales*, p. 30; De La Cierva, *Historia*, I, p. 640.
83. Franco, *Apuntes personales*, p. 30; Arrarás, *Cruzada*, II, p. 440; Gil Robles, *No fue posible*, pp. 494-495. Arrarás sugiere que Portela le había hablado personalmente a Franco sobre el decreto. Eso es contrario a la afirmación que Portela hace en sus memorias de que nunca se reunió con Franco antes de la noche del 17 de febrero y la declaración que hizo en aquella ocasión al general Núñez de Prado de que no le había hablado a Franco del decreto, Portela, *Memorias*, p. 184; Juan Simeón Vidarte. *Todos fuimos culpables: testimonio de un socialista español*, México D. F., 1973, p. 49. En cualquier caso es muy improbable que el ministro de la Gobernación llamara al jefe del Estado Mayor para hacer una tarea que correspondía al director de la Guardia Civil.

84. Franco, *Apuntes personales*, pp. 28-30: Servicio Histórico Militar, *Historia de la guerra de liberación*, Madrid, 1945, I, p. 421; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 48.

85. *El Sol*, 19 de febrero de 1936; Portela, *Memorias*, pp. 184-185, 190; Arrarás, *Cruzada*, II, p. 441; entrevista con Franco en Boaventura, *Madrid-Moscovo*, pp. 207-208; B. Félix Maíz, *Alzamiento en España: de un diario de la conspiración*, 2.ª ed., Pamplona, 1952, p. 37.

86. *El Socialista*, 19 de febrero de 1936; Manuel Goded, *Un «faccioso» cien por cien*, Zaragoza, 1939, pp. 26-27; Azaña, 19 de febrero de 1936, *Obras*, IV, p. 563; Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, 1983, pp. 303-304; Gil Robles, *No fue posible*, pp. 497-498; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 40-42, 48-49.

87. Arrarás, *Cruzada*, II, p. 443.

88. Portela, *Memorias*, pp. 186-187; Gil Robles, *No fue posible*, pp. 500-501.

89. Portela, *Memorias*, pp. 192-193; Gil Robles, *No fue posible*, pp. 499-500.

5. La forja de un conspirador: Franco y el Frente Popular

1. Ministerio de la Guerra, Estado Mayor Central, *Anuario Militar de España año 1936*, Madrid, 1936, p. 150.
2. Franco, *Apuntes personales*, p. 23; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 131.
3. La versión que relata lo que dijo Franco del modo más claro es Arrarás, *Cruzada*, III, p. 58. Véase también Arrarás, *Franco*, pp. 228-229; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 131.
4. José María Iribarren, *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la Guerra Civil*, Zaragoza, 1937, p. 14; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 132.
5. Existe cierta confusión sobre los participantes en la reunión en casa de Delgado, Gil Robles, *No fue posible*, pp. 719-720; Arrarás, *Cruzada*, II, p. 467; Franco, *Apuntes personales*, p. 33; B. Félix Maíz, *Alzamiento en España: de un diario de la conspiración*, 2.ª ed., Pamplona, 1952, pp. 50-51; Iribarren, *Mola*, pp. 45-46; Iribarren, *Con el general Mola*, pp. 14-15; Felipe Bertrán Güell, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional*, Valladolid, 1939, p. 116; Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 81; Kindelán, «La aviación en nuestra guerra», en *La guerra de liberación nacional*, Zaragoza, 1961, pp. 354-355.
6. Franco-Salgado, *Mi vida*, pp. 134-136; Galinsoga, Franco Salgado, *Centinela*, pp. 195-196.
7. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 136-137; Hills, *Franco*, p. 220.
8. *The Morning Post*, 20 de julio de 1937; Arrarás, *Cruzada*, III, p. 56; Franco Salgado Araujo, *Mi vida*, p. 142.
9. Hodgson, *Spain Resurgent*, p. 103.
10. Ramón Garriga, *Los validos de Franco*, Barcelona, 1981, pp. 16-18.
11. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 146-150; Arrarás, *Franco*, pp. 257-259.
12. Chilton a Eden, 22 de abril de 1936, PRO FO 371/20521 W3720/62/41.
13. Pedrazzi a Ciano, 28 de abril de 1936, ASDMAE, Política Spagna, p. 9, TE1248/548; Saz Campos, *Mussolini*, pp. 179-180.
14. Para más detalles, véase Preston, *CSCW*, pp. 182-183.
15. Gil Robles, *No fue posible*, pp. 561-562; García Venero, *Fanjul*, pp. 208-212.
16. *Ya*, 23 de abril de 1936.
17. Gil Robles, *No fue posible*, pp. 563-567; García Venero, *Fanjul*, pp. 226-228; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 56-58.
18. Gil Robles, *No fue posible*, p. 563-564.
19. Basilio Álvarez, *España en crisol*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1937, p. 69.
20. Arrarás, *Franco*, p. 231.
21. Arrarás, *Cruzada*, II, p. 488.
22. Franco, discurso del 9 de noviembre de 1947, *Textos 1945-1950*, p. 109.
23. Franco, *Apuntes personales*, pp. 34-35.
24. Joaquín Arrarás, *Historia de la Segunda República española*, 4 vols., Madrid, 1956-1968, IV, pp. 165-166.
25. Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, 3 vols., México D.F., 1967-1969, I, pp. 387-403.
26. Gil Robles, *No fue posible*, pp. 567-572.
27. Iribarren, *Mola*, p. 71.
28. Iribarren, *Mola*, pp. 79-87.
29. Bertrán Güell, *Preparación*, pp. 119-124; B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, Barcelona, 1976, p. 121; Iribarren, *Mola*, p. 47.
30. Iribarren, *Mola*, pp. 52, 58-62; Juan José Calleja, *Yagüe: un corazón al rojo*, Barcelona, 1936, pp. 75-77.
31. Arrarás, *Cruzada*, III, p. 61, declara que Franco escribió treinta cartas en clave sobre el inminente alzamiento a Galarza desde las islas Canarias. Cabanellas *Cuatro generales*, I, p. 445, afirma que Franco escribió sólo tres cartas relacionadas con el alzamiento, lo cual es bastante más probable.
32. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 139, 145; Soriano, *La mano*, p. 145.
33. H. Edward Knoblaugh, *Correspondent in Spain*, Nueva York, 1937, p. 21; Pemán, *Mis encuentros*, p. 56.
34. Iribarren, *Mola*, p. 53; Vigón, *Mola*, pp. 91-92.
35. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 53.
36. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 53.
37. Calleja, *Yagüe*, pp. 75-76; Arrarás, *Cruzada*, II, p. 523; Maíz, *Alzamiento*, p. 153.
38. Vigón, *Mola*, pp. 93-94; Iribarren, *Mola*, pp. 55-56.
39. Frederic Escofet, *Al servei de Catalunya i de la República*, 2 vols., II, *La victòria 19 de juliol 1936*, París, 1973, pp. 39-42, 151, 455-457.
40. La primera referencia que se publica sobre la carta se encuentra en *The Times*, 7 de septiembre de 1936. En España se publicó un texto más completo en Arrarás, *Franco*, pp. 233-237. En Galinsoga y Franco Salgado, *Centinela*, pp. 203-206, se recoge un texto ligeramente diferente. Sobre los destinos, véase Arrarás, *Cruzada*, II, pp. 522-524.
41. Arrarás, *Franco*, p. 233, Arrarás, *Cruzada*, II, pp. 523-524; Suárez Fernández, *Franco*, II, pp. 37-40; Maíz, *Alzamiento*, p. 191. Véase el análisis de Southworth, *Antifalange*, pp. 99-101.
42. Franco a Gil Robles, 12 de abril de 1937, Burgo, *Conspiración*, pp. 228-229; Iribarren, *Con el general Mola*, pp. 16-17.
43. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 147.
44. Iribarren, *Con el general Mola*, p. 17; *Mola*, p. 65.
45. Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor.
46. Sáinz Rodríguez, *Testimonio*, p. 247; Ansaldo, *¿Para qué...?*, p. 121.
47. Pemán, *Mis encuentros*, p. 32.
48. Sáinz Rodríguez, *Testimonio*, p. 340.
49. Gil Robles, *No fue posible*, p. 780; Ramón Garriga, *El general Yagüe*, Barcelona, 1985, pp. 61-68.
50. Maíz, *Mola*, pp. 217, 238, 260; José Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos*, Barcelona, 1971, p. 162; Torcuato Luca de Tena, *Papeles para la pequeña y*

la gran historia: memorias de mi padre y más, Barcelona, 1991, pp. 204-210; Antonio González Betes, *Franco y el Dragón Rapide*, Madrid, 1987, pp. 83-94; Luis Bolín, *Spain: the Vital Years*, Filadelfia, 1967, pp. 10-15.

51. Douglas Jerrold, *Georgian Adventure*, Londres, 1937, pp. 367-373; Bolín, *Spain*, pp. 16-30; Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 62-64; González Betes, *Dragon Rapide*, pp. 91-121.

52. Kindelán, «Prólogo», *Mis cuadernos*, 2.ª ed., p. 42.

53. Alfredo Kindelán, *La verdad de mis relaciones con Franco*, Barcelona, 1981, pp. 173-174; Saña, *Franquismo*, pp. 48-49; Vegas Latapié, *Memorias*, p. 276; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 120-121.

54. Arrarás, *Cruzada*, III, p. 61.

55. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 150; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 120; Saña, *Franquismo*, p. 49; González Betes, *Dragon Rapide*, pp. 122-123.

56. Garriga, *Franco-Serrano Súñer*, p. 42; Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 105-130 y especialmente, pp. 116-117; Franco, *Nosotros*, pp. 41, 50, 94.

57. *The Morning Post*, 20 de julio de 1937.

58. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 151; González Betes, *Dragon Rapide*, pp. 127-130; Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 64-65; Arrarás, *Franco*, p. 250. Sangróniz había escrito un libro sobre Marruecos en los años veinte, José Antonio Sangróniz, *Marruecos. Sus condiciones físicas, sus habitantes y las instituciones indígenas*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1921.

59. *The Morning Post*, 20 de julio de 1937.

60. Federico Bravo Morata, *Franco y los muertos providenciales*, Madrid, 1979, pp. 1947; González Betes, *Dragon Rapide*, pp. 132-134.

61. Arrarás, *Franco*, p. 261; Arrarás, *Cruzada*, III, p. 66; Millán Astray, *Franco*, p. 21; Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 50; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 145, 152.

62. Bravo Morata, *Franco y los muertos*, pp. 38-44; Payne, *Politics and the Military*, p. 341; Thomas, *Civil War*, p. 212.

63. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 152-154; González Betes, *Dragon Rapide*, pp. 134-137, 142-147; Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 66-67.

64. Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 17-44.

65. Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 67-69; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 154-155; Luis Romero, *Tres días de julio (18, 19 y 20 de 1936)*, 2.ª ed., Barcelona, 1968, pp. 11-13.

66. Eugenio Vegas Latapié, *Los caminos del desengaño: memorias políticas II, 1936-1938*, Madrid, 1987, p. 80.

67. Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 70-73; Suárez Fernández, *Franco*, II, pp. 53-54.

68. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 155-156.

69. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 158-160; Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 74-75; Franco, *Nosotros*, p. 108; Garriga, *La Señora*, p. 92.

70. González Betes, *Dragon Rapide*, pp. 159-164; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 160-161.

71. Gil Robles, *No fue posible*, p. 782.

72. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 161; Arrarás, *Cruzada*, III, p. 75; Bolín, *Spain*, p. 45; Hills, *Franco*, p. 232; Crozier, *Franco*, p. 185; González Betes, *Dragon Rapide*, p. 167.

73. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 161; Arrarás, *Cruzada*, III, p. 75; Bolín, *Spain*, p. 47. Según González Betes, *Dragon Rapide*, p. 156, el piloto auxiliar que acompañaba al grupo de Franco, el teniente Villalobos, afirmaba haber afeitado a Franco en Casablanca.

74. Cabanellas, *Guerra*, I, p. 657.

75. Bolín, *Spain*, pp. 50-52; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 160-164; Arrarás, *Franco*, pp. 263-271; González Betes, *Dragon Rapide*, pp. 164-178; Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 73-78.

76. *Daily Express*, 26 de junio de 1938; Bolín, *Spain*, pp. 52-53; González Betes, *Dragon Rapide*, pp. 186-189.

6. La forja de un Generalísimo

1. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 165; Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 80-82.
2. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 166-167.
3. Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 49-51, 82.
4. Abd el Hajid Ben Jellon, «La participación de los mercenarios marroquíes en la Guerra Civil española (1936-1939)», *Revista Internacional de Sociología*, vol. 46, n.º 4, octubrediciembre 1988, pp. 527-541.
5. *The Times*, 26 de agosto de 1926; Whitaker, «Prelude», pp. 105-106; María Rosa de Madariaga, «Imagen del moro en la memoria colectiva del pueblo español y el retorno del moro en la Guerra Civil de 1936», *Revista Internacional de Sociología*, vol. 46, n.º 4, octubre-diciembre 1988, pp. 590-596.
6. Franco, *Diario*, p. 177; Southworth, *Antifalange*, pp. xxi-xxii, 112-113, fotografías n.ºs 44a, 44b.
7. Cabanellas, *Guerra*, I, pp. 569-571.
8. *The Times*, 20 de julio de 1936.
9. Escofet, *La victoria*, pp. 427-430.
10. Testimonio de Carlos Marín de Bernardo, Mérida, *Testigos*, pp. 189-190.
11. Vaca de Osma, *Paisajes*, pp. 35-36.
12. Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 308-321.
13. Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 156-210; Antonio Bahamonde y Sánchez de Castro, *Un año con Queipo: memorias de un nacionalista*, Barcelona, 1938, pp. 23-29; Guzmán de Alfarache, *¡18 de julio! Historia del alzamiento glorioso de Sevilla*, Sevilla, 1937, pp. 51-179; Cabanellas, *Guerra*, I, pp. 401-402; Ian Gibson, *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*, Barcelona, 1986, pp. 157-158.
14. La mejor crónica está en García Venero, *Fanjul*, pp. 296-345. Véase también, Luis Romero, *Tres días de Julio*, 2.ª ed., Barcelona, 1968, pp. 453 y ss.
15. Goded, *Un «faccioso»*, pp. 43-67; Escofet, *La victoria*, pp. 200-400; Romero, *Tres días*, pp. 341-353, 409-410; Francisco Lacruz, *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*, Barcelona, 1943, pp. 13-116.
16. Óscar Pérez Solís, *Sitio y defensa de Oviedo*, 2.ª ed., Valladolid, 1938, pp. 5-28; Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2.ª ed., 2 vols., París, 1968, I, pp. 50-54; Arrarás, *Cruzada*, IV, pp. 141-143.
17. García Venero, *Fanjul*, pp. 286-291; Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 358-363.
18. Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 363-364; Maíz, *Alzamiento*, p. 304; Iribarren, *Con el general Mola*, pp. 65-66.
19. Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 444-449.
20. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 526.
21. ABC, Sevilla, 22 de julio, *The Times*, 24 de julio de 1936; Arrarás, *Cruzada*, III, p. 84.
22. Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 73, 82-85; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 167.
23. Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 82.
24. Iribarren, *Con el general Mola*, p. 97.
25. Iribarren, *Con el general Mola*, p. 73.
26. Vegas Latapié, *Los caminos*, pp. 23-24; Ansaldo, *¿Para qué?*, pp. 137-138; Sáinz Rodríguez, *Testimonio*, p. 249.
27. Ansaldo, *¿Para qué?*, pp. 138-144; José Antonio Silva, *Cómo asesinar con un avión*, Barcelona, 1981, pp. 40-58.
28. Tom Gallagher, *Portugal: A Twentieth Century Interpretation*, Manchester, 1983, pp. 86, 108, n. 5.
29. General Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos!, estudio político-militar del período final de la guerra española*, 2.ª ed, Barcelona, 1974, pp. 185-186; Luigi Longo, *Le brigate internazionali in Spagna*, Rome, 1956, pp. 14-16; Thomas, *Civil War*, p. 328.
30. Arrarás, *Cruzada*, III, p. 83.
31. *The News Chronicle*, 29 de julio, 1 de agosto de 1936.
32. Alpert, Michael, *La Guerra Civil española en el mar*, Madrid, 1987, p. 86; Calleja, *Yagüe*, p. 88; Iribarren, *Con el general Mola*, p. 167.
33. Kindelán, *La verdad*, pp. 173-174; *Mis cuadernos*, pp. 82-83.
34. El hijo de Kindelán afirmó que la idea del «puente aéreo» y la de romper el bloqueo por mar provino de su padre, «Prólogo», *Mis cuadernos*, p. 45.
35. Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 211-213.
36. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 83-85; Gerald Howson, *Aircraft of the Spanish Civil War 1936-1939*, London, 1990, pp. 116-117, 145-146; Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande) *La campaña de Andalucía*, 2.ª ed., Madrid, 1986, pp. 51-53; coronel José Gomá, *La guerra en el aire*, Barcelona, 1958, pp. 70-71; Jesús Salas Larrazábal, «El puente aéreo del Estrecho», *Revista de Aeronáutica y Astronáutica*, septiembre de 1961, pp. 747-750.
37. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 173-175.
38. Gomá, *La guerra en el aire*, p. 70; Howson, *Aircraft*, pp. 76-78, 191.
39. Gomá, *La guerra en el aire*, p. 67; Jesús Salas Larrazábal, *La guerra de España desde el aire*, 2.ª ed., Barcelona, 1972, p. 87.
40. Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 118-119; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 181-182; Kindelán, *La verdad*, 176-177; Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, pp. 55-58; Martin, *Franco*, pp. 191-192.
41. Maíz, *Alzamiento*, pp. 307-311.
42. *FRUS* 1936, II, p. 449; ABC, Sevilla, 26 de julio de 1936; Iribarren, *Con el general Mola*, pp. 106-107, 122.
43. Arrarás, *Cruzada*, III, p. 513, IV, p. 218.
44. Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 77; Fernando y Salvador Moreno de Reyna, *La guerra en el mar (Hombres, barcos y honra)*, Barcelona, 1959, p. 42.
45. Julio de Ramón-Laca, *Bajo la férula de Queipo: cómo fue gobernada Andalucía*, Sevilla, 1939, pp. 5-45.
46. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 180; Cabanellas, *Guerra*, I, pp. 642-643.
47. Bolín, *Vital Years*, pp. 159-166; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 175-176.
48. Renzo de Felice, *Mussolini il duce: lo stato totalitario 1936-1940*, Turín, 1981, p. 363.

49. De Felice, *Il duce*, pp. 364-365.

50. Saz, *Mussolini*, pp. 181-184; Roberto Cantalupo, *Fu la Spagna. Ambasciata presso Franco*, Milán, 1948, p. 63; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 69-72; Bolín, *Vital Years*, pp. 70-72.

51. Saz, *Mussolini*, pp. 180, n. 97, 243; Bolín, *Vital Years*, pp. 167-169; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 71-72.

52. Saz, *Mussolini*, pp. 183-185. Los telegramas se reproducen en las pp. 247-251.

53. José Ignacio Escobar, *Así empezó*, Madrid, 1974, pp. 55-60; José Gutiérrez-Ravé, *Antonio Goicoechea*, Madrid, 1965, pp. 35-37; Saz, *Mussolini*, pp. 186-188; Arrarás, *Cruzada*, III, p. 126; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 72-74; Viñas, *La Alemania nazi*, pp. 308-311; Saz, *Mussolini*, p. 191.

54. *FRUS 1936*, II, p. 453.

55. Se ha puesto en duda la afirmación de que Mussolini insistió en que el avión se pagara en metálico antes de su entrega. El dinero entregado por el millonario y contrabandista Juan March, dinero este del que a menudo se ha sostenido que sirvió para pagar los primeros bombarderos Savoia, fue utilizado para otras compras de aviones. Para la reputación de Juan March, véase Gutiérrez-Ravé, *Goicoechea*, p. 37; Coverdale, *Italian Intervention*, p. 74. Para su refutación, véase Saz, *Mussolini*, pp. 189-190.

56. *FRUS 1936*, II, p. 451.

57. *Documents on German Foreign Policy* [en lo sucesivo *DGFP*] Series D, vol. III, Londres, 1951, pp. 15, 17; Saz, *Mussolini*, p. 185; Howson, *Aircraft*, p. 274.

58. Saz, *Mussolini*, pp. 191-193.

59. Franco, *Apuntes*, p. 39; Viñas, *Alemania nazi*, pp. 274-276.

60. *DGFP*, D, III, pp. 4-5, 7; Viñas, *Alemania nazi*, pp. 264-269, 293-294, 323.

61. De Bernhardt y Langenheim, véase Viñas, *Alemania nazi*, pp. 276-292.

62. *DGFP*, D, III, pp. 7-8; Viñas, *Alemania nazi*, pp. 316-329; Howson, *Aircraft*, pp. 206-207; Suárez Fernández, *Franco*, II, pp. 60-68.

63. *DGFP*, D, III, pp. 10-11; Viñas, *Alemania nazi*, pp. 330-338.

64. Viñas, *Alemania nazi*, pp. 330-342. Göring cambió la fecha de este encuentro y otro posterior en su testimonio ante el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg, *Trial of Major War Criminals*, Nuremberg, 1947, IX, pp. 280-281.

65. Joaquim von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1954, p. 59.

66. Viñas, *Alemania nazi*, pp. 341-352; *DGFP*, D, III, pp. 113-114; Ángel Viñas y otros, *Política comercial exterior en España (1931-1975)*, 2 vols., Madrid, 1979, I, pp. 146-149; Denis Smyth, «The Moor and the Money-lender: Politics and Profits in Anglo-German Relations with Francoist Spain 1936-1940», en Marie-Luise Recker, *Von der Konkurrenz zur Rivalität: Das britische-deutsche Verhältnis in den Ländern der europäischen Peripherie 1919-1939*, Stuttgart, 1986, pp. 146-147.

67. Heinz Höhne, *Canaris*, Londres, 1979, pp. 230-231; André Brissaud, *Canaris*, Londres, 1973, pp. 8, 36-42; Weinberg, *Foreign Policy*, p. 288; Viñas, *Alemania nazi*, p. 342; *DGFP*, D, III, pp. 34, 40, 442-443.

68. Ángel Viñas, «Los espías nazis entran en la Guerra Civil», en *Guerra, dinero, dictadura: ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Barcelona, 1984, pp. 51-53; Höhne, *Canaris*, p. 234; Klaus A. Maier, *Guernica 26.4.1937: Die deutsche intervention in Spanien und der «Fall Guernica»*, Friburgo, 1975, pp. 24-25; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 87, 103, 106, 119-20.

69. Para los contactos de Mola, véase Viñas, *Alemania nazi*, pp. 274-275.

70. Escobar, *Así empezó*, pp. 75, 81-118.

71. *DGFP*, D, III, pp. 9, 16.

72. Howson, *Aircraft*, pp. 206-207; Maier, *Guernica*, pp. 21-22.

73. El telegrama de Franco está reseñado en José Manuel Martínez Bande, «Del alzamiento a la Guerra Civil; verano de 1936: correspondencia Franco-Mola», *Historia y Vida*, n.º 93, 1975, p. 21, donde un error tipográfico data el hecho el 20 de julio, a pesar de que el propio texto deja claro que tuvo que ser el 29 o el 30 de julio, cf. Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 79. Iribarren, *Con el general Mola*, p. 157, cita el telegrama como recibido el 29 de julio.

74. *Hitler's Table Talk*, p. 687.

75. Franco, *Apuntes*, p. 40; «Correspondencia Franco-Mola», p. 22; Escobar, *Así empezó*, p. 243. Sobre el pesimismo de Mola, Vigón, *Mola*, pp. 176-201.

76. Iribarren, *Mola*, p. 149; «Correspondencia Franco-Mola», p. 21.

77. *The Times*, 30 de julio de 1936; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 180.

78. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 181-182, parece defender la fecha del 3 de agosto para el encuentro que mantuvieron el 20 de julio.

79. *DGFP*, D, III, pp. 26-27.

80. «Correspondencia Franco-Mola», p. 22.

81. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 182-183; Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, pp. 57-63; Arrarás, *Cruzada*, III, pp. 129-139; Arrarás, *Franco*, pp. 281-283; Alpert, *La Guerra en el mar*, pp. 89-95; Gomá, *La guerra en el aire*, pp. 74-81; «Almogávares en el aire», *Revista de Aeronáutica*, agosto 1942, pp. 97-100.

82. Kindelán, «La aviación», p. 365; *The Times*, 15 de agosto de 1936; Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 80.

83. Francisco Bonmatí de Codecido, *El Príncipe Don Juan de España*, Valladolid, 1938, pp. 224-237; Iribarren, *Mola*, pp. 166-167; Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 37-44; Cabanellas, *Guerra*, I, pp. 636-637.

84. Pemán, *Mis encuentros*, pp. 188-193.

85. *The Times*, 10 de agosto de 1936.

86. Howson, *Aircraft*, p. 123.

87. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 184.

88. Carlos Asensio Cabanillas, «El avance sobre Madrid y operaciones en el frente del centro», *La guerra de liberación nacional*, Zaragoza, 1961, pp. 160-165; Servicio Histórico Militar (José Manuel Martínez Bande), *La marcha sobre Madrid*, Madrid, 1968, pp. 24-34; Manuel Sánchez del Arco, *El sur de España en la reconquista de Madrid*, Sevilla, 1937, pp. 62-81; Calleja, *Yagüe*, pp. 90-91, 94-96; Salas Larrazábal, *La guerra desde el aire*, p. 64.

89. Mijaíl Koltsov, *Diario de la guerra de España*, París, 1963, pp. 88-89; Whitaker, «Prelude», pp. 105-106.

90. Cardozo, *The March*, pp. 160-162.

91. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, pp. 165-170.

92. Pemán, *Mis encuentros*, p. 64.
93. *DGFP*, D, III, pp. 86-87.
94. «Correspondencia Franco-Mola», pp. 22-23.
95. *DGFP*, D, III, p. 40.
96. Escobar, *Así empezó*, pp. 119-124; Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 364.
97. Calleja, *Yagüe*, pp. 100-102.
98. Sobre el error estratégico, Thomas, *Civil War*, p. 373. Arrarás, *Cruzada*, VII, pp. 2426; Aznar, *Historia militar*, p. 103; Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, pp. 34-35 atribuye la decisión a Yagüe. Luis María de Lojendio, *Operaciones militares de la guerra de España*, Barcelona, 1940, pp. 141-142, evita comentarlo. Calleja, *Yagüe*, p. 97, deja claro que se discutió ampliamente con Franco.
99. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, pp. 35-41; Sánchez del Arco, *El sur*, pp. 82-91; Calleja, *Yagüe*, p. 105.
100. Mário Neves, *La matanza de Badajoz*, Badajoz, 1986, pp. 13, 43-45, 50-51. Véase también Jay Allen, «Blood flows in Badajoz», en Marcel Acier, editor, *From Spanish Trenches: Recent Letters from Spain*, Londres, 1937, pp. 3-8; Whitaker, «Prelude», pp. 104-106; Calleja, *Yagüe*, pp. 99-109. Sobre la campaña de propaganda franquista negando lo sucedido en Badajoz, véase Herbert Routledge Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, París, 1963, pp. 217-231.
101. *FRUS* 1936, II, pp. 456-457; *DGFP*, D, III, pp. 54-55; Iva Delgado, *Portugal e a Guerra Civil de Espanha*, Lisboa, s.f., pp. 30-39.
102. Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)*, Madrid, 1940, p. 99; Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, pp. 18-19, 30.
103. Gibson, *Queipo*, pp. 101-105. Agradezco a Ian Gibson el haberme proporcionado copias de los documentos sobre el juicio y ejecución de Campins, incluido un telegrama de su viuda solicitando noticias diez días después de su muerte.
104. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 185-188, 348-353.
105. Franco, *Nosotros*, p. 88.
106. Gibson, *Queipo*, pp. 104-105; Cabanellas, *Guerra*, II, pp. 872-873.
107. Vegas Latapié, *Caminos*, p. 32; Cabanellas, *Guerra*, I, pp. 638-639.
108. Iribarren, *Mola*, p. 11.
109. Iribarren, *Con el general Mola*, pp. 164-165, 243.
110. Arthur Koestler, *Spanish Testament*, Londres, 1937, pp. 29-30; H. R. Knickerbocker, *The Siege of the Alcazar: A War-Log of the Spanish Revolution*, Londres, s.f. (1936), pp. 27-28, 41; Reynolds and Eleanor Packard, *Balcony Empire. Fascist Italy at War*, Nueva York, Oxford University Press, 1942, p. 47; Francis McCullagh, *In Franco's Spain*, Londres, Burns, Oates & Washbourne, 1937, pp. 110-111.
111. Whitaker, «Prelude», p. 116.
112. Harold G. Cardozo, *The March of a Nation*, Londres, 1937, p. 141. Cf. William Foss y Cecil Gerathy, *The Spanish Arena*, Londres, 1938, p. 62; Rotvand, *Franco*, p. 20; Coles, *Franco*, p. 71.
113. Cabanellas, *Cuatro generales*, II, p. 327.
114. *DGFP*, D, III, pp. 42-43.
115. «Correspondencia Franco-Mola», p. 22.
116. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 189-190; Iribarren, *Con el general Mola*, pp. 262-264.
117. Iribarren, *Con el general Mola*, p. 271.
118. Iribarren, *Con el general Mola*, p. 263.
119. Iribarren, *Mola*, pp. 149-153.
120. *Dez anos de política externa (1936-1947) a a nação portuguesa e a segunda guerra mundial* III, Lisboa, 1964, p. 156; *The Times*, 11, 17 de agosto de 1936.
121. «Correspondencia Franco-Mola», p. 23.
122. Viñas, «Los espías», pp. 50, 56-58; Robert H. Whealey, *Hitler and Spain: The Nazi Role in the Spanish Civil War*, Lexington, Kentucky, 1989, p. 7.
123. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, pp. 45-56; Calleja, *Yagüe*, pp. 111-112; Sánchez del Arco, *El sur*, pp. 94-114.
124. «Correspondencia Franco-Mola», pp. 23-24. Reclamación de Martínez Bande, *ibid*, pp. 23-24, 28-29.

7. La forja de un Caudillo

1. Vegas Latapié, *Caminos*, p. 71.
2. Carta de Ramón Garriga al autor, 1 de noviembre de 1990; Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 72, 89; Iribarren, *Mola*, pp. 193, 211; Arrarás, *Franco*, p. 287; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 192-193; Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 95.
3. José María Pemán, *Mis almuerzos con gente importante*, Barcelona, 1970, p. 138.
4. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 197; Baón, *La cara humana*, p. 125.
5. Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 102-104, 119-120; Höhne, *Canaris*, p. 235; Weinberg, *Diplomatic Revolution*, p. 292; Maier, *Guernica*, pp. 24-25.
6. Raymond Carr, *The Spanish Tragedy: The Civil War in Perspective*, Londres, 1977, p. 152; Whitaker, «Prelude», pp. 104-105.
7. Servicio Histórico Militar (Coronel José Manuel Martínez Bande), *Nueve meses de guerra en el norte*, Madrid, 1980, pp. 64-93; Aznar, *Historia Militar*, pp. 127-143; Thomas, *Civil War*, pp. 376-380.
8. *DGFP*, D, III, pp. 16, 28.
9. Iribarren, *Con el general Mola*, p. 320; Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 97.
10. Arrarás, *Cruzada*, VII, p. 152; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 197-198.
11. Koltsov, *Diario*, pp. 94-103.
12. Sobre el asedio, existe una literatura copiosa y teñida de romanticismo. Para relatos de testigos presenciales, véase comandante Benito Gómez Oliveros, *General Moscardó (sin novedad en el Alcázar)*, Barcelona, 1956, pp. 129-218; comandante Alfredo Martínez Leal, *El asedio del Alcázar de Toledo: memorias de un testigo*, Toledo, sin fecha; el diario de Moscardó y el periódico improvisado *El Alcázar*, reproducido en Arrarás, *Cruzada*, VII, pp. 143-190. Entre las crónicas de la hazaña, véase Aznar *Historia militar*, pp. 183-211; Knickerbocker, *Siege*, pp. 171-185; D. Muro Zegri, *La epopeya del Alcázar*, Valladolid, 1937; comandante Geoffrey McNeill-Moss, *The Epic of the Alcazar*, Londres, 1937; Alberto Risco S. J., *La epopeya del Alcázar de Toledo*, San Sebastián, 1941 y Cecil Eby, *The Siege of the Alcazar*, Londres, 1966. Para relatos críticos, Antonio Vilanova, *La defensa del Alcázar de Toledo (epopeya o mito)*, México, 1963; Luis Quintanilla, *Los rehenes del Alcázar de Toledo*, París, 1967; Southworth, *El mito*, pp. 92-116; Herbert L. Matthews, *The Yoke and The Arrows*, Londres, 1958, pp. 173-176.
13. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, pp. 56-71; Ramón Garriga, *El general Juan Yagüe*, Barcelona, 1985, pp. 111-112.
14. Whitaker, «Prelude», pp. 105-106; Webb Miller. *I found No Peace*, Londres, sin fecha [1937], pp. 328-329. La masacre se niega en Harold G. Cardozo, *The March of a Nation: My Year of Spain's Civil War*, Londres, 1937, pp. 73-74, 111-114.
15. Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 85; Calleja, *Yagüe*, pp. 113-115.
16. Payne, *Falange*, p. 130; Cabanellas, *Guerra*, I, p. 647, n. 19.
17. Thomas, *Civil War*, p. 412; Salas Larrazábal, *Ejército Popular*, I, p. 475.
18. Arrarás, *Cruzada*, VII, pp. 41-43.
19. Vegas Latapié, *Caminos*, p. 72.
20. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 85-86, Serrano Súñer, *Memorias*, p. 132; Garriga, *Yagüe*, p. 113.
21. *DGFP*, D, III, pp. 95-96; Ciano's *Diplomatic Papers*, ed. Malcolm Muggeridge, Londres, 1948, pp. 53-54.
22. Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 103; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 207-208.
23. José Luis Alcofar Nassaes, C.T.V. *Los legionarios italianos en la Guerra Civil española 1936-1939*, Barcelona, 1972, pp. 51-52.
24. Pemán, *Mis encuentros*, p. 63.
25. Informe Messerschmidt, 8 de septiembre de 1936, *DGFP*, D, III, pp. 85-89.
26. Garriga, *Nicolás Franco*, pp. 101-102, un relato basado en la información que el secretario de Bernhardt le proporcionó en Salamanca poco después (carta de Ramón Garriga al autor, 30 de abril de 1991). Véase también el comentario del conde Du Moulin-Eckart, 8 de octubre de 1936, «de las insinuaciones, supuse que una consulta con las agencias alemanas había influido en esta decisión», que aparece elaborado a efectos de acelerar la ascensión de Franco a Generalísimo y jefe del Estado para beneficiarse del hecho de que, aún pendiente la batalla de Madrid, los demás generales opondrían poca resistencia, *DGFP*, D, III, p. 107.
27. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 103-104.
28. Sobre Cabanellas, véase Cabanellas, *Cuatro generales*, I, pp. 231, 425-428; sobre Queipo, Escobar, *Así empezó*, p. 133; Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días*, 2 vols., Buenos Aires, 1973, pp. 196, 305-306; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 180.
29. Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 105.
30. Iribarren, *Mola*, pp. 232-233.
31. Sáinz Rodríguez, *Testimonio*, pp. 248-259.
32. Vegas Latapié, *Caminos*, p. 87.
33. Sáinz Rodríguez, *Testimonio*, p. 272.
34. Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 100.
35. Vigón, *Mola*, p. 248.
36. Martínez Bande, *La marcha*, p. 72; Salas Larrazábal, *Ejército popular*, I, p. 475.
37. Iribarren, *Mola*, p. 232.
38. Vaca de Osma, *Paisajes*, p. 55; Escobar, *Así empezó*, p. 148.
39. Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 105; Vegas Latapié, *Caminos*, p. 85; Escobar, *Así empezó*, pp. 149-50; Garriga, *Nicolás Franco*, p. 102; Jean Créac'h, *Le coeur et l'épée: chroniques espagnoles*, París, 1958, pp. 179-180.
40. Hills, *Franco*, pp. 124-125, 250.
41. Boaventura, *Madrid-Moscovo*, p. 212.
42. Martínez Bande, *La marcha*, pp. 74-75.
43. Para los aspectos militares de la toma de Toledo, véase Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, pp. 71-75; Lojendio, *Operaciones*, pp. 154-160. Sobre la exclusión de la prensa, Knickerbocker, *Siege*, pp. 172-173; Miller, *I Found No Peace*, pp. 329-330; Matthews, *The Yoke*, p. 176. Sobre las represalias, Peter Wyden,

The Passionate War: The Narrative History of the Spanish Civil War, 1936-1939 , Nueva York, 1983, pp. 142-145; Geoffrey Cos, *Defence of Madrid* , Londres, 1937, p. 54; Bowers, *My Mission*, p. 313; Whitaker, «Prelude», p. 106; Miller, *I Found No Peace*, pp. 336-338.

44. De la Cierva, *Franco*, III, pp. 8-9; Calleja, *Yagüe*, p. 116.

45. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 105-108. Las fechas de Kindelán del 30, 31 de septiembre son incorrectas.

46. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 108-110; De la Cierva, *Franco*, III, p. 10.

47. Luciano González Egido, *Agonizar en Salamanca: Unamuno julio-diciembre 1936*, Madrid, 1986, p. 109.

48. Cabanellas, *Guerra*, I, pp. 654-655; Javier Martínez de Bedoya, *Memorias desde mi aldea*, Valladolid, Ámbito, 1996, p. 103.

49. Garriga, *España de Franco*, p. 73 y carta al autor, 30 de abril de 1991; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 167; Charles Foltz, Jr., *The Masquerade in Spain*, Boston, 1948, p. 178; Créac'h, *Le coeur*, p. 182; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 163. Véase también Thomas, *Civil War*, 1.ª ed.

50. ABC, Sevilla, 30 de septiembre; *The Times*, 2 de octubre de 1936; Burgo, *Conspiración*, p. 491.

51. Cabanellas, *Guerra*, I, p. 652; cf. la reacción de Sáinz Rodríguez, Vegas Latapié, *Caminos*, p. 79.

52. Rafael Martínez Nadal, *Antonio Torres y la política española del Foreign Office (1940-1944)*, Madrid, 1989, p. 231; cf. Cardozo, *The March*, p. 153.

53. *The Times*, 2 de octubre de 1936.

54. Antonio Montero Moreno, *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*, Madrid, 1961, pp. 688-708; María Luisa Rodríguez Aisa, *El Cardenal Gomá y la guerra de España: aspectos de la gestión pública del Primado 1936-1939*, Madrid, 1981, pp. 109-205.

55. De la Cierva, *Franco: un siglo*, I, p. 513.

56. Simon Haxey, *Tory M. P.*, Londres, 1939, pp. 210-220; Richard Griffiths, *Fellow Travellers of the Right: British Enthusiasts for Nazi Germany 1933-1939*, Londres, 1980, pp. 260-264.

57. ABC, Sevilla, 2 de octubre; *The Times*, 3 de octubre de 1936; *FRUS 1936*, II, p. 534; *Palabras de Franco*, sin fecha, 1937, pp. 9-18; Cabanellas, *Guerra*, I, pp. 657-658; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 210-211; Burgo, *Conspiración*, pp. 491-492.

58. Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 111; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 53-54, 220-222; Cabanellas, *Guerra*, I, p. 659. El general Cabanellas murió el 14 de mayo de 1938.

59. *DGFP*, D, III, p. 103-137; «Hispanicus», *Foreign Intervention in Spain*, Londres, 1937, p. 44.

60. Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor, Madrid, 21 de noviembre de 1990. El sacerdote en cuestión parece haber sido don Manuel Fidalgo Alonso, quien según los archivos de la parroquia de San Cucao, fue su párroco entre 1928 y 1932. Dado que los archivos de la diócesis asturiana fueron destruidos durante la Guerra Civil es imposible afirmarlo con seguridad.

61. Stanley G. Payne, *Falange: A History of Spanish Fascism*, Stanford, 1961, pp. 148-149; García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 307-309.

62. Mérida, *Testigos*, p. 31.

63. Garriga, *La Señora*, p. 105.

64. Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 121; Crozier, *Franco*, p. 219.

65. Para los textos de ambos telegramas, véase Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 32, 61.

66. Almirante Cervera, citado en Cabanellas, *Guerra*, I, p. 660.

67. González Egido, *Unamuno*, p. 120.

68. Cabanellas, *Guerra*, II, pp. 937-939.

69. Escobar, *Así empezó*, pp. 155-156; Pereira, *Memorias*, II, p. 18; Jaraiz Franco, *Historia*, p. 152; testimonio de Serrano Súñer al autor; Pemán, *Mis encuentros*, p. 18, Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 221.

70. Emisión radiofónica del 4 de octubre de 1936, reproducida en Millán Astray, *Franco*, pp. 41-44.

71. Luis Moure Mariño, *La generación del 36: memorias de Salamanca y Burgos*, La Coruña, 1989, pp. 69-71; Vegas Latapié, *Caminos*, p. 175.

72. Knickerbocker, *Siege*, pp. 23, 27, 136-137; Kemp, *Trouble*, p. 49.

73. Herbert R. Southworth, *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History*, Berkeley, 1977, pp. 45-50; Koestler, *Spanish Testament*, pp. 27-28, 219-231; sir Peter Chalmers Mitchell, *My House in Málaga*, Londres, 1938, pp. 274-291; Ramón Garriga al autor, 1 de noviembre de 1990.

74. Kemp, *Trouble*, p. 50; Foltz, *The Masquerade*, p. 116; Whitaker, «Prelude», p. 108; Southworth, *Guernica!*, pp. 50-52.

75. Virginia Cowles, *Looking for Trouble*, Londres, 1941, pp. 86-90.

76. González Egido, *Unamuno*, pp. 125-127.

77. Escobar, *Así empezó*, p. 167; Vegas Latapié, *Caminos*, p. 113.

78. La prensa local no dijo nada sobre el incidente, *La Gaceta Regional*, 13 de octubre de 1936. Para el relato de un testigo presencial y las propias cartas de Unamuno sobre el incidente véase Moure Mariño, *Memorias*, pp. 73-79, 87-95. Véase también González Ejido, *Unamuno*, pp. 127-158; Elías Díaz, «Miguel de Unamuno y la Guerra Civil», en *La voluntad del humanismo: homenaje a Juan Marichal*, ed. B. Ciplijauskaitė y C. Maurer, Barcelona, 1990, pp. 209-221.

79. Unamuno a Quintín de Torre, 1, 13 de diciembre de 1936, en González Egido, *Unamuno*, pp. 210-212, 226-228.

80. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 320-323.

81. Moure Mariño, *Memorias*, pp. 105-106; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 430-431.

82. Sobre la «quinta columna», véase Cabanellas, *Guerra*, II, pp. 684-686. Sobre las matanzas, véase Ian Gibson, *Paracuellos, cómo fue*, Barcelona, 1983, pp. 73-134; Carlos Fernández, *Paracuellos de Jarama: ¿Carrillo, culpable?*, Barcelona, 1983, p. 60-83.

83. Véase Gibson, *En busca*, pp. 161-170; Southworth, *Antifalange*, pp. 144-148.

84. *FRUS 1936*, II, p. 568.

85. Viñas, *Guerra*, pp. 69-78; cintas del testimonio de Hans Joachim von Knoblock a Sheelagh Ellwood, García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 200-203.

86. Informaciones de Folke von Knoblock al autor, 26 de marzo de 1991; *DGFP*, D, III, pp. 114-115; grabación de Joachim von Knobloch/Sheelagh Ellwood, 14 de enero 1978; Viñas, *Guerra*, pp. 78-97; García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 203-204.

87. Testimonio grabado de Von Knoblock; Garriga, *Franco-Serrano Súñer*, pp. 29-30; García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 205-207.

88. Ramón Garriga, *La España de Franco: las relaciones con Hitler*, 2.ª ed., Puebla, México, 1970, pp. 18-19.

89. García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 255.

90. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 255-258; Southworth, *Antifalange*, pp. 164-166.

91. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 169; véanse los comentarios de Dionisio Ridruejo en Ronald Fraser, *Blood of Spain: The Experience of Civil War 1936-1939*, Londres, 1979, p. 316.
92. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 170.
93. Facsímil de una carta de José Antonio Primo de Rivera a Serrano Súñer y Fernández Cuesta, 19 de noviembre de 1936, Ángel Alcázar de Velasco, *Serrano Súñer en la Falange*, Madrid/Barcelona, 1941, entre pp. 166-167; Zugazagoitia, *Guerra*, I, pp. 256-264; Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, 3 vols., México D.F., 1967-1969, I, pp. 130-153; Southworth, *Antifalange*, p. 203; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 483-484.
94. Saña, *Franquismo*, pp. 51-53.
95. Garriga, *Ramón Franco*, pp. 272-279.
96. La carta se reproduce en facsímil en Díaz, *Mi vida*, p. 182; Garriga, *Ramón Franco*, pp. 280-282.

8. Franco y el asedio de Madrid

1. *The Times*, 6 de octubre de 1936; Cardozo, *The March*, p. 157.
2. Alcofar Nassaes, *C.T.V.*, pp. 42-46.
3. Martínez Bande, *La marcha*, pp. 81-95; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 162-170; Aznar, *Historia militar*, pp. 277-289; Mariñas, *Varela*, p. 129.
4. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 93-97.
5. Calleja, *Yagüe*, p. 120, habla con aparente ironía de la «deferente condescendencia» de Franco al permitir que Mola tomara el mando.
6. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 211-212.
7. Cox, *Defence of Madrid*, p. 19.
8. ABC, Sevilla, 8 de octubre de 1936; Julio Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, Londres, 1940, p. 37.
9. Salas Larrazábal, *Ejército popular*, I, pp. 532-536; Howson, *Aircraft*, p. 15.
10. Koltsov, *Diario*, p. 182.
11. Vigón, *Mola*, p. 279.
12. Whitaker, «Prelude», p. 114.
13. Calleja, *Yagüe*, pp. 122-123; Mariñas, *Varela*, pp. 129-130; Vigón, *Mola*, p. 280.
14. Martínez Bande, *La marcha*, pp. 104-109; Calleja, *Yagüe*, pp. 123-127.
15. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 253-54.
16. Aznar, *Historia militar*, p. 281.
17. Howson, *Aircraft*, pp. 192-201; Andrés García Lacalle, *Mitos y verdades: la aviación de caza en la guerra española*, México, D.F., 1973, pp. 173-179; 561-567.
18. Ciano's *Diplomatic Papers*, ed. Malcolm Muggeridge, Londres, 1948, pp. 53-54.
19. Neurath a la embajada alemana en Italia, 27 de octubre; Hassell a Wilhelmstrasse, 28-29 de octubre de 1936, *DGFP*, D, III, pp. 121-122; Phillips, embajador estadounidense en Italia, a Hull, 31 de octubre, *FRUS 1936*, II, p. 551.
20. *DGFP*, D, III, pp. 124-125.
21. *FRUS 1936*, II, pp. 558, 576. Whealey, *Hitler and Spain*, p. 8, fija la cifra en casi cuatro mil en total.
22. Koltsov, *Diario*, pp. 183-186; Zugazagoitia, *Guerra*, I, pp. 178-184; Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, México, D.F., 1954, pp. 187-189.
23. Koltsov, *Diario*, pp. 189-190; Julio Aróstegui y Jesús A. Martínez, *La Junta de Defensa de Madrid*, Madrid, 1984, pp. 43-80; López Fernández, *Defensa*, pp. 80-92; general Vicente Rojo, *Así fue la defensa de Madrid*, México, D.F., 1967, pp. 45-48.
24. Gibson, *Queipo*, pp. 240, 263-264, 279.
25. Zugazagoitia, *Guerra*, I, p. 198; Gregorio Gallego, *Madrid, corazón que se desangra*, Madrid, 1976, pp. 220-222; Largo Caballero, *Mis recuerdos*, pp. 188-189.
26. López Fernández, *Defensa*, pp. 109-110; Lázaro Somoza Silva, *El general Miaja: biografía de un héroe*, México, D.F., 1944, p. 185.
27. Claude G. Bowers, *My Mission to Spain*, Londres, 1954, p. 320; Southworth, *El mito*, p. 90; *FRUS 1937*, Washington, 1954, I, pp. 279-280.
28. Henry Buckley, *Life and Death of the Spanish Republic*, Londres, 1940, p. 261.
29. Rojo, *Así fue*, pp. 36-45; informe de Miaja a la Junta de Defensa, 7 de noviembre de 1986, *Junta de Defensa*, p. 292.
30. Robert G. Colodny, *The Struggle for Madrid: The Central Epic of the Spanish Conflict 1936-1937*, Nueva York, 1958, p. 43; Louis Fischer, *Men and Politics: An Autobiography*, Londres, 1941, p. 373; Vicente Rojo, *España heroica: diez bocetos de la guerra española*, 3.ª ed., Barcelona, 1975, pp. 43-44.
31. López Fernández, *Defensa*, pp. 93-105; Koltsov, *Diario*, pp. 202-204; Zugazagoitia, *Guerra*, I, pp. 189-202; Rojo, *España heroica*, pp. 44-49.
32. Rojo, *España heroica*, pp. 49-55; Colodny, *The Struggle*, p. 24; Jef Last, *The Spanish Tragedy*, Londres, 1939, pp. 28-30.
33. Zugazagoitia, *Guerra*, I, p. 191; Colodny, *The Struggle*, p. 24.
34. Buckley, *Life and Death*, pp. 262-263; Somoza Silva, *Miaja*, pp. 142-148.
35. Aznar, *Historia militar*, pp. 282-285; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 170-71; Vigón, *Mola*, pp. 281-282; Whitaker, «Prelude», p. 115.
36. Colodny, *The Struggle*, pp. 76-82; Martínez Bande, *La marcha*, pp. 113-145.
37. Buckley, *Life and Death*, pp. 264-268; Colodny, *The Struggle*, pp. 84-88.
38. Thomas, *Civil War*, p. 486; Bolín, *Vital Years*, p. 228; Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 91.
39. *FRUS 1936*, II, p. 569.
40. Rojo, *Así fue*, pp. 55-103; Colodny, *The Struggle*, pp. 52-91; Thomas, *Civil War*, pp. 473-482.
41. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 215; Vigón, *Mola*, pp. 286-287.
42. Esto queda claro por el tono apologético de los historiadores franquistas: Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 173-176; Aznar, *Historia militar*, pp. 285-289; Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 136.
43. Aznar, *Historia militar*, pp. 285-286.
44. Whitaker, «Prelude», p. 115; *FRUS 1936*, II, pp. 582, 601.
45. *FRUS 1936*, II, pp. 566, 579, 582.
46. *DGFP*, D, III, pp. 125-126, 131-133; *Manchester Guardian*, 19 de noviembre de 1936.
47. *Daily Telegraph*, 19 de noviembre de 1936.
48. *DGFP*, D, III, p. 134.
49. *The Times*, 1 de diciembre de 1936.
50. Ismael Saz y Javier Tusell, editores, *Fascistas en España: la intervención italiana en la Guerra Civil a través de los telegramas de la «Missione Militare Italiana in Spagna» (15 de diciembre de 1936-31 de marzo de 1937)*, Madrid/Roma, 1981, p. 25. Citado a partir de aquí como MMIS, *Telegramas*.
51. *DGFP*, D, III, pp. 139-140, 143-144, 147-148; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 122-123, 157-158.

52. *FRUS 1936*, II, p. 561.
53. *DGFP*, D, III, pp. 154-155, 159-162; *Die Weizsäcker-Papiere 1933-1950*, Frankfurt/M., 1974, pp. 104-105.
54. Acta de la reunión en el Palazzo Venezia del 6 de diciembre de 1936-XV, ASMAE, Gabinetto, Spagna, p. 3031; Hassell a Wilhelmstrasse, 28 de noviembre, 1, 17 de diciembre; Dieckhoff a Hassell, 2 de diciembre, memorando Dieckhoff, 14 de diciembre, *DGFP*, D, III, pp. 143-144, 146, 149-150; 165, 169; De Felice, *Mussolini il Duce*, pp. 383-384; MMIS, *Telegramas*, p. 27; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 160-164; Weinberg, *Diplomatic Revolution*, pp. 296-298.
55. Alcofar Nassaes, *C.T.V.*, pp. 32-33, 54; MMIS, *Telegramas*, pp. 20-21; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 165-166.
56. Martin Blinkhorn, *Carlism and Crisis in Spain 1931-1939*, Cambridge, 1975, pp. 273-275.
57. Del Burgo, *Conspiración*, pp. 687-692; García Venero, *Falange*, pp. 291-293; Faupel a Wilhelmstrasse, 14 de abril de 1937, *DGFP*, D, III, p. 268; Blinkhorn, *Carlism*, pp. 275-277.
58. Don Juan de Borbón a Franco, 7 de diciembre de 1936, Pedro Sáinz Rodríguez, *Un reinado en la sombra*, Barcelona, 1981, p. 347.
59. Don Juan de Borbón a Franco, 12 de enero de 1937, Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, p. 347.
60. *ABC*, Sevilla, 18 de julio de 1937.
61. Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La lucha en torno a Madrid*, Madrid, 1968, pp. 43-51.
62. Faupel a Neurath, 10 de diciembre de 1936, *DGFP*, D, III, pp. 159-162.
63. Cantalupo, *Fu la Spagna*, p. 108; Franco, *Apuntes*, p. 42; Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 162; Alcofar Nassaes, *C.T.V.*, pp. 53-54.
64. MMIS, *Telegramas*, pp. 28-29; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 167-168, 170-171.
65. Weizsäcker, *Papiere*, p. 103; «Hispanicus», *Foreign Intervention in Spain*, Londres, 1937, pp. 138-140, Weinberg, *Diplomatic Revolution*, pp. 297-298.
66. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, pp. 184-186.
67. De Felice, *Mussolini il Duce*, p. 385.
68. *DGFP*, D, III, p. 222.
69. MMIS, *Telegramas*, pp. 29, 67, 94.
70. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, p. 37.
71. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 179-180; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 182-195; Aznar, *Historia militar*, pp. 326-328.
72. MMIS, *Telegramas*, p. 79.
73. Carlos de Arce, *Los generales de Franco*, Barcelona, 1984, p. 186; Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 51-69; Rojo, *Así fue*, pp. 103-108; Aznar, *Historia militar*, pp. 329-333.
74. Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 85-93.
75. Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 93-100.
76. *DGFP*, D, III, pp. 169, 173-174, 178, 191, 206, 219, 222; De Felice, *Mussolini il Duce*, pp. 390-391; Alcofar Nassaes, *C.T.V.*, pp. 58-61.
77. *DGFP*, D, III, p. 191.
78. MMIS, *Telegramas*, pp. 93-94.
79. Acta de la reunión en el Palazzo Venezia del 14 de enero de 1937-XV, ASMAE, Gabinetto, Spagna, p. 3031; *DGFP*, D, III, pp. 225-226; De Felice, *Mussolini il Duce*, pp. 389-390; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 171-173.
80. De Felice, *Mussolini il Duce*, pp. 389-390.
81. Comunicación hecha al general Franco en nombre del gobierno italiano y del gobierno alemán el 23 de enero de 1937-XV, dictada en Roma en la reunión del Palazzo Venezia con el mariscal Göring el 14 de enero, ASMAE, Gabinetto, Spagna, p. 3031.
82. Anfuso a Ciano, 27, 28 de enero de 1937, ASMAE, Gabinetto, Spagna, p. 3031 y MMIS, *Telegramas*, pp. 112-118.
83. Nota verbal del gobierno del General Franco, 24 de enero de 1937, ASMAE, Gabinetto, Spagna, p. 3031.
84. Anfuso a Ciano, 23, 27, 28 de enero, Roatta a *Ufficio Spagna*, 30 de enero, 14 de febrero de 1937, MMIS, *Telegramas*, pp. 108, 112, 114-116, 121, 140; Faupel a Wilhelmstrasse, 27 de enero de 1937, *DGFP*, D, III, p. 236; Alcofar Nassaes, *C.T.V.*, pp. 54, 65; Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 163.
85. Mussolini a Roatta, 18 de diciembre de 1936, MMIS, *Telegramas*, p. 69.
86. Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 113; Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, pp. 184-86.
87. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, pp. 153-165.
88. MMIS, *Telegramas*, pp. 69, 108.
89. MMIS, *Telegramas*, pp. 72, 76-78.
90. MMIS, *Telegramas*, pp. 43, 78, 92-95; Emilio Faldella, *Venti mesi di guerra in Spagna*, Florencia, Le Monnier, 1939, pp. 233-255.
91. Diario de Richthofen, citado en Maier, *Guernica*, pp. 35-36.
92. Faldella, *Venti mesi*, pp. 239-243.
93. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 216-219.
94. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, pp. 170-211; Faldella, *Venti mesi*, pp. 243-247; Aznar, *Historia militar*, pp. 339-355; Ramón Garriga, *Guadalajara y sus consecuencias*, Madrid, 1974, pp. 52-54. Roatta a *Ufficio Spagna* 8 de febrero de 1937, MMIS, *Telegramas*, p. 130.
95. Koestler, *Spanish Testament*, pp. 186-204, 216; Chalmers Mitchell, *Málaga*, pp. 238-242, 251-254; Manuel Azaña, *La velada en Benicarló* en *Obras*, III, p. 400.
96. Bowers a Mull, 12 de abril de 1937, *FRUS 1937*, I, pp. 279-280.
97. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, pp. 210-211; Alcofar Nassaes, *C.T.V.*, p. 70; Southworth, *Antifalange*, pp. 159-160; Southworth, *El mito de la cruzada*, pp. 274-275. Para un testigo presencial véase T. C. Worsley, *Behind the Battle*, Londres, 1939, pp. 179-208; Chalmers Mitchell, *Málaga*, pp. 266-267; Bahamonde, *Un año con Queipo*, pp. 126-136; Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 130-145.
98. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 219.
99. Cantalupo a Mussolini, 29 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 709/345, p. 3; Faldella, *Venti mesi*, pp. 193-194; Aznar, *Historia militar*, pp. 353-355; Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, pp. 169-170, 214-215.
100. Largo Caballero, *Mis recuerdos*, pp. 200-201; Ibárruri, Dolores, *El único camino*, París, 1964, pp. 373-374; Bolloten, Burnett, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, Chapel Hill, 1991, pp. 343-346; Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit*, 2.^a ed., Ann Arbor, 1963, pp. 223-224.

101. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 113-114; Alcofar Nassaes, *C.T.V.*, pp. 70-72.
102. MMIS, *Telegramas*, pp. 129, 131-132; Faldella, *Venti mesi*, pp. 249-250.
103. MMIS, *Telegramas*, pp. 88-89, 96, 106.
104. Cabanellas, *Guerra*, II, pp. 718-719.
105. ABC, Sevilla, 18, 20 de febrero de 1937.
106. Giuliana di Febo, *La Santa de la raza: un culto barroco en la España franquista*, Barcelona, 1988, pp. 66-69. La relación entre Franco y la Santa se trata con ironía en Francisco Umbral, *Leyenda del César visionario*, Barcelona, 1991, p. 113.
107. Rodríguez Aisa, *Gomá*, p. 154; Di Febo, *La Santa*, pp. 69-71; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 219.
108. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 220.
109. Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 76-77; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 187-188.
110. Cantalupo a Ciano, 17 de febrero de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, n.º 287/137; Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 108-112.
111. Faldella a Franco, 13 de febrero de 1937, MMIS, *Telegramas*, pp. 209-210. Véase *Ibid*, pp. 47-48; Olao Conforti, *Guadalajara: la prima sconfitta del fascismo*, Milán, 1967, pp. 27-30; Faldella, *Venti mesi*, p. 254; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 213-215, 254.
112. Conforti, *Guadalajara*, pp. 30-32; Coverdale, *Italian Intervention*, p. 215.
113. Cantalupo a Ciano, 17 de febrero de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, n.º 287/137.
114. Conforti, *Guadalajara*, p. 33.
115. Una nota de Franco a Faldella del 14 de febrero se reproduce en MMIS, *Telegramas*, pp. 211-213; Conforti, *Guadalajara*, pp. 33-34; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 216-217.
116. Cantalupo a Ciano, 1 de marzo de 1987, ASMAE, SFG, p. 38, n.º 392/193.
117. Saz/Tusell, «Presentación», MMIS, *Telegramas*, p. 49.
118. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 76-111; Rojo, *España heroica*, pp. 57-68; Rojo, *Así fue*, pp. 152-169.
119. Conforti, *Guadalajara*, pp. 34-35; Faldella, *Venti mesi*, p. 255; Saz/Tusell, «Presentación», MMIS, *Telegramas*, pp. 49-50, 191-195; Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 185-186; Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 121-31; Coverdale, *Italian Intervention*, p. 217-218.

9. La conexión del Eje: Guadalajara y Guernica

1. Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 204-213.
2. Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 124-125; Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 157-158.
3. Cantalupo, *Fu la Spagna*, p. 131.
4. MMIS, *Telegramas*, pp. 154, 158; Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 131-142; Coverdale, *Italian Intervention*, p. 192.
5. Anastasio Granados, *El Cardenal Gomá: Primado de España*, Madrid, 1969, pp. 145-146; Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 61-65; José M. Sánchez, *The Spanish Civil War as Religious Tragedy*, Notre Dame, Indiana, 1987, pp. 79-81.
6. *The Daily Mail*, 1 de marzo de 1937.
7. Southworth, *Antifalange*, p. 202; Garriga, *La España de Franco*, pp. 7-8; Garriga, *Los validos*, pp. 42-43, 72-73; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 232, 239; Saña, *Franquismo*, pp. 116-117; Galinsoga y Franco Salgado, *Centinela*, p. 302.
8. Thomas, *Civil War*, p. 514.
19. Testimonio de Franco al doctor Soriano. Soriano, *La mano izquierda*, pp. 146-147.
10. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 243-52; Saña, *Franquismo*, pp. 115-120; Garriga, *Franco-Serrano Súñer*, p. 57.
11. Saña, *Franquismo*, pp. 119-120.
12. Serrano Súñer en una entrevista con el autor en 1979; Ridruejo, citado en Julián Lago, *Las contramemorias de Franco*, Barcelona, 1976, p. 121.
13. Iribarren, *Con el general Mola*, pp. 210-211; García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 232-233; Cabanellas, *Guerra*, II, pp. 849-850.
14. Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 146-158; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 190-191.
15. Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 101-110; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 218-219; Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 117-119.
16. MMIS, *Telegramas*, pp. 157, 193-194; Franco a Roatta, sin fecha, probablemente 1 de marzo de 1937, en Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, p. 125, n. 137.
17. Franco a Roatta, 5 de marzo de 1937, en Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 131-132; resumen de la carta de Roatta, MMIS, *Telegramas*, pp. 193-194.
18. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, p. 130; MMIS, *Telegramas*, p. 161.
19. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 197-209.
20. Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 222-224.
21. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 130-133; Zugazagoitia, *Guerra*, I, pp. 248-249; Colodny, *Struggle*, p. 132.
22. MMIS, *Telegramas*, pp. 161-183; Faldella, *Venti mesi*, pp. 255-266; Conforti, *Guadalajara*, pp. 51-178; Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 133-146; Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 182-191; Longo, *Le Brigate Internazionali*, pp. 285-314; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 225-238, 256-260; Alcofar Nassaes, *C.T.V.*, pp. 91-95; Salas Larrazábal, *Ejército popular*, I, pp. 861-880; Colodny, *Struggle*, pp. 128-143; Aznar, *Historia militar*, pp. 369-383.
23. MMIS, *Telegramas*, pp. 162, 164, 166, 169-170, 193-195; Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 160-161.
24. Cantalupo a Ciano, 16 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 559/267; MMIS, *Telegramas*, p. 165; Cantalupo, *Fu la Spagna*, p. 191, 196-197.
25. Mariñas, *Varela*, p. 151; Inés García de la Escalera, *El general Varela*, Madrid, 1959, p. 24.
26. MMIS, *Telegramas*, p. 194.
27. MMIS, *Telegramas*, pp. 56-58, 174-175, 192, 217-219; Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 192-193; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 238-240; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 222.
28. Franco a Mussolini, 19 de marzo de 1937, citado en *Ufficio Spagna*, «Indagine sull'azione di Guadalajara», Archivio Centrale dello Stato, Segreteria Particolare del Duce, Carteggio riservato, f. 463/R, pp. 47-49; MMIS, *Telegramas*, pp. 58-59; Wolfram von Richthofen, apunte del 19 de marzo de 1937, «Spanien-Tagebuch» en Maier, *Guernica*, p. 75; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 241-242; Colodny, *The Struggle*, p. 142.
29. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 146-160; Faldella, *Venti mesi*, pp. 266-275; Conforti, *Guadalajara*, pp. 178-324; Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 118; Koltsov, *Diario*, p. 357; Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 200-202; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 240-248; Alcofar Nassaes, *C.T.V.*, pp. 95-100; Aznar, *Historia militar*, pp. 383-387; Salas Larrazábal, *Ejército popular*, I, p. 880; Vigón, *Mola*, p. 308.
30. Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 192-196; *DGFP*, III, pp. 258-260.
31. Cantalupo a Ciano, 24 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 657/320; Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 207-209; FRUS 1937, I, pp. 268-269; Garriga, *Guadalajara*, pp. 173-174; Salas Larrazábal, *Ejército popular*, I, pp. 882-884; Antonio Ruiz Vilaplana, *Doy fe... un año de actuación en la España nacionalista*, París, sin fecha (1938), pp. 237-248; Colodny, *Struggle*, p. 141; Reynolds y Eleanor Packard, *Balcony Empire. Fascist Italy at War*, Nueva York, Oxford University Press, 1942, p. 51.
32. Cantalupo, *Fu la Spagna*, p. 155.
33. MMIS, *Telegramas*, pp. 52, 179, 193; Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 187-188; Rojo, *Así fue*, p. 186.
34. MMIS, *Telegramas*, p. 189; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 224-225.
35. Conforti, *Guadalajara*, p. 360; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 255-256.
36. Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 253-255.
37. Cantalupo a Ciano, 17 de febrero de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, n.º 287/137.
38. *Ufficio Spagna*, «Indagine sull'azione di Guadalajara», Archivio Centrale dello Stato, Segreteria Particolare del Duce, Carteggio riservato, f. 463/R, p. 67; MMIS, *Telegramas*, pp. 53-55; Rojo, *Así fue*, p. 164.
39. Cantalupo, *Fu la Spagna*, p. 197; Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pp. 160-161, 166-167.
40. De Felice, *Mussolini il Duce*, pp. 405-411.
41. Cantalupo a Mussolini, 29 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 709/345, pp. 2-5; Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 210-214.
42. *Documents on the Italian Intervention in Spain*, sin lugar de impresión (Londres), 1937.
43. Rojo, *Así fue*, pp. 187-89; Thomas, *Civil War*, pp. 604-605.

44. Cantalupo, *Fu la Spagna*, p. 196.
45. Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 222-228; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 272-275.
46. Garriga, *Guadalajara*, pp. 208-209.
47. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 120-123; Vigón, *Mola*, pp. 303-304.
48. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 225.
49. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 115-116.
50. *DGFP*, D, III, pp. 267-70; Payne, *Franco Regime*, pp. 131-136.
51. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 119-120; José Manuel Martínez Bande, *Vizcaya*, Madrid, 1971, pp. 13-17; Maier, *Guernica*, pp. 44-45; Vigón, *Mola*, p. 311; Ángel Viñas, «La responsabilidad de la destrucción de Guernica», en Viñas, *Guerra*, p. 99.
52. Williamson Murray, *German Military Effectiveness*, Baltimore, 1992, pp. 104-105.
53. Maier, *Guernica*, pp. 45-46; Apuntes del diario de Richthofen de los días 24, 26 de marzo de 1937, «Spanien-Tagebuch», pp. 77-81, Viñas, «La responsabilidad», pp. 99-102.
54. Alcofar Nassaes, *C.T.V.*, pp. 112-15; Maier, *Guernica*, p. 48; Howson, *Aircraft*, p. 209; Murray, *Military Effectiveness*, p. 148.
55. *DGFP*, D, III, p. 266; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 275-80; Alcofar Nassaes, *C.T.V.*, pp. 107-109.
56. *DGFP*, D, III, pp. 125-126.
57. Viñas, «La responsabilidad», p. 106.
58. Richthofen, «Spanien-Tagebuch», apuntes en el diario de los días 24 y 28 de marzo de 1937, pp. 79, 82.
59. G. L. Steer, *The Tree of Gernika: A Field Study of Modern War*, Londres, 1938, p. 159; *FRUS 1937*, I, p. 291; Aznar, *Historia militar*, p. 398.
60. Steer, *Gernika*, pp. 160-170; Southworth, *Guernica!*, pp. 368-369; Salas Larrazábal, *La guerra desde el aire*, pp. 187-188.
61. Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 84.
62. No está claro si Sperrle y Richthofen vieron a Mola juntos o por separado. Maier, *Guernica*, pp. 49-52; Richthofen, apuntes del diario del 2 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», pp. 86-87; Viñas, «La responsabilidad», pp. 102-103.
63. Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 84.
64. *The Times*, 9 de abril de 1937; Thomas, *Civil War*, p. 616; Aznar, *Historia militar*, pp. 398-401.
65. Richthofen, apuntes del diario del 2 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», p. 87; Viñas, «La responsabilidad», pp. 103-104.
66. Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 82-92; Aznar, *Historia militar*, pp. 401-406; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 269-276; Carr, *Spanish Tragedy*, pp. 184-186.
67. Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 229-230.
68. Cantalupo a Mussolini, 29 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 709/345, pp. 8-9.
69. Cantalupo a Mussolini, 29 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 709/345; p. 3; Cantalupo, *Fu la Spagna*, p. 230.
70. Cantalupo, *Fu la Spagna*, p. 231.
71. Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 232-233.
72. Richthofen, apuntes del diario del 18 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», pp. 9697; Viñas, «La responsabilidad», pp. 106-108.
73. Richthofen, apuntes del diario del 23 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», p. 101.
74. En parte debido a la retirada por motivos políticos de los batallones de la CNT, Steer, *Gernika*, pp. 213-233.
75. Richthofen, apuntes del diario del 25 de abril de 1937. «Spanien-Tagebuch», pp. 101-103.
76. Richthofen, apuntes del diario del 26 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», pp. 103-104; Peter Monteath, «Guernica Reconsidered: Fifty Years of Evidence», *War & Society*, vol. 5, n.º 1, mayo de 1987, pp. 97-98.
77. Howson, *Aircraft*, pp. 136, 175, 182, 209, 272; Richthofen, apuntes en el diario del 26 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», p. 103; Ramón Hidalgo Salazar, *La ayuda alemana a España 1936-1939*, Madrid, 1975, pp. 142-145; Salas Larrazábal, *Ejército popular*, II, p. 1436, n. 47.
78. Alberto Onaindía, *Hombre de paz en la guerra*, Buenos Aires, 1973, pp. 229-245; Joseba Elósegui, *Quiero morir por algo*, Burdeos, 1971, pp. 145-159; Steer, *Gernika*, pp. 236-245; Southworth, *Guernica!*, pp. 353-370; Alberto Reig Tapia, «Guernica como símbolo», en Carmelo Garitaonandía y José Luis de la Granja, editores, *La Guerra Civil en el país vasco*, Bilbao, 1987, pp. 149-150; Thomas, *Civil War*, pp. 624-229; Salas Larrazábal, *Ejército popular*, II, pp. 1.384-1.392, III, 2.861-2.866.
79. Richthofen, apuntes en el diario del 27 y 30 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», pp. 106, 109; Maier, *Guernica*, pp. 59-64; Southworth, *Guernica!*, pp. 276-277; Monteath, «Guernica», pp. 90-91, 102-103, n. 48; Viñas, «La responsabilidad», pp. 114-122.
80. *The Times*, 28 de abril de 1937.
81. Southworth, *Guernica!*, pp. 239-325; Monteath, «Guernica», pp. 79-85. En *The Guardian*, 27 de mayo de 1991, Brian Crozier negaba que Guernica hubiera sido destruida por bombarderos alemanes.
82. Salas Larrazábal, *Ejército popular*, II, p. 1390; Hills, *Franco*, p. 277. Para una refutación concienzuda de la idea, véase Southworth, *Guernica!*, pp. 263-267.
83. *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1938*, Barcelona, 1939, p. 273.
84. Las afirmaciones similares de que Mola estaba afligido, contradicen sus sanguinarias amenazas previas, Vicente Talón, *Arde Guernica*, Madrid, 1970, pp. 115-118; Del Burgo, *Conspiración*, p. 862.
85. Foltz, *The Masquerade*, pp. 54-55; Del Burgo, *Conspiración*, p. 862.
86. Declaraciones de Von Beust en Maier, *Guernica*, p. 157.
87. Ambos telegramas en Servicio Histórico Militar, Archivo de la Guerra de Liberación/D.N./A.7/L.386/43 citado en Reig Tapia, «Guernica», p. 133-134, quien atribuye la respuesta a Franco. Talón, *Arde Guernica*, pp. 112-113, lo atribuye a un teniente coronel del Estado Mayor de Franco que no nombra.
88. Southworth, *Guernica!*, pp. 301-302, 373-375; en Viñas, «La responsabilidad», pp. 122-135, se sugiere que un motivo ulterior del telegrama de Franco era ocultar su complicidad con Sperrle y atribuir la responsabilidad de lo de Guernica a Vigón y Richthofen, inferiores en la cadena de mando.
89. *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-19 de abril de 1938*, sin lugar de impresión (1938), pp. 116, 120, 133; *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1938*, p. 137; Francisco Franco, *Textos de doctrina política: palabras y escritos de 1945 a 1950*, Madrid, 1951, pp. 675, 687.
90. Salas Larrazábal, *La guerra desde el aire*, p. 190.

91. Maier, *Guernica*, pp. 65-66.
92. Punto que aún niegan los historiadores franquistas; véase Salas Larrazábal, *Ejército popular*, II, pp. 1.390-1.392; Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 107-108; Hidalgo Salazar, *La ayuda alemana*, pp. 142-145.
93. Carr, *Spanish Tragedy*, pp. 186-188.
94. Southworth, *Guernica!*, pp. 188-189, 383-384; Steer, *Gernika*, p. 260.

10. La forja de un dictador: Franco y la unificación

1. Cantalupo a Ciano, 17 de febrero de 1937, ASMAE, Spagna Fondo di Guerra, 287/137, p. 38.
2. Cantalupo a Ciano, 1 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, 392/193, p. 38.
3. Rodríguez Aisa, *Gomá*, p. 153.
4. Sheelagh Ellwood, «La crisis de Salamanca: la Unificación», *Historia* 16, n.º 132, abril de 1987, p. 12.
5. MMIS, *Telegramas*, pp. 37, 88.
6. Vegas Latapié, *Caminos*, p. 295; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 202. Véase también Koestler, *Spanish Testament*, pp. 23-25.
7. «Correspondencia Franco-Mola», p. 22.
8. Del Burgo, *Conspiración*, pp. 207-208.
9. Informe de Cantalupo, Salamanca, 6 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, N.464/226; Cabanellas, *La guerra*, I, pp. 622-623; González Egido, *Agonizar en Salamanca*, pp. 95-96, 105, 228, 245.
10. Koestler, *Spanish Testament*, p. 33.
11. Vegas Latapié, *Caminos*, p. 204.
12. Testimonio de Gil Robles al autor en Madrid en 1970.
13. Franco el 8 de octubre de 1947, citado en Armando Chávez Camacho, *Misión de prensa en España*, México, D.F., 1948, pp. 437-438. En 1961, repitió la historia, Soriano, *La mano*, p. 152.
14. Véase su carta a *The Universe*, 22 de enero de 1937.
15. Del Burgo, *Conspiración*, pp. 221-222.
16. Blinkhorn, *Carlism*, pp. 280-284; Ángel Alcázar de Velasco, *Siete días de Salamanca*, Madrid, 1976, pp. 108-119.
17. A. de Lizarza (seudónimo de Andrés María de Irujo), *Los vascos y la República española*, Buenos Aires, 1944, pp. 124-128.
18. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 126-154. Véase también la apreciación de Faupel, *DGFP*, D, III, pp. 285-286.
19. Saña, *Franquismo*, pp. 57-58.
20. Ramón Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Madrid, 1947, pp. 17-22.
21. Franco, *Nosotros*, p. 42; Garriga, *Nicolás Franco*, p. 111; Garriga, *Franco-Serrano Súñer*, p. 41.
22. García Lahiguera, *Serrano Súñer*, pp. 89-90.
23. Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor, 21 de noviembre de 1990.
24. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 22-23; Saña, *Franquismo*, pp. 63-66.
25. Saña, *Franquismo*, p. 86.
26. Maximiano García Venero, *Historia de la Unificación (Falange y Requeté en 1937)*, Madrid, 1970, pp. 176-78; Ernesto Giménez Caballero, *Memorias de un dictador*, Barcelona, 1979, pp. 100-1.
27. Para un brillante análisis de la actitud de Franco hacia el poder, véase Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Barcelona, 1976, p. 115.
28. Escobar, *Así empezó*, pp. 151-155; María Jesús Cava Mesa, *Los diplomáticos de Franco: J. F. de Lequerica, temple y tenacidad (1890-1963)*, Bilbao, 1989, p. 128.
29. Hedilla a Serrano Súñer, 17 de marzo de 1947, *Cartas cruzadas entre D. Manuel Hedilla Larrey y D. Ramón Serrano Súñer*, Madrid, 1947, reeditado en Luis Ramírez, *Nuestros primeros veinticinco años*, París, 1964, p. 136.
30. Foltz, *The Masquerade*, p. 84. Sobre la violencia de Hedilla, véase García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 70-71; Southworth, *Antifalange*, pp. 10, 94.
31. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 158-159; Saña, *Franquismo*, p. 80.
32. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 220.
33. Saña, *Franquismo*, pp. 67-70.
34. Saña, *Franquismo*, pp. 22-24; Vegas Latapié, *Caminos*, p. 80; Alfredo Kindelán Núñez del Pino, «Semblanza político-militar del general Kindelán», en Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 50, 60; Kindelán, *La verdad*, pp. 16-17; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 165.
35. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 338-340; Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 2021; Southworth, *Antifalange*, pp. 182-184, 204-8.
36. Southworth, *Antifalange*, pp. 206-207.
37. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 312-313.
38. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 296-297; Vegas Latapié, *Caminos*, p. 190.
39. Escobar, *Así empezó*, pp. 160-161.
40. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 313-14; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 24-25; Alcázar de Velasco, *Siete días*, p. 127.
41. Vicente de Cadenas y Vicent, *Actas del último Consejo Nacional de Falange Española de las JONS (Salamanca, 18-19.IV.1937) y algunas noticias referentes a la Jefatura nacional de prensa y propaganda*, Madrid, 1975, p. 94; Southworth, *Antifalange*, pp. 191-192.
42. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 287-291, 338-341, 348-354.
43. Payne, *Falange*, pp. 162-163; Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 19-21; García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 297, 349-350, 375-376.
44. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 212, 221, 238-251.
45. Southworth, *Antifalange*, p. 179.
46. Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 150-151; Cantalupo, «La situazione politico-militare della Spagna nel nono mese di Guerra Civile», ASMAE, SFG, p. 38, R.3428.
47. Danzi a MAE, 1 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 151; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 321.
48. Cantalupo a Ciano, 6 de marzo, ASMAE, SFG, p. 38, N.464/226; 16 de marzo, ASMAE, SFG, p. 38, T. 559/267; 23 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 644/313.
49. Cantalupo a Mussolini, 29 de marzo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 709/345, p. 12.

50. García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 321.
51. Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 164-66, 196-198.
52. García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 296, 341-344; Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 187-189; Southworth, *Antifalange*, pp. 184-185.
53. Payne, *Falange*, p. 151; García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 348-349; Southworth, *Antifalange*, p. 185.
54. Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 36, 44-50, 276-277.
55. Danzi a Ciano, 12 de abril de 1937, ASMAE, AFG, p. 38, N.332.
56. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 355-56; García Venero, *Historia de la Unificación*, pp. 189-192.
57. *DGFP*, D, III, pp. 268-269.
58. Cantalupo, «La situazione politico-militare della Spagna nel nono mese di Guerra Civile», 9 de abril de 1937-XV, ASMAE, SFG, p. 38, R.3428.
59. Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 79, 92-94.
60. Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 156, 193-202.
61. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 356-357; Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 8788; Payne, *Falange*, p. 163.
62. Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 192-193; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 358; Alcázar de Velasco, *Siete días*, p. 128.
63. Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Barcelona, 1976, pp. 92, 94; Alcázar de Velasco, *Siete días*, p. 249.
64. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 359-63; Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 130 ss.; Southworth, *Antifalange*, pp. 187-188; Payne, *Falange*, pp. 164-165.
65. Hedilla a Carrero Blanco, 24 de marzo de 1947, *Cartas cruzadas*, pp. 141-142; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 371; Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 166-168; Luis Pagés Guix, *La traición de los Franco ¡Arriba España!*, Madrid, sin fecha (1937) (en Southworth, *Antifalange*, pp. 245-258), p. 249.
66. Southworth, *Antifalange*, p. 192; Alcázar de Velasco, *Serrano Súñer*, p. 68; García Venero, *Historia de la Unificación*, p. 201.
67. Pagés Guix, *La traición*, p. 250.
68. García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 370; Vegas Latapié, *Caminos*, p. 196; Ridruejo, *Memorias*, p. 93.
69. Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 169-173, 231; García Venero, *Historia de la Unificación*, p. 202.
70. Southworth, *Antifalange*, pp. 196-198; Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 174-187.
71. Foltz, *The Masquerade*, pp. 84-85; Southworth, *Antifalange*, p. 197; Alcázar de Velasco, *Siete días*, p. 211.
72. El relato de López Puertas se encuentra en Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 228-240; *Cartas cruzadas*, pp. 150-153. Alcázar de Velasco insinúa que Dávila mató a Goya, *Siete días*, pp. 2.246.
73. Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 240-242; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 381.
74. Véase *Cartas cruzadas*, pp. 150-153. Hedilla y sus amigos erróneamente dan como fecha el 14 de abril. Payne lo acepta, *Falange*, pp. 165-166. La misma interpretación puede encontrarse en García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 372-375, 381. Las complicaciones de reconstruir los acontecimientos del 16 de abril se destacan en Southworth, *Antifalange*, pp. 219-226.
75. Vegas Latapié, *Caminos*, p. 200.
76. Southworth, *Antifalange*, pp. xxi, 7.
77. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 376-377, 395; Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 226-227.
78. *Cartas cruzadas*, pp. 136, 147; Southworth, *Antifalange*, pp. 180-181.
79. Vegas Latapié, *Caminos*, p. 200; García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 381-382.
80. Cadenas y Vicent, *Actas*, pp. 89-107; Alcázar de Velasco, *Serrano Súñer*, pp. 62-76; Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 257-273; García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 384-387; Payne, *Falange*, pp. 167-168.
81. Danzi a Ciano, 18 de abril de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 1090.
82. García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 387; Southworth, *Antifalange*, pp. 209-210.
83. *Palabras de Franco, I año triunfal*, Bilbao, 1937, pp. 21-29. La confusión cronológica esta vez se acentúa por la mala memoria de Hedilla y el hecho de que en ediciones posteriores de los discursos de Franco, el discurso del 18 de abril se atribuye al día siguiente, véase *Palabras del Caudillo*, Barcelona, 1939, p. 9.
84. ABC, Sevilla, 20 de marzo de 1937; Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 297-298; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 387.
85. Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 201-2; García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 388-389.
86. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 23-31.
87. Testimonio de Serrano Súñer y Giménez Caballero al autor; Giménez Caballero, *Memorias*, pp. 98-100; Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 284-248; Saña, *Franquismo*, pp. 77-78; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 392.
88. García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 394.
89. García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 395-396.
90. Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 158-159.
91. García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 396.
92. Vegas Latapié, *Caminos*, p. 208; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 401.
93. Alcázar de Velasco, *Siete días*, p. 22.
94. José María Fontana, *Los catalanes en la guerra de España*, 2.ª ed., Barcelona, 1977, p. 298.
95. *DGFP*, D, III, pp. 277-278, 281-283; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 41-42; Pierre Broué y Emile Témime, *The Revolution and the Civil War in Spain*, Londres, 1972, pp. 428-432.
96. *Cartas cruzadas*, pp. 136, 138, 142; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 397, 404-405; Southworth, *Antifalange*, p. 210; Ridruejo, *Memorias*, p. 93.
97. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 405-408, 411-420; Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 211-214; ¿Danzi? (firma ilegible) a Ciano, 11 de mayo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 1266/589; Ridruejo, *Memorias*, pp. 94-96; Cardozo, *The March*, pp. 308-9; Foss y Gerahty, *Arena*, pp. 63-64. Uno de los acusados de estos «crímenes» no negó que tuvieran lugar, Ángel Alcázar de Velasco, *La gran fuga*, Barcelona, 1977, pp. 29-44. Cf. Southworth, *Antifalange*, pp. 217-218; 226-238.
98. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 419-420.
99. Ridruejo, *Memorias*, pp. 96-97; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 173-174.
100. Ridruejo, *Memorias*, p. 99.
101. Faupel a Wilhelmstrasse, 1 de mayo de 1937, *DGFP*, D, III, p. 277.

102. Faupel a Wilhelmstrasse, 9 de junio de 1937, *DGFP*, D, III, pp. 312-313.
103. Carta de Hedilla, *Documentos inéditos*, I, p. 124; Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 214-216.
104. Saña, *Franquismo*, pp. 318-320; García Venero, *Historia de la Unificación*, pp. 222-223.
105. ¿Danzi? a Ciano, 11 de mayo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 1266/589.
106. Alcázar de Velasco, *Siete días*, pp. 12-14, 21-25; García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 438-467.
107. *Cartas cruzadas*, pp. 147-49; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 445; Suárez Fernández, *Franco*, II, pp. 206-208.
108. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 402-403.
109. Southworth, *Antifalange*, p. 176.
110. *DGFP*, D, III, pp. 281-82; Payne, *Falange*, p. 169.
111. ¿Danzi? a Ciano, 11 de mayo de 1937, ASMAE, SFG, p. 38, T. 1266/589.
112. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 44-45.
113. Burgo, *Conspiración*, p. 809.
114. Burgo, *Conspiración*, pp. 233-234.
115. Alcázar de Velasco, *Serrano Súñer*, p. 98; Escobar, *Así empezó*, p. 62.
116. Blinkhorn, *Carlism*, pp. 290-291; Burgo, *Conspiración*, pp. 797-815.
117. *DGFP*, D, III, pp. 294-295; Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 160-168; Sánchez, *Religious Tragedy*, pp. 126-127.
118. Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 233-269, 411-418, 442-454; Sánchez, *Religious Tragedy*, pp. 92-95.
119. Montero Moreno, *La persecución religiosa*, pp. 726-741; Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 254-269.
120. Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 245-251.
121. Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 271-289.
122. Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 307-308; Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 298-300.

11. La guerra de aniquilación

1. Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 259, 279-280.
2. Francesc Cambó, *Meditacions: dietari (1941-1946)*, Barcelona, 1982, p. 1.449.
3. Escobar, *Así empezó*, pp. 233-234.
4. Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña, antecedentes y desenlace*, Bilbao, 1983, pp. 3350; José Antonio de Aguirre y Lecube, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, 3.ª ed., Buenos Aires, 1944, pp. 30-39; Cantalupo, *Fu la Spagna*, pp. 255-258; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 284-287; José María Garmendia, «El Pacto de Santoña», en Carmelo Garitaonandía y José Luis de la Granja, editores, *La Guerra Civil en el País Vasco 50 años después*, Bilbao, 1987, pp. 157-161; Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 219-220. Sin embargo, durante algunos días antes, se sabía en círculos diplomáticos que semejante negociación estaba a punto de comenzar, *DAPE*, IV, Lisboa, 1965, pp. 274-275.
5. Azaña, *Obras*, IV, pp. 588, 655-656; Pablo de Azcárate, *Mi embajada en Londres durante la Guerra Civil española*, Barcelona, 1976, pp. 64-67; Andrés Saborit, *Julían Besteiro*, Buenos Aires, 1967, pp. 272-273; Ignacio Arenillas de Chaves, *El proceso de Besteiro*, Madrid, 1976, p. 239.
6. *DGFP*, D, III, pp. 289-292.
7. *DGFP*, D, III, pp. 293-295.
8. Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 165-171.
9. Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor, 21 de noviembre de 1990.
10. Cabanellas, *Guerra*, II, pp. 994-995; Arrarás, *Cruzada*, III, p. 449.
11. Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor, 21 de noviembre de 1990; Saña, *Franquismo*, pp. 94-95.
12. *ABC*, Sevilla, 4 de junio de 1937.
13. Howson, *Aircraft*, p. 38; Silva, *Cómo asesinar*, pp. 78-90; Bravo Morata, *Los muertos providenciales*, pp. 149-181.
14. Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor, 21 de noviembre de 1990. Fue una licencia poético-política la que indujo a Serrano Súñer a declarar en Bilbao el día 19 de junio de 1938: «El general Franco —nosotros lo vimos— lloró emocionado a su compañero de armas», Ramón Serrano Súñer, *Siete discursos*, Bilbao, 1938, p. 48.
15. Faupel a Wilhelmstrasse, 9 de julio de 1937, *DGFP*, D, III, p. 410.
16. Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 291-92; Escobar, *Así empezó*, pp. 160-164.
17. Rodríguez Aisa, *Gomá*, p. 171.
18. Ruiz Vilaplana, *Doy fe...*, pp. 121-122.
19. *Hitler's Table Talk*, p. 608.
20. Garriga, *Franco-Serrano Súñer*, pp. 50-51.
21. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 226-227.
22. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 227-228, 238.
23. Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 149-60; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 286-90; Aznar, *Historia militar*, pp. 418-424.
24. Elosegui, *Quiero morir*, pp. 208-213; Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 157-197; Manuel González Portilla y José María Garmendia, *La Guerra Civil en el País Vasco*, Madrid, 1988, pp. 32-39; Southworth, *Guernica!*, pp. 384-386; Monteath, «Guernica», p. 98; Hills, *Franco*, p. 278.
25. Onaindía, *El «Pacto»*, pp. 50-56; Fraser, *Blood of Spain*, pp. 408-409; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 286-288.
26. Juan de Iturralde, *La guerra de Franco: los vascos y la Iglesia*, 2 vols., San Sebastián, 1978, II, pp. 285-299; Cabanellas, *Guerra*, II, p. 861; Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XX*, París, 1973, p. 458.
27. *DGFP*, D, III, pp. 412-413.
28. *DGFP*, D, III, pp. 408-410.
29. Maier, *Guernica*, p. 73.
30. W. von Oven, *Hitler und der Spanische Bürgerkrieg. Mission und Schicksal der Legion Condor*, Tubinga, 1978, p. 403.
31. *DGFP*, D, III, p. 411.
32. Kindelán, *Cuadernos*, p. 129.
33. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 228-229.
34. De la Cierva, *Franco*, III, p. 213.
35. Salas Larrazábal, *La guerra desde el aire*, pp. 235-244; Howson, *Aircraft*, p. 233.
36. Kindelán, *Cuadernos*, p. 131-137.
37. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 229; Lojendio, *Operaciones militares*, p. 332; Aznar, *Historia militar*, pp. 460-461; Garriga, *Yagüe*, pp. 134-135.
38. Sobre la batalla y su importancia estratégica véase Faldella, *Venti mesi*, p. 357; Rojo, *España heroica*, pp. 91-101; Salas Larrazábal, *Ejército popular*, II, pp. 1.215-1.264; Aznar, *Historia militar*, pp. 430-463; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 331-344; Thomas, *Civil War*, pp. 710-716.
39. Salas Larrazábal, *Ejército*, II, p. 1.248.
40. Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *El final del frente norte*, Madrid, 1972, pp. 13-36.
41. Garriga, *Yagüe*, p. 135.
42. Kindelán, *Cuadernos*, pp. 136-137; Aznar, *Historia militar*, p. 460; Luca de Tena, *Mis amigos muertos*, pp. 205-206.
43. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 232; *Palabras de Franco, I año triunfal*, pp. 37-45.
44. *Palabras de Franco, I año triunfal*, pp. 49-61.
45. Martínez Bande, *El final del frente norte*, pp. 41-89; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 290-303; Aznar, *Historia militar*, pp. 465-483; Thomas, *Civil War*, pp. 717-719; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 238.
46. Ciano's *Diary*, editado por Malcolm Muggeridge, Londres, 1947, p. 15; Onaindía, *El «Pacto»*, pp. 57-81; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 289-290.
47. Onaindía, *El «Pacto»*, pp. 108-109

48. Onaindía, *El «Pacto»*, pp. 110-150; Garmendia, «El Pacto», pp. 162-176.

49. Onaindía, *El «Pacto»*, pp. 153-64; Garmendia, «El Pacto», pp. 177-178; Steer, *Gernika*, pp. 386-394; Martínez Bande, *El final del frente norte*, pp. 89-98; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 291-294; P. M. Heaton, *Welsh Bolckade Runners in the Spanish Civil War*, Newport, 1985, pp. 68, 101-102; Iturralde, *La guerra de Franco*, II, pp. 301-310; *FRUS 1937*, I, p. 433, 465-466.

50. Onaindía, *El «Pacto»*, p. 171.

51. El relato más completo de las fricciones entre los vascos y el gobierno de la República se encuentra en *El informe del Presidente Aguirre al Gobierno de la República sobre los hechos que determinaron el derrumbamiento del frente del norte (1937)*, Bilbao, 1978, *passim*. Véase también, González Portilla y Garmendia, *La Guerra Civil en el País Vasco*, pp. 40-44.

52. Fraser, *Blood*, p. 412.

53. Ciano's *Diary 1937-1938*, Londres, 1952, pp. 17-18; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 317-18.

54. Smyth, «The Moor and the Moneylender», pp. 147-148; Viñas y otros, *Política comercial exterior*, I, pp. 149-50; *DGFP*, C, III, pp. 499-503.

55. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 48-49.

56. *DGFP*, D, III, pp. 413-414, 417, 421-422.

57. *DGFP*, D, III, pp. 434-435.

58. *DGFP*, D, III, pp. 496-542; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 324-326; Smyth, «The Moor and the Moneylender», pp. 149-155.

59. Rojo, *España heroica*, pp. 103-115; Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La gran ofensiva sobre Zaragoza*, Madrid, 1973, pp. 78-167; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 346-349; Salas Larrazábal, *Ejército*, II, pp. 1.287-1.330; Aznar, *Historia militar*, pp. 499-516; Thomas, *Civil War*, pp. 722-28; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 241-242.

60. Ángel Viñas, «La Legión Cóndor en Asturias», en *Guerra, dinero, dictadura*, p. 147; Martínez Bande, *El final del frente norte*, pp. 109-175; Salas Larrazábal, *Ejército*, II, pp. 1.470-1.499; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 303-326; Aznar, *Historia militar*, pp. 517-529; Thomas, *Civil War*, pp. 728-731.

61. Thomas, *Civil War*, p. 733; Aznar, *Historia militar*, pp. 528-529.

62. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 29.

63. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 52-54.

64. Garriga, *España de Franco*, pp. 47-49; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 172.

65. Payne, *Falange*, p. 184.

66. Escobar, *Así empezó*, pp. 230-242.

67. *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-19 de abril de 1938*, pp. 186-187.

68. Ridruejo, *Memorias*, p. 121; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 172; Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 427-430; Saña, *Franquismo*, p. 148.

69. Vegas Latapié, *Caminos*, pp. 515-516.

70. Zugazagoitia, *Guerra*, II, p. 44.

71. Ciano, *Diary 1937-1938*, 17 de octubre de 1937, p. 22; *DGFP*, D, III, p. 521.

72. José Manuel Martínez Bande, *La batalla de Teruel*, 2.ª ed., Madrid, 1990, pp. 16-26; Cabanellas, *Guerra*, II, p. 1.008.

73. Aznar, *Historia militar*, p. 536.

74. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 140-51; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 248; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 361-363; Aznar, *Historia militar*, pp. 535-541.

75. Rojo, *España heroica*, pp. 117-119; Aznar, *Historia militar*, pp. 543-544.

76. Rojo, *España heroica*, pp. 119-125; Martínez Bande, *Teruel*, pp. 52-64; Aznar, *Historia militar*, pp. 545-554; Salas Larrazábal, *Ejército*, II, pp. 1.637-1.649; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 365-367.

77. Martín, *Franco*, p. 293; Aznar, *Historia militar*, pp. 551, 622; Garriga, *Yagüe*, pp. 139-140.

78. Rojo, *España heroica*, p. 125, 128-129.

79. Ciano, *Diary 1937-1938*, p. 46.

80. Martínez Bande, *Teruel*, p. 89; Kemp, *Mine Were of Trouble*, p. 125.

81. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 250; Lojendio, *Operaciones militares*, p. 369.

82. Rojo, *España heroica*, pp. 127-128; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 248-250; Martínez Bande, *Teruel*, pp. 70-120; Salas Larrazábal, *Ejército*, II, pp. 1.649-1.650; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 369-380; Aznar, *Historia militar*, pp. 554-565.

83. Ciano, *Diary, 1937-1938*, p. 50.

84. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 248-253; Martínez Bande, *Teruel*, pp. 123-161; Eloy Fernández Clemente, *El coronel Rey d'Harcourt y la rendición de Teruel: historia y fin de una leyenda negra*, Teruel, 1992, *passim*.

85. Ciano, *Diary, 1937-1938*, 14 de enero de 1938, pp. 64-65.

86. *DGFP*, D, III, p. 576.

87. Martínez Bande, *Teruel*, pp. 165-209; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 380-395; Aznar, *Historia militar*, pp. 569-585; Salas Larrazábal, *Ejército*, II, pp. 1.672-1.704.

88. *DGFP*, D, III, pp. 556-557; Howson, *Aircraft*, pp. 20-28.

89. *The Times*, 4 de marzo de 1938; *DGFP*, D, III, pp. 613-614.

90. *DGFP*, D, III, pp. 581-582, 588-589.

91. Stohrer a Wilhelmstrasse, 14 de febrero, 9 de marzo, Memorando Weizsäcker, 28 de febrero de 1938, *DGFP*, D, III, pp. 589, 607-8, 615; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 335-339.

92. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 60-64; Equipo Mundo, *Los 90 Ministros*, pp. 19-67.

93. Para un excelente relato de los diversos ministros y sus intereses políticos, véase Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 60-64. Véase también, Ridruejo, *Casi unas memorias*, p. 122.

94. Ciano, *Diary 1937-1938*, p. 37; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 255-260; Saña, *Franquismo*, p. 88; Escobar, *Así empezó*, pp. 276-279; Franco, *Nosotros*, pp. 51-53; Garriga, *Nicolás Franco*, pp. 160-161, 168-170, sugiere incongruencias financieras.

95. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 57-60; Garriga, *España de Franco*, pp. 40-43.
96. *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-19 de abril de 1939*, p. 201.
97. Véase la entrevista de Franco con Manuel Aznar, 31 de diciembre de 1938, *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1938*, pp. 300-310.
98. Hodgson a Eden, 1 de febrero de 1938, FO425/415, W2122/29/41.
99. Hodgson a Eden, 11 de febrero de 1938, FO425/415, W2127/29/41.
100. Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 342-345; García Lahiguera, *Serrano Súñer*, p. 129; Saña, *Franquismo*, pp. 98-100.
101. Ridruejo, *Memorias*, pp. 122, 195-196; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 262; Lago, *Las contramemorias*, p. 119.
102. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 258-259.

12. La victoria total

1. Calleja, *Yagüe*, pp. 146-167; Garriga, *Yagüe*, pp. 142-143; Aznar, *Historia militar*, p. 611.
2. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 257-258; Alpert, *Guerra en el mar*, pp. 334-337.
3. Servicio Histórico Militar (José Manuel Martínez Bande), *La llegada al mar*, Madrid, 1975, pp. 13-14.
4. Memorando de Ribbentrop de 21 de marzo, Stohrer a Wilhelmstrasse, 23, 24, 26 de marzo de 1938, *DGFP*, D, III, pp. 622-628; Ciano, *Diary 1937-1938*, 20 de marzo de 1939, p. 91.
5. Thomas, *Civil War*, p. 798.
6. Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 445-447.
7. Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, 1965, p. 560; Aznar, *Historia militar*, pp. 612-613.
8. Calleja, *Yagüe*, p. 148; Martínez Bande, *La llegada*, pp. 42-45; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 448-51; Aznar, *Historia militar*, pp. 623-629.
9. Martínez Bande, *La llegada*, p. 72; Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La ofensiva sobre Valencia*, Madrid, 1977, pp. 13-14.
10. Cordón, *Trayectoria*, pp. 376-80; Martínez Bande, *La llegada*, pp. 44-64; Garriga, *Yagüe*, p. 143.
11. Martínez Bande, *La llegada*, pp. 75-126; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 460-479; Salas Larrazábal, *Ejército popular*, II, pp. 1742-57; Aznar, *Historia militar*, pp. 641-663.
12. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 157-163.
13. *DGFP*, D, III, p. 628.
14. Salas Larrazábal, *Ejército popular*, II, p. 1.818.
15. Martínez Bande, *La ofensiva*, pp. 16-18.
16. Jaime Martínez Parrilla, *Las fuerzas armadas francesas ante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid, 1987, pp. 184-192; David Wingeate Pike, *Les français et la guerre d'Espagne 1936-1939*, París, 1975, pp. 296-297; *DGFP*, D, III, pp. 620-622.
17. Véase la entrevista con Franco, *The Times*, 4 de marzo de 1938.
18. Azaña, *Obras*, III, p. 537.
19. Garriga, *Yagüe*, pp. 145-146; Rojo, *¡Alerta los pueblos!*, pp. 40, 46-50, 54-55.
20. García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 436-437; Garriga, *Yagüe*, pp. 147-148; Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil 1) La España Nacional*, Barcelona, 1978; Yagüe a Franco, 9 de diciembre de 1938, *Documentos inéditos*, I, pp. 278-279.
21. Martínez Bande, *La llegada*, pp. 141-173; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 479-489; Aznar, *Historia militar*, pp. 671-675.
22. *ABC*, Sevilla, 16 de abril de 1938.
23. Canaris a Weizsäcker, 5 de abril, memorando de Weizsäcker, Stohrer a Wilhelmstrasse, 8 de abril de 1938, *DGFP*, D, III, pp. 630-631, 640-642.
24. Martínez Bande, *La ofensiva*, pp. 45-68; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 493-506.
25. *DGFP*, D, III, p. 647, 651-654, 671, 675-681.
26. La dimisión de Eden causó una considerable satisfacción en Roma. Ciano, *Diary 1937-38*, 21 de febrero de 1938, p. 78.
27. Coverdale, *Italian Intervention*, p. 355.
28. Martínez Bande, *La ofensiva*, pp. 69-95.
29. Martínez Bande, *La ofensiva*, pp. 95-96.
30. Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 506-18; Aznar, *Historia militar*, pp. 677-699; Martínez Bande, *La ofensiva*, pp. 99-135.
31. *FRUS 1938*, I, pp. 200-205; Ciano, *Diary 1937-1938*, 9, 28 de junio de 1938, pp. 126, 132; Thomas, *Civil War*, pp. 826-829.
32. Thomas, *Civil War*, p. 828.
33. *DGFP*, D, III, pp. 674, 682-85; *FRUS 1938*, I, pp. 208-209.
34. *DGFP*, D, III, pp. 681-685; Ciano, *Diary 1937-1938*, 28, 29 de junio de 1938, p. 132; *Ciano's Diplomatic Papers*, pp. 219-220.
35. *DGFP*, D, III, p. 684.
36. *FRUS 1938*, I, pp. 211, 215-16.
37. *DGFP*, D, III, pp. 700-703.
38. *DGFP*, D, III, pp. 703-704.
39. *DGFP*, D, III, pp. 696-698, 703-708. La relación más estrecha del Generalísimo con los alemanes se puso también de manifiesto en una solicitud hecha por Orgaz, por orden de Franco, al general Von Brauchitsch, para que el ejército español adoptara el reglamento de instrucción del ejército alemán y para que las industrias bélicas españolas se desarrollaran en estrecha conexión con las del Tercer Reich, lo que equivalía a hacer de España un satélite militar de Alemania.
40. *DGFP*, D, III, pp. 700-701, 713, 725-726.
41. Phillimore a Halifax, 12 de julio, Oficina del primer ministro a Caccia, 14 de julio de 1938, papeles personales de Halifax, PRO FO800/323. Sobre Phillimore véase Griffiths, *Fellow Travellers*, p. 260; Haxey, *Tory M.P.*, p. 216.
42. *ABC*, Sevilla, 2 de octubre de 1938.
43. Cabanellas, *Guerra*, II, p. 939.
44. Franco, *Palabras del Caudillo, 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1938*, pp. 131-141.
45. Fernando González, *Liturgias para un Caudillo: manual de dictadores*, Madrid, 1977, pp. 84-87.
46. Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La batalla del Ebro*, 2.^a ed., Madrid, 1988, pp. 73-75; Calleja, *Yagüe*, pp. 163-166; Garriga, *Yagüe*, p. 150; Cabanellas, *Guerra*, II, p. 1.028.
47. Martínez Bande, *Ebro*, pp. 87-113; Juan Modesto, *Soy del quinto regimiento (notas de la guerra española)*, París, 1969, pp. 175-192; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 518-526; Aznar, *Historia militar*, pp. 707-717, 723-735.
48. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 262-264.
49. Galinsoga y Franco-Salgado, *Centinela*, pp. 305-306; Martínez Bande, *Ebro*, p. 127.

50. Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 420-421; Galinsoga y Franco-Salgado, *Centinela*, p. 307.
51. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 264; Aznar, *Historia militar*, pp. 739-740.
52. Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 173.
53. Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, México, D.F., 1973, p. 230; Martínez Bande, *Ebro*, p. 168.
54. Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 184.
55. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 264; Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 171, 186, 205.
56. *DGFP*, D, III, pp. 742-743.
57. *DGFP*, D, III, pp. 736-737.
58. Ciano, *Diary 1937-1938*, p. 148.
59. *DGFP*, D, III, pp. 739-741, 746; Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 319; Ciano, *Diary 1937-1938*, p. 159.
60. *DGFP*, D, III, pp. 741-42, 746-48; *DAPE*, I, Lisboa, 1961, pp. 449-451; Garriga, *España de Franco*, pp. 115-116.
61. *DGFP*, D, III, pp. 747-748.
62. Hodgson a F.O., 23 de septiembre de 1938, FO371/22698, W13084/12909/41.
63. Mounsey a Cadogan, 28 de septiembre de 1938, FO371/22698, W13118/12909/41.
64. *DGFP*, D, III, pp. 749-750; 752; *DAPE*, I, pp. 456-457; 460-461.
65. Ciano, 26 de septiembre de 1938, *Diary 1937-1938*, p. 163.
66. *DAPE*, II, Lisboa, 1973, p. 166.
67. Williamson Murray, *The Change in the European Balance of Power, 1938-1939*, Princeton, 1984, pp. 195-274; Donald Cameron Watt, *How War Came: The Immediate Origins of the Second World War 1938-1939*, Londres, 1989, pp. 27-29.
68. Alba a Halifax, 3 de octubre de 1938, FO371/22698, W13345/12909/41.
69. Murray, *European Balance*, p. 215.
70. *DGFP*, D, III, pp. 753-57; Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 318.
71. *FRUS 1939*, II, Washington, 1956, pp. 715-716.
72. *DAPE*, I, pp. 443-444; *DGFP*, D, III, pp. 753-757.
73. *DGFP*, D, III, pp. 760-761, 767-768, 775-779, 782-788, 802.
74. *DGFP*, D, III, pp. 795-796, 808.
75. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 265-75; Martínez Bande, *Ebro*, pp. 252-268.
76. Thomas, *Civil War*, p. 854.
77. *DGFP*, D, III, p. 745.
78. Chetwode a Halifax, 14 de noviembre de 1938, Papeles personales de Halifax, PRO FO800/323.
79. Díaz, *Mi vida*, pp. 17-19, 216-226; Franco, *Nosotros*, pp. 200-213; Giménez Caballero, *Memorias*, p. 80.
80. *DGFP*, D, III, pp. 800-801.
81. *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1938*, pp. 284-285. Véase Paul Preston, *The Politics of Revenge: Fascism and the Military in the 20th Century Spain*, Londres, 1990, pp. 30-47.
82. Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La campaña de Cataluña*, Madrid, 1979, p. 15.
83. Martínez Bande, *Cataluña*, pp. 41-60; Thomas, *Spanish Civil War*, pp. 867-868; Coverdale, *Italian Intervention*, p. 375.
84. Garriga, *La Señora*, pp. 123-126. Fenosa significa Fuerzas Eléctricas del Noroeste Sociedad Anónima, el nombre de la compañía eléctrica de Barrié.
85. *DGFP*, D, III, p. 828.
86. Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 97-98, 143.
87. *FRUS 1939*, II, pp. 722-23; Martínez Bande, *Cataluña*, pp. 60-92.
88. Ciano, 25, 28, 31 de diciembre de 1938, *Diary 1937-1938*, p. 209.
89. *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1938*, pp. 295-315.
90. Martínez Bande, *Cataluña*, pp. 100-212.
91. Martínez Bande, *Cataluña*, pp. 265-266.
92. Ciano, *Diary 1939-1943*, Londres, 1947, p. 5; Coverdale, *Italian Intervention*, pp. 376-380; Martínez Bande, *Cataluña*, pp. 148-174.
93. *DGFP*, D, III, p. 844.
94. Estado Español, Ministerio de la Gobernación, *Dictamen de la comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936*, Barcelona, 1939; Ministerio de Justicia, *Causa general. La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el ministerio público*, Madrid, 1944; Payne, *Franco Regime*, pp. 220-228.
95. Cabanellas, *Guerra*, II, pp. 1.075-1.076.
96. *FRUS 1939*, II, pp. 751, 763; *Documentos inéditos*, pp. 292-293, 323-324; José Manuel Martínez Bande, *El final de la Guerra Civil*, Madrid, 1985, pp. 296-314.
97. Saña, *Franquismo*, pp. 90-91.
98. Ciano, *Diary 1939-1943*, 28 de marzo de 1939, p. 57.
99. Gil, *Cuarenta años*, pp. 37-38; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 276; *DGFP*, C, III, pp. 888-889.

13. El disfrute de la gloria: adhesión al Eje

1. En enero de 1939, Franco había firmado un acuerdo de colaboración cultural e ideológica entre Alemania y España. Después de que el nuncio papal, monseñor Gaetano Cicognani y el cardenal Gomá se quejaron de que esto daba facilidades ilimitadas a la propaganda nazi en detrimento de la Iglesia, Franco no ratificó el acuerdo, Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 503-509.
2. Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 315-318; correspondencia Gomá-Franco, Cardenal Gomá, *Por Dios y por España 1936-1939*, Barcelona, 1940, pp. 537-540.
3. Iturralde, *La guerra de Franco*, II, pp. 550-52; Rodríguez Aisa, *Gomá*, p. 318.
4. Garriga, *La Señora*, p. 182. Tusquets publicó *Orígenes de la revolución española*, Barcelona, 1932; *La Francmasonería, crimen de lesa patria*, Burgos, sin fecha (1937); *Masonería y separatismo*, Burgos, 1937.
5. José A. Ferrer Benimeli, «Franco contra la masonería», *Historia* 16, año II, n.º 15, julio de 1977, pp. 37-51; Suárez Fernández, *Franco*, III, pp. 92-100.
6. E. Allison Peers, *Spain in Eclipse 1937-1943*, Londres, pp. 98-100.
7. *DGFP*, D, III, pp. 838, 841-842, 845-846, 852.
8. *DGFP*, D, III, pp. 856-858.
9. *The Times*, 13, 16 de febrero de 1939; *DGFP*, D, III, pp. 854-55.
10. Testimonio de doña María Cristina de Borbón, *Hola*, n.º 2.478, 6 de febrero de 1992.
11. Whitaker, «Prelude», p. 116.
12. *DGFP*, D, III, pp. 865-866; Malcolm Muggeridge, ed., Ciano, *Diary 1939-1943*, 1947, p. 43.
13. *DGFP*, D, III, pp. 874-876.
14. Ciano, *Diary 1939-1943*, pp. 32-33; *DGFP*, Series D, vol. III, pp. 880-81. Cf. Martin Wight, «Spain and Portugal» en Arnold Toynbee y Frank T. Ashton-Gwatkin, *Survey of International Affairs 1939-1946: The World in March 1939*, Londres, 1952, pp. 145-146.
15. *DGFP*, D, VI, p. 301.
16. Sobre el nombramiento de Peterson, véase *The Times*, 4, 31 de marzo de 1939. Conversación con Jordana, Peterson a Halifax, 12 de abril de 1939, FO371/24150, W6173/824/41. Cf. Peterson, *Both Sides*, pp. 182-183.
17. *DAPE*, V, Lisboa, 1967, pp. 725-728.
18. Sobre las negociaciones para una cooperación más estrecha en materia cultural, intereses mineros, asuntos políticos, instrucción militar, el futuro desarrollo del ejército español, facilidades a los ciudadanos alemanes para vivir y trabajar en España, apoyo alemán a las pretensiones alemanas en Tánger y privilegios para la marina mercante alemana, véase *DGFP*, D, III, pp. 632-634, 761-764, 803-804, 811-814, 827-828, 884-886.
19. Carlos Ruiz Ocaña, *Los ejércitos españoles: las fuerzas armadas en la defensa nacional*, Madrid, 1980, p. 113; *DGFP*, D, X, pp. 461-464; Payne, *Politics and the Military*, p. 421.
20. Mathieu Séguéla, *Pétain-Franco: les secrets d'une alliance*, París, 1992, pp. 25-29; Philippe Simonnot, *Le secret de l'armistice*, París, 1990, p. 97.
21. *Documents Diplomatiques Français 1932-1939*, 2.ª serie (1936-1939), XV, París, 1981, pp. 54-55.
22. *The Times*, 25 de marzo de 1939; François Piétri, *Mes années d'Espagne 1940-1948*, París, 1954, p. 49; Pétain a Bonnet, 27 de marzo de 1939; *DDF*, 2.ª serie, XV, n.º 1, p. 234; Séguéla, *Pétain-Franco*, pp. 31-37
23. *The Times*, 12, 14 de abril de 1939; Bonnet a Pétain, 15 de abril, Pétain a Bonnet, 20, 22 de abril de 1939, *DDF*, 2.ª, XV, pp. 656, 721-722, 770-772.
24. Peterson a Halifax, 12 de abril de 1939, FO371/24150, W6173/824/41; *The Times*, 12 de abril de 1939.
25. *DGFP*, D, III, pp. 902-915; *The Times*, 20 de abril, 12 de mayo de 1939.
26. Francesc Cambó, *Meditacions: dietari (1936-1940)*, Barcelona, 1982, p. 563.
27. *The Times*, 17, 18, 25 de abril, 4, 19 de mayo de 1939.
28. *The Times*, 19, 20 de mayo; *ABC*, 20 de mayo; *The Daily Telegraph*, 20 de mayo de 1939. Para una vivaz descripción del desfile, véase Daniel Sueiro y Bernardo Díaz Nosty, *Historia del franquismo*, 2 vols., 2.ª ed., Barcelona, 1985, I, pp. 22-24. Sobre el calvario de los señoritos, véase Pemán, *Mis encuentros*, p. 90.
29. *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-7 de diciembre de 1942*, Madrid, 1943, pp. 117-122.
30. *ABC*, 21 de mayo; *The Times*, 21, 22 de mayo de 1939.
31. Correspondencia Gomá-Franco en Gomá, *Por Dios*, pp. 537-544.
32. *The Times*, 24 de mayo de 1939.
33. Viola a Ciano, 25, 29 de mayo, *I Documenti Diplomatici Italiani*, 8.ª serie, vol. XII, Roma, 1952, pp. 17-18, 48.
34. Criticó los excesos ateos del nazismo aunque insinuaba que quería mejorar sus contactos alemanes, *DGFP*, D, III, pp. 916-917; *The Times*, 14 de junio de 1939; Ciano's *Diary 1939-1943*, pp. 99-100; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 91-118.
35. *DGFP*, Series, D, vol. VI, pp. 695-697; Ciano's *Diary 1939-1943*, pp. 97, 102.
36. Roncalli a Ciano, 16 de junio, Viola a Ciano, 24 de junio de 1939, *DDI*, 8.ª, XII, pp. 220-221, 268-269. Sobre la rivalidad entre Jordana y Serrano Súñer, véanse las anotaciones del diario de Jordana en Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini: la política española durante la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, 1985, pp. 21-22, 3940, 44.
37. Pétain a Bonnet, 9 de junio de 1939, *Documents Diplomatiques Français*, 2.ª serie (1936-1939), tomo XVI, París, 1983, pp. 747-750; *DGFP*, D, III, pp. 847-848.
38. Ciano, *Diary 1939-1943*, 5 de junio de 1939, p. 100; Peterson, *Both Sides*, pp. 223-224; sir Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission*, Londres, 1946, pp. 56-58, por el contrario, aseguró al embajador del Vichy francés que no sentía resentimiento hacia Francia, Piétri, *Mes années*, p. 35.
39. *Arriba*, 20 de enero de 1940.
40. *DGFP*, D, VI, pp. 697-698, 719-721, 830, 882.
41. Ciano's *Diary 1939-1943*, p. 102; Ciano's *Diplomatic Papers*, editado por Malcolm Muggeridge, Londres, 1948, p. 295.
42. Oliveira Salazar supuso que era cierto seis semanas antes, telegrama a Monteiro, Londres, 2 de mayo de 1939, *DAPE*, II, Lisboa, 1978, p. 332.
43. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 99, 122; Saña, *Franquismo*, p. 189.

44. *The Times*, 6 de junio de 1939; *Palabras del Caudillo 1937-1942*, pp. 135-145.
45. Roncalli a Ciano, 5 de junio de 1939, *DDI*, 8.^a, XII, pp. 101-103.
46. *The Times*, 13 de julio de 1939; Charles R. Halstead, *Spain, the Powers and the Second World War*, inédito, tesis de doctorado, Universidad de Virginia, 1962, pp. 75-80.
47. Embajada de España en el Departamento, 17 de marzo de 1939, *DDF*, 2.^a serie, XV, pp. 51-53; Juan Avilés Farré, «L'Ambassade de Lequerica et les relations hispano-françaises 1939-1944», *Guerres Mondiales et Conflits Contemporains*, n.º 158, abril de 1990, pp. 65-78, y «Lequerica, embajador franquista en París», *Historia* 16, n.º 160, agosto de 1989, pp. 12-20; Marc Ferro, *Pétain*, París, 1987, pp. 51-52; Garriga, *España de Franco*, pp. 147-149.
48. Peterson, *Both Sides*, pp. 175, 203.
49. Pétain a Bonnet, 9 de junio de 1939, *DDF*, 2.^a serie, tomo XVI, pp. 749-750; Hoare, *Ambassador*, p. 56.
50. *DGFP*, D, VI, pp. 830-832, VIII, p. 24.
51. Viola a Ciano, 4, 5 de julio de 1939, *DDI*, 8.^a serie, tomo XII, pp. 345, 362-364.
52. Gorostazu a Guy la Chambre, 20 de julio de 1939, *DDF*, tomo XVII, París, 1984, p. 435.
53. Serrano Súñer había escrito una empalagosa carta de invitación a Ciano a mediados de junio y solicitó una fotografía firmada por el Duce para Franco. Serrano Súñer a Ciano, sin fecha; Ciano a Serrano Súñer, 25 de junio de 1939, *DDI*, 8.^a serie, XII, pp. 227-228, 631-632.
54. *The Times*, 1, 4, 11 de julio de 1939.
55. Pétain a Bonnet, 17 de julio de 1939, *DDF*, 2.^a serie, tomo XVII, p. 380.
56. Ciano, *Papers*, pp. 290-295; Mussolini a Franco, 6 de julio de 1939, *DDI*, 8.^a serie, XII, p. 368; Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, pp. 38-39; Duiilio Susmel, *Vita Shagliata di Galeazzo Ciano*, Milán, Aldo Palazzi Editore, 1962, p. 158.
57. Pereira a Salazar, 11 de julio de 1939, *Correspondência de Pedro Teotónio Pereira para Oliveira Salazar, I (1931-1939)*, Lisboa, 1987, pp. 179-180.
58. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 327; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 215-216; Cabanellas, *Cuatro generales, II*, pp. 439, 443; Sáinz Rodríguez, *Testimonio*, pp. 272-274.
59. Beigbeder a Franco, 11 de mayo de 1939, *Documentos inéditos*, I, pp. 412-413; Suárez Fernández, *Franco*, II, pp. 422-423.
60. *The Times*, 22, 25, 26 de julio de 1939; Cabanellas, *Cuatro generales*, pp. 438-439; Ciano, *Diary 1939-1945*, pp. 117, 119, 294-295; Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, pp. 41-42; Garriga, *España de Franco*, pp. 64-65.
61. Memorando de la conversación entre Canaris y el jefe de la Distribución de la Inteligencia Naval Italiana, Lais, 22 de julio de 1939, *DDI*, 8.^a, XII, pp. 485-487.
62. *The Times*, 7, 8, 9 de agosto de 1939.
63. *Boletín Oficial del Estado*, 9 de agosto; *Arriba*, 9 de agosto; *Ya*, 9 de agosto de 1939.
64. Ciano a Roncalli, 17 de agosto, Roncalli a Ciano, 19 de agosto de 1939, *DDI*, 8.^a serie, XIII, pp. 50, 74.
65. Gazel a Charvériat, Pétain a Franco, 3 de agosto de 1939, *DDF*, 2.^a serie, tomo XVII, pp. 696, 715.
66. *DGFP*, D, VII, pp. 290, 388-389; Roncalli a Ciano, 30 de agosto de 1939, *DDI*, 8.^a serie, XIII, pp. 276-277.
67. *La Vanguardia*, 11 de agosto de 1939.
68. José M. Doussinague, *España tenía razón (1939-1945)*, Madrid, 1949, pp. 19-21; Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, p. 40.
69. Gambara a Ciano, 9 de agosto de 1939, *DDI*, 8.^a serie, XII, p. 607.
70. Ciano a Gambara, 8, 9 de septiembre de 1939, *DDI*, 9.^a serie, I, pp. 64, 72.
71. François-Poncet a Bonnet, 17 de agosto de 1939, *Documents Diplomatiques Français*, 2.^a serie (1936-1939), tomo XVIII, París, 1985, p. 145. En conversaciones mantenidas con Franco Salgado-Araujo en 1955, Franco juró que Beigbeder había sido germanófilo, Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 66.
72. Saña, *Franquismo*, p. 222. Beigbeder fue un entusiasta de Franco hasta finales de los años cuarenta y entonces se volvió contra él.
73. *The Times*, 26 de julio, 11 de agosto de 1939; Ciano, *Diary 1939-1943*, 9 de junio de 1939, p. 102; Saña, *Franquismo*, pp. 221-222.
74. Halstead, *Spain*, pp. 128-129, 132-133; Halstead, «A “Somewhat Machiavellian” Face: Colonel Juan Beigbeder As High Commissioner in Spanish Morocco, 1937-1939», *The Historian*, vol. 37, 1974, pp. 46-66; Halstead, «Un “Africain” méconnu: le colonel Juan Beigbeder», *Revue d'Histoire de la deuxième guerre mondiale*, vol. 21, n.º 83, 1971, pp. 31-60.
75. La posterior rivalidad entre ellos no justifica la afirmación de que el nombramiento de Beigbeder marcaba el inicio de la táctica de Franco de doble conducción de los asuntos extranjeros, Halstead, *Spain*, pp. 133-134.
76. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 123-132.
77. Saña, *Franquismo*, p. 97; Garriga, *España de Franco*, p. 172-173; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 233.
78. José Luis de Arrese, *Una etapa constituyente*, Barcelona, 1982, p. 131.
79. Kindelán, *La verdad*, pp. 90-99.
80. Kindelán, *La verdad*, pp. 30-32.
81. Kindelán, *La verdad*, pp. 116-118.
82. *The Halder War Diary 1939-1942*, editado por Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen, Londres, 1988, p. 29.
83. Pereira a Salazar, Monteiro a Salazar, 30 de agosto de 1939, *DAPE*, II, pp. 513, 510; Pétain a Bonnet, 26 de agosto de 1939, *DDF*, 2.^a serie, T. XIX, París, 1986, pp. 60-62; Allison Peers, *Spain in Eclipse*, pp. 143-144.
84. Saña, *Franquismo*, pp. 142-143.
85. Pereira a Salazar, 25 de agosto de 1939, *Correspondência*, I, pp. 190-195.
86. Pereira a Salazar, 31 de agosto de 1939, *DAPE*, II, pp. 518-23; Corbin a Bonnet, 31 de agosto de 1939, *DDF*, 2.^a serie, T. XIX, p. 297.
87. Gambara a Ciano, 7 de septiembre de 1939, *DDI*, 9.^a serie, vol. I, Roma, 1954, pp. 56-59.
88. Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, pp. 46-48. Esto contradice la afirmación hecha por Doussinague, *España tenía razón*, pp. 14-15, 30-35.
- Cf. Katherine Duff, «Spain between the Allies and the Axis», en Arnold y Verónica Toynbee, editores, *Survey of International Affairs 1939-1946; The War and the Neutrals*, Londres, 1956, pp. 264-265.
89. Para descripciones de Beigbeder, David Eccles, ed. *By Safe Hand: Letters of Sybil and David Eccles 1939-1942*, Londres, 1983, pp. 75-76; Hoare, *Ambassador*, pp. 50-51.
90. *DGFP*, D, VII, pp. 501-502; Peterson, *Both sides*, pp. 191-192.

- [91.](#) Sobre Lazar, véase *The Times*, 6 de enero de 1943; Hoare, *Ambassador*, pp. 54-55. Sobre el dominio falangista de la prensa oficial en España, véase Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 132; Javier Terrón Montero, *La prensa de España durante el régimen de Franco*, Madrid, 1981, pp. 41-54.
- [92.](#) Paul Reynaud, *Au coeur de la Mêlée 1930-1945*, París, 1951, p. 919; Peterson, *Both Sides*, pp. 191-195.
- [93.](#) Gomá, *Por Dios*, pp. 224-302; Iturralde, *La guerra*, II, pp. 534-35; Rodríguez Aisa, *Gomá*, pp. 322-329.

14. El hombre que quiso ser emperador: la derrota de Francia

1. *Boletín Oficial del Estado*, 4 de septiembre de 1939. Cf. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 89.
2. Mussolini a Franco, 6 de septiembre, Gambara a Ciano, 17 de septiembre de 1939, *DDI*, 9.ª serie, I, pp. 37, 174.
3. Franco a Mussolini, 21 de agosto, 3 de septiembre, García Conde a Ciano, 3 de septiembre de 1939, *DDI*, 8.ª serie, XIII, pp. 85, 388. Rumanía se negó a satisfacer la petición de neutralidad de Franco alegando que eso sería frustrar los esfuerzos de aquellas potencias que deseaban ayudar a Polonia, Ghigi (representante diplomático italiano en Bucarest) a Ciano, 4 de septiembre de 1939, *DDI*, 9.ª, I, p. 19.
4. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 133-135, 142-143.
5. Pétain a Bonnet, 3 de septiembre de 1939, *DDF*, 2.ª serie, T. XIX, p. 422.
6. *Arriba*, 5, 7 de octubre; 19 de noviembre de 1939 (con el apoyo alemán).
7. Bova Scopa, Ginebra, a Ciano, 16 de septiembre de 1939, *DDI*, 9.ª serie, I, p. 155.
8. *DGFP*, D, VIII, pp. 181-82; *Documentos inéditos*, I, pp. 603-610; Manuel Espadas Burgos, *Franquismo y política exterior*, Madrid, 1988, p. 97.
9. *Arriba*, 28, 29 de septiembre; *La Vanguardia*, 5 de octubre de 1939.
10. Pereira a Salazar, 28 de septiembre de 1939, *Correspondência*, I, pp. 201-205.
11. Alba a Beigbeder, 2 de octubre de 1939, MAE, R 1371/3B.
12. *Arriba*, 22 de octubre, 1 de noviembre; *ABC*, 2, 5 de noviembre de 1939.
13. Francisco Franco Bahamonde, «Fundamentos y directrices de un Plan de saneamiento de nuestra economía, armónico con nuestra reconstrucción nacional», *Historia* 16, n.º 115, noviembre de 1985, pp. 44-49.
14. Viñas y otros, *Política comercial exterior*, I, pp. 268-281; Manuel Jesús González, *La política económica del franquismo (1940-1970)*, Madrid, 1979, pp. 46-47; Payne, *Franco Regime*, pp. 249-253; Sima Lieberman, *The Contemporary Spanish Economy: A Historical Perspective*, Londres, 1982, pp. 165-176; Joseph Harrison, *The Spanish Economy in the Twentieth Century*, Beckenham, 1985, p. 121.
15. Rafael Abella, *La vida cotidiana bajo el régimen de Franco*, Barcelona, 1985, pp. 4960; Rafael Abella, *Por el Imperio hacia Dios*, Barcelona, 1978, pp. 101-132.
16. *La Vanguardia Española*, 1 de octubre; *Arriba*, 3 de octubre de 1939.
17. *ABC*, 19 de octubre de 1939.
18. Séguéla, *Pétain-Franco*, p. 43.
19. Garriga, *La Señora*, pp. 126-128, 145; Plenn, *Wind*, pp. 74-75.
20. Samuel Ros y Antonio Bouthelier, *A hombros de la Falange: Historia del traslado de los restos de José Antonio*, Barcelona, 1940, *passim*; Ian Gibson, *En busca de José Antonio*, Barcelona, 1980, pp. 246-248; Sueiro y Díaz Nosty, *Franquismo*, I, pp. 176-182.
21. Hamilton, *Appeasement's Child*, pp. 91-92.
22. Monteiro a Salazar, 23 de noviembre de 1939, *DAPE*, VI, Lisboa, 1970, p. 199.
23. *ABC*, 1 de enero de 1940. Omitido en posteriores compilaciones de los discursos de Franco, el texto completo se publicó en la época como *Mensaje del Caudillo a los españoles: discurso pronunciado por S.E. el Jefe del Estado la noche del 31 de diciembre de 1939*, Madrid, sin fecha, pero 1940.
24. *The Goebbels Diaries 1939-1941*, editado por Fred Taylor, Londres, 1982, 3 de enero de 1940, p. 85.
25. *Arriba*, 24 de diciembre; *La Vanguardia*, 24 de diciembre de 1939.
26. *Mensaje 31.XII.1939*, p. 27; Garriga, *España de Franco*, pp. 58, 126.
27. *La voz de Galicia*, 8 de febrero de 1940; *La Vanguardia Española*, 21 de enero, 8 de febrero de 1940; Foltz, *The Masquerade*, pp. 258-260; Ansaldo, *¿Para qué...?*, pp. 254-256.
28. Peterson, *Both sides*, p. 207.
29. Hamilton, *Appeasement's Child*, p. 206; Halstead, *Spain*, pp. 157-159, 179.
30. *DGFP*, D, VIII, pp. 324-325; IX, p. 588; X, pp. 291, 299-300; XI, p. 48, 185; Ferro, *Pétain*, pp. 51-52.
31. Ansaldo, *¿Para qué...?*, pp. 230-233.
32. Pereira a Salazar, 23 de abril de 1940, *DAPE*, VI, pp. 543-544.
33. Véase carta sin fecha de Kindelán a Varela, Kindelán, *La verdad*, pp. 117-118; Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, pp. 97-98.
34. Gambara a Ciano, 13 de agosto, 11, 28 de octubre, 21, 28, 29 de diciembre de 1939, 30 de enero, 19 de marzo de 1940. Ciano a Gambara, 14 de agosto, 27, 31 de octubre de 1939, 13, 23 de febrero de 1940, *DDI*, 8.ª serie, XIII, pp. 17-18, 25; 9.ª serie, I, p. 442; 9.ª serie, II, pp. 20, 28, 41-42, 519-20, 576-77; 9.ª serie, III, Roma, 1959, pp. 190-191, 253-254, 310, 508.
35. Gambara a Ciano, 5 de abril de 1940. *DDI*, 9.ª serie, III, p. 613.
36. Mussolini a Franco, 8 de abril de 1940, *DDI*, 9.ª serie, III, pp. 623-624.
37. Gambara a Ciano, 13 de abril de 1940, *DDI*, 9.ª serie, IV, Roma, 1960, pp. 52-53.
38. *Arriba*, 11 de abril de 1940.
39. *Informaciones*, 4 de mayo de 1940.
40. *DGFP*, D, VIII, pp. 190-192.
41. *Arriba*, 13 de marzo, 5, 9 de junio; *ABC*, 9 de junio; *El Alcázar*, 21 de junio de 1940.
42. *Arriba*, 12, 13 de abril de 1940.
43. *Arriba*, 2 de abril de 1940; Antonio Marquina Barrio, *La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1945)*, Madrid, 1983, pp. 243-253, 514-518; Garriga, *Segura*, pp. 271-274; Ian Gibson, *En busca de José Antonio*, Barcelona, 1980, p. 36.
44. *ABC*, 1, 2, 3 de abril de 1940; Sueiro, *Valle*, p. 12.
45. Millán Astray, *Franco*, pp. 11-12.
46. Sueiro, *Valle*, pp. 8-24, 44-73; 118-143; 184-205. Sobre el significado psicológico del monumento, véase Grau, «Psicopatología», p. 22.

47. Pozuelo, *Los últimos 476 días*, p. 166.
48. Marquina, *La diplomacia vaticana*, pp. 253-262; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 274; Garriga, *Segura*, pp. 274-276.
49. Franco a Mussolini, 30 de abril de 1940, *DDI*, 9.ª serie, IV, pp. 210-211: anotación en el diario el 3 de mayo de 1940, *Ciano's Diary 1939-1943*; p. 243.
50. Pereira a Salazar, 23 de abril de 1940, *DAPE*, VI, pp. 543-548.
51. Para un benévolo retrato de Weddell, véase Charles R. Halstead, «Diligent Diplomat: Alexander W. Weddell as American Ambassador to Spain, 1939-1942». *The Virginia Magazine of History and Biography*, vol. 82, n.º 1, enero de 1974, pp. 3-38.
52. *Foreign Relations of the United States 1940*, vol. II, Washington, 1957, pp. 794-796.
53. Arriba, 11, 17 de mayo de 1940; *DGFP*, D, IX, p. 315.
54. Simonnot, *Le secret*, p. 118.
55. Entrevista con Franco en Arriba, 25 de febrero de 1951, reeditado en Francisco Franco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1951-1954*, Madrid, 1955, pp. 38-42; entrevista con Franco en Le Figaro, 13 de junio de 1958, reeditado en Francisco Franco, *Discursos y mensajes del jefe del Estado, 1955-1959*, Madrid, 1960, p. 488.
56. Séguéla, *Pétain-Franco*, p. 45.
57. Ferro, *Pétain*, pp. 7, 43; Reynaud, *Au coeur de la Mêlée*, pp. 919-920.
58. Simonnot, *Le secret*, pp. 212-214.
59. *DGFP*, Series D, vol. IX, p. 396; Pereira a Salazar, 27 de mayo de 1940, *Correspondência de Pedro Teotónio Pereira para Oliveira Salazar (1940-1941)*, Lisboa, 1989, p. 39.
60. Herbert Feis, *The Spanish Story: Franco and the nations at War*, Nueva York, 1948, referencias de página a la edición de bolsillo de Nueva York, 1966, pp. 28-31.
61. Hoare a Eden, 11 de julio de 1941, documentos de Templewood, XIII-19.
62. Eccles, *By Safe Hand*, pp. 19, 26, 49, 51-53.
63. Peterson, *Both Sides*, pp. 228-233.
64. Hoare, *Ambassador*, pp. 14-18, 30-32; J. A. Cross, *Sir Samuel Hoare: A Political Biography*, Londres, 1977, pp. 322-328; Kenneth Young, editor, *The Diaries of Sir Robert Bruce Lockhart*, vol. 2, 1939-1965, Londres, 1980, anotación del 19 de mayo de 1940 en el diario, pp. 56-57; David Dilkes, editor, *The Diaries of Sir Alexander Cadogan 1938-1945*, Londres, 1971, 19, 20 de mayo de 1940, pp. 286-287.
65. Cross, *Hoare*, pp. 328-329; Sir John Lomax, *The Diplomatic Smuggler*, Londres, 1965, pp. 84-89; Carlton J. H. Hayes, *Wartime Mission in Spain*, Nueva York, 1945, p. 35; Eccles, *By Safe Hand*, pp. 100-102, 294; Pereira, *Memorias*, II, pp. 205-206.
66. Arriba, 24, 26, 29, 31 de mayo de 1940: Ramón Serrano Súñer, «Prólogo», en David Jato, *Gibraltar decidió la guerra*, Barcelona, 1971, p. 15.
67. *DGFP*, D, IX, pp. 509-10.
68. Saña, *Franquismo*, pp. 170-71, El biógrafo oficial de Franco, Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 121, considera la carta como una prueba de que Franco no tenía intención de entrar en la guerra.
69. Lequerica a Beigbeder, 19 de mayo, Mussolini a Franco, 20 de mayo, *Documentos inéditos*, II-1, pp. 191-192; Zoppi a Ciano, Ciano a Zoppi, 20 de mayo de 1940, *DDI*, 9.ª serie, IV, pp. 399-401.
70. Lequerica a Beigbeder, 29 de mayo de 1940, MAE/R 2295, leg. 4, n.º 769; Simonnot, *Le secret*, pp. 214-218.
71. Eccles, *By Safe Hand*, pp. 14-16, 54-57, 78, 84-85, 90-93.
72. Arriba, 1, 2, 4, 5, 9 de junio; *ABC*, 9 de junio de 1940.
73. Mussolini a Franco, 9 de junio de 1940, *DDI*, 9.ª serie, IV, p. 620.
74. Ciano a Serrano Súñer, 3, 8 de junio de 1940, Ciano, *Papers*, pp. 370-371; Espadas, *Franquismo*, p. 104; Calleja, *Yagüe*, pp. 197-198.
75. Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, pp. 99-102.
76. *FRUS 1940*, II, p. 796.
77. Franco a Mussolini, 10 de junio de 1940, *DDI*, 9.ª serie, IV, p. 630; Saña, *Franquismo*, pp. 167-168.
78. Anfuso a Zoppi, 12 de junio de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, Roma, 1965, p. 6.
79. Zoppi a Ciano, 13, 15 de junio de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 14-24.
80. *DGFP*, series D, vol. IX, p. 560.
81. Arriba, 13 de junio, *ABC*, 13 de junio de 1940.
82. Monteiro a Salazar, 13 de junio de 1940, *DAPE*, VII, pp. 131-132; *The Times*, 14 de junio de 1940; Pereira, *Memórias*, II, pp. 214-215.
83. Pereira a Salazar, 23 de abril, 14 de mayo, 10 de junio de 1940, *DAPE*, VI, pp. 544-545; VII, pp. 30-31, 115-117.
84. Notas de Teixeira de Sampaio, 13 de junio de 1940, *DAPE*, VII, pp. 135-136.
85. Zoppi a Ciano, 15 de junio de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 23-25.
86. Doussinague, *España tenía razón*, pp. 41-42.
87. Hoare, *Ambassador*, p. 45.
88. Hoare, *Ambassador*, pp. 24-30, 45-48; *FRUS 1940*, II, pp. 796-799; Haves, *Wartime Mission*, p. 40.
89. Doussinague, *España tenía razón*, pp. 22, 103-5, 328. Jordana dijo al embajador de Vichy el 9 de septiembre de 1942 que él era meramente «el dócil ejecutor» de la política de Franco; Piétri, *Més années*, p. 65.
90. Pereira, *Memórias*, II, pp. 222-223.
91. *DGFP*, D, IX, p. 542; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 159-160.
92. División de Inteligencia Naval (Almirantazgo), «Spanish Assistance to the German Navy», 10 de enero de 1946; FO371/60331, Z594/8/G41; *DGFP*, series D, vol. IX, pp. 449-453; vol. XI, p. 445; *Documents secrets du Ministère des Affaires Etrangères d'Allemagne: Espagne*, París, 1946, pp. 103-104; Charles B. Burdick, «“Moro”: The Resupply of German Submarines in Spain, 1939-1942», *Central European History*, vol. 3, n.º 3, 1970, pp. 256-284; Duff, «Spain», p. 268; cf. Doussinague, *España tenía razón*, pp. 73-74.
93. Naciones Unidas, Consejo de Seguridad, Archivos oficiales, Primer Año: 2.ª serie, suplemento especial, *Report of the Sub-Committee on the Spanish Question*, Nueva York, junio, 1946, pp. 13, 83-89.

94. Serrano Súñer, *Entre Gibraltaria y Gibraltar*, pp. 151-52; Doussinague, *España tenía razón*, pp. 43-44.
95. Halder, *Diary*, 31 de julio de 1940, pp. 244-245; Alan Bullock, *Hitler and Stalin. Parallel Lives*, Londres, 1991, pp. 754-755; Alan Clark, *Barbarossa: The Russian-German Conflict 1941-1945*, Londres, 1965, pp. 17-26. Agradezco al profesor Brian Bond la clarificación de este punto.
96. Reynaud, *Au coeur de la mêlée*, 855-856; Séguéla, *Pétain-Franco*, pp. 80-81.
97. Zoppi a Ciano, 17 de junio de 1940. *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 32-33.
98. Sir Lewellyn Woogward, *British Foreign Policy in the Second World War*, 5 vols., Londres, 1970-1976, I, pp. 435-436; conversación de Serrano Súñer con Charles Favrel, de Paris Presse, 21 de octubre de 1945, FO371/49663, Z13272/11696/41.
99. *Bulletin of Spanish Studies*, vol. XVII, n.º 68, octubre de 1940, pp. 220-222; Saña, *Franquismo*, pp. 168-170.
100. Foltz, *The Masquerade*, p. 152.
101. Memorando de la conversación entre Vigón y Ribbentrop, Château Ciergnon, 15 de mayo de 1940, entre los documentos alemanes capturados, FO371/60332, Z2727/8/41.
102. *DGFP*, D, IX, pp. 585-588.
103. Garriga, *España de Franco*, pp. 170-171.
104. Lequerica a Beigbeder, 17 de junio de 1940, *Documentos inéditos*, II-1, pp. 209-210; Paul Baudouin, *The Private Diaries of Paul Baudouin (marzo de 1940-enero de 1941)*, Londres, 1948, pp. 118-123; François Charles-Roux, *Cinq mois tragiques aux affaires étrangères 21 Mai-1^{er} Novembre 1940*, París, 1949, pp. 52-54; Stohrer a Wilhelmstrasse, 17 de junio de 1940, *DGFP*, D, IX, p. 590; Ansaldo, *¿Para qué...?*, p. 214. Véase también Cava Mesa, *Lequerica*, pp. 167-174.
105. La razón dada por Lequerica fue «la alta consideración en que Franco tenía a Pétain», Lequerica a Beigbeder, 17 de junio de 1940, *Documentos inéditos*, II-1, p. 209.
106. *ABC*, 22 de junio de 1940. No está claro dónde surgió la frase. A Pétain se le atribuye una leve modificación, «l'épée la plus pure au monde» el 17 de julio de 1940 en su primer mensaje a Franco después de tomar el poder; Séguéla, *Pétain-Franco*, p. 56.
107. Cf. Simonnot, *Le secret*, pp. 216, 232.
108. Halstead, *Spain*, pp. 259-260; Feis, *Spanish Story*, pp. 35-36.
109. Simonnot, *Le secret*, pp. 220-229; Séguéla, *Pétain-Franco*, pp. 51-55.
110. Zoppi a Ciano y embajada española (Roma) a Anfuso, 18 de junio de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 33-34, 41-42.
111. Charles-Roux, *Cinq mois tragiques*, pp. 193, 224-228; Simonnot, *Le secret*, pp. 244-246; Séguéla, *Pétain-Franco*, pp. 81-87.
112. *DGFP*, D, IX, pp. 620-21; Gerhard L. Weinberg, *World in the Balance: Behind the Scenes of World War II*, Hanover, New Hampshire, 1981, p. 111.
113. Feis, *Spanish Story*, pp. 33-34; Halstead, *Spain*, pp. 271-272.
114. Hoare, *Ambassador*, p. 48.
115. Zoppi a Ciano, 17 de junio de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, p. 33.
116. *The Times*, 21, 26, 29, 31 de julio de 1940.
117. *ABC*, 31 de julio de 1940; Peis, *Spanish Story*, pp. 34-53.
118. *DGFP*, D, X, pp. 15-16.
119. Halstead, *Spain*, p. 274; *DGFP*, D, X, pp. 97-99.
120. *DGFP*, D, X, pp. 97-99; Arriba, 28 de junio de 1940; Suárez Fernández, *Franco*, III, pp. 144-148; Garriga, *Yagüe*, pp. 181-184; Garriga, *España de Franco*, pp. 171-174; Hoare, *Ambassador*, Londres, 1946, pp. 52-53; Payne, *Falange*, pp. 213-215; Klaus-Jörg Ruhl, *Franco, Falange y III Reich*, Madrid, 1986, pp. 61, 317; Denis Smyth, *Diplomacy and Strategy of Survival: British Policy and Franco's Spain, 1940-1941*, Cambridge, 1986, pp. 33-36.
121. *ABC*, 25, 26 de junio; *Arriba*, 29 de junio de 1940.
122. *El Diario Vasco*, 30 de junio de 1940, ofreció una cobertura fotográfica completa de los encuentros. Véase también Espadas Burgos, *Franquismo*, pp. 105-107; Hoare, *Ambassador*, pp. 52-53.
123. Hoare, *Ambassador*, pp. 50-52.
124. Serrano Súñer, «Prólogo» a Jato, *Gibraltar*, pp. 16-17; Saña, *Franquismo*, p. 164.
125. Beigbeder a Franco, 25, 26 de junio de 1940, *Documentos inéditos*, II-1, pp. 215, 226-227; *DGFP*, D, X, p. 2.
126. *DGFP*, D, X, pp. 9, 187-189, 199-200, 276-277, 283, 290-291, 317-318, 366-367, 376-379, 397-401, 409-410; Boca Scoppa, Lisboa, a Ciano, 1, 2 de agosto de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 311; 324-325; Walter Schellenberg, *The Schellenberg Memoirs: A Record of the Nazi Secret Service*, Londres, 1956, pp. 126-143; Mariano González-Arnao Conde-Luque, «¿Capturad al duque de Windsor!». *Historia* 16, n.º 161, septiembre de 1989; Michael Bloch, *Operation Willi: The Plot to Kidnap the Duke of Windsor, July 1940*, Londres, 1984, *passim*. Sobre los informes de Bermejillo, véase Suárez Fernández, *Franco*, III, pp. 143-144, 149.
127. Bruce Lockhart, *Diaries*, anotación del 28 de junio de 1940, p. 63.
128. Stohrer a Wilhelmstrasse, 12 de julio de 1940, *DGFP*, D, X, p. 200.
129. Hoare, *Ambassador*, pp. 34-38; Smyth, *Diplomacy*, pp. 32-40.
130. En PRO CAB 65/7, W. M. 171 (40) 5 y CAB 65/7, W. M., el archivo está censurado. Este relato se basa en copias de las importantes actas amablemente aportadas por el señor John Costello. De hecho, la esencia de la reunión la transmite perfectamente Woodward, *British Foreign Policy*, I, p. 436. Véase también Smyth, *Diplomacy*, pp. 42-43.
131. Rafael Rodríguez Moñino Soriano, *La misión diplomática del XVII Duque de Alba en la Embajada de España en Londres (1937-1945)*, Valencia, 1971, p. 63.
132. Churchill, *Finest Hour*, p. 564; Smyth, *Diplomacy*, pp. 43-44.
133. Stohrer a Wilhelmstrasse, 2 de julio de 1940, *DGFP*, D, X, pp. 97-98.
134. *DGFP*, D, X, pp. 82, 148-149.
135. *DGFP*, D, IX, pp. 605-606, 608-611.
136. Karl Heinz Absjagen, *Canaris*, Londres, 1956, pp. 79, 111-113; Hugh Trevor-Roper, *The Philby Affair*, Londres, 1968, pp. 111-116; Garriga, *España de Franco*, pp. 71-73.
137. Zoppi a Ciano, 6 de julio de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 185-86. Los actas del encuentro entre Canaris, Beigbeder y Vigón se recogen en Beigbeder a Franco, 30 de junio de 1940, *Documentos inéditos*, II-1, pp. 238-39.
138. Pereira a Salazar, 6 de julio de 1940, *Correspondência*, II, pp. 57-60.

139. Pereira a Salazar, 6 de julio de 1940, *DAPE*, VII, pp. 216-219; Halstead, *Spain*, pp. 297-98; Charles R. Halstead, «Peninsular Purpose: Portugal and its 1939 Treaty of Friendship and Non-Aggression with Spain»; *Il Politico: Rivista Italiana di Scienze Politiche*, Pavía, LXV, n.º 2, 1980, pp. 287-311.
140. *Fotos*, 13 de julio de 1940.
141. *DGFP*, D, X, pp. 105-106, 224-225; Pereira a Salazar, 28 de febrero de 1941, *DAPE* VIII, Lisboa, 1973, p. 150; Pereira, *Memórias*, II, pp. 227-229.
142. Pereira a Salazar, 12 de julio, notas de la conversación de Salazar con Nicolás Franco, 13 de julio de 1940, *DAPE*, VII, pp. 247-248, 250-252.
143. *DGFP*, D, X, p. 515; *DAPE*, VII, pp. 294-297; 323-325; 336-339; *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 296-297; Pereira, *Memórias*, II, pp. 230-233; Hoare, *Ambassador*, pp. 58-59; Halstead, *Spain*, pp. 298-300; Halstead, «Consistent and total peril from every side: Portugal and its 1940 Protocol with Spain». *Iberian Studies*, vol. III, n.º 1, Spring, 1974, pp. 15-29; Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, p. 90.
144. *The Times*, 18 de julio, *La Vanguardia Española*, 18 de julio; *Arriba*, 18 de julio de 1940.
145. *The Times*, 19 de julio, *La Vanguardia Española*, 19 de julio de 1940; Hoare, *Ambassador*, pp. 48-49; Smyth, *Diplomacy*, pp. 41-42; François Mirandet, *L’Espagne de Franco*, París, 1948, pp. 63-65.
146. *La Vanguardia Española*, 19 de julio; *The Times*, 19 de julio de 1940; Garriga, *España de Franco*, pp. 151-153.
147. Beigbeder a Asensio, 25 de julio de 1940, *Documentos inéditos*, II-1, pp. 273-276; *ABC*, 30 de julio; *Arriba*, 1 de agosto de 1940; Charles-Roux, *Cinq mois*, pp. 194, 222-241; Ridruejo, *Casi unas memorias*, p. 214; Séguéla, *Pétain-Franco*, pp. 87-92.
148. Hoare, *Ambassador*, pp. 62-63.
149. *DGFP*, D, X, p. 396; Hoare, *Ambassador*, p. 44; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 65; Churchill, *Finest Hour*, p. 463; Blooh, *Willi*, pp. 50, 241-243.
150. Memorando de Stohrer, 8 de agosto de 1940, *DGFP*, D, X, pp. 442-445.
151. Nota del Alto Mando, 10 de agosto de 1940, *DGFP*, D, X, pp. 461-464.
152. *DGFP*, D, X, pp. 466-467, 499-500.
153. Halder, 9 de agosto de 1940, *Diary*, p. 247; Macgregor Knox, *Mussolini Unleashed 1939-1941: Politics and Strategy in Fascist Italy’s Last War*, Cambridge, 1982, p. 184; André Brissaud, *Canaris*, Londres, 1973, pp. 191-194.
154. Beigbeder a Franco, 10, 14 de agosto de 1940, *Documentos inéditos*, II-1, pp. 285-287; Suárez Fernández, *Franco*, III, pp. 171-172.
155. Stohrer a Wilhelmstrasse, 21 de agosto de 1940, *DGFP*, D, X, pp. 521-522.
156. Franco a Mussolini, 15 de agosto, Mussolini a Franco, 25 de agosto de 1939, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 403-405, 478-479; Ciano, *Diary 1939-1943*, p. 285; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 103-104; Weinberg, *World in the Balance*, p. 120.
157. Lequiu a Ciano, 2 de septiembre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 521-523.

15. El precio del imperio: Franco y Hitler

1. Halder, *Diary*, 27 de agosto de 1940, pp. 251-252.
2. *DGFP*, D, X, p. 561.
3. Mirandet, *Franco*, p. 87.
4. *DGFP*, D, X, pp. 561-565, XI, pp. 37-40, 81-82.
5. Ya, 7 de septiembre; *The Times*, 8, 9 de septiembre de 1940; Arthur F. Loveday, *Spain 1923-1948; Civil War and World War*, Bridgewater, 1949, p. 172.
6. Charles-Roux, *Cinq mois tragiques*, pp. 241-242; Lequio a Ciano, 8 de septiembre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 557-558.
7. Doussinague, *España tenía razón*, pp. 233-44. Sobre esta y otras insinuaciones de simpatía británica hacia las aspiraciones españolas, véase Duff, «Spain», p. 272.
8. *The Times*, 26, 29, 30 de septiembre de 1940.
9. Halder, *Diary*, 14 de septiembre de 1940, p. 259.
10. Lequio a Ciano, 16 de septiembre. Ciano a Zamboni (Berlín), 19 de septiembre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 576-577, 594-595.
11. *FRUS 1940*, II, pp. 805-808; Feis, *Spanish Story*, pp. 55-57.
12. *FRUS 1940*, II, pp. 808-10; Feis, *Spanish Story*, pp. 57-59.
13. Charles-Roux, *Cinq mois tragiques*, p. 243.
14. Garriga, *España de Franco*, p. 180.
15. El embajador portugués creía que se trataba de una sugerencia de Serrano Súñer a los alemanes, Pereira a Salazar, 30 de agosto, 1 de octubre de 1940, *Correspondência*, II, pp. 7980, 88.
16. *DGFP*, D, XI, pp. 83-87; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 165-171. En noviembre de 1940, Serrano Súñer le dijo al embajador italiano Lequio que la actitud del gobierno portugués era «vil y servil con respecto a Inglaterra y dudosa en lo que a España se refiere» y, en mayo de 1942, que Portugal debía formar parte de una España mayor, Lequio a Ciano, 24 de noviembre de 1940, 26 de mayo de 1942, *DDI*, 9.ª, VI, p. 232, VIII, p. 618. Sobre las ambiciones falangistas de anexionar Portugal, a través de una visión benévola de la postura de Franco, véase Hugh Kay, *Salazar and Modern Portugal*, Londres, 1970, p. 156.
17. Ernst von Weizsäcker, *Memoirs of Ernst Von Weizsäcker*, Londres, 1951, pp. 239, 266; Saña, *El franquismo*, pp. 176, 180; Doussinague, *España tenía razón*, p. 46; Schellenberg, *Memoirs*, pp. 135, 143.
18. *DGFP*, D, XI, pp. 87-91. Sobre los planes británicos para la toma de las islas Canarias, «Operation Bugle», cf. Martin Gilbert, *Finest Hour: Winston S. Churchill 1939-1941*, Londres, 1983, p. 567.
19. Garriga, *España de Franco*, pp. 182-184.
20. *DGFP*, serie D, vol. XI, pp. 62-63.
21. *DGFP*, serie D, vol. XI, pp. 93-102; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 175-183. La versión de Serrano Súñer de 1947 es más franca que la recabada por los alemanes en aquel tiempo, que sustituye «absolutamente imposible» por «criminal y monstruoso».
22. *DGFP*, D, XI, pp. 106-108.
23. Weinberg, *World in the Balance*, p. 122.
24. Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 183-185; Smyth, *Diplomacy*, pp. 93-94.
25. Ciano, *Diary 1939-1943*, p. 291; Ciano, *Papers*, pp. 389-393.
26. *DGFP*, D, XI, pp. 134-136, 150-152.
27. Franco a Serrano Súñer, 21 de septiembre de 1940; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 331-340; *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 183.
28. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 188-191; Garriga, *España de Franco*, pp. 188-189.
29. Smyth, *Diplomacy*, pp. 50-51, 95-96.
30. *DGFP*, D, XI, pp. 166-174.
31. *DGFP*, D, XI, pp. 183-184.
32. Carta de Serrano Súñer, *ABC*, 3 de noviembre de 1990; Hernando Espinosa de los Monteros a Serrano Súñer, 5 de noviembre de 1990 (archivo de Serrano Súñer); Hernando Espinosa de los Monteros al autor, 15 de enero de 1991; testimonio de Ignacio Espinosa de los Monteros al autor, 16 de febrero de 1991; Serrano Súñer, *De anteayer*, pp. 213-215.
33. Franco a Serrano Súñer, 23 de septiembre de 1940, Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 341-342.
34. *DGFP*, D, XI, pp. 153-155.
35. *DGFP*, serie D, vol. XI, p. 155, nota 5; pp. 214-219.
36. Serrano Súñer, *De anteayer*, p. 214.
37. Franco a Serrano Súñer, 24 de septiembre de 1940, Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 342-348.
38. *DGFP*, serie D, vol. XI, pp. 199-204.
39. Ciano, *Diary 1939-1943*, p. 294.
40. Lequio a Ciano, 13 de septiembre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 572-573.
41. Conversación Mussolini-Serrano Súñer, 1 de octubre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 639-640; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 195-198.
42. *DGFP*, D, XI, pp. 211-14; Ciano, *Diary 1939-1943*, p. 294.
43. *DGFP*, D, XI, pp. 245-59. Véase el relato más breve en *DDI*, 9.ª, V, pp. 655-658 y la versión ofrecida por Keitel y Jodl al agregado militar italiano. Marras al Ministerio della Guerra, 12 de octubre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 690-691. Cf. Halder, *Diary*, 30 de septiembre, 15 de octubre de 1940, pp. 260-266.
44. Saña, *Franquismo*, p. 185.
45. Ciano, *Diary 1939-1943*, pp. 294-296; Ciano, *Papers*, pp. 393-396; Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 189, 196.
46. Hoare, *Ambassador*, pp. 67-71, donde la reunión se fecha incorrectamente el 27 de septiembre; véase Smyth, *Diplomacy*, pp. 95-96.
47. Gilbert, *Finest Hour*, p. 816.

48. Charles-Roux, *Cinq mois tragiques*, pp. 244-248.
49. *The Second World War Diary of Hugh Dalton 1940-1945*, editado por Ben Pimlott, Londres, 1986, 2 de octubre de 1940, p. 87; Smyth, *Diplomacy*, pp. 98-99.
50. Halstead, *Spain*, p. 358. Las descripciones más minuciosas de la Falange Exterior son las de Allan Chase, *Falange: The Axis Secret Army in the Americas*, Nueva York, 1943, y Ovidio Gondi, *La hispanidad franquista al servicio de Hitler*, México, D.F., 1979. Véase también Plenn, *Wind*, pp. 231-246.
51. *FRUS 1940*, II, pp. 810-812; Feis, *Spanish Story*, pp. 59-61.
52. *La Vanguardia Española*, 1, 2 de octubre; *Arriba*, 1, 2, 3 de octubre de 1940.
53. Pereira a Salazar, 1 de octubre de 1940, *Correspondência*, II, pp. 88-89.
54. *FRUS 1940*, II, p. 812.
55. *FRUS 1940*, II, pp. 812-815; Dalton, *War Diary*, 7 de octubre de 1940, p. 89 (donde los comentarios de Beigbeder a Weddell están mal interpretados, como si partieran del propio Franco).
56. Cordell Hull, *Memoirs*, 2 vols., Londres, 1949, I, p. 876; Feis, *Spanish Story*, p. 61.
57. 365 H. C. Dep., 5s, c. 302; *The Times*, 11 de octubre de 1940.
58. *Palabras del Caudillo 1937-1942*, pp. 189-190.
59. Notas de la conversación, Salazar-Nicolás Franco, 16 de octubre de 1940, *DAPE*, VII, pp. 518-521.
60. La consecuencia fue que España recibió menos productos alemanes que Suecia, Suiza y Turquía; Garriga, *España de Franco*, pp. 194-196.
61. Pereira a Salazar, 18 de octubre de 1940, *Correspondência*, III, p. 97.
62. Espadas, *Franquismo*, p. 110.
63. *FRUS 1940*, II, pp. 820-822; Lequio a Ciano, 18 de octubre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, p. 715.
64. Serrano Súñer, «Prólogo», Jato, *Gibraltar*, pp. 17-18; Hoare, *Ambassador*, pp. 66-73; Pereira, *Memórias*, II, p. 222; Escobar, *Diálogo íntimo*, p. 29; Mirandet, *L'Espagne*, p. 69.
65. Mirandet, *L'Espagne*, p. 70; Espadas, *Franquismo*, p. 108.
66. Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor, 21.XI.90; Saña, *Franquismo*, p. 160; Hamilton, *Appeasement's Child*, p. 93. Sobre Lorente Sanz, véase Ridruejo, *Memorias*, p. 134.
67. Mussolini a Hitler, 19 de octubre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, V, pp. 720-722; traducción de *DGFP*, D, XI, pp. 331-334.
68. *Arriba*, 20, 23 de octubre de 1940; *ABC*, *La II guerra mundial*, Madrid, 1989, p. 160.
69. Naciones Unidas, Consejo de Seguridad, *Report of the Sub-Committee on the Spanish Question*, p. 14; Bloch, *Willi*, p. 150.
70. Hoare, *Ambassador*, p. 76; Mirandet, *Franco*, pp. 72-73. Sin embargo, cf. Burdick, *Strategy*, pp. 50-51. Sobre la reacción de Himmler ante la represión continuada, véase Garriga, *España de Franco*, pp. 208-209.
71. Cipriano Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña*, Barcelona, 1980, pp. 496-500; Saña, *Franquismo*, pp. 118-119. Véase suplemento especial *Julián Zugazagoitia: protagonista y víctima*, *El Sol*, 10 de noviembre de 1990.
72. Serrano Súñer la atribuyó a Lequerica, Saña, *Franquismo*, pp. 124-127. Véase también Gregorio Morán, *Los españoles que dejaron de serlo: Euskadi, 1937-1981*, Barcelona, 1982, pp. 114-115. Según Cava Mesa, *Lequerica*, pp. 184-189, Lequerica no hizo más que obedecer las órdenes que partían del director general de Seguridad, José Finat.
73. Ángel Ossorio y Gallardo, *Vida y sacrificio de Companys*, 2.ª ed., Barcelona, 1976, pp. 285-292; *Catalunya sota el règim franquista: Informe sobre la persecució de la llengua i la cultura de Catalunya pel règim del general Franco*, París, 1973, pp. 388-391.
74. *FRUS 1940*, II, pp. 822-823; Feis, *Spanish Story*, pp. 63-66.
75. Norman Rich, *Hitler's War Aims: Ideology, the Nazi State, and the Course of Expansion*, 2 vols., Londres, 1973-1974, I, pp. 169-170.
76. Halder, *Diary*, 11 de octubre de 1940, p. 262.
77. Weizsäcker, anotación del 21 de octubre de 1940 en el diario, *Papiere*, p. 221.
78. Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter: The Secret History of German Diplomacy 1935-1945*, Londres, 1951, p. 193; *La Vanguardia Española*, 24 de octubre de 1940; *The Memoirs of Field-Marshal Keitel*, Londres, 1965, p. 125; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 289-290; testimonio de Serrano Súñer, 21.XI.90.
79. José María Sánchez Silva y José Luis Sáenz de Heredia, *Franco... ese hombre*, Madrid, 1975, p. 139. Declaraciones de Franco a *Le Figaro*, 13 de junio de 1958, reproducidas en Francisco Franco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1955-1959*, Madrid, 1960, p. 479. Cf. Trythall, *Franco*, p. 171.
80. Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor, 21.XI.90.
81. Silva y Sáenz de Heredia, *Franco*, p. 139; Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 119.
82. Para un meritorio intento de reconstruir con minucioso detalle lo que se dijo, véase Ignacio Espinosa de los Monteros y Bermejillo, *Hendaya y la segunda guerra mundial (vivencias y razones)*, manuscrito inédito y sin fecha, Madrid, pp. 72-108. Ramón Garriga, representante en Berlín de la agencia de prensa oficial española EFE, realizó una observadora descripción a favor de Serrano Súñer en su *España de Franco*, pp. 209-217.
83. Este informe se imprimió incompleto como Documento n.º 8 en *The Spanish Government and the Axis: Official German Documents*, Washington, Departamento de Estado, 1946. Posteriormente se encontraron más hojas del documento y una versión algo más extensa aparece en *DGFP*, serie D, vol. XI, pp. 371-376. Le sigue un informe del posterior encuentro entre Serrano Súñer y Ribbentrop, firmado por Schmidt, *DGPE*, serie D, vol. XI, pp. 376-79. El relato del propio Schmidt se encuentra en Schmidt, *Hitler's Interpreter*, pp. 192-197. La versión de Serrano Súñer se recoge en *Memorias*, pp. 283-305. Sobre la destrucción de documentos posterior a 1945, véase Saña, *El franquismo*, pp. 200-201. Véase también Carlos Rojas, «En torno a la entrevista de Hendaya», *ABC*, 28 de febrero de 1976. Sobre los intentos de Franco para obtener el testimonio de eminentes alemanes que apoyaran su interpretación de su neutralidad, véase Suárez Fernández, *Franco*, IV, p. 43.
84. *Hitler's Table Talk*, 7 de julio de 1942, pp. 567-569.
85. Schmidt, *Hitler's Interpreter*, p. 196; Saña, *Franquismo*, pp. 190-193.
86. Espinosa de los Monteros, *Hendaya*, pp. 66-83.
87. Schmidt, *Hitler's Interpreter*, p. 196; *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, 1954, p. 30.
88. En una carta del barón De las Torres a Serrano Súñer, 21 de noviembre de 1972, reproducida en facsímil, Serrano Súñer, *De anteayer*, p. 203. En su origen escribió incorrectamente *mit diesem Kerle* y al intentar dar sentido a sus propias notas, lo cambió primero por *mit diesem Kerl* y luego por *mit diesen Kerlen*. Para un análisis del error de De las Torres, véase Espinosa de los Monteros, *Hendaya*, pp. 82-84.

89. Keitel, *Memoirs*, p. 126.
90. Arriba, 24 de octubre; *La Vanguardia Española*, 24 de octubre de 1940; Brisaud, *Canaris*, pp. 204-209, hace la improbable afirmación de que Canaris había visitado a Franco en una fecha sin determinar, durante septiembre de 1940, y le refirió cómo resistirse a las peticiones de Hitler. No existen pruebas que lo sostengan.
91. Saña, *Franquismo*, p. 191.
92. Ciano, *Papers*, pp. 401-402.
93. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 298.
94. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 299.
95. *Hitler's Table-Talk*, p. 569; testimonio de Serrano Súñer 21.XI.90, y *Memorias*, pp. 299-300.
96. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 300-1; Saña, *Franquismo*, pp. 195-198; Espadas, *Franquismo*, pp. 117-118. Para el texto del protocolo, véase *DGFP*, serie D, vol. XI, pp. 466-467.
97. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 284.
98. Goebbels, *Diaries*, 25 de octubre de 1940, p. 153.
99. Ciano, *Diary 1939-1943*, p. 300.
100. Pereira a Salazar, 25 de octubre de 1940, *Correspondência*, II, p. 100.
101. Ciano, *Papers*, p. 402; Ulrich von Hassell, *The Von Hassell Diaries 1938-1944*, Londres, 1948, p. 144.
102. Schmidt, *Hitler's Interpreter*, p. 197.
103. *DGFP*, serie D, vol. XI, pp. 392-93.
104. Halder, *Diary*, 1 de noviembre de 1940, p. 272; *Heeresadjutant bei Hitler 1938-1943. Aufzeichnungen des Majors Engel*, Stuttgart, 1974, p. 88.
105. Weizsäcker, anotación del 25 de octubre de 1940 en el diario, *Papiere*, p. 221; Weizsäcker, *Memoirs*, p. 239.
106. Saña, *Franquismo*, pp. 192-193.
107. Jato, *Gibraltar*, p. 53.
108. Schmidt, *Hitler's Interpreter*, pp. 193-194.

16. Entre bastidores: Franco y el Eje

1. Charles-Roux, *Cinq mois tragiques*, p. 148.
2. Robert O. Paxton, *Vichy France: Old Guard and New Order 1940-1944*, Londres, 1972, pp. 74-75; Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 226-230; *DGFP*, serie D, vol. XI, pp. 411-422; Ciano, *Papers*, pp. 401-404; Von Hassell, *Diaries*, p. 147.
3. Goebbels, *Diaries*, 1, 3, 5 de noviembre de 1940, pp. 159-164.
4. Eccles, *By Safe Hand*, p. 180.
5. Pereira a Salazar, 7 de noviembre de 1940, *DAPE*, VII, pp. 580-581. Dos meses más tarde Serrano Súñer haría un comentario parecido en una conversación con el embajador italiano, Lequio a Ciano, 27 de enero de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, p. 506.
6. *DGFP*, D, XI, pp. 1.129-1.133.
7. Franco a Mussolini, 30 de octubre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, VI, Roma, 1986, pp. 10-12.
8. Lequio a Ciano, 27, 29, 30 de octubre, 8 de noviembre; Ciano a Lequio, 7, 9 de noviembre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, CV, p. 758, 9.ª serie, VI, pp. 3, 8, 43, 47, 52.
9. Serrano Súñer a Ciano, 31 de octubre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, VI, pp. 15-16.
10. *DGFP*, D, XI, p. 452. Al igual que otros documentos clave en relación a los compromisos de Franco con Hitler, esta carta no se encontró entre los documentos capturados a los alemanes, pero fue publicada por Serrano Súñer después de la muerte del Caudillo.
11. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 301-305.
12. *DGFP*, serie D, vol. XI, p. 465.
13. Halder, *Diary*, 4 de noviembre de 1940, pp. 277-280.
14. Ribbentrop a Stohrer, 6 de noviembre de 1940, *DGFP*, D, XI, pp. 478-479.
15. Rich, *Hitler's War Aims*, I, p. 171.
16. Ribbentrop a Stohrer, 11 de noviembre de 1940, *DGFP*, serie D, vol. XI, pp. 513-514; Saña, *Franquismo*, p. 203.
17. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 233-35. El documento, atribuido exclusivamente a Carrero Blanco, se presenta completo en *ABC, La II guerra mundial*, vol. II, pp. 163-167. Tras la muerte de Franco estalló una polémica sobre la autoría del documento, véase Serrano Súñer, *De anteayer*, p. 215; Fernández, *Carrero*, pp. 68-70.
18. Carrero Blanco hizo esta afirmación el 6 de mayo de 1971 en una cena que celebraba el decimotercer aniversario de su nombramiento como subsecretario de la Presidencia, Laureano López Rodó, *El principio del fin: Memorias*, Barcelona, 1992, pp. 180-181, 592-593; cf. Joaquín Bardavío, *La crisis: historia de quince días*, Madrid, 1974, pp. 26-27.
19. Halder, *Diary*, 11, 22, 24 de octubre, 4 de noviembre, pp. 262, 267-268, 275-279; Directiva n.º 18, 12 de noviembre de 1940, *Hitler's War Directives 1939-1945*, editado por H. R. Trevor-Roper, Londres, 1966, pp. 81-87.
20. *DGFP*, D, XI, pp. 528-530, 574-576, 581-582; Charles B. Burdick, *Germany's Military Strategy and Spain in World War II*, Siracusa, 1968, p. 77 y ss.
21. Halder, *Diary*, 2 de noviembre de 1940, p. 275.
22. Halder, *Diary*, 13, 18, 27 de noviembre de 1940, pp. 280-281, 284, 288.
23. *FRUS 1940*, II, pp. 824-827; Feis, *Spanish Story*, pp. 99-101.
24. Bert Allan Watson, *United States-Spanish Relations 1939-1946*, tesis doctoral inédita, Universidad George Washington, 1971, pp. 51-57.
25. *FRUS 1940*, II, pp. 828-833; Feis, *Spanish Story*, pp. 101-102.
26. *FRUS 1940*, II, pp. 836-838.
27. *DGFP*, D, XI, pp. 598-606; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 235-249; Ciano, *Papers*, pp. 409-411; Halder, *Diary*, 18 de noviembre de 1940, p. 285; *The Times*, 19 de noviembre de 1940.
28. *DGFP*, D, XI, pp. 619-23; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 250-257. Más avanzada la guerra, Göring y Goebbels coincidieron en que Ribbentrop había tenido buena parte de culpa en el fracaso de arrastrar a España a la guerra, *Goebbels Diaries* (enero 1942-diciembre 1943), editado por Louis P. Lochner, Londres, 1948, 2 de marzo de 1943, p. 201.
29. Churchill & Roosevelt: *The Complete Correspondance*, 3 vols., Princeton, 1984, I, p. 86; Smyth, *Diplomacy*, pp. 121-123.
30. Mussolini a Hitler, 22 de noviembre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, VI, pp. 157-158 y traducido en *DGFP*, D, XI, pp. 671-672.
31. *DGFP*, D, XI, pp. 705-706.
32. Halder, *Diary*, 28 de noviembre de 1940, p. 289.
33. Weizsäcker, anotación del 28 de noviembre de 1940 en su diario, *Papiere*, p. 227.
34. *DGFP*, D, XI, pp. 725, 739-741.
35. *DGFP*, D, XI, p. 782; Brissaud, *Canaris*, p. 223.
36. *DGFP*, D, XI, pp. 787-788.
37. Memorando del vicecónsul en Barcelona, Yencken a Halifax, 5 de noviembre, acta Roberts, 12 de noviembre de 1941, FO371/24509, C12016/40/41.
38. Eccles, *By Safe Hand*, p. 206.
39. Para un relato desolador véase Hamilton, *Appeasement's Child*, pp. 112-146. Los excesos de la alta sociedad de Madrid en esa época pueden distinguirse en Aline, condesa de Romanones, *The Spy Wore Red*, Londres, 1987, *passim*. [Hay trad. castellana: *La espía vestida de rojo*, Barcelona, 1989.]
40. *FRUS 1940*, II, pp. 839-841, 845-850.
41. *FRUS 1940*, II, pp. 839-844; Feis, *Spanish Story*, pp. 104-108.
42. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 190-193; Saña, *Franquismo*, pp. 146-147.
43. *DGFP*, D, XI, pp. 777-778, 842-843, 975-976, vol. XII, p. 165; Alfieri (Berlín) a Ciano, 3 de enero; Lequio a Ciano, 12 de diciembre de 1940, 7 de enero de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, pp. 266-267, 390-391, 413.
44. Hitler a Mussolini, 5 de diciembre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, VI, pp. 236-238.
45. *DGFP*, D, XI, pp. 802-803.

46. Halder, *Diary*, 8 de diciembre de 1940, p. 300; Abshagen, *Canaris*, pp. 212-213; Weizsäcker, *Memoirs*, p. 239; Keitel, *Memoirs*, p. 133.
47. Keitel, *Memoirs*, p. 133.
48. *DGFP*, D, XI, pp. 812, 816-817, 852-853; Brissaud, *Canaris*, pp. 224-226; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 258-259.
49. Weizsäcker, anotación del 8 de diciembre de 1940 en su diario, *Papiere*, p. 228; Weizsäcker, *Memoirs*, p. 239.
50. Alfieri (Berlín) a Ciano, 9 de diciembre de 1940, *DDI*, 9.ª serie, VI, p. 252.
51. Keitel, *Memoirs*, p. 133.
52. Halder, *Diary*, 9, 13 de diciembre de 1940, pp. 301-5; *Hitler's War Directives*, 13, 18 de diciembre de 1940, pp. 90-94.
53. *Arriba*, 8, 12 de diciembre de 1940; Piétri, *Mes années*, pp. 36-37; Séguéla, *Pétain-Franco*, pp. 120-123; Mirandet, *Franco*, p. 80.
54. Hitler a Mussolini, 31 de diciembre de 1940, *DGFP*, D, XI, pp. 990-994; *Goebbels, Diaries*, 19 de diciembre de 1940, p. 210.
55. Hoare a Eden, 3, 14 de diciembre de 1940, PRO FO371/24059 C13128/40/41 y C13541/40/41.
56. *DGFP*, D, XI, pp. 824-825, 847-850; John Lukacs, *The Last European War: Septiembre 1939-Diciembre 1941*, Londres, 1976, p. 114.
57. Memorando de la conversación entre Serrano Súñer y Bernard Malley, sin fecha, otoño de 1945, FO/371/49663 Z13272/11696/41.
58. Stohrer a Wilhelmstrasse, 8 de enero de 1941, *DGFP*, D, XI, pp. 1.054-1.055.
59. *DGFP*, D, XI, p. 1.056; Lequio a Ciano, 10 de enero de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, pp. 424-425.
60. *DGFP*, D, XI, pp. 1.069-1.070. Sobre Lazar, véase Hamilton, *Appeasement's Child*, pp. 174-177 y Garriga, *España de Franco*, pp. 86-93. Para una descripción animada de Lazar como el hombre de Himmler en España, véase Romanones, *The Spy, passim*. Era una opinión compartida por *The Times*, 6 de enero de 1943. Más tarde Ramón Garriga llegó a creer que Lazar había sido un agente doble en el fondo fiel a los ingleses.
61. *DGFP*, D, XI, pp. 1.129-1.133; conversación Ribbentrop-Ciano, 19 de enero de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, p. 470; Ciano, *Papers*, pp. 417-419.
62. Stohrer a Wilhelmstrasse, 20 de enero de 1941, *DGFP*, serie D, vol. XI, pp. 1.1401.143.
63. Gárate Córdoba, «“Raza”», pp. 61-62; Gubern, «Raza», p. 7.
64. Baón, *La cara humana*, p. 89.
65. Jaime Peñafiel, *El General y su tropa. Mis recuerdos de la familia Franco*, Madrid, 1992, p. 92.
66. Ribbentrop a Stohrer, 21 de enero de 1941. *DGFP*, D, XI, pp. 1.157-1.158.
67. *DGFP*, D, XI, pp. 1.171-1.175.
68. Ribbentrop a Stohrer, 24 de enero de 1941, *DGFP*, D, XI, pp. 1.183-1.184.
69. *DGFP*, D, XI, pp. 1.188-1.191.
70. *DGFP*, D, XI, pp. 1.208-1.210.
71. Lequio a Ciano, 27 de enero de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, pp. 506-508.
72. Ribbentrop a Stohrer, 28 de enero de 1941, *DGFP*, D, XI, pp. 1.217-1.218.
73. *DGFP*, D, XI, pp. 1.222-1.378.
74. *FRUS 1941*, II, pp. 880-881.
75. Hitler a Mussolini, 5 de febrero de 1941, *DGFP*, D, XII, Londres, 1962, p. 30.
76. *DGFP*, D, XII, pp. 36-37; informe de la Dirección General de Seguridad, 16 de enero de 1941, *Documentos inéditos* II-2, pp. 19-20.
77. *DGFP*, D, XII, pp. 37-42, 58.
78. *DGFP*, D, XII, pp. 51-53, 78-79.
79. Ciano a Serrano Súñer, 22 de enero, Lequio a Ciano, 26, 27, 28 de enero de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, pp. 485, 504, 506, 510.
80. Lequio a Ciano, 29 de enero de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, p. 518; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 262-263.
81. Mussolini a Víctor Manuel, 9 de febrero de 1941. *DDI*, 9.ª serie, VI, p. 558.
82. Hoare, *Ambassador*, pp. 95, 104.
83. Pereira a Salazar, 10 de febrero de 1941, *Correspondência*, II, pp. 162-63; Séguéla, *Pétain-Franco*, pp. 135-141.
84. Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, p. 120.
85. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 261-264; conversación Mussolini-Franco, 12 de febrero de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, pp. 568-582; Ciano, *Papers*, pp. 421-430; Halder, *Diary*, 15 de febrero de 1940, p. 319; Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, pp. 120-122.
86. Mussolini a Cosmelli, Berlín, 14 de febrero de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, pp. 582-583; *DGFP*, D, XII, pp. 96-97; Weizsäcker, apunte del 16 de febrero de 1941 en su diario, *Papiere*, p. 237; *Documents secrets*, pp. 72-73; Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, p. 122.
87. *Arriba*, 13, 15 de febrero de 1941.
88. Lequio a Ciano, 18 de febrero de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, p. 604.
89. *DGFP*, D, XII, pp. 131-132.
90. Burdick, *Military Strategy*, pp. 103 y ss.
91. *The Times*, 14, 15 de febrero de 1941, comentó el silencio de la prensa española. Este relato se extrae laboriosamente de Piétri, *Mes années*, pp. 53-56.
92. H. Du Moulin de Labarthète, *Le temps des illusions: souvenirs, juillet 1940-avril 1942*, Ginebra, Éditions du Cheval Ailé, 1946, pp. 229-230; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 265-267; Séguéla, *Pétain-Franco*, pp. 147-160; José Antonio Girón de Velasco, *Si la memoria no me falla*, Barcelona, Editorial Planteta, 1994, p. 72.
93. *DGFP*, D, XII, pp. 113-114.
94. Piétri, *Mes années*, pp. 56, 102-110.
95. Varios autores han especulado, sin ninguna prueba, que Canaris dirigió a Franco sobre este punto, algo que niega Serrano Súñer. William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Londres, 1959, pp. 812-19; Brissaud, *Canaris*, pp. 230-231. Véase Saña, *Franquismo*, p. 207, y Garriga, *España de Franco*, pp. 85-86.
96. *DGFP*, D, XII, p. 176.
97. *DGFP*, D, XII, p. 197.
98. Conversación Hitler-Ciano, 25 de marzo de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, p. 745.
99. Churchill, *Second World War*, II, *Their Finest Hour*, p. 468. Cf. David Eccles, carta a Norman Davis, Eccles, *By Safe Hand*, pp. 270-271.
100. Churchill, *Finest Hour*, pp. 467-468.

17. Una nueva cruzada

1. Goebbels, *Diaries*, 6 de marzo de 1941, p. 257.
2. *DGFP*, D, XII, pp. 194-195.
3. Goebbels, *Diaries*, 9 de mayo de 1941, pp. 355-356.
4. *DGFP*, D, XII, pp. 664-66.
5. *DGFP*, D, XII, pp. 731-733.
6. Ésta es la única conclusión posible que se extrae de los comentarios que Nicolás Franco hizo a Pereira el 31 de marzo de 1941, *DAPE*, VIII, p. 248.
7. Hoare, *Ambassador*, pp. 107-110; Weddell a Hull, 1 de marzo de 1941, *FRUS 1941*, pp. 881-885.
8. Garriga, *España de Franco*, pp. 243-244.
9. Pereira a Salazar, 17, 19, 25 de febrero de 1941, *Correspondência*, II, pp. 172, 176, 192.
10. Lequio al ministro de Asuntos Exteriores, 18 de febrero de 1941, *DDI*, 9.ª serie, VI, pp. 604-605.
11. Pereira a Salazar, 28 de febrero, 3, 14 de marzo, Salazar a Pereira, 6 de marzo de 1941, *DAPE*, VIII, Lisboa, 1973, pp. 148-150, 157-158, 169-170, 199-200.
12. Pereira a Salazar, 3, 31 de marzo de 1941, *Correspondência*, II, pp. 214-216, 246; *DAPE*, VIII, p. 248.
13. Pereira a Salazar, sin fecha [26 de febrero de 1941], *Correspondência*, II, pp. 197-178; Salazar a Pereira, 9 de abril de 1941, *DAPE*, VIII, p. 267; *DGFP*, D, XII, pp. 119-120, 589-590.
14. Memorando de Alexandre do Amaral Mimoso Ruiz, 28 de febrero de 1941, *Correspondência*, II, pp. 212-213.
15. Stohrer a Wilhelmstrasse, 7 de mayo de 1941, *Documents secrets*, pp. 72-78.
16. *FRUS 1941* II, pp. 886-887.
17. Charles R. Halstead, «The dispute between Ramón Serrano Súñer and Alexander Weddell», *Rivista di Studi Politici Internazionali*, n.º 3, 1974, pp. 445-471; Escobar, *Diálogo íntimo*, pp. 52-53. Halstead se remonta hacia atrás para comprender la postura de Serrano Súñer, tal como hizo Beaulac más de cuarenta años después del acontecimiento, *Silent Ally*, pp. 108-112. De hecho, está claro que las protestas de Weddell se consideraron ofensivas sólo mucho después de que ocurrieran y cuando convino al régimen de Franco. Cf. Weddell a Hull, 23 de septiembre de 1941, *FRUS 1941*, II, pp. 917-919.
18. *The Times*, 25 de abril de 1941.
19. *FRUS 1941*, vol. II, pp. 888-890; *DGFP*, D, XII, pp. 590-591; Hoare, *Ambassador*, p. 106. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 274-276, ofrece un relato «jesuítico» de su entrevista, incorrectamente fechado en el día del ataque japonés a Pearl Harbor.
20. Pereira a Salazar, 6, 7 de marzo de 1941, *Correspondência*, II, pp. 221, 226-227.
21. Pereira a Salazar, 25, 31 de marzo, 1 de abril de 1941, *Correspondência*, II, pp. 235, 242, 249.
22. *DGFP*, D, XII, Londres, 1962, pp. 36-37, 613-614. CF. Ruhl, *III Reich*, p. 66; Marquina, «Aranda», p. 24.
23. *Informaciones*, 17 de abril de 1941.
24. Goebbels, *Diaries*, 19, 20 de abril de 1941, pp. 323-324.
25. *Churchill & Roosevelt*, I, pp. 173-174.
26. Weddell a Hull, 21, 25 de abril, 3 de mayo de 1941, *FRUS 1941*, II, pp. 891-897.
27. De hecho, Aranda, que era con mucho el general más próximo a los ingleses, a mediados de abril ya se había dirigido a la embajada alemana en semejantes términos. *DGFP*, D, XII, pp. 611-615. Cf. *The Times*, 25 de abril de 1941.
28. El 23 de abril de 1941, Beigbeder, que era pesimista sobre cualquier auténtica oposición militar a Franco, se lo reveló al vicealmirante J. F. Somerville, FO371/26982, C5625/4298/41 y otra vez, el 28 de mayo, al agregado militar británico, el general de brigada Torr. Notas de Beigbeder, informe de Torr y Hoare a Eden, 30 de mayo de 1941, documentos de Templewood, XIII-21.
29. Goebbels, *Diaries*, 20 de mayo de 1941, p. 373.
30. Pereira a Salazar, 1 de mayo de 1941, *Correspondência*, II, pp. 286-287.
31. Denis Smyth, «Les Chevaliers de Saint-George: la Grande-Bretagne et la corruption des généraux espagnols (1940-1942)», *Guerres mondiales et conflits contemporains*, n.º 162, abril de 1991, pp. 29-54; Anthony Cave Brown, *The Last Hero: Wild Bill Donovan*, Londres, 1982, pp. 225-226.
32. Carrero Blanco a Franco, 25 de agosto de 1941, *Documentos inéditos*, p. 316.
33. Ángel Alcázar de Velasco, *Serrano Súñer en la Falange*, Madrid, 1941.
34. Garriga, *Franco-Serrano Súñer*, pp. 120, 134.
35. Memorando de la conversación entre Serrano Súñer y Bernard Malley, otoño de 1945, sin fecha. FO371/49663, Z13272/11696/41. Sobre el decreto, véase *Boletín Oficial del Estado*, 4 de mayo de 1941.
36. *Arriba*, 3 de mayo de 1941.
37. Ciano a Serrano Súñer, 4 de mayo de 1941, Ciano, *Papers*, pp. 440-441; Ciano, *Diarios 1939-1943*, 5 de mayo de 1941, p. 339.
38. Stanley G. Payne, *The Franco Regime 1936-1975*, Madison, 1987, p. 286.
39. Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor, 21 de noviembre de 1990; Pereira a Salazar, 16 de mayo de 1941, *Correspondência*, II, p. 314; Saña, *Franquismo*, p. 161.
40. Bernard Malley, de la oficina de prensa de la embajada británica, describió a Mayalde como «un tunante de la peor ralea», memorando sin fecha de la conversación con Serrano Súñer, otoño de 1945, FO371/49663 Z13272/11696/41.
41. *ABC*, 6, 8 de mayo; *El Alcázar*, 6 de mayo; *Arriba*, 10, 11 de mayo; *Boletín Oficial del Estado*, 10 de mayo de 1941. Existe cierta confusión sobre si Mayalde, Miguel Primo de Rivera y los gobernadores provinciales fueron cesados o dimitieron. La prensa simplemente recoge su sustitución. Serrano Súñer habla de otras dimisiones el 12 y el 13 de mayo, una semana después de su sustitución. Dada la tenacidad con la que las autoridades se aferraban a sus cargos, parece más probable el cese. Sin embargo, véase Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, pp. 131-132.
42. *Arriba*, 8 de mayo de 1941. Véase también Serrano Súñer a Franco, 10 de mayo de 1941, *Documentos inéditos*, II-2, pp. 148-150.
43. Saña, *Franquismo*, pp. 160-161.

44. *Arriba*, 9, 11, 14 de mayo de 1941; Pereira a Salazar, 11 de mayo, *Correspondência*, II, p. 308.
45. Pereira a Salazar, 11 de mayo de 1941, *Correspondência*, II, p. 310.
46. *DGFP*, D, XII, pp. 795-796; Pereira a Salazar, 18 de junio de 1941, *Correspondência*, II, p. 366; Hamilton, *Appeasement's Child*, pp. 95-97; Hoare, *Ambassador*, p. 112.
47. *Arriba*, 14, 18, 22 de mayo; *ABC*, 17, 19, 22 de mayo, *La Vanguardia Española*, 14 de mayo de 1941; *DGFP*, D, XII, pp. 774, 781.
48. Informe de la conversación con el coronel Beigbeder del comandante del Aire A. H. James policía militar, y acta de Roger Makins, 14 de mayo de 1942, FO371/26982, C5141/4298/41.
49. Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor, 21 de noviembre de 1990.
50. En las *Memorias*, de Serrano Súñer, p. 180, se reproduce un facsímil de la carta.
51. Pereira a Salazar, 18, 20, 22 de mayo, 9 de junio de 1941, *Correspondência*, II, pp. 314-316, 321-323, 327-328, 349-350.
52. *Arriba*, 21, 22 de mayo de 1941.
53. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 200-201.
54. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 190-193; Saña, *Franquismo*, pp. 259-268.
55. Sobre la relación entre Franco y Arrese, véase Garriga, *España de Franco*, pp. 322-326.
56. Véase Carrero Blanco a Franco, 25 de agosto de 1941, *Documentos inéditos*, II-2, pp. 326-327.
57. Garriga, *Franco-Serrano Súñer*, pp. 133-34; Payne, *Franco Regime*, pp. 291-293.
58. Bruce Lockhart, *Diaries*, 17 de junio de 1941, pp. 103-104.
59. *DGFP*, D, XII, p. 930.
60. *FRUS 1941*, II, pp. 891-903; *Arriba*, 31 de mayo; *ABC*, 31 de mayo, 6, 9 de junio de 1941.
61. Notas de la conversación de Beigbeder con el general de brigada Torr, 28 de mayo de 1941, Documentos de Templewood. XIII-21.
62. *FRUS 1941*, II, pp. 904-6, 908.
63. *FRUS 1941*, II, pp. 907-8.
64. Testimonio de la conversación entre Hitler y Mussolini, 3 de junio de 1941, *DGFP*, D, XII, pp. 940-951, 1.007-1.008; Ciano, *Papers*, pp. 440-446.
65. *DGFP*, D, XII, p. 1.067.
66. *DGFP*, D, XII, pp. 1.080-1.081; Pereira a Salazar, 25 de junio de 1941, *Correspondência*, II, pp. 378-379.
67. *Arriba*, 24, 25 de junio; *El Alcázar*, 26, 27, 28 de junio de 1941; *The Times*, 26 de junio de 1941; Hoare, *Ambassador*, pp. 114-115.
68. *DGFP*, D, XIII, Londres, 1964, pp. 16-17.
69. *DGFP*, serie D, vol. XIII, pp. 38-39.
70. *Arriba*, 3 de julio de 1941; *The Times*, 4 de julio de 1941.
71. Feis, *Spanish Story*, p. 136.
72. Para un relato sobre las diferencias entre Espinosa y Serrano Súñer, véase Espinosa a Franco, 25 de enero de 1941, *Documentos inéditos*, II, 2, pp. 49-55. En defensa de su posición, Espinosa afirmó haber sido llamado porque era demasiado germanófilo, *DGFP*, D, XIII, pp. 353-354, 357-358. Serrano Súñer se percató de esto más tarde cuando intentó utilizar su destitución como prueba de su propia distancia del Eje, Saña, *El franquismo*, pp. 205-206.
73. *DGFP*, D, XIII, pp. 168-169.
74. Hoare, *Ambassador*, pp. 138-139.
75. *La Vanguardia Española*, 18 de julio de 1941; *The Times*, 19 de julio de 1941. El texto se omite en todas las ediciones de los discursos de Franco. Se recoge completo en *Bulletin of Spanish Studies*, vol. XVIII, n.º 72, octubre de 1941, pp. 210-217.
76. Pereira a Salazar, 21 de julio de 1941, *Correspondência*, II, pp. 388-389.
77. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 349; Saña, *Franquismo*, pp. 252-254.
78. El texto también se omite en todas las ediciones de los discursos de Franco. Se puede encontrar completo en el *Bulletin of Spanish Studies*, vol. XVIII, n.º 72, octubre de 1941, pp. 217-219. Pereira a Salazar, 21, 25 de julio de 1941, *Correspondência*, II, pp. 387-391; Acta de M. S. Williams, 7 de agosto de 1941, FO371/26891, C8744/3/41.
79. Pereira a Salazar, 25 de julio de 1941, *Correspondência*, II, p. 391; *DGFP*, D, XIII, pp. 222-224; Salazar a Tovar (Berlín) y representante diplomático portugués en Roma, 23, 28 de julio de 1941, *DAPE*, IX, Lisboa, 1974, pp. 87, 99; Smyth, *Diplomacy*, pp. 230-236.
80. Hoare a Eden, 2 de agosto de 1941, Documentos de Templewood, XIII, 21: Campbell a Eden, 6 de agosto de 1941. Eccles, *By Safe Hand*, pp. 304-305.
81. Garriga, *España de Franco*, p. 305.
82. *The Times*, 22 de julio de 1941.
83. Feis, *Spanish Story*, pp. 138-139.
84. *The War Diaries of Oliver Harvey*, editado por John Harvey, Londres, 1978, apuntes del 18 y 19 de julio de 1941, pp. 21-22.
85. 373 H.C.DEB., 5s. cc. 1.074-1.075: *The Times*, 25 de julio de 1941.
86. Smyth, *Diplomacy*, pp. 232-237.
87. Hoare a Eccles, 22 de julio de 1941; sir Ronald Campbell, embajador en Lisboa, a Eden, 6 de agosto de 1941. Eccles, *By Safe Hand*, pp. 301, 304-305.
88. *Arriba*, 13, 15, 29 de julio, 1, 2 de agosto; *ABC*, 19 de julio, 1 de agosto de 1941; Ruhl, *III Reich*, pp. 22-26; Gerald R. Kleinfeld & Lewis A. Tams, *Hitler's Spanish Legion: The Blue Division in Russia*, Carbondale, 1979, pp. 1-17.
89. Telegrama de Hoare, 5 de agosto de 1941, FO371/26891, C8744/3/41; Gil Robles, apunte del 10 de junio de 1941 en su diario, *La Monarquía*, p. 17.
90. Telegrama de Hoare, 13 de agosto de 1941, FO371/26891, C9154/3/41; Hartmut Heine, *La oposición política al franquismo*, Barcelona, 1983, pp. 253-254; Smyth, *Diplomacy*, p. 210.
91. Ciano, *Diario*, p. 450.
92. *Arriba*, 31 de julio de 1941.
93. *FRUS 1941*, II, pp. 911-913.
94. *FRUS 1941*, II, pp. 913-925; Hull, *Memoirs*, II, pp. 1.187-1.188; Feis, *Spanish Story*, p. 9.
95. *DGFP*, D, XIII, pp. 444-446, 459-460.

96. Kramarz a Ritter, 28 de mayo de 1941, *Documents secrets*, pp. 78-79; Eisenlohr a Stohrer, 11 de septiembre de 1941. *DGFP*, D, XIII, pp. 478-479.
97. Warlimont a Ritter, 10 de septiembre de 1941, *DGFP*, D, XIII, pp. 498-499.
98. *DGFP*, D, XIII, pp. 628-630, 647-648.
99. Naciones Unidas, Consejo de Seguridad, *Report of the Sub-Committee on the Spanish Question* (Informe del subcomité sobre la cuestión española), pp. 12, 85.
100. Weddell a Hull, 30 de septiembre, 1, 6 de octubre, *FRUS 1941*, II, pp. 924-929.
101. *DGFP*, D, XIII, pp. 633-634.
102. Pereira a Salazar, 24 de septiembre de 1941; *Correspondência*, II, pp. 435; *DGFP*, D, XIII, pp. 630-632; sobre Aranda y los ingleses véase Cave Brown, *Last Hero*, p. 225.
103. *El Alcázar*, 25 de noviembre; *Arriba*, 27, 28, 29 de noviembre de 1941; Sheelagh M. Ellwood, *Spanish Fascism in the Franco Era*, Londres, 1987, pp. 66-70; Payne, *Franco Regime*, pp. 288-289.
104. *Arriba*, 19 de noviembre; *ABC*, 23 de noviembre de 1941.
105. Acta de M. S. Williams, 7 de diciembre de 1941, y telegrama de Hoare al Foreign Office, 27 de diciembre de 1941, y acta de M. S. Williams, 1 de enero de 1942, FO371/27005, C13543/13543/41 y C14329/13543/41; Pereira a Salazar, 5 de noviembre de 1941, *Correspondência*, II, p. 457; Heine, *La oposición*, pp. 255-256.
106. *Arriba*, 2 de diciembre; *ABC*, 26 de noviembre de 1941.
107. Memorando de la conversación entre Hitler, Ciano y Serrano Súñer, 30 de noviembre de 1941, *DGFP*, D, XIII, pp. 904-906; Ciano, *Diary 1939-1943*, p. 402; Ciano, *Papers*, pp. 461-462.
108. Weddell a Hull, 2 de diciembre de 1941, *FRUS 1941*, II, pp. 932-934.
109. Feis, *Spanish Story*, pp. 147-151; Saña, *Franquismo*, pp. 243-244.
110. *Arriba*, 11, 13, 14 de diciembre de 1941; Pereira a Salazar, 17 de diciembre de 1941, *DAPE*, X, Lisboa, 1974, pp. 297-298; *Bulletin of Spanish Studies*, vol. XIX, n.^{os} 73-74, eneroabril de 1942, pp. 1-2; Espadas, *Franquismo*, p. 124.
111. *DGFP*, D, XIII, p. 774.
112. Nota verbal de la embajada alemana, 13 de diciembre de 1941, *Documentos inéditos*, II, 2, pp. 424-426. Kindelán, *La verdad*, pp. 46-50; Pereira a Salazar, 17 de diciembre de 1941, *DAPE*, X, pp. 297-300; Ruhl, *III Reich*, p. 95; Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 323.
113. Para el texto del discurso, véase Kindelán, *La verdad*, pp. 120-122.

18. Cambian las tornas

1. Churchill & Roosevelt, I, p. 313.
2. Lequio a Ciano, 9, 10, 12 de enero de 1942, *DDI*, 9.ª serie, VIII, Roma, 1988, pp. 113, 116-117, 123-124; Pereira a Salazar, 28 de enero de 1942, *Correspondência de Pedro Teotónio Pereira para Oliveira Salazar III (1942)*, Lisboa, 1990, p. 27.
3. Arriba, 13 de enero de 1942.
4. Arriba, 27, 28, 29, 31 de enero, 1 de febrero; *ABC*, 29 de enero de 1942. Arrese a Franco, 2 de febrero de 1942, *Documentos inéditos*, III, pp. 206-209. Para el papel de Arrese durante y después de la visita a Cataluña, véase Garriga, *España de Franco*, pp. 373-374.
5. Arriba, 1 de febrero de 1942.
6. *El Caudillo en Cataluña*, Madrid, 1942, pp. 18-19, 31, 33-39.
7. *El Caudillo en Cataluña*, pp. 24-26, 55; Arriba, 30 de enero, 6 de febrero de 1942.
8. Feis, *Spanish Story*, pp. 186-188.
9. *ABC*, 18 de enero; Arriba, 14, 21, 24 de febrero, 5 de marzo de 1942.
10. Pereira a Salazar, 24, 28 de enero, 31 de marzo de 1942, *Correspondência*, III, pp. 1516, 27-28, 46.
11. *The Times*, 13 de febrero; *ABC*, 13 de febrero de 1942.
12. Lequio a Ciano, 19 de febrero, Fransoni (Lisboa) a Ciano, 21 de febrero de 1942, *DDI*, 9.ª serie, VIII, pp. 322-323, 335-338; Stohrer a Wilhelmstrasse, 19 de febrero de 1942, *Documents secrets*, pp. 86-95; *FRUS 1942*, III, pp. 281-283. Testimonio de Serrano Súñer al autor y a García Lahiguera, *Serrano Súñer*, p. 205.
13. Garriga, *España de Franco*, pp. 345-346.
14. *Palabras del Caudillo abril 1937-diciembre 1942*, pp. 235-237.
15. *The Times*, 16 de febrero de 1942.
16. Goebbels, *Diaries*, 1, 16 de febrero de 1942, pp. 28, 52.
17. Feis, *Spanish Story*, pp. 155-157.
18. Arriba, 26 de febrero; *Ya*, 27 de febrero de 1942.
19. Arriba, 18, 20 de marzo de 1942.
20. Naciones Unidas, Consejo de Seguridad, *Report of the Sub-Committee on the Spanish Question*, p. 85.
21. *Ya*, 25, 26 de febrero de 1942.
22. Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 58-60.
23. *Interviú*, n.º 383, 14-20 de septiembre de 1983.
24. Notas de la conversación entre Salazar y Nicolás Franco, 16 de octubre de 1940, *Dez Anos de Política Externa (1936-1947) A Nação Portuguesa e a segunda guerra mundial*, vol. VII, Lisboa, 1971, p. 518.
25. Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 60-61; Franco, *Nosotros*, pp. 29-31; Garriga, *La Señora*, pp. 170-72.
26. Pereira a Salazar, 1 de abril de 1942, *Correspondência*, III, p. 53.
27. Hoare al Foreign Office, 20 de abril de 1942. FO371/31235, C4198/220/41; Arriba, 27 de marzo, 21 de abril de 1942; Garriga, *España de Franco*, pp. 357-359; Heine, *La oposición*, p. 257; Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, p. 147.
28. Pereira a Salazar, 8, 25 de abril de 1942, *Correspondência*, III, pp. 62-63, 80-81.
29. Pereira a Salazar, 31 de marzo de 1942, *Correspondência*, III, pp. 47-50.
30. Feis, *Spanish Story*, pp. 160-179.
31. *FRUS 1942*, III, pp. 275-278, 281-283; Beaulac, *Career Ambassador*, pp. 154, 183.
32. Piétri, *Mes années*, p. 62.
33. *FRUS 1942*, III, pp. 286-287.
34. Cave Brown, *Last Hero*, p. 224.
35. José María Toquero, *Franco y Don Juan: La oposición monárquica al franquismo*, Barcelona, 1989, pp. 49-50.
36. Ramón Garriga, *Franco-Serrano Súñer, un drama político*, Barcelona, 1986, p. 178.
37. Lequio a Ciano, 27 de abril de 1942, *DDI*, 9.ª serie, VIII, pp. 522-524; Heine, *La oposición*, p. 258.
38. Cross, *Hoare*, pp. 338-339; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 276; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 15, 26, 31, 35, 40, 65-66, 293. Para un retrato contrastado de Hayes a partir de los miembros de la embajada, véase la dura crítica del oficial de prensa, Plenn, *Wind*, pp. 247-269 y las comprensivas observaciones del consejero Beaulac, *Career Ambassador*, p. 184. Para un punto de vista similar al de Plenn, véase Chase, *Falange*, pp. 245-247.
39. Yencken a Eden, 11 de septiembre de 1942, FO371/31237, 8984/220/41; Pereira a Salazar, 4 de junio de 1942, *Correspondência*, III, p. 10.
40. Arriba, 30 de mayo de 1942.
41. Hayes a Hull, 1 de junio de 1942. *FRUS 1942*, III, pp. 288-289.
42. Piétri, *Mes années*, p. 63.
43. Pereira a Salazar, 6 de junio de 1942, *Correspondência*, III, pp. 114-116.
44. *FRUS 1942*, III, pp. 290-292; Hayes, *Wartime Mission*, p. 31; *The Times*, 11 de junio de 1942.
45. Cadogan, *Diaries*, pp. 489-490; Kim Philby, *My Silent War*, Londres, 1968, pp. 40-42. El mejor relato académico del asunto se encuentra en Denis Smyth, «Screening “Torch”: Allied Counter-Intelligence and the Spanish Threat to the Secrecy of the Allied Invasion of French North Africa in November 1942», en *Intelligence and National Security*, vol. 4, n.º 2, de abril de 1989, pp. 339-344. Véase también, F. H. Hinsley y otros *British Intelligence in the Second World War*, vol. 2, Londres, HMSO, 1981, pp. 719-721; Woodward, *British Foreign Policy*, IV, pp. 8-9; Anthony Cave Brown, *The Secret Servant: The Life of Sir Stewart Menzies, Churchill's Spymaster*, Londres, 1988, pp. 424-425; Trevor-Roper, *Philby*, p. 119.
46. Anotaciones en su diario del 15, 16, 22, 23, 24, 25 de agosto de 1942, del capitán Harry C. Butcher, *My Three Years with Eisenhower*, Nueva York, 1946, pp. 58-60, 68-74.

47. Lequio a Ciano, 14 de mayo, Serrano Súñer a Ciano, 19 de mayo, Ciano a Serrano Súñer, 25 de mayo, Ciano a Lequio, 2 de junio de 1942, *DDI*, 9.ª serie, VIII, pp. 591, 599-600, 612, 645; Ciano, *Diary 1939-1943*, 26 de mayo de 1943, p. 473.

48. Lequio a Ciano, 5 de junio, Buti (París) a Ciano, 13 de junio, jefe de gabinete, Lanza d'Ajeta, a Ciano, 14 de junio de 1942, *DDI*, 9.ª serie, VIII, pp. 651-654, 670-671.

49. Pereira a Salazar, 17 de junio, 17 de julio de 1942, *Correspondência*, III, pp. 126, 131.

50. *ABC*, 23 de junio de 1942.

51. Conversaciones Ciano-Serrano Súñer, Livorno, 15-19 de junio de 1942, *DDI*, 9.ª serie, VIII, pp. 690-692. *Cf.* Mackensen a Ribbentrop, 17 de junio de 1942, *Documents secrets*, pp. 106-8.

52. Ciano, *Diary 1939-1945*, 15-23 de junio, 4 de septiembre de 1942, pp. 481-483, 501.

53. Pereira a Salazar, 17 de junio de 1942, *Correspondência*, III, pp. 124-125.

54. Stohrer a Wilhelmstrasse, 8 de mayo de 1942, *Documents secrets*, pp. 96-101.

55. Dijo a sus contactos alemanes que don Juan de Borbón no era más que «el hijo de una inglesa que ha crecido en Inglaterra, la cual es enemiga acérrima de España». Kleinfeld y Tamps. *Hitler's Spanish Legion*, p. 195.

56. Stohrer a Wilhelmstrasse, 29 de mayo, 11 de junio de 1942. *Documents secrets*, pp. 101-103, 105-106; Lequio a Ciano, 29 de mayo, jefe de gabinete Lanza d'Ajeta, 14 de junio de 1942, *DDI*, 9.ª serie, VIII, pp. 625, 677.

57. *Hitler's Table Talk*, 7 de julio, 5 de septiembre de 1942, pp. 568-570, 691-694; *Akten zur deutschen auswärtigen Politik 1941-1945*, series E, vol. III, Gotinga, 1969, pp. 140-141; Kleinfeld y Tambs, *Hitler's Spanish Legion*, pp. 191-197, 204; Garriga, *Yagüe*, pp. 210-211; Payne, *Franco Regime*, p. 301.

58. Feis, *Spanish Story*, p. 188.

59. Arriba, 18, 24 de julio de 1942; *The Times*, 18 de julio, 4 de agosto de 1942; Pereira a Salazar, 30 de julio de 1942, *Correspondência*, III, pp. 146-147; Saña, *Franquismo*, pp. 262-263.

60. Donald Downes, *The Scarlet Thread: Adventures in Wartime Espionage*, Londres, 1953, pp. 91-103; Cave Brown. *Last Hero*, pp. 226-230.

61. Fracassi a Ciano, 30 de junio de 1942, *DDI*, 9.ª serie, VIII, pp. 725-727.

62. Arriba, 15 de agosto de 1942; *The Times*, 17 de agosto de 1942. Suárez Fernández, *Franco*, III, pp. 343-344, insinúa que la publicación de un artículo germanófilo se programó para que precediera al día siguiente del incidente de la bomba en Begoña.

63. Saña, *Franquismo*, pp. 259-260.

64. Hamilton, *Appeasement's Child*, p. 90; Garriga, *Franco-Serrano Súñer*, p. 134.

65. Para una especulación sobre las relaciones sentimentales de Serrano Súñer, véase Hamilton, *Appeasement's Child*, p. 97; Pike. «Stigma», pp. 384, 402; Feis, *Spanish Story*, p. 181; Fernández, *Tensiones militares*, pp. 41-43.

66. Garriga, *España de Franco*, pp. 357-367, 373-378; Toquero, *Franco y Don Juan*, p. 55.

67. Toquero, *Franco y Don Juan*, p. 51.

68. Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, p. 290.

69. Embajada de Madrid a HMPSSFA, 17 de agosto de 1942, FO371/31236, C8368/220/41, y anexo, panfleto carlista, «Crimen de la Falange en Begoña: Un régimen al descubierto»; Pereira a Salazar, 20 de agosto de 1942, *Correspondência*, III, p. 166.

70. Yencken a Eden, 4 de septiembre de 1942, FO371/31237, C8740/220/41.

71. Sobre los vínculos alemanes de Domínguez, véase García Lahiguera, *Serrano Súñer*, pp. 227-28; Hoare, *Ambassador*, p. 165.

72. Arriba, 22, 23, 25 de agosto de 1942; *The Times*, 22, 24, 25 de agosto de 1942. *Palabras del Caudillo 1937-1942*, pp. 267-280. Este discurso nunca fue reproducido en las compilaciones posteriores a 1945 de las declaraciones del Caudillo.

73. Para versiones más o menos falangistas sobre el asunto de Begoña, véase Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 364-371; Saña, *El franquismo*, pp. 263-269; García Lahiguera, *Serrano Súñer*, pp. 215-229; Payne, *Falange*, pp. 216, 219-220, 234-236. Para una versión franquista que echa la culpa a los alemanes, véase Doussinague, *España tenía razón*, p. 130. Para la transcripción de la conversación telefónica de Franco con Varela, véase Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*, Barcelona, 1977, pp. 503-507. Véase también Antonio Marquina Barrio, «El atentado de Begoña», *Historia 16*, n.º 76, agosto de 1982, pp. 11-19.

74. Yencken al Foreign Office, 27, 29 de agosto de 1942, FO371/31236, C8350/220/41 y C8427/220/41; Pereira a Salazar, 29 de agosto, 1 de septiembre de 1942, *Correspondência*, III, pp. 175-176, 187-189; Toquero, *Franco y Don Juan*, p. 54.

75. Yencken al Foreign Office, 3 de septiembre de 1942, FO371/31236, C8555/220/41; Pereira a Salazar, 3 de septiembre de 1942, *Correspondência*, III, pp. 192-193; Toquero, *Franco y Don Juan*, p. 55; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 28-30.

76. Yencken a Eden, 4 de septiembre de 1942, FO371/31237, C8740/220/41.

77. Véase el relato del propio Serrano Súñer bastante más benevolente en Saña, *El franquismo*, pp. 271-276. Ellwood, *Spanish Fascism*, pp. 84-90; Hoare, *Ambassador*, pp. 140, 164-171; Doussinague, *España tenía razón*, pp. 130-32; Marquina, «Begoña», pp. 11-19.

78. *La Vanguardia Española*, 4 de septiembre de 1942.

79. Testimonio de Serrano Súñer al autor en 1979; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 371; Ruhl, *III Reich*, pp. 118-119.

80. Jordana, anotaciones en su diario del 3, 6 de septiembre de 1942 en el diario, citados por Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, p. 168-169.

81. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 358. Para una versión contraria a la independencia de Jordana, véase Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, p. 171.

82. Arriba, 4 de septiembre; *La Vanguardia Española*, 4, 5 de septiembre de 1942; Saña, *El franquismo*, pp. 267, 271-273; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 370-372; Garriga, *España de Franco*, pp. 377-380.

83. Toquero, *Franco y Don Juan*, p. 55.

84. Arriba, 4 de septiembre; *La Vanguardia Española*, 5 de septiembre de 1942. Sobre la temprana carrera de Blas Pérez, véase Garriga, *Los validos*, pp. 126-163.

85. *The Times*, 4, 5, 6 de septiembre; *Daily Telegraph*, 4 de septiembre de 1942; Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 211-218; Von Hassell. *Diaries*, pp. 239-248.

86. Kleinfeld y Tambs, *Hitler's Spanish Legion*, pp. 207-208.

87. Ruhl, *III Reich*, pp. 118-119.

88. *Hitler's Table Talk*, p. 694.

89. Ciano's *Diaries*, pp. 501, 511; Pereira a Salazar, 16 de septiembre, 21 de octubre de 1942, *Correspondência*, III, pp. 197, 200, 223.
90. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 447-455.
91. Piétri, *Mes années*, p. 65.
92. Arriba, 4 de septiembre de 1942.
93. Javier Tusell, «Franco no fue neutral», *Historia* 16, n.º 141, 1988, p. 17.
94. Javier Tusell, «Un giro fundamental en la política española durante la Segunda Guerra Mundial: la llegada de Jordana al Ministerio de Asuntos Exteriores», José Luis García Delgado, editor, *El primer franquismo: España durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, 1989, p. 284.
95. *La Vanguardia Española*, 22 de septiembre; *Ya*, 22 de septiembre; *The Times*, 23 de septiembre de 1942.
96. Tusell, «Franco no fue neutral», p. 17.
97. Pereira a Salazar, 16, 22 de septiembre, 8 de octubre de 1942, *Correspondência*, III, pp. 198, 204-205, 212-214; Tusell, «Un giro fundamental», p. 286.
98. *FRUS 1942*, III, pp. 295-98; Beaulac, *Career Ambassador*, pp. 181, 186. Véase también Javier Tusell. «La etapa Jordana (1942-1944)», *Espacio, Tiempo y Forma*, UNED, Madrid, serie V, tomo 2, 1989, pp. 169-189.
99. *Bulletin of Spanish Studies*, vol. XIX, n.º 76, octubre de 1942, p. 200.
100. Hitler's *Table Talk*, 5 de junio de 1942, pp. 514-515.
101. Hitler's *Table Talk*, 7 de julio, 1 de agosto, 5 de septiembre de 1942, pp. 567-569, 607-608, 691-694.
102. Hayes, *Wartime Mission*, pp. 71-72.
103. Anotación en su diario del 18 de septiembre de 1942, Butcher, *My Three Years*, pp. 111-112.
104. José María de Areilza, *Embajadores sobre España*, Madrid, 1947, pp. 4-5, 57-58; Hills, *Gibraltar*, pp. 436-438.
105. Smyth, «Screening "Torch"», *passim*.
106. Doussinague, *España tenía razón*, pp. 69-87, y especialmente pp. 71-73.
107. *FRUS 1942*, III, pp. 299-302.
108. Hoare al Foreign Office, 19 de octubre de 1942, y el acta de M. S. Williams, 22 de octubre de 1942, PRO FO371/31230, C10035/175/41. Véase también Hoare, *Ambassador*, pp. 173-174.
109. Doussinague, *España tenía razón*, pp. 98-101.
110. Doussinague, *España tenía razón*, pp. 82-86.
111. *FRUS 1942*, III, p. 303.
112. *FRUS 1942*, III, pp. 301-302.
113. Conversación de Serrano Súñer con Charles Favrel, 21 de octubre de 1945, PRO FO371/49663, Z13272/11696/41; Doussinague, *España tenía razón*, pp. 98-105.
114. *FRUS 1942*, III, pp. 303-306; Churchill & Roosevelt, I, pp. 664-666; Cadogan, *Diaries*, 6 de noviembre de 1942, pp. 489-490; Hoare, *Ambassador*, p. 163, 176-179.
115. Baón, *La cara humana*, p. 140. Véase Pereira a Salazar, 9 de noviembre de 1942, *Correspondência*, III, pp. 244-245.
116. Tres de los cuatro presentes en la importante reunión en casa de Jordana escribieron relatos que coinciden fundamentalmente. Véase Hayes, *Wartime Mission*, pp. 86-94; Beaulac, *Career Ambassador*, pp. 187-88; Doussinague, *España tenía razón*, pp. 90-92. A Pereira se le ofreció la versión de Jordana, Pereira a Salazar, 9 de noviembre de 1942. *Correspondência*, III, pp. 243-245; Butcher, *My Three Years*, anotación en su diario del 9 de noviembre de 1942, p. 179; carta de Roosevelt a Franco y respuesta de éste, *FRUS 1942*, III, pp. 306, 308.
117. Pereira a Salazar, 18 de noviembre de 1942, *Correspondência*, III, pp. 254-255.
118. Kindelán, *La verdad*, pp. 32-36, 50-59, 125-127.
119. *El Alcázar*, 13 de noviembre de 1942.
120. Carlos Iniesta Cano, *Memorias y recuerdos*, Barcelona, 1984, pp. 149-150.
121. Ruhl, *III Reich*, pp. 178-182; Garriga, *Yagüe*, pp. 222-223.
122. *FRUS 1942*, III, pp. 308-311; Cave Brown, *Last Hero*, p. 233.
123. Anotación en su diario del 15 de noviembre de 1942, Butcher, *My Three Years*, p. 193.
124. *FRUS 1942*, III, pp. 313-314.
125. Jordana a Alba, 27 de noviembre de 1942, recogido en Doussinague. *España tenía razón*, pp. 103-105; *FRUS 1942*, III, p. 311.
126. Hoare, *Ambassador*, pp. 176-182; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 92-96.
127. Garriga, *España de Franco*, pp. 407-408.
128. Doussinague, *España tenía razón*, p. 207.
129. Jordana a Vidal, 12 de noviembre de 1942, Doussinague, *España tenía razón*, p. 204.
130. Doussinague, *España tenía razón*, pp. 106-107.
131. Doussinague, *España tenía razón*, p. 205.
132. Hayes a Hull, 25 de noviembre de 1942, *FRUS 1942*, III, pp. 312-313.
133. *Palabras del Caudillo 1937-1942*, p. 597.
134. *ABC*, 6 de diciembre de 1942.
135. *Palabras del Caudillo 1937-1942*, pp. 599-607.

19. El héroe camaleónico: entre el Eje y los aliados

1. ABC, 18, 19, 20 de diciembre; Arriba, 18, 19, 20 de diciembre; *Diário de Lisboa*, 17, 19, 20 de diciembre de 1942; Doussinague, *España tenía razón*, pp. 116-126.
2. Ramón Garriga, *La España de Franco: de la División Azul al pacto con los Estados Unidos (1943 a 1951)*, Puebla, 1971, p. 9.
3. Anotaciones en el diario del 3 de diciembre de 1942, 10 de abril de 1943, Butcher, *My Three Years*, pp. 211, 283.
4. Pereira a Salazar, 4 de febrero de 1943, *Correspondência de Pedro Teotónio Pereira para Oliveira Salazar IV (1943-1944)*, Lisboa, 1991, pp. 22-23.
5. Pereira a Salazar, 3 de marzo de 1943, *Correspondência*, IV, p. 58; Garriga, *De la División Azul*, pp. 10-13; Kleinfeld y Tambs, *Hitler's Spanish Legion*, pp. 229-235.
6. *FRUS 1942*, III, pp. 313-317.
7. Doussinague, *España tenía razón*, p. 205.
8. Fernando Eguidazu Palacios, «Factores monetarios y de balanza de pagos en la neutralidad española», *Revista de Estudios Internacionales*, n.º 2, abril-junio 1984, pp. 355-383.
9. Informe del director del servicio policial de comercio a Ribbentrop, 9 de noviembre de 1942, *Documents secrets*, pp. 116-120.
10. Stohrer a Wilhelmstrasse, 18 de diciembre, Ribbentrop a Ritt, 22 de diciembre de 1942, *Documents secrets*, pp. 121-124.
11. Ribbentrop a Heberlein (Madrid), 28 de diciembre de 1942, *Documents secrets*, pp. 124-127.
12. Doussinague, *España tenía razón*, p. 205.
13. Kleinfeld y Tambs, *Hitler's Spanish Legion*, pp. 234-237.
14. Doussinague, *España tenía razón*, pp. 143-44; Hoare, *Ambassador*, pp. 184-185.
15. Curt Prüfer, *Rewriting History: The Original and Revised World War II Diaries of Curt Prüfer, Nazi Diplomat*, Kent, Ohio, Kent State University Press, 1988, pp. 23, 39, 166.
16. Lomax, *Diplomatic Smuggler*, p. 86; Cross, *Hoare*, pp. 183, 337; Doussinague, *España tenía razón*, pp. 128-129.
17. Pereira a Salazar, 27 de diciembre de 1942, *Correspondência*, III, pp. 280-281; Piétri, *Mes années*, p. 86.
18. Ruhl, *III Reich*, pp. 49-50; Hayes, *Wartime Mission*, p. 96; Doussinague, *España tenía razón*, pp. 131-133.
19. Moltke a Wilhelmstrasse, 13 de enero de 1943, *Documents secrets*, pp. 127-130; Garriga, *De la División Azul*, p. 30.
20. Moltke a Wilhelmstrasse, 24 de enero de 1943, *Documents secrets*, pp. 131-134.
21. Doussinague, *España tenía razón*, p. 206.
22. Moltke a Wilhelmstrasse, 9, 12 de febrero, *Documents secrets*, pp. 140-142; protocolo secreto entre el gobierno alemán y el español, 10 de febrero de 1943, Departamento de Estado de Estados Unidos de América, *The Spanish Government and the Axis*, Washington, 1946, p. 35.
23. Garriga, *De la División Azul*, p. 31.
24. Había sido nombrado en febrero, *Ya*, 28 de febrero, 21 de abril de 1943.
25. Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, pp. 191-193.
26. *FRUS 1943*, II, p. 597.
27. Garriga, *De la División Azul*, pp. 43-46.
28. Arriba, 5, 8, 19, 21, 24, 27 de enero, 19, 21, 27 de febrero; *Informaciones*, 7, 9, 13, 25 de enero de 1943.
29. Arriba, 10, 25, 27 de febrero de 1943.
30. *FRUS 1943*, II, pp. 598-601.
31. *La Vanguardia Española*, 19, 20, 24 de enero; Arriba, 24 de enero de 1943; Kleinfeld y Tambs, *Hitler's Spanish Legion*, pp. 239-240.
32. Garriga, *De la División Azul*, pp. 19-27; Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 370.
33. ABC, 10 de febrero de 1943. El texto completo se encuentra en José Luis de Arrese, *Escritos y discursos*, Madrid, 1943, pp. 183-192.
34. ABC, 28 de febrero de 1943.
35. *El Alcázar*, 1 de marzo de 1943.
36. Un informe de esta entrevista fue transmitido a los alemanes, *Documents secrets*, pp. 135-136.
37. Hoare, *Ambassador*, pp. 184-196; Moltke a Wilhelmstrasse, 24 de febrero, 3 de marzo de 1943, *Documents secrets*, pp. 143-149.
38. Entrevista a Borrell en Mérida, *Testigos*, pp. 218-219.
39. Hayes, *Wartime Mission*, pp. 97-98; Francis J. Spellman, *Action This Day: Letters From The Fighting Fronts*, Londres, 1944, pp. 20-21.
40. Kleinfeld y Tambs, *Hitler's Spanish Legion*, pp. 310-313.
41. Bernardo Díaz-Nosty, *Las Cortes de Franco*, Barcelona, 1972, pp. 15-32.
42. Arriba, 18, 19, 20, 21 de marzo de 1943; *The Times*, 18 de marzo de 1943.
43. Pereira a Salazar, 10, 22 de febrero de 1943, *Correspondência*, IV, pp. 31, 45-47; Garriga, *De la División Azul*, pp. 48-50.
44. ABC, 17 de abril de 1943; Pereira a Salazar, 18 de abril de 1943, *Correspondência*, IV, pp. 118-123; Doussinague, *España tenía razón*, pp. 180-191; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 129-130.
45. ABC, 18, 20 de abril; *La Vanguardia Española*, 20 de abril; *El Alcázar*, 19 de abril de 1943.
46. ABC, 2, 5, 7, 8, 9 de mayo; Arriba, 2, 5, 12 de mayo de 1943; Doussinague, *España tenía razón*, pp. 207-209.
47. *Statements made by H.E. General Franco and Count Jordana on the International Policy of Spain*, [Declaraciones hechas por su excelencia el general Franco y el conde Jordana sobre la política internacional de España], Madrid, 1943.
48. Garriga, *De la División Azul*, pp. 66-67.
49. Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 409.
50. Piétri, *Mes années*, pp. 86, 144.
51. Dieckhoff a Ribbentrop, 1 de mayo de 1943, *Documents secrets*, pp. 155-157; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 99-104, 129-130; Doussinague, *España tenía*

- azón, pp. 209-210, 215-219. Sobre el nombramiento de Dieckhoff véase ABC, 18 de abril de 1943.
52. ABC, 1 de junio; *The Times*, 3 de junio de 1943.
53. Garriga, *Yagüe*, pp. 229-231.
54. *The Times*, 7 de julio de 1943; Pereira a Salazar, 24 de junio de 1943, *Correspondência*, IV, pp. 213-214.
55. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 36-38; Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 403.
56. Pereira a Salazar, 4, 10 de febrero de 1943, *Correspondência*, IV, pp. 23, 31.
57. *FRUS 1943*, II, pp. 609-611; Hayes, *Wartime Mission*, p. 150.
58. Hoare, *Ambassador*, pp. 197-204.
59. Pereira a Salazar, 15 de julio de 1943, *Correspondência*, IV, p. 230; Garriga, *De la División Azul*, pp. 83-86.
60. Arriba, 18 de julio; *La Vanguardia Española*, 18, 20 de julio; *The Times*, 18 de julio de 1943.
61. Pereira a Salazar, 22 de julio de 1943, *Correspondência*, IV, pp. 234-239.
62. Jordana, anotación del 23 de julio de 1943 en el diario, citado por Tusell, «La etapa de Jordana», p. 180.
63. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 39-41.
64. *La Vanguardia Española*, 27, 28, 29 de octubre; Arriba, 27, 28, 29, 30 de julio, 1 de agosto de 1943.
65. Gil Robles, anotaciones del 6 y del 11 de agosto de 1943 en el diario, *La Monarquía*, pp. 51, 53; testimonio de José Antonio Girón de Velasco, Mérida, *Testigos*, p. 117.
66. Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, pp. 208-209; Raimundo Fernández Cuesta, *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Madrid, 1985, pp. 221-222; Hoare, *Ambassador*, pp. 211-212.
67. *FRUS 1943*, II, pp. 611-617; Hoare al Foreign Office, 30 de julio de 1943, FO371/34755, C88732/24/41; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 157-162; Doussinague, *España tenía razón*, p. 229.
68. Hayes, *Wartime Mission*, p. 163.
69. Arriba, 13, 14 de agosto; ABC, 12, 13 de agosto; Ya, 13, 22, 26 de agosto de 1943.
70. Hayes, *Wartime Mission*, p. 165; *FRUS 1943*, II, pp. 617-619, 621.
71. *FRUS 1943*, II, pp. 619-620, 629-630.
72. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 515-519; la anotación del 25 de agosto de 1943 en el diario de Gil Robles hace referencia a la «impertinente negativa» de Franco, Gil Robles, *La Monarquía*, p. 55.
73. Emmet John Hughes, *Report from Spain*, Londres, 1947, pp. 224-225; Duff, «Spain», p. 306. Cf. Arthur P. Whitaker, *Spain and the Defence of the West: Ally and Liability*, Nueva York, 1961, p. 22.
74. Gil Robles, anotación del 23 de agosto de 1943 en el diario, *La Monarquía*, p. 55, Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, p. 161.
75. Se ha dicho que el informe fue llevado a Galicia por el joven monárquico católico Rafael Calvo Serer. Cf. Ricardo De la Cierva, *Historia del franquismo: Orígenes y configuración (1939-1945)*, Barcelona, 1975, pp. 265-270.
76. Hoare al Foreign Office, 18, 21 de agosto de 1943, FO371/34755, C9473/24/41, C9602/24/41; Hoare, *Ambassador*, pp. 218-222. Cf. Jordana a Alba, 30 de agosto de 1943, MAE, R1371/3B.
77. Arriba, 8 de abril de 1943.
78. Ya, 7 de septiembre; ABC, 7, 10 de septiembre; *The Times*, 8 de septiembre; Arriba, 7, 8, 9 de septiembre de 1943; Arrese, *Escritos y discursos*, pp. 213-231.
79. Fernández, *Tensiones militares*, p. 91; De la Cierva, *Franquismo*, I, p. 264.
80. Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 431.
81. Para el texto completo, véase López Rodó, *La larga marcha*, pp. 43-44. Para el comentario de Gil Robles, anotación del 18 de septiembre de 1943 en el diario, Gil Robles, *La Monarquía*, p. 60.
82. José Fortes y Restituto Valero, *Qué son las Fuerzas Armadas*, Barcelona, 1977, p. 45; Tusell y García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, pp. 224-225.
83. Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 432.
84. Gil Robles, anotaciones del 26 de septiembre y 31 de octubre de 1943 en el diario, *La Monarquía*, pp. 61, 67.
85. Woodward, *British Foreign Policy*, II, pp. 353-356, IV, pp. 8-17; Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 433; Gil Robles, *La Monarquía*, p. 53.
86. Arriba, 16, 18 de septiembre; *Informaciones*, 13, 14, 15 de septiembre de 1943.
87. Garriga, *De la División Azul*, pp. 101-104.
88. Garriga, *De la División Azul*, pp. 104-106.
89. *La Vanguardia Española*, 2 de octubre de 1943.
90. *FRUS 1943*, II, pp. 620-22; Hayes, *Wartime Mission*, p. 175.
91. *La Vanguardia Española*, 2 de octubre de 1943.
92. Suárez Fernández, *Franco*, III, pp. 431-432; Gil Robles, diario del 3 de octubre y 17 de noviembre de 1943, *La Monarquía*, pp. 62, 68; Saña, *Franquismo*, p. 282; Payne, *Military*, p. 434; Heine, *La oposición*, p. 261.
93. Gil Robles, anotaciones del 25 de agosto y 31 de octubre de 1943 en el diario, y carta al general Asensio, 28 de septiembre de 1943, Gil Robles, *La Monarquía*, pp. 55, 67, 360-366; Anexo de Pereira a Salazar, 20 de noviembre de 1943, *Correspondência*, IV, pp. 326-330; Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 432.
94. *FRUS 1943*, II, pp. 622-627; Jordana a Hayes, 29 de octubre de 1943, Doussinague, *España tenía razón*, pp. 246-256.
95. *Bulletin of Spanish Studies*, vol. XXI, n.º 82, abril de 1944, p. 85; Hoare, *Ambassador*, pp. 239-240.
96. Borrador del memorando elaborado por los jefes de Estado Mayor británicos, 19 de agosto de 1943, PRO FO371/34755, C10232/24/41.
97. *FRUS 1943*, II, p. 633. Sobre las relaciones económicas de Estados Unidos con España véase *FRUS 1943*, II, pp. 632-711; Feis, *Spanish Story*, pp. 191-262; James W. Cortada, *Relaciones España-USA 1941-1945*, Barcelona, 1973, pp. 23-126; Beaulac, *Career Ambassador*, pp. 163-172; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 181-187.
98. Hayes a Hull, 24 de junio de 1943, *FRUS 1943*, II, pp. 634-635.
99. Véase el intercambio de telegramas entre la embajada de Madrid y el Departamento de Estado, septiembre-diciembre de 1943, *FRUS 1943*, II, pp. 711-722.
100. *FRUS 1943*, II, pp. 631-632, 722-738, 727-731; Cortada, *España-USA*, pp. 40-53. Culpando a Jordana, Doussinague, *España tenía razón*, pp. 88-89, 280-

290, afirmaba que el telegrama no era vinculante sobre el reconocimiento de Laurel y su tono efusivo era una artimaña para proteger a los ciudadanos españoles de las represalias de los japoneses.

101. *FRUS 1943*, II, pp. 648-649; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 191-193.
102. *The Spanish Government and the Axis*, pp. 34-37; Hoare, *Ambassador*, p. 258.
103. Hoare, *Ambassador*, pp. 246-247.
104. Jordana a Alba, 27 de diciembre de 1943, MAE, R1371/3B.
105. Franco a don Juan, 6 de enero, don Juan a Franco, 25 de enero de 1944, reeditado en Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, pp. 359-362; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 520-523; Suárez Fernández, *Franco*, III, pp. 478-481.

20. La «victoria de Franco»

1. *The Diaries of Edward R. Stettinius, Jr., 1943-1946*, editado por Thomas M. Campbell y George C. Herring, Nueva York, 1975, 20 de enero de 1944, pp. 21-22.
2. *FRUS 1944*, IV, Washington, 1966, pp. 297-301; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 210-211.
3. Pereira a Salazar, 10, 15 de enero de 1944, *Correspondência*, IV, pp. 364-366, 371-372.
4. Hayes, *Wartime Mission*, pp. 211-212.
5. Hull a Hayes, 18, 25, 27 de enero de 1944, *FRUS 1944*, IV, pp. 301-304.
6. Arriba, 23 de enero; Ya, 23 de enero; *The Times*, 25 de enero de 1944.
7. Pereira a Salazar, 27 de enero, 16 de marzo, 22 de abril de 1944, *Correspondência*, IV, pp. 388-389, 463, 498-500.
8. Pereira a Salazar, 27 de enero de 1944, *Correspondência*, IV, p. 389.
9. Hoare, *Ambassador*, pp. 249-256; *FRUS 1944*, IV, pp. 305-308; *The Times*, 29, 30 de enero de 1944; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 212-214.
10. *FRUS 1944*, IV, pp. 309-314; *The Times*, 1, 2 de febrero de 1944.
11. Doussinague, *España tenía razón*, pp. 305-308; Pereira a Salazar, 9 de febrero de 1944, *Correspondência*, IV, p. 409.
12. Garriga, *De la División Azul*, pp. 161-162.
13. *FRUS 1944*, IV, pp. 319-325; *The Times*, 3 de febrero de 1944.
14. *FRUS 1944*, IV, pp. 325-327.
15. *FRUS 1944*, IV, pp. 322-326; *The Times*, 8 de febrero de 1944.
16. Hayes, *Wartime Mission*, pp. 215-220.
17. ABC, 2, 19, 25 de febrero; *El Alcázar*, 2 de febrero; *Arriba*, 2, 3 de febrero, 5 de marzo de 1944.
18. Pereira a Salazar, 19 de febrero de 1944, *Correspondência*, IV, p. 432.
19. Churchill a Roosevelt, 13 de febrero de 1944; Roosevelt a Churchill, 15, 23 de febrero de 1944, *Churchill & Roosevelt*, II, pp. 725-726, 728, 751; Cadogan, *Diaries*, 28 de enero, 3, 4 de febrero de 1944, pp. 602-603; Stettinius, *Diaries*, 22 de febrero de 1944, pp. 28-29; Hoare, *Ambassador*, pp. 257-262.
20. *FRUS 1944*, IV, pp. 344-345.
21. ABC, 10, 12 de febrero de 1944.
22. *FRUS 1944*, IV, pp. 338-339.
23. *FRUS 1944*, IV, pp. 339-344; Pereira a Salazar, 16 de febrero de 1944, *Correspondência*, IV, pp. 427-428.
24. *FRUS 1944*, IV, pp. 346-353.
25. Pereira a Salazar, 1, 7, 12, 23 de marzo, 18 de octubre de 1944, *Correspondência*, IV, pp. 447, 452-453, 455-456, 469, 642.
26. Pereira a Salazar, 7, 12 de marzo de 1944, *Correspondência*, IV, pp. 453-454, 456.
27. *The Times*, 3 de abril de 1944.
28. ABC, 25, 26 de marzo, 23 de abril; *Arriba*, 24 de marzo, 16 de abril.
29. *FRUS 1944*, IV, p. 400; Pereira a Salazar, 23 de marzo de 1944, *Correspondência*, IV, pp. 469.
30. Churchill a Roosevelt, 30 de marzo, 17, 22 de abril, Roosevelt a Churchill, 21, 25 de abril de 1944, *Correspondence*, III, pp. 66-68, 99, 106-108, 114; *FRUS 1944*, IV, pp. 353-408; Cadogan, *Diaries*, 20, 22 de abril de 1944, pp. 622-623; Hoare, *Ambassador*, pp. 262-266; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 217-225; Dean Acheson, *Present at the Creation: My Years in the State Department*, Nueva York, 1969, p. 95.
31. *FRUS 1944*, IV, pp. 408-414; *The Times*, 3 de mayo de 1944.
32. ABC, 3, 7, 9 de mayo; *Arriba*, 10 de mayo de 1944.
33. Pereira a Salazar, 5 de mayo de 1944, *Correspondência*, IV, p. 531.
34. Hayes, *Wartime Mission*, p. 229; Hoare, *Ambassador*, pp. 267-268.
35. *FRUS 1944*, IV, pp. 414-423.
36. Pereira a Salazar, 22 de junio de 1944, *Correspondência*, IV, pp. 576-577.
37. Piétri, *Mes années*, pp. 73-74.
38. Garriga, *De la División Azul*, pp. 177-179.
39. 400 H.C.DEB., 5s, cc.768-772; Hoare, *Ambassador*, p. 267.
40. ABC, 25, 26 de mayo; Ya, 26, 30 de mayo; *Arriba*, 31 de mayo de 1944.
41. Martínez Nadal, *Antonio Torres*, pp. 183-186; Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 495.
42. Dalton, *War Diary*, 9 de junio de 1944, pp. 755-756.
43. Churchill a Roosevelt, 4 de junio de 1944, *Correspondence*, III, pp. 162-163.
44. Garriga, *De la División Azul*, pp. 189, 191-196.
45. *Arriba*, 17 de mayo, 14, 17 de junio, 11 de julio, 17 de agosto; ABC, 17 de junio, 7 de julio; Ya, 20 de junio, 21 de julio de 1944.
46. *Arriba*, 30 de julio, 1, 5, 9, 13, 27 de agosto; ABC, 25 de agosto de 1944.
47. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 358; Saña, *Franquismo*, p. 281. En una entrevista concedida al final de la guerra, Serrano Súñer admite que le impresionó lo que había oído sobre las V-1 y V-2 y el trabajo de los científicos nucleares alemanes, entrevista con Charles Favrel, PRO FO371/49663, Z13272/11696/41.
48. *La Vanguardia Española*, 18 de julio de 1944.
49. *Arriba*, 18, 21 de julio de 1944.
50. ABC, 18, 22, 23 de agosto; *Arriba*, 19, 24, 25 de agosto de 1944.
51. Hoare, *Ambassador*, pp. 269-272; Garriga, *De la División Azul*, pp. 201-203.
52. *Arriba*, 13, 15 de agosto de 1944.
53. Pereira a Salazar, 9 de agosto de 1944, *Correspondência* IV, pp. 601-602.
54. Pereira a Salazar, 4 de septiembre de 1944, *Correspondência* IV, p. 608.

55. Saña, *Franquismo*, p. 321.
56. Garriga, *De la División Azul*, p. 204; Cava Mesa, *Lequerica*, pp. 208-213.
57. Piétri, *Mes années*, pp. 253-256; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 253-254; Hughes, *Report*, pp. 211-212.
58. ABC, 26 de septiembre de 1944.
59. Arriba, 6 de septiembre de 1944; Hayes, *Wartime Mission*, pp. 259-262. Para la puntualización respecto a las Ardenas, Saña, *Franquismo*, p. 281.
60. Hoare a Eden, 3 de octubre de 1944, FO371/39671, C13318/23/41.
61. Memorando de Hoare, 15 de octubre de 1944, FO371/39671, C14492/23/41.
62. Arriba, 30 de septiembre; ABC, 30 de septiembre de 1944.
63. Suárez Fernández, *Franco*, III, pp. 543-544.
64. Hoare, *Ambassador*, p. 283. El texto completo aparece en pp. 300-304.
65. Memorando Hoare, 16 de noviembre de 1944, PRO PREM 8/106.
66. Arriba, 11, 26 de octubre de 1944.
67. Martin Gilbert, *Road to Victory: Winston S. Churchill 1941-1945*, Londres, 1986, p. 749.
68. Attlee al Gabinete de Guerra, 4 de noviembre de 1944, PRO PREM B/106.
69. Pereira a Salazar, 22 de noviembre de 1944, *Correspondência IV*, p. 703.
70. ABC, 7, 8 de noviembre; Ya, 7 de noviembre; Arriba, 8 de noviembre de 1944; *Franco ha dicho...*, Madrid, 1947, pp. 239-245. En 1984, el biógrafo oficial de Franco alabaría su contención hacia Franco en 1940, Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 17.
71. Suárez Fernández, *Franco*, III, p. 551.
72. Memorando Eden, 18 de noviembre de 1944, PRO PREM 8/106.
73. *Bulletin of Spanish Studies*, vol. XXII, n.º 85, enero de 1945, p. 47.
74. Hull, *Memoirs*, II, pp. 1.334-1.335.
75. Eden a Halifax, borrador de telegrama, 9 de noviembre de 1944, PRO PREM 8/106.
76. Churchill a Eden, 10 de noviembre de 1944, PRO PREM 8/106.
77. Conclusiones del Gabinete de Guerra, 27 de noviembre de 1944, PRO PREM 8/106.
78. Gilbert, *Road to Victory*, p. 1.071.
79. Hoare a Eden, 12 de diciembre de 1944, FO371/39672, Z17266/23/41; Hoare, *Ambassador*, pp. 283-284; Cross, *Hoare*, pp. 343-344; Hayes, *Wartime Mission*, p. 243.
80. Memorando de Torr, 30 de enero de 1945, FO371/49587, Z1595/233/41; *Bulletin of Spanish Studies*, vol. XXII, n.º 86, abril de 1945, pp. 86-87.
81. Pereira a Salazar, 28 de diciembre de 1944, *Correspondência IV*, p. 738; *La Vanguardia Española*, 24 de diciembre de 1944; Garriga, *La Señora*, pp. 197-198.
82. Bowker a Eden, 29 de diciembre de 1944, FO371/49587, Z381/233/41.
83. Acta Churchill PRO PREM 8/106; Winston S. Churchill, *The Second World War*, VI, *Triumph and Tragedy*, Londres, 1954, pp. 616-617.
84. PRO PREM 8/106; Gilbert, *Road to Victory*, p. 1071; Hoare, *Ambassador*, pp. 304-306.
85. Foreign Office al Departamento de Estado, 15 de enero de 1945, FO371/39672, C18083/23/41.
86. Franco a Churchill, 25 de febrero de 1945, reproducido en Alberto J. Lleonart y Anselm y Fernando María Castiella y Maíz, *España y ONU I (1945-46)*, Madrid, 1978, pp. 10-11.
87. Hoare al Foreign Office, 3 de octubre de 1944, FO371/39671/C13318/23/41.
88. ABC, 23 de enero; Ya, 24 de enero de 1945.
89. Arriba, 6 de diciembre de 1944, 9 de marzo de 1945; ABC, 9 de diciembre de 1944; Ya, 17 de diciembre de 1944.
90. *Final Entries 1945. The Diaries of Joseph Goebbels*, editado, introducido y anotado por Hugh Trevor-Roper, Nueva York, 1978, 1 de marzo de 1945, p. 17.
91. Bowker a Eden, 20 de enero de 1945, FO371/49587, Z1359/233/41; Ansaldó, *¿Para qué...?*, pp. 313-314.
92. Bowker a Eden, 2 de marzo de 1945, FO371/49587, Z3353/233/41.
93. Florentino Portero, *Franco aislado: la cuestión española (1945-1950)*, Madrid, 1989, pp. 75-76.
94. Bowker a Eden, 16 de enero de 1945, FO371/49581, Z904/118/41.
95. Ya, 21 de enero de 1945.
96. Bowker a Eden, 26 de enero de 1945, FO371/49581, Z1559/118/41.
97. *FRUS 1948*, III, pp. 679-680; Bowker a Eden, 1 de junio de 1945, FO371/49589, Z7338/233/41; Acta Garran, 3 de septiembre de 1945, FO371/49613, Z10105/537/41.
98. Halifax a Eden, 2 de febrero de 1945, FO371/49581, Z1907/118/41.
99. *FRUS 1945*, V, pp. 672-673; Halifax a Eden, 7 de abril de 1945, FO371/49611, Z4450/537/41.
100. Arriba, 13, 17, 18, 23, 24, 25 de marzo; ABC, 18, 24, 25 de marzo de 1945.
101. ABC, 12 de abril de 1945.
102. Goebbels, *Final Entries*, 21, 23, 24, 25 de marzo de 1945, pp. 199, 212, 220, 227; Doussinague, *España tenía razón*, pp. 346-348.
103. *FRUS 1945*, V, Washington, 1967, pp. 667-668.
104. *FRUS 1945*, V, pp. 672-673.
105. *FRUS 1945*, V, pp. 668-671. Sobre la persistencia de las divisiones de la Guerra Civil, véase Paul Preston, *The Politics of Revenge: Fascism and the Military in 20th Century Spain*, Londres, 1990, capítulo 2.
106. Memorando del brigadier Torr, 30 de enero de 1945, FO371/49587, Z1595/233/G41; Suárez Fernández, *Franco*, IV, p. 21; La Cierva, *Historia del franquismo*, I, p. 294.
107. López Rodó, *La Monarquía*, pp. 48-50; Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 18-19.
108. Kindelán, *La verdad*, p. 89.
109. Bowker a Eden, 27 de marzo de 1945, FO371/49629, Z4138/1484/41.
110. ABC, 6 de abril de 1945; Kindelán, *La verdad*, pp. 229-36.

111. Bowker a Eden, 25 de abril de 1945, FO371/49589, Z5249/1484/G41.
112. Javier Tusell, *Franco y los católicos: la política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, 1984, p. 60.
113. Vázquez Montalbán, *Los demonios*, p. 105.
114. Bowker a Eden, 27 de marzo de 1945, FO371/49587, Z4137/233/41. Para una lista de los presentes, véase Ricardo De la Cierva, *Francisco Franco: un siglo de España*, 2 vols., Madrid, 1973, II, p. 406.
115. *Arriba*, 28 de marzo de 1945.
116. *Ya*, 1, 3 de abril; *ABC*, 3 de abril de 1945.
117. *FRUS* 1945, V, pp. 673-676.
118. *Ya*, 31 de enero, 18 de febrero, 1, 14 de marzo; *Arriba*, 14 de febrero de 1945.
119. *ABC*, 14 de marzo, 23 de abril de 1945.
120. Bowker a Eden, 12 de junio de 1945, FO371/49589, Z7338/233/41.
121. Armour a Stettinius, 1 de mayo de 1945, *FRUS* 1945, V, pp. 676-678.
122. Bowker a Eden, 8, 14 de mayo de 1945, FO371/49550, Z6008/2/41 e *Ibíd*, Z6421/7/41.
123. Bowker a Eden, 31 de mayo de 1945, FO371/49550, Z7213/7/41.
124. *ABC*, 26 de abril; *Mundo*, 29 de abril de 1945.
125. *Arriba*, 3, 5, 10 de mayo; *ABC*, 3, 11 de mayo; *Informaciones*, 3, 7 de mayo, *The Times*, 3 de mayo de 1945.
126. *The Times*, 11 de mayo de 1945. La Falange consintió el saqueo de bienes de la embajada a manos de oficiales nazis, Foltz, *Masquerade*, pp. 279-281.
127. *Arriba*, 8 de mayo; *ABC*, 8 de mayo de 1945.
128. Discursos en Madrid, 2 de abril, y Valladolid, 20 de mayo de 1945, Francisco Franco, *Textos de doctrina política: palabras y escritos de 1945 a 1950*, Madrid, 1951, pp. 5-8, 611-613.
129. Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, *Report of the Sub-Committee on the Spanish Question* [Informe del subcomité sobre la cuestión española], p. 12. *The Testament of Adolf Hitler. The Hitler-Bormann Documents*, Londres, 1961, pp. 47-49.

21. El héroe cercado

1. Soriano, *La mano*, p. 159; entrevista con Borrell, Mérida, *Testigos*, p. 225.
2. Javier Tussell, *Franco y los católicos*, pp. 54-55.
3. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 56-58.
4. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 58-59.
5. Suárez Fernández, *Franco*, I, p. 19.
6. Franco, *Textos de doctrina política*, p. 613; *The Times*, 4 de abril de 1945.
7. Max Gallo, *Spain Under Franco: A History*, Londres, 1973, pp. 153-159.
8. Garriga, *Nicolás Franco*, p. 266.
9. Garriga, *De la División Azul*, p. 311.
10. Garriga, *De la División Azul*, p. 424.
11. Lleonart, *España y ONU*, I, pp. 30-33.
12. Bowker a Churchill, 26 de junio de 1945, FO371/49589, Z7876/233/41.
13. Pemán, *Mis encuentros*, p. 185.
14. Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 9-12.
15. Lleonart, *España y ONU*, I, pp. 34-35.
16. *The Times*, 18 de junio de 1945.
17. *La Vanguardia Española*, 18 de julio; *The Times*, 18 de julio; Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 15-25.
18. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 63-77; Suárez Fernández, *Franco*, IV, p. 44; Gil Robles, diario de 21 de julio de 1945, *La Monarquía*, pp. 126-127; Garriga, *De la División Azul*, pp. 334-335.
19. Equipo Mundo, *Los 90 Ministros de Franco*, Barcelona, 1970, pp. 185-202; Payne, *Franco Regime*, pp. 350-351.
20. Testimonio de Alberto Martín Artajo, Mérida, *Testigos*, p. 197.
21. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 61-62.
22. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 84-94, 118; Portero, *Franco aislado*, pp. 106-110.
23. Bowker a Churchill, 5 de junio de 1945, FO371/40589, Z7168/233/41; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 54-55; Gil Robles, anotación del 11 de octubre de 1945 en el diario, *La Monarquía*, pp. 134-135.
24. FO371/49612, Z9049/537/G41; Duff, «Spain», p. 310; Lleonart, *España y ONU*, I, pp. 37-41; Churchill, *Second World War*, VI, p. 566; Harry S. Truman, *Memoirs. Year of Decisions 1945*, Londres, 1955, pp. 272-273, 284-285.
25. Hoyer Millar a Cadogan, 19 de julio de 1945, FO371/49612, Z94049/537/G41.
26. *FRUS 1945*, II, pp. 1.499, 1.509; Qasim Bin Ahmad, *The British Government and the Franco Dictatorship, 1945-1950*, Universidad de Londres, 1987, pp. 65-70.
27. Mallet al Foreign Office, 27 de julio de 1945, FO371/49617, Z8861/829/41.
28. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 96-97.
29. Lleonart, *España y ONU*, I, pp. 42-44; *FRUS 1945*, V, p. 683.
30. José María del Valle, *Las instituciones de la República en exilio*, París, 1976, pp. 113-131; Heine, *La oposición*, pp. 157-174.
31. Garriga, *De la División Azul*, p. 354.
32. Discursos, 20 de mayo, 20 de junio, 2, 17 de julio de 1945, Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 5-25.
33. 413 H.C.DEB, 5s, col. 296; Alan Bullock, *Ernest Bevin: Foreign Secretary 1945-1951*, Londres, 1983, pp. 71-72.
34. Bevin a Clark Kerr, Moscú, 24 de agosto de 1945, FO371/49613, Z9949/537/41.
35. Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 55-57.
36. Mallet al Foreign Office, 22 de agosto de 1945, FO371/49613, Z9844/537/41; Mallet a Bevin, 25, 26 de agosto de 1945, FO371/49613, Z9941/537/41, Z10132/537/41; Garriga, *De la División Azul*, pp. 359-361.
37. Ángel Viñas, *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos: bases, ayuda económica, recortes de soberanía*, Barcelona, 1981, p. 27.
38. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 57-59; Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 99-100.
39. Tusell, *Franco y los católicos*, p. 100.
40. Mallet a Bevin, 22 de septiembre, 6 de octubre de 1945, FO371/49590, Z10932/233/ 41, Z11432/233/41.
41. Acta Garran, 15 de septiembre, FO371/49580, Z10630/110/41; Mallet a Bevin, 15 de septiembre, FO371/49580, Z10685/110/41; Mallet a Bevin, 21 de septiembre de 1945, FO371/49580, Z10918/110/41; Portero, *Franco aislado*, pp. 111-112.
42. Acta Hoyer Millar, 3 de septiembre de 1945, FO371/49613, Z10105/537/41.
43. Portero, *Franco aislado*, pp. 133-138; Randolph Bernard Jones, *The Spanish Question and the Cold War 1944-1953*, tesis doctoral inédita, Universidad de Londres, 1987, pp. 49-51.
44. Gil Robles, anotación del 16 de agosto de 1945 en el diario, *La Monarquía*, p. 131.
45. Ansaldo, ¿*Para qué...*?, pp. 332, 336; Garriga, *De la División Azul*, p. 295.
46. Véanse también los discursos al Alto Mando, 7 de enero de 1946, al Estado Mayor, 16 de febrero de 1946, Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 539-549.
47. Sobre la carta, Garriga, *De la División Azul*, pp. 382-386; Saña, *Franquismo*, pp. 289-292, 301-303; sobre las notas, Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 58-59.
48. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 100-102; Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 52-53.
49. *La Vanguardia Española*, 2 de octubre de 1945; *Arriba*, 2 de octubre de 1945.
50. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 102-106; *ABC*, 12 de octubre de 1945.
51. *ABC*, 27 de octubre; *Arriba*, 27 de octubre de 1945; Trythall, *Franco*, pp. 203-204. El texto completo del discurso no fue publicado hasta 1960, Francisco

Franco, *Discursos y Escritos del Jefe del Estado 1955-1959*, Madrid, 1960, pp. 739-753.

52. Suárez Fernández, *Franco*, IV, p. 102.

53. *FRUS 1946*, Washington, 1969, V, p. 1.039.

54. Mallet a Bevin, 3 de diciembre de 1945, FO371/49629, Z13504/1484/G41.

55. Kindelán, *La verdad*, p. 287.

56. *FRUS 1945*, V, pp. 684-87.

57. Ministerio de Asuntos Exteriores a Embajada de Estados Unidos, 10 de octubre de 1945, *FRUS 1945*, V, pp. 690-692.

58. Halifax a Bevin, 22 de noviembre de 1945, FO371/49581, Z1296/118/41.

59. *FRUS 1945*, V, pp. 694-695.

60. Mallet a Bevin, 1 de diciembre de 1945, FO371/49614, Z13350/537/41.

61. Mallet a Bevin, 3 de diciembre de 1945, FO371/49629, Z13504/1484/G41.

62. *FRUS 1945*, V, pp. 695-697; Mallet a Bevin, 1 de diciembre de 1945, FO371/49614, Z13350/537/41.

63. 416 H.C.DEB, 5s, cols. 2314-2315; Garriga, *De la División Azul*, pp. 410-411.

64. Bevin a Mallet, 5 de diciembre de 1945, FO371/49614, Z13392/537/41.

65. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 111-112.

66. La bibliografía sobre la guerrilla es abundante, pero muy anecdótica. Desde el punto de vista del régimen se ha revisado en Tomás Cossías, *La lucha contra el «maquis» en España*, Madrid, 1956; Francisco Aguado Sánchez, *El Maquis en España: su historia*, Madrid, 1975; Francisco Aguado Sánchez, *El Maquis en España: sus documentos*, Madrid, 1976. Desde una perspectiva de izquierda, véase Andrés Sorel, *Búsqueda, reconstrucción e historia de la guerrilla española del siglo xx, a través de sus documentos, relatos y protagonistas*, París, 1970; Carlos J. Kaiser, *La guerrilla antifranquista: historia del maquis*, Madrid, 1976; Eduardo Pons Prades, *Guerrillas españolas 1936-1960*, Barcelona, 1977; Hartmut Heine, *A guerrilla franquista en Galicia*, Vigo, 1980; Daniel Arasa, *Años 40: los maquis y el PCE*, Barcelona, 1984.

67. Garriga, *De la División Azul*, pp. 415.

68. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 111, 113.

69. Los británicos se habían quejado en enero de 1945, FO371/49548, Z1360/7/41; Foltz, *Masquerade*, pp. 278-285; Saña, *Franquismo*, pp. 305-308; Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 108, 111.

70. Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, *Report of the Sub-Committee on the Spanish Question*, pp. 16-21.

71. Mallet al Foreign Office, 25 de febrero de 1946, FO371/60331, Z1827/8/41.

72. *Réplica del Gobierno español a la publicación hecha por el Departamento de Estado*, Madrid, 1946, reeditado en Lleonart, *España y ONU*, I, pp. 67-80.

73. Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 334-335.

74. *The Times*, 20 de mayo de 1946.

75. Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 53, 62-63.

76. Mallet a Bevin, 15 de febrero de 1946, FO371/60373, Z2125/41/41; López Rodó, *La larga marcha*, p. 62; Javier Tusell, *La oposición democrática al franquismo 1939-1962*, Barcelona, 1977, pp. 114-116.

77. Memorando de Torr, 20 de febrero de 1946, FO371/60373, Z1741/41/41; Kindelán, *La verdad*, pp. 128-130, 254; Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 150-151.

78. Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 127-132, 153-157, 301.

79. Gil Robles, anotación del 9 de febrero de 1946 en el diario, *La Monarquía*, pp. 161-162.

80. Tusell, *La oposición democrática*, pp. 114-116; Gil Robles, anotación del 15 y 28 de febrero de 1946 en el diario, *La Monarquía*, pp. 163, 1.168-1.169.

81. *Arriba*, 5 de enero, 17, 19, 20 de febrero de 1946; *ABC*, 5, 9 de enero, 22, 23 de febrero de 1946; *The Times*, 11 de febrero, 20 de mayo de 1946; Gil Robles, diario de 27 de febrero de 1946, *La Monarquía*, p. 168.

82. *FRUS 1946*, V, p. 1.030.

83. *FRUS 1946*, V, pp. 1.033-1.036, 1.038-1.042, 1.044-1.045.

84. Bevin a Halifax, 26 de enero de 1946, FO371/60349, Z601/36/41; Halifax a Bevin, 28 de enero de 1946, FO371/60349, Z882/36/41.

85. 418 H.C.DEB, 5s, c.142.

86. Lleonart, *España y ONU*, I, pp. 57-59.

87. Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*, Barcelona, 1986, pp. 103, 107; David Wingeate Pike, *Jours de gloire, jours de honte: le Parti Comuniste d'Espagne en France depuis son arrivée en 1939 jusqu'à son départ en 1950*, París, 1984, p. 59.

88. Memorando de Hoyer-Millar, 3 de marzo de 1946, FO371/60352, Z210/36/41.

89. *FRUS 1946*, V, pp. 1.043-1.044.

90. Memorando de Hoyer-Millar, 3 de marzo de 1946, FO371/60352, Z210/36/41.

91. *The Times*, 5 de marzo de 1946; Whitaker, *Spain*, pp. 25-27; Portero, *Franco aislado*, pp. 151-155.

92. Tusell, *Franco y los católicos*, p. 115.

93. Qasim Bin Ahmad, *The British Government*, pp. 34-44.

94. *The Economist*, 9 de marzo de 1946.

95. *Arriba*, 8 de marzo de 1946; *ABC*, 8 de marzo de 1946.

96. *FRUS 1946*, V, pp. 1.049-1.058.

97. Foreign Office a la embajada de Washington, 30 de marzo de 1946, FO371/60354, Z2886/36/41; *FRUS 1946*, V, pp. 1.062-1.064.

98. López Rodó, *La Monarquía*, pp. 69-70.

99. *Arriba*, 2 de abril de 1946.

100. *Arriba*, 7 de abril de 1946; Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 551-552.

101. Stettinius, *Diaries*, 15 de abril de 1946, pp. 466-69; Lleonart, *España y ONU*, I, pp. 81-83.

102. Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 31-59; *The Times*, 15 de mayo de 1946.

103. Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Archivos Oficiales, Primer Año: serie segunda, suplemento especial, *Report of the Sub-Committee on the*

Spanish Question, Nueva York, junio de 1946; *FRUS 1946*, V, pp. 1072-74; Portero, *Franco aislado*, pp. 174-176.

105. «Nota de la réplica del Ministerio de Asuntos Exteriores al Informe del Subcomité del Consejo de Seguridad», recogido en Lleonart, *España y ONU*, I, pp. 109-20; Bonsal a Byrnes, *FRUS 1946*, V, pp. 1.075-1.077.

105. 423 H.C.DEB. 5s, cols. 2.016-2.017.

106. Agustín del Río Cisneros, *Política internacional de España: El caso español en la ONU y en el mundo*, Madrid, 1946, *passim*.

107. Tusell, *Franco y los católicos*, p. 153.

108. Lleonart, *España y ONU*, I, pp. 104-109, 130-196.

109. Tusell, *Franco y los católicos*, p. 116.

110. *Arriba*, 18 de julio de 1946, reproducido en *Textos 1945-1950*, pp. 61-66.

111. *Arriba*, 1, 2 de octubre; *ABC*, 1, 2 de octubre; *La Vanguardia Española*, 1, 2 de octubre de 1946; *The Times*, 2 de octubre de 1946.

112. Lleonart, *España y ONU*, I, p. 215.

113. *Arriba*, 14 de noviembre de 1946.

114. *Arriba*, 30 de noviembre de 1946.

115. Lleonart, *España y ONU*, I, pp. 240-294.

116. *FRUS 1946*, V, pp. 1.080-1.082.

117. Tusell, *Franco y los católicos*, p. 154.

118. *Arriba*, 10 de diciembre; *La Vanguardia Española*, 10 de diciembre de 1946.

119. *ABC*, 10, 11, 12, 13 de diciembre de 1946; Lleonart, *España y ONU*, I, pp. 310-389.

120. Tusell, *Franco y los católicos*, p. 154.

121. *The Times*, 17 de diciembre de 1946; Garriga, *De la División Azul*, p. 469.

22. Una baza ganadora

1. *FRUS 1946*, V, pp. 1.085-1.088.
2. Pemán, *Mis encuentros*, pp. 118-119.
3. Payne, *Franco Regime*, p. 403, se ha sugerido que el amigo de Franco, el escritor Joaquín Arrarás, le ayudó en la redacción de los artículos. De la Cierva, *Franquismo*, I, p. 384, los atribuye exclusivamente a la pluma de Franco. Sobre las opiniones de Carrero Blanco acerca de la masonería, véase Garriga, *Los validos*, pp. 228-230.
4. Arriba, 14 de diciembre de 1946; Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 139-140; J. Boor, *Masonería*, Madrid, 1952, pp. 8-9.
5. Baón, *La cara humana*, p. 99.
6. En junio de 1969, Franco dijo a su ministro de Hacienda que ése era el caso, Bayod, *Franco visto*, p. 158.
7. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 73, 529-532; Gil Robles, anotaciones del 5 de noviembre de 1945 y 15 de marzo de 1946 en el diario, *La Monarquía*, pp. 138, 173-174.
8. Tusell, *La oposición democrática*, pp. 117-120.
9. Garriga, *De la División Azul*, pp. 472-474.
10. Del Valle, *República en exilio*, pp. 224-231.
11. Portero, *Franco aislado*, p. 182.
12. *FRUS 1947*, Washington, 1972, III, pp. 1.056-1.060.
13. Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 137, 145-146, 151-157.
14. Vaca de Osma, *Paisajes*, pp. 137-141.
15. Vaca de Osma, *Paisajes*, p. 132.
16. Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 219-226.
17. Economic Intelligence Department, informe sobre la vulnerabilidad española a las sanciones, 23 de abril de 1947, FO371/67868, Z4313/3/41G; Howard a Bevin, 7 de julio de 1947, FO371/67869, Z6479/3/41G.
18. *The Times*, 14 de octubre de 1946.
19. *FRUS 1946*, V, pp. 1.079-1.080.
20. Kenneth O. Morgan, *Labour in Power 1945-1951*, Oxford, 1984, pp. 251-253; Acheson, *Present*, pp. 294-301; Herbert Feis, *From Trust to Terror: The Onset of the Cold War 1945-1950*, Londres, 1970, pp. 191-198.
21. El informe que Carrero presentó a Franco se reproduce en López Rodó, *La larga marcha*, pp. 75-89; la reacción de don Juan, *Ibid*, pp. 89-99; Gil Robles, anotaciones del 31 de marzo-15 de abril de 1947 en el diario, *La Monarquía*, pp. 206-214, 388-393; Tusell, *La oposición democrática*, pp. 161-169; Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 161-162.
22. *FRUS 1947*, pp. 1.066-1.068.
23. Sobre la neutralización de la hostilidad laborista hacia Franco, véase Qasim Bin Ahmad, *The British Government*, pp. 286-343.
24. Memorando Bevin, «Economic Sanctions Against Spain», 3 de enero de 1947, FO371/67867, Z270/3/41G.
25. *FRUS 1947*, III, pp. 1.068-1.073; Howard a Hoyer Miller, 15 de abril de 1947, FO371/67867, Z3740/3/41.
26. Bevin a Sargent, 25 de abril de 1947, FO371/67868, Z4093/3/41; Douglas a Marshall, 1 de mayo de 1947, *FRUS 1947*, III, pp. 1.068-1.074.
27. *FRUS 1947*, III, pp. 1.078-1.080; Qasim Bin Ahmad, *The British Government*, pp. 125-134.
28. *Mundo Obrero*, 8 de mayo de 1947; *El Socialista*, 16 de mayo de 1947; José María Lorenzo Espinosa, *Rebelión en la Ría. Vizcaya 1947: obreros, empresarios y falangistas*, Bilbao, 1988, pp. 17-69.
29. Juan Carlos Jiménez de Aberasturi y Koldo San Sebastián, *La huelga general del 1.º de mayo de 1947 (artículos y documentos)*, San Sebastián, 1991, pp. 48-61.
30. *Le Monde*, 9 de mayo de 1947.
31. Jiménez, *La huelga*, p. 61.
32. *Nuestra Bandera*, n.ºs 17, 18 abril-mayo, junio de 1947; *L'Humanité*, 13 de mayo de 1947.
33. Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*, pp. 265-287; A. J. Lleontar y Anselem, *España y ONU II (1947)*, Madrid, 1983, p. 117.
34. *Arriba*, 1 de noviembre de 1946.
35. *Arriba*, 14 de enero; *ABC*, 14, 15, 16, 17 de enero de 1947.
36. *Arriba*, 28 de marzo de 1947; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 321.
37. José María de Areilza, *Memorias exteriores 1947-1964*, Barcelona, 1984, p. 28.
38. *Arriba*, 9, 10 de junio; *ABC*, 10 de junio; *The Times*, 9 de junio de 1946; *Observer*, 13 de junio de 1947; Garriga, *La Señora*, pp. 211-212.
39. *Arriba*, 24 de junio; Areilza, *Memorias*, pp. 216-218.
40. Whitaker, *Spain*, p. 25; Areilza, *Memorias*, pp. 216-218.
41. *Ya*, 6 de julio de 1947; *Arriba*, 5, 6 de julio de 1947.
42. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 163-165; Payne, *Franco Regime*, p. 375; Trythall, *Franco*, pp. 203-226.
43. Kindelán, *La verdad*, p. 344.
44. *FRUS 1947*, III, pp. 1.084-1.085; Foreign Office a Embajada Británica en Washington, FO371/67869, Z7004/3/41.
45. *FRUS 1947*, III, pp. 1.085-1.087.
46. *La Vanguardia Española*, 18 de julio de 1948; González, *Liturgias*, pp. 162-165.
47. Vaca de Osma, *Paisajes*, pp. 133-136; Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 188-189.
48. Gil Robles, 15, 16, 17, 18, 19, 20 de octubre de 1947, *La Monarquía*, pp. 240-242; Garriga, *De la División Azul*, pp. 499-504.
49. Howard al Foreign Office, 23 de octubre de 1947, FO371/67870, Z9291/3/41; *The Times*, 23, 24 de octubre de 1947.

50. Allen (Embajada Británica) a Reber, 28 de julio de 1947, *FRUS 1947*, III, pp. 1.0871.088.
51. Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 191-199.
52. *FRUS 1947*, III, pp. 1.088-1.090.
53. *FRUS 1947*, III, pp. 1.091-1.095; Walter Millis, ed., *The Forrestal Diaries*, Nueva York, Viking Press, 1951, p. 328; Walter LaFeber, *America, Russia and the Cold War 1945-1975*, 3.^a ed., Nueva York, 1976, pp. 66-67.
54. *FRUS 1947*, III, pp. 1.096-1.097; Lleónart, *España y ONU*, II, pp. 230-313; Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 212-214.
55. Suárez Fernández, *Franco*, IV, p. 226.
56. Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 111-114.
57. *FRUS 1948*, Washington, 1974, III, pp. 1.017-1.020; Harvey a Balfour, 24 de noviembre de 1947, FO371/67871, Z9953/3/41.
58. Coles, *Franco*, p. 63; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 319.
59. Federico Sopena, *Escrito de noche*, Madrid, 1985, p. 133.
60. *FRUS 1948*, III, pp. 1.020-1.025.
61. Howard a Crosthwaite, 11 de febrero de 1948, FO371/73333, Z1458/84/41.
62. *FRUS 1948*, III, pp. 1.026-1.027.
63. Suárez Fernández, *Franco*, IV, p. 237.
64. El Departamento de Estado estaba intranquilo por la repercusión que tuviera en la opinión pública cualquier trato sobre las bases, pero sugirió que se empleara capital privado para la creación de los aeródromos, *FRUS 1948*, III, pp. 1.034-1.035, 1.039-1.040.
65. *La Vanguardia Española*, 31 de marzo de 1948; *The Times*, 1, 2 de abril de 1948; Portero, *Franco aislado*, pp. 309-313; Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 239-240.
66. *FRUS 1948*, III, pp. 1.028-1.030.
67. Anderson a Howard, 9 de agosto, Howard a Anderson, 2 de septiembre, Acta de Crosthwaite, 23 de septiembre de 1948, FO371/73336, Z7447/84/41.
68. Gil Robles, anotaciones del 13 de enero, 15 de febrero de 1948 en el diario, *La Monarquía*, pp. 253, 255.
69. Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 243-249.
70. Tusell, *La oposición democrática*, pp. 197-202; Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 249-251.
71. El 1 de septiembre de 1948, don Juan dio su informe a José María Gil Robles (Gil Robles, *La Monarquía*, pp. 265-273), más o menos sobre la misma época a Pedro Sainz Rodríguez (Sainz Rodríguez, *Un reinado*, pp. 220-222), a una persona desconocida (bien Gil Robles o Sainz Rodríguez) «próxima a don Juan» quien informó al embajador de Estados Unidos en Lisboa, Lincoln MacVeagh; y directamente a Theodore Xanthaky, ayudante especial de Mac Veagh (*FRUS 1948*, III, pp. 1.050-1.051, 1.059-1.063; *FRUS 1949*, IV, p. 755). Cf. Ramón de Alderete, *...y estos borbones nos quieren gobernar*, París, 1974, pp. 56-58; *The Times*, 28 de agosto; *ABC*, 29 de agosto de 1948.
72. Gil Robles, anotaciones del 1 de septiembre, 25 de septiembre, 5 de octubre de 1948 en el diario, *La Monarquía*, pp. 272-275.
73. Tusell, *La oposición democrática*, pp. 203-205.
74. *FRUS 1948*, III, p. 1.062.
75. *ABC*, 10 de noviembre de 1948; Gil Robles, anotaciones del 8, 10, 11, 27 de octubre, 19 de diciembre de 1948 en el diario, *La Monarquía*, pp. 276-281, 286.
76. Testimonio de Eugenio Vegas Latapié y José María Gil Robles al autor, Madrid, 1970; Gil Robles, anotación del 6 de agosto de 1949 en el diario, *La Monarquía*, p. 302.
77. *The Times*, 13 de noviembre de 1948; Follick en 460 H.C.DEB., 5s, c.1757; Gil Robles, anotaciones del 12, 13 de octubre, 2, 4, 10, 12, 13 de noviembre en el diario, *La Monarquía*, pp. 278-283.
78. Gil Robles, anotaciones del 4, 8, 30 de junio, 6, 18, 27 de julio de 1949 en el diario, *La Monarquía*, pp. 298-301.
79. Acheson, *Present*, p. 151.
80. Cava Mesa, *Lequerica*, pp. 265-310; Theodore J. Lowi, «Bases in Spain» en Harold Stein, ed., *American Civil-Military Decisions: A Book of Case Studies*, Birmingham, Alabama, 1963, pp. 675-676; R. Richard Rubottom y J. Carter Murphy, *Spain and the United States Since World War II*, Nueva York, 1984, pp. 10-11; Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*, pp. 284-287; Whitaker, *Spain*, pp. 32-34.
81. Suárez Fernández, *Franco*, IV, p. 261.
82. Johnson al Foreign Office, 2 de octubre de 1948, FO371/73337, Z7957/84/41.
83. *Arriba*, 2 de octubre de 1948; *ABC*, 2 de octubre de 1948; Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 266-269.
84. *Arriba*, 13 de octubre de 1948; *The Times*, 13 de octubre de 1948; Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 571-574. Sobre el discurso de 1942, véase *Palabras del Caudillo abril 1937-diciembre 1942*, pp. 235-237. El 9 de octubre, en Córdoba, declaró que incluso los ancianos, las mujeres y los niños se unirían en la batalla contra «las hordas asiáticas», *ABC*, 10 de octubre de 1948.
85. *ABC*, 13 de octubre; *Arriba*, 13, 14 de octubre; *The Times*, 14 de octubre de 1948; Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 601-602.
86. Garriga, *Segura*, pp. 294-296.
87. Memorando de Marshall, 4 de octubre de 1948, *FRUS 1948*, III, pp. 1.053-1.054.
88. Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 273-275.
89. *The New York Times*, 12 de noviembre de 1948; Franco, *Textos 1945-1950*, p. 269; Whitaker, *Spain*, pp. 35-36.
90. *FRUS 1948*, III, p. 1.063.
91. *The New York Times*, 12 de noviembre de 1948; Franco, *Textos 1945-1950*, p. 269; Qasim Bin Ahmad, *The British Government*, pp. 150-151; Whitaker, *Spain*, pp. 35-36.
92. 459 H.C.DEB, 5s, cc.718-719.
93. Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 131-136.
94. *ABC*, 1 de enero de 1949; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 330.
95. Garriga, *Franco-Serrano Súñer*, p. 182.
96. Bartolomé Barba Hernández, *Dos años al frente del Gobierno Civil de Barcelona y varios ensayos*, Madrid, 1948, pp. 45-50; Rafael Abella, *Por el Imperio hacia Dios: crónica de una posguerra (1939-1950)*, Barcelona, 1978, pp. 101-132; Qasim Bin Ahmad, *The British Government*, pp. 277-278.

97. Acheson, *Present*, pp. 331-333.
98. Laureano López Rodó, *Testimonio de una política de Estado*, Barcelona, 1987, pp. 197-200.
99. Portero, *Franco aislado*, pp. 316-317.
100. *The Daily Telegraph and Morning Post*, 1 de febrero de 1949; Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 277-281.
101. 2 de febrero de 1949, 460 *H.C.DEB*, 5s, cc.1.750-1.794.
102. *FRUS 1949*, IV, pp. 729-730; Hankey a Bevin, «Spain: Annual Report for 1949», 27 de enero de 1950, FO371/89479, WS1011/1. La sequía duraría hasta 1956, con lluvias que iban desde un tercio a la mitad del porcentaje histórico.
103. Whitaker, *Spain*, pp. 34-35; Gil Robles, anotación del 11 de febrero de 1948 en el diario, *La Monarquía*, pp. 291-292.
104. *ABC*, 1 de abril de 1949; *The Times*, 1 de abril de 1949; Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 137-143.
105. Whitaker, *Spain*, pp. 36-37.
106. *FRUS 1949*, Washington, 1975, IV, pp. 721-724, 730-735.
107. A. J. Lleonart y Anselem, *España y ONU III (1948-1949): La «cuestión española»*, Madrid, 1985, pp. 54-58, 148-372; *FRUS 1949*, IV, pp. 742-743.
108. Cadogan al Foreign Office, 21 de mayo de 1949, FO371/79710, Z3843/1054/41; acta Russell, 20 de mayo, acta Mallet, 24 de mayo de 1949, FO371/79711, Z4321/1054/41.
109. Una concienzuda investigación del Foreign Office reveló que las conversaciones en cuestión no podían interpretarse en sentido alguno con el significado de transacción que les daba Franco. Véase acta Russell, 20 de mayo, acta I. Mallet, 24 de mayo y I. Mallet a Howard, 16 de junio de 1949, todo ello en FO371/79711, Z4321/1054/41 y Maltby (P.S. a Eden) a Reddaway, 23 de junio de 1949, FO371/79711, Z4604/1054/41.
110. Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 147-173.
111. Portero, *Franco aislado*, pp. 343-347.
112. *The Times*, 22 de julio de 1949.
113. Suárez Fernández, *Franco*, IV, p. 365.
114. Gil Robles, anotaciones del 25, 26 de septiembre de 1949 en el diario, *La Monarquía*, pp. 304-306.
115. *FRUS 1949*, IV, p. 761.
116. Benjamin Welles, *Spain: The Gentle Anarchy*, Londres, 1965, pp. 286-287; Lowi, «Bases», p. 692.
117. Cava Mesa, *Lequerica*, pp. 310-312; Lowi, «Bases», pp. 677-680; Whitaker, *Spain*, pp. 23, 36-37; Viñas, *Los pactos*, pp. 43-44; Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 366-367; Garriga, *De la División Azul*, pp. 548-549, 563-567.
118. *FRUS 1949*, IV, p. 761.
119. *The Times*, 22, 24, 25, 28 de octubre de 1949; *Arriba*, 22, 23, 25, 26, 27 de octubre de 1949; Gil Robles, anotaciones del 19, 21, 23 de octubre de 1949 en el diario, *La Monarquía*, pp. 308-312; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 327-328.
120. Gil Robles, anotaciones del 17 de enero de 1950 en el diario, *La Monarquía*, pp. 318-319.
121. 469 *H.C.DEB*, 5s, c.2225.
122. Qasim Bin Ahmad, *The British Government*, pp. 177-182.
123. Lowi, «Bases», p. 683.
124. *FRUS 1950*, III, pp. 1.549-1.555; Franks al Foreign Office, 19 de enero de 1950, FO371/89496, WS10345/3, WS10345/4; Hoyer-Miller a Bevin, 13 de febrero de 1950, FO371/89496, WS10345/13.
125. Hankey a Shuckburgh, 25 de enero de 1950, FO371/89496, WS10345/9.
126. *Arriba*, 24, 25 de enero de 1950.
127. Hankey a Bevin, 1 de febrero de 1950, FO371/89480, W1013/3.
128. *Arriba*, 19 de febrero de 1950; Embajada en Madrid a Foreign Office, 19 de febrero de 1950, FO371/89487, WS1021/8.
129. Hankey al Foreign Office, 1 de febrero de 1950, FO371/89480, W1013/4.

23. *El centinela de Occidente*

1. Preston, *Politics of Revenge*, pp. 141-142.
2. Hankey a Russell, 1 de febrero de 1950, FO371/89484, WS1017/1.
3. Sánchez Soler, *Villaverde*, pp. 36-37, 52-53.
4. Embajada en Madrid al Foreign Office, 16 de abril de 1950, FO371/89487, WS1021/15.
5. *La Vanguardia Española*, 11, 12 de abril de 1950; *Arriba*, 11, 14 de abril de 1950; *ABC*, 11, 12 de abril de 1950; testimonio de Fernando Serrano-Súñer Polo, primo de Nenuca e invitado de la boda, al autor. Véase también Garriga, *La Señora*, pp. 222-224.
6. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 9, 17-18, 189; Franco, *Nosotros*, pp. 144-146, 215-220; Garriga, *La Señora*, pp. 224-227, 243-244; Sánchez Soler, *Villaverde*, pp. 56-70, 76, 110-116.
7. Garriga, *Franco-Serrano Súñer*, p. 179.
8. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 195; Peñafiel, *El General*, pp. 140-141; Vaca de Osma, *Paisajes*, p. 189; Pilar Jaraiz Franco, *Historia de una disidencia*, Barcelona, 1981, p. 41.
9. Garriga, *La Señora*, pp. 225-227; Fernández, *Franco*, pp. 271-273.
10. *FRUS 1950*, III, pp. 1.557-1.560.
11. 27 de marzo de 1950, 473 H.C.DEB, 5s, cc.40-41.
12. Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 408-409.
13. Jakim Boor, *Masonería*, pp. 137-141.
14. Viñas, *Los pactos*, p. 59.
15. Jakim Boor, *Masonería*, pp. 121-129; Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 431-433.
16. *FRUS 1950*, III, pp. 1.563-1.567.
17. David Caute, *The Great Fear: The Anti-Communist Purge under Truman and Eisenhower*, Londres, 1978, pp. 58-69, 566-567.
18. Memorando del presidente de los jefes de Estado Mayor reunidos al secretario de Defensa, 3 de mayo, Truman a Acheson, 16 de junio de 1950, *FRUS 1950*, III, pp. 1.560-1.562.
19. Younger a Bevin, 3 de agosto, FO371/89502, WS1031/39; W. I. Mallet a Bevin, 2 de agosto, FO371/89502, WS1051/39; W. I. Mallet a Hankey, 11 de septiembre de 1950, FO371/89503, WS1051/63.
20. Burrows (Washington) a Young, 4 de septiembre de 1950, FO371/89503, WS1051/ 58.
21. Jebb al Foreign Office, 17 de septiembre de 1950, FO371/89503, WS1051/69.
22. *FRUS 1950*, III, pp. 1.574-1.576.
23. Hankey a Attlee, 9 de octubre de 1950, FO371/89504, WS1051/82.
24. Memorando de Bessborough, 11 de octubre de 1950, con Hankey a Bevin, 18 de octubre de 1950, FO371/89504, WS1051/86. Un relato bastante completo, Bessborough, «Entrevista con el general Franco», en los archivos de Río Tinto Zinc. Agradezco a Antonio Gómez Mendoza el haberme facilitado una copia de este segundo documento de última hora.
25. A. J. Lleonart y Anselem, *España y ONU IV (1950). La «cuestión española»*, Madrid, 1991, pp. 215-262.
26. Hankey a Bevin, 8 de noviembre de 1950, FO371/89506, WS1051/115; Lowi, «Bases», p. 688.
27. Lleonart, *España y ONU*, IV, pp. 269-310; Qasim Bin Ahmad, *The British Government*, pp. 191-195.
28. *Arriba*, 5 de noviembre de 1950.
29. Suárez Fernández, *Franco*, IV, p. 448, V, p. 24; Viñas, *Los pactos*, pp. 31-32.
30. *FRUS 1950*, Washington, 1977, III, p. 1.556.
31. *FRUS 1949*, IV, p. 755.
32. *ABC*, 7 de noviembre de 1950.
33. Hankey a Bevin, 6 de diciembre de 1950, FO371/89523, WS1082/4; Hankey al Foreign Office, 10, 16 de diciembre de 1950, acta W. I. Mallet, 14 de diciembre de 1950, FO371/89508, WS1051/159; acta W.I. Mallet, 19 de diciembre de 1950, Hankey a Young, 20 de diciembre de 1950, FO371/89509, WS1051/170; acta Young, 5 de enero de 1951, FO371/96173, WS1051/6.
34. *Arriba*, 25 (Franco), 26 de noviembre, 3 (Carrero Blanco), 10 de diciembre de 1950; *ABC*, 1 de diciembre de 1950; Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 325-327; acta Young, 5 de enero de 1951, FO371/96194, WS1081/4.
35. *FRUS 1950*, III, pp. 1.573-1.574.
36. Franks al Foreign Office, 18 de noviembre de 1950, FO371/89507, WS1051/129.
37. Viñas, *Los pactos*, pp. 59-60; Garriga, *De la División Azul*, pp. 577-585.
38. Francisco Franco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1951-1954*, Madrid, 1955, pp. 7-20.
39. Lequerica a Franco, 25 de octubre de 1950, Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 440-441.
40. Forrestal, *Diary*, p. 445.
41. Stanton Griffis, *Lying in State*, Nueva York, 1952, pp. 73-96, 107-108, 249; Cava Mesa, *Lequerica*, pp. 319-321.
42. Hankey a Young, 15 de noviembre de 1950, FO371/89507, WS1051/132.
43. *The Times*, 1 de febrero de 1951; Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 7-9.
44. Griffis, *Lying in State*, pp. 284-285; Qasim Bin Ahmad, *The British Government*, pp. 350-352.
45. Suárez Fernández, *Franco*, IV, p. 413.
46. Franco, *Discursos y mensajes 1951-1954*, pp. 33-37; Trythall, *Franco*, p. 211.
47. Suárez Fernández, *Franco*, V, p. 11; Garriga, *De la División Azul*, pp. 616-617.
48. *ABC*, 2 de marzo de 1951; Griffis, *Lying in State*, pp. 283-284.

49. Balfour al Foreign Office, 4 de marzo de 1951, FO371/96172, WS10345/1 y WS10345/2.
50. Balfour al Foreign Office, 15 de marzo de 1951, FO371/96174, WS1051/34; *The Times*, 16 de marzo de 1951; Griffis, *Lying in State*, pp. 284-285.
51. Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 11-12.
52. 484 H.C.DEB, 5s, cc.1249-58, 20 de febrero de 1951; Suárez Fernández, *Franco*, V, p. 12.
53. Qasim Bin Ahmad, *The British Government*, pp. 217-238; Jones, *Spanish Question*, pp. 195-211, 215-226.
54. Hankey a Young, 20 de diciembre de 1950, FO371/89509, WS1051/170.
55. Sebastian Balfour, *Dictatorship, Workers and the City: Labour in Greater Barcelona since 1939*, Oxford, 1989, pp. 20-22.
56. Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 43-48.
57. *La Vanguardia Española*, 3 de marzo de 1951.
58. Balfour al Foreign Office, 12 de marzo de 1951, FO371/96156, WS1016/17; Balfour a Morrison, 21 de marzo de 1951, y anexo, informe del Consulado Británico, 14 de marzo de 1951, FO371/96156, WS1016/19; *La Vanguardia Española*, 13, 14 de marzo de 1951; Félix Fanés, *La vaga de tramvies del 1951* Barcelona, 1977, pp. 50-157; Balfour, *Dictatorship*, pp. 22-30; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 329-330. En *Vieja Guardia*, véase Emilio Romero, *Los papeles reservados*, 2 vols., Barcelona, 1985, I, pp. 119-130.
59. Garriga, *De la División Azul*, pp. 595-596.
60. Garriga, *De la División Azul*, p. 600.
61. Hankey a Bevin, 12 de marzo de 1951, FO371/96156, WS1016/16.
62. Griffis, *Lying in State*, pp. 269-270, 287-289; Balfour a Young, 28 de marzo de 1951, FO371/96183, WS1071/36; Viñas, *Los pactos*, pp. 73-79.
63. Balfour al Foreign Office, 24 de abril de 1951, FO371/96157, WS1016/29; Tewson (TUC) a Morrison, 3 de mayo de 1951, FO371/96157, WS1016/38; Balfour a Morrison, 16 de mayo de 1951, FO371/96158, WS1016/41; Manuel González Portilla y José María Garmendia, *La posguerra en el País Vasco: política, acumulación, miseria*, San Sebastián, 1988, pp. 275-284.
64. Balfour a Morrison, 23 de mayo de 1951, FO371/96158, WS1016/56/51.
65. Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 50-51, 57.
66. *Arriba*, 13, 15, 19 (Carrero Blanco) de mayo de 1951.
67. Balfour a Bevin, 8 de marzo de 1951, FO371/96174, WS1051/27; Franco, entrevistado por Ward Price, *The Daily Mail*, 29 de mayo de 1951.
68. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 112-113, 550-554.
69. Viñas, *Los pactos*, pp. 87-90.
70. Viñas, *Los pactos*, pp. 90-91.
71. Foreign Office a Washington, 7 de julio, Francks a Foreign Office, 12 de julio de 1951, FO371/96185, WS1071/69G y WS1071/71.
72. Welles, *Gentle Anarchy*, p. 287; Lowi, «Bases», p. 692.
73. Antonio Marquina Barrio, *España en la política de seguridad occidental 1939-1986*, Madrid, 1986, pp. 420-422; Viñas, *Los pactos*, pp. 92-94.
74. *ABC*, 17 de julio de 1951; *The Times*, 19 de julio de 1951.
75. Viñas, *Los pactos*, pp. 95-102; Griffis, *Lying in State*, pp. 294-295; Marquina, *España*, pp. 422-424; Lowi, «Bases», pp. 692-695; Cava Mesa, *Lequerica*, pp. 323-325.
76. *ABC*, 17 de julio de 1951; *Ya*, 17 de julio de 1951.
77. Perowne a Younger, 16 de junio, 11 de julio de 1950, FO371/89482, WS1016/31, WS1016/37; Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 220-225, 250-251.
78. Pemán, anotación del 20 de enero de 1951 en el diario, Tusell, *Franco y los católicos*, p. 287.
79. Equipo Mundo, *Los 90 ministros de Franco*, pp. 203-246; Garriga, *De la División Azul*, pp. 624-629.
80. Garriga, *Los validos*, p. 274.
81. Garriga, *Los validos*, pp. 122-124; Jesús Ynfante, *La prodigiosa aventura del Opus Dei: Génesis y desarrollo de la Santa Mafia*, París, 1970, pp. 177-178.
82. Hankey a Bevin, 12 de marzo de 1950, FO371/9615, WS1016/16.
83. Viñas y otros, *Política comercial*, I, pp. 635-639, 671-672.
84. *Newsweek*, 27 de agosto de 1951; Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 91-92.
85. Balfour a Eden, 12 de noviembre de 1951, FO371/96179, WS1051/90.
86. *The Sunday Times*, 25 de noviembre de 1951; Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 107-108.
87. Balfour a Young, 28 de noviembre de 1951, Balfour a Harrison, 11 de diciembre de 1951, FO371/96192, WS1071/203; FO371/96179, WS1951/104.
88. Balfour a Eden, 10 de diciembre de 1951, FO371/96194, WS1081/31.
89. Griffis, *Lying in State*, pp. 297-299.
90. Cava Mesa, *Lequerica*, p. 333.
91. Lowi, «Bases», p. 694; Viñas, *Los pactos*, p. 141.
92. Griffis, *Lying in State*, pp. 302, 307.
93. Lowi, «Bases», pp. 694-696; Viñas, *Los pactos*, pp. 125-133.
94. Balfour a Eden, 10 de julio de 1952, Steel a Cheetham, 22 de agosto, Murray a Cheetham, 28 de agosto de 1952, FO371/1020222, WS1102/21, WS1102/24G, WS1102/25; Viñas, *Los pactos*, pp. 120-121, 177; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 56.
95. Viñas, *Los pactos*, pp. 143-144; Garriga, *Segura*, pp. 301-304; Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 90-92.
96. Viñas, *Los pactos*, pp. 145-147.
97. Balfour a Eden, 29 de mayo de 1952, FO371/102000, WS1015/2; Franco, *Discursos 1951-1954*, p. 173.
98. Eden a Tewson, 26 de marzo de 1952, FO371/102002, WS1016/25; embajada de Madrid al Foreign Office, 27 de marzo, 3 de abril de 1952, FO371/102004, WS1016/69, FO371/101999, WS1013/5; Balfour al Foreign Office, 1 de abril de 1952, FO371/102004, WS1016/73; McClelland a Hepple, 9 de julio de 1952, FO371/102006, WS1016/115; Murray a Cheetham, 18 de septiembre de 1952, FO371/102007, WS1016/129.
99. *La Vanguardia Española*, 29 de mayo de 1952.
100. *La Vanguardia Española*, 31 de mayo, 3 de junio de 1952.
101. José Chao Rego, *La Iglesia en el franquismo*, Madrid, 1976, pp. 88-90; Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 199-200.

102. Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 221-224.
103. Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 275-280.
104. Lowi, «Bases», pp. 696-697.
105. Makins (Washington) a Eden, 18 de febrero de 1953, FO371/107687, WS1073/1.
106. Viñas, *Los pactos*, pp. 165-169, 183-193, 252; Marquina, *España*, pp. 498-554.
107. Balfour a Cheetham, 29 de abril, 24 de mayo, Bellotti a Foreign Office, 26 de junio de 1953, FO371/107682, WS1051/9 y WS1051/19, FO371/107686, WS10/2/6.
108. Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 360-364.
109. Balfour a Cheetham, 31 de julio, Balfour a Young, 11 de diciembre de 1953, FO371/107682, WS1051/24, FO371/107690, WS1081/50.
110. Memorando de Young, 8 de diciembre, Harrison al ministro de Estado, 17 de diciembre, memorando de Balfour, 17 de diciembre de 1953, FO371/107682, WS1051/38.
111. Balfour a Eden, 21 de marzo de 1953, FO371/107731, WS1782/2.
112. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 258-282; Guy Hermet, *Les Catholiques dans l'Espagne Franquiste*, 2 vols., París, 1980-1981, II, pp. 204-218; Joaquín L. Ortega, «La Iglesia española desde 1939 hasta 1976», en Ricardo García-Villoslada, editor, *Historia de la Iglesia en España*, vol. V, Madrid, 1979, pp. 671-678.
113. José Ángel Tello, *Ideología y política: la Iglesia católica española (1936-1959)*, Zaragoza, 1984, pp. 111-116.
114. Chao Rego, *La Iglesia*, pp. 93-102; Norman B. Cooper, *Catholicism and the Franco Regime*, Beverly Hills, 1975, pp. 16-18; Rafael Gómez Pérez, *El franquismo y la Iglesia*, Madrid, 1986, pp. 66-70; Feliciano Blázquez, *La traición de los clérigos en la España de Franco: crónica de una intolerancia (1936-1975)*, Madrid, 1991, pp. 103-105.
115. Garriga, *Segura*, pp. 311-320.
116. Lowi, «Bases», pp. 696-697; Viñas, *Los pactos*, p. 252.
117. Viñas, *Los pactos*, pp. 165-169, 183-193.
118. Acta Hood, 5 de noviembre de 1953, FO371/107686, WS1072/43; Viñas, *Los pactos*, pp. 195-202, 313-314.
119. De la Cierva, *Franquismo*, II, p. 114.
120. José María de Areilza, *Diario de un ministro de la Monarquía*, Barcelona, 1977, p. 45.
121. ABC, 27, 29, 30 de septiembre de 1953; *Arriba*, 27, 28, 29 de septiembre de 1953.
122. Viñas, *Los pactos*, pp. 181-182, 203-250, 292; Lowi, «Bases», pp. 697-698.
123. Viñas, *Los pactos*, pp. 261-275.
124. Viñas, *Los pactos*, pp. 263-264; Viñas y otros, *Política comercial*, pp. 497-501, 532-545.

24. Años de triunfo y crisis

1. Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 376-384.
2. *Arriba*, 1 de octubre; *The Times*, 1 de octubre de 1953; Viñas, *Los pactos*, pp. 299-301.
3. *ABC*, 27, 30 de septiembre de 1953; *Arriba*, 27, 29 de septiembre de 1953; Viñas, *Los pactos*, pp. 277-284.
4. Matthews, *The Yoke*, p. 108.
5. Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 388-409.
6. *The Times*, 30 de octubre de 1953; Créac'h, *Le coeur*, pp. 319-320.
7. Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 414-415.
8. Viñas, *Los pactos*, pp. 315-316.
9. Soriano, *La mano*, p. 70.
10. Antonio Téllez, *La guerrilla urbana. 1: Facerías*, París, 1974, pp. 102-262; Antonio Téllez, *La guerrilla urbana en España: Sabaté*, París, 1973, pp. 65-113.
11. Sánchez Soler, *Villaverde*, pp. 63-68; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 9, 90-92, 111, 132.
12. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 50, 80.
13. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 159-160, 395.
14. Véanse las entrevistas con Máximo Rodríguez Borrell recogidas en Mérida, *Testigos*, pp. 217-227 y S. F. A. Coles, *Franco of Spain*, Londres, 1955, pp. 13-15.
- José Antonio Vaca de Osma, *Paisajes con Franco al fondo*, Barcelona, 1987, p. 186.
15. Balfour a Eden, 3 de febrero de 1954, FO371/113041, WS1081/44; Pablo Lizcano, *La generación del 56: La Universidad contra Franco*, Barcelona, 1981, pp. 95-99; Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia*, Barcelona, 1976, pp. 404-405.
16. Makins (Washington) a Eden, 18 de febrero de 1954, FO371/113042, WS1081/61; Balfour a Eden, 19 de mayo de 1954, FO371/113043, WS1081/92; *Arriba*, 16 de mayo de 1954.
17. Entrevista del ministro de Estado con el general Franco, anexo a Mallet a Ward, 25 de abril de 1955, FO371/117870, WS1051/22G.
18. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 337-338.
19. Acta Young, 4 de agosto de 1955, FO371/117870, RS1051/23; Foreign Office a Madrid, 27 de octubre de 1955, FO371/117872, RS1051/32; Mallet a Macmillan, 5 de noviembre de 1955, FO371/117872, RS1051/40.
20. Scott a Hood, 1 de abril, Madrid al Foreign Office, 21 de abril, Pilcher a Laskey, 31 de mayo, Steel a Macmillan, 5 de julio de 1955, FO371/117873, RS1071/3, RS1071/5, RS1071/8, RS1071/19.
21. Sobre la prenda, véase «Brass Sombreros», *The Sunday Times*, 25 de julio de 1954; Pozuelo, *Los últimos 476 días*, p. 166, y los cuadros reproducidos entre pp. 176-177, y en *Interviú*, n.º 39, 21-27 de diciembre de 1983.
22. Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 456-467.
23. Enrique Tierno Galván, *Cabos sueltos*, Barcelona, 1981, pp. 180-184.
24. Sueiro, *Valle de los Caídos*, pp. 123-143.
25. Gil Robles, anotaciones del 13 de mayo, 21, 22 de junio, 25 de julio, 7 de septiembre de 1954 en el diario; don Juan a Franco, 16 de julio, Franco a don Juan, 17, 20 de julio de 1954, *La Monarquía*, pp. 327-328, 411-418; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 115-117, 554-555.
26. Rafael Calvo Serer, *Franco frente al Rey: el proceso del régimen*, París, 1972, pp. 2930; Créac'h, *Le coeur*, pp. 317-318.
27. Créac'h, *Le coeur*, p. 332.
28. *ABC*, 20 de octubre de 1954; Créac'h, *Le coeur*, pp. 335-37; Suárez Fernández, *Franco*, V, p. 157.
29. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 18, 23.
30. *Arriba*, 23 de noviembre de 1954; Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, pp. 29-30; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 30; López Rodó, *La larga marcha*, p. 117; Créac'h, *Le coeur*, pp. 338-339; Toquero, *Franco y Don Juan*, pp. 253-255.
31. Créac'h, *Le coeur*, pp. 339-340; Suárez Fernández, *Franco*, V, p. 159.
32. Franco a don Juan, 2 de diciembre de 1954, Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, pp. 383-384.
33. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 45, 48, 65.
34. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 52-53.
35. Mallet a Eden, 11 de enero de 1955, FO371/117914, RS1942/15; Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, pp. 222-235; Créac'h, *Le coeur*, pp. 341-345.
36. Stirling a Macmillan, 19 de abril de 1955, FO371/117914, RS1942/15; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 59-64; Pemán, *Mis encuentros*, p. 232; Garriga, *La Señora*, pp. 236-237; Tusell, *La oposición*, pp. 235-236.
37. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 63.
38. Franco, *Discursos 1951-1954*, pp. 551-553.
39. *Arriba*, 23, 27 de enero de 1955; *ABC*, 1 de marzo de 1955.
40. Mallet a Eden, 26 de enero de 1955, FO371/117914, RS1942/6.
41. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 89-90.
42. *Arriba*, 20 de junio de 1955; Mallet a Macmillan, 5 de julio de 1955, FO371/117914, RS1942/21.
43. *ABC*, 24 de junio de 1955; Mallet a Macmillan, 5 de julio de 1955; Stirling a Macmillan, 26 de julio de 1955; Memorando de Balfour, 7 de septiembre de 1955, FO371/117914, RS1942/21, RS1942/25, RS1942/27; Créac'h, *Le coeur*, pp. 353-354.
44. Salva Miquel y Vicente, *Franco*, pp. 293-297; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 84-85.
45. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 23, 32-33, 71-72; entrevista a Carlos Rein Segura en Bayod, *Franco visto*, p. 78.
46. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 32-33, 36-37, 126; Garriga, *La Señora*, pp. 249-253. Para un análisis de la pasión de Franco por la caza, véase González Duro, *Franco*, pp. 314-316.
47. Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 88-89.

48. Créac'h, *Le coeur*, p. 394.
49. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 125, 127-128, 132-135.
50. Manuel Fraga Iribarne, *Memoria breve de una vida pública*, Barcelona, 1980, p. 287; Franco Salgado-Araujo, anotación del 30 de octubre de 1954 en el diario, *Mis conversaciones*, p. 22. El comentario se hizo cuando Valiño era capitán general de Valladolid.
51. Miguel Martín, *El colonialismo español en Marruecos (1860-1956)*, París, 1973, pp. 219-223.
52. Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 176-180, 183-185, 192-207; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 110, 116-117, 168, 223.
53. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 27.
54. *The Times*, 5 de abril de 1956; Martín, *El colonialismo*, pp. 227-239; Whitaker, *Spain*, pp. 328-329; Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 193-205; De la Cierva, *Historia*, II, pp. 138, 146; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 170-173.
55. Ministerio de AA. EE. (Madrid) al Departamento meridional, 18 de febrero de 1955, FO371/117914, RS1942/10.
56. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 375-378.
57. Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, p. 14; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 146-147; Créac'h, *Le coeur*, p. 358.
58. Laín Entralgo, *Descargo*, pp. 414-418; Créac'h, *Le coeur*, pp. 359-360. Los informes se recogen en Roberto Mesa, ed., *Jaraneros y alborotadores: documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, 1982, pp. 4553, 58-64.
59. Departamento de Estado de Washington a Ministerio de AA.EE. de Madrid, 14 de enero de 1956, FO371/124127, RS1015/4.
60. Francisco Franco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1955-1959*, Madrid, 1960, p. 136.
61. Mallet a Macmillan, 10 de enero, Mallet a Lloyd, 17 de enero de 1956, FO371/124127, RS1015/3, RS1015/6.
62. Mallet a Lloyd, 17 de enero de 1956, FO371/124127, RS1015/2.
63. Mallet a Ward, 27 de enero de 1956, FO371/124127, RS1015/10; *The Times*, 5 de octubre de 1955.
64. Mesa, ed., *Jaraneros*, pp. 109-112; Laín Entralgo, *Descargo*, pp. 418-423; Lizcano, *La Universidad*, p. 142, Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 163-164; Tusell, *Franco y los católicos*, p. 382; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 343; Créac'h, *Le coeur*, pp. 362-363.
65. Pilcher a Young, 12 de octubre de 1956, FO371/124128, RS1015/43; Payne, *Politics and the Military*, p. 443.
66. *Arriba*, 9, 10 de febrero de 1956; Mallet a Lloyd, 11 de febrero de 1956, FO371/124127, RS1015/12.
67. Testimonio de Rafael Calvo Serer al autor, Londres, 1975; Créac'h, *Le coeur*, pp. 364-365.
68. Créac'h, *Le coeur*, pp. 364-365; Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 382-383; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 343.
69. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 159.
70. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 383-384.
71. Fernández Cuesta, *Testimonio*, pp. 241-245.
72. Arrese, *Una etapa*, pp. 16-22.
73. Equipo Mundo, *Los 90 Ministros*, pp. 249-253.
74. Mallet a Lloyd, 17, 18 de febrero de 1956, FO371/124127, RS1015/13, RS1015/14.
75. Ministerio de AA.EE. de Madrid al Departamento meridional, 24 de febrero de 1956, FO371/124127, RS1015/18.
76. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 167.
77. «Declaraciones de S.E. a Manuel Aznar», 31 de diciembre de 1938, *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1938*, p. 314.
78. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 166.
79. Ministerio de AA.EE. de Madrid al Departamento meridional, 10 de marzo de 1956, FO371/124127, RS1015/21; Arrese, *Una etapa*, pp. 34-38; Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 264-265; *Arriba*, 6 de marzo de 1956.
80. Arrese, *Una etapa*, pp. 32-33.
81. Mallet a Lloyd, 29 de mayo de 1956, FO371/124128, RS1015/30; Llibert Ferri, Jordi Muixí y Eduardo Sanjuán, *Las huelgas contra Franco (1939-1956)*, Barcelona, 1978, pp. 226-238; Faustino Miguélez, *La lucha de los mineros asturianos bajo el franquismo*, Barcelona, 1976, pp. 94-95.
82. Franco, *Nosotros*, pp. 147-148.

25. *Apren­diendo a delegar*: Homo Ludens

1. Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, p. 163; Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 153, 266.
2. Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 158-159.
3. Arrese, *Una etapa*, p. 104.
4. Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 163-165.
5. Arrese, *Una etapa*, pp. 42-45; Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 181-190; Ministerio de AA.EE. de Madrid al departamento meridional, 5 de mayo de 1954, FO371/124128, RS1015/23.
6. Arrese, *Una etapa*, pp. 64, 66.
7. Arrese, *Una etapa*, pp. 45-48.
8. Mallet a Young, 21 de junio de 1956, FO371/124128, RS1015/34.
9. Laureano López Rodó, *Memorias*, Barcelona, 1990, pp. 51-52; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 124-30; Arrese, *Una etapa*, pp. 71, 80.
10. Arrese, *Una etapa*, p. 81; López Rodó, *Memorias*, pp. 58-59.
11. Payne, *Military*, p. 443; Whitaker, *Spain*, pp. 141-142.
12. Payne, *Military*, p. 534.
13. Arrese, *Una etapa*, pp. 82-83.
14. Arrese, *Una etapa*, pp. 87, 235.
15. Arrese, *Una etapa*, pp. 86-93.
16. Arrese, *Una etapa*, pp. 32-33.
17. Arrese, *Una etapa*, pp. 98-103.
18. Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 214-215; Mallet a Lloyd, 20 de julio de 1956, FO371/124128, RS1015/39A.
19. Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 201-230; Arrese, *Una etapa*, pp. 102-104.
20. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 67.
21. Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 201-230; Suárez Fernández, *Franco*, V, p. 293; Arrese, *Una etapa*, pp. 102-104.
22. Arrese, *Una etapa*, pp. 110-111.
23. Ministerio de AA.EE. de Madrid al Departamento meridional, 22 de marzo de 1957, FO371/130345, RS1071/6; Arrese, *Una etapa*, pp. 122-123.
24. Ramón Garriga, *La Señora de El Pardo*, Barcelona, 1979, p. 11.
25. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 174-176, 178-179.
26. *The Times*, 1 de octubre de 1956; Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 233-238; José Luis de Arrese, *Treinta años de política*, Madrid, 1966, pp. 1.146-1.152; Arrese, *Una etapa*, pp. 124-131; Ministerio de AA.EE. de Madrid al Departamento meridional, 6 de octubre de 1956, FO371/124128, RS1015/42; López Rodó, *Memorias*, pp. 64-65; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 132-133.
27. Arrese, *Una etapa*, pp. 132-135, 144-192; López Rodó, *Memorias*, pp. 65-77; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 133-135; Créac'h, *Le coeur*, pp. 386-387.
28. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 409-425; Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 306-312.
29. Arrese, *Una etapa*, pp. 212-218.
30. Mallet a Lloyd, 15 de enero de 1957, FO371/130325, RS1015/3; Arrese, *Una etapa*, pp. 234-242, 253-265; Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 314-315; Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 426-428.
31. Laureano López Rodó, *Memorias*, Barcelona, 1990, pp. 66-69; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 120-121.
32. Opinión mantenida por Calvo Serer, testimonio al autor, Londres, 1975.
33. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 184.
34. Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, p. 36; Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, p. 164; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 123-124; Toquero, *Franco y Don Juan*, p. 266; Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 319-320.
35. Ministerio de AA.EE. de Madrid al Departamento meridional, FO371/130325, RS1015/5; Créac'h, *Le coeur*, pp. 387-388.
36. Luis Ramírez, *Nuestros primeros veinticinco años*, París, 1964, pp. 111-112; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 200; Jaume Fabre, Josep M. Huertas y Antoni Ribas, *Vint anys de resistència catalana (1939-1959)*, Barcelona, 1978, pp. 208-211.
37. Arrese, *Una etapa*, pp. 234, 244; Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 428-429.
38. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 176, 195-98; Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 269, 319; López Rodó, *La larga marcha*, p. 124; Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, p. 166.
39. Calvo Serer, *Franco*, p. 37; De la Cierva, *Franquismo*, II, p. 155, que cita, sin nombrarlo, a un ministro.
40. Franco Salgado-Araujo, anotación del 6 de abril de 1957 en el diario, *Mis conversaciones*, p. 209, comenta los rumores que habían aparecido en la prensa cubana. Para versiones más disparatadas de lo sucedido, véase Ramírez, *25 años*, p. 117 y Busquets, *Pronunciamientos*, pp. 140-141; cf. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 238.
41. Franco Salgado-Araujo, anotación del 17 de mayo de 1955 en su diario, *Mis conversaciones*, pp. 107-110.
42. Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, p. 166.
43. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 198.
44. Mallet a Lloyd, 16 de enero de 1957, FO371/130349, RS1106/1; Créac'h, *Le coeur*, pp. 369-372.
45. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 191.
46. Joseph Harrison, «Towards the liberalization of the Spanish economy, 1951-1959» en Colin Holmes y Alan Booth, editores, *Economy and Society: European Industrialization and Its Social Consequences*, Leicester, 1990, pp. 102-115.
47. López Rodó, *Memorias*, pp. 89-99; Suárez Fernández, *Franco*, V, pp. 320-321.
48. Arrese, *Una etapa*, pp. 282-283.

- 281.
49. Mallet a Lloyd, 1 de marzo de 1957, FO371/130325, RS1015/9; López Rodó, *Memorias*, pp. 93-94; Welles, *Gentle Anarchy*, p. 127; Arrese, *Una etapa*, p. 281.
50. Arrese, *Una etapa*, pp. 275-282; López Rodó, *Memorias*, pp. 92-93; Payne, *Falange*, pp. 261-262.
51. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 201.
52. Payne, *Franco Regime*, p. 453.
53. Garriga, *Los validos*, pp. 207-208; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 201.
54. Franco Salgado-Araujo, anotaciones del 23 de febrero, 15 de julio de 1957 en el diario, *Mis conversaciones*, pp. 201, 246-247.
55. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 429-432; Payne, *Franco Regime*, p. 452.
56. Mariano Navarro Rubio, *Mis memorias: Testimonio de una vida política truncada por el Caso MATESA*, Barcelona, 1991, pp. 64-65; Ynfante, *Santa Mafia*, pp. 233-235.
57. Daniel Artigues, *El Opus Dei en España 1928-1962: su evolución ideológica y política de los orígenes al intento de dominio*, París, 1971, pp. 181-195; Ynfante, *Santa Mafia*, pp. 163-207. Sobre la ACNP, véase Sáez Alba (seudónimo de Alfonso Colodrón), *La otra «cosa nostra»: la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y el caso de El Correo de Andalucía*, París, pp. 1xxiii-1xxxii.
58. Ynfante, *Santa Mafia*, pp. 178-179; Payne, *Falange*, pp. 262-263.
59. López Rodó, *Memorias*, p. 66; Ynfante, *Santa Mafia*, pp. 177-178.
60. Navarro Rubio, *Mis memorias*, pp. 59-74.
61. López Rodó, *Memorias*, p. 91; Navarro Rubio, *Mis memorias*, p. 74; entrevista de Alberto Ullastres, *Diario 16, Historia del Franquismo*, ed. Justino Sinova, 2 vols., Madrid, 1985, II, p. 471.
62. Navarro Rubio, *Mis memorias*, pp. 78-79.
63. Navarro Rubio, *Mis memorias*, p. 240.
64. López Rodó, *Memorias*, pp. 80-88, 96-108; Artigues, *Opus Dei*, pp. 185-187.
65. Manuel Jesús González, *La economía política del franquismo (1940-1970): Dirigismo, mercado y planificación*, Madrid, 1979, pp. 134-137.
66. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 203, 228.
67. Toquero, *Franco y Don Juan*, p. 267.
68. López Rodó, *Memorias*, pp. 105-106; Ynfante, *Santa Mafia*, pp. 178-179.
69. Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, pp. 88-89.
70. Mariano Navarro Rubio, «La batalla de la estabilización» en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, n.º 53, 1976, pp. 175-178; Suárez Fernández, *Franco*, VI, p. 8.
71. Navarro Rubio, *Mis memorias*, p. 78.
72. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 145-148; Toquero, *Franco y Don Juan*, pp. 267-270.
73. Rafael Casas de la Vega, *La última guerra de África (campana de Ifni-Sáhara)*, Madrid, 1985, pp. 41-105; Suárez Fernández, *Franco*, VI, pp. 25-27.
74. Casas de la Vega, *La última guerra*, pp. 127-249.
75. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 218-23; Welles, *Gentle Anarchy*, pp. 238-44; Suárez Fernández, *Franco*, VI, pp. 28-40.
76. Mallet al Foreign Office, 28 de marzo de 1958, FO371/136711, RS2183/1; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 228.
77. López Rodó, *Memorias*, pp. 139-144.
78. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 236.
79. López Rodó, *Memorias*, p. 83.
80. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 236, 266.
81. Navarro Rubio, «La batalla de la estabilización», pp. 178-186.
82. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 244.
83. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 248, 270. Sobre la base psicológica de esta pasión, véase González Duro, *Franco*, pp. 313-318.
84. Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 557-68. Cf. Ministerio de AA.EE. al Departamento meridional, 2 de enero de 1959, FO371/144927, RS1015/1.
85. Informe del Banco de Londres y Suramérica, Madrid, 3 de marzo de 1959, FO371/144927, RS1015/9; Toquero, *Franco y Don Juan*, pp. 297-300; Suárez Fernández, *Franco*, VI, pp. 78-82.
86. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 259.
87. Tusell, *La oposición democrática*, pp. 314-336, 340-357; Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, pp. 55-58; Javier Tusell y José Calvo, *Giménez Fernández: precursor de la democracia española*, Madrid, 1990, pp. 269-280; Ellwood, *Prietas las filas*, pp. 220-228.
88. Navarro Rubio, «La batalla de la estabilización», pp. 188-196; Mallet al Foreign Office, 5, 11 de febrero de 1959, FO 371/144927, RS1015/4, FO371/144926, RS1013/1; Mallet a Selwyn Lloyd, 17 de febrero de 1959, FO371/144950, RS1102/1.
89. Navarro Rubio, «La batalla de la estabilización», pp. 196-199; Navarro Rubio, *Mis memorias*, pp. 124-126; informe del Banco de Londres y Suramérica, Madrid, 3 de marzo de 1959, FO 371/144927, RS1015/9; Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, p. 79.
90. López Rodó, *Memorias*, p. 184.
91. Entrevista con Navarro Rubio, Bayod, *Franco*, p. 89.
92. Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, p. 79.
93. Navarro Rubio, «La batalla de la estabilización», pp. 201-202.
94. Navarro Rubio, *Mis memorias*, pp. 140-141; entrevista a Navarro Rubio en Bayod, *Franco*, p. 89.
95. Entrevista a Ullastres en Sinova, *Historia del franquismo*, II, p. 473; entrevista a Arrese en Bayod, *Franco*, pp. 59-61.
96. Entrevista a Arrese en Bayod, *Franco*, p. 58.
97. Navarro Rubio, *Mis memorias*, pp. 141-148; Mariano Navarro Rubio, «La batalla del desarrollo» en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, n.º 54, 1977, pp. 198, 205-207; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 246-247.
98. Testimonio de Rafael Calvo Serer al autor, Londres, 1976; cf. Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, pp. 77-79.
99. Suárez Fernández, *Franco*, VI, p. 96.

100. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 259.
101. Joaquín Bardavío, *La rama trágica de los Borbones*, Barcelona, 1989, pp. 68-69.
102. *The Times*, 2 de abril de 1959.
103. Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 625-626.
104. *Arriba*, 2 de abril de 1959; Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 593-599.
105. Sueiro, *El Valle de los Caídos*, pp. 208-209.
106. José Maravall, *El desarrollo económico y la clase obrera*, Barcelona, 1970, pp. 91-92; Javier Domínguez, *Organizaciones obreras cristianas en la oposición al franquismo (1951-1975)*, Bilbao, 1985, pp. 47-66.
107. *The Times*, 1 de julio de 1959; Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 641-643.
108. Dwight D. Eisenhower, *The White House Years: Waging Peace 1956-1961*, Londres, 1965, p. 423.
109. Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 699-705; memorando de las conversaciones Eisenhower-Franco, Suárez Fernández, *Franco*, VI, pp. 140-152; Welles, *Gentle Anarchy*, pp. 247-252.
110. Eisenhower, *The White House Years*, pp. 509-510.
111. Franco, *Nosotros*, p. 115.
112. Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 707-735; López Rodó, *Memorias*, pp. 204-205.
113. Joan Clavera, Joan M. Esteban, María Antonia Monés, Antoni Montserrat y Jacint Ros Hombravella, *Capitalismo español: de la autarquía a la estabilización*, 2 vols., Madrid, 1973, I, pp. 78-90; Juan Muñoz, Santiago Roldán y Ángel Serrano, *La internacionalización del capital en España 1959-1977*, Madrid, 1978, pp. 17-43.
114. Navarro Rubio, *Mis memorias*, pp. 142-145, 278-279; López Rodó, *Memorias*, pp. 217-218; entrevista a Arrese en Bayod, ed., *Franco visto*, pp. 59-61; Suárez Fernández, *Franco*, VI, p. 188.

26. Presintiendo la muerte

1. *The Times*, 29 de marzo de 1960; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 279; Peñafiel, *El General*, pp. 70-72.
2. *The Times*, 30 de marzo de 1960.
3. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 277, 280.
4. Franco a don Juan, 12 de marzo de 1960, recogido en Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, pp. 400-1; *Ibid*, pp. 236-237.
5. Mauricio Carlavilla, *Anti-España 1959: autores, cómplices y encubridores del comunismo*, Madrid, 1959, pp. 117-124.
6. Toquero, *Franco y Don Juan*, pp. 280-283; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 280-281.
7. *The Times*, 31 de marzo de 1960; Toquero, *Franco y Don Juan*, pp. 280-284.
8. Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, pp. 238-239; López Rodó, *Memorias*, pp. 214-215.
9. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. xx.
10. Don Juan a Franco, 11 de abril de 1960, Franco a don Juan, 27 de abril de 1960, recogido en Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, pp. 402-403.
11. *La Vanguardia Española*, 1 de mayo de 1960.
12. *La Vanguardia Española*, 10 de mayo de 1960.
13. Navarro Rubio, *Mis memorias*, pp. 170-180.
14. Francisco Franco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1960-1963*, Madrid, 1964, pp. 13-46.
15. Carlos Fernández Santander, *El fútbol durante la Guerra Civil y el franquismo*, Madrid, 1990, pp. 171-175; Duncan Shaw, *Fútbol y franquismo*, Madrid, 1987, p. 168; Suárez Fernández, *Franco*, VI, p. 201.
16. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 290-292.
17. Sueiro, *Valle*, pp. 225-230; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 302-303.
18. López Rodó, *Memorias*, pp. 257-259.
19. Suárez Fernández, *Franco*, VI, pp. 202-203.
20. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 307, 311-312, 324.
21. Suárez Fernández, *Franco*, VI, pp. 261-65; Marquina, *España*, pp. 746-749; Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, pp. 58-66.
22. Franco, *Discursos 1960-1963*, pp. 199-201.
23. Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, p. 86.
24. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 317-319; López Rodó, *Memorias*, p. 271; Navarro Rubio, *Mis memorias*, pp. 223-226.
25. Franco, *Discursos 1960-1963*, pp. 207-253.
26. Don Juan a Franco, 10 de julio de 1961, Franco a don Juan, 22 de julio de 1961, recogido por completo en López Rodó, *Memorias*, pp. 698-702.
27. Franco, *Discursos 1960-1963*, pp. 291-306.
28. Franco, *Discursos 1960-1963*, pp. 307-316.
29. Marquina, *España*, pp. 750, 754-759.
30. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 189-190, 198-199.
31. Gregorio Morán, *Adolfo Suárez: historia de una ambición*, Barcelona, 1979, pp. 140-141.
32. Franco, *Discursos 1960-1963*, pp. 317-341.
33. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 190-191.
34. Morán, *Suárez*, pp. 141, 199.
35. López Rodó, *Memorias*, pp. 262-263; López Rodó, *La larga marcha*, p. 199.
36. Morán, *Suárez*, pp. 142-143.
37. *ABC*, 26 de diciembre de 1961; Gil, *Cuarenta años*, p. 131.
38. *ABC*, 27 de diciembre de 1961; *The Times*, 27 de diciembre de 1961; Soriano, *La mano*, pp. 14-20.
39. Soriano, *La mano*, p. 15.
40. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 331.
41. Franco Salgado-Araujo, anotaciones del 8, 15 de enero de 1962 en su diario, *Mis conversaciones*, pp. 331-332; Soriano, *La mano*, pp. 26-38, 47.
42. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 195-196.
43. Soriano, *La mano*, pp. 29-35.
44. José María de Areilza, *Crónica de la libertad*, Barcelona, 1985, pp. 36-37; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 195-198; López Rodó, *Memorias*, pp. 301-302.
45. Franco, *Discursos 1960-1963*, pp. 357-59; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 196-197.
46. López Rodó, *Memorias*, pp. 306-310.
47. Navarro Rubio, *Mis memorias*, pp. 227-230.
48. López Rodó, *Memorias*, pp. 307-311; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 199-201.
49. López Rodó, *Memorias*, pp. 312-315, 538.
50. Soriano, *La mano*, pp. 88-93; Gil, *Cuarenta años*, p. 132.
51. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 345; Soriano, *La mano*, pp. 87-88; Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 35, 109, 178.
52. Shaw, *Fútbol*, pp. 145-180.
53. Vicente Gil, *Cuarenta años junto a Franco*, Barcelona, 1981, pp. 84-85; Fernández Santander, *El fútbol*, pp. 196-197.
54. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 322; López Rodó, *Memorias*, pp. 315-317; Areilza, *Memorias*, pp. 169-170.
55. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 332.
56. Peñafiel, *El General*, pp. 121-128.
57. *Mundo Obrero*, 1 de mayo de 1962; *The Times*, 12 de mayo de 1962; Ignacio Fernández de Castro y José Martínez, *España hoy*, París, 1963, pp. 67-97, 103-

- 128, 140-192; Partido Comunista Francés, *Dos meses de huelga*, París, 1962, pp. 41-95; Miguélez, *La lucha*, pp. 103-113.
58. Franco, notas manuscritas sobre la participación del clero en materia de trabajo, mayo de 1962, Fundación Francisco Franco, Legajo 53, n. ^{os} 12-18, en *Manuscritos de Franco*, doc. 39bis.
59. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 337-341.
60. Arriba, 27 de mayo de 1962; Franco, *Discursos 1960-1963*, pp. 389-397.
61. Suárez Fernández, *Franco*, VI, p. 377.
62. ABC, 9 de junio de 1962; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 343; Soriano, *La mano*, pp. 151-152; López Rodó, *Memorias*, pp. 335-336; Suárez Fernández, *Franco*, VI, p. 357.
63. Areilza, *Memorias exteriores*, pp. 170-182; Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, pp. 112-113.
64. Arriba, 9, 10, 12 de junio de 1962; ABC, 9, 11, 12 de junio de 1962.
65. Partido Comunista de España, *Declaración por la reconciliación nacional por una solución democrática y pacífica del problema español*, París, 1956, pp. 3, 5, 29-31, 37-40; Paul Preston, «The PCE's Long Road to Democracy 1954-1977», en Richard Kindersley, editor, *In Search of Eurocommunism*, Londres, 1981, pp. 36-65.
66. Hermet, *Les catholiques*, II, pp. 287-297.
67. *La Vanguardia Española*, 17 de junio de 1962; *The Times*, 18 de junio de 1962; Franco, *Discursos 1960-1963*, pp. 399-404; Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, p. 112.
68. Franco, *Discursos 1960-1963*, pp. 412, 423-424, 427.
69. *Le Monde*, 7 de julio de 1962.
70. Suárez Fernández, *Franco*, VI, pp. 394-395.
71. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 343-344.
72. ABC, 11 de julio de 1962; *Le Monde*, 11 de julio de 1962; López Rodó, *Memorias*, pp. 339-347; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 344; Fraga, *Memoria breve*, pp. 2932, 43; Mérida, *Testigos*, pp. 68-70; Welles, *Gentle Anarchy*, pp. 88-99.
73. ABC, 22 de septiembre de 1962.
74. Ignacio Fernández de Castro y José Martínez, *España hoy*, pp. 293-303.
75. Fraga, *Memoria breve*, p. 59; López Rodó, *Memorias*, pp. 359-360.
76. Ignacio Fernández de Castro y José Martínez, *España hoy*, p. 307.
77. Baón, *La cara*, p. 70; Fraga, *Memoria breve*, p. 52; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 382, 397; Gil, *Cuarenta años*, pp. 107-136.
78. Fraga, *Memoria breve*, pp. 33, 41-42.
79. Manuel Fernández Areal, *La libertad de prensa en España 1938-1971*, Madrid, 1971, pp. 69-75; Terrón Montero, *La prensa*, pp. 166-175.
80. López Rodó, *Memorias*, pp. 364-365, 518-519.
81. Franco, notas mecanografiadas sobre la masonería, 1963, Fundación Francisco Franco, Legajo 246, n.º 4, en *Manuscritos de Franco*, doc. 45; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 366-369; Jaraiz Franco, *Historia*, p. 191.
82. Franco, *Discursos 1960-1963*, pp. 505-539; Welles, *Gentle Anarchy*, pp. 103-106; López Rodó, *Memorias*, pp. 375-376; Fraga, *Memoria breve*, p. 65.
83. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 376.
84. *Le Monde*, 13, 18, 19 de abril de 1962; Amandino Rodríguez Armada y José Antonio Novais, ¿ *Quién mató a Julián Grimau?*, Madrid, 1976, pp. 17-103, 113-114; *Julián Grimau: crimen y castigo del general Franco*, Buenos Aires, 1963, pp. 9-15. La respuesta del régimen a las críticas fue ¿ *Crimen o castigo? Documentos inéditos sobre Julián Grimau García*, Madrid, 1963.
85. Rodríguez Armada y Novais, *Grimau*, pp. 110-111; Ballbé, *Orden público*, p. 425; Alfonso Armada, *Al servicio de la Corona*, Barcelona, 1983, pp. 72-73, 76-77.
86. Lannon, *Privilege*, pp. 246-49; testimonio de Joaquín Ruiz Giménez, Mérida, *Testigos*, p. 235; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 381-382.
87. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 380-381; López Rodó, *Memorias*, p. 379; Fraga, *Memoria breve*, pp. 69-70; testimonio de Manuel Fraga al autor.
88. ABC, 28 de abril de 1962; Rodríguez Armada y Novais, *Grimau*, pp. 109-159.
89. Areilza, *Memorias exteriores*, pp. 164-165.
90. Ballbé, *Orden público*, pp. 420-427; Fraga, *Memoria breve*, p. 71.
91. Octavio Alberola y Ariane Gransac, *El anarquismo español y la acción revolucionaria 1961-1974*, París, 1975, pp. 107-112; Edouard de Blaye, *Franco and the Politics of Spain*, Harmondsworth, 1976, p. 221.
92. Suárez Fernández, *Franco*, VII, pp. 88-91; Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, pp. 132-135.
93. Fraga, *Memoria breve*, p. 77.
94. Franco, *Discursos 1960-1963*, p. 561.
95. Franco, *Discursos 1960-1963*, pp. 565-567.
96. Franco, notas manuscritas sobre las negociaciones para la renovación de los acuerdos de 1953, mayo de 1963, Fundación Francisco Franco, Legajo 241, n.º 21, 23, 25, en *Manuscritos de Franco*, doc. 44.
97. Fraga, *Memoria breve*, pp. 60, 65, 67; Welles, *Gentle Anarchy*, pp. 294-308; Marquina, *España*, pp. 761-778; Antonio Garrigues y Díaz Cañabate, *Diálogos conmigo mismo*, Barcelona, 1978, pp. 98-99; Rubottom y Murphy, *Spain*, pp. 79-84; Suárez Fernández, *Franco*, VII, pp. 101-109; Blaye, *Franco*, pp. 222-223.

27. Preparándose para la inmortalidad

1. Fraga, *Memoria breve*, p. 99.
2. Fraga, *Memoria breve*, p. 106.
3. *ABC*, 1 de abril de 1964.
4. Sánchez Silva y Sáenz de Heredia, *Franco... ese hombre*, p. 14; Fraga, *Memoria breve*, p. 120; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 428-429, 431; Suárez Fernández, *Franco*, VII, p. 150.
5. Francisco Franco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1964-1967*, Madrid, 1968, pp. 19-40.
6. Fraga, *Memoria breve*, p. 107; López Rodó, *Memorias*, pp. 458-459.
7. Franco, *Discursos 1964-1967*, p. 43.
8. Miguélez, *La lucha*, pp. 121-126.
9. López Rodó, *Memorias*, p. 456; Fraga, *Memoria breve*, p. 108.
10. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 424.
11. Fraga, *Memoria breve*, p. 110.
12. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 423-424; Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, p. 144.
13. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 421.
14. Fraga, *Memoria breve*, pp. 112, 115; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 426; Fernández Santander, *El fútbol*, pp. 185-187; Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, p. 145.
15. Gómez Pérez, *El franquismo*, pp. 104-106.
16. Franco, *Discursos 1964-1967*, pp. 51-92.
17. Fraga, *Memoria breve*, pp. 117-116; López Rodó, *Memorias*, pp. 475-478.
18. Blázquez, *La traición*, pp. 158-164; Lannon, *Privilege*, pp. 250-251.
19. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 407; Fraga, *Memoria breve*, pp. 89, 99, 103, 123-125.
20. Gómez Pérez, *El franquismo*, pp. 111-113.
21. Franco, *Discursos 1964-1967*, pp. 119-135; Blázquez, *La traición*, pp. 160-161.
22. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 208, 217-225; Payne, *Franco Regime*, pp. 508-510.
23. López Rodó, *Memorias*, p. 498.
24. López Rodó, *La larga marcha*, p. 226; Fraga, *Memoria breve*, p. 133.
25. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 226-227.
26. López Rodó, *Memorias*, p. 512; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 227-228.
27. López Rodó, *Memorias*, pp. 519-520; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 229-230; Fraga, *Memoria breve*, p. 135.
28. Fraga, *Memoria breve*, pp. 136, 138.
29. Payne, *Franco Regime*, p. 511.
30. Entrevista a Espinosa San Martín en Bayod, *Franco*, pp. 149-150.
31. López Rodó, *Memorias*, pp. 532-539; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 235-236; Fraga, *Memoria breve*, p. 142.
32. Fraga, *Memoria breve*, p. 142.
33. Franco, notas mecanografiadas del borrador de la Ley de Prensa, 1964, Fundación Francisco Franco, Legajo 157, n.º 1, en *Manuscritos de Franco*, doc. 46; Fraga, *Memoria breve*, pp. 144-145, 151, 158-159.
34. Baón, *La cara humana*, pp. 64-67, 73, 160.
35. *ABC*, 28 de agosto de 1968; Garriga, *La Señora*, pp. 278-280, 296.
36. Entrevista a Espinosa San Martín en Bayod, *Franco*, p. 151.
37. Laureano López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, Barcelona, 1991, p. 43; Joaquín Bardavío, *La rama trágica de los Borbones*, Barcelona, 1989, pp. 111-118.
38. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 22, 33-34.
39. López Rodó, *Memorias*, pp. 539-543, 564; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 455-456; Fraga, *Memoria breve*, pp. 159-160; entrevista a Espinosa San Martín en Bayod, *Franco*, pp. 150-152.
40. Antonio Garrigues y Díaz Cañabate, *Diálogos conmigo mismo*, Barcelona, 1978, pp. 5859; *Cambio 16*, n.º 278, 10 de abril de 1977, p. 13. Ninguna fuente ofrece una fecha, excepto cf. López Rodó, *Memorias*, p. 559.
41. López Rodó, *Memorias*, p. 579; Fraga, *Memoria breve*, p. 151.
42. Toquero, *Franco y Don Juan*, pp. 334-336; Bardavío, *La rama trágica*, pp. 102-106, 111-114; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 237-239; Fraga, *Memoria breve*, pp. 150-152.
43. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, p. 93; López Rodó, *La larga marcha*, p. 238.
44. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 18-20; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 239-243. Sobre los pretendientes carlistas, véase Javier Lavardín, *Historia del último pretendiente a la corona de España*, París, 1976, *passim*.
45. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 465, 506, 514.
46. Suárez Fernández, *Franco*, VII, pp. 328-329; López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 41-42.
47. Fraga, *Memoria breve*, p. 172.
48. Areilza, *Crónica*, pp. 19-21, 42-44; Toquero, *Franco y Don Juan*, pp. 343-348; Suárez Fernández, *Franco*, VII, pp. 171-172.
49. Fraga, *Memoria breve*, pp. 166-169.
50. Vaca de Osma, *Paisajes*, p. 211.
51. Emilio Attard, *La Constitución por dentro*, Barcelona, 1983, p. 115; López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, p. 26.

52. Fraga, *Memoria breve*, p. 64.
53. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 469.
54. Fraga, *Memoria breve*, pp. 170-172.
55. Fraga, *Memoria breve*, pp. 174-175; López Rodó, *La larga marcha*, p. 248.
56. Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, pp. 169-170; Fraga, *Memoria breve*, p. 183.
57. Franco, *Discursos 1964-1967*, pp. 219-251.
58. Crozier, *Franco*, pp. 486-487.
59. Payne, *Franco Regime*, p. 495.
60. Franco, *Discursos 1964-1967*, p. 259.
61. *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 10, diciembre 1966-enero 1967, pp. 27-63; Blaye, *Franco*, pp. 236-238.
62. Gil, *Cuarenta años*, pp. 84-85; Fernández Santander, *El fútbol*, pp. 196-197.
63. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, p. 138; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 465, 495, 504-505; entrevista a Espinosa San Martín en Bayod, *Franco*, p. 158; Hills, *Rock of Contention*, pp. 455-466.
64. Entrevista a Espinosa San Martín en Bayod, *Franco*, p. 153.
65. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 370-371.
66. Entrevista a Espinosa San Martín en Bayod, *Franco*, p. 158.
67. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 262-263; Suárez Fernández, *Franco*, VII, pp. 377-379.
68. Suárez Fernández, *Franco*, VII, pp. 380-390.
69. «Franco: los archivos secretos IV», *Tiempo*, 14 de diciembre de 1992; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 497-498.
70. De la Cierva, *Franquismo*, II, pp. 250-252; Fraga, *Memoria breve*, p. 194; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 263-265; López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, p. 207.
71. Calvo Serer, *Franco frente al Rey*, p. 171.
72. Entrevista a Espinosa San Martín en Bayod, *Franco*, p. 154.
73. Fraga, *Memoria breve*, p. 215.
74. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 530, 533, 537; Fraga, *Memoria breve*, pp. 216, 243.
75. Entrevista a Espinosa San Martín en Bayod, *Franco*, p. 158.
76. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 511.
77. Franco, *Discursos 1964-1967*, pp. 291-333.
78. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 511.
79. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 513-514.
80. *Le Monde*, 14 de marzo de 1969; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 540-541, 547.
81. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 267-270.
82. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 515-517, 525-526, 530-531.
83. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, p. 307.
84. Franco, borrador manuscrito de una carta a Pablo VI, 1968, Fundación Francisco Franco, Legajo 17, n.º 2, en *Manuscritos de Franco*, doc. 49; De la Cierva, *Franquismo*, II, p. 258.
85. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 538-539.
86. Francesc Amover, *Il carcere vaticano: Chiesa e fascismo in Spagna*, Milán, 1975, pp. 2847; Fernando Gutiérrez, *Curas represaliados en el franquismo*, Madrid, 1977, *passim*.
87. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 308-318, 325.
88. Rafael Calvo Serer, *La solución presidencialista*, Barcelona, 1979, p. 39.
89. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 346-349, 355-357.
90. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 362-364.
91. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 339-341, 370-372; Fraga, *Memoria breve*, pp. 229-230; Marquina, *España*, pp. 810-814.
92. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 366-367; Marquina, *España*, pp. 814-821.
93. Marquina, *España*, pp. 820-836; Rubottom y Murphy, *Spain*, pp. 87-91.
94. Francisco Franco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1968-1970*, Madrid, 1971, pp. 52-69.
95. López Rodó, *Memorias*, p. 542; Fraga, *Memoria breve*, pp. 234, 241; entrevista a López Rodó en Bayod, *Franco visto*, p. 167; Raymond Carr, «The legacy of Francoism» en José L. Cagigao, John Crispin y Enrique Pupo-Walker, editores, *Spain 1975-1980: The Conflicts and Achievements of Democracy*, Madrid, 1982, p. 136; Coles, *Franco*, p. 29.
96. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 358-359.
97. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 279, 291-293, 301; López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 381-384; Fraga, *Memoria breve*, pp. 236-237; Suárez Fernández, *Franco*, VIII, pp. 66-72.
98. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, p. 386.
99. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 303-311; entrevista a Espinosa San Martín en Bayod, *Franco*, p. 160; Fraga, *Memoria breve*, pp. 245-246; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 544-545.
100. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 423-426.
101. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 320-325.
102. Joaquín Bardavío, *Los silencios del Rey*, Madrid, 1979, p. 35; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 325-336.
103. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 456-466.
104. Bardavío, *Los silencios*, pp. 35-36; López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 471-476; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 362-365.
105. Sáinz Rodríguez, *Un reinado*, p. 276.

106. Franco, *Discursos 1968-1970*, pp. 85-97.

107. Bardavío, *Los silencios*, pp. 49-50.

108. Bardavío, *Los silencios*, pp. 27, 50-52.

28. *El largo adiós*

1. Informes favorables a Matesa en Navarro Rubio, *Mis memorias*, pp. 345-431 y López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 494-521, 553-563.
2. Suárez Fernández, *Franco*, VIII, pp. 158-159.
3. *Arriba*, 24, 27 de agosto de 1969.
4. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, pp. 527, 530.
5. Jaraiz Franco, *Historia*, p. 204.
6. Franco, *Nosotros*, p. 158.
7. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 507-509, 682-90.
8. Entrevista a Espinosa San Martín en Bayod, *Franco*, pp. 161-163.
9. Carrero Blanco a Franco, 16 de octubre de 1969, recogido en López Rodó, *La larga marcha*, pp. 654-659; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 549; Fraga, *Memoria breve*, pp. 252-253; De la Cierva, *Franquismo*, II, pp. 314-316; López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 499-505.
10. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 390-395; López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 520-23, 534-537.
11. Navarro Rubio, *Mis memorias*, p. 245.
12. Entrevista a López Bravo, Bayod, *Franco*, p. 120; López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 522, 535.
13. *ABC*, 29 de octubre de 1969; Equipo Mundo, *Los 90 Ministros*, pp. 420-500; Calvo Serer, *La dictadura*, pp. 166, 168; Armada, *Al servicio*, pp. 68, 72, 78, 93-94, 100-101, 119, 121, 135; José Ignacio San Martín, *Servicio especial: a las órdenes de Carrero Blanco*, Barcelona, 1983, pp. 198, 253; López Rodó, *La larga marcha*, p. 200.
14. Morán, *Suárez*, pp. 198-199, 204-205.
15. López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, pp. 536-539.
16. Fraga, *Memoria breve*, pp. 261-263.
17. Franco, *Discursos 1968-1970*, pp. 107-121.
18. Muchos periodistas y personajes de la oposición española de la época creían que éste era el caso. Es imposible demostrarlo aunque existen indicios en las memorias del oficial al mando de la SDPG, San Martín, *Servicio especial*, pp. 23-42.
19. «Luis Ramírez» (seudónimo de Luciano Rincón), «Morir en el búnker», *Horizonte Español* 1972, 3 vols., París, 1972, I, pp. 1-20; Preston, *Politics of Revenge*, pp. 165-174.
20. Garriga, *La Señora*, pp. 235, 289-292, 297-301; Joaquín Giménez Arnau, *Yo, Jimmy: mi vida entre los Franco*, Barcelona, 1981, p. 26.
21. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 274-275, 286-289; López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, p. 307.
22. Fraga, *Memoria breve*, p. 263; López Rodó, *Memorias: Años decisivos*, p. 436.
23. López Rodó, *Memorias*, pp. 83-84.
24. Morán, *Suárez*, p. 184.
25. Baón, *La cara humana*, pp. 30-31, 37-38; Fraga, *Memoria breve*, p. 263.
26. Baón, *La cara humana*, pp. 64-67, 73, 160; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 555.
27. Fraga, *Memoria breve*, pp. 268, 272.
28. *Le Monde*, 20-21 de septiembre de 1970.
29. Testimonio de Elósegui al autor en 1985; Elósegui, *Quiero morir*, pp. 37-40; Southworth, *Guernica!*, p. 309.
30. Henry Kissinger, *The White House Years*, Londres, 1979, pp. 930-932; Laureano López Rodó, *El principio del fin: Memorias*, Barcelona, 1992, pp. 84-85.
31. Nicolás Franco a Francisco Franco, 6 de noviembre (no se da el año). La carta se reproduce en facsímil en Jaraiz Franco, *Historia*, p. 203 y se transcribe en Franco, *Nosotros*, p. 62. Véase también, Garriga, *Nicolás Franco*, pp. 339-340. El hecho de que la fecha de la carta no incluya el año, indujo a *Diario 16, Historia de la transición*, Madrid, 1984, I, p. 144, y Payne, *Franco Regime*, p. 615, a suponer que se refería a las ejecuciones del 27 de septiembre de 1975. Tendría poco sentido pedir la conmutación de ejecuciones acontecidas diez días atrás.
32. *Le Monde*, 16, 18 de diciembre de 1970.
33. *Le Monde*, 18, 19, 21 de diciembre de 1970; Gil, *Cuarenta años*, pp. 98-103; Blaye, *Franco*, pp. 310-11; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 560; López Rodó, *El principio*, pp. 113-115.
34. *Le Monde*, 29, 30 de diciembre de 1970; entrevistas a López Bravo y Garicano Goñi en Bayod, *Franco*, pp. 124, 201-202; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 405-406; López Rodó, *El principio*, pp. 122-129, 579-82.
35. Franco, *Discursos 1968-1970*, pp. 167-178.
36. Garriga, *La Señora*, pp. 252-253.
37. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 559.
38. Vernon A. Walters, *Silent Missions*, Nueva York, Doubleday, 1978, pp. 552-557.
39. Bardavío, *Los silencios*, pp. 53-54; López Rodó, *El principio*, p. 146.
40. Cooper, *Catholicism*, pp. 39-40.
41. Fraga, *Memoria breve*, pp. 280-282.
42. *Arriba*, 2 de octubre de 1971; *ABC*, 2 de octubre de 1971; *Mundo Obrero*, 15 de octubre de 1971; *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.^{os} 33-34, octubre de 1971-marzo de 1972, pp. 3-19.
43. Paul Preston, *The Triumph of Democracy in Spain*, Londres, 1986, pp. 40-42.
44. Franco, *Pensamiento político*, 2 vols., Madrid, 1975, I, pp. 3-17.
45. Garriga, *Nicolás Franco*, pp. 311-317; Gil, *Cuarenta años*, pp. 87, 93; De la Cierva, *Franquismo*, II, pp. 355-356.
46. Bardavío, *La rama trágica*, pp. 163-172, 192; Peñafiel, *El General*, pp. 166-168, 203-210.
47. Garriga, *La Señora*, pp. 332-333; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 411-429; Suárez Fernández, *Franco*, VIII, pp. 273-282; Bardavío, *La rama trágica*, pp.

153-157, 181-192.

48. Gil, *Cuarenta años*, pp. 42-43, 60, 87-88, 91; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 323, 419, 435; López Rodó, *El principio*, pp. 280-281; Fraga, *Memoria breve*, pp. 285, 287-292; Calvo Serer, *La solución*, pp. 38-39.

49. Jaraiz Franco, *Historia*, pp. 156, 162-163, 174, 205.

50. Gil, *Cuarenta años*, pp. 50-51; Fraga, *Memoria breve*, pp. 288-289; Payne, *Franco Regime*, p. 585.

51. López Rodó, *El principio*, p. 325.

52. Franco, *Pensamiento político*, I, p. 34; López Rodó, *El principio*, pp. 336-338.

53. López Rodó, *El principio*, pp. 335-336.

54. López Rodó, *El principio*, p. 345.

55. *Le Monde*, 4, 5-6, 7 de agosto de 1973; Ismael Fuente, Javier García y Joaquín Prieto, *Golpe mortal: asesinato de Carrero y agonía del franquismo*, Madrid, 1983, p. 164; entrevista a Carlos Arias en Bayod, *Franco*, p. 308; Bardavío, *Los silencios*, pp. 61-62; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 440-453.

56. Fraga, *Memoria breve*, p. 298; López Rodó, *El principio*, pp. 541-542; De la Cierva, *Franquismo*, II, p. 321.

57. Julen Aguirre (seudónimo de Eva Forest), *Operación Ogro: cómo y por qué ejecutamos a Carrero Blanco*, Hendaya/París, 1974, *passim*; Joaquín Bardavío, *La crisis: historia de quince días*, Madrid, 1974, pp. 47-56.

58. Fuente y otros, *Golpe mortal*, p. 172; José Utrera Molina, *Sin cambiar de bandera*, Barcelona, 1989, pp. 70-74; De la Cierva, *Franquismo*, II, p. 389.

59. Franco, *Nosotros*, p. 150.

60. Fuente y otros, *Golpe mortal*, pp. 54-57.

61. *Pueblo*, 22 de diciembre de 1973; Iniesta Cano, *Memorias*, pp. 218-222; San Martín, *Servicio especial*, pp. 90-114; Bardavío, *La crisis*, pp. 111-116; Fuente y otros, *Golpe mortal*, pp. 184-187.

62. *Le Monde*, 25, 30-31 de diciembre de 1973, 5-8 de enero de 1974; *Sunday Times*, 23 de diciembre de 1973; Julio Rodríguez Martínez, *Impresiones de un ministro de Carrero Blanco*, Barcelona, 1974, pp. 54-58, 80, 86; Utrera, *Sin cambiar*, pp. 76-78; Fuente y otros, *Golpe mortal*, pp. 195-201; San Martín, *Servicio especial*, pp. 99-102.

63. Jaraiz Franco, *Historia*, p. 208; De la Cierva, *Franquismo*, II, pp. 391-392.

64. Rafael Borrás Betriu y otros, *El día en que mataron a Carrero Blanco*, Barcelona, 1974, pp. 252-256; *Mundo*, 5 de enero de 1974.

65. Gil, *Cuarenta años*, pp. 139-163; Utrera, *Sin cambiar*, pp. 83-85; Bardavío, *Los silencios*, pp. 65-69; Fuente y otros, *Golpe mortal*, pp. 172-173, 282-301; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 459-461; Rodríguez, *Impresiones*, p. 96; Fraga, *Memoria breve*, pp. 309-310.

66. Franco, *Pensamiento*, I, pp. 35-38; Bardavío, *Los silencios*, p. 74.

67. López Rodó, *El principio*, p. 152.

68. *The Times*, 4 de enero de 1974; *Le Monde*, 4 de enero de 1974.

69. Fuente, *Golpe mortal*, p. 283.

70. Utrera, *Sin cambiar*, pp. 85-92; De la Cierva, *Franquismo*, II, p. 395.

71. *The Times*, 13 de febrero de 1974; *Le Monde*, 14 de febrero de 1974; Carlos Arias Navarro, *Discurso del Presidente del Gobierno a las Cortes Españolas*, 12.II.1974, Madrid, 1974; entrevista a Carro Martínez, Bayod, *Franco*, pp. 348-349.

72. Utrera, *Sin cambiar*, pp. 98, 103; De la Cierva, *Franquismo*, II, pp. 395-396.

73. *Le Monde*, 26 de febrero, 5, 9 de marzo de 1974; *El Alcázar*, 7, 8 de marzo de 1974.

74. *Arriba*, 28 de abril de 1974; *ABC*, 30 de abril de 1974; *Cambio 16*, 13 de mayo de 1974; Utrera, *Sin cambiar*, pp. 116-122.

75. *Le Monde*, 15 de mayo de 1974; *Financial Times*, 29 de mayo de 1974; Manuel Gutiérrez Mellado, *Un soldado para España*, Barcelona, 1983, pp. 47-49; Preston, *Triumph*, pp. 60-62.

76. Fraga, *Memoria breve*, p. 330.

77. Gil, *Cuarenta años*, pp. 167-190; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 463-465; Bardavío, *La rama trágica*, pp. 203-204; Baón, *La cara humana*, pp. 37, 217-220.

78. Gil, *Cuarenta años*, pp. 193-202, 209, 212; Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 22-23; Peñafiel, *El General*, pp. 155-156, 160.

79. Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 29-30, 35, 37-39, 47, 51.

80. Bardavío, *Los silencios*, pp. 95-101; Utrera, *Sin cambiar*, p. 147.

81. Utrera, *Sin cambiar*, pp. 155-160.

82. Utrera, *Sin cambiar*, p. 163.

83. *ABC*, 3 de septiembre de 1974; Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 67-71; López Rodó, *La larga marcha*, pp. 467-468; Garriga, *La Señora*, pp. 343-346; Bardavío, *Los silencios*, pp. 100-102.

84. Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 121-125.

85. *Le Monde*, 4, 8, 18, 30, 31 de octubre de 1974; José Oneto, *Arias entre dos crisis 1973-1975*, Madrid, 1975, pp. 149-153; entrevista a Carro Martínez en Bayod, *Franco*, pp. 354-356; Sánchez Soler, *Villaverde*, p. 100; Utrera, *Sin cambiar*, pp. 173-175; De la Cierva, *Franquismo*, II, p. 402.

86. Bardavío, *Los silencios*, p. 102.

87. Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 126-129, 133-136, 141-147.

88. Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 133, 177-178.

89. Franco, *Pensamiento político*, I, pp. 39-43.

90. Utrera, *Sin cambiar*, pp. 226-233.

91. Javier Figuero y Luis Herrero, *La muerte de Franco jamás contada*, Barcelona, 1985, pp. 19-21.

92. *Le Monde*, 5 de marzo de 1975; entrevista a Carro Martínez, Bayod, *Franco*, pp. 356-357; Utrera, *Sin cambiar*, pp. 248-259; Morán, *Suárez*, pp. 286-287.

93. *Arriba*, 28 de febrero de 1975.

94. Utrera, *Sin cambiar*, pp. 266-273.

95. Fraga, *Memoria breve*, pp. 346-349.

96. Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 131-132, 158.

97. Rubbotom y Murphy, *Spain and the U.S.*, pp. 113-114.
98. *Cambio 16*, 23-29 de junio de 1975; Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 178-180.
99. Pedro J. Ramírez, *El año que murió Franco*, Barcelona, 1985, pp. 51-52, 68-69; Morán, *Suárez*, pp. 295-96.
100. Pozuelo, *Los últimos 476 días*, p. 157.
101. Franco, *Nosotros*, pp. 236-237.
102. Pozuelo, *Los últimos 476 días*, p. 187; Fraga, *Memoria breve*, p. 363.
103. *Arriba*, 16 de julio de 1975.
104. Ramírez, *El año*, pp. 112, 118-121.
105. *Ya*, 30 de septiembre de 1975; *Diario 16, Historia de la transición*, pp. 130-137.
106. Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 208-10; Ramírez, *El año*, pp. 204-206.
107. *Arriba*, 2 de octubre de 1975; *Cambio 16*, 6 de octubre de 1975; Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 210-212.
108. Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 215-216; Baón, *La cara humana*, p. 227.
109. Peñafiel, *El General*, pp. 47-52.
110. Franco, *Nosotros*, pp. 167-168; Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 218-221; Figuro y Herrero, *La muerte*, p. 26.
111. Baón, *La cara humana*, p. 230.
112. *ABC*, 2, 7 de noviembre; *Ya*, 29, 30 de octubre, 9, 14, 18 de noviembre de 1975.
113. Manuel Hidalgo Huerta, *Cómo y por qué operé a Franco*, Madrid, 1976, pp. 18-34.
114. Hidalgo Huerta, *Cómo y por qué*, pp. 35-55.
115. Peñafiel, *El General*, pp. 29-35; Ramírez, *El año*, p. 255.
116. Hidalgo Huerta, *Cómo y por qué*, pp. 59-69.
117. *Arriba*, 14, 18 de noviembre de 1975; Figuro y Herrero, *La muerte*, pp. 35-36, 50-51.
118. *Arriba*, 20 de noviembre de 1975; *Ya*, 20 de noviembre de 1975; Pozuelo, *Los últimos 476 días*, pp. 224-241; Baón, *La cara humana*, pp. 226-50; Figuro y Herrero, *La muerte*, pp. 102-112.

Epílogo

1. Franco, *Pensamiento político*, I, p. xix.
2. Manuel Vázquez Montalbán, *Barcelonas*, Empúries, Barcelona, 1987, p. 203.
3. *El País*, 20 de noviembre de 1985.
4. Sueiro, *El Valle*, pp. 216-217.
5. Peñafiel, *El General*, pp. 132-133, 175.
6. Giménez Arnau, *Yo Jimmy*, pp. 164 y ss.
7. Inmaculada G. Mardones, «Sin Franco no viven peor», *El País*, 20 de noviembre de 1985.
8. Sánchez Soler, *Villaverde*, pp. 110-116, 120-127, 131-136.
9. Sánchez Soler, *Villaverde*, pp. 150-153.
10. *Cambio 16*, 5 de marzo de 1978; Sánchez Soler, *Villaverde*, pp. 176-177.
11. Bardavío, *La rama trágica*, pp. 208-244.
12. Sánchez Soler, *Villaverde*, pp. 70-75.
13. Peñafiel, *El General*, pp. 175-180; Sánchez Soler, *Villaverde*, pp. 154-171.
14. Javier Tusell, «Una esfinge sin secreto y el largo purgatorio de un país», *Diario 16*, 4 de diciembre de 1992.
15. Salvador de Madariaga, *General, márchese usted*, Nueva York, 1959, p. 11.
16. Baón, *La cara humana*, p. 143. La primera referencia a esta frase provino de la pluma de Miguel de Unamuno en una carta escrita a Quintín de Torre, que se reproduce en Luciano González Egido, *Agonizar en Salamanca: Unamuno julio-diciembre 1936*, Madrid, 1986, pp. 226-228.
17. Franco, *Textos 1945-1950*, p. 229; Franco, *Discursos 1955-1959*, pp. 496-497.
18. José Luis García Delgado, «Un legado económico ambivalente», *El País*, 3 de diciembre de 1992; Ramón Tamames, «Franco y la economía», *El Mundo*, 2 de diciembre de 1992.
19. Carlos Elordi, «El PCE por dentro», *La Calle*, n.º 95, 15 de enero de 1980; Jorge de Esteban y Luis López Guerra, *Los partidos políticos en la España actual*, Barcelona, 1982, pp. 139, 144-145; Richard Gunther, Giacomo Sani y Goldie Shabad, *Spain After Franco: The Making of a Competitive Party System*, Berkeley, Cal., 1986, pp. 65-70.
20. Preston, *Politics of Revenge*, pp. 165-202.

* Uno de los pequeños mitos más duraderos respecto a la figura de Franco es el que se refiere a que fue el general más joven desde Napoleón. Franco fue ascendido a general de brigada el 30 de febrero de 1926, a la edad de 32 años y dos meses. Pero esta circunstancia no era tan extraordinaria como querían presentar sus propagandistas. En la década de 1880, por ejemplo, al menos 3 oficiales fueron ascendidos a la graduación de general a una edad inferior: uno tenía 31 años, otro 27 y otro 25. Durante la Primera Guerra Mundial se dieron casos de oficiales menores de 30 años ascendidos a general de brigada. El mito de un excepcional ascenso meteórico también se aplicó a las graduaciones previas de Franco: en 1914 fue ascendido a capitán a la edad de 21 años y en 1916 a comandante con 23 años. Sin embargo, durante la Primera Guerra Mundial hubieron comandantes más jóvenes en el ejército británico y en las guerras coloniales del siglo xix existieron capitanes más jóvenes ascendidos de graduación. (Alberto Reig Tapia, «Historia y memoria del franquismo», en Tuñón de Lara y la historiografía española, ed. José Luis de la Granja, Alberto Reig Tapia & Ricardo Miralles [Madrid: Siglo XXI, 1999, p. 196].)

* Francisco en memoria de su abuelo paterno, Hermenegildo en memoria de su abuela materna y en honor a su madrina, Paulino en honor a su padrino y Teódulo porque fue bautizado el día de san Teódulo.

^{**} Se ha especulado mucho sobre la ascendencia judía de su familia, por su aspecto y porque tanto Franco como Bahamonde son apellidos judíos comunes en España.

^{*} La existencia de Eugenio Franco Puey era conocida en la familia Franco. De hecho, Nicolás le había escrito sobre su hijo a Francisco Franco Salgado-Araujo, ayudante de campo de Franco, en marzo de 1940. En 1950, Hipólito Escolar, yerno de Eugenio Franco Puey y entonces director de la biblioteca municipal de Almería, escribió a Franco. Como resultado de su carta, Franco lo nombró director de la Biblioteca Nacional. Hipólito Escolar Sobrino escribió *Gentes del libro* (Gredos, Madrid, 1999) donde reconoce tal hecho. Fue director de la Biblioteca Nacional hasta 1982. Véase el testimonio de Pilar de la Rocha a Francisco Martínez López, «Testimonios sobre Franco y su familia», *Ferrolanálisis* n.º 14, 1999, pp. 70-75. El caso de Eugenio Franco Puey se hizo público tras la muerte de Franco. Véase *Opinión*, 28 de febrero de 1977; *Interviú*, n.º 383, 14-20 de septiembre de 1983.

****** Nicolás nació el 1 de julio de 1891, Pilar el 27 de febrero de 1895 y Ramón el 2 de febrero de 1896.

^{*} A menudo la acompañaba en la difícil ascensión al Pico Douro, al este de El Ferrol, para rezar a la Virgen de Chamorro en cumplimiento de las promesas que Pilar había hecho en sus oraciones para que Francisco regresara ileso.

* Le llamaban siempre Pacón para distinguirlo de Franco, a quien se le conocía en la familia como Paquito.

* Franco alimentó retrospectivamente un considerable resentimiento al no recibir la Gran Cruz por lo sucedido en El Biutz. Cuarenta y cinco años más tarde, en una reconstrucción del episodio, dijo que la herida había sido en el hígado y no en el bajo vientre, lo cual podría delatar cierta susceptibilidad sobre las supuestas consecuencias para su masculinidad. Afirmó que, pese a la gravedad de la herida, continuó dirigiendo heroicamente las operaciones desde la camilla. Según esta imaginativa reconstrucción, Franco no obtuvo la medalla sólo porque el doctor que lo atendió informó más tarde que había estado al borde del colapso, creyendo erróneamente que le beneficiaría para la condecoración. Según Franco, eso hizo que los adjudicadores llegaran a la conclusión de que su estado de salud no le habría permitido continuar al mando. Ramón Soriano, *La mano izquierda de Franco*, Barcelona, 1981, pp. 141-142.

* Éstas, entonces, dependían del Ejército de Tierra.

^{*} Esto difiere de la versión que Franco dio a su amigo y biógrafo Joaquín Arrarás. Según su versión, Azaña dijo: «He releído su extraordinaria instrucción a los cadetes y me gustaría pensar que no cree en lo que ha escrito», ante lo que Franco pretende haber respondido: «Señor Ministro, nunca he escrito nada que no haya pensado de antemano». La versión de Azaña, escrita ese mismo día, es más verosímil que la relatada por Franco seis años más tarde, en el ardor de la Guerra Civil. Joaquín Arrarás, *Franco*, Valladolid, 1973, p. 166.

^{*} Franco sostuvo después que se había situado a gran distancia para no ser fotografiado con el presidente del Consejo, puesto que su superior, el general de división Vera, tenía prioridad. Franco también dijo que, sirviéndose del pretexto de que doña Carmen estaba indispuesta, justificó su ausencia en la recepción matutina ofrecida el domingo 19 de septiembre por el Sporting Club de La Coruña a Azaña y su amigo y huésped Santiago Casares Quiroga, ministro de Gobernación y distinguido gallego. Existen fotografías de esta visita a la ciudad, en las que Franco está próximo a Azaña, y ciertamente más cerca que el general Vera. Igualmente, la prensa local de la época atestigua la presencia de Franco en la mesa de Azaña y en otras muchas ocasiones, aparte de la recepción matutina: en la comida ofrecida aquella misma tarde en el hotel Atlántida de La Coruña, y asimismo en el refrigerio ofrecido el viernes 21 de septiembre. Véase la fotografía en Xosé Ramón Barreiro Fernández, *Historia contemporánea de Galicia*, 4 vols., La Coruña, 1982; vol. II, p. 241.

* Las responsabilidades familiares le habían obligado a recurrir a la redención en metálico para librarse del servicio militar en 1907. Esto, junto con el hecho de que había escrito un libro sobre la revolución rusa, hizo que su nombramiento fuera acogido con recelo por las derechas.

* Una vez más, Ramón Serrano Suñer actuó de intermediario, confiando la entrega de la carta a su hermano José.

* Pemán, un sardónico poeta y dramaturgo de ingenio, pertenecía al grupo monárquico extremista Acción Española.

^{*} Juan March proporcionó el dinero necesario, 2.000 libras esterlinas, para alquilar un Dragon Rapide matrícula G-ACYR a través de la sucursal de Fenchurch Street del Banco Kleinwort.

^{*} En otras ocasiones, Franco demostraría una actitud parecida al entrar en acción, en apariencia indiferente a la tragedia que le referían. El fallecimiento de Alfonso XIII en 1941, la muerte de Mola en abril de 1937 y la caída de Mussolini en 1943 provocaron reacciones idénticas en él.

* Allí se encontraron con el comandante Antonio Barroso, amigo de Franco y agregado militar español en París, que las escoltaría hasta Bayona. Los primeros tres meses de la Guerra Civil, tuvieron que quedarse en casa de la vieja ama de llaves de la familia Polo, madame Claverie, bajo la protección de Lorenzo Martínez Fuset.

^{*} Después de la Guerra Civil, Bebb y Pollard recibieron la falangista cruz de caballeros de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas. Dorothy Watson y Diana Pollard recibieron la medalla de la misma orden.

* Antonio Goicoechea, el máximo dirigente de Renovación Española; el intelectual Pedro Sáinz Rodríguez; el conde de Vallellano; José Ignacio Escobar, propietario del periódico de tendencia monárquica *La Época*; el abogado José María de Yanguas y Messía, y Luis María Zunzunegui.

^{*} El material militar alemán sería importado desde España por la Compañía Hispano Marroquí de Transportes (HISMA), fundada el 31 de julio por Franco y Bernhardt, y las materias primas españolas serían importadas desde Alemania por la Rohstoffe-und-Waren-Einkaufsgesellschaft (ROWAK), creada el 7 de octubre de 1936 por iniciativa del mariscal Göring.

* Alfonso, el hijo mayor de Alfonso XIII sufría de hemofilia y había renunciado a sus derechos sucesorios en junio de 1933, cuando contrajo matrimonio morganático con Edelmira Sampedro, hija de un rico terrateniente cubano. El segundo hijo del rey, Jaime, renunció inmediatamente a sus propios derechos por incapacidad (era sordomudo). En cualquier caso, los hubiera perdido en 1935, al contraer matrimonio morganático con la italiana Emmanuela Dampierre Ruspoli, que aunque era aristócrata no era de sangre real. Alfonso murió en septiembre de 1938 tras un accidente automovilístico en Miami.

^{*} Entendiendo que Franco atacaría vía Córdoba, y creyendo que las columnas de Yagüe sólo se ocuparían en operaciones limitadas, el general republicano Miaja concentró sus exiguas fuerzas en el eje Córdoba-Madrid.

^{*} El militar e historiador franquista coronel José Manuel Martínez Bande ha visto este mensaje como la primera señal de la decisión de Franco de liberar el Alcázar de Toledo. Su afirmación se basa por entero en la presencia en el mensaje de las palabras: «Maqueda-Toledo», lo que arbitrariamente entiende que significa «liberar el Alcázar». Sin embargo, el resto del texto escrito por Franco indica más bien que, después de Maqueda, la columna continuaría avanzando hacia Madrid describiendo una línea recta a Navalcarnero, en lugar de desviarse hacia Toledo.

^{*} Antes de que los forjadores de mitos se pusieran manos a la obra, el *ABC* de Sevilla del 3 de octubre de 1936 afirmaba que «las comunicaciones con el exterior estaban totalmente cortadas durante el asedio».

^{*} En algún momento del 20 o 21 de septiembre, Yagüe y Mola se reunieron para hablar de la coordinación de operaciones entre sus fuerzas, que acababan de entrar en contacto en un gran frente. Sus discrepancias se agravaban cada vez más. Mola le dijo a Yagüe que su conducta constituía un motín, por lo que podría fusilarle. Dirigiéndose a los comandantes de sus columnas, Asensio, Castejón y Tella, Yagüe replicó: «¡Verdad que no!». Ante lo cual Mola se vio obligado a hacer un chiste de su comentario original y retractarse. (Carta del general Ramón Salas Larrazábal al autor, 9 de mayo de 1991, basada en el testimonio de uno de los jefes de columna que estaban presentes, probablemente Asensio Cabanillas.)

^{*} El mito propagado por los hagiógrafos de Franco (Luis Galinsoga y Francisco FrancoSalgado, *Centinela de Occidente*, Barcelona, 1956, p. 21) de que no asistió a la reunión no tiene otro fundamento que la voluntad de dar la impresión de que al Generalísimo se le entregó el poder sin que él lo pidiera. Brian Crozier, en *Franco: A Biographical History*, Londres, 1967, p. 212, erróneamente sitúa la reunión el 29 de septiembre y presupone la ausencia de Franco porque, ese día, estaba en Toledo felicitando a Moscardó.

* Lo que Queipo llamó a Franco lo considera Cabanellas «irreproducible», y por tanto «canalla» es meramente una suposición.

^{*} Disponía de una secretaría general del jefe del Estado, una secretaría general de Asuntos Extranjeros y un gobierno general. Existían también siete departamentos ministeriales o «comisiones»: Hacienda, Justicia, Industria, Comercio y Suministros, Agricultura, Trabajo, Cultura y Educación, Obras Públicas y Comunicaciones.

****** En 1970, en Madrid, Gil Robles comentó al autor su creencia de que Franco no toleraba tener a su lado a nadie que hubiera sido su superior.

^{*} El germen de esta idea fue sembrado en la mente de Franco a finales de los años veinte. En esta época, pasó una temporada en una pequeña finca asturiana, propiedad de su mujer, conocida como La Piniella y cercana a San Cucao de Llanera, a trece kilómetros de Oviedo. Un párroco local particularmente adulator, que se las daba de ser el capellán de la casa, constantemente le decía tanto a doña Carmen como al propio Franco que éste repetiría las hazañas del Cid y don Pelayo. La esposa de Franco, a menudo recordaba a su marido las palabras del párroco.

^{*} Se decía que el ceremonial religioso aburría a Franco más que ninguna otra cosa y, una vez en el poder, le resultaba una tortura tener que recibir delegaciones religiosas; comentaba: «Hoy toca santos».

* Varios distinguidos nacionales cruzaron las líneas de este modo. Los canjes incluyeron a importantes falangistas como Raimundo Fernández Cuesta, que oficialmente fue canjeado por un personaje republicano menor, Justino de Azcárate, y Miguel Primo de Rivera, que fue canjeado por el hijo del general Miaja. Entre los fugados más famosos destaca Ramón Serrano Súñer.

* Yagüe quería penetrar por una línea a través de los suburbios nororientales pobremente defendidos de Puerta de Hierro, Dehesa de la Villa y Cuatro Caminos, mientras que Varela apoyaba una ofensiva similar a través de los suburbios surorientales de Vallecas y Vicalvaro.

* Nominalmente dirigido por el conde Luca Pietromarchi, el *Ufficio Spagna* estaba bajo la autoridad de Ciano y disfrutaba prácticamente de autonomía en las decisiones militares.

^{*} La única prueba explícita de que Franco hiciera tal solicitud es el telegrama de Faupel al barón Von Neurath, que apareció en la prensa francesa de la época y no fue desmentido. Además, la supuesta petición coincide fielmente con la decisión que el 6 de diciembre tomó Mussolini de enviar refuerzos sustanciales. La apreciación de Mussolini de las necesidades de Franco se hizo a partir de los informes de varios agentes que operaban en España, además de Anfuso y el general Roatta. Dado el estrecho contacto que se estableció entre Franco y Roatta desde septiembre, no es probable que Roatta hiciera recomendaciones que el Generalísimo pudiera rechazar.

^{*} La visita de Göring a Roma fue una simbólica afirmación de la cada vez más estrecha y entusiasta colaboración entre el régimen nazi y el fascista. Durante el denso programa previsto, Göring visitó la Academia de Esgrima y el Foro, donde retó a Mussolini a un duelo a sable. Para regocijo de los dirigentes nazis y fascistas allí presentes, lucharon durante veinte minutos, mostrando ambos una notable agilidad dadas sus respectivas constituciones, siendo al final Mussolini el vencedor (Ramón Garriga, *Guadalajara y sus consecuencias*, Madrid, 1974, pp. 42-43).

^{******} La política de no intervención anglofrancesa, adoptada en agosto de 1936, fue una farsa para apaciguar a los dictadores fascistas que benefició a los nacionales a expensas de la República. Un miembro del Foreign Office la describió como: «una farsa extraordinariamente útil». Resulta evidente que una actitud más enérgica por parte de Londres habría frenado a italianos y alemanes en su ayuda a Franco. (Enrique Moradiellos, *Neutralidad benévola: el Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*, Oviedo, 1990, pp. 117-188; Douglas Little, *Malevolent Neutrality: The United States, Great Britain, and the Origins of the Spanish Civil War*, Ithaca, 1985, pp. 221-265.)

^{*} Se nombró a un auxiliar exclusivamente para transportarla y guardarla contra cualquier pérdida o robo. Con el paso de los años, de vez en cuando, las monjas escribieron a Franco solicitándole que les devolviera la reliquia aunque fuera en préstamo durante un mes, tres semanas o quince días. Franco, temeroso de que no se la devolvieran, nunca consintió, disponiendo en cambio que su fiel primo Pacón les enviara un donativo para apaciguarlas.

^{*} Entre los responsables de la represión se encontraba Carlos Arias Navarro, un joven fiscal militar que sería conocido como *El carnicero de Málaga*. Más tarde se convertiría en amigo íntimo de la familia Franco y en 1973 sustituiría a Carrero Blanco como presidente del Consejo (Rafael Borrás Betriu y otros, *El día en que mataron a Carrero Blanco*, Barcelona, 1974, p. 252).

^{*} Roatta supo más tarde, por los italianos del Estado Mayor de Franco, que Orgaz no había recibido ninguna orden de atacar en el valle del Jarama hasta la tarde del 7 de marzo. Hasta el momento de recibirlas, las órdenes previas eran que se pusiera en movimiento sólo *después* de que los italianos hubieran ocupado Guadalajara.

* Más tarde esa misma noche, en un episodio muy revelador de su mendacidad, Franco le aseguró a Roatta que había intercedido ante el Duce para que no fuera relevado del mando italiano en España. El arrogante pero inteligente general italiano no se dejó engatusar por tan transparente intento de manipulación.

** Más tarde le sustituyó el conde Guido Viola di Campalto.

* Richthofen era primo del as de la aviación de la Primera Guerra Mundial, Manfred von Richthofen, *El Barón Rojo*.

^{*} El teniente general Attilio Teruzzi, recién llegado a España para tomar el mando de una división de «camisas negras», escribió a Ciano quejándose de que: «Franco no manda a sus generales; solicita y ellos a veces hacen lo que él pide y a menudo se niegan o, si no, hacen a medias y mal lo que él desea». (Teruzzi a Ciano, 6 de abril de 1937, ASMAE, Spagna Politica Fascista, p. 84.)

* Una afirmación que recuerda las insólitas ideas del desequilibrado oficial de prensa de Millán Astray, el capitán Aguilera; véase página 241.

^{*} El cinturón estaba en construcción desde octubre de 1936. El 27 de febrero de 1937, el ingeniero militar responsable de la construcción del cinturón, el capitán Alejandro Goicoechea, había desertado y se había pasado a los nacionales con los planos.

^{*} Un par de días después Franco recibió la visita del marqués del Moral, Frederick Ramón Bertodano y Wilson, un angloespañol entusiasta de su causa. Moral, que creyó la historia de los dinamiteros vascos, estaba irritado por el daño que los informes sobre el bombardeo causaban a los nacionales. Fue a Salamanca para suplicar a Franco que consintiera una investigación que permitiera aflorar la «verdad». Como es natural, el Generalísimo se negó y sólo le permitió reiterar de otras formas las declaraciones previas. (*Dez anos de política externa (1936-1947) a naao portuguesa e a segunda guerra mundial I*, Lisboa, 1961, pp. 333-334.)

^{*} A principios de abril de 1937, el cardenal Gomá informó al Vaticano: «Todo observador inteligente está convencido de que el aspecto político del gobierno dista mucho de ofrecer las mismas garantías de competencia y sentido común que el militar» [María Luisa Rodríguez Aisa, *El cardenal Gomá y la guerra de España: aspectos de la gestión pública del Primado 1936-1939*, Madrid 1981, p. 153].

* Estaban respaldados por falangistas de Valladolid encabezados por José Antonio Girón de Velasco y Luis González Vicén.

* Ambos habían conocido antes a Franco durante su estancia como comandante militar en las Baleares.

****** Un falangista catalán educado en Alemania y posiblemente agente alemán.

^{*} Hedilla reconstruyó los hechos en una serie de cartas suyas y de sus colaboradores más próximos dirigidas a Ramón Serrano Súñer en 1948, así como en un libro redactado a instancias de su jefe de prensa durante la guerra, Maximiano García Venero. Según su relato, a las once de la noche del 16 de abril Goya y Daniel López Puertas se presentaron en la casa de Hedilla y le sugirieron que fuera a arreglar la situación amistosamente con Dávila y Aznar. En esta hartó inverosímil versión, Hedilla advirtió a Goya y López Puertas que no usaran la violencia. El derramamiento de sangre habría sido consecuencia de un desafortunado malentendido, y el grupo que fue a buscar a Garcerán y que éste mantuvo a raya desde su ventana con una ametralladora habría estado formado simplemente por «tres o cuatro pacíficos noctámbulos falangistas que pasaban por allí».

^{*} Más tarde Hedilla afirmó que había rechazado las ofertas de Franco, creyendo que el partido único no podría permanecer fiel a los ideales de José Antonio Primo de Rivera. Por tanto, su negativa a unirse a la Junta Política constituía un gesto simbólico de desafío en la derrota. Así pues, optó lealmente por no oponerse a Franco, pero se negó a ser su ornamento ideológico. Hedilla también negó el mensaje supuestamente subversivo de los telegramas, afirmando que él y sus seguidores pretendían limitar las disputas intestinas en la retaguardia entre las fuerzas recién fusionadas. Con falangistas y carlistas tratando de apropiarse del cuartel general los unos de los otros en ciertos lugares, José Sáinz Nothnagel, de la Junta de Mando, envió un telegrama que decía: «Para evitar interpretaciones erróneas del decreto de unificación, no obedezcan más órdenes que las que reciban a través de los canales jerárquicos correctos». Hedilla afirmó que la frase «a través de los canales jerárquicos correctos» demostraba que habían aceptado la autoridad de Franco. Sin embargo, es igualmente razonable suponer que, en jerga falangista, la frase significaba que sólo debían obedecer las órdenes transmitidas por Hedilla.

^{*} Según el juez burgalés Antonio Ruiz Vilaplana, el avión chocó contra el monte de La Brújula, el lugar donde eran enterradas las víctimas de la represión falangista en Burgos. Ruiz Vilaplana, *Doy fe... Un año de actuación en la España nacionalista*, París, 1938, pp. 85-88.

* Más tarde sus memorias fueron censuradas precisamente en este punto. En 1941 escribió: «El enemigo fue derrotado pero no perseguido; el éxito no se aprovechó, la retirada no se convirtió en un desastre. *Esto se debió al hecho de que, aunque la concepción táctica era magistral, como lo fue su ejecución, por otro lado, la concepción estratégica fue mucho más modesta ...*». La censura de Franco retrasó la publicación de las memorias de Kindelán hasta 1945 y luego suprimió el pasaje en cursiva junto con algunos otros. (Cf. Kindelán, *Mis cuadernos de guerra 1936-1939*, Madrid, sin fecha [1945], p. 86 y Kindelán, ed. 1982, pp. 9, 127.)

* Lo formaban Francisco Franco Salgado-Araujo, Antonio Barroso y Carmelo Medrano, con Juan Vigón como jefe de Estado Mayor desde la muerte de Mola.

^{*} Más tarde Nicolás Franco entró en negocios dudosos sirviéndose de su influencia sobre el Caudillo y se benefició de su protección cuando concluyeron en escándalos y acusaciones de fraude. Sus actividades iban desde la venta de cartas de presentación para ministros hasta la provechosa participación en compañías relacionadas con el gobierno. Tres en concreto acabaron en desastre, de cuyas consecuencias se salvó gracias a la benevolencia de Franco. (Ramón Garriga, *Nicolás Franco, el hermano brujo*, Barcelona, 1980, pp. 171-184, 306-320, 269-291).

^{*} En 1967, hablando de este apunte en el diario de Ciano con su primo Francisco Franco Salgado-Araujo, Franco dijo que «todos los bombardeos se hacían siempre por decisión especial del mando español». En general eso fue cierto, pero en este caso concreto, parece ser que a sus setenta y cinco años, a Franco le falló la memoria. (Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 494.)

* Franco y su esposa ya habían empezado a adquirir propiedades. En noviembre de 1937, José María de Palacio y Abarzuza, conde de las Almenas, murió sin descendencia. En su testamento, expresó su gratitud a Franco por «reconquistar España» legándole una finca en la sierra de Guadarrama, cerca de El Escorial, conocida como el Canto del Pico, que ocupaba 820 kilómetros cuadrados y estaba dominada por una gran mansión llamada la Casa del Viento. Después de la Guerra Civil, Franco compró una gran finca cerca de Móstoles, en las afueras de Madrid, conocida como Valdefuentes. Doña Carmen adquirió todo un edificio de pisos en Madrid y, en 1962, el magnífico palacio de Cornide en La Coruña. La familia acumuló más de quince propiedades. Además se ha calculado que Franco recibió cuatro mil millones de pesetas en regalos durante su gobierno. (Mariano Sánchez Soler, *Villaverde: fortuna y caída de la casa Franco* , Barcelona, 1990, pp. 39-51, 92-94, 122-124, 127, 131-139.) Dicho cálculo probablemente no incluye el valor de los centenares de medallas de oro conmemorativas regaladas a Franco por ciudades y organizaciones de toda España, que doña Carmen hizo fundir en lingotes. (Peñafiel, *El General*, p. 149.)

* Los firmantes fueron el general Gómez Jordana; el conde Viola, embajador italiano; el ministro japonés Makoto Yano y el embajador alemán Von Stohrer.

* Ya se habían conocido en 1926, cuando Franco visitó la École Militaire de St. Cyr, que entonces dirigía Pétain.

^{*} Por ejemplo, *Arriba*, 22 de septiembre, animaba a sus lectores a atacar a todo aquel que oyeran criticar a Alemania. Un artículo del 27 de septiembre de 1939 alababa la campaña submarina alemana.

^{*} Esto no incluía otros conceptos, como su sueldo de Capitán General y Generalísimo de los Ejércitos y el correspondiente a la Jefatura Nacional de Falange. Su hermana Pilar escribió: «Naturalmente, no pagaba renta por vivir en El Pardo y sus gastos se incluían en el presupuesto civil. Lo que puedo afirmar categóricamente es que nunca dejó que el Estado pagara su ropa. Él siempre pagó personalmente su ropa interior». (Pilar Franco, *Nosotros*, p. 101.)

^{*} Como el traslado del cadáver del general Sanjurjo desde Estoril en octubre de 1939 para ser enterrado en Pamplona, del ultraderechista doctor Albiñana desde Madrid a Valencia en abril de 1940, y del general Goded de Barcelona para ser inhumado en Madrid en julio de 1940.

^{*} El embajador argentino en Madrid quedó muy impresionado por la habilidad de Hoare como bailarín de tangos y el embajador portugués en Londres admiraba su capacidad para la acrobacia y el patinaje artístico. (Adrián C. Escobar, *Diálogo íntimo con España: memorias de un embajador durante la tempestad europea*, Buenos Aires, 1950, p. 50; Monteiro a Salazar, 2 de junio de 1940, *DAPE*, VII, Lisboa, 1971, p. 97.)

* El Partido Nazi, a través de su *Auslandorganisation*, tenía ramificaciones en muchas ciudades no alemanas. Muchos de sus miembros eran hombres de negocios alemanes residentes en el extranjero.

* Las calles de las ciudades estaban inundadas de mendigos y el número de prostitutas se había multiplicado por diez. Los huérfanos de guerra incrementaban las cifras de ambos grupos. Las enfermedades intestinales proliferaban debido a que la gente comía pieles de patata y naranja y otros desperdicios sacados de los cubos de basura.

^{*} No se trataba de un plan astuto para engañar a los alemanes. Serrano Súñer y Franco querían unirse al Eje para completar, según ellos, la labor de restaurar la grandeza de España, no para adquirir la categoría de país satélite.

* Subrayado por Franco en el original.

* Mientras permaneció en Berlín, Serrano Suñer invitó a Heinrich Himmler a visitar Madrid, supuestamente para una cacería, pero en realidad para discutir los dispositivos de seguridad para la próxima entrevista entre Hitler y Franco, y también para obtener asesoramiento sobre la modernización de la policía secreta española. (Hoare, *Ambassador*, p. 76; Saña, *Franquismo*, p. 118.) Curiosamente el 27 de septiembre de 1940, el embajador portugués informó de que Himmler estaba en Madrid. (Pereira, *Correspondencia*, II, p. 87.)

* Preocupado como estaba por sus propias pretensiones en el norte de África, el Duce dijo que sería imposible un acuerdo entre España y Francia si se reconocían las exigencias españolas sobre Marruecos. «España pedía mucho y no daba nada.» Su posición respecto a España era la de «esperar y ver».

^{*} El mariscal Keitel, jefe del OKW y el general Jodl, jefe de operaciones, revelaron al agregado militar italiano en Berlín que los alemanes pretendían engañar a Franco. Le dijeron que, a la luz de las ambiciones italianas en Túnez, las aspiraciones españolas en Marruecos y Argelia nunca se satisfarían. Sin referirse a los propios deseos de Alemania, también aclararon que se debía dejar algo para la Francia de Vichy. (Marras al *Ministerio della Guerra*, 12 de octubre de 1940, *DDI*, 9.^a V, pp. 690-692.)

^{*} La satisfacción de los partidarios del Eje en Madrid puede apreciarse en el artículo aparecido en *Arriba* el 17 de octubre de 1940, que atacaba a aquellos que se oponían a la nueva dirección de la política española y hostigaba cruelmente a Beigbeder como «el hombre que no sólo carece de sentimiento nacional sino que ni siquiera tiene un apellido español».

* Julián Zugazagoitia, Francisco Cruz Salido, Teodomiro Menéndez, Cipriano Rivas Cherif, Carlos Montilla y Miguel Salvador.

^{*} En el transcurso del encuentro de Hendaya tuvo lugar un fallido atentado contra la vida de Franco perpetrado por anarquistas españoles. Habían planeado arrojar granadas de mano al tren de Franco y la breve demora en la llegada del Caudillo dio pie a rumores de que el tren había sido atacado. Al final, las enormes medidas de seguridad garantizaron que el encuentro no fuera interrumpido. (Eliseo Bayo, *Los atentados contra Franco*, Barcelona, 1977, pp. 54, 58-60.)

* La amenaza está contenida en las notas del barón De las Torres, fechadas el 26 de octubre de 1940 y publicadas en la prensa española en 1989 (*ABC*, *La guerra mundial*, Madrid, 1989, pp. 146-151). Estas y otras notas de De las Torres se recogen en Serrano Súñer, *De anteaquer y de hoy*, Barcelona, 1981, pp. 203-212. Sin embargo, no es convincente ni el tono, ni algunos de los detalles del relato de De las Torres. Las referencias a la virilidad, el patriotismo y el realismo con que Franco resistió la presión de Hitler recuerdan más bien al ejercicio de propaganda posterior a 1945 para reescribir el papel del Caudillo en la guerra. El documento hace la dudosa afirmación, entre otras, de que Hitler espontáneamente ofreció Orán a un Franco atónito que lo rechazó por motivos de honor. Esto resulta totalmente insostenible dado lo que se conoce sobre las ambiciones españolas en la zona y la presión de Franco sobre Vichy, precisamente en esa dirección, durante los meses precedentes.

^{*} El 31 de octubre, siete días después de Hendaya, Serrano Súñer se entrevistó con el embajador norteamericano Weddell y repitió tres veces: «No ha habido presión, ni siquiera una insinuación por parte de Hitler o Mussolini, de que España entrara en guerra.» (*FRUS 1940*, II, p. 824.)

^{*} Churchill estaba seguro de que Hitler no intentaría abrirse camino a la fuerza a través de España. El 6 de enero de 1941 escribió al general Ismay que una invasión en invierno era «una empresa muy peligrosa y cuestionable para Alemania y no es de extrañar que Hitler, con tantas poblaciones hurañas que someter, se haya echado atrás». Winston S. Churchill, *The Second World War* III *The Grand Alliance*, Londres, 1950, p. 7.

****** El acomodaticio Piétri, un corso inteligente y maestro de la esgrima, había sido diputado y ministro con la Tercera República.

^{*} Las quejas de los generales se reflejaron en los esfuerzos del aparato de propaganda falangista por negar cualquier «incomunicación» entre el ejército y la Falange. *Arriba*, 10 de diciembre de 1940.

* Esto coincide con las notas del general Vigón sobre la conversación, aunque la interpretación de Canaris no es disparatada.

^{*} Éste era el primer acto oficial de Darlan desde que el 10 de febrero de 1941 se convirtiera en heredero forzoso al hacerse cargo de los ministerios de Asuntos Exteriores, Interior e Información.

^{*} A mediados de septiembre de 1940, Göring había dicho brutalmente a Serrano Súñer que creía que el Führer invadiría España. El *Reichmarschall* creyó siempre que no hacerlo había sido el mayor error de Hitler. En el verano de 1945, Göring dijo a los diplomáticos británicos que el Führer estaba tan irritado que estaba resuelto a demostrar a Franco que podía seguir adelante sin ayuda española de ningún tipo. (Creswell a Bowker, 25 de julio de 1945, FO371/49550 XC/A/45932; Ivone Kirkpatrick, *The Inner Circle: Memoirs*, Londres, 1959, pp. 193-195; Saña, *Franquismo*, p. 177.)

* «El Führer dedica sus juicios más severos a Franco y a su falta de inteligencia y coraje. Incluso después de horas de charla había sido incapaz de obligarle a tomar una decisión audaz. ¡Un payaso!, engreído, arrogante y estúpido. Y ese Serrano Súñer suyo no es más que un jesuita. Franco ha subido al poder sobre nuestras espaldas. Y ese tipo de cosas nunca dura. Uno debe conquistar el poder por su propia fuerza.» (*The Goebbels Diaries 1939-1941*, Londres, 1982, p. 356.)

* En la exposición, Serrano Súñer dijo que, como jefe de la prensa española durante los tres años anteriores, su política había sido expresar amistad hacia Alemania, vanagloriándose de que, como ninguna otra prensa de otro país servía a los intereses de la amistad con Alemania con tanta constancia, su política se había visto coronada por el agradecimiento personal del Führer. (*Arriba*, 13 de marzo de 1941.)

^{*} El hambre se debía a muchos motivos, entre los que se cuentan las políticas autárquicas, una peseta sobrevalorada, la incompetencia del Ministerio de Agricultura y la quiebra del sistema de distribución de alimentos, debido en parte a la escasez de combustible. Sin embargo, en cierto modo el Tercer Reich estaba explotando la economía española. Los productos manufacturados pagados por clientes españoles simplemente no se enviaban, las vitales importaciones de fertilizantes de Alemania prácticamente cesaron y, en 1941, las exportaciones de alimentos españoles a Alemania equivalían a 94.186.000 pesetas contra unas importaciones valoradas en 1.784.000 pesetas. La diferencia era de 92.402.000 de la época. (Viñas y otros, *Política comercial exterior*, I, pp. 389-412.)

* Miguel Primo de Rivera a Franco, 1 de mayo de 1941. (*Documentos inéditos* II, 2, pp. 141-144.)

^{*} De corta estatura, cejas pobladas, soso e incansable trabajador, Carrero Blanco compartía todos los prejuicios políticos de Franco y, a diferencia del independiente Serrano Súñer, le era totalmente fiel de un modo servil sin aspavientos.

^{**} Franco había ofrecido primero el cargo a José Lorente Sanz, subsecretario del Ministerio de la Gobernación, que rehusó alegando que el puesto conllevaba demasiada responsabilidad. (Lorente Sanz a Franco, 5 de mayo de 1941, *Documentos inéditos*, II-2, pp. 145-146.)

* «Querido Ramón, recibo tu carta con un suelto de prensa al que no puedo dar la interpretación que en la tuya aparece. Somételo a la consideración de persona docta y ecuánime y dudo puedan darle el alcance e interpretación que tú le das. Yo he hecho la prueba con resultado negativo. Deseo que antes de tomar una decisión que tanto sirve al propósito de nuestros enemigos, y que en estos momentos de confusión puede causar daño a España, medites la injusticia y sinrazón de tu medida. Que Dios te ilumine y te serene deseo de todo corazón. Mañana a las cuatro te espero para que hablemos serenamente del asunto. Un abrazo. Paco.»

****** Ridruejo y Tovar en la sección de Prensa y Propaganda del Ministerio de la Gobernación; Llorente Sanz como subsecretario del Ministerio; Mayalde como director general de Seguridad y Gamero del Castillo como ministro-secretario de la Falange en funciones.

^{*} Poco después del nombramiento de Carrero, Serrano Súñer le dijo que en parte sería responsabilidad suya proteger a Franco de los aduladores. La manera manipuladora en que Carrero informó al Caudillo de esta conversación se reflejó en el comentario que Franco hizo a Serrano Súñer: «Sí, ya sé que te has metido conmigo al hablar con Carrero». Serrano Súñer estaba convencido de que Carrero sería servil. (Saña, *Franquismo*, pp. 261-262.)

* Éstas se materializaron en forma de una fuerza expedicionaria de 18.000 hombres, conocida como División Azul por las camisas azules de la Falange.

^{**} Mussolini estaba preocupado por el anuncio de la División Azul, en parte irritado por no haber sido consultado. No deseando que Franco se acercara demasiado a Hitler sin su mediación, hubiera preferido evitar el traslado de voluntarios españoles a Rusia. (Ciano, *Diary 39-45*, p. 363.)

* Resulta imposible ser preciso con respecto a la opinión pública en esta época. Existía considerable hostilidad hacia la Unión Soviética entre los falangistas y los católicos, pero las masas hambrientas no tenían ningún interés en ir a la guerra. El balance general de la opinión parece haber sido favorable a los aliados.

* Esa insultante referencia a los acuerdos alcanzados el otoño anterior, por los cuales Estados Unidos había ofrecido cincuenta destructores a cambio de las bases en las Antillas británicas, provocó expresamente la partida de Hoare y Weddell. (*FRUS 1941*, II, 908-911: Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 348-349.) La referencia a los viejos destructores sugiere alguna indicación por parte alemana, pues el hecho de que el 80% de los destructores fueran inservibles no se sabía en ese momento y Gran Bretaña había declarado oficialmente que todos ellos estaban «en perfectas condiciones». (David Wingeate Pike, «Franco and the Axis Stigma», *Journal of Contemporary History*, vol. 17, n.º 3, 1982, p. 374. Cf. Garriga, *España de Franco*, p. 203.)

* Kindelán, recién ascendido a capitán general de la IV Región Militar (Barcelona); el general Saliquet, capitán general de la I Región (Madrid); el general Solchaga, capitán general de la VII Región (Valladolid), y el general Aranda, director de la Escuela Superior del Ejército.

^{*} Además de Orgaz, Kindelán, Saliquet, Solchaga y Aranda, estaban implicados el general Varela, ministro del Ejército, y el general Juan Vigón, ministro del Aire. Otros implicados eran el general Ponte, que se había desplazado desde Marruecos para asumir la Capitanía General de la II Región Militar (Sevilla); el ex embajador en Berlín y enemigo enconado de Serrano Súñer, general Espinosa de los Monteros, ahora jefe de las fuerzas militares de Baleares, y el general Heli Rolando de Tella, gobernador militar de Burgos.

^{*} La situación había cambiado hasta tal punto que el 16 de diciembre de 1941 Churchill escribió a Roosevelt que Hitler se guardaría de entrar en una «guerra de guerrillas con el hosco, fiero y hambriento pueblo de la península Ibérica. Gran Bretaña y Estados Unidos tienen que hacer todo lo posible para fortalecer su voluntad de resistencia. Debe mantenerse la presente política de abastecimiento limitado. Y debe conservarse la esperanza de una mejora de la frontera hispano-marroquí a expensas de Francia». (*Churchill & Roosevelt*, I, p. 298.)

^{*} Ernesto Giménez Caballero fue, junto con Salvador Dalí y Luis Buñuel, uno de los padres del surrealismo español. Había sido uno de los primeros fascistas españoles a finales de los años veinte y puso su frenético talento, que llegaba a cimas delirantes de adulación, al servicio de Franco durante la Guerra Civil.

^{*} A Franco le desilusionó la insistencia de Salazar en una reunión sencilla sin desfiles militares, demostraciones populares ni solemnidad. Una década y media más tarde, aún se asombraría de la sencillez de Salazar. En una entrevista del 13 de enero de 1958 para *Le Figaro*, dijo que «el hombre de Estado más completo, el más digno de respeto que he conocido es Salazar. Lo considero una personalidad extraordinaria por su inteligencia, su sentido político, su humanidad. Su único defecto es probablemente la modestia». (*Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1955-1959*. Madrid, 1960, pp. 478-479.)

* Goebbels apuntó: «Nunca una revolución ha dado tan pocos resultados espirituales y políticos como la de Franco». (*Diaries, 1942-1943*, p. 167.)

****** Hayes tuvo seis audiencias en cuatro años (o una cada ocho meses), contra las cuatro en cinco años (o una cada quince meses) que tuvo Hoare.

^{*} El Bodden es un estrecho que separa la isla de Rügen del territorio continental alemán. Su parecido con el estrecho de Gibraltar, junto con la actividad del *Abwehr* en las proximidades de Algeciras, proporcionaron al servicio secreto británico las pistas necesarias sobre su propósito.

^{*} A mediados de julio, en una cena privada con el presidente y director de EFE, la agencia de noticias del régimen, y con Ramón Garriga, Carrero Blanco expresó su confianza en que, a finales de 1942, la Wehrmacht hubiera conquistado el Cáucaso, Turquía, Irak y Siria, y estuviera a punto de tomar Egipto desde el este. Dada la identificación cada vez más íntima entre Franco y Carrero, los demás invitados estaban convencidos de que habían oído una descripción exacta de lo que pensaba el Caudillo. (Ramón Garriga, *Los validos de Franco*, Barcelona, 1981, pp. 235-239.)

^{*} Conocido como *estraperlo*, por el fraude de la ruleta trucada de los años treinta, el mercado negro explotaba la escasez y el racionamiento de comida, petróleo, tabaco y todo tipo de productos y bienes de consumo. En un contexto de terrible pobreza y casi hambre, se amasaron fortunas espectaculares, a menudo de falangistas y funcionarios gubernamentales.

****** La agenda de Domínguez contenía los nombres de distinguidos diplomáticos alemanes en España. A raíz de su muerte, Hitler le condecoró con la Cruz del Águila alemana.

^{*} Esta acusación cobró verosimilitud por el hecho de que el subsecretario de la Falange, el capitán José Luna, un seguidor de Serrano Súñer, admitió haber autorizado el viaje del escuadrón falangista a Begoña, aunque no el lanzamiento de las bombas.

^{*} El hecho de que tuviera poca participación en posteriores maquinaciones falangistas corrobora de algún modo su frecuente aseveración de que nunca entró en política por ambición personal. Serrano Súñer pasó a ser una especie de patriarca de la política, escribiendo ocasionales artículos para el diario *ABC*, e instando de vez en cuando a Franco a que liberalizara el régimen. A diferencia de muchos de sus coetáneos, en años posteriores Serrano Súñer no negó su pasado fascista ni intentó convertirse instantáneamente en un «demócrata de toda la vida». Nunca negó su admiración por Mussolini, «un verdadero gigante», y asistió con regularidad a las misas en su memoria. En 1959 y 1965 respectivamente, escribió generosas necrológicas para sir Samuel Hoare y sir Winston Churchill. (Ramón Serrano Súñer, *Ensayos al viento*, Madrid, 1969, pp. 123-137, 141-150.)

* Hoare lo describe como «pequeño hasta el extremo de la insignificancia». «Cuando está sentado en su silla, los pies no le llegan al suelo.» (*Ambassador*, p. 175.)

* En marzo de 1943, Kindelán fue nombrado director de la Escuela Superior del Ejército, donde no tenía mando directo sobre las tropas. Pero continuó, de manera muy respetuosa, con sus intentos de que Franco empezara los preparativos de la transición a una Monarquía autoritaria.

* El 22 de marzo de 1943 Moltke murió a causa de una apendicitis aguda.

^{*} Desconocedor de estos tratos, el siempre ingenuo Hayes escribió confiado al Departamento de Estado que «la mejora de las relaciones española con las Naciones Unidas había ido en detrimento de sus relaciones con el Eje». (*FRUS 1943*, Washington, 1964, II, pp. 595-597).

^{******} Simplemente declaraba que, a cambio de armas, equipo de guerra de características modernas y cantidad suficiente, España haría frente a «cualquier entrada de las fuerzas angloamericanas en la península Ibérica o en territorio español extrapeninsular, lo que significaba, en el mar Mediterráneo, en el Atlántico y en África, así como en el protectorado español de Marruecos, y evitaría dicha entrada con todos los medios a su disposición».

^{*} En privado, Franco despreciaba las Cortes, reconociendo sin advertirlo que se trataba de una mera fachada, construida para enmascarar su dictadura personal. En una ocasión, cuando el ministro de tendencia católica liberal, Joaquín Ruiz Giménez, hizo cierto comentario que sugería que se tomaba en serio la farsa de las Cortes, el Caudillo soltó con impaciencia: «¿Y las Cortes a quién representan?». (José María de Areilza, *Diario de un ministro de la Monarquía*, Barcelona, 1977, pp. 73-76.) En otra ocasión, cuando uno de sus generales votó contra una ley en las Cortes, Franco se indignó, comentando: «Si no le gusta el proyecto, que se abstenga, pero que jamás vote en contra, pues me debe su escaño por nombramiento directo». (Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, p. 214.)

* Unos cincuenta millones de pesetas al cambio de 1992.

^{*} El 1 de octubre de 1943, día del Caudillo, *Arriba* celebró el séptimo aniversario de su «exaltación a la casi divina función de gobernante» y alabó su asombroso logro de inspirar el arte, la literatura, la música y la arquitectura españolas.

* España suministró a Alemania otras materias primas estratégicas. Según fuentes publicadas en febrero de 1944 en Alemania, el 39,2% de todas las exportaciones españolas se destinaban a Alemania y el 30% iba a parar a industrias alemanas en países ocupados. Las plantas de armamento españolas en Trubia y Reinoso producían tubos de cañón para el ejército alemán. En Valencia se fabricaban diariamente cientos de miles de cartuchos de rifle para los alemanes. En Barcelona se construían motores para vehículos alemanes. Las fábricas textiles de Cataluña manufacturaban uniformes y paracaídas para las fuerzas alemanas. España suministraba amoníaco, nitrógeno y glicerina a Alemania, así como mineral de hierro, piritas, plomo, zinc, níquel y volframio. Un complejo y fraudulento sistema de fletes permitía que el vital material español se exportase hacia Alemania y fuera reemplazado por material sustitutorio procedente de Argentina, que escapaba así al bloqueo aliado. (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, *Informe del subcomité sobre la cuestión española*, pp. 13-14.)

* Si Franco estaba tomando precauciones por si tenía que exiliarse, lo hizo con considerable discreción; la indicación de Pereira en este sentido es prácticamente única.

^{*} Se redactó una noticia falsa sobre un pretendido comentario favorable al discurso de Franco de Anthony Eden en la Cámara de los Comunes. (*Arriba*, 23 de julio de 1944.)

* De manera significativa, después de años de lisonjeros telegramas dirigidos a Hitler con motivo de sus triunfos, el Caudillo evitó felicitarle por haber escapado a un intento de asesinato el 20 de julio.

^{**} Hoare escribió un generoso tributo a la honradez y laboriosidad de Jordana. «Nunca vi un hombre público trabajar tan denodadamente hasta la muerte» (en *The Times*, 8 de agosto de 1944; Pereira a Salazar, 6 de agosto, 4 de septiembre de 1944, *Correspondência*, IV, pp. 594, 608).

^{*} Hoare escribió: «Es difícil decir si era más increíble la desfachatez de los argumentos de Franco o la ingenuidad de su modo de expresarlos». Él veía la carta como un ejemplo más de ese «estar pagado de sí mismo que le eximía de las reglas convencionales del discurso y la acción, y le inducía a creer en la infalibilidad de su criterio y sus conocimientos, aunque a cada paso se le presentara un caudal de pruebas que le contradecían».

* Entre ellos se encontraban el marqués de Quintanar, el marqués de la Eliseda, Alfonso García Valdecasas y el teniente coronel Juan Ansaldo.

^{*} El falangista Arrese, el perro faldero de Franco, añadió a la larga lista de sus sandeces una más, al decir a un funcionario de la embajada estadounidense que estaba dispuesto a enviar una nueva División Azul contra Japón. (Emmet John Hughes, *Report from Spain*, Londres, 1947, pp. 210-211.)

^{*} Dos años antes, el 15 de marzo de 1943, el ministro de Justicia saliente, Esteban Bilbao, había admitido la existencia de setenta y cinco mil presos políticos, cifra que aludía sólo a los que se encontraban en la cárcel y no en batallones disciplinarios ni cárceles militares. (*El Faro de Vigo* , 19 de marzo de 1943.) La cifra tampoco incluía a numerosos presos políticos clasificados como delincuentes comunes. Dado que había muchos presos republicanos aún trabajando en el proyecto preferido de Franco, el Valle de los Caídos, es imposible que ignorara su existencia.

* Kindelán sería el presidente, Aranda ministro de Defensa, Varela ministro de las Fuerzas Aéreas y el general Juan Bautista Sánchez González ministro del Ejército.

^{*} Franco demostró su cinismo respecto del Fuero de los Españoles propuesto (que estaba siendo preparado por Arrese), y su confianza en un fuerte aparato de terror, al decir: «Arrese, no corras, a mí me da lo mismo gobernar con la Constitución de 1876». (José Luis de Arrese, *Una etapa constituyente*, Barcelona, 1982, p. 70.)

* Raimundo Fernández Cuesta fue nombrado ministro de Justicia. José Antonio Girón continuó como ministro de Trabajo. Carlos Rein Segura ocupó el cargo de ministro de Agricultura. Estos tres respondían a un compromiso simbólico con la retórica social de la Falange.

^{*} Vasco monárquico relacionado con Falange en la década de 1930, Areilza (que por matrimonio se convirtió en conde de Motrico) había sido alcalde de Bilbao tras su caída en manos de los nacionales. En 1941, escribió junto con Fernando María Castiella el texto vehementemente imperialista titulado *Reivindicaciones de España*, y quiso ser embajador en la Italia fascista. Después de la guerra, regresó al campo monárquico pro franquista y fue embajador en Buenos Aires y París antes de convertirse en partidario total de don Juan y opositor de Franco en la década de 1960.

^{*} Al referirse solamente a la retirada temporal de España en 1928, Franco corrió convenientemente un velo sobre su total retirada de la Sociedad de Naciones el 8 de mayo de 1939 en solidaridad con el Eje.

^{*} El servicio de inteligencia naval británico entregó a las Naciones Unidas un informe titulado «Uso de los puertos españoles por parte del Eje con complicidad de las autoridades españolas locales». (Documento para el Subcomité de la ONU, preparado por el agregado naval en Madrid, FO371/60332, Z6254/8/G41.)

^{*} La comparación de la vida en España con la de los ciudadanos de Polonia tras las sucesivas invasiones y ocupaciones nazi y soviética difícilmente podía ser justa. A pesar de los alardes de Franco acerca de la paz y la prosperidad que él había dado a la España neutral, el hambre y la represión que reinaban en el país continuaba siendo terrible. Tanto es así que el encargado de negocios estadounidense, Philip Bonsal, creía que pronto una espiral de problemas económicos y agitaciones políticas crearían a Franco dificultades insuperables. (*FRUS 1946*, V, p. 1077.)

^{******} De hecho, el sistema autárquico, que permitía a los fabricantes españoles importar materias primas y maquinaria esenciales sólo con licencia del gobierno, era a un tiempo corrupto e incompetente. Aquellos permisos se concedían para cualquier cosa con cohecho, y buena parte de las escasas divisas de España eran utilizadas para importar mercancías de lujo. Al tiempo, los recursos se despilfarraban en enormes proyectos de prestigio –como los planes astronómicamente costosos de Franco de autosuficiencia energética, centrales hidráulicas, programas de construcción naval, creación de industrias químicas y metalúrgicas–, cuyos resultados no se verían en muchas décadas.

* La mayoría de los países decidieron retirar sus embajadores, pero mantuvieron sus embajadas con la dirección de un encargado de negocios. España se limitó a retirar sus embajadores de esos mismos países pero mantuvo al resto de sus funcionarios en las embajadas que, por lo demás, continuaban en plena actividad.

^{*} La mayor parte de las vitales importaciones británicas de productos españoles podía ser reemplazada por otras fuentes de suministro: el mineral de hierro de Suecia y Argelia, las potasas de Chile y Marruecos, las naranjas de Palestina y Suráfrica. El jerez era, por supuesto, otra cuestión. (Véase Qasim Bin Ahmad, *The British Government*, págs. 239-285.)

* Las ciudades industriales españolas se encontraban en esa época inundadas por trabajadores rurales que huían del campo. A pesar de los controles policiales que había en las estaciones ferroviarias, gran número de personas aumentaban las cifras de desempleo y mantenían los salarios bajos. Para aquellos que tenían trabajo, a pesar de las largas jornadas laborales, los reducidos sueldos no bastaban para alimentar a una familia, pues habían disminuido a menos de la mitad del nivel en que se hallaban antes de la Guerra Civil, mientras los precios habían aumentado en más de un 250%. En consecuencia, la mendicidad, los robos de menor cuantía y la prostitución habían aumentado en las ciudades.

^{**} Durante las largas ausencias de Byrnes de Washington por hallarse en las Naciones Unidas, Dean Acheson había sido secretario de Estado en funciones. Marshall mantuvo a Acheson en el cargo hasta junio de 1947, cuando se reincorporó a su profesión de abogado y fue sustituido por Robert A. Lovett.

^{*} También generó una enorme cantidad de publicidad la visita de Martín Artajo a Buenos Aires el octubre siguiente. (*ABC*, 10, 11, 12, 14, 17, 20 de octubre de 1948.)

* «Volcar el carro de las manzanas» (*applecart*) hace una referencia a «desbaratar los planes de uno» y, por extensión «provocar una grave alteración». (*N. del E.*)

* La autoría de Franco fue orgullosamente proclamada por ese mismo periódico después de la muerte del Caudillo. (*Arriba*, 20 de noviembre de 1975.)

^{*} Pura, marquesa de Huétor de Santillán, una mujer gruesa, era esposa de Ramón Díez de Rivera y Casares, marqués de Huétor de Santillán, jefe de la Casa Civil de Franco. Poco a poco, se convirtió en el filtro a través del que doña Carmen, y frecuentemente el propio Franco, se enteraban de lo que sucedía en el mundo exterior. Sus maliciosas habladurías podían favorecer o arruinar a los que formaban los cerrados círculos del El Pardo. Era especialmente hostil a la familia de Serrano Súñer.

^{*} Todos nacieron en El Pardo: María del Carmen (26 de febrero de 1951); María de la O (19 de noviembre de 1952); Francisco (9 de diciembre de 1954); María del Mar (6 de julio de 1956); Cristóbal (10 de febrero de 1958); María Aránzazu (16 de septiembre de 1962) y Jaime (8 de julio de 1964).

****** Se decía que VESPA significaba «Villaverde Entra Sin Pagar Aduana».

* España se convirtió así en el único país de Europa que recibió ayuda a través de la Administración de Cooperación Europea, sin pertenecer al Plan Marshall.

* Simultáneamente tímido y cruel, Franco casi nunca fue capaz de decir a la cara a sus ministros que iban a ser sustituidos. Era muy común que se enteraran de su suerte por una carta enviada mediante motorista o incluso por la prensa de la mañana.

* Benjumea fue recompensado con el puesto de gobernador del Banco de España, el cual conservó hasta su muerte en 1963, a los ochenta y cinco años.

^{*} Como a muchos otros, a Bessborough le sorprendió el ademán sosegadamente afable de Franco: «Pensé en lo diferente que es el Caudillo de la idea que uno tiene del típico dictador. Habla con gran sencillez, cortesía y naturalidad, y con voz suave y carente de afectación. La mente del dictador aparece sólo en su evidentemente absoluta convicción de que cualquier opinión que exprese es incontrovertible y la última palabra sobre el tema; pero debo decir en justicia que escucha con gran paciencia y buen humor todo lo que se le dice».

* Entraba y salía de las iglesias bajo palio, anteriormente reservado para los reyes de España, un privilegio utilizado raras veces por Alfonso XIII.

* Partiendo de la premisa de que Franco había tenido razón desde el principio, no había más que un paso a afirmar que todo el mundo occidental iba a la zaga de su liderazgo. Luis de Galinsoga lo proclamó «Caudillo de Occidente», el único verdadero gran hombre del siglo xx, un gigante comparado con enanos como Churchill y Roosevelt. (*La Vanguardia Española*, 1 de octubre de 1953.)

^{*} Franco no mostró interés alguno en acabar con la corrupción, pero sí en utilizarla para aumentar su poder sobre los implicados. Muchas veces recompensó a los que le informaban de actos de corrupción no tomando medidas contra los culpables, sino haciéndoles saber quién los había denunciado. (Serrano Súñer, *Memorias*, pág. 230; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, págs. 19, 37, 56-58, 83, 178.)

****** En 1963, José María Sanchiz, tío y padrino de Cristóbal, el marido de Nenuca, administrador de la hacienda de Franco en Valdefuentes, y compañero de cacería durante diez años, se aventuró a preguntarle: «¿No le parece que hemos llegado a un punto en el que nos podríamos tutear?». Franco respondió con tono glacial: «El trato que me corresponde es “Excelencia”». Franco también cultivaba la ilusión de distancia regia manteniendo la mano a la altura de la cintura de modo que los visitantes se veían obligados a inclinarse para estrechársela.

^{*} Merece destacarse que los pocos cuadros conocidos muestran una notable similitud con los temas de los cuadros de Carrero Blanco. Aparte de las naturalezas muertas de animales de caza y escopetas, entre los lienzos de Carrero había uno de un toro atacado por una jauría de perros. La diferencia radica en que los cuadros de Carrero Blanco son casi invariablemente copias de la pintura clásica española y los pintores flamencos, mientras que los de Franco, aunque de estilo conservador y poco original, son algo más imaginativos en la elección de temas. (Véanse los cuadros reproducidos por Julio Rodríguez Martínez, *Impresiones de un ministro de Carrero Blanco* [Barcelona, 1974] págs. 144-147.)

^{*} El Opus Dei era entonces una orden secular de creciente poder, una élite conservadora cuyos miembros tenían el deber de realizar su tarea apostólica siendo los mejores en la profesión escogida.

* La importancia de la situación laboral ocupó una reunión de emergencia del gabinete, de diez horas, el 29 de abril en el Alcázar de Sevilla, donde Franco asistía a la Feria. (*The Times*, 30 de abril de 1956.)

* Las notas habían sido redactadas para Arrese por Emilio Lamo de Espinosa, recientemente nombrado director del Instituto de Estudios Políticos de la Falange.

^{*} En el caso de tener que organizar alguna vez una sucesión rápida, Franco pensaba ofrecerle el trono a Juan Carlos y simultáneamente pedirle a don Juan que abdicara, convencido de que el pretendiente preferiría aceptar antes que arriesgarse a una pública ruptura de relaciones con su hijo. (Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*, págs. 304-334.)

^{*} Franco había rechazado bruscamente una anterior súplica de clemencia hecha por Montini durante el juicio contra un grupo de anarquistas en octubre de 1962. El cardenal Montini ascendió a Papa el 18 de junio de 1963, dos semanas después de la muerte de Juan XXIII, lo cual no era un buen augurio para las relaciones de Franco con la Iglesia católica.

* Garrigues era un abogado internacional de primera línea que había representado a muchas empresas extranjeras en España. Durante la Guerra Civil se había hecho amigo del hermano mayor del presidente Kennedy, Joseph, que murió en la Segunda Guerra Mundial.

^{*} El 1 de febrero de 1964, Fraga tomó parte en una cacería con el Caudillo, y accidentalmente le disparó a Nenuca en el trasero. Franco comentó cáusticamente: «Los que no saben disparar no deberían estar aquí». (Fraga, *Memorias* p. 99; Peñafiel, *El General*, pp. 69-70.)

^{*} En una cacería que tuvo lugar en la sierra de Gredos (Ávila) en 1958, mataron accidentalmente una cabra hispánica en contra de los reglamentos de conservación de la especie. Con el conocimiento de Franco, fue acusado Alonso Vega, experto tirador e improbable culpable, y Franco se mofó despiadadamente de él por el supuesto delito, lo que a don Camilo casi le provocó una apoplejía. (Vaca de Osma, *Paisajes*, pág. 190.)

^{**} Desde que don Jaime había renunciado voluntariamente a sus derechos al trono en 1933, al reconocer su incapacidad y luego contraer matrimonio morganático, el derecho al trono de su hijo Alfonso era muy cuestionable. Esto no hubiera importado a la mayoría de los franquistas si Franco hubiera decidido arbitrariamente nombrar sucesor a Alfonso. Desde principios de los años cincuenta, don Jaime, siempre falto de recursos, había sido alentado por Franco en secreto para insistir en sus derechos y los de su hijo al trono. (Bardavío, *La rama trágica*, pp. 62-71.)

^{*} Su capacidad para permanecer impasible durante la totalidad de las largas reuniones del gabinete, para disgusto de sus ministros, fue descrita por uno de ellos como el triunfo del continente sobre el incontinente.

^{*} Al parecer, cuando Solís y otros falangistas se quejaron ampliamente de los ministros tecnócratas, Franco cortó la audiencia bruscamente diciendo: «¿Qué tenéis contra el Opus? Porque mientras ellos trabajan vosotros estáis (*taco*)». (Peñafiel, *El General*, p. 102.)

^{*} Había existido la posibilidad de dar la cartera de Información a Adolfo Suárez, protegido de Fernando Herrero Tejedor, que estaba subiendo rápidamente. Al igual que Fernández Miranda, Suárez era un hombre del Movimiento conectado con el Opus Dei, y juntos tendrían un papel decisivo en la transición a la democracia tras la muerte de Franco.

* En las partidas de caza, y para furia del doctor Gil, los que querían congraciarse con Franco le ofrecían golosinas deliciosas, pero que engordaban.

^{*} La delegación la formaban el general Joaquín Fernández de Córdoba, capitán general de Madrid; Tomás García Rebull, de Burgos; Alfonso Pérez Viñeta, de Barcelona, y Manuel Chamorro, de Sevilla.

* El Consejo del Reino estaba compuesto por la «flor y nata» del Movimiento.

* Tras nacer su nieto Francisco, se oyó a menudo a doña Carmen preguntar al servicio: «¿Le han dado ya el biberón al señor?».

^{*} Como rector de la Universidad Autónoma de Madrid, Julio Rodríguez había sido famoso por sus métodos violentos, los cuales incluían unirse a la policía cuando cargaba contra los estudiantes universitarios de izquierda.

^{*} Cuando Arias Navarro fue a darle las gracias al nuevo presidente, Carrero respondió con tono seco: «No tiene que darme las gracias a mí. Yo no tuve nada que ver con su nombramiento. Usted conoce la letra del Caudillo. Puede ver en esta lista, entre las enmiendas y tachaduras, su nombre escrito por el Caudillo».

^{*} Su hermana Pilar habló con él sobre las listas de posibles sucesores de Carrero que estaban siendo discutidas en los círculos políticos. Cuando él preguntó qué nombres contenían, el hijo de Pilar los leyó en voz alta. Su única reacción cuando lo interrogaron al respecto, fue decir: «Alguno me suena». (Baón, *La cara humana*, pág. 145.)

^{*} El texto fue redactado en el Ministerio de la Presidencia, cuyo titular era Antonio Carro, por dos de sus subordinados, Gabriel Cisneros y Luis Jáudenes, miembros del grupo reformista católico conocido colectivamente como «Tácito». Carro introdujo en el gobierno a muchos miembros de dicho grupo como subsecretarios de varios ministerios.

****** Su contacto —que pasaba por encima del presidente— podía ser justificado ante Arias por el hecho de que Utrera, como ministro secretario, era vicepresidente del Consejo Nacional de FET y de las JONS, del cual Franco, como jefe nacional, era presidente.

* La primera había sido la del 19 de noviembre de 1959, cuando se hallaba aquejado de una fuerte gripe.

^{*} Un día de principios de la década de 1960, a Franco le gustaron unos zapatos que llevaba su cuñado y secretario personal, Felipe Polo. Cuando se enteró de que eran importados de Gran Bretaña y de cuánto habían costado, Franco dijo: «Yo no podría permitirme pagar tanto». (Manuel Vázquez Montalbán, *Los demonios familiares de Franco*, Barcelona, 1978, págs. 90-91.)

* El Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico era un grupo maoísta que surgió a finales de la década de 1960 y estaba infiltrado por agentes provocadores de la policía.

* También es posible que Franco quisiera vengar la muerte de Carrero.

^{*} Se dijo por entonces que algunos de esos valiosos objetos pertenecían realmente al Estado, pero no hubo ninguna vigilancia por parte de los funcionarios del Patrimonio Nacional, que, en cualquier caso, estaba dirigida por el general Fernando Fuertes de Villavicencio, jefe de la Casa Civil de Franco.

Edición en formato digital: marzo de 2011

© 1993, 2002, Paul Preston

© 1994, 2002, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 1994, Teresa Camprodón y Diana Falcón, por la traducción de la edición de Harper Collins Publishers, Londres, 1993

Revisión de la traducción española de Enrique Moradiellos García Revisión 2002 de la edición actualizada, Eva Rodríguez Halffter

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9989-147-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com